

CCIO



LAS
DATAGUMBAS
Y
VARIETADES



BR160

M8

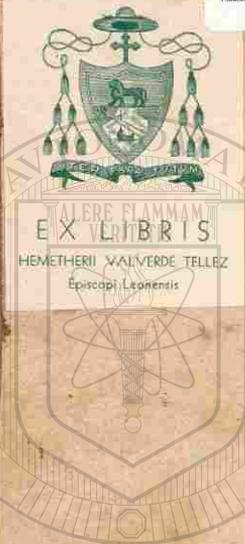
RAID

85491

007192



1080023872



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
calle de Cisqués número 4.

1850.

LAS CATACUMBAS,

LOS MÁRTIRES.

HISTORIA

DE LOS

TRES PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO

Por el conde de Fabraquer, vizconde de San Javier.

DON JOSE MUÑOZ MALDONADO.

~~~~~  
Daba la cerviz, orgulloso sicario!  
Adura lo que has quemado, quemá lo que has adorado.  
S. HERNÁNDEZ A CLOVERO.  
~~~~~

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

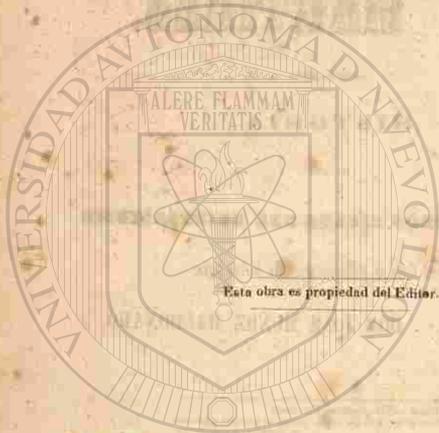


85491

BRIG 0
118

LAS CATACUMBAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NEVOLEÓN



Esta obra es propiedad del Editor.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

1972

PROLOGO.

Bajada del autor a las catacumbas de Roma y su visita.—Idea y bosquejo de esta obra.—Descripción histórica de las catacumbas.

No hace aún seis años que hallándonos en Roma, visitamos religiosamente sus inmensas catacumbas, refugio y templo de los cristianos en los primeros siglos. A un cuarto de legua de Roma, se halla el convento de San Sebastian con su magnífico pórtico de diez columnas de granito rojo gris, construido por Scipion Borghese. En el interior de esta iglesia, que puede llamarse el atrio de las catacumbas, está en una capilla el mausoleo de San Sebastian y su estatua de mármol recostada sobre el sepulcro, obra esquisita del cincel de Bernini. Al lado de esta capilla, hay una escalera hace pocos años construida, estrecha, cuya bóveda es tan baja que es preciso doblar el cuerpo para bajar por ella, precedidos del afable monje encargado de servir de guía para entrar en aquellas galerías subterráneas abiertas a una inmensa profundidad de la tierra, cuya oscuridad que solo interrumpe el vacilante resplandor de la antorcha que lleva el guía, llena el alma de religioso pavor. Estas son las catacumbas, verdadero laberinto, cuyas estrechas calles se mezclan, confunden, enlazan y comunican entre sí, y cuya estension, según el plano de la parte descubierta hasta el día, es de diez y seis leguas en todas direcciones debajo de la capital del mundo cristiano. Fueron en un principio el lugar destinado para la sepultura de los esclavos; empero en los primeros siglos y en la persecucion del cristianismo, fueron el asilo de los fieles, y el templo donde sobre la tosca piedra, los primeros pontífices ofrecían el sacrificio del cordero, é inspiraban á los mártires el valor con que asombraron al mundo. Véase á un lado y á otro de la única parte que es permitido visitar, muchas filas de nichos abiertos en la piedra horizontalmente, revestidos de ladrillos, losas de mármol de la lon-

007192

gitud propia para contener un cuerpo que depositaban allí secretamente, poniendo algunas veces con él los instrumentos del martirio con algunas señales groseramente grabadas. A la estremidad de una galería vimos una especie de altar sobre el que, según la tradición, los santos pontífices Máximo y Marcelino, ofrecían el sacrificio sagrado por los mártires. Gran cantidad de cruces, de palmas y de epitafios, están esculpidos en la bóveda y sobre todos los muros. Observamos algunos sepulcros de piedra, intactos aún, pero vacíos, que fueron sin duda de los papas ó personas constituidas en dignidad, porque no había tumbas para el mayor número de los mártires. Descansan en el suelo, y si el peregrino que penetra en este recinto no murmurá su epitafio grabado toscamente en las piedras, huella con santo respeto la tierra que los cubre. Son los mármes que han merecido mejor los homenajes del religioso silencio que rodea su sueño. Son las sombras de un gran pueblo. Son los hombres heroicos que en los pasados siglos combatían por su Dios y por la libertad del mundo. Durante tres siglos dieron su sangre por la religión cristiana, y justo era que esta religión el día de su triunfo, consagrara reconocida este fúnebre y vastísimo palacio de la muerte, el mas hermoso panteón del mundo! El monje que con una hacha en la mano, con la mayor afabilidad nos enseñaba este sagrado recinto, nos dejó sonarnos un momento, al llegar al limite hasta donde nos era permitido visitar; limite prudentemente impuesto y severamente observado, para evitar las frecuentes desgracias que ocasionó el estravio de los curiosos viajeros, que se perdían en las insondables galerías de aquel inmenso laberinto.

Allí apoyada la cabeza en ambas manos, en aquel lugar donde bajo el imperio de los Césares, todas las edades, todos los sexos, todas las condiciones, en una palabra, millares de adoradores del verdadero Dios llenos de un justo temor, huyendo del hierro y del fuego, amparados por las sombras de la noche, buscaban un asilo protector; allí desde donde de pié, de rodillas, ó con las manos cruzadas hacían resonar aquellas sombrías bóvedas con los acentos de una fé inalterable y de un valeroso fervor; allí donde el sacrificio del cordero sin mancha les animaba al sacrificio de su propia vida; allí fué donde concebimos el proyecto de escribir la gran lucha del cristianismo con el géntio romano; lucha de tres siglos, en que triunfó completamente la Iglesia católica.

Allí trazamos el plan que hoy nos proponemos desenvolver. En medio de la civilización planta sus reales Jesucristo. Nace, es verdad, en un pesebre en un pequeño lugar de Galilea, pero tiene por testigo el gran siglo de Augusto, el mas bello de todos los siglos despues del de Pericles. Roma estendia hasta las estremidades de la tierra su gloria, su orgullo, su imperio, el culto de sus falsas divinidades. El mundo todo gemia en la esclavitud cuando nació el Salvador del género humano. Profetas desconocidos de los romanos lo habían anunciado bajo el nombre del Enviado, del Mesías. Las sibilas mismas habían hablado del Redentor. Una estrella guía á los pastores y á los reyes al establo donde nace de una vírgen, y no escapa á la proscripción de Herodes el infanticida, sino por la huida de su madre á Egipto. Repentinamente este Mesías, que se dice descendiente de David, Cristo, hijo de Dios, reaparece

en el imperio de Tiberio, cuya tiranía es tan poderosa, que el mundo dieznado todos los dias por su furor, osa apenas en secreto formar el deseo de tener un libertador. Los pueblos ven con admiracion, con asombro, que á los ojos de los ministros del César de Caprea y de los doctores de la ley judáica, un hombre sencillo, de una raza proscrita y esclavizada, proclama en las calles, en las plazas de Jerusalem, la igualdad y fraternidad de los hombres, la caridad, vínculo que une la tierra con los cielos, el perdón de los enemigos, el abandono de la ley antigua por la nueva, el pago al César de lo que es del César, y á Dios de lo que es de Dios, la tolerancia, y la dignidad del pobre, de quien es el reino de los cielos, condenando la dureza y la avaricia de los ricos. Sus virtudes, sus actos prueban mas aún que sus palabras, la divinidad de su misión, y predicán elocuentemente una doctrina que jamás salió de boca humana. Amaba y comprendía la amistad. El hombre á quien sacó de la tumba, Lázaro, era su amigo; su mas grande milagro fué un tributo al mas sublime sentimiento de la vida. El amor de la patria halló en él un modelo. Desde lo alto de una colina tiende su vista sobre la ciudad de Jerusalem, condenada por sus crímenes á una horrible destruccion, y no puede contener sus lágrimas. *Vio la ciudad*, dice el apóstol, *y lloró*. Tolerante cuando sus discípulos le pedían que hiciese llover fuego del cielo sobre Samaria que le rehusó la hospitalidad, *no sabes lo que pedís*, les respondió indignado. Atributos de la divinidad son la moral mas pura y el corazón mas tierno. Modelo de todas las virtudes, la amistad le contempla dormido sobre el pecho de Juan, ó haciendo al discípulo hijo de su propia Madre; la caridad le admira en la sentencia de la mujer adúltera, la piedad le encuentra por todas partes bendiciendo las lágrimas del desgraciado; su inocencia y candor resaltan en su amor á la infancia cuando manda *que dejen llegar á él los niños*; la fuerza de su alma brilla en medio de los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un legado de misericordia!

Doce discípulos elegidos entre el pueblo que le seguía á la montaña, reciben la misión de propagar su ley por todo el mundo. A pesar de los liectores de Tiberio, de los sacerdotes de Moisés, Jesus de Nazareth entra triunfante en Jerusalem proclamado profeta por los centuriones mismos; empero este triunfo fué ignorado entonces en el mundo romano, excepto en la ciudad lejana donde se pronunciaba la muerte del triunfador. Roma no se apercebia de que el Evangelio iba á cambiar sus destinos y los del universo.

A la publicación del Evangelio, la esclavitud dejó de ser el derecho común de las naciones.

Esta milagrosa peripezia del mundo antiguo, se anuncia por una multitud de prodigios. Oscurécese el sol, tiembla la tierra, abrense las puertas del templo de Jano, se apaga el fuego en las aras de las vestales, el Arca santa de la Alianza queda descubierta en el santuario. . . empero en el momento en que se rasga el velo del templo, se rasga tambien la ley del mundo esclavo. Reviste entonces la restidura del martirio, hasta que libre por la sangre derramada, el cristianismo fuerza á los Césares mismos á tomar por estandarte, por simbolo de su poder, la cruz del Mesías. ¡Tres siglos duró la lucha!!

Las persecuciones empezaron primeramente por los judíos. Estaban el Diácono recibe la primera corona, luego Santiago el Mayor y Santiago el Menor. Podavía no entraban los Césares en la lucha, los cristianos eran tan poco numerosos, que una provincia con sus odios bastaba para el combate. Pronto aquellos hombres fueron unos gigantes y los emperadores se alzaron con todo el poderío romano. Antes del primer edicto de esterminio, la virgen Tecla muere degollada en el anfiteatro de Leonor. Nerón corona la ciudad imperial de una diadema de llamas y acusa á los cristianos de aquel incendio. Tan terribles le parecían ya, que se necesitaba este gran pretexto para entregarlos á los verdugos. Los dos principales mártires son, Pablo, decapitado como ciudadano romano, y Pedro, crucificado cabeza abajo en el monte Janículo. El Coliseo construido por treinta mil judíos cautivos, desgraciado resto de un millón de habitantes degollados en Jerusalem por aquel Tito que fué las delicias del género humano de aquella época, vió correr la sangre de los mártires cristianos devorados por los monstruos del Asia y del Africa en presencia de los emperadores y del senado, de las vestales y de las cortesanas de Grecia. Entónces en los jardines y en las plazas públicas, los cuerpos inflamados de los cristianos sirven de antorcha á los paseantes. Apenas empiezan á cerrarse las primeras llagas de la Iglesia, cuando Domiciano, hermano de Tito, renueva los edictos de Nerón. El apóstol Juan es nacido en una caldera de aceite hirviendo y luego desterrado á Patmos. El cónsul Acilio Glabrio es condenado á muerte como Flavio Clemente, sobrino de Vespasiano, y que acababa de ser cónsul. Al principio de la tercera persecucion, la mujer de este último héroe, *Flavia Domitilla*, es atada en su palacio donde degüellan á toda su servidumbre. Evaristo, cuarto sucesor de San Pedro; Simón, segundo obispo de Jerusalem; Ignacio, tercer obispo de Antioquia, perecieron en tiempo de Trajano. Citamos solo los principales para que se vea qué grandes hombres contaba ya el cristianismo entre los mártires!

Desde las miserables cabañas del pobre á quien emancipaba la religion, habia penetrado en los palacios de los grandes y de los emperadores: desde el ignorante que la habia aceptado como su luz, en las tinieblas de la vida, habia subido hasta los retróicos y los filósofos, que se creian á sí propios su propia luz y su propia sabiduría. De ayer somos, decía Tertuliano á los gefes de Roma, y ya todo lo ocupamos, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras decurias, vuestros consejos, pulcino, senado y foro, tan solo os dejamos vuestros templos. *Sola reliquimus templa.* Las persecuciones aumentan el cristianismo. Nueve persecuciones han pasado sobre la Iglesia, torrentes de sangre han corrido; empero nuevos cristianos caminan al martirio ó al triunfo. Aureliano muere, ya no se ejecutan sino á muy raras intervalos los edictos sangrientos. Durante los reinados de Tácito, Probo, Caro, Carino, Numeriano, la Iglesia recuperó nuevas fuerzas que le eran muy necesarias porqué la era de los mártires va á comenzar con Diocleciano, que venciendo á sus rivales, queda dueño del imperio, hijo de un liberto pero tan grande hombre como Augusto. Prudente y de un carácter moderado, no piensa mas que en formar un nuevo imperio con su saqaz política; pero los neoplatónicos de la secta ecéptica, siempre propensos

á la persecucion, tenían gran crédito con Maximiano Hércules, á quien á pesar de su ignorancia y de sus vicios, Diocleciano habia asociado al imperio, y mas particularmente cerca de Maximiano su sobrino y del pastor Galerio, elevado al título de César. Por medio de sus obras y en las escuelas, los filósofos escitan al emperador á acabar de una vez con los cristianos. Se hace hablar á los oráculos, todos los restos del paganismo se sublevaron contra la Iglesia. Entónces se oye en el mundo un inmenso grito de dolor, al que responde el canto de los ángeles que bajan á confortar á los mártires con palmas cogidas en las inimitas llanuras de los cielos. La Iglesia recién salida de las catacumbas y de los subterráneos, vuelve á ellas enlutada para salvar las cosas sagradas de la profanacion y conservarse algunos miembros. ¡Ah! cuántas vergonzosas deserciones hubo en aquellos amargos dias! Y tambien cuánta maravilloso valor se revela en los tormentos que inventa la tiranía! Una mano cuyos golpes son inesperados hiere á Diocleciano. Galerio y Maximino le obligan á abdicar con Maximiano. Pronto Dios llama al infante Galerio al castigo de su justicia; por espacio de diez y ocho meses una oleera le devora, todo su cuerpo no es mas que una hedionda llaga, y al fin espira en Sardica en medio de los mas atroces dolores, confesando en cierto modo sus crímenes con un edicto en favor de los cristianos; Maximino y Maxencio que le suceden, continúan su persecucion; empero Dios, en los tesoros de su bondad, reservaba un salvador. Constantino es proclamado emperador por las legiones, marcha contra el tirano Maxencio, le derrota en dos batallas, en Turin y Verona, y avanza sobre Roma donde aun le falta vencer un ejército formidable y superior al suyo. Su ejército está cansado, de refresco y decidido el del tirano. Aquella batalla va á decidir la suerte del mundo! De repente la cruz que habia estado escondida por mas de trescientos años en las catacumbas y en las prisiones, aparece encima del sol en el limpido azul de un cielo sin nube alguna, y escrito á su alrededor en luminosos caracteres estas cuatro palabras: *In hoc signo vinces.* Constantino tomó por enseña este signo prodigioso, el lábaro, y dos dias despues Maxencio á pesar de las mentidas promesas de los oráculos, ve destrozadas sus tropas, y nueve Paronis se sumerge con ellas en las ondas del Tiber. Constantino es recibido como libertador de Roma. Con aquel grande hombre la religion subió al trono del mundo: La lucha está acabada. La prueba del martirio llega á su fin, los dias de ventura prometida recibieron su cumplimiento. La bandera de la libertad del mundo fué la cruz, antes signo de oprobio y de persecucion!!! Tal es el magnífico cuadro de la primera y mas grande época del cristianismo, en los tres primeros siglos que se presentan á nuestra imaginacion en aquel silencioso y mudo panteon, donde se conservan los restos de los mártires, archivo magnífico de la religion cristiana, las Catacumbas, las que debemos ligeramente hacer recorrer á nuestros lectores para que puedan comprender mejor los grandes hechos que vamos á referir, y cómo en medio de una poblacion siempre creciente de cristianos de que se hallaba casi llena Roma, y mientras muchos de ellos regaban con su generosa sangre la arena del anfiteatro, y caia bajo el hacha de los verdugos, un número mucho mayor escapaba á la rabia de sus perseguidores. Al recorrer con nosotros nuestros lectores estas in-

mensas subterráneas galerías, tendrán ocasión de pronunciar algunos de los nombres mas ilustres de los tiempos apostólicos.

El origen de las catacumbas, cuya estension aun no se ha podido medir, se pierde en la noche de los tiempos, y la opinion mas verosímil es que fueron abiertas desde la fundacion de la Roma pagana; para la extraccion de puzelana, especie de tierra volcánica que se empleaba y se emplea hoy todavía en la construcción de los edificios; y no es necesario decir que aquellos duros trabajos eran el destino de los esclavos y de aquellos cuya pobreza les habia reducido á la clase mas infima de la sociedad. Luego que la Roma cristiana apareció en el mundo para ser perseguida por la otra, aquellos pobres, aquellos esclavos á quienes habia recibido en su seno, y cuya caridad y doctrinas sublimes habian mudado su corazon borrando su ignominia, dieron á conocer á sus hermanos las aberturas por donde se penetraba á aquellas grutas, así como sus profundas simosidades donde podrian hallar abrigo seguro é inaccesible. En efecto, como en tiempo de los Césares solo proseguian los trabajos en ciertos puntos, y de distancia en distancia, la mayor parte de aquellas inmensas cavernas habia dejado de ser frecuentada, habiéndose perdido hasta su rastro.

Los cristianos se aprovecharon de este descubrimiento, primero, para ocultar en las cuevas sus muertos, cuyos despojos no querian fuesen profanados mezclándolos con los de los paganos; despues para ocultarse ellos mismos cuando la persecucion los obligó á ello, y abundando algunas veces en la toba de otras galerías debajo de las canteras de puzelana, ensanchando en otros puntos cuando lo creyeron necesario las antiguas escavaciones, las acomodaban de este modo al doble uso de sus sepulturas y de sus reuniones. Allí donde el terreno presentaba mas solidez, hicieron para las ceremonias del culto vastas salas de distintas dimensiones, pudiendo ser consideradas como la cuna subterránea de la arquitectura cristiana esas capillas mas ó menos espaciosas.

La mayor parte de los cementerios los establecieron á alguna distancia de las murallas, y á distancias mas ó menos apartadas. Comparativamente hay un número muy corto sobre la margen derecha del Tiber, en los flancos del monte Janículo y en las campiñas inmediatas; pero son mas comunes en la otra parte de Roma, bajo los campos de esa vasta llanura que se alza entre el recinto de la ciudad y los montes.

Las grutas del Vaticano son innegablemente uno de los establecimientos subterráneos mas antiguos; es probable que su origen sea anterior á la muerte de San Pedro, y que subsista á algunos años antes del estermio de los cristianos, mandado por Nerón, "el primero, dice Tertuliano, que ensangrentó la fé naciente," y ora fuese crucificado el príncipe de los apóstoles sobre el mismo Vaticano, ora en la pendiente del Janículo, en el sitio donde está situada la iglesia de *Montorio*, los documentos mas antiguos y seguros están conformes acerca de este punto: esto es, "que su cuerpo fué sepultado en aquellas grutas."

Partiendo del Vaticano se encuentra cerca de la Via Anclia otro cementerio, cuya antigüedad no es muy grande, y donde fueron enterados Proceso y Martiniano, carceleros de San Pedro, en la prison *Martina*, convertidos por él, martirizados un año despues, y que hoy re-

posan en la gran basilica Vaticana, junto á su *confesion*. A alguna distancia de ese cementerio, y tambien sobre la via Aurelia, se hallaba el del mártir Calepodio, cuyo cadáver fué sacado del Tiber y enterrado en aquel sitio por disposicion del papa Calisto, su amigo. Tambien allí fué enterrado un tierno mártir de catorce años (San Pancracio), cuyo nombre volveremos á encontrar entre los que sufrieron improprio Dicoeciano. A alguna distancia de allí en las cercanías del Tiber, y cerca de la via Portuesa, están las grutas de *Pomeciana*, llamadas desde el siglo IV, porque recibió las reliquias de muchos mártires, y cuyo rastro, perdido hacia mucho tiempo, fué encontrado en el siglo XVI.

Despues de salir de las grutas *Pomecianas* y pasar el Tiber, se llega á las inmediaciones de la puerta Ostia, donde están situados los cementerios de los santos Félix y Adaneto, de San Ciríaco, San Timoteo de Antioquia y San Zenon, los cuales forman, por decirlo así, un cinturón de catacumbas, en derredor del sitio en que habia sido colocado el cuerpo de San Pablo. El cementerio de *Lucina*, al cual se habia confiado este precioso tesoro, era muy conocido y frecuentado aun en tiempo de las persecuciones.

Los subterráneos que acabamos de recorrer, forman una línea que se estiende desde el sepulcro de San Pedro al de San Pablo, y encierra á casi la mitad de Roma.

Tomando por punto de partida la region del Vaticano, hallamos otra línea de cementerios antiguos, que forman por la parte opuesta un gran semicírculo al rededor de la ciudad santa. En la via Flaminiana, que se abria á corta distancia del mausoleo de Augusto, ocultaba un montecillo la gruta sepulcral del mártir San Valentinio. Desde allí hasta la via Salara parecia casi interrumpida la Roma subterránea, y en este último camino las célebres catacumbas de Santa Priscila son, por decirlo así, el centro de otras muchas grutas, que bajo nombres diferentes, solo forman con ellas un inmenso grupo de galerías fúnebres. La historia habla de tres ilustres cristianas, llamadas así: la primera, muger de Aquila, discípulo de San Pablo; la segunda, muger de Pánico Pudens, que dió hospitalidad á San Pedro; la tercera contemporánea del papa San Marcelo, á principios del siglo IV. Tal vez esta trabajó por sí sola en el engrandecimiento de aquel cementerio, pues las actas de Santa Prudenciana y Santa Praxedes, hacen mención de haber sepultado á varios cristianos en las catacumbas de Priscila, á lo menos de siglo y medio antes. Así es que su origen se remonta á los tiempos apostólicos.

Allí estaba el sepulcro de la primera familia cristiana de Roma, de la que la historia nos presenta como tal, y cuyos nombres conocemos hasta la tercera generacion. Se compaña del senador Pánico Pudens, de Priscila su esposa, su hijo á hijastra, Pudens el menor y Sabinela, los hijos de éste, Timoteo y Novato, Prudenciana y Praxedes. En casa de Pudens se reunieron los cristianos en un principio para asistir á los sagrados misterios, para recibir la comunión de las manos de Pedro á quien habia dado hospitalidad. Parece que en las dependencias de su casa habia establecido aquella noble familia un cementerio provisional, en el cual depositaba los cuerpos de los mártires; hasta que pudieran ser conducidos en secreto al gran cementerio de la via Salara. Du-

rante cerca de tres siglos bajaron muchos cristianos á aquella morada de la muerte que les habia preparado la misma Priscila, que cuando vivia habia convertido su casa en asilo de tantos confesores de la fé.

Dejando la via Salara, se encuentra cerca de la via Nomentana el cementerio de Santa Inés, esa tierna mártir de la fé y del pudor, cuya interesante historia, así como su maravillosa aparicion, tendrá un lugar distinguido en nuestra historia. Otros muchos cementerios cuya numeracion seria muy larga, estaban situados acá y allá en los caminos que partiendo de Roma se prolongaban entre la puerta Nomentana y la puerta Capena, entre otros la via Tiburtina, la cosa en que fueron sepultados los cuerpos de San Lorenzo y Santa Ciriaca, y en la cual vienen á desembocar otros muchos subterráneos en la via Labicana; las grandes catacumbas de los Santos Pedro y Marcelino; cerca de la via Latina, tan ilustre por sus sepulcros paganos, el cementerio de Serviliano y Simplicio que debe contarse entre los mas antiguos. En fin, estas dos grandes líneas de subterráneos que acabamos de recorrer y cada una de las cuales rodea casi la mitad de Roma partiendo del Vaticano, vienen á juntarse hácia el Sudeste de la ciudad, donde desembocan en esa via célebre Apia llamada la reina de los caminos: Allí en medio de las sepulturas de las familias mas grandes de Roma, está situado el cementerio de San Calisto. Engrandecido y restaurado por el papa cuyo nombre lleva, ya existia hácia mediados del siglo segundo, y hay algun motivo para creer que habia sido empezado en el primero por aquella Lucina que habia cuidado de dar sepultura á San Pablo. Se hace subir á ciento setenta y cuatro mil el número de mártires cuyos cadáveres han sido colocados allí en la sucesion de los tiempos. Efectivamente era bastante estenso para recibir un mayor número de muertos.

Al lado de este cementerio, y casi al mismo nivel, se hallaba y existe todavía un subterráneo semicircular, al único á que se dió en aquellos antiguos tiempos el nombre de *catacumbas* (sitio inmediato á las tumbas) ó el de *catacumbas* (sitio bajo y profundo) con el cual se conocen hoy todos esos cementerios.

Algunos autores han pensado que este subterráneo era un monumento primitivamente pagano, que despues fué abandonado. Sea lo que fuere, presentaba en su cavidad una iglesia materialmente perfecta, y mucho mas espaciosa que la mayor parte de las capillas que podian hacerse en las canteras de la campiña romana. Por otra parte, su situacion cerca de la via Apia era favorable, pues los cristianos que frecuentaban aquellas catacumbas, podian con mas facilidad que sobre otros puntos alejar las sospechas, como que sus idas y venidas podian confundirse con las de aquellos que por motivos de curiosidad ó afecto iban á visitar aquellos sepulcros tan famosos, situados á los lados de aquel gran camino. Estas diversas circunstancias, y el singular acacimiento que desde el siglo primero habia santificado aquel asilo subterráneo, habian determinado á los papas á convertirlo en albergue suyo en los tiempos de persecucion, y en el curso de los siglos segundo y tercero, muchas veces lo convirtieron en catedral y centro de su gobierno.

Llegábase allí, como hoy, por dos rampas formadas hácia la via Apia, la una y la otra parte de la via Ardeatina. Desde luego se presenta un

departamento que dicen era de los papas, y un poco mas abajo se abre la puerta de la basilica, alumbrada en otro tiempo por cuatro claraboyas largas y estrechas. En un rincon de esta iglesia se elevaba la silla pontifical construida de mármol, existiendo incrustado en la pared un banco circular tambien de mármol. En medio está un altar antiguo sobre un pozo, cuyo orificio se puede ver por un agujero abierto en la misma base del altar, y forman una especie de cinturón doce sepulcros arqueados hechos en la pared, (en otro tiempo habia catorce) y colocados en una misma línea horizontal en la circunferencia interior de la iglesia.

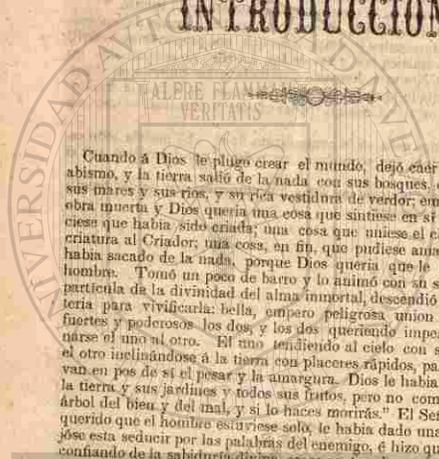
Basta esta corta descripcion de las catacumbas, escena de sucesos eminentemente interesantes y dramáticos que nos proponemos referir. En la historia eclesiástica las acts de los mártires no ocupan sino un lugar secundario. Nosotros hemos consultado gran número de documentos, hemos visitado las bibliotecas del Vaticano en Roma, la Ambrosiana en Milan y otras. Creemos poder ofrecer á nuestros lectores un libro interesante.

Ningun mérito nos cabe en la composicion de él. El interés todo está en el mismo asunto, tan pintoresco, tan poético, tan dramático por sí mismo.

En nada nos separamos de las acts y documentos que hemos tenido la dicha de poder consultar.

JANIL
 NOMA DE NUEVO LEÓN
 AL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION.



Quando á Dios le plugo crear el mundo, dejó caer su vista sobre el abismo, y la tierra salió de la nada con sus bosques, con sus montañas, sus mares y sus rios, y su rica vestidura de verdor; empero era esta una obra muerta y Dios quería una cosa que sintiese en sí misma, que conociese que habia sido criada; una cosa que uniese el cielo á la tierra, la criatura al Criador; una cosa, en fin, que pudiese amar la mano que le habia sacado de la nada, porque Dios quería que le amasen, é hizo al hombre. Tomó un poco de barro y lo animó con su soplo divino, y esa partícula de la divinidad del alma inmortal, descendió al seno de la materia para vivificarla; bella, empero peligrosa union de dos principios fuertes y poderosos: los dos, y los dos queriendo imperiosamente dominarse el uno al otro. El uno tendiendo al cielo con sublimes goces, y el otro inclinándose á la tierra con placeres rápidos, pasajeros y que llevan en pos de sí el pesar y la amargura. Dios le habia dicho: "Te doy la tierra y sus jardines y todos sus frutos, pero no comerás del fruto del árbol del bien y del mal, y si lo haces morirás." El Señor, que no habia querido que el hombre existiese solo, le habia dado una compañera. Dejó esta seducir por las palabras del enemigo, é hizo que el hombre, desconfiando de la sabiduría divina, osase contra el mandamiento del Señor, poner la mano en el árbol de la ciencia, y fácil le fué conocer la vanidad de la sabiduría humana. La mujer, simbolo de la naturaleza sensual, habia triunfado de Dios en el corazón del hombre; el espíritu habia sido vencido por la materia, y permaneció por largo tiempo su esclavo. Dios que habia sometido al hombre á esta primera prueba, le halló muy débil, quiso que bebiese hasta las heces de la encantadora copa que una vez habia llevado á sus labios, para que conociese que era de hiel y de absinthio y que de ella se destilaba la vergüenza y la muerte. Dios le abandonó á la falsa ciencia, le dió los rios y los montes, las tierras y los mares. "Rechúsan mi ayuda, pues marcha, tuya será la naturaleza; serás rey del mundo, pero necesitarás dioses creados á tu semejanza; amasarás el barro de que te he formado y adora la obra de tus manos. En seguida tornó á su reposo."

Y el hombre, ángel degenerado á quien faltaban las alas para volverse al cielo, quedó aterrado en nuello de aquella inmensa soledad que el espíritu de Dios llenaba hacia un momento. Desnudo, avergonzado, se escondió en un rincón de la tierra. El hombre se habia embriagado con los placeres, desobedeciendo á su Dios. ¡Larga fué la embriaguez! Durante cuatro mil años, la humanidad como una Joca bacante coronada de flores, que muy pronto se marchitan en su cabeza, corrió de altar en altar á queñar su incienso á los dioses impuros del naturalismo.

Vió pasar una tempestad, y la adoró. La encina y el monte no doblaron sus cimas bajo la tempestad, y los creyó mas fuertes que la tempestad, y los adoró.

El sol dispersó las nubes apañadas, acalló los vientos, iluminó la montaña, y el hombre adoró al sol.

Luego vió hombres que no temieron ni la tempestad ni el rayo, y adoró á los poderosos, les erigió altares, les sacrificó víctimas, y cuando miró la huesa doode habia sepultado á aquellos dioses-hombres, despues de su apoteosis, y no halló mas que ceniza, se dijo á sí mismo: "Los dioses han muerto."

La idolatría fué la llaga de la humanidad, y cuando desaparecen los héroes que miró como dioses, crean aún los pueblos mas cultos otros, como el dios del rayo, el dios del vino, de las riquezas, la diosa del amor, de la caza y de otros placeres sensuales, Júpiter, Baco, Pluto, Venus y Diana! No hay en el Olimpo, tan poblado de dioses, lugar para una divinidad que represente una idea moral! la idolatría es el triunfo mas completo de la parte menos noble de nuestra existencia. ¡No hay dioses! dijo mas tarde el hombre entregándose á la incredulidad.

Pero ya se habian cumplido los tiempos; esas palabras que aterraron á los amigos de Job, salieron de la nube: "¿Dónde estabas tú que me reniegas? ¿dónde estabas cuando crié el cielo y la tierra?"

"¿Dónde estabas cuando suspendí el sol y las estrellas del firmamento?"

"¿Dónde estabas cuando dije á las olas que volbiesen al seno del mar, á la tierra que se cubriese de verdura, á los animales que naciesen y á tí que salieses de la nada?"

Dios habia dejado á los hombres convencerse por sí mismos de su impotencia; iba á estender en su compasion su mano sobre ella; iba á enviarles la *luzna nueva*.

En los extremos del Mediterraneo, en los límites de Europa y Asia, se halla un país estéril, montanoso, donde el mar no abre un solo puerto y que encierra el desierto con su cintura de arenas; tierra de desolacion junto á las orillas del Eufrates y del Nilo. Allí fué á refugiarse lejos de las seducciones del Egipto, conducido por uno de los hombres mas grandes que ha tenido el mundo, un pueblo de antiguos pastores que abandonando su vida nómada, se inmortalizó en los nombres de la Judea. Al lado de aquellos grandes imperios de Asia á los que la crítica moderna no ha podido todavía dar una historia, una pequeña tribu pobre y desconocida del antiguo mundo ha consignado toda su historia en anales escritos, y fué la sola que en medio de la antigüedad pagana profesó el dogma de un Dios único y moral, teniendo por legislador á Moisés, im-

ponente géneo que aparece tan luminoso y gigantesco en medio del Egipto, arrancando á las tribus de Israel á una esclavitud de dos siglos, llevándolas á través de las arenas del desierto, del hambre, la sed y la rebelión, á las hermosas llanuras de Canaan; creándoles un culto, una legislación, un imperio, una historia, y abriéndoles de un solo empuje aquellos grandiosos destinos que hicieron de ellos uno de los primeros pueblos del mundo.

Cierto que jamas la intervencion de la Divinidad se manifestó mas magnífica, mas irresistible, que en el establecimiento de la nacionalidad hebrea; observese cómo en la elevacion de aquel pueblo privilegiado, todo es sobrenatural, milagroso, divino. ¡Oh! entre los hijos de los hombres á ninguno puso el Señor en la frente un sello mas brillante que á Moisés; ninguno abarcó mas que él todas las lúces, todas las fuerzas, todos los diversos poderes del genio, ni impuso á los pueblos con mas autoridad las voluntades de Dios, de que era el intérprete.

José, hijo de Jacob, habia muerto hacia mucho tiempo, y los Faraones, olvidando lo que habia hecho por el Egipto y la gratitud que debían á su posteridad, tenían á los israelitas reducidos á una dura esclavitud, y los sacrificaban por generaciones enteras empleándolos en la construccion de aquellas obras colosales y estériles, cuyas piedras todas estaban unidas con sudores, lágrimas y sangre, cuando pensó Dios en cumplir la alianza que habia concertado con Abraham, Isaac y Jacob, é hizo nacer de Amram y de Jacobed, en medio de las persecuciones y de los peligros mas inauditos, un niño que cobijó bajo sus alas, que hizo crecer en medio de sus enemigos, y á quien instituyó su vengador y el ejecutor de sus promesas.

Cuidadoso del rápido incremento de la poblacion israelita, que se multiplicaba sobre el suelo de Egipto á despecho de los trabajos y de las fatigas de la esclavitud, el Faraon que reinaba por los años 2464 del mundo, mandó que todos los hijos varones que les naciesen á los israelitas, fuesen echados al Nilo. La madre de Moisés lo tuvo escondido tres meses y lo crió en secreto hasta que, temerosa de las pesquisas de los egipcios, resolvió meterlo en una cuna de mimbres calafateada de betun, y confiarlo sobre el Nilo al ojo del Señor, porque el Señor era quien le habia inspirado esta resolucion: Marta, hermana del niño, se quedó en la márgen á observar lo que pasaba. La hija de Faraon, Thermutis, que, segun su costumbre, iba á bañarse en aquel sitio, ve la cuna, envía á sus criadas á recogerla, coge al niño en sus brazos, y penetrada de una sábita inspiracion, se lo lleva al palacio de los Faraones y lo presenta á su padre, á quien comunica su compasion y su entusiasmo. En vano el niño Moisés, sobre cuya frente ha puesto el rey por broma su corona, la derriba y despierta con este presagio los terrores del palacio; Thermutis lo cria con particular cariño, y pronto su inteligencia, bendita de Dios, abarca y domina todas las ciencias egipcias.

Y todas las honras lo rodeaban, y cuantos lo rodeaban depositaban á sus pies todo lo que puede satisfacer una ambicion humana; pero en vano el poder derrama sobre él todos sus favores. Moisés en su prosperidad, no vé mas que la desgracia de sus hermanos, y no comprende en

su propia elevacion mas que la esclavitud de ellos. Su compasion á aquellas desgraciadas tribus aumenta al mismo tiempo que su ódio contra sus opresores; y estos dos afectos fermentan tan enérgicamente en su alma, que un día viendo á un egipcio maltratar á un israelita, no puede contener la generosa indignacion que lo arrebató, y venga á su hermano.

Pero no tarda en descubrirse la muerte del egipcio, y Moisés, precisado á huir, se interna en la soledad. Jetró lo acoge bajo sus tiendas, le da su hija Ragnel y le confia la guarda de sus rebaños. Moisés tenia entonces enarenta años.

Otros cuarenta años pasa en el desierto meditando profundamente sobre las miserias de Israel, construyéndole en su pensamiento una libertad, un poder, una gloria de que le dotará andando los tiempos, y aguardando la orden del Señor con aquella imperturbable paciencia de los patriarcas, para quienes los años no eran nada, porque su mirada profética abarcaba los siglos.

¡Al fin llegó aquella orden de Dios!

Un día, en el fondo mas misterioso de la soledad, junto al monte Horeb, Moisés, separándose de sus ganados, empezaba á engolfarse en su eterna meditacion, cuando de repente empieza á arder á su vista una gran zarza, y de aquella zarza, que arde sin consumirse, ve salir una de aquellas apariciones que nadie puede decir, porque nadie las ha visto mas que los elegidos del cielo.

¡Era el Señor!

“Te he elegido, dijo á Moisés, para libertar á mi pueblo: vé, pues, y di á Faraon que le abra las puertas del Egipto, porque yo lo mando, yo que soy el Señor Dios.”

Moisés que no tiene todavia aquella enérgica y ardiente fé que le hizo abrir algun día las aguas del mar Rojo, titubea y pregunta por qué signo reconocerá en el rey de Egipto al enviado del Señor.

“Vé, hijo de Amram y de Jacobed; vé y yo te guiaré.”

Al mismo tiempo, el Señor se revela aun mas visiblemente á su enviado por la milagrosa transmutacion de su vara en serpiente, y por la repentina curacion de una lepra que en un punto blanqueó su mano.

Una última dificultad detiene á Moisés: *incircuncion de los labios*, teme que su lengua haga traicion á sus palabras en presencia del rey de Egipto; pero el Señor lo tranquiliza y le dice que vaya á buscar á Aaron, su hermano, y que hable á Faraon por boca suya.

Entonces Moisés comprende que ha llegado la hora, sale de la soledad donde han madurado sus sublimes esperanzas, entra en Egipto, se da á conocer á Aaron, le revela los designios de Dios; y ambos se encaminan al palacio del rey.

“El Señor nos ha enviado á tí, le dicen, á nosotros, los hijos de Israel, para anunciar que va á acabar la esclavitud de nuestros hermanos, y que va ha llegado para nosotros la época de salir de Egipto: manda, pues, á los tuyos que nos dejen partir libremente, porque vamos, despues de tres jornadas por el desierto, á sacrificar al Señor.”

Admirado del altivo lenguaje y del inspirado ademán de aquellos

hombres, Faraon, que era el tercer rey que habia tenido el Egipto desde la fuga de Moisés, les pregunta quien es el Dios que manda así á los reyes, y cuáles son las señales de su poderio.

“Nuestro Señor, responde Moisés, es el único, el verdadero Dios, el Dios de la tierra y del cielo. ¡Ay de los incrédulos que atraen sobre sí el ojo de su cólera!”

Al mismo tiempo el milagro de la vara convertida en serpiente y del agua trocada en sangre, confirma á Faraon las palabras del grande anciano; pero sus cortesanos y sus adivinos oponen á aquellos tremendos testimonios vanos simulacros que lo alucinan, y los dos enviados salen del palacio tristes, pero siempre firmes y confiados en la palabra de Dios.

Desmeditado con su ausencia y enfurecido con los consejos de los suyos, el Faraon hace pesar sobre las israelitas una esclavitud mas dura que antes, y los condena á nuevas miserias. Aquellos desgraciados achacan á Moisés aquella retroescencia de calamidades, y empieza contra él aquella resistencia ciega, tenaz, que embarazan á veces, pero que jamas detendrá la marcha de su libertador, porque su ardiente ojo contempla siempre el fin, y porque tiene fe en sí mismo y en el Señor.

Y el Señor envía contra el Egipto la primera de aquellas diez plagas que debén ser otros tantos avisos para el Faraon rebelde.

Cuando la plaga ha hecho todos sus estragos y no puede menos el rey de reconocer en aquel primer castigo una mano omnipotente, llama á Moisés: “Aplaca á tu Dios, le dice, y doy libertad á tus hermanos.”

Moisés, sublimado por la energía de su voluntad y con quien ya los reyes tratan de igual á igual, se dirige al Señor, y la plaga recoge sus alas.

Pero el Faraon olvida su promesa y hace mas duro el yugo de Israel; y una segunda plaga, estendiéndose sobre el Egipto, viene á despertar los terrores del incrédulo, que llama á Moisés, le promete de nuevo la libertad de sus hermanos, y la segunda plaga huye ante el soplo del Señor.

Diez veces el Faraon quebranta su promesa, y otras diez la cólera de Dios cae sobre el Egipto, y otras diez tambien brilla la intervencion de Moisés. Llegan en fin, el dia señalado para la partida, y Moisés, cuya mision sacerdotil y legisladora comienza desde entonces, consagra aquel dia con una fiesta fraternal que debe reunir á todas las tribus en una patética comunión, y recordarles perpetuamente el beneficio de Dios, al mismo tiempo que el poder del amor, la Pascua, fiesta sublime de la que el otro legislador, un legislador divino, debe hacer mas adelante el simbolo de otra libertad, de otra comunión!

El décimoquinto dia del mes de Ábib, que entonces llegó á ser el primer mes del año de los hebreos en conmemoracion de aquel gran suceso, mil cuatrocientos noventa y un años antes de Jesucristo, las diez tribus salieron de Ramessé y de las otras ciudades de la tierra de Gosen, en número de sesiscientos mil hombres á pie, escoltando á las mugeres, á los niños y á los ancianos, y llevando en carros los vasos, los muebles, las ropas y todo lo que han tomado de los egipcios por precio de su larga esclavitud.

Y Moisés que camina á su frente, los lleva al desierto: va andando, y

su pensamiento que siempre está en el porvenir, medita las leyes y las costumbres que dará á aquel pueblo nuevo, cuyos destinos va á crear: va andando, y la inmensa multitud que lo sigue penetra confiada y serena en la soledad. No sabe á dónde va, pero sabe quien le guia, y el genio de un hombre solo anima y arrastra aquellas masas ondesantes que se dilatan por el desierto, como una serpiente sin fin. Sopie en buena hora el solano, alce la arenosa soledad sus alas, como una mar embravecida, seque el sol todos los manantiales; Moisés nada teme por sí ni por los suyos: va andando, andando sin parar, y Dios: vela desde la altura.

¿Veis esa blanca nube que se despliega á la cabeza del campamento? Es el genio de Moisés que refleja los rayos del cielo, es el estandarte que el Señor da á su pueblo, y que ondea como un blanco penacho encima de las falanges. Pero cae la noche y condensa sus tinieblas en derredor del celeste emblema, que renace lentamente como una pálida aurora, se ilumina fuego y brilla en breve como un espléndido sol.

Llega la peregrina muchedumbre á las orillas del mar Rojo, donde se detiene por orden de Moisés, de Moisés que rechina sobre la mano su frente meditabunda, y descansa no porque se sienta fatigado y no sepa á dónde ha de dirigir sus pasos. Ninguno de los ochenta años de su vida ha podido hacer mola en aquella naturaleza tan vigorosamente templada, y su mirada ve siempre reducir en el fondo del desierto las hermosas llanuras de Canaan: pero necesita contemplar aquel mar que viene á lamer sus pies como una oveja cariñosa, conoce la hora en que debe abrirse milagrosamente delante de él, y espera.

Alzanse de pronto confusos y sordos ruidos á gran distancia mas allá del horizonte, semejantes al estruendo del huracan; luego se levantan inmensas nubes de polvo, y como sombríos nubados oscurecen el espacio: de cuando en cuando se ve brotar un rápido relampago entre la oscuridad, luego se exhalan de ellas extraños clamores: revienta en fin el nubado, y descubre las brillantes filas de la caballería egipcia, y los pesados cuadros de los infantes, y los carros bélicos desplegándose como las alas de la muerte.

Es el Faraon que, perjuró por última vez, va á recuperar las tribus de Israel, y á sepultarlas de nuevo en la esclavitud, en los duros trabajos de las canteras y de los canales, de la construccion de los palacios y de las pirámides!

A aquella terrible aparicion, agitanse las tribus desalentadas como una colmena en desorden, se precipitan tumultuosamente al rededor de Moisés, y lo reconocen á gritos por haberlos sacado de Egipto, pues su fuga no habia servido á libertarlos de sus enemigos, y á la vuelta su esclavitud será veinte veces mas cruel. Moisés les señala el cielo y hierre con su vara las aguas del mar Rojo, que se agitan, se dividen y dejan á los atónitos israelitas un ancho camino por medio de sus olas. El pueblo entero se precipita por él, llega el ejército egipcio porronjiendo en feroces ahullidos, párase un momento delante de aquellas montañas de agua erizadas en los aires, y se lanza ciegamente en persecucion de los hebreos. Instrumento el mar de la venganza del Señor, deja pasar á todos los egipcios hasta el último; luego cuando el último de los israelitas ha

puesto el pié en la opuesta playa, ruge como un tigre en acecho, salta sobre su presa, la rodea toda entera y la sumerge en sus abismos.

De nuevo entonces señalá Moisés el cielo á su pueblo, la multitud se prosterna, y por toda la playa resuenan acciones de gracias, himnos de triunfo.

El Señor ha revelado su poderío en favor de Israel; le ha abierto un camino en las aguas del mar, y su pueblo ha andado por el fondo de los abismos, donde jamás había despertado un eco la voz del hombre. Israel ha abandonado el suelo del desierto, y va á buscar al traves de las abrasantes é infernales arenas del desierto, la patria que ha sido prometida á sus padres. Así se ha cumplido la alianza formada en la montaña entre Dios y su siervo Abraham, pero en vano en aquellos brillantes siglos de misericordia y de amor ha podido Israel reconocer la augusta misión de su caudillo; vanamente en su alborozo ha hecho resonar las playas del mar con sus cánticos y sus oraciones, porque ha sido mi Salvador. Pronto aquel pueblo ingrato y rebelde olvidará en las fatigas de su peregrinación al que lo sacó de la tierra de Egipto, murmurará contra su Dios, y sus sediciosas quejas se alzarán contra Moisés, el augusto depositario de sus destinos, y de un porvenir que verá salir el último sol y palidecer las últimas estrellas. Imágen antigua de las tumultuosas pasiones que llenan el corazón del hombre y de las miserias y de las flaquezas que señalan todos los días de la vida, Israel no logrará cansar la paciencia de Dios, y su historia será, durante los siglos, un fecundo manantial de esperanza aun para los mismos que menos merecen refrescar en él sus sedientos labios.

El desierto de Suez estendiéndose delante de Israel sus ardientes soledades y se dilata á inmensa distancia como un inmóvil océano, cuya superficie no ha surcado ningún esquife. El sol, cuyo ardor no templá la verde sombra de ningún árbol, deja caer sobre el pueblo viajero sus inflamados rayos. ¡Aguat! ¡aguat! es el grito común; pero no hay agua que corra clara y limpia en aquel suelo de desolacion: la que alguna rara y remota lluvia ha depositado en la arena, la que contiene la cisterna de Mara, es de una amargura que aumenta la sed en vez de apagarla.

Moisés fido en las promesas del Señor, camina firme y resuelto á la cabeza de Israel; y después de haber invocado la asistencia eterna, echa en las salobres aguas del desierto un *madero* que las vuelve dulces como la leche de las orugas. Pronto mostró á los hijos de Israel la pradera de Elim, cuyas palmas meetingo el viento y donde doce fuentes mezclaban sus benéficas aguas. Acampóse allí Israel, pero fue preciso arrancarse á las deliciosas de Elim, cuyas palmas no tenían ya frutos; cuyas aguas emppezaban á agotarse, y el pueblo entró en el desierto de Sin, que separa á aquella fresca pradera de Siná.

Mas árido todavía, vuelve á aparecer el desierto con sus inmensos valles de arena, donde ninguna planta respira la vida recibiendo el rocío de la mañana; donde la playa muerta y abrasadora no ofrece abrigo alguno contra el sol, ni sitio alguno donde pueda la tienda del viajero desplegar durante la noche su dosel hospitalario. Entonces Israel prurumpe en injurias y en reconvenções contra Moisés y contra Aaron, contra

el profeta y contra el sacerdote del Señor. "¡Oh! esclama, ¿por qué nos habeis traído á estos horribles sitios, para que los hijos de Israel mueran en ellos de hambre y de sed? Volvimos al Egipto, á nuestros duros trabajos y á nuestra cruel servidumbre, mas dulce para nosotros que la cruel libertad que nos habeis dado! Cuando los afanes de la esclavitud quebrantaban nuestros cuerpos, cuando corría el sudor de nuestras frentes encorvadas bajo el palo de los sobrestantes, á lo menos nuestras mujeres y nuestros hijos comían el pan que habíamos ganado, y ahora ¿qué podemos darles en cambio de sus lágrimas? ¡lágrimas y desesperación!"

Oyó Moisés estas tristes palabras y suplicó al Señor que perdonase á su pueblo, porque hay para el triste mortal miserias tales que doblegan su alma, y lo hacen semejante al bruto á causa de las enérgicas y ciegas necesidades que escitan en él; y Moisés comprendió en su corazón que el Señor había perdonado. Entonces reunió á su pueblo, y le dijo: "Acercaos al Señor, porque ha oído vuestras mormuraciones; de él murmurais, porque nosotros ¿qué somos? Esta tarde tendreis carne en abundancia, y mañana al salir el sol os enviaré el pan que le pedis." Humillóse Israel delante del Señor su Dios, y cuando llegó la tarde, una innumerable muchedumbre de aves del cielo se dejó caer sobre el campamento, y á la mañana siguiente cubria todos sus alrededores un nutritivo y celestial maná. Desde aquel día este último predigio se renovó para Israel hasta el momento en que dejando el desierto á sus espaldas, pudo sentarse en el hogar de su padre Abraham, en la tierra de Canaan.

Del desierto de Sin, los hijos de Israel fueron á acamparse en *Rafidia*, donde de nuevo les faltó el agua, y donde nuevamente prorumpieron tambien en violentos murmullos contra Moisés. En aquella ocasion su sedicioso furor no conoció límites, y poco faltó para que levantase la mano contra su juez y su caudillo. Entonces le plugo al Señor dar una magnífica prueba de su proteccion á su siervo; por órden de Dios echó á andar Moisés al frente de su pueblo con los ancianos de Israel, y llevando en la mano la vara misteriosa que habia tocado las aguas del Nilo y convertidas en sangre, llegóse hasta la piedra de Orbi, sobre la cual estendió su vara, y al punto brotó de la peña una fuente de agua pura.

En aquel tiempo, los pueblos que habitaban al otro lado del desierto, tuvieron noticia de la marcha de Israel; los amalecitas resolvieron oponerse á ella. Mandó Moisés al jóven Josué que saliese al encuentro del enemigo á la cabeza de los hombres mas valientes de las doce tribus, y el por su parte subió á la cumbre de la colina alzando sus manos al cielo como pidiéndole la fuerza de que tenía necesidad su pueblo. El Señor dió la victoria á los hijos de Israel, y la nacion amalecita se dispersó delante de ellos como los granos de arena que arrastra á gran distancia el viento del desierto.

Todo se preparó entre tanto para un gran día en Israel, que después de haber recibido de Moisés varias enseñanzas relativas á las solemnidades de los sacrificios, le siguió al desierto de Siná, donde va á consumarse el misterio de una eterna alianza entre el Dios creador y la humanidad. Luego que el pueblo se hubo purificado y que llegó el momento, subió Moisés al monte donde le habia revelado el Señor que se manifestaria á él en presencia de todo su pueblo. De repente el rayo

rasga las nubes con estrépito terrible, mas recio que la voz de las tempestades que revuelven las olas de los mares. Los relámpagos que brillan en el cielo rodean la montaña de una aureola de fuego, porque ninguno mas que Moisés puede penetrar en aquel terrible recinto, é Israel detenido al pie de aquel ardiente valladar, cae la faz sobre el suelo, oyendo el toque de la trompeta que no sonará ya mas que una vez en la tierra, cuando se levante la aurora del postrero dia. Entonces una gran voz pronuncia las diez palabras que encerraban las bases de la ley antigua.

En aquella época fué cuando pasó Moisés largos dias en la soledad de la montaña, y recibió del Señor las dos *Tablas del Testimonio*. Pero mientras meditaba en el solemne silencio de la revelacion, sobre el porvenir de Israel, el ingrato pueblo á quien el mismo Dios se habia dignado visitar, debia nucharse con un crimen abominable: así el hombre entregado á sí mismo no tiene energía max que para el vicio y el error. La ausencia de Moisés hace creer al pueblo que ya no volverá: está impaciente por salir del desierto; quiere tener dioses que vayan delante de él, y volviendo á los recuerdos del Egipto, se subleva contra Aaron, pidiéndole un ídolo. El sacerdote del Señor espera apartar al pueblo de su culpable intento, oponiendo á sus pasiones una pasión mas vehemente en su corazón, la de la posesion de las riquezas de la tierra, y dice á su pueblo: "Traedme los brazaletes de oro, y las armadas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas." Pero el pueblo aluamado hizo lo que Aaron habia prescrito, y cuando Moisés bajó de la montaña y volvió á las tiendas de su pueblo, lo vió arrojado delante del becerro de oro, y dirigiendo votos á aquel ídolo insensible. La ira convierte al santo legislador en juez severo é inflexible: derriba aquel impuro altar, é invoca la espada humana contra Israel culpado. Los hijos de Levi que no se habian apartado del Señor, ejecutan su voluntad, y la sangre lava aquella parte del desierto donde la alianza habia sido fundada y violada casi al mismo tiempo. La voz del profeta resuena robusta y terrible en el campamento; aquel pueblo á quien tanto ha amado, aquel pueblo á quien con la ayuda de Dios ha sacado de la cautividad, no es ya digno de su amor y de sus leyes, y en su santa cólera rompe las tablas donde estaban escritas las diez palabras.

Apodense entonces de Israel un sombrero terror; la mano del Eterno se estienda sobre él, y la cólera del profeta, pasa sobre su frente como una borrasca; revuélcase en el polvo, desgarran sus vestidos y ruega de nuevo al Señor que le perdone su ofensa; llora, y Moisés, movido á compasion, intercede por él; pero despues de un suceso como aquel, es preciso que de nuevo se someta el pueblo á una gran prueba, es preciso que aprenda á conservar su fé en ausencia del profeta. Dirige, pues, Moisés á Israel tristes y severas palabras; reitérale sus mandamientos, y va de nuevo á la cumbre de la montaña á suplicar al Dios omnipotente que perdone á la descendencia de Abraham, y á meditar en su presencia las instituciones que deben encerrarle perpetuamente en la senda á donde quiere conducirlo.

Prepara Moisés nuevas tablas de piedra, y obedeciendo á la voz del Señor, sube segunda vez al Sinai, y se interna en sus soledades. Cua-

renta dias y cuarenta noches habian transcurrido cuando el pueblo lo vió bajar llevando en sus manos aquellas tablas donde el dedo de Dios habia restablecido la ley; porque el Eterno aplacado por el arrepentimiento de su pueblo y por los ruegos de Moisés su profeta, habia renovado con él la alianza de Abraham y de Jacob. Alónto quedó Israel en vista de la magestad que rodeaba á su libertador: sereno y grave, bajaba el santo anciano de las alturas de Sinai; abríanse las nubes delante de él para franquearle paso, y apareció, en fin, como vemos al sol aparecer sobre el horizonte en un cielo despejado, cuando se disipan ante su luz los últimos vapores de la mañana. Así se encaminaba hácia su pueblo en un suave arrobamiento, y dos rayos luminosos salian de su frente. . . .

"Todos los hijos de Israel fueron tambien hácia él, y él les mandó todas las cosas que habia oído de boca del Señor en el monte Sinai."

Estas cosas son grandes: son la obra entera de Moisés, y para que Israel se acostumbrase á respetarlas, fué preciso que su peregrinacion en el desierto durase cuarenta años.

La Biblia no encierra nada tan interesante, cual las sencillas y sublimes palabras con que refiere el último dia de Moisés. Antes de bajar á la tumba el legislador providencial de los hebreos, sube á la montaña de Nebo, desde donde el Señor le hace ver el pais que ha prometido á la raza de Abraham. Despues de cuarenta años de pruebas, llegado á los límites del desierto con aquel pueblo muchas veces sedicioso, ingrato siempre, y cuya frente por último habia hecho inclinar á su yugo, Moisés se detiene y contempla desde lo alto de la montaña con melancólico arrobamiento esa tierra sagrada en donde estaba escrito que él no estamaria sus huellas. Obedece á los decretos del Eterno y vé terminar sus dias tan llenos de trabajos y que habian dado cima á la mas alta mision. En pocos meses pudo Moisés haber atravesado la estension del pais que existe entre el Delta del Nilo y la Palestina; empero no se trataba de un viaje de una caravana ordinaria. Un pueblo con una idea tradicional, pero confusa, de la unidad de Dios, cuando toda la tierra se hallaba sumergida en el politeísmo, y que omlaba en su seno los destinos de la humanidad, se vió repentinamente libertado de la esclavitud por un solo nombre. Sus hábitos, sus costumbres adquiridas en el pueblo que le habia dominado no podian estinguirse en el seno con el tiempo; y despues de muchas generaciones. En vano recibe durante su emigracion la legislacion mas poderosa que pudo jamas darse á los hombres. Poseedor inmediatamente Israel de la tierra prometida, las guerras que hubiera tenido que sostener, su confusion necesaria con otros pueblos, le hubieran hecho perder en poco tiempo el recuerdo de su ley; hubiera sido un pueblo de que la historia conservaria apenas su nombre; empero, Moisés lo detiene durante largos años en los paisés estériles, donde su existencia no dependerá sino de la inteligencia de este hombre divino y de la Providencia que lo inspira, y tontra que doblar su cerviz al yugo de instituciones que deben salvarla y cuyo poder ignora. Para reprimir la impaciencia de los ancianos y el ardor de los jóvenes, Moisés mismo renuncia á la dicha de respirar el aire de la tierra á donde guía á su pueblo, y por orden del Señor declara que la verá, pero que no entrará en ella. Habia llegado el momento en que Israel no necesitase ya de

un juez y de un legislador, sino de un caudillo militar, que acabase por la espada la obra comenzada por la palabra y la religion. La mision de Moisés habia terminado. Llaman á Josué, hijo de Nun, y colocandole sus gloriosas manos sobre la cabeza del nuevo gefe, le dice: "Se firme y valeroso, porque tú harás entrar á este pueblo en la tierra que el Señor ha jurado á sus padres darle, y tú tambien la dividirás á la suerta. El Señor que es tu conductor, estará contigo y no te dejará ni te abandonará jamás: no temas y no te dejes intimidar." Moisés murió á los ciento veinte años de edad. Así fué establecido Josué gefe del pueblo de Israel.

En su eleccion termina el primer periodo de la historia santa, el de la ley, y comienza el segundo periodo, el de la conquista. Josué ejecuta la voluntad de Dios; los hebreos entran en la tierra prometida. La conquista es acompañada de prodigios. Caen al son de las trompetas por tierra los muros de Jericó, el terror se apoderó de los pueblos de Palestina á la noticia de la invasion, y se juntan todos los gefes del pais, á quienes la Escritura llama reyes. Aquí comienzan las operaciones militares y una marcha estratégica descrita en el libro de Josué, con una precision y cuidado notable, y un que quince siglos antes de que la civilizacion hubiese hecho brillar las ciencias entre los griegos, la geografia de la Escritura traza las distancias y describe exactamente los lugares que recorre Israel viagero y conquistador. Los hebreos vencen en todas partes, derritan las murallas de las ciudades, pasan á cuchillo á poblaciones enteras, porque Dios habia prohibido á su pueblo hacer alianza con los que permanecian en Palestina, para que no abandonasen su culto entregándose á su ejemplo á la idolatría. Seria desconocer el objeto inmenso de la legislacion de Moisés y el pensamiento de porvenir y de inmortalidad que le domina, el no juzgar este mandato severo y absoluto mas que por los principios generales de humanidad á que no podia atender el legislador supremo de Israel; la conducta de Josué y de su pueblo en estas circunstancias, es una consecuencia inevitable de la ley, y á ella solo deberia acusarse si se creyese en estado de pesar el entendimiento humano los decretos de la Providencia! A la muerte de Josué manifestaron de nuevo los hebreos su inclinacion casi irresistible á la idolatría, mas fuerte que todas las maravillas de que vivian adn tantos testigos entre ellos. Entónces comienza para ellos este estado singular en que vivieron por tan largo tiempo, en el que su gran Dios pasando sin cesar de la colera á la misericordia, no parece ocupado sino en sacar á su pueblo de los estravios de los otros pueblos, ora le castigue por la guerra, la esclavitud y por todas las plagas cuando levantan altares á los dioses estranos; ora le haga conseguir importantes, inesperadas, milagrosas victorias sobre sus enemigos, concediéndole la dulzura de la paz y la prosperidad cuando dócil y sumiso observa sus mandamientos.

Entónces tuvo origen en Israel el gobierno singular de aquellos gefes que la Escritura llama jueces, y cuya dignidad ni era hereditaria ni tampoco electiva. Porque aunque el pueblo los elegia, esta eleccion fué siempre considerada como el efecto de una inspiracion divina. Bajo este gobierno segun merecia la colera ó el castigo, fueron sucesivamente entregados á Chusa, rey de Mesopotamia; á Eglon, rey de Moab; á Jabin,

rey de los cananeos; á los madianitas, los amonitas, á los filisteos, y libertados despues por Othoniel, Aod, Barac, Jephé, Sanson y Gedeon. La anarquia tambien levantó á veces la cabeza entre las tribus de Israel; empero la institucion admirable de las tribus que tenian su principio de vida en esta sociedad misma, impedia la disolucion social, y los jueces que vivian en medio de sus hermanos sin comitiva, sin pompa, sin aparato, guardianes de las leyes existentes á las que nada les era permitido añadir, defensores de la religion, vengadores de los crímenes, y sobre todos el de la idolatría, origen de todos los demas, cuando Dios no les hacia conocer directamente su voluntad encontraban su principal auxilio en el sacerdocio.

Admirable es la legislacion sacerdotal de Israel. El sacerdocio es patrimonio esclusivo de una sola tribu, la de Levi. Los sacerdotes solos están encargados de instruir al pueblo y de interpretar la ley, y esta ley que á ellos pertenecia interpretar, era á la vez civil, judicial, política y religiosa, y el código único y universal de los hebreos. Los sacerdotes no están escludidos de las demas funciones civiles, ejercen frecuentemente las judiciales, y pueden aspirar á los cargos de la milicia, y mas de una vez obtienen cargos importantes en el mando de los ejércitos; en fin, nada hay superior á su influencia en los negocios del Estado y se les ve mezclados sin cesar con los gefes de la milicia y los principes de Israel.

El sumo sacerdote, que no debia su alta dignidad ni á la eleccion de la muchedumbre, ni á la voluntad de los jueces, ni á la ambicion y la intriga, ni aun á los talentos y méritos, sino á su derecho de nacimiento, por estar vinculado el pontificado en la familia de Aaron, era el juez sin apelacion en todos los negocios religiosos, y en el órden civil el árbitro de aquellos que no bastaba á resolver la sabiduria humana. Dominaba en los consejos de la nacion y nada se emprendia sin consultarle antes en el pueblo de Dios.

Ademas de este sacerdocio incommunicable, no habia mas que un solo santuario donde Dios quisiese ser adorado, y donde se le ofrecian victimas en holocausto. Así el TABERNAULO era mirado como la morada de Dios, y en efecto daba muestras sensibles de su presencia en él. El arca santa que contenia las tablas de la ley, título de la alianza de Dios con su pueblo, estaba allí depositada, el arca que habia viajado cuarenta años con los hebreos en el desierto, que despues de la conquista de la tierra prometida habia permanecido tres siglos en el Silo y de allí habia sido trasladada á la ciudad de Gaboon.

Allí estaba aún, siempre encerrada, cuando los israelitas disgustados del gobierno divino, piden un rey como tenian las demas naciones. Samuel, el último de los jueces, vierte el oleo santo sobre la cabeza de Saul y le consagra primer rey. Entónces comienza con todo su brillo la carrera de los profetas, que de cuando en cuando aparecian en el pueblo de Dios; si bien fueron muy raros desde la vocacion de Sanson hasta la de Samuel, en quien comienza esta série de hombres inspirados que hace salir Dios de las entrañas mas infinitas para advertir á los reyes, reprenderlos, amenazarlos, anunciarles su furor ó su colera y hasta depouerlos cuando se hubiera llenado la medida de sus crímenes. Estos hombres pobres, siempre perseguidos y maltratados, muriendo las mas

veces por haber anunciado la verdad, son los primeros estabones de la larga cadena de mártires que eñtonces y hasta la consumacion de los siglos habia de inmolar el mundo!

Aunque monárquico, no deja de ser por eso teocrático en su esencia el gobierno de Israel. Dios depone del trono á Saul, cuyo reinado habia comenzado con gloria. David debe á su piedad la prosperidad de su largo reinado. Profeta él mismo, escucha respetuoso y humilde á los otros profetas, ora le advierten y reprendan, ora después de sus pecados vengan á anunciarles los castigos terribles con que debe expiarlos; Salomón su hijo, este rey pacífico, levantó á Dios un templo digno de él mismo, y sentado á la puerta de su palacio hace brillar la sabiduría de sus juicios; Israel es feliz y glorioso; levantó á Dios un templo digno de él mismo, y sentado á la puerta de su palacio hace brillar la sabiduría de sus juicios; Israel es feliz y glorioso; levantó á Dios un templo digno de él mismo, y sentado á la puerta de su palacio hace brillar la sabiduría de sus juicios; Israel es feliz y glorioso; levantó á Dios un templo digno de él mismo, y sentado á la puerta de su palacio hace brillar la sabiduría de sus juicios; Israel es feliz y glorioso; levantó á Dios un templo digno de él mismo, y sentado á la puerta de su palacio hace brillar la sabiduría de sus juicios.

Judá y Benjamín permanecen fieles á los herederos de David, los levitas se unen á las dos tribus y no se interrumpen el culto y las ceremonias.

Una serie de monstruos, impíos, idólatras, violadores de todos los derechos, ocupan sucesivamente el trono levantado por Jeroboán. Nadab, Bassa, Amri, Achab, Ochozias, Jehu, reyes á cual mas impíos, resisten la misericordia de Dios, que ca vano por medio de prodigios y la voz de los profetas que suscita en medio de ellos Oseas, Micheas, Elias, Eliseo, intenta sacar á los reyes y á los pueblos de la ostraviada senda en que se habian lanzado. La paciencia divina se cansa, y este reino es entregado á los reyes de Asiria, y las diez tribus trasportadas mas allá del Eufrates, desaparecen para siempre del número de las naciones.

No menos horrible y aflictivo espectáculo presenta el reino de Judá. Tambien reyes perversos ocupan su trono, y corrompen el pueblo y le hacen idólatra. "La rebelde Israel, decía Jeremías, parecerá justa comparada con la perdida de Judá." Empero en el reino de Judá está la ciudad santa, y en esta ciudad el solo templo donde el Señor queria ser adorado; la raza de los sacerdotes y de los levitas conserva su herencia, sus derechos inviolables, la sucesion no se interrumpe ni un solo instante. Los esfuerzos de los reyes impios no podian nada contra la institucion del sacerdocio, que como poder espiritual jamas fué impuneamente atacado. Hubo en Judá reyes impios y reyes excelentes: el mal que causaron Joram, Achaz, Manases y Amon, fué reparado por Abiam, Josaphat, Ezequias y Josías!

En fin, Judá como Israel, colmo la medida de los crímenes, y el Señor lo entregó esclavo al mas poderoso rey de la tierra, empero su cautividad no será eterna como la de las diez tribus, porque el sacerdocio ha conservado intacta en Judá la ley religiosa, y Dios tendrá misericordia de esta porcion de Israel, pasados que sean setenta años de cautividad en Babilonia, y á las márgenes de sus rios llorará arrepentido el pueblo y guardará la ley que menospreciaba en Jerusalem.

Ciro, á quien Dios habia llamado por su nombre por boca de Isaías, doscientos años antes de su nacimiento, para ser el instrumento de sus venganzas, se apoderó de Babilonia, "esa gran prostituta de las naciones." Los judíos, llamados por el rey de Persia, reconstruyeron su nacionalidad que no habian perdido en su cautiverio, porque conservaron su fé, y volvieron á su patria con un solo corazón y con una sola alma: ¡Dios habia triunfado! Los judíos ofrecieron al mundo la maravilla de ser el solo pueblo que adoraba al Dios único, cuyo culto era el verdadero, y conserva la unidad religiosa, ora prospere bajo el protectorado de los reyes persas, de quienes quedan tributarios, ora las guerras que ensanguientan la sucesion de Alejandro les hagan tan pronto súbditos de los reyes de Egipto, como de los reyes de Siria. Oprimidos bajo los reyes impíos Seleuco y Antioco, que habian jurado la destruccion del culto judaico, ó vencedores por el esfuerzo de los Macabeos, nada les hizo ya titubear en su fé. Tan profunda impresion habia recibido aquel pueblo del cumplimiento exacto de las palabras de sus profetas. El nuevo reino de Judea se conserva contra todas las probabilidades humanas, en medio de las mas extraordinarias circunstancias muy conocidas en la historia, hasta que segun la célebre profecía de Jacob, *viene el que debía ser enviado*. Entonces se estingue este reino en la persona de Herodes, que ni aun era judío y tenia su poder de los romanos.

Ese pueblo debia ser el dejado, y errante sobre la tierra despues, ser un monumento de la cólera divina! Respetemos, sin embargo, á ese pueblo; respetémosle mas que á otro alguno, porque en su destino se vé el signo de una mision divina: rodeado por todas partes por la idolatria, cuyos voluptuosos cantos puede oír desde lo alto de sus montañas; cuando Tiro y Sidon festejaban la vuelta de Adonis, resiste á las seducciones, ó guarda en el fondo del Santo de los Santos, encerrado en el tabernáculo, la idea de la unidad de Dios que dará al mundo, cuando el mundo se cansa de sus dioses de oro y de piedra. Reconociendo qué precioso dogma estaba encargado de defender y de conservar, se explica aquella insociabilidad que tantas veces se le ha imputado á crimen: se comprende la severa austeridad de las leyes mosaicas y se quita la tentacion de gritar anatema contra aquellos hombres tan prontos en hacer correr la sangre, en acabar con los vencidos y aun con sus mismos hermanos cuando prostitujan su incienso á los ídolos; porque aquella nacion debia estar separada del resto de las naciones á toda costa.

Sin embargo, era preciso que Jehová saliese del santuario, porque la humanidad no estaba desheredada para siempre de la verdad religiosa. Los tiempos fijados por Dios habian llegado: aquel pequeño rincón de la tierra, pobre, infecondo, batido por todo el viento de las miserias humanas, que se llamaba la Judea, se iluminó de repente con una luz celestial, desmoronándose las paredes del antiguo templo; el Santo de los Santos se abismó, porque el pavimento del nuevo templo debia ser la tierra, su bóveda el cielo, sus cimientos las montañas y su santuario el corazón del hombre justo. Cuando se habia disipado un poco el espesor en que aquella gran revelacion estuvo al mundo, el hombre miró y vió una cruz, y al pié de aquella cruz un mundo nuevo.

Los judíos son el pueblo de la unidad religiosa; los romanos el de la

unidad política. Este pueblo, á quien los oráculos habían prometido el imperio del mundo, *non peritura regna*, tenía el templo del acero. Empezó por un puñado de hombres heroicos, de bandidos; poco importó el nombre, porque bandido es el héroe de los tiempos bárbaros. Aquellos bandidos de la primitiva Italia fueron con su caudillo Rómulo á arrojar, se atrevieron entre las belliscas poblaciones del Lacio y de la Sabina, y la muelle y rica Etruria. Allí se construyeron sobre algunas colinas que rodean al Tíber, un campamento atrincherado que les sirvió de retiro, y de donde se precipitaban como tigres sobre cuanto pasaba al alcance de sus armas. Nacidos de la guerra, no podían vivir sino por la guerra, y así la hicieron eterna. En el espacio de setecientos veinte años no pudieron cerrar mas que tres veces las puertas del templo de Jano.

Como el pirata nomando de la edad media, que en su barca apenas cerrada cubria los tempestuosos mares del Norte y abordaba en el punto donde le impelia el viento, así todos los veranos salían los romanos de la ciudad para ir al Norte y al Sur, al Este ó al Oeste, á segar armados los campos de sus vecinos. Sus progresos fueron lentos; al cabo de trescientos años apenas poseían algunas leguas de territorio; empero lo que una vez habían hecho, era para siempre; no abandonaban una ciudad hasta despues de haberla borrado del suelo, un pueblo hasta despues de haberle quebrantado y esprimido, á fin de que nunca mas pudiese levantarse y servirse de sus brazos contra él. Así es que el nido del águila estaba rodeado á lo lejos de escombros y de ruina, entre los que rastreaban los vencidos que habían obtenido licencia para vivir. Roma mantenía y halagaba á los que creía vencidos para siempre: de esta suerte, avanzando paso á paso, sin dejar nunca un enemigo á sus espaldas, domó sucesivamente todos los pueblos de Italia, y despues á todo el mundo. Cuando Roma llevó sus armas fuera de la península Itálica, la Grecia había vivido ya la edad de un pueblo, y el Oriente, degenerado bajo los sucesores de Alejandro, medio griego y medio bárbaro, había perdido toda su fuerza vital. Roma tocó con el dedo aquellos magníficos monarcas apellidados Epifanes ó Theos (Ilustre Dios), aquellos reyes impíos, que no habían temido poner la mano en el templo del Señor, y cayeron ante ella heridos, como su ministro Heliodoro, de la cólera divina. El Occidente resistió mas: las belliscas tribus de España, de las Galias y de la Germania, hicieron sentir mas de una vez los legonarios el peso de las espadas bárbaras; pero fué preciso, al fin, que el Occidente, como el Oriente, cediese á la tenacidad romana y doliese la rodilla ante la reina de las ciudades.

Así desde el Eufrates hasta el océano germánico, del Danubio al pie de Atlas, todo se sometió á las órdenes de magistrados nombrados en una ciudad de Italia. Aquellos pueblos, tan diferentes en costumbres, en lengua, en civilización, se hallaron singularmente sorprendidos de hablar la misma lengua, de llevar todos el mismo nombre. Antes de Roma, jamas tan grande unidad se había visto en el mundo: grandes imperios se habían alzado, pero ninguno había dilatado tanto sus fronteras; jamas tampoco, y este es un hecho inmenso, mas importante que la misma conquista, jamas las naciones habían perdido de aquella suerte

su carácter nacional bajo la mano del conquistador. Este resultado fué la obra del derecho romano, que en todas partes se substituyó á las legislaciones particulares, porque todos los años los pretores y los proconsules, fueron á las provincias á establecer tribunales, donde los vencidos eran juzgados con arreglo á las leyes hechas en la plaza pública ó en el senado de Roma. Nada podia mejor y mas prontamente consumir la mitad política empezada por la conquista, pues que lo que constituye una verdadera sociedad es no tener mas que una sola y misma legislación. Añádase á esto, que las legiones, al retirarse, habían dejado en todas partes detras de sí, sobre todo en las provincias occidentales del imperio, colonias romanas que, viviendo en medio de los vencidos, los iniciaban en sus costumbres y les hacían hablar la lengua de la gran metrópoli, mientras que la lengua griega, llevada por Alejandro hasta el Indo, se hacia vulgar en Oriente y se enseñaba en todas las escuelas del imperio.

De esta suerte una ciudad se asimiló al mundo entero: esta fué la obra de siete siglos!

Triste es, sin duda, ver una sola ciudad arrebatada sucesivamente su libertad á todos los pueblos del antiguo continente, á aquellos celtíberos, que preferían ahorrarse á sí mismos en Numancia á ser llevados á Roma en triunfo; á aquellos germanos, á aquellos galos, contra quienes empleó diez años de su vida el hombre mas grande de Roma.

Roma tenía una santa mision que cumplir; era preciso que con la espada de las legiones, pasando el nivel sobre el mundo, derribase todas aquellas nacionalidades que alzaban invencibles barreras entre los pueblos; era preciso que hiciese de todas aquellas naciones, hostiles unas á otras, un solo pueblo con unas mismas leyes y una misma civilización, sociedad uniforme sobre la que fué á extenderse el cristianismo.

Así cuando Augusto, por la victoria de Accio, da al fin al imperio la paz política de que tenía hambre y sed despues de tan largas guerras; hubo en toda la tierra como un gran silencio para oír la voz que iba á resonar en el Calvario y que debía de legar á los hombres la paz moral.

Aunque Cristo dijo: "Dad al César lo que es del César," y tambien "El que á hierro mata á hierro morirá," no traía al mundo una paz eterna, porque todavia no podia proibir la guerra que mezcla los pueblos y las ideas, la guerra que iba á llevar al pie de la cruz aquellas poblaciones vírgenes, detenidas por el imperio detras del Rin y el Danubio, y que debían hacer correr en las agotadas venas del romano una sangre mas joven y pura. Para una religion nueva se necesitaban hombres nuevos, almas que no estuviesen todavia corrompidas por aquella muelle, degradante civilización que había hecho caer en tanta humillación á los romanos del imperio; y á aquellos verdaderos hijos del cristianismo, solo la guerra los podia levantar de su barbarie para elevarlos á la moralidad cristiana. Lo que Cristo legó al mundo caído subió al cielo, fué la paz moral, la unidad de las creencias; la religion *catholica* segun el sentido etimológico de esta palabra: "Id, dijo á sus discipulos, y bautizad á las naciones en mi nombre;" y los doce fieles partieron para cumplir las palabras del Maestro. Con sus robustas manos sacudieron todos aquellos

Olimpos que habia creado la imaginacion pagana, y desde el Egipto hasta la isla de Mona, hicieron temblar á los falsos dioses en sus altares.

Roma, que creia que todo debia ceder á una voluntad firme, habia querido establecer la paz y la unidad religiosa como habia establecido la paz y la unidad política; empero no era esta su mision: habiale sido dado vencer toda resistencia armada y esclavizar al mundo; pero someter este mundo vencido á un mismo culto, era cosa mas difícil; lo intentó y no pudo lograrlo. Al principio creyó conseguirlo mostrando una tolerancia universal, alzando su Panteon para ser asilo de todos los dioses, á quienes daba derecho de ciudadanía.

De esta suerte intentaba Roma llegar á ser el centro de todas las religiones, el santuario de todas las divinidades; sin embargo, su tolerancia se desmintió en punto á los dioses del Oriente, como si temiera instintivamente aquellos cultos que no podia comprender: conocia que allí nacera la luz ante la cual debian desaparecer todas aquellas vanas creaciones del error; siempre persiguió á los que intentaron importarlos á Italia. Ya, doscientos años antes de la república, Cauton el Censor queria cerrar las puertas de Roma á aquellas religiones orientales, harto vastas ademas para contenerse en el estrecho Capitolio de la roca Tarpeya. Los primeros emperadores siguieron esta politica: los sacerdotes de Isis y de Serapis, los judíos y los cristianos, fueron perseguidos. Sin embargo, para que el hombre se convenciese bien de su impotencia, mientras que no queria contar mas que consigo mismo, era preciso que Roma ensayase todas las formas religiosas inventadas por el paganismo del Oriente y del Occidente, antes que llegase á ella la palabra santa. Ya, en su comopolitismo religioso, habia, con su poderosa mano, atraido á ella todas las religiones del Occidente; todas se las habia tragado, las habia desfigurado y herido de muerte, como aquellos inmensos reptiles que agarran todo lo que pasa á su alcance, lo envuelven en sus tortuosas rosas, lo rompen, lo aplastan y lo dejan caer en seguida sin vida, sin forma y sin color; masa muerta que en breve se corrompe al sol. Solo á principios del tercer siglo de la era cristiana tomaron solemnemente posesion de Roma los cultos del Oriente: entónces no entraron furtivamente, sino en mitad del dia, á la vista de todos, conducidos al Capitolio por un emperador, por Eliogábalo, joven sirio, gran sacerdote de Baal, que fué llevando consigo á sus dios.

El Oriente, sus cultos, los emperadores que enviaban Roma fueron amaldicionados, y las monstruosas orgías, los crímenes de todos los dias, las saturnales de todas las noches continuaron. Roma continuó tambien la persecucion contra los justos: "¡A los leones! gritaba el pueblo: ¡A los leones el cristiano!" y los mártires volaban con alegría á enrojecer con su sangre la arena del anfiteatro. En aquella época de fe sincera y de viva esperanza, el alma se sentia estrecha en su cárcel de carne, y aspiraba á la muerte como á la libertad. (¿Qué podian contra este santo entusiasmo Nerón, Domiciano, Sépumio Severo, Decio, Galerio? Todos sus esfuerzos fueron vanos: la sangre de los mártires era como una semilla de cristianos. La religion hostigada, proscriba, crecia bajo las persecuciones, é iba envolviendo poco á poco á toda aquella decrepita sociedad,

que todavía pugnaba por cebar en ella sus impotentes furones. En fin, en el año 303 el cristianismo triunfante, se sentó con Constantino en el trono imperial y la humanidad empezó una vida nueva!

Empero detras del imperio, en todas las fronteras, habia bárbaros que querian tambien sentarse á la mesa del festin servido para Roma; lanzados por un impulso fatal, llegaban del Oriente y del Occidente. Ya se oia el ruido de sus pisadas; ya estaban al pié de los *Castro Stráttico*, y median con los ojos la altura de los atrincheramientos romanos. La religion osó arrostrar aquel mar tempestuoso: salió al encuentro de los bárbaros; los bautizó, y los hizo cristianos y selló con ellos aquella alianza de que salieron la edad media y los tiempos modernos. Hijo dócil, el bárbaro creyó lo que le enseñó la Iglesia; no fué, como los sutiles y disputadores griegos de Alejandría y de Constantinopla, á pedir razon de todas las palabras de su Evangelio: inclinó la frente bajo la mano del sacerdote, quemó lo que habia adorado y adoró lo que habia quemado. Los heresiarcas de los primeros siglos de la Iglesia habian callado. La Europa entera alababa, á pasar de la diferencia de pueblos, al Señor, en la misma lengua, con las mismas oraciones; maravillosa unidad que el mundo iba á ver por la vez primera. La obra de Roma habia desaparecido; las barreras se habian vuelto á alzar mas altas entre los pueblos, entre las tribus; las naciones eran de nuevo desconocidas unas á otras; pero el pobre peregrino podia con toda seguridad atravesar de un extremo á otro del mundo cristiano. Por la señal de la cruz se le reconocia por hermano; en todas partes era acogido, respetado, y no pagaba mas que con una bendicion, con una oracion al cielo la hospitalidad que se le daba. En las Cruzadas, sobre todo, fué donde brilló aquella unidad moral de todas las naciones cristianas. Aquellos hombres del siglo XI, á quienes el feudalismo habia arraigado en el suelo tan fuertemente como los castillos de que por do quiera estaba erizada la tierra, se alzaron á la voz de un pobre sacerdote, de Pedro el Ermitaño: todos quisieron partir; nobles y villanos, jóvenes y viejos, abandonaron castillos y cabafias para ir á orar á la tumba de Cristo: á millares de millares salian de todos los puntos de Europa. Hombres de veinte lenguas diferentes, se entendian sin comprenderse y marchaban reunidos bajo una misma bandera, á una conquista comun.

El cristianismo reveló la Europa á sí misma, no hizo de toda ella mas que una gran familia. Union santa que bendijo Cristo en la agonía de la muerte. Hacia nosotros inclina la cabeza, hacia el Occidente vuelve su mirada, porque sabia que allí no seria llevada en vano su palabra! La España, la parte mas occidental de la Europa, recibió del apóstol Santiago la fe, y pueblo predilecto de Dios, la conserva y conserva hasta el fin del mundo! Pueblo donde está arraigada la fe, los nobles ejemplos de desinterés, de valor y de la virtud, si bien sobre él puede pasar como pasó el soplo terrible de la cólera divina; si reinó en él la muerte y la desolacion, no pudo extinguir jamas los gérmenes de vitalidad y nacionalidad que habian sembrado en su suelo las virtudes. Con tal que los restos esparcidos y diseminados de un pueblo conserven su fe y su confianza, el tiempo y la justicia eterna enjugarán sus lágrimas, cicatrizarán sus llagas, le devolverán su antigua gloria. Así la

España de Pelayo, protegida por el Altísimo, lucha por siete siglos contra el islamismo, y vence y llega á ser la nación mas poderosa del mundo. Así en nuestros mismos dias, esclavizado el mundo por el guerrero del siglo, el nuevo Alejandro, Napoleón, álzase España en nombre de su religion y de su rey, da la señal al mundo de libertad, y el coloso que habia arrancado las coronas de sus reyes y herido con su cetro en la espantada frente á las naciones, vé confundido su poder en España, tan unida y compacta por el poderoso vínculo de sus creencias, que hacian de todos los españoles entonces una sola familia!!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL



LAS CATACUMBAS, Ó LOS MÁRTIRES.



CAPITULO I.

PERSECUCION POR LOS JUDIOS.

Principio del cristianismo.—Estado religioso del mundo.—Los apóstoles.—Sus escritos.—Nueva era de Jesucristo.—Predicacion de los apóstoles.—Persecucion de los judios.—Tolerancia de los romanos con los cristianos.—Vida comun de los cristianos.—Institucion de los diáconos.—Viajes de los apóstoles.—Simón Mago, convertido al cristianismo.—Esteban, primer mártir.—Conversion de San Pablo.—Sus viajes.—Primer concilio de Jerusalem.—Imperio de Tiberio, Calígula y Claudio.—Carácter de los diez y ocho primeros años del cristianismo.

La milagrosa predicacion de Jesus comenzó en las inteligencias de los hombres una revolucion inaudita, que pronto completaron su muerte y su cruz legada á sus discípulos. Aquella profunda conmocion sacó al mundo de su letargo: los hombres levantaron la cabeza y tendieron su vista al Oriente. Todas las naciones se arrastraban quebrantadas bajo el yugo de los romanos, cansados por su parte de la gloria y sin creencia en sus divindades. El universo, aunque deslumbrado por las pompas del imperio, esperaba algo mas poderoso que la antigua Roma, la gran divinidad de la época, rayo que amenazaba siempre y heria de muerte al menor grito de emancipacion y libertad. El mundo sufría bajo el yugo de Roma, como Prometeo entre las garras del buitre. Gran-

España de Pelayo, protegida por el Altísimo, lucha por siete siglos contra el islamismo, y vence y llega á ser la nación mas poderosa del mundo. Así en nuestros mismos dias, esclavizado el mundo por el guerrero del siglo, el nuevo Alejandro, Napoleón, álzase España en nombre de su religion y de su rey, da la señal al mundo de libertad, y el coloso que habia arrancado las coronas de sus reyes y herido con su cetro en la espantada frente á las naciones, vé confundido su poder en España, tan unida y compacta por el poderoso vínculo de sus creencias, que hacian de todos los españoles entonces una sola familia!!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL



LAS CATACUMBAS, Ó LOS MÁRTIRES.



CAPITULO I.

PERSECUCION POR LOS JUDIOS.

Principio del cristianismo.—Estado religioso del mundo.—Los apóstoles.—Sus escritos.—Nueva era de Jesucristo.—Predicacion de los apóstoles.—Persecucion de los judios.—Tolerancia de los romanos con los cristianos.—Vida comun de los cristianos.—Institucion de los diáconos.—Viajes de los apóstoles.—Simon Mago, convertido al cristianismo.—Esteban, primer mártir.—Conversion de San Pablo.—Sus viajes.—Primer concilio de Jerusalem.—Imperio de Tiberio, Calígula y Claudio.—Carácter de los diez y ocho primeros años del cristianismo.

La milagrosa predicacion de Jesus comenzó en las inteligencias de los hombres una revolucion inaudita, que pronto completaron su muerte y su cruz legada á sus discípulos. Aquella profunda conmocion sacó al mundo de su letargo: los hombres levantaron la cabeza y tendieron su vista al Oriente. Todas las naciones se arrastraban quebrantadas bajo el yugo de los romanos, cansados por su parte de la gloria y sin creencia en sus divindades. El universo, aunque deslumbrado por las pompas del imperio, esperaba algo mas poderoso que la antigua Roma, la gran divinidad de la época, rayo que amenazaba siempre y heria de muerte al menor grito de emancipacion y libertad. El mundo sufría bajo el yugo de Roma, como Prometeo entre las garras del buitre. Gran-

des tinieblas pesaban sobre la humanidad, si una mano divina no ahuyentaba las unas y tocaba á la otra. Alzóse, pues, la religion cristiana como un sol cuyos benéficos rayos se apresuraron todos á buscar, y los que se quedaron en la sombra no pudieron ménos de fijar en él sus miradas siquiera para blasfemar y maldecir!!

Sin más armas que la palabra y el ejemplo; comienza el cristianismo su mision celestial y se prepara á invadir y dominar el mundo. Su escudo en la lucha será la sangre de los mártires y el piadoso entusiasmo que no bastará á entibiar todos los suplicios de los tiranos. Su objeto no serán ni las riquezas ni los goces del mundo. Sus gefes no darán ejemplos mas que de humildad profunda, abnegacion sublime, caridad sin límites y un valor á toda prueba. Profesarán un Dios único, infinitamente justo y misericordioso, cuya grandeza celebrarán sus voces en una poesía misteriosa y sencilla como ellos, simples hijos del pueblo, cuya elocuencia y convicción nacen del corazon, y no es aprendida ni en el foro ni en las academias. Contarán con apasionada y conmovida voz la vida y dolores del Hombre-Dios, muerto ignominiosamente en la cruz por salvar el hombre antiguo y corrompido, y á este hombre que viene á salvar no le pedirán en cambio mas que los crea y los imite.

Comenzarán su mision por actos de caridad sublime, dirigirán su voz al pueblo como á los poderosos de la tierra, y les anunciarán las buenas nuevas, el *Evangelio*.

Hoy que ha triunfado la cruz y que el mundo entero bajo su sombra tutelara ha hallado su reposo, prosperidad y libertad, apenas puedan comprenderse las persecuciones y la sangrienta lucha de que salió victoriosa la Iglesia despues de tres siglos de esfuerzos, presentando infinitos cuadros dolorosos y consoladores á la vez, que exigen mas elocuente pluma que la nuestra para describir esas sublimes agonías y ese bautismo, esa iniciacion por entusiasmo que los mártires moribundos vertian sobre los verdugos y sobre los paganos que acudian en tropel á presenciar su muerte, á esbozar sus cruces sufrimientos.

Despues de la muerte de Jesus, sus discípulos apenas reciben el Espíritu Santo, aunque hombres salidos de la hez del pueblo y despreciados por su ignorancia y groseria, presentaron una cosa sobrenatural en su lenguaje, una continuada serie de prodigios en sus acciones. Comienzan en Jerusalem su mision con las palabras y el ejemplo. Con la palabra atacan convicciones antiguas, profundamente arraigadas, manadas con la leche materna, corroboradas por una educacion belicosa y á la vez sensual, empero sobre todo exclusiva de la antigua república romana, avasallada entónces por los césares. Por la palabra atacaban no solo una teogonia ridicula ya desacreditada y en cuya defensa solo estaban interesados los sacerdotes de las falsas divinidades, sino que destruan los sistemas de los filósofos, relutiendo la imposura de sus doctrinas. Por el ejemplo tendian á reformar las costumbres é introducir el desinterés, la castidad, la caridad, y en una palabra, á renovar la faz de la sociedad purificándola. Cuando Roma perdió su libertad bajo la dominacion de Octavio, habia largo tiempo que la supersticion de Roma se habia concluido. El poema de Lucrecio revela claramente cuáles eran las creencias de las mas ilustres familias. El epicureismo

favorecia admirablemente las ambiciosas miras que habia despertado el ejemplo de Sila. Propagaba la molice, la indiferencia, el disgusto por los peligros públicos y por las virtudes populares. Dejaba el campo libre á las pasiones, al desenfreno de los jóvenes patrios afeitados y sanguinarios, satélites de Catilina, impuros herederos de las antiguas respetables familias patricias de la república. Sus padres habian en otro tiempo mantenido la religion, si bien sometiéndola á su política, y su ejemplo y sus virtudes servian de norma á la multitud de los ciudadanos; empero en el momento en que el vicio penetró en las altas clases de la sociedad, parecia como resultado de la misma religion, y roto todo freno, destruida toda creencia, reinó el escepticismo y la sensualidad.

Augusto da el ejemplo; comienza por una bacanal en la que con sus favoritos parodia las principales divinidades del Olimpo, y mas tarde se deja colocar en el número de los dioses, de quienes tan anagamente se habia burlado! Ningun crimen, ninguna hipocresia fuita á este hombre, gefe, creador de un imperio sobre los restos de la república romana. Acusado de incesto con su hija, compañero de los desórdenes de Antonio, asesino de sus amigos, cuyas cabezas trueca con los triumvros por la de sus enemigos, era á la vez el gran sacerdote de Júpiter, cuyo templo fomentó, y publicó severos reglamentos sobre la moral, el respeto á la fé conyugal y la piedad que se debe á los dioses.

Imitacion de Augusto, sus sucesores se hacen decretar los honores de la divinidad. Largo seria referir las locas monstruosidades á que dieron lugar los apoteosis de los Calígulas, Nerones y Domicianos; empero fácil es concebir cuán funesta influencia debian ejercer en las costumbres, y la incredulidad que debia producir el habitar al pueblo á los mas vergonzosos excesos y al diario espectáculo de las saturnales del poder, en que se agotó cuanto la mas infame tiranía puede inventar y sufrir la especie humana.

Todos los historiadores están acordes en referir la horrible relacion de las costumbres romanas bajo las primeras césares. Abramos la historia y recorramos lo que pasaba en el mundo cuando Cristo vino á renovar la faz de la tierra. El mundo debia avergonzarse de ser regido por sus emperadores. Uno de ellas deseaba en su delirio que su pueblo no tuviese mas que un solo cuello, para poderlo cortar de un solo golpe de su segur, y ese pueblo, atrastrándose á sus pies, lo reconocia por una divinidad. Otro hacia asesinar á su madre, incendiaba para divertirse, á Roma, y Roma le levantaba altares. Mas tarde repetia con amor, con entusiasmo los nombres de Tito, y de Trajano; y Tito, llamado las delicias del género humano, degollaba tres mil judíos para celebrar la fiesta de su padre; y el español Trajano, gran perseguidor de los cristianos, mandaba á diez mil hombres que se matasen por entretenido en un simulacro militar. En el reinado de Claudio se repite mas en grande igual atroz espectáculo, y el historiador Tácito refiere que las tropas al marchar saludaban al César con estas aterradoras palabras: *Morture te salutant!* "Los que van á morir te saludan!"

En medio de todas estas infamias dominaba la esclavitud mas dura sin una ligera sombra de libertad. Dos clases solas habia en la sociedad: opresores y oprimidos, Opresores que se tiranizaban los unos á los otros;

oprimidos y esclavos, de cuya suerte se disponia cual de un vil rebaño. Tal era Roma, tal era el mundo todo sometido á su poder, cuando el Evangelio proclamó la libertad, la fraternidad, la igualdad del hombre, la dignidad del pobre y la civilización:

De Roma, así perdida en sus costumbres y sus creencias, si se pasa á otras provincias, se encuentra la Iberia, la Gaulta, una parte de la Germania y de la Bretaña civilizadas por la legislación y el politeísmo de la antigua Roma, de la Roma conquistadora. Dulcificando sus costumbres y sus religiones sanguinarias, los pueblos del Norte habian adoptado la elegancia, la cultura y los dioses del Mediodía.

Todos los demas pueblos del Norte que no habian conquistado aún las armas romanas, hacian una vida medio salvaje, un grosero fetichismo era su religion, y ensangrentaban sus bosques con sacrificios humanos.

Quedaba la Grecia de Europa y de Asia, la antigua patria del politeísmo, de la poesía y de las artes. Atenas suhyugada no era mas que la ciudad de los estudios, de los placeres, donde la filosofia habia planteado sus reales, donde todos los dioses tenian un templo. Al decir de Ciceron, todos los que se consagraban á la filosofia no creian en la existencia de los dioses; empero esa declaracion del padre de la filosofia romana implicando incredulidad con respecto á las divinidades del paganismo, no está en contradicción con lo que Ciceron mismo, siguiendo la doctrina de Platon, ha dicho sobre la unidad y la existencia de Dios. Adoptada y desenvuelta esta opinion por los mas ilustrados filósofos de entonces, fué el solo vínculo que unió á aquel pueblo de sabios razonadores á la nueva fé que iba á explicarles el principio de los apóstoles.

El mas grande obstáculo que los apóstoles tienen que vencer en Atenas, no es como en Roma el embrutecimiento, el ateismo apoyado en la depravacion de las costumbres; no fueron esos dioses de todo género, cuyos templos decoraban todas las calles de la ciudad, sino el espíritu filosófico, burlon y razonador, que Luciano mismo echa en cara á los atenienses.

El Oriente, mas lleno de ritos y supersticiones, invadido de sacerdotes y juglares que llevan consigo sus impuras divinidades, estaba imbuido de un espíritu mas entusiasta, y sus creencias se hallaban en él mas arraigadas que las de sus primitivos conquistadores, los griegos y los romanos.

El Egipto sobre todos, parece el mas focondo en errores. Alejandria, esa segunda Atenas, era la gran fábrica donde se formaba la filosofia oriental, compuesta de una metafísica ideal y de una seductora teología, que al lado de un Dios primitivo, poblaba el cielo de génius subalternos, é inventaba la magia para ponerles en comunicacion con los mortales. Sin embargo, el resto del Egipto era completamente idólatra.

El conjunto de este cuadro lo completa la inmovilidad de los dogmas indios conservados por las castas hereditarias; por la religion de los magos adoredores del fuego, que desde el esclavizamiento de la Persia por el conquistador macedonio abandonaron los templos á los dioses de la Grecia, y cuyo culto se habia debilitado por la confusion y mezcla de los pueblos, por la influencia de la conquista. Este culto, sin embargo, se conservó puro, intacto entre los partos, donde el odio al nombre roma-

no hizo siempre proibir sus dioses, su legislación y sus costumbres, y en Armenia, donde el culto de Mithra produjo mas tarde el maniqueísmo que atravesó San Agustín para llegar al cristianismo.

Por último, en medio de tantos pueblos, presa de mil estraños errores, agitándose bajo el peso de los vicios y de la civilización, y casi maduros ya para recibir el gran cambio, el único pueblo que permanecia hasta entonces inmutable y fiel á su ley primitiva, el pueblo judío, que debia cambiar todos los demas, encerraba en su seno sectas inveteradas y obstinadas, primeros obstáculos contra los que iba á luchar la nueva fé por la voz misma de su Divino Maestro. Aquí no son los filósofos griegos, en Judea no tienen representantes la austeridad de los discípulos de Pitágoras, la fácil y cómoda moral de Epicúreo, la soberbia virtud de los estoicos. Tres sectas, empero, dividen el pueblo de Israel. Los saduceos, los fariseos y los esseníenses. Los saduceos son los sensualistas de la ley de Moisés, sacan de los libros santos los dogmas de la voluptuosidad, á que se abandonan con una buena fé tan simple como grosera, y consagrando su vida á la molice y los placeres, afectan rendir un perpetuo homenaje á Dios, cuyo pueblo se llaman.

Los fariseos profesaban el mas intolerante rigorismo. Ocultaban bajo este exterior de piedad y fervor, la ambicion, el orgullo y la avaricia. Crefanse dispensados de las virtudes con el ejercicio de prácticas religiosas esterioras, con rigorosos ayunos. No creyendo sino en ellos mismos, despreciando á los demas hombres, trataban por todos medios de aislarse de ellos, de dominarlos. Sabios en su mayor parte, y aliados de los romanos, recibian de ellos toda su influencia temporal.

Los esseníenses, que Plinio llama la nacion eterna (*gens aeterna*), formaba la secta mas piadosa, la de los verdaderos creyentes. Sus adeptos, esparcidos en los campos de la Palestina y de la Siria, dados al cultivo de la tierra, renuevan la vida, las virtudes, la fé primitiva de los antiguos patriarcas del pueblo de Dios. De todas estas sectas, los esseníenses eran los que comprendian mejor la necesidad de la redencion del mundo, redencion que comenzó en un establo y se consumó sobre la cruz.

Los discípulos de Jesucristo reciben de su misma boca la mision de predicar su Evangelio por todo el mundo, y de llevar su palabra á todas las naciones de la tierra. Los apóstoles comienzan esta nueva conquista. La palabra *Arástor*, en su origen, no significa otra cosa mas que *delegado ó enviado*. Se encuentra en Herodoto empleada en este sentido empero despues, en el Nuevo Testamento, la palabra apóstol quedó por título de los doce primeros discípulos de Jesucristo. Apóstol se llamó tambien esclusivamente en su tiempo al Papa, y San Pablo fué llamado el apóstol por excelencia, y el apóstol de los gentiles por las innumerables conversiones que hizo entre ellos su poderosa y elocuente voz.

Los nombres de estos discípulos privilegiados de Cristo, están citados por San Matias, (cap. 10), y por San Lucas (cap. 6). En las imágenes con que el arte procuró reproducir en los primeros siglos, sus facciones, se añadió á cada una una señal distintiva, misterioso simbolo que ha dado márgen en la edad media á ingeniosas interpretaciones.

El primero de los apóstoles, Simeon, llamado Pedro, tiene en sus manos las llaves del cielo.

Pablo, el apóstol de los gentiles, está armado con una espada.

Andrés, hermano de Simeon Pedro, tiene una cruz en forma de aspa.

Santiago el Mayor, lleva el bordón de peregrino.

Santiago el Menor, un mazo de batanero.

Juan, su hermano, tiene en la mano un cáliz de donde sale una serpiente con alas.

Bartolomé lleva un cuchillo en la mano derecha.

Felipe un báculo pastoral en forma de cruz.

Tomás lleva una lanza.

Matteo una hacha.

Matías, el que reemplazó a Judas Iscariote, una hoz.

Simón, una sierra.

Judas Tadeo, una maza.

De estos solamente seis han escrito, San Pedro, San Pablo, Santiago, San Mateo, San Judas y San Juan.

San Lucas, el compañero y discípulo de San Pablo; San Marcos, discípulo e intérprete de San Pedro, aunque no son del número de los doce apóstoles, ni aun de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, están colocados por sus escritos á la misma altura que aquellos, pues se les cuenta entre los cuatro evangelistas. Estos ocho nombres forman el catálogo de los primitivos historiadores, y podría decirse que son los cronistas que nos han transmitido la vida del Hijo de Dios hecho hombre, y los actos de los que eligió para predicar al mundo su Evangelio.

De estos escritos sólo se han conservado dos epístolas de San Pedro, catorce de San Pablo, una de Santiago, tres de San Juan, con su evangelio y su apocalipsis, el evangelio de San Mateo, una epístola de San Judas, el evangelio y los actos de los apóstoles de San Lucas y el evangelio de San Marcos. Esta es la base de todos los escritos que después han venido á desarrollar la verdadera religión, y son el origen, la fuente purísima de todas las tradiciones conservadas en la Iglesia católica según el precepto de San Pablo. Guardad las tradiciones que habeis aprendido, ya por mis discursos, ya por mis cartas [A los tesalonicos].

Supérfluo sería entrar en largos detalles sobre cada uno de los apóstoles. Todos eran del país de Galilea, de humilde y baja extracción, sin fortuna, pescadores ó artesanos, faltos aun de los principios de toda educación. Su vida y sus trabajos comienzan á ser interesantes desde que recibieron el Espíritu Santo, y sin soldados y sin armas, se repartieron entre sí el mundo, y emprendieron la conquista de este mundo idólatra, tan compacto en su impiedad, tan temible en su dominación. Hicieron doce partes de este coloso que tanta sangre y años costó construir, y fortificados por el ayuno y la oración, se dirigieron con los ojos levantados al cielo y los brazos cruzados sobre el pecho, á la región del mundo que les habia señalado su Divino Maestro.

San Pedro eligió el Occidente. Entraba en los designios de Dios que Roma, la capital del mundo pagano, fuese también la capital del cristianismo. Desde el día en que marchando sobre las aguas, necesitó de la mano de su Maestro para no sumergirse, y Jesus le habia dicho: *Hombr*

de poca fé, ¿por qué has dudado? Simeon el pescador de Betzaida habia manifestado siempre el mas ardiente celo por el Hijo de Dios. Viendo Jesucristo que algunos de sus discípulos le abandonaban, retraídos por la severidad de su divina moral, resolvió elegir doce de entre ellos, á los que dió el nombre de apóstoles (año 31 de nuestra era). Dirigiéndose á ellos: *Y vosotros, les dijo, ¿queréis dejarme tambien?* Inmediatamente Simeon respondió sin titubear á nombre de todos. *¿A quién iríamos, Señor? Teneis las palabras de la vida eterna, creamos y sabemos que sois el Mesías Hijo de Dios.* El Salvador le respondió: *Bienaventurado, Simeon, hijo de Juan, porque no es la carne y la sangre la que te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro (Kephar), y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te dare las llaves del reino de los cielos....* Desde aquel día, Simeon llevó el nuevo nombre que el Señor le habia dado.

Todos los historiadores han señalado el límite de la historia antigua, y el principio de la edad media en la grande invasion de los bárbaros, que lanzándose del Norte al Mediodía como un torrente devastador, destruyeron todo á su paso, sepultando en la nada pueblos, ciudades y religiones. Lo que solo fué un medio, ha sido considerado como una causa, y la filosofía ha tomado la espada de los vándalos, de los godos, borgoñones y francos, por el estandarte á cuya sombra iba á reconstruirse la Europa y extenderse el cristianismo. Desde la aparición de estos pueblos data la edad media; empero nosotros creemos con mayor razon, que debia de amezar con la misión de los apóstoles. Desde esta época la Roma sabia, gloriosa y dominadora, deja de existir. Otra ley, otro espíritu, comienza á aparecer en ella, una nueva conquista se organiza. La primera habia sido material, dejando á los vencidos sus dioses, sus costumbres, su legislación; la segunda iba á ser espiritual, iba á modificar y cambiarlo todo. Su influencia iba á ejercerse no solo sobre la religión y las costumbres, sino tambien sobre las artes y las ciencias; iba hasta cambiar el modo de computar los tiempos comenzando una nueva era!

Los misterios de la redención se habian cumplido. La última promesa que Jesus habia hecho á sus discípulos se habia realizado. El Espíritu Santo habia venido sobre los apóstoles y los discípulos, y el don de lenguas y la sabiduría se habia manifestado repentinamente en ellos. Reunidos en cuerpo el número de ciento veinte, según unos, quinientos, según otros, reconociendo por gefes á San Pedro y á San Juan, tenían en Jerusalem una casa donde se reunían á orar y conferenciar. Admirados y respetados de los gentiles y de los romanos, como lo demuestra la carta de Pilatos conservada por San Justino y Tertuliano, no tenían mas enemigos que los judíos mismos, y entre los mas encarnizados contra ellos eran los fariseos y saduceos, cuya rabia acrecentaba sin cesar el prodigioso éxito que conseguia diariamente la predicación de los apóstoles. Tres mil judíos convirtieron á la fé del Mesías las primeras palabras de San Pedro. Al salir del templo cura prodigiosamente un cojo que le demandaba limosna, y á quien no teniendo dinero da la salud.

Y cinco mil judíos confiesan su doctrina. El gran sacerdote que los veia y oia enseñar todos los días en el templo donde hablaban al pueblo

reunido, el gran sacerdote, delante del que no temían anunciar la resurrección y divinidad de Jesús, los había mas de una vez hecho arrestar y poner en la prisión del templo. Llevados delante del sanhedrín ó consejo de los judíos, se les prohibió hablar de ningún modo de Jesús y de enseñar en su nombre; empero nada podía contener el celoso ardor de los nuevos cristianos. Apenas salían de las prisiones y escapaban milagrosamente del poder de sus enemigos, volvían á presentarse en el templo y delante del consejo, con la misma fe, con la misma intrepidez.

La lucha entre los que habían sacrificado al divino Maestro, y sus discípulos, era continua, interminable, se renovaba todos los días, y todos los días tomaba un carácter mas grandioso y aterrador. Desde el primer año fué sangrienta. Mas de un mártir bañó con su sangre la desgraciada tierra de Judea. Puede decirse que el suplicio y la muerte de Jesús había sido la señal de la persecución; misión terrible que debía pasar de los judíos á los romanos!

Preciso es confesar que estos dominadores de la tierra se mostraron hasta el reinado de Nerón muy clementes con los cristianos. Se sabe á no dudarlo, que afectado Tiberio con los detalles que le dirigió Poncio Pilatos, gobernador de Judea, sobre las virtudes y milagros de Jesús, hizo al senado romano la proposición de colocar á este justo en el número de los dioses; idea singular en un hombre como Tiberio!

La generosidad y tolerancia de los romanos para con los cristianos, se explica fácil y naturalmente. Los discípulos del verdadero Dios formaban, es verdad, una clase de la nación judía, de que se tenía en Roma una opinión desventajosa, una idea detestable; empero es preciso recordar que los apóstoles, obedeciendo las palabras de su Divino Maestro: *Dañ al César lo que es del César*, se mostraban sumisos súbditos del poder temporal, y no afectaban ningún carácter, ninguna tendencia política. Estos hombres además se contentaban solo con arreglar á la multitud, dirigiéndose con preferencia á los pobres. No llevaban armas, no poseían riquezas, no predicaban la sedición y los motines, en nada se semejaban á los conspiradores. Si entre ellos hubiera habido algun temible guerrero, algun proscrito, digno siempre de consideración y piedad, si hubiesen poseído grandes riquezas, indudablemente algun proconsul codicioso ó adicto á su país no hubiera dejado de denunciar al senado que estos hombres, á imitación de Sócrates, intentaban introducir en el imperio el culto de las falsas divindades, que predicaban una moral subversiva, y corrompían el espíritu de los aliados y súbditos de Roma; empero mas de cuatro siglos antes, igual acusación no había sido mas que el pretexto, no la causa de la condenación de Sócrates. Los apóstoles eran pobres, despreciados los judíos; menester fué que los cristianos viniesen á Roma á buscar al César, ya que el César no se ocupaba de los cristianos de Jerusalem.

Los apóstoles y sus discípulos, todos los fieles, en fin, no formaban mas que una sola familia. Tan perfecta y acorde era su unión, que todos sus miembros parecían animados por un solo corazón, por una sola alma. Para hacer desaparecer entre ellos toda diferencia, para borrar la distinción entre el pobre y el rico, habían puesto todos sus bienes en común. Vendíanse todos los bienes y se entregaba su producto á los

apóstoles, que proveían á las necesidades generales y distribuían diariamente el alimento á sus hermanos. Acrecentado rapidísimamente el número de los cristianos, no bastaron los apóstoles para desempeñar estas funciones, que los distraían de la predicación de la palabra de Dios, el mas santo de sus deberes. A pesar de su celo y ardiente caridad, habíanse introducido algunos abusos en la diaria distribución de los alimentos. Los convertidos gringos ó extranjeros, se quejaban de que se miraba con preferencia á las viudas de los hebreos. Los apóstoles entonces juntaron á sus discípulos, les expusieron la situación de las cosas, y á su propuesta eligieron siete hombres de probidad intachable para el servicio de las mismas. Les impusieron las manos sobre la cabeza consagrándolos, y los llamaron diaconos. El primero de ellos fué Esteban que tambien fué el primer mártir.

El año 33 del nacimiento de Cristo tocaba á su fin. Considerable era ya el número de los cristianos, y su comunidad establecida según las reglas del amor y de la caridad, y animada del espíritu mas puro, prosperaba, producía grandes bienes. Los apóstoles habían predicado ya el Evangelio en Samaria y en las poblaciones de las cercanías. En una de estas escursiones, Felipe, uno de los siete diaconos, encuentra á un mago llamado Simón, hombre que debía hacerse celebre mas tarde, y luchar con San Pedro en Roma. Este hombre, con sus prestigios y sortilegios, había adquirido una grande influencia entre los samaritanos, que creían reconocer en él el poder de Dios. Los detalles que nos ha conservado la historia sobre las extravagancias de Simón Mago, los milagros que pretendían haber hecho en Roma, dan una miserable idea de los adelantos del entendimiento humano en las ciencias físicas en aquella época. El mago oyó y vió á Felipe, cedió al influjo de su palabra y se hizo bautizar; empero, habiendo tratado á poco tiempo de corromper á San Pedro y San Juan para obtener la gracia, fué anatematizado por los apóstoles, de quien se convierte en acérrimo enemigo. Pónese entonces á la cabeza de una secta particular, anunciando que había venido á Samaria como padre, á Judea como hijo, y á las naciones gentiles como Espíritu Santo. Hizo adoptar á sus sectarios una prostituta hermosa nombrada Elena que llamó su pensamiento, y en favor de la que admite la trasmigración de las almas de un cuerpo á otro, pretendiendo que esta Elena es la misma que causó la destrucción de Troya. Tantos absurdos no impiden que Simón arrastre en pos de sí á innumerables crédulos sectarios seducidos sin duda por los aparentes prodigios debidos á una ciencia que ignoraban. Fué el primer herejía, y el nombre de simoníaco ha quedado como un anatema, como un sello de reprobación para marcar á los que en la sucesión de los siglos hacen uso de oro y soborno para obtener las cosas espirituales y el ministerio eclesiástico.

El 26 de Diciembre, Esteban el primer diacono, predicando en Jerusalem en una sinagoga compuesta de cirreos, alejandrinos y asiáticos, oye contradecir su doctrina por algunos de estos extranjeros, que le responden, no con razones, sino con desenfrenado furor. Esteban lleno de belleza, en la flor de su juventud, manifiesta en su rostro un espíritu divino, suena su voz con un acento sobrenatural, reduce á sus adversarios al silencio, y les prueba que Cristo es el Mesías verdadero. Arrojan-

se enfurecen como furiosos contra él, y lo conducen ante el tribunal de los judíos, acusándole de haber blasfemado contra Dios y contra Moisés. No se deja intimidar Esteban, habla con valor á los jueces, como habia antes hablado á los acusadores. Llenos de rabia precipitanse de nuevo sobre él, en uno de aquellos transportes que llamaban *juicio de celo*. Estaban es arrojado fuera de la ciudad y apedreado. Los testigos, segun la ley de Moisés, le arrojaban las primeras piedras. Estaban dobla sus rodillas al ver aproximarse la muerte, alza sus ojos y manos al cielo, y á imitacion del Salvador del mundo, pide á Dios por sus verdugos, y es el primero que rinde su alma y vierte su sangre por Jesucristo, y abre la marcha de los innumerables y esforzados mártires que debian ilustrar al cristianismo.

Su muerte es la señal de una violenta persecucion contra la Iglesia de Jerusalem. Distingúese en esta persecucion un jóven llamado Saulo, natural de Tarsus, en Sicilia, empero ciudadano romano por su nacimiento, porque aquella ciudad, en recompensa de los servicios prestados á César y Augusto durante las guerras civiles, habia recibido los derechos de ciudad romana. En el martirio del diácono Esteban, guardó las capas de los testigos que lanzaban sobre el valeroso mártir las primeras piedras. Recibió despues de los principes de los sacerdotes un poder discrecional, en virtud del que visita las casas, interroga á sus habitantes, y muchas veces sin dirigirse ni una sola palabra, los arranca brutalmente de sus hogares, aprisionando indistintamente á hombres y mugeres, poblando de fieles las cárceles de Jerusalem, y muchos son condenados á muerte. Este hombre era Saulo, de quien Dios queria hacer un vaso de eleccion. Los apóstoles se quedan solos en la ciudad para afirmar en la fé á sus hermanos, dispersándose los discipulos por la Palestina, la Fenicia y la isla de Chipre, y en estas regiones donde predomina el gobierno romano, los fieles gozan de algun reposo y las iglesias se multiplican.

Al año siguiente (34), Saulo, encaruzado siempre en la persecucion de los cristianos, marcha á Damasco, donde debia hallar un gran número de victimas; empero ciego del camino, no lejos de la ciudad, herido de una luz milagrosa, cae de su caballo derribado por la mano del Señor, y de perseguidor que era se levanta apóstol. Rinde homenaje á Cristo, y conduciendo á Damasco es curado y bautizado á los tres dias por Ananías. Salvado en el mismo Damasco de las acechanzas de los judíos, descolgado por sus nuevos amigos en una cesta desde las murallas, pues las puertas todas de la ciudad están tomadas para matarle, se traslada á Jerusalem, donde Pedro le imprime, poniéndole sus manos sobre la cabeza, el carácter sacerdotal. Entónces se lanza el nuevo atleta en la carrera que el Espíritu Santo acaba de abrirle, y mientras el principe de los apóstoles recorre las iglesias ya florecientes de Judea, Galilea y la Samaria, y tan poderoso en obras como en palabras, cura al paralítico de Lyda, resuscita en Joppe á la santa viuda Tabitha, convertia en Cesarea al centurion Cornelio, Saulo á la voz de Bernabé corria á la gran Antioquia de Siria y fundaba, como Pedro, en el espacio de un año, una iglesia que fué como la cuna del cristianismo. Allí es en efecto donde los fieles, confundidos hasta entónces con los judíos, toman el nombre de cristianos (41), despues de lo que se les vé sucesivamente

aparecer en la Selencia de Siria; en la isla de Chipre, que visitan en toda su estension; y en donde Saulo tomó el nombre de Paulo, despues de haber convertido y bautizado al procónsul Sergio Paulo; en Antioquia de Pisidia, de donde por no haber sido escuchados salieron sacudiendo el polvo de sus pies; en Iconio, donde la ilustre virgen Tecla confesó á Jesucristo, siendo la primera de su sexo que recibe la corona del martirio; en Derba y en Listra, donde por sus milagros los tienen por dioses ocultos bajo humana forma. Desde allí, despues de visitar las regiones limitrofes y admirar el ardor de los gentiles en recibir esa nueva luz ante la que cerraban los ojos los israelitas, se les vé tomar á Antioquia de Siria, y vuelven luego á Jerusalem para asistir al concilio primero que celebra la Iglesia, en que, despues de una amplia discusion, acordaron los apóstoles y padres que las prácticas judaicas dejaran de ser una ley para los cristianos (50). Tan grandes fueron ya los sucesos del cristianismo en este primer periodo de diez y ocho años!

En el mundo profano, los romanos señores del mundo, son la posesion tranquila, los esclavos y victimas de emperadores miserables, incapaces de haber desempeñado el mas vil empleo de un estado. Tales fueron, sin exageracion, Tiberio, en cuyo tiempo acaece la grande obra de la redencion, y que muere asesinado el año 37 de la nueva era, por su sucesor Caligula, que justo en un principio, se manifiesta á poco tiempo un monstruo de perfidia, barbarie y crueldad. Leyes, costumbres, humanidad, razon, todo se vió atropellado. Caligula se bañó en sangre, y no puede leerse la historia de este principe sin estremecerse de horror; cargado con la execucion de los romanos, fué asesinado el 24 de Enero del año 41 de Jesucristo, el tercero de su imperio. Claudio, hijo de Drusa y de Germanico, y tío de Caligula, fué saludado emperador por los soldados, cuando oculto por temor de los asesinos de su sobrino, aguardaba la muerte. Unia á la crueldad de su antecesor la imbecilidad. Estúpido é incapaz de todo, bosquejo de hombre, como le llamaba su madre Antonia, se dejó dominar enteramente por su muger Mesalina, oprobio de su sexo. Dió el reino de Judea á Agrippa. Hizo hacer una ley para casarse con la hija de su hermana Agrippina. Esta, para colocár en el trono á Nerón, hijo de Cayo Domitico, su primer esposo, le envenenó, y murió este principe imbecil el año 54 de Jesucristo.

Los caracteres distintivos de este primer periodo del cristianismo, que comprende diez y ocho años, son: Primero, la vida en comun de los primeros fieles; la nacion uniforme de la predicacion sobre las clases bajas del pueblo, á quien se ofrecia la libertad, que despues de haberla idolatrado, habian perdido recientemente; la union virtuosa, la perfecta igualdad y tierna caridad de los cristianos, que ofrecia el consuelo á los infelices, alimento á las viudas y los huérfanos, cuidado y socorro á los enfermos, una sepultura honrosa y tierno recuerdo á los mas pobres, alivio á los oprimidos, á los ricos los dulces placeres de la consideracion y la beneficencia, á los corazones conturbados por la humillacion de una reciente esclavitud, la vuelta de aquella noble confianza que procura al hombre su union con semejantes y la conciencia de la libertad y de la justicia. La doctrina de Jesús era una doctrina de libertad, de amor, destinada á ensalzar sobre todas las cosas la virtud, á hacerla amar por una

deliciosa experiencia y á conducir á los hombres á ella por las vías de la persuasión y la dulzura. El segundo carácter distintivo de esta época, es la conversión de hombres de diversas naciones, de lejanos países; conversión que facilita los primeros viajes de los apóstoles y les presta un apoyo en las familias de éstos en la vasta extensión del imperio y en la fácil comunicación de todas sus partes. Tercero, el establecimiento de iglesias y la constitución de las sociedades cristianas en muchos reinos, que no teniendo ni templos, ni estatuas, ni santuarios, ni sacrificios de víctimas, sino el incremento del pan y del vino, parecían mas á una secta filosófica que á una nueva religión. Cuarto, la tolerancia de parte de los romanos que conservan á los cristianos los privilegios concedidos á los judíos, de que aun no se distinguan. Quinto, el establecimiento de concilios ó reunión de los gefes de las iglesias para la decisión de los puntos de la fe y de interés general. Sexto, en fin, y principal, la escision completa con el pueblo judío y la toma de posesion en Antioquia del nombre de *cristianos*, nombre que crea para en lo sucesivo una nación nueva sin patria, y la dispersion de sus conquistadores por todo el universo!

CAPITULO II.

Caracteres de la doctrina de los cristianos.—Establecimiento de los obispos.—Viajes de San Pedro y San Pablo á Antioquia.—San Pedro vuelve á Roma.—Expulsion de los judíos y cristianos de Roma.—Carácter de la elocuencia de San Pablo.—Males que ataca.—Mudanza introducida por el cristianismo en la condicion de los esclavos.—En la condicion de la mujer.—Viajes de San Pablo.—Su predicacion en Tracia.—En Atenas.—En Corinto.—En Efeso.—Su vuelta á Jerusalem.—Su prision.—Es conducido á Roma.—Su libertad.—Viaje de San Pedro.—Dispersion de los apóstoles.—Martirio de Santiago el Menor.—Primeras heregias en la Iglesia.

El primer concilio de Jerusalem celebrado el año 50, habia establecido una especie de derecho público, que debia necesariamente modificar el espíritu y constitucion de las primitivas sociedades cristianas.

Los romanos, es decir, el poder temporal, iban á cesar en su tolerancia y á inquietar al principio y oprimir en seguida, y tratar de destruir el cristianismo asesinando á sus adeptos.

La toma de Jerusalem, la ruina del templo y la destruccion de la nacion judía, debian doblar muy pronto las fuerzas del cristianismo, aislandole para siempre de sus enemigos naturales, revelando al mundo que la doctrina de Jesucristo no tiene asiento ni pais predilecto, que puede existir en todos ellos, y que el templo del Dios de justicia y de misericordia, que predicaba á los pueblos, no podia ser sino el universo entero.

Tres grandes hechos que marcan los veinticinco años que transcurren desde el concilio de Jerusalem hasta la mitad del imperio de Vespasiano. Periodo corto, empero que nos presenta en su primer término los cadáveres de muchos Césares asesinados por sus mismos súbditos, el incendio de Roma, la destruccion de Jerusalem, y hombres de tan gigantescas proporciones en la virtud y en el vicio, como Pedro, Pablo, Neron, Tito y Simon Mago! . . .

El espíritu de dulzura y de celestial piedad, fecundado por una admirable tolerancia, contribuyó á popularizar el cristianismo. A los judíos que convertia por la palabra, les ofrecia en vez de un Dios terrible y vengador que truena en Sinaí, un Dios de paz y mansedumbre, padre de todos los hombres, que espira por ellos en el Gólgota. No exigia de ellos sino el reconocimiento del Mesias en Jesucristo, y la adopcion de su moral divina, dispensándoles del cumplimiento de las prácticas de la antigua ley. A los paganos les revelaba un solo Dios, una moral pura, librándolos de una porcion de supersticiones groseras y monstruosas prácticas, no exigiendo de ellos sino la oracion y una virtud mas purificada que la de los mas célebres filósofos.

Los apóstoles establecieron ancianos ó sacerdotes para la instruccion de los convertidos cristianos, comunicándoles no solo el poder sino tambien las luces que habian recibido del Altísimo. Crearon obispos encargados de la inspeccion y economía de la sociedad.

El gobierno de estos primeros gefes se estableció desde un principio bajo las mas justas, las mas respetables formas. Fieles á la letra como al espíritu del Evangelio, estos gefes fueron por su humildad, por el ardor con que se consagraron al cumplimiento de su mision, los verdaderos servidores de aquellos que debian gobernar. Presidian sus asambleas, proponian y discutian los reglamentos, decidian las cuestiones mas importantes asistidos de los mismos fieles, que elegian ellos mismos los ancianos y los obispos.

La union mas perfecta en las doctrinas, las mas tiernas relaciones de fraternidad reinaban entre los fieles, si bien el espíritu del mal estuvo á punto de turbarla algunas veces.

Los pensamientos de Dios no son los pensamientos de los hombres. Empero algunos han querido ligar sus propios pensamientos á los de la Eterna Sabiduría, y de esta impura liga nacieron todas las disensiones en la Iglesia de Dios. Los filósofos convertidos al cristianismo, arrastrados por el espíritu de novedad y de inquietud, triste patrimonio del hombre, quisieron incorporar en la nueva religion sus severas y platónicas teorías. En el concilio de Jerusalem se refutaron estos primeros errores.

Despues de esta grande obra, los apóstoles se marcharon á continuar

deliciosa experiencia y á conducir á los hombres á ella por las vías de la persuasión y la dulzura. El segundo carácter distintivo de esta época, es la conversión de hombres de diversas naciones, de lejanos países; conversión que facilita los primeros viajes de los apóstoles y les presta un apoyo en las familias de éstos en la vasta extensión del imperio y en la fácil comunicación de todas sus partes. Tercero, el establecimiento de iglesias y la constitución de las sociedades cristianas en muchos reinos, que no teniendo ni templos, ni estatuas, ni santuarios, ni sacrificios de víctimas, sino el incremento del pan y del vino, parecían mas á una secta filosófica que á una nueva religión. Cuarto, la tolerancia de parte de los romanos que conservan á los cristianos los privilegios concedidos á los judíos, de que aun no se distinguan. Quinto, el establecimiento de concilios ó reunión de los gefes de las iglesias para la decisión de los puntos de la fe y de interés general. Sexto, en fin, y principal, la escision completa con el pueblo judío y la toma de posesion en Antioquia del nombre de *cristianos*, nombre que crea para en lo sucesivo una nación nueva sin patria, y la dispersion de sus conquistadores por todo el universo!

CAPITULO II.

Caracteres de la doctrina de los cristianos.—Establecimiento de los obispos.—Viajes de San Pedro y San Pablo á Antioquia.—San Pedro vuelve á Roma.—Expulsion de los judíos y cristianos de Roma.—Carácter de la elocuencia de San Pablo.—Males que ataca.—Mudanza introducida por el cristianismo en la condicion de los esclavos.—En la condicion de la mujer.—Viajes de San Pablo.—Su predicacion en Tracia.—En Atenas.—En Corinto.—En Efeso.—Su vuelta á Jerusalem.—Su prision.—Es conducido á Roma.—Su libertad.—Viaje de San Pedro.—Dispersion de los apóstoles.—Martirio de Santiago el Menor.—Primeras heregias en la Iglesia.

El primer concilio de Jerusalem celebrado el año 50, habia establecido una especie de derecho público, que debia necesariamente modificar el espíritu y constitucion de las primitivas sociedades cristianas.

Los romanos, es decir, el poder temporal, iban á cesar en su tolerancia y á inquietar al principio y oprimir en seguida, y tratar de destruir el cristianismo asesinando á sus adeptos.

La toma de Jerusalem, la ruina del templo y la destruccion de la nacion judía, debian doblar muy pronto las fuerzas del cristianismo, aislandole para siempre de sus enemigos naturales, revelando al mundo que la doctrina de Jesucristo no tiene asiento ni pais predilecto, que puede existir en todos ellos, y que el templo del Dios de justicia y de misericordia, que predicaba á los pueblos, no podia ser sino el universo entero.

Tres grandes hechos que marcan los veinticinco años que transcurren desde el concilio de Jerusalem hasta la mitad del imperio de Vespasiano. Periodo corto, empero que nos presenta en su primer término los cadáveres de muchos Césares asesinados por sus mismos súbditos, el incendio de Roma, la destruccion de Jerusalem, y hombres de tan gigantescas proporciones en la virtud y en el vicio, como Pedro, Pablo, Neron, Tito y Simon Mago! . . .

El espíritu de dulzura y de celestial piedad, fecundado por una admirable tolerancia, contribuyó á popularizar el cristianismo. A los judíos que convertia por la palabra, les ofrecia en vez de un Dios terrible y vengador que truena en Sinaí, un Dios de paz y mansedumbre, padre de todos los hombres, que espira por ellos en el Gólgota. No exigia de ellos sino el reconocimiento del Mesías en Jesucristo, y la adopcion de su moral divina, dispensándoles del cumplimiento de las prácticas de la antigua ley. A los paganos les revelaba un solo Dios, una moral pura, librándolos de una porcion de supersticiones groseras y monstruosas prácticas, no exigiendo de ellos sino la oracion y una virtud mas purificada que la de los mas célebres filósofos.

Los apóstoles establecieron ancianos ó sacerdotes para la instruccion de los convertidos cristianos, comunicándoles no solo el poder sino tambien las luces que habian recibido del Altísimo. Crearon obispos encargados de la inspeccion y economía de la sociedad.

El gobierno de estos primeros gefes se estableció desde un principio bajo las mas justas, las mas respetables formas. Fieles á la letra como al espíritu del Evangelio, estos gefes fueron por su humildad, por el ardor con que se consagraron al cumplimiento de su mision, los verdaderos servidores de aquellos que debian gobernar. Presidian sus asambleas, proponian y discutian los reglamentos, decidian las cuestiones mas importantes asistidos de los mismos fieles, que elegian ellos mismos los ancianos y los obispos.

La union mas perfecta en las doctrinas, las mas tiernas relaciones de fraternidad reinaban entre los fieles, si bien el espíritu del mal estuvo á punto de turbarla algunas veces.

Los pensamientos de Dios no son los pensamientos de los hombres. Empero algunos han querido ligar sus propios pensamientos á los de la Eterna Sabiduría, y de esta impura liga nacieron todas las disensiones en la Iglesia de Dios. Los filósofos convertidos al cristianismo, arrastados por el espíritu de novedad y de inquietud, triste patrimonio del hombre, quisieron incorporar en la nueva religion sus severas y platónicas teorías. En el concilio de Jerusalem se refutaron estos primeros errores.

Despues de esta grande obra, los apóstoles se marcharon á continuar

su divina mision, dando gracias á su Divino Maestro, por haberles dado la ocasion de cimentar la union de los fieles en su santo nombre. Seguros de su apoyo, no temiendo ya ver renovarse, al ménos por algun tiempo, las dificultades que tan vivamente los habian ocupado, presintiendo el triste destino de Jerusalem y de Judea, agitada ya por la sedicion y los furros que sobre ella atraiá la justicia de Dios, comienzan á volver su vista á Roma, donde los mas ilustres de entre ellos debian hallar una tumba. Allí existia el foco de la supersticion, de la incredulidad y de la esclavitud, y allí van á combatir y merecer la justa recompensa de sus piadosos trabajos, el martirio que los constituirá eternamente principes de la Iglesia de Dios.

Antes de atacar en el corazon el coloso de la impiedad que intentan derribar, aseguran sus primeros triunfos visitando las regiones donde habian predicado, las Iglesias que habian establecido.

En Antioquia, á principios del año 52, determinan su plan. San Pedro, San Pablo, San Bernabé, San Marcos, San Lucas y San Silvano se encuentran allí reunidos.

San Pedro se separa de San Pablo para volver á Roma, cuya iglesia habia fundado diez años antes, y deja á San Pablo en el Oriente, donde comienza para él la gran mision que habia recibido, de convertir las naciones idolátras. Desde este momento hasta su muerte, las predicaciones, las aventuras y los padecimientos de San Pablo y sus compañeros, ofrecen en sus detalles la mas interesante y admirable historia. San Pablo es la figura mas colosal que ofrece el cristianismo. Ningun héroe, ningun filósofo de la antigüedad dió pruebas de mas fortaleza, de mas valor, sabiduria y abnegacion. Hombre prodigioso, cuya voz y ejemplos hicieron vibrar el mismo eco, y escitaron las mismas simpatias en las riberas del mar Rojo y en los muros de Atenas, de Roma, en el corazon del árabe ignorante y en el de los inteligentes miembros del Areópago!

Los cristianos salidos de empuje de los judíos, confundidos con ellos, necesariamente debieron sufrir las consecuencias de la opinion que se habia formado de este pueblo. Aunque entónces los judíos tenían una patria, la Judea, un centro comun, el templo, dotados de ese espíritu mercantil que nunca han desmentido, que conservan aun hoy día en su dispersion, se extendieron por todas las naciones, formando establecimientos comerciales en las principales ciudades y obteniendo á la larga, privilegios y concesiones. Desde la cautividad de Babilonia habian plantado sus tiendas en toda el Asia. Alejandro, al edificar á Alejandria, les señaló un cuartel separado y les concedió reglamentos favorables á su comercio. Mas tarde, cuando Pompeyo y Sila levantaron en Asia el poder de Roma, siguieron á los soldados que traian á esta nueva capital el lujo y las riquezas de los países conquistados. Los apóstoles naturalmente comenzaron sus viajes por estas regiones, seguros de hallar en ellas sus hermanos, porque los apóstoles eran judíos. De aquí el ser por muchísimo tiempo considerados los cristianos como una secta de la nacion judaica.

El emperador Claudio, amigo de los judíos, les habia devuelto desde su advenimiento al trono, ciertas prerogativas, entre otras, la de tener

asambleas ó reuniones religiosas. San Pedro, habiendo ido á Roma desde el año 41, predicó en estas grandes reuniones, y comenzó la obra de la fe que allí creció mas lentamente que en otras partes, porque habiendo desde un principio ocasionado disturbios entre los disidentes, fueron causa de que volviesen á prohibirse de nuevo las asambleas de los judíos; empero los cristianos no se consideraban ya como judíos, y persuadidos que las prohibiciones impuestas á estos no les comprendian, continuaron celebrando sus reuniones. Mas ardientes en aumentar el número de los hijos de Dios, mas felices en sus progresos á causa de la pureza de su doctrina, mas intrépidos y constantes que los judíos, porque despreciaban el mundo y les animaba la esperanza de una futura vida, desafiaron las órdenes de los magistrados romanos, predicaron la libertad de los hijos de Dios, condenaron la tiranía de los amos sobre los esclavos, y trataron de hacer mas ligeras y llevaderas las cadenas de estos innumerables desgraciados. Esta tendencia tomó á los ojos de los déspotas de Roma un carácter político. No se habia olvidado aún la primera guerra de los esclavos. Un nuevo Spartaco podia salir de empuje de los cristianos. Cristianos y judíos, que el odio público confundia aún, fueron arrojados de Roma el año 52, por un decreto del emperador Claudio. *Judeos, auctore Cristo, assidue tumultuantes Romæ espulit, dice Suetonio.*

Doce años mas tarde, la persecucion de Neron supo distinguirlos bien, y no sacrificó mas que á los cristianos!

Pablo el apóstol comenzó, como todos los discípulos de Jesus, predicando á los judíos; empero desde el año 12, su celestial mision tomó proporciones gigantescas. No es el Asia, no son los pastores de Arabia ó los paisanos de Cilicia, ó los judíos helemitas á los que su poderosa voz va á anunciar á Cristo; es á la Europa, á las naciones mas civilizadas á quienes se va á dirigir. Efeso, Tiro, Corinto, Atenas y Roma, van á admirar su divina elocuencia.

Los caracteres mas marcados de su predicacion son la claridad, la sencillez y un conjunto admirable de persuasion y fuerza. Tan hábil en la oratoria como los maestros de aquella época, la mas brillante de la elocuencia pagana, sabia seducir, transportar sus afectos á su auditorio. Ora los conmueve por el cuadro de sus propias miserias; ora los hace estremecer contando los tormentos del Hombre-Dios, que les propone por modelo y cuya divinidad proclama. Obligado algunas veces á presentarse en escena él mismo para responder á sus acusadores, lo hace siempre con perfecta humildad, en pocas palabras, y glorificando siempre al Señor, de quien se reconoce indigno discípulo.

Entre los discursos conservados por San Lucas, los hay magníficos y que retratan el alma y las virtudes de este apóstol. Para conocerlos bien no hay mas que examinar cuáles fueron los dolores sociales sobre que mas especialmente aplicó el poderoso bálsamo de su caridad.

La posicion del esclavo y de las mugeres eran horrosas en las sociedades paganas; considerados los unos y las otras como viles instrumentos del placer ó del capricho, respetados solo en cuanto eran útiles los unos para el cultivo de los campos y los trabajos mecánicos y el servicio doméstico, las otras para la propagacion de las razas, no eran reputadas

como personas sino como cosas, eran, en toda la estension de la palabra, la propiedad del hombre libre, del ciudadano.

Entregados los esclavos sin defensa á las pasiones brutales de hombres para quienes la muerte era un juego, la efusion de sangre un placer, la satisfaccion de sus caprichos y de sus una ley y la ferocidad su carácter habitual, la vida de estas victimas de una civilizacion desmoralizada estaba á merced de sus tiranos, pendia del menor de sus caprichos. Muchas veces empujado de un festin un esclavo servia de blanco para probar la destreza de los convidados, y herido súbita e impensadamente, su sangre venia á mezclarse con los espumantes licores del banquete, y el estertor de su agonía con el ruido del choque de las copas y el estallido de las alegres carcajadas. Sin hablar del circo y de los combates de los gladiadores en el anfiteatro, cuántas veces no sirvieron para ensayar los venenos ó fueron arrojados á los viveros de los peces para cebarlos.

Experimentum in anima villi.....

La mujer, ménos frecuentemente sacrificada, no era ni mas considerada ni mas feliz. Degradada, envilecida, fué el símbolo de la naturaleza sensual. El hombre la empleaba como su criada y su esclava. Servíose de ella como de un juguete para su voluptuoso recreo. En el Oriente, su amo y señor la da, apenas una parte en el festin conyugal que debe compartir con otras cinco ó seis esposas. Para él, la libertad y la independencia, la vida agitada, las nobles pasiones, el placer, fama y gloria; para ella la reclusion, la soledad, el fastidio del serrallo y el vacío del corazón. Vivirá desconocida, invisible á todos los ojos, no tendrá nombre, no será madre mas que para dar vida á hijos que no la conocerán, y á quienes en breve olvidará ella tambien!

En la Grecia, donde el hombre, juntamente orador y guerrero, no hace mas que pasar de un combate á otro, no puede ir á buscar sus placeres en la muelle y voluptuosa vida del Asia. El amor de una mujer basta á su corazón que llenan ya tantas otras pasiones, y como á cada instante le llaman á la plaza pública los intereses políticos, preciso es que deje á la esposa envolver sobre la cuna de sus hijos. Allí y solo allí, es donde la mujer sabe lo que es ser madre, y se sienta sola con su marido en el hogar doméstico sin ser su igual; empero esto fué todo lo que pudo hacer por la mujer la antigüedad pagana.

La Grecia, mundo del arte y de la belleza, habia amado á la mujer como una cosa bella que tema marchitar. En Roma, ciudad de guerreros, que no conocian ni quisieron conocer mas que la guerra; pueblo de bronce, cuyo corazón jamás se ablandó ante la hermosura de una mujer, la esposa no tuvo mas mérito que el de dar al Estado robustos guerreros. Allí se vé sola en la casa conyugal; empero debajo del poder del padre de familia, en su mano *in manum viri*: si quiere podrá cederla, porque es su hacienda; por cualquiera falta, por cualquier delito, podrá darla muerte sin jueces y sin testigos. Si á lo ménos la mujer hubiera podido conservar aquel puesto en el hogar doméstico, acaso algun día hubiera podido suavizar aquella dura ley; pero pronto se lo disputó una mujer extraña. Roma no habia podido impunemente subyugar el mundo, tentado encadenado bajo su poder; empero el mundo se vengó de ella dándole sus vicios. El Oriente, sobre todo, en aquella

época de vergonzosa degradacion, infiltró gota á gota en las venas de coloso, su corrupcion y sus impurezas. Todo desapareció entónces en Roma. Borráronse los antiguos derechos. A las simbólicas ceremonias del matrimonio, el pan partido *coemptio*, á la moneda de cobre que simulaba una venta *coemptio*, que ligaban al hombre con la mujer, haciendo á ésta propiedad cosa de aquel *res*, se reputa bastante el goce *usus* la posesion de un año, de tres noches consecutivas *anni continui, trinoctium usurpatio*; ilusorio matrimonio de que en vano se alegra la mujer, que creyendo tocar en su emancipacion, pierde en dignidad lo que gana en licencia, y falta el matrimonio de su carácter legal, no puede ya servir de freno á hombres que habian respirado el aire envanente y corruptor del Asia. El pueblo, cuyo senado en los antiguos tiempos parecia una asamblea de reyes, se arrastra en el lodo como una bestia inmundada. No hubo ya desde entónces mujer que pudiese levantar en Roma una frente casta. Las antiguas matronas se personifican en la mujer de su emperador Claudio, la hermosa é impudente Mesalina, que cubierta de púrpura y de escarlata, prendida con ricas joyas y preciosas pedrerías, tiene en sus manos una copa de oro, llena de abominaciones é impurezas, y con la que convidó á los hombres á embriagarse con el vino de la prostitucion. Instrumento de aquella desenfrenada corrupcion, la mujer recibió por castigo el desprecio de aquellos mismos para cuyos vergonzosos placeres servia: temian mancharse elevando hasta ellos aquel ser degradado, y fué preciso, para que se viesen algunas uniones legales, que Augusto y sus sucesores diesen grandes premios al matrimonio. La ley Julia de *maritandis ordinibus* concedia grandes privilegios al que se casase. Augusto llegó hasta permitir á los patricios el matrimonio con las hijas de los libertos.

No estaba en poder de los apóstoles dulcificar los males físicos, ni cambiar la triste y cruel posicion de los oprimidos; empero podian, abriéndoles los ojos, iluminando sus almas degradadas y embrutecidas, dándoles conocimiento de Jesucristo, inspirándoles el amor de Dios y del prójimo, sacarlos poco á poco de su degradacion moral, elevarlos á sus propios ojos y volver con la fé la calma de su conciencia y dulce felicidad que el cristiano saca de la oracion y del ejercicio de las virtudes. Tal fué el objeto de San Pablo. Dar al esclavo su libertad moral, volver á la mujer su dulce aureola de pudor y de castidad, y á todos la caridad, el amor al deber y el temor de Dios. Pablo proclamó la igualdad de todos ante Dios. El cristianismo concede á la mujer y al esclavo lo que nunca habian osado ni desear. Iguales ante Dios, la súplica del hombre fuerte, libre y poderoso, no subirá mas ligera á los pies del trono del Eterno, que la de la joven pobre, tímida y sencilla, que la del desgraciado esclavo que demanda al cielo socorro y asistencia en su afliccion. Para ellos se abrirá el templo del cristianismo, y el sacerdote de Jesus no dirá nunca como el pontífice romano de Júpiter, al comenzar los sacrificios: *Pueri de aquí el estrangero, el esclavo y la mujer!* *Procul estote profani!* Admitidos como hermanos á la comunión cristiana, el Hijo de Dios no se desdenará darse por alimento á la mujer y al esclavo, como al mas alto y poderoso hombre del mundo. Al pie de la cruz todas las distinciones se confunden; empero lo que realiza en el cristianismo á la

muger, lo que la consagra es el matrimonio, que hemos visto era una cosa ilusoria entre los romanos del imperio. Los apóstoles y sus sucesores llaman los esposos al altar, y á la vista misma de Dios, bendicen su union. Deberes recíprocos, fidelidad mútua, propiedad comun, participacion en la alegría y en el dolor, todo es igual entre los esposos.

La obra de Cristo no hubiera sido completa, si como los dioses inexorables del Olimpo, hubiese dejado al culpable sin porvenir y sin esperanza. Degradada una vez la muger, en la religion pagana no halla medio de volver á levantarse. La caridad cristiana que la emancipa de su esclavitud, la rehabilita aun despues de su degradacion, por el arrepentimiento. Cristo no rechaza á la pecadora de la Escritura. No pronuncia su anatema sobre la adúltera, y deja á Magdalena que venga al pié del Calvario á recibir sus últimas palabras, mezclada entre las santas mugeres, porque el arrepentimiento abriria en la nueva religion á todos el reino de los cielos!

El Evangelio coloca á la muger que antes era solo *casa*, al nivel, al igual del hombre. La muger pagana que habia caído una vez, no podia levantarse, mas la Iglesia rehabilita á la muger aun despues de su caída por el arrepentimiento. Los mas adelantados legisladores que pueda tener el mundo, no podrán nunca escribir en sus códigos nada mas liberal y favorable á los pueblos, que lo que el cristianismo estableció hace diez y nueve siglos. *¡Habrá para todos una misma ley!*

Conocido es cuanto el apóstol Pablo escribió sobre las mugeres. Uno de sus principales y mas interesantes cuidados fué el rehabilitarlas en Cristo, dirigiéndose constantemente á ellas, en las que encontró discipulas, que como manifiesta el apóstol en sus cartas, le ayudaron muy poderosamente á la propagacion del cristianismo. Acompañado de sus discipulos Silos y Timoteo, atraviesa Pablo la Frigia y la Galicia. Recorrió despues la Misia y se detuvo sobre los confines de la Bitinia, sabiendo que no debia estender mas allá sus conquistas espirituales en el Asia. Llegado á Troade, ciudad marítima, una vision le revela en sueños que debe pasar á Macedonia. Sus discipulos se multiplicaban todos los dias. Lucas, un médico de Antioquia, se reúne á Pablo, y hombre versado en las letras, escribe bajo su inspiracion, tal vez bajo su dictado, su Evangelio, y el libro de los actos de los apóstoles, hasta el momento en que él mismo se presentó en escena diciendo: "Despues de esta vision nos dispusimos á marchar."

San Pablo, seguido de Silos, Timoteo y Lucas, llega á Filipés, la primera colonia romana en la Tracia. Allí dirige principalmente su predicacion á las mugeres. Una de ellas, comerciante en púrpura, llamada Lydia, se convierte á la voz de San Pablo y da asilo en su casa al apóstol y á sus discipulos, despues de haber recibido el bautismo con toda su familia.

Una esclava á quien sus amos hacian representar el papel de Pithonisa, encuentra á San Pablo, le sigue por todas partes anunciando en voz alta su mision divina. El apóstol, cediendo á sus instancias, la bautiza y la libra del espíritu maligno: empero sus amos, al verse privados de las ganancias que adquirian con sus oráculos, escitan una sedicion contra los santos predicadores. Los magistrados los prenden y los hacen azo-

tar con varas, hollando en él la impiedad del pueblo romano, pues Pablo era ciudadano. A la mañana siguiente, los magistrados que conocen su atentado, vienen á excusarse, y suplican al apóstol que salga de la ciudad. El apóstol y sus discipulos se hallaban libres ya con admiracion de los mismos magistrados: sus carceleros y sus familias se hallaban á sus pies, y habian recibido el bautismo!

Pablo condesciende á sus deseos, volviendo antes á casa de Lydia para consolar y afirmar á los nuevos fieles que le creian ya victima de los horrores de su injusta cautividad. Desde allí fué á Tesalónica, allí su voz encuentra corazones mas dispuestos á oírle. Hizo un gran número de prosélitos, tanto judíos como gentiles, y entre estos últimos, muchísimas mugeres de la mas elevada categoria y condicion. También allí, judíos incrédulos, implacables fanáticos, no pudiendo luchar con Pablo ni en elocuencia, ni en fé, recurren á su arma ordinaria, á su recurso favorito; escitan un tumulto en la ciudad y acusan á los cristianos de querer alzar un nuevo soberano contra el emperador.

Para sustraer á Pablo á su furor, los cristianos lo llevan á Borea. Con cuánta pena se alejó el apóstol de aquel pais donde tan bien habia sido recibido, donde su predicacion habia dado tan óptimos y sazonados frutos, y de que siempre guardó tan tierno recuerdo, porque el testimonio que da de él en su epistola á los tesalónicos, es tan completo como admirable!

No fué ménos feliz su mision en Borea. Todos los dias se vé rodeado de judíos atentos á sus lecciones, y que buscaron con fervor en los libros santos la conformidad de su doctrina con la doctrina que desarrollaba Pablo á su asombrada vista. Todos los dias se acrecieron sus conquistas; empero su fama y celebridad, publicando á admirables hechos, exasperan la rabia de sus enemigos. Corren á Borea, apelan nuevamente á las malas pasiones de un populacho ignorante; Pablo, dejando á Timoteo y Silos, se aleja de nuevo. Esta vez sus amigos le condujeron á Atenas, y bien pronto le abandonaron para ir á decir de su parte á Silos y Timoteo, que viniesen á reunirse inmediatamente con él. Pablo, siempre lleno de humildad, delante de tan terribles adversarios como los atenienses, desconfia de sus propias fuerzas, y quiere, antes de comenzar el ataque, rodearse de sus auxiliares; junta todos sus recursos.

Solo, mientras aguarda la llegada de sus discipulos, recorre aquella ciudad, famosa antigua patria de la libertad, y que tan magnífico papel habia representado en los destinos del mundo antiguo, metrópoli entonces aún de las ciencias y de las artes; empero fosa de todos los errores, de todas las supersticiones. Fija sus ojos investigadores en todos aquellos monumentos, interrogando á aquellos muchos testigos de tantas virtudes, de tantos crímenes. Su poderosa imaginacion le hace ver poblados de sus antiguos moradores, los palacios, las plazas y las calles, que resonaron en otro tiempo con la elocuencia de tantos oradores. Evoca los nombres de Temistoqueles, de Aristidias y de Pericles, y sobre todo los de los hombres justos y sabios, dignos de haber conocido la doctrina de Jesus, Platon y Sócrates, los dos hombres mas grandes y virtuosos del paganismo.

Esta mágica contemplacion desaparece á la vista del apóstol, viendo

con tristeza la antigua Atenas tan degradada por sí misma, tan degenerada bajo la esclavitud de los romanos, convertida en receptáculo de frívolos retóricos y voluptuosos é indiferentes epicúreos. Indignose al ver tanta gloria unida á tanta debilidad, corrupción é idolatría. Inflamose su celo al medir la extensión de la empresa que va á acometer. ¡Tratábase nada ménos que de ilustrar al pueblo mas ilustrado del universo.

Grande es la fe que anima á Pablo, inmensa la fuerza de alma que recibe de su divina convicción. Presentase en la sinagoga, comienza á argüir con los judíos, con los presbíteros y los gentiles, porque en la capital de Grecia habia de todas religiones y sectas. Bien pronto se presenta todos los dias en la plaza pública, haciendo frente á las oleadas de una muchedumbre burlana y escéptica, los anuncia á Jesus y la resurrección de los muertos. Discute con ellos sobre todas las religiones y cultos, oye sus objeciones y las refuta con calma. Epictetos, estóicos, griegos y extranjeros, todos se admiran, se agitan y se apiñan en torno del elocuente orador. Atenas pudo creer un momento que ha vuelto á encontrar á Sócrates.

La nueva doctrina que anunció causa una sorpresa general. ¿Qué quiere decir este razonador? decían los filósofos. Parece que anuncia nuevos dioses." [Ap. XVII, 18]. Nosotros nos limitamos á copiar aquí unos cuantos párrafos de los relatos de los apóstoles; cualquiera cosa que nosotros dijéramos dañaría á la belleza de la relación del triunfo del grande apóstol.

Preso y conducido al Arcópago.

¿Podríamos saber, le dijeron, la doctrina que publicais?

"Por qué nos anunciáis cosas de que jamás hemos oído hablar? ¿Queréis que nos enseñéis cosas de que jamás hemos oído hablar? ¿Queréis que nos enseñéis cosas de que jamás hemos oído hablar?"

"Porque todos los atenienses y extranjeros que vivían en Atenas no pasaban todo su tiempo sino en decir y oír alguna cosa de nuevo.

"Pablo, pues, da pie en medio del Arcópago, les dijo: "Atenienses, me parece que en todas las cosas sois excesivamente religiosos."

"Porque como yo examinaba al pasar las estatuas de vuestros dioses, he hallado un altar donde estaba escrito *Al Dios desconocido*. Ese Dios que adoráis sin conocerlo, es el que yo os anuncio.

"El Dios que ha hecho el mundo, y todo lo que hay en el mundo, el Señor del cielo y de la tierra, que no habita templos edificadas por los hombres.

"Que no puede ser honrado por las obras de las manos de los hombres, porque no puede tener necesidad de nada, el que da á todos la vida, la inspiración y todas las cosas.

"El ha hecho nacer de un solo hombre toda la raza humana, para que habitase sobre toda la superficie de la tierra, habiendo determinado el tiempo de la duración de los pueblos y los límites de su morada.

"A fin de que busquen á Dios y se esfuerzen en llegar á él, aunque no está lejos de cada uno de nosotros.

"Porque de él tenemos la vida, el movimiento y el ser, y como lo han dicho algunos de vuestros poetas, somos los hijos de Dios mismo.

"Pues que somos los hijos de la raza de Dios, ¿debemos creer que la Di-

vidual sea semejante al oro, á la plata ó á las piedras de que la industria y el arte del hombre ha fabricado imágenes?

"Dios, queriendo poner término á esos tiempos de ignorancia, hace al presente anunciar á todos los hombres y en todas partes la penitencia.

"Porque ha establecido un dia para juzgar al mundo según su justicia, por el que ha destinado para ser su Juez, habiéndole resuscitado de entre los muertos, para confirmar á todos los hombres en la fe de su palabra."

Qué sencillez tan sublime brilla en esta corta allocucion, que reúne todas las perfecciones de la elocuencia griega! La improvisación, la fuerza de lógica á una convicción tan poderosa que admira y arrastra! Grande fué el efecto que hizo sobre el espíritu de un pueblo largo tiempo maldado por las sutilezas sofísticas de los retóricos y las vanas declamaciones de las escuelas. Despertó estinguidos recuerdos, lionjó desde el principio á los atenienses en una de sus principales manías, la de aparecer religiosos, y los recordó la gloria de haber sido el primer pueblo que habia levantado un altar al Dios desconocido. Asi escucharon á San Pablo con desusada atencion, tal vez con respeto. Grande fué el fruto de la predicación de San Pablo, á pesar de los sarcasmos con que atacó su doctrina el sensual epicureismo. Dionisio el Arcópagita y una muger llamada Damaris, son del número de los que abrazan el cristianismo.

Notemos que una muger está en el número de los convertidos, hecho muy significativo en Atenas. Para que San Lucas haya consignado en los actos de los apóstoles su nombre y señalado esta conquista, era preciso que esta muger estuviese en posicion de atraer las miradas y servir de ejemplo. Se sabe cuál era en Atenas la vida de aquellas mugeres, que asistiendo á las reuniones de los hombres, participaban de sus festines y no tenían acompañarlos hasta en la plaza pública, y la triste fama y renombre de las Laís y de las Aspasias, cuyos nombres han quedado como sello eterno de impudencia y vergüenza, nos dispensa de desenvolver mas aquí nuestro pensamiento.

El año 52 tocaba á su fin. Pablo, que no debia permanecer mas tiempo en la capital de la Grecia, y que no pudo, según sus deseos, volver á Tesalónica, fué á Corinto, después de haber mandado en su lugar á Timoteo y Silos.

Allí, durante año y medio, el apóstol habitó en casa de un judío convertido, del Ponto, llamado Aquila. Para no ser gravoso á nadie y ganar su subsistencia, hace tiendas de cuero, y da el doble ejemplo de la piedad y del trabajo. Silos y Timoteo vuelven y le dan cuenta del floreciente estado de la iglesia de Tesalónica, á pesar de las persecuciones que acaba de sufrir, y escribe á los tesalónicos sus dos epístolas, fortaleciéndoles contra los falsos doctores y tranquilizándoles sobre el fin del mundo. Dos epístolas magníficas, dignas de todo estudio por la doctrina que encierran, y sobre las que tanto han escrito los padres de la iglesia.

Los judíos de Corinto no debían, como los de Berea y Tesalónica, dejar en paz continuar al apóstol su mision.

A favor de un motin que promueven, se arrojan sobre Pablo y lo arrastran al tribunal del procónsul romano como sedicioso. Este magistrado era Gallio, el hermano del filósofo Séneca. El procónsul declara que tratándose de cuestiones entre judíos y cristianos sobre la interpretación de su ley, no quería ser juez ni parte en sus controversias. Así en el año de 54, Roma, que dos años antes había expulsado de su seno a judíos y cristianos, en el mismo decreto y por una misma causa, Roma nada recelaba de esta secta, cuya existencia y progresos era imposible que ignorase, y la miraba con la indiferencia con que miró siempre a cuanto no contrariaba su política.

San Pablo abandonó poco después á Corinto y la Grecia, y vuelve á la Asia Menor, donde le llamaban todas sus predilecciones. Llegó á Efeso, después á Cesarea. Desde allí fué á saludar la iglesia de Jerusalén, y toma en seguida el camino de Antioquia, permanece allí algun tiempo y recorre de ciudad en ciudad la Galacia y la Frigia, fortaleciendo el espíritu de sus discípulos.

En los tres años que permaneció en Efeso, del 55 al 59, obró considerables milagros, tiene todos los días abierta su escuela, y enseña su doctrina en el Gimnasio. Comienza á bautizar á todos los fieles en nombre de Jesucristo, después, poniéndoles las manos sobre la cabeza, invocó sobre ellos al Espíritu Santo. No contento con trabajar en su instrucción, busca infatigable á los enfermos y los afligidos, y su caridad audiente produce tantas conversiones como su palabra.

Su misión principal fué curar las llagas del alma. Trató de extirpar de las costumbres la magia y sus absurdas prácticas, á que eran muy aficionados. Estas artes supersticiosas, sabidas del fondo del Oriente, habían inestado no solo el Asia entera, sino el imperio todo, y la voluptuosa Asia Menor era su foco principal y mas activo. Apolonio de Tiansa hacía prodigios, que tomaba el pueblo ignorante y crédulo por verdaderos milagros. Los esfuerzos de Pablo contra los demoníacos, fueron coronados del éxito mas feliz. Sus palabras conmovieron de tal suerte á los mismos mágicos, que ellos mismos trajeron á los pies del apóstol sus libros, y los quemaron públicamente en tanta cantidad, que fueron estimados en mil dineros (unos con mil reales de nuestra moneda).

Un plato de Efeso, llamado Demetrio, viendo disminuir el culto de Diana, patrona de aquella ciudad, cuyo magnífico templo iba quedándose desierto y sin vender las imágenes de la diosa que fabricaba, reunió sus obreros y sublevo con ellos toda la ciudad contra el apóstol. El se apoderó de algunos de sus discípulos y se precipitó en el teatro gritando: ¡viva la gran Diana de Efeso! Pablo quiso presentarse ante el pueblo atumultuado; empero sus amigos, instrumentos de la Divina Providencia, le salvaron aún esta vez, y merced á la prudencia y firmeza de los magistrados, se disipa y aplaca el sedicioso motin.

Pablo entonces se despidió de los fieles de Efeso y comienza una nueva vuelta á sus iglesias. La Macedonia, la Grecia, la Frigia, las ciudades del Helesponto, algunas islas del mar Egeo, Lesbos, Chio, Samos, Cos, Rodas, Mitelene, Tiro, Tolemaida, volvieron á ver en poco tiempo á este intrépido apóstol y escucharon otra vez las palabras de su elocuente voz. Por todas partes por donde pasaba anunciaba que quería estar en Jeru-

salen el día de Pentecostés, y que marchaba allí arrastrado por la fuerza superior del Espíritu Santo, y que allí le aguardaban las cadenas y los padecimientos. En vano en muchas partes intentaban con la mas tierna sollicitud separarle de este fatal viage. Su fé era incontrastable. En todas partes alarmados sus discípulos, se reúnen en torno suyo y le siguen como si hubiesen podido hacerlo contra los decretos de Dios, para servirle de escudo y de amparo con su amor!

En Mileto, una de las capitales de la Caria, reúne Pablo á los sacerdotes de Efeso y á la mayor parte de sus discípulos y fieles, y les dirige un afectuoso discurso en que se despidió de ellos, anunciándoles su viage á Jerusalén, y que no le volverian á ver mas. Precioso modelo es este discurso de dulzura y sencillez, en que domina una piadosa melancolía, una modestia enteramente cristiana, y la mas fervorosa unción, sobre todo cuando predica á los fieles los ataques á que van á verse espuestos cuando él no esté allí con ellos para alentarlos y sostenerlos.

San Pablo fué acogido en la ciudad santa con una alegría mezclada de ansiedad. Santiago, obispo de Jerusalén y uno de los doce apóstoles, viendo la tempestad que se formaba sobre la cabeza de Pablo, trató de sustraerle á ella, aconsejándole que se sometiese á las ceremonias de la purificación. Dócil á sus sabios consejos, Pablo se asoció á cuatro nazarenos que habían venido á cumplir con esta ceremonia. Contribuyó al gasto del sacrificio, y fijó él mismo en siete días el tiempo de la purificación. Aun no había terminado el séptimo, cuando reconocido en el templo por uno de los judíos de Asia, es cogido brutalmente y arrastrado fuera del templo, cuyas puertas se cierran inmediatamente. La confusión reina en la ciudad, Lysias, tribuno de la cohorte romana, que ocupaba la fortaleza Antonia, junta las tropas y marcha al lugar del tumulto. Sin este inesperado socorro que Dios le envía, Pablo parece hecho pedazos, porque decididos á asesinarle los judíos, le daban furiosos golpes, acusándole en alta voz de dogmatizar en todos los países, contra la nación, contra la ley, contra el templo, y aun de haber profanado el templo haciendo entrar á los gentiles. Querían hablar de los discípulos gentiles que le acompañaban.

Colocado bajo la salvaguardia de los romanos, debe á su título de ciudadano de Roma el ser defendido y bien tratado por ellos; empero no por eso dejó de ir prisionero á la fortaleza Antonia, que recibió de Herodes este nombre en honor de Marco Antonio, uno de los triunvirs.

Este tribuno le preguntó si era el egipcio que pocos días antes había estado un gran tumulto en Jerusalem y conducido al desierto cuatro mil sicarios.

Un egipcio, pocos días antes, haciendo el profeta, había persuadido al pueblo á que le siguiese al monte de las Olivas, de donde debían ver, renovándose el prodigio de Jericó, caer al sonido de las trompetas los muros de Jerusalem, y entrando por las brechas, concluir con la guarnición romana. El gobernador de Judea, Félix, saltó con las tropas á su encuentro, mató á cuatrocientos, hizo doscientos prisioneros, y el egipcio huyó en el combate y no volvió á aparecer jamas. Pablo contestó al tribuno, y pidió permiso para hablar al pueblo; contó que no oyéndole los judíos, Dios le había enviado á llevar su fé á los gen-

files. Citado ante el gran sacerdote Ananías, éste, desde las primeras palabras que pronunció, le hizo dar un bofetón en la cara. El apóstrofe que le dirigió entónces el apóstol lleno de un espíritu profético, ha sido diversamente comentado é interpretado por los padres de la Iglesia. *Dies te herira, muralla blanqueada!* Dígole que era el pontífice, y Pablo lleno de humildad se disculpó diciendo: "No sabía que lo fuese, porque la ley prohibe maldecir al príncipe del pueblo."

Pablo, en presencia de él, conociendo que han jurado su pérdida, aprovecha hábilmente el conocimiento que tiene del corazón humano, divide con una sola palabra á los fariseos y saduceos que componían el consejo. "Soy fariseo é hijo de fariseo, esclama, y se trata de la resurrección de los muertos! Los saduceos no creían en la resurrección de los muertos, y los fariseos proclamaban su inocencia, vienen á las manos unos con los otros, y no se escapa al furor de esta contienda sino por la vigilancia del tribuno que lo vuelve á la ciudadela. No hubiera escapado á una conjuración formada contra su vida por cuarenta judíos que hicieron promesa de no comer ni beber, hasta que le hubiesen matado en su tránsito de la ciudadela al templo. Revelado este proyecto al tribuno por uno de los fieles, no queriendo arriesgar una batalla ni tomar sobre sí el entregar á los judíos por la noche á Pablo, desembarazándose así de él, enviándole al gobernador que se hallaba en Cesarea." Pablo, conducido delante de Festus, había hecho titubear el alma del prefecto romano, é imitando la conducta de su tribuno, iba á remitir al César aquel hombre, en quien no hallaba culpa ni delito alguno, cuando el rey Agrippa llegó á Cesarea con su mujer Bernice. Pablo, conducido á su presencia, habla, y sin admirarse de la magnificencia y de la magestad real, glorifica á su Dios y proclama á los ojos de los grandes de la tierra la fe, por la que estaba pronto á morir. El rey Agrippa lo oye con placer, y declara que debiera ponerse en libertad si no hubiera él mismo apelado al César. Si el magistrado romano no hubiera sido esclavo de su deber, si hubiese cedido á la indiscreta demanda de un rey, Pablo hubiera tal vez terminado la conversión de Agrippa, y quien entónces hubiera podido calcular la importancia de semejante conquista! Pablo marcha de la Licia, en su tránsito la tempestad amenaza sumergirle, naufraga en la isla de Malta, donde su poder y su fe salvan el equipaje y el buque, y recibe en medio de sus cadenas honores casi divinos; llega, en fin, á la metrópoli del mundo pagano, en donde le fué permitido permanecer atado con una cadena al brazo de un soldado encargado de su custodia y que jamas le abandonaba. Allí permaneció así dos años, recorre las calles y las plazas predicando á la multitud que se reunía en torno suyo, y haciendo conversiones hasta en el palacio mismo de los Césares. Hasta aquí llegan (solo al año 63) los actos de los apóstoles.

Pablo, durante su cautiverio, se comunica con las iglesias que había fundado, dirigiendo la mayor parte de sus divinas epístolas.

En fin, después de dos años de cautiverio, que le hicieron celebre en todos los tribunales de Roma, y que animó á muchos de sus discípulos á predicar mas altamente la fe, y que le adquirió prosélitos hasta en el palacio de Nerón, Pablo fué puesto en libertad, sin que se haya sabido

cómo. Tampoco consta á punto fijo lo que hizo despues; pero en la primavera del año 65 visitó de nuevo las iglesias de Oriente, cuyo fundador había sido. Desde Antioquia, donde permaneció muchos años, sus correrías evangelicas le llevaron á la Galacia, á la Capadocia, á muchas otras provincias del Asia y hasta el pais de los Partos; volviendo á experimentar en sus diferentes viajes los trabajos, fatigas y pruebas de costumbre. Allí una revelación le manifestó, segun la tradicion que de ella nos ha conservado San Atanasio, que sufriría el martirio en Roma, razon por la cual volvió á ella, encontrándose con San Pedro.

El jefe de los apóstoles no había trabajado ménos que él, ni corrido ménos peligros por la propagacion del Evangelio. Trasladado á Jerusalem cuando supo la muerte de Santiago el Mayor, á quien Herodes Agrippa había mandado cortar la cabeza; encerrado en un calabozo de orden de aquel príncipe, que procuraba atraerse con sus embalsos el favor de los judíos, aguardaba una muerte que parecia inevitable, cuando fué salvado milagrosamente por un ángel. Casi en el mismo instante la mano de Dios cayó sobre el perseguidor.

Ya, y desde el segundo año del reinado de Claudio, había trasladado su silla episcopal á Roma. Despues de esta traslacion, se le vé hacer muchos viajes por Oriente, en uno de los cuales accedieron los sucesos de que acabamos de hablar. Vuelve á Roma despues de ordenar á Simon, obispo de Jerusalem, en lugar de Santiago, y allí recibió como Pablo, la revelacion de su martirio, que debia ser tal como lo había anunciado su Divino Maestro.

Por los tiempos en que había ido por primera vez á la capital del imperio, creese con mas verosimilitud que tuvo efecto la dispersion de los apóstoles por toda la tierra. Bajo sus auspicios, Marcos fundó la iglesia de Alejandria, y fué martirizado en aquella ciudad á los cinco años de episcopado. Se opina que despues de separarse de Pablo, Lucas predicó el Evangelio en la Dalmacia, las Galias, Italia y Macedonia; Andrés fué el apóstol de la Escitia y de allí volvió á Acaya, donde sufrió el martirio; Felipe, despues de haber evangelizado en la Alta Asia, fué á morir en Hieraple, ciudad de Frigia; el celo de Tomás lo llevó hasta las Indias occidentales; Simon, llamado el Cananeo, Judas y Mattias, se dividieron la Arabia, la Idumea y la Mesopotamia; Mateo predicó entre los etíopes, y por el concurso unánime de tantas predicaciones apostólicas, el nombre y la religion de Cristo se esparcieron "con la rapidez del rayo que sale de Oriente y aparece en Occidente," por todo el mundo conocido y aun mas allá, habiendo salido á luz tres evangelios.

Entre tanto los judíos, á quienes la nueva religion acusaba al mismo tiempo del mayor de los crímenes, el deicidio, y los contrarribia en las ideas magnificas que habían formado de su Mesías, proseguian contra ella sus persecuciones, habiendo ya arrojado de la sinagoga á Nicodemus y Gamaliel, porque se mostraron favorables á sus sectarios. Habiéndose escapado Pablo y Pedro, dirigieron su furia contra Santiago el Menor, obispo de Jerusalem, á quien todo el pueblo daba el nombre de Justo á causa de sus virtudes, y lo arrojaron de una de las azoteas del templo, á donde le habían hecho subir, y donde contra su esperanza había glorificado á Jesucristo ante la multitud allí reunida. Como res-

pirase todavía, y rogara por sus enemigos; lo apedrearon, y un batanero le mató con su maza. De este modo los dos apóstoles llamados Santiago fueron los primeros martirizados.

Al mismo tiempo nacían las primeras heregías, siendo de notar que aunque acogían al Mesías que los judíos rechazaban, habían tomado origen de ese mismo orgullo que irritaban sus bajas; y en efecto, cualquiera que fuese la diversidad de las creencias impías y extravagantes que se suscitaban entonces contra la doctrina apostólica, todas se hallaban de acuerdo acerca de un punto, á saber: que no podían soportar la idea de un Dios "verdaderamente hombre; que se asociaba á las enfermedades de la naturaleza humana, sufriendo en su carne." Por lo demás, todas sus sectas, ó casi todas, particularmente la de los *gnósticos*, predicaban la moral más perversa, y entregados á todas las disoluciones de los paganos, eran más funestas á la nueva religión por sus vicios, que los judíos por su animosidad y persecución. De aquí la acusación de crímenes misteriosos y abominables que pesó mucho tiempo sobre los cristianos.



PERSECUCION DE LOS ROMANOS.

Neron.—Primera persecucion del cristianismo.—Incendio de Roma.—San Pablo vuelve á Roma.—Confianza y muerte de Simon Magos.—Martirio de San Pedro y San Pablo.—Innumerables mártires.—Catalo así fue el martirio al cristianismo.—Revolucion de Judea.—Rebelion contra Neron, y su muerte.—Galba, Othon, Vitelio, emperadores.—Vespasiano, proclamado en Judea emperador.—Sitio y destruccion de Jerusalem.—Consideracion sobre sus ruinas.—Tito, emperador.

NERON subió al trono imperial con perjuicio de Británico, hijo del emperador Claudio y de Mesalina, por las intrigas y destreza de su madre Agripina, el 13 de Octubre del año 54 de Jesucristo, á los diez y siete años de su edad. Al principio se propuso por modelo el reinado de

Augusto, aspirando á la reputacion de príncipe esclarecido, liberal, benéfico. Se granjeó el amor del pueblo, teniendo á su lado los dos más grandes filósofos de su siglo, Séneca y Burrho. Dió muchas pruebas de su compasion y generosidad. Deseaba no saber escribir cuando se trataba de firmar una sentencia de muerte, y se hizo acreedor á las mayores alabanzas. La adulacion degradó su magestad, hasta abandonar los negocios del Estado y deberes de un emperador, por presentarse en un teatro á disputar á los histriones la indigna gloria del canto y de la declamacion. Hecho despreciable se hizo odioso. Un gran número de muertes, parricidios, falsas acusaciones, vergonzosos desórdenes, devastacion de las provincias y el incendio de la capital, con la atroz persecucion que suscitó contra el cristianismo, manifiestan cuán malvado y execrable puede ser un monstruo revestido con la soberanía. Se jactaba de tantos atentados, vituperando la conducta de sus antecesores, que segun él, no habian conocido la estension de su poder. *Negavit quenquam principem scisso, quid sibi liceret.*

La marcha tranquila, dulce y progresiva, que habia seguido hasta entonces el cristianismo, en Roma y en todas partes, excepto en Jerusalem, iba á sufrir grandes modificaciones. Hasta entonces los emperadores, cualesquiera que hubiesen sido sus vicios y su ferocidad, habian olvidado ó despreciado á los cristianos; empero éstos se habian multiplicado considerablemente, porque el proselitismo era su vida, eran conocidos en la corte, y no podian escapar á la crueldad de Neron, azote de la humanidad entera.

La única religion que fuese entonces verdadera, por necesidad debia formar la sociedad más perfecta; y en efecto, vemos desde su origen á la Iglesia constituida sobre las indestructibles bases que la sostienen aún en nuestros dias, y en todos los grados de su jerarquia, desde sus más humildes empleos hasta la paternidad monárquica de su gefe visible. Esto es, sobre todo, lo que asustó al gobierno romano cuando se instruyó mejor de lo que pasaba entre los cristianos. Aquel gobierno, desconfiado y tímido, temió á sus súbditos, á los cuales contenía á su vez por el temor y vigilándolos sin cesar por medio de su policía, como hubiera podido hacer con un país recién conquistado; su mayor empeño era disolver desde su nacimiento, mas decimos, impedir que se formase la menor hermandad y toda asociacion, cualesquiera que fuesen su índole y su objeto.

Y esto lo hacían los grandes, aliados casi todos en la secta de Epituro; y en su aversion hacia el cristianismo tales eran los fríos cálculos de su política. No menos amenaza sufrió luego que, mas conocido, el vulgo de los paganos dió suelta á su furia é implacable odio. Era la vez primera que aparecían entre ellos hombres penetrados de horror hacia los ritos, sacrificios y misterios de su religion, que se apartaban de sus fiestas, sus cirios y sus teatros, como habian podido huir al acercarse una peste que no distinguían su desprecio á los simulacros de piedra y madera, objeto de sus adoraciones, y que con la castidad de sus costumbres censuraban de un modo inoportuno sus desarreglos. Los propagadores del Evangelio abrieronse, pues, camino de una manera atrevida por medio de esa doble fatanga de enemigos.

pirase todavía, y rogara por sus enemigos; lo apedrearon, y un batanero le mató con su maza. De este modo los dos apóstoles llamados Santiago fueron los primeros martirizados.

Al mismo tiempo nacían las primeras heregías, siendo de notar que aunque acogían al Mesías que los judíos rechazaban, habían tomado origen de ese mismo orgullo que irritaban sus bajezas; y en efecto, cualquiera que fuese la diversidad de las creencias impías y extravagantes que se suscitaban entonces contra la doctrina apostólica, todas se hallaban de acuerdo acerca de un punto, á saber: que no podían soportar la idea de un Dios "verdaderamente hombre; que se asociaba á las enfermedades de la naturaleza humana, sufriendo en su carne." Por lo demás, todas sus sectas, ó casi todas, particularmente la de los *gnósticos*, predicaban la moral más perversa, y entregados á todas las disoluciones de los paganos, eran más funestas á la nueva religión por sus vicios, que los judíos por su animosidad y persecución. De aquí la acusación de crímenes misteriosos y abominables que pesó mucho tiempo sobre los cristianos.



CAPITULO III.

PERSECUCION DE LOS ROMANOS.

Neron.—Primera persecucion del cristianismo.—Incendio de Roma.—San Pablo vuelve á Roma.—Confesión y muerte de Simon Magos.—Martirio de San Pedro y San Pablo.—Innumerables mártires.—Catalá así fue el martirio al cristianismo.—Revolucion de Judea.—Rebelion contra Neron, y su muerte.—Galba, Othon, Vitelio, emperadores.—Vespasiano, proclamado en Judea emperador.—Sitio y destruccion de Jerusalem.—Consideracion sobre sus ruinas.—Tito, emperador.

NERON subió al trono imperial con perjuicio de Británico, hijo del emperador Claudio y de Mesalina, por las intrigas y destreza de su madre Agripina, el 13 de Octubre del año 54 de Jesucristo, á los diez y siete años de su edad. Al principio se propuso por modelo el reinado de

Augusto, aspirando á la reputacion de príncipe clemente, liberal, benéfico. Se granjeó el amor del pueblo, teniendo á su lado los dos más grandes filósofos de su siglo, Séneca y Burrho. Dió muchas pruebas de su compasion y generosidad. Deseaba no saber escribir cuando se trataba de firmar una sentencia de muerte, y se hizo acreedor á las mayores alabanzas. La adulacion degradó su magestad, hasta abandonar los negocios del Estado y deberes de un emperador, por presentarse en un teatro á disputar á los histriones la indigna gloria del canto y de la declamacion. Hecho despreciable se hizo odioso. Un gran número de muertes, parricidios, falsas acusaciones, vergonzosos desórdenes, devastacion de las provincias y el incendio de la capital, con la atroz persecucion que suscitó contra el cristianismo, manifiestan cuán malvado y execrable puede ser un monstruo revestido con la soberanía. Se jactaba de tantos atentados, vituperando la conducta de sus antecesores, que segun él, no habian conocido la estension de su poder. *Negavit quenquam principem scisso, quid sibi liceret.*

La marcha tranquila, dulce y progresiva, que habia seguido hasta entonces el cristianismo, en Roma y en todas partes, excepto en Jerusalem, iba á sufrir grandes modificaciones. Hasta entonces los emperadores, cualesquiera que hubiesen sido sus vicios y su ferocidad, habian olvidado ó despreciado á los cristianos; empero éstos se habian multiplicado considerablemente, porque el proselitismo era su vida, eran conocidos en la corte, y no podian escapar á la crueldad de Neron, azote de la humanidad entera.

La única religion que fuese entonces verdadera, por necesidad debia formar la sociedad más perfecta; y en efecto, vemos desde su origen á la Iglesia constituida sobre las indestructibles bases que la sostienen aún en nuestros dias, y en todos los grados de su jerarquía, desde sus más humildes empleos hasta la paternidad monárquica de su gefe visible. Esto es, sobre todo, lo que asustó al gobierno romano cuando se instruyó mejor de lo que pasaba entre los cristianos. Aquel gobierno, desconfiado y tímido, temió á sus súbditos, á los cuales contenía á su vez por el temor y vigilándolos sin cesar por medio de su policía, como hubiera podido hacer con un país recién conquistado; su mayor empeño era disolver desde su nacimiento, mas decimos, impedir que se formase la menor hermandad y toda asociacion, cualesquiera que fuesen su índole y su objeto.

Y esto lo hacían los grandes, aliados casi todos en la secta de Epituro; y en su aversion hacia el cristianismo tales eran los fríos cálculos de su política. No menos amenaza sufrió luego que, mas conocido, el vulgo de los paganos dió suelta á su furia é implacable odio. Era la vez primera que aparecían entre ellos hombres penetrados de horror hacia los ritos, sacrificios y misterios de su religion, que se apartaban de sus fiestas, sus cirios y sus teatros, como habian podido huir al acercarse una peste que no distinguían su desprecio á los simulacros de piedra y madera, objeto de sus adoraciones, y que con la castidad de sus costumbres censuraban de un modo inoportuno sus desarreglos. Los propagadores del Evangelio abrieronse, pues, camino de una manera atrevida por medio de esa doble fatanga de enemigos.

Neron siguió sus instintos sanguinarios persiguiendo á los cristianos; los que no quieren detenerse sino en la superficie de los hechos, han pretendido que el tirano de Roma, celoso de disculparse á los ojos de su pueblo, que le acusaba de haber incendiado á la ciudad para recrearse en el espectáculo de tan imponente incendio, había calumniosamente acusado á los cristianos de tan gran crimen. Neron, elevado al trono por un envenenamiento, se hallaba en el noveno año de su imperio. Había hecho asesinar á su madre Agripina, su hermano Británico, su muger Poppa, su preceptor Séneca, sus amigos, sus ministros y los mas ilustres patriotas. Neron habia encontrado apologistas de sus crímenes. Despues de la muerte de su muger y de su madre, el senado ordenó dar gracias á los dioses, y las pretorianas en cuerpo vinieron á felicitarle. ¿Cómo habia de disculparse Neron del incendio de Roma? El mas elocuente de los historiadores latinos, el que mejor habia estudiado y conocido los sucesos que tan bien ha descrito, Tácito, despues de haber dicho que Neron fué acusado de haber incendiado á Roma á causa del deseo que manifestaba de redimirse una hermosa y darla su nombre. Tácito añade mas adelante hablando de la persecucion contra los cristianos: *Corrupti qui fidebantur, deinde multitudo ingens, laud per uide in crimine traxerunt quam odio generis humani committi sunt.*

Esta persecucion, que se considera la primera de las diez que pesaron sobre el cristianismo, comenzó á fines del año 64. Publicáronse severos edictos contra la religion cristiana. En las provincias los fieles fueron juzgados y condenados á muerte. En Roma se les crucificaba como á esclavos. Atormentábase con los mas horrosos suplicios. La relacion que de ellos nos han dejado los mismos historiadores paganos, hace estremecer de horror. El suplicio de los cristianos era un juego para los gentiles. Se les cubria con pieles de bestias y se lanzaban contra ellos perros, que los destrozaban y los devoraban. En los jardines de Neron, los cuerpos de los cristianos cubiertos de pez y resina é inflamados, sirven de antorcha á los paseantes. Suplicio tan terrible y espantoso, que si hemos de creer á Tácito, los romanos tan feroces por hábito é instinto, no pudieron asistir á él sin conmoverse. *Miseratio oriebatur.* (Anales XV, 44).

San Pablo vuelve á Roma desde Asia, cuando la persecucion se hallaba en su mayor fuerza. Pedro conoce todo el valor del poderoso auxiliar que el cielo le envia. Su puesto era donde la lucha era mas terrible y animada, donde habia mas llagas que cicatrizar, mas almas turbadas y vacilantes que sostener. El momento decisivo ha llegado. Las previsiones de los apóstoles se realizaron de una manera terrible é inesperada tal vez. Frente á frente de la autoridad y el poder temporal, el cielo solo y la fé invencible podian asegurarles la victoria. Sus discipulos eran numerosos sin duda y dispuestos á sufrirlo todo; empero el aspecto de las pruebas inauditas, tremendas, por donde debian pasar, podian hacer volver atrás á las almas débiles y épocas, desanimar aun á los mas valientes. A los gefes ó los elegidos tocaba redoblar su ardor y confianza. Con el ejemplo, sobre todo, debian predicar á la vista del peligro. Muchos historiadores hablan de un suceso extraordinario; de un milagro que tuvo lugar en el circo en presencia de los romanos y del empera-

dor mismo; milagro de San Pedro y San Pablo, y de que fué victima Simon Mago; milagro que la tradicion de la Iglesia ha conservado.

Simon, por sus prodigios, se habia adquirido gran crédito y nombre entre los romanos. Su odio contra San Pedro y los apóstoles de Jesus, originado por su condenacion en Jerusalem, se conservaba implacable. Aprovechando el momento en que la persecucion los esterminaba, para confundirlos trata de mentiras todas las obras milagrosas de los discipulos del Señor, y propone á Neron subir al cielo en su presencia y de Roma toda. Bastó esta promesa para conmovet á un pueblo tan frívolo como la Roma del imperio. El reto fué lanzado á los gentiles. En el dia señalado, el circo se llenó de espectadores. San Pedro solo segun unos, acompañado de San Pablo segun otros, se presentó en el circo sin mas armas que la oracion y su confianza en Dios. El mago tenia en su favor sus artes, su audacia, el favor del emperador y la credulidad del pueblo.

A la señal dada, Simon comienza á elevarse en los aires. Sus ojos y su boca lanzan la provocacion y el sarcasmo sobre San Pedro, que con los brazos cruzados sobre el pecho, iluminada su frente con una santa confianza, aguardaba resignado el desenfuce de los decretos de Dios. Ya el impio hordia los aires confiado en los demonios, sobre cuyos hombros iba sostenido, cuando el apóstol cae de rodillas, alza sus manos suplicantes al cielo y dirige al Señor en voz alta una fervorosa súplica. Momento solemne en que hubo en el pueblo numerosisimo un inmenso silencio. Neron mismo debió de participar de la general emocion. No fué largo el momento de ansiedad. La súplica habia sido oida. El impio, como herido de un rayo, cae al suelo dando un terrible alarido y se fractura los dos muslos. El dolor y la humillacion de su venimiento, añade la crónica, causaron su muerte. (Año 66.)

En Roma, en la Iglesia de Santa Romana viuda, nos enseñaron una piedra religiosamente conservada en un altar, cercada de una verja dorada, y sobre la que reñe or, se arrojó el santo apóstol donde dejó estampadas las huellas de sus rodillas!

Este triunfo á la vista de todo el pueblo no suspendió la persecucion, sea que no fuese posible suspender los procedimientos entablados, sea que Neron, tomar de parte en la humillacion afrentosa de su favorito, quisiese vengarle, ó que consideraciones politicas difíciles de apreciar, fuesen mas fuertes que las circunstancias, y sobre todo, porque no entraba en los proyectos del Altísimo conceder á la humanidad los beneficios de su religion sino despues de haber purificado al género humano con pruebas terribles. La sangre cristiana habia comenzado á correr en el año 64, y no debia contenerse el torrente que inundaba el imperio sino en el año 68, y aun entónces por muy poco tiempo. . . .

Portalesidos con esto nuevo milagro por la proteccion divina, los apóstoles, al redoblar el furor sus enemigos, redoblaban su celo. Simon Mago, ministro de los impuros placeres y de las supersticiones del César, estaba en la corte un partido contrario, interesado en su desgracia. Este partido naturalmente se mostró favorable á los que habian procurado la caida de Simon. Pablo habia hecho ya prosélitos en la misma corte, en el palacio mismo de Neron. Los primeros mártires habian dado en los

tormentos admirables pruebas de firmeza y de valor. Habían asombrado aquellas almas inflexibles á aquellos corazones de mármol.

Estas circunstancias, unidas á la divina obediencia del apóstol de los gentiles, aseguran nuevas conquistas á la religion. Las conversiones se multiplicaban. Una de las concubinas mas amadas de Nerón, y el copero de este emperador, se inclinaron á la religion de los perseguidos, y Nerón trata de acabar con los jefes de la secta que habia jurado locamente extinguir. Arrestado Pablo, es conducido á una prision. Llevado delante del emperador, se vió aturdonado de todo el mundo: tan grande era el terror que inspiraba la crueldad del tirano! El Señor permaneció con él y redobló sus fuerzas y su valor. El santo anciano escapa aun esta vez de la muerte, á fin de que pudiese terminar su ministerio; empero fué encerrado en una cárcel. Este nuevo cautiverio es para él un fecundo manantial de gloria. Continúa su obra, segun nos dice el mismo en su segunda epístola á Timoteo, la última que escribe y acaba en su prision la conversion de la concubina de Nerón que vuelve á la castidad, y la del copero de palacio que habia comenzado cuando se hallaba libre. Pedro, reducido á prision en las cárceles Mamertinas, predica allí tambien y convierte á sus compañeros de prision y á los mismos carceleros. Nerón, furioso de ver arrebatarse los cómplices de sus desórdenes, se abandona á todo su furor!

Era en el año 66 de Jesucristo, el 29 de Junio.

Un puñado de verdugos y de soldados llevaba fuera de las puertas de Roma, al monte Janículo, á un anciano á quien iban á crucificar.

Porque aquel anciano era *una persona vil*, un judío, y no tenia derecho á los honores del hacha y del tajo.

Y á corta distancia de la comitiva, habia hombres, mugeres y niños, que lloraban y se decian unos á otros: "El pastor abandona á su rebaño, el padre á sus hijos. ¿Qué va á ser de nosotros?"

"Nueve meses hace que lo sepultaron en las cárceles del Capitolio; por espacio de nueve meses ha sufrido el tormento y el cautiverio; esperábamos que la crueldad de Nerón lo habria olvidado; pero se ha acordado de él para hacerle morir."

Uno de ellos que no habia dicho nada todavía, tomó la palabra. "Hermanos míos: no lloreis por el mártir, antes bien, adorad los decretos de la Providencia."

"Porque Jesucristo, el Maestro del santo apóstol y de todos nosotros, le predijo dos veces que moriría para glorificar su nombre, y el género de muerte de que moriría."

"La primera vez, cuando se apareció á sus discípulos junto al mar de Tiberíade, y dijo á ese cuya fúnebre comitiva vais siguiendo: "Cuando seas mas joven, te ceñirás tu mismo, á las donde quieras; pero cuando seas viejo, alargarás las manos y otro te ceñirá, y te llevará á donde no quieras ir."

"Esta es la primera prediccion que le hizo el Señor: oíd como le hizo la segunda."

"Hace nueve meses, cediendo á nuestros terrores y á nuestras súplicas, nuestro padre se habia determinado á salir de Roma y á ocultarse de las persecuciones del emperador irritado contra él, porque habia ven-

cido á Simón el Mago. Despidióse de nosotros, y partió antes de que rayase el alba; pero en el momento en que ponía el pié fuera de la puerta de Roma, se le apareció nuestro Señor Jesucristo, entrando por la misma puerta: "Señor, preguntó el apóstol, ¿á dónde vais? [1]—Vengo á Roma, respondió el Señor, para ser crucificado de nuevo." Entonces su antiguo discípulo, considerando que el Hijo de Dios habia acabado, hacia ya mucho tiempo, su mision en la tierra y no podia ya morir, comprendió que debia ser crucificado de nuevo en la persona del primero de sus apóstoles, y volvió pié atras. Y aquel dia cayó en manos del emperador Nerón.

"Bien veis, pues, que nuestro padre debe morir."

Cuando esto decia, mientras unos hacian oracion y otros continuaban llorando, porque no podian consolarse, llegaron el anciano y su comitiva al monte Janículo, y la muchedumbre que los seguia recibió orden de detenerse al pié de la colina.

El sol, que acababa de salir, iluminaba en toda su magnificencia y en toda su estension la nueva Roma, la Roma de pórfido y de mármol que Nerón habia hecho edificar despues de haber incendiado la antigua.

Y la gran voz de la Babilonia de Italia, se dejaba ya oír confundidamente, porque todo lo que encerraba de crímenes y de infamias, de corrupcion y de miserias, de tiranos y de esclavos, acababa de despertarse. Roma, el Señor te ha condenado y te ha maldecido, y los ángeles se han velado la faz mirándote, y vas á perder tu diadema de reina.

Porque eres la ciudad de la simonia, de la prostitucion y del miedo; porque tus emperadores hacen pesar sobre el mundo un yugo vergonzoso y sangriento; porque tus ciudadanos no tienen ya aliento mas que para ir á aplaudir en el Coliseo la agonía de los cristianos, entregados á los leones del desierto!!

Prepararon los verdugos los instrumentos del suplicio: la cruz, sobre la cual el apóstol debia estender sus manos, como se lo habia predicho Cristo; las cuerdas con que iban á ceñirle el cuerpo, como se lo habia predicho Cristo; y los clavos que iban á clavarle en los piés y en las manos.

Entonces el apóstol dió gracias en su corazon á su Divino Maestro que le enviaba una muerte tan semejante á la suya; pero juzgándose indigno de semejante favor, volviéndose hacia sus verdugos y les dijo: "Concededme la merced de morir con la cabeza abajo, porque no quiero morir como el que era Cristo, yo que no soy mas que un indigno pecador."

Los verdugos le concedieron riéndose este favor; claváronle en la cruz como lo habia pedido, visto lo cual por los fieles que estaban á alguna distancia, se prosternaron en el suelo, y adoraron al Señor conociendo la humildad de su apóstol.

Y despues de una cruel agonía espiró el apóstol, orando y perdonando como habia espirado su Maestro.

(1) En memoria de este hecho, hay construido en Roma un santuoso templo con el título de *Domine quo rediis!* el que hemos visitado.

Aquel mártir era Simeon, hijo de Juan, á quien el Señor habia llamado Pedro y á quien habia instituido príncipe de los apóstoles.

Y mientras que San Pedro moria en el monte Janículo, á una legua de Roma junto á las aguas salviañas, otro justo daba tambien testimonio al Señor, para Nerón, una sola víctima hubiera sido poco.

Aquella víctima no moria crucificada; era ciudadano romano, le habian concedido la merced de cortarle la cabeza. Se llamaba Pablo. Era el grande apóstol de los gentiles!

La noche que siguió al día de la ejecución, los fieles fueron piadosamente á buscar sus restos y los sepultaron en las catacumbas.

En el sitio donde sufrió el martirio el primer obispo de Roma, es donde se halla la régia mansion de sus sucesores.

Pedro, pobre pescador de Galilea, habia llegado de los lagos de Palestina y entrado desconocido en Roma con su báculo de peregrino; pobre báculo de palo que debia trocarse en cetro esplendente de oro, adorado por los reyes y por las naciones en el porvenir, y que debia de hacer mas por la civilización y la independencia del género humano, bajo las alas misteriosas de la paloma, que hicieron jamas los *divinos* emperadores bajo el triunfante vuelo de sus águilas. Roma purificada por el cristianismo, debia de ser aún bajo los sucesores del pescador de Judea la señora del universo!

La persecucion continúa con la mas atroz barbarie. En Roma son condenados á muerte infinitos cristianos, cuyos nombres, si bien han escapado á la memoria de los fieles de entonces, están escritos con caracteres de la sangre que generosamente derramaron, en el libro eterno de la vida. Percieron los cuarenta y siete mártires bautizados por San Pedro en las cárceles Mamertinas, las santas Basilia y Anastasia, discipulas de los apóstoles; San Evello, uno de los oficiales principales del palacio de Nerón. En la vía Aureliana, Proceso y Martiniano, carceleros bautizados por San Pedro en la prision; tres soldados que se convierten en el acto de la degollacion de San Pablo. En las provincias no se derramó con menos furia la sangre de los detenedores de Cristo; Vidal en Ravena, Gervasio y Protasio y su muger Valeria en Milan; Hermógenes, discípulo de San Marcos; las santas Eufenia, Dorotea, Tecla y Erasma, en Aquilea; San Filemon y Santa Appia, discipulos de San Pablo, en Cotoso de Frigia; San Prisco, uno de los discipulos de Jesucristo, en Capua; San Sisto, discípulo de San Pedro en Reims, San Félix y Santa Constantina en Noera; San Tolomeo, discípulo de San Pedro y San Romano en Toscana; San Erasto, discípulo de San Pablo, en Filipos de Macedonia; San Pablo, primer obispo de Luca, en aquella ciudad, y sus compañeros, con otros muchos cuyos nombres se ignoran, no habiendo llegado las actas y tradiciones de los que hemos citado hasta nosotros por la dificultad que para ellos ofrecian los primeros tiempos de la persecucion.

Los mártires atestiguan que la religion cristiana era divina, y sobre natural el poder que la sostenia, porque desde su origen tuvo en contra suya todos los medios de que los hombres se sirvieron siempre para crear y propagar sus odios. ¿Qué secta no apeló para triunfar á la fuerza de la espada y á la seducción de las inteligencias? La persecucion no en-

grandece sino la verdadera religion. Todas las falsas religiones que han sido perseguidas, han sido sofocadas en su origen si no han tenido en su apoyo la fuerza material para vencer. El gran testimonio que Nerón y los demas perseguidores de la Iglesia dieron de la verdad de nuestra religion, es que sirvieron para probar que los cristianos practicaron verdaderamente lo que recomendaron. ¿Qué seria de nosotros si el cadalso no hubiese puesto en evidencia la virtud de los primeros cristianos? El Evangelio permaneceria tal como es, pero se diria hoy como los perseguidores de los primeros siglos: "Vuestra moral, cristianos, es tan hermosa, tan puras vuestras leyes, que nadie es capaz de seguirlos y de cumplirlos!" Los tiranos, en diez atroces persecuciones, se encargaron de probar, inmolando los mártires, que lo que en el Evangelio estaba escrito se habia practicado. Lo que debia causar la ruina de la nueva religion, le dió toda su fuerza poniéndola en evidencia. Los mártires confesaban á Jesucristo sacrificando con alegría su vida, porque habian visto la sangre de los primeros discipulos del Salvador, empujando las calles de Jerusalem, fecundando á Antioquia, Atenas y Roma. Algunos impíos han querido atribuir el sacrificio de tantos y tantos mártires al fanatismo. Fanatismo! Y al suplicio corren ansiosas gentes de todos estados, edades y condiciones! ¿Qué fanatismo es este que no se halla circunscrito á un tiempo, á una época, á un siglo, á un lugar, sino que llena todos los lugares, todos los tiempos, que nada puede detener, ni las amenazas de los tiranos, ni los sarcasmos y razonamientos de la incredulidad? Tertuliano esclamaba: "Por qué os quejais de ser perseguidos, dicen nuestros perseguidores, pues que queris cielo?" Si amamos la muerte casi como se ama la guerra, porque nadie se lanza á la guerra precisamente por los peligros que en ella nos amenazan; llamantes las gentes de los cadalsos y de los hogares, hé ahí nuestras palmas, nuestros carros triunfales. Os burlais de nuestra resolucion y de nuestra fe; empero esta resolucion y este valor es para nosotros un heroísmo. Así Sevola abraza su mano en un brasero: Régulo no quiere engrosarse con los cautivos cartagineses, y se entrega á la muerte mas atroz por amor de su patria. La fundadora de Cartago, Dido, sube á la pira y se abraza en ella antes que faltar á la fe conyugal. Anaxarco, golpeado su cuerpo en un mortero, grita al verdugo: "Hiere, hiere, que si maltratas el cuerpo el alma no siente nada." Hé ahí, dice Tertuliano, hé ahí sin duda la virtud! Ahí no hay fanatismo ni furor, y lo que aplaudis en el amor de la patria, en el amor conyugal, en el amor á las creencias, lo reprobais y condenais cuando se trata de la conciencia; levantais á otros á esos héroes profanos, les consagrais templos y pantones, y el mártir de la ciencia es, según vosotros, un insensato, un fanático!" Así rechazaba Tertuliano las calumnias que sobre los mártires pretendian estender los tiranos perseguidores.

Las predicciones de los profetas y de Jesucristo iban á cumplirse. Jerusalem, la *divida*, iba á ser destruida. Multitud de prodigios anunciaban su próximo fin. En el noveno año del reinado de Nerón los judíos se sublevaron; empero son sometidos por las tropas romanas, y una matanza general en Cesarea, Sebaste y Siria y todas las provincias, es solo el preludio de la gran catástrofe. A la muerte de Agrippa, nieto de Herodes

el Grande, último rey de Judea, queda reducido este país á una provincia romana. Rebelábase de nuevo los judíos contra Neron, que manda contra ellos á su general Vespasiano y á su hijo Tito. Donostados en todas partes, la amiquia levanta la cabeza entre ellos y perecen mas á manos de sus facciones intestinas que por el hierro de los romanos. Los cristianos abandonaron á Jerusalem, presa de las facciones y amagada de los ejércitos imperiales, y se retiraron á la pequeña poblacion de Pella, situada en las montañas cerca de los desiertos de la Siria. Mientras Vespasiano se ocupa en someter, ó mas bien, en exterminar la Judea, las tropas imperiales se insurreccionan en las Gálias á las órdenes de su general Julio Vindex. Neron prevée una guerra civil y escita á Vespasiano á terminar la guerra de Judea; empero á la revolucion de las Gálias responde la insurreccion de la España, cuyo ejército mandaba Galba; la Germania sigue el mismo impulso, porque las abominaciones y crueldades de Neron escitaban el odio de sus súbditos, y cuando se vieron apoyados por una fuerza considerable, lo manifestaron sin rebozo. El senado mismo romano, que tantas veces se habia postrado á los pies del tirano y héchelo el apologista de sus crímenes, le declaró enemigo de la patria. Abandonado de todos, Neron se dió á sí mismo la muerte el 10 de Junio del año 68, á los treinta y dos de su edad y trece y ocho meses de su imperio. El pueblo celebró su muerte enarbolando el signo de la libertad y cubriéndose la cabeza con un gorro, como cuando se daba libertad á los esclavos.

SERGIO SULPICIO GALBA sube entónces al trono en la avanzada edad de setenta y tres años. Su buen corazon y bellas cualidades hacian esperar un gobierno feliz; empero falta de prudencia y actividad, gobernó ciegamente por sus ministros, que desacreditaron con sus desórdenes su reinado; mas temido que amado por su excesiva severidad, fué asesinado el 10 de Enero del año 69, á los siete meses de su imperio, por orden de Othon, que indignado de no ser adoptado por Galba, que habia hecho este honor á Plon, dió tambien la muerte á éste y se proclamó emperador. El ejército de Germania proclamó á su vez, para ocupar el trono imperial, á su general Vitelio.

Derrotado Othon en la batalla de Bedriac, se quitó á sí mismo la vida á los tres meses y cinco dias de su imperio, y á los treinta y nueve de su edad.

VITELIO fué proclamado emperador el 11 de Abril del año 69. Estúpido, fué un tirano siempre sepultado en el vino ó en la sangre, igualmente su gula á su bárbara crueldad. Fué despedazado por sus mismos soldados, arrastrado por las calles y arrojado su cadáver al Tiber, el 2 de Diciembre del mismo año, á los cincuenta y seis de su edad y ocho meses de su imperio.

Cuando las legiones romanas, ocupadas en el exterminio de la Judea, supieron en Cesarea la muerte de Othon y la eleccion de Vitelio, celosas de ver que las demas legiones disponian á su arbitrio del imperio, proclamaron emperador á su general TITO FLAVIO VESPASIANO. En vano procuró resistir, fué forzado á admitir la púrpura imperial. La Siria toda lo reconoció, y mandó una legion á Italia contra Vitelio, á quien sus propios soldados asesinaron. Su prudencia y bellas cualidades le hicieron

admirar. Se aplicó á restablecer el imperio, ocupado sucesivamente por seis tiranos, igualmente crueles; casi todos furiosos, los mas de ellos inebéciles, y para colmo de desgracia, sumamente pródigos. El vicio que oscureció mas su gloria fué el excesivo amor al dinero, que aunque ilegítimamente adquirido, empleaba en los mejores usos. Su hijo Tito quedó mandando las legiones de Judea; el debia ser el ministro de las venganzas del Señor; él debia horrar hasta el castro del lugar que habia ocupado la ciudad santa.

Tito sitia á Jerusalem. Descientos mil judíos murieron de hambre durante aquel sitio. Desde el 14 de Abril hasta el 1.º de Julio de nuestra era, ciento quince mil ochocientos cadáveres salieron por una sola puerta de Jerusalem. El hambre llegó á punto que los infelices sitiados se mantenian de freno y de imundicias; una madre se comió á su propio hijo. Un millon y cien mil judíos perecieron en aquel sitio, y doscientos treinta y ocho mil cuatrocientos sesenta en lo restante de la Judea. Asaltada la ciudad, resistieron, refugiáronse en el templo; empero la ciudad y el templo, á pesar de las órdenes de Tito y su mandato, fueron incendiados. El resto de la naciou judaica fué reducida á la esclavitud ó condenada á los trabajos públicos; ellos levantaron el famoso Coliseo de Roma, que aun asombra al mundo; muchos salieron á los anfiteatros de Europa y Asia, donde se les hacia matarse unos á otros para diversion del pueblo romano. Los que no contaban diez y siete años de edad, fueron vendidos á pública subasta con las mugeres, y se daban treinta por un dinero. La sangre del Justo se habia vendido por treinta dineros en Jerusalem, y el pueblo habia gritado: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostras! Cuius su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* Voto horrible, súplica fatal que fué tan rigurosamente oída, y cuyo cumplimiento pudo tener por testigos á muchos de los que la habian sido hacer!!! La ciudad desapareció sin dejar vestigio alguno de sus ruinas; la raja del arado romano pasó sobre ellas, porque era preciso que se cumpliesen las predicciones del Mesías, y que su sangre derramada sobre una cruz infame fuese vengada! No quedó piedra sobre piedra. Así, en vano busca hoy el viajero algun testimonio de aquella antigua magnificencia que constituia á Jerusalem, una de las primeras ciudades del Asia; nada se halla, ninguna de aquellas gigantesas reliquias que atestiguan la destrucción atestiguan tambien la grandeza. Cuando el arado romano se pasaba sobre una ciudad, no era permitido reedificarla sino por acuerdo del senado.

La nueva Jerusalem fué reedificada; empero solo ouenta hoy minaretes mahometanos, cúpulas de estaño sobre las cuales brilla la funesta media luna; mercados llenos de traficantes y de esclavos; cafes sombríos, calles tortuosas donde rastrean tímidamente viles judíos; una ciudad silenciosa y muerta, y el campo á lo lejos muerto tambien y silencioso, porque al rededor de la sepultura de Cristo, donde se han consagrado á la oracion algunos pobres religiosos de todas las naciones del mundo, y particularmente españoles, se necesitaba un gran luto, una inmensa soledad!!!

Algo de divino hay en esta completa desaparicion de todo lo pasado. Roma, Atenas, Palmira y Tebas, han conserrado ruinas casi tan anti-

guas como su nacimiento. Jerusalem no ha podido conservar ni una ruina tan reciente como su muerte. Solo han quedado los montes que asientó á su alrededor la naturaleza, monumentos que jamas perderán nada de su terror, de su tristeza, de su sublimidad. Aquella altura á que aun dan hoy sombra algunos olivos, es donde comienza la pasion del Redentor del mundo, donde se le presenta el caliz con todas sus amarguras; aquella otra colina es el Gólgota, donde termina la obra de la Redencion!¹²

Vespasiano reina nueve años y siete meses, y muere llorado de sus pueblos el 24 de Julio del año 79 de Jesucristo, á los sesenta y nueve años de edad. Sube al trono Tiro su hijo mayor. Sus virtudes, bondad y excelente carácter, le merecieron de su pueblo el glorioso dictado de Delicias del género humano. Cruel solo con los judios, de cuyo castigo fué un instrumento de la Divina Providencia, solo reinó para hacer felices á sus pueblos, y lejos de dejarse fascinar con el poder supremo, todo lo sacrificó por la prosperidad del imperio, confirmó todo lo bien hecho de sus antecesores, puso gravísimas penas contra los delatores, oficio que con tanta impudencia entonces se ejercia. Murió, segun algunos, envenenado por su hermano Domiciano, el 13 de Septiembre del año 81 de la era cristiana, el cuarenta y uno de su edad, á los dos años y dos meses de su reinado, empujando de luto á los romanos que le deseaban un imperio eterno. En su tiempo y en el de su padre Vespasiano, de vez en cuando corre tambien la sangre cristiana, porque todavia se hallaban en vigor las órdenes de Nerón, y los gobernadores las ponian en ejecucion cuando los delatores les descubrian los fieles que se habian ocultado temerosos de la persecucion.

San Lino, que el primero gobernó la Iglesia despues de San Pedro, perece entre los mártires el 23 de Septiembre del año 79. En tiempo de Vespasiano es martirizado San Apolinario, primer obispo de Ravena, y otros muchísimos.

La segunda persecucion de la Iglesia iba á comenzar con el advenimiento al trono de Domiciano!

CAPITULO IV.

Segunda persecucion del cristianismo bajo Domiciano.—Nerva emperador.—Tercera persecucion bajo Trajano.—Actas de los mártires.—Martirio de San Simeon obispo de Jerusalem.—Carta de Plinio á Trajano.—Martirio de San Ignacio.—Adriano, emperador.—Heregias.—Los gnosticos.—Apologias del cristianismo.—Carta de Adriano á favor de los cristianos.—Martirio de Santa Sofronia y sus siete hijos.—Muerte de Adriano.—Cuarta persecucion del cristianismo bajo los Antoninos.—Mártires.—Heregias de Marcion y Apolos.—San Justino, filósofo cristiano.—Su apologia del cristianismo.—Suspension de la persecucion.—Muerte de Antonino Pio.

DOMICIANO, hijo segundo de Vespasiano, sucede á su hermano. Afectó al principio mucha amabilidad y dulzura; empero quitándose muy pronto la máscara, dejó ver los abominables vicios que la caracterizaban. Escitó y recompensó á los delatores, persiguió de un modo sanguinario á los filósofos, y proscribió las principales cabezas de Roma. Entonces, segun Tácito, el nacimiento, las riquezas, los honores, y sobre todo, las virtudes, llegaron á ser crimenes. Domiciano es considerado como el segundo perseguidor de los cristianos. Sus edictos contra los cristianos, todavia mas rigurosos que los de Nerón, causaron mártires en todas partes, y hasta en su propia familia. Flavio Clemente, su primo carnal, que tenia dos hijos pequeños y que el emperador Domiciano habia destinado para sucederle en el imperio, y les habia cambiado los nombres en los de Vespasiano y Domiciano, fué condenado á muerte por confesar la fe de Cristo, al salir del consulado el año 14 del imperio de Domiciano y 95 de Jesucristo. Su muger Domitilla fué relegada á la isla de Pandataria cerca de Italia. El consul Clemente tenia una sobrina llamada Flavia Domitilla como su tia, y fué tambien desterrada á otra isla llamada Poncia. Nerón, Achilles y sus criados, fueron degollados. Muchos cristianos perecieron en esta segunda persecucion. Entonces fué cuando el apóstol San Juan, martirizado en la puerta Latina, comosa-

liese salvo é ileso de la caldera de aceite hirriendo en que fué metido, fué desterrado á la isla de Patmos, donde recibió las terribles revelaciones del Apocalipsis, y la órden de escribirlas á las siete principales Iglesias del Asia, Efeso, Smyrna, Pergamo, Tyatka, Sardica, Filadelfia y Laodicea.

Domiciano se había hecho odioso por sus crueldades; empero la muerte del cónsul Clemente apresuró su pérdida. Estefanio, intendente de Domitila, le hizo asesinar en su palacio el 18 de Septiembre del año de Cristo 96, y el encuentro y cinco de su edad y el quince y seis meses de su imperio. Con su muerte terminó el imperio que los historiadores llaman de los doce primeros Césares. Cuatro de ellos fueron de la familia de Augusto. Tiberio, Caligula, Claudio y Neron, sujetos indignos para quienes había conquistado aquel el imperio del mundo. El nombre de César puramente familiar, se convirtió desde esta época en título de dignidad, dándosele á los hijos de los emperadores ó á las personas nombradas para sucederles.

Coceyo Nueva fué proclamado emperador por los asesinos de Domiciano. Anciano venerable, lleno de virtud, aunque tímido y débil, miró por el bien y prosperidad del imperio, que compo solo un año y cuatro meses, muriendo el 27 de Enero del año 98 de Jesucristo, y el sesenta y seis de su edad.

Mientras imperó Nerva respiró algun tanto el cristianismo.

El español Trajano sube al trono imperial y se dedica á hacer florecer el imperio, y no contentándose con defenderlo, estendiendo con nuevas conquistas sus límites. Dispensa su proteccion á los sabios, y su imperio abunda de hombres célebres de todas clases, como Plinio el jóven, Tácito, Juvenal, Plutarco y otros. Manifiéstó la mayor veneracion á la autoridad del senado, y su carácter se vé pintado en las palabras que refiere Tácito dijo al prefecto del pretorio, presentándole una espada: *PRO ME SI MEREAR, SIN IN ME. Para defenderme si lo merezco, si no contra mí!* El senado le condecoró con el título de *Optimus*. Gran político, gran capitán, con una alma noble y bella, virtuoso sin ser estruendo, era, dice Montesquieu, el hombre mas á propósito para honrar la naturaleza humana y representar la divinidad. Tan grandes cualidades se ven oscurecidas por la persecucion que en su tiempo sufrieron los cristianos. De observar es que Neron y Domiciano no persiguieron á los cristianos porque fuesen los hombres mas malos de su tiempo, pues vemos que en el reinado de Trajano y de los Antoninos, de esos príncipes que por espacio de cerca de un siglo estuvieron labrando la felicidad de los romanos, el cristianismo sufrió una prolongada persecucion. Al principio de su reinado, Trajano prohibió las cofradías ó sociedades, pretestó para perseguir á los cristianos que continuaban teniendo sus reuniones y asambleas. Flavin Domitila, esposa de Flavin Clemente, á quien había respetado el mismo Domiciano, fué quemada en su propia casa en Poncia, donde se hallaba desterrada, y con ella perecen en las llamas sus servidoras Eufrosina y Teodora, y Victoriano y Maron. En todas las ciudades el pueblo suscita satisonas contra los cristianos, y los hace bárbaramente percer. Abitio, tercer obispo de Alejandria, es martirizado; Simeon, anciano mas que centenario, y primo hermano de Jesu-

cristo, es martirizado en Jerusalem, de cuya ciudad es segundo obispo y sucesor del apóstol Santiago.

Cuando desaparecieron de la tierra por la persecucion y por la muerte, los primeros discipulos que habían visto con sus propios ojos á Jesucristo, que habían oido su doctrina, las heregias que hasta entónces habían permanecido ocultas en las tinieblas comenzaron á levantar la cabeza y á manifestarse con la mayor impudencia, uniéndose á la persecucion, para combatir de un modo mas terrible aún, alterando sus divinas máximas, el cristianismo.

Trajano mismo interrogó y sentenció á Ignacio, el venerable obispo de Antioquia, comenzando aquí las actas de los mártires.

Con cuínto trabajo se procuraron los primeros fieles estos preciosos documentos en que se consignaba la fé, y el valor de los que les precedieron en el martirio á que se lanzaron casi todos ellos, bastando apenas para contentar á algunos la prudencia y autoridad de sus sacerdotes y obispos! Para obtener las actas, se valian del dinero para ganar á los empleados de los archivos públicos, sacando copias de ellos, ó confundiéndose con los paganos, asistían á los juicios y ejecuciones públicas y recogían religiosamente todas las palabras de los mártires, consignaban escrupulosamente todos los hechos y circunstancias del proceso, formando un acta que, aprobada por el obispo, se distribuía á los fieles, que las leían con fervor frecuentemente. Entre estas actas las hay redactadas por los mismos mártires, que escribían todo lo que les iba sucediendo desde su primer interrogatorio hasta el momento que precedía á su suplicio.

Pocos documentos auténticos poseemos, porque la mayor parte de ellos han perecido en los incendios, los ha destruido el tiempo, ó los ha hecho desaparecer la malicia de los perseguidores; pues conociendo que la lectura de estas actas contribuía á afirmar y alentar á los cristianos en su heroica resolucion, hubo gobernadores de las provincias que prohibieron se guardasen entre las actas públicas los interrogatorios y procesos de los mártires. Así es tan corto el número de las actas. Así apenas se conservan en corto número algunos nombres de los infelices que desde Neron hasta Diocleciano, confesaron y murieron por la fé de Jesucristo! En Roma todos los dias se descubren nuevos vestigios en el fondo de las CATACUMBAS, y es un hecho indudable que jamas acabarán de conocerse los innumerables nombres de los héroes cristianos, que sepultó en aquellas inmensas galerías subterráneas, la religiosa piedad de sus hermanos, en los tres siglos de la persecucion!! Las actas mas antiguas, las primeras que ha conservado la Iglesia, son las de San Ignacio de Antioquia, que transcribiremos aquí en su mayor parte, así como algunas otras, para dar á nuestros lectores una idea de la índole y estilo de estos preciosos documentos, y no copiaremos literalmente sino las mas principales, atendiendo, sin embargo, en nuestras relaciones, á lo que estrictamente resulta de las demás.

“Habiendo subido al imperio Trajano, Ignacio, hombre verdaderamente apostólico, discípulo del apóstol y orangelista Juan, gobernaba la iglesia de Antioquia. Con gran trabajo habian surcado el piélagó de las tormentas suscitadas por la persecucion de Domiciano, valiéndose de la oracion

y el ayuno, constante en la doctrina, y resistiendo como buen piloto la borrasca, aunque teniendo siempre no fuera á abatir á los simples y débiles. Minorada un tanto la persecucion, gozabase en la tranquilidad de la Iglesia, turbada no obstante su alma, por la aprension de que aun no habia alcanzado la verdadera caridad de Cristo, ni habia llegado á la perfeccion del discípulo; y pensaba allí en sus adentros que la *confesion* que se adquiere por medio del martirio, era la única que podia hacerle penetrar en la familiaridad del Señor. Habiendo permanecido por lo tanto algunos años en su iglesia, ilustrando las almas con el auxilio de la luz que arrojan las Escrituras, al fin alcanzó lo que tanto deseaba.

Porque Trajano, envanecido á los nueve años de reinar con las victorias que obtuvo contra los scitas, los dacios y otras muchas naciones, y juzgando que el pueblo cristiano faltaba á la conquista universal, amenazó á cuantos no abrazasen la religion de los demonios, y todos los adoradores de Dios se vieron obligados á hacer sacrificios ó condenados á muerte. Entonces, temiendo por su iglesia, el valeroso soldado de Cristo fué llevado á Trajano con gran contentamiento suyo, cuando el emperador, que se dirigia á la Armenia, se hallaba en Antioquia.

Luego que se vió en presencia de Trajano, le dijo éste: ¿Quién eres, oh demonio, que así infringes nuestros decretos, aconsejando á los donmas que los infrinjan, para que perezcan miserablemente?—Nadie, respondió Ignacio, llama á Teóforo demonio, porque los demonios huyen de los siervos de Dios; pero si porque me temen me llamas *mofo contra los demonios*, confieso este titulo con respecto á tí, porque teniendo á Cristo por Rey celestial rompo sus lazos.—¿Y quién es ese Teóforo? dijo Trajano: ó Ignacio respondió:—Aquel que lleva á Cristo, en el pecho.—¿Y crees que nosotros no tenemos tambien en nosotros dioses propios que combaten en favor nuestro contra nuestros enemigos?—Falsamente llamas dioses á los demonios de las naciones, pues solo hay un Dios, el que ha hecho el cielo, la tierra, el mar y cuanto encierran; y un solo Cristo, Jesus, Hijo único de Dios, cuyo reino poseeré algun dia.—¿Hablas de crucificado en tiempo de Poncio Pilato?—De aquel á quien crucificaron el pecado y su autor, y que está por tierra la malicia de los demonios, dándoles poder para que veuzan á los que le llevan en el corazón.—¿Es decir que llevas contigo al crucificado?—Está escrito: "habitaré y caminaré con ellos."

Trajano pronunció esta sentencia: "Mandamos que Ignacio, que dice lleva consigo al crucificado, sea conducido á la gran Roma, para que sea devorado por las fieras, sirviendo de espectáculo al pueblo." Cuando oyó esta sentencia, exclamó el sagrado mártir: "Señor, te doy gracias por haberte dignado concederme tu perfecto amor, permitiendo que sea cargado de hierros, como tu apóstol Pablo." Luego el mismo se puso los grillos, y despues de rogar por su iglesia, la cual recomendó al Señor bañado en llanto, lo mismo que un carnero escogido guía de un buen rebaño, fué arrestrado por el furor brutal de la soldadesca para ser conducido á Roma.

Ardiendo en deseos de sufrir, se dirigió de Antioquia á Solencia, y allí entró en un buque, aborquando á Smyrna, despues de una travesía peligrosa. Desembarcó con alegría y se apresuró á visitar á Policarpo,

obispo de aquella ciudad y condiscípulo suyo (los dos fueron discípulos de San Juan). Conducido á su presencia y envanecido con sus grillos, camedio de las mútuas comunicaciones de una caridad enteramente celestial, le exhortaba á que le animara á persistir en su designio. Igual súplica dirigió á todas las iglesias (porque todas las ciudades é iglesias del Asia enviaban sus obispos, sacerdotes y diaconos, para que saludaran al santo; y todos se apresuraban á salirle al encuentro, para obtener de él las mismas comunicaciones espirituales). Pero á Policarpo fué á quien principalmente rogó que no retardase su marcha y lo dejara salir rápidamente del mundo, á través de los dientes de las fieras, á fin de llegar cuanto antes á presencia de Cristo.

Viéndolos, pues, dispuestos á impedir su muerte, y teniendo que su caridad fraternal le cerrase la hermosa puerta del martirio, escribió á la iglesia romana una carta, cuyo carácter es singular y sublime.

Despues de preparar de este modo con sus cartas á nuestros hermanos de Roma, para que no pusiesen obstáculos á su muerte, partió de Smyrna (pues los soldados apresuraban la marcha á fin de que llegase á tiempo de ser entregado á las fieras en los espectáculos de la gran Roma) y aborció á Troada. Conducido desde allí á Nápoli, pasado por Filipos, el santo cruzó la Macedonia, y como hallase en Epidaurio, sobre las costas del Epiro, un buque dispuesto á darse á la vela, embarcóse en el mar Adriático y entrando luego en el mar Tirreno, vió de paso las islas y poblaciones diseminadas en las orillas. Habiéndosele enseñado las Puzolas, quiso desembarcar en ellas con el fin de poner sus pies donde Pablo puso los suyos en otro tiempo; pero un viento fuerte arrojó el navio hácia alla mar en el momento en que iba á saltar en tierra. Ignacio continuó, pues, su camino, elogiando muy mucho la caridad de los hermanos que habitaban aquella ciudad.

Como henchiese las velas un viento favorable, tardamos un dia y una noche en llegar á la embocadura del Tiber y al puerto de los romanos. Por lo que hace á nosotros, sollozábamos viendo se aproximaba el momento en que íbamos á separarnos del justo; pero él se estasiaba contemplando que presto habria de separarse del mundo, uniéndose á Dios. Luego que hubimos llegado al puerto, como la sangrienta tragedia iba á celebrarse muy pronto, los soldados no permitian la menor demora, y el obispo obedecía con placer á su impaciencia.

Cuando desembarcamos, muchísimos de nuestros hermanos salieron á recibirnos (porque la voz de su llegada por todas partes habia precedido al suyo), trasportados de alegría y terror de alegría, viendo que eran dignos de acompañar á Cristóforo; de terror, sabiendo que se le conducía á la muerte. Como algunos hubiesen tratado de aplacar al pueblo y sacarle del anfiteatro, el Espíritu Santo lo reveló su designio, y dirigiéndose Ignacio á donde se hallaban, les conjuró á que le amasen con verdadero amor, repitiéndoles las súplicas de su carta y exhortándoles á que no detuviesen su ida hácia Dios. Despues hizo que se arrojases en torno suyo, y empezó á orar en voz alta, pidiendo al Hijo de Dios se dignase dar la paz á su Iglesia, cortando la persecucion y dejando su amor y su paz á los hermanos que dejaba en la tierra. No habia acabado, cuando los soldados fueron en su busca y lo llevaron precipitadamente al anfiteatro.

teatro. Iban á terminar los espectáculos, y al momento fué arrojado á las fieras, cumpliéndose así lo escrito: "el deseo del justo será satisfecho." Deseaba que su cuerpo desapareciese del mundo para no servir de carga á nadie una vez dormido: pues bien, las fieras solo dejaron los grandes huesos, que llevados á Antioquía, fueron recogidos y cerrados en una urna, como un tesoro inestimable.

Esto sucedió el día décimotercero de las calendas de Enero, bajo el consulado de Sura y de Saucedon, cónsules por segunda vez. Nosotros mismos lo presenciámos llorando, y de vuelta á nuestras casas, velamos todo la noche entregados á la oración, y doblando muchas veces las rodillas, pedíamos á Dios que fortaleciese nuestra debilidad, haciéndonos conocer lo que habia pasado. En seguida nos adornamos un tanto, y muchos de entre nosotros vieron á Ignacio que se les apareció de pronto abrazándolos; á otros se apareció rogando por nosotros; algunos le vieron cubierto de sudor y como si acabase una tarea difícil y trabajosa, presentarse con confianza delante de Dios. Esta vista nos llenó de alegría, y así glorificando á Dios, de quien provienen todos los bienes, y proclamando á Ignacio bienaventurado, os hacemos saber el día y la hora de su martirio, á fin de que celebrando juntos el aniversario de este día, tomemos parte en los méritos de este generoso atleta de Jesucristo, que ha acabado en él su carrera, según su santo deseo. Amen."

Después del ilustre obispo de Antioquía, fueron martirizados dos de sus compañeros, Zoquino y Rufo. Se nombra también á Parmenazo, uno de los siete diáconos instituidos por los apóstoles, y cuya vida se habia prolongado hasta aquel tiempo; Barman, obispo de Edesa, y dos neófitos que habia convertido. Santa Eudoxia, de quien cuentan los griegos tantas maravillas, sufrió el martirio en Heliópolis (Fenicia). En Siria, sobre todo, fué donde con mas abundancia corrió la sangre cristiana. En Jerusalem sucedieron seis obispos en el espacio de trece años, lo cual prueba hasta qué punto fué perseguida aquella iglesia. En fin, sabemos de Plinio que él mismo hizo muchos mártires en la Bitinia, de que era gobernador, y su carta á Trajano nos prueba que entónces era general la persecucion.

En esta famosa carta demuestra, según lo que le habian declarado cristianos apóstatas, "que todo su crimen se reducía á renuncie en dias marcados, antes de la aurora, para entonar himnos á Dios; que se prometian con juramento no tramar crímenes, no cometer ni robos, ni litrocinios, ni adulterios, no faltar á su palabra ni negar los depósitos; que después de esta ceremonia se dispersaban, y luego se reunian para tomar en comunidad una comida inocente.—No es necesario buscarlos, respondió el emperador; pero cuando sean citados ante los tribunales y estén convictos, deben ser castigados; empero cuando no haya acusadores que den su nombre, debe dejárselos en paz, porque lo contrario sería de muy mal ejemplo, é indigno del siglo en que vivimos."

Pertuliano, de quien á su debido tiempo hablaremos, reproduce y comenta en su apología estas extrañas palabras de Trajano.

La carta de Plinio y la respuesta del emperador produjo su efecto, y estinguió en cierto modo la persecucion que pesaba sobre los cristianos, si bien no dejó de proporcionar pretextos á sus enemigos para hacerles mal.

El pueblo en unas partes, los magistrados en otras, les tendian acochanzas, y si bien la persecucion dejó de ser declarada y general, continuaron las persecuciones particulares en cada provincia.

Trajano murió el 10 de Agosto del año 117, á los sesenta y cuatro de su edad y diez y nueve y seis meses de su imperio, llorado de sus pueblos.

Lastima grande que este hombre, que honra nuestra España, donde nació, haya manchado sus bellas cualidades, persiguiendo la religion de Cristo!

ADRIANO, su pariente, sube por su muerte al trono imperial. De un génio profundo, de grandes conocimientos, amante en sumo grado de la paz y las ciencias, las cultivaba admirando á los inteligentes su instruccion. A su advenimiento al trono, reunióse la persecucion contra los cristianos. Un error funesto hacia confundir á los cristianos con los gnósticos, y sobre todo con los judíos, objeto, por sus rebeliones, de la cólera de los emperadores. Los gnósticos tenian la moral mas relajada y disolvente, detestaban el ayuno, se entregaban á la comida y á la crápula. Hacian sus oraciones enteramente desnudos en señal de libertad. Las mugeres eran comunes entre ellos, y cuando recibian algun estranero de su secta, le daban perfectamente de comer por pobre que fuese, y después del banquete, el marido mismo le brindaba con su muger, cubriendo esta infamia con el hermoso nombre de caridad. Llamaban tambien como los cristianos *agapas* á sus reuniones, en las que después de haber comido bien, apagaban las luces y cada cual se entregaba indiferentemente á sus voluptuosos deseos. Impedian la generacion en cuanto les era posible. Se les acusaba ademas de procurar el aborto en las mugeres y cometer otras muchas abominaciones sacrílegas, que refiere muy largamente San Epifanio, que habia visto en Egipto restos de esta secta. Pareceria increíble lo que este santo y otros autores mas antiguos han referido de los gnósticos, si no se supiese hasta qué punto llegaba la disolucion de los paganos, especialmente en Egipto. Una gran parte de los filósofos hacian profesion de no buscar mas que el placer. Platon, á quien la posteridad ha dado el nombre de *digno*, habia propuesto la comunidad de las mugeres con ciertas reglas, como la perfeccion de la sociedad civil. Todas estas heregias provenian de la mezcla de la filosofia con la religion.

Las calumnias mas atroces se esparcieron contra los cristianos, y las acochaba con avidez el paganismo. Acusábaseles de que sacrificaban víctimas humanas, y que en sus reuniones y asambleas, mezcladas las sectas, se abandonaban al mas inhumano libertinage. La sátira viene en apoyo de las calumnias, y Celso, filósofo epíscoro, compone un libro contra la religion de Cristo, titulado: *Discurso sobre la verdad*.

Menester fué que los cristianos, al par que defendian su creencia con el sacrificio de sus vidas, la defendiesen con sus escritos. Quadratus, obispo de Atenas, presentó á Adriano en el octavo año de su reinado, el 124 de Jesucristo, la primera apología del cristianismo. Atstides, ateniense como él y filósofo, escribe casi por el mismo tiempo la segunda. Sereno Graciano, procónsul de Asia, representa al emperador que era indigno ceder á los gritos del populacho la sangre de tantos inocentes

condenándolos por el solo nombre de una secta. Adriano entónces escribe á los gobernadores de las provincias, á fin de que examinasen bien las causas y no se guiasen por acusaciones vagas y calumniosas. La persecucion cedió algun tanto; empero aun fueron sacrificados Enstacio, su esposa y sus hijos. Sofía, cuyo nombre se hizo despues tan célebre en el Oriente, y sus tres hijos, el obispo Eleuterio y su madre Antia, la viuda Sinforsosa y sus siete hijos, muger heroica cuyas actas vamos á transcribir.

“Como Adriano hubiese edificado un palacio, queriendo hacer su dedicatoria segun los ritos paganos, solicitaba por medio de sacrificios las respuestas de los demonios que habitan en los idolos, y respondieron diciendo: la viuda Sinforsosa y sus siete hijos nos atormentan todos los dias, invocando á su Dios; que ella y sus hijos nos hagan sacrificios, y te prometemos acceder á todo lo que pidas.”

Entónces Adriano ordenó que se apoderasen de ella y sus siete hijos, y la exhortaba con blandas palabras á que hiciera algun sacrificio á los idolos. La bienaventurada Sinforsosa le dijo: “Mi esposo Getulio y su hermano Amacio, cuando eran tribunos tuyos, sufrieron diferentes suplicios por el nombre de Cristo, y como buenos atletas, muriendo, vencieron á tus demonios, como que quisieron mejor ser decapitados que vencidos; y si la muerte que abrazaron les ha producido ignominia temporal entre los hombres, para ellos es una honra y gloria eterna entre los ángeles, con los cuales andan ahora gloriándose de los trofeos de su *pasión*, y gozando en los cielos con el Rey Eterno de la vida eterna.”

El emperador Adriano dijo á Sinforsosa: “Haz sacrificios con tus hijos á los dioses omnipotentes, ó te sacrificaré á ti y á tus hijos.”—La bienaventurada Sinforsosa respondió: “¿Y de dónde me viene tanta dicha como la de merecer ser ofrecida como hostia á Dios, con mis hijos?—“Te inmolaré á mis dioses, dijo el emperador Adriano,” y la bienaventurada Sinforsosa respondió: “Tus dioses no pueden recibirme en sacrificio; pero si soy quemada por el Cristo, mi Dios, haré aun mas ardiente el fuego que consume á tus demonios.” El emperador Adriano dijo: “Escoge de estos dos partidos; ó haz sacrificios á mis dioses, ó morirás en los tormentos.” La bienaventurada Sinforsosa respondió: “Crees poder ganarme con el miedo, y no sabes que todo mi deseo se reduce á ir á descansar con mi esposo Getulio, á quien matéste porque amaba á Cristo!”

Entónces mandó el emperador Adriano que fuese conducida al templo de Hércules para que en el fuese abofeteada, y despues colgada por los cabellos. Pero como ni el temor ni tormento alguno pudiese arrancarla á su buen designio, ordenó que la arrojasen al río con una enorme piedra al cuello. Su hermano Eugenio, uno de los principales de la curia Tiburtina, recogió su cadáver y lo sepultó en un arrabal de la ciudad.

A la mañana siguiente el emperador Adriano ordenó que llevasen á su presencia á los siete hijos, y como los provocase á hacer sacrificio á los idolos, sin que les moviesen ni los terrores ni las amenazas, mandó que plantasen siete estacas al rededor del templo de Hércules y que los puestas en ellas con garriachas. Despues atravesaron la garganta del mayor Crescencio; traspasaron el pecho de Juliano, el segundo; rompie-

ron los riñones con una espada á Justino, el quinto; abrieron el costado á Estracleo, el sexto, y de arriba á abajo á Eugenio, el séptimo.

Al otro dia el emperador Adriano se trasladó al templo de Hércules, y por su mandato los siete pontífices el nombre de *Siete bienaventurados*, que cuyo sitio dieron los pontífices el nombre de *Siete bienaventurados*, que significa en griego muertos de muerte violenta. Durante este tiempo, los sagrados cuerpos de todos aquellos mártires recibieron los honores señalados, y fueron encerrados en tumbas construidas á la ligera. En cuanto á sus nombres están inscritos en el libro de la vida. El aniversario de los santos mártires de Cristo, la bienaventurada Sinforsosa y sus siete hijos, Crescencio, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Estracleo y Eugenio, se celebra el décimoquinto dia de las calendas de Agosto.

Sus cuerpos reposan en la via Tiburtina, á la distancia de la octava miliaria de la ciudad. Gloria y honor á nuestro Señor Jesucristo, por los siglos de los siglos.—Amen.”

En seguida la persecucion cesó por espacio de diez y ocho meses.

Adriano cayó enfermo en este mismo palacio, cuya consagracion habia sido la causa del martirio de Sinforsosa. Una hidropesia le pone al borde del sepulcro; y como pide un veneno que abrevie sus dolencias, en vano manda á un esclavo que le atraviese el corazon por el sitio que el médico Hermógenes le dice produciria la muerte sin dolor. Lamentóse de no poder hacerse matar, el que habia hecho matar á tantos. Abandónase á excesos en la comida y bebida, y muere á los sesenta y dos años de edad, el 12 de Julio de 138, á los veinte años y tres meses de su imperio. Adriano, llamado por su bondad el Pio, sucede á Adriano que le habia adoptado.

Las virtudes que le adornaban como particular, resplandecieron con todo su brillo sobre el trono. Fué un verdadero padre de sus pueblos; pero en su tiempo comenzó la cuarta persecucion contra el cristianismo, siendo de notar, que las persecuciones que sufría la Iglesia, eran independientes del carácter de sus perseguidores. Así la Iglesia se vé ensangrentada bajo el gobierno de los Antoninos, que al decir de los historiadores, fueron por espacio de un siglo las delicias del mundo, y respira tranquila bajo el imperio de Commodo y otros execrables monstruos!

Antonino solo fué cruel con los cristianos, contra quienes se renovaron los edictos de persecucion, y los que rehusaban renegar del nombre de Cristo, eran inmolados por el puñal, crucificados, arrojados á las fieras, precipitados en medio de las llamas, en fin, no habia castigo por bárbaro y cruel que fuese, que no se les impusiera. Entónces fué martirizado Telésforo, el noveno sucesor de San Pedro, y el célebre esclavo de Filemon, Onésimo, discípulo de San Pablo y obispo de Efeso. Roma presenciaba el bárbaro espectáculo de la muerte de Felicitas, santa viuda, que lo mismo que Sinforsosa, tenia siete hijos, y cuya sangre corre al mismo tiempo por la fé de Cristo en las calendas de Agosto.

Nuevas heregias vienen á contristar y desolar la Iglesia conturbada con la persecucion. Marcion y su discípulo Apolos están llenos de funestos errores, guiados del resentimiento de haber sido separados de la comunión de la Iglesia por su sensualidad é incontinencia. “Destrozaré la Iglesia, habia dicho Marcion lleno de orgullo, y estableceré una eterna

division en ella; y su heresia se estiende, adquiere sectarios y aflige por muchos siglos al cristianismo.

Al mismo tiempo aparece Justino el filósofo, cuyas obras han llegado hasta nosotros, que despues de haber ensayado todas las sectas filosóficas sin alcanzar lo que buscaba, el conocimiento de Dios y de la verdad, y haberse detenido, en fin, en la de los platónicos que le parecia deberle conducir á su deseado objeto, desengañado, estudia los libros sagrados de los judíos y de los cristianos. Los lee, medita y se convierte al cristianismo. Despues de su conversión, continúa llevando el *pallium* ó manto de los filósofos. Justino, al ver alzados por todas partes los cadalsos contra los cristianos, no teme, y dirige al emperador en el año 150 una atrevida y sabia apologia del cristianismo, amenazándole con la venganza de Dios si continuaba derramando la sangre inocente de los cristianos.

Tanto efecto causó en el ánimo del emperador esta primera apologia de Justino, que se suspendió la persecucion contra los cristianos, y Antonino Pio llegó hasta á dar algunos edictos favorables á los cristianos, escribiendo á los gobernadores de las provincias, especialmente á los de Larisa, Tesalónica, Atenas y toda la Grecia, que no los inquietasen en tanto no emprendiesen alguna cosa contra la seguridad del Estado. La cuestion de la celebracion de la Pascua estuvo á punto de dividir las iglesias del Occidente y las del Asia; empero San Policarpo, obispo de Smyrna, vino á Roma, y con el pontifice Aniceto terminó esta diferencia.

Antonino Pio murió el año 161, á los setenta y tres de su edad, á los veinte y dos años y siete meses de su imperio. Su muerte iba á renovar de un modo mas cruel y sanginario la cuarta persecucion del cristianismo comenzada por él, y suspendida tambien despues por él mismo.

CAPITULO V.

Marco Aurelio, emperador.—Persecucion de los cristianos.—Apologia de San Justino.—Su martirio.—Martirio de San Policarpo.—Milagro de la Legion Fulminante.—Apologia de los cristianos.—Heresia de Montan.—Condenacion de los montanistas.—Sublevacion en las provincias contra los cristianos.—Martires en las Galias.—San Patin.—Santa Blandina.—San Epipodio.—San Alejandro.—Muerte de Marco Aurelio.—Commodo, emperador.—Cesa la persecucion.—Martirio del senador Apolonio.

MARCO AURELIO ANTONINO, llamado el Filósofo, y LUCIO VERO, hermanos, sucedieron en el trono imperial. Esta fué la vez primera que se vieron á un mismo tiempo en el trono dos emperadores. Al adoptar Adriano á Antonino, exigió de él que adoptase á Marco Aurelio, y á éste que hiciese lo mismo con su hermano. Marco Aurelio asoció á su hermano al imperio, y por esta asociacion se les llamó *Fratres imperatores* y *Divi Fratres*. Marco Aurelio era un verdadero filósofo sobre el trono; empero Lucio Vero era intratable por su orgullo y entregado á los placeres. Nueve años nada mas reinaron juntos estos hermanos, pues Lucio Vero murió repentinamente el año 169 de Cristo. Marco Aurelio continuó reinando solo. Marco Aurelio demostró lo que era la tolerancia de la secta soberbia y orgullosa á que pertenecía, la de los estoicos, la mas fanática de todas, la que se jactaba de ser inflexible en sus resoluciones é intolerable con los culpables. Marco Aurelio tan filósofo, tan clemente, tan penetrado de los deberes, que no respiraba mas que justicia y humanidad, reputando en nada todo mérito de ostentacion, fundándola únicamente en la virtud, renueva la persecucion que Antonino habia hecho cesar, con tan bárbara crueldad, que eclipsa los tiempos de los primeros perseguidores. Envianse á las provincias nuevas órdenes contra los cristianos, los delatores los arrastran en todas partes á los tribunales, y la iniquidad de los jueces y el furor de las turbas hacen en el

division en ella; y su heresia se estiende, adquiere sectarios y aflige por muchos siglos al cristianismo.

Al mismo tiempo aparece Justino el filósofo, cuyas obras han llegado hasta nosotros, que despues de haber ensayado todas las sectas filosóficas sin alcanzar lo que buscaba, el conocimiento de Dios y de la verdad, y haberse detenido, en fin, en la de los platónicos que le parecia deberle conducir á su deseado objeto, desengañado, estudia los libros sagrados de los judíos y de los cristianos. Los lee, medita y se convierte al cristianismo. Despues de su conversión, continúa llevando el *pallium* ó manto de los filósofos. Justino, al ver alzados por todas partes los cadalsos contra los cristianos, no teme, y dirige al emperador en el año 150 una atrevida y sabia apologia del cristianismo, amenazándole con la venganza de Dios si continuaba derramando la sangre inocente de los cristianos.

Tanto efecto causó en el ánimo del emperador esta primera apologia de Justino, que se suspendió la persecucion contra los cristianos, y Antonino Pio llegó hasta á dar algunos edictos favorables á los cristianos, escribiendo á los gobernadores de las provincias, especialmente á los de Larisa, Tesalónica, Atenas y toda la Grecia, que no los inquietasen en tanto no emprendiesen alguna cosa contra la seguridad del Estado. La cuestion de la celebracion de la Pascua estuvo á punto de dividir las iglesias del Occidente y las del Asia; empero San Policarpo, obispo de Smyrna, vino á Roma, y con el pontifice Aniceto terminó esta diferencia.

Antonino Pio murió el año 161, á los setenta y tres de su edad, á los veinte y dos años y siete meses de su imperio. Su muerte iba á renovar de un modo mas cruel y sanginario la cuarta persecucion del cristianismo comenzada por él, y suspendida tambien despues por él mismo.

CAPITULO V.

Marco Aurelio, emperador.—Persecucion de los cristianos.—Apologia de San Justino.—Su martirio.—Martirio de San Policarpo.—Milagro de la Legion Fulminante.—Apologia de los cristianos.—Heresia de Montan.—Condenacion de los montanistas.—Sublevacion en las provincias contra los cristianos.—Martires en las Galias.—San Patin.—Santa Blandina.—San Epipodio.—San Alejandro.—Muerte de Marco Aurelio.—Commodo, emperador.—Cesa la persecucion.—Martirio del senador Apolonio.

MARCO AURELIO ANTONINO, llamado el Filósofo, y LUCIO VERO, hermanos, sucedieron en el trono imperial. Esta fué la vez primera que se vieron á un mismo tiempo en el trono dos emperadores. Al adoptar Adriano á Antonino, exigió de él que adoptase á Marco Aurelio, y á éste que hiciese lo mismo con su hermano. Marco Aurelio asoció á su hermano al imperio, y por esta asociacion se les llamó *Fratres imperatores* y *Divi Fratres*. Marco Aurelio era un verdadero filósofo sobre el trono; empero Lucio Vero era intratable por su orgullo y entregado á los placeres. Nueve años nada mas reinaron juntos estos hermanos, pues Lucio Vero murió repentinamente el año 169 de Cristo. Marco Aurelio continuó reinando solo. Marco Aurelio demostró lo que era la tolerancia de la secta soberbia y orgullosa á que pertenecía, la de los estoicos, la mas fanática de todas, la que se jactaba de ser inflexible en sus resoluciones é intolerable con los culpables. Marco Aurelio tan filósofo, tan clemente, tan penetrado de los deberes, que no respiraba mas que justicia y humanidad, reputando en nada todo mérito de ostentacion, fundándola únicamente en la virtud, renueva la persecucion que Antonino habia hecho cesar, con tan bárbara crueldad, que eclipsa los tiempos de los primeros perseguidores. Envianse á las provincias nuevas órdenes contra los cristianos, los delatores los arrastran en todas partes á los tribunales, y la iniquidad de los jueces y el furor de las turbas hacen en el

mundo romano una ininidad de mártires. Los que escapan del fuego y del cadalso van á poblar las minas, pereciendo lentamente en aquellos durísimos trabajos. Dos inocentes víctimas, Ptolomeo y Lucio confesáronse cristianos y perecen, y entónces el filósofo Justino escribe su segunda apología, en la que despues de demostrar el origen de la idolatría, y denunciar las atroces violencias que ejercen los perseguidores contra las mugeres, los niños y los esclavos, para arrancar á su debilidad falsas declaraciones sobre los incestos y las comidas de carne humana que se atribuyen á los cristianos, acababa invitando á los magistrados á que publicasen su escrito con la contestacion que tuviesen á bien darle, no dudando que esta apología era su sentencia de muerte. No se engañaba el generoso apologista. Los señores que gozaban del favor del emperador, y á cuya cabeza se hallaba el cinico Crescencio, hombre de costumbres infames y lascivas, y á quienes Justino habia vencido con su elocuencia, probando su ignorancia, cuando acusaban á los cristianos de ateismo, le hicieron comparecer ante el tribunal del prefecto de Roma.

El prefecto, que se llamaba Rústico, le preguntó á qué clase de estudio se habia dedicado, y él respondió: "A toda clase de doctrinas, y al fin he adoptado la de los cristianos.—¿Cuál es esta doctrina? dijo el prefecto.—La doctrina de los cristianos, respondió Justino, es creer en un solo Dios, criador de todas las cosas visibles é invisibles, y confesar á Jesucristo, Hijo de Dios, que debe venir á juzgar al género humano, y que ha comunicado su celestial doctrina á los que han querido acogerla. En cuanto á mí, yo soy un hombre débil, incapaz de hablar dignamente de su grandeza infinita. Confieso que esta misión ha sido concedida á los profetas que han predicho muchos siglos antes de su venida la aparicion del Hijo de Dios en este mundo."

—¿Dónde se reúnen los cristianos? le preguntó el prefecto, y Justino respondió: "Cada cual se reúne donde quiere ó donde puede, y no acostumbramos á reunirnos en un sitio solo;" (decia esto para no vender á sus hermanos, y al mismo tiempo para indicar que su culto no estaba limitado, como el de los paganos, á un lugar). Por esto añadió: "El Dios de los cristianos no está encerrado en un espacio determinado: invisible, llena el cielo y la tierra, los fieles le adoran en todas partes y en todas le glorifican." Los que le acompañaban (eran cinco), confesaron con igual firmeza que eran cristianos, y el prefecto, volviéndose hácia Justino, le dijo: "Escucha tú, que pasas por eloquente y crees poseer la verdadera ciencia: cuando tu cuerpo haya sido destrozado á azotes, piensas que subirás al cielo?—Si sufro, respondió el mártir, tendré lo que poseen ya los que han observado los preceptos de Jesucristo.—¿Cómo! ¿Te imaginas que subirás al cielo para recibir una gran recompensa?—No me lo figuro, respondió Justino, sino que lo sé; y estoy tan seguro de ello, que lo que mis compañeros y yo deseamos con mas ansia, es sufrir por nuestro Señor Jesucristo. Esto será el motivo de nuestra confianza ante el terrible tribunal en que deben aparecer todos los hombres."

Cuando el prefecto oyó estas palabras pronunció esta sentencia: "Que los que no han querido hacer sacrificios pierdan la vida en la forma prevenida en las leyes." Los sagrados mártires, alabando á Dios, fue-

ron conducidos al sitio señalado, y despues de ser azotados con varas, perecieron degollados.

San Justino ha sido considerado como el primer padre de la Iglesia, despues de los apóstoles. Entre tantos ilustres mártires como en esta persecucion sellaron con su sangre la fé de Jesucristo, admira el anciano Policarpo, el amigo del mártir Ignacio, discípulo de San Juan, por cuyo santo apóstol habia sido colocado á la cabeza de la iglesia de Smyrna, que hacia sesenta años regia con tanto celo y esplendor. Varon tenido por todas las iglesias como un modelo apostólico. El año séptimo del imperio de Aurelio, en la ciudad de Smyrna perecen infinitos mártires. El fuego, el hierro, los azotes, destrozan las víctimas; empero sin cansar su constancia. Los cristianos no aguardaban, contra las instrucciones de los mismos obispos, á ser buscados, sino que se ofrecian ellos mismos al martirio. Notable fué entre otros muchos, un jóven llamado Germánico, á quien el próconsul trataba de hacer variar de resolucion, invitándole á que se compadeciese de su edad, el que sin titubear llamó hácia sí una fiera violentándola para que le despedazara. Tanto era el deseo que tenia de dar su vida por la fé! Entónces la muchedumbre, estupefacta con el valor de los cristianos, gritó mueran los impíos, *tolle impios*; aclamacion que ordinariamente usaban contra los cristianos. Que traigan á Policarpo!

Un tal Quinto de Frigia, se ofreció tambien al martirio; empero su debilidad fué mas fuerte que su voluntad. Sobrecogióse de espanto al ver las fieras, vaciló y adoró lo que antes habia desechado; por eso el consejo que se daba á los fieles, era el que se ocultasen, y arastrados á los tribunales, pereciesen por la fé.

Policarpo, obligado á salir de la ciudad por las instancias de los fieles que querian salvar su padre, su maestro, su apóstol, se retira á una granja inmediata, allí profetizó que seria quemado vivo. Perseguido, huye á otro punto; pero un niño esclavo de la granja declara en el tormento el lugar de su retiro, siendo ya imposible el ocultarle. Cogieron al niño y salieron de la ciudad en busca de Policarpo, seguidos de una tropa de caballería, cual si fuese en busca de un malhechor.

Llegaron donde se hallaba, y aunque pudo huir, negóse á ello, y se entregó voluntariamente, dejando admirados con su edad y su firmeza á los que con tanto aparato de fuerza venian á prenderle.

Mandó que diesen de comer y beber cuanto desearan á los que le habian ido á prender, pidiéndoles una hora para orar libremente. Se la concedieron y oró de pie.

Cuando hubo terminado su oracion, en la cual intercedió por todos, y mencionó á todas las iglesias, como hubiese llegado la hora de partir, le colocaron en un asno, conduciéndole á la ciudad el dia del gran sábado ó víspera de Pascua. El reinara Herodes y Nicetas, su padre, salieron á recibirle; hicieronle entrar en su carro, y sentados á su lado, le tentaban con estas palabras: "¿Qué mal hay en decir: Señor César, y en hacer sacrificios para salvar su vida?" y otras insinuaciones del diablo. Él selló sus labios, y les oyó al principio con paciencia; mas luego exclamó: Que entónces jamas le condenarian á la hoguera, el tormento, las cadenas, el hambre, el destierro ó los azotes. Estos, perdiendo la

esperanza de convertirle, le colmaron entonces de injurias, y le arrojaron del carro, que corría con tanta presteza y tal violencia, que al caer Policarpo se fracturó una pierna. Pero como si nada sufriese, continuó su camino alegremente, y fué introducido en el circo, donde habia estallado un tumulto tan grande, que nadie podia hacer oír su voz en aquel momento.

Apenas habia entrado, cuando se oyó una voz que resonaba allá en los cielos, y decía: "Policarpo, ¿valor?" Voz que fué oída por los cristianos que se hallaban en la arena, pero por nadie mas. Llevado al procónsul, éste le preguntó si era Policarpo, á lo cual respondió: "Lo soy."—Entonces, exhortándole á negar, le dijo el juez: "Duélete de tu edad, y cuanto acostumbran á decir en semejante caso?" Jura por el génio de César, añadió, grita: "Fuera los impíos!" De repente Policarpo, con los labios entreabiertos, y como si alguien hablase en él, miró fijamente á la idólatra muchedumbre que se apiñaba en derredor de la arena, tendió el brazo hácia ella, y lanzando un profundo suspiro, al contemplar la magestad del cielo, exclamó: "Fuera los impíos!" El juez insistió diciéndole: "Jura por la fortuna de César, injuria á Cristo, y te suelto."—Policarpo respondió: "Hace ochenta y seis años que te sirvo, y no me ha hecho mal alguno: ¿cómo, pues, podria injuriar á mi Salvador y mi Rey?" Instándole siempre el procónsul á que jurase por el nombre de César, respondió: "¿A qué viene el provocarme á que jure por lo que llamas el génio del César? Si finges que ignoras lo que soy, lo diré en alta voz. Escucha, soy cristiano! ¿quieres enterarte de mi doctrina? fíjame el día en que quieras oírme."

El procónsul le dijo: "Satisfice al pueblo," y Policarpo respondió: "Te creo digno de ser enseñado é instruido, porque estamos acostumbrados á honrar á los príncipes y los poderes que Dios ha instituido. Por lo que hace al pueblo, no le creo digno de ello."

El procónsul le dijo: "Tengo fieras á las cuales te arrojaré, para que te despedacen si no obedeces." Pero él: "Suéltalas, dijo, y que tus leones sacien en mí su rabia: me gloriaré de mis tormentos, y triunfaré en mis heridas." El procónsul dijo á Policarpo: "Si desprecias los dientes de las fieras, haré que te quemen vivo." Policarpo respondió: "Me amenazas con un fuego que arde una hora para decaer y apagarse, porque ignoras el juicio final y el fuego eterno destinado á los impíos. ¿Pero á qué viene esa tardanza! haz lo que quieras hacer."

Mientras hablaba, el esplendor de la gracia celeste, visitó é iluminó su faz, y el procónsul se quedó atorado. Entonces mandó á un heraldo que gritase tres veces, "Policarpo confiesa que es cristiano," y enfurecida la muchedumbre de judíos y gentiles que hallaban en Smyrna, exclamó: "Es el doctor del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros ídolos, el violador de nuestros templos; y ahora ha encontrado lo que deseaba." Y estimulaban al asiarca ó magistrado Filipo para que soltase un león; empero respondió que se habian terminado los juegos y espectáculos.

Entonces todos comenzaron á gritar: "¿Qué le quemen vivo!" pues era preciso se cumpliese lo que habia anunciado. Elevando, pues, su plegaria al Dios Todopoderoso, y volviendo hácia los suyos su venerable rostro, les dijo: "Ya veis que voy á sufrir la *pasión* que he profetizado."

El pueblo entonces, y principalmente los judíos, corrieron en tropel á los astilleros y á los establecimientos de baños termales, buscando madera por todos partes. Formada la hoguera, Policarpo se quitó su cinturón y sus vestidos, y desató los cordones de sus sandalias, lo que antes no acostumbraba á hacer por sí mismo, porque los fieles se disputaban el honor de desempeñar este ministerio, á fin de poder tocar y besar sus piés desnudos. Llevados los instrumentos que se usaban en el suplicio del fuego, como quisieran atarle, según costumbre, con una cadena de hierro, dijo: "Dejadme así, pues el que me ha inspirado el deseo de querer ser quemado por él, me dará tambien fuerzas para permanecer firme sobre la hoguera, sin necesidad de estar ligado."

Por esto no le encadenaron, y se contentaron con atarle las manos por detras.

Hizo al cielo una plegaria, y la llama subió al cielo; pero tomando incremento y replegándose en forma de bóveda, como la vela de un buque hechizada por el viento de la mar, rodeaba como un suave cinturón el cuerpo del mártir, sin alterar sus sagrados miembros. Entonces los malvados, viendo que el fuego no podia consumirlo, ordenaron á un *confector*, verdugo (llamado así porque tenia el cargo de rematar las fieras y gladiadores mortalmente heridos en el circo), que hundiese su puñal en el corazón de Policarpo, lo cual ejerce al momento, saliendo de la sangre que brotó con abundancia, una paloma que hendió los aires, batiendo las alas, apagándose el incendio con la sangre, y quedando asombrado de tan milagroso suceso todo el pueblo! El procónsul no permitió se diese sepultura al cadáver del santo obispo: á instigacion de los judíos fué quemado; empero los cristianos recogieron sus huesos y los conservaron religiosamente.

La Iglesia de Dios tuvo una tregua. Apolinario, obispo de Heracles y Atenagora, de Atenas, escriben dos apologías en que vindican á los cristianos de sus calumnias, y un milagro acabó de persuadir al emperador filósofo Marco Aurelio, en una de sus expediciones contra los bárbaros del Norte. Los quados y marcomanos, le atraen á un sitio rodeado de montañas y bosques, la Bohemia. El ejército romano se halla de repente rodeado de bárbaros y como sitiado. El estremo calor y una sed devoradora hace mas crítica y peligrosa su situación; el ejército iba á perecer. En él habia gran número de cristianos, la mayor parte armenios. Doblan sus rodillas y elevan sus súplicas á Dios, con admiracion de los mismos enemigos; empero lo que los sorprende mas es que de repente cubrese el cielo de grandes nubes, que rasgándose, envían una benéfica y abundantísima lluvia; que los soldados romanos reciben en sus cascos, en su boca, apagan su devorante sed, mientras que un violento pedrisco con horrosos truenos, descarga sobre los bárbaros, introduciendo en ellos la confusion y el desorden. Llamóse desde entonces á esta legión la *Legión Fulminante*. Marco Aurelio confesó con ingenuidad en una carta que escribió al senado, que á los cristianos debía la victoria conseguida: *Cristianorum militum precantibus imbre impetrato*. En un bajo relieve de la columna Antonina, está consignado este hecho, si bien los paganos atribuyen el prodigio á *Jupiter Pluvio*.

Marco Aurelio, de resultas de este milagro, suavizó un tanto sus dis-

posiciones contra los cristianos, publicándolo un decreto prohibiendo que fuesen delatados; pero nada más hizo, de modo que este decreto se diferenció muy poco del de Trajano (año 177).

Respiraron un tanto los cristianos; empero en muchas provincias se suscitaron de tiempo en tiempo motines, en los que un populacho fanático pedía su exterminio á gritos, lo obtenía de los jueces á quienes animaba el mismo deseo, ó forzaba á estos actos de bárbara crueldad á los que por sí mismos nunca se hubieran atrevido á hacerlo. Esto es lo que sucedió principalmente en las Galias. A mediados del siglo II envió á ella la Santa Sede una banda generosa de misioneros evangélicos; á cuya cabeza se hallaba Polino, discípulo del bienaventurado Policarpo. Se estableció en Leon, una de las ciudades más importantes de aquella provincia; fué su primer obispo, y sus predicaciones fundaron á poco una iglesia numerosa y floreciente, mientras el celo de sus colegas reanimaba la de Viena, ya fundada por San Crescencio. Los triunfos, que se aumentaban más y más, de Polino, llamaron la atención, atrayéndole el odio sombrío de los paganos. Solo esperaban un momento favorable para dar rienda suelta á su furor, y no tardó en presentarse con ocasión de los juegos que cada cinco años se celebraban en Leon. Entonces comenzó el drama sangriento, cuya relación, hecha por los fieles que sobrevivieron á la persecución, ha llegado hasta nosotros. Con cuánto placer insertaríamos literalmente estas actas, como lo hemos hecho con las anteriores, para dar una muestra del género de estos sagrados documentos, si lo permitiera la extensión que nos hemos propuesto dar á nuestra obra! En nuestras relaciones nos atenderemos estrictamente á su resultado. Los cristianos en Leon, entregados como una población frenética y envenenada puede hacer contra los que tiene por enemigos. Presos, conducidos al foro, interrogados públicamente, son condenados á muerte por el procónsul. En vano uno de ellos, Vecio Epagato, uno de los más ilustres habitantes de Leon, conmovido de indignación, pide la deja abogar en favor de sus hermanos, y probar que nada existía entre ellos impuro ni sacrilego. El procónsul quiere saber si es cristiano también. Confiesa en voz alta su fe, y es condenado con los demás, burlándose el procónsul, llamándole el abogado de los cristianos. El furor del pueblo no conocía límites, acensaba á los cristianos de tomar parte en los banquetes de Tyeste y en los incestuosos concubinatos de Edipo (1). Sanctus, diácono de la iglesia

(1) Los paganos confundían bajo el nombre de cristianos aun á los herejes. Así se atribuían á los fieles las acusaciones dirigidas contra los góticos, carpocratianos y otros, que cometían en sus asambleas abominaciones tales, que serian increíbles si no las refiriesen los santos padres. El misterio en que por la persecución se celebraban las reuniones de los cristianos, añadía peso á las calumnias de sus enemigos, que entendiendo mal el misterio de la Eucaristía y con malicia, decían que comían carne humana y bebían sangre. También propalaban que después de su comida en común, ó más bien de sus orgías, se apagaban las luces, y á favor de las tinieblas, hombres y mujeres se mezclaban á la ventura y gozaban de los más impuros placeres. Los judíos fueron desde el principio los autores de estas atroces calumnias, que sin embargo fueron creídas y produjeron efecto.

de Viena, sufre con valor todos los tormentos, y en vano esperan los verdugos arrancarle alguna palabra impía ó de impaciencia. Su resistencia fué tan vigorosa, que el procónsul no puede obtener de él ni su nombre, ni el de su nación, ni el de su patria, ni si es libre ó esclavo. A todas sus preguntas respondió en lengua romana: "Soy cristiano." Este era su nombre, su patria, su familia; nunca pudieron arrancarle otra respuesta. Este silencio excita la rabia del procónsul, redobla el ardor de los verdugos. Agotados los tormentos, aplican á sus dilacerados miembros hojas de acero hecho ascuas. Nada consiguen, y lo encierran para vencer otro día su constancia en la prision, donde milagrosamente recobra la salud y las fuerzas para un nuevo combate.

Polino, anciano de noventa años, también es conducido al tribunal del procónsul en hombros de los soldados; y perseguido allí como sucedió á Cristo, por los gritos rabiosos de los magistrados y de todo el pueblo, dió un glorioso testimonio de su fe. Preguntándole el procónsul cuál era el Dios de los cristianos, respondió: "Si te haces digno de él lo conocerás." Apenas pronunció estas palabras, fué arrebatado por el pueblo, y maltratado inhumanamente. Los que se hallaban cerca de él le daban puñetazos y puñetazos, sin tener en cuenta su vejez, y los que estaban lejos le arrojaban cuanto encontraban á mano, porque todos se creían criminales para con sus dioses, si no le prodigaban insultos y malos tratamientos. Encerrado en la prision, casi sin dar señales de vida, dos días después exhaló el último suspiro. Maturó, neófito todavía, Atalo de Pergamo y Blandina, esclava, fueron también atormentados, y no pudiendo vencer su constancia, encerrados en la misma cárcel que Sanctus, donde se consolaron, y fortalecieron en la fe á otros muchísimos mártires.

Los confesores, algun tiempo después, fueron separados y clasificados para diferentes géneros de muerte; Sanctus y Maturó fueron, pues, conducidos al anfiteatro y arrojados á las fieras con Blandina y Atalo, un día de espectáculo extraordinario, fijado para su inmolación. Así sufrieron Maturó y Sanctus por segunda vez todos los tormentos que ya habían padecido. Como los combatientes que, después de derribar á sus contrarios una y repetidas veces, combaten todavía, mas ya entonces por alcanzar la corona, así sufrieron ellos de nuevo el látigo, los mordiscos de las fieras que los arrastran por la arena, y en fin, todo lo que el capricho delirante y los abullidos insensatos de un populacho furioso dictaban á los verdugos; después mandaron á gritos que sentasen á los mártires en la silla de hierro puesta al fuego. Bien pronto se espació por todo el anfiteatro el olor de sus carnes quemadas; pero esto no contuvo á los malvados, pues se aumentaba su coraje al ver que la constancia de ambos mártires rechazaba sus asaltos, sin que pudieran arrancar á Sanctus otras palabras que las que ya había proferido. Al fin cesó el combate, y fueron abogados, después que los dos solos sirvieron de espectáculo un día entero á un pueblo que necesitaba en cada una de aquellas funciones los combates variados de una tropa de gladiadores.

Blandina fué atada á un poste y presentada á las fieras; empero como ninguna se atreviese á tocarla, la desataron del poste, y conducida de nuevo á la prision, la destinaron á nueva lucha.

Entre tanto, el pueblo pedía á gritos que impusiesen el castigo á Atalo.

Sólidamente ejercitado en la doctrina cristiana, siempre había sido firme testigo de la verdad. Entró, pues, en la arena, dispuesto al combate lo mismo que á la confesión: licieronle dar vuelta al anfiteatro, precedido de un cartel en el cual se leía en lengua latina: "Este es Atalo el cristiano." Creció contra él la cólera popular; pero sabiendo el procónsul que era *ciudadano romano*, lo volvió á la prisión con los demás, y después escribió á César para preguntarle qué debía hacerse con todos los presos.

Fueron, pues, llevados al tribunal para ser interrogados por el procónsul, pues César escribió: "Que todos los que confiesan muriesen, y los que renegasen fuesen puestos en libertad." De consiguiente, el mismo día en que se celebraba en la ciudad un mercado solemne, al cual había acudido multitud de gentes de las provincias y del extranjero, el procónsul mandó que los mártires fuesen conducidos á su tribunal, para enseñarlos al pueblo con pompa teatral. Interrogóles de nuevo, y todos los que fueron reconocidos por ciudadanos romanos fueron decapitados, arrojando los demás á las fieras.

En el acto de dar tormento, todos los verdaderos cristianos acercáronse á los que eran interrogados, y entre otros Alejandro, médico frigio, que hacía muchos años moraba en las Gálias, y conocido de todos por su amor á Dios y su osadía en la predicación de la fe. En pie, al lado del tribunal, asistía á los confesores, y con sus gestos y movimientos los exhortaba á permanecer firmes en la fe. El pueblo lo echó de ver, y enfurecido principió á gritar contra Alejandro.

El procónsul le interrogó al momento sobre lo que era, y respondió que era cristiano. Irritado el juez, le condenó á las fieras, y al día siguiente entró en la arena con Atalo; pues el procónsul, queriendo congraciarse con la multitud, había decidido que éste fuese entregado á las fieras por segunda vez. Los dos, después de padecer los tormentos ordinarios del anfiteatro, fueron degollados. Alejandro no lanzó un suspiro, no profirió una palabra, sino que retirándose á las profundidades de su alma, no cesó de conversar con Dios todo el tiempo de su suplicio. Respecto á Atalo, como le sentasen en la silla de hierro incandescente, sus carnes tostadas exhalaban bien pronto un hedor insoportable, y gritó al pueblo en latin: "Comer hombres es lo que vosotros hacéis; en cuanto á nosotros, nada hacemos que se le parezca, ni cometemos ningún otro crimen." Interrogado acerca de su Dios, respondió: "Dios no tiene nombre como los hombres lo tienen."

El último día de los espectáculos, Blandina fué conducida de nuevo al anfiteatro con Pontico, niño de quince años. Todos los días precedentes se les había conducido allí para que fuesen testigos de los suplicios de los demás mártires. Intimóseles que jurasen por el Dios de los gentiles, y le insultaron, permitiéndole firmes en su negativa. Entónces la cólera del pueblo estalló con tanta violencia, que sin respetar el sexo de la mujer y sin ningún miramiento á la edad del muchacho, les hicieron recorrer todo el círculo de los tormentos, instándoles á gritos para que jurasen. Pero nada pudo doblegar su constancia, porque Pontico, asistido á la vista de los paganos de las exhortaciones de su hermana de martirio, exhaló su alma juvenil en medio de suplicios generosamente sufridos.

Blandina quedóse, pues, sola y la última de todos. Después de ser azotada, después de las fieras y la silla ardiente, la envolvieron en una red, arrojándola á un toro, que la lanzó diversas veces al aire, entre las frenéticas aclamaciones de la muchedumbre. Al fin la degollaron. Jamamuger alguna, según confesión de los mismos gentiles, sufrió tantos y semejantes suplicios!

La rabia de los perseguidores de Leon se estendió mas allá de la muerte: después de dejar seis días insepultos los cadáveres de los mártires, los quemaron y arrojaron sus cenizas al Ródano!

El suplicio de Blandina no fué la última escena de la persecucion de Leon.

Había en Leon dos jóvenes llamados Epípodo y Alejandro, el primero griego de nacion, y el otro natural del mismo Leon, ambos cristianos y pertenecientes á la mas encumbrada nobleza. Encendida la persecucion, resolvieron huir, siguiendo el precepto de Jesucristo, y saliendo sigilosamente de la ciudad, hallaron en una aldea inmediata y en casa de una pobre viuda cristiana, un asilo, que creyeron seguro; pero tal era la actividad de las pesquisas, que fueron descubiertos á poco y puestos en prisión.

Tres dias después, llevados á presencia del juez, con las manos atadas á la espalda, les preguntaron, según costumbre, su nombre y profesion. Declaráronse cristianos. Entónces el pueblo lanzó un grito, y el juez dijo con cólera: "De qué han servido los tormentos de los que acaban de perder la vida, si todavía se habla de Cristo?" Al momento los mandó separar, temiendo se exhortasen el uno al otro, á lo ménos por señas; y dirigiéndose primero á Epípodo, á quien creía mas débil, porque era el mas joven, le dijo: "Que tu terquedad no te haga perecer: nosotros adoramos á los dioses inmortales que adoran todos los pueblos y nuestros mismos príncipes; les honramos con danzas, cánticos, juegos y diversiones. Vosotros adorais á un hombre crucificado, á quien no puede agradarse disfrutando todos estos bienes; él rechaza la alegría, ama los ayunos y una castidad estéril, y condena el placer. ¿Qué bien puede haceros el que no supo librarse del destino mas miserable? Te digo esto á fin de que mudes de método de vida para gozar de la dicha de este mundo, y de las diversiones que son propias de tu edad."

Epípodo respondió: "No me dejo engañar por esa fingida y cruel compasion: no sabes que Jesucristo, Nuestro Señor Eterno, resucitó después de ser crucificado, y que siendo *Hombre y Dios* al mismo tiempo, ha abierto así á los suyos el camino de la inmortalidad? Pero dejemos estos discursos que no puedes comprender: ¿eres tan ciego que ignoras que el hombre se compone de dos sustancias, el alma y el cuerpo? En nosotros, cristianos, el alma manda y el cuerpo obedece. Las infamias que vosotros cometéis en honra de vuestros demonios, dan placer al cuerpo pero matan el alma. . . . Después de mancharos con los goces corporales como los animales, al fin solo hallais una muerte triste, y nosotros, cuando nos quitais la vida terrena, entramos en otra eterna."

Irritado con esta respuesta, el juez mandó que le arrojasen sobre el caballete, y dos lictores le desgarraron con garfos de hierro. Entónces se oyó en el pueblo una gritaría terrible, y viendo que el juez no iba tan

de prisa como hubiera querido, pedía que se lo entregase para apedrearlo ó hacerlo pedazos. Para evitar una sedición y temiendo ser insultado en el tribunal mismo, el magistrado mandó que quitasen al mártir de su presencia y le cortaran la cabeza.

Después de un día de intervalo, sacó de la cárcel á Alejandro, y le dijo: "Todavía puedes aprovecharlo del ejemplo de los demas, porque de tal modo hemos perseguido á los cristianos, que no hay otro sino tú de semejante raza." Alejandro le dijo: "Doy gracias á Dios porque me animas con el ejemplo de los demas mártires." Por lo demas, te engañas; el nombre cristiano no puede perecer; Dios lo ha establecido sobre fundamentos tan sólidos, que al mismo tiempo que se conserva viviendo los hombres, se estiende con su muerte. Soy cristiano, siempre lo he sido, y lo será hasta el fin para gloria de Dios." El juez mandó que le tendieran y le separasen las piernas, en cuya posición fué azotado por tres verdugos que se relevaban, lo que duró mucho tiempo, sin que se le escapase ni una palabra indigna. En fin, viéndole firme, ordenó el juez que fuese puesto en cruz; pero no duró mucho tiempo semejante suplicio, pues tan destrózado se hallaba su cuerpo, que á través de las descarnadas costillas, se veían las partes más ocultas de sus entrañas. Entonces, invocando el nombre de Jesucristo con voz moribunda, dió su alma á Dios.

Como los gentiles continuaban impidiendo se diese sepultura á los cadáveres, los cristianos sustrajeron los de ambos mártires y los escondieron cerca de la ciudad, en el fondo de un valle, en un sitio cubierto de yerba y regado por abundantes manantiales, el cual se hizo célebre tanto por la piedad de los fieles como por la multitud de milagros.

Otros dos cristianos, Marcelo y Valeriano, se habian escapado por una especie de milagro de las cárceles de Leon. Marcelo permaneció oculto algun tiempo; y en el secreto de su albergue continuaba, sin embargo, la especie de mision apostólica que debía llevar todo cristiano, y en cuanto podia ganaba almas en obsequio de Jesucristo. A poco le parecieron harto timidas estas precauciones, y alzó la voz en favor del cristianismo. Arrestado al instante, le ataron á las ramas de un árbol que ancoraron á la fuerza, á fin de que al levantarse le arraucaran los miembros. Como esta invención bárbara no tuviese todo el efecto que aguardaban, le enterraron vivo hasta la cintura, y así vivió tres dias antes de espirar. Esto sucedió en Chalons, sobre el Saona. En cuanto á Valeriano, le apresaron en Trinoquio (hoy Turno), donde después de atormentarle le cortaron la cabeza.

Ninguno de estos mártires dejó tanto eco como el de un jóven de Autun, llamado Sinfiriano, hijo de Fausto, y de noble y cristiana familia. Instruido en las bellas letras, se le habia visto pasar de la infancia á la juventud, y poner el pié en el umbral de la edad viril con tan felices auspicios, que en su admiración, los justos le tienen por hombre familiarizado con las virtudes celestes.

Celebróse un día una solemne procesion en honor de Cibele, á la sazón que Heracleo, varon consular, se hallaba en la ciudad: Sinfiriano, al pasar el idolo por delante de él en un carro, no quiso arrodillarse como todo el pueblo; la multitud le prendió conduciéndole á presencia de He-

raclio. El varon consular sentóse en su tribunal, y dijo á Sinfiriano: "Declara tu nombre y condicion." Respondió: "Soy cristiano y me llamo Sinfiriano."—El juez dijo: "¿Eres cristiano? Es preciso que hayas estado muy oculto, pues entre nosotros no se vé ninguno de tu raza. ¿Por qué has insultado á la diosa madre?"—Sinfiriano respondió: "Ya te he dicho que soy cristiano; adoro al verdadero Dios que está en el cielo. En cuanto al idolo de ese dementio á quien llamas *diosa madre*, no solo no la adoro, sino que si me das un martillo, la haré pedazos."—El juez dijo: "Este hombre no solo es un sacrilego, sino un rebelde: ¿es ciudadano de esta poblacion? que lo diga el escribano."—Este respondió: "Es ciudadano de esta ciudad, y de noble familia."—El juez dijo: "Hé aquí, Sinfiriano, lo que te da tanta arrogancia: ignoras los edictos de los emperadores? Que los lea el escribano."—El escribano leyó: "Marco Aurelio, emperador, á todos los gobernadores de las ciudades y á los magistrados: hemos sabido que ciertos hombres que se llaman cristianos insultan nuestras leyes: prendedles y castigadles de diferente manera, si no quieren hacer sacrificios á nuestros dioses. Sin embargo, que la justicia modere el rigor, y que la venganza, si hay reparacion del crimen, perdone al criminal."

Concluida la lectura del edicto imperial, el juez dijo: "¿Qué tienes que responder á esto, Sinfiriano? ¿Podemos infringir este edicto? Se te acusa de un doble crimen, sacrilegio y violacion de las leyes: cumple las órdenes del emperador, ó con tu sangre expiarás tu delito."—Sinfiriano respondió: "Siempre miraré esa estatua como un prestigio del demonio y un instrumento execrable de perdicion. Sabe que todo cristiano que tiene la desgracia de volver la cara atras para mirar á vuestros dioses, se engolfó en los senderos que conducen al abismo y cae en las redes del enemigo. Nuestro Dios sabe recompensar á los que lo merecen, y tambien castigar á los que pecan."

El juez, viendo inexorable á Sinfiriano, mandó que le azotasen sus lictores, encerrándole en un calabozo. Espirado el plazo legal, mandó que le llevasen á su presencia. El enfamecimiento de sus frividos brazos habia alojado los estrechos nudos de sus ligaduras; pero su alma asistió ya á los gozes celestiales, porque Cristo habia contado como sangre vertida la que la prision habia consumido en sus venas. El juez le dijo: "¿No harías mucho mejor, oh Sinfiriano, en volver á los dioses inmortales? El tesoro público te pagaria con esplendidez, y obtendrias los honores legionarios; pero si no te arrodillas sin detencion alguna ante la estatua de la diosa madre; si no te declaras adorador de los grandes dioses Apolo y Diana, tu muerte es segura. ¿Aceptas? Va á levantarse el altar y á adornarse con guirnaldas; á quemarse el incienso, y la victima está dispuesta: ofrece, pues, á los dioses un sacrificio de expiacion y arrepentimiento."—Sinfiriano respondió: "El juez, á quien toca cuidar de los negocios públicos, no debe perder el tiempo en inútiles discursos. Si hay peligro en no hacer todos los dias alguna cosa para ganar su alma, ¿entonces mas en desviar á otro del camino de la salvacion, para ir á estreñarle contra los escollos del pecado?"

El juez le dijo: "Sinfiriano, haz sacrificio á los dioses y gozarás de los honores del palacio."—Sinfiriano respondió: "El juez que hace de cuchilla de la ley para procurar matar con ella las almas, se cubre de

oprobio y pierde tambien su alma. No temo la muerte: mi vida es un préstamo que Dios me ha hecho, y que debo devolverle tarde ó temprano. Con lo que ora una deuda, hará el martino un don de propiciacion y de amor. ¡Oh! ¡Cuánto me arrepentiría de temblar ante de un prestor! Los bienes que me ofrecen son el veneno melificado que acaricia los labios y levora las entrañas. Nuestros verdaderos bienes están en Cristo: éstos ni los embobeca ni los consume el tiempo y la corrupcion. Vuestros gozos se parecen al hielo trasparente que una hora de sol derrite y convierte en agua turbia y cenagosa; el tiempo los arroja al pasar en el torbellino de las cosas humanas. Solo son eternos los gozos que da nuestro Dios; pues el tiempo no ha visto nacer su gloria, y el último de los siglos no la verá morir."

El juez dijo: "Sobrado tiempo te he escuchado, oh Sinforiano, y con paciencia te he oido discurrir sobre la grandeza de no sé qué Cristo. Si hoy mismo no haces un sacrificio á la diosa madre, haré prosternar tu cadáver atormentado y sin cabeza ante sus aras." Sinforiano respondió: "Adoro y temo á Dios Todopoderoso que me ha creado, y á él solamente sirvo. Mi cuerpo se halla un momento en tu poder, pero nada puedes sobre mi alma. Confésale tú mismo: que cosa mas monstruosa que la fiesta que celebráis en honor de ese ídolo; fiesta en que eunucos voluntarios bailan ante su estatua, cometiendo así un crimen detestable que para vuestros sacrilegos sacerdotes es un acto sublime de religion; crimen que se lleva á cabo al son de flautas que tocan unos fanáticos, y al inarmónico ruido de vuestros tímbrales, de vuestros coribantos. ¿Quién ignora que vuestro Apolo fué pastor de vuestro rey Admeto en las orillas del rio Amfrise, y que cantando sin cesar sus infames amores, se complace en tejer laureles á sus coronas, y cuyas voces de demonios hacen mugir la tripode y la gruta en que revela sus oráculos? En cuanto á vuestra Diana, la ciencia de nuestros santos ha descubierto que no era otra cosa que el demonio del Mediodia, que vagando por las plazas públicas y registrando las secretas cavidades de los bosques, va derramando en el corazón de los hombres, la semilla de la zizaña; esa Diana juntamente apellidada *Trivia*, porque elige para tender sus lazos los rincónes de los arrabales." El juez, irritado con estas palabras del mártir, respondió por medio de esta sentencia: "Entreguemos á la venganza del acero á Sinforiano, que ha querido hacer á nuestros dioses el sacrificio que les es debido, y ha insultado sus altares. Que esta expiacion repare la injuria hecha á nuestros dioses y leyes."

Pronunciada la sentencia, fué conducido al suplicio. Cuando salía de la ciudad, su venerable madre desde las murallas le exhortaba á la muerte, gritándole: "Hijo mio, mi hijo Sinforiano! no pierdas de vista al Dios vivo: valor, hijo!" Fuera de las murallas fué decapitado Sinforiano, y recogidos sus restos ensangrentados por algunos cristianos, fueron sepultados á alguna distancia, en una celdita junto á una fuente. Pero el sagrado cadáver no permaneció oculto mucho tiempo, y los muchos paganos estaban admirados del gran número de milagros que obraba Dios en su tumba.

San Sinforiano habia sido bautizado por el sacerdote Benigno, discípulo de San Policarpo, y que habia venido á predicar la fé en Occidente

con el diácono Tirso y otro sacerdote llamado Andoco. De Autun, donde residió algunos años, Benigno pasó á Langres y de allí á Dijon, terminando allí su carrera apostólica despues de un martirio muy largo. Andoco y Tirso fueron cogidos en Saulieu con un cristiano llamado Félix, en cuya casa se hospedaban, y despues de torturarlos, los asesinaron á palos. Santa Pascusia, que sufrió el martirio en una edad avanzada, tambien recibió lecciones de San Benigno.

Otra ininidad de mártires regaron tambien con su sangre las plazas públicas. Las espantosas escenas de los mártires de Leon se renovaron de un modo aterrador en todas las provincias del imperio. En un epitafio de un mártir llamado Alejandro, hallado en las catacumbas del papa San Calixto, se lee: "Que en aquel reinado los tiempos fueron tan calamitosos, que los lugares mas desiertos, las cuevas mas oscuras, no eran albergues seguros contra la rabia de los perseguidores, y que hacian un crimen, aun á los parientes y amigos, el cumplir con los condenados los deberes que les prescribían la amistad ó los sentimientos de la naturaleza." Los cristianos aborrecidos, saqueados, maltratados, perseguidos, castigados con destierro, con prision, entregados á suplicios cuyos refinamientos agotaban muchas veces las fuerzas de sus verdugos; los cristianos se multiplicaban en progresion siempre creciente y mas rápida cada día, en tanto que los fautores de la heregía, á quienes animaba la impunidad, desaparecían sucesivamente para dar lugar á otros. "Somos de ayer, exclamaba Tertuliano en tiempo de Severo, y ya llenamos las ciudades, las fortalezas, las islas, las provincias, las asambleas del pueblo, el senado y el palacio de los Césares, habiéndonos dejado únicamente los templos." En efecto, se contaba entónces con que mas de la mitad del imperio habia abrazado la fé cristiana. "Habia en esto una cosa tan admirable, dice un historiador de la Iglesia, que habian acabado por figurarse que los cristianos tenían un encanto infalible para atraer á su partido á cuantos querían." Acerca de la acusacion que se les dirigió de aborrecer á los demas hombres, decia tambien Tertuliano: "Navegamos, llevamos las armas, cultivamos la tierra, administramos justicia y mezclamos nuestras funciones á las vuestras."

En medio del movimiento continuo de tan prodigioso aumento, esa sociedad santa tomaba fuerza, orden y estabilidad, no solo de la unidad inviolable de su doctrina, sino tambien de la de su disciplina y gobierno. Todo subia allí, como ya hemos dicho, por grados hábil y sólidamente coordinados, desde los empleos mas humildes del ministerio eclesiástico hasta el obispo de Roma, que era la llave de la bóveda de aquel maravilloso edificio. Desde la muerte de Pedro, su silla pontifical nunca habia estado vacante un momento; los mártires reemplazaban sin cesar á otros mártires; y en cierto modo no se sentaban en ella sino para ser precipitados por mano del verdugo. Mas todavia no ha llegado el momento de hablar de aquellos venerables pontífices, entre los cuales hasta fines del siglo cuarto, solo hallaremos uno que un está inscrito en el número de los santos. Diez son esos sucesores de San Pedro desde San Clemente, que fué martirizado en tiempo de Trajano, hasta San Sotero, que sufrió imperando Marco Aurelio.

La heregía de Montan hacia en tanto numerosos prosélitos. El eunuco

Montan, el año 11 del imperio de Aurelio, 171 de Jesucristo, neófito aún, y deseando ocupar en la Iglesia el primer lugar, sin cambiar el símbolo de la fe, sostenía que así como la ley dada por Jesucristo era mas perfecta que la de los patriarcas, otra ley mas perfecta aún debía ser dada por el Espíritu Santo, ó Paracletos, que Jesucristo mismo había ofrecido enviar á los hombres, y que debía enseñarles todas las verdades. Montan se llama á sí mismo el Paracletos, en union de dos mugeres perdidas, Priscilla y Maximila, nobles y ricas, que se dicen profetizas, y que abandonando sus maridos, pretenden habior recibido en union con Montan la plenitud del Espíritu Divino. La Iglesia condena esta grosera impostura, que es increíble cuánto se propaga! Infesta gran parte del Asia, penetra en Roma, pasa desde allí á Africa, donde la austeridad hipócrita de su moral arrastra, cosa increíble, uno de los mas grandes genios, uno de los mas vigorosos defensores del cristianismo, Tertuliano, el que cae para no levantarse jamas!

Al mismo tiempo que Athenagoras, Justino y Apolinario, abogaban en favor de los cristianos ante los emperadores, obispos, cuya ciencia igualaba á su sanidad, combatian las heregias que continuaban declarándose en todas partes. San Pymto, obispo de Gosse en la Isla de Creta, y San Dionisio, obispo de Corinto, escribían contra á los marcionitas y los montanistas, y sabemos por San Jerónimo, que este último mostraba con tanta erudicion como sagacidad, de qué filósofo pagano habia sacado el veneno de sus doctrinas cada heregia. Al mismo tiempo San Meliton, obispo de Cerdeña, cuyas obras, alabadas por toda la antigüedad, hemos perdido en su mayor parte, formaba un catálogo de los libros sagrados, el primero de que hacen mención los escritores eclesiásticos. Lumbreras mucho mas brillantes todavía no iban á turbar en ilustrar la Iglesia.

Dos años despues de las matanzas de los mártires de Leon (el 180 de Jesucristo), muere Marco Aurelio, á los veinte de su reinado, en Panouia, donde se hallaba haciendo la guerra á los marcomanos. Su hijo Commodo, que se hallaba en el ejército, es reconocido emperador á los diez y nueve años de edad. Era un monstruo, que esclavo de sus pasiones y de las de sus ministros y concubinas, ultrajó las leyes mas sagradas de la naturaleza, excedió en crímenes y locuras á los demas monstruos que le precedieron; hizo morir á varios senadores, derramó á torrentes la sangre humana, se apoderó de los despojos de sus victimas para dispararlos al momento en estravagantes prodigalidades. Su espantoso reinado ofreció una prueba mas de que las persecuciones contra el cristianismo eran enteramente independientes del carácter de sus perseguidores. Commodo no derramó la sangre de los cristianos, la Iglesia respiró libremente, y la paz que disfrutó la debió á una concubina de Commodo, la hermosa Marcia, á quien trataba como esposa legitima, á quien habia concedido todos los honores de las emperatrices, excepto el del fuego que se llevaba delante de ellas. Marcia era muy afectá al cristianismo, aunque le comprendió muy mal!

Durante los doce años que subsistió esta paz, hubo muchas conversiones, y hasta en las clases mas elevadas de la sociedad romana. A aquel número pertenecia un senador llamado Apolonio, hábil en las letras y la filosofia. Uno de sus esclavos lo delató á Perennis, prefecto del

pretorio: por premio de su delacion le rompieron las piernas al esclavo y le crucificaron; empero Apolonio tuvo que dar cuenta de su doctrina ante el senado. Así lo hizo en un discurso en que despues de confesar su fé, presentó, dice Eusebio, una apologia del cristianismo. Era ley antigua y todavía en vigor, no perdonar á un cristiano citado ante un tribunal, si no se retractaba. Un decreto de esta asamblea condenó á Apolonio á que le cortasen la cabeza. Apolonio recibe la palma del mártir el octavo año de Commodo. Durante todo el curso de su reinado, no se hace mención de ningun otro mártir.

Reinó doce años, muriendo asesinado el 31 de Diciembre de 192. Habia formado una lista de senadores y varones consulares que debía hacer morir. El prefecto del pretorio, Letus, y la misma Marcia, su concubina favorita, estaban comprendidos en ella. Marcia le sorprendió la lista, y para prevenir su desgracia, le dió un veneno; pero sus excesos en la comida y bebida le hicieron vomitar aquel dia; mas era preciso llevar á efecto su muerte, y estando en el baño, un atleta llamado Narciso le estranguló á la edad de treinta y un años.

CAPITULO VI.

Pertinax y Didio Juliano, emperadores.—Séptimo Severo, emperador.—Acrecentamiento de los cristianos.—Padres de la Iglesia.—Severo, favorable al cristianismo, cambia sus disposiciones.—Quinta persecucion de la Iglesia.—Tertuliano.—Análisis de su célebre apologia.—Su caída en la heregia.—Mártires sicilianos.—Mártirio de Santa Felicitas, Perpetua y compañeros.—Mártires de Alejandria.—Mártirio de Santa Potomiana y Basildes.—Mártires de las Galias.—Caracalla y Geta, emperadores.—Macrino, emperador.—Eliogabalo, emperador.—Introduccion en Roma de los cultos de Oriente.—Severo Alujan-dro, emperador.—Protege decididamente el cristianismo.—Levántanse inapropiadas iglesias.—Los priscosultos hacen algunos mártires.—Mártirio de Santa Cecilia.—Muerte de Severo.

A la muerte de Commodo ocupa el trono imperial, proclamado por las guardias pretorianas, PERTINAX, anciano, aunque de oscuro nacimiento, de un valor y virtudes que le hacian acreedor á la púrpura. Se vé renacer en su corto reinado el gobierno de los Antoninos; empero á los tres

Montan, el año 11 del imperio de Aurelio, 171 de Jesucristo, neófito aún, y deseando ocupar en la Iglesia el primer lugar, sin cambiar el símbolo de la fe, sostenía que así como la ley dada por Jesucristo era mas perfecta que la de los patriarcas, otra ley mas perfecta aún debía ser dada por el Espíritu Santo, ó Paracletos, que Jesucristo mismo había ofrecido enviar á los hombres, y que debía enseñarles todas las verdades. Montan se llama á sí mismo el Paracletos, en union de dos mugeres perdidas, Priscilla y Maximila, nobles y ricas, que se dicen profetizas, y que abandonando sus maridos, pretenden habior recibido en union con Montan la plenitud del Espíritu Divino. La Iglesia condena esta grosera impostura, que es increíble cuánto se propaga! Infesta gran parte del Asia, penetra en Roma, pasa desde allí á Africa, donde la austeridad hipócrita de su moral arrastra, cosa increíble, uno de los mas grandes genios, uno de los mas vigorosos defensores del cristianismo, Tertuliano, el que cae para no levantarse jamas!

Al mismo tiempo que Athenagoras, Justino y Apolinario, abogaban en favor de los cristianos ante los emperadores, obispos, cuya ciencia igualaba á su sanidad, combatian las heregias que continuaban declarándose en todas partes. San Pymto, obispo de Gosse en la Isla de Creta, y San Dionisio, obispo de Corinto, escribían contra á los marcionitas y los montanistas, y sabemos por San Jerónimo, que este último mostraba con tanta erudicion como sagacidad, de qué filósofo pagano habia sacado el veneno de sus doctrinas cada heregia. Al mismo tiempo San Meliton, obispo de Cerdeña, cuyas obras, alabadas por toda la antigüedad, hemos perdido en su mayor parte, formaba un catálogo de los libros sagrados, el primero de que hacen mención los escritores eclesiásticos. Lumbreras mucho mas brillantes todavía no iban á turbar en ilustrar la Iglesia.

Dos años despues de las matanzas de los mártires de Leon (el 180 de Jesucristo), muere Marco Aurelio, á los veinte de su reinado, en Panonia, donde se hallaba haciendo la guerra á los marcomanos. Su hijo Commodo, que se hallaba en el ejército, es reconocido emperador á los diez y nueve años de edad. Era un monstruo, que esclavo de sus pasiones y de las de sus ministros y concubinas, ultrajó las leyes mas sagradas de la naturaleza, excedió en crímenes y locuras á los demas monstruos que le precedieron; hizo morir á varios senadores, derramó á torrentes la sangre humana, se apoderó de los despojos de sus victimas para dispararlos al momento en estravagantes prodigalidades. Su espantoso reinado ofreció una prueba mas de que las persecuciones contra el cristianismo eran enteramente independientes del carácter de sus perseguidores. Commodo no derramó la sangre de los cristianos, la Iglesia respiró libremente, y la paz que disfrutó la debió á una concubina de Commodo, la hermosa Marcia, á quien trataba como esposa legitima, á quien habia concedido todos los honores de las emperatrices, excepto el del fuego que se llevaba delante de ellas. Marcia era muy afectá al cristianismo, aunque le comprendió muy mal!

Durante los doce años que subsistió esta paz, hubo muchas convenciones, y hasta en las clases mas elevadas de la sociedad romana. A aquel número pertenecia un senador llamado Apolonio, hábil en las letras y la filosofia. Uno de sus esclavos lo delató á Perennis, prefecto del

pretorio: por premio de su delacion le rompieron las piernas al esclavo y le crucificaron; empero Apolonio tuvo que dar cuenta de su doctrina ante el senado. Así lo hizo en un discurso en que despues de confesar su fé, presentó, dice Eusebio, una apologia del cristianismo. Era ley antigua y todavia en vigor, no perdonar á un cristiano citado ante un tribunal, si no se retractaba. Un decreto de esta asamblea condenó á Apolonio á que le cortasen la cabeza. Apolonio recibe la palma del mártir el octavo año de Commodo. Durante todo el curso de su reinado, no se hace mención de ningun otro mártir.

Reinó doce años, muriendo asesinado el 31 de Diciembre de 192. Habia formado una lista de senadores y varones consulares que debía hacer morir. El prefecto del pretorio, Letus, y la misma Marcia, su concubina favorita, estaban comprendidos en ella. Marcia le sorprendió la lista, y para prevenir su desgracia, le dió un veneno; pero sus excesos en la comida y bebida le hicieron vomitar aquel dia; mas era preciso llevar á efecto su muerte, y estando en el baño, un atleta llamado Narciso le estranguló á la edad de treinta y un años.

CAPITULO VI.

Pertinax y Didio Juliano, emperadores.—Séptimo Severo, emperador.—Acrecentamiento de los cristianos.—Padres de la Iglesia.—Severo, favorable al cristianismo, cambia sus disposiciones.—Quinta persecucion de la Iglesia.—Tertuliano.—Análisis de su célebre apologia.—Su caída en la heregia.—Mártires scilitanos.—Mártirio de Santa Felicitas, Perpetua y compañeros.—Mártires de Alejandria.—Mártirio de Santa Potomiana y Basildes.—Mártires de las Galias.—Caracalla y Geta, emperadores.—Macrino, emperador.—Eliogabalo, emperador.—Introduccion en Roma de los cultos de Oriente.—Severo Alujan-dro, emperador.—Protege decididamente el cristianismo.—Levántanse inapropiadas iglesias.—Los priscosultos hacen algunos mártires.—Mártirio de Santa Cecilia.—Muerte de Severo.

A la muerte de Commodo ocupa el trono imperial, proclamado por las guardias pretorianas, PERTINAX, anciano, aunque de oscuro nacimiento, de un valor y virtudes que le hacian acreedor á la púrpura. Se vé renacer en su corto reinado el gobierno de los Antoninos; empero á los tres

meses fué asesinado por los soldados enemigos de la disciplina militar, año 193. Su muerte fué el principio de una larga serie de inevitables calamidades. DIDIO JULIANO obtiene de los soldados á fuerza de dinero la dignidad imperial; el senado por temor confirmó la eleccion. Las legiones de Iliria proclamaron á Séptimo Severo y las de Siria á Nigero. Severo venció á todos sus rivales, y Juliano, abandonado de sus soldados y condenado por el senado, murió á los setenta y seis dias de su reinado.

SEPTIMO SEVERO sucedió á Juliano (193). Activo, astuto, avaro, cruel, infatigable en el trabajo y de un genio emprendedor, cultivaba el estudio de las ciencias y apreciaba á los que se distinguian en ellas. Aunque habia jurado no dar muerte á ningun senador, sin embargo, se abandonó á la mayor crueldad. La bárbara costumbre de proibir, introducida por Sila, continuó en tiempo de los emperadores. Fué un principio favorable á los cristianos, y en los diez primeros años de su reinado, el cristianismo se acrecienta, penetra entre las grandes y mas distinguidas familias de Roma, y se presenta mas floreciente que nunca. Entonces aparecen las mas brillantes lumbreras de la Iglesia; Serapion, obispo de Antioquia; Panteno, salido de la escuela estoica para regir la célebre escuela cristiana establecida desde el tiempo de San Marcos en Alejandria, y que llevó allende el Asia y hasta en las Indias la fé de Jesucristo; Clemente de Alejandria, sucesor de Panteno, cuyos escritos anunciaron un talento, una ciencia universal; Orígenes, su discípulo, á quien la fuerza, estension y sublimidad de su genio y el ardor de su celo y sus formosos trabajos han hecho considerar por los paganos mismos como la maravilla de su siglo; Tertuliano, que nace en Cartago á mitad del siglo segundo, hijo de un centurion de las legiones del procónsul de Africa, que aprende la elocuencia, la filosofía y la jurisprudencia y se hace célebre desde la jurisprudencia. Idólatra, que á la vista del suplicio de los mártires y de la heroica constancia con que desafian los dolores y la muerte abjura el paganismo, y viendo estéril su matrimonio, se separa de su muger, y con su acuerdo, para consagrarse todo al culto de la religion que habia abrazado. Tertuliano, llamado por su genio á ser uno de sus mas ardientes defensores, entró en el estado eclesiástico. De repente, en el décimo año de su reinado, Severo cambia sus disposiciones favorables al cristianismo, ya porque estuviere provenido contra ellos por las calumnias de sus enemigos, ya porque le asustase el extraordinario acrecentamiento de ellos, ya porque aun los confundiese con los judios, á quienes se habia visto precisado á reprimir á mano armada á su paso por Palestina. Cualesquiera que fuese la causa que lo impulsara, comienza Severo la quinta persecucion de la Iglesia, con toda la violencia inflexible, con toda la fria crueldad de su carácter. La persecucion comienza en Egipto, y se propaga á las demas provincias y al Africa. En 194, con motivo de las persecuciones mandadas por Plantiano, indigno favorito de Severo, publicó Tertuliano su *Apologia*, ese admirable monumento sobre que está fundado su inmortal nombre, y que es la mas elocuente defensa del cristianismo. La *Apologia* fué dirigida á los magistrados romanos, así á los de Roma, como al procónsul y demas, que venian á Cartago á instalar su sangriento tribunal. La lectura de esta

elocuente obra, es la mas interesante para el que quiera conocer exactamente el estado de la primitiva Iglesia en el imperio romano, las costumbres de los fieles de aquella época, y la especie de fuerza de la ley que se pronunció contra ellos, y las inmensas dificultades que tuvo que vencer la religion antes de establecerse soberana de los soberanos del mundo!

¡Con cuánto placer examinaríamos nosotros detenidamente esta brillante defensa! Comienza Tertuliano dirigiendo un noble y atrevido apóstrofe á los jueces que condenan á los cristianos sin oírlos. . . . "La verdad no implora gracia, dice, porque la persecucion no la asombra. Estrangera sobre la tierra, cuenta con hallar en ella enemigos. Hija del cielo, allí tiene su trono, su cuna, sus esperanzas, su crédito y su triunfo. Solo pide al presente no ser condenada sin oírse. ¿Qué teméis por vuestras leyes permitiéndola defenderse en la silla de su imperio? ¿No os será mas honroso no condenar la verdad antes de haberla oído? Condenándola sin oírse, ademas del odio que atrae vuestra injusticia, daís lugar á creer que no podiais condenarla si la hubieseis oído!"

El primer objeto sobre que llama Tertuliano la atencion de los jueces, es la monstruosidad de los procedimientos contra los cristianos. "Cuando tuvieseis la evidencia de que somos verdaderamente criminales, ¿por qué no nos tratáis como á los demas culpables? Los ciudadanos acusados de los mismos crímenes que nos imputais, tienen el derecho de defenderse por sí mismos, ó por el órgano venal de un abogado. A los cristianos solos se les prohibe hablar para justificar su inocencia y evitar su iniqua condenacion. Todo lo que se les pide, es la confesion de su nombre, porque no se trata de probar el crimen; empero cuando se trata de cualquier otro acusado, no os basta para motivar una sentencia, que el mismo se haya declarado homicida, sacrilego, incestuoso, enemigo público, porque con estos títulos nos honran; os es preciso la averiguacion rigurosa de las circunstancias, de la cualidad de los hechos, del tiempo, lugar, modo, testigos que depongan, y cómplices que el reo pueda haber tenido.

Nada de esto hay en los juicios de los cristianos. No se debería arrancar de su boca la confesion de los crímenes que tan calumniosamente se les imputan? Preciso seria verificar el número de niños degollados, para saborear su carne. . . . los incestos cometidos en la oscuridad de las noches. . . . ¿Cuánta gloria para el magistrado que llegase á descubrir á un cristiano convicto de tantos infanticidios!!"

Después de demostrar Tertuliano el odio injusto que se tiene á los cristianos, y la injusticia de su persecucion, prueba que jamas fueron perseguidos sino por los tiranos mas crueles y los hombres mas viciosos; y entrando en materia, discute y rechaza una por una las infames calumnias con que han intentado manchar el nombre de los servidores de Cristo.

No omite ni las mas absurdas, y esta parte de su defensa, es tanto mas admirable, cuanto que á cada paso toma un carácter de ataque, y la apología del cristianismo se convierte en acusacion del paganismo.

"Nos acusais, dice, de matar niños en la celebracion de nuestros misterios, de hacer nuestras comidas con carne humana, y mancharnos con infames incestos; empero no solo no aducís prueba alguna de estos crímenes, sino lo que es mas odioso, vosotros permitis estos crímenes en público y en secreto, y por eso tal vez nos creéis capaces á nosotros

de comerlos! En Africa se inmolaban públicamente los niños á Saturno, hasta el proconsulado de Tiberio, que hizo crucificar á los sacerdotes de este dios, en los árboles mismos del templo, donde se comían estos horrendos sacrificios. No se ocultaban estos impíos sacrificios; los padres mismos ofrecían á Saturno, pobres niños, acercándolos en el momento de inmolarlos, para evitar su llanto. En las Gantlas, no niños, sino hombres, son degollados en honor de Mercurio. Vuestros teatros pueden enseñarnos lo que pasaba en Tauride. En Roma, en fin, la ciudad mas religiosa del universo, entre los descendientes del piadoso Eneas, teneis un Júpiter cuyas aras se riegan con sangre humana en los juegos celebrados en su honor! Me diréis que es sangre de criminales condenados á las fieras; empero porque son criminales, dejan de ser hombres? Oh! Ese Júpiter debe sin duda pareceros cristiano!¹⁹

La acusacion principal que se hacia contra los cristianos, era la de no adorar los dioses del imperio, y rehusar ofrecer sacrificios por los emperadores. Tertuliano responde que los cristianos han cesado de adorar los dioses del paganismo, desde que han reconocido que estos dioses jamas habian existido ó habian sido hombres criminales en su mayor parte, y sobre los que se habian inventado las mas groseras fábulas. Despues de haber demostrado que esos dioses, á cuyos pies querian los paganos se postrasen los cristianos, no eran para los paganos mismos mas que un objeto de insulto ó de desprecio. Tertuliano pone su paralelo el culto que él profesa con el que profesan sus adversarios. Opones su Dios á sus dioses, y explica lo que cree, y despues de haber explicado lo que no crea, su palabra, levantándose á la altura del objeto, brilla con mas elocuencia y magestad. El célebre Cornelle ha imitado muchas partes de este trozo en su discurso de Polyucte á Félix.

Despues de haber establecido las eternas verdades de la religion perseguida, en oposicion á las mentirosas fábulas del culto perseguidor, se ocupa Tertuliano incidentalmente de la acusacion que se hace á los cristianos de ser enemigos de los emperadores. Prueba por una multitud de hechos, y por las palabras mismas del Hijo de Dios, que ha dicho: *Dad al César lo que es del César*, que no solamente los cristianos no conspiran contra el emperador, sino que son sus mas fieles súbditos. No imploran por su conservacion las falsas deidades que desprecian, sino al Dios verdadero, al Dios Eterno, al Dios que adoran. «¿Es esta rebelion? Cuando el imperio tiene necesidad de su valor, de su sangre, ¿no ocupan en los ejércitos las primeras filas? ¿Son menos valientes en las batallas, menos arrojados en los peligros? Rehusan al César el apoyo de su brazo y de su espada? Ah! el valor de los cristianos es tan conocido como su constancia! Han dado pruebas de lo uno en los escritos, y de la otra delante de los jueces, cuando á pesar de tantas persecuciones, injurias y crueldades, han rehusado veinte veces las ocasiones que se les presentaban de vengarse.»

Tertuliano justifica las reuniones de los fieles, que miraban los perseguidores como reuniones de facciosos, y que no tenían mas objeto que la oracion; sus *agapas* ó comidas nocturnas, que no eran mas que obras de caridad. Exalta la pureza de sus costumbres, la sublimidad de su moral, tan superior á la del mismo Platon y Sócrates, la sencillez de su

vida y la heroica firmeza con que sufrían el martirio. Despues concluye como habia comenzado su apologia, por un apóstrofe á los magistrados encargados de juzgar á los cristianos. «Elocuente peroracion con que termina dignamente su *Apologia!*

«Oh magistrados que nos tratáis de desesperados, porque coremos á la muerte, la muerte que ha cubierto de gloria á Scévola, Régulo, Anaxarco y tantos otros que son héroes para vosotros, condenados aún, magistrados! Seguros como estais de los aplausos del pueblo mientras inmoles cristianos, condenados, destrozad nuestros cuerpos, aplicados á la tortura, hollados bajo vuestros pies! Vuestras barbaries son las pruebas de nuestra inocencia, y por eso permite Dios que seámos perseguidos. Cada uno de nuestros juicios revela en nosotros una nueva virtud, y últimamente, aun condenando á una muger cristiana á ser espuesta en un infame lugar de prostitucion, mas bien que entregándola á las fieras del anfiteatro, vosotros mismo habeis reconocido que la pérdida de la castidad era para nosotros el mas terrible de los suplicios, mas horroroso aún que la misma muerte!

«Pero ¿qué conseguirá, en fin, vuestra refinada crueldad? Inflamar mas y mas el deseo de abrazar nuestra religion. ¡Nos multiplicamos á medida que nos segáis, y *la sangre de los mártires es la semilla de los cristianos!* Muchos de vuestros filósofos han escrito tratados enteros para excitar á soportar los dolores y la muerte; empero el ejemplo de nuestros hermanos es mucho mas elocuente que todos sus discursos! Esa obstinacion de que nos hacéis un crimen, es una poderosa instruccion para las almas aun infieles: viéndola, se vacila, se quiere investigar, penetrar la causa de ella, acuden á nosotros, y muy pronto desean como nosotros sufrir para reconciliarse con Dios y para comprar con su sangre el perdón de todos sus pecados. Por eso os damos gracias de vuestras sentencias. Cuando nos condenais nos absuelve el cielo, porque los juicios de Dios son enteramente otros que los juicios de los hombres! . . . »

Seguramente si hubiera estado en los designios de Dios que las persecuciones contra su Iglesia hubiesen durado menos tiempo, la *Apologia* debió de haberlas hecho cesar; empero se dirigia á hombres á quienes el espíritu del mal habia cerrado los ojos, la boca y los oídos. Escrito estaba que permanecerian insensibles á la luz y á la verdad. La persecucion continuó, y Tertuliano no fué perseguido, cosa admirable cuando se piensa en el atrevimiento con que está escrita su defensa! Tertuliano ocupa uno de los primeros lugares entre los padres de la Iglesia, y su nombre durará tanto como el mundo. Última grande que su genio ardiente le hubiese precipitado para no levantarse jamas, en la hergia de Montan, de la que se separa luego para dar nacimiento á otra nueva secta, llamada de los *tertulianistas*. Terrible y admirable leccion de que por grande y bella que sea la inteligencia de un hombre, debe ser contenida en justos límites para producir benéficos frutos, y que no debemos dejarnos llevar de la impetuosidad de nuestro carácter, aunque sea guiado por el mas noble y generoso impulso. «Los hombres mas grandes han caido cuando una vez han puesto el pie fuera del ancho camino de la Iglesia católica, que la Providencia ha abierto para seguirlo á todos, grandes y pequeños, débiles y poderosos, sabios é ignorantes!

Dos años antes de haber suscitado Severo la quinta persecucion del cristianismo, el fanatismo del procónsul Vigelio Saturnino persigue los fieles en Africa, lo que podia hacer sin consultar al emperador, porque no se hallaban derogados los edictos dados contra los cristianos, y así es que (el 17 de Julio del año 200), perecen degollados en Cartago los mártires *scilitanos*, llamados así del nombre de Scilitinia, de donde eran originarios, Sperato, Nazal, Citino, Veturio, Félix, Acylino, Letanio, y las mugeres, Januaria, Generosa, Vestina, Donata y Segunda, sellan con su sangre la fé de Cristo, y son honrados por la Iglesia entera, y venerados extraordinariamente en Africa. Tertuliano los ha celebrado con entusiasmo, y se cree que la impresion que recibió con su heroico sacrificio, le inspiró la célebre apología de que ligeramente hemos hecho una reseña.

Por la misma época (año 200) Revocato y Felicitas, entecúmenos y esclavos, Saturnino, Secundulo, Saturio y Vivio Perpétua, de una familia nobilísima y casada, sufrieron el martirio. En vano el padre de Perpétua, con halagos y con amenazas, trata de apartarla de la fé de Cristo, á todo resiste; en vano le muestra su hijo tierno, le ruega tenga compasion de él; Perpétua prefiere ir á la prision. Allí una celeste vision le revela en sueño su martirio y el de sus compañeros.

Vé una escala inmensa cuya base se apoya en el dragon infernal, cuyo término toca al cielo, cuyos estrechos escalones están erizados de acerdas puntas, y cuya subida es espinosa y difícil: Saturnino sube el primero, vence los obstáculos, y la llama á la gloria de Cristo. Perpétua trepa por la escala, no obstante los rugidos del infernal dragon, y llega victoriosa al cielo, donde espera la inmarchesable palma del triunfo!

En vano todos los dias su anciano padre vuelve á la prision y le enseña su hijo, rogándole tenga compasion de sus canas y de la infancia del tierno niño. Nuevas visiones sostienen su espíritu, contra el que se conjuran las afecciones más tiernas de la naturaleza; vé nuevamente en sueños dos ángeles que la sostendrán en el circo cuando sea espuesta á la voracidad de las fieras!

Secundulo muere en la prision, los demas van á presentarse en el circo para servir de espectáculo al feroz populacho. Con alegría ven aproximarse el dia de la lucha. Felicitas sola está triste, porque embarazada de ocho meses, teme que segun el uso, su preñez retrarde su martirio: sus hermanos se lamentan tambien de no poder entrar á la vez en el cielo con su dulce y generosa hermana. Un gemido, una oracion unánime sube al trono del Señor, y tres dias antes del señalado para los espectáculos del circo, Felicitas da á luz un niño. A sus gritos acuden los carceleros, y uno de ellos la dice: "Si tanto te hace gritar tu parto, cuánto gritarás cuando te arrojen á las fieras!—Lo que sufro ahora, contestó, lo sufro yo; empero en el circo otro sufrirá por mí, porque yo sufriré por él."

La vispera acudió á la prision gran multitud curiosa de verlos, Saturnino les gritaba: "No tendreis bastante tiempo para vernos mañana, hoy nuestros amigos, mañana nuestros enemigos, retened, sin embargo, bien nuestras facciones, porque aun las volveréis á ver y las reconoceréis en el gran dia del juicio final!" A estas palabras, aterrados se alejaron mu-

chos, algunos que se quedaron, iluminados por las palabras de los mártires, creyeron en Jesucristo.

Al fin llegó el dia de la victoria, y salieron de la prision para el anfiteatro, con la frente radiante y firmó el paso, y si se mostraban conmovidos, era de alegría y no de miedo. Detras de los demas, como la querida de Cristo, iba Perpétua con la sonrisa en los labios y la marcha reposada, velando y ocultando á todos el brillo de sus ojos. Despues venia Felicitas, muy alegre por pasar del trabajo sangriento de su parto al sangriento combate de las fieras. Llegados á la puerta del circo, quisieron ponerles para el combate, á los hombres el manto de los sacerdotas de Saturno, á las mugeres el de las sacerdotisas de Ceres; pero su constancia no se debilitó, y exclamaron: "Hemos venido aqui de buen grado, os hemos entregado nuestra vida; pero con condicion de que nuestra conciencia sea respetada, y que no nos obligareis á hacer nada contra Dios: este pacto ha sido hecho entre nosotros." Aquella vez la injusticia conoció lo que era justo, y el tribuno consintió en que fuesen introducidos con sus mismos trages. Apenas hubo entrado, se puso á cantar Perpétua. Revocato, Saturnino y Saturio, amenazaban al pueblo, y al pasar por debajo del balcon de Hilariano le gritaron: "Tú nos juzgas ahora; pero algun dia te juzgará Dios." Exasperado con esto el pueblo, pidió que les castigasen con azotes, y se felicitaron los unos á los otros porque iban á participar del castigo impuesto á Cristo.

Un dia, en la cárcel habian manifestado todos su desseo acerca del martirio de que desaban morir. Saturnino queria ser arrojado á todas las fieras del circo para que tejiesen su corona las flores más sangrientas del padecimiento. Saturnino y Revocato, despues de ser devorados por un leopardo, fueron arrancados por un oso, que los arrastró con sus mordiscos por casi todo el circo. Saturio habia confesado que tenia mucho miedo á los osos, y su desseo era que lo matase de una sola dentellada un leopardo. Solieron contra él un jabalí; pero volviéndose bruscamete contra el *bestiario* ó encargado de las fieras, le abrió el vientre y arrojándose despues sobre el mártir, lo arrastró algunos pasos; empero sin hacerse daño. Colocado en seguida á la entrada de la jaula de un oso, no quiso salir éste, y retiraron ileso al atleta de Jesucristo.

Llegó su vez á las mugeres, y contra la costumbre, resolvieron soltar contra ellas una vaca furiosa y bravia. Envolveronlas desnudas en una red, y al ver á aquella jóven blanca y delicada, y á aquella madre que acababa de parir, y cuyos pechos destilaban aún gotas de leche, aquel pueblo bárbaro tuvo compasion de su presa, y lanzó un grito de horror. Hicieronlas salir de la red y ponerse á sus vestidos, y Perpétua se adelantó desde luego hácia la vaca, que cogiéndola con sus cuernos, la levantó en el aire y la dejó caer sobre los riñones; viendo que la caída habia desgarrado su traje, juntó los pedazos y los estendió como un velo entre sus piernas, sufriendo mucho mas en el pudor que en sus tormentos: despues recogió y ató sus cabellos esparcidos, pues no era conveniente que una mártir combatiere desgarrada como en un luto fúnebre, ni que pareciese que lloraba en medio de su gloria; viendo á Felicitas herida y ensangrentada sobre la arena, se arrastró hasta ella, la ayudó á levantarse, y las dos se prepararon para otro ataque; empero habian desarmado.

do la crueldad del pueblo, y éste mismo pidió que fuesen retiradas del circo á la puerta del mismo, llamada *Sanavivaria*.

Saturo, retirado bajo esta puerta del anfiteatro, decía á uno de sus carceleros, Pudeus, á quien medio habian convertido: "Al volver al anfiteatro me matará un leopardo de una sola dentellada. Ha sucedido lo que te habia dicho; cree en el que yo creo." Y en efecto, al fin del espectáculo, como le mordiese un leopardo, su herida le inundó de una cantidad tan grande de sangre, que el pueblo consagró con sus aclamaciones aquel segundo bautismo, gritándole: "Bautizado! te has salvado! te has salvado!" En efecto, bien salvado estaba el que habia vencido en semejante lucha. Volviéndose el mártir hacia Pudeus, le dijo: "Adios, amigo! acuérdate de mí, y que mi muerte no te haga vacilar, sino que te afirme mas y mas." Luego, quitándose del dedo un anillo y mojándolo en su sangre, se lo dió como sangrienta herencia y conmemoración de su martirio. Desde allí se le trasportó moribundo con los demas al sitio donde se remataba á los que respiraban todavía; pero el pueblo pedía á gritos que trajesen los heridos al circo para que fuesen degollados en presencia suya. Al por esta, todos se levantaron, y besándose los unos á los otros para consumar su martirio con aquel abrazo pacífico y solemne, se arastraron ayudándose hasta donde pedía el pueblo, y recibieron la muerte en silencio é inmóviles. Saturnino, que habia subido primero que nadie la escala mística de la vision, rindió su alma el primero tambien. Perpetua, mal herida entre las costillas, dió un grito penetrante, y cogiendo el brazo del aprendiz de verdugo, lo condujo al sitio de la garganta donde debia dar el golpe.

La persecucion fué general en todo el imperio. Multitud de confesores arrostran valerosamente el suplicio. Alejandria es el teatro donde brilla mas el valor de los soldados de Cristo. Leonidas, padre de Orígenes, muere degollado, dejando á su viuda cargada con siete hijos y en la mas estrechada miseria. Orígenes, que apenas cuenta diez y siete años, exhorta á su padre al mártirio de que no se libra el mismo, sino porque su madre lo encierra en su casa á su pesar. La fé de los cristianos fitubea un instante; muchos huyen por evitar la persecucion, entre ellos Clemente, el gefe de la escuela de los catecúmenos, y Orígenes, á pesar de que solo tiene diez y siete años, es elevado á este cargo, y en medio de la atroz persecucion no teme aceptar y llenar tan peligroso ministerio. La belleza de su genio, la profundidad de su ciencia, el encanto de sus halagüeñas palabras, atraen una multitud de discípulos, y no solo le rodean los ignorantes sino los sabios, los filósofos, y van á escucharle hasta los hereges y los paganos. De aquella escuela salieron santos que veremos brillar en medio de las mayores lumbres de la Iglesia, y valerosos mártires. Plutarco perece por la fé de Cristo, y Orígenes no le deja hasta ver consumado su generoso sacrificio; ensem, poco falta para que no le maten los amigos del mártir, que le acusan de ser el autor de su muerte, debiendo su salvacion á la Providencia, que le reservaba para ornamento de la Iglesia. Discípulos suyos fueron Severo, que muere en la hoguera; Heráclides y Heron, que catecúmeno aun el primero y neofito el segundo perecen degollados, y otro llamado tambien Severo, que despues de sufrir los mayores tormentos entrega su cabeza al hacha del verdugo! Entre las

mugeres, Heras, todavia catecúmena, recibe como dice Orígenes, el bautismo del fuego consumado en las llamas, y Potamiana asombra con su valor.

Era Potamiana esclava y de extraordinaria belleza; y su amo, que no pudo lograr ni con ruegos ni con promesas que condescendiera con sus infames deseos, furioso con su resistencia, la entregó al prefecto de la ciudad, acusándola de cristiana, y de que á causa de la persecucion hablabla contra el gobierno y los emperadores. Al mismo tiempo prometió á aquel magistrado una gran suma, con la condicion de que no la hiciese mal alguno si podia persuadirla á que cediese á su pasion, y de quitarla la vida si no deponia su resistencia.

Conducida al tribunal, la generosa virgen no se deja persuadir, ni se atemoriza con los suplicios y los tormentos que la hacian sufrir: su juez imaginó una cosa mucho mas cruel. Mandó poner al fuego una gran caldera llena de pez, y la dijo: "Vé y obedece á tu amo, ó si no haré que te arrojen en esa pez derretida.—Dios quiera, respondió, que no haya un juez tan infame que me condene, porque no consento en cometer una accion infame." Entonces fuera de sí el magistrado, ordenó que la desnudasen y la introdujesen en la caldera. Menos asustada del suplicio que del ultraje que va á hacerse á su pudor, se valió para evitarlo de una estratagemma inocente que debia aumentar sus sufrimientos. "Te conjuro por la vida del emperador, le dijo, á que si has resuelto que sufra semejante suplicio, me dejen mis vestidos; pero que me bujen por grados á esa caldera, y podrás formar idea de la fuerza que me ha dado Cristo á quien adoro y tú no conoces." Concediósele lo que pidió, y la sumergieron poco á poco en la caldera; de suerte que su suplicio duró tres horas. Así fué como consumió su martirio, pereciendo tambien en la hoguera Marcela su madre.

Cuando la conducian al tribunal, uno de sus guardias, llamado Bastlides, se habia mostrado con ella blando y compasivo, librándola de los insultos del populacho que la perseguia con palabras picarescas y obscenas.

Viendo esto, y conmovida con el buen carácter de aquel hombre, le dijo que tuviese valor, asegurándole que luego que saliese de esta vida, intercederia por él con el Señor, y no tardaria en probar los efectos de su gratitud.

Poco despues los compañeros de Bastlides quisieron obligarle, no se sabe por qué motivo, á prestar un juramento: no quiso hacerlo, declarando en alta voz que era cristiano, y sus compañeros creyeron que se chancaba; mas como persistiese en su negativa, le condujeron al tribunal del juez, ante el cual confesó su fé, siendo puesto en prision. Algunos cristianos fueron á visitarle, y habiéndole preguntado la causa de una conversion tan súbita é inesperada, les respondió: "Que tres dias despues de su martirio se le habia aparecido Potamiana en las altas horas de la noche, y le habia puesto una corona en la cabeza, diciendo que habia mirado á Dios por él; que habia alcanzado lo que habia pedido, y que dentro de poco iria á juntarse con ella en la gloria." Oido esto le dieron el bautismo, y al dia siguiente le cortaron la cabeza. Tambien se apareció Potamiana en sueños á muchos otros que se convirtieron.

Leon ve renovadas con mas crueldad las sangrientas escenas que ha-

bía presenciado en el imperio de Marco Aurelio. Ireneo, discípulo de San Policarpo, y sucesor de San Poutin en el episcopado, muere martirizado. Severo, después de la victoria que consigue contra Albino, hace ocupar las puertas de la ciudad de Leon por sus soldados, y hacen una horrorosa carnicería entre los cristianos, entregando al saqueo las casas de los mas ricos. La persecucion se estiende á las poblaciones inmediatas. El sacerdote Félix, ayudado de Fortunato y Aquileo, había convertido al cristianismo la tercera parte de los habitantes de Valencia, cantándose públicamente las alabanzas de Cristo. Apenas llegan sus oídos á los oídos del gobernador que envió Severo, le sorprende que haya aún quien despues de las matanzas de Leon, quiera confesar á Cristo; empero los tres siervos del Señor, presos, atormentados, resisten sus seducciones, y son degollados fuera de la ciudad, no cesando, hasta su muerte, de predicar el Evangelio á la multitud que los seguia. Ferreol y Fergeo, sacerdotes en Besançon, el diácono San Anseol, Zotico, obispo de Comares en Pamfília, espiran por la fé entre los mas atroces tormentos.

En Roma, el impío y avaro Plauciano, prefecto del pretorio, ese nuevo Seyano en quien recaía todo el poder durante la ausencia de su amo, se coloca al frente de los perseguidores. Alzanse cruces donde son clavados los cristianos; arrojábanlos á las fieras en el circo, sirviendo de espectáculo al pueblo; son condenados á las minas y á la esclavitud. Al mismo tiempo que se renueva la acusacion fulminada contra ellos, de entregarse en sus reuniones á los vicios mas fúbricos, á los placeres mas impuros, arastran las vírgenes que no blasfeman de la fé de Cristo, casas de prostitucion, reputando que era el tormento mas espantoso que podian imponerles, mil veces mas doloroso que la muerte, el esponerlas á la lascivia del primero que deseara ultrajarlas!

El emperador Severo, que se hallaba haciendo la guerra á los bárbaros en Inglaterra, muere en York, á los sesenta y siete años de su edad, y diez y ocho años y ocho meses de reinado, en 212, y le suceden en el trono imperial CARACALLA Y GETA, sus dos hijos, asociados por él al imperio un año antes. Comienza Caracalla su reinado por asesinar con su propia mano y en los brazos mismos de su madre Julia, á su hermano Geta. Caracalla, á quien segun la expresion de Montesquieu, se le podria llamar no un tirano, sino el destructor de los hombres, escadió en crueldad á Calígula, Nerón y Domiciano! Los senadores mas ilustres cayeron bajo su terrible segur, entre ellos el célebre Pupiniano, á quien hizo morir inocentemente, porque no quiso hacer la apologia de su fratricidio en el senado. Superior á Séneca, en iguales circunstancias, á quien Tácito denuncia á la posteridad como autor de la carta dirigida al senado por el hijo y asesino de Agripina, prefirió la muerte á la deshonra de alabar un crimen!

Impenetrables son los desiguos de la Providencia en la propagacion y estension del cristianismo. Caracalla, que estiende su furor por todo el vasto imperio romano asasiando y devastando por do quiera, ni un solo instante abrigó el pensamiento de inquietar á los cristianos. Aquel tiempo fué para ellos una época de paz, de prosperidad, en la que pudieron no solo hacer prosélitos en el imperio, sino llevar y estender su fé á es-

trangeras y remotas naciones. Entónces apareció la apologia de Minucio Félix.

Seis años y dos meses imperó Caracalla, hasta que en 218 es asesinado por MACRINO, prefecto del pretorio, hombre de oscuro nacimiento, y que estaba destinado para ser su victima. Hácese elegir emperador; mas los soldados, desesperados de haber perdido un príncipe que con tanta liberalidad los habia enriquecido, y no contentos con haberle colocado en el número de los dioses, no quisieron tolerar en el trono á su asesino, y proclamaron por emperador á un jóven de catorce años, llamado Eliogábalo, que puesto á su cabeza marchó contra Macrino y le venció, obligándole á retirarse á Antioquia, donde fué asesinado el año 219.

Eliogábalo, llamado antes Bassiano, queda dueño del trono imperial: ejercia en Siria las augustas funciones de pontífice máximo del Sol, á quien se veneraba bajo el nombre de Elagábalo (1), y atribuyendo su elevacion al auxilio de esta divinidad tutelar, tomó su mismo nombre, con el que es conocido en todos los historiadores. El lujo afeminado del Oriente, la escandalosa venta de los empleos públicos, la sensualidad, la corrupcion y excesos mas vergonzosos, señalaron su reinado y le cubrieron de oprobio á los ojos de la posteridad. Su intemperancia le adquirió el renombre de Sardanápalo de Roma. Parecia estar tocado de locura, pues hasta estableció un senado de mugeres que entendiesen en las modas, y dió la presidencia á su madre. En su reinado todavia respiraron los cristianos, y solo se vieron amenazados de ser para él objeto de una especie de favor, peor sin duda que todas las persecuciones. Los cultos del Oriente, que hasta entónces no habian penetrado en Roma, entraron, no furtiva y clandestinamente, sino en público, en la mitad del dia, á la vista de todos, conducidos al Capitolio por Eliogábalo, gran sacerdote del Sol, que entra en Roma llevando consigo su dios. Era éste una piedra negra cónica; iba en un carro, y durante toda la marcha, el jóven pontífice, sostenido sobre los brazos de sus ministros, se echaba la cabeza atras para no perder de vista el simbolo de su divinidad. Sorprendida quedó Roma cuando vió á aquel jóven emperador vestido de una ropa sacerdotal de oro y seda, cubierto de brazaletes y collares, las cejas y la cara pintadas de blanco y negro. Este espectáculo causó horror, y mas aún que intentase levantar sobre el Palatin un templo á su nuevo dios, queriendo rodearle de todos los grandes dioses del paganismo, objeto de la veneracion de los romanos, teniendo la monstruosa quimera de reunir y amalgamar á su culto, el de los judíos, la religion de los cristianos. No se sabe lo que hubiera sucedido en la realizacion de tan extravagante idea, si los soldados indisciplinados que habian elevado al trono al hijo indigno de Caracalla, de quien le creian bastardo, no pudiendo sufrir las estravagancias de este monstruo, no le hubiesen asesiinado juntamente con su madre, el 10 de Marzo del año 212, á los diez y ocho de su edad, y tres y nueve meses de su imperio.

En aquel mismo dia fué reconocido emperador por el senado, su primo

(1) Elagábalo, este nombre se compone de dos palabras siriacas. Elg que significa Dios y Gabal que significa crear. El Dios Creador, denominacion justa y adecuada al Sol.

AURELIO SEVERO ALEJANDRO, aunque no tenía mas que 17 años de edad. Recibió el pueblo y el ejército con grandes aclamaciones su nombramiento. Dirigido por su madre Mamea, remedió las calamidades del Estado. Los viles monumentos asiáticos, fueron enteramente destruidos.

(222 á 253). Entonces obtuvieron los cristianos algo mas que tolerancia. Instruido de lo que era la moral evangélica por Mamea, su madre, instruida á su vez por el grande Orígenes, el jóven emperador les concedió una especie de proteccion, y se vió edificar las primeras iglesias que se levantaron despues de la predicacion del Evangelio. Sin embargo, por una contradiccion que no debe admirar, aquel protector del cristianismo, que lo entendia tan poco que confundia entre sus dioses domésticos y se encomendaba diariamente á Abraham, Orfeo, Apolonio de Tíanes y Jesucristo, concedia al mismo tiempo un gran favor á los juriscultosos, raza cuyo talento, falseado por el materialismo de la legislacion romana, solo veia en ese culto de un dios extraño, una novedad contraria á las leyes del Estado, y que no habia cesado de perseguirlo con su odio y sus intrigas. Ulpiano, el mas célebre entre ellos, habia hecho un tratado de los deberes de los *proconsules*, en el cual estaban recopiladas todas las ordenes dadas por los emperadores contra los sectarios del Crucificado. Elevado á la dignidad de prefecto del pretorio, los cristianos hallaron en él un perseguidor tan astuto como implacable; y bajo el reinado de uno de los principes mas blandos, hijo de una madre probablemente cristiana; aquel juriscultoso y los que se le parecian, armados con aquel código atroz, del cual no se habia abolido ni una sola ley desde las primeras persecuciones, pudieron hacer mártires impunemente, brillando entre ellos en primer término el papa Calixto, y una doncella, cuyo nombre, luego que lo hayamos pronunciado, halagará á los oídos piadosos como si oyesen el concierto de los ángeles. Su historia es una de las leyendas mas interesantes y graciosas que nos han conservado las tradiciones de la Iglesia.

La virgen Cecilia, nacida de una noble familia de Roma, educada desde la cuna en la fe de Cristo, consagró á Dios su virginidad. Prometida en casamiento á un jóven llamado Valeriano, en el día de la boda, bajo el vestido dorado de los desposados, ocultaba el cilicio que maceraba su carne, y acompañándose al órgano, cantaba con los ojos elevados al cielo: "Señor! Señor! velad sobre mi corazón y mi cuerpo y custodiadlos para que permanezcan intactos y puros."

Luego que llegó la noche y se halló sola con su esposo en la habitacion nupcial le dijo: "Oh dulcísimo y querido jóven! tengo que revelarte un secreto; pero es preciso que me jures que lo guardarás sellado en tu alma."—Valeriano se lo juró, y entonces le dijo ella: "Tengo por amante á un ángel de Dios, celoso de la virginidad de mi cuerpo, y que la guarda de día y de noche con su acero. Si la ultrajas, te herirá y perderá la flor de tu encantadora juventud; pero si ré que me amas con un amor casto y púdico, él tambien te amará á tí, y te se mostrará en su gloria." Valeriano le respondió: "Si quieres que te crea, hazme ver ese ángel, y si conozco que es un ángel, haré lo que tú quieras; pero si es un hombre ese á quien amas, á ambos os atravesaré con mi espada".—Cecilia le

dijo: "Si crees en el verdadero Dios y me prometes consultar en que te bauticen, te lo haré ver. Dirígite á la tercera milla de la via Apta, y allí hallarás unos pobres que piden limosna á los transeuntes. Yo los he socorrido siempre y conocen mi secreto. Luego que los encuentres para les la bendiccion, y diles:—"Cecilia me ha enviado hasta vosotros para que me hagais ver al venerable Urbano, al cual tengo que decir en secreto un asunto importante." Cuando te lleven á su presencia refiérelle todas mis palabras; él te bautizará y á la vuelta te se aparecerá mi ángel."

Valeriano partió y habló á San Urbano, oculto en las catacumbas, cementerio de los Mártires, y hoy cementerio de San Calixto. Luego que le refirió las palabras de Cecilia, el anciano levantó los brazos al cielo y exclamó llorando: "Señor Jesucristo, pastor de las almas, bendicela con todas tus bendiciones, pues el esposo que habia recibido como rugiente león, te lo envia pacífico cordero." Mientras hablaba, apareció un gran anciano con manto blanco, y que llevaba un libro escrito en letras de oro. Al verlo Valeriano cayó como muerto á sus plantas; mas él le levantó, y abriendo el libro leyó: "Un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios sobre todas las cosas, en todo y por todas partes." Cuando acabó la lectura dijo á Valeriano: "¿Crees que esto es verdad?" y como éste dijese que sí creia, desapareció el anciano y al momento bautizó el papa Urbano á Valeriano.

Quando Valeriano entró en el cuarto nupcial, halló en él al ángel hablando con Cecilia. Tenia el ángel en las manos dos coronas de rosas y lirios, y dando la una á Cecilia y la otra á Valeriano, les dijo: "Guardad estas coronas, y con ellas el corazón puro y vírgen el cuerpo; estas rosas y estos lirios son del Paraiso; las he cogido para vosotros, y os las traigo. Jamas se marchitarán, jamas se evaporará su perfume, y solo podrán verlas los ojos castos. Pero tú, Valeriano, puesto que has creído, pide lo que quieras y el Señor escuchará tu voto." Valeriano respondió: "No tengo en el mundo amigo mas dulce que mi hermano; pide, pues, que se le aparezca la verdad." El ángel le respondió: "Tu palabra agrada al Señor, los dos vendreis á él con la palma del martirio en la mano."

Un instante despues, Tiburcio, hermano de Valeriano, entró en el aposento, y percibiendo un olor de rosas y lirios, dijo: "¿De dónde sale este olor á rosas en esta estacion?" Valeriano le dijo: "Nuestras frentes están ceñidas con coronas de flores que ha hecho germinar la primavera celestial; del mismo modo el olor ha entrado á mi, cuando á estas podrás tambien verlas." Tiburcio le dijo: "¿Hablas seriamente ó sueñas, Valeriano?" Valeriano le dijo: hasta aquí solo ha sido un sueño mi vida; pero ahora me despierto en la verdad." Tiburcio le dijo: "¿De dónde sabes esto." Valeriano respondió: "Un ángel del Señor me lo ha enseñado; to se aparecerá á tí cuando hayas sido bautizado y renuncies á los ídolos."

San Ambrosio nos atestigua este milagro de las rosas.

Entonces Cecilia le demostró la vanidad de los ídolos de hierro y de bronce, mudos y sordos como su cubierta de metal, y no habia acabado cuando exclamó Tiburcio: "El que no cree en todo esto es un loco." Entonces Cecilia, descubriendo su pecho, lo besó y le dijo: "Hoy te re-

conozco por hermano mío; soy tu hermana en Cristo, como soy en Cristo la esposa de tu hermano. Vete con él para ser bautizado y que puedas ver los angélicos rostros." Tiburcio dijo á Valeriano: "Te ruego, hermano mío, me digas á quien quieres llevarme." Valeriano le respondió: "Al obispo Urbano." Tiburcio dijo: "A ese Urbano ya condenado tantas veces, y que se dice está oculto en las catacumbas? Si le encuentran, le quemarán vivo y nosotros le acompañaremos á la hoguera." Cecilia dijo: "Si no hubiese mas que esta vida terrenal, podríamos temer la muerte; pero hay otra que nos ha revelado Cristo." Y le enseñó el misterio de la Trinidad, el de la Encarnación de Cristo, y le contó toda su pasión, su coronación de espinas; su sed en la cruz, que había satisfecho con hiel, su despojo que había cubierto nuestra desahudez, y en fin, su elevación al árbol sangriento que había purificado el pecado del árbol tentador. Al oír estas palabras, Tiburcio exclamó llorando: "Tened piedad de mí y llevadme al nombre de Dios para que sea purificado." Valeriano le condujo á él, y desde que fué bautizado, muchas veces veía á los ángeles de Dios y conversaba con ellos.

Valeriano y Tiburcio pasaban sus días orando y dando limosnas, y sepultaban los mártires que el procónsul Almaquio inmolaba. Almaquio los mandó llamar á su tribunal, y les preguntó por qué daban sepultura á los cadáveres de los ajusticiados en castigo de sus crímenes. Tiburcio respondió: "¡Ojalá que nosotros fuésemos los esclavos de esos á quienes tú llamas criminales!" El procónsul mandó comparecer á Valeriano y le dijo: "Tu hermano está loco; pero tú me responderás con mas acierto: dime, ¿qué locura es esa que renuncias á todos los placeres de la tierra para recibir todos sus dolores?" A esto respondió Valeriano: "Que muchas veces en invierno había visto senados los perezones, y jugando y burlándose de los labradores que sembraban los arcos bajo la nieve; pero tambien, que cuando venia el estío y las frondosas gavillas de las mieses llenaban las quintas, había visto llorar á los que los parecían sabios y cantar á los que parecían los locos. Lo mismo nos sucede á nosotros: marchamos agoviados con el peso de las ignominias que hace recaer sobre nosotros el mundo, pero hácia una gloria y una recompensa eterna. En cuanto á vosotros, las alegrías terrenales os embriagan; mas pronto vendrán los llantos y los rechinnientos de dientes." El procónsul dijo: "De consiguiente, el luto eterno será para nosotros, príncipes victoriosos, y vosotros, viles esclavos, gozareis placeres sin fin!" Valeriano le respondió: "Vosotros sois abortos y no príncipes, hijos de la muerte y del infierno." El procónsul le dijo: "¿A qué vienen tantas palabras? Haced libaciones á los dioses y os dejaré ir sanos y salvos." Los santos respondieron: "Nosotros hacemos sacrificios á Dios y no á los tuyos." El procónsul les dijo: "¿Cuál es el nombre de vuestro dios?" Valeriano respondió: "Su nombre no le hallareis, aun cuando le buscáseis volando con alas." El procónsul dijo: "¿No es Júpiter el nombre de Dios?" Valeriano respondió: "Esa es el nombre de un adúltero y un homicida." El procónsul les puso bajo la custodia de Máximo para que aguardasen su sentencia, y Máximo les dijo: "¡Oh flores purpúras de la juventud! ¡Oh vosotros á quienes entaza la fraternidad! Decidme, hermosos mancebos, ¿cómo es que vais á la muerte como si fuera un banquete?" Valeriano le

respondió: "Que si creía, veria despues de su muerte la gloria de sus almas." Máximo dijo: "Que el rayo me consuma si no confieso vuestro Dios luego que haya visto lo que me anunciáis." Y Máximo y toda su familia, y todos los verdugos creyeron, y Urbano vino á bautizarlos en secreto. El día de la muerte de Valeriano y Tiburcio, apenas iba rompiendo el alba, Cecilia exclamó: "¡Id, soldados de Cristo, rechazad las obras de las tinieblas, y cubrid con las armas de la luz." Los mártires fueron conducidos á cuatro millas de la ciudad, á los pies de la estatua de Júpiter; y como relusasen otra vez hacer sacrificios, fueron decapitados. Máximo afirmó bajo juramento, que en la hora de su pasión había visto una tropa luminosa de ángeles y las almas de los dos mártires, semejantes á desposadas descendiendo del techo nupcial, llevadas al cielo en el seno de los ángeles. Almaquio, al saber que Máximo era cristiano, le mandó castigar con varas de hierro hasta que exhaló el último suspiro. Cecilia sepultó su cadáver al lado de los sepulcros de los dos hermanos.

Almaquio se informó de la familia de los mártires: mandó que Cecilia compareciese á su tribunal como esposa de Valeriano, y la ordenó que sacrificase ó se preparase á la muerte. Los asistentes al tribunal acudían á verla, y lloraban al ver aquella hermosa jóven que iba á morir; pero ella les dijo: "Oh buenos jóvenes, no lloreis ni á mi belleza, ni mi juventud, porque no hago otra cosa que cambiarlas por una belleza mejor y una juventud sin fin. Es dar barro para recibir oro; es cambiar una choza por una habitación dorada. Todo lo que yo haya dado á Dios, me lo devolverá centuplicado. ¿Creéis en lo que os digo? Todos respondieron: "Creemos que tu Cristo es el verdadero Dios." Entonces Cecilia mandó llamar á Urbano, el cual bautizó á mas de ochenta.

Almaquio volvió á llamar á Cecilia, y la dijo: "¿De qué condicion eres?" Respondió: "Soy de familia libre y noble." El procónsul dijo: "Te pregunto acerca de tu religion." Contestó: "Es una pregunta estúpida la que exige dos respuestas para una pregunta." Almaquio dijo: "¿De dónde nace el orgullo de tus palabras?—No es el orgullo, sino la constancia." Almaquio dijo: "¡Feliz, tú ignoras que tengo sobre tí derecho de vida y muerte.—Mientes, tú puedes matar á los vivos, pero no resucitar á los muertos; de consiguiente, eres ministro de muerte y no de vida." Irritado Almaquio, mandó que la condujesen á su casa, y que allí fuese sumergida en una cuba de agua hirviendo; pero la virgen se pasaba en ella como en la tibia fresca de un cristiano baño. Entonces mandó Almaquio que la decapitasen en la cuba, y el verdugo hirió tres veces su cuello con el hacha sin poder cortar su cabeza. Al tercer golpe, huyó dejándola medio decapitada y casi muerta. Todavía vivió tres días, durante los cuales dió á los pobres todo lo que tenia; despues murió, recomendando á Urbano todas las almas que había purificado el rocío de su sangre, y mandando que se hiciese una iglesia en el terreno que ocupaba su casa. Urbano sepultó el cuerpo de la virgen entre los obispos, y consagró su casa para levantar una iglesia segun su deseo. Sufrió Cecilia el martirio el año del Señor 224, en tiempo de Alejandro Severo, emperador.

Severo hizo gustar al pueblo romano una felicidad, que desde el impe-

rio de Commodo, hacia cuarenta años, no disfrutaba. Restableció la dignidad, libertad y autoridad del senado, y reformó la disciplina militar, conteniendo la insolencia de los soldados. Disgustados éstos de su gobierno, ó mas bien del de su madre Mamaea, que todo lo gobernaba y siempre le acompañaba, se sublevaron contra él, y le asesinaron con su madre en su propia tienda, el 14 de Marzo del año 235, á los trece y nueve dias de su imperio, y el veintinueve de su edad. En tiempo de este emperador adquirió rapidísimo vuelo el cristianismo, y se levantaron los primeros templos. La sangre iba á correr, nuevas persecuciones iban á pesar sobre la Iglesia de Jesucristo!



Maximino, emperador.—Sesta persecucion de la Iglesia.—Mártires.—Santa Bárbara.—Tratado de la corona, de Tertuliano.—Papiano y Balbino, emperadores.—Gordiano, emperador.—Julio Filipo, emperador cristiano, protege el cristianismo.—Cuadro del imperio romano á la muerte de Filipo.

Severo tenia apenas treinta años cuando fué asesinado; ¡qué porvenir de felicidad no arrebató á los romanos y al cristianismo este crimen!

Entonces se vió por la primera vez ocupar la dignidad augusta del imperio á un bárbaro, á un simple paisano de la Tracia. Uno de los grandes defectos á que con razon se atribuye la decadencia del imperio romano y la larga serie de calamidades que padeció, es la falta de una sucesion hereditaria al trono. La ambicion, roto el freno saludable de la ley, tomó un atrevimiento increíble, y el último de los mortales podia esperar en el ejército, con su valor y el socorro de la fortuna, arrancar á fuerza de crímenes el cetro del mundo al que le poseia. MAXIMINO, natural de una aldea de Tracia, de talla gigantesca, de fuerzas hercú-

leas, en sus principios pastor, despues soldado, y gefe de las legiones gaulas, se habia hecho amar y admirar de los soldados por su intrepidez, por su fuerza prodigiosa; aspiró al trono, y fué proclamado emperador despues del asesinato de Severo. Una horrorosa serie de ejecuciones y algunas victorias sobre los germanos y sarmatas; tal fué el reinado de este bárbaro gigante. Habiendo descubierto una conspiracion, hizo morir sin forma de proceso mas de cuatro mil personas, la mayor parte cristianos y amigos de Severo, valiéndose de esta ocasion para suscitar una nueva persecucion contra la Iglesia. Grandes terremotos afligen al imperio, los sacerdotes paganos, explotando la disposicion feroz de Maximino, acusan á los cristianos de ser la causa incesante de todas las desgracias. La pérdida de las batallas, las enfermedades contagiosas, la hambre, los temblores de tierra y hasta los sucesos mas fortuitos, eran, segun ellos, obra de los cristianos, que no cesaban de atraer la cólera de los dioses sobre el imperio romano, y que no cesaria sino despues de su esterminio. Un hecho casi insignificante decide la proscripcion: un simple soldado á quien ha inmortalizado un escrito de Tertuliano.

Maximino, á su advenimiento al imperio, tuvo que ejercer con el ejército las liberalidades de costumbre, para lo cual se presentaba cada soldado al tribuno de su legion con una corona de laurel en la cabeza. Uno de ellos se presentó sin ella, ó por mejor decir, la llevaba en la mano, y aunque nadie habia notado esto, al fin se descubrió, merced á las burlas y los murmullos de sus camaradas. Por qué, le preguntó el tribuno, no vienes como los demas?—Porque soy cristiano, respondió, y mi religion me prohibe llevar vuestras coronas. Al oír esta respuesta, envióle al prefecto del campo, degradado, despojado de su capa, su espada y su calzado. Puesto en prision, muchos le censuraron porque se habia espuesto temerariamente, turbando la paz de la Iglesia, con un escrúpulo inútil, supuesto que la corona era un adorno indiferente. Tertuliano, aunque ya era montanista, determinó defender al soldado, y en su tratado *Sobre la corona*, probó con sólidas razones, y por la autoridad de los ejemplos, así como de la tradicion, que esas prácticas y otras por el estilo, habian sido condenadas en todos tiempos como pruebas de idolatria.

El esterminio total de los cristianos era imposible. El imperio habia quedado convertido en un vasto desierto, el grosero bárbaro comprendió esto al proscribir el cristianismo. Las iglesias que se habian alzado durante el reinado de Severo, fueron demolidas é incendiadas; empuo solo se decretó la pena de muerte contra los obispos y sacerdotes, acusados de ser los principales propagadores de la que se llamaba la *nueva y detestable supersticion*. El papa Ponciano, sucesor de San Urbano, fuere desterrado en Cerdeña, despues de cinco años de pontificado. Antero le sucede, y muere al mes de su elevacion á la silla pontifical, coronado con la aureola de los mártires.

Grande es el número de los obispos y sacerdotes, cuyos nombres no pudieron recoger los escritores eclesiásticos; pero que sellaron con su muerte la fé del Crucificado. No solo á los sacerdotes se estiende la persecucion y la muerte, sino á los fieles de todas clases y condiciones, que en medio de los mas atroces tormentos confiesan la fé de Jesu-

cristo; entre otros la virgen Bárbara, que se cree instruida por el célebre Orígenes.

Un hombre pagano, de noble raza y opulento, vivía en Nicomedia. Tenía una hija de singular belleza, á quien amaba extraordinariamente, y la mandó encerrar en una elevada torre á fin de que ningun hombre viese su rostro. Bárbara allí en la soledad levanta sus ojos al cielo, y á vista de los ídolos que su padre le encarga adorar, le pregunta: "¿Esos dioses que adoramos fueron hombres?—Sí, responde su padre." Desde entonces, día y noche Bárbara piensa que si aquellos dioses han sido hombres, habian nacido y muerto como los demas, y de consiguiente no eran dioses, pues un dios debia de ser eterno. Juzgaba que debia haber un Dios Criador, superior á todo, y el alma de aquella niña sentia en sí una sabiduría prodigiosa, y despreciaba en secreto las falsas divinidades, sin conocer el único y verdadero Dios. Un grito unánime en Nicomedia, proclamaba á Orígenes el mas sabio entre los sabios de Alejandría, el doctor del verdadero Dios, el destructor de los ídolos. Bárbara lo sabe y busca los medios para avistarse con Orígenes. Su padre era noble y poderoso; empero no le revela su secreto, y envia directamente un mensajero á Orígenes con esta carta:

"Al sabio de Alejandría, al doctor de los doctores, á Orígenes: su sierva de Nicomedia, Bárbara. Salud. He sabido que el verdadero Dios te ha hecho enviado y apóstol suyo; yo soy pagana, pero he reconocido la vanidad de los ídolos de piedra y de bronce, que ni habian ni entienden, dioses que han sido hombres y han nacido y muerto como hombres: así es que adoro sin conocerle, al Dios Criador y Eterno que tú adoras: por esto, ¡oh padre venerable! acudo á tí rogando que me conduzcas á ese Dios desconocido, y que hagas brillar en las tinieblas del alma de tu sierva la luz de tu doctrina, que lleva al Sol de Justicia y de verdad."

El mensajero llega á Alejandría, encuentra á Orígenes en el palacio de Mamae, madre de Alejandro Severo César, ocupado en enseñarla la doctrina cristiana. Orígenes recibe con alegría la carta de Bárbara, y bendice al Señor que ha arrejado en aquella alma pagana una simiente tan maravillosa de sabiduría. Orígenes envía á Bárbara un discípulo suyo, á Valencio: le hizo marchar con el mensajero que le habia enviado y contestó á su carta.

"Orígenes, siervo indigno, á Bárbara, en otro tiempo bien llamada así, pues era de raza bárbara; pero ahora hija adoptiva de nuestro Cristo; paz y salud."

"Tú quieres, ¡oh hija mía! que te dé á conocer al verdadero Dios; es preciso, pues, que sepas que no hay mas que un solo Dios en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El que cree en este Dios en tres personas, puede llegar á él; mas para que la sed de tu deseo se satisfaga con mas amplitud, te envío una persona que te alimentará con la leche de la doctrina, y que te llevará el libro sagrado. Pero, ¡oh hija mía! te lo digo de veras, la sangre va á teñir muy pronto el manto bautismal que vas á ponerte, y lo que Cristo te va á llevar es la muerte; empero, ¡él mismo lo ha dicho: el que muera por mí en este mundo vivirá en la eternidad."

Adelantóse el mensajero y anunció á Bárbara la llegada del hombre de Dios. Cuando éste llegó al umbral de la puerta, la virgen se levantó y corrió á arrojarse á sus pies, venerando en él al Dios desconocido que adoraba y ansiaba conocer.

El sacerdote Valencio la enseñó cómo el Hijo de Dios habia descendido á la tierra, y cómo habia muerto por salvar al mundo; despues la bautizó y la dejó el libro sagrado, manual de agua viva, en que podria apagar la sed de su deseo. Bárbara leia asiduamente en este libro, y se elevó á grande altura en alas de la divina ciencia. Crecia en belleza y en gracia: los mas poderosos señores de las cercanías aspiraron á poseer tanto tesoro, pidieron su mano á su padre, y éste sube á la torre y consulta á Bárbara, que recibe su proposición con extraño pesar. Insistió algun tiempo despues con mas fuerza el padre, y Bárbara le declaró entonces que es cristiana y que ha consagrado su virginidad á Jesucristo. Irritado el padre intenta matarla; empero milagrosamente se abren las paredes de la torre y huye de su venganza. Dioscoro, su padre, la busca con ardor por todas partes. Refugiada en un monte y descubierta por un pastor, Dioscoro se apodera de ella, la arrastra furioso por los cabellos, la encierra nuevamente en la torre, la carga de cadenas y la denuncia al procónsul Manciano. Comparece ante el tribunal del procónsul, su maravillosa hermosura excita la admiración de todos, deslumbra al magistrado, que se compadeció de su suerte: "Duelete de tí misma, Bárbara, le dice, y ofrece sacrificios á los dioses ó te entrego á los verdugos para que te atormenten.—Haré sacrificios, contestó, á mí Dios, á Jesucristo, al Dios Criador y Redentor, y no á tus dioses, de quienes el profeta ha dicho: tienen boca y no hablan, ojos y no ven." El procónsul la mandó desnudar y azotar con nervios de buey: la gloriosa púrpura de su sangre tiñe su cuerpo, y despues es encerrada en un calabozo para que esperase allí la muerte. Aparecese Cristo á la generosa virgen, conforta su valor, y sus llagas se curan instantáneamente. A la mañana siguiente es conducida de nuevo al tribunal. Admirado el procónsul, no viendo en su cuerpo las señales del tormento: "Ya ves, la dijo, cuán propicio te son nuestros dioses y cómo te aman, esta noche han curado tus heridas.—Tus dioses están sordos, mudos y ciegos como tú, contestó Bárbara. ¿Como hubieran podido curarme cuando no pueden curarse á sí mismos?—El que ha curado mis llagas es el Hijo de Dios vivo, Cristo, aquel á quien te impiden ver las escamas con que el demonio ha cegado tus ojos." Entonces el procónsul, rugiendo como un leon, mandó que la quitasen los costados con hachones ardiendo, y que le partiesen la cabeza á martillazos. Alzó los ojos al cielo, y exclamó: ¡Oh Dios mío, ya sabes que sufro por tí, y que voy á morir por tu amor! no me abandones, pues, ¡oh Dios mío! en el momento postrero."

Redoblando el procónsul su rabia hizo que la cortasen ambos pechos, y entonces ella, volviendo á alzar los ojos al cielo, exclamó: "¡Señor, no me arrojes lejos de tu faz, y no me arrebatas tu espíritu!" Despues mandó que la pasasen desnuda por toda la ciudad y la azotaran. Prosiguió su oración, y gritó de nuevo con los ojos en el cielo: "¡Señor, Señor! tú que cubres el cielo de nubes, ten piedad de la desnudez de tu esposa, y no permitas que sea manchada por

ojos idólatras." Al punto descendió un ángel del cielo y la puso un manto blanco.

Al ver esto, mandó el procónsul que fuese decapitada. Su padre mismo, furioso, arrebató el lugar al verdugo, y arrancándola del tribunal, la conduce á una montaña vecina. En lo alto de su cima, altar de su holocausto, la valerosa virgen presentó el cuello al hacha de su padre. La naturaleza debió de estremecerse ante tan bárbaro espectáculo. La cabeza de Bárbara es cortada por su padre; empero el cielo se cubre de negras nubes, la tempestad truenca de un modo espantoso, y al bajar el patricio Dioscóro de la montaña, el rayo cae sobre él y le reduce á polvo. Tal vez á esto se debe la tradición que proclamá á esta santa virgen mártir, abogada contra los rayos!

El imperio de Maximino fué un largo acceso de inonest: profundamente humillado de haber salido de tan baja esfera, al verse en tanta altura, mostróse sediento de la sangre mas ilustre de Roma. El pueblo sufría ménos que los grandes, gozaba de una licencia sin límites, y su oscuridad le ponía á cubierto de las proscripciones. Una avaricia insaciable le hace hasta apoderarse de los vasos sagrados de los templos del paganismo; el fanatismo popular se apone al sacrilegio gigante, que desplega nueva crueldad, aun contra las mismas legiones, y amenaza con total esterminio al senado romano. Lo crítico de la situación, inspira alguna energía á aquella degradada asamblea, que sabiendo que Gordiano, antiguo senador, gobernador de Africa, habia sido electo emperador, no solo reconoció la elección de Gordiano, sino que declaró á Maximino enemigo del Estado, nombrando veinte varones que gobernasen la Italia. GORDIANO y un hijo suyo que habia asociado al imperio, perecieron antes de cumplir un mes de su reinado. La trágica muerte de estos emperadores no desconcierta al senado, que de su propia autoridad reviste con la púrpura imperial á PUPIANO y CÉLIO BALBINO. El primero se encargó del mando del ejército, el segundo se quedó en Roma. Maximino, para vengar el ultraje recibido del senado, juntó su ejército y marchó sobre Roma; empero los soldados empleados en el sitio de Aquilea, se sublevaron contra él y ejecutaron la sentencia del senado, asesinándole en su tienda en el año 238, á los dos y algunos meses de su imperio, jurando una fidelidad inviolable á Pupiano y Balbino, sus legítimos emperadores. Dignos eran de ocupar juntos tan angusto puesto. Orador distinguido, poeta célebre, sabio magistrado, BALBINO habia gobernado con integridad todas las provincias interiores del imperio; Pupiano, hábil general y vencedor de los sarmatas y germanos, poseía el amor del pueblo. Estos príncipes correspondían á las esperanzas públicas, administraban por sí mismos la justicia, é intentaban establecer una verdadera monarquía sobre las ruinas de la tiranía militar; empero los pretorianos, que no habian tenido parte en su elección, los asesinaron en su propio palacio el año 239, cuando apenas contaban uno de reinado. Los pretorianos llevan á su campo á MARCO ASTRONÓ GORDIANO, nieto de Gordiano, el que fué nombrado emperador antes, y asesinado en Africa con su hijo, y lo colocan sobre el trono, á pesar de ser un jóven de diez y seis años, en una época en que en pocos meses antes seis príncipes habian perecido por el puñal de los soldados.

Gordiano deja á los cristianos en paz, y se sostiene seis años, gracias á la habilidad de Misitheo, su prefecto del pretorio, con cuya hija se habia casado; empero á la muerte de éste su nulidad queda á descubierto, y se eclipsa su fortuna. Un prefecto del pretorio le habia sostenido en el trono, otro prefecto del pretorio le derriba de él. Filipo aspiraba al trono, hace sublevar contra él á sus soldados, que le asesinaron en las fronteras de Persia el año 244, y usurpa la púrpura.

(244 á 249). El senado confirma por fuerza la elección de JULIO FILIPO, llamado el *Arabe*, por haber nacido en la ciudad de Brestes en la Arabia. Su gobierno no fué el que debia esperarse del crímen que habia servido á su elevación. Procuró borrarlo conciliándose el amor del pueblo por su dulzura y benignidad. Dió la paz al imperio; aseguróse que era cristiano, y que la víspera de Pascua, al querer entrar en la iglesia y tomar parte en las oraciones del pueblo, San Babilao, obispo de Antioquia, le rehusó la entrada como á cualquier otro homicida, y para obtenerla le fué preciso purgarse del crimen cometido con Gordiano, por medio de la confesion y de la penitencia. El cristianismo vuelve á encontrar en el imperio de Filipo la especie de protección que habia hallado en tiempo del hijo de Mamae, es decir, que donde los magistrados y el pueblo no quisieron abusar de los antiguos edictos, ninguno de los cuales, como ya hemos dicho, habia sido abolido, no eran inquietados. En el caso contrario, todo tumulto popular suscitado contra ellos quedaba no solo impune, sino autorizado en cierto modo por las leyes. Así es como protegidos por un príncipe tenido por mas templado, fueron víctimas en la ciudad de Alejandría, de una segunda persecucion mas violenta aún que la primera, y de la cual hablaremos en seguida.

Al cabo de cinco años la rebeldía de un simple centurion llamado Marito, á quien un débil cuerpo de tropas habia proclamado emperador, causó la pérdida de Filipo. Decio, á quien habia enviado para aplacar la rebelion, obligado á vestirse la púrpura por los soldados que acababan de matar á Marito, le atrancó algunos meses despues el imperio y con él la vida.

Este príncipe, cuya vida fué una mezcla singular de vicios y de virtudes, hizo muy buenas leyes; logró abolir (lo cual no habia podido hacer Alejandro Severo), los sitios infames en que se cometian públicamente los vicios abominables de Sodoma y de Gomorra; cortó los privilegios que disfrutaban los profesores de las artes liberales y los poetas, de ultrajar en sus escritos la pública moral; en estas leyes se debia entrever la sanidad de la moral cristiana que llevaba en su corazón. Pero por otra parte, permitió en el cuarto año de su reinado (tal vez no podia impedirlo) que se celebrasen con una magnificencia extraordinaria los juegos seculares, cita de todos los dioses de la Roma pagana, y asistió á estos juegos.

Filipo asoció al imperio un hijo que tenia de su mismo nombre: su reinado, como el de todos los usurpadores, fué sumamente corto, siendo asesinado el padre en Verona y el hijo en Roma el año 249, á los cinco y algunos meses de su reinado. Aunque despues de su muerte fué colocado en el número de los dioses, la apoteosis era una costumbre general, y puramente de ceremonia con respecto á los emperadores, y no prueba nada contra sus creencias de cristiano.

Tristísimo es el cuadro que presenta el imperio romano, presa del despotismo militar. Diez siglos habían transcurrido desde que Rómulo, con un puñado de pastores y bandidos, fundó su gloriosa ciudad. En los cuatro primeros, adiestrados en la escuela de la pobreza, adquirieron valor, virtudes y gobierno; en los tres siguientes sus virtudes y su fortuna les procuró el imperio del universo, y en los últimos trescientos años, bajo un velo de prosperidad aparente, comenzaron a caminar a su ruina. Desaparecieron las tribus de guerreros, magistrados y legisladores. Millones de habitantes de las provincias recibieron el nombre de romanos sin adoptar el espíritu de esta nación. La soldadesca conservó todo el poder, y corrieron a unirse a ella un sirio, un godo y un árabe, que subieron al trono de Roma y dominaron la patria de los Scipiones. El ejemplo de los soberanos animaba á los generales á la rebelion, acostumbrados á que el capricho de los ejércitos elevase al trono el último de sus soldados. Así una multitud de emperadores sin nombre se sucedieron rápidamente. No subieron al trono sino para ser en breve asesinados, arrastrando en su caída á sus familias y parciales. Muchas veces hemos visto dos príncipes rivales elegidos á la vez, y aun veremos mas adelante hasta treinta tiranos reinar juntos en el imperio. Eumedio de este deplorable caos, alguno que otro hombre de mérito sube al trono, y su pasajero brillo basta para garantir de una terrible caída el colossal poder del imperio.

La Grecia, la Italia, las Gaulas, habían ya visto sobre su suelo hordas de germanos, de francos, de godos y de scythas. La peste añadía su terrible azote al de una vergonzosa guerra; empero nada calmaba la sed ardiente del trono, que devoraba á los generales, y los conducía de la victoria al trono, del trono á la muerte. Roma estaba como embotada en una cobarde indolencia, veía enriquecidos sus magistrados, diezmados y proscritos sus ciudadanos, amenazados sus muros por los bárbaros, y los juegos del circo eran su sola ocupacion, ora luchasen solo las fieras, ora se vertiese á raudales la sangre de los cristianos: el hábito de los males le habia hecho ser indiferente á todo, cuando la fortuna dió el cetro á Decio, que le recibe á su pesar, y que va á dar principio á la séptima persecucion contra los cristianos que habian respirado libres despues de la muerte del feroz Maximino: tal vez porque la rapidez con que habian pasado sus sucesores sobre el trono no les habia dejado tiempo para consolidar su poder y ocuparse de ellos!



CAPÍTULO VIII.

Decio, emperador.—Séptima persecucion de la Iglesia.—Su crueldad.—Mártires de Alejandria.—Orígenes.—Sus servicios á la Iglesia.—San Pablo, primer ermitaño.—Mártires de Asia.—San Pionio.—Confesion de San Acacio.—Theurgis.—Martirio de San Marciano y Luciano.—San Gregorio Taumaturgo.—Alejandro el carbonero, obispo y mártir.—San Ciriano.—Mision en las Gaulas.—Mártires de Roma.—Cisma de Novaciano.—Martirio de Santa Agata.—Muerte de Decio.

248 á 259. Las legiones de Mesia forzaron á Decio, natural de Panonia, ilustre senador, á admitir la púrpura imperial que recibe á su pesar, de los mismos soldados cuya rebeldia iba á combatir. Apenas sube al trono imperial, lanza los edictos mas terribles contra los cristianos y enciende la séptima persecucion, la mas terrible que hasta entónces habia afligido á la Iglesia, y de la que nos han quedado mas auténticos monumentos. Esta vez no se hará morir á los cristianos de un solo golpe, sino lentamente. Se les arrojará en las prisiones, se les tendrá allí encerrados, se agotará la imaginacion en discurrir todo género de tormentos y suplicios para vencer su valor, para doimar su voluntad, quitándoles la esperanza de la muerte que tanto ansiaban. La persecucion comienza casi á la vez en Roma, en Jerusalem, en Antioquia, en Alejandria. Diase que Decio, locamente furioso por los progresos rápidos que habia hecho el cristianismo en los treinta años últimos, habia atesorado en su alma el odio de todos los tiranos de la Iglesia, y se habia propuesto destruirla con una exaltacion á que parecia nada podia resistir. Tres años duró solo su reinado; empero la sangre de los cristianos regó abundantemente todo el imperio. La Iglesia se vió afligida viendo morir en el martirio sus mas generosos defensores, viendo con dolor separarse de su seno algunos débiles que apostataron de su creencia!

Recorramos las provincias del imperio romano á la luz de las hogueras que encendió la persecucion, siguiendo el rastro de la sangre de tantos e innumerables mártires!

Comenzaremos por el Egipto; donde la persecucion, como hemos indicado en el capítulo anterior, comenzó un año antes de la muerte de Filipo.

Tristísimo es el cuadro que presenta el imperio romano, presa del despotismo militar. Diez siglos habían transcurrido desde que Rómulo, con un puñado de pastores y bandidos, fundó su gloriosa ciudad. En los cuatro primeros, adiestrados en la escuela de la pobreza, adquirieron valor, virtudes y gobierno; en los tres siguientes sus virtudes y su fortuna les procuró el imperio del universo, y en los últimos trescientos años, bajo un velo de prosperidad aparente, comenzaron a caminar a su ruina. Desaparecieron las tribus de guerreros, magistrados y legisladores. Millones de habitantes de las provincias recibieron el nombre de romanos sin adoptar el espíritu de esta nación. La soldadesca conservó todo el poder, y corrieron a unirse a ella un sirio, un godo y un árabe, que subieron al trono de Roma y dominaron la patria de los Scipiones. El ejemplo de los soberanos animaba á los generales á la rebelion, acostumbrados á que el capricho de los ejércitos elevase al trono el último de sus soldados. Así una multitud de emperadores sin nombre se sucedieron rápidamente. No subieron al trono sino para ser en breve asesinados, arrastrando en su caída á sus familias y parciales. Muchas veces hemos visto dos príncipes rivales elegidos á la vez, y aun veremos mas adelante hasta treinta tiranos reinar juntos en el imperio. Eumedio de este deplorable caos, alguno que otro hombre de mérito sube al trono, y su pasajero brillo basta para garantir de una terrible caída el colossal poder del imperio.

La Grecia, la Italia, las Gaulas, habían ya visto sobre su suelo hordas de germanos, de francos, de godos y de scitas. La peste añadía su terrible azote al de una vergonzosa guerra; empero nada calmaba la sed ardiente del trono, que devoraba á los generales, y los conducía de la victoria al trono, del trono á la muerte. Roma estaba como embotada en una cobarde indolencia, veía enriquecidos sus magistrados, diezmados y proscritos sus ciudadanos, amenazados sus muros por los bárbaros, y los juegos del circo eran su sola ocupacion, ora luchasen solo las fieras, ora se vertiese á raudales la sangre de los cristianos: el hábito de los males le habia hecho ser indiferente á todo, cuando la fortuna dió el cetro á Decio, que le recibe á su pesar, y que va á dar principio á la séptima persecucion contra los cristianos que habían respirado libres despues de la muerte del feroz Maximino: tal vez porque la rapidez con que habían pasado sus sucesos sobre el trono no les habia dejado tiempo para consolidar su poder y ocuparse de ellos!



CAPÍTULO VIII.

Decio, emperador.—Séptima persecucion de la Iglesia.—Su crueldad.—Mártires de Alejandria.—Orígenes.—Sus servicios á la Iglesia.—San Pablo, primer ermitaño.—Mártires de Asia.—San Pionio.—Confesion de San Acacio.—Theurgis.—Martirio de San Marciano y Luciano.—San Gregorio Taumaturgo.—Alejandro el carbonero, obispo y mártir.—San Ciriano.—Mision en las Gaulas.—Mártires de Roma.—Cisma de Novaciano.—Martirio de Santa Agata.—Muerte de Decio.

248 á 259. Las legiones de Mesia forzaron á Decio, natural de Panonia, ilustre senador, á admitir la púrpura imperial que recibe á su pesar, de los mismos soldados cuya rebeldia iba á combatir. Apenas sube al trono imperial, lanza los edictos mas terribles contra los cristianos y enciende la séptima persecucion, la mas terrible que hasta entónces habia afligido á la Iglesia, y de la que nos han quedado mas auténticos monumentos. Esta vez no se hará morir á los cristianos de un solo golpe, sino lentamente. Se les arrojará en las prisiones, se les tendrá allí encerrados, se agotará la imaginacion en discurrir todo género de tormentos y suplicios para vencer su valor, para doimar su voluntad, quitándoles la esperanza de la muerte que tanto ansiaban. La persecucion comienza casi á la vez en Roma, en Jerusalem, en Antioquia, en Alejandria. Diase que Decio, locamente furioso por los progresos rápidos que habia hecho el cristianismo en los treinta años últimos, habia atesorado en su alma el odio de todos los tiranos de la Iglesia, y se habia propuesto destruirla con una exaltacion á que parecia nada podia resistir. Tres años duró solo su reinado; empero la sangre de los cristianos regó abundantemente todo el imperio. La Iglesia se vió afligida viendo morir en el martirio sus mas generosos defensores, viendo con dolor separarse de su seno algunos débiles que apostataron de su creencia!

Recorramos las provincias del imperio romano á la luz de las hogueras que encendió la persecucion, siguiendo el rastro de la sangre de tantos e innumerables mártires!

Comenzaremos por el Egipto; donde la persecucion, como hemos indicado en el capítulo anterior, comenzó un año antes de la muerte de Filipo.

Algun tiempo antes, no se sabe qué miserable poeta ó adivino habia escitado contra los cristianos las pasiones supersticiosas del populacho de Alejandria, y exaltado éste por el furor de los sacerdotes, á lo cual se unia el hallarse siempre dispuesto á acometer toda especie de crímenes, creia honrar á sus dioses, ofreciéndoles victimas de su fanatismo.

El primero en quien fijaron sus furiosos ojos fué en un anciano llamado Metrano, al cual quisieron obligar á que pronunciase palabras impías: se negó obstinadamente; por cuyo motivo le dieron de palos, clavándole pedazos de caña en el semblante y los ojos, y conduciéndole á uno de los arrabales, le mataron allí á pedradas.

Se apoderaron en seguida de una muger llamada Quinta, y arrastrándola á un templo de ídolos, la violentaban para que los adorase; pero viendo que se resistia con todas sus fuerzas y con palabras de execración contra aquellas falsas divindades, la arrastraron de los pies por las calles de la ciudad. Despues se precipitaron en las casas de los cristianos, y dirigiendo los perseguidores sus ataques contra los que encontraban mas inmediatos, los arrojaban de su domicilio, los saqueaban, se apoderaban de sus muebles mas preciosos, y destruian y quemaban las cosas de ménos valor. Alejandria presentaba la imagen de una poblacion tomada por asalto.

Entre los cristianos de quienes se apoderaron habia una virgen llamada Polonia. Despues de arrancarla todos los dientes á fuerza de golpes, encendieron una gran hoguera en las afueras de la ciudad, y la ampuzaron con arrojarla á ella viva si no pronunciaba algunas palabras impías. La virgen titubeó un momento; pero á poco se arrojó enmedio de las llamas (1).

Serapio sufrió el tormento en su propia casa, y ya quebrantados sus miembros, le precipitaron de una azotea. Ningun cristiano se atrevia ni de dia ni de noche á dejarse ver en las calles de Alejandria, pues en todas partes gritaban que era preciso prender y quemar vivo á cualquiera que no dijese la fórmula blasfema que querian hacer pronunciar. Esto duró mucho tiempo, y solo pudo terminarlo una guerra civil, pues mientras se despedazaban los unos á los otros, y agotaban contra ellos la rabia de que se sentian animados, pudieron respirar los fieles.

Esto habia sucedido en el imperio de Filipo.

De repente acaba de ser derribado este emperador que habia favorecido tanto á la Iglesia, y horribles amenazas llenan de terror á los cristianos. Ya se habia publicado el funesto edicto del emperador Decio; edicto tan cruel, que no parecia sino que era el que habia enviado el Señor, para ser aun para los escogidos motivo de escándalo. Al momento cundió el espanto entre los fieles, y muchos de los mas principales de la ciudad tubieron que se rindieron. Los que desempeñaban cargos pú-

[1] Esta acción de Santa Polonia, que parece contraria á las reglas de la moral cristiana, da á conocer que obró por un movimiento particular del Espíritu de Dios. «Cardimano, dice un autor ascético, de proponer á los fieles que imita el modo con que terminó su vida esta santa. Si los padres han elogiado su valor, es porque presumian con San Agustín, que habia obrado por inspiracion particular del Espíritu Santo, ó que á lo ménos su acción era efecto de una piadosa sencillez, que tenia por principio el terror del cielo y de la caridad.»

blicos no creian que debian hacer resistencia á causa de los deberes que les imponian sus destinos, mientras otros cedian á las instancias de sus amigos y parientes; citados á comparecer en persona, se acercaban sin resistencia á los altares de los ídolos. Algunos lo hacian con el rostro pálido y desfigurado, y el terror de que se hallaban poseidos dejaba la duda de si iban á sacrificar ó á ser sacrificados, de suerte que mostrándose tan cobardes para arrostrar la muerte como para ofrecer el sacrificio, eran la diversion y el ludibrio de la multitud que los rodeaba. Habia algunos que acudian con resolucion, afirmando que jamas habian sido cristianos. Muchos se dejaban arrastrar por este fatal ejemplo, otros huian, y los otros eran apresados. De éstos, algunos se sostenian hasta la prueba de la cárcel y grillos; pero al cabo de algunos dias desvaneciase su valor en presencia del juez. No pocos, solo tenian fuerzas para soportar los primeros tormentos, y se dejaban vencer cuando éstos se prolongaban.

Poro hubo bienaventurados, firmes columnas del Señor, á quienes habia levantado su misma mano, que revestidos de fuerza y constancia, se mostraron con el auxilio de la fé como testimonios admirables del poder y del reinado de Jesucristo. De este número fué Juliano, quien atormentado de la gota hasta el estremo de no poder hacer uso de sus miembros, compareció ante el tribunal llevado por dos hombres. Uno de éstos apostató al instante, y el otro, que se llamaba Cronion, se declaró cristiano como lo habia hecho el valiente enfermo: á ambos los montaron en camellos, y de esta modo dieron vuelta á la ciudad. Por todo el camino les castigaron cruelmente con varas, y en seguida los arrojaron en un brasero ardiendo, donde fueron consumidos en presencia de casi todo el pueblo.

Un soldado llamado Basas, que se hallaba presente en el momento en que los conducian al suplicio, se habia indignado de los ultrajes con que los agobiaban y manifestado su indignacion. Levantóse contra él un grito general entre el populacho, y al instante fué conducido al tribunal. Aquel generoso atleta de Jesucristo no desmayó en el último y gran combate que sostenia por la gloria de Dios; le cortaron la cabeza. Otro que traía su origen de Libia, y que se llamaba Macar (*dichoso*) y doblemente afortunado por las gracias que Dios derramó sobre él, instado por el juez á que renunciase á Jesucristo, permaneció firme, y fué quemado vivo. Epimaco y Alejandro, cargados de cadenas y encerrados en una prision que su oscuridad hacia aun mas horrible, sostuvieron con heroico valor la prueba de los garfos de hierro, los látigos y mil otros tormentos, y al fin fueron arrojados en un foso lleno de cal viva, donde sus cuerpos no tardaron en consumirse.

Cuatro mugeres cristianas fueron martirizadas con ellos. La primera era una virgen llamada Ammonarium, la cual, como de larass que no pronunciaria ni una de las blasfemias que el juez mandaba pronunciar, y cumpliese su promesa con admirable constancia, despues de crueles y prolongados tormentos, fué conducida al suplicio. Las otras tres eran Meruvia, venerable por su vejez, Dionisia, madre de muchos hijos; pero que posponia estos objetos de su ternura al amor que debia á Dios; y por último, una segunda Ammonarium. Temiendo el prefecto el mal efecto

que producían los suplicios, y la vergüenza de verse vencido por unas mugeres, les alicó los tormentos y mandó que perecieran al golpe del hacha. De este modo tuvo la primera Ammonium la gloria de sufrir sola por sus compañeros.

Presentaron en seguida al tribunal á Héten, Atero é Isidoro, egipcios los tres, y un niño como de quince años llamado Dioscoro; y el juez se dirigió desde luego á éste, creyendo que sería más fácil reducirle con palabras artificiosas, ó vacarle por medio de los tormentos; pero ni el artificio de sus discursos, ni los tormentos, pudieron ganar al generoso manco. Los otros tres, después de ser desgarrados sus cuerpos á latigazos, fueron arrojados en una hoguera; y Dioscoro, que se había hecho admirar de todos por sus sabias respuestas, fué puesto en libertad, pues el juez, que había participado de la general admiración, dijo que teniendo presente su corta edad, le concedía un plazo para que se arrepintiese. Nemésion, también natural de Egipto, había sido falsamente acusado de pertenecer á una cuadrilla de ladrones, y después de justificarse ante el centurión de un crimen acerca del cual no había ni sospechas siquiera, delatado inmediatamente de que era cristiano, le llevaron atado á presencia del pretor. Aquel juez infame, después de hacer que le azotaran con mucha crueldad que á los mismos ladrones, y de condenarlo á los tormentos más terribles, mandó que fuese quemado con estos malvados, con lo cual alcanzó la honra de sufrir una muerte parecida á la de Jesucristo.

Entre tanto había en las afueras del tribunal muchos soldados de la guardia del pretor, Ammon, Zenon, Tolomas, Iugenuo y el anciano Teofilo. Uno, acusado de cristiano, lleno de espanto, se mostraba dispuesto á reugar de Jesucristo; aquellos generosos soldados le animaron con el gesto, con la voz, con toda especie de sañas, y de tal modo, que se fijaron en ellos todas las miradas. Entonces, sin esperar á que les prendiesen, corrieron hacia donde se hallaba el juez y declararon que eran cristianos, acción que espantó al prefecto y sus asesores. Ellos eran los que temblaban, en tanto que los que iban á juzgar se mostraban firmes y dispuestos á toda, de suerte que les dejaron salir del pretorio, triunfantes y cubiertos de gloria por la confesión que habían hecho de su fé, y por la victoria que habían conseguido en nombre de Jesucristo.

También las demás ciudades y villas tuvieron sus mártires, y en gran número.

Tampoco debemos olvidar la multitud de los que habían huido á las montañas, y en medio de las solitudes perecieron de hambre, de sed, de frío, al rigor de las enfermedades, por los ataques de los ladrones ó devorados por las fieras. Muchos de ellos, que se libraron de estos peligros, atestiguaron la constancia de esos generosos cristianos, y se cita entre otros al santo anciano Chereimon, obispo de Niloples, que se había salvado en las profundidades de un monte de Arabia, que después no ha vuelto á aparecer, y cuyo cadáver no pudo encontrarse.

En medio de las vicisitudes de la iglesia de Alejandría, el ilustre Orígenes pasaba su vida en continuos trabajos. Tres hombres habían ilustrado la iglesia de Alejandría después del martirio del evangelista San Marcos: Panteo, Atenágoras y Tito Flavio Clemente, conocido por San Clemente de Alejandría. Orígenes los sobrepuja en brillo. A los diez

y siete años de su edad, lo hemos visto, después de presenciar el martirio de su padre Leonidas, y exhortarle á la muerte, ocupar la cátedra de lo s catecúmenos en medio de la persecucion de Severo. Confinados todos sus bienes, mantiene su madre y sus seis hermanos, y cuatro óbolos constituyen la renta diaria del escritor más sabio de Africa en Alejandría, donde Cleopatra, aquella espléndida cortesana, había devorado uno ó dos millones en una sola comida. ¡Cuán admirable poesía presenta la existencia de un jóven como Orígenes! Si no hubiese tenido ni fé ni convicción, hubiera accedido á las exigencias del procónsul Aquila, hubiera podido venderse al emperador que pesaba en Roma la fortuna del mando; genios del templo de Orígenes obtienen todo lo que quieren cuando se dignan aceptar la protección de los emperadores y de los reyes; empero Orígenes es católico, desdena las ventajas temporales, desea, en la tormenta, desecha que corre la Iglesia, hacerse digno de la fé que ha abrazado, desea conducir al templo en que ora, á todas las generaciones idolátras. Durante muchos años se resigna á todas las privaciones, no tiene más que una túnica, camina con los pies descalzos, come apenas lo necesario para vivir, duerme sobre una estera de paja. En vano tratan de apartarle de vida tan austera. Orígenes es feliz en su miseria: su miseria es su tesoro, le guarda como el secreto de donde su alma sueña en el silencio una fuerza que no comprenden los profanos; porque en su miseria, con sus cuatro óbolos, en medio de la intemperie de las estaciones, Orígenes es libre, puede dormir ó velar, estudiar las Escrituras santas, y todos los días hace conversiones que se elevan hasta el martirio, y todos los días saborea inmensas alegrías, desconocidos goces! Jóven aún, atrajo con sus lecciones lo más escogido de Alejandría, la ciudad más célebre de Africa; convirtió las grandes inteligencias, aumentó de día en día el número de sus conquistas espirituales, se concilió la benevolencia y la admiración de los obispos más venerables de Oriente y de los filósofos de Occidente. Su reputación era tan grande, tan legítimamente adquirida, que la princesa más virtuosa de la época imperial, Mamea, tía de Eliogábalo y madre de Alejandro, quiso verle, le envió guardia á Alejandría y le recibió con los más distinguidos honores en su palacio de Antioquia. Una nueva existencia sucede desde entonces á esta existencia de pobreza, de gloria y de triunfos públicos. En Bostres atrae á la fé católica á Berilo, obispo de aquella ciudad, que comenzaba á propagar doctrinas peligrosas; en Achaya lucha con los herejes y los obliga á confesarse vencidos, sin que puedan resistir á su divina elocuencia. Entre sus conversiones más notables se cuentan las de Teodoro, tan conocido con el nombre de San Gregorio Taumaturgo, cuya maravillosa historia contaremos más adelante; y Ambrosio, opulento ciudadano de Alejandría, que se consagra con el mayor fervor á sus nuevas erencias, y emplea sus inmensas riquezas en la propagación de la religion de Jesus, poniendo á disposicion de Orígenes siete secretaríos que se relevan alternativamente, y escriben sin cesar cuanto dictaba, con la velocidad con que hablaba. Otros tantos liberos se ocupaban en poner en limpio lo que dictaba de este modo, y había hasta mugeres que copiaban sus obras, cuyos gestos corrían por cuenta de Ambrosio. Seis mil libros ejecutados en el espacio de cuarenta años, vinieron á probar

al mundo la admirable fecundidad de su genio y el poder de la inspiración de la fé católica. El tiempo y los bárbaros nos han robado casi la totalidad de estos escritos; empero nos quedan de ellos aún vastos restos de la gigantesca erudición de Orígenes. Mutilado voluntariamente Orígenes, por alcanzar una perfección superior, y admitido á pesar de su mutilación en el sacerdocio, es separado de este ministerio por la Iglesia. ¿Quién no sabe sus reyertas y discusiones con Demetrio, obispo de Alejandría?

Orígenes había envejecido por la maceración de la penitencia, por las vigiliat y todos los dolores de una vida laboriosa y agitada. Su amigo Ambrosio, que algunos años antes, despues de haber resistido los tormentos, habia escapado del furor de Maximino, le envió un libro para que lo refutase. Este libro era del filósofo Celso, y encerraba un violento ataque contra el cristianismo, un ataque dirigido con destreza y sutileza tal, que jamas los fieles tuvieron que temer mas rudos y terribles golpes. Desde luego Orígenes no trata de responder, para él, el verdadero discurso, tal es el título de la obra de Celso, es una obra que debe de borrar y morir en su impotencia; por otra parte, cuando el Salvador del mundo fué calumniado, calló; sabia el Salvador que no prevalecerian contra su divina doctrina los falsos testimonios. Orígenes creyó que debía imitarse este ejemplo; empero Ambrosio insiste, temiendo que peligre la causa de Cristo, y que triunfe Celso. De repente de sabio y erudito se declara Orígenes apologeta, y el antiguo catequista, el antiguo discípulo de San Clemente de Alejandría, el hombre á quien la Iglesia habia debido tal vez los momentos de reposo de que gozó en el imperio de Alejandro Severo, el múltiple editor, reuniendot oda la energía de sus sesenta años, todas las fuerzas de su razon, responde á Celso. Hasta entónces el cristianismo no habia tenido que sufrir sino ataques, acusaciones generales; por consiguiente, sus mas distinguidos apologetas como San Justino y Tertuliano, no habian tenido que defenderle, sino en términos generales. Por una parte el judaismo rebelde que hubiera querido hacer pedazos la cruz de Jesucristo; por otra el paganismo, que no quería sufrir rivalidad en el imperio de la conciencia y de las almas; empero Celso ha leído los Evangelios, ha leído el libro de los hereges, la mayor parte de los libros judios; en una palabra, el libro de Celso es la espression mas elevada y la mas completa de la oposicion idolatra contra la fé. En ningun tiempo se hizo ni se hará un ataque mas incisivo, mas fuerte y embarazoso en su apariencia, como tampoco tambien en ningun tiempo se responderá á los enemigos del cristianismo con mas saber, mas firmeza, y mas comprensión; la defensa de Orígenes es en efecto tan amplia, que despues de haber confundido á Celso, es uno de los libros dogmáticos mas fecundos que pueden consultarse.

Lástima grande que, como decíamos al hablar de Tertuliano, este hombre que habia formado santos y mártires, haya dado con algunos errores origen á una de las heregias mas peligrosas, y que haya sido anatematizado por los papas y por los concilios [1].

[1] Los *originistas*, entre otros errores que sacaron de sus obras, ya naciesen de él, ya los introdujesen en ellas sus enemigos, sostenian que los demonios y los

Orígenes no fué solo exclusivamente un hombre de abnegacion y de trabajo intelectual; fué tambien un hombre de valor, desde niño vió á su padre entregado á los verdugos, le habia él mismo animado en el suplicio, no desmintió sus antecedentes.

En la cruel persecucion de Decio, Orígenes se mostró generoso confesor de la fé; pues preso en Alejandría como el doctor mas famoso de los cristianos, cargóndle de cadenas con una argolla de hierro al cuello, y le pusieron grillos que le causaban los mas agudos dolores. Probaron su constancia con otros muchos tormentos, y le amenazaron no pocas veces con que moriría en la hoguera; pero confiados en que al fin sucumbiría, y que á su caida seguiría la de muchos cristianos, no le dieron muerte. El mártir no desmayó ni un momento, y aun escribió en la cárcel muchas cartas para consolar y animar á sus hermanos.

La crueldad mas refinada en los tormentos, no bastó á alterar la fé de los cristianos, cuyo deseo era morir; pero los perseguidores usaban de suplicios, si bien atroces, que no produjesen la muerte, pues querian acabar con las almas y no con los cuerpos, y como dice San Cipriano, no permitian morir á los que lo solicitaban. Otras veces no apelaban á los tormentos, sino con astucia diabólica intentaban lograr por la seducción y los placeres, lo que no podian conseguir por el hierro y los tormentos. San Jerónimo nos refiere lo siguiente:

“He aquí lo que hicieron con otro mártir que se hallaba aún en la adolescencia: condujéronle al fondo de un jardín delicioso, y allí le tendieron en un lecho de plumas, empedio de lirios y rosas, á orillas de un arroyo cuyo murmullo apenas se dejaba oír bajo los frondosos céspedes, al mismo tiempo que el blando aliento de los céfiro vagaba entre las hojas de los árboles y las agitaba dulcemente; y á fin de que no pudiera levantarse, ataron sus miembros con frescas guirnaldas de flores.

“Luego que estuvo solo, se llegó á él una hermosa cortesana y procuró estrecharle en sus impúdicos brazos. ¿Qué debería hacer en este caso, qué resolucion convenia tomar? El soldado de Jesucristo titubeaba, y el deleite iba á triunfar del mismo á quien no habian podido mover los tormentos. Al fin, impulsado por un movimiento del Espíritu Santo, cortóse la lengua con los dientes y la escupió al rostro de la desvergonzada prostituta, ahogando de este modo con lo agudo del dolor, la tentacion que estaba á punto de triunfar.”

Tambien nos dice San Jerónimo que entónces fué cuando un jóven de la Tebaida inferior, infamemente denunciado por el marido de su hermana, que esperaba de este modo apropiarse su rica herencia, huyó al desierto, donde desapareció de la vista y aun de la memoria de sus contemporáneos, los cuales no volvieron á oír hablar de él.

Casi un siglo despues le hallaremos en ese mismo desierto, en el momento en que iba á dejar este mundo, y los ángeles esperaban su muerte

condenados dejarían algun día de aborrecer á Dios, alcanzarían su misericordia y por consiguiente, no serían eternas sus penas. Sobre este error peligroso está fundada la fábula de muchas epopeyas que han salido á luz en el último siglo y en éste, tales como la *Misada* de Klopstock en aleman, y en frances el poema absurdo é impio de Eloi, la *Divina Epopeya*, &c.

para llevarle á la presencia de Dios. Entonces tambien nos contará el mismo San Gerónimo la vida milagrosa de Pablo, primer ermitaño!

Todas las provincias del imperio, como hemos dicho, se regaron con la sangre de los mártires. En Asia, el procónsul Optimo, secunda con infernal celo los decretos de Decio. Un comerciante llamado Máximo conducido ante su tribunal, confiesa la fé de Cristo, rehúsa sacrificar á los dioses, rechaza vigorosamente sus persuasiones, sufre con constancia los azotes, el pozo y todo género de tormentos, y muere apedreado como el primer mártir de la Iglesia, Esteban. En Lampaco el mismo procónsul prende á un jóven llamado Pedro, notable por su belleza; empero de alma mas hermosa aún: en vano apura toda su persuasión para hacerle adorar á la diosa del Amor.

Pedro le responde: "Ma admira que quieras persuadirme á que ofrezca sacrificios á Venus, mujer impúdica, cuya vida es una serie de prostitucion y de infamia." Optimo de lleno furor le lleva a tender sobre una rueda rodeada de piezas de madera atadas con una cadena de hierro; estas cadenas le apretaron el cuerpo, y con la rapidez del movimiento, en un momento le fracturaron en mil pedruzcos los huesos; empero Pedro, en lo mas recio del tormento, miraba al cielo sonriendo y exclamaba: "Señor Jesus, os doy gracias por esta paciencia que me habeis dado para que triunfe de este detestable tirano." Entonces mandó el procónsul que le degollasen, como así se ejecutó.

En un viaje que por aquel tiempo hizo Optimo á Troada, le llevaron tres cristianos, Andrés, Pablo y Nicomaco, á los cuales preguntó de qué religion eran. Nicomaco se apresuró á responder con una especie de impaciencia: "Soy cristiano." Lo mismo respondieron Andrés y Pablo, y el procónsul dijo á Nicomaco: "Sacrifica á los dioses.—Ya sabes, respondió, que un cristiano no sacrifica á los demonios." El procónsul mandó que al punto le pusieran en el tormento, y próximo á espirar, exclamó: "Nunca he sido cristiano, y estoy dispuesto á sacrificar." Al instante le desataron; pero apenas habia sacrificado, se apoderó de él el demonio, y revolotándose en el suelo, se cortó la lengua con los dientes, espirando en seguida. ¡Justo castigo de su apostasia!

Entre la multitud de los espectadores habia una jóven llamada Dionisia, de quince á diez y seis años de edad, la cual exclamó: "Miserable, á qué atraete de este modo una pena eterna por algunos momentos de libertad?" Oyóla el procónsul y la preguntó si era cristiana. "Sí, respondió, y he aquí por qué compadezco á ese infeliz que no ha sabido soportar un dolor de algunos instantes, al cual debia seguir un descanso eterno." El procónsul dijo: "Como ha encontrado el reposo es sacrificando á los dioses: la gran Venus lo ha arrebatado para sustenerle á las reconvenciones que le harian los que siguen vuestra supersticion. Si no haces lo que él te mandará quemar vivo." Dionisia respondió: "Mi Dios es mas grande que tú, y me dará fuerzas para sufrir." Entonces el prefecto la entregó á dos jóvenes corrompidos para que hicieran con ella lo que se les antojara, y mandó que Andrés y Pablo fuesen conducidos á la prision.

Los jóvenes cogieron á la casta doncella, se la llevaron á su casa y allí hicieron inútiles esfuerzos, hasta eso de media noche, para ultrajarla.

A aquella hora se apareció un jóven resplandeciente de una luz que iluminó toda la casa, y llenos de terror se arrojaron á los pies de la virgen. "Nada temais, les dijo levantáduelos, pues es mi defensor y custodio." Entonces la suplicaron que intercediese por ellos á fin de que no les sobreviniese mal alguno.

Apenas amaneció el dia siguiente, el pueblo amotinado pidió que le entregase á Andrés y Pablo, que se hallaban en la prision, para apedrearlos. El procónsul cede al tumulto popular, y les entrega los dos mártires haciéndolos antes azotar cruelmente.

Dionisia supo que iban á apedrearlos, y vertiendo lágrimas, dando gritos, se escapó de manos de sus guardias, y vertiendo lágrimas, dando gritos, y exclamó arrojándose sobre los cuerpos espirantes de los dos mártires: "A fin de vivir dichosa con vosotros en el cielo, quiero morir con vosotros en la tierra." Luego que supo el procónsul lo que acababa de suceder, y cómo la jóven que habia entregado á los dos hombres se habia salvado milagrosamente de su brutalidad, mandó que la degollasen.

Entre los mártires de Asia, ninguno sufrió tormentos mas crueles y prolongados que Trifon y Respicio, fríos de nacimiento, los cuales fueron presos en Apamea y llevados á presencia del prefecto Aquilino. Después de dar á conocer sus nombres, se declararon de condicion libre y cristianos, y amenazados con ser quemados vivos, si no sacrificaban, exclamaron: "¡Ojalá pudiéramos hacer de este modo á Jesucristo el sacrificio de nuestras vidas! Por lo que hace á ti, haz lo que te han mandado."

Viendo su firme resolucion, dispuso Aquilino sufrir el tormento, y al punto los dos jóvenes se desnudaron por sí propios, entregándose á los verdugos. En medio de los dolores del tormento, que duró tres horas, no solo no se les escapó ni un grito, sino que no cesaron de discurrir con el juez acerca de la omnipotencia de Dios, y las penas que tenia reservadas para los adoradores de los idolos. Aquilino mandó entonces que los condujesen otra vez á la cárcel, poniendo á sus dioses por testigos de que si no abjuraban su locura, les haria procer en medio de los tormentos mas espantosos.

De vuelta de un viaje que hizo á las demas ciudades de su provincia, Aquilino los hace comparecer de nuevo en su tribunal, esperando que el tiempo y la soledad de la prision, les habrian persuadido; empero, los generosos atletas de Jesucristo, muestran la misma firmeza, la misma resolucion que en su primer interrogatorio. El prefecto hace que saltaren sus pies con clavos ardiendo, y los obliga á atravesar toda la ciudad en medio del furor de una desenfrenada muchedumbre que los persigue con insultos. Los dos jóvenes permanecieron firmes y sordos á las amenazas del prefecto, que los invitó repetidas veces á adorar los idolos. Irritado con tanta perseverancia, los manda desnudar y azotar hasta que se cansan los verdugos, y aplica á las heridas que han causado los azotes, haces ardiendo. "Todo es en vano, ni la dilacion ni los tormentos debilitan la fé de los dos jóvenes fríos, que condenados á ser degollados, tienden con gozo su cuello al hacha de los verdugos.

Entre tantos cristianos martirizados en Asia, en tiempo de esta séptima persecucion, hay todavia nombres muy ilustres que nos ha conser-

vado la tradición. En Nicomedia, Cuadrato, después de muchos tormentos y repetidamente renovados, es decapitado: en Licia, el célebre mártir San Cristóbal, de quien las leyendas cuentan tantas maravillas, absurdas algunas y fabulosas, y cuyas imágenes han dado larga materia á la crítica. Entre las supersticiones populares de la edad media, una de las más acreditadas, era la de que los que morían el día mismo en que habían visto la imagen de este mártir, á quien siempre representaban como un gigante, se salvaban: por eso ciertamente la imagen de San Cristóbal se coloca en los pórticos de todas las iglesias, y se pintaba sobre las fachadas de las casas y en las calles. En Cesarea San Mercurio, oficial de alta graduación en el ejército en Armenia Polycuato de Molibnia, que sacrificó á Jeshuervo cuanto puede hacer amable la vida, un alto nacimiento, opulenta fortuna, una esposa bella y digna de su fortuna, y cuya hermosa concubina produjo el martirio de Nearco, su amigo y primer maestro en la fe. A esta época refiere la tradición la muerte en Efezo de siete hermanos que fueron encerrados vivos en una caverna, donde se *duermieron en el Señor*, según dice la leyenda, es decir, que murieron allí. En esta leyenda, escrita por un griego amigo de los maravillosos, se dice que hallados sus cadáveres dos siglos más tarde, se despertaron en presencia de un pueblo entero, y que habiéndose prosternado todos juntos se durmieron otra vez; por lo cual les dieron el nombre de los *Siete Durmientes*.

San Alejandro, obispo de Jerusalem, en cuya silla había sucedido á San Narciso, después de haber sido su coadjutor, donde después había envejecido en los trabajos del episcopado y en la práctica de todas las virtudes, habiendo sido llevado á Cesarea ante el tribunal del procónsul de Palestina, confesó por segunda vez el nombre de Jeshuervo, como ya le había confesado cuarenta años antes cuando la persecucion de Severo. Murió en la cárcel á fines del año de 251.

San Babilas, el ilustre obispo de Antioquia, á quien sus virtudes eminentes y los milagros casi sin número que tuvieron lugar sobre su tumba, dieron una celebridad que en tiempo de San Crisóstomo se había espaciado por toda el Asia, también fué reducido á prisión y cargado de grillos. En ella murió y quiso ser enterrado con sus cadenas: antes que él, murieron tres héroicos mancebos á quienes instruíra en la doctrina cristiana.

Pionio, sacerdote de la iglesia de Smyrna, en cuya ciudad sufo con otros muchos fieles el martirio, asombra el Asia por su elocuencia y su valor en la plaza pública, en el pretorio, en el templo mismo de los ídolos, donde le arrastran los verdugos, rodeado por todas partes por una innumerable multitud de enemigos de carácter diferente, empero igualmente sedientos de su sangre, pues Smyrna encierra en sí una población inmensa de judíos, no menos encarnizados contra los cristianos que los paganos mismos. Pionio tenía á su vista el desolador espectáculo de una multitud de cristianos, á quienes la cobardía hace renegar de la fe, y sacrifican á los ídolos. Pionio recibe en sueños la revelación de que va á ser arrestado con Sabina y Asclepiades, y manda forjar tres cadenas, y se las pone con sus compañeros al cuello, á fin de que los que fueran á prenderlos, viéndolos aherrojados, conociesen que las cadenas que ellos

mismos se habían puesto, revelaban una resolución invariable de no ceder. Preparados con la oracion y el ayuno el sábado 23 de Febrero del año 250, después de haber consumido el pan santificado, y bebido el agua bendita del día del sábado, vieron ir hacia ellos á Polémón, guarda del templo, y que llevaba una porcion de soldados. Luego que descubrió á Pionio le dijo: "No sabéis que hay una orden del emperador, en la cual se os intima sacrificéis á los dioses?" Pionio respondió: "Concedemos una orden, pero es la que nos manda que adoremos á un solo Dios. El guarda del templo repuso: "Venid, pues, conmigo al Foro, y allí veréis si es cierto lo que os digo." Sabina y Asclepiades exclamaron entonces: "Nosotros obedecemos al Dios único y verdadero." Cuando los condujeron al Foro, la gente, al ver sus cadenas, quiso saber lo que esto significaba, y la multitud se agolpó en torno de los presos. En cada calle, en cada cuartel, se aumentaba la gente, y los de detrás empujaban á los que iban delante, de suerte que cuando llegaron al Foro, era tanta la multitud, que no cabiendo dentro de él, cubría las ventanas, las cornisas de los templos y los tejados de las casas. También acudió una turba inmensa de mugeres, porque era el día sábado, en la cual suspendían sus faenas los judíos, y todos no querían perder ningun acto de la sangrienta tragedia que iba á ejecutarse.

Obligaron á la multitud á que se colocase en círculo, y pusieron en medio á los mártires, á los cuales dijo Polémón: "Mejor harías, Pionio, lo vosotros también, en obedecer las órdenes del emperador á fin de evitar y suplir." Pero estendiendo su mano hacia el pueblo, Pionio con magestuosa dignidad pronunció la más brillante defensa del cristianismo: jamás la elocuencia cristiana se elevó á mayor altura que en la boca de Pionio, cuyas palabras desconcertan á los paganos, aterran á los judíos, y redoblan el santo ardor de los compañeros de su martirio.

Hablaba, y todas las cabezas se inclinaban para oír mejor, no atreviéndose á interrumpirle el mismo Polémón. Por último, al oírle decir que no adoraba á sus dioses de metal, los condujeron al medio del Foro, y allí la gente y Polémón se concertaron para tentarle. "Oh, Pionio, le decía, tú eres digno de vivir; obedece y sacrifica, porque de no vas á morir, y creemos, es muy buena la vida, porque el sol es hermoso y muy dulce respirar el aire." Pionio respondió: "Y yo también digo que es muy bueno vivir, y que el sol es digno de verse, pero es el sol celestial cuyo esplendor esperamos. No despreciamos, sin embargo, esos donos que Dios ha hecho á la tierra; los dejamos por otros que son mejores y más bellos. Alabo no obstante el interés y aprecio que manifestais: mas sospecho que es un lazo que nos tendéis: me gusta más que el odio que acricia el odio declarado y furioso."

Al oír estas palabras, un hombre llamado Alejandro se abrió paso por enmedio de la multitud y dijo á Pionio: "Escuchame." Pionio respondió: "Oyeme tú antes, porque lo que tú sabes lo sé yo también, pero lo que yo sé no lo sabes tú." Alejandro entonces, burlándose, le dijo: "¿Qué significan esas cadenas?" A lo cual respondió: Temíamos que al vernos pasar por la ciudad creyesen físimos á sacrificar, y hemos querido que todos comprendan que es inútil interrogarnos puesto que nos entregamos de buena voluntad."

El pueblo quería que llevasen á Pionio al teatro, para que resonando las palabras en aquellas bóvedas construidas según las reglas de la acústica, no se perdieran para algunos como el aire libre de sus palabras; empero Polémón no lo permitió, temeroso de que sus discursos, oídos con tanta atención por el pueblo, no produjesen tumultos. Sabina, cuyos labios mientras hablaba Pionio expresaban una celestial sonrisa, fué amenazada con ser arrojada á un lipanar para ser objeto de la brutal lascivia de los libertinos. Ella respondió: "Sea lo que Dios quiera."

Pionio dijo después á Polémón: "Has recibido orden para persuadir ó castigar, ya que no persuades, castiga." Irritado Polémón con la dureza de estas palabras, le dijo: "Sacrifica." Pionio respondió: "No sacrificaré.—Por qué?—Porque soy cristiano.—¿Quién es tu Dios?—El Dios Todopoderoso que ha hecho el cielo, la tierra, el mar y á todos nosotros, el Dios que nos ha revelado á su Verbo Jesucristo.—Sacrifica á lo ménos al emperador.—No sacrificaré á un hombre!"

Polémón entonces empezó á interrogarlo judicialmente; y un notario sentado á sus pies escribía en unas tablitas de cera todas sus respuestas. "¿Cómo te llamas? le dijo.—Cristiano, respondió Pionio.—¿De qué iglesia, de la católica?" Polémón dejó á Pionio, y pasando á Sabina le preguntó su nombre. (Se había mudado el nombre á fatigaciones de Pionio para no caer en manos de su una que era pagana.) Sabina respondió: "Teodota y cristiana. Si eres cristiana, ¿de qué iglesia eres?—De la católica.—¿Cuál es tu Dios?—El Dios Todopoderoso, que ha hecho la tierra, el cielo, el mar y á todos nosotros, el Dios que nos ha revelado á su Verbo Jesucristo." Pasó en seguida á Asclepiades, que no estaba lejos de allí, y le preguntó su nombre, á lo cual respondió: "Cristiano.—¿De qué iglesia?—De la católica.—¿Cuál es tu Dios—Cristo.—¿Cómo? ¿es otro?—No, es el mismo que mis compañeros acaban de nombrar." Terminado el interrogatorio los llevaron á la prisión, seguidos de la turba inmensa que rodeaba las avenidas del Foro.

La multitud era tan compacta, que apenas pudieron los guardias conseguir que entraran en la prisión, en la cual hallaron un sacerdote de la Iglesia católica, llamado Lameo, una muger de la villa de Carcereña, llamada hoy Macedonia, y un tal Eutichiano, de la secta de los frigios. A todos los pusieron juntos, y se comprometieron todos, siguiendo el consejo de Pionio, á no recibir nada de cuanto les ofreciesen los fieles. Decía el bienaventurado mártir: "Aunque pobre, jamás he servido á nadie de carga; ¿quién me obligará á que ahora empiece á serlo?" Acostumbrados los carceleros á sacar un tributo á los que iban á visitar á los cristianos, é irritados con aquellos porque no les producían ninguna utilidad, los arrojaron en los sótanos de la cárcel, con el fin de atormentarlos tanto con las tinieblas como con el mal olor. Ellos se dejaron llevar atabando á Dios, y de día y de noche resonaban en el calabozo himnos y cánticos; después dieron á los carceleros lo que solían recibir, y cuando ya calmada su cólera quisieron éstos volverlos á conducir á donde primero habían estado, los presos se opusieron y respondieron cantando con voz sonora: "Gloria eterna á tí, Señor, porque que nos has destinado al calabozo que merecíamos."

Pudiendo, pues, disponer libremente de su tiempo, lo emplearon en

leer las Escrituras, en las efusiones de la oración, en notables controversias acerca del dogma y la doctrina, corroboracion de su fe, ósea saludable con que se untaban como buenos atletas antes de ir al combate. Muchos fueron á hacerles visita, y muchos paganos tentaban á Pionio y procuraban persuadirle; pero se quedaban cortados y sin saber qué responder al ver la austera elocuencia del mártir. Tambien fueron algunos que habian sacrificado por miedo, y al verlos las lágrimas se desprendían de sus ojos como una lluvia amarga, mirando aquellas estrellas desprendidas del cielo y arrojadas al suelo por la cola del dragon. Todos los pechos lauraban triste sollozo, todo era allí luto y gemidos!

Polémón habia resuelto llevarlos al templo, el pueblo aguarda el espectáculo que allí debía presenciarse; en vano los generosos mártires se arrojan al suelo clamando: "Somos cristianos;" á fin de que no los conduzcan, arrojándoles una cuerda al cuello, y casi en hombros de los soldados, á pesar de su tenaz resistencia, es llevado Pionio y sus compañeros en triunfo al templo. El obispo Eudemo habia apostatado y bajaba de las gradas del altar cuando llegaron. "En vano buscais una gloria inútil, le grita uno de los hombres mas elocuentes de Smyrna, Rufino.—¿En eso consiste tu saber? le respondió Pionio. ¿Has olvidado que los atenienses hicieron con Sócrates, Aristidis y Anaxágoras, lo que el pueblo está haciendo con nosotros? Rufino calló como herido de un rayo.

Colocaron sobre la cabeza de Pionio las coronas paganas del sacrificio; empero él se las quitó con ambas manos, y haciéndolas pedazos, las arrojó sobre el altar. Los mártires gritaban sin cesar: somos cristianos! y viendo eran vanos todos los medios, los volvieron á la cárcel. Pocos dias después, conducido Pionio y sus compañeros al tribunal del procónsul, fué puesto en el tormento, y cuando empezaban á atormentarle, le dijo volviéndose hacia él: "Persistes en tu temeridad, no sacrificas?" Pionio respondió: "No.—Te damos tiempo para que reflexiones antes de fulminar una sentencia solemne é irrevocable.—Hace mucho tiempo que lo he hecho.—Puesto que corres á la muerte de propio motu, sería que modo vivo.

El mártir salió del pretorio para ir al suplicio, y su paso era seguro, sus ojos no se estraviaban, no tartamudeaba de espanto como regularmente sucede á los que llevan á la muerte, sino que marchaba con resolución, con la cabeza erguida. Luego que llegó al sitio de su último combate, y antes de entregarse á los verdugos, él mismo se quitó sus vestidos. Hecho esto sentenció sobre la hoguera, y entregó sus pies y sus manos para que se los clavasen. El pueblo, al verle en la cruz, se compadeció de él y le gritó: "Oh Pionio, arrepíentete, prométe que sacrificarás, y no te pondrán los clavos." Respondió: "Ya los he sentido."

Algunos momentos después: "He buscado la muerte, dijo, he corrido á su encuentro para dar testimonio delante de este pueblo de la resurreccion final."

Levantaron el poste á que estaba atado, y á su lado él de un tal Melitodoro de la secta de los inarionistas, pues los Santos Padres nos refieren que entre los hereges hubo tambien mártires, aunque en corto número; amontonaron leña en derredor de ambos y le prendieron fuego. La llama hizo crujir la leña seca, Pionio encomendó su espíritu al Señor y es-

piró. Su cuerpo, apagada la hoguera, se encontró intacto y los cristianos, á vista de tanto prodigio se afirmaban en su fe, sobrecogiéndose de terror los paganos.

Entre circunstancias tan diversas como contienen las actas de los mártires, y que escitan á un mismo tiempo la admiración, el horror, santa piedad para con las víctimas, odio y desprecio á los perseguidores, hay una sobre todo que es difícil no hayan observado nuestros lectores: ha blamos de la especie de estupidez de que al pararse se hallan acometidos los jueces, todos personajes de un rango elevado, é investidos de las magistraturas más superiores, desde el momento en que se encuentran cara á cara con esos acusados, gran número de los cuales pertenecen á las clases inferiores de la sociedad, y entre quienes hay mugeres, niños, doncellas, hasta esclavos. De la una parte, respuestas imprevistas llenas de exactitud, vivacidad y concisión, en las cuales brillan lo más elevado que tiene la inteligencia, los sentimientos más nobles y generosos que encierra el corazón; de la otra, algunas palabras imperativas y brutales, cuya monotonía fatiga el oído, y todas las cuales pueden formularse en estas dos palabras: "Sacrifica ó muere." Palabras en que resaltan el desprecio ó la confusión de esos hombres de carne y sangre, al mostrarse tan débiles en una lucha en que, iluminados por el espíritu de la verdad, se muestran tan fuertes aquellos á quienes van á inmolar con tanta cordialidad palabras en que algunas veces, y á pesar suyo, se deja entrever el desprecio en que tienen á infames divindades, cuyos altares habían derribado mucho tiempo antes las sectas filosóficas á que pertenecían casi todos, y que solo existían ya para servir de alimento á las supersticiones del papalacho, y de instrumento al despotismo feroz de sus emperadores.

Hemos visto á Plinio hiriendo con la elevación de su palabra á sacerdotes, jueces y pueblo, y triunfando hasta en la hoguera: la confesión de Acacio nos ofrece un ejemplo más notable, porque contra el uso de los magistrados que presidían en los interrogatorios, su juez, que se creía hombre hábil, entabló con él una animada controversia.

El 19 de Marzo del año 250, Marciano, vaton consular y enemigo de la religion cristiana, mandó que condujesen á su presencia á Acacio, obispo de Antioquia (1). Luego que le divisó le dijo: "Viviendo bajo el imperio de las leyes romanas, debes amar y honrar á nuestros emperadores." Acacio respondió: "¿De quién es más amado y honrado el emperador que de los cristianos? Nosotros no cesamos de rogar por él, á fin de que viva mucho tiempo, rija á sus pueblos con fuerza y moderación, y sobre todo, que no se turbe la paz durante su reinado." También rogamos por los soldados y la prosperidad de todo el imperio." Marciano rogamos por los soldados y la prosperidad de todo el imperio." Marciano dijo: Te alabo por esto; pero á fin de que el emperador esté más persuadido de tu afecto, vamos á ofrecerte juntos un sacrificio. Acacio respondió: "Yo ruego á mi Dios, que es el grande verdadero Dios, por la salud del príncipe; pero no puede ésta exigir de nosotros un sacrificio, ni

[1] No puede tratarse aquí de la gran Antioquia de Siria, siendo estos conciliados por listas antitéticas todos los obispos que ocuparon la silla por aquel tiempo; pero nadie ignora que existían en Asia otras ciudades del mismo nombre.

nosotros debemos hacérselo. ¿Qué sacrificio se debe á un hombre? Marciano dijo: "Responde: ¿Cuál es el Dios á quien se dirigen tus plegarias, á fin de que también nosotros le ofrezcamos sacrificios? Responde.—Desearia con ardor que supieses de mi Dios lo que te fuese útil saber y que te convencieses de que solo él es el verdadero Dios.—Dame á conocer su nombre.—El Dios de Abraham, Isaac y Jacob.—¿Son esos nombres de dioses?—No, sino los nombres de aquellos á quienes se ha revelado. El es el único Dios y aquel á quien debemos temer.—¿Quién es?—El muy alto, Adonai, que está sentado sobre los querubines y serafines.—¿Qué es un serafín?—Un ministro del Altísimo y que se mantiene delante de su trono.

—¿Qué vana filosofía te engaña! deja las cosas invisibles y adora como á dioses verdaderos á los que tus ojos pueden ver.—¿Cuáles son esos dioses á quienes me mandas sacrificar?—Apolo, nuestro dios tutelar, el que aleja de nosotros la peste y el hambre, el que gobierna y conserva el mundo, entero.—¿Cómo ese joven insensato que, enamorado de una jóven, corria tras de ella fuera de sí, no sospechando que en el mismo instante lo iban á arrebatár para siempre esa prenda tan querida! es evidente que no era divino, puesto que ignoraba el fin de aquella aventura, y mucho ménos un dios, supuesto que le engañó de ese modo una jóven: no fué esta su única desgracia, y la fortuna le preparaba mayor aflicción: amala (sabido es con qué detestable amor) al bello Jacinto, y en su ignorancia de lo que debía suceder, es sabido igualmente que tuvo la desgracia de matar á ese amigo tan querido, jugando con el disco, con el que le dió un golpe. ¿Quieres que sacrifique al que con Neptuno percibió salario de un rey (1), al que para vivir se hizo pastor (2)? ¿Debo ofrecer sacrificios á Esculapio herido de un rayo, á la adúltera Venus y otros monstruos semejantes? ¿Para conservar esta vida perecedera iré á adorar á los que me avergonzaria de imitar, á los que desprecio, á aquellos contra quienes me sublevo, que me causan horror, y á cuyos imitadores castigarían vuestras leyes? Adorais vosotros en vuestros dioses lo que castigarais en los hombres.— Los cristianos acostumbraban, dijo Marciano, á inventar muchas calumnias contra nuestros dioses, por lo cual te mando vengas conmigo al templo de Júpiter y de Júpiter, á fin de hacerles juntos en un banquete solemnemente honrados debidos.—¿Cómo ofrecería yo sacrificio á un hombre cuya tumba se ve en Creta aún en el día? ¿Ha resucitado entre los muertos?

Marciano exclamó entonces: "Sacrifica ó muere." De este modo, respondió Acacio, obran los bandidos de la Dalmacia cuando sorprenden á un caminante en los desfiladeros de sus montes: "La bolsa ó la vida," he aquí lo que piden. Aquí no se trata de raciocinar, sino de ceder al que es más fuerte. Lo mismo te sucede á tí, pues no me dejas elección entre cometer un crimen y morir; pero nada temo. Las leyes castigan á los adúlteros, los ladrones y los homicidas; si soy culpable de algún crimen de éstos, yo me condeno á mí mismo, antes que tú me hayas condenado; pero si se me conduce al suplicio solo porque adoro al verdadero Dios, no

(1) Laomedonte, rey de Troya. Los mitólogos cuentan que se obligaron por cierto salario á edificar los muros de su ciudad.

(2) Guardó los rebaños de Admeto, rey de Tesalia.

es la ley la que me condena, sino la voluntad arbitraria del juez. Uno de nuestros profetas no cesa de exclamar: "Se han apartado del verdadero camino; no hay uno que obre bien, ni uno solo!" Así no tendrás excusa, porque está escrito: "Cada cual será juzgado según él haya juzgado á los demás." Marciano dijo: "Yo no estoy aquí para juzgar, sino para obligar; así, pues, si no obedeces, puedes estar seguro de que sufrirás la pena.—Y el mandato que yo he recibido es que no reniegue de mi Dios; si tú te crees obligado á obedecer á un hombre sujeto á la muerte y que mañana será pasto de los gusanos, cuánto más lo estoy yo á hacer lo que manda el Altísimo, cuyo poder es infinito y eterno, y que ha dicho: "El que me niegue delante de los hombres será negado por mí delante de mi Padre que está en los cielos, cuando venga glorioso y fuerte á juzgar á los vivos y á los muertos!" Tus confesiones acaban de revelarme en este instante los groseros errores de vuestras creencias y doctrina. ¿Con que Dios tiene un hijo?—Sí, respondió Acacio.—¿Y quién es ese hijo de Dios?—El Verbo de gracia y verdad.—¿Se llama así?—No me habeis preguntado su nombre, sino cuál era su poder.—Pues bien, su nombre, dijo Marciano.—¿Jesucristo.—¿De qué mujer ha tenido ese hijo?—Dios no ha engendrado á su Hijo como hacen los hombres. Con su mano formó á Adán, el primer hombre; para hacerle un cuerpo se sirvió del barro de la tierra, y á ese cuerpo dió despues el alma y la vida; así, pues, el Hijo de Dios, el Verbo de verdad, ha salido del corazón de su Padre, y por eso está escrito: "Mi corazón ha producido una buena palabra.—¿Con que Dios tiene un cuerpo?—El solo se conoce, á nosotros nos es desconocida su forma invisible; pero honramos su poder y virtud.—La sabiduría no viene de nuestros miembros, sino que Dios la da; el entendimiento ¿para qué necesita cuerpo?"

—Considera á los catáfrigos, hombres cuya religion es antigua, y que han dejado de ser lo que eran para sacrificiar con nosotros á nuestros dioses; apresúrate á hacer otro tanto; reúne á todos los cristianos de la ley católica, y sed todos de la ley de nuestro emperador; haz que te siga todo el pueblo que se haya bajo tu dirección.—Ese pueblo no obedece mi mandato sino la ley de Dios; que me oírán si lo que les digo es justo, pero que me rechazarán si les propongo el mal.

—Dime sus nombres.—Sus nombres están escritos en el cielo en el libro de la vida; ¿cómo podrían tener ojos mortales los los caracteres trazados por la virtud del Dios invisible é inmutable?—¿Dónde están los demás hechiceros, sus camaradas y doctores de esa ciencia engañosa?—Estamos muy lejos de ser inocentes á los ojos de Dios; pero nos causa horror la magia.—¿Qué otra cosa es sino magia esa nueva religion que introduces entre nosotros?—Derribamos á los dioses que son obra vuestra, esos dioses en cuya presencia temblais despues de haberlos hecho. ¿Existirian en efecto si la piedra faltase al trabajador ó si no hubiera trabajador para arreglar la piedra? En cuanto á nosotros, tememos, no al que hemos hecho con nuestras manos, sino al Dios que nos ha hecho á nosotros, que como Señor nos ha dado el ser, como Padre nos ha amado, y como buen pastor nos ha arrancado á la muerte eterna.—Dime sus nombres si quieres evitar el castigo.—Héme aquí delante de tu tribunal; piensas vencer á muchos cuando yo he bastado para confundirte? Si quiseres sa-

ber nombres, me llaman Acacio, pero mi nombre propio es Agatángio; este es Pison, obispo de los troyanos, y este otro Menandro, sacerdote de esta iglesia. Haz ahora lo que te se antoje.—Irás á la cárcel á fin de que el emperador sepa lo que ha pasado, y mande lo que se debe hacer contigo."

El emperador Decio recibió la relacion de este interrogatorio, admiró la viveza de las respuestas del confesor, á quien recomendaba Marciano; y no pudo ménos de reírse de ellas, pues le hicieron mucha gracia; por lo que mandó ponerle en libertad, permitiéndole el ejercicio de su religion.

Sostenida con sus brillantes pruebas y la santidad de su moral, la religion de los cristianos habia llegado por fin á admirar y desconcertar al sacerdocio y al filosofismo pagano. Cuando sus apologistas empezaron á hablar, sus enemigos conocieron que era tiempo de salir del desden insolente con que desde el principio habian tratado al nuevo sistema religioso; y mientras los hereges seguian desfigurando el dogma evangélico con los desvarios que tomaban del platonismo y las doctrinas esotéricas de los sacerdotes orientales, surgió una nueva secta de filósofos llamados *eclecticos*, los cuales, como lo indica su nombre, escogieron entre los diferentes sistemas de filosofia, y particularmente valiéndose de Platon, cuyo espiritualismo servia á sus designios; las opiniones que les parecieron mejores, formaron con ellas una nueva doctrina en que apoyaban racionales filosofías la idolatría y el politeísmo, añadieron lo que juzgaron podian tomar del cristianismo, y particularmente de su moral, cuyo equivalente no hallaban en parte alguna; y hecho todo esto, la presentaron osadamente como una prueba de que Jesucristo nada habia traído al mundo que no fuese conocido antes de él. No se cuidaron de negar sus milagros, porque hubiera sido una locura hacerlo cuando Celso, que escribía mucho tiempo antes que ellos, no se habia atrevido á intentarlo, y los habia atribuido á la magia y á los encantos, aunque era epicureo, y su secta hacia gala de no creer los prodigios. Del mismo modo no negaron ni sus virtudes ni la excelencia de sus preceptos; pero sostuvieron que otros sábios se habian igualado á él tanto por la santidad de su vida, como por sus maravillosas obras, con lo cual le rindieron una especie de tributo mal su grado. Para completar su obra, supusieron escritos falsos que atribuyeron á Hermes, Orfeo y Zoroastres, y en los cuales introdujeron su doctrina á fin de que no careciese del sello de la antigüedad. Con el nombre de *theurgias* inventaron formulas mágicas, á las cuales añadieron rigurosas y raras abstinencias, y prácticas detestables, siendo preciso contar entre ellas los sacrificios humanos; "medios eficaces, decian, para purificar las almas, elevarlas al conocimiento de las verdades mas sublimes, ponerlas en comunicacion con los demonios ó genios (en esto no se hacian completa ilusion), y por su medicion hacer cosas sobrenaturales." Lisimacron se por un momento de haber creado un sistema capaz de describir al cristianismo. Plotino, que florecia en los reinados de los principes sirios, fué el gefa mas ilustre de esa secta anticristiana fundada antes de él, y que á pesar de su pretension de haber penetrado mas que ninguna otra en las profundidades de la ciencia divina, no por eso dejó de empezar por la *emanacion* para encontrar en la absorcion final de las almas

en el seno de la *grande alma* el último término de todas las cosas. Es decir, que los theurgistas, que no querían ser ateos, cayeron por necesidad en el abismo de las doctrinas panteístas, pues todo medio puramente *racional* era imposible entre esos dos extremos.

Porfirio, discípulo de Plotino, y después de él Proclo, perfeccionaron sus doctrinas, y el infierno sostuvo con todos sus esfuerzos esa conspiración *filosóficamente supersticiosa* contra la obra de Dios.

El permiso de realizar ciertos prodigios, y tener acerca de los sucesos futuros ciertas previsiones, este permiso concedido por Dios á los demonios, es un hecho *misterioso* que nos lo atestigua el Espíritu Santo revelándolo en parte; pero cuando para nosotros fuese enteramente impenetrable, no deja de ser un *hecho* que los incrédulos no pueden poner en duda, á menos que envuelvan en un escepticismo completo todos los testimonios de la antigüedad. Para no hablar aquí sino de los griegos y los romanos, no solamente recibí y conservé las tradiciones la multitud, tan ignorante y supersticiosa entre ellos como entre nosotros, sino que los garantizan los hombres mas grandes, las personas mas hábiles, y los hombres mas honrados de esos dos pueblos famosos, confesando que sucedía algo extraordinario en los templos de sus dioses.

Cualquiera que pudiera ser este poder del infierno, era efectivo, pues si no lo hubiera sido, el paganismo, no teniendo fundamento alguno, es evidente que por sí solo no hubiera podido sostenerlo por el espacio de mas de mil años la falacia de sus sacerdotes, y se hubiera desplomado por sí mismo casi al nacer. En tiempo de la persecucion de Decio, dos de esos filósofos, convertidos al cristianismo, confiesan la impotencia de los theurgistas.

Luciano y Marciano estaban iniciados en el arte de la magia. Acudían á ellos cuantos deseaban el logro de sus malos designios, ó la ruina de sus enemigos. Había en Nicomedia una jóven de extraordinaria belleza; empero cuya alma era todavía mas bella; habia consagrado á Cristo su virginidad, y cumplía su ley. Luciano y Marciano fijan en ella su lúbrica mirada, solicitan su amor; pero la virgen rechaza sus impúdicas sollicitaciones. Recurren los desesperanzados amantes á su arte, llaman en su auxilio el poder de los demonios. Todo es inútil, su poder se estrella en las oraciones de la virgen: redoblan sus conjuros, fatigan á sus dioses, hasta que éstos les responden: "Siempre que nos habeis pedido nuestro apoyo contra personas para quienes es desconocido el Dios del cielo, nos ha sido muy fácil dároslo; empero nuestros ataques han sido inútiles contra esa alma que se ha consagrado á la castidad, y no hemos podido prevalecer contra ella. Ha consagrado su virginidad á Jesucristo su Señor, el Dios de todos los hombres que fué crucificado para salvarlos á todos, y él mismo la guarda, dejando caer sobre nosotros su brazo; por lo cual nada podemos contra ella y cedemos al que es mas fuerte que nosotros." Esta confesion de los demonios les llenó de admiración y espanto, de tal modo, que cayeron como muertos, con el rostro en el suelo. Vuelton en sí hicieron otros conjuros, y los demonios desaparecieron. Entónces, ratiocinando entre sí, dijeron: "Puesto que el poder de Jesucristo es tan grande que excede al de los demonios, y es superior á la fuerza de nuestros encantamientos, á él debemos rendir culto, á él debemos temer y adorar."

Entónces cogen sus libros de magia, los llevan á la plaza pública y los queman en presencia de todo el pueblo, confesándose cristianos. Retirados á un desierto, viven en la mayor penitencia, y solo vienen algunas veces á la ciudad para predicar á los gentiles á Cristo, y combatir los errores y vanidades de su falsa religion. Aquellos, sin embargo, reunidos en torno suyo, no podian volver de su sorpresa: esos hombres, tan instruidos en los misterios de nuestros dioses, decian, que nos ofrecen los secretos de su arte para satisfacer todos nuestros deseos, predicando ahora ese crucificado de quien hablaban tan mal en otro tiempo! "Hermanos, los respondian, creednos, si no hubiéramos adquirido la certeza de que es preferible á todo, jamas hubiésemos ido hasta él: venid pues con nosotros, á fin de salvaros!" Al oír estas palabras, aquella multitud, trasportada de furor, se apoderó de ellos y los condujo á presencia del procónsul Sabino, exclamando: "He aquí dos hombres que atacan ahora lo que defendian, y que defienden lo que atacaban."

En vano Sabino intenta persuadirlos; Marciano y Luciano confunden sus razonamientos, y le admiran con su constancia y decision. El procónsul los condena á ser quemados vivos, y los dos ilustres mártires marcharon con alegría y serenidad á la hoguera, que les abrió las puertas del cielo.

Hemos visto que los milagros abundaban entre los cristianos, y los hemos contado sencillamente sin presentar otras pruebas que el relato de los que fueron testigos de ellos, ó el de las santas víctimas que en medio de los tormentos y los suplicios los veian descender sobre ellas, ya como un socorro que afirmaba su valor, ya como un destello de esa vida bienaventurada y eterna que debia premiar su combate y sacrificio.

No existe en el mundo ningun pueblo, ya civilizado, ya bárbaro, ni una horda de salvajes aun entre las mas embrutecidas, cuyas tradiciones religiosas no estén acompañadas de milagros. En efecto, los caracteres puramente *naturales* y *humanos*, en ningun caso pueden probar otra cosa sino una mision puramente humana. Para probar otra cosa es preciso elevarse sobre el hombre, puesto que se trata de Dios, y establecer su mision por medio de caracteres sobrehumanos.

La vida de Gregorio, obispo de Neocesárea, fué una serie no interrumpida de hechos milagrosos, por lo que le ha dado la posteridad el nombre de *Taumaturgo* ó *hacedor de milagros*.

Nacido de padres paganos, nobles y ricos, en Neocesárea, en el Ponto, se llamó al principio Teodoro. Hizo rápidos progresos en la literatura y en la jurisprudencia. Oyó en Cesarea, en union de un hermano suyo llamado Antenor, asesor del procónsul de la provincia, las lecciones del célebre Orígenes. Las palabras de tan sublime maestro convirtieron su espíritu. A su lado olvidaban los dos hermanos las leyes, su familia, su patria, preparándose á recibir las aguas del bautismo.

Antes de ser bautizado, se trasladó Teodoro á Alejandria, á cuya ciudad acudia una juventud inmensa con el fin de estudiar filosofia y medicina; y allí algunos estudiantes, envidiosos de la pureza de sus costumbres y de su mucho saber, indujeron á una muger de la última clase de las cortesanas á que fuese á interrumpirle en medio de uno de esos coloquios que solia tener con los hombres mas doctos sobre las materias

mas elevadas de la filosofía, quejándose con descaro y con impudente familiaridad de no haber recibido el salario que le debía por su condenancia. Aquí se manifestaron las primicias de ese don de los milagros que Dios había resuelto prodigarle, pues como uno de sus amigos diese á aquella muger á ruegos suyos el dinero que le podía, á fin de que no le importunase mas, apenas ésta lo había tocado cuando el demonio se apoderó de ella, y cayó en el suelo, con los ojos vueltos, llena de espuma la boca, y como si la ahogaran horribles convulsiones. Entónces oró por ella el jóven y la cortésana quedó libre del demonio.

De Alejandro volvió á Cesarea con su hermano Antenorado, que después fué obispo y mártir, estuvo cinco años al lado de Orígenes, y cuando vuelto á su patria, todos esperaban verle brillar en las asambleas por la elocuencia de la palabra, se retiró á una soledad, de donde con gran trabajo logró sacarle Fedimo, obispo de Amasea, haciéndole elegir obispo de la misma ciudad en que había nacido, de esa Neocesárea, tan entregada entónces á la idolatría, que solo se contaban en ella diez y siete cristianos. Largo tiempo rehusa Fedoro admitir el episcopado; pero una vision celeste se lo ordena y le revela todos los tesoros de la sabiduría divina. El evangelista San Juan, por mandato de la Madre del Salvador, le esplica el misterio que queria penetrar. Gregorio sale de su retiro para regir el corto rebaño de Neocesárea. Sorprendido de noche por una lluvia, se refugia en un templo de ídolos, célebre en toda la comarca por sus oráculos; empero al dia siguiente los demonios declaran á los sacrificadores que abandonan aquel lugar porque Gregorio había pasado en él la noche. Entónces corrieron en busca de Gregorio llenos de cólera, le amenazaron con que harian que le castigasen los magistrados por haber tenido la audacia, siendo cristiano, de entrar en un templo de sus dioses. "Con la ayuda de Dios, les respondió el santo sin conmoverse, puedo arrojar á los demonios y traerlos, segun se me antoje.—Haced, pues, que entren en su templo," dijo el sacrificador, y entónces Gregorio escribió en un pedacito de papel estas palabras: "Gregorio á Satanás, entra." El sacrificador se llevó este billete, lo puso sobre el altar, hizo sus sacrificios y conjuros de costumbre, y volvió á aparecer lo que veian antes. Corrió de nuevo á donde estaba Gregorio, le alcanzó antes de llegar á la ciudad, y le rogó le diese á conocer el Dios á quien obedecian los demas dioses. Entónces le esplicó Gregorio la doctrina cristiana; pero el sacrificador le chocó la encarnacion del Verbo, creyendo indigno de Dios haber tomado un cuerpo para vivir en medio de los hombres. "Estas verdades, dijo el santo, no pueden demostrarse con palabras y ratiocinios humanos; solo pueden atestiguarlas las maravillas del divino poder.—Pues bien, dijo el sacrificador enseñándole una piedra de gran tamaño, mandada á esa piedra que mude de sitio, y le indicó al mismo tiempo al que queria fuese trasladada. Gregorio mandó á la piedra, y ésta obedeció cual si fuese un ser animado. No titubó ya, entónces el sacerdote pagano abandonó su muger, sus hijos, sus bienes, y siguió constantemente á Gregorio en clase de discípulo. La fama de sus milagros le había precedido, el pueblo todo de Neocesárea salió á su encuentro. Antes de espirar el dia, muchos creyeron en la palabra de Dios, y á la mañana siguiente acudieron á la puerta del obispo, mugeres, niños y

ancianos, como igualmente infinitas otras personas acometidas de toda clase de enfermedades.

A todos los curaba Gregorio, y sosteniendo de este modo su predicacion con milagros, en poco tiempo hizo gran multitud de adoradores de Jesucristo. Entónces se dedicó á edificar una iglesia, á cuya obra contribuyeron los ricos con su dinero y los pobres con su trabajo. Construyóse en el sitio mas elevado de Neocesárea, y después se ha atribuido á milagro que resistiese á muchos temblores de tierra que destruyeron casi toda la ciudad, y que fuera respetada durante la persecucion de Diocleciano.

Sus milagros le hacen temible y respetado de todos. A su voz desaparece el agua de un estanque, sobre cuya posesion disputan encarnizadamente dos hermanos. Su hábito, plantado á las márgenes del rio Licio, contiene las inundaciones, echa raíces, y convertido en un corpulento árbol, es el limite perpetuo que enfrena las aguas en las avenidas.

De este modo logró llenar de cristianos su ciudad de Neocesárea, hizo infinitos prosélitos en las poblaciones inmediatas, y dió obispos á muchas otras. La de Comana le envió diputados para que le rogasen estableciese su iglesia y escogiera un gefe; Gregorio accedió á sus deseos, y pasó algunos dias en medio de aquellos nuevos cristianos, animando con sus discursos y acciones su celo por la religion. Cuando llegó el momento de escogerles gefes, queriendo los magistrados que el pastor fuese el hombre mas noble, elocuente y hábil, presentaron muchos á Gregorio; pero éste les dijo que no debian desdenarse de elegir á aquel cuyo exterior fuese mas despreciable. "De ese modo, exclamó uno de ellos burlándose de las palabras del santo, y supuesto que os agrada que saqueemos un obispo de las filas de los artesanos y del pueblo bajo, os aconsejo que elijais al carbonero Alejandro.—¿Quién es ese Alejandro?" preguntó Gregorio, y uno de los magistrados se lo presentó riendo. Estaba cubierto de sucios harapos, dando á conocer lo que era en sus manos y rostro ennegrecidos. Cuando le vieron en medio de la asamblea, todos soltaron una carcajada, mientras él no manifestaba admiracion alguna ni al parecer se abochornaba de su oficio, lo cual hizo pensar á Gregorio que en aquel hombre había algo extraño.

Lo llamó aparte y le preguntó quien era, confesándole Alejandro que no había tomado semejante oficio por necesidad, sino con el intento de ocultarse para practicar la virtud con mas seguridad. "Este polvo de carbon, añadió, que me cubre, es una especie de careta que impide me conozcan. Ya veis que soy jóven, y tal vez en otro estado hallarian en mí algunas ventajas exteriores; pero en esto había tentaciones que estoy dispuesto á evitar, y he preferido desempeñar este oficio que me proporciona los medios de ganar mi vida honestamente."

Gregorio lo examinó con mayor atencion y lo confió á los que le servian, previniéndoles lo que debian hacer, después de lo cual volvió á la asamblea. Para dar tiempo á que cumpliesen las órdenes que había dado acerca de Alejandro, habló á los circunstantes de los deberes de un obispo y de otras cosas, hasta que le llevaron á Alejandro lavado y con el traje del santo obispo. Entónces pareció otro hombre y atrajo todas las miradas; pero Gregorio les dijo: "Jurais únicamente por vuestros sentidos, y por eso habeis desconocido este vaso de eleccion: como que el

demonio es lo ocultaba para que no fuese útil." En seguida consagró á Alejandro, y le invitó á que hablase delante de la asamblea, lo cual hizo aquel con tal acierto y facilidad, que confirmó la idea que él había formado el obispo de Neocésarea. Alejandro gobernó dignamente la iglesia de Comana hasta la persecucion de Decio, en la cual sufrió martirio, muriendo en la hoguera.

En lo mas fuerte de aquella persecucion aconsejó Gregorio á su pueblo que huyese para librarse de ella, lo cual salió tan bien, que ni uno de los suyos cayó. El mismo les dio ejemplo, retirándose á una colina desierta en compañía del sacerdote de los ídolos á quien convirtiera, y que era entonces diácono de su iglesia. Los perseguidores salieron tras ellos en gran número, y subedores del sitio en que se habian ocultado, mientras que unos guardaban el paso del valle, otros los buscaban por todas partes en el monte. Entonces se pusieron ambos á orar de pie, y con los brazos extendidos y mirando al cielo, mientras que los paganos, despues de recorrer todo el monte y visitar todas las bocas y cuevas, bajaban al valle diciendo que solo habian hallado dos árboles bastante próximos el uno al otro. Así que se retiraron, volvió el que les habia servido de guia y halló al obispo y al diácono inmóviles y en oracion en el sitio donde aquellos hombres decian habian visto los dos árboles. Arrojóse á los pies de Gregorio, se convirtió y fué su compañero de fuga.

Algunos años mas tarde en el imperio de Galo (253), cuando un terrible contagio desoló el imperio, Gregorio se consagró todo á librar su pueblo de este terrible azote. Cristianos y paganos volvian sus ojos á él. No se consultaba á los oráculos, no se hacian sacrificios, no se asistía á los templos, todos le llamaban á su casa, y su visita era la salud, era la vida. Convirtió á todos, á unos despues de haberles arrancado de las garras de la muerte, á otros por miedo de no caer en ellas. Al morir Gregorio, Neocésarea, que á su entrada en el episcopado contaba solo diez y siete cristianos, solo contenia con sus creencias diez y siete gentiles ídólatras. Lastima es, dijo, que falte aun algo á la plenitud de los que no solo han buscado su salvacion, sino que la han hallado; pero debo á mi Dios grandes acciones de gracias, porque únicamente dija á mi sucesor tantos infelices como cristianos contenia esta ciudad cuando yo llegué á ella. Prohibió que comprasen terreno para su sepulcro, "á fin, dijo, de que sepa la posteridad que Gregorio no fué propietario de ninguna herencia y á su muerte tomó prestado un sepulcro de otro." Los mismos enemigos de la Iglesia le llamaban otro Moisés á causa de sus milagros.

Por aquel mismo tiempo florecia en Africa otra lumbrera de la Iglesia no ménos célebre que Gregorio, y que se ocupó mas que él en los negocios generales de la Iglesia, no solo en su provincia, donde la persecucion fué mas violenta que en ninguna parte, causando muchas defecciones en los cristianos, sino en la misma Roma, donde por la vez primera veremos vacilar la silla de Pedro, por un cisma que produce graves turbulencias y que cuesta gran trabajo extinguir. En el momento en que desapareció el vasto genio de Tertuliano, otro cartaginés, Cipriano, se arranca á los estudios profanos y recibia el bautismo de la nueva religion, de que debia de ser el firmísimo apoyo.

Así, mientras Roma se hundió de caída en caída, y los bárbaros se aprestan á lanzarse sobre ella como pájaros de rapina, atraídos desde lejos por el olor de un cadáver, las inteligencias que hacian mas honor á la humanidad se vuelven hácia el cristianismo, como hácia una doctrina en que no tenian que temer inquietud y angustias. De la misma manera, mientras los señores del mundo, los que debian defender y proteger las ideas de orden y propiedad, saqueaban las provincias á pretexto de ir á combatir á los godos y demas bárbaros; Cipriano vendia todos sus bienes y distribuía su producto á los pobres.

Tascio, llamado despues Cipriano, hijo de una familia senatorial, tan noble como rica, vacila largo tiempo entre la verdad y el error. Concébese que un jóven que profesaba con brillante éxito la retórica, en un pais en donde estas funciones eran mas una dignidad que un empleo, no se rindiere á una doctrina desconocida; empero desde que comprendió todo lo profundo y sublime del catolicismo, su mas ardiente deseo fué ajustar su entendimiento á toda esa religiosa enseñanza. Instruido por el sacerdote Cecilio, á quien habia convertido en Roma el apologista Minucio Félix; Cipriano, que en otro tiempo se embriagaba con todos los gozes á que parece convidar el clima africano, se convierte en el mas continente de los hombres: en otro tiempo temia el catolicismo como una ley dura, tiránica, la encontraba luego suave y de fácil ejecucion. Cipriano se eleva desde las tinieblas de la filosofía á la luz eterna: apenas es cristiano cuando ya es el modelo de las mas altas virtudes cristianas, y dispensando en él la regla de San Pablo, es elevado al sacerdocio siendo aun neófito.

Los paganos, irritados con su conversion, le dieron el nombre de Cipriano, aludiendo á la palabra griega que significa *estiercol*, y Tascio acepta este nombre insultante que en breve ilustra!

El pueblo, en desusada muchedumbre, rodea un dia la casa de Cipriano; no habia entonces persecucion contra la Iglesia, el emperador Felipe la protegía. ¿Qué queria, pues, la multitud? Venia á buscar á Cipriano, á quien acababa de nombrar en lugar del obispo Donato que acababa de perder. En medio del tumulto, Cipriano se oculta. Es demasiado débil para soportar la carga que se le ofrece; empero todo es en vano. Crece el tumulto, se aumenta la agitacion: Cartago se halla á punto de presenciar una escena de desorden: Cipriano acepta el episcopado. La nueva situacion de Cipriano habria inspirado orgullo á cualquiera otro; su cualidad de obispo de Cartago le daba el derecho de vigilancia suprema sobre toda el Africa proconsular, Tripóli, Numidia, la Mauritania cesariense y Tingitana; empero el noble obispo no tiene mas que un solo pensamiento, edificar con sus virtudes á los fieles, corregir las costumbres públicas allí harto depravadas, y defender la disciplina de la Iglesia. Decio turba la larga tranquilidad de la Iglesia, y lanza su cruel persecucion contra aquellos rajados cristianos. Entonces se conoció á dónde llegaba la corrupcion general, pues apenas llegó á Cartago el edicto, muchos sin esperar á ser interrogados, y aun antes de que los prendieran, corrieron á la plaza pública y se presentaron ante el tribunal, como si solo hubiesen aguardado una ocasion para abjurar el nombre de cristianos. El número de los que acudian allí se aumentó en tal manera,

que los magistrados, viendo que era tarde para escuchar á todos, quisieron dejarlos para la mañana siguiente; pero en su menguada impaciencia insistían en que no se les difiriese. Había muchos que pervertían é inducían á los demas, y hasta hubo quien llevó á sus hijos, presentándoles para que perdiesen la gracia del bautismo. Aquí, lo mismo que en Alejandría, los ricos eran quienes se mostraban mas débiles, temiendo, si se ponían en fuga, perder bienes de mas precio para ellos que los tesoros de la fe! Diversos fueron los grados de caída: unos sacrificaron á los ídolos ó comieron carnes de las víctimas inmoladas; otros, y fué el mayor número, únicamente declararon que renunciaban al cristianismo, y con arreglo á esta declaración, recibieron de los magistrados *libelos* ó billetes que les evitaban á un mismo tiempo el ser buscados y el bochorno de una apostasía pública, por lo cual se les dió el nombre de *libeláticos*, siendo considerada su acción como una profesion indirecta de idolatría.

Desde que empezó la persecucion, lo mismo en el circo que en el anfiteatro, la población pagana habia gritado muchas veces: "Cipriano á los leones!"

San Cipriano no temía á la muerte, mas tarde le veremos valerosamente vender su cuello al hacha del verdugo; pero habia hecho grandes reformas que le importaba llevar á cabo. Salió de Cartago, y desde el lugar de su retiro escribió á su clero aquellas cartas donde es tan admirable el gran obispo, como celoso el defensor de la fe y el infatigable administrador. En su retiro se ocupa todo, no de preservar su persona del martirio que sufrirá despues, sino en conservar el orden de su iglesia, socorrer á los ilustres confesores que padecen en los calabozos, alentar los mártires y glorificar el cristianismo, esa religion que algunos mas débiles abandonaban para doblar sus rodillas ante los ídolos. Cipriano ha encontrado entre su clero un sacerdote fiel, decidido, prudente: Perencio, en quien deposita toda su confianza, por él está en comunicacion directa y continúa con los encargados del cuidado de sus hijos espirituales, por él les manda las exhortaciones, sus oraciones y sus consejos. La persecucion de Decio heraba ya un año, y el cansancio de los perseguidores se dejaba sentir; Cipriano se disponia á volver á la silla de su obispado, cuando un particular de Cartago, Felicísimo, se declara en guerra abierta con su obispo.

Este hombre rico, considerado, poderoso, se hallaba descontento con Cipriano. Sus sucesos le habian atraído una excomunion, y queria volver á entrar en la participacion de los sacramentos sin hacer penitencia; empero Cipriano habia conservado en el destierro todo el vigor que habia antes demostrado contra semejantes pretensiones. Felicísimo creyó que el único medio de salvacion para él era provocar un cisma; organizó un partido, y aguardó la ocasion de hacerlo estallar. En breve iba á presentarse el crimen de Novaciano.

Entre tanto que esto sucedia en Cartago, no se hallaba ménos afligida la Roma cristiana. Desde el martirio del papa Atano, ocupaba la silla de San Pedro Fabian, cuya eleccion fué tenida por milagrosa (1), y que

(1) Habíanse reunido los cristianos para elegir obispo, y estaban muy lejos de pensar en Fabian, que se encontraba confundido entre la multitud, cuando

durante el largo espacio de tiempo que rigió la Iglesia probó que efectivamente Dios le habia elegido para que ejerciese tan sagrado ministerio. Un año antes del reinado y persecucion de Decio, se habia aprovechado de la paz concedida á los cristianos para enviar nuevos obispos á las Galias, con el doble objeto de socorrer á las antiguas iglesias y crear otras. Segun Gregorio de Tours eran siete, y partieron en compania de muchos ministros inferiores. Interrumpimos, aunque muy ligeramente, nuestra relacion para hacer mencion de estos hombres apostólicos, que casi todos sellaron con su sangre la fe del Crucificado.

San Trofimo, á quien es preciso no confundir con el antiguo Trofimo, discípulo de San Pablo, se detuvo en Arlés, cuya iglesia ya se hallaba establecida; y sucedió en ella al obispo Marciano, el cual se separó poco despues de la Santa Sede, siguiendo las huellas de Novaciano, y haciéndose indigno de regirla.

Pablo, despues de detenerse en Beziers, le dió por obispo á Afrodisio, fundó en seguida la iglesia de Aviñon, cuyo primer pastor fué San Rufo, y fué á servir la de la ciudad metropolitana de Narbona, donde acabó tranquilamente una vida llena de virtudes.

San Anstremonio fundó la iglesia de Auvernia, y muchos creen que tambien le debe su fundacion la iglesia de Nevers, alcanzando la corona del martirio, merced al odio que le tenían los judíos.

San Marcia! eligió á Litnoges para teatro de sus tareas apostólicas, y antes de morir tuvo el consuelo de ver derribados los ídolos, y que casi todos los habitantes eran cristianos. Auxiliáronle en sus trabajos San Altiriano y San Austriclinio.

San Gaciano fundó la iglesia de Tours, en medio de una poblacion entregada á la idolatría y encaprichada en abrigar sus supersticiones. Así es que recogió larga cosecha de ultrajes y padecimientos, teniendo precision por espacio de mucho tiempo, de celebrar los sagrados misterios en subterráneos, en los cuales reunía á su rebaño. Cincuenta años empleó en cultivar aquella tierra ingrata, que despues debia producir tan óptimos frutos!

El apóstol de Francia, San Dionisio [no hay que confundirlo con el Areopagita], llegó hasta Paris, donde fundó una iglesia que floreció á poco, mientras que por orden suya muchos compañeros de apostolado esparcian la luz evangélica por las poblaciones inmediatas, penetrando hasta Bélgica.

En el año 250 Tolosa recibió el evangelio de San Saturnino, su primer obispo, que resistió á las amenazas y persuasiones, y entregado al populo furioso, es atado á un toro que lo destroza en medio de los aplausos de la frenética muchedumbre.

Fabian habia logrado su santa empresa. El martirio coronó su trabajosa vida. Decio le tenia particular odio. Tan conocida era entonces la preeminencia del obispo de Roma, que segun dice San Cipriano, "mas se irritaba el enemigo del cristianismo al saber que Roma tenia obispo, que si le hubieran llevado la noticia de que se habia alzado un rival que le disputaba su

fué á pararse en su cabeza una paloma. Atribuyóse esto á advertencia divina, y fué ascendido á la silla episcopal con general aplauso.

imperio.² De consiguiente, Fabian fué una de las primeras víctimas del furor de Decio, siendo martirizado el año 250, despues de gobernar la Iglesia por espacio de catorce años. Tan violenta era entónces la persecucion, que se creyó prudente no aumentar la rabia de los perseguidores nombrando inmediatamente quien le sustituyera, debiéndose á esto el que Roma careciese de obispo por espacio de año y medio, y que la gobernase durante este tiempo el clero, compuesto á la sazón de cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos y siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta y dos mas entre exorcistas, lectores y ostiarios ó porteros.

Es indudable que hubo muchos mártires y confesores en la capital del mundo, en el reinado de ese Decio que Lactancio nos pinta "como una fiera, como un monstruo execrable que vino al cabo de muchos años para destruir la Iglesia;" pero pocos nombres suyos han llegado hasta nosotros... Entre otros se cita al confesor Celerino, quien, habiéndose escapado del martirio, llevaba en su cuerpo las cicatrices de los tormentos que sufriera, y contaba en su familia muchos mártires, á los cuales rindieron culto público, como, por ejemplo, su abuela Celerina, y sus tíos Ignacio y Lorenzo. También se nombra á Máximo, Nicostrates, Urbano, Macario, Siderio, Saturnino y el sacerdote Moisés, todos confesores de la fé, y que si no fueron entregados á los verdugos, es porque los perseguidores tenían esperanza de causar su penitencia por medio de la hambre, la sed y otros mil tormentos. Las cárceles estaban atestadas de confesores, siendo muchos los que murieron tanto en Roma como en las demas poblaciones, ocupando hoy un lugar distinguido entre los mártires. Sin embargo, el terror que inspiraban los suplicios hizo apostatar á muchos en la gran ciudad, ni mas ni ménos que en Cartago, Alejandría y otras partes, de cuyas resultas espermentó la Iglesia grande turbacion, como van á ver nuestros lectores.

En Cartago dieron principio á la persecucion, por hallarse ausente el procónsul, los magistrados de la ciudad, quienes se contentaron con desterrar á los cristianos ó encerrarlos; pero luego que llegó éste, desplegó el mayor rigor, siendo entónces cuando presentó á la vista de los que citaban ante su tribunal todo el aparato de tormentos de que nos habla San Cipriano, los látigos, los palos, los potros, los garfos de hierro, las antorchas encendidas, &c., instrumentos que aplicó con tal barbarie, que no ya quemaban ó desgarraban los cuerpos de los mártires, sino sus enteramente despojadas carnes. De este modo fué atormentado Mopalico, para ser martirizado al dia siguiente con otros muchos. El anciano Numidico, cuyas exhortaciones habian sostenido á gran número de sus hermanos en medio de los suplicios, rió con santa alegría perecer en la hoguera á su esposa, á quien amaba en extremo, y á él mismo le dejaron por muerto despues de quemarle y apedrearle; pero su hija, que buscaba su cadáver para darle sepultura, notó que aun tenia un resto de vida; conducido á su casa curó, colocándole Cipriano entre los sacerdotes de su iglesia. En una carta escrita al confesor Celerino de Roma, por Luciano, quien tambien confesaba la fé en las cárceles de Cartago, se nombra igualmente á Baso, el que murió trabajando en las canteras, Pablo, que espiró despues del tormento, Furtunio, Victorino, Fortuno, Victor, Hereneo, Credula, Herene, Donato, Firmo, Vento, Frutos, Julia, Marcial y Ariston, quie-

nes, "por la voluntad de Dios, dice esta carta, murieron de hambre en la cárcel;" por último, el jóven Aurelio, que confesó la fé por dos veces, la primera ante los magistrados, cuya sentencia le condenó al destierro, y la segunda en la plaza pública, donde le dieron tormento en presencia del procónsul, empero sobrevivió á la persecucion.

Entre tanto, no hubo uno solo de cuantos habian apostatado [y eso que casi no tenían número, no solo entre los seglares, sino en el clero]; no hubo uno, decimos, que no despreciase el culto de los ídolos, habiendo cometido semejante bajeza impulsado por el miedo de los suplicios. Aun antes de que la persecucion desmayase, ya deseaban reconciliarse con la Iglesia, y para obtener esta reconciliacion, imploraban en las cárceles la caridad de los confesores, saliendo al paso á los mártires cuando los conducian á la muerte, á fin de alcanzar su bendicion. Tan grande era la veneracion en que tenían á aquellas santas víctimas, que muchos consideraban como el juicio de Jesucristo las oraciones de reconciliacion que arrancaban á su caridad ó su sencillez. Luciano de Cartago y Celerino de Roma, de quienes ya hemos hecho mencion, eran los que propagaban con mas ardor esas peligrosas novedades; y como eran confesores de la fé, se prevalían de la autoridad de los mártires y confesores que habian dejado de vivir, sosteniendo que cumplian su última voluntad. Un sacerdote llamado Novato, acusado y culpable de muchos crímenes, y que iba á ser depuesto y excomulgado cuando empezó la persecucion, se aprovechó de esta circunstancia para suscitar un cisma en la iglesia de Africa, y secundado por un tal Felicísimo, á quien habia hecho diácono suyo, arrastró á su partido á muchos cristianos, separándose abiertamente de Cipriano, que criticaba y condenaba esas reconciliaciones obtenidas por fuerza y á las cuales no habia precedido la penitencia; penitencia que entónces se hallaba en gran vigor, considerándose como el punto mas capital de la disciplina.

En este asunto difícil mostró el obispo Cipriano toda su ciencia, discernimiento, moderacion y firmeza de carácter. Aun segua en su retiro, del cual no le permitian salir la prudencia y el cuidado de su iglesia; mas desde el escribió tres cartas, la primera á los confesores y mártires, la segunda á los sacerdotes y diáconos y la tercera á los fieles en general. Conjuraba á los primeros, despues de elogiarles como merecian por su generoso valor, á que tambien fuesen celosos en guardar las leyes de la disciplina, y que no hicieran objeto de escándalo esos billetes de reconciliacion, ya por sorpresa, ya por una caridad mal entendida. Con los sacerdotes y diáconos toma un tono mas imperativo, y les prohibe bajo penas conocidas no hacer nada con respecto á los apóstatas, que no fuese conforme á las reglas, como que lo contrario nada ménos conducia que á desheredar á los bienaventurados mártires; en su carta al pueblo, al mismo tiempo que manifiesta estremada compasion á los que habian caído, manda que no se precipiten, y que esperen su vuelta con paciencia y resignacion [1].

Estas cartas no fueron suficientes á poner un fin á las divisiones; y ni

(1) Encuéntrase en su tratado sobre los que habian caído (*de lapsis*) la compasion mezclada de dulzura y aun de indulgencia que les tenia; pero tam-

aun los mensajeros del clero y confesores de Roma (aun no habia sido elegido el sucesor de Fabian), que se espresaban en el sentido de las cartas de Cipriano, pudieron cambiar la disposicion de los animos, que continuaba acalorando el celo indiscreto de Luciano. Un decreto dado por el mismo clero y sus confesores, quienes entonces representaban la Sede Apostólica, decreto notificado á todas las Iglesias, y en el cual se aprobaba todo lo que habia hecho el obispo de Cartago, aponas pudo contener la impaciencia de los apóstatas y la demasiada facilidad de los sacerdotes en reconciliarlos.

Entre tanto Novato, el autor del cisma, excomulgado por Cipriano, pasó el mar, y se reunió en Roma con un sacerdote llamado Novaciano, mas hábil, mas elocuente que él, y no ménos ambicioso ni ménos turbulento; y mudando entónces de máximas, el malvado que en Africa habia incitado á los apóstatas á que obtuviesen á la fuerza la reconciliacion, se quejó entónces, inducido por su nuevo maestro, de que lo concedian con harta facilidad. Por aquel mismo tiempo [251], subió á la silla pontifical el sacerdote Cornelio, hombre de una pureza virginal, de singular modestia y firmeza, que habia pasado por todos los grados del misterio celestístico, y á quien hubo que violentar para que aceptase tan suprema dignidad.

Entónces empezó el cisma de Novaciano, cuya historia no es de nuestro propósito contar. Sabido es que se alzó contra la eleccion de Cornelio, que sedujo á muchos confesores hasta el punto de hacer que se separaran de su comunión; que yendo mas lejos, consiguió, por medio de odiosas maquinaciones, sorprender la buena fé de algunos obispos y hacerse nombrar por ellos sucesor legitimo de San Fabian; que apoyado en este nombramiento y el testimonio de los confesores á quienes habia seducido, turbó la paz de todas las Iglesias, y que solo le contuvo en su marcha, tan desvergonzada como insidiosa, San Dionisio de Alejandria, que fué el primero que descubrió el ardid y le rechazó lejos de él. Entre tanto, habia salido de su retiro Cipriano, y lo primero que hizo fué reunir un concilio de todos los obispos de su provincia; concilio en que se establecieron reglas que detallaban los diferentes grados de penitencia que necesitaban los diversos grados de apostasia, y enviados á Roma estos cánones penitenciales, fueron confirmados por la Sante Sede. Novaciano [es el primero á quien se aplica el nombre odioso y sacrilego de antipapa], de quien habia recibido cartas el piadoso obispo, fué rechazado del concilio y anatematizado, despues de un maduro exámen sobre la no validez de su eleccion. Condenado al mismo tiempo en un concilio celebrado en Roma, abandonado por los confesores que primero le apoyaron y que ya habian abierto los ojos, hizo una tentativa que puede decirse desesperada, volviendo á enviar á Cartago á Novato, quien efectivamente consiguió por un momento renovar allí el cisma, oponiendo á San Cipriano Fortunato, cómplice de Felicísimo y condenado con él. Los facciosos le ordenaron obispo, y tan violenta fué su conducta, tanta la audacia de sus calumnias, que por un momento turbaron y conmovie-

bien manifiesta gran horror de la injuria que habian hecho con su apostasia al misterio de la Encarnacion.

ron al papa, hasta el punto de que se quejó fuertemente del silencio que para con él habia guardado el obispo de Cartago sobre aquella ordenacion.

La respuesta que le dirigió San Cipriano ha sido interpretada de diversos modos, y muchos se han prevalido de ella para atacar la autoridad de la Santa Sede en ciertos puntos que tocan al gobierno de la Iglesia universal, procurando de este modo poner en contradiccion consigo mismo á un obispo, á un doctor, á un santo que en su tratado sobre la *Unidad de la Iglesia*, ha defendido esta autoridad suprema con las palabras de Jesucristo y toda la tradicion.

Aquí interrumpimos por un instante la vida de este ilustre siervo de Dios, esa vida que solo fué un prolongado combate, y no proseguiremos su relato hasta que hablemos de los reinados siguientes, para terminarla con su martirio.

La persecucion, que continuaba estendiéndose á todo el imperio, cuenta entre sus victimas mas ilustres á Santa Agata, de la ciudad de Catania, en Sicilia. Las actas de su martirio, verídicas en sus principales circunstancias, pero que no son bastante auténticas en ciertos puntos, despues de decir algunas palabras acerca de su belleza, su riqueza y lo noble de su raza, nos cuentan cómo supo hacer el sacrificio de cuanto podia ligarla al mundo para conservar su virginidad, que habia consagrado á Jesucristo, y el valor con que confesó su fé en medio de los tormentos que le hizo sufrir un juez inicuo é infame, el cual se habia convertido en su verdugo despues de intentar, aunque inútilmente, seducirla. Tambien se dice en ellas que fué á consolarla una aparicion milagrosa en la cárcel, donde espiró de resultas de los tormentos que habia sufrido, y que los milagros que se realizaron en su tumba, la hicieron venerar, no solo de los cristianos, sino de los judíos y aun de los mismos paganos, honrándose despues la ciudad de Catania con hacerla su guardiana y protectora.

Dos años y seis meses habia que imperaba Decio, y torrentes de sangre cristiana habian inundado el imperio; empero la fé de Cristo triunfaba de los tormentos y de la apostasia de los débiles. El año 251, hallándose este emperador sobre la frontera del Danubio combatiendo á los godos que saqueaban la Tracia, Gato le vende, y de acuerdo con los bárbaros, le hace penetrar con su ejército en un sitio pantanoso, donde hundiéndose su caballo, perece á los cincuenta años de su edad, y su hijo perece con él. Gato, que le habia hecho asesinar, usurpa el imperio. Apenas muere Decio, el persecuidor impío que acababa de asombrar el mundo y á quien los cristianos miraron como un castigo del cielo, la Iglesia vuelve á respirar libremente; empero la prueba del martirio no se ha acabado. Tres persecuciones aun debian ensangrentar la blanca túnica de la esposa de Jesus!!!

desolaba las provincias todas del imperio romano. Los paganos miran en aquel azote la cólera de los dioses, á quienes ultrajaba el culto cristiano, y nuevos edictos de Galo y Volusiano ordenan la continuacion de la persecucion y exterminio del cristianismo. El papa Cornelio fué el primero que en Roma confiesa á Jesucristo; su ejemplo reanima á los pusilánimes hasta el estremo de que todo el rebaño se reúne á su pastor, y muchos de los que cayeron en tiempo de Decio, se levantaron de su caida, gracias á la intrepidez de su confesion. Cornelio fué desterrado á Centumcelles [hoy *Civita-Vecchia*], poblacion situada á orillas del mar, á 45 millas de Roma, y allí fué donde Cipriano, cuyo nombre resonaba entonces en el Círculo de Cartago, le dirigió una carta, en la cual no solo le felicitaba, sino á toda la Iglesia romana, por el glorioso ejemplo que acababa de darle. En esta carta, llena de sentimientos de piedad, resignacion y una efusion que puede decirse brotaba de su corazon, dice que es un signo característico, propio únicamente de la verdadera Iglesia, el que los perseguidores, mientras se encarnizaban persiguiendo á los católicos, dejaban en paz á Novaciano y sus secuaces.

Hipólito, sacerdote que habia renegado de la fé y abrazado el cisma de Novaciano, borra sus errores derramando generosamente su sangre.

Cuando le llevaban á la muerte en compania de su gente y familia, preguntáronle los fieles qué iglesia tenia por santa y verdadera, la de Cornelio ó la de Novaciano: "Huid, respondió, huid del cisma execrable de Novaciano, y volved á entrar en la Iglesia católica; agrupaos en torno suyo, pues es la verdadera y única, la que Cristo ha fundado, la que confesó Pablo, y es presidida por la silla pontifical de Pedro. Lo que he enseñado, lo retracto, y de pecador transformado en mártir, proclamo santo y venerable lo que he acusado de falso y contrario al culto de Dios." De este modo apartó á su gente del camino peligroso que conduce al abismo, el que en un principio la condujo á él, y que se separó de motu proprio.

Presentáronle al gobernador de Roma, que tenia su corte en Ostia, divirtiéndose en perseguir á los cristianos, y que habia salido de dicha poblacion pocos dias antes, y viajaba por los pueblos inmediatos como la peste, llevando la muerte á todas partes. Así proseguia la obra de exterminio que habia empezado, y no contento con haber empapado en sangre cristiana la arena del Círculo, el Foro y los *Rostris*, iba á buscarla en las orillas del mar Tirreno y el puerto de los romanos. Estaba sentado en un tribunal elevado, en medio de un círculo de verdugos y de instrumentos propios para dar tortura, y delante de él habia un tropel de cristianos, flacos, estenuados, y que llevaban en sus pálidos rostros el sello de todos los horrores de la cárcel que acababan de dejar. Oíanse resonar las cadenas, caer y volver á caer con un ruido sordo las varas, y silbar como el granizo los látigos de las apretadas correas. Las uñas de hierro penetraban en los costados de los mártires, y removiendo el fondo de las entrañas, desgarraban el hígado ó el corazon!

Entre tanto, el juez seguía su camino, temblando de rabia y furor, en medio de los cansados verdugos, porque ninguno de los siervos de Cristo desmayaba en la lucha. "Hasta, verdugos! esclamo: deja á un lado la uña de hierro y el látigo; puesto que es inútil el tormento, apémosnos á la

CAPITULO IX.

Hostiliano, Galo y Volusiano, emperadores.—Continúa la persecucion.—Innumerables mártires en Roma.—San Hipólito.—Emiliano, emperador.—Valeriano y Galieno, emperadores.—Paz momentánea de la Iglesia.—Concilios.—Valeriano persigue la Iglesia.—Octava persecucion.—Mártires en Egipto.—En Africa.—Mártirio de San Cipriano.—Mártirio de Sisto II y de San Lorenzo.—Mártires en Espana.—Mártirio de San Fructuoso, obispo de Tarragona.—Mártires en Cartago.—En Numidia.—En Roma.—Mártirio de Nicéforo y apostasia de Saporio.—Mártirio del niño Cirilo.—Confesion de San Félix de Nola.—Valeriano, prisionero de Sapor.—Su muerte.—Galieno, emperador unico.—Imperio de los treinta tiranos, sus competidores.—Galieno da la paz á la Iglesia.—Su carta á los obispos.—Continúan en algunas provincias los mártires.—Mártires de San Marino.—Mártires en Alejandria.—Claudio II, emperador.—El cristianismo comunicase á los bárbaros.—Aureliano, emperador.—Novena persecucion de la Iglesia.—Teito, Florian y Probo, emperadores.—Caro, Carino y Numeriano, emperadores.—Mártires durante su reinado.—Herodia de Menez.—Su muerte.

[251 á 253.] Despues de la trágica muerte de Decio, el impío perseguidor que acababa de asombrar el mundo, el imperio se coagulase y estremeció en todos los puntos de su vastísima circunferencia. En todos lados, entre los generales y el ejército, circula un deseo, una fiebre de mando, que no cede sino á la audacia de la ambicion, ó la bajeza de los medios. GALO, que habia hecho asesinar á Decio y su hijo primogénito en las lagunas de la Iliria, valiéndose de una maniobra pèrfida y concertada con los bárbaros; GALO, á quien las tropas de Panonia y de Mesia osan llamar *Augusto*; GALO, que habia deshonrado á Roma, concluyendo un vergonzoso tratado de paz con los godos, es el mismo GALO que el senado acepta, demastado dichoso de obedecer á la ley del mas hábil ó el mas fuerte. Asoció al imperio á HOSTILIANO, hijo segundo de Decio, y nombró César á VOLUSIANO, su propio hijo. El hijo de Decio fué muy pronto á acompañar en la tumba á su padre, víctima de la desoladora peste que

muerte. Que este sea decapitado! poned á aquel en una cruz, para que los buitres vengan á sacarle los ojos estando vivo! encended una hoguera y arrojad en ella á los demas; atad á los que queden en los bancos de una barca podrida y llevadla á alta mar para que se la traquen las olas, y los impíos que se hallen en ella beban la muerte con el agua salada, siendo su sepulcro el vientre de los monstruos marinos!"

Cuando el anciano llegó al pie del tribunal, fué desenfrenada y furiosa juventud que le escoltaba exclamó: "¡Aquí está el geto de los cristianos: caiga la cabeza de esa secta impía, y caerá herida de muerte! Inventemos para él un suplicio nuevo que haga temblar de espanto á los que tengan la tentación de imitarle!—¿Cómo se llama ese hombre? preguntó el gobernador.—Hípólito, respondió la multitud.—Buen nombre, repuso el juez: que muera desecarizado entre cuatro caballos como el hijo de Teseo!"

Apenas habia hablado, cuando llevaron dos potros que jamas habían sufrido la brida, cuyas crines nunca habia acariciado la mano de un pafrenero, ni sentido la espuela ni el látigo de un ginete. Atado el mártir por los pies á los caballos, aguijoneados y asustados con la gritería, parten á galope con la velocidad del rayo.

Las últimas palabras que se oyeron fueron éstas: "Se llevan mi cuerpo; ¡oh, Jesús, llevate mi alma!" Entró tanto los caballos continúan su rápida carrera, desfilándose como el viento por en medio de los bosques, trepan hácia las rocas, pasan á nado los torrentes y los rios, dirriban los setos y se abren camino entre los verdes trigos. Ningun obstáculo paraliza ó contiene la violencia de su carrera. A cada salto, el cuerpo del mártir se destroza, sembrando el camino los pedazos de carne que le arrancan las puntas de las rocas y las zarzas.—Un reguero de sangre se estiende y se muestra bajo el galope de los caballos, y marcan el camino por donde ha pasado.

La persecucion sigue con toda su fuerza: Roma pagana inmola al pié de los altares de sus falsas divinidades á todo un pueblo de cristianos. Algunos sepulcros de esta época tienen escritos en las catacumbas los nombres de los muertos que en ellos yacen; empero hay otras tumbas silenciosas que ni aun revelan el número de los que en ellas depositó entónces la fé de los fieles. Solo bajo un monton de arena, dice Prudencio que se enterraron en esa época ochenta cadáveres de mártires. ¡Solo Cristo sabia sus nombres; sus epitafios estaban solo consignados en el cielo!"

El santo papa Cornelio muere en su destierro en este mismo año 252, y tiene por sucesor á Lucio, uno de los sacerdotes confesores desterrados con él, y que á los pocos meses despues recibe la corona del martirio.

A Lucio sucede Esteban, que gobierna la Iglesia por mas de cuatro años.

La peste que affligia al imperio continúa por quince años la desolacion y los estragos, siendo éstos para los cristianos una nueva ocasion de manifestar su caridad, y un instrumento con que la misericordia divina convertia á un gran número de infieles.

En Cartago, Cipriano, saliendo de su destierro, se consagra á consolar á los pueblos en medio de una peste terrible procedente de la Etiopia, que llena de consternacion toda el Africa. Ya los paganos huian, dejando

á sus parientes y á sus amigos luchar en vano contra tan terrible azote; Cartago no iba á ser pronto mas que una ciudad de duelo, de lágrimas y de desolacion; Cipriano permanece tranquilo, y en esta peste no encuentra mas que un nuevo medio de prueba: en todos los desgraciados que sufren no ve mas que hijos de Dios; cristianos y paganos son iguales á sus ojos; á todos los rodea con el mismo afecto, con la misma ternura; á todos recomienda que se amen y se quieran, mandando á los unos que salven á los otros: entónces se dividen los cargos; los ricos dan á los pobres, los pobres sirven á los ricos. Bajo la direccion é influencia del santo obispo, bien pronto las ciudades y provincias de Africa, no son mas que una inmensa casa y una gran familia, en que todos los individuos se deben y se prestan mútuo socorro.

Tanta solicitud, tanto cuidado por las poblaciones, parecian deber conciliar al obispo de Cartago, al ménos la benevolencia de la autoridad política; empero no fué así. Sin embargo, al mismo tiempo que la peste devastaba el imperio, los bárbaros lo invadían por todas partes, y mientras que Galo y Volusiano, en medio de las grandes calamidades públicas, permanecían entregados á las delicias de Roma, Cipriano tuvo otra ocasion de mostrar cómo los cristianos se vengaban de sus perseguidores. Los de Cartago, á invitacion suya, le entregan sumas considerables, las cuales emplea en rescatar los cautivos hechos en la Numidia, y no examina para rescatarlos si eran cristianos ó paganos.

Los dos emperadores, comprando vergonzosamente de los bárbaros unas falaces treguas, casi tan pronto violadas como hechas, estaban imprudentemente lejos del campo de batalla; la fortuna iba á cambiar para ellos. Un moro llamado Ewitrano habia alimentado por largo tiempo la esperanza de ser emperador; y cuando crece que es llegado el momento de manifestarse, junta los soldados; los representa cuánta vergüenza hay en pagar el tributo á los bárbaros; excita su entusiasmo, inflama sus almas á nombre de la antigua Roma; se precipita sobre los godos, y arrojándales de la Mesia mas allá de las fronteras del Danubio, reviste la púrpura imperial.

A esta noticia, Galo quiere resistir á su rival; empero en vano le hace declarar enemigo público por el senado; en vano envia contra él sus legiones de la Gália; en vano Galo mismo marcha á su encuentro; Galo es muerto con su hijo (255), despues de poco mas de un año de reinado, y el nuevo emperador corre á oír confirmar en Roma el título que acababa de recibir, para ser asesinado cuatro meses despues por aquellos mismos soldados que le habian dado la corona.

Galo habia encargado al censor Valeriano que trajese en su socorro las legiones de la Gália ó la Germania; llegó tarde para salvarlo; empero resolvió vengar su muerte. Los soldados que habian proclamado á Emiliano, no vieran otro medio de evitar la guerra civil, mas que asesinarle á su vez; y los dos ejércitos reunidos proclaman á Valeriano, que sube al trono con una inocencia rara en un siglo de revoluciones.

Hacia muchos años que el imperio caminaba rápidamente á su decadencia. El continuo cambio del poder en manos de los soldados; las alternativas de prosperidad é infortunio que los Césares habian tenido que sufrir; la inmoralidad que reinaba por todas partes; todas estas cau-

sas habían debilitado la disciplina, enervado el respeto á la autoridad y adormecido las inteligencias á las almas mas ardientes. Todas las partes de la sociedad romana se hallaban en disolucion; el individualismo era todo; el bien público nada, para los que su nacimiento, su valor ó sus talentos distinguían; diríase que una voluntad irresistible se hallaba impaciente por disolver el imperio, secando cuanta savia social podia existir en sus entrañas; y sin embargo, no eran estas las solas causas de ruina que le amonzaban. Desde la destruccion de Cartago, no habia cesado Roma de estenderse en todas direcciones; era en el antiguo mundo, lo que seria hoy un pueblo privilegiado, que tuviese el monopolio esclusivo de la fuerza y de la conquista; empero fuera de las naciones vencidas, existian poblaciones que ocupaban el Norte de la Europa, y que en su salvaje ignorancia de las civilizaciones extranjeras, guardaban en el seno de sus bosques el adético vigor de los hombres primitivos: allí moraban los germanos, los quernacos, los tentores, los suavos, los sicambros, los cuados, los marcomanos, los francos, los godos y otras tribus y familias, que por ser desconocidas hoy, no por eso ocupaban ménos un vastísimo territorio; y todas estas gentes, eran las que debían probar al mundo cuán falaz y cuán vano era el oráculo que habia prometido á Roma un imperio eterno.

En efecto; apenas Valeriano se senta sobre el trono, convencido de su debilidad, á causa de sus sesenta años, para dirigir el Estado, asocia á su hijo Galieno al imperio. Las circunstancias exigían un monarca guerrero; y el censor romano debió haberlo elegido entre tantos dignos caudillos, capaces de consolidar el trono y hacerlo recordable á la posteridad; pero no fué así. Casi todas estas hordas de bárbaros se sublevaron; los suavos y los sicambros atraviesan la Rechia, pasan los Alpes, y vienen á plantar sus estandartes hasta Ravena; los alemanes llevan la desolacion á las Galias, ayudados de sus aliados; los godos y los burgundos saquean el Ponto, una parte del Asia Menor, y vienen á Europa á poner á sangre y fuego la Grecia, la Macédonia y las provincias inmediatas; los marcomanos y los cuados devastaban la Panonia y la Dacia, mas alla del Danubio. Tanto fué el terror que se apoderó de todos, que los atenienses reedificaron sus murallas, cerraron su estrecho de un mar á otro: parecia resultar en los decretos de la Providencia que esta época fuese el ideal de la desgracia y del oprobio del nombre romano.

Valeriano tuvo la suerte, por medio de sus generales, de rechazar en todos los puntos, y de hacer retirar á sus bosques y desiertos á los bárbaros; se manifestó al mismo tiempo mas favorable á los cristianos que ninguno de cuantos emperadores le habian precedido, aun sin exceptuar á Filipe; y el cristianismo era profesado libre y públicamente hasta en su mismo palacio.

Aprovechándose los obispos de esta paz para afirmar la disciplina de la Iglesia, quemada por tantas apostasias y desórdenes de todo género, como habia hecho nacer la última persecucion. Reunieronse varios concilios, y Cipriano, obispo de Cartago, no se manifestó el ménos ardiente en resolver las grandes cuestiones de la Iglesia. Entonces se suscitó entre él y el papa Esteban, la discusion tan célebre en la historia

eclesiástica, sobre el bautismo conferido por los hereges, discusion en que tomaron parte San Dionisio de Alejandría, Firmiliano de Cesarea, en la Capadocia, á quien la Iglesia ha colocado tambien en el número de los santos, y otros varios obispos de Africa y de Oriente, mas ó ménos inclinados á la opinion del de Cartago, opinion enteramente opuesta á los de la Santa Sede. En una vida tan perfecta como la de Cipriano, esta discusion, conducida con demasiada viveza contra los decretos del sucesor de San Pedro, es una mancha, y es al mismo tiempo una prueba mas de la supremacia de la silla apostólica, pues que la doctrina de Esteban, fundada en la verdadera tradicion, fué la doctrina general de la Iglesia, y los padres de los siglos posteriores, entre otros San Agustín, no han podido justificar á Cipriano sino suponiendo que es estremadamente probable se retractase de su error antes de su muerte: el hecho cierto es que el papa Esteban no tuvo el consuelo de ver terminada esta diferencia antes de morir.

Tres años despues de la paz que habia dado á la Iglesia Valeriano, guerrero hábil, empero príncipe débil é irresoluto, y enteramente entregado á los consejos de un enemigo del cristianismo, el traidor Macrino, que desde entonces maquinaba su esterminio, fué arrastrado por este hombre á declarar la persecucion á los que tanto habia protegido; y con él comienza la octava persecucion de la Iglesia, no ménos violenta que la que acababa de terminar, y de la cual nos han quedado tambien numerosos documentos.

Macrino era uno de esos hombres que con algunas buenas cualidades y muchos vicios, crecen y se elevan muchas veces al lado de los príncipes; así es, que fué uno de los personajes mas importantes de su siglo. Empero Macrino queria mas todavía; queria sentarse sobre el trono; inclinado á la magia, fué en las quimeras de esta ciencia donde nutrió su ambicion: á la magia creía deber la predestinacion de toda especie de supersticion; los aborrecía como un obstáculo insuperable á sus mas queridos proyectos. La persecucion comenzó, pues, por ser terrible, horrenda, mas horrenda aún que la de Decio. A la época esta, los cristianos no ejercían su culto sino en los cementerios; sobre las tumbas de los mártires era donde iban á aprender á confesar á Jesucristo, y á vivir segun su ley.

De repente los diversos procónsules dan la orden de condenar las ceremonias del culto cristiano, y de todos los que eran de una religion diferente al mismo tiempo prohiben á los cristianos retirarse y entrar en los lugares fúnebres que habian guardado como el último asilo de su piedad, y ordenan que se envíe al destierro á todos los que no obedezcan su voluntad y mandatos. Aspasio Paterno, que era gobernador de Africa, hizo comparecer ante sí al obispo Cipriano, y lo condenó al destierro.

Así como los pontífices tenían el primer lugar en la santa gerarquía de la Iglesia, así tambien estaban como predestinados de antemano al martirio. El suplicio del papa Esteban abre la persecucion de Valeriano; Sixto II de este nombre le reemplaza, y se le vió, aceptando con alegría este destino, en que era casi inevitable la muerte para aquellos sucesores de San Pedro, ocuparse únicamente de los intereses de la Iglesia; de la

salvacion de las almas y de la propagacion de la fe, como hubiera podido hacerlo en el seno de la paz mas profunda.

Mientras que marchaba, así con paso firme hacia la inmortal corona del martirio que le aguardaba, en Egipto se presentaba delante del tribunal de los procónsules el ilustre obispo de Alejandria, Dionisio, que habia escapado al martirio bajo Decio, y á la espada de sus verdugos; sostiene con valor la fe de Jesucristo, y es desterrado á un áspero desierto; destierro que duró dos años, es decir, hasta el año de 260 en que Galieno hizo cesar la persecucion, viviendo aún despues cuatro años mas.

Artajerces, rey de los sansanides, el cual fué hijo de un soldado persa y de la muger de un tundidor llamado Babeo, habia puesto fin al imperio de los partos por su victoria sobre su rey Artaban, y habia casi refundido el antiguo imperio de Dario. Despues de su muerte, su hijo Sapor I se habia apoderado de Nisive y de Carres, dos ciudades que pertenecian á los romanos, y no aspiraba nada ménos que á reconstruir el imperio de Dario en toda su integridad. Sus tropas hacian incursiones en la Siria y en la Capadocia, y habian puesto sitio á Desá, cuando el emperador Valerio resolvió medir sus armas con él.

Macrino acompañaba siempre á Valeriano como su genio fatal, como el demonio que le inspiraba. No satisfecho de lo que habia obtenido de su soberano once meses antes contra los cristianos, apenas habia llegado al Oriente, hace dar un nuevo decreto, ordenando que en todo el imperio se haga morir sin dilacion á los obispos, sacerdotes y diaconos; que en lo concerniente á las otras personas convictas de cristianismo, los senadores y caballeros, fuesen despojados de sus títulos y privados de sus bienes, siendo condenados finalmente á muerte si persistian; que las mugeres de los últimos perdesen igualmente sus bienes, y fuesen enviadas á un destierro; últimamente, que los libertos del César fuesen constituidos nuevamente en esclavitud y confinados á sus tierras, para ser allí sometidos á los trabajos mas rudos del campo.

Cartas en este mismo sentido se dirigen á la vez á todos los gobernadores de las provincias, y se estende instantáneamente la persecucion del modo mas terrible. El papa Sixto, que con el mayor celo se consagraba al gobierno de su Iglesia, y que con el temor de que los cuerpos de los santos Pedro y Pablo fuesen espuestos á la profanacion de los paganos, los habia hecho trasportar de nuevo á las catacumbas de Calixto, en donde ya hemos dicho que habian sido depositados; poco tiempo despues de haber cumplido con este religioso deber, fué arrancado de los primeros de estas mismas catacumbas, con algunos miembros de su clero, mientras celebraban los santos misterios; de aquellas mismas catacumbas donde Esteban, su precesor, habia consumado su martirio, como lo atestigua una inscripcion colocada en un corredor perteneciente á la parte superior del subterráneo, en la cual se lee: "En este cementerio de Calixto, durante la persecucion de Valerio, San Esteban, papa y mártir, ofrecia el sacrificio de la misa cuando llegaron unos soldados; permaneció intrépido, inmóvil, delante del altar, continuando los santos misterios que habia comenzado, y fué degollado sobre su propia silla."

Sixto fué condenado á muerte, y primero fué martirizado Cuarto, uno de sus sacerdotes. Sixto habia ocupado la silla pontificia poco ménos

de un año, y despues de su muerte la Santa Sede queda vacante por un año, á causa de la violencia de la persecucion.

Cipriano, que se hallaba en su destierro, adonde llegaron las nuevas de la persecucion, rehusaba creerlas; empeno cuando supo que el papa de Roma, Sixto, habia sido ejecutado, y que su diacono Lorenzo, cuyo sublime martirio vamos inmediatamente á referir, le habia seguido; hizo memoria de un sueño que habia tenido en Cuercus, lugar de su destierro, y despues de haber exhortado á todos los cristianos al combate, se preparó él mismo á morir.

No fué larga por cierto la preparacion. El procónsul Valerio Máximo envió soldados al retiro de Cipriano, y cuando el magnánimo obispo estuvo en su presencia, le dijo:

—Eres tú el que te llamas Tascio Cipriano?

—Sí, yo soy el que llaman así.

—Eres tú el jefe de tantos hombres sacrílegos?

—Sí; soy el jefe de los cristianos.

—Los sacratísimos emperadores te ordenan que les ofrezcas un sacrificio.

—No sacrificaré.

—Reflexiona lo que haces.

—Haz tú lo que te han mandado.

Cipriano fué condenado á ser degollado, sufriendo el martirio en 14 de Octubre del año de 257, precisamente el mismo día que lo habia anunciado un año antes. En el momento de su ejecucion lloraba el pueblo; los cristianos querian morir con su obispo; los paganos mismos sintieron su muerte, no pudiendo olvidar que en sus liberalidades en los momentos de las grandes aflicciones los habia confundido con los cristianos; Cipriano solo era el que estaba tranquilo, entregando su cuello al hacha del verdugo. ¡Qué vida y qué muerte!

Mientras Valeriano combatía á los bárbaros que invadian el imperio, Galieno, muelle y afeminado, continuaba en Roma, y la gran peste de los quince años diezaba sus habitantes; no pareciendo sino que el Eterno, en sus profundos designios, aceleraba el triunfo de la fe cristiana, enervando el brazo de los emperadores para la conservacion del imperio, y robusteciéndolo con inútil tenacidad y fiera contra los cristianos, para que diesen mayor realce al triunfo de la fe con el glorioso testimonio de su sangre. Cuanto mas débiles eran los emperadores para rechazar á los francos, los germanos, los sarmatas y los godos, que se lanzaban por el Norte, y á los impetuosos reyes del Oriente, mayor fuerza y empeno querian mostrar en dominar, solear y destruir la palabra de la verdad, cien veces mas poderosa que todo cuanto encierra la tierra y el mar del uno al otro polo; y cada vez que un santo mártir espiraba en el suplicio, recibia el imperio vaciante un ataque mas rudo que si los bárbaros circunvecinos le arrancasen un pedazo de su desgarrada púrpura, apoderándose de una provincia entera.

La cruda persecucion que los discípulos de Cristo sufrían, tenales á todos dispersos, consternados; y cual las aves que abandonando sus guardas al sentirse las primeras ráfagas de una súbita tempestad, vienen y se guarecen, y apíñan reunidas trocando sus nidos por las cuevas

mientras descarga la devastadora nube; así los cristianos se habían despararrado y ocultado en el fondo de las catacumbas durante la persecución de Valerio; y si bien alguno que otro, alentado por especial gracia divina, la arrostraba y parecía víctima de ella, los demás se hallaban refugiados, ya en las casas de algunos patricios recientemente convertidos á la fe, ya en los subterráneos y en las cuevas que habían servido de asilo en las anteriores persecuciones.

En una noche del mes de Agosto del año 261, mientras que en los jardines del palacio de Galieno celebraba la nobleza romana un suntuoso banquete y atronadora orgía, por la cruel sentencia del emperador Valeriano, en virtud de la cual iba á ser degollado dentro de pocas horas el papa Sixto II, hiriendo en su cabeza á la cristiandad entera, subía lentamente, hacia la cumbre del monte Celso, entre el silencio y la oscuridad, un joven cargado con un abultado saco de cuero, y cuyos pasos anunciaban el recelo y la fatiga: era Lorenzo, diácono del pontífice, de naci6n español, y que por encargo del papa, que en aquella misma noche iba á ser conducido al martirio, andaba buscando á sus pobres hermanos en la fe para repartir entre ellos los escasos tesoros de la Iglesia, espuestos á la rapacidad de sus perseguidores.

Vivia en el monte Celso una viuda llamada Ciriaca, en cuya casa se habia refugiado gran número de cristianos. Aquella piadosa muger se hallaba ent6nces cruelmente atormentada por dolores de cabeza, que la privaban de sentido; y despues que Lorenzo socorrió á sus hermanos con copiosa limosnas, desean6 dejar á la viuda una prueba de lo agradable que era al Señor su santa caridad, lleg6se á ella y puso ambas manos sobre su cabeza, parti6 en seguida, y antes de que empezase á bajar el monte, ya se habia levantado la muger, libre de su dolencia, del lecho en que estaba postrada, prorumpiendo en ferviente acci6n de gracias al cielo por el milagro que se habia dignado obrar con ella. Los cristianos, que con admiraci6n la cercaban, presintieron con gozo por la santidad de Lorenzo un vago y sagrado dolor, que les anunci6 pronto se verían privados en la tierra de tan caro hermano; caen todos de rodillas, y alzan juntos sus plegarias á Dios, pidiéndole con lágrimas en los ojos que amase de fortaleza aquel justo mozo, destinado á la tremenda prueba del martirio.

Apenas empezaba á alborar la mañana, ya se veía coronada de gente la via que conduce desde la cárcel Manuaria al templo de Marte, por donde habia de pasar el anciano Sixto, condenado al último suplicio. Entre la multitud que se agrupaba, se hallaba Lorenzo, al cual, cumplido ya el encargo del pontífice, acababa de distribuir las últimas monedas de su saco entre los cristianos recogidos en la cueva Nepociana, de donde acababa de salir. Un súbito rumor, que cundió por la multitud, anuncia la llegada del santo mártir, y luego sobre el general murmullo se oyó distintamente una voz que decia: "Padre, padre, no me desamparés; ya cumplí tu mandato, ya distribuí los tesoros que me entregaste; déjame ahora morir contigo; ¿por qué no te acompaña tu diácono? ¿Por qué vas sin él al sacrificio? ¿Te ha desagradado en alguna cosa? Aquel que participaba contigo de los misterios de la sangre preciosa de Jesús, ¿le rehusarás que mezcle su sangre con la tuya? Abraham ofreció á Dios

su propio hijo; Pedro se hizo preceder por su diácono Esteban; y tú, padre mio, irás á tu último y glorioso combate con tu hijo y sin tu diácono?" Lorenzo era el que pronunciaba estas palabras, acababa de romper la barrera que le separaba de su maestro, y llegando hasta él, á pesar de las guardias y de los ministros de la justicia que le rodeaban, besaba sus manos bañándolas con copiosas lágrimas. "No te dejes, hijo mio, le respondió dulcemente Sixto, antes de predicar que será tu batalla mas cruel y vigorosa; yo como viejo y de pocas fuerzas, pasaré mi carrera velozmente; empero tú, mozo y valiente, conseguirás del tirano mas glorioso triunfo."

Mientras decia esto el pontífice, el agente del emperador, oyéndole á Lorenzo hablar con su maestro de tesoros, se apoderó del joven español, y lo condujo á la presencia del gobernador de Roma. La avaricia poseía á este ministro del furioso emperador, y la sed de oro y de sangre le devoraba; pensó en la multitud de talentos de oro que le habian dicho estar sepultados en los santuarios de los cristianos, y trató de ver los medios de arrancárselos; hace conducir á Lorenzo á su presencia y le interroga: "¿Es verdad, le dice, que espléndidos montones de oro y plata relucen á la sombra de las arcas de los cristianos? Teneis la costumbre de quejaros y de acusarnos de odio y de persecuci6n contra vosotros; bien, haced callar para siempre esas quejas, yo te pido que me entregues voluntariamente lo que podia arrancarte á la fuerza. Cuentan que es regla entre vosotros el que vuestros sacerdotes hagan en cálices de oro puro sus libaciones en sus orgías, y que la sangre de vuestras víctimas huyen en patenas de plata maciza, iluminando candelabros de oro vuestras pompas nocturnas; dicen tambien que vuestros hermanos, como los llamais, deben vender sus cuerpos y sus posesiones, depositando su precio al pié de vuestros pontífices; y finalmente, que muchas veces el padre vende el patrimonio de su hijo, y el hijo deshonorado, gimo y maldice la piedad paterna. Esos millones de sextercios, esos tesoros arrancados por los sortilegios, y enterrados en los rincones mas ocultos de vuestras iglesias, ó sepultados por tí en profundas cuevas, entreguémelos; el tesoro público los reclama, el fisco está exhausto y los aguarda para pagar el sueldo de las legiones; vuestra ley misma os manda que deis al César lo que es del César, y sobre cada una de esas monedas está estampada la efigie del César; no te pido mas que lo justo. ¿Quiere acaso vuestro Dios monedas? Cuando andaba por la tierra, su boca abundaba en discursos, pero su bolsa estaba siempre vacía; observad vosotros primero lo que á los otros predicais; dad vuestros tesoros terrenales, y contentaos con amontonar las riquezas del cielo."

A estas palabras, Lorenzo ni se turba ni se conmueve; y como dispuesto á obedecer, le responde: "En verdad que nuestra Iglesia es rica; nada hay en el mundo mas opulento; el César mismo, á cuyos piés viene á rodar como un torrente todo el oro de la tierra, no tiene tantas riquezas; no rehúso abrirle los tesoros de la Iglesia; yo te revelaré todos los misterios de la opulencia de los que creen en Cristo; empero necesito tiempo para cumplir mi promesa." Estremeci6se de placer el alma avara del prefecto; en sus sueños buscaba ya el rinc6n de su casa en que podria ocultar aquel oro, del que parte pensaba sustraer en provecho propio;

dejó, pues, á Lorenzo en libertad, dándole de término tres días, y prodigiándole las mayores alabanzas.

Durante estos tres días, el diácono discurreó por las calles y cuarteles de Roma, reunió un pueblo entero de mendigos, y como el rey de la parábola, los agrupó tras sí, les pasó revista, y los colocó en una línea delante de la iglesia. Espiró el término concedido, y el juez ansiaba el momento de apoderarse de tantas riquezas. Llegóse á él Lorenzo: ven acá, le dijo, sígueme; y admira las riquezas del santuario de mi Dios; tú verás á lo largo del atrio una espléndida fila de vasos de oro macizos, y sobre las losas entrelaizadas de los pórticos, verás apilados talentos y sextarios. El gobernador le sigue, llega á la puerta sagrada, y una asquerosa tropa, una apiñada muchedumbre de mendigos la llena y se escalona sobre sus gradas, saliendo por do quiera voces lamentables y gemidos. Tárbase el prefecto, y lanza rayos de ira su ojo irritado. «¿De dónde viene tu furor? le dice el diácono: ¿no tienes sino desprecio para esos harapos y para esas flaqueas? El oro que quema tus entrañas con una sed inextinguible, no es más que un barro cocido, á quien el sol ha dado ese color amarillo, y estraido de las arenas toscas de una piedra fangosa. Ó bien de las arenas que los ríos ó torrentes precipitan en sus aguas sucias, y que necesitan del fuego para purificarse: ese oro que desflora el pudor, que viola las leyes más santas, es también el oro que paga la mentira y la traición. ¿Por qué tanta sed por ese veneno? ¿Quieres ver oro puro, oro virgen y sin mezcla? Pues mira ese grupo doloroso: he ahí el camino verdadero de la luz; lo que se arrastra en un cuerpo enfermo y medio muerto, es el sepulcro de un alma vivificada con la vida de Jesucristo; la agonía de la carne vivifica y rejuvenece el espíritu; el vigor de los miembros le debilita y abate. ¡Ah! si me dieras la elección, cómo entregaría este cuerpo al dolor y á la podredumbre, para guardar bajo su mutilada y sangrienta cubierta la belleza interior é invisible del alma! Compara las enfermedades del cuerpo y la del alma; sonda sus dolencias: ¿cuáles son más infestas y asquerosas? Esos polvos que desleñas y que te causan tanto horror, se despojarán bien pronto, cual si fuese de una escama, de sus miembros sangrientos y asquerosos; informes harapos que encubren la juventud eterna de la resurrección! He aquí nuestras riquezas, tómalas; enriquece con ellas al emperador y á Roma!...»

«¿Te burlas de nosotros, esclama el prefecto temblando de rabia: nos insultas y tu cabeza no ha caído aún! ¿Ores, vil burlón, haber dicho impunemente tus sarcasmos? Mi dulzura sin duda te hace atrevido, y has creído poderme entregar sin peligro á la burla y á la risa de todos. ¿Piensas que las hachas no son más que un vano símbolo, y que está embotado el filo de las hachas proconsulares? ¿Desearás la muerte! empero no voy á satisfacer tu deseo; un golpe de hacha no concluirá tu vida, ni la muerte que te preparo es una muerte lenta y múltiple, que te hará morir, para revivir y morir otra vez.» Mandó tenderle en el culeco ó caballo, y que le desgarrasen los miembros á azotes, descuyntándole los brazos y los pies, ínterin meditaba un suplicio más atroz, inaudito.

Conducido á la prision desde la casa de este horrible suplicio, y mientras agitaba convulsivamente sus maltrados miembros arrastrándose sin fuerzas sobre las ensangrentadas losas, donde yacía, entró de repente en su

cárcel un soldado que traía un vaso de agua, y arrojándose á los pies de Lorenzo, piedad, esclamó, santo héroe; ten compasión de mí y bautízame.

—¿Quieres tú también ser cristiano? le preguntó Lorenzo con una inefable sonrisa, muy superior á toda expresión de júbilo en la tierra. Sí, replicó el soldado, llamado Roman; tu Dios es el mío; en él quiero vivir, porque es el único ante quien puede prosternarse la criatura.

—¿Dónde supiste de él?

—Hoy en tu martirio.

—¿Quién te lo enseñó?

—Mis propios ojos: en tanto que tú yacías en el lecho del tormento con los miembros descuyntados, que un frío sudor corría por todos tus músculos y bañaba tu frente, tendida por la sombra livida de la agonía, tu boca empezó á murmurar palabras desconocidas, é hiriendo de súbito mis ojos un resplandor que de los cielos bajaba velando tu cabeza, llegó un manco muy hermoso, cubierto con una túnica blanca; se paró junto á tí, y con un lenzo finísimo fué limpiando el sudor de tu rostro y de tu cuerpo; este manco era Jesús, á quien llaman Cristo; y aquellos resplandores, que reflejaban una blanca paloma, era el Espíritu de Dios Padre que descendía sobre su Hijo.

Incorporándose Lorenzo, se volvió hácia el soldado, y le bendijo con fraternal amor. Este soldado recibió pocos días después la corona del martirio. Al día siguiente dijo el prefecto á Lorenzo: «Que traigan un brasero ardiendo; pero que bajo la ceniza sofoque la llama, para que no devore demasiado pronto tus entrañas; que los carbones te consuman poco á poco, y que el suave soplo de las brasas cuezas y queme por grados tus miembros. Bueno es que el jefe de estos cristianos haya caído en mis manos; yo les haré ver lo que les aguarda; sube al lecho que te preparo para tu sueño, y cuando estés en él, argumenta á tu placer, y discute si Vulcano es un Dios ó no.»

Los cuestionarios arruican al mártir su túnica, y le estienen atado sobre unas parrillas. Una luminosa aureola se cotea sobre su cabeza, y su faz se ilumina como la de Moisés al bajar del monte Sinai. Aquella aureola, en la última hora, se dejó ver también sobre la frente del primer diácono Esteban, cuando al través del diluvio de piedras que le arrancó la vida, veía entreabrirse el cielo.

El olor de la carne abrasada del mártir, era para los paganos un va por fétido y vengador; para los cristianos una perfumada brisa. Cuando el lecho de fuego abrasó la mitad de su cuerpo, el mártir se volvió á un lado y dijo á su juez:

—«Ya estoy bastante asado de este lado; volvedme del otro. Vulcano ha cumplido bien su oficio!» El gobernador ordenó que le volvieran; y el mártir, un instante después: «Ya está cocida, le dijo, come y prueba si la carne de los cristianos es mejor asada que cinda.»

Habló así, y con una sonrisa de burla en sus labios, levantando los ojos al cielo, y compadecido de Roma, exclamó: «Tú ¡oh Cristo, Dios Eterno, esplendor y luz del Padre, creador del universo, tú que has puesto en haz en las manos de Roma todos los cetnos de la tierra, y que has hecho arrodillar al mundo ante su toga Quirinal, para que todas las

naciones viniesen y confundiesen en ella sus lenguas, sus costumbres y su genio, preparando así un pueblo hecho para tí en el porvenir, haz cristiana esta Roma, oh Cristo, y bautiza esta cabeza del mundo, de que las otras naciones son miembros, á fin de que regenere la tierra: el senado adora aún los dioses de la Frigia, y los penates de Troya, que destrerrados de su patria, encuentran un asilo en los hogares de Roma: que Rómulo sea cristiano, que Numa crea en el Evangelio los dos principes de los apóstoles han tomado ya posesion de ella, y reinan en tu nombre; y el uno te has considerado como el evangelista de las naciones, el otro te has sentado en la silla suprema, y te has dado las llaves de las puertas de la eternidad! huye, oh viejo dios caduco, infame Júpiter, huye lejos de Roma libertada por Cristo!...

Dos hermanos, á quienes el espectáculo de su agonía habia convertido para Cristo, despues de la muerte del glorioso mártir cargaron sobre sus espaldas los sagrados despojos, siendo sepultados en un cripto situado sobre la via Tractina, y que pertenecia á Santa Ciriaca, cuya ilustre vida tenia allí tambien su sepultura.

Este gran favorecedor de los pobres fué enterrado con la cabeza envuelta en un lienzo de que él se habia servido para enjuagarse los pies. Cuando se abrió su sepulcro, antes de ser trasladado á la antigua basílica edificada en este mismo sitio, las cenizas y los huesos calcinados que se encontraron dieron un nuevo testimonio que servió para tan bárbaro suplicio, quedó despues andando los siglos, perpetuada en la planta de una de las mas grandiosas fabricas de la cristiandad, erigida entre los montes del Escorial, en memoria de aquel ilustre mártir, gloria de España, y mas particularmente de Huesca, lugar de su nacimiento; y este santuoso monumento, que atestigüa las glorias de España y la prudencia de su rey Felipe II, es reputado por la octava maravilla del universo!

Aunque no ha quedado ningun monumento de los mártires que perecieron en España, donde el cristianismo habia sido traído desde los tiempos apostólicos, todo induce á creer que la persecucion desde Decio y Valerio fué muy activa y violenta; y tenemos por testimonio una carta escrita á nombre de San Cipriano y otros obispos de Africa, en la que pedia que se depositase á dos obispos españoles, Marcial y Basilio, convictos de haber tomado billetes ó libelos de idolatria.

El establecimiento de la religion cristiana en España data, pues, desde los tiempos apostólicos. Los santos Torcuato, Segundo, Jandelecio, Cecilio, Eusebio y Eufresio, fueron ordenados obispos por los santos apóstoles y enviados á España para predicar la palabra de Dios; y despues de haber evangelizado diversas ciudades y convertido casi toda la España á la fe de Cristo, permanecieron en diversas provincias. Se sabe ademas lo que San Pablo y sus primeros sucesores hicieron para establecer el cristianismo mas acá de los Pirineos y en otros muchos países.

Las primeras actas auténticas de los mártires que se encuentran en España, son las de San Fructuoso, obispo, y sus dos diáconos Auguro y Eologio. Arrestado en Tarragona el obispo Fructuoso, bautizó en la misma prision, antes de ser conducido al tribunal, á Rogesiano. El prefecto Emiliano intimó al santo obispo y á sus diáconos que ofreciesen

sacrificio á los dioses; empero negándose valerosamente á ello, fueron condenados á ser quemados vivos.

Conducido al anfiteatro, su lector Augustal se aproximó á él con las lágrimas en los ojos, suplicándole le permitiese descalzarle; pero se resistió el santo mártir, asegurándole que tenia fuerzas para hacerlo por sí mismo, por la alegría que le inspiraba ver el cumplimiento de las promesas del Señor. Uno los cristianos, llamado Félix, se aproximó á él mientras se descalzaba, rogándole con lágrimas en los ojos que se acordase de él; Fructuoso le responde en alta voz, de manera que pudo ser oído de todos: "Debo acordarme de toda la Iglesia católica, esparcida por la tierra desde el Oriente al Occidente." En medio del anfiteatro, ya colocado sobre la hoguera: "No temais, dijo á su pueblo, que Dios os abandone por la falta del pastor; vuestros sufrimientos pasarán muy pronto;" y lo mismo que los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia, cantando las alabanzas del Señor, el santo obispo y sus diáconos, estendieron al cielo sus manos, figurando así como una imagen del trofeo de la cruz, y exhalaron su último suspiro.

La persecucion redobló su violencia en Africa, y la ciudad de Útica ofreció en muchos de sus fieles un ejemplo de heroísmo para siempre memorable. Un gran número de ellos, llamados delante del gobernador, confesaron todos la fe, conservándose inalterables en sus creencias; empero el cruel gobernador les ofreció la alternativa, ó de ofrecer incenso á los ídolos, ó de ser arrojados á un inmenso foso que habia hecho llenar de cal viva. No tubieron los mártires, y sin darle mas respuesta corrieron con el mayor entusiasmo hacia el foso; precipitáronse en él, y fueron sus cuerpos consumidos por la cal. Cuando se estrajeron las reliquias de los mártires, que no formaban sino todo un cuerpo con la cal, se les llamó la masa blanca. Eran cerca de trescientos; la mayor parte de sus nombres permanecen ignorados; pero se han conservado los de los principales, que son: Nemisio, Félix, Lucio, otro tambien llamado Félix, Lideo, Polion, Victor, Jader y Dativo.

En Cartago, el procurador del fisco, Solon, suscita con sus maniobras secretas una conmocion popular contra los cristianos, y hace arrastrar á ocho, cuyos nombres ha conservado el martirologio, y que perecen con la mayor constancia publicando la fe de Jesucristo: Lucio, Montan, Liviano, Julian, Victorico, Primato, Reno, y Donaciano, que apenas bandido muere en la prision, tomando tambien su corona de mártir en las fuentes bautismales.

En Numidia, Santiago y San Mariano perecen en medio de los tormentos mas horrosos, habiéndoles predicho el Señor su triunfo en una celeste vision, en que un ángel presentó á cada uno un cedidor de púrpura para que cifieran con él su cuerpo el dia de la lucha.

Agapio y Secundino, obispos, perecen tambien; y son martirizadas con ellos dos vírgenes, Tertura y Antonia, que Agapio amaba con sí fueran sus propias hijas. El dia antes de su suplicio, un niño, que tres dias antes con su madre y sus dos hermanos gemelos habia padecido el martirio, se apareció á los santos obispos, manifestándoles que debian alegrarse, porque al dia siguiente estaria con ellos en el cielo: el niño llevaba al rededor del cuello una guirnalda de rosas.

Los cristianos eran perseguidos en todas las provincias; empero sus nombres no constan en todos los documentos que forman el magnífico martirologio de la Iglesia.

En Roma, la virgen Anastasia, de una ilustre familia, espira en medio de los mas horribles tormentos, y tiene por compañero de su martirio un joven cristiano llamado Cirilo, quien sintiéndose desfallecer y habiéndolo arrancado la lengua, pide por señas un vaso de agua y se apresuran á hacerle este último servicio. En la misma ciudad es martirizado el diácono Marcelo; el solitario Hipólito; Paulina su hermana; Adrias su marido; Leon, María y sus hijos, y con ellos el escribano Máximo, enviado para arrestarlos, y á quien habian convertido por un milagro; la virgen Eugenia, célebre entre todas las vírgenes romanas, que fué enterrada en el cementerio de Apromio, y á quien acompañaron en el martirio San Proto y San Jacinto, dos hermanos admirables que pertenecian á su misma familia; Santa Rufina y Santa Secunda, dos vírgenes de una familia senatorial, que refusingo apostatar, perecieron despues de los tormentos mas terribles, la primera degollada y la segunda por un golpe de espada que la hendió la cabeza.

En Cesarea de Palestina, tres hombres de los mas considerables de esta ciudad, Prisco, Marco y Alejandro, fueron ellos mismos á ofrecerse espontáneamente á los perseguidores. Habitaban juntos una casa de campo á alguna distancia de la ciudad, y habiendo sabido el valor con que algunos de sus hermanos confesaban á Jesucristo, acusáronse á sí propios de debilidad y de perder la ocasión de arrebatr la palma del martirio; marcharon á Cesarea, se presentaron al juez y se declararon cristianos; fueron condenados á las fieras, siendo martirizada del mismo modo con ellos una muger que habia vuelto á la fe católica despues de haber pertenecido á la secta de los marcionistas.

La ciudad de Antioquia presenta un ejemplar en que se manifiesta en todo su brillo una de las virtudes heroicas y nuevas que el cristianismo habia proclamado á la faz del mundo, el perdón de los enemigos. Habia un sacerdote llamado Sappirio y un lego llamado Nicéforo: ambos se amaban como hermanos; era tal su amistad, que parecian gemelos engendrados por el mismo padre, y que hubiesen habitado juntos las entrañas de la misma madre. Largo tiempo vivieron en tan estrecho amor; empero sobrevino una enemistad entre ellos, y un odio desencadenado sucede al antiguo afecto, hasta tal punto, que hulla el uno del otro como á la vista de una serpiente. Nicéforo hizo rogar á Sappirio que depusiese su odio; empero éste no quiso perdonarle. En vano envia nuevos mensajeros, en vano se humilla ante él; aquel hombre de corazon duro é implacable, permanece sordo á la voz fraternal, sordo á la voz de Cristo que le gritaba: perdona y serás perdonado á tu vez; si no remites á tu hermano la ofensa que te ha hecho, tu Padre celestial no te remitirá á ti las ofensas que hayas hecho contra él. Rechaza á los que le suplican por su amigo hasta por tercera vez.

En vano Nicéforo desolado corre á casa de Sappirio y se prosterna á sus piés: este hombre de corazon inexorable, no quiere perdonarle, cuando á la primera palabra, como cristiano, como sacerdote, debe haber sofocado su odio y haber estrechado en los brazos á su hermano. Sappirio

es arrestado y conducido al tribunal del procónsul como cristiano; confiesa generosamente la fe de Jesucristo; resiste á los tormentos de la tortura, y es condenado á ser degollado: pronunciada la sentencia, sale Sappirio del tribunal, marcha derecho al lugar del suplicio y estiendo su mano hácia el tormento sangriento del martirio: Nicéforo lo sigue, corre á su encuentro, se arroja á sus piés, y grita: "Mártir de Cristo, perdóname, porque he pecado contra tí." Sappirio no le responde, y pasa al lado por su lado. Nicéforo se vuelve á levantar, corre á otra calle que debia atravesar la comitiva, penetra cuando llega por medio de la multitud, se arroja nuevamente á sus piés y grita: "Mártir de Cristo, mártir de Cristo, perdóname, porque he pecado contra tí." Aquel hombre duro, cuyos ojos se cegaban, cuyo corazon estaba petrificado, ni aun quiso mirarle. Los lictores decian á Nicéforo: "Insensato, ¿por qué pides perdón al que va á morir?" Empero Nicéforo responde: "No sabeis lo que es un confesor de Cristo, y lo que yo le pido; Dios solo lo sabe." Insiste tercera vez Nicéforo: "Escrito está, le dice, pedid y recibiréis, buscad y encontrareis, llamad y os será abierto;" empero Sappirio queda siempre inflexible y mudo como un aspid ciego y sordo que no basta á domesticar el encanto mágico del hechicero. Los lictores, llegados al lugar del suplicio, mandaron á Sappirio que se hincase de rodillas para cortarle la cabeza; Sappirio vacila: "¿Por qué, les dice, vais á degollarme?" Los verdugos respondieron: porque no has querido sacrificar á los dioses; porque has despreciado los edictos de los emperadores por el amor de ese hombre á quien llamas Cristo.

— "Deteneos, deteneos, no descarguéis el golpe; yo haré lo que han mandado los emperadores, celebraré á los dioses."

Tal fué la obra del odio. Por él, Dios le ritó su gracia: por ella Dios le habia sostenido, y no habia renegado á la vista de los tormentos de la tortura: sin ella, renegó á la faz del ciclo entreabierto, y el mártir se convirtió en apóstata.

— "¿Qué haces, le grita entónces Nicéforo: qué haces, hermano mio, reniegas de Cristo despues de haberle confesado? Valor, valor; no desfallezcas y pierdas esa corona del mártirio, que has empapado ya y hecho florecer con el rocío de tu sangre. Sappirio no quiso oír nada por librarse del suplicio; no escuchó la voz de Jesucristo que le hablaba así en el Evangelio: "Si vas á traer algun presente al altar, acéntrate á tu hermano siene alguna cosa contra tí; deja tu presente delante del altar, ve á reconciliarte con tu hermano, y despues vuelve á ofrecer tu ofrenda."

Viendo Nicéforo apostatar á Sappirio, dijo á los lictores: "Soy cristiano; creo en ese Cristo que este hombre acaba de renegar; ponéme en su lugar y heridme." Los lictores no se atrevieron á hacerle morir sin la órden del procónsul; corrieron á advertírselo, y él mandó que si Nicéforo no queria sacrificar á los dioses, fuese degollado. Nicéforo resistió el sacrificio y fué degollado. Así murió este santo mártir, recibiendo las tres coronas eternas, la de la fe, la de la humildad y la del amor.

En Cesarea de Mauritania, Arcadio, cristiano ardiente, y uno de los personajes de mayor consideracion de la ciudad, hacia largo tiempo que era objeto de las investigaciones de los perseguidores; no pudiendo encontrarle, se apoderaron de uno de sus amigos, declarando que no le de-

volverían la libertad hasta que los buscase á Arcadio. En el mismo momento éste se presenta y se entrega; y por su constancia en medio de los mayores tormentos, prueba que no era el temor el que le había determinado á huir. Con alegría vió á los verdugos cortar sus miembros uno á uno: "Así es, decía él en medio de sus sufrimientos, como podrá encontrar el cuerpo la inmortalidad."

En Cesarea de Capadocia llevan tan adelante la persecucion los enemigos del cristianismo, que no se avergüenzan de martirizar á un niño llamado Cirilo, cuyo valor no pueden vencer. Ni los golpes, ni las amenazas, ni los malos tratamientos del padre de Cirilo, habian sido bastantes para quebrantar la fe de este niño, cuyo padre lo arroja de su casa, reniega de él, y lo deja andar errante por las calles, falto de pan y de todo. Algunos aprobaban la conducta de este padre desnaturalizado; pero el niño consideraba como poca cosa el verse abandonado. El juez de Cesarea se comuere á esta noticia, y hace conducir á su presencia al niño Cirilo; trata de aterrarle con el aparato de su tribunal; empero viendo que ni aun se turba, y que lo cuenta todo por nada sin la fe de Jesucristo: "Niño le dice, te perdonaré tu falta; tu padre consentirá en volverte á recibir en su casa, y te volverá de nuevo al goce de sus bienes, si te muestras mas dócil y razonable.

—De lo que me hacen un crimen, responde, formo yo el objeto de mi alegría; me alegro de haber sido arrojado de la casa paterna; otra casa me aguarda mas vasta y mas suntuosa; me he hecho pobre voluntariamente para gozar de los bienes eternos; y la muerte será un bien para mí, pues que será seguida de una vida infinitamente mejor. Mientras que pronunciaba estas palabras con un valor mas que humano, mandó el juez que le atasen fuertemente con cuerdas como para conducirle al suplicio; la intencion del juez era asustarle solamente, y vencer su resistencia: el niño no vertió ni una lágrima; las llamas con que le amenazaban no le causaban ningun temor, y marchaba ya contento á la muerte, cuando el juez le hizo llamar, y apelando de nuevo para convencerle al consejo y á la persuasion:

—Niño, le dijo, has visto el fuego, has visto las llamas; te repito que con la condicion de que abandones tu fe, volverás á la casa de tu padre, te se asegurarán tus bienes.

—Llamándome, respondió Cirilo, me has hecho un gran mal, tirano; sí, me has hecho un gran mal: en vano has encendido esa hoguera, y has hecho aguzar esa espada; el sitio y la casa que deseo habitar es mucho mas preferible que la de mi padre; son mayores los bienes que allí me esperan. Dios me los ha preparado; cuanto mas pronto me arrojes á esa hoguera, mas pronto gozaré de ellos.

Viendo á todos los circunstantes entregados al dolor derramando lágrimas, exclamó el niño:

—Mejor deberiais alegraros, y celebrar como una fiesta mi suplicio. Ignorais la morada que estoy seguro de ir á habitar. No loreis por mí, y dejadme comprar la vida á este precio.

Así le dieron la muerte, que recibió con admiracion de todos los habitantes de Cesarea, y que conmovió aun á sus mismos verdugos. Félix, sacerdote de la ciudad de Nola, cuya celebridad fué tan grande en el

Oriente, y que tuvo por historiador y panegirista á San Paulino, obispo de aquella ciudad, era un hombre riquísimo, que fué consagrado sacerdote por el anciano Máximo, obispo de Nola, que le amaba como su hijo, y que le había designado para ser su sucesor. Máximo, huyendo de la persecucion, fué á ocultarse en el fondo de una desierta montaña, y Félix, considerado entónces como el jefe de los cristianos, fué preso, cargado de cadenas y colocado en un calabozo que sembraron de fragmentos de vidrio, á fin de que no pudiese descansar en él un momento. El obispo Máximo, siempre oculto en la montaña, se hallaba reducido al último extremo: tendido sobre la dura tierra, espuesto á todas las injurias del aire, sin ningun alimento, lleno de años, de tristeza y de inquietud por la salud de su rebaño, iba á perecer de frio y de hambre; empero Dios no le abandonó. La misma noche, un ángel se aparece á Félix; como se había aparecido en otros tiempos al príncipe de los apóstoles; á su vista caen las cadenas que lo sujetan, se abren las puertas de la prison, y por caminos desconocidos lo conduce hasta el lugar donde yacía el santo anciano obispo, próximo á exhalar el último suspiro: habiéndole reconocido, lo estrecha en sus brazos; lo encuentra frio, sin voz, sin pulso, sin movimiento, y con una débil respiracion. Era urgente darle algun alimento; busca, ora; y alzando los ojos, ve sobre su cabeza una fresca parrá enlazada á un árbol; coge un racimo, lo aproxima á la boca del anciano moribundo, que había perdido todo conocimiento, entreabre sus desecados labios, exprime el racimo, é introduce su jugo en la boca; vuelve en sí el santo obispo, reconoce á Félix, cárgale éste sobre sus espaldas, lo dirige á un asilo seguro; y despidiéndose de él, que impone sus manos sobre su cabeza y lo bendice, vuelve á su casa y permanece oculto mientras dura la persecucion; empero los perseguidores no le dejan tranquilo en ella, y tiene que huir, ocultándose en las cuevas de los montes, y permaneciendo al fin largo tiempo oculto en el fondo de una antigua cisterna seca, donde permanece seis meses alimentado por la caridad de una pobre mujer cristiana. El obispo Máximo muere en su destierro, cargado de años y de merecimientos. Los cristianos quieren elegir, para sucederle, á Félix; empero su modestia rehusa este honor para cederlo á un anciano llamado Quinto, por solo el motivo de haber sido ordenado sacerdote antes que él, aunque el intervalo entre estas dos órdenes fué solamente el de siete dias [250].

La mano de Dios, que había herido á tantos perseguidores, se hallaba suspendida sobre la cabeza de Valeriano, y la bota de su castigo había sido marcada en el séptimo año de su reinado [251].

A sus primeras victorias sobre Sapor siguen algunos reveses, muchos funestos para él que la presencia en su ejército de aquel Macrieno, hijo cuyo ascendiente se hallaba como fascinado y subyugado: una horrible red que este traidor le arma, le hace en una conferencia caer en manos de su enemigo, y entónces se vió por primera vez á un emperador romano prisionero. Conducido á la corte de Sapor, pasa allí muchos años, sirviendo de escabel al segundo de los Sasanidas, todas las veces que este último quería montar á caballo, herido ademas, maltrato y humillado con todas las humillaciones que la ciudad dictatorial había impuesto en otro tiempo á los vencidos. Sapor, en fin, despues de haberle dejado

vivir diez años en tan degradada esclavitud, lo hizo desollar, y salar su cuerpo. Su piel teñida de color de púrpura, fué depositada en un templo para enseñarla al porvenir á los embajadores de Roma, que enviaba continuamente el emperador Galieno. Los paganos lloraron su desgracia, pues lo contaban entre los mejores emperadores, los cristianos reconocieron en su castigo la venganza divina contra el perseguidor de su religion!

Nuevos reveses y nuevos desórdenes iban á afligir el imperio. Galieno, su hijo, á quien desde el primer año de su reinado habia asociado al gobierno, le sucede sin obstáculo ni oposicion, pero en Roma solo. La cautividad de su padre le liberta de un censor incómodo, que le habia forzado hasta entónces á disimular sus vicios, á los que da rienda suelta; y mientras su padre arrastra en Palmira las cadenas, atado al carro de Sapor, lejos de correr á la venganza de él, vive entregado al mas desenfadado libertinage, al lujo, á la trivialidad y á la crueldad mas sanguinaria. El estruendo de la guerra, las llamas del incendio llenaban las Gálias, la Grecia, el Asia; los generales, afortunados solo en los vergonzosos combates del amor, cubren desgraciadamente sus hombros con la púrpura, y el emperador en tanto se entretiene en construir voluptuosas estancias de hojas de rosa, y variadas frutas entretrejidas hábilmente; repartia su dia entre las soñolientas horas del baño, los banquetes, los juegos públicos y los espectáculos del Circo, fecundos siempre en emociones. Mezcla singular de diversiones sutiles, de ociosidad, de voluptuosidad y de cordia casi continua, pues solo de tiempo en tiempo se veian brillar en él algunas centellas de valor. Galieno era un emperador tal como se necesitaba para que tantos males como agobiaban entónces á los romanos llegasen á su colmo; despreciado como lo era de todos, algunos actos de crueldad le hicieron bien pronto temer y aborrecer. El odio, el temor, el desprecio, levantó en todas partes contra él ejércitos impacientes de sentir el yugo, acostumbrados como estaban antes á las revueltas; y entónces, en medio de la anarquia de los campos de que no habia habido ejemplo, treinta soldados, otros dicen diez y nueve, se improvisaron emperadores. Desde las Gálias hasta el Oriente, desde el Africa hasta el Danubio, no hubo una sola provincia en que no se desgarrase la autoridad de Galieno, y lo peor era que cada una de estas usurpaciones era verdaderamente un servicio, un beneficio público.

Cuando Macrieno habia aceptado la corona de mano de Evarista, las tropas, un momento antes, no sabian qué hacer; Macrieno fué, pues, para ellas una especie de bandera viva á cuyo alrededor se reunieron. Cuando Ingenuo y Regiliano tomaron el nombre de Augusto, fué porque no habia otro medio de arrancar la Iliria á los sármatas, que la invadían por todas partes. Cuando Póstumus se hizo independiente, fué porque los gaulas no tenían sino un profundo desprecio por Galieno, y porque el niño que este emperador les habia dado por gefe, no era bastante á resistir las invasiones de los germanos. Cuando Odenato de Palmira ensayó revestirse con la púrpura, fué porque habia abatido á Sapor, porque le habia tomado muchas ciudades, porque le habia arrojado hasta Cesifon, porque el solo, en fin, se habia mostrado digno y capaz de domar la insolencia del mas terrible enemigo de los romanos en el Oriente, los per-

sas. Se ve, pues, que la autoridad jamas habia sido, mas difícil ni mas embarazosa que entónces.

La historia ha conservado el nombre de treinta tiranos (1) de los que se habian entónces levantado; mejor ninguno, inerecia mejor este nombre que el hombre atemorado que dominaba en Roma; mas sin embargo, la fortuna del indigno emperador triunfó de tan hábiles y valientes competidores, pues casi todos murieron de muerte violenta, incluso el infame Macrieno.

Los cristianos encontraron sin embargo la paz en medio de estas guerras que conmoveron el imperio. En el momento mismo en que habia subido sobre el trono, Galieno hace cesar la persecucion, revocándola espresamente por un decreto; he aqui el que envió á Alejandria. «El emperador César, Publio, Licinio, Galieno, Pio, Félix, Augusto, á Dionisio, á Pinas, á Demetrio y á otros obispos. Ordeno por un efecto de mi beneficencia, que quiero se estienda sobre el mundo entero, que los que se han apoderado de los edificios sagrados pertenecientes á los cristianos, salgan de ellos inmediatamente, y que en lo sucesivo estéis al abrigo de toda vejacion. Lo que sois libres de hacer al presente lo habia concedido hace ya largo tiempo. El presente decreto será observado puntualmente por Aurelio Cirneo, mi intendente general.»

En otra carta dirigida á los obispos se les permitia igualmente volver á tomar los terrenos consagrados á los cementerios.

No obstante el decreto de Galieno, aun de vez en cuando continuaba derramándose la sangre cristiana en el imperio. Ninguna de las atroces leyes dictadas por los primeros perseguidores contra los secretarios de Cristo habia sido abolida; y los gobernadores de las provincias, ya ce diendo unas veces á los clamores populares, ya guiados otras por su propio fanatismo, las ejecutaban imprudentemente, sin que nadie pudiese acusarlos de haber traspasado sus poderes. Asi en Cesarea de Palestina (2) Marino, soldado noble, rico y de alta posicion en las legiones, habiendo vacado en el ejército una orden militar, cuya insignia era una voz de oro, que conferia á los que la poseian el grado de centurion, acudia á solicitarla; y á punto de concedérsela ya, un soldado se presentó en el tribunal acusando á Marino de ser cristiano, de refusal hacer sacrificios á los emperadores, y pidió aquella plaza en su lugar. En vista de esta delacion, el juez, llamado Anneo, interroga á Marino lo siguiente: si es cierto que es cristiano, y habiéndole respondido que lo era, y lo seria siempre, el juez le dió tres libras de terruño para que le diese su última respuesta. Al salir del pretorio, encuentra Marino á la puerta á Dioscorus, su bishop, que cogiéndole por la mano y llevándole á la iglesia, le hace subir las gradas del altar, y entrándole en su cántica, le coloca una mano sobre el puño de su espada, y la otra sobre el libro abierto de los santos Evangelios; diciéndole que abra entre los dos; Marino quelta el puño de la espada, y estampa los brazos sobre el sagrado libro.

(1) Tiranos. Los antiguos llamaban así á los que se apoderaban ilegítimamente del poder supremo. Esta denominacion odiosa, no tenía entónces ninguna relacion con el abuso del poder; muchos de los que se sublevaron contra Galieno eran modelos de virtud, talento y valor, siendo el fíloso de sus soldados, y proclamados muchos de ellos sobre el mismo campo de la victoria.

—Sé fiel á lo que has elegido, le dice Teoctenes, y marcha en paz. Al salir de la iglesia oyó que el pregonero público le citaba ante el pretorio, porque la difición concedida acaba de espirar. Llevado al tribunal, renueva su gloriosa confesion, y el juez le condena á ser degollado, recibiendo así la corona del martirio. Entonces un ilustre senador llamado Asturio, favorito de los emperadores, y conocido de todos por su nobleza y su opulencia, que habia asistido á la ejecucion de Marino, apenas se retiró el verdugo, carga sobre sus espaldas el cadáver decapitado, sin cuidarse de las gotas de sangre, que destilando de la llaaga del cuello del cadáver, manchaban su espléndida toga blanca, y lo sepulta con sus propias manos en una tumba magnífica.

En medio de la sedición que se habia levantado en la ciudad de Alejandría, Emiliano, prefecto del Egipto, se vió obligado por sus soldados á revestir la púrpura imperial, y á ser á pesar suyo uno de los rivales de Galieno. En estas tropas para reducirle, y aquella gran poblacion, llena del populacho mas se licioso del imperio, se hallaba en la mayor confusion, cuando una hambre y una peste violentísima que lo siguen, pusieron el castigo al desorden. Nueva ocasion fué ésta para que los cristianos diesen pruebas de su caridad. Su ilustre obispo Dionisio, seguido de sus fieles, se apresuraba á ir á visitar los enfermos sin distincion de personas, y les prodigaba sin precaucion alguna, sus cuidados y sus consuelos, de manera que entre ellos habia muchos que morian despues de haber dado la vida á los sufridos, bien diferentemente que sus persecutores, los cuales por cortar el contagio abandonaban á sus parientes y amigos mas caros desde el momento en que les habia tocado el mal, y los arrojaban medio muertos á los calles, dejando insepultos sus cadáveres. La Iglesia honra como mártires á los que murieron en esta peste, víctimas de su caridad. Emiliano fué cogido y muerto; empero una muerte trágica aguardaba tambien á Galieno. Habia marchado contra los escitas, y mientras él hacia la guerra, supo la rebelion de Aureolo, á quien habia dejado en Milan para oponerse á Póstumo, que dueño hacia muchos años de las Gálias, queria entrar en Italia. Galieno vino á Italia, y cuando á abarba de conseguir una señalada victoria contra este rebelde, los principales oficiales de su ejército, fatigados hacia largo tiempo de su vergonzosa vida y de sus misteriosas crueldades, formaron contra él una conspiracion, de concierto con Claudio, uno de los generales que tenian mas crédito con el emperador, y provocando á la entrada de la noche una falsa alarma, en el momento en que marchaba á ponerse á la cabeza de sus tropas, le hirieron mortalmente en medio del tumulto y á favor de las tinieblas, el año 258 á la edad de cincuenta años, despues de haber reinado quince.

CLAUDIO fué al instante mismo proclamado emperador por los soldados: Galieno habia designado á Claudio II por su sucesor; el pueblo romano y el ejército, conocieron la necesidad de volver á la unidad del mundo.

Los tiempos marcados por la Providencia para la destruccion de l Imperio romano no habian llegado aún; empero admiramos como en esas calamidades que le agrobaban, en ese movimiento incognante que le imprimen las nubes de bárbaros que vienen á lanzarse sobre sus provincias,

y que las devastan inundándolas con su propia sangre, satisfechos de poderse volver cargados de botin, y llevando delante de sí numerosas tropas de cautivos á la vida errante, grosera y brutal de sus bosques, observemos cómo y por qué vias impenetrables marcha la Providencia al complemento de los mas grandes designios. Entre estos cautivos se hallaban santos obispos, cristianos llenos de celo y de favor. Aquellas salvages hijos del Norte, se asombran al ver brillar en medio de ellos virtudes de que ni aun tenían idea; bien pronto se convienen profundamente oyendo palabras que jamas habian oido: los esclavos se convierten en amigos; y la religion de Cristo se eleva en aquellos ásperos contornos donde tenia que luchar con ménos corrupcion, con creencias idolátricas ménos distantes de la tradicion verdadera, en medio de los triunfos mas rápidos y mas fáciles.

El pueblo, el ejército y el senado, habian adoptado por unánime aclamacion á Claudio II, que tenia todas las cualidades necesarias para llevar el cetro; además, casi todos los generales de Valeriano que se habian adjudicado la corona habian sido muertos ó sometidos; empero quedaban dos pretendientes fuera de Italia: el uno era Tétrico, hechura de la rica gaulesa Victoria, que era la que gobernaba las Gálias; y la otra era Cenobia, aquella muger tan célebre despues por su valor, por su educacion y por sus desgracias, que acababa de reunir el Egipto á los países que le habia dejado su marido Olenato. En el momento en que Claudio daba la mayor de las pruebas de valor, subiendo sobre un trono dispuesto á hundirse en el abismo, cuando todo parecia estar mas desesperado que nunca, sin contar además con un armamento de las naciones gólicas mas formidable que ninguno de las que habia vomitado hasta entonces el Ponto-Euxino; y que atravesando ya el Bósforo, iba á precipitarse por cuarta vez sobre las costas de la Europa y de la Asia. El nuevo emperador marcha resueltamente contra los bárbaros á la cabeza de un ejército desanimado casi, muy desanimado; pero que con sus palabras firmes y penetrantes, habia logrado recominar algun tanto; les presenta la batalla cerca de Naíso, ciudad de Dardania; consigue sobre ellos la victoria mas completa y sangnaria de que hace mencion la historia, obligándoles á retirarse á las inaccesibles alturas del monte Emio, y allí los restos de aquella multitud, cargada por sus tropas, perece por el hambre, la fatiga y las enfermedades contagiasas.

La historia ha dado á Claudio el sobrenombre de *Gótico*; empero el contagio que destruyó los restos de sus enemigos, arrebató consigo á la tumba al vencedor, que murió en Sirmia, despues de un reinado de poco mas de dos años [259].

Claudio, prefiriendo el amor del Estado á los intereses de familia, indicó que el valiente Aureliano, uno de sus generales, era el unico digno de ocupar el trono y de salvar el Estado. Quintilio, hermano del emperador, demasiado ambicioso para permanecer en el rango que le habia destinado el patriotismo de Claudio, tomó la púrpura en Aquilea, donde mandaba un ejército considerable. Aunque obtuvo el consentimiento y la aprobacion del senado, no reinó mas que diez y siete dias, pues se quitó él mismo la vida al saber que las legiones del Danubio habian proclamado al intrépido Aureliano.

(269 á 274.) Este era el hombre que se necesitaba para continuar la regeneracion militar emprendida por su predecesor. Querido de sus soldados, rastablae la antigua disciplina militar. Umas veces por la política y otras por las armas, detiene las invasiones incansables de los godos; hace de estos enemigos encarnizados unos aliados del imperio; y despues de haber esterminado á los alemanes en dos batallas en el término de Pavia, marcha sobre las Gálias, donde reinaba aún Pétroco, último de los competidores de Galieno, el cual se vió forzado á venir á buscar en su ejército un refugio contra sus mismos soldados.

En el Oriente, Cenobia se muestra digna esposa de Odenato; y rodeada de hábiles generales, conduciendo ella misma sus soldados sobre el campo de batalla, se apodera del Egipto, y no aspira nada ménos que á hacer pasar el Asia Menor entera bajo su dominacion. Aureliano encarga á su general Probo la reconquista del Egipto; y despues de dos victorias conseguidas sobre la soberbia reina, la obliga él mismo á encerrarse en Palmira, y la hace prisionera, destruyendo despues hasta en sus cimientos aquella magnífica capital, cuyas ruinas admira aún hoy el viajero; y en ménos de cinco años reúne de nuevo al imperio todas las provincias que se le habian separado. Aureliano lleva consigo á la reina de Palmira, y vuelve á enseñar á Roma, asombrada de sus victorias, los cautivos coronados y los ricos trofeos arrebatados en el Asia y en la Europa; vencedor, en fin, de todos sus enemigos, embellece las provincias y funda nuevas ciudades.

Aunque págano celoso y supersticioso, que habia en otro tiempo perseguido cruelmente á los cristianos, Aureliano los trató bastante favorablemente en los primeros años de su reinado; en términos que habiendo sido condenada por dos concilios de la Iglesia el herege Pablo, de Samosate, á quien sostenia en Antioquia el poderoso favor de la reina de Palmira, y que desoyendo la autoridad y sentencia de dos concilios en que habia sido condenado, no habia querido abandonar el episcopado, habiendo sentido los cristianos al emperador, quejándose de que aquel indigno obispo, renovando la heregia de Savello, envenenaba la Iglesia con nuevos errores; y que condenado por los concilios se obstinaba en permanecer sobre su silla, lo que habia podido conseguir mientras que la reina Cenobia, que le protegia, habia sido la reina del Oriente; tomado conocimiento Aureliano, ordenó que la casa episcopal le fuese adjudicada á aquel á quien hubies reconocio el obispo de Roma, reconociendo por lo tanto en la decision de este la supremacia del Pontífice romano sobre los demas obispos. San Dionisio, sucesor de Sixto II. era el que ocupaba entónces la silla pontificia: murió en aquel año 269, sucediéndole Félix. Empero estas favorables disposiciones del emperador cambiaron repentinamente; y se cuenta que en el momento en que iba á firmar un edicto terrible contra los cristianos, un rayo cayó repentinamente á sus pies, y en su terror soltó la pluma de la mano; impresion que le duró poco tiempo, publicando muy luego contra los cristianos edictos de sangre y de esterminio; empero felizmente estos decretos aparecieron en el último año de su reinado, y ya habia muerto cuando pudieron llegar á las provincias lejanas del imperio. Sin embargo, la Iglesia cuenta esta, aunque corta persecucion, por la novena.

Aureliano fué sumamente orgulloso, y el primero que usó la diadema, leyéndose en algunas medallas suyas la inscripcion *Deus et dominus*. Su estremada crueldad le hizo aborrecer del senado, que floraba la ausencia de sus mas ilustres miembros. Demasiado insensato, se jactaba de gobernar por derecho de conquista un imperio que habia salvado y subyugado. Murió de la muerte comun á los emperadores: Menesius, su secretario, conjurado en union con los principales del imperio, le hizo asesinar á los cinco años de su gobierno, llorado de su tropa y aborrecido del senado.

Aunque de corta duracion, la NOVENA persecucion de la Iglesia no dejó de hacer un gran número de mártires, de que los martirologios nos han conservado los nombres. Entré estas santas victimas, se mencionan en las Gálias la virgen santa Colomba, que fué martirizada en Sens; en Troyes, el obispo San Siviano; en Autun, San Reveliano, tambien obispo; en Auxerroy, San Prisco, inmolado con una tropa numerosa de fieles, en medio de un bosque á donde habia ido á buscar un refugio, y de quien los cristianos que escaparon á la matanza recogieron los cuerpos; echándolos en una cisterna; en Auvernia, los santos Carino, Victoriano, Máximo, Antoniano, Ligniano y otros muchos mártires; en Presteno, en Italia, San Agapeto, de edad solo de quince años, que se hizo notar por su constancia inalterable en medio de los tormentos, y de quien se cuenta que uno de los escribanos del tribunal, llamado Anastasio, se conmovió tan profundamente al verlo, que convirtiéndose al instante mismo y confesando en alta voz la fe de Jesucristo, fué martirizado con él.

En Roma hubo tambien numerosas victimas, entre las cuales los martirologios señalan ciento sesenta y cinco soldados que fueron decapitados por rehusar sacrificar á los ídolos; cerrando la marcha gloriosa de estos mártires, el Papa San Félix, cuya muerte se cuenta hácia fines del año 274, es decir, en lo mas fuerte de la persecucion; Eutiquio le sucedió.

Un suceso estraordinario, de los mas raros en la historia del género humano, hoy que admirar despues de la muerte de Aureliano. El ejército, sensible á la muerte del último emperador, no quiso nombrar á ninguno de sus asesinos, y suplicó al senado nombrase entre sus individuos al que juzgáse mas digno de la púrpura imperial: el senado dió un decreto concediendo al ejército la eleccion de emperador, y en estas contestaciones trascurrieron insensiblemente ocho meses; periodo adreirable de una anarquía tranquila, comparable únicamente con la que por espacio de un año esperimentó Roma en su principio cuando desapareció su fundador y ocupó el trono un filósofo sabino.

El senado proclamó á TACITO, el mas antiguo e ilustre de sus miembros; y el consentimiento del pueblo romano y de las guardias pretorianas, confirmó tan acertada y prudente eleccion. Ausiano venerable de sesenta y cinco años, se hizo estimar por sus virtudes; atento solo al bien del Estado, trató de remediar los males que habian ocasionado las sublevaciones anteriores; conservó el mayor respeto á la autoridad augusta del senado, y convencido de que en él solo residia el poder legislativo, imperó únicamente para obedecer sus leyes. No fué ménos grande en la carrera de las armas: rechazó á los bárbaros de las tierras del imperio;

y cuando marchaba contra los persas, murió en la ciudad de Tarso de Cilicia, á los seis meses y veinte días de su reinado, llorado de todo el mundo, por cuya prosperidad tanto habia trabajado (276).

FLORIANO, hermano uterino de Tacito, apenas habia espirado su hermano, y sin aguardar el consentimiento del senado, se apoderó del trono. El intrépido Probo emprendió vengar los derechos del senado, y marchó contra Floriano, á quien sus mismos soldados asesinaron á los dos meses y veinte días de su reinado (276), libertando al Estado de la horrible guerra civil que le amenazaba.

Probo, proclamado emperador por los soldados, escribió al senado manifestándole ponía á su disposición el título de *augusto* que le habian conferido las legiones. El senado, al ver un general pedir humildemente un cetro que poseia, no solo dio unánime su consentimiento, sino que le confirió ademas el título de Padre de la patria, con todas las magistraturas de la antigua república.

Probo, aunque de humilde nacimiento, supo elevarse al trono por su valor y belias cualidades. Su vida fué una serie continuada de conquistas; y segun lo que refieren los historiadores, no se sabe si admirar mas la rapidez de sus marchas, ó los triunfos y el número de sus victorias, á que no llegó ninguno de los mas grandes capitanes de la antigüedad. Rápido en sus marchas; apareciendo, por decirlo así, á la vez simultaneamente en las dos estremidades del imperio, destruye con su sola presencia tres usurpadores en Egipto y en las Gálias: Bonoso, Procuro y Saturnino. Todas las naciones góticas se humillaron ante él. Tan modesto como hábil guerrero, enviaba al senado las coronas de oro que todas las ciudades de la Gália le habian decretado. De vuelta á Roma se hizo amar por sus virtudes, y admirar la sencillez de su trato llevada al exceso. Nuevas guerras vinieron á arruinarle á este reposo, mas útil al Estado que sus victorias; y el Oriente pacificado, gozó de la paz general. Dio muchos dias de gloria al pueblo romano, triunfando siempre de sus enemigos; empero mas ocupado de la felicidad del pueblo que de la de sus soldados, proyectó una paz perpetua y la reduccion del número de sus ejércitos; el genio de Aureliano y de Probo habian renunciado la gloria de las grandezas romanas; empero ambos sucumbieron bajo el puñal de los romanos, indignos de poseer semejantes gozes. Amonaadas las tropas en Sirmita (282), le asesinaron á los cincuenta años de edad; seis y cuatro meses de su imperio.

En el espacio de un año, tres emperadores se sucedieron en el trono y en la tumba! Asesinado Probo, los soldados proclamaron á Caro, sin aguardar el consentimiento del senado; el imperio de ésta habia concluido con el del último emperador. Caro asoció en el trono á sus hijos CARINO y NUMERIANO; y dejando al primero en Roma, despues de haber arrojado á los sármatas de la Hiria, partió con el segundo para una expedicion contra los persas, que se hallaban invadiendo las fronteras del Oriente. Penetró sin encontrar resistencia hasta los muros de Seleucia y de Cesion; y se aprestaba á llevar mas adelante sus conquistas, cuando murió repentinamente en su tienda en medio de una tempestad, sin que las causas verdaderas de su muerte hayan sido bien averiguadas. Herido de un temor supersticioso, el ejército forzó á sus gefes á volver

á Europa; y despues de ocho meses de marcha, Numeriano fué asesinado en su litera por Aper, prefecto del Pretorio, con designio de apoderarse del trono; ocultó por algun tiempo su crimen haciendo custodiar el cadáver por sus partidarios, y acompañándole astutamente como si estuviera vivo; empero el olor pestilente del cadáver descubrió el atentado de Aper; y conducido delante del tribunal de Diocleciano, comandante de los domésticos ó guardias del palacio, éste lo declaró culpable y lo mató con sus propias manos. Los soldados, que idolatraban á Numeriano, proclamaron emperador á su vengador, quien cambió el nombre de Diocles que tenia por el de Diocleciano. Caro supo la muerte de su hermano y la elevacion de Diocleciano, y saliendo del largo en que le tenian los placeres, marchó contra él, le alcanzó en la Mesia, y derrotó sus tropas; empero en el momento en que perseguía á su enemigo, fué asesinado por un tribuno, cuya esposa habia deshonrado (285), á los treinta y seis años de su edad y tres de su imperio. El pueblo se regocijó en la muerte de un monarca que reunia á las locuras de Eliogábalo la crueldad de Domiciano!

En el imperio de Numeriano, celebre por su elocuencia y por sus talentos poéticos, y á pesar de que le snaban por la dulzura de su carácter, los cristianos fueron perseguidos con la mayor animosidad. Habiendo sabido el emperador que una multitud de hombres, ingleses y niños, todos cristianos, se habian reunido en el cementerio de San Cosanto y Santa Daria en la via Salara, hizo tapar el cripto con arenas y rocas. Mauro, que habia venido de Africa para visitar los sepulcros de San Pedro y San Pablo, fué tambien martirizado en su reinado, y probablemente por su orden. San Maximiliano, obispo de Lorche en la Norica, fué tambien contado en el número de sus victimas, siendo de todos los emperadores que se habian sucedido desde Galieno, el que mas se habia señalado por verter la sangre cristiana. En Cesarea el pastor Manés sufrió con un valor heroico el martirio: algunos años antes, cerca de Mira, en Licia, otro pastor, San Temístocles, se habia igualmente immortalizado por su generoso valor. Dos mártires no ménos célebres, Canon y su hijo, sufrieron en Nicaonia, siendo arrojados sobre un lecho ardiente, y habiéndoles cortado antes las manos.

En el segundo año del reinado de Probo, una nueva heresia vino á afligir la Iglesia. El esclavo persa, Manés, comenzó á esparcir las primeras semillas de la heresia, que tomando su nombre de él, se conoció con el nombre de Maniqueismo; mezcla impura de los dogmas mas elevados de la religion cristiana y de los sueños mas extravagantes del dualismo y del antagonismo; de todas las herejias fué la mas monstruosa, la mas hipócrita, y la mas viva que afligió jamas á la Iglesia. Llamándose á sí propio el espíritu Paraceto, elige Manés doce apóstoles; pretende esparcir su doctrina y hacer milagros. Pretende curar al hijo del rey de Persia, desahuciado por un gran número de médicos, en sus oraciones; retira-se los médicos, y el niño muere; piensan en prision, encuentra el medio de evadirse; empero el rey hace morir las guardias, y él huye á Mesopotamia de la cólera del rey. Confundido en dos conferencias con que tiene la arrogancia de provocar á San Arquela, obispo de Cachar en Mesopotamia, y por un santo sacerdote llamado

Trifón, se ve forzado á volver á Persia: precisado de nuevo á huir, cae en manos de los guardias del rey de Persia, que le buscaban por todas partes: conducido á la presencia del rey, le reprenden sus muiltas, su fuga, su esclavitud; y para expiar la muerte de su hijo y de las guardias de la prision de que se evadió, le condena, segun la costumbre de los persas, á ser degollado vivo con la punta de una caña; su cuerpo fué arrojado á las bestias, y su piel colgada de las puertas de la ciudad; empero él dejó tras sí discípulos que propagaron sus doctrinas execrables, y que infestaron el imperio.

Tal fué el tránsito de estos tiempos de calma del cristianismo, á la verdad bien pasajera, á la discrosa y última persecucion que iba á empezar con Diocleciano; persecucion tan atroz, que sin los grandes designios de Dios sobre su Iglesia, parecia que esta iba á ser destruida, antes que la piedra sobre que dicha Iglesia habia sido fundada se afirmase de un modo imalterable.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO X.

Diocleciano, emperador.—Asocias á Maximiano Heráculo.—Momento de paz en la Iglesia.—Maquinaciones y escritos contra el cristianismo.—Maximiano contrario á los cristianos.—Martirio de Claudio, Asterio y Nean.—De Domina y Teonila.—De Cosme y Damian, médicos.—De Tiburcio.—Conversion y martirio de San Eusto.—Persecuciones aisladas en las provincias.—Martirio de San Sebastian y sus compañeros.—Martirio de la legacion Tebea.—Martires en las Gálias y Belgica.—Martirio de San Donaciano y Rogaciano.—De San Ginés, escribano.—De San Victor.—Martires en España.—Nombramiento de los cesares Constancio y Galerio.—Maximiano solo persigue á los cristianos.—La persecucion en los ejércitos.—Martirio de Maximiliano.—De San Marcelo y Casiano.—Nuevos martires en el ejército.—Martirio de San Eusebio.—El César Galerio en Nicomedia, hace firmar á Diocleciano la persecucion general del cristianismo.

DIOCLECIANO fué exaltado al trono por los soldados despues de la muerte de Numeriano; y aunque hijo de un liberto, escedió la gloria de su reinado á la de todos sus predecesores. Hijo de un esclavo, debió su elevacion á su valor y á su genio. Su carácter flexible se plegaba á todo: el mémo, severidad, no eran en él mas que política; y no se podia penetrar en su corazón, al paso que él sabia leer en los de los demas. Semejante al hijo adoptivo de César, supo por su hábil política echar en cierto modo los fundamentos de un nuevo imperio. Persuadido de que los talentos de un hombre solo no bastaban para gobernar una máquina tan complicada, asoció al imperio á su antiguo amigo Herculo Maximiano, estableciendo por ley que el poder residiese siempre en cuatro príncipes: los dos primeros con el título de *augusto* elegirían dos colegas, que deberían estar á sus órdenes con el título de *cesares*, y que despues de su muerte debían reemplazarles, estableciéndose así una serie no interrumpida de emperadores. De este modo preveníanse las traiciones continuas de los soldados, y se ponian á cubierto del furor de los usurpadores los cuatro soberanos que disponian de la fuerza militar, de suerte que ningun general podia osar

vencer sucesivamente á cuatro poderosos rivales. En la administracion civil, los emperadores ejercian en comun la autoridad indivisible de la monarquía, y las leyes firmadas en su nombre eran obedecidas en todas las provincias.

Los cuatro emperadores hicieron con tanto acierto la guerra contra los enemigos del imperio, que se coronaron de laureles, contando tantas victorias como fueron sus combates.

Diocleciano suprimió las guardias pretorianas, que tanto tiempo habian oprimido á la magestad de Roma, y sustituyó en su lugar dos fieles legiones de la Siria con el título de jovianos y herculianos, tomado del nombre de los dos emperadores. La autoridad del senado concluyó enteramente en su reinado: fijó su residencia ordinaria en Nicomedia, y ejerciendo el poder ejecutivo y legislativo, daba órdenes y leyes sin consultar con aquella respetable asamblea, que desde tiempo de Augusto habia tenido el derecho de sancionarias. Sin embargo, el nombre del senado fué siempre pronunciado con honor hasta la total destruccion del imperio; si bien se dejó caer respetuosamente en el olvido aquel augusto consejo de la nacion; origen por tan largo tiempo en un principio, é instrumento despues de la grandeza romana; el senado, separado de la nueva constitucion y de la corte imperial, quedó sobre el capitolio como un monumento venerable, aunque inútil, de la antigüedad.

Interin se conservó, aunque en apariencia, la autoridad del senado, los emperadores ejercian su poder en virtud de los empleos que se les conferian: los cargos de cónsul, procónsul, censor y tribuno, formaban el lleno de la autoridad imperial; y recordaban al pueblo sus antiguas instituciones. Diocleciano hizo desaparecer enteramente estos títulos, que solo indicaban el primer magistrado de la república, y haciéndose llamar únicamente *imperator*, daba una prueba mas positiva de su autoridad; se hizo tambien llamar *señor ó dominus*, término que indicaba la obediencia que le debian los pueblos; y últimamente, la fórmula del *emperador nuestro señor* fué admitida en las leyes y en los monumentos públicos. Desplegó en su corte toda la magnificencia y el lujo de los monarcas persianos, y se presentaba muy pocas veces en público. Ensoberbecido y orgulloso con su poder, introdujo la costumbre de arrodillarse en su presencia.

La religion cristiana, que en medio de las guerras de sus predecesores no habia sufrido una persecucion regular, y que en el intervalo de cincuenta años habia adquirido un desarrollo mucho mayor de lo que sus mismos amigos podian atreverse á esperar, no fué perseguida en los primeros años de este emperador, fortificándose en medio de estas circunstancias, y manifestándose siempre á la vista de todos aquella bella y santa gerarquía, que constituía la mas perfecta de las sociedades. Los obispos en las provincias eran venerados por la multitud; considerados por los magistrados en todas las ciudades; y demasiado estrechas las antiguas iglesias para la multitud de los fieles, se construian otras mas grandes y magníficas. Los cristianos, que algunas veces habian tenido entrada en los palacios imperiales, abundaron en ellos en el reinado de Diocleciano. La misma emperatriz Prisca y su hija Valeria, habian abrazado la fe cristiana.

Parecia que el cristianismo, con tan poderosos representantes cerca del emperador Diocleciano, debia aguardar su consolidacion en el imperio; mas justamente alarmados de lo que pasaba á su alrededor los sacerdotes paganos y los sofistas, coaligados para mantener la idolatría, redoblaron sus esfuerzos contra el enemigo comun mas hábilmente que lo habian hecho nunca. Amelio y Porfirio, secundados por Hierocles, gobernador de Alejandria, escriben contra el cristianismo con tanta desatzenza como violencia.

Los sacerdotes, consultando delante del emperador las entrañas de las víctimas, se quejan de que la presencia de los cristianos turba la magestad de los sacrificios; los oráculos callaron; y los acusaron de impedirles hablar. Las impresiones que recibia este príncipe idólatra, si bien conmovieron su ánimo, no le decidieron aún á la persecucion, porque la multitud de sectarios de la nueva religion, estendidos por todo el imperio, era imponente, y continuaba en su tolerancia, aunque de tiempo en tiempo, ejecuciones sangrientas manchasen con sangre cristiana las provincias que él se habia reservado, segun el capricho de sus gobernadores.

Su colega, el feroz Maximiano, no entendia de contempORIZACION ni de tolerancia; no habia dejado de ensangrentarse sordamente contra los de las provincias de su departamento; y desde su entrada en las Gálias, donde Diocleciano le habia enviado contra las tropas de bandidos y de paisanos insurreccionados que las infestaban, habia hecho ver lo que debian aguardar de él, exigiendo de los soldados el juramento de combatir á los bagaudas y á los cristianos, no estableciendo ninguna diferencia entre ellos y estas bandas de asesinos. Las escenas de asesinato que se presentan de vez en cuando en algunas provincias, y sobre todo, las crueldades que se cometen en el ejército, donde eran numerosos los cristianos, pueden considerarse como el preludio de la grande y última persecucion que iba á sufrir la Iglesia.

En Egea de Cilicia, el 23 de Agosto del año 285, el procónsul Lycias hace comparecer ante su audiencia á tres jóvenes, Claudio, Asterio y Neon, acusados de profesar la fe de Cristo. En vano los interroga separadamente uno á uno, y con un refinamiento de crueldades, haciendo tender en el caballote á Claudio, destroza con garfios sus carnes, aplica sobre sus heridas antorchas encendidas, y lo hace conducir nuevamente á la prision; en vano tambien emplea palabras de dulzura con Asterio, colocándolo despues sobre carbones ardiendo ó haciéndolo azotar con varas; en vano, por último, golpea el vordingo la cabeza de Neon y lo hace quemar las plantas de los pies; los tres hermanos permanecen fieles en su religion, y son condenados á ser crucificados en la plaza de palacio, y arrojados sus cuerpos, para pasto de las bestias, y aves de rapina.

Dos mujeres tambien, Domina y Teonifila, á quienes se hace presenciar el suplicio de los tres santos hermanos, resisten con valor los azotes y la vergüenza de ser espuestas desnudas ante la vista del pueblo; atados despues sus miembros á cuatro postes, espitan por el fuego encendido debajo de ellas.

A este mismo Lysias deben la palma del martirio dos hermanos nacidos en la Arabia, médicos de profesion, Cosme y Damian; para quienes la cura de las almas parecia mas preciosa que la de los cuerpos, y á

quienes la práctica de su arte servia para propagar con mas facilidad y eficacia las verdades del Evangelio; eran además tan conocidos por su caridad y desinterés, que habian recibido del pueblo el nombre de *Anargiros*, hombres sin dinero. El forox proconsul les hizo sufrir todos los tormentos que podia sngenir la mas refinada crueldad, y el Señor prodigó los milagros para confundir al perseguidor. Tan grande fué su celebridad, que la iglesia de Oriente ha insertado el nombre de estos dos mártires en el cánon de la misa, haciéndose mención en el séptimo concilio general, de los grandes prodigios que Dios obraba por su intercesion!

Tiburcio, otro mártir famoso, fué conducido ante otro prefecto llamado Fabiano. Este habia hecho preparar un gran brasero, y entregándole incenso, le mandó que ó lo arrojase en él en honor de los ídolos, ó se pasase sobre los carbones encendidos. No titubea un momento Tiburcio, y se pasea fiso, gritando al prefecto: "Adorador de Júpiter, atrévete á meter la mano en aceite hirviendo, á nombre del mas grande de tus dioses!—Sé, respondió el prefecto, que tu Cristo es un gran maestro de magia!—Calla, impio, repite Tiburcio, y no blasfemes de lo que ignoras!" El prefecto le hizo degollar inmediatamente.

En Cerdeña, el martirio de San Eñso, renueva el prodigio de San Pablo en el camino de Damasco. Enviado desde Jerusalem á aquella isla para detener los progresos del cristianismo, una cruz luminosa aparece en los aires y le convierte. Juliano, enviado para reemplazarle, aprisiona á Eñso, que pide ser conducido al templo de Apolo, lo que le conceden inmediatamente, esperando verle sacrificar á este dios; empero á alguna distancia de su entrada cae de rodillas, levanta al cielo una fervorosa oración, y el edificio se hunde con un espantoso ruido. El prodigio aterra al pueblo y desconcierta al mismo Juliano; mas desaparece pronto esta pasagera impresion, y Eñso, en medio de los mayores tormentos, recibe, siendo degollado, la corona del martirio.

Las persecuciones aisladas continúan tanto en Roma como en las provincias dependientes de Diocleciano. Sebastian, natural de Narbona, en las Gálias, domiciliado en Milan, de donde era su familia, se muestra desde la mas tierna juventud un ardiente discípulo de Jesucristo. Aunque su inclinacion no le lleva á la carrera de las armas, la esperanza de encontrar en el ejército ocasiones de asistir á los confesores y á los mártires en sus sufrimientos, le determina á tomar partido en los ejércitos del emperador Carino, año de 253. No tarda en presentársele la ocasion que anhela. Marco y su hermano Marcelino, dos jóvenes cristianos condenados á muerte por haber confesado la fe de Jesucristo, parecen conmovidos por las lágrimas y ardientes ruegos de sus parientes y amigos, y uñi parecen vacilar, cuando Sebastian vuela á su socorro, reanima su valor con palabras ardientes y conmueve á todos los presentes. Apenas ha cesado de hablar, cuando Zoá, muger de Nicostrates, primer escribano del tribunal, nuda hacia seis años, se arroja á sus piés, tratando de hacerle comprender por señas lo que deseaba obtener de él. Apenas este forma la señal de la cruz sobre su lengua, cuando recobra el habla, y este milagro la convierte al cristianismo con su marido y veinte personas mas. Nicostrates, encargado por su empleo de la custodia del prisionero, lo conduce á su casa, donde todos reunidos fueron instruidos y bautizados

por un santo sacerdote llamado Policarpo. Llega á oídos del prefecto de Roma, Cronaco, que el padre de Marco y Marcelino, recibiendo el bautismo ha curado de la gota; atormentado de este terrible mal, resuelve instruírse en la religion cristiana á fin de probar la eficacia del remedio: Sebastian va á su casa, lo cura y lo bautiza y con él á su hijo Tiburcio. Conmovido á vista de este milagro, manda el prefecto que los prisioneros nuevamente convertidos sean puestos en libertad, manumite sus esclavos, y hace dimision de su plaza.

Diocleciano fija su vista en Sebastian á causa de su valor y su virtud, y quiere tenerle al servicio de su persona, dándole el mando de una compañía de guardia pretoriana. Este príncipe partió bien pronto para el Oriente; Maximiano Hércules, su colega, que habia dejado en el Occidente, concibe tambien una grande estinacion por Sebastian.

El año 286, encendida la persecucion, aunque parcial, en el palacio mismo del emperador, el papa y otros fieles buscan un refugio, y lo encuentran á instancias de Sebastian, cristiano tan celoso como ellos; empero muchos no tardaron por el exceso mismo de su piedad en entregarse á sí propios. Arrestada Zoá la primera, sobre el sepulcro de San Pedro, fué colgada cabeza abajo de un árbol, y sofocada por el humo de una hoguera. Aquilino, avergonzado de manifestar menos valor que una muger, fué á orar sobre la tumba de San Pablo; el populacho se apoderó de él, y lo apedreó. Nicostrates, Claudio, Castor y Victoriano, no tardaron en ser presos tambien, y después de sufrir por tres veces la tortura, fueron arrojados al mar. Marco y Marcelino sufrieron tambien el martirio, siendo clavados á un poste por los piés, y después de veinticuatro horas de haber estado en este suplicio, una lanza la atravesó su corazon.

Informado el emperador de que Sebastian era cristiano, lo hizo comparecer en su presencia; y después de reprenderle la ingratitude con que habia pagado sus beneficios, lo entregó en manos de algunos arqueros de Mauritania, los cuales, amarrándole á un poste, lo asetearon y lo dejaron por muerto.

Trene, viuda de uno de los santos mártires que habia instruido Sebastian, vino á recoger su cuerpo para darle sepultura; mas viendo que se hallaba aún vivo, lo trasportó á su casa, donde á poco tiempo curó. En lugar de ocultarse, como se lo exhortaban sus hermanos, Sebastian se presentó un dia en palacio, colocándose en la escalera por donde el emperador debia pasar para ir al templo. Cuando lo ve cerca de sí le dirige atrevidamente la palabra, y le representa con fuerza cuán injusta era su prevencion contra los cristianos, á quienes su religion imponia como deber orar por la prosperidad de los emperadores y guardarles una inviolable fidelidad. Sorprendido de tanto atrevimiento, y mucho mas cuando reconoció á Sebastian, á quien creia muerto Diocleciano, le hizo conducir inmediatamente al hipódromo, cerca de su palacio, para que allí lo matasen á palos, arrojándole después á la gran cloaca de Roma, el 19 de Enero del año 288. Una muger cristiana llamada Lucina, hizo recoger secretamente este cuerpo, y lo enterró en el cementerio de San Calixto, á los piés de los santos apóstoles Pedro y Pablo, que por segunda vez habian sido allí depositados. Mas tarde este cementerio tomó el nombre de catacumba de San Sebastian; y por sus puertas hemos entra-

do nosotros á estas inmensas galerías, donde descansan los cuerpos de los santos mártires cuyos gloriosos triunfos describimos!.....

Maximiano Hércules, que habia pasado á las Gálias desde el principio de su reinado, para combatir á los bagaudas, que tenia la misión de exterminar, hizo venir del Oriente una legión llamada *la Tebea*, toda compuesta de cristianos. En el momento en que concedía á los bárbaros una vergonzosa paz, para poder perseguir á su placer la Iglesia de Cristo, quiso reunir esta legión al grueso de sus tropas, que enviaba contra los cristianos, con orden de arrebatarlos en todas partes para los circo y para los cadalsos; empero réhusó obedecer el cooperar á esta obra de iniquidad, diciendo que ese era oficio de los lictores y de los verdugos; pero no de los soldados. La legión habia hecho alto cerca de donde se hallaba Maximiano, en Martigni, al pié de la Montaña de los Alpes que hoy se llama el gran San Bernardo. Irritado Maximiano de esta desobediencia, ordenó que la legión fuese diezmada inmediatamente, pensando aterrar á los demas por este golpe de crueldad. Desde el momento en que la septencia fué notificada á los tebanos, un gran tumulto se levantó entre ellos, y el campo todo grita como un solo hombre, que jamas se prestaría á este servicio infame, que ora cristiana y adoradora del verdadero Dios, y que antes se dejaría hacer mil pedrazos que no hacer nada contra él. Levada esta respuesta á Maximiano, ordena que la sangrienta cuchilla comience otra vez su ejecución. La legión fué diezmada, pues, segunda vez, y de cada grupo de diez soldados cayó un mártir! Empero los que sobreviven no vacilan por eso; los soldados y los oficiales se exhortaban á permanecer firmes hasta el estermínio, si necesaria fuese, de la legión entera; los que les fortificaban mas en este sublime designio, eran Mauricio, primiciero de la legión; Exuperio, intendente del campo, y Cándido, preboste de los soldados. Estos tres gefes de la gerarquía militar, iban de tienda en tienda confirmando á los fuertes, asistiendo á los débiles, y recordando á todos la fidelidad que debían á Cristo, su emperador supremo, exhortándoles á ir á reunirse en el cielo con los demas del ejército y sus hermanos que ya habian muerto. Así abrasados de los mas ardientes deseos del martirio, enviaron á Maximiano una carta en que le decian: "Somos tus soldados, ¡oh César! empero servidores de Dios le confiamos libremente; os debemos los servicios de la guerra, pero á él la inocencia; recibimos de vos la paga, pero él nos ha dado la vida; no podemos obedeceros renegando de Dios nuestro Criador y nuestro amo, y el vuestro, aunque no queráis; si no se nos pide que le ofendamos, os obedeceremos como hasta aqui; de otra manera le obedeceremos á él os ofrecemos nuestras manos contra cualquier enemigo que sea, pero no podemos mancharlas en la sangre de nuestros hermanos los cristianos; hemos hecho juramento á Dios antes de hacerlo á vos, y no debéis fiaros en el segundo si violamos el primero; nos mandais que busquemos cristianos para castigarlos; á qué buscar otros! hémos aqui. Nosotros confesamos á Dios, Padre y autor de todo, y á su Hijo Jesucristo; nosotros hemos visto degollar á nuestros compañeros sin proferir una queja, no hemos rogado en el honor que han tenido sufriendo por su Dios; ni el extremo en que nos habeis colocado, ni la desesperacion nos han inducido á la rebelion; tenemos las armas en la ma-

no, somos seis mil seiscientos hombres, y sin embargo no resistimos, porque mejor queremos morir inocentes que vivir culpables." Maximiano, al leer esta carta, desesperando vencer su constancia, condena á muerte la legión entera. Todo el resto del ejército vino á cercar sus tiendas; pero desde que la legión Tebana los vio venir, rindió las armas, y tendió á las espadas dirigidas contra ellos, sus desnudas gargantas, sus cuerpos sin corazas; hubieran podido vender carnis sus vidas á estas bandas de asesinos empero se acordaron de que aquel por quien iban á morir habia ido á la muerte como un cortero sin abrir su boca; y aquel campo de soldados y hombres todos de batallas, presentó el aspecto de una terrible carnicería, viéndose la tierra en un instante sembrada de cadáveres, y corriendo por las quebradas del monte arroyos de sangre generosa. Victor, que no hacia parte de la legión Tebana, que no era soldado, pues habia obtenido su licencia como veterano, hallábase viajando, y la casualidad le hizo atravesar el campo de Maximiano el dia mismo de tan terrible matanza. Enriquecidos con los despojos de los mártires, los ejecutores de la legión Tebea, se hallaban sentados en sus tiendas festejando en una orgia el botin de sangre; ven á Victor, corren á él, le invitan al banquet, y ábrios le cuentan lo que acaba de pasar; empero él, estrechándose de horror, se levanta y huye de aquel festin de verdugos, corren á él, lo alcanzan, le preguntan si es cristiano, responde que lo es y que lo será siempre, y apenas pronuncia estas palabras, se arrojan sobre él y lo asesinan cruelmente. De este ejército de mártires, cuatro nombres solamente han quedado en la memoria de los hombres: los de Mauricio, Exuperio, Cándido y Victor; empero los otros están escritos con ellos en el libro de la vida y al pié del trono del Eternel!.....

Los torrentes de sangre que acababa de verter, aumentaban la sed de sangre que Maximiano tenia; ya por él mismo, ya por sus tenientes, pasó sus furros por todas las Gálias, particularmente por la Gália Bélgica. El gobernador Riccio Varo, digno por su odio á los cristianos de servir á tal amo, adquirió una odiosa celebridad en los martirologios, y su provincia fué el teatro de las escenas mas lamentables; parecia que el feroz prefecto no la recorría sino para no dejar respirar á los ya fatigados verdugos.

En Fines, pequeña poblacion entre Reims y Soissons, una jóven virgen llamada Maera, fué conducida delante de Riccio Varo, y no queriendo apostatar, con un valor superior á su sexo y á su edad, sufre la doble tortura del hierro y del fuego, y despues de haberla cortado los pechos, espira tendida sobre un lecho de carbones encendidos. En Soissons hace sufrir, despues de los acostumbrados tormentos, á dos célebres hermanos, San Crispin y San Crispiniano, de noble origen, que habian venido de Roma á las Gálias con otros hombres apostólicos para esparcir en ellas la sientencia del Evangelio; igualmente admirables por el celo con que anunciaban á Jesucristo, que por la vida pobre y laboriosa á que se habian condenado, siendo incierto y no bastante averiguado que ejerciesen, como se les supone, el oficio de zapateros.

Uno de los mas célebres mártires fué San Quintin, descendiente de una familia senatorial, que habia abandonado á Roma y todas las esperanzas del siglo, para predicar altamente la fe en la ciudad de Amiens. No ménos

poteroso en obras que en palabras, confirmaba su doctrina con milagros; pero Riccio Varo le hizo llorar, y en consideracion á su alto nacimiento, intentó, aunque en vano, persuadirle. La inutilidad de sus esfuerzos le pone furioso, y agota contra el confesor los mas crueles suplicios: despues de haberle hecho dislocar los miembros en todas sus coyunturas, ordena que en lugar del azote ordinario empleen las cadenas de hierro para destrozarle el cuerpo, vertiendo en seguida sobre él, pez y aceite hirviendo. Sabiendo que la prision donde habia encerrado á su victima se habia abierto milagrosamente, y que en vista de aquel prodigio, los guardias y una gran multitud se habian convertido, hizo de nuevo prender y torturar al santo, para impedirle alabar á Dios en el mismo tormento: le hizo llenar la boca de sal y vinagre, y lo llevó consigo á la capital del Vermandés, poblacion entonces oscura y que el nombre del generoso Quintin debia ilustrar hasta nuestros dias. Durante el camino intentó, aunque en vano, seducirlo; empero no consiguiéndolo, su furor no conoce ya limites, y hace atravesar al generoso mártir transversalmente con dos barras de hierro desde el cuello hasta el nacimiento de los muslos, arrojando su cuerpo al Somma.

Muchos fueron los mártires que ilustraron las Gallas.

San Aquo y San Aquelo, en Amiens; San Fermín, que fué su primer obispo, San Luciano, discípulo de Quintin, en la ciudad de Beauvais, con sus compañeros Juliano y Maximino; San Auverto, patrono de la ciudad de Lilla, en Flandes, compañero de San San Piató, martirizado tambien con él; San Justino, niño á quien los soldados enviados en persecucion de su padre y de su hermano, cortan la cabeza en Louvres, por no haber podido conseguir que revelase el lugar en que se ocultaban; San Eugenio, uno de los discipulos de San Dionisio, San Yen y otros muchísimos.

La ciudad de Nantes nos ofrece á dos jóvenes mártires que están en el número de los mas célebres del Occidente; Donaciano y Rogaciano eran hermanos; Donaciano, el mas jóven, se convirtió el primero, y habiendo recibido el bautismo, trabajaba en la conversion de los otros; Rogaciano, su hermano mayor, conmovido quiso ser tambien cristiano, y rogó á Donaciano que le hiciese recibir el bautismo antes de la persecucion, á fin de que no le sorprendiese pagano catecúmeno; empero la ausencia del obispo, que habia huido, le impidió ser bautizado. El gobernador, que perseguia á los cristianos, le hizo comparecer en su presencia, donde confesó constantemente y fué puesto en prision con fuertes grillos. Habiendo citado tambien á Rogaciano, le habló con la mayor dulzura, esforzándose á ganarle con promesas; empero viéndole tan firme como á su hermano, le hizo tambien poner en prision. Aligábase Rogaciano de haber sido preso antes de haber recibido la gracia del bautismo, y lamentábase en la prision, abrazado á su hermano, de esta desgracia; empero orando éste, le dijo que al día siguiente, su sangre derramada por la religion de Jesucristo, le serviria de bautismo. A la mañana siguiente, el gobernador, haciéndolos presentar de nuevo en su tribunal y viéndolos cada vez mas firmes, los hizo colgar del caballete, en donde fueron atormentados, mandándolos despues degollar.

Las órdenes del emperador eran rigurosamente ejecutadas en todas partes á donde se extendia su dominacion.

En Ajen, ciudad de Aquitania, una vírgen llamada Fides, de una ilustre familia, notable ademas por su belleza, compareció delante del prefecto Daciano, uno de los mas crueles enemigos de los cristianos, y no pudiendo vencerla ni la seduction ni las amenazas, fué estendida sobre un lecho de bronce ardiendo, y viva aún decapitada. Los fieles presentes á este espectáculo, manifestando su horror y su compasion, fueron arrestados, conducidos en el instante mismo al templo, y habiendo rehusado sacrificar, fueron muertos. Un cristiano llamado Capras, que desde el principio de la persecucion habia mostrado el mayor terror y se habia ocultado, movido con tan generoso ejemplo sale de su retiro, y consigue á su vez la gloriosa palma del mártir.

En Arles, Gimés, escribano aún y catecúmeno, oyendo leer delante del tribunal el edicto de persecucion contra los cristianos, y no pudiendo resolverse á escribirlo, acroja sus tabillas á su juez; huye, pasa á nado el Ródano; empero es cogido en la opuesta orilla, y condenado á muerte hace pedir al obispo, el bautismo; empero el bautismo de sangre suple á aquel.

El emperador Maximiano, cubierto aún con la sangre del asesinato de la legion Tebea, y precedido de los terribles ruidos de esta gran catastrofe, llega á Marsella, siendo el mismo potador de los terribles castigos en que no deja mas alternativa á los cristianos que sacrificar ó perecer en los tormentos.

Victor, uno de los soldados mas celosos por el cristianismo, emplea todas las noches en visitar á los dolores y fortalecer su constancia para que no cedan ante los tormentos. Presentado á los prefectos, le exhortan á que no pierda sus servicios en favor de su príncipe, por el culto de un hombre que habia muerto en la cruz; empero Victor responde con una libertad cristiana, que le atrae los grillos y las vejigas de todo el pueblo infiel que le rodeaba.

Victor era una persona de gran consideracion, y no atreviéndose á condenarle los prefectos, lo remitieron á la persona del emperador. En presencia de este confiesa con igual constancia la fe, é irritado Maximiano hace que atado de pies y manos le arcastren por las calles de Marsella. Ensignatado de este modo, y destrozados sus miembros, es conducido de nuevo al tribunal, é invitado á adorar á los dioses; empero el mártir deshecho en su fe con la mayor constancia, y Eutiquio y Asterio, prefectos, á falta de razones con que contestar, se disputan el derecho de atormentarle y las funciones del verdugo comienzan por hacer poner en una cruz, y los dolores de la crucifixion le rón tan vivas y terribles, que el mártir, alzando los ojos al cielo, pidió á Dios que suavizase misericordiosamente su violencia; los dolores del mártir cesan, y los dolores, fatigales de asistir á su triunfo en vez de su agonía, le conducen de nuevo á uno de los mas profundos calabozos, donde la visita de deus convierto en deliciosa aquella terrible estancia. De repente las puertas del calabozo se abren, una aureola celeste viene á iluminar la doble noche del cielo y de la prision, y el mártir triunfante canta las alabanzas de Dios. Deslumbrados los soldados vuelen a su pies, y le piden llorando el bautismo; Victor los conduce á las orillas del mar aquella misma noche, retirando de sus ondas á sus carceres convertidos en cristianos!

La conversion de Alejandro, de Longino y de Feliciano, que eran los nombres de estos soldados, irrita al emperador, y no deja á los tres soldados mas alternativa que la apostasia ó la muerte; y los nuevos soldados de Jesucristo abrazan contentos la palma del martirio.

Victor, tesigo de esta triple y gloriosa ejecucion, pide á Dios que le permita asociarse á su triunfo. Conducido de nuevo al pretorio en medio de los gritos é insultos del populacho, fué colocado nuevamente en el potro, y azotado su cuerpo con vergas de buey. Cansados los verdugos lo vuelven á la prision, donde aun permaneció tres dias, hasta que el César, haciéndole citar en su presencia, y junto á un altar de Júpiter, le invita á que queme en sus aras el incienso; empero Victor de una patada derriba el altar, y el emperador hace inmediatamente que le corten el pié; despues es conducido á un molino y ajustando su cuerpo mutilado y sangriento á la piedra, la rotacion violenta de ésta le hace pedazos; empero habiéndose milagrosamente desmontado la piedra, mandaron cortarle la cabeza para terminar el débil soplo de existencia que aun le quedaba. Los cadáveres de los cuatro mártires fueron arrojados al brazo de mar que rodea á Marsella por la parte del Mediodia.

En el número de las victimas que el feroz Riccio Vuro habia inmolado, debemos contar á San Graciano, que llevó la fe á los alrededores de Amiens, y á quien hizo descapitar.

Otros muchos perecieron tambien en las Gálias durante esta persecucion. En Limoges, la virgen Valeria; en Caix, la virgen Honorina; en Troyes de Champagne, San Patroclio; en Nimes y sus alrededores, Santa Baudilia; en Sens, los santos Sabiano, Potenciano y sus compañeros.

La España hacia parte del gobierno de Maximiano, y es probable que en ella los mártires fuesen muy numerosos; empero las únicas actas que han llegado hasta nosotros, son las de los santos Victor, sacerdote; Vicente y Oronte, paganos convertidos, y de raza real; el padre de Victor y Aquilina su madre.

Los dos niños, á quien Victor habia dado asilo, fueron arrestados en una montaña por las órdenes de Rafino, gobernador de Gerona; y habiendo rehusado sacrificar á los ídolos, fueron degollados.

Victor, por haber sustraído y ocultado sus cuerpos, fué atormentado en el mismo lugar donde habian sufrido el martirio los dos hermanos. A la vista de la sangre que corria, su padre queria huir; empero detenido y fortificado por la generosa Aquilina, cae de rodillas á su lado, y ambos reciben el golpe mortal que los traslada de esta vida terrena á la gloria celeste.

Podríamos insertar aquí un catálogo; y aun así solo indicariamos un pequeño número de nombres de los que inmoló el feroz asociado de Diocleciano; empero se aproximaba el momento en que la iglesia de las Gálias iba á encontrar dias mas serenos y tranquilos.

No se contentó Diocleciano con haber asociado al imperio á Maximiano Heráculo con el título de *Augusto*, sino que para sostener las guerras de que el imperio se hallaba atacado por todas partes, creó otros dos emperadores de segundo orden con el nombre de *Césares*, á saber: **CONSTANCIO CLORO** y **GALERIO MAXIMIANO** (292). Diocleciano adoptó á ésta por su hijo, y le hizo repudiar á su muger para casarle con su hija Valeria; y Maximiano adoptó á Constancio, haciéndole tambien repudiar

á Elena, de quien habia tenido á Constantino, para casarle con Teodora, su hijastra. Dividieron las provincias, y Constancio tuvo bajo su obediencia á las Gálias y la Gran Bretaña; Heráculo Maximiano tuvo el Africa y la Italia, y Galerio la Siria y el resto hasta el Ponto-Euxino.

Así los ejércitos como los enemigos fueron contentos por estos gefes, con tanta mas facilidad, cuanto que la muerte ó la derrota de uno solo no cambiaba en nada la administracion, y no podia poner el imperio en peligro. Esta idea de Diocleciano tuvo un éxito feliz para su reinado; empero preparó la caída del imperio, mas aún que la anarquía y la ineptitud de sus predecesores: Diocleciano conservó siempre autoridad sobre sus colegas.

Las provincias de Occidente fueron las mas felices, porque Constantino era el único de los cuatro cuya educacion habia dulcificado su carácter y héchoso amar. Desgraciadamente el César Galerio tenia por madre una aldeana ignorante que adoraba las divinidades de la montaña; una aldeana de imaginacion ardiente que no podia ver á los cristianos sin desdeñar y mofarse de las ceremonias de su culto.

Por otra parte, Galerio, que acababa de dejar su traje rústico de pastor para ser César, queria subir mas alto aún, y provocando una persecucion general, satisfacer los deseos de su madre y hacer odioso á Diocleciano; esto bastó, pues, para que Galerio tratase de turbar el imperio y el reposo de los cristianos. Dejaron á los cristianos en su principio en libertad; pero esto no impedia que Maximiano Heráculo, siguiendo su humor brutal y desigual, los persiguiese como acabamos de ver en las Gálias. Los otros fueron hasta aun favorables á los cristianos, confiándoles gobiernos en las provincias, dándoles cargos en sus palacios, y consintiendo que á su vista hablasen libremente de religion, y la ejerciesen con sus mugeres, sus hijos y sus criados; los distinguan y los amaban mas que á los otros servidores suyos: tales fueron en Nicomedia, cerca del mismo Diocleciano, Doroteo, el mas querido y fiel de sus oficiales, á quien los gobernadores y los magistrados tributaban el mayor honor; y Gorgonio, que fué tambien muy célebre.

Las asambleas de los cristianos eran tan numerosas en todas las ciudades, que no siendo bastante á contenerlos las antiguas iglesias, se echaron los cimientos de otras nuevas, y nadie impedia aquellas grandes obras.

Diocleciano habia fijado su corte en Nicomedia; el carácter brusco y bárbaro de Valerio empieza muy luego á intimidarle, y recelando casi insensiblemente de él, su protegida, su yerno dudaba del porvenir, consultaba en las entrañas de las victimas que se sacrificaban á los dioses cuál seria su futura suerte; orlento tambien á los que mandaban en los ejércitos que obligasen á los soldados á sacrificar, ó que los arrojasen de las filas: así la persecucion comenzó por los cristianos que servian en los ejércitos y muchos abandonaron voluntariamente el servicio de las armas antes que renunciar á su Dios. Contentáronse al principio con esta pena, haciendo morir á muy pocos, porque los emperadores temian el gran número de los cristianos.

El 12 de Marzo del año 296, en Tebaste de Numidia, se presentó Fabio Victor con su hijo Maximiliano, para ser tallado como soldado en

el ejército, empero negándose éste á ser inscrito, y proclamándose cristiano, mandó el procónsul que se horrase su nombre del padron militar, haciéndolo degollar en seguida, á la edad de veinte años. Una dama de calidad, llamada Pompeyana, obtuvo su cuerpo del juez, y habiéndolo colocado en su litera, lo condujo á Cartago, y lo enterró en una colina inmediata al sepulcro de Cipriano.

Otro ejemplo de un valor no ménos heroico dió este mismo año (292) uno de los centuriones de la legión Trujana, Marcelo, el que tratándose de hacer un sacrificio en celebradion del nacimiento del emperador, se despojó de sus insignias á la vista de las tropas, y declaró renunciar al servicio de los emperadores, puesto que como condicion de él se lo exigia sacrificar á los falsos dioses. El comandante de la legión, Fortunato, le hizo arrestar, y presentado al teniente del pretorio y comandante en jefe, Aurelio Agricola, fué invitado á hacer un sacrificio ó á ser degollado. Eligió la muerte, y al marchar á ella, imploró la bendicion del cielo sobre su juicio juez!

El martirio de Marcelo produjo inmediatamente otro. El escribano del tribunal, Casiano, á quien Agricola mandó escribir la sentencia de muerte de Marcelo, se levanta indignado, manifiesto altamente su indignacion, y arrojó al suelo el pizón y las tabillas donde debia escribirla. Un movimiento de estorpo se apodera de los circunstantes; Marcelo sonre, y Agricola, temblando de cólera, se levanta de su silla y pide cuenta de aquel acto de insolencia á Casiano. A los tres dias de la muerte de Marcelo comparece Casiano ante el tribunal, confiesa generosamente á Jesucristo, y obtiene tambien la corona del martirio!

Este San Casiano es diferente de otro mártir del mismo nombre, que pereció en la persecucion general en la ciudad de Imola, en Italia, donde ejercia la humilde profesion de maestro de escuela. Sabiendo que era cristiano, conducido al tribunal y rehusando ofrecer sacrificios á los dioses, los paganos lo entregaron á sus mismos discípulos, que incitados por ellos, se precipitaron sobre él y lo mataron lentamente con los punzones de acero, de que se servian para escribir en sus tabillas. No consta la fecha del año de su martirio.

La persecucion se extendia en el ejército. En la Norica, y cerca de la confluencia del rio Enns con el Danubio, fueron martirizados juntos cuarenta soldados cristianos de la manera mas atroz. A Floriano, uno de sus compañeros de armas, que se presentó él mismo para ser reunido á sus hermanos, el prefecto Aquilino le hizo matar á palos y arrojárselo en el rio.

En Roma, donde Maximiano habia mantenido la silla de su gobierno, San Papias, San Mauro y treinta de sus compañeros fueron martirizados sobre las vias Apia y Nomentana.

En Africa se citan aún cuarenta, entre ellos los santos Zotico, Rogato, Modesto y Castulo.

Si bárbaro y cruel se manifestaba con los cristianos Maximiano, mas sediento aún de la sangre cristiana se manifestaba el pastor Galerio, y en breve vamos á ver que tantas escenas bárbaras como acabamos de referir, no son sino el preliminar de otras mas atroces y crueles.

La division de las provincias entre los cuatro emperadores, produjo

los mas felices efectos para el imperio. En Africa, Maximiano pacifica aquellas comarcas por sus victorias sobre cinco naciones moriscas que le atacan, y obliga á Juliano, que habia osado reventarse la púrpura, á atravesarse el corazon con su propia espada. Constancio Cloro consigue muchas victorias sobre los bárbaros del Norte; y Calansius, que se habia apoderado de la Gran Bretaña, muere asesinado, y aquella importante provincia se somete enteramente al dominio del imperio. Diocleciano reconquista el Egipto; y ora sea por tratados ora por el terror de sus armas, asegura las fronteras del imperio contra las irrupciones de los pueblos limitrofes. Galerio, que defendia las fronteras del Danubio, llamado para detener la marcha victoriosa de los persas, batido en un principio en las mismas llanuras donde Craso habia sucumbido en otro tiempo, y despues de su derrota tratado con el desprecio mas insultante por el soberbio emperador, no tarda en levantarse sobre el monarca persa, obtiene victorias importantes y decisivas sobre el monarca persa, obteniendo una paz que por cuarenta años no osaron turbar sus sucesores. Estendió los limites del imperio hasta el Tigris.

Al volver de su gloriosa campaña Maximiano Galerio, manifiesta lo que de él pueden aguardar los cristianos. Hace ejecutar á su propia vieta y por sus órdenes [297] en Samosate, capital de Siria Commagena, á Hiparco y Filoteo, personas ambas de consideracion por su dignidad, pues eran magistrados de la ciudad; los cuales, mientras todos los habitantes, obedeciendo la orden del emperador, van al templo de la Fortuna para ofrecer un sacrificio, y desde allí al circo para celebrar con fuegos el quinto aniversario de su reinado, permanecen encerrados en sus casas en oracion delante de una cruz colocada en la pared que miraba al Oriente.

Cinco de sus amigos, mas jóvenes que ellos, que pertenecian tambien á familias las mas distinguidas de la ciudad, Jacobo, Paragro, Habido, Romano y Loliano, los sorprendieron en este acto de devocion, y habiéndoles preguntado la causa, supieron de ellos que no era aquella cruz la que adoraban, sino al que de ella habia sido suspendido; y les explicaron al mismo tiempo los principales misterios de la redencion. Movidos de la gracia, manifestaron deseos de recibir el bautismo, aunque temerosos de la severidad de las leyes; empero afirmados en la fe por Hiparco y Filoteo, recibieron el bautismo de manos de un sacerdote, que por medio de la persecucion, entró disfrazado bajo un pobre vestido en casa de Hiparco. El tercer dia de las funciones, informándose el emperador de si algun magistrado habia faltado al sacrificio del templo de la Fortuna y á los juegos del circo, Hiparco y Filoteo fueron arrestados en sus casas con los cinco nuevos cristianos, y conducidos á la presencia del emperador, resistieron constantemente la prueba de los azotes, siendo arrojados seguidamente en una prision, donde permanecieron dos meses. Presentados de nuevo delante del César, mas parecidos á esqueletos que á hombres vivientes, resistieron á sus ruegos, desecharon sus favores, y Galerio, trasportado de furor, los hace atar con cuerdas tan apretadas, que penetraban en la boca, impidiéndoles hablar; y finalmente, manda que sean crucificados.

En Palestina, cuando Maximiano Galerio recorria triunfante las pro-

vincias del Asia, fué presentado ante el tribunal del prefecto Magencio, el santo sacerdote Eusebio. Tan firmes fueron las palabras con que contestó, tanta la paz del alma que manifestó en medio de los tormentos, que Magencio, despues de haberle condenado, le llamó cuando le conducian al suplicio, y consintió en hacerle comparecer delante de Galerio. El alma inflexible de éste se conmueve á la vista de aquel venerable anciano, y contra su costumbre con los cristianos, le habla con la mayor benevolencia: "Anciano, le dice, ¿por qué compareces delante de mí? Habla y nada temas." Pero Eusebio guardaba asilencio: "Otra vez te digo que hables, le repitió; responde á la pregunta que acabo de hacerte, porque deseo salvarte la vida.—Si pongo en un hombre la esperanza de mi salvacion, respondió el mártir, no debo esperar esta verdadera salvacion que mi Dios me ha prometido; escodes sin duda á los demas hombres en dignidad y en poder; empero no eres menos mortal que el último de todos ellos; repito delante de ti lo que ya he dicho en otra parte: soy cristiano, y mi cristiano no puede adorar los maderos y las piedras; adoro al verdadero Dios, al Dios bueno, y no quiero adorar á otro.—Invencible emperador, respondió Magencio, no te dejes engañar; ese pretendido Dios que adora es Jesucristo, á quien no conocemos nosotros, y que tampoco han conocido nuestros antepasados.—Ía, dijo, entónces el emperador, y juzgadle conforme á las leyes," es decir, conforme á los antiguos edictos; porque los nuevos no habian sido aún publicados.

A pesar del odio que á los cristianos profesaba Maximiano Galerio, mientras duró sobre él el ascendiente de Diocleciano, no se dieron nuevos decretos de persecucion.

Diocleciano habia ido á pasar el invierno á Nicomedia; allí va Galerio á encontrarle, y cediendo á las instigaciones de su madre, manifiesta á aquel anciano que la religion de los dioses queda cada dia mas abandonada, mientras que crece y triunfa cada vez mas la de los cristianos; le representa que los edictos publicados contra ella por los diversos emperadores eran impotentes, á la vez que no habian adquirido ni un solo adorador al culto de Roma; que los ejércitos se poblaban de cristianos, y que concluirian por multiplicarse de tal manera, que constituirian muy en breve ellos solos toda la fuerza del Estado; aumenta, engrandece, exagera mas y mas este cuadro, y concluye proponiéndole una persecucion mas terrible que todas las precedentes persecuciones. El viejo dálmata resiste desde luego al feroz Galerio; le muestra á su vez cuán deplorable seria atormentar al universo, y derramar á torrentes la sangre que pedia, y concluye diciendo que basta arrojar á los cristianos del palacio y del ejército. Empero Galerio tenia sus motivos para llevar hasta lo último su tentativa; insiste, se encoleriza, y Diocleciano vacila, va á ceder. Junta un consejo para deliberar sobre tan grave negocio; empero sea que realmente se desapruebe en él la religion cristiana, sea que los cortesanos previan ya la fortuna de Galerio, todas las opiniones están conformes con los deseos del antiguo pastor.

Diocleciano queria tomar consejo, porque tenia la maliciosa táctica de no consultar cuando queria hacer el bien, á fin de que recayese sobre el solo todo el honor, y de consultar cuando se trataba de algun mal, á fin de que el vituperio recayese sobre los que le aconsejaban.

Aun no cede Diocleciano á los votos de su consejo; y envia á consultar el oráculo de Apolo en Mileto. ¿Consultar el oráculo de Apolo sobre el cristianismo!!!..... Apolo respondió, no por la sacerdotisa, sino desde el fondo de un antro oscuro, que los justos que habia sobre la tierra le impedian decir la verdad, y que los oráculos que dictaba desde la tripode eran falsos. La sacerdotisa respondió lo mismo, agitando sobre la tripode, convulsa y desgrenados sus cabellos.

Pregunta Diocleciano quiénes eran los justos, y le responden que los cristianos.

Diocleciano débil, no pudiendo resistir á sus amigos, al César, y á Apolo, resuelve la persecucion; empero queria guardar la moderacion de que no se derramase sangre, en lugar de que Galerio queria que se quemasen vivos á los que recusasen el hacer sacrificios á los dioses.

Diocleciano se cree entónces libre de toda responsabilidad moral; Galerio gozará, pues, bien pronto de la victoria que su ambicion acababa de conseguir sobre los ya debilitados órganos del primer Augusto.

El dia de la fiesta del dios *Terminus*, es el dia elegido para comenzar la persecucion, como un dia conveniente y feliz, porque en él se celebraban las fiestas *Terminales*, por ser el último dia del antiguo año de Roma, para terminar tambien en aquel dia la religion cristiana!

Este dia era el 23 de Febrero; el año 303 de Jesucristo; y el 20 del imperio de Diocleciano!!

Dia para siempre memorable de luto y desolacion, y que iba á dar principio á la décima y última persecucion del cristianismo!

UNIVERSIDAD

JANL

UNIVERSIDAD DE NUBIA LEÓN



®

UNIVERSIDAD GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al estallido de esta horrenda tempestad, la Iglesia se encontró como un buque zozobante y desmantelado, próximo á ser sumergido por la terrible ola de persecucion! Sus enemigos triunfaban de su ruina en medio de banquetes y festines; y al salir de sus orgias nocturnas, embriagados por su odio común, cual si fuese un vino espirituoso, forzaban las puertas de las casas de los cristianos, y rompian y destrozaban cuanto encontraban á su paso, sin que ninguno de los cristianos osase apenas quejarse: sus quejas eran reputadas como sedición y rebeldía. Ni un solo cristiano se atrevia á presentarse en las calles: se les arrojaba del foro; se les robaban sus casas, se les arrebataban sus mugeres y sus hijas, para arrojarlas despues en los lupanares; y no hay voces bastante lamentables para referir cuánta fué entonces la viudez y la angustia de la Iglesia. Los que huían no encontraban en ninguna parte refugio; los sacerdotes se hallaban dispersados lejos de su altar, cual si se hubiera trasladado la Iglesia de Cristo al desierto; los que andaban errantes por las soledades, los que se ocultaban en las concavidades de las grutas y cavernas, bien pronto tenian que salir de ellas, acosados por el hambre, é iban ellos mismos á entregarse á sus perseguidores. Entónces se vió á muchos desafiar los tormentos mas crueles, y ofrecer, por el valor con que los soportaban, un espectáculo admirable á los ojos de los hombres, y tambien al mismo tiempo se vió con dolor á un gran número de ellos, que vencidos por el miedo aun antes del combate, se rendian cobardemente á la primera intimacion. En cuanto á los confesores, se les atormentaba de mil maneras. Sus cuerpos eran destrozados á fuerza de azotes; se dislocaban sus miembros, y sus entrañas se ponian al descubierto con garfos de hierro, muriendo al fin en medio de tan atroces tormentos. Otros hubo que tuvieron que soportar otro género de combates: á unos se les hacia entrar á su pesar en el templo de los idolos, y aunque obstinadamente refusasen sacrificar, los dejaban marchar libres como si hubiesen sacrificado; á otros aun cuando ni se hubiesen aproximado siquiera al altar, se les ponía en libertad bajo el testimonio de paganos que declaraban haberlos visto ofrecer incienso á los dioses; y se alejaban sin poderse quejar, teniendo á Dios por único testigo de su inocencia; habia otros á quienes se arrancaban maribundos de los tormentos, y á quienes se ponía en tal estado al pié de los altares de los dioses: algunos arrojados á tierra se dejaban arrastrar por los piés hasta el templo, y se les contacta entre el número de los que habian apostatado. Protestaban unos en alta voz que no habian sacrificado, ni que tampoco sacrificarian jamas; gritaban otros que eran cristianos y confesores de la fe de Jesucristo; y entónces los satélites de los emperadores descargaban furibundos golpes sobre su boca, mejillas y rostro, obligándoles á callar y á retirarse, lo cual era un nuevo triunfo para los perseguidores, pues conseguian que los cristianos apareciesen como apóstatas.

No contento el César Galerio con estos edictos, y queriendo que Diocleciano redoblase aun mas el furor de la persecucion, hizo poner fiesgo secretamente al palacio, y habiéndose quemado una parte de él, acusó á los cristianos de este crimen, como en otro tiempo lo habia hecho Nerón, para que así fuesen considerados como enemigos públicos: dijos, pues, que habian conspirado con los eunucos para hacer parecer á los dos em-

CAPITULO XI.

Decima persecucion de la Iglesia.—Destruccion de los templos.—Edictos contra los cristianos.—Crueldades de que son victimas.—Calumnias con que aumentan la persecucion.—Mártires de Nicomedia.—Martirio de San Jorge.—Conducta de Maximiano y Constancio, emperadores, en la persecucion.—Constancio, favorable á los cristianos.—Diocleciano hace matar aun á sus amigos cristianos.—Prisca y Valeria, esposa é hija de Diocleciano, cristianas.—Su apostasia.—Escritos contra el cristianismo.—Mártires de Palestina.—Martirio de Praxopio, de San Romano y de un niño.—Mártires de Egipto.—Martirio de las siete virgenes de Anzira y San Teodoro.—Martirio de Santa Dorotea y San Teófilo.

El día de la fiesta del dios *Termino* comienza la persecucion. Apenas rayan los primeros albores de la aurora, un prefecto, seguido de los tribunos y de una multitud fanática, se precipita en confuso tropel sobre la iglesia de Nicomedia, derriba las puertas, penetra en el templo, y lo entrega todo al pillage y á las llamas. La iglesia se hallaba en un lugar elevado; Diocleciano y Galerio contemplaban desde su palacio esta lamentable escena, y consultan largo tiempo si seria mas conveniente entregar tambien la Iglesia á las llamas; el parocer de Diocleciano vence temeroso de que las llamas se propagasen á la ciudad, cuyas casas rodea el templo, decreta su demolicion, y legiones enteras de soldados pretorianos marchan en batalla con picos y azadones, rodean el edificio, y no obstante su magestuosa elevacion, en pocas horas lo nivelan con el suelo. A la mañana siguiente un edicto imperial manda demoler todas las iglesias y quemar las Santas Escrituras; privar de todos los honores y dignidades á los que aquellas concurren á ornar, de cualquiera rango, de cualquiera condicion que fuesen, sujetándolos por último á la pena de muerte. Por este edicto todas las acciones intentadas en justicia contra los cristianos deberían seguir su curso; empero los cristianos no podian perseguir á nadie, ni por violencia, ni por aduiterio; se les despojó de toda especie de derechos y hasta de la libertad.

radores dentro de su propio palacio. Diocleciano entónces soltó la rienda á su furor: todos los jefes de palacio hicieron dar tormento, por el poder que á efecto se les había concedido, á los cristianos, y todos rivalizaron en celo para ver de descubrir los incendiarios; empero éstos se hallaban entre los mismos servidores de Galerio! Una segunda tentativa de incendio en el palacio de Nicomedia, sin mas intervalo que el de quince dias, acabó de redoblar la cólera de Diocleciano; Galerio queria que ni un solo cristiano escapase á su cólera y á su venganza. Antimo, obispo de Nicomedia, es degollado: hace perecer á todos los sacerdotes; á todos los ministros de la Iglesia, á todos los esclavos, y finalmente, á todos los ciudadanos cristianos. Por este decreto se ven envueltos en la misma pena familias enteras sin distincion de edad ni de sexo: se ve con admiracion á multitud de hombres y mugeres, animadas de una santa alegría, ofrecer sus cabezas á las hachas de los verdugos y precipitarse ótus en las hogueras; habiendo por fin un gran número de ellos que, atados de dos en dos y embarcados, fueron arrojados al fondo del mar.

El hecho mas admirable de esta época es el de una multitud de cristianos que, á pesar de los edictos, se habían reunido en una iglesia para celebrar los misterios sagrados: Diocleciano hace cerrar todas las puertas de la Iglesia, preparar á su alrededor materias inflamables y colocar delante de la entrada principal una tripode é incienso; hace pregonar por un heraldo que los que querian evitar la muerte salgan y quemem incienso en honor de Júpiter: morir por Jesucristo! fué el grito unánime que se alzó de en medio de aquella santa multitud, y en el mismo instante, prendido el fuego á los combustibles, se abararon muchos millares de cristianos, marchando juntas sus almas para el cielo!

El mismo dia que se publicó en Nicomedia el edicto de la persecucion, un jóven cristiano, distinguido por su rango y por su nacimiento, escitado por su gran amor á Dios y por el ardor de su fe, se presentó con santa osadía en la plaza pública, y desgarró á presencia misma de los emperadores el fatal edicto. Arrestado en el instante mismo, y condenado como culpable, sufrió con valor todo género de tormentos, y los sufrió con la sonrisa en los labios, con una firmeza insustitante que conservó hasta el último suspiro, y que acrecentaba la rabia de sus verdugos. Este ilustre mártir era, según la opinion de los mas célebres escritores de la Iglesia, San Jorge, santo cuya celebradón es de las mas grandes, y que á la paz de la Iglesia recibió el título de gran mártir, habiéndose levantado en su honor en Constantinopla seis Iglesias, dado su nombre de *braco de San Jorge* al estrecho de los Dardanelos, y erigidos por Eduardo III bajo su proteccion la distinguida órden de la Jarretiera en el año de 1339. Este santo se presenta á caballo, teniendo un dragón á sus piés, para denotar que por su fe había vencido al demonio, designado éste en el Apocalipsis bajo el nombre de *dragón*.

Poco tiempo despues, dos conjuraciones fraguadas contra los emperadores, la una en Melitina de Armenia y la otra en Selensia de Siria, fueron el pretexto de un nuevo edicto que ordenaba el arresto de todos los cristianos. Innumerable fué el número de los mártires en todas las provin-

cias; pero particularmente en el Africa, en la Masritania, en la Tebaida, en el Egipto y en Roma.

Maximiano Herclio y Constancio Cloro recibieron de sus colegas de Oriente la órden de propagar la persecucion al Occidente. Maximiano, hombre cruel, dió con placer rienda suelta á su furor; empero Constancio Cloro hizo publicar los edictos sin ponerlos en ejecucion, siendo la provincia de su mando donde únicamente pudieron respirar algun tanto los cristianos, si bien mandó demoler y arrasas las iglesias, considerando que podrian ser reedificadas algun dia; empero no hizo morir á nadie, ni derramó en las Gaulas sangre alguna. Constancio tenia, como los demas emperadores, un gran número de cristianos entre los oficiales y empleados de su palacio, les propuso la eleccion de permanecer en sus cargos si sacrificaban á los ídolos, ó de ser desterrados de su presencia si lo rehusaban: muchos prefirieron al interés temporal la conservacion de su fe permaneciendo firmes, y cuando esperaban los suplicios que atormentaban en todas las partes del imperio á sus hermanos de religion, Constancio declaró que consideraba á los apóstatas como cobardes y egoistas, no esperando de ellos que fuesen mas fieles á su persona que lo que habían sido á su Dios; juzgó dignos á los generosos defensores de la fe de permanecer á su lado, les confirió la custodia de su persona, y los contó entre sus mejores amigos; no así Diocleciano, que en su furor hizo morir á cortesanos muy poderosos á quienes amaba en otro tiempo, y que le habían sostenido en el palacio y en el campo de batalla: Doroteo, uno de sus mas íntimos amigos, fué estrangulado despues de sufrir los mayores tormentos; Pedro, habiendo rehusado sacrificar, fué levantado desnudo en el aire por medio de una polea, y cruelmente azotado, y destrozadas sus carnes hasta descubrirse los huesos: para hacer vacilar su constancia, aplicaron á sus llagas vinagre y aceite hirviendo; mas él espiró firme é intrépido atleta de Jesucristo en tan cruel tormento.

Se cuenta ademas, entre los mártires domésticos del palacio de Diocleciano, el ennuco Index, Niconio y Mardonio; empero el cristianismo tenia representantes aun mas inmediatos á la persona de Diocleciano: la emperatriz Prisca, y su hija Valeria, esposa del infame Galerio, pertenecian á la religion de Jesucristo!

Diocleciano se había trasladado á Roma.

A corta distancia de esta ciudad y de la Via Apia, en medio de un despoblado, una caverna, desierta al parecer, abre sus misteriosas profundidades. Apenas las sombras de la noche se estienden sobre las siete colinas de la ciudad eterna, varios grupos de hombres, de mugeres y de niños, vestidos de colores oscuros, y andando con la cabeza baja cual si meditasen tristemente, llegan á aquella caverna como si acudiesen á una cita, y se internan bajo sus tenebrosas bóvedas. Aquella caverna es la entrada de los *Catacumbas*, que hemos descrito en nuestra introduccion; aquel pueblo que huya y se esconde, es la familia cristiana que va á cumplir los deberes de su religion.

Despues de muchos rodeos, despues de haber atravesado una multitud de galerías que se cruzan en todos sentidos, llegan, en fin, los fieles al recinto consagrado donde va á celebrarse el divino misterio. El altar está labrado en la roca; dos cirios y una lámpara pendiente de la bóve-

da, despiden apenas bastante claridad en aquellos fúnebres sitios, para hacer mas visible la oscuridad. Un sacerdote, cubierto con las vestiduras pontificales, y cuyas manos están trémulas, no por el temor, sino por la edad, empieza el santo sacrificio.

Dos mugeres cubiertas de largos velos blancos están arrodilladas al pié del altar. La una, pálida y lánguida, se halla en la flor de su juventud, parece agobiada bajo el peso de la vida, como bajo una carga demasiado pesada para ella; la otra, de mas edad y mas animosa, sostiene á su trémula compañera. Son madre é hija. ¿Por qué están colocadas en primera fila? En las asambleas de los cristianos reina la igualdad; no hay ni primeros ni últimos. ¿Será por ventura la casualidad la que las ha colocado así?

No, es la modestia de los fieles: los fieles quieren hacer este agasajo á las dos nuevas neófitas. ¿Qué victoria alcanzada por los ministros del verdadero Dios sobre los sacerdotes de los ídolos! Aquellas dos mugeres que van á rezar en las catacumbas, furtivamente, casi solas, son la muger y la hija del señor de la tierra, del emperador Diocleciano. Prisca y Valeria inclinan su frente imperial delante del altar, á donde Cristo va á descender en el sacramento de la Eucaristía.

Pero dos emisarios de Galerio, el futuro yerno, y el favorito de Diocleciano, han seguido á las primeras: mezclados con la turba de los fieles, han llegado con ellos hasta el santuario: el piadoso recogimiento de los cristianos que cruzan sus manos, y no levantan los ojos del suelo, les impide reparar en la insolencia de los espías de su perseguidor.

—Ya no hay mas que saber, dice uno de ellos á su compañero al oido; ya ves que las primeras noticias que le dieran á Galerio eran ciertas. La emperatriz y su hija han abrazado la religion de esos viles esclavos! ¡Oh eterna mancha en el manto de los Césares! Ven, vamos á despachar nuestro encargo, vamos á dar parte á Galerio de lo que pasa.

Los dos delatores se retiran: el espíritu del mal que sonríe á sus proyectos, los guía por las intrincadas galerías de las catacumbas, é impide que se extravíen: su salida no turba el santo sacrificio mas que su llegada. Las voces de las vírgenes se alzan puras y sonoras bajo aquellas bóvedas funerales, y los ángeles llevan á los piés del Eterno las oraciones y las lágrimas de los fieles perseguidos.

Ya ha dado la cuarta hora de la noche, y los cristianos empiezan á dispersarse. Prisca y Valeria, seguidas solamente de sus mugeres y de un oficial cristiano como ellas, han penetrado por una puerta falsa en el palacio de los emperadores. Al rayar el día uno de los principales señores de la corte es introducido á su presencia, y les anuncia que Diocleciano desea hablarlas; los deseos del señor del mundo son órdenes á que nadie debe replicar, y las princesas osan confiarse apenas en una mirada sus múltiples temores. Llegan á la habitacion de Diocleciano, que está solo y se pasea con ademán agitado.

Después de haber despedido con una mirada al personaje que acompaña á su esposa y á su hija, párase amenazante delante de ellas.

—Prisca, Valeria! les dice, un puñado de fanáticos que adornan á no sé qué judío, nacido en un establo y muerto en una cruz, turba la tranquilidad de Roma y del imperio, propagando el espíritu de rebelion so pretexto de

predicar su religion, y siendo los enemigos de todos los dioses del Olimpo, y de mí, que soy César y todopoderoso. Hasta ahora esa miserable secta no ha hecho prosélitos mas que entre los esclavos y los insensatos, entre la hez del pueblo y la hez del ejército. ¡Habré de creer que han obtenido triunfos mas importantes, que el veneno de sus desestables máximas se ha deslizado hasta bajo la púrpura imperial? Si fuera cierto, ¡ay de esos impuros insectos que mi planta se deshecha de pisar! ¡Ay de todos los que se declaran enemigos del César, aun cuando sean de la familia misma del César!

La emperatriz estrecha involuntariamente á su hija en su seno; quiere hablar, pero aterrada por las amenazas de su esposo, y mas aún por sus miradas severas, siente espirar la voz en sus labios; pero Valeria tiene en aquella ocasion mas valor que su madre.

—Señor, dice, ó mas bien, padre mio, pues que todavia no me está vedado daros este nombre, esos de quienes hablais no son vuestros enemigos; muy lejos de eso, en todo vuestro imperio no teneis súbditos mas fieles, y ciertamente que nosotras podemos saberlo, pues que tomamos parte en todas sus oraciones. Nosotras sabemos que piden al cielo, no que os maldiga, sino que os ilumine.

—¿Conque es decir, repuso Diocleciano, que no puedo dudar de vuestro baldon y de mi desgracia! ¡Conque sois cristianas!.....

—Somos cristianas, responde Valeria cruzando las manos y alzando los ojos al cielo.

—Hija mia! ¡hija mia! ¡Qué confesion acabas de hacer! ¡Somos perdidas! exclamó la emperatriz, y cayó fuera de sí á los piés del César, que la rechazó friamente.

—Mañana, dijo éste, se le ofrecerá al señor de los dioses un pomposo sacrificio, para darle gracias por una victoria reciente que el César Constantino ha obtenido en las Gálias; mañana me acompañareis al templo de Júpiter, ó degradadas de vuestra esfera y desheredadas de mi nombre, seréis conducidas á una de mis fortalezas de la Numidia, y este destierro no acabará nunca. El emperador no quiere que se sienta en su trono una muger de quien el universo entero pueda saber que es cristiana. Dejos de lágrimas y de ruegos: esta sentencia es inflexible como las del destino. Volveos á vuestra estancia: el magnate que os ha acompañado hasta aqui, tiene el cargo de velar á vuestra puerta, y de cuidar que estéis solas todo el día y toda la noche de hoy, para que tengais tiempo de reflexionar sobre lo que acabo de deciros. Hasta mañana.

Dicho esto, retirase Diocleciano, y las dos princesas vuelven á su estancia, pudiendo apenas sostenerse sobre sus rodillas. Prisca se arranca la diadema, el velo blanco sembrado de abejas de oro, el rico manto que cubre sus hombros, y todos los atributos de la grandeza soberana.

—Oh, hija mia! esclama, ¡renunciare para siempre á esta corona!

—Madre, le responde Valeria, Cristo os promete una mas hermosa.

—Sí, la del martirio. El destierro en Numidia, es la muerte para ambas. ¡No es esto lo que queréis decir! ¡Oh, Valeria! ¡por qué se lo has confesado todo al emperador? ¡No podríamos adorar á Cristo en secreto como lo hemos adorado hasta ahora!

—Adorar á Cristo despues de haberle renegado!

—¡Ah, tienes razón: y yo soy una pobre insensata; me haces avergonzarme de mí misma! Mira, hagamos oración, y ojalá que mis ángeles protectores me inspiren lo que debo hacer! Cualquiera que sea mi resolución, tú seguirás mi ejemplo: no es verdad, Valeria?

Las dos princesas se abrazan y empiezan á hacer oración; pero los votos que dirigen al cielo están llenos de recuerdos, de distracciones mundanas; involuntariamente piensan en aquella amada Italia, en aquella brillante corte que era preciso abandonar por una cárcel solitaria, en medio de las arenas del Africa, bajo el abrasante cielo de la Numidia. No era así como hacían oración los mártires en la noche que precedía á su suplicio; embebecidos en el contento de ofrecer su sangre á Jesucristo, no pensaban más que en la eterna Jerusalén, á donde iban á ser llevadas sus almas, y no en esta globo perecedero, donde sus cuerpos iban á padecer el tormento: el que duda, el que titubea, no está maduro todavía para el reino de los cielos. La emperatriz y su hija, cristianas muy recientes, no tenían todavía aquella fe ardiente que pone en el corazón un profundo menosprecio de todas las cosas humanas. La cólera de Diocleciano las aterraba casi tanto como la cólera de Dios. Valeria tenía, sin embargo, más valor que la emperatriz; Valeria sola habría tenido aliento para aceptar el martirio; pero no lo tuvo para separar su destino del de su madre!

¡Oh! si el venerable sacerdote que las instruyó en la religión, hubiera podido pensar hasta ellas! si su voz hubiera podido resonar en sus oídos, y hablarles de las felicidades del cielo, en aquel palacio donde todo les hablaba de las felicidades de la tierra! acaso robustecidas en la fe que habían abrazado, hubieran tomado serenas el camino de la Numidia!... Pero ¡solas! ¡solas toda aquella noche! ¡solas con sus recuerdos, sus terrores, su debilidad!... Sucumben. Cuando Diocleciano las toma la mano para llevarlas al templo de Júpiter, casi no oponen resistencia, y los ángeles á quienes el cielo había cometido su custodia, tienden su velo gemido.....

Cuanto fué grande el júbilo de los fieles al saber la conversión de las princesas, tanto fué profunda su desesperación al ver que apostataban: prosternan su frente en la ceniza, y piden á Dios que perdone las dos culpables mugeres que ocasionan tanto escándalo en su Iglesia! Mas adelante veremos el terrible escarmiento del Señor, que precipitará á Prisca y á Valeria de la esfera mas alta á la condición mas miserable. En una época en que por todas partes los mártires de la fe derramaban su sangre, la apostasia no podia quedar triunfante, y ademas estaba cercano el día en que, traspassando la persecucion á los perseguidores, aterrará con su suplicio el universo que fué testigo de su crueldad!

Mientras en los tormentos se derramaba la sangre generosa de los cristianos, los sábios del paganismo atacaban la religion cristiana con la mayor violencia: el sofista, la mentira y la columna, vienen en apoyo y en auxilio de los verdugos. El mas célebre de los impugnadores del cristianismo era Hierocles, uno de los que habían aconsejado la persecucion, y que después fué gobernador de Alejandría. Escribió dos libros con el título de *Filalethes*, amigos de la verdad; los dirigió á los cristianos mismos, y afectando una moderacion hipócrita, dijo que no tenían

por objeto atacarlos, sino darles útiles y saludables consejos; escrito el mas infame de cuantos produjo en todos los siglos anteriores el odio al cristianismo, y en que se pinta á Jesucristo cual ninguno de sus enemigos habia osado antes hacerlo, como un jefe de sediciosos que arrojado del templo, con novecientos hombres habia devastado los campos de la Judea.

Difícil nos será el recorrer con orden el lúgubre cuadro de la décima persecucion, cuyas tintas veremos irse oscureciendo cada vez mas; empero procuraremos recoger un pequeño número de nombres de entre la multitud de santas victimas que durante los primeros años de esta persecucion aparecieron y triunfaron en este campo de sangre y desolacion; los años siguientes son aún mas sombríos y aterradores.

Los edictos publicados en Nicomedia lo fueron tambien en la Palestina en el mes de Abril por Flaviano, su gobernador. Procopio es el primer mártir de esta provincia: enviado de Scitópolis á Cesarea, es arrestado en las puertas mismas de la ciudad, conducido á la prision, y entregado al tribunal por ejercer en la Iglesia las triples funciones de lector intérprete para el pueblo de las Sagradas Escrituras, y exorcista. El gobernador comenzó segun costumbre, por ordenarle que sacrificase á los dioses: "No conozco mas que uno, respondió Procopio, al que sacrifico segun los ritos que me ha prescrito." Obligado entónces á ofrecer libaciones en honor de los cuatro emperadores, respondió con aquel verso famoso de Homero: "El gobierno de muchos no es bueno, &c." Apenas habia acabado de pronunciarlo, cuando á una señal del gobernador, cayó su cabeza á impulsos de la hacha del verdugo, el 7 de Julio del año 303.

Con respecto á los obispos, sacerdotes y ministros del culto cristiano, la persecucion fué instantánea, general. Empleóse en los primeros momentos cuanto pudo sugerir el odio; cuanto pudo inventar la mas refinada crueldad para hacerlos apostatar. Llegaron, para atormentarles, hasta á negarles la corona del martirio, que era el deseo mas ardiente de sus santas almas, dejándoles consumirse larguísimo tiempo en las prisiones, y no concediendo la muerte sino á dos de ellos, Alifeo y Zafico, el 17 del mes de Noviembre del mismo año 303.

En aquel mismo dia, el diacono y exorcista de la iglesia de Casarea, Romano asombraba por su constancia al pueblo. Vícuo que muchos cristianos, aterrados por el aparato de los suplicios, sacrificaban á los ídolos, se adelantó hacia el juez, que manifestaba en su rostro la alegría, y le dijo osadamente: "No es completa tu alegría, porque aun le quedan á Dios valientes soldados que no le es dado vencer."

Asclepiades, juez á quien hasta aquel momento ningun cristiano habia resistido, se apodera del extranjero aquel que pretende disputarle su victoria, y resuelto á vencerlo á todo trance, emplea en él solo cuantos tormentos habia inventado para todos los demas; anima á los verdugos con el gesto y la palabra, y habiendo creído un momento que el generoso mártir titubeaba, baja él mismo del tribunal á prestar al que cree apostata el auxilio de su propio brazo. Empero el heroico mártir triunfa en medio de sus sufrimientos: "Tirano, le dijo, confésate vencido; no titubees; mas como no me es posible profundizar delante de tí lo que es tu

perior á tu inteligencia, ni quiero esponer las cosas santas al sarcasmo de tu impiedad, te propongo que interrogues á un niño, y que aprendas de su boca balbuciente lo que valen tus dioses y lo que vale el mío."

Aceptada su proposición, traen al tribunal un niño de cerca de siete años, llamado Barlas. Romano le pregunta: "¿Qué es preferible, adorar á Jesucristo, ó á una multitud de dioses?" El niño le responde: "No hay mas que un Dios, y este Dios verdadero es Jesucristo." Entonces el juez hace aproximar á su madre, y en su presencia azotar el tierno niño tan cruelmente, que la sangre corría de todos sus miembros! Todos los presentes, los verdugos mismos, apenas pueden contener sus lágrimas: solo la madre no lloraba, no cesaba de animar á su hijo, y aun hubo un momento en que le reprendió como una debilidad el que en medio de sus tormentos exclamase: *Tengo sed, que me den un poco de agua!* El juez le hizo desatar, y conducido á la prision, mandó que Romano fuese de nuevo puesto al tormento, condenándolos al fin á los dos, á Romano á la hoguera, y al niño á ser degollado. La animosa madre le cuadró ella misma en sus brazos al suplicio; le besó tierna y amorosamente, se recomendó á sus oraciones, y le entregó al verdugo sin derramar una sola lágrima; tendió en seguida su falda para recibir su sangre y su cabeza, y si bien se estrechó su seno maternal, contempló gozosa el martirio de su hijo, y viendo la tierna debilidad de la naturaleza, dió las gracias al cielo.

La vista de aquel valor sobrehumano subyugaba á los mismos verdugos, y los hacía caer arrepenidos á los pies de sus víctimas, de donde se levantaban benditos y cristianos. ¿Qué fuerza, qué poder tenía, pues, aquella sublime locura de la cruz, que daba á los débiles el valor de un león, que tantas veces vencía á los fuertes, y que los subyugaba irresistiblemente!

Romano, ensangrentados sus vestidos, dilacerado su cuerpo, se adelantó alegremente hacia la hoguera que le estaba preparada. Los judíos, tan implacables enemigos del cristianismo como los paganos, le desafián á que Jesucristo le salve de la hoguera como el Dios de Israel había en otro tiempo salvado á los tres niños del horno de Babilonia. El cielo de repente se oscurece, y cae de pronto de las nubes una espesa lluvia de granizo que hace imposible el que arda la hoguera. Aterrada la multitud, se dispersa, y corre á anunciar á Galerio, que se hallaba entonces en Antioquia, este prodigio: turbado el urano mismo y envia orden á Asclepiades de que ponga en libertad á un hombre á quien Dios tan visiblemente protegía; empero aquel juez perverso, acusando á Romano de un crimen común y ordinario, le manda cortar la lengua.

Un médico llamado Ariston, que por debilidad, no por convicción, acababa de renegar de la fe cristiana, fué obligado por las amenazas á cortar la lengua, que llevó religiosamente consigo como una preciosa reliquia, esperando que apartaría de su cabeza la cólera de Dios, á quien doblemente había ofendido. El mártir es conducido nuevamente á la prision, en donde asombra á los carceleros que le oyen hablar tan clara y distintamente como antes, y hacen creer al juez y al emperador que habian sido engañados por el médico. "Este hombre, decían, es cristiano, y no ha podido resolverse á mutilar á uno de sus hermanos." Hicieronle

llamar, enseñó la lengua que habia cortado, y dijo que la misma operación hecha en igual grado sobre cualquier hombre que no tuviese consigo la asistencia divina, produciria la muerte instantánea. Hizo el emperador traer á uno condenado á pena capital, se midió exactamente la lengua cortada con la suya, cortáronsela á igual distancia, y murió en efecto instantáneamente.

Romano permaneció en la prision largo tiempo, colocadas sus piernas en un cepo, hasta que á la celebracion del vigésimo aniversario del imperio de Diocleciano, un indulto general abrió las prisiones á los criminales, ladrones, homicidas é incendiarios, sin mas escepcion que el santo mártir, el cual fué estrangulado sin haberle sacado del cepo, al principio del segundo año, el 304.

A Asclepiades sucede Urbano; y habiéndose renovado los edictos contra los cristianos, se redobló también la violencia de la persecucion. Entre los fieles que confesaron su fe, los primeros fueron Timoteo, Agapio y una virgen llamada Tecla, digna de llevar ese glorioso nombre, que en el tiempo de los apóstoles habia tanto ilustrado la primera Tecla. La virgen y los dos confesores sufrieron en Gafa, ciudad de Palestina; Timoteo pereció por el fuego, los otros dos fueron espuestos á las fieras.

Algun tiempo despues, una gran solemnidad en honor de los dioses, hace presenciar en el circo de Cerarea, entre las carreras de los carros, los combates de los gladiadores y otros juegos, la esposicion de los confesores de Cristo condenados poco antes á muerte. Corre ansioso el pueblo á gozar de tan nuevo espectáculo: seis jóvenes cristianos se presentan voluntariamente en el anfiteatro al comenzar las fiestas, y en el momento mismo en que el gobernador hacia su entrada solenne en él; enseñarle sus manos, que habian ellos mismos cargado de cadenas, y le declaran que estaban dispuestos en nombre de Jesucristo á desafiár aquellos combates que habia anunciado, y que acudia ansioso el pueblo á presenciar. Grande fué la sorpresa entre los concurrentes; y trasportado Urbano de furor, los hizo encarcelar á los seis inmediatamente. Dos dias despues se arrestó á otros dos, sorprendidos en el acto de llevar alimento á los mártires, y los ocho fueron decapitados en un mismo dia, el 24 de Marzo. Eran sus nombres: Timoteo, Rómulo, Pausis, Agapio, dos que se llamaban Alejandro, y otros dos llamados Dionisio.

El Egipto presencia el triunfo á la muerte de una infinidad de hombres, mugeres y niños, que mueren de diversas maneras, no obstante que algunas veces los paganos mismos, movidos á compasion, salván á muchos que habian recurrido á su piedad, esponiéndose á perder sus vidas antes que venderlos.

En la Tebaida se cometieron crueldades increíbles. En lugar de garfos de hierro se servían de cascós de vidrio, pedozos de vasijas rotas, para destrozar los cuerpos de los mártires hasta hacerlos espirar. A las mugeres las ataban por un pié, y las levantaban en el aire por medio de una máquina, de suerte que permaneciesen colgadas cabeza abajo enteramente desnudas, ofreciendo á la multitud un espectáculo tan vergonzoso como cruel. A algunos hombres los ataban por las piernas á gruesas ramas de árboles encorvadas violentamente, y que soltándolas en seguida, para que tomasen su posicion natural, despedazaban de una

manera horrorosa á los mártires dividiendo sus ensangrentados miembros. Por años enteros duraron estos crueles espectáculos, haciendo morir á familias enteras, sin perdonar ni aun á los niños de tierna edad. Refiere el escritor Eusebio que se cortaron en un día tantas cabezas, que se mellaron las hachas de los verdugos, y aun que se rompieron algunas de ellas, quedando los mismos verdugos tan cansados de la manaza, que tenían que relevarse los unos á los otros. Allí, en la Tebaida, perecen Filoromo, magistrado distinguido de Alejandría, que todos los días administraba la justicia rodeado de guardias, según el uso de los magistrados romanos; y el obispo Philax de Thimouis, que resiste á las sugestiones de Culeiano, gobernador del Egipto, lo confunde con sus razonamientos, y confiesa valeroso la fe de Jesucristo.

La Siria se cubre también con la sangre de los cristianos. En Antioquia son condenados muchísimos á la hoguera, después de largos tormentos; y otros se dejan mejor quemar su mano derecha, que no tocar con ella al ara de las sacrificios profanos; otros, huyendo de la tentación, antes que caer en manos de sus perseguidores, se precipitan desde las alturas de sus casas; acción que, según los padres de la Iglesia, debe interpretarse, no como un suicidio, sino como una particular inspiración del Espíritu Santo.

En Antioquia misma, dos jóvenes hermanas, vírgenes de singular belleza, de las primeras familias de la ciudad, fueron arrojadas al mar.

En la misma ciudad se cuentan aún por mártires á Basilio; Antonio, sacerdote; Anastasio y otros muchos individuos de su clero; Marciano y un niño llamado Celso, con otros siete hermanos suyos.

En Mesopotamia cogaban á los cristianos y les abrasaban á fuego lento las plantas de los pies. En Capadocia los quebrantaban las piernas. En el Ponto les metían agudas cañas entre las uñas de las manos y los pies, vertiendo además sobre sus espaldas plomo derretido, y haciéndoles sufrir otros tormentos tan infames que el pudor nos impide referirlos.

Fatigaban su imaginación los jueces en inventar nuevos suplicios. En Frigia, un pueblo pequeño, cuyo gobernador, tesoro y oficiales con todo el pueblo, confesaron que eran cristianos, y rehusaron ofrecer sacrificios á los dioses, fué cercado por una legión y entregado á las llamas, pereciendo la población entera con mujeres y niños, invocando el adorable nombre de Jesucristo. El que mas se señaló en esta población, fué un oficial romano llamado Adriano, de una nobleza distinguida en Italia y que habia pasado por todos los cargos públicos, hasta por el de *caelica* ó tesoro general.

En la Galacia, Proetenes, hombre violento y cruel, habia prometido al emperador esterminar completamente el cristianismo. A la noticia de su llegada á la provincia, los fieles huyen á los desiertos y á las montes; los que quedan en la ciudad son cargados de hierro, y las mujeres de condición distinguida son arrastradas por hombres insolentes á profundos calabozos. Los que se habían retirado á las cavernas, reducidos á vivir de yerbas y raíces, sucumbían á tanta miseria, muriendo unos de hambre y sabiendo otros de allí para hacerse prender y morir.

En Ancira, capital de esta provincia, habia un cristiano llamado Teo-

doto, cuyo nombre ilustró por su glorioso martirio, que si bien no se refiere en los martirologios latinos, está consignado en los de la iglesia griega, y fijada su fiesta en el 18 de Mayo.

Teodoto, de condición humilde, de ejercicio hostero, consagraba su vida á la asistencia de los confesores y los mártires, proporcionándoles alimento, y enterrando después sus cuerpos, lo cual estaba prohibido con pena capital. Su hostería era una especie de iglesia donde se celebraban los divinos misterios, un hospicio para los extranjeros y un refugio para todos los cristianos; allí se ocultaban los perseguidos, y encontraban puerto seguro.

Victor, acusado por los sacerdotes de Diana de haber pronunciado palabras impías contra Apolo, encarcelado por las órdenes del emperador, se hallaba á punto de ceder á las repetidas instancias de su familia, que le exigían rescate su vida, sus bienes y su honor, por un acto simulado de obediencia á los emperadores que no le impidiese conservar sus creencias. Teodoto contemplaba en Victor un mártir mas; así es que temiendo un momento verle convertido en apóstata, entra en la prisión, reanima su celo, y asegura la salvación de su alma.

En Malo, pequeña aldea á cinco millas de Ancira, Teodoto, conducido por Dios, llega cerca de la aldea en el momento mismo en que el rio Alyx, arrojaba entre los cañaverales de su orilla, el cuerpo quemado y ensangrentado del glorioso confesor Valente, que acababa de consumar su martirio y que desde la hoguera habia sido arrojado á las ondas. Teodoto carga sobre sus espaldas la santa reliquia que Dios le envía, y en lugar de entrar en la aldea, se dirige á una caverna abierta, donde se habían refugiado una porción de fieles, á quienes Teodoto, á fuerza de oro, habia logrado abrir las puertas de su prisión; allí deposita su santa carga, celebran todos juntos los misterios santos de la religion, y destinan aquella oculta caverna para lugar de las sepulturas de los mártires que abundantemente iba á dar á la Iglesia la ferocidad del gobernador.

En efecto, siete vírgenes castas y temerosas de Dios, que desde su infancia hasta la vejez habian llevado sin mancha alguna la túnica nupcial de Jesucristo, fueron presas por el tirano, atormentadas cruelmente, y entregadas después en un transporte de salvaje cólera á una multitud de jóvenes lascivos. Las vírgenes dormían, y se postran á los pies de aquellos jóvenes desenfrenados, que las habian llevado á un lupanar para entregárselas á los placeres.

—Hijos míos, ¿qué vais á hacer? les quita la mas anciana de las siete: mirad nuestros cuerpos ya marchitos por la vejez y macerados por los ayunos; arrugadas nuestras frentes, pálido nuestro color; ajados estos miembros, que la muerte podrá mañana y que se disputaran para su alimento los cuervos y los perros, porque el procoñsul no quiere que tengamos sepultura: ¿puede esto excitar en vosotros un deseo? ¿Queréis violar mas muertes? Mirad nuestros ennegrecidos cabellos; ipiedad, hijos míos! piedad de nuestra vejez! Tal vez tenais vosotros tambien una madre con los cabellos blancos. ¡Ah! si es así, que su recuerdo nos proteja, ora viva aún, ora duerma en la fria tumba. Dejados ir vírgenes á la muerte que nos aguarda, y contad con el favor de nuestro esposo celestial.

A las palabras de Tecusa, las llamas impuras y groseras de tan inhumano frenesí se extinguían; y aquella licenciosa turba de jóvenes se inclinaba taciturna y llorando sobre la suerte de aquellas pobres mugeres.

Sabe el gobernador que no ha sido profanada la virginidad de estas santas mugeres, y no quiere intentar una segunda prueba; empero ordena que las consagren sacerdotisas de Diana y de Minerva para el día solemne en que irá á bañar en las aguas de un vecino lago las estatuas de las diosas. Llega este día fatal para las vírgenes: colocados los ídolos sobre el carro sagrado, las hacen subir en él al mismo tiempo, atadas, desnudas y de pié al lado de los mencionados ídolos; marchan en medio de los silbidos y la burla de una frenética muchedumbre hasta las orillas del lago, en donde resistiendo nuevamente las órdenes del procónsul, hace éste arar á cada una de ellas una gruesa piedra al cuello, y conduciéndolas en una barquilla al sitio mas profundo del lago, las hace anegar en él.

Teodoto había presenciado el martirio; Teodoto, pues, trata de retirar de las aguas los preciosos restos de las vírgenes; y á este fin, conducido por una vision celeste, sale acompañado de dos celosos cristianos armados de afiladas guadañas para cortar las cuevas que sujetaban los cuerpos de las vírgenes. Teodoto retira tan precioso tesoro; le conduce á la caverna donde se hallaban refugiados sus hermanos, y allí les da religiosa sepultura. Los nombres de estas siete vírgenes eran: Tecusa, Alejandria, Phayna, Claudia, Eufrasia, Matrona y Julita: las tres primeras habian renunciado á todo para hacer una vida apostólica.

Grande fué el furor del procónsul al día siguiente al saber que habian sido estraidos de las aguas los cuerpos de las vírgenes; dándose tomento para averiguar los autores, á cuantos cristianos se presentaron. Prescuno de ellos, llamado Policron, de los que habian acompañado á Teodoto, y amenazado con los tormentos y con la muerte, permanece firme é intrépido, yendo ya á ceñirse la corona del martirio, cuando á la vista de la cortadora hacha del verdugo, pendiente sobre su cabeza, tiembla, denuncia cobardemente á Teodoto como raptor de los cuerpos de las vírgenes, y señala el lugar de su sepultura. La multitud corre furiosa; arranca del sepulcro los cuerpos de las vírgenes, y los quema públicamente.

Los cristianos de Ancira corren en busca de Teodoto y le aconsejan que huya, porque las sacerdotisas de Diana y de Minerva le habian acusado de haber blasfemado contra sus diosas, y Policron le habia denunciado como raptor de los cuerpos de las mártires; empero Teodoto, lejos de huir, preséntase bruscamente en el pretorio, y se encuentra cara á cara con sus perseguidores. Los instrumentos del tormento estaban preparados: las tenazas de hierro enrojecidas, estaban colocadas en brascos ardiendo; las calderas de pez hervian sobre sus trévedes; las ruedas del tormento se hallaban colocadas sobre sus ejes: Teodoto mira con sonrisa tan terrible aparato, como el trofeo de las armas con que iba á luchar. El procónsul le dijo: «Sacrificas á los dioses, y todos los crimenes de que la ciudad y las sacerdotisas te acusan, te serán perdonados, y obtendrás el favor de nuestros victoriosos emperadores; reniega ese crucificado de Judea, á quien Pilatos condenó al suplicio; abjura la locura de los cristianos y te haré grande en la ciudad; te consagraré sacerdote de Apolo,

el mas grande de los dioses, el dios que da los oráculos y el que cura las enfermedades de los hombres; serás jefe del colegio de los augures, y tú nombrarás los sacerdotes y los sacrificadores que en las solemnidades la ciudad envia al emperador; di una palabra y te cumplo ahora mismo todas estas promesas. Respondióle el mártir: «Suplico á Cristo, contra el cual has blasfemado, que me permita desenvolver ante tus ojos de idólatra los inefables misterios de su encarnacion, porque solamente el hablar de vuestros dioses es una vergüenza. Orfeo, el poeta de vuestra teología, ¿no cuenta que vuestro Júpiter mató á su padre, que violó á su madre, á su hija y á su hermana? ¿Que Apolo, de quien me ofrecéis la diadema sacerdotal, violó á su hermana al pié de los altares? En fin, ¿no confesais todos los crimenes de la familia sangrienta y monstruosa de vuestro Olimpo? Compara, ¡oh Teoctenes! los dos cultos; la castidad del uno con las torpezas del otro; los sueños impúdicos y desordenados de algunos poetas, con la verdad pura y desnuda bajada del cielo; á Cristo con Júpiter. Toda una generacion de profetas ha preconizado y anunciado de siglo en siglo el suceso de nuestro Dios: él nace en un establo; apenas nacido, hé aqui que del fondo del Oriente los magos caldeos le traen las primeras obaciones de la tierra: su vida no es mas que una serie de milagros: de cinco panes y dos peces hace un banquete inmenso, adonde se sientan por millares las turbas hambrientas del desierto; camina sobre el mar como sobre la arena, hace andar á los ciegos, restituye la luz á los ciegos; despues de cuatro dias de sepultura, hace salir á los muertos de su tumba: he aqui que lo tú llamas un crucificado.»

Apenas habia concluido, cuando un violento rumor agita y conmueve la multitud, cual si fuese un mar azotado por las tempestades. Los sacerdotes y las sacerdotisas destrozaron sus túnicas, y arrancaron sus coronas; el pueblo daba espantosos gritos, y acusaba al procónsul de dejar blasfemar así contra los dioses, haciendo colocar inmediatamente sobre el peto á aquel defensor de Cristo. Ebrío de ira Teoctenes, manda á los verdugos que preparen los tormentos; él mismo salta de su tribunal como si fuese con sus propias manos á dar impulso á los fatales instrumentos, no permaneciendo ocioso ninguno de los que componian la tortura. Quemáronle al mártir los costados con antorchas ardiendo, vertiendo despues vinagre corrosivo en las escaras inflamadas. El olor de la carne quemada, y que el vinagre habia irritado, hizo volver un momento la cabeza al mártir, disgustado del mal olor; apercibese de ello el procónsul, baja de su silla, y se coloca á su lado.

—¿Qué es de tu audacia! le dice; comienzas á lo que parece, á sentir alguna cosa. Espero te acordarás de que no lo pertenece á un hostetero blasfemar de los dioses y de los victoriosos emperadores, que tienen sobre el derecho de vida y muerte.

El mártir le respondió:

—Si al olor de mi costado quemado hé vuelto la cabeza, no te inquietes. Procónsul, sigue tu obra, y releva tus verdugos, para que descansan; el auxilio de Cristo está de mi parte, y en tanto que lo esté me burlaré de los tormentos; porque, ¡oh Teoctenes! yo desprecio tus dioses y tus emperadores, como tú desprecias los esclavos, y to desprecio á tí mismo como el mas vil de todos ellos.

Por toda respuesta, Teoctenes le hizo arrancar las quijadas y romper los dientes con una piedra.

El mártir dijo estas palabras tartamudeando con sus encías ensan-gramentadas:

—Aun cuando me cortases la lengua, Teoctenes, ¿crees que Dios no oíría la voz de mi alma?

No pudiendo mas los lictores, mandó el procónsul que lo condujesen nuevamente á la prision, aguardando un segundo interrogatorio. Cinco dias despues volvieron á presentarle en el foro, y le dijo el procónsul: "Aproximate, Teodoto, aproximate mas cerca de mí; he sabido que se ha abatido tu orgullo, que estás mas razonable; te renuevo todas mis primeras promesas; si reniegas de Cristo y sacrificas á los dioses inmortales; si no, ve allí las llamas de los cuestionarios vueltas á encender, y mis ardentés que las primeras; oye rugir los leones del anfiteatro, que olfatean la presa que voy á echarles; todos cuantos tormentos han pasado sobre tí no son mas que un juguete comparados con los que te aguardan. Respondió Teodoto:

—¿Crees que Cristo no me asistirá en mi segunda prueba como en la primera? Aunque las carnes de mis miembros no sean mas que pedazos suspendidos los unos de los otros, vuelve á comenzar, excepto el desafío que me arrojas.

Hízole colocar nuevamente el procónsul en el caballete, y los verdugos se pusieron á sondear con hojas de acero la profundidad de las primeras llagas. Siempre firme el mártir, mandó Teoctenes que le acostasen sobre una cama de tejas calcinadas al fuego. Al terrible calor que quemaba hasta la médula de sus huesos, sintiéndose desfallecer Teodoto, é invocó á Cristo para que dulcesese aquel tormento del lecho arduendo; volvíronle á arrojar sobre el caballete; pero, viendo que todo era inútil, fué condenado á ser degollado, y quemado su cuerpo por miedo de que los cristianos no guardasen su cadáver, para darle sepultura.

Apenas el licitor había cortado su cabeza, cuando formaron una grande hoguera para arrojar en ella el cuerpo del mártir; empero en el momento de ir á encender, una inmensa llama, con un ruido semejante al rayo, y despidiendo además fuertes relámpagos, impidió á todos aproximarse, y Teoctenes á quien se refirió este prodigio, mandó que una tropa de soldados permaneciese guardando el cadáver.

La noche era terrible y tempestuosa. Un sacerdote llamado Fronton, que había ayudado á Teodoto muchas veces en sus piadosas ocupaciones, caminaba montado en una borrica cargada de pellejos de vino, producto de su viña, porque el anciano sacerdote era tambien pastor y agricultor. Al pasar cerca de donde yacia el cuerpo del santo mártir, por un secreto designio de Dios, el animal se echó al suelo con la carga, siendo imposible hacerla pasar adelante. Las guardias corrieron para ayudar al anciano, y compadecidas de él le invitaron á que permaneciese con ellos hasta la mañana siguiente, por el estado tempestuoso de la noche. El sacerdote, separando su borrica del camino, los siguió á una especie de choza que habian hecho los soldados con ramas y juncos: en un lado yacia el cuerpo del mártir, sepultado en la arena verde y tendido sobre un lecho de ramas; en medio de la choza habia una hoguera y al rededor

la modesta comida militar. Los soldados tendidos sobre la yerba comenzaron á cenar, á beber de paso del vino que conducia el sacerdote, y en medio de su embriaguez revelaron al anciano el martirio de Teodoto, así como el lugar donde se hallaba oculto su cuerpo. Píngiendo la alegría de la embriaguez, escitó el anciano sacerdote á los soldados á beber mas, hasta que el vino los adorneció completamente; entónces, sacando el cuerpo de entre las ramas y la arena, lo cargó sobre la borrica, y dejando marchar ésta á su libre direccion, volvió á cubrir con las mismas ramas el sitio donde estaba depositado el cadáver. A la mañana siguiente fingió buscar con grandes lamentaciones y llantos por todas partes su borrica, y las guardias, no sospechando nada, le dejaron salir libremente. Durante este tiempo, la borrica, cargada con el sagrado cuerpo y conducida por una muger, buena sierva de Dios, se dirigió por sendas estrordinarias á Malo, y se situó con su carga en el sitio donde hoy se ha levantado una magnífica iglesia al glorioso mártir Teodoto. Algunos cristianos de la aldea, saliendo al encuentro del anciano sacerdote, le contaron que su borrica cargada con el cuerpo de un mártir habia llegado á Malo.

El número de cristianos aumentaba rápidamente. Habia en Cesarea de Palestina una doncella muy jóven, hermosa y hechicera entre las vírgenes del Oriente: su rostro, en que brillaba la juventud como una primavera cubierta de rosas, igualaba al de la esposa querida de Jacob, y su alto y flexible tallo era semejante al virgo abedul que se mece en la falda del monte; pero todos aquellos atractivos modestos y velados por el candor, no eran mas que el reflejo de una alma mas bella todavía que su hermosura; así era que toda doncella que aspiraba á la perfeccion, se esforzaba por imitarla, y todo manebra del pueblo que la habia entrevisto siquiera al traluz de su velo, suplicaba en su alma á la Virgen Maria que se la hiciese obtener por esposa; pero la hermosa y santa doncella vivia en perfecta calma, ejercitándose en la oracion y en las cosas de Dios, sin querer aceptar esposo.

Una tarde, despues del calor del dia, dejó con sus compañeras á la fuente de los Saucos, situada á corta distancia de la ciudad, en un estrecho valle, entre el puerto y las rocas que la dominaban; iba, según costumbró, á buscar el agua para, necesaria para el uso diario.

Llegado que hubieron á la fuente, bajó á ella cada cual por su turno por algunos musgosos escalones, conversando unas con otras apacible y alegremente. Nuestra hermosa virgen, vestida como Rebeca, con la antigua túnica bien ceñida á la cintura, cubierta la cabeza de su velo que agraba el viento de la tarde, apoyábase en el brocal de la fuente, aguardando que sus compañeras llenasen sus urnas, y tendia á lo lejos sus miradas por las azules olas del mar en que apagaba el sol sus ardores. Remota en aquella escosa y profunda calma, en aquella privilegiada y feraz naturaleza, próxima á entrar en su reposo; todo rumor iba callándose poco á poco, y el alma de la doncella, perdida en una sánia contemplacion, se alzaba á Dios para darle gracias por aquellas grandes y solennes bellezas. Sucedió entónces que una brisa marina levantó su velo y descubrió su rostro inundado de lágrimas del amor divino; á un estrangero que hacia un momento se habia parado

para contemplar con ansiosos ojos aquel enjambre de vírgenes de tan modesto y recatado porte en medio de su alegría infantil. Parecióle ver en aquella cuyo velo había levantado el viento, una niña de las aguas ó alguna de las divinidades que adoraban los paganos; solamente observó que había en todo su continente un sentimiento robusto, una adoración serena y profunda, desconocida de los ídólatras, y algo de inesplacible que le inspiraba un respeto involuntario, y le impedía romper el silencio y acercarse á ella; y era que un casto pudor la protegía y la rodeaba como una intraspasable barrera.

Pero cuando le llegó á ella su turno, bajó á la frente y llenó su cántara, y habiéndola ayudado sus compañeras á ponerla encima de la cabeza, saludóla con graciosa sonrisa, dejó caer su velo sobre su rostro y se encaminó con ligeros pasos á la ciudad.

Seguía el extranjero; vióla entrar en la humilde vivienda que habitaba no lejos del muelle, y habiendo tomado informes acerca de ella en la vecindad, supo que era una virgen cristiana llamada Dorotea.

Y aquel hombre, que semejava al chacal, escondido entre los matorrales había rastreado su presa, era Apricio, un procónsul recién llegado de Roma para exterminar á los cristianos!

—Su destino está en mis manos, dijo entre sí el bárbaro mientras volvía á su palacio; el miedo á los tormentos me la entregará en breve.

Al día siguiente, al rayar el alba, Dorotea recibió orden de pasar al palacio de Apricio.

Nadie ignoraba la misión que llevaba el procónsul á la ciudad; y ya algunos cristianos habían sido presos en secreto, y todos se aguardaban á ver estallar de un momento á otro la persecución.

Fácilmente comprendió, pues, la doncella lo que la esperaba, y dió gracias á Dios que la elegía entre otras tantas mas dignas que ella para rendirle testimonio.

En seguida, despojándose de sus humildes vestidos, se puso una túnica de un tejido blanco de Egipto, adornó sus cabellos con la blanca corona de las vírgenes, y se despidió de la anciana criada que su madre la había dejado al morir. Próxima á dejar aquellas paredes donde se había deslizado su infancia, la hermosa virgen les dió tambien un tierno adiós, y alzando los ojos al cielo donde en breve hallaría una feliz morada, fué al palacio de Druso, donde residía el procónsul.

Apricio estaba sentado en un trono de marfil, rodeado de lictores y de algunos privados. Dorotea, introducida á su presencia, entró con los ojos bajos como una casta y púdica virgen; había en su porte una serena dulzura, pero brillaba en toda su persona una especie de santa magestad, la magestad de un ser superior que bebe sus consejos y sus resoluciones en la fuente de toda grandeza y de toda verdad. Mientras se encaminaba al trono, grata y pesativa, tenía su corazón elevado hacia su Criador, y recibía de él una fuerza invencible.

Contemplaba Apricio en silencio aquel rostro tan puro, cuyas gracias no había hecho mas que entrever, y no se cansaba de mirarla. Bien hubiera querido la virgen poder bajar su velo ante aquella mirada; pero los guardias se le habían hecho levantar á la puerta del palacio. Jamas se había presentado de aquella suerte delante de ningún hombre; y el

rubor coloró su rostro; pero era aquel un noble y púdico rubor, cuya vista imponía respeto.

Cuando llegó junto al procónsul, preguntóle éste su nombre, su edad, su estado, y le dijo:

—He venido á Cesarea por orden del muy augusto emperador, á fin de purgar esta tierra de la secta insensata de los cristianos, que detesta y quiere estirpar de su imperio; todos deben hoy ir al templo y sacrificar á los dioses inmortales, ó morir en los tormentos. El altar está preparado, el incenso humea, las víctimas aguardan. Ven, sígneme.

Y el procónsul miraba á la virgen esperando verla ponerse pálida y turbarse.

Pero Dorotea respondió sin alterarsele el semblante:

—Dios, el verdadero Dios, el único á quien pertenecen el cielo y la tierra y todas las criaturas que la habitan, me ha dado otras órdenes, me ha mandado que no sirva mas que á él, que no atreva mas que solo á él. ¿A quién te parece, señor, que debemos obediencia, al soberano del cielo ó al de la tierra, al Dios Criador omnipotente que me ha formado para amarle, conocerle y servirle, ó á la fúea é injusta criatura que ha recibido de él su efímero poderío?

—Doncella, dejate de esas orgullosas sutilezas, respondió Apricio montado en cólera; no te he mandado venir para entrar en esas controversias contigo, yo no soy un sofista ni un sofista, sígnome señalando la espada suspendida á su costado; estoy aquí para hacer ejecutar el edicto del emperador.

Dorotea quedó en silencio; el procónsul lo atribuyó á temor, y prosiguió:

—Seré implacable; insólitos tormentos aguardan á todo el que ose retrasar su incenso á nuestros altares. He hecho llamar á otros cristianos como á ti, y están esperando; ven á darles el ejemplo de la sumisión.

La doncella respondió con ademán modesto, pero lleno de firmeza:

—Si es cierto que mis hermanos necesitan un ejemplo, vengán á verme morir y sabrán que una flaca mujer nada teme cuando es preciso confesar á Jesucristo, al Redentor, al Hijo del Altísimo. ¡Oh jueces y grandes de la tierra! No os tememos, por mas terribles que seáis, porque vuestros tormentos y vuestras persecuciones duran poco, y siempre la muerte nos libera de vosotros! Pero los castigos ó los premios de nuestro Dios son eternos, y bien merecen la pena de temerlos.

El procónsul la miraba con sorpresa; tanta resolución en una edad tan tierna le asombraba; pero esperando aterraria á fin de dar mas valor á su protección cuando se la ofreciese, hizo que se acercasen los verdugos armados de ruedas y de potros.

Sin embargo, la virgen en vez de temblar sonrió con desden, y acercándose puso sus dedos los instrumentos de la tortura; no parecia sino que los acercaba con las miradas y con las manos, como se acerca el nervudo cuello del hermoso corcel que va á lanzarse al blanco á que se aspira. Luego llegándose á Apricio:

—¿Qué te detiene? dijo al romano atónito y confuso; ¿por qué no cumplas desde luego tu obligación? ¿Por qué tardas? ¡Ah, cuánto deseo salir para ir á contemplar al que me llama á sí! El es el esposo querido

de mi alma, añadió viendo el asombro de Apricio, me espera, me convida, me insta á irme á reunirme con él en las moradas del cielo; donde los frutos son siempre sabrosos, las flores siempre frescas y perfumadas; donde el manantial de agua viva es inagotable y nunca se seca; donde las almas de los santos se abrevan y se sustentan de amor, de alegría y de inmortalidad! ¡Oh Dios, recíbeme pronto en tus sagrados banquetes!

Un celeste entusiasmo brillaba en el rostro de la santa y le comunicaba una admirable belleza.

Atrebatado por sus deseos, mandó Apricio que se retirasen los verdugos, y dijo á la joven las palabras mas apasionadas, suplicándola que dejase á un lado insensatos delirios y convitiéndose hácia él aquel amor que malograba y perdía en amar un Dios imaginario; díjole también que la amaba por haberla visto mas de una vez en la fuente de los Sauces, y que si quería corresponder á su ternura, no la molestaria en lo tocante á sus dioses y á su culto.

—Ven á vivir á mi palacio, añadió, ven y te coronaré de rosas y de flores nuevas; ven, ven, que ya estoy impaciente de hacerte olvidar el rigor que te he mostrado al precepto.

—Soy cristiana, respondió la virgen.

—Dejemos á un lado nuestros dioses, y no pensemos mas que en las alegrías y en las delicias de la vida.

—Soy cristiana, repuso Dorotea, y ni las alegrías ni las delicias de la tierra pueden conmover mi corazón. Todo mi ser aspira al cielo.

Procuró Apricio persuadirla, ya con promesas que hubieran podido alucinar á más de una joven romana, ya con las mas violentas amenazas: sus fogosas pasiones le hacían pasar instantáneamente y casi sin transición á los extremos mas contradictorios. Su amor menospreciado se convertía en su seno en odio furioso, y luego sin embargo, aquella resistencia desconocida en las depravadas costumbres de la Roma de los emperadores, escitaba y fomentaba su pasión. En fin, no pudiendo ni vencer la incontrastable resolución de Dorotea, ni decidirse todavía á entregarla á los verdugos, quiso probar á persuadirla por otros medios.

Dos jóvenes y débiles doncellas cristianas habian abjurado recientemente su creencia á la vista de los tormentos; eran dos hermanas llamadas Cristina y Calixta. No atreviéndose á volver á presentarse entre sus parientes y amigos, se habian quedado bajo la vergonzosa protección del perseguidor de sus hermanos, y vivian escondidas en el fondo de su palacio.

Apricio las mandó llamar y les confió la joven cristiana: su esperanza era que manifestando á Dorotea los placeres y el lujo en que vivian las dos hermanas, lograrían hacerle abjurar el culto de un Dios que mandaba el renunciamiento y la pobreza.

Dóctiles á las órdenes del procónsul, llevaron las dos jóvenes y hermosas doncellas á Dorotea al interior del palacio, y la condujeron á las salas adornadas con magnificencia, donde ardian en braseros de oro, ricos perfumes; el piso estaba alfombrado de flores, y multitud de cascadas de blando murmullo caian en pilones de pórfido á fin de conservar una grata frescura; todo en aquellos sitios halagaba los sentidos, y las dos

doncellas, vestidas y tocadas como las sacerdotisas de Venus, comenzaron á encarecerla las delicias de su nueva existencia, diciendo:

—El culto en nuestros nuevos dioses es fácil; hacer lo que agrada! No hay en él penitencias, ni lágrimas, ni ayunos, ni renunciamientos á sí mismo, ni mortificaciones como en la ley de Cristo; sino delicias y placeres que se suceden sin interrupción por oraciones, danzas y festines; para honrar á los dioses amar, reír, cantar y ceñirse las sienas de tempranas flores. La vida es breve, dicen los doctores de esta ley, y es preciso hermosearla.

Dorotea miraba á sus nuevas compañeras, y sus ojos espresaban un triste asombro; pero ellas, para acabar de hacer su papel, ó acaso para aturdirse, continuaban:

—La corona del martirio es demasiado espinosa y los clavos de los verdugos demasiado agudos. Dorotea, no pruebas á luchar, porque esos combates son demasiado ásperos para unas pobres criaturas como nosotras; antes bien sigue nuestro ejemplo, corona tu hermosa frente de floridos pámpanos, goza de tu juventud y pasa una vida alegre y libre de cuidados; y las dos hermosas procuraban sonreír y loquear como dos jóvenes bacantes.

Pero cuando se ha conocido la verdad, cuando en la infancia se ha sabido conocer y amar á Dios, cuando se ha pronunciado su nombre en presencia de sus obras, y se le ha bendecido en lo alto de la montaña ó en lo hondo del valle; cuando le hemos invocado junto á una madre enferma ó implorado su divina gracia por el regreso de un hermano ausente; cuando su nombre se ha mezclado á todas nuestras alegrías y á todos nuestros dolores, podemos tal vez apartarnos un día de sus caminos; pero olvidarle, jamás! "Si yo te olvido, ¡oh Jerusalén! quiero que mi diestra se olvide á sí misma; quiero que mi lengua quede pegada á mi paladar, si no me acuerdo de tí, y si no hago de tí recuerdo el motivo de mi alegría." Algo en el fondo del corazón le recorda siempre. En vano aquellas jóvenes procuraban olvidarle; una voz resonaba solamente en su alma y venía á turbarlas en medio de sus falaces placeres, y luego sentían la vergüenza de su apostasía, y el sonrojo cubria su frente delante de aquella niña tan joven y mas joven que ellas, y á pesar de eso tan fuerte y tan invenciblemente animosa.

Dorotea las echaba una mirada de una gran dulzura, y sin embargo, penetrante como un rayo del sol.

Aquella mirada las ponía inquietas y las hacia palpitár, y en vano procuraban sustraerse á ella: se agitaban, hablaban aprisa y con voz trémula, porque luchaban inútilmente: ambas en el fondo de su conciencia se sentían abandonadas del Dios á quien habian dejado, y dignas del desprecio de sus hermanos.

Probaron á cantar un himno á Venus; pero la mirada de Dorotea, siempre fija en ellas, las turbaba, y la voz se les apagó en la garganta; quisieron tajar alegres danzas al son de la cítara; pero el contento huyó de ellas, y sintiéndose profundamente desalentadas, se separaron confusas.

Entonces la joven santa, viéndolas inmóviles y cabizbajas, se acercó á ellas de repente, las estrechó á ambas en sus brazos, y arrojándose exclamó llorando:

—¡Oh Dios mio! perdonadlas y fortificad su flaqueza.

No estaban preparadas Cristina y Calixta á una mansedumbre tan celestial; así fué que no resistieron á ella, antes bien, refugiándose las dos en los brazos de la santa, como naufragos en el puerto de salvacion, prorrumpieron en sollozos por mucho tiempo comprimidos.

Las tres confundieron su lágrimas; lloraron juntas hasta la mañana, y luego las dos hermanas dijeron á Dorotea:

—¡Ah! hemos pecado contra el mismo Dios; ¿cómo hemos de esperar jamas borrar nuestra culpa y obtener su perdón?

—Volviendo al combate y alcanzando la victoria.

—¡Ah! ya no somos dignas de morir por nuestro Dios!

Pero Dorotea decía:

—Nuestro Dios es el Dios de la misericordia; no hay crimen que él no pueda borrar; se llama el Salvador porque salva, y el Redentor porque redime; y mas culpadas seriais todavía dudando de su misericordia, de lo que habeis sido renegándole por debilidad en los tormentos; y con estas y otras palabras procuraba Dorotea fortificar sus abatidos ánimos.

Cuando á la mañana fueron los guardias á buscarlas para conducir las á presencia del procónsul, halláronlas á las tres en oracion llorando y gimiendo, no por miedo á los tormentos, sino por el solo temor de no ser juzgadas dignas de sufrirlos.

Y Dorotea decía alzando las manos y los ojos al cielo:

—Dios mio! ved su arrepentimiento con ojos favorables, y no las rehuséis la palma de un generoso martirio.

Y siguiendo á los guardias atónitos, echaron á andar las tres cogidas de la mano y cantando las alabanzas del Dios vivo.

Llevaronlas así hasta el templo, donde el procónsul habia hecho preparar al mismo tiempo un sacrificio á los dioses y un horno encendido para asustar á la virgen, enseñándola las llamas prontas á devorarla.

Cuando Apricio, que las esperaba junto á los altares, las vió llegar de aquella suerte entonando un cántico al Dios de los cristianos, cuando vió claramente que Dorotea, lejos de dejarse seducir por el ejemplo de sus compañeras, las habia convertido á ambas á su primera creencia, se enfureció terriblemente, y mandó que las hiciesen rendir sacrificio á los dioses al instante, ó que las arrojasen al punto en la ardiente sima que las esperaba.

Entónces Cristina y Calixta se miraron sonriendo, fueron á saludar á Apricio y le dieron gracias; luego con voz sonora y alegre que parecia un canto:

—Oh Dios misericordioso y bueno, que perdona la ofensa y no te acuerdas mas que del arrepentimiento del culpado, recibe nuestro sacrificio como una ofrenda todavía pura, y no nos cierras las celestiales puertas.

Y asidas de la mano como dos niños que van á emprender jugando una larga carrera, se acercaron al verdugo, que las precipitó á ambas en las llamas.

Y Dorotea, comprendiendo la ventura de aquellas almas convertidas á Dios, cantaba arrojada el himno de la libertad.

Después de aquella bárbara ejecucion, quedó Apricio aterrado, con-

fundido delante de aquel fuego que consumia á las dos vírgenes; pero aquella indomable resistencia que acababa de trasformarle en un infame verdugo, aumentaba su ira. Fuera de sí aquel hombre á quien nadie todavía habia osado resistir, llama á los tortijeros, porque le parece que el suplicio que acaba de imponer es demasiado pronto; no ha oído los gritos de las victimas, no han podido pedirle inábilmente piedad y perdón; á él, que ya nunca jamas tendrá perdón, ni hallará piedad! Hace traer tenazas de hierro, y desgarran á su vista los delicados miembros de Dorotea, de aquella hermosa virgen á quien poco antes creia amar; ahora, como el tigre que tiene su presa entre las garras, se goza en su martirio, y saborea, viendo correr su sangre, un placer feroz!....

Pero mientras que los ejecutores rompian sus miembros y desgarraban sus carnes, alzaba la doncella los ojos al cielo y seguia entonando el cántico empezado. y su voz vibraba trillante y sonora como un divino rapto de júbilo.

—¿Y será posible que se diga de mí hasta el fin? exclamó el procónsul.

Apoderóse de él entónces una frenética saña; para vencer la constancia de Dorotea inventa nuevos tormentos. La desgarran los costados, la queman las carnes, hacen pedazos sus piés y sus manos de marfil, y pronto todo su cuerpo no es mas que una horrible langa que atarazan los sayones con clavos incandescentes. El tirano espera hacerla al fin implorar merced, y burlarse de sus súplicas y de su debilidad.

Pero enantos mas tormentos acumulaba, mas se mostraba la alegría del alma en la santa victima, y pronto los verdugos cansados tienen que pedir merced; vencidos, ya sin aliento, se niegan á continuar una inútil tortura. ¡Rabia impotente! enbragado por la vista de la sangre, ciego de furor y perdida ya toda esperanza, Apricio manda, para acabar de una vez, que la corten la cabeza, y al mismo tiempo decía entre sí mordiéndose los puños:

—Tienes razon; son mas fuertes que nosotros, y siempre se nos escapan con la muerte.

Cuando la llevaban por fin á morir, acercóse á ella un hombre llamado Teófilo, enemigo encarnizado de los cristianos; la vispera, en el palacio de Apricio, la habia oído decir que iba á un sitio de delicias, donde los frutos son siempre sabrosos y las flores siempre fragantes y hermosas. Sin comprender que aquellas flores de que hablaba la santa son las de las virtudes, aquellos frutos los de la sabiduría, y que aquellas aguas vivas cuya fuente es inagotable, son aquellas de que hablaba el Salvador á la Samaritana, para darle deseos de lavar en ellas sus culpas y aspirar en su cristal la vida de su alma muerta para el bien, aquel hombre le dijo con insultante ironía:

—Dorotea, cuando llegues á los deliciosos jardines de tu querido esposo, envíame, te ruego, algunas de aquellas rosas que dices que son tan bellas y fragantes.

Y los verdugos la escarnecian tambien á su vez.

Pero Dorotea le respondió con un acento celestial:

—¡Oh Teófilo! yo llevaré tu súplica á Dios; le imploraré para que te envíe una de esas flores que deseas sin conocerlas, y ojalá que mi sangre

que corre aquí á tu vista sea un rocío que las haga reproducirse en tu pecho! Adios.

Y la virgen, dichas estas palabras, habiendo llegado al lugar del suplicio, inclinó su hermosa y dulce cabeza bajo el hacha que la hizo caer, y espiró.

Un dia en que Teófilo, rodeado de alegres y bulliciosos amigos, se divertia en recordar estas cosas, sucedió que un niño de modesto porte, hermoso como un ángel, se halló de repente junto á él, sin que supiese cómo habia entrado en el sitio donde estaban reunidos. Llovaba, y dejó en sus manos, un canastillo todo lleno de rosas purpúreas, cuya fragancia se esparció en torno, y le dijo:

—Dorotea, la santa te envía estas flores, y quiere que te diga en su nombre, ¡oh Teófilo! que es preciso que el olor de tus virtudes suba hoy hácia Dios como el perfume de estas rosas.

Y el niño desapareció como habia llegado, sin dejar mas señales de su paso que aquellas admirables flores.

Atónito quedó Teófilo contemplándolas. Pasaba esto en invierno, y la estación era tan cruda, que, cosa singular en aquel hermoso clima, la campiña estaba cubierta de nieve como de una blanca e inmensa mortaja, y luego aquellas flores maravillosas tenían una hermosura particular, y su suave y embalsamado perfume no halagaba solamente el olfato, antes bien penetraba en el alma y derramaba en ella una paz y una fuerza divina. Poco á poco sintió Teófilo irse desvaneciendo en su pecho las masias pasiones, á las que sucedió el amor á lo bello y á lo bueno: su corazón se regeneraba, en fin, y Teófilo pasmado exclamó:

—Yo tambien quiero ser cristiano, quiero morir como ella, para ir á contemplar al Dios de todo amor, de toda gloria y de toda bondad.

Y aquel hombre tan poseído de odio contra los cristianos, fué á pedir el martirio y murió glorificando al Dios de Dorotea!

CAPITULO XII.

Persecucion en Occidente.—Martirio de Sabino y sus compañeros.—Persecucion en Africa.—Pesquisas contra los libros sagrados.—Martirio de San Félix, obispo de Tíbiare.—Martirio de Saturnio Dativo y sus compañeros.—Martirio de Santa Crispina.—De Santa Marciana.—Mensurio, obispo de Cartago.—Apologia de Arnobe.—Persecucion en España.—Martirio de San Vicente de Huesca.—Mártires innumerables en Zaragoza.—Mártires en Gerona.—En Calahorra.—En Barcelona.—Martirio de Santa Eulalia en Mérida.—San Justo y Pastor en Alcalá.—Mártires en Córdoba.—Mártires en Avila.—En Sevilla.—Crueldad de la persecucion en toda España.—Monumentos que lo atestiguan.

La persecucion continuaba con la mayor fuerza. Diocleciano y Maximiano Hércules sueltan todos los diques á su furor, y la tierra entera queda oprimida desde el Oriente al Occidente!

El 14 de Abril de aquel año tan funesto á los cristianos, el 303, celebrando Maximiano en Roma los juegos en el gran Circo, el pueblo gritó: ¡muera los cristianos! protego nuestros placeres! cuyos gritos se repitieron por doce veces consecutivas.

Maximiano el dia 19 ordena una grande reunion del pueblo en el Capitolio, y manda que por todas partes sean buscados los cristianos, arrestados por el prefecto de Roma y sus oficiales, y obligados á sacrificar. El prefecto de Roma, Hermogeniano, buscó con el mayor celo á los cristianos, no solo en Roma, sino en las provincias, escribiendo á Venustiano, gobernador de Toscana, para que condenase á muerte, y confiscase los bienes de cuantos cristianos refusasen sacrificar á los dioses.

El obispo Sabino es arrestado en Assis, y puesto en prision con dos diáconos, Marcelo y Euseperencio. El gobernador los hace comparecer á su presencia; y al ver su esterior humilde y pobre, le pregunta á Sabino si es libre ó esclavo. Esclavo soy de Jesucristo, le responde; él me ha liber-



que corre aquí á tu vista sea un rocío que las haga reproducirse en tu pecho! Adios.

Y la virgen, dichas estas palabras, habiendo llegado al lugar del suplicio, inclinó su hermosa y dulce cabeza bajo el hacha que la hizo caer, y espiró.

Un dia en que Teófilo, rodeado de alegres y bulliciosos amigos, se divertia en recordar estas cosas, sucedió que un niño de modesto porte, hermoso como un ángel, se halló de repente junto á él, sin que supiese cómo habia entrado en el sitio donde estaban reunidos. Llovaba, y dejó en sus manos, un canastillo todo lleno de rosas purpúreas, cuya fragancia se esparció en torno, y le dijo:

—Dorotea, la santa te envía estas flores, y quiere que te diga en su nombre, ¡oh Teófilo! que es preciso que el olor de tus virtudes suba hoy hácia Dios como el perfume de estas rosas.

Y el niño desapareció como habia llegado, sin dejar mas señales de su paso que aquellas admirables flores.

Atónito quedó Teófilo contemplándolas. Pasaba esto en invierno, y la estación era tan cruda, que, cosa singular en aquel hermoso clima, la campiña estaba cubierta de nieve como de una blanca e inmensa mortaja, y luego aquellas flores maravillosas tenían una hermosura particular, y su suave y embalsamado perfume no halagaba solamente el olfato, antes bien penetraba en el alma y derramaba en ella una paz y una fuerza divina. Poco á poco sintió Teófilo irse desvaneciendo en su pecho las masias pasiones, á las que sucedió el amor á lo bello y á lo bueno: su corazón se regeneraba, en fin, y Teófilo pasmado exclamó:

—Yo tambien quiero ser cristiano, quiero morir como ella, para ir á contemplar al Dios de todo amor, de toda gloria y de toda bondad.

Y aquel hombre tan poseído de odio contra los cristianos, fué á pedir el martirio y murió glorificando al Dios de Dorotea!

CAPITULO XII.

Persecucion en Occidente.—Martirio de Sabino y sus compañeros.—Persecucion en Africa.—Pesquisas contra los libros sagrados.—Martirio de San Félix, obispo de Tíbiare.—Martirio de Saturnio Dativo y sus compañeros.—Martirio de Santa Crispina.—De Santa Marciana.—Mensurio, obispo de Cartago.—Apologia de Arnobe.—Persecucion en España.—Martirio de San Vicente de Huesca.—Mártires innumerables en Zaragoza.—Mártires en Gerona.—En Calahorra.—En Barcelona.—Martirio de Santa Eulalia en Mérida.—San Justo y Pastor en Alcalá.—Mártires en Córdoba.—Mártires en Avila.—En Sevilla.—Crueldad de la persecucion en toda España.—Monumentos que lo atestiguan.

La persecucion continuaba con la mayor fuerza. Diocleciano y Maximiano Hércules sueltan todos los diques á su furor, y la tierra entera queda oprimida desde el Oriente al Occidente!

El 14 de Abril de aquel año tan funesto á los cristianos, el 303, celebrando Maximiano en Roma los juegos en el gran Circo, el pueblo gritó: ¡muera los cristianos! protego nuestros placeres! cuyos gritos se repitieron por doce veces consecutivas.

Maximiano el dia 19 ordena una grande reunion del pueblo en el Capitolio, y manda que por todas partes sean buscados los cristianos, arrestados por el prefecto de Roma y sus oficiales, y obligados á sacrificar. El prefecto de Roma, Hermogeniano, buscó con el mayor celo á los cristianos, no solo en Roma, sino en las provincias, escribiendo á Venustiano, gobernador de Toscana, para que condenase á muerte, y confiscase los bienes de cuantos cristianos refusasen sacrificar á los dioses.

El obispo Sabino es arrestado en Assis, y puesto en prision con dos diáconos, Marcelo y Euseperencio. El gobernador los hace comparecer á su presencia; y al ver su esterior humilde y pobre, le pregunta á Sabino si es libre ó esclavo. Esclavo soy de Jesucristo, le responde; él me ha liber-



tado de la esclavitud del demonio. Pregúntale Venustiano, "¿qué cargo ejerce entre los cristianos y quiénes son aquellos que le acompañan?" "Llévate el nombre de obispo, responde Sabino, y estos son mis diáconos." Intimidado por el gobernador que sacrifique á los dioses, pide el generoso confesor de Cristo, para demostrar al gobernador lo que vale el culto de los demonios, que traigan á su presencia un ídolo. Los esclavos del gobernador traen con gran reverencia y con hachas encendidas un Júpiter de corat de esquisito trabajo, cuyas vestiduras son de oro. Sabino demanda el permiso de tocar al ídolo; lo coge entre sus manos, alza los ojos al cielo; hace un momento de oración y lo arroja sobre el suelo haciéndose mil pedazos. El gobernador le manda inmediatamente cortar las manos; recoge los pedazos de su ídolo en una caja de plata, y manda que estendant sobre el escudo en presencia del obispo, á los diáconos, quienes espiran en medio de la tortura, siendo en seguida sus cuerpos arrojados al río. Un sacerdote y un pescador recogieron los cuerpos de los dos santos mártires, y los sepultaron cerca del camino público.

El obispo Sabino, tan horrorosamente mutilado como hemos visto, es conducido á la prision. Una señora de Spoleto, viuda hacia treinta años, cuya vida se pasaba en la oración y en las buenas obras, viene á Assisi; visita al santo obispo, abraza y besa sus pies; recoge sus cortadas manos y las guarda cuidadosamente embalsamadas en un vaso de cristal.

Tenia un niño llamado Prisciano, objeto único de sus afecciones, ciego, y á quien los médicos habian desahuciado. Presentase al santo obispo, que tocándole con sus mutilados brazos, le dice: "Abra tus ojos aquel que abrió el mar á Israel en medio de sus ondas, introduzca su luz en tus ojos, á fin de que las naciones conozcan que es el Criador de todas las cosas visibles é invisibles, y que él es el que abrió los ojos al ciego de nacimiento." Prisciano abre los ojos en presencia de todos los que se hallaban en la prision, que se arrojan á los pies de Sabino, le piden el bautismo, y aquel mismo día el santo obispo, en número de once, los lava á todos con las aguas de la regeneración.

El milagro del ciego no permaneció oculto. Apenas ha transcurrido un mes, cuando el gobernador de Toscana tiene un terrible mal de ojos; pierde el apetito y el sueño, y los médicos no pueden proporcionarle ningún alivio. Dícenle que el obispo Sabino habia curado un ciego, y envía á su muger y á su dos hijos á la prision para que le supliquen que venga á verle.

Sabino se presenta en casa de Venustiano; arrojase éste á las plantas del obispo, que viéndole en tal estado le dice vertiendo lágrimas: "Justicristo te ilumine, el que volvió la luz al ciego de nacimiento."

—Hemos pecado, respondió Venustiano llorando con su muger y con sus hijos.

—Si creéis de todo vuestro corazón y con arrepentimiento, respondió Sabino, nada se negará á vuestra fe."

Los dolores de Venustiano eran extremos. Demanda el bautismo, que recibe humildemente con su muger y sus hijos, y al mismo tiempo que las aguas de la regeneración borran sus culpas, abre á la luz sus ojos; de suerte que después de su bautismo cesaron todos sus dolores. Tenia abrazados los pies de Sabino, y los regaba con sus lágrimas.

El emperador Maximiano supo que Venustiano habia sido bautizado. Inmensa fué su cólera, enviando al tribuno Lacio, que trasladándose á Assis, hizo decapitar á Venustiano con toda su familia, y condujo á Sabino á Spoleto, donde le hizo azotar cruelmente con varas hasta que espiró.

Llegados los edictos de la persecucion á Africa, los tiranos no se muestran allí menos feroces contra la religion cristiana que en Europa. En Cirtha, colonia romana de la Numidia, el primer magistrado Muncio Félix, que al mismo tiempo era sacrificador de los ídolos, se dedica con la mayor actividad, secundado por sus agentes, á la persecucion de los cristianos. Llama á su presencia á Pablo, obispo de la ciudad, y le exige que le entregue las escrituras de la ley; empero el obispo le dice que éstas se hallan en poder de los lectores. Hácalos comparecer á su presencia el gobernador, y les pide las llaves donde se custodiaban los libros y el tesoro de la iglesia, compuesto de dos cálices de oro, seis de plata y algunos vestidos que se guardaban para los pobres. El gobernador Félix, lleno de codicia, deseaba encontrar mas riquezas. Los lectores de Cirtha habian ocultado antes los libros santos, y pedido salvarlos de la persecucion.

El obispo de Tibiura, Félix, comparece delante del gobernador Apar, en Cartago, y resiste firmemente entregar los libros sagrados. Conducido á la prision el día 5 de Junio, es cargado de cadenas; y presentado nuevamente despues de diez y seis dias delante de su tribunal á la hora cuarta de la noche, porque el estremado calor obligaba al gobernador, á celebrar los juicios á estas horas; resiste de nuevo los halagos y las amenazas, siendo embarcado en seguida para Roma, para ser presentado á los emperadores. Encerrado en el fondo de la cula de un buque, cargado de cadenas, con los pies dentro del agua, es conducido á Venusia en la Apulia, cuyo prefecto le hace quitar las cadenas, y le ruega y le pregunta por qué no ha entregado las escrituras santas si las tiene.

—Las tengo, respondió Félix; pero no las entregaré. Entonces fué sentenciado á perecer por la espada; y alzando los ojos al cielo, tendió su cabeza á la cuchilla del verdugo, alegre por haber conservado el Evangelio y por haber predicado la fe y la piedad.

En Abitina, ciudad tambien de Africa, en los primeros momentos de la persecucion, los cristianos se reunieron en casa de Octavia Félix el 12 de Febrero del año 304. Un día en que celebraban las fiestas del domingo, fueron arrestados en número de cuarenta y nueve por el magistrado de la colonia. Allí arrestaron á Saturnino, sacerdote, con sus cuatro hijos, Saturnino el joven y Félix, lectores, María e Hilariano, niño de corta edad. Arrestaron tambien á Datbo, senador; Félix, Eumero, Amperio, Rodaciano, Quinto, Maximiano, Felice, treinta y dos hombres, y diez y siete mugeres, que alegremente marchaban al lugar donde los conducian, llevando á Datbo á su cabeza; á Datbo, senador sobre la tierra, á quien muy pronto su martirio debia consagrar senador en el cielo; á Saturnino, sacerdote del Señor, á quien rodeaban sus hijos como una santa corona. Llegaron todos al foro, y su confesion admiró á los jueces. En aquel mismo foro, Pundano, en otro tiempo obispo de la ciudad, habia entregado cobardemente al procónsul los libros santos para ser quemados; empero

el cielo había combatido por su causa; una lluvia espesa mezclada con granizo vino á apagar la hoguera que se levantaba para devorarlos.

Los mártires fueron conducidos á Cartago, donde presentados delante del próconsul Anulino, intentó hacerlos apartar de la fe de Jesucristo, colocando á Saturnino, el sacerdote, sobre el sedillo, en elevada presidencia como desde un trono el tormento de sus hermanos y el de sus propios hijos.

El brazo de los verdugos se cansaba de atormentar á los mártires; y el próconsul, vencido en la lucha, y sorprendido por la noche, no teniendo ventajosa bastante para acabar de atormentar á los cuarenta y nueve defensores de Cristo, suspendió los tormentos, invitando á los que aun quisieran aprovecharse de su clemencia á que se apresurasen á presentarse. —Somos cristianos! fué la contestación unánime y victoriosa de aquella santa legión cristiana; y el próconsul entonces les hizo encerrar en los calabozos cuando ellos á muerte.

No menos valor que los hombres mostraron en la lucha las santas vírgenes. Victoria era una flor de pureza y de juventud; su cuerpo tenía la belleza virginal de su alma. Cuando en la edad de la pubertad sus padres habían cenido á su pesar su frente con el yelo de las esposas, casta paloma, por huir al raptor de su castidad se arrojó por la ventana de la estancia nupcial; empero sostenida por los vientos de la noche, cayó diligentemente en tierra; y huyendo del humo imponente de las antorchas nupciales, saliendo inmacilada de la casa del esposo, se refugió para salvar su virginidad al puerto de la Iglesia consagrándose al Señor. Llegó al tribunal, ansiosa de verter su sangre por Jesucristo. Preguntada por el próconsul sobre su religión, soy cristiana, respondió; y á pesar de los ruegos de su hermano Fortuniano, senador, que trata de salvarla alegando su demencia, la mártir de Cristo confiesa otra y otra vez su fe, y que había asistido á las reuniones de la casa de Octavio Félix. Fue conducida con los demás compañeros á la prisión, donde murieron la mayor parte de hambre.

Delante del mismo Anulino compareció también Cristina, mujer de ilustre nacimiento y grande opulencia, que sostuvo con el mayor valor los horrores de la prisión y el peso de las cadenas, los sufrimientos y las ignominias que le hace sufrir el cruel próconsul, haciéndola rapar la cabeza, quitarle la piel del cráneo, esponiéndola así á las miradas insolentes de la muchedumbre, y haciéndola por fin cortar la cabeza en Tebeo, en Numidia, el 10 de Diciembre. Máxima, Donatila y Segunda, tres de sus compañeras, la habían precedido en la carrera del martirio.

Marciana, retirada del mundo, se había consagrado á Jesucristo. Arrestada en Cirenea de Mauritania, conducida delante del tribunal, es apalada primero y entregada despues por su inicu juez á la brutalidad de un trespel de gladiadores. El Señor salva milagrosamente su honestidad, y convierte á uno que intentaba violarla. Espuesta á las fieras en el anfiteatro, consuma su martirio!

Mensurio, obispo de Cartago, que había ocupado aquella silla episcopal despues de Luciano, sucesor inmediato de San Cipriano, usó, para sustraer las escrituras santas del poder de sus activos perseguidores, del inocente artificio de ocultarlas, dejando en su lugar en la basílica cuantos escritos había podido recoger de los hereges que la Iglesia había

condenado. Los paganos se apoderaron de ellos, y sin examinarlos los entregaron á las llamas.

Mensurio escribió á Segundo, obispo de Tígisi y primado de Numidia, condenando la temeridad de algunos cristianos que se ofrecian ellos mismos á los perseguidores, prohibiendo que fuesen considerados como mártires, con el objeto de evitar el imprudente ardor con que se consagraban á los suplicios; porque como de todas las cosas del mundo se abusa, algunos lo hacian para ganar dinero, puesto que los cristianos acudian de todas partes á socorrerlos generosa y liberalmente en su prision.

Uno de los diáconos de la iglesia de Cartago, llamado Félix, compuso un libelo difamatorio contra el emperador. Perseguido por ello, buscó un asilo en casa del obispo Mensurio, quien requiriendo por las autoridades, negó tenerlo en su poder, y lo negó con tal constancia, que primero que entregarlo sufrió ser conducido á Roma á presencia del emperador, donde defendió tan bien su causa, que fué enviado libre á Cartago; pero murió en el camino. El celo de Félix le había hecho escribir, en lugar de una apología del cristianismo, un libelo contra los emperadores; cosa sumamente rara entre los cristianos, que sumisos y dóciles, siempre eran los mas obedientes súbditos del imperio.

Amobe, celebre retórico de Numidia, llamado al cristianismo por misteriosos sueños, abandonó los ídolos; y para probar la sinceridad de su conversión á los obispos que dudaban de ella, escribe una apología en que combate fuertemente á la idolatría y combate las calumnias inventadas contra los cristianos; empero poco instruido aun en la nueva fe que había abrazado, la apología escrita antes de recibir el bautismo se resiente de algunos errores. En esta apología con gran valor decia á los emperadores que no debian derribar las iglesias ni quemar los libros santos, sino mas bien quemar los libros de los poetas licenciosos de los paganos y demoler sus teatros.

En España corre abundantemente tambien la sangre de los mártires, confesando la fe de Jesucristo. Los nombres de estos gloriosos atletas de la religion no se han conservado todos; empero los martirologios muestran suficiente número para probar que en ella se derramó mas sangre que en ninguna otra parte del imperio. El feroz Daciano, su gobernador, despliega un celo admirable y escete en crueldad á los demás ejecutores de los edictos de Diocleciano.

En Zaragoza el obispo Valerio y Vicente, el primero de sus diáconos, natural de Huesca, de una ilustre familia, y cuyo abuelo paterno, Agreso, había sido cónsul, son arrestados, y cargados de cadenas, conducidos á la presencia de Daciano, que se hallaba en Valencia. El obispo Valerio había instruido por sí mismo al jóven Vicente en las ciencias divinas, y á pesar de su estremada juventud, le había encargado que predicase la doctrina de Cristo en su lugar, porque él tenia el defecto de espresarse con muchísima dificultad. Valerio y Vicente comparecen ante el tirano.

—Padre mio, si tú lo mandas, dice el diácono al obispo, yo responderé. —Hijo mio, le respondió éste, así como te he confiado la palabra de Dios, te encargo tambien que respondas por los dos, defendiendo la fe que confesamos. Vicente declara que eran cristianos y dispuestos á sufrir toda

clase de tormentos por sostener su fe. El anciano Valerio inspira tanta compasión al mismo tirano, que lo envía á un destierro, y todo su furor lo reserva para Vicente.

—Desgraciado, le dice, ¿osas violar por tus palabras los derechos de nuestros dioses y de nuestros príncipes? toma el incensario, sube á las gradas del altar y sacrifica á los dioses, ó tu muerte será terrible y sangrienta.

Vicente respondió: Empleo contra mí todas tus fuerzas, desplega todo tu terror; mi confesión ya está; yo no creo mas que en un solo Dios y en su Cristo; trata si puedes de arrancarme esta fe.

El juez, furioso, hace poner una mordaza en la boca del mártir, y hace venir verdugos ejercitados en verter sangre de los sentenciados y cuyas manos manejaban hábilmente los instrumentos de la tortura. "Aprenda el insensato, dice Daciano, que el primer deber del pretor es no sufrir que delante de él se atente á la magestad de los dioses, los dioses del Capitolio, los dioses que adoran Roma, el Senado y los Césares." En seguida le hizo atar los brazos á la espalda, y levantándole en el aire por medio de una cuerda, lo dejaban caer pausadamente sobre la tierra hasta desmenujar sus huesos, haciéndolos caer en la caída, y después con garfios de hierro despedazaron sus costados, de suerte que al través de sus heridas se veían palpitár sus entrañas.

El atleta de Jesucristo se sonreía en medio del tormento; los verdugos se hallaban sin aliento, sus brazos cubiertos de sangre se caían de cansancio; Daciano hizo azotar á los verdugos creyendo que era falta suya el que el mártir no sufriese mas dolores. Después hizo tender á éste sobre unas parrillas apliendo, y arrojar sobre el fuego sal, que chispeando penetraba dentro de su cuerpo.

El levita permanecía siempre con la mayor serenidad confesando á Jesucristo en medio de los tormentos y burlándose del tirano, cuya ira se acrecentaba con la serenidad del mártir. Acostado tranquilamente en su lecho de fuego, levantaba los ojos al cielo, ya que no podían hacerlo sus manos encadenadas. Daciano lo hizo conducir á un negro calabozo, tendiéndole sobre el suelo cubierto de fragmentos de vidrio, atado de pies y manos.

Allí el santo se duerme tranquilamente, y al despertar se encuentra el calabozo inundado de una luz celestial, rotas sus ligaduras, como en otro tiempo un ángel rompió las del príncipe de los apóstoles, cambiando los fragmentos de vidrio en frescas y olorosas flores, oyendo cantar en los aires á los ángeles las alabanzas á Dios. Los carceleros vieron el resplandor, oyeron los himnos de los ángeles, y se convirtieron á la fe, confirmando al mártir en ella por sus discursos.

La noticia de este prodigio llega á oídos del pretor, y su rabia y su cólera no tienen límites. "Que le saquen de su prision, exclama; que le curen sus heridas, y que le cicatricen sus llagas para que pueda servir de nuevo ejercicio á los verdugos." De todos los puntos de la ciudad los fieles acuden á la prision para ver al mártir, para consolarle, para contemplar la huella que los garfios de hierro han dejado en sus miembros, y enjugar con sus labios la sangre de que estaban cubiertos. El tirano manda ponerlo en un lecho mullido; empero el término de sus padeci-

mientos se acercaba: apenas su cuerpo lánguido y quemado se coloca sobre él, cuando su alma sale de su cuerpo.

El procónsul habia sido vencido, y en su rabia impotente quiere llevar su venganza sobre su cadáver. Manda que lo arroje á las bestias feroces, de miedo que no le sepulten los cristianos y adquieran las reliquias del mártir. Arrojanlo desnudo en el campo, porque la tiranía de Daciano le rehúsa hasta un sudario; pero un cuervo defiende contra las demás aves de rapina su cuerpo, el cuervo sin duda que habia traído á Elias el pan en el desierto!

Vencido el tirano aun en la lucha contra un cadáver, viéndole respetado por la voracidad de los buitres, trata de sumergirle en los insaciables abismos del mar, que no rehúsan presa alguna; destina el cuerpo del mártir para juguete de las ondas y de las mareas, y para festín de los monstruos de las agüas. Ordena que el cuerpo del santo, encerrado en un saco con una enorme piedra, sea arrojado al mar. Un soldado, Euforion, es encargado de la ejecución; pero el poder de Dios, que habia sosegado las ondas irritadas del mar bajo los pies de Cristo, que en el mar Rojo habia abierto un ancho camino de arena para que pasase Israel, manda las tempestades del Mediterráneo que ofrezcan una tranquila tumba á los despojos del mártir. El cuerpo de Vicente, con la piedra sepulcral atada á él, nada á flor de agua como una ligera espuma sobre las ondas. Los marineros asombrados ven vogar el cuerpo del santo con su cubierta de mármol; veinte barcas corren á su encuentro desde la playa; pero el cuerpo llega antes al puerto.

¡Felix la tierra que recibió estos despojos sagrados, y que le abrió una tumba en su arena recibiendo el nombre que aun hoy conserva de *Cabo de San Vicente*! Al restablecimiento de la paz de la Iglesia, un altar se levantó sobre el rústico sepulcro, y sus santos huesos fueron trasportados bajo su sagrada bóveda!

En la ciudad de Zaragoza hubo tambien otros mártires inmolados al furor de Daciano; diez y ocho descansan en un mismo sepulcro: Octato, Luperco, Successo, Marcial, Urbano, Julia, Quintiliano, Publio, Fronton, Felix, Ceciliano, Egocio, Primicio, Apodemio y cuatro Saturninos.

La vírgen Encrática ó Engracia, confiesa tambien generosamente la fe de Jesucristo. Es atormentada cruelmente, destrozado todo su cuerpo, cortado un pecho y arrancada una parte de su hígado. En este estado es encerrada en una prision, y muere por la corrupción de sus heridas y la gangrena, á los pocos dias.

Eran pocos para el furor de Daciano estos mártires en Zaragoza; le eran precisas hecatombes de ellos, y que un río de sangre corriese al través de sus calles; diríase que la capital de Aragón era la ciudad natal de los mártires, el punto de partida que habian escogido para ir desde la tierra al cielo! ¡Apenas Roma, la reina del mundo, apenas la populosa Cartago podrá escederla en el número de sus hijos que vertieron su sangre por Jesucristo!

A fin de destruir Daciano con un solo golpe todos los cristianos que encerraba Zaragoza, pareciéndole lento su furor, apela á la traicion. Hace publicar que consiente en dejar con vida y con libertad á los cristianos que quieran, con tal que abandonen la ciudad; aquella ciudad

donde el culto y la fe se hallaban tan arraigados. Apenas salen sus habitantes en numerosas tropas, cuando se ven rodeados por soldados apodados en todas partes, y comienza una matanza y unos asesinatos, que el corazón se estremece al contemplar y que la pluma se resiste á describir. Ni uno solo quedó con vida de los adoradores de Cristo. El tirano ordenó en seguida que los cadáveres fuesen quemados, á fin de que no pudiesen conservarse sus restos.

Muchos martirologios designan esta cruel matanza con el título de los innumerables mártires de Zaragoza. El suelo de esta ciudad quedó empapado de la sangre de los cristianos, y esta sangre produjo nuevos y mas generosos defensores de la fe.

Gerona presenciaba la victoria, en medio de los mas crueles tormentos, de Félix; y Calahorra la de los mártires Emeterio y Celedonio.

En Barcelona San Cucufates, á quien honran bajo diferentes nombres en España y Francia, que habia nacido en la Sciritania, en Africa; para sustraerse á la persecucion pasó á España, y Félix fué su compañero de fuga. Apenas llegado á Barcelona, es arrestado Cucufates; y despues de haber sufrido los mayores tormentos, perece degollado.

En Mérida, capital de la Lusitania, la joven y noble virgen Eulalia sufre el martirio cuando apenas cuenta doce años de edad, y sube sonriendo á la hoguera, abrasada por la fe. Su infancia precoz habia hecho augurar su muerte. Jamas habia soñado en el lecho nupcial; jamas se habia mezclado en los pueriles juegos de la infancia; jamas las joyas habian adornado su hermoso brazo, ni el oro de los collares habia ceñido su blanco cuello, ni adornado sus hermosos cabellos; la casta frialdad de la virginidad resplandecia en su rostro; la prudencia de los ancianos brillaba en su frente. Apenas la persecucion despliega su furor, Eulalia siente palpar su corazón; la fiebre del martirio devora su alma; burla la vigilancia de su madre, que la oculta en el fondo de una casa de campo para libertarla de que sea pasto de las fieras en el anfiteatro. Avida del martirio, Eulalia, una noche cuando todos duermen en su casa, se levanta de su lecho, y huye por senderos escarpados á la ciudad; el ángel del Señor la conduce, y en medio de una noche oscura y sin luna, dirigese derechamente, como iluminada por la columna luminosa que en otro tiempo protegió la fuga nocturna de Israel. Llega á Mérida al amanecer; corre al tribunal; penetra entre la muchedumbre de que se halla rodeado el procónsul, y no le intimidan ni las fasces, ni las hachas, ni la magestad del tribunal.

—Buscáis cristianos, le dice; heme aquí; yo desprecio á los ídolos, porque no son nada, y á Maximiano nuestro emperador, porque los adora.

La voz gloriosamente insultante de esta niña, llena de furor al procónsul. En vano intenta primero aplacarla con halagos, amanzándola despues con los tormentos. Se dirige al feto diciéndole: «¿Dices esa niña y inocencia conocer cuán terrible es la venganza de los dioses y de las Cáesares; empero antes de abrazar la muerte, loca doncella, piensa bien en todos los bienes y en todas las felicidades que vas á dejar sobre la tierra; tu familia te tiende los brazos y te llama, llorando sobre la joven flor que debia fecundar el tronco antiguo de su casa, y que va á

caer estéril bajo el hacha; piensa en las dulces pompas del lecho nupcial y en la vejez aislada de un abuelo." Al mismo tiempo que esto le decia mandaba presentar á su vista los instrumentos del tormento.

Eulalia entonces no responde sino con un fiero y heróico silencio. Escupe al tirano en la cara, y con el pié derriba un ídolo que se hallaba en el tribunal.

Dos verdugos se apoderan de ella, su talle esbelto y virginal se pliega bajo aquellas manos robustas, que destrozan á azotes su cuerpo delicado, contando la mártir tranquilamente los golpes que la ensangrentaban, sin vertier una lágrima, sin exhalar un suspiro, mientras que la blancura de sus carnes desaparecia entre arroyos de sangre. Aplicáronle despues antorchas ardientes sobre sus heridas, y el fuego consumió en breve sus hermosos cabellos, con los que cubria el seno por modestia, inclinando su cabeza moribunda.

El cielo se encargó de sus funerales; una gran nevada descendiendo sobre el cuerpo de la virgen, cubriéndolo de un sudario sin mancha. En Mérida existe su tumba, y allí reposa en una capilla de mármol blanco; allí vienen de todos los contornos de la tierra á venerar sus santas reliquias y á celebrar su santo aniversario, que fué en el mes de Diciembre.

En Compluto, hoy Alcalá de Henares, dos niños, Justo y Pastor, que iban á la escuela, empero ya preparados para el martirio, cuyo deseo era general en casi todos los españoles, viendo á todos los cristianos asombrados con la llegada á aquella ciudad del gobernador Daciano que venia á perseguirlos, arrojan los libros, y en vez de ir á la escuela, resueltos presentarse alegremente al martirio. Daciano los desprecia al pronto; pero sus discursos, superiores á su edad, le llaman la atención. Los hace azotar cruelmente, y exasperado al ver su resistencia, los manda cortar la cabeza. Sus cuerpos descansan en dos urnas en la iglesia magistral de esta ciudad!

En Córdoba, Fausto, Genaro y Marcial, sufren el martirio que habia decretado Eugenio, enviado á Córdoba para perseguir á los cristianos. Estos tres generosos confesores se presentan atrevidamente delante de él, le reprenden sus impiedades y sus crueldades; y tal fué la fuerza de sus palabras, tal la conviccion con que las pronunciaban, que el juez titubea y su alma se halla penetrada de una secreta admiracion; pero el primer movimiento pasa, la impresion se desvanece. El tirano hace atemorar á los tres con el mas grande refinamiento de barbarie, y despues hace arrojar sus cuerpos horriblemente mutilados, en una hoguera, donde espiran. No consta á punto fijo el año de su martirio.

En el tiempo en que Daciano gobernaba la España, el célebre Ossio, que ocupa un lugar tan distinguido en la historia eclesiástica del IV siglo, y fué presidente del concilio de Nicea en 325, era obispo de Córdoba. Arrestado, perseguido, confesó la fe durante esta persecucion, y vivió mas de 60 años despues.

En Avila, en esta misma persecucion de Daciano, sufre generosamente el martirio Vicente, con las dos virgenes Sabina y Cristeta, sus hermanas.

En Sevilla Justa y Rufina, dos jóvenes del pueblo, que ejercian en el ahora barrio de Triana el oficio de alfareras, con el que proveian á su

manutención y á la subsistencia de los pobres, rehusan el vender á los paganos lo que necesitaban para sus sacrificios, y éstos se apoderan de ellas y las conducen brutalmente á la presencia del gobernador. Justa espira sobre el caballete en medio de los mas crueles tormentos; Rufina es ahogada; y ambos cuerpos fueron consumidos por el fuego. Sevilla conserva hoy su nombre, y se ha colocado bajo el patronato de estas dos ilustres mártires!

Al mismo tiempo la virgen Leocadia se hallaba presa en Toledo; habia resistido todos los tormentos, y aguardaba la corona merecida por su constancia y su valor. Al saber el triunfo de Eulalia y de otras santas víctimas, se pone de rodillas, levanta su corazón á Jesucristo, y espira en medio de su oración!

Daciano habia cubierto de terror y luto á España; su crueldad habia adquirido una terrible celebridad, que un siglo mas tarde la pluma divina de Agustino pintó con los mas vivos colores; hizo el retrato de este horrible cruel, cuyos recuerdos estaban escritos con sangre; empero nada podia su furor. Los españoles de toda edad, de todo sexo, corrían presurosos á la muerte, en tales términos, que ya en el concilio de Elvira, tenido hacia el año 300, antes de los últimos edictos, pero cuando Maximiano habia ya comenzado la persecucion en las provincias, se mandó en este concilio, el mas antiguo y del que nos han quedado algunos cánones de la disciplina, que los cristianos que hubieran quebrado los ídolos y hubiesen sido inermes en el acto, no fuesen contados en el número de los mártires, con objeto de poner un freno al celo indiscreto de los que provocaban con actos hostiles á sus perseguidores.

Dos inscripciones famosas de dos monumentos levantados en España en favor de Diocleciano y de sus colegas, son dos pruebas irrecusables del furor con que se hizo la persecucion en este país.

He aquí una de ellas: "A Diocleciano Jovio, Maximiano Heracleo, César Augustus, despues de haber estendido el imperio romano en Oriente y Occidente, y abolido el nombre de los cristianos (*nomine christianorum delato*)".

Dice así la otra: "A Diocleciano, César Augusto, despues de haber adoptado á Galerio en el Oriente, y abolido por todas partes la superstición de Cristo (*superstitione Christe ubique delata*)".

Inscripciones dictadas por la vanidad de estos principes impios, que inundando el mundo de sangre, contaban destruir la obra de Cristo, que iba en breve á salir triunfante de la persecucion de la fuerza brutal, para seguir en los siglos su continua carrera y salir victoriosa de los combates del error, permaneciendo siempre vencedora, porque su divino Fundador lo habia dicho al establecerla, que jamas las puertas del infierno prevalecerian contra ella!.....

CAPITULO XIII.

Mártires de los libros santos.—Mártirio de San Félix, obispo de Heraclia y sus compañeros.—Mártires de Nicomedia.—San Pantaleon.—San Cipriano el mago y santa Justina.—Diocleciano va á Roma.—Mártirio de San Ginés, cónico.—Mártires en Roma.—Santa Soteris.—San Pancracio.—Santa Inés.—Su celebridad.—San Pedro y Marcelino.—San Félix y San Aducto.—Mártires innumerables en Roma.—Inscripciones en las catacumbas que lo comprueban.—Mártires en el reino de Italia.—San Genaro.—Mártires en Sicilia.—Mártirio de Santa Lucia.—De Santa Afra.—Mártires en Panonia.—San Ireneo, obispo de Sirnio.—San Pollion, lector de Cibale.—Mártires en Mesia.—San Nicandro y San Marciano.—Santa Agape y sus compañeros.—Santa Anysia y Demetrio.—Crueldad de la persecucion.

No les bastaba á los perseguidores del cristianismo el haber demolido los templos alzados por la piedad de los fieles, y perseguir á los que en el retiro de sus casas profesaban el culto; repetidos edictos ordenan á los gobernadores de las provincias que se apoderen de los vasos sagrados, y de cuantos objetos pudiesen servir al sacrificio de los fieles; empero su sania se muestra sobre todo contra los libros sagrados que encerraban su doctrina, obligándolos con pena de muerte á entregar estos objetos, que arrojaban inmediatamente á las llamas.

Esta disposicion de los edictos hizo traidores y mártires; traidores, á los débiles que vendían el secreto de la Iglesia; y mártires á los que preferían la muerte á entregar los objetos del culto!

Felipe, obispo de Heraclia, con sus discípulos Severo y Hermas, sacerdote el uno, diácono el otro, resisten por algun tiempo el entregar los vasos sagrados y los libros de la Iglesia; péstase al fin Felipe á entregar los vasos, manifestando que el culto que rinde á Dios, no consiste en adornar las iglesias con metales preciosos, sino que el don del corazón era para él el mas bello ornamento; pero resiste entregar los libros porque de nada podían servirles.

Juez cruel, le decía el santo obispo, aunque te apoderases tú de nuestros

manutención y á la subsistencia de los pobres, rehusan el vender á los paganos lo que necesitaban para sus sacrificios, y éstos se apoderan de ellas y las conducen brutalmente á la presencia del gobernador. Justa espira sobre el caballete en medio de los mas crueles tormentos; Rufina es ahogada; y ambos cuerpos fueron consumidos por el fuego. Sevilla conserva hoy su nombre, y se ha colocado bajo el patronato de estas dos ilustres mártires!

Al mismo tiempo la virgen Leocadia se hallaba presa en Toledo; habia resistido todos los tormentos, y aguardaba la corona merecida por su constancia y su valor. Al saber el triunfo de Eulalia y de otras santas víctimas, se pone de rodillas, levanta su corazón á Jesucristo, y espira en medio de su oración!

Daciano habia cubierto de terror y luto la España; su crueldad habia adquirido una terrible celebridad, que un siglo mas tarde la pluma divina de Agustino pintó con los mas vivos colores; hizo el retrato de este horrible cruel, cuyos recuerdos estaban escritos con sangre; empero nada podia su furor. Los españoles de toda edad, de todo sexo, corrían presurosos á la muerte, en tales términos, que ya en el concilio de Elvira, tenido hacia el año 300, antes de los últimos edictos, pero cuando Maximiano habia ya comenzado la persecucion en las provincias, se mandó en este concilio, el mas antiguo y del que nos han quedado algunos cánones de la disciplina, que los cristianos que hubieran quebrado los ídolos y hubiesen sido inermes en el acto, no fuesen contados en el número de los mártires, con objeto de poner un freno al celo indiscreto de los que provocaban con actos hostiles á sus perseguidores.

Dos inscripciones famosas de dos monumentos levantados en España en favor de Diocleciano y de sus colegas, son dos pruebas irrecusables del furor con que se hizo la persecucion en este país.

He aquí una de ellas: "A Diocleciano Jovio, Maximiano Heracleo, César Augustus, despues de haber estendido el imperio romano en Oriente y Occidente, y abolido el nombre de los cristianos (*nomine christianorum delato*)".

Dice así la otra: "A Diocleciano, César Augusto, despues de haber adoptado á Galerio en el Oriente, y abolido por todas partes la superstición de Cristo (*superstitione Christe ubique delata*)".

Inscripciones dictadas por la vanidad de estos príncipes impios, que inundando el mundo de sangre, contaban destruir la obra de Cristo, que iba en breve á salir triunfante de la persecucion de la fuerza brutal, para seguir en los siglos su continua carrera y salir victoriosa de los combates del error, permaneciendo siempre vencedora, porque su divino Fundador lo habia dicho al establecerla, que jamas las puertas del infierno prevalecerian contra ella!.....

CAPITULO XIII.

Mártires de los libros santos.—Mártirio de San Félix, obispo de Heraclia y sus compañeros.—Mártires de Nicomedia.—San Pantaleon.—San Cipriano el mago y santa Justina.—Diocleciano va á Roma.—Mártirio de San Ginés, cónico.—Mártires en Roma.—Santa Soteris.—San Pancracio.—Santa Inés.—Su celebridad.—San Pedro y Marcelino.—San Félix y San Aducto.—Mártires innumerables en Roma.—Inscripciones en las catacumbas que lo comprueban.—Mártires en el reino de Italia.—San Genaro.—Mártires en Sicilia.—Mártirio de Santa Lucia.—De Santa Afra.—Mártires en Panonia.—San Ireneo, obispo de Sirnio.—San Pollion, lector de Cibale.—Mártires en Mesia.—San Nicandro y San Marciano.—Santa Agape y sus compañeros.—Santa Anysia y Demetrio.—Crueldad de la persecucion.

No les bastaba á los perseguidores del cristianismo el haber demolido los templos alzados por la piedad de los fieles, y perseguir á los que en el retiro de sus casas profesaban el culto; repetidos edictos ordenan á los gobernadores de las provincias que se apoderen de los vasos sagrados, y de cuantos objetos pudiesen servir al sacrificio de los fieles; empero su saña se muestra sobre todo contra los libros sagrados que encerraban su doctrina, obligándolos con pena de muerte á entregar estos objetos, que arrojaban inmediatamente á las llamas.

Esta disposicion de los edictos hizo traidores y mártires; traidores, á los débiles que vendían el secreto de la Iglesia; y mártires á los que preferían la muerte á entregar los objetos del culto!

Felipe, obispo de Heraclia, con sus discípulos Severo y Hermas, sacerdote el uno, diácono el otro, resisten por algun tiempo el entregar los vasos sagrados y los libros de la Iglesia; péstase al fin Felipe á entregar los vasos, manifestando que el culto que rinde á Dios, no consiste en adornar las iglesias con metales preciosos, sino que el don del corazón era para él el mas bello ornamento; pero resiste entregar los libros porque de nada podían servirles.

Juez cruel, le decía el santo obispo, aunque te apoderases tú de nuestros

libros, aunque no quedase uno solo en el mundo entero, nuestros hijos los renovarían mas numerosos aún para la salvacion de sus almas, y por respeto á la memoria de sus padres. El gobernador Basso ordenó que maltratase rudamente al obispo. Apoderado de los libros sagrados, hace llevarlos á la plaza pública y arrojarlos en una hoguera; empero las llamas se elevaron á tan extraordinaria altura, que causaron un inmenso incendio, el cual aterró á los espectadores. Felipe, sentado con sus hermanos en el foro, aprovechó esta ocasion para anunciar al pueblo la venganza divina y el castigo que preparaba el Señor á los impíos.

Quiso el gobernador obligar al santo obispo y á sus compañeros á que sacrificasen á los dioses; pero él se negó con la mayor firmeza, admitiendo al gobernador por la elocuencia de sus palabras, en términos que no teniendo nada que responderle, se volvió lleno de cólera á Hermes, invitándole á que sacrificase á los dioses; pero habiendo resistido tambien á las amenazas del juez, de la tortura y de la hoguera, los hizo volver inmediatamente á la prision.

Mientras los iban conduciendo á ella, algunos insolentes del populacho se complacian en dar de golpes á Felipe, y derribarle en el suelo; pero él con un rostro riado y sereno, sin dar señal alguna de indignacion ni de dolor, se levantaba continuando su camino y dejando á todos admirados por su paciencia. Pocos dias despues se les permitió habitar en una casa de un cristiano llamado Pancracio, inmediata á la prision. Allí, á falta de templo, el santo obispo instrua á los que se reunian en ella en los sagrados misterios de la religion.

Pocos dias duró su libertad; fueron vueltos otra vez á su prision, que se hallaba situada cerca del teatro, y por una cloaca ó alcantarilla se comunicaba con este edificio. Por allí penetraron los fieles, y acudieron en gran multitud á visitarlos durante la noche. Postrados en tierra, besaban los pies del santo anciano, y oian sus saludables instrucciones. El gobernador Basso, aunque perseguidor del cristianismo, era un hombre que en su terrible mision desplegaba la humanidad posible. Reemplazóle en el mando de la provincia, Justino, hombre sin religion é inico. Grande fué la afliccion de los cristianos de Hircacia. Justino llama á su tribunal al santo obispo, le intima las órdenes de los emperadores de sacrificar á los dioses, y despliega para aterrarlo ante su vista el aparato de los suplicios.

—Tú tienes orden, le dice Felipe, de atormentar mi cuerpo, pero no de violentar mi voluntad; cumple lo que te he sido mandado.

—Tú no sabes, le respondió el gobernador, el suplicio que te preparo; serás arrastrado de los pies por las calles de la ciudad, y si dura aún tu vida, conducido á la prision para ser atormentado de nuevo. Justino dió orden de que ochándole una cuerda á los pies, lo arrastrasen por las calles, que en breve quedaron cubiertas con su sangre, volviéndole casi moribundo, exánime, á la prision.

El pueblo lleno de furor, buscaba por todas partes á Severo, quien á los primeros amagos de la persecucion se había ocultado; pero al ver la firmeza generosa del santo obispo y del diácono Hermes, se presenta él mismo al tribunal del gobernador, resiste sacrificar á los dioses, y es conducido tambien á la prision, donde permanece por siete meses, siendo al

cabo de ellos trasladado con los demas á Andrinópolis, en cuya ciudad permanecieron firmes en su creencia. Felipe es azotado con varas, con su diácono Hermes, siendo condenados ambos despues á ser quemados vivos, y marchando á consumar su martirio en la hoguera, despues de haber sufrido por tan largo tiempo tantos y tan crueles tormentos. El sacerdote Severo permanecia solo en la prision; fulto del consuelo de su santo pastor; envidiando santamente la corona deseada del martirio, oró fervorosamente al Señor, que oyó sus ardientes ruegos, y á los dos dias despues fué á reunirse por medio del martirio con sus bienaventurados compañeros.

Justino ordenó que los cadáveres calcinados de los mártires fueran arrojados al Ebro. Algunos cristianos de Andrinópolis salieron por la noche en barcas para recoger las sagradas reliquias, que milagrosamente entraron en sus redes, y las ocultaron á doce millas de la ciudad, en una casa de campo llamada *Ojastiron*.

Donde quiera que llega el poder de Diocleciano y Maximiano, corre abundantemente la sangre de los mártires; su palacio imperial suministra continuamente victimas á los verdugos.

De ese número es un cristiano llamado Pantaleon, médico del emperador Diocleciano. Viviendo en medio de las corrupciones de la corte, arrastrado por los ejemplos de la seduccion, habia tenido la debilidad de aljurar el cristianismo y adorar los ídolos; empero un cristiano llamado Hermolao, le hace aborrecer su apostasia, y desear con ansia el martirio, abandonando sus bienes á los pobres. Arrestado con otros dos cristianos, llamados Hermifo y Hermócrates, y con el mismo Hermolao, los cuatro sufren con el mayor valor la tortura y todos los tormentos, siendo en seguida decapitados. Los griegos colocaron á San Pantaleon en el número de los mas grandes mártires.

De las estremidades del Asia, dos ilustres mártires son conducidos á la presencia de Diocleciano en Nicomedia. Cipriano, llamado el Mago, presenta gran relacion en su martirio con Luciano y Marciano, de quienes hemos hablado. Hástara, consagrado al ejercicio de la magia, habia viajado para adquirir mayor copia de conocimientos en esta ciencia infernal, y habia recorrido Atenas, Argos de Frigia, Menfis de la Caldea y la India, habiendo vuelto á su ciudad natal, Antioquia de Fenicia, cargado de crímenes y de impiedad. Empleaba su fatal ciencia en seducir á las vírgenes, y pesaba sobre él la acusacion de haber degollado muchos niños para leer el porvenir en sus entrañas palpitantes. Un joven pagano, Agnabio, concibe una passion violenta por una virgen cristiana llamada Justina, de noble familia y de notable hermosura; son impotentes todos los medios para hacerse amar de ella, y busca á Cipriano y los recursos de su arte. Apenas ve éste á la virgen, queda prendado de ella ciega-mente, y por su propia cuenta trabaja, llamando al infierno en su ayuda; empero Justina con la oracion, con el ayuno y con las mortificaciones, vence todas las artes de los espíritus de las tinieblas. Cipriano vencido, conoce la inutilidad de su ciencia, la debilidad de los demonios y abandona su culto; pero cae en una triste desesperacion; el recuerdo de sus crímenes pasados no le deja descansar, y le cierra la puerta á la esperanza. Dios le inspira el pensamiento de dirigirse al sacerdote Eusebio,

cuyas palabras le reaniman, y el que cuando le cree suficientemente preparado, lo presenta en la asamblea de los cristianos. Grande fué la admiración de éstos al ver á uno de sus sacerdotes introducir á Cipriano en medio de ellos; apenas el obispo mismo podia creer lo que veia; todos dudaban de que fuese sincera su conversion. Al dia siguiente dispáronse sus dudas cuando vieron al nuevo convertido quemar delante de ellos todos los libros de magia, y despues de haber distribuido sus bienes á los pobres, colocarse en el número de los catecúmenos. Despues de haberse instruido en la fe cristiana, recibió el bautismo con Agladio, á quien habia convertido.

Justina habia sido el instrumento de tan admirable conversion. Cortó sus cabellos en señal del sacrificio que hacia á Dios de su virginidad, y lo mismo que Cipriano, abandonó todos sus bienes á los pobres.

Cipriano solicitó los empleos mas humildes de la Iglesia; pero ordenado sacerdote, fué con el tiempo obispo de Antioquia, cuya silla se hallaba vacante por la muerte de Antimo.

La conversion de Cipriano conmueve á los gentiles. Arrestado al mismo tiempo que Justina, comparecen los dos delante del gobernador de Fenicia, que residia en Tiro. La delicada virgen, despues de haber confesado á Jesucristo, es cruelmente azotada, Cipriano atormentado y desmenuado sus carnes con garfios de hierro; y ambos encadenados, son llevados á Nicomedia, donde se hallaba Diocleciano. El emperador, apenas lee la carta del gobernador de Fenicia, los condena á ser pasados por la espada, ejecutándose la sentencia en las orillas del Galo, rio que corre cerca de Nicomedia. Un cristiano llamado Trocista fué tambien decapitado por haber dirigido palabras de admiracion y de consuelo á Cipriano cuando marchaba al suplicio. Algunos fieles de Roma llevaron á esta ciudad las reliquias de estos santos mártires, y una muger piadosa de la familia de Claudio el Gótico, llamada Rufina, hizo edificar una iglesia bajo su invocacion. Sus huesos fueron despues trasladados á San Juan de Letran.

El emperador Diocleciano habia venido á Italia, donde pasó una gran parte del año 303. Habia salido de Nicomedia para venir á Roma en el año precedente, á celebrar el vigésimo aniversario del reinado de Maximiano Hércules, que comenzaba el 20 de Noviembre, y al mismo tiempo su triunfo contra los persas.

Era el 24 de Agosto del año 303 de la era cristiana y habia en Roma mas bullicio y confusion que de costumbre. Los romanos de cualquier edad y condicion que fuesen, abandonaban sus casas, y hablaban entre sí de las magnificas fiestas que debian tener efecto para celebrar la vuelta á la capital del mundo, del emperador Diocleciano, las victorias que habia obtenido contra los persas y el vigésimo aniversario del advenimiento á la púrpura de Maximiano, su regio colega. En la mañana del siguiente dia 25, debian comenzar las fiestas, y ya se habia preparado el circo, habiendo sido electos los gladiadores; los leones destinados á luchar contra los infelices esclavos, hacia dos dias que no habian tomado alimento alguno, y para que nada faltase en aquellos festejos, un cómico habia compuesto una pieza nueva, á cuya representacion habia de asistir el emperador Diocleciano.

El argumento de la comedia, calcado sobre las creencias y los usos de la religion que tantos prosélitos contaba ya, no era otra cosa que una sátira amarga y violenta del cristianismo y de los que profesaban esta religion, porque en aquella época, lo mismo que en la nuestra, se esgrimia toda clase de armas contra la verdad evangélica. El autor de la obra, segun costumbre, debia ejecutar el papel principal, y era un jóven llamado Ginés, que educado en las preocupaciones de la idolatria y el estudio de las letras paganas, detestaba, sin conocerla, á una religion que tendia á derribar los falsos dioses cantados por sus poetas, reformando las costumbres en que hallaba tantos placeres y voluptuosos goces. Pero la ceguedad de su entendimiento y los estravios inseparables de la profesion que abrazara, no habian ahogado las cualidades que la Proviencia habia puesto en su corazon, y solo se necesitaba un rayo de la gracia divina para disipar las tinieblas que tenian envuelta su alma, impidiéndole rendir culto á la virtud y á la verdad.

A la caída del dia, Ginés, que acababa de ensayar con sus compañeros la comedia que debia ejecutarse al dia siguiente, salió del teatro y se encaminó á su albergue. Iba á poner el pié en el umbral, cuando vió en la calle, á algunos pasos de distancia, á un hombre vestido de negro, y cuya actitud indicaba profunda meditacion. Ginés le lanzó una mirada y conoció en él á Marco Aufidio Scipion, descendiente de una familia de las mas antiguas del senado, su compañero de infancia, su discípulo, á quien hacia muchos años que no veia. Y por cierto que estaba completamente mudado; sus facciones habian tomado una expresion severa; su andar era grave, y su traje no era el del jóven y brillante Aufidio, que en los primeros años de su juventud habia formado las delicias de la alta sociedad romana; pero entre él y Ginés habian existido tan intimas relaciones, tan fraternal fuera su amistad, tan dulces sus simpatias, que aun cuando el jóven patricio hubiese estado mucho mas desconocido, su antiguo camarada habria adivinado que era él.

—¿Qué has hecho durante nuestra larga separacion? le preguntó Aufidio.

—Muy separado vives de la sociedad romana, cuando la fama de mi nombre no ha llegado hasta tí..... ¿Lo que he hecho, Aufidio? Casi tengo vergüenza de decirlo, porque sé que vas á reprendermelo; me he dejado llevar de la irresistible pasion que me arrastraba hacia las tablas; hago comedias como Plauto y Terencio, y como el primero de estos dos grandes hombres, ejecuto los principales papeles de las piezas que escribo.

—Infeliz! dijo Aufidio despues de un rato de silencio.

—Ya sabia yo que habias de criticarme.

—No critico, amigo mio, sino que te compadezco..... ¿eres feliz, Ginés?

—¿Feliz? ¡oh! no. La dicha es un fantasma en pos del cual ha muchos años que corro, sin alcanzarlo jamas. Lo he buscado en el estudio, en la poesia, en las fiestas, y esperaba encontrarle en el teatro. ¿Vanos esfuerzos! Arido y afligido mi corazon, solo he gozado de una embriaguez enagafiadora, de ilusorios placeres, sin que me anime la esperanza de ser feliz.

—Esto consiste en que tu alma aspira á alguna cosa mas elevada y

mas noble que cuanto has conocido hasta aquí; tres años hace, amigo mío, que me hallaba en una disposición de ánimo como la que acabas de describir, y me cansaba el mundo, el estudio y hasta la vida. Tal vez hubiera atentado contra mis días, si no hubiese penetrado en mi entendimiento un rayo de luz que me ha hecho amar la vida.

—Aúfido, espíciate.....

—Soy cristiano, Ginés, y cuando nps hemos encontrado, me dirigía á las catacumbas, en que se celebran los misterios de mi religión.

—Tú cristiano! tú, el último heredero de los Scipiones!

—Ginés: el que ha fundado nuestra santa religión murió sobre una cruz como un malhechor, y era el Hijo de Dios!

—¿Cómo puedes dar crédito á esos sueños producidos por el fanatismo, tú que eras la mejor lumbrera de nuestras aulas; tú, tan instruido, tan elocuente y tan escéptico?

—Y tú, Ginés, cuyo nombre se citaba con mas elogio que el mio, ¿cómo puedes creer en los dioses de tu Olimpo, en esos dioses cubiertos de sangre y manchados de vicios?

—¿Quién te dice que creo en ellos? preguntó Ginés con desden.

—No crees á lo menos en la existencia de un ser supremo? ¡Ah! Ginés, ¿quieres qué te diga por qué no eres feliz? porque tienes sobrado talento para adorar á los dioses de la idolatría, y no tienes el que se necesita para reconocer al Dios de los cristianos.

—Bien podrá ser, y entonces será mi desgracia de larga duración, porque si no me engaña lo poco que sé, el Dios de los cristianos es un Dios de severidad y de venganzas, y le ultrajo con hurta crueldad para que me perdona.

—¿Qué es lo que dices?

—¿Sabes el asunto de la comedia que acabo de escribir y que ejecutaré mañana? pues es la religión que tú sigues.

—¡Oh! no; tú no conoces nuestra religión, puesto que tienes á nuestro Dios por un Dios de venganza, cuando es un Dios soberanamente justo; pero soberanamente bondadoso: de cualquier estravío que se haga culpable una criatura, no le es permitido decir que Dios no la perdonará!

—Sin duda quieres convertirme, y te advierto que es una empresa difícil.

—Si Dios quisiera sería obra de un momento.

—Yo cristiano! ¿yo convertido á la religión contra la cual acabo de componer una comedia! Este sí que sería un milagro!

—Tal vez lo hará Dios, porque la conversion de San Pablo tambien fué un prodigio.

—Aúfido, basta la vista: dejemos esta conversacion, porque ya ves que nuestra amistad no puede ser tan íntima como en otro tiempo. Somos de muy diferente modo de pensar, y así prosigue tu camino hacia las catacumbas, en tanto que yo entraré en mis penates para dar un reparo á mi papel. ¿Quieres que te lo confiese? siento tener que ejecutarlo, pues mis ataques contra el cristianismo irán, por decirlo así, dirigidos contra tí; pero el mismo emperador Diocleciano ha indicado el asunto de la comedia y no es posible dejar de obedecerle.

—Si; no contento Diocleciano con sus verdugos y sus satélites, ha mo-
nester sátiras y demestros.

Al día siguiente, á la hora en que el sol lanza sus rayos en todo su esplendor, una multitud inmensa, sentada en las gradas circulares del teatro, aguardaba á que empezase la funcion. Aguas odoríferas corrían por los caños de las galerías, perfumando la brisa que el Tiber enviaba de vez en cuando; todo, en fin, anunciaba la presencia del emperador Diocleciano. El dueño de Roma y del mundo acababa efectivamente de entrar en un palco magnífico, tomando asiento en medio de un tropel de cortesanos y de grandes del imperio.

Pasados algunos momentos, salieron á las tablas los cómicos, con largas túnicas y enmascarados. Luego que Ginés se presentó en la escena, todos los ojos se clavaron en él; pero la careta ocultaba su turbacion, nacida de lo que Aúfido Scipion le dijera el día anterior.

Apenas el público oyó los primeros versos de la comedia de Ginés, empezó á aplaudir siguiendo el ejemplo del emperador. Aquel pueblo, que escarnecía á los mártires devorados en la arena, despedazados en los tormentos ó decapitados en los cadalsos, no podia menos de acoger con risas y palmadas una sátira escrita contra infelices cristianos, á los cuales no podia rehusarse, cuando menos, lo que los filósofos de la antigüedad pagana llamaron heroísmo. Aquellos aplausos, lejos de calmar el ánimo agitado de Ginés, acabaron de hacerle comprender cuán baja y odiosa era su obra; pero el pueblo escuchaba, el emperador estaba allí, y era preciso continuar la representación.

El principal personaje de la comedia era un pagano sin inteligencia y sin instrucción, que se dejaba convertir á la religion católica; papel que ejecutaba Ginés, el cual fingió hallarse indispuesto, y se acostó en medio del escenario, diciendo:

—Tengo un gran peso en el corazón!

—¿Podemos hacer algo para aliviarte? le preguntaron sus interlocutores; ¿indica Hipócrates algun remedio para tus males?

—No; mi cuerpo no es el que sufre, sino mi alma; mis culpas pesan sobre mi conciencia y quiero morir cristiano.

—¿Para qué?

—A fin de que me reciba como á un fugitivo.

Mientras que Ginés declamaba esta parte de su papel, apenas llegaba á los espectadores su débil y balbuciente voz; pero éstos creían que era un artificio del cómico y le aplaudían mas. Hicieron ir á un sacerdote y un exorcista, es decir, cómicos que hacían de tales personajes, y sentándose al pié del lecho de Ginés le dijeron:

—Hijo mío, ¿para qué nos has enviado á buscar?

Ginés guardó silencio, se agitó en su lecho como un hombre presa de una violenta emociion, y despues respondió en tono serio y bajo el influjo de una inspiracion divina:

—Porque quiero recibir la gracia de Jesucristo.

Entonces sus colegas, prosiguiendo su sacrilega comedia, le echaron agua sobre la frente, ejecutaron todas las ceremonias del bautismo, y vistiéndole de blanco le confiaron á unos soldados, los cuales le condu-

jeron al palco del emperador, á fin de que respondiese á las preguntas que se dignasen hacerle Diocleciano.

Luego que Ginés se vió libre y desembarazado de los que le rodeaban, se quitó la careta, la pisó y ea yó de rodillas mirando al cielo: despues bajó los ojos y los paseó por toda la concurrencia, la cual, inmóvil de admiracion, comprendió que las palabras que iba á pronunciar Ginés no estaban en su comedia, al mismo tiempo que el emperador se inclinaba hácia él con viva curiosidad.

—Escuchad, dijo Ginés en alta voz y con un acento que no era el de un actor que declama un papel; escuchad, emperador y pueblo, grandes y pequeños, insensatos y sábios! Hasta aquí, siempre que he oido pronunciar el nombre de cristiano, me reía de compasion, me asombraba de horror; no hay uno solo entre vosotros que aborrezca la nueva religion como yo la he aborrecido; yo que he despreciado esta religion hasta el punto de aprender todos sus misterios á fin de componer una comedia y entregar á vuestras risas á los hombres á quienes perseguís. Esta conducta era infame, ¿no es verdad? Pues bien! he aquí cómo me ha castigado el Dios de los cristianos, que es un Dios de bondad y de misericordia. Hace poco, durante la horrible profanacion que acabais de presenciar, cuando el agua llegó á tocar mi frente, cuando respondí: "Quiero recibir la gracia de Jesucristo," vi en torno mio una multitud de ángeles luminosos que leían en un libro todas las culpas que he cometido desde mi infancia. Luego que acabaron de leer, arrojaron sobre las páginas algunas gotas de la agua con que he sido rociado en vuestra presencia, y me enseñaron el libro tan blanco como la nieve, simbolo del bautismo de los cristianos, que purifica y regenera. Gran emperador, y vosotros, ¡oh ciudadanos, que os reís de estos misterios! cesad en vuestros sarcasmos, y seguidme por la senda de la verdad..... El cómico Ginés es cristiano desde hoy!"

Totonos cayó, y el pueblo furioso al oír tal declaracion, y mas que todo al ver interrumpida su diversion, gritó:

"¡Muera el cristiano mueral muera!"

Diocleciano, no menos indignado que todos los espectadores, hizo una señal á sus soldados, los cuales se apoderaron de Ginés, conduciéndole á la casa del prefecto Plangiano, donde sufrió el tormento con valor, y desde el palacio de Planciano al sitio donde debían cortarle la cabeza. Cuando marchaba al suplicio en medio de los insultos y los silbidos del populacho, encontró á Aufridio Scipion en el lugar donde le habia hablado la víspera. Los soldados no pudieron impedir que se abrazasen estrechamente.

—Ginés, Ginés, exclamó el jóven patricio, bien te lo habia dicho: Dios perdona cualquiera ofensa! ¡Oh, hoy si que eres mi hermano!

Aufridio, respondió el mártir, tú eres quien has preparado mi entendimiento para recibir los tesoros de la gracia divina. Amigo mio, Dios te bendiga, porque me sacas de esta vida perecedera para darme una vida eterna.

—Pronto nos reuniremos, dijo Aufridio, y volviéndose hácia un oficial del prefecto que acompañaba á Ginés, añadió en voz alta: "Soy cristiano, y así conducidme al suplicio. Ginés, adios, hasta que nos veamos en el cielo."

—Adios, respondió el mártir sonriendo.

Diocleciano no permaneció en Roma sino hasta fines del año 303, por que chocándole la libertad del pueblo y sus exigencias, marchó el 20 de Diciembre á Rávena, donde confienza su noveno consulado el 1.º de Enero del año 304. En este viaje la lluvia, el frío, y mas aún los pesares, le causan una poca grave, pero larga enfermedad, que le ratiene en Rávena todo el verano.

La sangre corría abundantemente en este mismo año en Roma. Muchos mártires padecian allí con el mayor valor por la fe de Jesucristo; entre otros, Soteris, virgen de una familia ilustre por su nobleza, en la que se contaban cónsules y prefectos. Arrojada del retiro, donde pasaba su vida en la oracion, es conducida delante del tribunal, mandándole sacrificar á los dioses, y lo refusa. El juez trata de intimidarla, mandando á los verdugos que la abofeteen. Afiza ella su valor, y descubre voluntariamente para el martirio aquel rostro que ocultaba con cuidado á los ojos de todos por su estremada belleza. Con una constancia increíble, sin volver la cara, sin verter una lagrima, sin exhalar un suspiro, sufre la vergüenza y el dolor de los golpes que la desfigurán, muriendo al fin degollada.

San Pancracio es uno de los mártires mas célebres que confesaron á Jesucristo, perece tambien degollado, y es enterrado sobre la via Aureliana, en el cementerio del mártir Calpodio, que recibio despues su nombre. El papa San Sixto alzó sobre su sepulchro en el siglo XVI una iglesia en el año mismo en que el jóven mártir, que no tenia mas que catorce años, consumió su sacrificio.

Inés, jóven virgen de trece años, da una vida, víctima de amor, á la religion y al pudor. Al volver de la escuela la casa doncella, el hijo del procónsul la ve, la ama, la promete diamantes, perlas y riquezas, si consente en casarse con él; empero Inés reeclaza su amor y sus dotes, por que su corazón aspira á los tesoros innumerales que la promete el Esposo celestial. El insensato jóven no puede resistir á su pasion; cae enfrente, y los médicos que rodean su lecho anuncian que su mal es mal de amor. El procónsul hace venir á Inés; le manifiesta que su hijo se muere de amor por ella; empero la jóven virgen responde que no puede violar la fe que habia jurado á su primer esposo, Cristo. El procónsul trata de vencerla por caricias y de atormentarla con amenazas; la jóven á todo permanece inflexible. Entonces el procónsul le propone sacrificar á Yesta con las virgenes; Inés se niega, á machar á un lupanar en medio de las infames cortinas. "No sacrifiques," responde Inés, y voló luponar sobre virgen como entre en él, porque el ángel de mi esposo librará mi cuerpo de toda mancha." El procónsul le hace despojar y conducir desnuda á un lupanar; empero las trezas de sus hermosos cabellos crecen repentinamente y embren su desnudez, como pudiera hacerlo un mago. Llegada á la caverna impura, el ángel del desierto la ilumina con su divina aureola, y la da una túnica blanca como la nieve. Las paredes de este lupanar intame subsisten aún, y forman la capilla de la iglesia subterránea dedicada en su honor en la plaza Navona de Roma. El hijo del procónsul, lleno de amor y deseo, viene al lupanar con otros jóvenes; el insensato quiere llegarse á Inés, pero inmediatamente desaparece la luz de sus ojos y queda ciego!

Entonces el procónsul, traspasado de dolor, viene á arrojarle á los pies de su víctima, y á demandarle la vista de su hijo; Inés ora, y el jóven temerario recobra la luz y confiesa á Jesucristo.

Los sacerdotes de los ídolos amotinán entonces al pueblo, quien pide á grandes gritos su muerte. El procónsul quiere libarlarla, empero temiendo la cólera del pueblo, la abandona al vici-procónsul llamado Aspasio, y se aleja contristado. Aspasio la hace arrojar en una hoguera ardiendo, pero las llamas respetan su víctima. Entonces manda que un *confesor*, verdugo, atraviese la garganta de la virgen con su espada. Los cristianos recogen su cuerpo, y solo con grandes trabajos y dificultades pudieron sepultarlo.

A los ocho dias después de su muerte se aparece radiante de gloria entre un coro de vírgenes con un cordero mas blanco que la leche á sus pies, á los cristianos que habian venido á velar en la gruta de su sepulcro. En memoria de esta vision, todos los años en la fiesta de Santa Inés se bendicen dos corderillos en la iglesia que la ha sido consagrada, cuyos corderos son llevados después al papa, que los bendice tambien. Con la lana de estos corderos se construyen los pálios que el papa envia, después de haberlos bendecido, á los arzobispos y obispos que tienen este privilegio, y sin el cual no pueden ejercer su jurisdiccion. Estos pálios son el símbolo de la dulzura y de la pureza.

El cuerpo de Santa Inés fué trasportado por sus parientes á una posesion que tenían cerca de la via Nomentana. No permaneció largo tiempo solitario y aislado su sepulcro. Bien pronto nuevos cuartos sepulcrales adornados de pinturas se alzaron al rededor del poderoso sepulcro de esta niña.

Constancia, hija de Constantino, se habia hecho enterrar cerca de ella, y poco tiempo después otras dos hijas del mismo emperador, Elena, muger de Juliano, y Constantina, muger de Gelo, muerta la una en Viena de las Galias, y la otra en el fondo de la Bitinia, vinieron del Occidente y del Oriente á reunirse á su hermana que descansaba á la sombra de la mártir del pudor y de la fe.

La iglesia que Constantino habia hecho levantar después de algunos años sobre la gruta de Inés, conserva aún su arquitectura primitiva, que parece con sus formas llenas de pureza y sencillez, ser la ampliacion de la tumba virginal, estendida y ensanchada.

Marcelino, sacerdote, y Pedro, exorcista, vierten tambien su sangre sobre la via Aureliana. Conducian al suplicio al catelero Artemio, á Cándida su muger, y á su hija Paulina, convertidos los tres por los milagros de San Pedro el exorcista. De repente presentase una muchedumbre de cristianos con el sacerdote Marcelino á su cabeza; intimidábase las guardias y huyeron; los cristianos mas jóvenes corren tras ellos, y con palabras de mansedumbre los exhortan á la fe; los estruchos bastante tiempo, para que Marcelino pueda celebrar la misa en el cripto mismo donde los tres mártires aguardaban la muerte. Terminado el santo sacrificio, el pueblo de Dios se retira á la órden del sacerdote, y Marcelino y su compañero Pedro el exorcista, de pie delante de los verdugos, les dicen: "Estaba en nuestro poder el mataros, no lo hemos hecho; ha estado en nuestro poder arrebatáros á Artemio, á Cándida y á su hija virgen, y no

lo hemos hecho; está en nuestro poder retirarnos por la gracia de Dios, y no lo hacemos."

A este discurso los verdugos se estremecieron; empero viendo que no ofrecian resistencia, atravesaron con una espada á Artemio y precipitaron á Cándida y á la virgen Paulina en la abertura del cripto, arrojándoles piedras encima.

Exstia á alguna distancia sobre la via Corneliána un bosque, mas de una voz teñido ya con la sangre de los cristianos. Marcelino y Pedro son conducidos á él, y se muestran allí tan mansos y dóciles, que con sus propias manos limpian los abrojos del sitio donde debían caer sus cabezas. Después de haber sido decapitados fueron enterrados en aquel mismo lugar. Los cristianos desde entonces abolieron el nombre de esta parte de la campaña romana, llamándola en lo sucesivo el *Bosque Blanco*, que fué cementerio de muchos de los mártires; siendo tan venerable este terreno plantado con árboles y tumbas, que fué uno de los sitios y uno de los principales obisposados subúrbicarios.

Algun tiempo después, una santa muger llamada Lucila, supo por la revelacion el sitio de la sepultura de los mártires, y los enterró cerca del de San Tiburcio, en las catacumbas de la via Laticiana. El verdugo que les habia hecho perecer contó todas éstas particularidades al papa San Dámaso, entonces papa, y este santo pontífice lo insertó en un epitafio latino que hizo grabar sobre su tumba.

El papa Marcelino murió en este mismo año de 304, después de ocho años y tres meses de pontificado; empero la persecucion era tan viva y tan violenta, que la Sede Apostólica quedó vacante por tres años.

El título de estos dos santos, San Pedro y San Marcelino, ha sido siempre el título de un cardenal de la Iglesia romana. El obispo de Lucina Mastal Ferroti, hoy pontífice supremo de la Iglesia bajo el nombre de Pio IX, fué proclamado con este título cardenal el 14 de Diciembre de 1840 por Gregorio XVI.

San Felix, sacerdote de la iglesia romana, perece degollado, después de haber pasado por los mas crueles tormentos. Cuando lo conducen al suplicio, un cristiano que sale á su encuentro se confiesa adorador de Jesucristo como el glorioso mártir, é irritado el juez ordena que la misma espada derribe al mismo tiempo su cabeza. Como su nombre no habia sido posible preguntárselo, y él hasta entonces habia permanecido desconocido, los cristianos le llamaron *Adaneto*, porque en cierta manera se habia asociado á la pasion del bienaventurado Félix.

Severo, Severiano, Carporofo, y Valeriano; cuatro hermanos de un rango muy elevado, y que ocupaban en Roma puestos muy importantes, arrestados por haberse declarado contra el culto de los ídolos, fueron cruelmente azotados hasta que perdieron su existencia.

En este mismo cementerio de la via Laticiana se enterraron tambien otros cinco mártires llamados Claudio, Nicestrato, Sinforiano, Castoreo, y Simplicio, escultores de profesion, y condenados á muerte por haber recusado construir ídolos.

San Simplicio y San Faustino fueron decapitados en Roma, después de haber confesado la fe de Jesucristo en medio de los tormentos mas crueles.

Beatriz retiró sus cuerpos, que fueron arrojados al Tiber; y arrestada por un pariente pagano, que deseaba apoderarse de sus bienes, confesó la fe de Cristo con la misma generosidad que sus hermanos, y fué sofocada en la prision.

Lucina la enterró con Simplicio y Faustino sobre la via que conduce al puerto. Sus reliquias existen en la iglesia de Santa María la Mayor.

Marta, esclava del senador Pertullo, cristiana de nacimiento, resiste las instigaciones de su amo para que abandone la fe de Cristo, pues teme que denunciada como cristiana, sea condenada á muerte y pierda el valor de una esclava. Conducida al tribunal, el juez hace un crimen á Pertullo de haber ocultado una cristiana; y cediendo á los gritos de la multitud, exasperado al ver el valor con que confiesa la fe de Cristo Marta, despues de aplicarle la tortura con la mayor crueldad, en terminos que el mismo pueblo que demandaba su muerte, pide ahora su libertad, fué confiada á la guarda de un soldado; empero alarmada del peligro que corria su castidad, logró escaparse y ocultarse en un lugar desierto y salvaje, donde murió en la paz del Señor, siendo llamada mártir, porque este nombre se daba á los que padecian por Jesucristo, aunque sobrevivesen á sus padecimientos.

La sangre corrió abundantemente en Roma. No es facil ni aun indicar el nombre de todos los generosos defensores de la fe de Jesucristo; sus nombres están escritos en los libros del Eterno, á cuya presencia asisten con la palma triunfal de su martirio. El número de los mártires no puede enumerarse, como lo demuestran las relaciones de los martirologios, y mas que nada las continuas investigaciones que sin cesar se hacen en las catacumbas.

Solamente en la fecha de 26 de Abril, los martirologios nos ofrecen la conmemoracion de diez y siete mil mártires, inmolados en Roma en menos de un mes. Semerjantes asesinatos se cometian en todas las partes del imperio, todos los dias; y primero llega á cansarse la crueldad de los reudugos que la constancia de los cristianos.

En las catacumbas hemos podido observar con religioso respeto siete u ocho inscripciones fúnebres:

"Mario, adolescente, gefe de los soldados; martirizado bajo Adriano."

"Constancia, jóven mártir de veintiocho años."

"Gordiano, nuncio de las Gaulas, degollado por la fe con toda su familia."

En fin, despues de quince siglos de olvido, Santa Filomena vírgen y mártir, se despierta de su tumba para asombrar al mundo cristiano con sus recientes milagros en el siglo XIX.

Una inscripcion que hemos leído en la iglesia levantada á la entrada de las catacumbas en San Sebastian, demuestra mas que cuanto nosotros pudiéramos expresar copiando otras inscripciones particulares. Dice así:

"Esto es el cementerio del celebre papa San Calixto, mártir, y todo el que lo visita verdaderamente contrito y confesado, obtendrá la entera remision de todos sus pecados por los gloriosos méritos de los ciento setenta y cuatro mil santos mártires, aquí enterrados con cuarenta y seis ilustres obispos; que todos han pasado por grandes tribulaciones, y para

ser herederos del reino del Señor, han sufrido los suplicios y la muerte por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo."

Grande fué tambien el número de los mártires en el resto de la Italia.

En Bolonia, Agricola, uno de los ciudadanos mas notables de la ciudad, fué preso con Vital su esclavo. Fué éste el primero que sufrió el suplicio, y se esperaba que la vista de él comoviese á Agricola; pero el generoso confesor de Cristo, permaneciendo firme, fué colocado en una cruz, donde espiró traspassado su cuerpo con muchos clavos. Los dos fueron enterrados con los judios, siendo descubiertos sus cuerpos por San Ambrosio en un viaje que hizo el año de 393.

En Spoleto, un santo sacerdote llamado Gregorio, hacia admirables conversiones. El comandante de las tropas que estacionaban aquella ciudad, Flaco, lo cita ante su tribunal; recibe su generosa confesion, lo atormenta cruelmente primero y despues lo manda decapitar.

Santa Cristina sufre por la fe en una ciudad de Toscana llamada Tiro, ciudad situada en una ista formada por el lago Volsene, y que despues ha sido sumergida por las aguas. Las reliquias de esta santa niña se conservan en Palermo.

San Erasmo es martirizado en Formio el año 303, y su nombre es invocado en las tempestades por los que navegan en el Mediterráneo.

San Donnino, uno de los cortesanos del emperador Maximiano, habia huido de Milan donde se hallaba el emperador entonces. Fué á buscar un refugio á Roma; empero fué decapitado sobre la via Claudia por los soldados enviados para arrestarle, enterrándole en el lugar mismo en que habia sido martirizado. En aquel lugar se levantó despues una ciudad llamada *Borgo de San Donnino*, hoy dia sede episcopal.

San Genaro, obispo de Benevento, cuya celebridad es tan grande en el reino de Nápoles por la perpetuidad de la licuacion de su sangre, cuando la refoma en que se halla una porcion de ella se coloca delante de su cabeza, fué arrestado por el gobernador de la Compañia, Timoteo, con su diácono Pesto y su lector Diries. Los interrogó y les aplicó á la tortura; marchó en seguida á Puzzol el gobernador, haciendo que siguiesen á pié y encadenados los tres confesores, su carro. Llegados á la ciudad los encerraron en una prision, donde se hallaban otros cuatro cristianos condenados á las fieras por el emperador, y que aguardaban el momento de presentarse en el anfiteatro. Al dia siguiente de su llegada, Genaro y sus seis compañeros se presentan en el anfiteatro para servir de diversion á la impia muchedumbre, lanzan sobre ellos las fieras, pero éstas no les tocan. El pueblo, admirado del prodigio, sin tratar de averiguar la verdadera causa, lo atribuye á la magia, y los siete confesores son decapitados en Puzzol, enterrándolos á poca distancia del lugar de su ejecucion.

Los cuatro restantes compañeros de Genaro eran Sossia y Próceno, diácono el uno de Mesina y el otro de Puzzol; y dos seculares de gran virtud, Eutyches ó Butychies y Acacio.

San Genaro es el patron de Nápoles, y bajo su advocacion se estableció una de las mas distinguidas órdenes de caballeria de aquel reino.

En Aquilea, Cancio y Canciano, hermanos, y Cincianila su hermana, de la familia consular Anicia, trataban de retirarse de la ciudad para

evitar el martirio, y marchaban en un carro; pero cayendo repentinamente uno de los caballos en el camino cuando aun no se hallaban lejos de la poblacion, fueron arrestados y conducidos al tribunal de Sisinio, general de la provincia, y de Dulcideo que era su gobernador, y recibieron la muerte con Proto, que los habia instruido en la religion de Jesucristo.

Un sacerdote llamado Zoelo recogió sus cuerpos, los embalsamó y depositó en una misma tumba. La aldea de *Aque Gradate*, donde fueron arrestados, tomó en lo sucesivo el nombre de San Canciano.

San Victor, soldado no menos ilustre que el del mismo nombre, á quien vimos en Marsella sufrir el martirio, confiesa su fe en medio de los tormentos mas crueles, y consume su sacrificio por la espada en Milan.

En aquella misma ciudad perecen tambien por la fe de Jesucristo Nabor y Félix, cuyos cuerpos enterrados fuera de la ciudad, fueron después llevados á ella, edificándose una iglesia sobre su sepulcro.

La virgen Justina, juntamente con San Marcos, patrona de Venecia, cuya imagen está grabada en las monedas de aquella republica, es la gloria de Pádua, en donde pierde su vida por la fe de Jesucristo en tiempo de Maximiano Hérenes. Sus reliquias ocultas durante las guerras de Atila y que se creian perdidas, son encontradas en el siglo XII y depositadas en la iglesia de Pádua, que lleva su nombre; encontrándose cerca de su sepulcro las reliquias de otros muchos mártires que sufrieron con ella, especialmente las de Santa Proxéxima.

Arrestado Crisógono en Roma, es decapitado en Aquilea con Anastasia, de una ilustre familia romana, de la cual él habia sido tutor, y á quien habia instruido en la fe cristiana. En el momento del martirio, Anastasia se presentó valerosamente para asistirle y consolarle en medio de los tormentos; y por ello fué condenada á ser quemada viva por el prefecto de la tierra. El cuerpo de esta santa fué llevado á Roma y depositado en la iglesia que aun lleva su nombre hoy. Los papas decian antiguamente en esta iglesia la segunda misa del día de Navidad. El papa San Leon predicó en ella el elocuente sermón en que refutó la heregia de Eutiques. Los nombres de Crisógono y de Anastasia fueron inscritos en el canon de la misa.

La Sicilia ostenta tambien un número considerable de defensores de la fe de Jesucristo.

Catania, ilustrada ya por el martirio de Santa Agueda en el siglo II, presencia la pasion de Enphio, diacono, que presentado delante del gobernador Calvisiano, rehusa valerosamente entregar los libros sagrados y descubrir el lugar en que se ocultan; empero llevando uno sobre sí, le manda el gobernador que lea algo en él. El mártir tranquilo y con esforzada voz abre el libro y lee delante del tribunal: «Bienaventuradas los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos;» y en otro lugar: «El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sigame.»

—Qué quiere decir eso? le pregunta interrumpiéndolo Calvisiano. —«Es la ley de mi Señor, que me ha sido confiada por Jesucristo Hijo de Dios vivo.» Entonces fué entregado á los verdugos, que lo tendieron

en el cáleco; y comenzó el segundo interrogatorio, en el que los tormentos mas crueles no pudieron arrancarle ni una queja ni la retractacion de su fe. Calvisiano ordenó que fuese decapitado por blasfemar de los dioses y por no querer cumplir los edictos de los emperadores. Leváronle al suplicio con el libro del Evangelio colgado al cuello, el que tendió al verdugo con la mayor alegría. Los cristianos por la noche recogieron su cuerpo, lo embalsamaron y le dieron sepultura.

Lucia, virgen y mártir celebre de la iglesia de Sicilia, descendia de una familia noble y rica de Siracusa. Educada por sus padres en la religion cristiana, habia consagrado á Dios su virginidad, sin que aquellos lo supiesen; empero una cruel enfermedad coloca á su madre Eutiquia á las puertas de la muerte, enfermedad que resistió por cuatro años á todos los recursos de la medicina. Lucia la persuade entonces que se deje conducir á orar sobre el sepulcro de Santa Agueda, y hecho, así la madre recobra en el acto su salud. La hija entonces le descubre que por un voto ha consagrado á Dios su virginidad, como un testimonio de reconocimiento por la salud que Dios le habia concedido. El jóven á quien Lucia estaba prometida, era un pagano; arrebatado de celos al ver la resolucion de ésta de permanecer virgen y al ver que vendia sus bienes para distribuirlos á los pobres, la denuncia al gobernador Pascasio. El juez emplea en vano todas las seducciones y las amenazas para apartarla de la fe, y la condena á ser arrojada á un lugar de prostitucion; suplicio odioso que solo el paganismo podia inventar, y del que las virgenes salian siempre ilefas, porque Jesucristo intervenia valerosamente y tomaba la defensa de su castidad. Lucia saltó pura é intacta del lupanar, y entregada entonces por el gobernador á los cuestionarios, agotaron los tormentos mas crueles sin lograr vencer su constancia; conducida á la prision, hecho su cuerpo toda una llaga, murió en ella, y es honrada desde el siglo VI en Roma como una de las virgenes mas ilustres que han vertido su sangre por la fe de Jesucristo.

En Augusta, ciudad de Rothia, hoy Ausburgo, una muger largo tiempo abandonada á las prostituciones y al desorden, Afra, se convierte á la fe de Jesucristo, y conducida delante del juez Gayo, es obligada á declarar lo que habia sido; resiste las órdenes de sacrificar á los dioses, confesando los crímenes y los vicios de su vida, y desecando que su cuerpo, con el que habia pecado, se purificase en medio de los tormentos.

—Qué hay de comun entre tí, lo dice entonces el gobernador, que has ejercido el oficio de cortesana, y el Dios de los cristianos? Singular y digna observacion en un juez gentil, que confesaba que una muger entregada á la prostitucion era indigna de adorar y servir al Dios de los cristianos! ¡Involuntario homenaje escapado de la boca de un pagano y tributado á la religion cuyos adoradores mandaban degollar impiamente!

—Por los pecadores, contestó Afra, ha bajado Cristo del cielo; su Evangelio nos ensena que una pecadora rogó sus pies con lágrimas, y que jamas desechó de sí á las prostitutas ni á los publicanos, permitiendo á algunos de éstos hasta comer con él.—Sacrifica, le decia el juez, y tus amantes continuarán amándote y te enriquecerán con sus dones.—No recibiré mas ese detestable dinero, contestó Afra, le he arrojado lejos de mí como

impuro, porque le habia adquirido por la iniquidad, mis hermanos los padres no le querian, y solo á fuerza de ruegos he podido conseguir que lo aceptasen y rogasen por mí." El juez entonces, viendo inútiles todos sus ruegos para persuadir á aquella muger, que aunque habia vivido en la impureza y en el vicio, la gracia de Jesucristo presentaba con la constancia de una mártir, ordenó que Afra fuese quemada viva. Los verdugos se apoderaron de ella, la desnudaron y la condujeron á una isla del rio Lyca, donde encendieron una hoguera y la arrojaron en ella, dando gracias Afra al Señor porque la permitia que el fuego purificase sus pecados. El martirio abrió á la penadora Afra las puertas del cielo, como el perdón habia abierto en otro tiempo sus puertas á la Magdalena pecadora y á la muger adúltera.

Digna, Eugenia y Batavia, que habian sido sus esclavas y pecadoras como ella, bautizadas por el santo obispo Narciso, se hallaban en la orilla opuesta de las islas para pasar á la isla y encontraron el cuerpo de Afra entero. Un joven que estaba con ellas repasó el rio á nado y llevó la noticia á Hilaria, madre de la mártir. Vino Hilaria con sus esclavas, recogió el cuerpo de su hija y lo trasportó á dos millas de la ciudad en un sepulcro que habia hecho construir para ella y para los suyos. El gobernador Gayo envió inmediatamente unos soldados á que se apoderasen de estas mugeres, ordenándoles que si rehusaban sacrificar á los dioses las encerrasen en el monumento sepulcral, rodeasen éste de madera seca y le pasasen fuego. Los soldados ejecutaron la orden que se les habia dado, y el mismo dia en que Afra habia sido sepultada, su madre y sus tres esclavas recibieron por el fuego la corona del martirio.

En el Norte la persecucion habia penetrado hasta el estremo de las provincias del Danubio, ofreciendo la constancia de los cristianos combates en que tenian que lidiar con las afecciones mas caras; contra el cariño de sus mugeres, de sus hijos y de sus parientes y amigos; combates en que para no sucumbir necesitaban de mas fuerza que para luchar contra los suplicios.

En Panonia, Probo, el gobernador, comienza la persecucion por el clero. Hace morir á Montan, uno de los sacerdotes de la iglesia de Singidun, hoy Singidonez, y cita á su tribunal á Ireneo, obispo de Sirmio. En vano emplea los halagos y las amenazas para persuadirle á que sacrifique á los dioses; en vano lo hace atormentar cruelmente. Entonces llega su padre, su madre, su muger, y sus hijos de tierna edad; porque en la disciplina de la iglesia primitiva los obispos, los sacerdotes y los diaconos, no estaban obligados á abandonar las esposas que habian tomado antes de ser ordenados, aun cuando no hallamos ejemplo alguno de que se hayan casado despues de su ordenacion, ó vivido conyugalmente con las mugeres que habian recibido antes. La familia de Ireneo se conmueve á la vista de los tormentos que sufre, llora, se lamenta, le ruegan que tenga compasion de ellos y de si propio; todos sus parientes, sus criados, sus vecinos, unen sus ruegos á los de la familia desolada, y á los del gobernador mismo, que le conjura á que tenga piedad de su juventud; pero el generoso mártir resiste valerosamente el dolor, los suplicios y los combates que dá á su corazón el amor á la familia. Probo le pregunta entonces si no tiene muger, si no tiene hijos, si no tiene parientes, y si no los ve

llorar alrededor de sí. Ireneo contesta que no tiene familia; que Jesucristo ha dicho en su Evangelio: "El que ama á su muger, ó á su padre, ó á su madre, ó á sus hijos, ó á sus parientes y amigos, ese no es digno de mí." Al pronunciar estas palabras alza los ojos al cielo para manifestar que es extranjero sobre la tierra; entonces Probo sentencia á Ireneo á ser precipitado en el rio, Ireneo le dice: "Grandes tormentos aguardaba despues de tus terribles amenazas; te suplico no los evites, á fin de tener una prueba mas del desprecio que los cristianos hacen de la muerte." El juez, irritado ya, ordenó que le cortaran la cabeza antes de arrojar su cuerpo á las ondas del rio. Llegados sobre el puente, se despojó de sus vestidos, recomendó á Jesucristo la iglesia de Sirmio y tendió alegre su cuello al verdugo, siendo despues su cuerpo arrojado al Sabia el 15 de Abril.

La ciudad de Sirmio es un corto teatro para las crueldades de Probo, y recorre todas las ciudades de su departamento persiguiendo á los cristianos. El mismo dia que llegó á Civala, ciudad de que hoy no existen mas que algunos vestigios, y célebre por haber sido la patria del emperador Valentiniano, arresta á Polion, lector de la iglesia; le pregunta su nombre y profesion; y sabe de él que es el encargado de leer al pueblo las Escrituras: "Tú eres, le dice, el encargado de seducir á algunas mugeres vanas y ligeras, persuadiéndolas á renunciar al matrimonio y consagrarse á una perpétua é inútil castidad.

—Tú podrás por tí mismo, le responde Polion, hacer la experiencia de que no son vanas ni ligeras esas mugeres, que abandonando vuestra supersticion desafian los tormentos para cumplir los preceptos contenidos en las divinas Escrituras.

—¿Qué enseñan esos preceptos? le pregunta.

—A no adorar sino á un solo Dios, á corregir los pecados, á fortificar el justo en la inocencia, á enseñar á las vírgenes las perfecciones de la virginidad, y á las esposas, la castidad en el matrimonio; á los amos la dulzura con los esclavos, y á los esclavos el amor con sus amos; á los súbditos á obedecer á los reyes, y á las potestades de la tierra á ser justas y razonables; á no hacer mal á nadie; á sufrir con paciencia las injurias, y á perdonar los agravios. Ahora que conoces estos preceptos, puedes apartarlos ó condenarlos.

—De qué utilidad podrán servirte todas estas cosas á un muerto, á un hombre que va á ser privado de todos sus bienes y de la vida si no sacrifica?"

Polion permaneció firme en la fe, y Probo le condenó á ser quemado vivo, consumando su martirio el 27 de Abril.

En la Mesia, San Julio, soldado veterano, acusado por sus propios oficiales de profesar el cristianismo, es llevado delante de Máximo, gobernador de la segunda Mesia, y le habla con el ardor de un cristiano y la franqueza de un soldado, declarando su fe y que no puede sacrificar á los ídolos. "¿Qué mal, le dice el gobernador, hay en arrojar unos pocos granos de incienso sobre el ara y marchar despues libremente?"

—¿Qué, le respondió el mártir, veinte años de mi vida he consumido en los trabajos de la milicia sin ser acusado delante de mis gefes de una sola falta; he combatido valientemente en siete campañas, jamas he co-

meido una violencia; y pensais que habiéndonos mostrado fiel en cosas tan pequeñas iría á ser perjuero en las grandes?"

El juez, admirando á aquel veterano, tratando de sustraerle al suplicio, indica que él toma sobre sí el crimen, y que haciéndole una violencia, su voluntad no entraba por nada, que recibiría diez piezas de plata y que sería puesto en libertad. Empero todos los esfuerzos del gobernador son vanos; resiste á las dádivas y á la amenaza de hacerle cortar la cabeza, que tiene alegría al verdugo, á pesar de todos los esfuerzos que su alma generosa arrancaba al mismo juez.

Al irle á conducir al suplicio, otro soldado cristiano, llamado Esiquio, que se hallaba en la prision con él: "Valor, hermano, le gritó; acuérdete de mí, que debo bien pronto seguirte, y recomienda á Dios á Pasicrato y á Valentian; dos cristianos que sirviendo en el mismo cuerpo de San Julio, habian sido anteriormente martirizados. Julio abrazó á Esiquio, se vendó á sí propio los ojos, y presentó su cabeza al verdugo, pronunciando el nombre de Jesus. El 27 de Mayo, en Dorostoro sobre el Danubio.

El juez incito que condenó á Julio, condena tambien á otros dos cristianos que habian abandonado el servicio militar, Nicandro y Marciano, á quienes arresta y conduce á su presencia. Ni los tormentos ni las amenazas pueden cambiar su resolución.

Daria, muger de Nicandro, se hallaba presente á su interrogatorio, y con sus palabras valerosas fortificaba su resolución. Irritado el juez se dirige á la esposa, quien acusa de desear la muerte de su marido para poderse casar despues con algun amante. Indignada Daria, le invita á que la haga morir la primera; pero Máximo se contenta únicamente con hacerla poner en la prision, y algunos dias despues le concedió la libertad.

Permanecieron Nicandro y Marciano algunos dias en la prision; pero resistiendo constantemente las sugerencias del proconsul, fueron condenados á muerte. Nicandro, seguido de su muger y de Papiniano, hermano del santo mártir Pasicrato, que llevaba á su hijo entre sus brazos; Marciano iba acompañado de sus parientes, y su muger le seguia tambien vertiendo amargas lágrimas, despidiendo el cabello, y con todas las señales de la mas terrible aflicción. "Desgraciado de tí, le gritaba la desconsolada esposa, menos generosa y valiente que la de Nicandro: ¿No me respondes? ¿No tienes compasión de tu muger y de tu hijo, el dulce fruto de nuestra unión? Vuélveme los ojos á nosotros. ¿No nos amas ya? ¿Por qué te apresuras á morir?" Marciano, dominando las aficciones de su corazón, la lanza una severa mirada, y la ruega que le deje acabar en paz su sacrificio. La muger, sin embargo, lo perseguia con sus lamentos; se abrazaba á sus rodillas, y ponía en movimiento cuantos resortes de sensibilidad encierra el corazón humano para arrebatarle la palma del mártir; pero al llegar al sitio de la ejecución, el mártir, como vido con la memoria del amor que habia profesado siempre á su esposa, la abraza tiernamente, toma entre sus brazos á su hijo querido, lo besa cubriéndolo con sus lágrimas, lo pone bajo la protección de Dios, y manda á su muger que se retire, ya que no tiene el valor necesario para verle morir. Daria al contrario, no se separa de su marido Nicandro, no des-

miente un instante su valor; le anima con sus palabras, y presencia con serenidad vendar los ojos de los dos mártires y caer sobre sus cuellos la afilada hacha del verdugo.

En Tesalónica tres admirables hermanas, Agape, Chionia e Irene, con tres mugeres mas, Casia, Felipa y Eutiquia, dirigidas todas por un hombre respetable llamado Agathon, apenas son publicados los edictos cuando abandonan la ciudad, sus familias y riquezas, y se retiran sobre una elevada montaña, en donde sin abrigo, y espuestas á todas las intemperies de la naturaleza, ofrecen á Dios sus sufrimientos y buscan un consuelo en la oracion continua. Su soledad no es bastante á ponerlas á cubierto y al abrigo de la persecucion. Arrestadas allí mismo, son conducidas ante el gobernador Dulcecio, que dirigiéndose primero á Agathon, no logra convencerle, ni con súplicas ni con amenazas. Dirígese despues á Agape, á Chionia y á las demas mugeres, y en todas ellas encuentra la misma resistencia. Dulcecio entonces pronuncia la sentencia; condena á Agape y á Chionia á la hoguera, y á las restantes con Agathon las manda á la prision hasta que fuese su voluntad volverlas á juzgar nuevamente.

Pocos dias despues de verificado el suplicio de las dos generosas mugeres, Dulcecio llama á Irene á su tribunal; la amenaza con iguales suplicios que á sus dos hermanas; y la invita á que entregue los libros santos que en su casa tenia ocultos.

"El Dios Todopoderoso, le responde, que me ha ordenado amarle hasta la muerte, me asiste por no haberle querido vender, y mas quiero ser quemada viva, que no entregar sus Santas Escrituras.

—¿Habráis sin duda confiado tu secreto á algun cómplice en la casa que habitas?

—Solo he confiado mi secreto á Dios, respondió, para quien nada hay oculto; me he ocultado de mis mismas esclavas, considerándolas como los peores enemigos y temiendo que fuesen á denunciarnos.

—¿Dónde estábais, le preguntó el proconsul, ocultas?

—En las montañas, respondió Irene, sin más abrigo que el del cielo.

—¿Quién os alimentaba?

—Dios, que alimenta á todos.

—¿Cuando habrais abandonado la montaña para volver á la ciudad, leiais delante de alguien los escritos de vuestra religion?

—Estaban en nuestra casa, y no nos atreviamos á llevarlos á otra parte, aunque sentiamos una pena estrema por no poderlos leer de dia y de noche, como lo habiamos hecho siempre antes de tenerlos que ocultar."

Entonces el proconsul le dijo que su muerte no sería tan pronta como la de sus hermanas, y ordenó que fuese conducida por los soldados y por Zozimo, verdugo público, á un lugar de prostitucion, donde no tuviese por alimento mas que un pan que le llevarian cada dia de su palacio, y que los soldados no la permitiesen salir de aquel infame lugar, haciendo á los verdugos responsables con su muerte del cumplimiento de esta sentencia. Irene, espuesta en el lupanar, conserva intacta su pureza, porque ningun libertino osa aproximarse á ella.

Pasados algunos dias, llamóla de nuevo Dulcecio, preguntándola si

persistía en su locura.—No es locura la mía, respondió la virgen, sino amor á Dios, y persisto en él.

En vista de esta respuesta, Duleccio la condenó, como á sus otras dos hermanas, al fuego. Los soldados se apoderaron de ella; la condujeron delante de la hoguera, é Irene se precipitó en ella cantando salmos en honor de Jesucristo. Sus demas compañeros perecieron de hambre y de fatiga en la prision. La muerte de Irene se verificó el 25 de Marzo del año 304.

En la misma ciudad de Tesalónica, otra virgen de bellissimo rostro, llamada Anysia, iba á reunirse á la asamblea secreta que tenian los fieles. Al salir por la puerta llamada Casandra, uno de los guardias del emperador, á quien habia llamado la atencion su esbelto talle y airoso andar, se pone delante de ella impidiéndola el paso, y le pregunta: ¿Dónde vas?

Asustada de su insolencia, y queriendo armarse contra toda debilidad, Anysia hace sobre su frente la señal de la cruz. Ofendido de su silencio el soldado, la coge rudamente de la mano y le repite su pregunta: "¿Dónde vas? ¿quién eres?—Soy, responde la tímida doncella, sierva de Jesucristo, y voy á la asamblea del Señor.—Yo te impediré ir, responde el bárbaro, y te llevaré á sacrificar á los dioses, porque hoy adoramos al Sol."

Al decir estas palabras arranca bruscamente el velo que cubre el rostro de la virgen. Anysia intenta en vano impedirlo, y le dice escupiéndole á la cara: "Miserable, Jesucristo te castigará." La cólera ciega al soldado; saca furioso su espada y atraviesa en un instante el cuerpo de la virgen. Anysia cae inmediatamente al suelo moribunda, palpitante, bañada en su sangre.

Tesalónica cuenta innumerables mártires como Roma. Demetrio, el mas illustre de todos, es arrestado por los que habian sido enviados para perseguir á los cristianos. Maximiano Galerio se hallaba en aquella ciudad; iba al anfiteatro para ver un combate de gladiadores; preséntale en el momento en que va á entrar en el circo á Demetrio, y manda que lo encierren en un baño público hasta que dispusiese de él despues de terminado el espectáculo. El combate de los gladiadores fué sangriento. Habia uno llamado Lyeo que pasaba por invencible, á quien siempre aplaudia el pueblo frenéticamente, y á quien el emperador miraba por su valor con grande estimacion. Nadie osaba combatirle. Galerio promete una gran recompensa al que entre en lid con él. Un joven llamado Nestor se levanta de una de las gradas superiores del anfiteatro y acepta el combate, b aja á la arena, lida un momento, y tiende á sus pies su vida al invencible atleta. Galerio se incomoda, abandona el espectáculo, y se retira á su palacio sin dar, como era de costumbre, una muestra de liberalidad imperial al vencedor Nestor. Entonces le preguntan qué dispone del cristiano Demetrio, á quien habia hecho detener en uno de los baños de su palacio. En el acceso de cólera de que se hallaba poseido, manda que sin interrogatorio ninguno entrasen y lo mataran á lanzadas en el mismo lugar en que se hallaba, como así lo hicieron.

Por la noche algunos cristianos vinieron secretamente, ayudados de algunos soldados que profesaban ocultamente el cristianismo; se apoderaron del cuerpo del mártir, y lo colocaron en un lugar seguro.

CAPITULO XIV.

Mártires de Galicia.—Tharaco, Probo y Andrónico.—Mártirio de Santa Teodora y San Bidimo.—Mártires en la Gran Bectaña.—Mártires en las Galias

La persecucion se extendia por todas las provincias del imperio do Oriente como un vasto incendio.

Agotó la imaginacion todos sus recursos para inventar suplicios, y se llevó el encarnizamiento aun mas allá de la muerte como hemos observado, procurando hacer desaparecer las reliquias de los mártires, no obstante que Diocleciano y Maximiano mismo habian resuelto que los que padeciesen el martirio no fuesen privados de sepultura. La posteridad se hubiera negado á creer tantos horrores si no hubiesen sido consignados en las actas auténticas de aquellos tiempos.

En Taesis, la metrópoli de la Sicilia, Numeriano Máximo hace comparecer ante su tribunal á Tharaco, á Probo y á Andrónico, interrogándoles separadamente.

Tharaco confiesa la fe de Jesucristo, y rechaza la invitacion de adorar los ídolos que le hace el procónsul. Indignado éste manda romperle las encias, darle fuertes golpes sobre el cuello y azotarle con varas. Repite sus intinaciones; pero nada consigue, mandando que le conduzcan á la prision para preguntarle nuevamente.

Probo resiste con igual valor las sugerencias de Máximo; sufre con la mayor serenidad los azotes que descargran sobre sus espaldas los verdugos, y es conducido agonizante á la prision, con orden de que no permitan á nadie curar sus llagas.

Andrónico en la flor de su juventud manifiesta el mismo valor que sus compañeros; nada puede conmover su firmeza, nada los sufrimientos que éstos antes han sufrido, nada las pérdidas insinuaciones del procónsul, que le ruega escuche sus consejos como esencharia los de su padre, uno de los mas nobles ciudadanos de Efeso. Andrónico rechaza la falsa

persistía en su locura.—No es locura la mía, respondió la virgen, sino amor á Dios, y persisto en él.

En vista de esta respuesta, Duleccio la condenó, como á sus otras dos hermanas, al fuego. Los soldados se apoderaron de ella; la condujeron delante de la hoguera, é Irene se precipitó en ella cantando salmos en honor de Jesucristo. Sus demas compañeros perecieron de hambre y de fatiga en la prision. La muerte de Irene se verificó el 25 de Marzo del año 304.

En la misma ciudad de Tesalónica, otra virgen de bellissimo rostro, llamada Anysia, iba á reunirse á la asamblea secreta que tenian los fieles. Al salir por la puerta llamada Casandra, uno de los guardias del emperador, á quien habia llamado la atencion su esbelto talle y airoso andar, se pone delante de ella impidiéndola el paso, y le pregunta: ¿Dónde vas?

Asustada de su insolencia, y queriendo armarse contra toda debilidad, Anysia hace sobre su frente la señal de la cruz. Ofendido de su silencio el soldado, la coge rudamente de la mano y le repite su pregunta: "¿Dónde vas? ¿quién eres?—Soy, responde la tímida doncella, sierva de Jesucristo, y voy á la asamblea del Señor.—Yo te impediré ir, responde el bárbaro, y te llevaré á sacrificar á los dioses, porque hoy adoramos al Sol."

Al decir estas palabras arranca bruscamente el velo que cubre el rostro de la virgen. Anysia intenta en vano impedirlo, y le dice escupiéndole á la cara: "Miserable, Jesucristo te castigará." La cólera ciega al soldado; saca furioso su espada y atraviesa en un instante el cuerpo de la virgen. Anysia cae inmediatamente al suelo moribunda, palpitante, bañada en su sangre.

Tesalónica cuenta innumerables mártires como Roma. Demetrio, el mas illustre de todos, es arrestado por los que habian sido enviados para perseguir á los cristianos. Maximiano Galerio se hallaba en aquella ciudad; iba al anfiteatro para ver un combate de gladiadores; preséntale en el momento en que va á entrar en el circo á Demetrio, y manda que lo encierren en un baño público hasta que dispusiese de él despues de terminado el espectáculo. El combate de los gladiadores fué sangriento. Habia uno llamado Lyeo que pasaba por invencible, á quien siempre aplaudia el pueblo frenéticamente, y á quien el emperador miraba por su valor con grande estimacion. Nadie osaba combatirle. Galerio promete una gran recompensa al que entre en lid con él. Un joven llamado Nestor se levanta de una de las gradas superiores del anfiteatro y acepta el combate, b aja á la arena, lida un momento, y tiende á sus pies su vida al invencible atleta. Galerio se incomoda, abandona el espectáculo, y se retira á su palacio sin dar, como era de costumbre, una muestra de liberalidad imperial al vencedor Nestor. Entonces le preguntan qué dispone del cristiano Demetrio, á quien habia hecho detener en uno de los baños de su palacio. En el acceso de cólera de que se hallaba poseido, manda que sin interrogatorio ninguno entrasen y lo mataran á lanzadas en el mismo lugar en que se hallaba, como así lo hicieron.

Por la noche algunos cristianos vinieron secretamente, ayudados de algunos soldados que profesaban ocultamente el cristianismo; se apoderaron del cuerpo del mártir, y lo colocaron en un lugar seguro.

CAPITULO XIV.

Mártires de Galicia.—Tharaco, Probo y Andrónico.—Mártirio de Santa Teodora y San Bidimo.—Mártires en la Gran Bectaña.—Mártires en las Galias

La persecucion se extendia por todas las provincias del imperio do Oriente como un vasto incendio.

Agotó la imaginacion todos sus recursos para inventar suplicios, y se llevó el encarnizamiento aun mas allá de la muerte como hemos observado, procurando hacer desaparecer las reliquias de los mártires, no obstante que Diocleciano y Maximiano mismo habian resuelto que los que padeciesen el martirio no fuesen privados de sepultura. La posteridad se hubiera negado á creer tantos horrores si no hubiesen sido consignados en las actas auténticas de aquellos tiempos.

En Taesis, la metrópoli de la Sicilia, Numeriano Máximo hace comparecer ante su tribunal á Tharaco, á Probo y á Andrónico, interrogándoles separadamente.

Tharaco confiesa la fe de Jesucristo, y rechaza la invitacion de adorar los ídolos que le hace el procónsul. Indignado éste manda romperle las encias, darle fuertes golpes sobre el cuello y azotarle con varas. Repite sus intinaciones; pero nada consigue, mandando que le conduzcan á la prision para preguntarle nuevamente.

Probo resiste con igual valor las sugerencias de Máximo; sufre con la mayor serenidad los azotes que descargran sobre sus espaldas los verdugos, y es conducido agonizante á la prision, con orden de que no permitan á nadie curar sus llagas.

Andrónico en la flor de su juventud manifiesta el mismo valor que sus compañeros; nada puede conmovér su firmeza, nada los sufrimientos que éstos antes han sufrido, nada las pérdidas insinuaciones del procónsul, que le ruega escuche sus consejos como esencharia los de su padre, uno de los mas nobles ciudadanos de Efeso. Andrónico rechaza la falsa

compasión del procónsul y le manifiesta, que aunque la cifra de sus años es casi la de la infancia, su alma se hallaba bastante madura en la virilidad de Cristo; desafia al tirano á que obre con él como con sus compañeros, cuya constancia no se había desmentido un solo punto á pesar de haber fatigado el brazo de los verdugos. Tiéndenle en el ecleio; aprietan sus piernas hasta destrozor los huesos, métenle garfios de hierro por las espaldas, pónenle una argolla de hierro al cuello, y despues de haberle frotado con guaiarros las llagas, es conducido con sus compañeros á la prison.

Allí permanecieron diez días, despues de los cuales fueron conducidos á Mocsusé para sufrir un segundo interrogatorio tan inútil como el primero, porque su resolución era inmutable; pero en el que sufrieron nuevos y más crueles tormentos.

A Tharaco le manda romper los dientes, llevando el procónsul la barbarie hasta seguir preguntándole. "Mis dientes están rotos, mi boca llena de sangre, decia Tharaco, ¿cómo puedo responderte!—Sube al altar y sacrifica á los dioses, gritaba con mayor furor el procónsul.—Si me has quitado la voz, la lengua y los labios, no me puedes quitar la voz de mi alma."

El procónsul no se resignaba á verse vencido por tanta constancia; manda abrirle las manos á la fuerza y quemárselas; manda colgarle de los pies sobre un brasero, á fin de que el humo negro y sofocante del carbon subiese hasta su rostro; manda verter vinagre y sal en sus narices, y viendo la inutilidad de sus tormentos, mientras meditaba otros nuevos y más atroces, lo mandó volver de nuevo á la prison.

Probo manifiesta igual valor en sus respuestas; y tratándole el procónsul como blasfemo, manda golpear su boca con piedras y aplicar planchas de hierro candentes sobre sus costados, lo tienden nuevamente sobre el ecleio, azotan con nervios de buey sus espaldas, y lo conducen otra vez á la prison.

El procónsul recuerda á Andrónico las horribles torturas que ha sufrido anteriormente, y le dice que sus compañeros habian conquistado, sacrificando á los dioses, la amistad y proteccion de los Césares; prometiéndole magníficos honores si él imita su ejemplo, no saliendo vivo de lo contrario de su tribunal.

Andrónico conoce el grosero artificio del procónsul. "Mientes, esclama; pienso engañarme y hacerme creer que puedes volver á tu gusto las almas esperimentadas por Cristo y cambiar ancianos confesores en apóstatas; mientes, miserable, cuando me anuncias la apostasia de mis hermanos. Tú me hallarás tal como me has encontrado delante de tu cubierto con la armadura de Dios Todopoderoso, insultando á sus dioses, despreciando á sus príncipes y burlándome de tu tribunal. Haz entrar todos tus verdugos y que traigan todas las máquinas de los tormentos por los que han pasado mis hermanos."

Entonces lo ataron á un poste, desgarraron todos sus miembros con nervios de buey, vertieron sal en las heridas que habian causado los azotes, y descargaron nuevos golpes sobre las primeras llagas hasta descubrir casi la médula de los huesos. "Descargad sin temor, les gritaba el jóven mártir, el que me ha cerrado las anteriores llagas me curará tambien estas." Entonces Máximo dijo á las guardias de la prison imperial:

"No os habia mandado no dejar entrar á nadie en la prison, á fin de que la podredumbre y la gangrena envenenasen sus llagas?" Los carceleros declararon entonces que nadie habia entrado en la prison, ni persona humana curado sus llagas, respondiendo con su cabeza de la verdad de sus palabras.

—¿Quién ha cicatrizado estas llagas? preguntó indignado el procónsul.
—Insensato, replicó con voz exánime y moribunda Andrónico; nuestro médico es invisible y Todopoderoso; él no cura nuestras llagas sino que las sana y las cierra con el soplo de su palabra; habita en el cielo; está presente en todas partes; está á mi lado mismo en el tormento.

—Maldito criminal, sacrifica á los dioses, ó mueres.
—¿Cuántas veces repites la misma cosa para oír la misma respuesta? le respondió sonriendo el mártir. ¿Crees que soy un niño á quien se divierte y se asusta á tu placer?

Ciego de ira, rugiendo de cólera, Máximo manda conducirse nuevamente á la prison, mientras inventa nuevos suplicios para un tercer interrogatorio.

Podria decirse que estos generosos confesores habian padecido tres veces el martirio!!!

Verificóse esto en Anazarbe. Hace el tirano comparecer uno á uno á los mártires; y restuelto á triunfar de su constancia, aunque fuese en la apariencia, les hace abrir la boca y echar en ella los manjares y el vino consagrado á los dioses, y despues invita á los mártires á que, puesto que han comido y bebido de los manjares consagrados á los dioses, se aprovechen de esta ocasion para poder conseguir su libertad; empero los mártires contestan, que la muncha que á la fuerza los verdugos han impreso con las viandas prohibidas al cuerpo, no se comunica al alma; que ellos no se han sentado convidados voluntarios al banquete impuro de sus dioses; y confiesan la fe de Jesucristo, maldiciendo al tirano, que abandonándose entonces á su furor, hace cortar los labios á Tharaco, meterle puntas calcinadas y agudas en los costados, y cortarle las orejas.

Igual suplicio hace sufrir á Probo, á quien clava las manos con clavos aguzados y ardiendo; y á Andrónico, despues de arrancarle los dientes, le hace tambien cortar la lengua y quemarla en su presencia para que no pudiese servir de reliquia á los fieles; mandándolos nuevamente á la prison hasta el día en que debian comparecer en el anfiteatro.

Al día siguiente, Máximo dió orden á los ediles del circo para que aprestasen el combate de las fieras. La ciudad entera corre al anfiteatro; una multitud prodigiosa de mugeres llena sus gradas; Máximo preside el espectáculo. Primero abandonan á las fieras los cuerpos de varios gladiadores que habian muerto combatiendo entre sí; en seguida ordena Máximo que vayan á bascar los mártires de Dios. Moribundos, agonizando, se presentan en el circo sobre las espaldas de algunos hombres que los arrojaron en la arená quemados y cubiertos de sangre.

Al verlos tendidos en el circo, un murmullo de horror circuló por las oleadas del pueblo, como el rumor del viento que agita los árboles en un bosque; muchos abandonaron el circo no queriendo ver aquel lastimoso espectáculo y murmurando al mismo tiempo de Máximo. Este ordenó á los soldados que inquiriesen los nombres de algunos de los que se

marchaban para hacerlos comparecer mas tarde delante de él, y mandó que se soltasen las fieras; pero ninguna de ellas quiso tocar al cuerpo de los mártires.

Entonces Máximo llama á los guardianes de las fieras, *Veluarii*, los hizo azotar; mandó que se soltase la fiera mas rabiosa que hubiese en las jaulas del anfiteatro. Pálidos de terror los guardianes, sueltan un oso gigantesco que el dia antes habia ahogado á tres hombres.

Aproximase el oso á los mártires tendidos en la arena, y empieza á olfatearlos sin hacerles mal; échase á los pies de Andrónico, y lame la sangre de sus llagas. En vano Andrónico, sediento de consumir su martirio, apoya su cabeza contra la garganta del oso, y con su desfallecido brazo le da palmadas para irritarle; la fiera permanece inmóvil, lamiendo dulcemente sus heridas. Máximo, ciego de cólera, manda entonces que maten el oso, y un veluario viene á matarlo á los pies de Andrónico. Temeroso el veluario de que Máximo no enviase contra él un verdugo como lo habia enviado contra el oso, suelta una leona que habia sido dada por Herodoto el Siríaco. Al entrar la leona en la arena, un estremecimiento de horror se comunicó á la muchedumbre; sus horribolos rugidos aterraron á todos, y temblaron por la vida de los mártires; pero apenas los vió la leona tendidos sobre la arena, cuando corrió á ellos, y se arrojó á los pies de Tharco como para adorarle; Máximo hace que para irritarla la piquen con unos agujones; la leona rugió horriblemente, de un salto rompe la puerta del anfiteatro, y el pueblo aterrado gritaba á voces: que abran á la leona! que abran á la leona!

Máximo entonces hace entrar á los gladiadores para que degollasen á los mártires, mandando dejar diez soldados de guardia y haciendo mezclar sus cadáveres con los de los gladiadores que habian pericido, á fin de que no pudiesen reconocerlos los cristianos, ni tributar los honores debidos á los mártires; pero entre los espectadores del circo habia muchos cristianos, que con el corazón quebrantado veian la lucha y la victoria de sus hermanos.

Una terrible tormenta hizo que los soldados se retirasen á su pabellon, y se colocasen al rededor de un gran fuego para evitar el frio; mientras tanto los cristianos se apoderaron de los cuerpos de los mártires, los cargaron sobre sus espaldas y los condujeron á una montaña vecina, colocándolos en la boca de una peña en forma de sepulcro. Máximo hizo castigar crudamente á las guardias que habia dejado en el circo, por haber permitido arrebatarse los cadáveres de los mártires, cuya guarda fué en el dia 15 de Octubre.

En Alejandría de Egipto, el juez Próculo hizo comparecer á su tribunal á la virgen Teodora, de una de las familias mas principales del pais, que no habia querido casarse sino consagrar su virginidad al Señor. Ordenó el juez que reniegue de la fe de Cristo, ó que de lo contrario cumplirá en ella la orden de los emperadores, de que las vírgenes que rehusasen sacrificar fuesen esposas en los lugares infames.

Teodora le responde que Dios no considera sino la voluntad; que conocia que la suya era permanecer pura y casta; y que despues de esto, aunque sufriese violencia, no seria menos pura á sus ojos; que Dios lee en el fondo de los corazones, y que obligada á hacer aquello que des-

honra, no por eso quedaria deshonrada, así como si la cortase la cabeza, la mano ó un brazo, seria esto la obra de la violencia, no la obra de su voluntad; finalmente, que habia sido consagrada á Dios su virginidad, y que cumpliría su voto, siendo de cuenta del Señor conservar lo que á él le pertenecía.

En vano el juez se esfuerza en manifestarle las ventajas con que la brinda el mundo, y el porvenir que la reserva su nacimiento; nada consiguen sus palabras. El juez entonces manda abofetearla, y la intima de nuevo la orden de sacrificar, dándole tres dias de término, pasados los cuales seria conducida á un lupanar. Trascurrieron los tres dias, presentose de nuevo en el tribunal, y persistió generosamente en su resolucion Teodora.

En vano Próculo deseaba libertarla. El temor á los emperadores y las acusaciones del populacho desenfrenado, le hacen pronunciar la sentencia, condenándola á ser llevada á un lupanar, para esponerla á la brutalidad del primer libertino que quisiese satisfacer con ella sus pasiones. Al entrar en este abominable lugar, la casta virgen levanta sus ojos llenos de lágrimas al cielo, implora el socorro de Cristo, que en otro tiempo habia socorrido á Pedro en su prision; y le ruega que la permita morir pura y sin mancha.

Una multitud de gentes del pueblo, como lobos hambrientos y dispuestos á devorar la victima, se agruparon al rededor de la casa, ansiosos de ver quien entraria el primero.

Uno de los cristianos, llamado Didimo, toma el vestido y el casco de un soldado y entra. Al verle Teodora, se estremece, se turba, y se refugia en uno de los rincones de su estancia. Entonces Didimo la dice: "No soy lo que piensas; bajo esta hábito profano soy un cristiano á quien Dios ha inspirado el volverte á la libertad. Aproxímate, cambiemos los vestidos; toma este que tanto te asusta; dame el tuyo, y despues Dios conduzca tus pasos!"

Vuelve en sí la virgen de su temor; verificase el cambio de los vestidos; coloca sobre su delicada cabeza el casco ó *pillea*; le calza hasta los ojos, como por un sentimiento de vergüenza que habiese experimentado el soldado al salir de semejante lugar, y atraviesa por medio de la multitud de gentes sin mirar á nadie.

Una hora despues entra un libertino, ansioso de gozar de la hermosura y los encantos de Teodora. Qué cosa estupida al encontrarse con un hombre: "Consideraba, dice, como una fabula lo que cuentan de Jesús, que habia cambiado el agua en vino; empero es mas facil que lo que ves, y temblo no me cambie á mi en muger." Entonces Didimo le manifiesta el modo cómo habia libertado á la virgen. Denunciado y conducido delante del juez, resiste sacrificar á los dioses, á cuyo precio le ofresian el perdón, manifestando que al salvar la pureza de la virgen Teodora, habia querido manifestar públicamente su confesion. Entonces el juez mandó que le cortasen la cabeza, y que su cuerpo fuese arrojado al rio.

Al conducirlo al suplicio, la virgen Teodora sale á su encuentro para disputarle la corona sangrienta del martirio. "Tú has sido absuelta por mi sentencia, le decia Didimo; yo solo debo morir. Y yo, replicaba Teodora, no quiero ser culpable de tu muerte; he consentido en que me salvases

el honor, pero no la vida; he huido de la infamia, pero no de la muerte; si me pivas del martirio, me habrás engañado." El tirano decidió tan generosa lucha concediendo el triunfo á entrambos, porque los dos fueron martirizados.

La Gran Bretaña no se salva del furor de la persecucion, á pesar de hallarse aislada del continente y como un bajel dormido en medio de los mares. El Evangelio habia sido predicado en Inglaterra en tiempo de los apóstoles, y los cristianos se habian allí aumentado rápidamente, sobre todo desde la conversión de un rey de aquel pais, llamado Lucio, en el año 180. Las nueve primeras persecuciones que habian pesado sobre la Iglesia, no habian alcanzado sobre aquella afortunada isla, que era entonces como un mundo separado del imperio romano; y así lo habian expresado los poetas: *Pennitusq; toto divisos orbe Britanos.*

La paz de que se gozaba en ella atraía nuevos cristianos, que de todas partes huían de los perseguidores, y esta paz no se vió turbada sino por los edictos de Diocleciano. Entonces se vertió la primera sangre generosa de los adoradores de Cristo, y muchos fieles de uno y otro sexo recibieron la corona del martirio.

Albano, nacido en Verulam, una de las ciudades mas considerables de la Gran Bretaña, que fué despues muchas veces sitiada por los sajones, y destruida al fin completamente, fué el primero y mas ilustre de los mártires. La ciudad que se ha alzado sobre las ruinas de la antigua, lleva hoy el nombre del santo Albano. Era pagano aún, cuando ocultó en su casa á un sacerdote que huía de la persecucion. Convertido por el huésped que Dios le habia enviado, el generoso Albano favoreció su evasion, cambiando sus vestidos con los de él. Entregado al juez por este delito, es decapitado, habiendo rehusado sacrificar á los dioses. Los milagros extraordinarios que hace el Señor al conducirlo al suplicio, convierten á su propio verdugo en el primer compañero de su martirio; este verdugo se llamaba Acetio.

Un gran número de los que habian sido testigos de las maravillas del Señor, se reúnen al sacerdote que habia convertido á Albano, y pasan al pais de Gales, recibiendo el bautismo, y despues el martirio, por los idlatras que habitaban aquellos salvajes contornos.

El sacerdote Anfobio, que los habia instruido en la fe, fué decapitado á tres millas de la ciudad Verulam.

Esta fué la primera sangre cristiana vertida en Inglaterra, sirviendo abundante de nuevos mártires!

En la ciudad de Augusta, hoy Londres, fué martirizado San Augusto. En el condado de Montmouth, San Julio y San Aaron; y en Veda otras muchas victimas.

En las Galias es tambien abundante el número de los mártires inmolados por la fe de Jesucristo, porque á pesar de las disposiciones favorables de Constantino Cloro, su poder no es bastante para impedir que mientras él se hallaba ocupado sin cesar en la guerra contra los bárbaros, las conmociones populares, el carácter cruel y el espíritu de adulation de algunos gobernadores para con sus colegas los emperadores, hiciesen de tiempo en tiempo algunas victimas.

En Viena, Crispino, gobernador de aquella parte de las Gaulas, se

distingue en perseguir á los cristianos. Hace comparecer á su presencia á Perreol, tribuno del ejército, á quien es preciso no confundir con San Perreol, misionero en las Galias, y que fué martirizado en el imperio de Septimio Severo.

Perreol resiste constantemente las promesas, las riquezas, los honores y el favor, y permanece inalterable á la lisonja y á las amenazas. Crispino le hace entonces azotar cruelmente, mandándole encerrar en seguida en un calabozo oscuro é infecto. Pasa allí dos dias, y en la mañana del tercero, en el momento en que sus guardas se hallaban profundamente dormidos, rómpense sus cadenas, como en otro tiempo se habian roto las del príncipe de los apóstoles, y se halla libre; se aproxima á la puerta y la halla abierta, y segun el consejo que da el Evangelio de huir la persecucion, sale de la ciudad por la puerta de Lyon; se detiene un momento para pensar dónde habia de dirigir sus fugitivos pasos; y despues de haber implorado el auxilio del cielo, pasa á vado el Ródano, confiándose á la rapidez del río y pasando á la opuesta ribera, atraviesa Perreol rápidamente el campo, y al llegar al río Gère es preso nuevamente. Al reconducirle á Viena, los soldados enfurecidos le dan la muerte, en el sitio mismo donde hoy se levanta su sepulcro, y un templo que la ha consagrado la ciudad de Viena, que le considera como su patrono.

Perreol tenia un compañero de armas llamado Juliano, á quien consideraba como á un hermano, que se habia retirado á la Auvernia, aunque no era el temor de la muerte el que habia dirigido sus pasos. Así es, que al saber que los satélites de Crispino le buscaban, se presenta delante de ellos, confiesa que es cristiano, y apenas ha pronunciado estas palabras, cuando le cortan la cabeza.

Los martirologios refieren tambien la pasion de otros generosos defensores de la fe en las Galias. San Maré, que fué martirizado en Aix; San Peregrino, primer obispo de Auxerre, á quien el papa Sixto II habia enviado á predicar el Evangelio por todas las Galias, y que recibió la corona del martirio en 304, en la ciudad de Bonn; Cassia, Florentie y otros siete mártires. En Colonia, Maloso, Victor, y trescientos de sus compañeros, llamados *los Santos Dorados*, nombre que han recibido porque la iglesia que la piedad de los fieles alzó despues en su honor, estaba toda ella resplandeciente y brillante de oro.

el universo no tenía mas que un señor, no debía tener tampoco mas que un culto, juzgando que así como habían podido contener en las fronteras la marcha de los hombres del Norte, que querían precipitarse sobre el imperio, podrían con la misma facilidad detener la marcha de la inteligencia humana. Ni suplicios, ni calumnias bastan á esterminar la Iglesia de Cristo, que combatió contra todo el poderío de los hombres. ¡Van as é inútiles crueldades! Aquellos torrentes de sangre derramada, aquellos suplicios, dan á la fe una poderosa y santa energía.

Diocleciano no era uno de aquellos despreciables tiranos que temblaban bajo la púrpura haciéndose adorar como dioses. Era uno de aquellos hombres austeros y fuertes, cual piñatan los antiguos reuerdos á los primeros romanos de la república; entraba en los designios de Dios, que el emperador que había de combatir mas al cristianismo, no fuese uno de aquellos viles aventureros que habían aparecido sobre el trono, terribles ejemplos de la obsecacion de las facciones populares y de la fragilidad de los destinos humanos. Diocleciano era digno de la púrpura imperial; su poderosa mano detuvo un momento al imperio en la pendiente del abismo á que lo arrastraban las locuras de sus señores y la profunda degradacion de los pueblos.

Empero la venganza del Señor iba á estenderse sobre los perseguidores de su Iglesia.

En el palacio mismo de Nicomedia había crecido y educádose el instrumento de que Dios debía valerse para el triunfo de su Iglesia, triunfo que debía poner el término á sus grandes tribulaciones.

Cuando Constancio Cloro fué nombrado César, exigió Diocleciano que le entregase como una prenda segura de su obediencia, á Constantino, su hijo primogénito. Este príncipe, niño aún, había sido educado en su corte. Las bellas y nobles cualidades que resplandecian en él, le atraeron el afecto del emperador y del pueblo. Había sido nombrado tribuno casi al mismo tiempo que su padre había sido nombrado César, y desde aquella época había tomado parte en una multitud de hechos gloriosos de armas. Constantino era valiente, sus títulos de valer se hallaban escritos en muchos campos de batalla; él debía un dia obtener por las armas lo que no podía conseguir por la justicia de su causa.

Diocleciano se había hallado enfermo durante todo el año de 304, y había vuelto á Nicomedia, donde su enfermedad, en un principio poco considerable, se agravó despues estrordinariamente, en términos que todos los templos paganos resonaron con las oraciones á los dioses por su salud.

El 15 de Diciembre se le creyó muerto; empero volvió en sí al dia siguiente, si bien sumamente debilitado, creyéndose por la mayor parte de las gentes, que se ocultaba su muerte aguardando la legación del César Galerio, y no desengañándose hasta que despues se presentó Diocleciano en público el dia 1.º de Marzo del año 305.

Galerio había llegado á Nicomedia pocos dias despues de este accidente; Galerio que no había olvidado las afrentas que Diocleciano le había hecho sufrir cuando su desgraciada campaña contra los persas. Galerio había reparado la vergüenza de su derrota mas allá de lo que él mismo podía esperar; adquirió tanta gloria, como antes había recibido humilla-

CAPITULO XX.

La persecucion aumenta el número de los cristianos.—Constantino educado en el palacio de Diocleciano.—Galerio le hace abdicar, y á Maximiano.—Galerio y Constancio son declarados Augustos.—Nombramiento de César en Maximiano Daia y Severo.—Diocleciano se retira á Salone.—Paz de los cristianos en Occidente.—La persecucion redobla su violencia en el Oriente.—Mártires en Palestina.—Mártires en Tarsus.—Efectos de la persecucion favorable al cristianismo.—Peste en el imperio.

Terrible era la lucha que sostenian los cristianos, y que debía proceder al triunfo de la verdad. El mundo de hierro y de opresion, que había formado la espada de los romanos, iba á desmoronarse á pesar de la tetrarquía de emperadores formada por Diocleciano; y un mundo nuevo se preparaba en las inteligencias. Aquella tetrarquía se hallaba desgastada por los vicios de los emperadores, envilecidos por su tiranía, que atestaba los circos, en donde los romanos degenerados palmoteaban al ver las angustias de los cristianos, esperando entre los dientes de los leones ó en medio de los mas terribles suplicios, viéndose precisados á reunirse en secreto en las mas profundas bóvedas de la tierra, para escuchar con subite arrobamiento las palabras de esperanza y de misterio que dejaban caer sobre ellos sus piadosos y venerables pastores.

Mientras que corría la sangre sobre los altares de los dioses del decrepito Olimpo, la oracion sola se inclinaba delante del augusto altar del Dios desconocido, que invocaban con fervor los hombres de la fe nueva. Sabian que había de llegar el dia del triunfo, y que debían cumplirse las promesas de Cristo, encerradas en estas melancólicas palabras: *¡Sereis aborrecidos por todos á causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin se salvará!*

Hemos visto los torrentes de sangre con que Diocleciano y su colega Maximiano, á escitacion del César Galerio, habían creído que así como

ciones; y aquel César entonces, tan obediente y tan sumiso antes, se torna en amenazador y rebelde contra el mismo Augusto, á medida que ve que los años y la enfermedad lo precipitan hácia la tumba.

Diocleciano se habia levantado de su enfermedad, como una sombra de lo que habia sido antes. Entonces Galerio le significa duramente la necesidad de abdicar, y á Maximiano juntamente con él.

El 1.º de Mayo de 305, Maximiano abdica en Diocleciano en Nicomedia, ambos tuvieron que ceder á la fuerza que les imponia el ingrato César. Los dos emperadores se despojaron de la púrpura. Maximiano con pesar terrible, y retirándose el primero á la Lucania y el segundo á un filósofo, y retirándose el primero á la Lucania y el segundo á los jardines de Salones. Constantio Cloro y Galerio ocupan sus plazas como Augustos; y dos nuevos Cesáres son nombrados por Diocleciano en el momento mismo de su abdicacion; empero realmente elegidos por Galerio.

Cuando el anciano emperador, en la ceremonia de su abdicacion, nombró Cesáres á Maximiano Daia, hijo de una hermana de Galerio, jóven pastor, semi-bárbaro, que poco antes guardaba aún los rebaños, y á Severo, hombre oscuro y desconocido en el ejército, que se distinguia solo por su libertinage; dóciles instrumentos ambos de aquel que por última afección, forzaba á su bienhechor á tan indigna eleccion, fué extraordinaria la admiracion de la muchedumbre que cubria la plaza de Nicomedia, porque todos aguardaban que fuese nombrado Constantino.

Diocleciano, despojado de la púrpura, devorado por el temor que debia inspirarle el sucesor que se habia dado, pasaba los dias de su vida en crueles agitaciones: ideas de arrepentimiento y de terror turbaban sus dias, y sus noches estaban llenas tambien de sueños amenazadores; oia los gritos de los mártires que habia hecho enviar á las torturas, y muchas veces, cuando por obedecer á la necesidad trataba de llevar á su boca los manjares preparados por sus esclavos, su vista parecia encontrarse sobre su mesa con los cuerpos palpitantes de las victimas, y su copa le parecia llena de sangre.

Tales eran las angustias de aquella vida solitaria, que admiraba el universo en el grande emperador Diocleciano, juzgándole un filósofo en su forzado retiro. La justicia de Dios le habia seguido á él, y el remoltoniento vengador se habia agarrado á su alma, como un hambriento buitre á su presa, que en vano forcejea sangrienta y atardecida entre sus crueles garras!!!

Antes de este gran suceso, y ya á fines del año 304, la persecucion habia cesado repentinamente en el Occidente, y toda la Italia, la Sicilia, la Galia, la España, la Mauritania y el Africa, reciben la paz antes de que los dos primeros años de la persecucion se hubiesen concluido.

Galerio se considera como el solo dueño del imperio; no pone límites ni freno á su crueldad; sus instintos feroces se desenvuelven libremente, y se baña en sangre cristiana. Ni la edad, ni el sexo, ni las condiciones le merecen consideracion alguna.

Tremendo es el cuadro de los furoros de este tirano ignorante, brutal, pródigo de avaricia y de lubricidad, y que escude en crueldad á Nerón y á Domiciano!

En el Oriente la persecucion se redobla con nueva rabia, con nuevo

furor, en tanto que los cristianos del Occidente respiran en paz. El nuevo Augusto encuentra en Maximino Daia un digno auxiliar de su sanguinario instinto. Este pastor, súbitamente elevado á César, manifiesta un odio fanático contra los adoradores de Cristo. Las vastas provincias sometidas á la dominacion de estos monstruos, se cubren con los instrumentos de los suplicios, y dan continuo ejercicio al brazo de los verdugos.

La Palestina, la Fenicia, la Siria, el Ponto, el Egipto y la Tebaida, se inundan de sangre, y sus gobernadores despiegan una emulacion infernal en atormentar las victimas y prolongar las agonias de sus sufrimientos.

No bastan los tormentos individuales, ni en numerosos grupos, para su furor. El historiador Ensebio refiere que existia en la Frigia una ciudad cuyo nombre no dice; empero cuyo gobernador, todos los magistrados y el pueblo se declararon cristianos y rehusaron adorar á los ídolos. Enviáronse soldados contra esta poblacion, rodeáronla por todas partes, y por fin la incendiaron, abrasando cuantos habitantes contenia, hombres, mugeres y niños, que murieron invocando el nombre de Jesucristo, distinguiéndose sobre todos Aduaco, oficial romano de una de las mas distinguidas familias de Italia.

En Palestina, Maximino Daia intenta en vano destruir el culto de Jesucristo sacrificando á sus adoradores. Los nuevos edictos obligan á todos los súbditos del imperio romano á sacrificar á los dioses; los pregoneros públicos llaman nominalmente con las listas en la mano á sus habitantes, obligándoles á ir á los templos.

Apiano, jóven de 22 años, que se hallaba en Cesarea perfeccionándose en sus estudios, entra atrevidamente en el templo, en donde el proconsul Urbano, cuyas crueldades hemos antes referido, presidia los sacrificios; llega hasta él; detiene su mano en el momento en que iba á comenzar las libaciones, y lo reprende por el culto que da á las falsas divinidades. Apenas acaba de pronunciar sus atrevidas palabras, las guardias del proconsul se arrojan sobre él como bestias feroces; le llenan de golpes, y lo conducen á un calabozo. Conducido al dia siguiente delante del tribunal de Urbano, éste le intimaba que sacrifique á los dioses. Resiste el mártir generosamente, sufre todo género de tormentos, y vuelto á la prison, donde permanece tres dias, es al cuarto arrojado al mar, cuando apenas le quedaba un soplo de existencia.

Apiano tenia un hermano llamado Edesio, que despues de haberle predicado en las prácticas mas austeras de la filosofia cristiana, le sigue poco tiempo despues en el martirio.

Ulpiano, arrestado en Tiro, y confeso de ser cristiano, despues de ser torturado es cosido vivo dentro de un saco con un perro, una serpiente y un gallo, y arrojado al mar; castigo hasta entonces reservado por las leyes romanas á los partididos, y que los perseguidores juzgaron aplicable á los cristianos.

El 20 de Noviembre del año 306, Maximino Daia, en celebridad de su nacimiento, daba á su costa sumuosos juegos en el circo de Cesarea. Piezas traídas de la India y de la Etopia á grande costa, debian presentarse en el anfiteatro; empero el emperador queria presentar un espectáculo mas

magífico y más atractivo, el de la muerte de un cristiano. Agapio, el que ya por tres veces había salido de la prisión con igual objeto, pero que conducido á la arena, siempre se había reservado para otros juegos, sea que los jueces tuviesen compasión por su complexion débil, ó sea que esperasen triunfar al fin de su constancia.

Esta vez el emperador se hallaba presente, y armado Agapio en medio del estadio, en compañía de un criminal esclavo que había asesinado alevosamente á su amo, el asesino obtiene el perdón del emperador, mientras que el cristiano es condenado, como en tiempo de Jesucristo había sucedido con Barrabás.

Grandes exclamaciones partieron de todos los puntos del anfiteatro, en elogio de la clemencia del emperador, que acababa de conceder la vida y la libertad á un esclavo, cuyas manos estaban aún teñidas con la sangre de su amo. Agapio, medio derroado por las llamas, es precipitado al mar con los gruesas piedras al cuello.

Una virgen de la ciudad de Tiro, llamada Teodosia, bella como un ángel y de edad de diez y ocho años, es cruetemente atormentada y arrojada moribunda al mar, por haberse aproximado á algunos mártires para recomendarle á sus oraciones.

Domnino, célebre en toda la Palestina por su elocuencia y su saber, es quemado vivo por haber confesado á Jesucristo.

Auxencio, anciano venerable, es expuesto á las fieras.

Panfilo, natural de Veritas en Fenicia, célebre por su elocuencia y profunda erudición, es citado ante el tribunal de Urbano, que hallándole superior aun á su fama, procura atraerlo al culto de los falsos dioses; pero desechadas sus propuestas, lo hace atormentar cruelmente, y lo conduce á una prisión todo ensangrentado, para que mas tarde consuma su sacrificio, y se coloque por sus padecimientos en la categoría de los primeros mártires de Jesucristo.

Urbano era un firme sediento de sangre cristiana; pero Dios lo castiga á los pocos dias de haber condenado á Panfilo. Favorito del emperador, poseedor de todos sus secretos, participe en sus placeres, en el apogeo del poder y de la fortuna, en un momento pierde su grandeza, sus riquezas, su poder, y el mismo Maximino Dain, de cuyas crueldades habia sido el mas odioso instrumento, lo condena á una muerte ignominiosa, que recibe con la mayor cobardía, por sospecharle implicado en una conspiración contra él.

A Urbano sucede Firmiliano, mas cruel, mas inhumano que su antecesor.

La persecución continúa con el mayor furor; los desiertos mas salvajes y mas apartados no bastan para poner á cubierto á los cristianos de la saña de los perseguidores. Los emisarios de éstos penetran en la Tebaida, donde una multitud de confesores habia ido á buscar un refugio, y noventa y siete de ellos son arrestados en un lugar llamado Parhata, á causa de las cántaras de pórfido que habia en su término, y conducidos á la presencia del nuevo gobernador, que viéndolos firmes en su fe les hace cortar los nervios del pié izquierdo, sacarles el ojo derecho con un punzón, relegándolos despues á las minas de la provincia, para que allí perezan de hambre ó de fatigas.

Ignal suplicio impone á los fieles de la ciudad de Gazza, á los que sus satélites sorprenden en la asamblea oyendo la lectura del Evangelio.

Thea y Valentina, de Gazza la primera, de Cesarea la segunda, son cruelmente atormentadas y atadas juntamente, arrojadas en un brasero ardiendo.

Otros ciento treinta confesores de Egipto fueron horriblemente mutilados y enviados á las minas de Palestina y de Cilicia.

Causáronse los perseguidores, y parecia haberse calmado algun tanto el fuego de la persecucion, cuando nuevos edictos, que Maximino enviaba á las provincias, vienen á renovarla con mas vigor y con mayor violencia que antes. Estos edictos ordenaban que todas las cosas necesarias á la vida fuesen consagradas á los dioses, á fin de que todos, al hacer uso de ellas, tuviesen que rendir indirectamente este sacrificio á los falsos dioses del Olimpo, cuyo culto, por mas esfuerzos que hacian, por mas sangre que se derramaba, iba de dia en dia y muy sensiblemente desmoronándose; los paganos mismos se hallaban fatigados de tantas vejaciones, y murmuraban altamente de ellas.

Tres cristianos, Antonino, sacerdote, Cebinas, natural de Leuterocle, y Germano, inflamados de santo celo, se presentan en el mismo templo en que el procónsul Firmiliano se hallaba celebrando los sacrificios. Confiesanse cristianos, manifiestan la mayor audacia en reprochar sus excesos, resisten á la tortura, y parecen decapitados el dia 15 de Noviembre del mismo año (309).

El mismo dia una virgen hermosa de Scitópolis, llamada Ennathas, es sacada de su casa por un oficial de una legión. Este oficial, llamado Máxis, hombre brutal y de una fuerza atlética, la conduce por la calle, desnuda hasta la cintura; la presenta ante el tribunal de Firmiliano, y este juez cruel, no pudiéndola hacer apostatar de la fe, la condena á la hoguera.

El odio contra los adoradores de Cristo llega hasta privar sus cuerpos destrozados de sepultura, y los perros, las aves de rapina y los animales carnívoros encuentran abundante alimento en los despojos de estos sagrados cuerpos.

Pedro, el asoceta, nombre que se daba entonces á los que en medio de las ciudades hacian una vida solitaria y evangélica; empero que luego despues se ha conservado para denigrar á los solitarios y á los monges, es en la flor de su edad purificado como el oro por medio del fuego, y sube á la hoguera con Asclepio, obispo de las marcenias, que se habia entregado á sí mismo por efecto de un movimiento de celo inconsiderado que la Iglesia misma no aprobaba en sus hijos; empero nosotros hemos dicho ya mas de una vez, que aun entre los hereges se encuentran mártires.

Varios cristianos de Egipto, que habian marchado para asistir á sus hermanos relegados á las minas de la Cilicia, fueron arrestados en sus puertas de Cesarea, y sufrieron el mismo martirio que aquellos á quienes iban á asistir. Les arrancaron un ojo, y les estropearon las piernas.

Tres de ellos que habian manifestado mas valor, perdieron la vida. El primero, llamado Ares, en la hoguera; los otros dos, Promo y Elias, fueron degollados.

Pánfilo, á quien el procónsul Urbano había arrojado á una prision, después de permanecer dos años en ella, es conducido á la presencia del terrible sucesor de aquel, Firmiliano, y condenado á morir con doce compañeros suyos que gemian en los calabozos como él.

Adriano y Eubulo, que habían venido de Magoré á Cesarea para asistir á los confesores de Jesucristo, son condenados por Firmiliano á las fieras en el anfiteatro, el día en que el pueblo de Cesarea celebraba la fiesta de la Fortuna. Estos fueron los últimos mártires que sufrieron en aquella ciudad, empapada en la sangre de los defensores de Cristo.

Firmiliano no escapa á la venganza del Eterno ni al castigo de sus crímenes; lo mismo que Urbano, su predecesor, acusado de conspirador, perece por la mano del verdugo.

Nada basta á librar á los cristianos del enceno de sus perseguidores. En vano abandonan su patria é iban á buscar un refugio en las ciudades lejanas, mezclándose entre sus pobladores para permanecer desconocidos; allí los perseguía el espionaje y la delacion premiada por los emperadores. La persecucion penetra hasta en el seno de las familias, y relaja los vínculos de la sangre y las mas tiernas y estrechas afecciones de la vida doméstica. Los edictos de los emperadores ordenaban que los parientes denunciases á sus parientes, los maridos á sus mugeres, las mugeres á sus maridos, los padres á sus hijos y los hijos á sus padres; las ciudades por consiguiente se llenaron de traidores, de asesinos y de parricidas.

Domnina, muger de noble calidad, con sus dos hijas, Bernice y Prodoxia, abandona su patria y se dirige á Edeso, capital de la Mesopotamia; en vano cree hallar allí un asilo seguro. El marido de Domnina descubre el asilo de su muger y se encarga de la cruel y cobarde comision de arrestarlas, como lo llevó á efecto. Dirigenlas por el camino de Hierópolis de Siria; y al aproximarse á esta ciudad, toman otro camino que debia conducir las á Jerusalem. En una parada que hacen los soldados para reposar, Domnina, con sus hijas, escapa á su vigilancia, y llevando á sus dos hijas por la mano, se dirige á la margen de un profundo rio y se precipita en él, huyendo, no tanto de los tormentos que la reservaba el tirano, como de los crueles ultrajes con que se hallaba amenazado su pudor.

La iglesia griega las ha honrado siempre como mártires, porque esta muerte voluntaria era reputada en los confesores de Jesucristo como una inspiracion del Espíritu Santo. Las mártires tuvieron cuidado de dejar en la orilla del rio sus sandalias para que no quedase duda ninguna del género de muerte que habían elegido, y para que no pudiese acusarse á los soldados de que habían favorecido su evasion.

Julita, descendiente de sangre real y de las mas nobles y distinguidas familias de Liconia, huyo de la persecucion que el feroz Domiciano estende sobre aquella provincia. Sale precipitadamente de Iconia, su patria, con Cirico, su hijo, de edad de tres años, y dos esclavas, retirándose á Seleucia. Allí el procónsul Alejandro, mas cruel que Domiciano, la reconoce y la arresta con su hijo, habiendo huido las dos esclavas. Conducida ante su tribunal, á todas las preguntas del juez responde únicamente que es cristiana. Hácela azotar cruelmente, y en tanto tenia

sentado sobre sus rodillas al tierno niño, á quien acariciaba con su mano tratando de impedir el llanto que derramaba al ver el suplicio de su madre. La tierna criatura rechazaba con sus piés y manos al tirano, y á imitacion de su valiente madre, gritaba con todas sus fuerzas: "Soy cristiano! soy cristiano!" Irritado de los gritos y de la resistencia del tierno niño, aquel hombre brutal, lo coge por un pié y lo arroja al suelo desde lo alto de su tribunal, cuyo pavimento queda manchado con la sangre y los sesos de aquel ángel del Señor. Julita lo vió, su corazon de madre se estremeció un momento; empero luego alzando los brazos al cielo, le dió gracias porque su hijo antes que ella habia recibido la corona inmortal del martirio. Confuso y afligido el juez por su bárbara accion, manda que tendiendo á Julita sobre una mesa, destrozasen sus costados con garfios de hierro, vertiendo sobre las heridas pez ardiendo, condenándola después de terminado el suplicio á cortar la cabeza, y arrojando su cadáver y el de su hijo á un muladar fuera de la ciudad. A la mañana siguiente las dos esclavas sustrajeron los cuerpos de los mártires y los enterraron en un campo.

En la ciudad de Tarsis, en el quinto año de la persecucion, cuando la iglesia de Occidente gozaba bajo el gobierno de Constancio de paz, se verificó un martirio que asombró al mundo cristiano.

Aglac, rica y poderosa muger, hija de Acacio, de familia proconsular, vivia en Roma. Era tal su opulencia, que tenia setenta y tres administradores para gobernar su inmenso patrimonio; y el jefe de ellos, llamado Bonifacio, era á la vez el amante favorecido de su señora. Bonifacio era libertino, jugador, adúltero; pero practicaba tres obras de piedad, la limosna, la hospitalidad y la misericordia.

Después de muchos años de vivir encenegada en el vicio Aglac, el dedo de Dios toca á su corazon. Llama entonces á Bonifacio, el cómplice de sus excesos, y le manifiesta la creencia en aquel entonces tan general, de que los que asistian á los mártires que combatian y morian por el nombre de Jesucristo, participarian de la gloria de la pasion en el día terrible del juicio. En el Oriente existia encarnizada la lucha de la persecucion. Aglac manda á Bonifacio al Oriente para que conforte á los mártires, para que le traiga sus santas reliquias, á fin de colocarlas en las capillas de los templos que se propone levantar en su honor.

Bonifacio recibe una cantidad inmensa de oro para rescatar los cuerpos de los mártires, y doce esclavos con sus caballos para escoltarlos, tres literas, vasos y aromas para embalsamar las reliquias de los santos mártires. Bonifacio, dice chancéandose á su señora y amante: "Si puedo encontrar reliquias te las traeré; si vuelvo muerto, recibe mi cuerpo como el de un mártir."

—Cesa, respondió su señora, de hablar como un hombre ebrio y que sale de una orgia, y hazte digno de traer los cuerpos de los santos mártires; yo, indigna pecadora, oraré á Dios, aguardándote; que el Señor que ha muerto en la cruz por nosotros, envíe delante de tí su ángel para que dirija tus pasos, abra los senderos de tu viaje, y que no se acuerde de nuestros pecados, mirándonos á los dos con misericordia!

Llega Bonifacio á Tarso la víspera del día en que debian ser atormentados varios mártires. Busca una posada para que reposen en ella sus

esclavos y sus caballos, y él se marcha derechamente al circo, donde los santos mártires iban á combatir, donde iban á agotarse sobre ellos todas las torturas, colgándolos á unos; boca abajo sobre un brastero ardiendo, y descuartizando á los otros entre cuatro postes.

Bonifacio, aquel hombre libertino, penetra en la arena; va de un mártir á otro, y eran veinte; los besa, gritando: "Grande es el Dios de los cristianos, grande es el Dios de los mártires!" Se postra á los pies de aquellos confesores de Cristo, besa sus llagas y les dice: "¡Valor, atletas de Jesucristo, vobis el trabajo es rudo, pero el descanso será eterno; vuestros cuerpos mutilados, quemados por los verdugos, serán servidos en el cielo por los ángeles!"

El juez Simplicio, que preside los tormentos, repara en aquel hombre, lo llama á su presencia, y á su contestación de que es cristiano le intima que sacrifique á los dioses inmortales, si no quiere acompañar á los defensores de Jesucristo, á quienes un momento ha quitaba en sus tormentos.

—Mi cuerpo está delante de tí, ¿por qué haces aguardar á los verdugos? es la respuesta de Bonifacio.

Suspendido sobre el cielo, destrózanlos sus miembros con garfios de hierro que le penetran hasta los huesos. Bonifacio permanece como en éxtasis, fijos sus ojos sobre los santos mártires de Cristo.

Una hora despues vuelve el juez á persuadirle que sacrifique á los dioses, y Bonifacio resiste heroicamente. Vienen sobre su boca plomo derretido, y va espirante vuelve su cara á los santos mártires y les grita con voz balbuciente que pidan á Dios por él, terminando su existencia por la espada del verdugo, que le corta la cabeza.

Los esclavos de Bonifacio le aguardaban todo el día en la posada; lo buscaban por todas las partes de la ciudad, y no lo encontraban; creíandole embriagado en alguna orgía, ó sumido en los impuros placeres de algun lupanar. Encuentran un cristiano á quien conocen y le preguntan si no han visto en la ciudad un viajero romano.

—Ayer, les respondió, han martirizado por Jesucristo á un viajero, le han cortado la cabeza.

Dieron las señas de Bonifacio, y conviniendo todas ellas, el cristiano les dijo que encontrarían su cuerpo entre los mártires que se hallaban tendidos en la arena del circo; empero los esclavos le manifestaron que el que buscaban se encontraría mas bien tendido en una orgía que en el circo.

—¿Qué os importa? les dijo; id al circo y lo encontrareis.

Con desconfianza entran en la arena, aún ensangrentada, reconocen todos los cadáveres de los mártires, y encuentran la cabeza de Bonifacio. Postráronse reverentes á sus pies; rescataron su cuerpo mediante cincuenta piezas de oro y le llevaron consigo, envolviéndolo despues de ungüento con aromas, en un precioso sudario de riquísima tela.

Un ángel del Señor se apareció á Aglae, que consagrada toda á la oración, aguardaba la llegada de las santas reliquias. Aglae, que tanto había deseado poseer el cuerpo de un mártir, recibe como tal el de su antiguo intendente, el de su antiguo compañero en el pecado y en los placeres.

Bonifacio fué martirizado en los primeros dias de Marzo, en Tarso, y sepultado en Roma en las nonas de Junio, á cinco estadios de Roma, en la via Laviniana, donde la opulenta Aglae le alzó un magnifico templo.

Aglae renunció al mundo y á sus pompas; distribuyó sus bienes á los pobres; dió libertad á toda la tribu de sus esclavos, no guardando cerca de sí mas que algunas jóvenes que se consagraron como ella á Jesucristo, viviendo trece años en su retiro, y siendo sepultada al lado de la tumba de su antiguo esclavo.

La persecución, á medida que se aproxima á su término, redobla su crueldad.

Las cárceles quedaron tan atestadas, que ya no cabían en ellas los mártires: en los edictos se mandaba espresamente atormentar, con todos los suplicios imaginables, á los que rehusasen sacrificar á los ídolos, y así se vió en todo el imperio á una multitud de obispos y sacerdotes arrostrar con impavidez los mas atroces tormentos. Parecía que la Iglesia entera se apresuraba á dejar la tierra para ir al cielo....

Hemos visto que en muchos países desgarraban las carnes á latigazos á los mártires. Luego los esponían á los leones, á los osos y á los jaulines azuzándolos con el hierro y con el fuego. En otros pueblos los atancaban y los quemaban; otras veces en lugar de garfios y tenazas de hierro se servían de cascotes de jarrus rotos para desgarrarles todo el cuerpo hasta que espiraban.

Eusebio dice haber sabido que en un día se cortaron tantas cabezas, que se mellaron las cuchillas, y que los verdugos estaban tan cansados de matar, que se relevaban unos á otros.

Vana é inútil crueldad! aquellos torrentes de sangre derramada, aquellos horribles suplicios dieron á la fe una santa y poderosa energía; sus claridades descendieron á visitar á los hombres mas prevenidos contra ella. En vista de tantas inocentes victimas que parecían morir con alegría, y que salían al encuentro de los verdugos cantando himnos, una inmensa muchedumbre pidió el bautismo y reconoció la divinidad del cristianismo, en la santa confianza que inspiraba á los cristianos en medio de los tormentos. Pronto los nombres mas respetados en el imperio, aumentaron la sangrienta lista de los mártires; el Evangelio penetraba en los palacios de los grandes, dignidades del imperio, gefes de palacio sufrieron el martirio; hombres de todas clases y jerarquías dieron testimonio de la mision del Salvador. Venustiano, gobernador de Toscana, que habia hecho buscar y atormentar á los cristianos, quedó vencido por el respeto y la admiración en vista de su firmeza, como Bonifacio, que habia vivido entregado á todo el desenfreno de sus pasiones en la alta sociedad; Afrá, muger impúdica y ramera, Ginés, cómico que ponía en ridiculo en los teatros los misterios del cristianismo, todos los hemos visto inclinarse delante del Dios de quien habian blasfemado, todos los hemos visto morir en los tormentos bendiciendo su nombre, glorificando su ley!

Al cabo el Señor, despues de tantas expiaciones, hizo brillar su justicia sobre los emperadores y sobre el imperio: una extraordinaria sequía devora las mieses, y el hambre fué á llamar á las puertas de los palacios. La peste, como una plaga vengadora, diezmó á los verdugos de los cris-

tianos, las calles de las ciudades estaban cubiertas de cadáveres, á que ya no se daba sepultura; el hambre hacia perecer á los pobres, y la peste se llevaba á los que por sus riquezas estaban á cubierto de la hambre. En el seno de aquel luto general, solo los cristianos manifestaron humanidad, y su ardiente caridad atendió sobre todo á socorrer á los que les habian hecho mas daño. Veíanseles diariamente ocupados unos en enterrar aquel infinito número de muertos, abandonados á la voracidad de los perros errantes, otros en reunir á los pobres de la ciudad y en distribuirles alimentos.

Muchos se han complacido en acusar de exageracion estas siniestras pinturas; pero las relaciones de los historiadores contemporáneos, cualquiera que sea la religion á que pertenezcan, están demasiado unánimes para dejar la menor duda sobre la realidad de aquella espantosa persecucion.

En fin, con la esperanza de hacer resaltar mejor su impostura, otros han representado á Diocleciano como á un filósofo que abandonó sin pesar las pompas del trono y las seducciones del poder, por las dulzuras de la soledad y del reposo. Nosotros hemos dicho cuál era en los jardines de Salomé el secreto de los últimos pensamientos del perseguidor de los cristianos!!

Nosotros veremos muy pronto el término de su existencia!!

CAPITULO XVI.

Constantio reclama á su hijo Constantino, que se halla en poder de Galerio.—Asechanzas contra éste.—Constantino proclamado por el ejército Augusto á la muerte de su padre.—Galerio nombra á Severo y obliga á Constantino á contentarse con ser César.—Magnencio toma la púrpura en Roma.—Maximiano sale de su retiro y se proclama Augusto.—Severo, abandonado de su ejército, muere.—Conquista de Constantino sobre los francos.—Su matrimonio con Faustina, hija de Maximiano.—Galerio viene á Italia á combatir á Magnencio.—Tiene que huir.—Maximiano quiere destronar á su propio hijo Magnencio.—Retirase al lado de Constantino.—Nombramiento de Licinio para Augusto.—Mártires en el Oriente por los edictos de Maximiano Daia.—La gerarquía y la autoridad de la Iglesia inalterable en medio de la persecucion.

Elevado á la dignidad de Augusto, Constantio, habia pedido inmediatamente su hijo á Galerio; pero el pèrdido emperador, demasiado cobarde para deshacerse de él abiertamente, lo esponia continuamente á los mas grandes peligros, esperando así verse libre de un rival que ya divisaba en lontananza, mucho mas terrible para él que su padre.

La Providencia, que tenia grandes designios sobre el jóven Constantino, lo saca libre de todas las terribles pruebas á que lo somete el bárbaro Galerio. Siempre victorioso, cada dia adquiere mas y mas el afecto de los soldados.

Constantio insistia de la manera mas urgente y apremiante para que le devolviesen su hijo. No podia Galerio negárselo sin romper abiertamente con él; vnia escapárselo de las manos del jóven que un secreto presentimiento le anunciaba que acumularia un dia toda la autoridad del imperio sobre su cabeza. Permitele marchar, previniendo antes pèrdidamente á Severo, que disponga una emboscada en las provincias de la Italia; emperó Constantino, tan sagaz como valiente, desconcierta sus planes marchando un dia antes de lo que habia calculado su enemigo,

tianos, las calles de las ciudades estaban cubiertas de cadáveres, á que ya no se daba sepultura; el hambre hacia perecer á los pobres, y la peste se llevaba á los que por sus riquezas estaban á cubierto de la hambre. En el seno de aquel luto general, solo los cristianos manifestaron humanidad, y su ardiente caridad atendió sobre todo á socorrer á los que les habian hecho mas daño. Veíanseles diariamente ocupados unos en enterrar aquel infinito número de muertos, abandonados á la voracidad de los perros errantes, otros en reunir á los pobres de la ciudad y en distribuirles alimentos.

Muchos se han complacido en acusar de exageracion estas siniestras pinturas; pero las relaciones de los historiadores contemporáneos, cualquiera que sea la religion á que pertenezcan, están demasiado unánimes para dejar la menor duda sobre la realidad de aquella espantosa persecucion.

En fin, con la esperanza de hacer resaltar mejor su impostura, otros han representado á Diocleciano como á un filósofo que abandonó sin pesar las pompas del trono y las seducciones del poder, por las dulzuras de la soledad y del reposo. Nosotros hemos dicho cuál era en los jardines de Salomé el secreto de los últimos pensamientos del perseguidor de los cristianos!!

Nosotros veremos muy pronto el término de su existencia!!

CAPITULO XVI.

Constancio reclama á su hijo Constantino, que se halla en poder de Galerio.—Asechanzas contra éste.—Constantino proclamado por el ejército Augusto á la muerte de su padre.—Galerio nombra á Severo y obliga á Constantino á contentarse con ser César.—Magencio toma la púrpura en Roma.—Maximiano sale de su retiro y se proclama Augusto.—Severo, abandonado de su ejército, muere.—Conquista de Constantino sobre los francos.—Su matrimonio con Faustina, hija de Maximiano.—Galerio viene á Italia á combatir á Magencio.—Tiene que huir.—Maximiano quiere destruir á su propio hijo Magencio.—Retirase al lado de Constantino.—Nombramiento de Licinio para Augusto.—Mártires en el Oriente por los edictos de Maximiano Daia.—La gerarquía y la autoridad de la Iglesia inalterable en medio de la persecucion.

Elevado á la dignidad de Augusto, Constantino, habia pedido inmediatamente su hijo á Galerio; pero el pèrdido emperador, demasiado cobarde para deshacerse de él abiertamente, lo esponia continuamente á los mas grandes peligros, esperando así verse libre de un rival que ya divisaba en lontananza, mucho mas terrible para él que su padre.

La Providencia, que tenia grandes designios sobre el jóven Constantino, lo saca libre de todas las terribles pruebas á que lo somete el bárbaro Galerio. Siempre victorioso, cada dia adquiere mas y mas el afecto de los soldados.

Constancio insistia de la manera mas urgente y apremiante para que le devolviesen su hijo. No podia Galerio negárselo sin romper abiertamente con él; vnia escapárselo de las manos el jóven que un secreto presentimiento le anunciaba que acumularia un dia toda la autoridad del imperio sobre su cabeza. Permitele marchar, previniendo antes pèrdidamente á Severo, que disponga una emboscada en las provincias de la Italia; emperó Constantino, tan sagaz como valiente, desconcierta sus planes marchando un dia antes de lo que habia calculado su enemigo,

y haciendo mutilar los caballos de la posta en todas las partes por donde pasa, logrando llegar á la Gran Bretaña pocos dias antes de que su padre exhalase el último suspiro.

El día mismo de la muerte de Constancio, aquel, á quien Galerio no habia querido nombrar César un año antes, fué saludado Augusto por las aclamaciones unánimes de su ejército. El primer paso de Constantino fué pedir á Galerio la confirmacion de lo que sus soldados habian proclamado. Envió, segun el ceremonial establecido entonces, su retrato coronado de laurel; pero Galerio estuvo á punto de hacer quemar el retrato en el primer movimiento de ira, y degollar al que lo habia traído; la reflexion, sin embargo, le hizo conocer que el jóven principe, reconocido y querido en la estension de los países que habian obedecido á su padre; amado aun de las mismas tropas que rodeaban á Galerio, podia hacerle vacilar en su trono. Entonces confirió á Severo el título de Augusto, vacante por la muerte de Constancio Cloro, y envia la púrpura á Constantino, ordenándole que se contente con el nombre y los honores de César. Constantino, con una moderacion admirable, baja sin murmurar desde el segundo puesto del imperio al cuarto, el año 306.

La guerra civil debia estallar por otro punto. En el momento en que el hijo de Constancio Cloro sucedia á su padre, y señalaba su advenimiento al poder por un decreto volviendo á los cristianos el libre ejercicio de su religion, en Roma estallaba una revolucion que debia cambiar la faz de las cosas y manifestar á los ojos de todo el mundo los impenetrables desigmos del Altísimo.

Magencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, descontento ya por no haber sido nombrado César, se enfurece al saber el nombramiento de Constantino, y aprovecha el momento de una irritacion general que reinaba en aquella gran ciudad, por la tiranía y el rigor con que se verificaba la estadística y el censo de los bienes, decretado por Galerio. Habia sido muy duro ver á Severo y á Maximino, preferidos á un hijo y yerno de emperadores, como él; y estimulado por su padre, que desde el fondo de la Lucania se veia con pesar privado de la púrpura imperial, gana las cohortes pretorianas y se hace proclamar emperador por el pueblo romano, fatigado y oprimido por la tiranía de Galerio.

La poblacion cristiana era numerosisima en Roma; y el nuevo César, que debia ser despues el mas impio y atroz de los tiranos, fingió al pronto favorecerles, y afecta en sus sentimientos la conducta mas dulce y humana.

Melquíades, sacerdote entonces de la Iglesia romana, y papa despues, recibió cartas del emperador Magencio para que se devolviesen á los cristianos las tierras que les habian sido arrebatadas durante la persecucion.

Magencio hizo matar los generales que mandaban en Roma en nombre de Galerio, y fué recibido por el pueblo como un libertador.

A la noticia de la usurpacion de Magencio (307), Severo, que se hallaba ausente de Roma, ocupado en las provincias de la alta Italia, marcha contra él; pero sus tropas se hallaban mal dispuestas á seguirle; habian militado bajo las órdenes de Maximiano Hércules, y por consiguiente eran adictas al hijo de este principe, que apoyándose en su padre, le llama á participar con él de la soberanía.

El viejo emperador sale apresuradamente de su retiro; toma la púrpura como colega de su hijo, y marcha al encuentro de Severo. Las legiones de éste le abandonan, y sin recursos se ve precisado á huir y encerrarse en Ravena. Allí podia sostenerse largo tiempo esperando el socorro de Galerio; pero Maximiano recurre á la perfidia, y persuado á Severo, crédulo y tímido, á que se entregue en sus manos. Sus soldados vienen á aumentar las filas de Magencio, que faltando á la fe jurada por su padre, hace morir á su rival Severo, concediéndole la eleccion de muerte, haciéndose éste abrir las venas.

Maximiano, libre de Severo, teme aún á Galerio, y quiere procurarse un apoyo contra él, aliándose estrechamente con Constantino, que no amaba tampoco á Galerio, que tantos motivos de queja podia tener de él, que habia comenzado tan brillantemente su imperio conociendo la paz á los cristianos, y que habia rechazado las correrías de los francos que infestaban las Galias, en las que pensó establecerse.

Constantino somete las Galias con la rapidez del rayo; y despliega una severidad inaudita para reducir con ella á las naciones germánicas á un forzado reposo.

Maximiano va á encontrarle á las Galias y le persuade á casarse con su hija Fausta, debiendo ser este matrimonio entre ellos la prenda de una alianza que parecia deber ser duradera; al mismo tiempo Maximiano, de su propia autoridad, confiere á su yerno Constantino el nombre y el rango de Augusto. Constantino lo acepta, contando que el nombramiento de Maximiano era un título incontrastable y mas fuerte que la proclamacion de sus soldados, despues de la muerte de su padre. No fué sin embargo, reconocido por Galerio sino al año siguiente.

Mientras que esto pasaba en las Galias, corria Galerio precipitadamente á la Italia para vengar el trágico fin de Severo, y á la cabeza de un numeroso ejército marcha sobre Roma, sediento de venganza; empero sus tropas jamas habian visto á Roma. El nombre de éste era sagrado para los ejércitos, que se consideraban siempre como romanos, y cuando las legiones pudieron medir la estension de la ciudad que iban á atacar, titubean, vacilan, y se hace proclamar emperador por el oro de Maximiano; legiones enteras desertan de su campo y pasan al de Magencio.

Galerio se ve entonces en una posicion semejante á la de Severo, y teme igual desastre. Su orgullo cede, ruega, suplica á los soldados que le quedan no le abandonen y los corta á todos en su retirada, y se olvida de la ciudad de Roma sin haber sacado su espada ni tentado la fortuna del combate.

Galerio, en su retirada, saquea, tala todo el pais que recorre, no hay exceso que no permita á sus soldados; volviendo á sus provincias cargado de riqueza, con la vergüenza de ver frustrada su empresa y disminuidas considerablemente sus fuerzas.

Magencio, tan cobarde como artificioso, se contenta con verse libre del peligro, y deja retirarse á Galerio con toda libertad.

Magencio, libre de todo temor, ciego en su prosperidad, se entrega á todos los vicios de la tiranía. Mira como patrimonio todo los bienes de los ciudadanos y el honor de las mugeres, y ejercia sobre sus violentias con una plena seguridad.

Los cristianos, á quienes habia contemplado en momentos de necesidad, sufrieron tambien; y el martirologio romano cita bajo el imperio de Magencio muchos mártires, sin duda porque los antiguos edictos no habian sido retirados, si bien Magencio no publicó otros nuevos.

Maximiano, emperador sin Estados, era demasiado orgulloso para contentarse con un vano título, y resuelve despojar á su hijo de la púrpura. Habla á sus soldados, convoca una asamblea del pueblo, y allí menciona los desórdenes del gobierno de su hijo Magencio, que se hallaba presente; le declara indigno del imperio y le arranca el mismo de los hombros la púrpura imperial.

Maximiano habia tomado mal sus medidas; Magencio encuentra apoyo en sus soldados, que toman abiertamente su partido contra un padre desnaturalizado, contra un viejo turbulento, que no habia podido ni guardar el imperio cuando lo poseia, ni contentarse con la solitaria vida á que se haba reducido, queriendo tomar por un crimen horrible lo que haba abandonado por indolencia ó por debilidad.

Maximiano corre riesgo en su misma persona, y se ve obligado á buscar su salvacion en la huida, viéndose arrojado de Roma como en otro tiempo Tarquino el Soberbio.

Confuso, desesperado; empero siempre ambicioso, viene á las Galias cerca de Constantino su yerno, á quien trata inútilmente de comunicar su foror. Recorre á Galerio, enemigo implacable de su hijo, y no lo encuentra mas dispuesto que Constantino. Essaya seducir á Diocleciano, retirado á la vida privada en los jardines de Salone, y todo el fruto de sus correccas aventureras, es presentarle con desprecio el nombramiento de Licinio para Augusto en lugar de Severo, nombramiento hecho en Carmona, en la Panonia, Licinio, el amigo íntimo de Galerio, su compatriota, que le habia hecho grandes servicios en la guerra contra Narsés, rey de Persia; alma feroz, que llevó sobre el trono todos los defectos de un nacimiento rústico y de una educacion grosera, aunque se atribuyese cierta especie de nobleza, reputándose descendiente del emperador Felipe, lo que no hacia mas que añadir á la baja de su origen, lo ridiculo de su vanidad!

Entonces el imperio se encontró gobernado por seis príncipes á la vez. Maximiano, Galerio, Maximino Daia, Constantino, Magencio y Licinio; de esta nueva posicion del imperio debian resultar, en muy pocos años, los grandes sucesos que debian aniquilar á los perseguidores del cristianismo, hasta en su última generacion.

Mientras estos graves acontecimientos sucedieron en el Occidente, Galerio se hallaba sin inquietud con respecto á lo que pasaba en Oriente con los cristianos. A merced de estas agitaciones respiraban en Occidente, mientras que en Oriente continuaba vertiéndose la sangre generosa de los defensores de Jesucristo.

Palicas, que despues de haber coupado dignamente los principales puestos de su pais, habia dejado los honores del siglo para consagrarse al servicio de Dios, habia sido nombrado obispo de la ciudad de Tinnis. Conducido delante de Pulciano, gobernador de ella, rehusa sacrificar á los dioses, y sostiene una animada polémica con él, en la que le prueba las verdades de la religion.

Philóromo, uno de los que se hallaban presentes, viendo al santo obispo rechazar tan dignamente las instigaciones del juez, y resistir á los lamentos de sus parientes, se dirige al juez para que no moleste mas al mártir y se declara cristiano como él, siendo entrambos condenados á morir por una misma espada. Nada habia podido conseguir el juez pagano, hombre muy entendido en la filosofía; pero confundido por el cristiano, su último argumento fué el de siempre, la muerte!

Páregorio fué degollado en la ciudad de Patara, por haber confesado la fe de Jesucristo.

El procónsul Lolio ordena celebrar un sacrificio á todos los habitantes de esta ciudad en honor de la Fortuna. Leon, en lugar de asistir al templo, fué á orar á la tumba que encerraba las reliquias de Páregorio. Al volver, y pasar por delante del templo, su aire grave y modesto y la sencillez de sus vestidos, le hacen reconocer por un cristiano. Conducido delante del procónsul confiesa su fe; se pone tranquilamente á explicar el Evangelio de Jesucristo; pero los judios y los gentiles le interrumpen con grandes gritos, y hacen que el procónsul le mande callar.

El generoso mártir es entonces entregado á los verdugos, que lo tienen en el cáleco y le desgarran el cuerpo á azotes.

El procónsul le ofrece nuevamente el perdón, y le hace las mas honrosas promesas para que se aparte de la fe; resiste las insinuaciones para abandonarla, y es condenado á ser arrastrado de los piés por las calles de la ciudad, y arrojado al rio desde lo alto de una empinada roca.

En Antioquia, una jóven hermosa y bella, Pelagia, vivia en un retiro profundo, consagrada á la oracion y al amor de su divino Esposo. Un tropel de soldados enviados por el juez para conducirla al tribunal, llama á su puerta, abre, y sabiendo que va á ser conducida al tribunal, pide permiso á los soldados para cambiar de vestidos; aprovechándose de esta concesion, sube rápidamente á la parte mas elevada de su casa, y se precipita por una ventana, no dejando á los que habian venido á apoderarse de ella, mas que su cuerpo ensangrentado é inanimado.

Esta accion, que hemos visto repetida en algunas otras mártires, no era para evitar los suplicios, que sufrían con una paciencia heroica, sino que la ejecutaban aconsejadas por el Espíritu Santo, para salvar su pureza de los ultrajes brutales, mas terribles que la tortura y que la muerte.

Jilian padece en Olicia los mayores tormentos, siendo pasado por toda la provincia cargado de cadenas, y renovándose para él la invencion bárbara que Urbano habia en otro tiempo adoptado para uno de los mártires de la Palestina, de coserlo en un saco con animales venenosos y arrojarse al mar.

Gordio, centurion de los ejércitos imperiales, habia huido de la ciudad, abandonando sus bienes, sus parientes y todas las esperanzas de la vida, y ocultóse en un lugar desierto y salvaje, donde se ejerció largo tiempo en la oracion, los ayunos y la meditacion de las Santas Escrituras. Un dia que la ciudad celebra un sacrificio en honor del dios Marte, Gordio se presenta osado en la arena del circo donde habia carrera de caballos; anunciase como cristiano, y sus palabras atraen la admiracion universal, viéndole con su barba erizada, sus cabellos en des-

órden, su cuerpo seco y ennegrecido por el sol, hecho añicos su vestido, y con un nudoso bastón en la mano. Apenas lo reconocen, un grito se levanta de todas las partes del circo, los cristianos de alegría, los paganos de furor. Gordio es conducido delante del tribunal del gobernador, dando resaca á las promesas, á las seducciones y á los ruegos de su familia; el gobernador lo condena á ser degollado, dando para hacerlo su propia espada al verdugo.

En la misma ciudad de Cesarea, un cristiano llamado Barlaam, simple pastor, ignorante, rudo en su lenguaje, pero de una fortaleza heroica, es obligado por el juez, después de sufrir crueles tormentos, á ser llevado al altar, donde arde el fuego destinado para los sacrificios, llenándole la mano de incienso para forzarle á verterlo sobre el ara, porque el calor del fuego le obligaria á retirarla y abrirla, y así se figuraria haberse ofrecido un sacrificio á los ídolos. Barlaam, sin embargo, tiene su mano inmóvil sobre el brasero cual si fuese de bronce, y la deja abasar y consumir enteramente.

En Cesarea parecen tambien en la hoguera las vírgenes Drosia y Julia, la que es menester no confundir con la virgen Julia de Tarsis.

En el Ponto, los gobernadores demuestran la mayor barbarie en atormentar á los mártires. Focas, natural de Sinope, ciudad del Ponto, ya célebre en la antigüedad por haber sido la patria de muchos personajes famosos, como Diógenes el Cínico, Estrabon y Aquila, presenta en su martirio un ejemplo heroico, de que en vano se buscaria otro igual fuera del cristianismo.

Todo su patrimonio se reduce á un pequeño jardín situado á la entrada del istmo. Su casa era un hospicio abierto á cuantos le enviaba la Providencia. Su oscuridad no basta á salvarle del furor de la persecucion. Manda el gobernador soldados para que lo busquen y lo maten donde quiera que lo hallen. Los soldados destinados á darle muerte llegan á su casa y le piden hospitalidad. Recíbelos con el mayor amor, y no conociéndole, le dicen el objeto de su mision. Focas podia burlar inconveniente ninguno; empero les pide un día, manifestándoles que conoce al que buscan y que lo entregará. Entonces abre el mismo en la tierra su tesa y prepara todo lo necesario para su muerte. Se presenta á los asesinos y les dice: "Yo soy Focas, á quien buscáis; obedeced la orden que se os ha dado."

Los soldados quedan inmóviles, rehusan manchar sus manos con la sangre de aquel hombre que con tanto cariño, los habia recibido un día antes; empero el mártir les suplica, y les manifiesta que ellos no son mas que el instrumento de su gobernador. Entonces aquellos hombres groseros, para quienes la disciplina militar era la primera de las leyes, cortan la cabeza del que tan generosamente les habia dado hospitalidad.

Focas es uno de los santos mas célebres del Oriente; y su nombre es invocao por los que navegan sobre el Ponto Euxino.

Teodoro, simple soldado de las legiones del imperio, habia venido á pasar el invierno á Amases, metrópoli de la provincia del Ponto; y acusado de ser cristiano, es conducido al tribunal, en el que se burla de las insinuaciones de los jueces. Afectando ésto tratarlo con dulzura é indulgencia, en vez de conducirlo á la prision le conceden un plazo para que

reflexione sobre su locura y vuelva á mejores sentimientos. Aprovecha los momentos de libertad que le dan para poner fuego al templo de Cibele, que se hallaba sobre la orilla del rio y conducido nuevamente al tribunal, confiesa lo que acaba de hacer, siendo, en consecuencia, cruelmente atormentado y condenado al fuego.

Patricio, obispo de Prusa en Bithinia, sufre el martirio y entrega su cabeza al verdugo por no querer sacrificar á Esculapio, á quien el próconsul Julio habia hecho ofrecer un sacrificio, agradecido á la salud que habia recobrado en los baños calientes de aquella ciudad, cuyo prodigio atribuia á su falso dios y no á un fenómeno fisico y natural.

Patricio, no menos religioso que instruido, desarrolla ya en aquel entonces las mismas teorías que hoy la ciencia moderna, tan orgullosa de sus descubrimientos, proclama sobre el mundo fisico, haciéndole ver que heradando la tierra hasta la profundidad de sus entrañas, para arrancarle sus últimos secretos, se encuentran en ella séres organizados, lo demostró la existencia del fuego que ocupaba el centro de la tierra, ese fuego central que ha sido hasta el siglo XVIII un problema, y que es ya una verdad para los físicos mas eminentes del siglo XIX. Fueron sus compañeros de martirio, Arcadio, Memandro y Policeno, los tres sacerdotes.

La violencia de la persecucion en las provincias de Oriente, hace que muchos cristianos abandonen las ciudades y busquen un refugio en los desiertos. De este número son el padre y la madre de Basilio, que después fué una lumbrera de la Iglesia, siendo obispo de Cesarea. Se retiraron en los bosques del Ponto, siendo seguidos de un pequeño número de esclavos; y allí pasaron siete años, del 306 al 313, expuestos á la intemperie de los elementos, á las necesidades y á el hambre.

Una ilustre virgen, Eufemia, sufrió tambien en 307 el martirio en Calcedonia. Los soldados la arrastraron delante del juez, que viéndola firme en la fe, mandó á los verdugos que la quebrasen las quijadas y conducida después á la prision, vió mientras oraba, una luz luminosa en el cielo, que la animó y confortó para sufrir el martirio, que recibió en medio de la hoguera.

En Roma se alzó, en tiempo de Gregorio el Grande, una iglesia bajo su advocacion; cuatro la levantaron los griegos en Constantinopla; y una magnífica basilica sobre su sepulcro en un barrio de Calcedonia, sobre el sitio mismo en que sufrió el martirio. En la nave de esta iglesia se celebró el cuarto concilio general; y San Asterio, obispo de Amases, pronunció en el séptimo su elogio.

En las provincias del Danubio, de que Galerio se habia reservado el gobierno, la sangre de los mártires corre abundantemente.

En la ciudad de Sirnio, Serono, jardinero, griego de nacimiento, niega la entrada en su jardín á una muger noble y distinguida que quiso entrar en él para una cita amorosa, la arroja del jardín, y denunciado por el marido de ella por haberla ofendido, conducido delante del juez, manifiesta en el curso del proceso que es cristiano; é irritado el gobernador, viendo que habia podido sustraerse, ceutándose á las órdenes de los emperadores y que rehusaba sacrificar á los dioses, le manda degollar el 23 de Febrero del mismo año (307).

Quirino, obispo de Siricia en la alta Panonia, habia huido en los momentos de la persecucion; empero arrestado en su fuga, es conducido ante el gobernador Máximo, que emplea en vano las súplicas y las amenazas, que en vano le muestra los instrumentos de la tortura que estaban preparados, y que en vano desciendo hasta hacerle la propuesta de que una aparente sumision le dejaria libre de guardar sus creencias y le restituiria la libertad: á todo resiste el santo obispo, resuelto á ofrecer á Dios el sacrificio de su vida. Conducido á la prision, sus palabras convierten á su carcelero Marcelo, que recibe de sus manos el bautismo.

Tres dias despues, Máximo envia Quirino á Amancio, gobernador de la primera Panonia, para que lo juzgue en última apelacion. Cargado de cadenas es llevado por todas las ciudades de las riberas del Danubio, recibiendo en todas partes los respetos de los fieles. Amancio lo condénó á ser arrojado al río con una enorme piedra atada al cuello, consumando su martirio el 4 de Junio del año 309. Los fieles pudieron recoger sus reliquias, que fueron trasportadas de la Panonia á Roma, y de Roma á la Alemania, á la celebre abadía de Fulda.

La Iglesia, en medio de la persecucion, en medio de las convulsiones inseparables de las guerras civiles, que habia producido la ambicion de los emperadores, en medio de la cruda tormenta que la agitaba, conservaba siempre su misma autoridad, su gerarquía permanecia inalterable, y se observaban reverentemente sus leyes y sus castigos canónicos contra los cristianos prevaricadores. La persecucion habia hecho muchos mártires; pero tambien habia ocasionado apostasias, que habian llenado de luto y de dolor la Iglesia de Dios. Los que habian entregado las Escrituras Santas, á quienes la Iglesia reputaba como traidores: los que habian adorado á los idolos, aunque solo fuese por debilidad, eran rigorosamente castigados. El concilio de Elvira resolvió, que aun en el artículo de la muerte, la comunión Eucarística, signo de la reconciliacion perfecta, no se concediese á estos.

La hora de la persecucion iba á pasar. Dios en su infinita misericordia iba á juzgar ya bastante depurada la religion establecida por su Hijo y á hacer que saliese de las catacumbas y de los subterráneos, donde habia vivido la mayor parte de tres siglos, para dominar el mundo y esparcir en él con sus benéficos rayos la libertad y la civilizaci6n!

CAPITULO XVII.

Maximiano vuelve á las Galias.—Abdica por segunda vez el imperio.—Maximino se declara Augusto.—Maximiano toma por tercera vez la púrpura rebelándose contra Constantino.—Es vencido por éste.—Intenta Maximiano asesinar á Constantino.—La justicia de Dios contra los perseguidores de su Iglesia.—Maximiano muere ahorcado.—Violencias de Galerio contra sus súbditos y los cristianos.—Horrible enfermedad de que se ve atacado.—Galerio da un edicto para hacer cesar la persecucion de la Iglesia.—Su muerte.—Cuatro emperadores ocupan el imperio.—Crueldades de Magencio en Roma.—Crueldades de Maximino Daia en Oriente.—A pesar de los edictos de Galerio, continúa la persecucion contra la Iglesia en sus Estados.—Mártires de Egipto.—Mártires de Asia.—Mártires en las minas.

307 al 310.—La mano de Dios, suspendida sobre los perseguidores de su Iglesia, iba á caer sobre ellos, y á asombrar al mundo con su castigo. Maximiano es la primera victima señalada por la cólera divina; Maximiano, que no contento con el mero título de emperador, lo habia abandonado para salir de Roma, donde su hijo Magencio era el soberano, y que habia vuelto á las Galias, al lado de Constantino, no para gozar en su corte el reposo de una honrosa vejez, sino para conspirar contra él y arrebatarle el poder!

Para adornar la tranquilidad de su yerno, manifiesta Maximiano la mayor moderacion, y abandona segunda vez la púrpura imperial, pretendiendo así ponerse al abrigo de toda sospecha y trabajar con mas seguridad en levantar su fortuna.

Constantino rodea á su suegro de una opulencia imperial en su condicion privada; le manifiesta la mayor deferencia, toma sus consejos, estudia sus voluntades, y se reserva únicamente para sí los honores y el rango supremo, dejándole á él el poder. Semejante conducta nada puede, sin embargo, con el alma cruel de Maximiano.

En tanto, Maximiano en el Oriente se hace declarar Augusto, alegando la antigüedad de su título de César, y Galerio expía de este modo la ingratitud que había manifestado á Diocleciano y á Maximiano; la expía con la ingratitud de Maximiano, á quien había socado del polvo y con cuya ciega obediencia había contado! Galerio cedió, y consintió que el nombre y los honores de Augusto fuesen comunes á los cuatro príncipes: el, Licinio, Maximiano y Constantino; Magencio era siempre considerado como un rebelde, como un tirano.

Constantino sostiene cada día mas la reputación de su valor, y nuevos triunfos contra los francos coronan su frente de laurel; empero mientras que el joven emperador, seguido de un corto cuerpo de sus tropas, como le había aconsejado el pérfido Maximiano, marchaba contra los bárbaros, dispuesto á someter la rebelión de las naciones germánicas, Maximiano, contando con las tropas que Constantino dejaba en las Galias en la inacción, y que solo podía contener la presencia de su príncipe, se proclama á sí mismo emperador, y toma por tercera vez la púrpura en la Provenza.

Constantino era amado por su ejército; vuelve rápidamente; se presenta delante de su rebelde adversario, que se había refugiado en Marsella, penetran sus tropas en la ciudad, y Maximiano es llevado á los pies de su vencedor, que se contenta con rependerle su negra ingratitud, y le deja la vida por respeto á los vínculos de afinidad que le unen á él; despoja al desgraciado anciano de la púrpura imperial, y lo retiene cerca de su persona.

Maximiano permanece avoronzado y al parecer tranquilo, todo el año 303, en el que había cometido su rebelión; pero la tranquilidad era para él un estado violento.

Al año siguiente 310 trama una nueva traición, mas negra, mas indigna que la precedente, y que le acarrea la muerte.

Indigno del perdón que le había concedido Constantino, medita el asesinato del que le perdonó, y solicita de su hija Fausta, que entregue á su marido Constantino á sus furiosos. Con súplicas, con caricias, con lisonjeras promesas, trata de obligarla á que deje abierta durante la noche la cámara en donde dormía el emperador, separando las guardias. Terrible es el compromiso de Fausta, teme por una parte la cólera de su padre, y por otra está resuelta á no hacer traición á su marido; promete hacer lo que le propone Maximiano, y da cuenta de todo á Constantino. Para convencerse de tanta iniquidad, dispone el emperador que fin sumo, á quien importaba poco sacrificar, ocupase regio lecho, y con afectado descuido se dejan libres las puertas de la cámara al paso de un asesino. En el silencio de la noche se levanta Maximiano, ve la guardia dormida, y no duda que Fausta le ha cumplido su palabra; se adelanta, se acerca al lecho, mata al que en él se hallaba dormido, y creyendo haber inmolado á Constantino, se entregaba ya á transportes de loca alegría, cuando Constantino se presenta á su vista rodeado de gente armada. Grande fué la consternación del culpable, y una rabia muda le dejó inmóvil, no había defensa para él, no podía esperar el perdón. Constantino juzgó ser bastante generoso dejándole libre la elección de su muerte, y Maximiano terminó, ahogándose con una cuerda, una existencia manchada

de crímenes, y la atroz persecución del cristianismo! Pereció en Marsella á la edad de 60 años.

De los perseguidores de la Iglesia, Maximiano es el primero que sube al cadalso de la justicia divina. Maximiano había sido el primero de los perseguidores, mucho tiempo antes del edicto de Diocleciano, que había hecho una ley de la persecución; de consiguiente, él debía ser tambien el primero que experimentase todas las señales de la venganza divina!

Llegaba su vez al infame Galerio. El había sido el principal autor de la guerra solemnemente declarada á los cristianos; él había arrancado á Diocleciano los edictos de proscripción; Dios iba á castigarle por sí mismo sin emplear el ministerio de los hombres.

Desde el principio del año 310 se ocupaba en las fiestas del vigésimo año de su reinado, que se proponía celebrar con una pompa inusitada, con una magnificencia deslumbradora; y como si los regocijos del soberano debieran ser la desgracia de los pueblos, no hubo violencia á que no se entregase para reunir las sumas inmensas que necesitaba, á fin de ponerse en estado de hacer admirar la magnificencia de sus vicinios. Las contribuciones se exigían con una crueldad bárbara; el oro, la plata, las piedras preciosas para la decoración de los espectáculos, eran arrancadas al pueblo á quien Galerio arruinaba por una frívola diversion; los cristianos tenían además que sufrir la persecución violenta que duraba hacia siete años.

Dios venga las injurias que le hace este implacable enemigo de su culto, hirriéndole de una llaga incurable, que le consume, que le devora, que abriéndose y cerrándose sin cesar, engendra la podredumbre, la gangrena y los gusanos, cuyos estragos nada puede detener, y que por la infección que esparrsa por todas partes, es un objeto de horror y de terror, no solamente para los servidores que le rodean, sino para toda la ciudad de Sardica, en donde se hallaba. Los médicos mas hábiles fueron llamados de todas las partes del imperio, y su arte es impotente para aliviarle. Los dolores que sufre el desgraciado príncipe son increíbles, y estos dolores exaltan la barbaria de su carácter. Por recompensa de los servicios que los médicos y cirujanos le prestan, hace morir á muchos de ellos, y continúa la persecución contra los cristianos con el mayor furor.

Un médico, que prevé la misma suerte que sus antecesoros, se aventura á decirle que no hay remedio humano para él; que el Dios de los cristianos, á quienes perseguía hacia un largo tiempo, era su solo recurso. Galerio no puede recusar esta creencia, que la violencia de sus males autorizaba. Nuevo Antíoco, parece reconocer la mano que pesa sobre él; siente una especie de arrepentimiento; empero menos vivo y menos sincero que el de aquel antiguo criminal, su orgullo no le permite reconocer plenamente sus errores, y en medio de sus insensibles dolores, esclama que restablecerá el templo del verdadero Dios, y hace dar en su nombre, y en el de Licinio y Constantino, un edicto que es el que pone fin á la persecución.

He aquí cuáles eran los términos de este edicto:

“Entre los cuidados continuos que tomamos por la causa pública,

habíamos querido desde luego restablecer las antiguas leyes romanas, y hacer de suerte que los cristianos volvieran á la religion de sus antepasados, que habian abandonado, porque se hallaban de tal suerte apegados á ciertas doctrinas, que olvidando las antiguas máximas, hacian leyes según su fantasia, y en muchos sitios arrastraban los pueblos á seguir su ejemplo. Por un efecto de las ordenanzas que habíamos promulgado para atraerlos, ha sucedido que muchos han estado en peligro, que otros han perecido efectivamente, y la mayor parte, tercamente apegados á sus creencias, no dan á los dioses el culto que les es debido; y no pudiendo dispensarnos, teniendo en consideracion nuestra clemencia y la costumbre que hemos siempre observado, de mostrarnos indulgentes para todos los hombres, hemos creído deber estender sobre ellos esta indulgencia, á fin de que puedan practicar su culto como antes, y restablecer los lugares de sus asambleas, todo bajo la condicion de que no harán nada contra el órden establecido. Ademas, haremos saber á los jueces por un segundo rescripto, las reglas que los cristianos deberán observar. Están obligados, despues de este favor que les concedemos, á rogar á su Dios por nuestra salud, por el Estado, por ellos mismos, á fin de que la causa pública prospere en todas partes y puedan ellos vivir en seguridad en sus casas.³⁷

Este edicto, publicado en latin en Sardica y traducido en griego para el Oriente, fué publicado en toda el Asia y en las provincias cercanas, particularmente en Nicomedia, el último dia de Abril, bajo el octavo consulado de Galerio y el segundo de Maximino Daia, el año de 311.

¡Cuán diferente es esta declaración, de una confesion lisa y llana de la injusticia de la persecucion! El mal artañeaba á Galerio una mudanza de conducta; empero no podia forzarle á condenar lo que habia hecho. Sin embargo, resultó un gran bien; las Iglesias gozaron de la paz; los particulares que se hallaban detenidos en las prisiones, recobraron la libertad; los templos del verdadero Dios volvieron á alzarse; pero Galerio no merecia recompensa, por una paz acordada en fuerza de los dolores que le mandaba la venganza divina.

El edicto fué promulgado en Nicomedia el 30 de Abril, y el emperador murió al dia siguiente en Sardica, capital de la Dacia, su país natal. Al morir recomendó Valeria su muger y Prisca su madre, á Licinio.

Galerio es la segunda victima que Dios hace subir al cañal de su justicia! Galerio, ingrato con Diocleciano, injusto con Constantino, tiránico con los pueblos y sangriento persecutor de los cristianos, habia reinado diez y nueve años, dos meses y algunos dias, á contar desde que fué nombrado Augusto.

Inmediatamente Maximino corre desde el Oriente, para apoderarse de las provincias vacantes por la muerte de Galerio. Licinio se presenta para defenderlas, y acampados los dos en las dos orillas del Bósforo de Tracia, el uno en la parte de la Europa y el otro en la parte del Asia, los dos rivales se observan, se temen, se amenazan mutuamente y hacen finalmente un arreglo, que termina sus querrelas, cediendo Licinio á su compañero, lo que mas diligente que él habia ya invadido, agregándole el Asia al Oriente y al Egipto, y quedándose él pacífico poseedor de la Iliria, á que se le reune la Tracia, la Macedonia y la Grecia.

Cuatro principes ocuparon entonces el imperio: Constantino, Licinio y

Maximino, disputándose entre sí la preeminencia. Reinaba el primero en las Galias, en la España y en la Gran Bretaña; el segundo en toda la Iliria, y el tercero en el Asia, el Oriente y el Egipto. El centro del imperio, es decir, la Italia y el Africa, se hallaban en poder de Magencio, á quien no reconocian los otros tres principes, y á quien trataban como tirano.

Magencio, dueño de la Italia, habia reunido á su dominio el Africa por una victoria conseguida sobre Alejandro, que haciéndose proclamar allí emperador, habia reinado durante tres años. Alejandro, combatido por los generales que manda Magencio, fué derrotado, hecho prisionero y estrangulado.

Magencio vencedor, abusa de la fortuna con toda la crueldad de una alma baja; arruina el Africa con pesquisas tiránicas, de que la rebelion de Alejandro era el pretesto. Los delatores hallaron un campo abierto, para acusar de haber favorecido á este rebelde, á los que por su nacimiento y por sus riquezas escitaban la envidia del tirano. Ninguno fué perdonado; muchos perecieron, y los menos maltratados, sufrieron la confiscacion. Hasta queria en su furor Magencio, destruir la ciudad de Cartago, y hubiera saciado su furor contra esta ciudad desgraciada, como lo sació contra Cirtha en Numidia, que fué enteramente destruida, y reparada mas tarde bajo el nombre de Constantina, por el emperador de este nombre, si no hubiese sido porque la guerra contra Constantino, le pareció mucho mas importante que el empeño de destruir aquella ciudad.

Libre Magencio de su rival Alejandro, hizo cesar la persecucion; empero tambien como por una suerte de compensacion, se entregó á toda la clase de desórdenes en la Roma y en Italia, añadiendo á sus desórdenes la cobardía, la timidez, y un embotamiento de pereza y vergonzosa inaccion, porque apenas salia de su palacio sino raras veces, para dar un corto paseo en sus jardines, y bajo sus pórticos de mármol. Créase el solo el emperador, y que los demas principes eran sus tenientes, que combatian por él sobre las fronteras.

Dueño de Roma, quiso dar una idea ventajosa de la dulzura de su gobierno, haciendo cesar la persecucion contra el cristianismo; pero su dulzura era fingida, y ni la religion de sus padres era bastante para contener los estímulos que agudizaban su crueldad y sus pasiones. Brutalmente libertino, arrebató á los maridos sus esposas, devolviéndolas al dia siguiente deshonoradas, y no escoga los objetos para su lascivia en las familias de la plebe, sino que dirige sus ultrajes y sus violencias á las mas eminentes de Roma y á los sanadores. Nada satisface el furor de sus deseos, siempre renacientes á medida que se ven satisfechos, y corre de objeto en objeto, sin dejar virtud ni honor seguros.

Estrelas: sin embargo, contra algunas mugeres cristianas, que temian menos la muerte que la pérdida del tesoro de su castidad, y que desafiaban todas las violencias del tirano.

Sofronia, muger cristiana, casada con uno de los mas ilustres sanadores, tiene la desgracia por su hermosura de atraer las miradas de Magencio. Los satélites del tirano se presentan en su casa para conducirla ante el emperador; y el marido, bajo, vil, cobarde, permitia arrebatarse la presa. Pide Sofronia un momento para vestirse de una manera mas ele-

gante, y adórnase, y cuando se ve sola, toma un puñal y lo sepulta en su seno!

Roma, que en otro tiempo se había levantado y arrojado un tirano de su trono, cuando otra casta matrona, Lucrecia, había traspasado su pecho, huyendo de la violación de Tarquino, permanece tranquila; pero Magencio no se corrige, y persiste en su infame tiranía hasta el fin de su reinado. Abandonó la ciudad de Roma, como una ciudad tomada por asalto, al pillaje y la tiranía de sus soldados, haciendo perecer á los senadores y á los más ricos y principales ciudadanos de Roma, y no apoyándose más que en sus soldados, á quienes colmaba de riquezas, agotando con estas liberalidades las rentas públicas, concediendo á las tropas, como hemos dicho, una plena licencia, que le aseguraba ministros para la ejecución de todas sus violencias, no solamente en Roma, sino en la Italia entera, que se hallaba llana de las víctimas de su tiranía.

Para tan locos gastos no bastaban los recursos del tesoro público; fue preciso agregar las confiscaciones más injustas.

No faltaba á Magencio, para ser un monarca completo, sino la impiedad y la magia, y cuando se preparaba á la guerra contra Constantino, recurre á sacrificios abominables, en los que inmolaba mujeres en cinta y tiernos niños, para penetrar el porvenir en sus entrañas palpitantes, y para apartar con estas desgraciadas é inocentes víctimas, los males de que podía verse amenazado.

Horrible, pero verdadero, es el cuadro que hemos trazado de Magencio, parecía imposible sobrejarle en avaricia, su crueldad y en crímenes; pero en el Oriente había otro hombre que le superaba en su infame tiranía; este hombre era Maximino Daia. El desenfreno de sus licenciosas pasiones no se satisfacía sino por la violación de todas las leyes divinas y humanas.

En su lubricidad monstruosa nada respeta. No perdona ni á la misma emperatriz Valeria, hija de Diocleciano, mujer de Galerio, que probablemente á pesar de su edad habría aún conservado restos de su belleza; y refusingo rendirse á su pasión, la ofrece repudiar á su mujer para unirse con ella; pero á su negativa se enfurece el tirano, hace morir sus sucesos en los tormentos, confisca sus bienes, y la envía á los desiertos de la Siria con la emperatriz Prisca, su madre.

La hambre y la peste destruyaban sus provincias, y en medio de estos dos azotes del Altísimo, que despoblaban las ciudades y los campos, y que esperaban por todas partes la desolación, comienza el persecución contra los cristianos.

Apenas vuelve del Helesponto, cuando se cree afirmado en el trono por su tratado con Licinio, resuelve quitar á los cristianos la libertad que les concedía el edicto de Galerio. Para revocar este edicto, que había solemnemente dejado promulgar, aparenta con hipocresía verse escitado á ello, y dirige secretamente sus órdenes á las provincias, para que le envíen diputaciones que le insin, le entreguen y le apremien á que prohiba á los cristianos edificar iglesias en sus recintos, y el gobernador de la ciudad de Antioquia le hace ver los oráculos de Apolo por el que el dios exige que sus enemigos los cristianos sean arrojados de la ciudad y su territorio. De todas las provincias del imperio llegan simultáneamente

iguales demandas y á todas respondió el tirano con rescriptos favorables. Así comenzó la persecución, despues de seis meses de intervalo, desde principios de Mayo hasta fines de Octubre.

Entonces comenzaron también las calumnias contra los adoradores de Jesucristo. Se sobornaron mugeres prostituidas para que declarasen haber sido cristianas, y amenazadas por el tormento, confesasen, como por temor, que en las asambleas de los cristianos se verificaban grandes abominaciones, reavrándose así las acusaciones suscitadas contra el cristianismo en los primeros tiempos! Estas deposiciones redactadas en una forma auténtica, se envían con profusión á todas las provincias; así, á los tormentos contra los cristianos, añadía Maximino las calumnias!

Por una extraña contradicción, el tirano imita é introduce en el culto de los dioses, que se proponía reanimar, una gerarquía de pontífices y ministros, parecida á la de la Iglesia católica.

Entonces se vieron muchos mártires que ilustraron la fe de Jesucristo. Pedro de Alejandría, que administraba esta iglesia despues de doce años, habiendo pasado nueve de ellos en la persecución, tan recomendable por su ciencia como por su piedad, que había sabido mantener con una inflexibilidad santa los cánones de la Iglesia, es arrestado por Maximino en un viaje que hace á Alejandría, y sentenciado á muerte sin juicio alguno.

En aquella misma época son martirizados Fausto, Guio y Anonni, sacerdote de su iglesia; Esiquio, Pacomio y Teodoro, que ocupaban las sillas respectivas en la provincia, y un gran número de fieles en el Egipto y en la Palestina.

Entre las víctimas de Maximino, es la más célebre la virgen Catalina, de origen real, de inmensas riquezas, y de una belleza deslumbradora. Maximino la ve y la ama; la posesión de su belleza le preocupa; empero la virgen resiste sus propuestas, y le habla de cosas tan sublimes, con tal elocuencia y profundidad, que escuden á todo lo que había oído hasta entonces el bárbaro tirano. Incapaz de responder por sí mismo, imagina hacer venir á Alejandría los ocho sabios y retóricos más hábiles de sus provincias, y despues de verlos remollos presunta en medio de ellos á la virgen cristiana para que diserten con la misma sobre las altas materias de la religion.

El Espíritu Santo habla por boca de Catalina; sus palabras son tan convincentes, sus discursos tienen tanta fuerza, que los sabios se declaran adoradores de Jesucristo, de quien hasta entonces habían blasfemado. Condenados por el tirano á ser quemados vivos, marchan valerosamente al suplicio, acompañados por Catalina, que los sostiene hasta el último momento, y que les inspira la constancia de los mártires.

Esta escena singular, que refieren las leyendas antiguas, se halla pintada al fresco por Massaccio, en los muros de la capilla de la iglesia de San Clemente en Roma.

Maximino, cada vez mas enamorado de Catalina, poseído de un violento amor por su belleza, la promete, si quiere sacrificar á los ídolos, no solo perdonarla, sino levantarla hasta el rango de emperatriz. "Soy esposa de Jesucristo," le responde, y mi gloria, mi amor, solo el objeto de mis afecciones es él." Entonces el tirano, inflamado de cólera, la hace

azotar cruelmente; la arroja en un oscuro calabozo, en donde es visitada por los ángeles, que curan sus llagas, y al presentarse nuevamente delante de Maximino, cuando él la creía estenuada por el hambre, al verla, por el contrario, en todo el brillo de su salud, no puede menos de conmoverse, y pone en práctica todos los medios que su ardiente pision le sugiere para poder seducirla.

Despreciada nuevamente por la virgen su pasión, se convierte ésta en furor, y un suplicio compuesto de cuatro ruedas cruzadas de agudísimos clavos, que daban vueltas en sentido inverso unas de otras, debían hacerla mil pedazos; empero al momento de atarla en este cruel suplicio, la máquina se descomponió, rompióse las ruedas, y sus pedazos matan á un gran número de asistentes. Entónces el tirano, cansado de sostener una lucha inútil, la condena á ser degollada.

Tales son los detalles que resultan de la leyenda de Catalina, fundada en un hecho histórico. En el noveno siglo se descubrió en el monte Sinaí el cuerpo de una jóven que había sido sepultada de tiempo inmemorial, y que se había conservado incorrupto. Los cristianos de aquel lugar reconocieron en ciertos signos que era el cuerpo de un mártir, y los recuerdos, que no se habían borrado aún, de una virgen de Alejandría que había perecido en aquellos contornos, les hicieron creer que aquel cuerpo era el suyo, la llamaron *Catalina*, es decir, pura y sin mancha. Sobre estos recuerdos se compuso la leyenda. El culto de esta santa se espació bien pronto en toda la iglesia griega. La iglesia latina lo adoptó en el siglo XI.

Apolonio, á causa de su santidad extraordinaria, fué elevado al diaconado. En los días de prueba, visitaba sin cesar á sus hermanos, los exhortaba, los animaba, y muchos de ellos le debieron la corona del martirio. Arrestado él mismo, los paganos vinieron á insultarle á su prisión; entre ellos acudió un célebre ferozador de flauta llamado Filemon. A sus invectivas, Apolonio respondía con la mayor mansedumbre, rogando á Dios por su conversión; Filemon sintió en el corazón la acción de la gracia divina, se declaró cristiano, y sin perder un momento corrió al tribunal del juez, y se presentó delante de todo el pueblo. El juez Ariano le hace experimentar toda clase de tormentos, y sabiendo que su conversión es efecto de las palabras de Apolonio, llama á éste nuevamente á su tribunal, y lo condena con Filemon á la hoguera. Apenas colocados en ella, una nube llena de rocío se estendió sobre los mártires y estinguió el fuego. Admirados de este prodigio, el juez y los asistentes exclaman con voz atónita: «El Dios de los cristianos es el solo Dios, y el Dios inmortal!» Esto sucedía en la ciudad de Antinuas, en Egipto. El prefecto de Alejandría, hombre cruel, elige de entre sus oficiales los mas feroces, y les ordena que conduzcan encadenados á su presencia á los que habían manifestado el poder de Dios, y al juez mismo, á quien el milagro había convertido.

Durante el viaje, Apolonio, por inspiración divina, instruye en la fe á los que le conducen, y sus palabras son tan convincentes, que al llegar á Alejandría se ofrecen al juez con los prisioneros, confesando que eran cristianos. Estos nuevos convertidos se muestran tan firmes, tan inalterables en la fe, que el prefecto les hirió á todos arrojar en el mar, igno-

rando el impío lo que hacía, porque no fué la muerte, sino el bautismo que dió á los nuevos neófitos. Sus cuerpos fueron recogidos religiosamente por los fieles que allí habia conducido la caridad.

En Egipto vivian dos santos, Juliano y Basilea su mujer, que desde el mismo día de su matrimonio habian hecho voto de continencia. Sus bienes, que eran considerables, los consagraron al socorro de los pobres y de los enfermos, convirtiendo su casa en una especie de hospicio en que recibian separadamente á los hombres y á las mujeres, prodigándoles la mas generosa asistencia. Basilea presidia el hospicio de las mujeres; Juliano, cuya inmensa caridad le ha valido el sobrenombre glorioso de *el hospitalario*, el de los hombres.

Juliano sobrevive muchos años á su digna esposa, que muere en paz. Su ardiente caridad era una continua represion de los vicios y de la dureza de los paganos, y no podia escapar á los odios de la persecucion. En 313 recibe la corona del martirio en el imperio de Maximino. Con él fueron martirizadas Antonia, sacerdote, Anastasio, un niño llamado Ceiso y Marcionila, su madre. En toda la cristiandad se han levantado iglesias y hospitales bajo la invocacion de San Juliano y Santa Basilea.

Treinta y siete servidores de Dios fueron tambien martirizados en esta última persecucion de Maximino Daia.

Todos eran de un nacimiento ilustre, y divididos en cuatro secciones, se habian repartido las cuatro partes de la provincia para anunciar en ella la palabra de Dios, y llevar en medio de los groseros habitantes de los campos, casi todos idolatras, la luz del Evangelio. En medio de los mayores trabajos, del mas mal trato y de las mayores violencias, se consagraron á esta penosa mision, reconociendo todos por jefe á Paulo, digno por cierto de llevar el nombre del gran apóstol de las naciones, por su ardiente celo y por su caridad inmensa.

Instruido el gobernador de Egipto de los progresos que hacian estos misioneros apostólicos en medio de sus provincias, manda soldados que los arresten y los hagan comparecer en su presencia. Grande fué su turbacion al reconocer que todos ellos pertenecian á las primeras familias del Egipto. Deseoso de salvarlos, emplea la lisonja y las promesas para determinarlos á sacrificar á los dioses. Vanos fueron todos sus esfuerzos, los generosos confesores le pedian al contrario la muerte; y el tráfico juez, quiso, por lo mismo que formaban varias secciones, que muriesen tambien con varios suplicios. Condena al fuego á los que habian predicado la fe en el Oriente y Mediodía; hizo cortar la cabeza á los que habian llevado la palabra de Dios al Septentrión, y crucificar á los misioneros que fueron á los contornos occidentales.

Entonces San Antonio, á quien hemos visto abandonar la ciudad y retirarse al desierto, vino á Alejandría, deseoso de participar de la corona del martirio, para asistir á los mártires en los tribunales cuando habian sido condenados y acompañarlos hasta el lugar de la ejecucion. El juez, viendo su firmeza y la de sus compañeros, prohibió que ningun monge osase aparecer ante su tribunal, haciéndoles abandonar la ciudad. Algunos se ocultaron; empero Antonio se mostró mas audaz al dia siguiente, presentándose á la vista del juez en el momento en que iba al

tribunal. Su aflicción fué grande por no ser llamado al martirio; pero Dios tenía sobre él otros designios. Cuando el fuego de la persecución se aplacó, tornó nuevamente á su soledad.

El Asia presenta tambien sus mártires, inmolados por el furor de Maximino Daia. Entre los de la Fenicia vemos á Trianon, obispo de Tiro; Cenobio, sacerdote de Sidon, y Silvano, obispo de Mesa, venerable anciano que contaba ochenta años de episcopado.

En Nicomedia, Luciano de Samosate, sacerdote de la iglesia de Antioquia célebre á la vez por su ciencia, su elocuencia y su austeridad, es conducido ante el emperador Maximino, que á la sazón se encontraba allí, le presenta una apología de la religion cristiana y es conducido á la prision. Allí resiste la prueba mas terrible, el hambre, y para hacerle mas penosa y terrible, el tirano le hace presentar una opipara mesa, cubierta de viandas ofrecidas á los ídolos. Este espectáculo irrita el hambre que devora al mártir, pero permanece firme. Entonces el juez, desconcertado, le atormenta de mil maneras, y espira en el tormento el 7 de Enero del año 312.

En Nicomedia perece tambien San Basilio, obispo de Comana.

En Chalced, en la Tracia, San Methodo, obispo de Olimpo ó de Paphar en la Licia, trasladado despues á Tiro, á consecuencia de la muerte de Trianon, célebre por las obras que dejó escritas.

En la Palestina hubo tambien otros mártires. Pedro Balsamo, originario de Blonteropis, es presentado ante el juez Severo, que lo condena á ser crucificado, no pudiendo responder á las elocuentes palabras con que rechaza sus pífidas sugerencias.

Las minas se hallaban nestadas de confesores, que Maximino Daia habia hecho mutilar. Un rescripto llega, y ordena que se dividan en varias tropas, de las que una parte fué enviada á la isla de Chipre, otra al monte Libano, y para los que se habian dispersado en los diferentes cantones de la provincia, tienen órden los inspectores de las obras públicas para agobiarlos con trabajos y malos tratamientos. El intendente general juzgó á propósito elegir cuatro de entre ellos, y llevarlos, no ante el gobernador, sino ante el jefe militar. De estos cuatro, Nilo y Peiso eran obispos. Elias, el tempero, era sacerdote, y el cuarto tenia por nombre Patarnuthios; los cuatro rehusaron sacrificar y fueron quemados vivos.

Entre los confesores que habian sido distribuidos en los diversos trabajos de las minas, habia varios ancianos y enfermos incapaces de trabajar. En este caso se hallaba el anciano Silvano, obispo de Gaza, á quien es preciso no confundir con San Silvano, obispo de Mesa, del que hemos hablado. Estos eran todos los dias molestados y perseguidos.

Entre los egipcios condenados á las minas, se hallaba el admirable Juan, célebre por su gran virtud, y mas aún por su prodigiosa memoria. Habia perdido hacia largo tiempo la vista, y sin embargo, no habian dejado, al tiempo de enviarle á las minas, de arrojarse un ojo y mutilarle como á los demas. Este santo ciego poseia toda la Escritura santa, y la tenia de tal modo grabada en su corazon, que cuando la recitaba y se oía su voz sublime, cualquiera creia que la estaba leyendo. Hablaba como un profeta!

Todos aquellos ancianos venerables, mutilados y enfermos, pasaban sus dias y sus noches, aun en medio del rudo trabajo de las minas, en la oracion y en el ayuno. Dios les reservaba la corona del martirio, que recibieron siendo degollados todos en número de treinta y nueve, y en un mismo dia, por órden del tirano Maximino.

La medida de la tiranía y de la persecucion habia llegado á su colmo!!!



CAPITULO XVIII.

Comienzo entre Magencio y Constantino.—Importancia de esta guerra.—Cruz luminosa en el cielo.—El Egipto.—Conversion de Constantino y su familia.—Vicinas de Constantino.—Batallas y suerto de Magencio á las puertas de Roma.—Tránsito de Constantino.—Sus edictos en favor de los cristianos.—El papa Silvestre en el palacio de Letran.—Fundacion de San Juan de Letran, la primera iglesia de la cristiandad.—Arco de Constantino en Roma.—Estatua de Constantino con el Labarum en la mano.—Maximino forzado á hacer cesar la persecucion en sus Estados.—Fin de la persecucion de Diocleciano.—Entrevista de Constantino y Licinio en Milan.—Casamiento de Licinio con Constancia, hermana de aquél.

Dueño Magencio de un ejército formidable, embridado con su poder, forma el proyecto de destruir, uno despues de otro, á los tres emperadores, que se dividian el dominio del mundo, á quienes en su orgullo llamaba sus tenientes, quiere comenzar por Constantino, con el que, aunque nunca habia estado sinceramente unido, no habia tampoco jamas estado en guerra, pareciendo reconocerse mutuamente, al menos durante cierto tiempo, por colegas.

tribunal. Su aflicción fué grande por no ser llamado al martirio; pero Dios tenía sobre él otros designios. Cuando el fuego de la persecución se aplacó, tornó nuevamente á su soledad.

El Asia presenta tambien sus mártires, inmolados por el furor de Maximino Daia. Entre los de la Fenicia vemos á Trianon, obispo de Tiro; Cenobio, sacerdote de Sidon, y Silvano, obispo de Mesa, venerable anciano que contaba ochenta años de episcopado.

En Nicomedia, Luciano de Samosate, sacerdote de la iglesia de Antioquia célebre á la vez por su ciencia, su elocuencia y su austeridad, es conducido ante el emperador Maximino, que á la sazón se encontraba allí, le presenta una apología de la religion cristiana y es conducido á la prision. Allí resiste la prueba mas terrible, el hambre, y para hacerle mas penosa y terrible, el tirano le hace presentar una opipara mesa, cubierta de viandas ofrecidas á los ídolos. Este espectáculo irrita el hambre que devora al mártir, pero permanece firme. Entonces el juez, desconcertado, le atormenta de mil maneras, y espira en el tormento el 7 de Enero del año 312.

En Nicomedia perece tambien San Basilio, obispo de Comana.

En Chalced, en la Tracia, San Methodo, obispo de Olimpo ó de Paphar en la Licia, trasladado despues á Tiro, á consecuencia de la muerte de Trianon, célebre por las obras que dejó escritas.

En la Palestina hubo tambien otros mártires. Pedro Balsamo, originario de Blonteropis, es presentado ante el juez Severo, que lo condena á ser crucificado, no pudiendo responder á las elocuentes palabras con que rechaza sus pífidas sugerencias.

Las minas se hallaban nestadas de confesores, que Maximino Daia habia hecho matar. Un rescripto llega, y ordena que se dividan en varias tropas, de las que una parte fué enviada á la isla de Chipre, otra al monte Libano, y para los que se habian dispersado en los diferentes cantones de la provincia, tienen órden los inspectores de las obras públicas para agobiarlos con trabajos y malos tratamientos. El intendente general juzgó á propósito elegir cuatro de entre ellos, y llevarlos, no ante el gobernador, sino ante el jefe militar. De estos cuatro, Nilo y Peiso eran obispos. Elias, el tempero, era sacerdote, y el cuarto tenia por nombre Patamuthios; los cuatro rehusaron sacrificar y fueron quemados vivos.

Entre los confesores que habian sido distribuidos en los diversos trabajos de las minas, habia varios ancianos y enfermos incapaces de trabajar. En este caso se hallaba el anciano Silvano, obispo de Gaza, á quien es preciso no confundir con San Silvano, obispo de Mesa, del que hemos hablado. Estos eran todos los dias molestados y perseguidos.

Entre los egipcios condenados á las minas, se hallaba el admirable Juan, célebre por su gran virtud, y mas aún por su prodigiosa memoria. Habia perdido hacia largo tiempo la vista, y sin embargo, no habian dejado, al tiempo de enviarle á las minas, de arrojarse un ojo y mutilarle como á los demas. Este santo ciego poseia toda la Escritura santa, y la tenia de tal modo grabada en su corazon, que cuando la recitaba y se oía su voz sublime, cualquiera creia que la estaba leyendo. Hablaba como un profeta!

Todos aquellos ancianos venerables, mutilados y enfermos, pasaban sus dias y sus noches, aun en medio del rudo trabajo de las minas, en la oracion y en el ayuno. Dios les reservaba la corona del martirio, que recibieron siendo degollados todos en número de treinta y nueve, y en un mismo dia, por órden del tirano Maximino.

La medida de la tiranía y de la persecucion habia llegado á su colmo!!!



CAPITULO XVIII.

Comienzo entre Magencio y Constantino.—Importancia de esta guerra.—Cruz luminosa en el cielo.—El Egipto.—Conversion de Constantino y su familia.—Vicinas de Constantino.—Batallas y suerto de Magencio á las puertas de Roma.—Tránsito de Constantino.—Sus edictos en favor de los cristianos.—El papa Silvestre en el palacio de Letran.—Fundacion de San Juan de Letran, la primera iglesia de la cristiandad.—Arco de Constantino en Roma.—Estatua de Constantino con el Labarum en la mano.—Maximino forzado á hacer cesar la persecucion en sus Estados.—Fin de la persecucion de Diocleciano.—Entrada de Constantino y Licinio en Milan.—Casamiento de Licinio con Constancia, hermana de aquél.

Dueño Magencio de un ejército formidable, embridado con su poder, forma el proyecto de destruir, uno despues de otro, á los tres emperadores, que se dividian el dominio del mundo, á quienes en su orgullo llamaba sus tenientes, quiere comenzar por Constantino, con el que, aunque nunca habia estado sinceramente unido, no habia tampoco jamas estado en guerra, pareciendo reconocerse mutuamente, al menos durante cierto tiempo, por colegas.

Las estatuas de Constantino subsistían y eran reverenciadas en Roma, donde Magencio era absoluto soberano; pero la diferencia de los principios y de los caracteres de ambos era demasiado grande para que no produjese al fin una division. Magencio levanta el estandarte de la guerra; Constantino le representa la injusticia de su empresa, pero sus pasos son infructuosos; Magencio, tan hinchado de orgullo y tan lleno de ambicion como desnudo de talentos, desecha sus propuestas y rehúsa sus ofertas. No declara abiertamente la guerra á Constantino; pero provoca altivamente sus armas, haciendo destruir y tratar ignominiosamente en Roma sus estatuas. Este insulto era un acto marcado de hostilidad; y Constantino se determina entonces á llevar vivamente la guerra contra este enemigo tan audaz como despreciable; hasta vió este acto con alegría, porque en él halló un motivo plausible para libertar á Roma, esclavizada por un tirano detestable.

Para facilitar el éxito de su empresa se determina á no aguardar en las Galias, sino á marchar él mismo sobre el tirano, asegurándose antes de Licinio por un tratado, de que la mano de su hermana Constancia debería ser base y fundamento; y dejando cuerpos de tropas suficientes para la custodia de las fronteras, marcha rápidamente sobre la Italia.

Magencio por su parte se alia con Maximino; pero ni Licinio ni Maximino tomaron una parte activa ni ostensible en la lucha entre Constantino y Magencio, lucha de importancia inmensa, no por su duracion, no por los aprestos formidables ni las acciones de guerra que en ella hubo, sino por la milagrosa intervencion del cielo y porque marca la época de la conversion de Constantino, que vuelve la paz á la Iglesia y pone término á las persecuciones continuas con que habia luchado desde su cuna.

Con fuerzas muy inferiores, porque apenas contaba con cuarenta mil hombres, iba Constantino á combatir un ejército numeroso de mas de cien mil hombres; compuesto de soldados disciplinados y endurecidos en las fatigas de la guerra por el ánciano Maximiano.

Constantino conocia la enorme desproporcion de sus fuerzas, y la inquietud que le causa el éxito de su empresa atrevida, lo predispone á abandonar el culto de los ídolos impotentes y á conocer el verdadero Dios.

Hijo de un padre lleno de estimacion y afecion por los cristianos, Constantino habia heredado sus buenos sentimientos; las crueldades ejercidas sobre ellos por Diocleciano y sus colegas, le causaban el mayor horror habia presenciado la venganza que Dios habia tomado de Maximiano y de Galerio; y todas estas impresiones repetidas habian dispuesto su corazón en favor de los cristianos y del cristianismo, habiendo sido su primer acto en el poder, el procurar borrar los vestigios de la atroz persecucion que habian sufrido.

Conocia que no le era posible vencer sin una proteccion divina, y esta proteccion la suplió como podia hacerla un pagano que creia en la multiplicidad de los dioses; pero se dirige tambien al Dios de los cristianos, de quien su padre habia protegido los adoradores, y cuyo carácter celoso no conoce, porque Dios quiere ser honrado solo, porque el solo merece el culto de la humanidad.

Magencio empleaba los maleficios y la magia para procurarse el socorro del infierno contra Constantino; éste se dirige al Dios que no conocia aún sino de una manera imperfecta, y le conjura y le ruega que se le manifieste y declare su protector.

Dios escucha sus oraciones, dirigidas con un corazón sincero, no solo por él, sino porque ya habian llegado los tiempos señalados por la Providencia divina para la salvacion de la Iglesia.

Cuando aun se hallaba en marcha, cuando aun no habia llegado á las fronteras de la Italia, un dia cuando el sol comenzaba á declinar, Constantino ve en el cielo, encima del astro brillante del dia, la figura de una luminosa cruz con esta inscripcion: *In hac signo vinces*, por esta señal vencerás!

Su ejército fué testigo como él de este fenómeno milagroso, que asombró á todos los espectadores.

Constantino, aunque viviendo en medio de cristianos, aunque lleno de bondad por ellos, tenia tan poco conocimiento del cristianismo, que no comprende lo que significa esta cruz. Fué preciso que á la noche siguiente, en el sueño, Jesucristo se le apareciese, teniendo en la mano un estandarte sobre el que estaba trazada la misma cruz, y que le ordenase hacer otro semejante y llevarle en medio de las batallas como una bandera segura de la victoria.

La cruz reemplazó entonces á las imágenes de los falsos dioses sobre el Labaro, *Labarum* ó estandarte de los emperadores.

Constantino, sustituyendo el nombre de Jesucristo á las imágenes de los dioses del paganismo, queria apartar á sus soldados de un culto impio y conducirlos sin esfuerzo á la adoracion del verdadero Dios.

Esta preciosa bandera fué confiada á cincuenta guardias de la persona del emperador, elegidos de entre los mas vigorosos, mas intrépidos y mas piadosos; estaban encargados de rodearla, defenderla y de llevarla sucesivamente á medida que el que la llevase se cansara.

Constantino hizo ejecutar otras sobre el mismo modelo, pero no con la magnificencia que la primera, para que sirviesen de insignia militar á todos los cuerpos de las tropas de su ejército, y quiso tambien que sobre las armas, sobre los escudos y sobre los cascos de sus soldados, se grabase esta misma cruz.

Desde entonces la promesa que el Señor le habia hecho se verificó; y marcha de victoria en victoria.

Constantino quiere instruirse en los misterios del cristianismo, que se le revela con tan grande prodigio, y antes de abrazar la religion santa, llama á obispos que le instruyan en los artículos fundamentales de la creencia cristiana. Discordes están los autores sobre quién fué el prelado que tuvo la gloria de iniciarle en los misterios de la religion; pero todo hace creer que fué el célebre Dasio, obispo de Córdoba, uno de los mas grandes hombres de la Iglesia entonces; y los testimonios singulares de estimacion, de consideracion y de confianza que Constantino no cesa de prodigarle durante toda su vida, inducen á creer efectivamente que respetaba en él al apóstol de su conversion!

Constantino, cristiano, hace entrar á toda su familia en la verdadera religion, y hace educar en ella á sus hijos: Eutropia su suegra, viuda de

Maximiano Hércules, Fausta, su muger y Constancia su hermana, abrazan el cristianismo; pero su mas bella conquista es Helena, la madre de Constantino, la que á la práctica exacta de los preceptos del Evangelio, reúne una eminente piedad, descubre la cruz de Jesucristo, y mereció ser colocada entre los santos que venera la Iglesia católica.

La victoria precede á los ejércitos de Constantino. Susa, que es una de las llaves de la Italia y de los Alpes, aunque fuertemente defendida, se rinde en breve al poder de Constantino, él implora su clemencia. Constantino entonces, dueño del paso de Italia, se adelanta sobre Turin.

Allí le esperaba un ejército, y despues de una batalla sangrienta, lo vence, y se apodera de la ciudad. Marcha en seguida sobre Milan, en donde entra en medio de las aclamaciones de sus habitantes. Su clemencia le facilita sus conquistas: no era un enemigo victorioso á quien siguen el terror y la desolacion; las ciudades que se le someten bendicen su suerte, experimentando los efectos de su bondad.

El tirano Magencio manda nuevos ejércitos á su encuentro, que son en breve dispersados.

En Verona, Ruricio Pompeyano intenta detener á Constantino delante de esta plaza, y hacer de ella una barrera que contuviese los progresos rápidos del vencedor. Constantino sitia á Verona, admite la batalla que le presenta Ruricio, y destruye completamente su ejército con muerte del mismo general.

Constantino usa con moderacion de la victoria, no quita la vida á ninguno de los que le quedan sometidos; pero retiene á los soldados prisioneros de guerra, y siendo escaso su número para ser fácilmente guardados, hace fundir sus propias espadas convirtiéndolas en cadenas, y las armas que no habian podido servir para su defensa, sirvieron para asegurar su cautividad.

Aquilea, Módena, siguen el ejemplo de Verona, y todo el pais hasta Roma abre sus puertas á Constantino; pero Roma no era una fácil conquista si Magencio se hubiese obstinado en defenderse encerrándose en ella.

Allí Magencio, abrigado de sus murallas, hubiera sido invencible. Un espíritu de vértigo le hizo salir, envanecido con la promesa de los aruspices y los libros de las Sibilas, á quienes habia consultado, los que predican que en el combate que iba á darse peroceria el enemigo de Roma; respuesta equívoca que interpreta á su favor, no dudando que el que venia á atacar á Roma con un ejército debía ser mirado como su enemigo. Escitado tambien por los gritos del pueblo, que en los juegos circenses le habia reprendido su cobardía, sale de la ciudad á la cabeza de su ejército, y viene á acamparse á lo largo del Tiber, entre el puente Mulvio y las rocas encarnadas.

Allí prepara él mismo el instrumento de su perdicion; arroja sobre el rio un puente compuesto de dos partes, que no estaban unidas sino por unas clavijas de hierro que era fácil separar, y mediante lo cual el puente se dividia en dos pedazos, dejando vacío el medio de la corriente. Su plan era atraer á él á Constantino, dividir el puente en la ocasion crítica y anegar en las ondas del rio á su enemigo.

Para Constantino el combatir era la victoria. Así, se precipita con furor sobre su enemigo; pero Magencio se habia preparado muy mal; se habia reservado tan poco terreno, que las últimas filas de sus soldados tocaban al Tiber, y por poco que tuviesen que retroceder, parecian infaliblemente arrojados y precipitados en el rio.

Constantino en esta célebre jornada, llenó como de ordinario su deber de soldado y de general. Dispuso venturosamente su ejército, combatió valerosamente con su persona, y fué secundado por sus tropas, siempre victoriosas.

Las de Magencio eran numerosas y valientes; pero los faltaba un jefe; no encontraban en él que los mandaba ni habilidad, ni valor, ni presencia de espíritu y recursos; no podian, por consiguiente, disputar largo tiempo la victoria. Al primer choque rómpense las filas: los mas valientes mueren en el rio, que los coge desprevenidos, y de los que de propia intencion se arrojan á él, la mayor parte perecen tambien. Magencio mismo entra en el puente; pero sea por la multitud de los que por él pasan, ó sea por lo que quiera, el puente zozobra, se rompe, y todos los que se hallaban en él desaparecen bajo las ondas del Tiber; pocos escaparon á nado; Magencio se ahogó.

Era el 28 de Octubre del año 312, el mismo dia en que hacia seis años que Magencio se habia apoderado de Roma y vestidose lir púrpura imperial!

Otro de los perseguidores del cristianismo acababa de ser herido por la mano de Dios; y esa poderosa mano, que nada es bastante á detener, iba á buscar incansable los restantes!.....

Los romanos recibieron á Constantino como á un libertador, y su clemencia realizó su triunfo. El terror del nombre de Magencio era tan grande, que al pronto no habian querido los romanos creer la noticia de su muerte, temiendo su venganza; pero el cuerpo del tirano fué encontrado en la orilla del Tiber, y reconocido se le cortó la cabeza, que Constantino en su triunfo hizo llevar en la punta de una lanza, como una prenda de la libertad de los romanos. Este objeto, horroroso en sí mismo, era para el pueblo un signo de victoria y un motivo de transporte de alegría; y no contemplaba con menos avidez aquella cabeza pálida y sangrienta, que el rostro apacible del vencedor.

Ninguno de los triunfos de la antigüedad fué comparable con el de Constantino.

Delante de su carro no marchaban generales enemigos cargados de cadenas; pero toda la nobleza romana se veia libre de las que habia hasta entonces llevado; no se ahorraron bárbaros en las prisiones, pero salieron de ellas los varones consulares; no eran esclavos extranjeros los que decoraban esta festividad, sino Roma entera que se habia puesto en libertad; nada habia adquirido sobre sus enemigos; pero se habia recobrado á sí misma, y si no se habia enriquecido con ningún nuevo botín, habia dejado de ser presa de un tirano, y en cambio de la esclavitud que sufria habia recobrado los derechos del imperio! Los monstruos mas terribles del género humano se hallaban encadenados, la impiedad domada, la perfidia vencida y la audacia reducida á la impotencia; la tira-

nía, la crueldad, el furor y la licencia, cuyos excesos tanto había sufrido, habían desaparecido de Roma.

Uno de los rasgos más detestables de la tiranía de Magencio había sido una lujuria desenfrenada, que no respetaba ninguna ley, y que no tenía el menor escrúpulo en emplear la violencia cuando la seducción no bastaba. Constantino, siempre puro, siempre casto, no conocía más que los placeres permitidos; bajo su imperio ninguna mujer tuvo que arrepentirse de las gracias con que la naturaleza la había adornado; la belleza no era para él un atractivo de licencia, sino un ornamento del pudor.

Una amnistía general concedida por Constantino asegura la paz. Leyes severas castigaban á los delatores que habían juzgado el momento favorable para mostrarse nuevamente, denunciando á los partidarios de Magencio. El emperador llamó á los desterrados; hizo abrir las prisiones, prometió al senado devolverle su antiguo esplendor, y por reconocimiento este cuerpo le proclamó el primero de los Augustos, título que en vano reclamaba Maximino alegando su antigüedad.

El papa San Silvestre, que había visto las terribles vicisitudes de las guerras civiles; que sabía que los cristianos acusados incesantemente de las calamidades públicas eran de ordinario las víctimas expiatorias, se hallaba retirado sobre el monte Oreste, Soracte de los antiguos, había sido seguido por algunos sacerdotes de su iglesia, y vivía con ellos en las cavernas de esta montaña.

Al ver hombres armados que subían las sendas escarpadas, y que parecían buscar á alguno en aquellas soledades, creyó que era llegada para él la hora de recibir el martirio. Desde Sixto II, los papas, sucesores de este, en número de ocho, habían escapado al martirio, hasta allí considerado como el término de la carrera apostólica de los sucesores de Pedro; pero su existencia no había sido menos amenazada hasta el último momento, todos al subir sobre la silla pontifical aguardaban ser precipitados de la misma con la palma del martirio en la mano; y con justa razón, Silvestre, viendo á los soldados adelantarse hácia él, dirigiéndose á su cetro le dijo: "He aquí el tiempo favorable, he aquí llegado el día de la salvación."

Aquella tropa de soldados lo condujo á Roma á presencia del emperador Constantino, que lo colmó de honores, y poco después el refugio del monte Soracte fué á habitar el palacio imperial de Letran, llamado así por estar levantado sobre el lugar que ocupaba la casa de Plancio Laterano, que pereció en el imperio de Nerón.

En el palacio de Letran residieron los papas por espacio de mil treinta y seis años, desde que Constantino se lo cedió en 312. Á su lado construyó Constantino la magnífica basílica que se llama indistintamente de Constantino ó San Juan de Letran. Esta suntuosa y magnífica basílica ha atravesado tantos siglos, ha visto pasar millones de generaciones, que se han dispersado como el ligero polvo que levanta el aire; ha contenido en su sagrado centro cuatro concilios generales; sirviendo de sepulcro á la mayor parte de los venerables obispos que los compusieron. Sobre la puerta de esta iglesia-palacio, se eleva el balcón desde donde el papa da desde el tiempo de San Silvestre su solemne bendición *Urbi*

et *Orbi*, dos palabras que resumen el poder inmenso de la fe y de la caridad cristiana! La iglesia de San Juan de Letran es la catedral de Roma, y en ella sijo el papa su silla como obispo de Roma; es la iglesia primera de los cristianos, y así se lee sobre su fachada y sobre sus puertas.—*Basílica Lateranensis, mater et caput omnium ecclesiarum*.—*La basílica de Letran, madre y cabeza de todas las iglesias!*

Nosotros, en las dos distintas épocas que hemos estado en la ciudad eterna, en 1842 y 1848, errantes sobre aquella tierra extranjera, desconocidos viajeros, al entrar en aquel suntuoso templo, nos encontramos en nuestra cuna, sobre el seno de nuestra madre!!!

Tantas virtudes, reemplazando á tantos vicios, no podían menos de atraer la atención y la admiración sobre Constantino, como igualmente el respeto y amor de los pueblos. Así es que corrian de todas las partes de la Italia para ver con sus propios ojos al vencedor y el libertador del imperio, en quien las cualidades del corazón se hallaban realizadas por las ventajas personales, en quien unas maneras populares brillaban al lado de la dignidad imperial, y un vigor varonil sin dureza, en medio del brillo de su juventud.

El Africa, que Magencio había reconquistado y remitido á sus dominios el año anterior, se sometió gozosa á las leyes de Constantino; y en Roma y en todas partes, para eternizar su memoria, le prodigaron estatuas, escudos, coronas de oro y plata, y edificios consagrados á su nombre y á su gloria, aunque fueron dedicados por Magencio. La ciudad de Cirthea en Africa, tomó el nombre de Constantina; empero el monumento más hermoso y duradero de su victoria, el que ha llegado casi intacto á nuestro siglo, es el arco de triunfo que el senado y pueblo romano le decretaron, el más hermoso arco del mundo.—Para levantar este monumento al libertador de la ciudad, al fundador de la paz, como dice la inscripción que ofrece el frontispicio *LIBERATORI OMNIS, FUNDATORI QUIETIS*, se destruyó otro arco triunfal levandó siglos antes á un gran perseguidor de los cristianos. Se destruyó y mutiló el arco de Trajano, destrozando muchas de sus partes para adaptarlas á la nueva consagración á que se las destinaba.

Nosotros hemos pasado diversas veces por debajo de este arco suntuoso, alzado entre el *Palatino* y el *Colosseo*, y hemos podido observar que á pesar de la inscripción que anuncia su dedicación á Constantino, vencedor de Magencio, sus grandes bajos relieves y sus medallas de una exquisita y bella ejecución, representan acciones de guerra y las cacerías del emperador Trajano, y al lado de estas obras maestras del arte, otros bajos relieves, otros medallones consagrados á las victorias de Constantino, señalan la decadencia de las artes y del imperio romano.

Así, este arco de triunfo presenta la lucha de dos siglos y de dos Césares, de los que el uno, si bien sostiene la grandeza del imperio, se burla feroz en la sangre de los cristianos y retarda la civilización que llevaba el Evangelio, y el otro torna al imperio, fatigado con los crímenes de los tiranos, el reposo, y protege la religión de Cristo, que asegura al mundo la libertad y la civilización, que amenazaba la irrupción de los bárbaros, y que sin ella hubiera perecido en la edad media.

Lo esencial de la gloria de un príncipe cristiano, debía referirse á Je-

sueristo, á quien era deudor de tantos triunfos. Constantino cumple fielmente esta obligacion; no se envanece ni con los elogios que recibe, ni con los honores que por todas partes le tributan. Quiso que una estatua se le levantase en el lugar mas populoso de la ciudad, teniendo en su mano derecha una cruz con la inscripcion siguiente, que fuera un recuerdo eterno para los romanos: "Por este signo saludable, trofeo del verdadero valor, he libertado vuestra ciudad del yugo del tirano, y he restablecido el senado y el pueblo romano á su antiguo esplendor."

Aunque cristiano de corazón el vencedor de Magencio, juzgó que era necesario usar con el partido pagano de alguna consideracion; pero apenas habia entrado en Roma trató de sacar á los cristianos, sus hermanos, de la opresion en que yacian por espacio de diez años. Ya desde el principio de su reinado les habia concedido la libertad de conciencia, en posesion del mismo derecho encontró á los que habia conquistado sobre Magencio, y que Licinio, actualmente su aliado y su amigo, no podia dejar de proteger por su eficaz recomendacion. Quedaba Maximino, que habiendo interrumpido la persecucion contra ellos á consecuencia de los edictos de Galerio, hemos visto que despues la volvió á renovar con el mayor furor.

Constantino le miraba como su enemigo oculto; pero creyó que tendria que conformarse al voto de sus colegas; y con este objeto dió en Roma, en su nombre y en el de Licinio, un edicto por el cual, ampliando los favores precedentes, permitia á los cristianos tener publicamente sus asambleas y edificar iglesias. Envio su edicto á Maximino, que lo recibió con furor, porque aborrecia á los cristianos, y porque se veia forzado por sus colegas, á quienes consideraba mas bien como sus generales, á obrar de una manera contraria á las inclinaciones de su corazón. No conceder nada á Constantino hubiera sido declararle la guerra; tomó un partido medio; y en un rescripto dirigido á Sabino, su prefecto del pretorio, despues de haber recordado las disposiciones de Diocleciano y de Galerio, á quienes calificó de sus señores y padres, manifestando desde luego querer seguir su ejemplo en mantener el culto de los dioses del imperio, declaró que siendo muchos los cristianos que habia, y que si se destruyesen se privaria al Estado de una porcion de súbditos fieles, prohibia que se les hiciese sufrir ningun maltratamiento, manifestando además su intencion de que se les atrojese por dulzura al buen camino.

Falóme el alivio que la ciudad de Constantino encontró á los cristianos del Asia y del Oriente. Casos allí de hacerles la guerra; pero no se les dió la entera libertad de ejercer su culto religioso; y aún no se vieron exentos del peligro de una muerte violenta. Maximino no despreciaba ocasion de hacer arrojar secretamente algun cristiano al mar; pero las ejecuciones públicas cesaron, y las leyes eran formales prohibiendo toda violencia contra los cristianos.

Eusebio cuenta este año de 312 de Jesucristo, por el término de la persecucion ordenada por Diocleciano, y por la época final de la paz dada á la Iglesia; pero otros autores alejan este término hasta el tiempo de la ruina de Maximino y de Licinio, sobre cuya cabeza se hallaba levantada la espada vengadora de Dios!

Constantino, despues de haber permanecido cerca de dos meses en

Roma, á primeros de Enero del año 313 marcha á Milan, en donde celebra el matrimonio de su hermana Constantina con Licinio; y estos dos emperadores, que hasta entonces habian vivido en buena inteligencia, estrecharon mas intimamente su union por una alianza doméstica y personal.

Cuando aun se hallaban juntos en Milan, dieron un nuevo edicto en favor de los cristianos, para explicar y estender aquel que habian dado en Roma. Añadieron á él un importantísimo artículo, por el que les permitian entrar en pleito derecho, y sin pagar nada, en posesion de sus iglesias y de sus cementerios, de que habian sido despojados; y como estos lugares habian sido vendidos ó donados por los emperadores, y se hallaban en manos de los particulares, el edicto encargaba al fisco el indemnizar á los propietarios que viesesen á perder estas propiedades.

En este edicto, sin embargo, se encuentran espresiones poco católicas, pero conformes á las ideas de los paganos sobre la naturaleza divina; edicto sin duda de que Constantino se habia aún poco instruido en las verdades del cristianismo, ó de que llevaba mas adelante de lo justo su condescendencia por su colega, que jamas fué cristiano, y por los súbditos apegados á los antiguos errores.

Constantino no se detiene largo tiempo en Milan. A principios de la primavera del mismo año marcha á las Galias, amenazadas por los francos, y consigue sobre ellos un completo triunfo. Para escarmentarlos, Constantino despliega el mas terrible rigor.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

pre habían estado unidas, habiendo sido el único emperador que sobreviviendo á sí mismo había presenciado el juicio de la posteridad, y había visto caer sobre su memoria tantas humillaciones, como lisonjas y adulaciones acumuló sobre su cabeza durante el tiempo de su omnímodo poder.

Su corazón se vió herido en las más íntimas afecciones.

La suerte desgraciada de su muger Prisca y de su hija Valeria, le llenaron del más vivo dolor; Prisca y Valeria, que años antes habían sido débiles y habían á su insinuación abjurado la fe de los cristianos, llenando de luto y de dolor á la Iglesia con su apostasía, la justicia del Eterno debía también alcanzarlas. Habían gozado los honores debidos á su alto rango durante la vida de Galerio, á quien Valeria había dado la mano de esposa, y á cuya corte había pasado Prisca para acompañar á su hija.

Allí Valeria, más esclava que esposa de Galerio, vive encerrada en el fondo de su palacio, y no tiene más que una libertad, la de derramar lágrimas; su matrimonio, maldiceido por Dios, es estéril.

Galerio, al morir, recomienda su muger á Licinio, en quien tenía una grande confianza, de quien debía esperar todo, porque él era el bienhechor que le había sacado de la nada y elevádolo al poder; pero Licinio era un hombre perverso, y en lugar de respetar la viuda de aquel á quien todo lo debía, fundando sobre ella proyectos ambiciosos, intenta obligarla á que sea su esposa.

Valeria rehúsa su mano, y creyendo encontrar más seguridad cerca de Maximino, que era casado, se marcha á los Estados de este príncipe con su madre; pero se cegaba en sus esperanzas.

Maximino, cuyas pasiones no conocen freno, y que se proponía tal vez hacer valer los derechos de la hija de Diocleciano sobre todo el imperio, apenas la ve en su corte solicita unirse con ella por el matrimonio, ofreciéndola repudiar á su muger. Valeria, princesa virtuosa, y que de su antigua adhesión al cristianismo había conservado la severidad de costumbres, rechaza la propuesta de Maximino, y responde con firmeza que no podía oír sus palabras de amor cuando aun llevaba el duelo por su esposo, padre adoptivo de Maximino, que pretendía reemplazarle en el lecho nupcial. Maximino la ofrece repudiar su esposa, y la dureza de este sentimiento anuncia á Valeria una desgracia semejante si hubiese condescendido en su pretensión; Valeria cree además que una princesa de su rango no debía nunca pasar á segundas nupcias.

Irrítase Maximino con la negativa de Valeria, y se venga como un tirano; la despojó de sus bienes, le quitó las damas que la acompañaban, hizo condenar al último suplicio, bajo un pretexto falso de adulterio, á las que poseían todo su afecto y confianza; entregó á los más crueles tormentos á los eunucos que la servían, y la relegó con su madre á un desierto, cambiando continuamente para más molestarlas, el sitio á que las destinaba.

Valeria, desde el fondo de los desiertos de la Siria instruyó á su padre de lo que sufría.

Grande fué el dolor de Diocleciano; pide, insta, por cartas y por diputados, á que le envíen su hija, y nada pudo obtener, tuvo el dolor de

CAPITULO XIX.

La justicia de Dios sobre los perseguidores de la Iglesia.—Muerte dolorosa de Diocleciano á consecuencia de sus pesares.—Maximino atrae á Licinio.—Es vencido y muere horriblemente.—Licinio estermina su familia.—Muerte de Prisca y Valeria, esposa é hija de Diocleciano.—Constantino y Licinio se dividen el imperio.—Licinio anuncia una persecucion contra los cristianos; primero artificiosa, despues clara.—Mártires en el Ponto y en el Egipto.—Mártires de Sebaste.—Guerra entre Constantino y Licinio.—Victorias de Constantino.—Constantino entra en Nicomedia donde habia comenzado la persecucion de la Iglesia, y es reconocido por hijo de emperador.—Muerte de Licinio.—Traslacion de la corte á Constantinopla.—Donacion de Roma al papa.—Triunfo completo del cristianismo.

Habia llegado el momento de la paz de la Iglesia de Jesucristo. Maximiano, Galerio, Magencio, habian ya experimentado la justicia de Dios.

Gran justicia de Dios! . . . Dejemos pasar la justicia de Dios, que va á herir los perseguidores de su Iglesia que aun escapado aun de su poderoso brazo. Diocleciano, Maximino y Licinio!

Mientras Constantino triunfaba de los tiranos y de los bárbaros, Diocleciano sufría el castigo de la justicia divina por su odio al cristianismo en su retiro de Salona, en donde en vano han intentado algunos escritores pintárnlo tranquilo como un filósofo.

Diocleciano habia visto el advenimiento al trono imperial de Constantino, enviado por Dios á la Iglesia para enjugar sus lágrimas y sanar sus heridas. Su desesperacion fué horrible al saber que sus estatuas habían sido derribadas con las de Maximino Hércules, á las que siem-

verse en la impotencia, el que habia mandado todo el mundo, de sacar de la miseria y del cantiverio á lo que le era mas caro, á lo que mas interesaba su corazon.

A este pesar se reúne otro que acaba de abatirle.

Constantino y Licinio le invitan á venir á Milan para que presencie el matrimonio de Constancia, y se oculta con su vejez y sus enfermedades. Los dos emperadores le amenazan entonces, le acusan de haber favorecido á Magencio y de ser actualmente amigo de Maximino.

El orgullo de Diocleciano sufrió al verse á merced de Constantino, el favorecedor de los cristianos; pero el mayor de todos sus dolores era el ver que sus mismas crueldades habian acelerado el triunfo de la santa religion de Cristo.

Entonces cayó en un delirio, cuyo término no llegó sino con su hora postrera. En el silencio de la noche, voces acusadoras lo llamaban en su lecho; levantábase furioso, desgreñado, pálido, descarnado, la frente arrugada por la vejez y el terror. . . . Creíase aún Cayo Valerio, emperador siempre angustio, llamaba á sus guardias, vestíase con los ornamentos imperiales; pero recobraba intervalos de juicio para reconocer en sí al viejo Diocleciano. . . .

Diocleciano, caído, abandonado y visitado solamente en su miseria por los manes de los gloriosos mártires que habia entregado á los verdugos!!

Otras veces el culpable ninguno creia ver á Jesucristo sentado en su trono, próximo á juzgarlo; entonces se arrancaba los vestidos de púrpura que le cubrian, los pisoteaba juntamente con las insignias de su poderío eclipsado para siempre, y como si le estuvieran dando tormento esclamaba con desesperacion: "No soy yo quien lo ha hecho, sino los otros." Y una vez le respondia: "Los otros no eran mas que tus esclavos, no fueron sus brazos los que hirieron, sino tu palabra cruel. . . . Los reyes son responsables del llanto que viles carceleros hacen correr en los calabozos confiados á su custodia, como son responsables de la sangre que corre bajo el hacha de los verdugos. . . ."

Por mucho tiempo anheló vanamente Diocleciano la muerte, y para alcanzarla, tomó veneno, que le despedazó las entrañas sin realizar su fúnebre esperanza.

Su delirio llegó á tomar el carácter de la locura: los ojos se le saltaron de la cabeza á fuerza de golpearla contra las paredes. . . . En fin, Dios tuvo compasion de él, Diocleciano, triste ejemplo del castigo anticipado que á veces le place al Eterno enviar á los tiranos y á los perseguidores en este mundo, succumbió en medio de uno de aquellos violentos ataques. . . .

Murió lleno de remordimientos y perseguido por el recuerdo de las inauditas crueldades que habia mandado cometer.

Murió en su retiro de Salone, el noveno año de su abdicacion, á la edad de sesenta y ocho años, en el 313 de Jesucristo.

Licinio y Maximino, que le habian ofendido en vida, y á quienes no costaba nada honrarlo despues de su muerte, le colocaron en el rango de los dioses, prerogativa única, dice Eutropio, concedida á un hombre muerto en la condicion privada.

En esta apoteosis no tomó parte Constantino, que aun cuando no se hallaba aún bautizado, profesaba el cristianismo.

Este es tal vez el último paso que Licinio y Maximino dieron de concierto: á poco la guerra estalló entre los dos; y ocasionó una gran mudanza en el imperio.

313 al 324.—En tanto que Licinio se hallaba en Milan para celebrar su matrimonio, y mientras que Constantino marcha desde allí á someter á los francos, Maximino reúne en la Bitinia un ejército de sesenta mil hombres, se pone á la cabeza de ellos; pasa el estrecho sin obstáculo alguno, se apodera de Bizancio despues de un sitio de once días, rinde á Heracles, y marcha delante de Licinio, cuando éste se presenta á su encuentro para defender sus Estados.

Advertido este principe del peligro, abandona precipitadamente la Italia y marcha á Andrinópolis con unas pocas de sus tropas, desde allí reúne las mas inmediatas, y se presenta con fuerzas desiguales para combatir á su enemigo.

Marcha contra él, y en las llanuras entre Andrinópolis y Heracles, á pesar de la desigualdad de sus fuerzas, consigue una victoria decisiva; la mayor parte del ejército de Maximino perece, el resto lo abandona, y aquel desgraciado principe, reducido á disfrazarse de esclavo para ocultar su huida, no se cree en seguridad sino poniendo el mar entre él y su vencedor, y se retira á Nicomedia.

Permanece allí poco tiempo, y continuando su marcha hacia el Oriente, en Capadocia reúne algunas tropas, con las que se cree en estado de tentar de nuevo la fortuna.

Licinio pasa á Bitinia, y no persigue vivamente el fugitivo porque no podia escapársele: aun se hallaba en Nicomedia el 13 de Junio, dia en que hizo fijar el edicto que habia dado con Constantino en Milan para aminorar la libertad de los cristianos.

Diez años y cuatro meses hacia que Diocleciano habia hecho fijar en aquella misma ciudad el primer edicto de la terrible persecucion que habia pesado sobre el cristianismo!!

La paz de la Iglesia fué entonces general, absoluta.

Maximino mismo, reconociendo que los sacerdotes de sus falsos ídolos le habian engañado, descargó sobre ellos su cólera y asesinó á los que se hallaban mas inmediatos á su persona. En seguida hizo justicia á los cristianos, y publicó un edicto que les era muy favorable; pero su tardío arrepentimiento era tan falso como el de Galerio, la justicia divina le reservaba igual suerto que á aquel infame tirano.

No pudo desarman la justicia de un Dios justamente irritado.

A la aproximacion de Licinio, que se pone en movimiento para acabar la ruina de su rival, Maximino se retira á Tarso, en la Cilicia, dejando sus mejores tropas para guardar las gargantas del monte Tauro, sin que él tuviese valer para ponerse á la cabeza de estas tropas, su último recurso, su estrema esperanza.

Licinio, vencedor, las arrolla, y al saber Maximino su derrota no encuentra mas recurso que la muerte.

Llévase de vino y de comida para despedirse de los placeres, y toma un activo veneno; pero los alimentos de que habia cargado el estómago in-

piden que la operacion del veneno sea pronta, y no surte su efecto, ni le acelera la muerte, sino despues de los mas acerbos y crueles dolores: un fuego abrasador devora por muchos dias sus entrañas, y obra con tal fuerza, que lo seca, lo calcina, y lo convierte en un verdadero esqueleto. A fin de que su castigo fuese mas marcado y tuviese mas relacion con los crímenes que habia cometido, sus ojos se le saltaron de las órbitas, se quedó ciego, y creia ver á Jesucristo que se preparaba á juzgarle; en medio de sus dolores y del cruel delirio que le agita, pide perdon, y espira en los mayores tormentos del cuerpo y del alma, en el mes de Agosto del año de Jesucristo 313.

Licinio persigue desapiedadado y esterrina los ministros y los partidarios de Maximino; entrega al verdugo su muger, cómplice de su odio y crueldad contra los cristianos; á sus hijos, á todos los miembros, finalmente, de su familia.

Licinio lleva mas adelante su furor, no respeta á la familia misma de su bienhechor Galerio.

Das mugeres, cubiertas de miserables harapos, y que comen el pan de la compasion, acaban de llegar á Tesalónica. Una de aquellas mugeres era jóven todavía; la otra estaba próxima á sucumbir bajo el peso de los años; pero en los semblantes de ambas, apados por los padecimientos, se trasluce cierto aire de grandeza y de magestad. ¡Oh vicisitudes de las cosas de la tierra! ¡Oh terribles decretos de la Providencia! Aquellas dos mugeres que han llegado al último grado de la miseria han rodeado sus sienes con la corona imperial; aquellas dos mugeres son Prisca y Valeria, la viuda de Dioclesiano y la viuda de Galerio. Los soldados de Licinio las reconocen, y las llevan por fuerza al palacio á la presencia del tirano, que las persigue hace quince meses.

—Valeria! exclama con bárbaro acento y con una sonrisa infernal. Ya te tengo en mi poder, viuda de Galerio! Ya vais á pagarme tu madre y tú todo el odio que os profeso á ambas y á toda vuestra familia. Valeria, hace tres años negaste tu mano á Licinio; hoy Licinio te entrega al verdugo: miran esas dos mugeres! dijo; y madre é hija son conducidas al suplicio.

Luego que llegaron á la plaza de Tesalónica, en medio del pueblo esternecido en vista de su desgracia, al considerar de cuánta altura habian caído:

—Madre mia, dijo Valeria, el cielo me ilumina; el Dios de los cristianos es quien nos hiere y nos castiga. Nuestro crimen fué sin ejemplo; pero acaso nuestras desventuras lo moverán á la clemencia. Madre mia, en esta hora suprema, en esta hora de muerte, elevemos nuestra alma á aquel Cristo, á quien implorábamos antiguamente en las catacumbas! ofrezcámosle nuestra sangre que va á correr, y confesemos muriendo la justicia de nuestra muerte! tal vez lo conmovirá nuestro arrepentimiento, tal vez los desastres que hemos padecido en este mundo, nos granjearán la felicidad eterna en el otro.

—Hija mia! hija mia! responde la emperatriz. Ah! Dios, ese Dios, á quien tanto hemos ultrajado, es testigo de que voy á morir sin quejarme. ¡No muero contigo, hija mia! Si, si, tienes razon; imploremos á Cristo,

pidámosle que sea misericordioso con nosotros! Pidámosle sobre todo que no nos separe en la eternidad!

Pusieronse de rodillas delante de los verdugos, á quienes este espectáculo quitaba todo su furor.

El anatema habia cesado; el Eterno permitió que pudiesen acabar sus oraciones. Luego que hubieron terminado, se echaron en los brazos una de otra, y una celestial alegría iluminó sus rostros.

Luego les cortaron las cabezas y sus cuerpos fueron arrojados al mar. Así el ingrato y cruel Licinio se encargó de libertar á Constantino de todos aquellos cuyas pretensiones al imperio pudieran haberle embazado.

Entonces el imperio del mundo quedó repartido entre los dos emperadores, Constantino y Licinio.

Hasta entonces habian permanecido muy unidos; pero la oposicion de los caracteres y de los intereses los divide muy pronto. Constantino pidió á Licinio una particion igual de los Estados, y esta pretension fué el origen de la guerra.

Licinio no tenia mas que un solo pensamiento, el de abatir á Constantino. Para ello escita á la revolucion á Basino, cañado de Constantino; nombra un César llamado Valente, elegido de entre los oficiales de su ejército; y se hace el agresor en una guerra, cuyo resultado es ponerle despues de dos batallas perdidas, á merced de su vencedor, que á escepcion de la Tracia, le despoja de todas sus provincias de Europa, y le fuerza á confinarse en las del Oriente.

Constantino dió la ley; Valente fué depuesto y muerto por orden de Licinio, é hizo un tratado de que resultaba una paz de ocho años.

Pero el año 321 esta paz se altera; porque Licinio, que habia sido casi testigo ocular de las maravillas obradas por el Dios de los cristianos, que habia parecido animado del mismo celo que Constantino en sus favorecimientos, muestra que en el fondo de su corazon no es mas que un pagano endurecido, y que no aguardaba sino la ocasion de manifestar el odio que reservaba á los que habian protegido sus hipocritas edictos.

Desde entonces pacífico del Oriente, se declara abiertamente el perseguidor de los cristianos, mostrando en esto cuán poco le importaba conservar la amistad de Constantino, tan celoso por la religion de Jesucristo, y tan afecto á los que la profesaban.

Esta consideracion misma inspiraba sospechas á Licinio contra los cristianos; creia que cuantos habia en sus Estados eran adictos á Constantino, que deseaban tenerlo por dueño y soberano; no podia, sin embargo, acusarlos de sedicion ni rebelion; ningún cristiano refiere la historia que haya conspirado contra él mismo, ó que le haya negado la obediencia en las cosas temporales; pero él se persuadió de que lo aborrecian en su alma, y en consecuencia los aborrecia él mismo; y desde luego les hubiera declarado una guerra abierta, si no hubiera sido detenido por el temor á Constantino.

Arrojó de su palacio á todos los que profesaban la religion de Jesucristo; balanceándose entre dos sentimientos que se combatian mutuamente, toma un partido medio, y no osando infringir el mismo la ley que habia dado con su colega, concediendo á los cristianos el libre ejer-

cicio de su religion, resuelve, sin ordenar una persecucion, molestarlos, fatigarlos, aburrirlos, y causar los mismos efectos que con una persecucion brutal.

Antiguos oficiales de su palacio, no solamente fueron arrojados de sus puestos con ignominia, sino despojados de sus bienes, que fueron confiscados, y sus personas entregadas como esclavas á unos particulares, bajo cuyo dominio sufrian toda la indignidad de la esclavitud.

Prohibió á los obispos toda comunicacion entre sí; les prohibió visitarse los unos á los otros, y sobre todo, tomar asambleas y concilios para deliberar sobre los negocios comunes de las iglesias.

Para autorizar las calumnias infames que se propalaban contra los cristianos, este emperador, entregado á la licencia mas desenfrenada, manchado con infamia de adulterios, afecta un celo rígido por la pureza de las costumbres, y emprende reformar lo que no tenia necesidad de ninguna reforma.

Por una segunda ley prohibió que las mugeres cristianas se junten en las mismas iglesias que los hombres, y que vayan á las mismas instrucciones; queria que los obispos, en lugar de replicar por sí mismos los dogmas y misterios de aquella religion, enviara mugeres para catequizar á las mugeres. Este reglamento, factuosamente impracticable, tendia á privar de los conocimientos mas necesarios á la mitad mas preciosa del género humano.

Un tercer edicto ordena, que para la comodidad pública, las asambleas de los cristianos se tengan no dentro de las ciudades, y en lugares cerrados, sino en el campo al aire libre.

La falta de cumplimiento á estos decretos, ofrece á Licinio un vasto campo para quitarse la máscara, y mostrar todo su rigor contra la religion. Comienza por los que formaban la milicia de las ciudades, á los que manda sacrificar á los ídolos, ó ser espulsados de ellas.

Ataca en seguida á los obispos, no abiertamente, sino por medio de los gobernadores de las provincias, y fulminando contra ellos acusaciones atroces y calumniosas, los matraza, los aprisiona, y los condena á muerte. No se contentaba con los suplicios ordinarios; hacian pedazos sus cuerpos, y los arrojaban al mar para alimento de los peces.

Despues de la muerte del pastor, dispersábanse, como dice el Evangelio, las ovejas; y los bosques, las cuevas, las soledades volvieron á ser como en los tiempos de la persecucion de Diocleciano, el asilo de los santos.

En el Pontó principalmente, es en donde se ciega con mas furor su crueldad, y donde al mismo tiempo que corria la sangre de los obispos, se cercaban y demolian las iglesias.

Este fué el tiempo en que ocurrió la victoria gloriosa de los cuarenta mártires de Sebaste en Armenia (1).

(1) Los nombres de estos admirables mártires eran: Quirón, Cándido, Doana, Meliton, Doniciano, Eunocio, Sisinio, Eraclio, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasia, Valeriano, Eliano, Ecclitio, Acacio, Viviano, Juliano, Roviano, Elias, Theogulo, Cirilo, Flaviano, Severiano, Valerio, Chudion, Sacerdon, Prisco, Entiquio, Humerando, Amarago, Philoctemon, Accio, Nicolao, Lisimaco, Teofilo, Jantea, Agias, Leoncio, Esichio, Cayo y Gorgonio.

Estos cuarenta mártires, nacidos en los diversos contornos del Oriente, sirvieron todos en los ejércitos imperiales, todos se hallaban en la flor de la edad, todos eran de un valor experimentado, todos se habian distinguido en los campos de batalla, y eran conocidos y estimados de los emperadores, cuyas gracias habian recibido en la distribucion de los honores y grados legionarios.

Apenas Licinio publica el edicto por el que prohibe que los adoradores de Cristo pertenezcan al ejército imperial, y encarga de su ejecucion al prefecto Agricola, todos ellos unos despues de otros, se presentan al instante delante de su tribunal, no teniendo mas que una sola palabra en sus labios: "Soy cristiano!"

Desconcertado, confuso el prefecto, emplea la seducccion y la lisonja.

—¿Qué vais á hacer, les dice, por qué por una muerte prematura sacrificar tantos bellos años de esperanzas como os prometen aun los dioses? Unos guerreros valientes y distinguidos como vosotros, podran resolverse á morir como viles criminales?

No obtiene nada con estas palabras el prefecto, y entonces hace desplegar ante la vista de los generosos defensores de la fe los instrumentos de la tortura. Igualmente insensibles á las súplicas que á las amenazas, desecharon las promesas, y desafiaron los tormentos.

La altivez de los adoradores de Cristo enfurece al juez, herido en su orgullo, no menor que su crueldad. Resuelto á hacer morir aquellos cuarenta cristianos, imagina si podrá descubrir algun suplicio que haga esta muerte aun mas horrorosa, y cree encontrarlo.

Era en el rigor del invierno, el frio era intensísimo aquel año en la Armenia, y elige el dia mas rigoroso del invierno, ordenando que fuesen espuestos desnudos durante la noche sobre un estanque helado que se hallaba á corta distancia de la ciudad. Despojáronse los mártires ellos mismos de sus vestidos, y se adelantaron osadamente hácia la muerte que los aguardaba, exhortándose unos á otros á perseverar hasta el fin, bendiciendo al Señor que habia querido elegirlos para dar este testimonio de su santo nombre, y pidiéndola con fervor que pudiese que habian entrado cuarenta en la lista, no permitiese que uno solo dejase de recibir el premio; pero este voto no fué enteramente oido, porque el valor de uno de ellos no se sostuvo hasta el fin.

Un soldado que guardaba los cuarenta mártires, y á quien la violencia del frio habia forzado á buscar un abrigo en el lugar de los ejercicios, que se hallaba inmediato al estanque, tenia tambien orden de observar si alguno de entre ellos, daba señales de debilidad, en cuyo caso un baño caliente estaba allí preparado para recibir á los que implorasen perdon.

Uno solo sucumbió, y perdió por su cobardía la corona que estaba á punto de obtener. Salió del estanque, entró en el baño caliente, y la transicion rápida del frio al calor dió el castigo á su apostasia, porque fué tal la revolucion que obró en su sangre el cambio súbito de la temperatura, que espiró en el acto.

Esta corona que aquel acababa de perder, la ganó el soldado, quien admirándose del valor de los restantes, y viendo á los ángeles que descendian del cielo con las manos cargadas de coronas para distribuir á los mártires, excepto uno, lleno de admiracion se despoja de sus vestidos, y se

reuné á los otros treinta y nueve mártires exclamando: "Soy cristiano." Al día siguiente, conservando aún la mayor parte de ellos un resto de existencia, manda el prefecto Agricola que los arrojen á todos en una hoguera, y allí fueron consumidos.

Algunos años antes, el 316, este mismo Agricola había hecho perecer á San Blas, obispo de Sebaste, y el ilustre San Nicolás, obispo de Mira en la Licia, estaba también reservado para el martirio; pero no fué libertado de la prision en que se hallaba hacia mucho tiempo, sino despues de la victoria de Constantino sobre Licinio.

Instruido Licinio de que uno de sus mas hábiles generales, Teodoro, gobernador al mismo tiempo de una de sus provincias, profesaba la religion cristiana, le hizo cortar la cabeza en Heraclea del Ponto, capital de su gobierno.

No eran solos los cristianos los que tenian que quejarse de las persecuciones y arbitrariedades del gobierno de Licinio; todos los vicios le dominaban á este tirano: la impudencia, la avaricia, la crueldad. Aquí mil vejaciones odiosas sobre el pueblo; allí violencias cometidas contra mugeres recomendables por su virtud y su rango; mas allá la destitucion de sus puestos de las primeras cabezas del Estado.

Este príncipe bárbaro llevó al olvido todo sentimiento de humanidad, hasta castigar la compasion de los infelices; así es que por una ley espresa sometió á penas muy graves á los que procurasen algun consuelo ó llevasen alimento á los presos.

Un príncipe de este carácter, que había emprendido la destrucion del cristianismo, no se hallaba dispuesto á detenerse en su camino.

Tirano al igual de Magencio, despues de haber trabajado durante tres años se preparaba al principio del año 323 á dar el último golpe con un edicto de persecucion semejante á los de Diocleciano, ó mas riguroso aún, cuando Constantino vino á poner término á tantos horrores.

Bastante insensato Licinio para atacar á Constantino, que diariamente le escribía para que evitase la persecucion con que oprimía á los adoradores del verdadero Dios, bajo el frívolo pretexto de que en sus guerras contra los bárbaros había violado su territorio, emprende la guerra.

Constantino ponía siempre su principal confianza en el trofeo de la cruz, que hacía llevar á su cabeza; y quiso que le acompañasen en esta guerra los ministros sagrados y los obispos, á quienes miraba como los guardianes de su alma.

Licinio al contrario, redobla su celo por la idolatría; multiplica los sacrificios á los dioses; consulta los adivinos, los oráculos y los magos; hace de su querrela una querrela de religion, y juntando en un bosque sagrado los principales oficiales de sus tropas, mientras que por otro lado hacía correr la sangre de gran número de víctimas, declara que procurará vengar los dioses del imperio ultrajados, y que tomaba el éxito de esta guerra por árbitro, y por juez entre ellos y el Dios de Constantino.

Que poder desair con tanta mas seguridad el cristianismo, cuanto que su ejército era mucho mas fuerte y numeroso que el de su adversario. La escuadra de Licinio se componía de cuatrocientos cincuenta buques de guerra, y su ejército de tierra de ciento cincuenta mil hombres de infantería, y ciento cuarenta mil caballos.

Apostó su escuadra á la entrada del Helesponto, y él marchó á Andrinópolis á la cabeza de su ejército.

Constantino sabía vencer, derrotó el ejército de tierra, destruyó la flota, pasó de Bisancio á Calcedonia, y venció por segunda voz á su rival cerca de Crisópolis.

De ciento treinta mil hombres que le quedaban, cien mil fueron prisioneros ó muertos; el resto se dispersó, y él mismo tuvo que huir á Nicomedia, no teniendo mas recurso que la dolorosa esperanza de postarse á los pies de su vencedor y obtener de él la vida. Emplea para esto las súplicas de su muger, hermana de Constantino; no podía mas que la vida, y le fué prometida á condicion de que renunciaria á todas sus pretensiones al imperio y que se entregaria á discrecion de su cuñado y vencedor.

Constantino llega á Nicomedia, á aquella ciudad en cuyo palacio se había educado al lado del terrible Diocleciano, aquella ciudad donde había comenzado la persecucion del cristianismo, y donde iba á terminar para siempre.

Licinio sale á su encuentro, despojado de la púrpura imperial; le llama su señor, su amo, y abraza sus rodillas.

Constantino le reitera la promesa que le había hecho, y le envía á Tesalónica; pero no le deja allí gozar largamente de la vida que le había concedido; y al año siguiente, acusado y convencido de haber mantenido inteligencias con los bárbaros, es estrangulado.

Su memoria fué condenada por una ley de Constantino, que le trata de tirano y que rompe todas sus ordenanzas.

Hemos visto estendersa la justicia de Dios sobre todos los perseguidores de su Iglesia; todos sucesivamente fueron subiendo al cadalso de su justicia, y el mundo todo quedó consagrado á una causa!

Constantino reina solo; la cruz triunfa; los soldados de Cristo habían combatido durante tres siglos, antes que los príncipes de la tierra se inclinaron delante de ella y doblegasen sus rodillas ante el Crucificado.

Constantino, dueño del mundo entero, había tenido tiempo de estudiar las verdades importantes del cristianismo, y se propuso nada menos que sustituirle al paganismo.

Esta empresa gigantesca no podía menos de desconcertarle con un número infinito de sus súbditos, y de alterar la base civil de la nación; pero el emperador Constantino, despues de haber vencido sucesivamente á todos sus colegas, tenía el brazo bastante firme para contener á sus súbditos descontentos y para quebrar las viejas divindades: contuvo á los unos, quebró las otras.

Tenia, por otra parte, una vasta inteligencia para inaugurar un culto nuevo, ea medio de una multitud de cultos que se destruían los unos por los otros, y lo inauguró.

Ocho siglos se levantaban amenazadores delante de Constantino: Constantino los hundió dentro de la fosa donde yacía el cadáver de Licinio!

Sin embargo, no bastaba solo la benevolencia del emperador para servir eficazmente á la causa de la religion cristiana; era preciso una larga diversion al espíritu y á la opinion pública.

La division del imperio entre dos Augustos y dos Césares, habia habituado á los romanos á ver á sus principes soberanos tan pronto en Treveris, tan pronto en Milan, tan pronto en Nicomedia.

Constantino pensó que la fundacion de una nueva ciudad, y de una ciudad lejana, seria el mejor auxiliar de estas innovaciones y de su política. Fija su eleccion sobre Bisancio, célebre ya antes de la era vulgar por el paso de Jemonte, por las luchas que habia provocado entre los atenieses y los espartanos, y célebre, ademas, por la vigorosa resistencia que habia opuesto el emperador Severo. Estiendo en todos sentidos las proporciones de esta ciudad, y hace de ella la sede del imperio.

Roma es donada al pontifice de los cristianos, comenzando para el vicario de Jesucristo el poder temporal que asegura su independencia; el poder temporal que ha sido un hecho constante en la historia desde entonces, que ha sido respetado por todos los conquistadores, y contra el que en vano se alza hoy una impotente revolucion!

La ciudad de Roma habia comenzado por antiguas ceremonias etricas; Constantinopla comenzó por un pensamiento religioso y social enteramente nuevo. Para realizar la civilización que el cristianismo habia introducido, no habia otro partido que tomar sino sumir la en las piscinas bautismales, donde los hijos de Jesucristo se purificaban.

Noticia increíble para los romanos fué el saber que iban á ser á su vez lo que tantos otros pueblos habian sido con respecto á ellos por muchos siglos, una especie de municipio; pero Dios habia hablado, las generaciones humanas no tenian mas que obedecer!

Así el cristianismo, que habia conquistado los pueblos, conquistaba los reyes á su vez; así aspiraba simple y fuerte á la monarquía universal.

Constantino acababa por primera vez de manifestar el plan estenso de la idea y del pensamiento que habia concebido para la religion de Jesucristo.

El senado y todos los que en las grandes ciudades contribuian á decidir las grandes medidas públicas, habian asociado sus simpatias á las del emperador al levantarle un arco de triunfo por la derrota de Magencio, como cediendo á la divinidad toda la grandeza de su genio.

De todas partes acuden á Constantino; en todas partes secundan sus planes. Destruyense los antiguos templos y se reemplazan por iglesias; en todas partes se habitan á la clemencia con los apóstoles de una religion que tanto habian maldecido, y que habian regado con arroyos de sangre.

Los pueblos en sus instintos son tan firmes y seguros cuando pueden obrar libremente, siguiendo el movimiento comenzado desde el trono, que despues de tantos siglos perdidos en las lecturas idolátricas, entran á verlas desplegadas en los oceanos de la verdad.

Roma sola resistia. Roma fué abandonada, y una brillante capital se alzó en el Oriente.

La religion nacional se cambió sin sacudimientos, sin revolucion alguna; el politeísmo privado de aquel apoyo cayó por sí mismo, y sus débiles gemidos fueron sofocados por el grito universal de un ejército victorioso agrupado al rededor de la cruz.

La bandera de la libertad del mundo fué la cruz, antes signo de opro-

bio y de infamia. La cruz fué la vara de Moisés que ablanda la dureza de Faraon, y le sumerge en las ondas. En vano las potestades de la tierra se ligan para sostener al mundo en servidumbre y proscibir la cruz. La cruz fué y será plantada sobre los palacios de las potestades de la tierra.

Esos discipulos, esos apóstoles, esas vírgenes tímidas que hemos visto desafiar heroicamente la muerte y los tormentos, la llevaron teñida en su sangre hasta los últimos confines de la tierra. La cruz prendió con hondas raíces en ella, y la vamos brillar sobre la corona de los reyes, en lo alto de las torres, en medio de los caminos y de las plazas públicas; preside en los tribunales, en las asambleas de los legisladores, respaldado en el pecho de los valientes escapados al peligro de la guerra, forma el mas bello adorno en el cuello de las mugeres, protege la cabafia del pobre, tiene un lugar distinguido en los palacios de los poderosos, cubre el sepulcro de nuestros padres, cubrirá el nuestro, y resplandecerá triunfante en el último día del juicio en manos de la victima del Gógotha, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo!!!

CAPITULO XX.

CONCLUSION.

Nosotros hemos visto en el curso de esta obra á la Iglesia de Cristo, pobre, perseguida, multiplicando sus prosélitos á pesar de todos los obstáculos; nosotros la hemos visto salir de la Judea sin recursos, sin autoridad, sin fuerzas, sin ciencia, establecerse por solo la virtud y la paciencia en los tormentos; calumniada por los judíos, así como por los sacer-

La division del imperio entre dos Augustos y dos Césares, habia habituado á los romanos á ver á sus principes soberanos tan pronto en Treveris, tan pronto en Milan, tan pronto en Nicomedia.

Constantino pensó que la fundacion de una nueva ciudad, y de una ciudad lejana, seria el mejor auxiliar de estas innovaciones y de su política. Fija su eleccion sobre Bisancio, célebre ya antes de la era vulgar por el paso de Jemonte, por las luchas que habia provocado entre los atenieses y los espartanos, y célebre, ademas, por la vigorosa resistencia que habia opuesto el emperador Severo. Estiendo en todos sentidos las proporciones de esta ciudad, y hace de ella la sede del imperio.

Roma es donada al pontifice de los cristianos, comenzando para el vicario de Jesucristo el poder temporal que asegura su independencia; el poder temporal que ha sido un hecho constante en la historia desde entonces, que ha sido respetado por todos los conquistadores, y contra el que en vano se alza hoy una impotente revolucion!

La ciudad de Roma habia comenzado por antiguas ceremonias etricas; Constantinopla comenzó por un pensamiento religioso y social enteramente nuevo. Para realizar la civilización que el cristianismo habia introducido, no habia otro partido que tomar sino sumir la en las piscinas bautismales, donde los hijos de Jesucristo se purificaban.

Noticia increíble para los romanos fué el saber que iban á ser á su vez lo que tantos otros pueblos habian sido con respecto á ellos por muchos siglos, una especie de municipio; pero Dios habia hablado, las generaciones humanas no tenian mas que obedecer!

Así el cristianismo, que habia conquistado los pueblos, conquistaba los reyes á su vez; así aspiraba simple y fuerte á la monarquía universal.

Constantino acababa por primera vez de manifestar el plan estenso de la idea y del pensamiento que habia concebido para la religion de Jesucristo.

El senado y todos los que en las grandes ciudades contribuian á decidir las grandes medidas públicas, habian asociado sus simpatias á las del emperador al levantarle un arco de triunfo por la derrota de Magencio, como cediendo á la divinidad toda la grandeza de su genio.

De todas partes acuden á Constantino; en todas partes secundan sus planes. Destruyense los antiguos templos y se reemplazan por iglesias; en todas partes se habitan á la clemencia con los apóstoles de una religion que tanto habian maldecido, y que habian regado con arroyos de sangre.

Los pueblos en sus instintos son tan firmes y seguros cuando pueden obrar libremente, siguiendo el movimiento comenzado desde el trono, que despues de tantos siglos perdidos en las lecturas idolátricas, entran á verlas desplegadas en los oceanos de la verdad.

Roma sola resistia. Roma fué abandonada, y una brillante capital se alzó en el Oriente.

La religion nacional se cambió sin sacudimientos, sin revolucion alguna; el politeísmo privado de aquel apoyo cayó por sí mismo, y sus débiles gemidos fueron sofocados por el grito universal de un ejército victorioso agrupado al rededor de la cruz.

La bandera de la libertad del mundo fué la cruz, antes signo de opro-

bio y de infamia. La cruz fué la vara de Moisés que ablanda la dureza de Faraon, y le sumerge en las ondas. En vano las potestades de la tierra se ligan para sostener al mundo en servidumbre y proscibir la cruz. La cruz fué y será plantada sobre los palacios de las potestades de la tierra.

Esos discípulos, esos apóstoles, esas vírgenes tímidas que hemos visto desafiar heroicamente la muerte y los tormentos, la llevaron teñida en su sangre hasta los últimos confines de la tierra. La cruz prendió con hondas raíces en ella, y la vamos brillar sobre la corona de los reyes, en lo alto de las torres, en medio de los caminos y de las plazas públicas; preside en los tribunales, en las asambleas de los legisladores, respaldada en el pecho de los valientes escapados al peligro de la guerra, forma el mas bello adorno en el cuello de las mugeres, protege la cabaña del pobre, tiene un lugar distinguido en los palacios de los poderosos, cubre el sepulcro de nuestros padres, cubrirá el nuestro, y resplandecerá triunfante en el último día del juicio en manos de la victima del Gógotha, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo!!!

CAPITULO XX.

CONCLUSION.

Nosotros hemos visto en el curso de esta obra á la Iglesia de Cristo, pobre, perseguida, multiplicando sus prosélitos á pesar de todos los obstáculos; nosotros la hemos visto salir de la Judea sin recursos, sin autoridad, sin fuerzas, sin ciencia, establecerse por solo la virtud y la paciencia en los tormentos; calumniada por los judíos, así como por los sacer-

dotes paganos y un populacho fanático; perseguida por príncipes omnipotentes, que á la vez emplean contra ella la seducción y la tortura; dividida por las heregias y las locuras de sus partidarios, se ha levantado al fin triunfante en medio de los mas terribles obstáculos. ¡Tanto habia envejecido el mundo! tanta necesidad tenia de una regeneración!

Lo que no habian podido hacer Licurgo, ni Solon, ni Sócrates, su divino discípulo, Antonio ni Marco-Aurelio, el cristianismo lo hizo.

Tuvo que combatir la educación y las costumbres, las preocupaciones arraigadas; pero llevando en su seno una civilización avanzada, cambia la faz del globo, mejorando la suerte de los hombres. Las costumbres, las leyes, la filosofía, las letras, las artes, las ciencias, iban todas á obedecer el imperio de la nueva religion.

La Iglesia habia soportado sus males con valor; se habia glorificado, se habia ennoblecido en su infortunio: su lucha en la adversidad habia verificado sus raíces; su victoria iba á esponerla á nuevos combates; la prueba de la persecucion habia concluido; pero iban á comenzar nuevas luchas para la Iglesia. . . .

En el centro de la civilización, sobre esta tierra donde las artes y las ciencias parecen haber ensanchado los límites de lo posible, aqui, esta autoridad santa, sin armas, sin guardias pretorianas, lucha: hace diez y nueve siglos contra las corrupciones del mundo; delante de ella se inclinan todas las frentes. . . . En ella reconocemos nosotros nuestra verdadera madre, el manantial donde bebimos en nuestros primeros años.

Semejante á un gigante, á quien unos niños tratan de derribar, esta autoridad venerable permaneció en pie, inmóvil siempre, y su sola inmovilidad es su victoria.

Nosotros la habíamos, pues, exclamando de lo mas profundo de nuestro corazón: Creemos como buenos españoles, en la Iglesia una, santa, católica, apostólica, romana, creemos en la sucesión no interrumpida de sus doctores y de sus apóstoles, porque creemos en Dios, porque hemos visto la impotencia de las diversas escuelas filosóficas que han dominado al mundo, y porque la religion es el único vinculo que puede reunir los hombres.

En efecto, bajo todos los soles y en todos los pueblos, ya de los existentes, ya de los que el tiempo ha lanzado á la nada, civilizados ó bárbaros, encontramos un altar. El indio nos enseña sus pagodas, el musulmán sus minaretes, el cristiano sus iglesias. Removamos las entrañas de la tierra, y en el antiguo suelo de Atenas y de Roma encontraremos fragmentos esparcidos de sus templos, rotas columnas, estatuas de los dioses mutiladas. Sobre todo, consultemos la historia y ella nos revelará el triunfo de la Iglesia católica sobre todas las religiones. Y para que no se diga que la Iglesia vino á la sombra á propagar mas segura su doctrina á favor de los tiempos bárbaros y de ignorancia, en medio de la mayor civilización es cuando aparece el cristianismo. En medio de los sabios planta sus reales Jesucristo. Nace, es verdad, en un pesebre, en un establo; pero tiene por testigo el gran siglo de Augusto, el mas bello de todos los siglos despues del de Pericles.

A fin de probar al mundo que la religion y la Iglesia podian existir aun sin la civilización, esa civilización brillante desaparece, y la barbarie

que le sucede, despues de haber destruido todos los monumentos de las artes y del saber, vio fortificarse la fe, crecer y propagarse por el mundo.

Al contrario de las épocas que han destruido, la edad media ha edificado, y nosotros, poco fieles á las gloriosas tradiciones de lo pasado, hemos derribado en el frenesi de la revolucion, monumentos que respetaron los siglos, y que levantaron á la Iglesia la piedad de nuestros padres.

La doctrina de la Iglesia ha resuelto en beneficio de la humanidad, los problemas á que no alcanzó nunca la filosofia.

Volvamos la vista atrás y recorramos los sistemas que dominaron al mundo antes de la aparicion de la Iglesia católica.

Los primeros genios observadores quisieron ver solo con los ojos de la razon todas las cosas, descubrir con solo su auxilio la verdad ó falsedad de ellas, y de afirmativa que fué en un principio la filosofia, se convirtió en escéptica, y despues en negativa.

Algunos siglos antes de Jesucristo hubo un pueblo que se distinguió entre todos los demas por el brillo de sus luces, por el esplendor de su civilización, la Grecia.

En este pais apareció un hombre que arrojando una mirada escrutadora y penetrante sobre la religion de su pueblo, la vió desfigurada con groseras supersticiones y emprendió la difícil empresa de tornarla á su primitiva pureza: este hombre, que comprendió los sufrimientos generales de la humanidad y tuvo el valor de venir á su socorro, tiene uno de los nombres mas ilustres que han honrado la tierra. Era Sócrates, que elige sus primeros discípulos entre la juventud de Atenas, entre la que brillaba Alcibiades, uno de los mas grandes capitanes de aquella república. El filósofo miraba el culto de las falsas divinidades de la Grecia. Sus sacerdotes se amotinaron, concitaron contra él las pasiones de la multitud ignorante, y le hicieron condenar á muerte; muerte que ha escitado la indignacion general, cuya impresion dura aún al través de tantos siglos; sí, la posteridad mas remota maldecirá para siempre á los jueces inicuos que hicieron beber á Sócrates la cicuta.

Este sabio fué victima del odio ciego de los malvados; pero muy pronto, por una especie de venganza del cielo, y á fin de que la verdad no quedase sin intérprete, Platon nace de la muerte de Sócrates; Platon, que sus contemporáneos, y despues los padres de la Iglesia, han llamado el *Divino*, y que aun hoy es el solo hombre que está en posesion de este glorioso dictado.

Cuanto existía en su tiempo sobre la tierra, instituciones civiles, políticas ó religiosas, todo ha desaparecido, y entre nosotros, como en otro tiempo en la antigua Atenas, aun se dice el *Divino Platon!* Sin cesar los padres de la Iglesia le citan con honor é invocan su testimonio.

Platon proclamaba altamente la unidad de Dios, la existencia de un mundo invisible, del que este solo es una figura, quería que el hombre se inclinase incessantemente á aproximarse al Ser supremo, purificando su corazón al mismo tiempo que su alma se pudiese en comunicacion con Dios por medio de la oracion. En efecto, jamas el mundo habia oído lecciones mas sublimes de moral de la boca de un hombre. ¿Cuál ha sido la última palabra de este gran filósofo? "Es preciso que venga

alguno del cielo, para instruirnos y revelarnos la verdad; entonces solamente nos será dado poseerla.

¡Sócrates y Platon! ¡qué nombres! Seguramente la filosofía no puede producirlos mas grandes, y podria decirse de ellos con razon lo que de Hector el poeta latino: "Si Troya hubiese podido salvarse lo hubiera sido con tales defensores. *Trojaque nunc staret!*"

Al acusar la insuficiencia de la filosofía para alumbrar y dirigir al hombre, Platon en su alta sabiduría prevé la suerte que aguardaba á su escuela, y los hechos justificaron plenamente su prevision.

En efecto, á pesar de la sublimidad de su doctrina, á pesar de todo el brillo de su talento, la escuela afirmativa de Sócrates y de Platon nada ha fundado.

Apenas baja Platon á la tumba, cuando otra escuela muy diferente, la escuela escéptica, le sucedió, fluctuando entre el sí y el no, entre la afirmacion y la negacion, vacila, titubea, camina incierta, y tan pronto se inclina á la derecha como á la izquierda; en una palabra, duda de todo. Esta confusion, este laberinto de ideas y de sistemas que se destruyen y escrutaban reciprocamente, viene á resumirse en Ciceron, que fué uno de sus mas brillantes representantes.

En fin, la escuela negativa viene osada y audaz á recoger el cetro de la despuerta escuela de los escépticos, esperando que á su vez una fuerza sobrenatural venga á reducir á polvo. Lucrecio es su brillante y triste expresion. En su poema de *Rerum natura*, de la naturaleza de las cosas, predica todas las galas, todo el lujo de su poderosa imaginacion para establecer, el *quod est*. . . . Que nada exista fuera de este mundo visible, que este mundo que aparece á nuestra vista es la obra del acaso, que el hombre mismo, este rey de la creacion, el mas admirable y bello de los fenómenos del mundo, no es otra cosa que un polvo, vil salido de la nada, donde temprano ó tarde debe inevitablemente volvier.

Dividida en tres campos enemigos se hallaba la filosofía, cuando apareció el cristianismo para salvar el mundo, lanzó su poderoso soplo sobre esa multitud de opiniones, y han desaparecido y reinó solo y sin oposicion.

Después de tres mil años la filosofía buscaba fuera de la fe católica la solucion del problema del hombre. ¿Qué consiguieron sus inútiles esfuerzos? ¿Qué sus infatigables investigaciones? ¿Qué nos ha enseñado sobre el origen del hombre, sobre su fin, su destino, la doble sustancia que le sustituyó sobre esos terribles contrastes que presenta el hombre, sobre esos sentimientos generosos que lo elevan al cielo, sobre esos innobles sentimientos que lo rebajan hasta el nivel del bruto? ¿Qué nos han dicho sobre este profundo misterio? Nada, absolutamente nada. Tan pronto esta razon soberbia ha dicho que el hombre lo era todo, que la creacion suera no era mas que una modificacion del ser individual del hombre, tan pronto ha declarado que era una masa orgánica, tan pronto ha dicho que el hombre era un sueño, un mito, un fantasma, un enigma desefrable, y la conclusion que se ha sacado es la de Epicuro: "Vivamos, comamos, porque mañana moriremos."

La Iglesia al contrario, por medio de la fe y de sus doctrinas, ha dado á todas estas importantes cuestiones una solucion clara y terminante.

Así, una palabra que ilumina la parte primordial del hombre, es la palabra de Dios Creador, cuando recogiendo en sí mismo, hagamos, dijo, el hombre, hagámonse á nuestra imagen y semejanza. ¡Ved por qué el hombre es grande! Lleva impreso el sello de Dios que lo ha criado. Cuando la inteligencia del hombre se desarrolle bajo el imperio de la fe, no hay verdad, por alta que sea, á que no pueda alcanzar, puede aun llevar la idea de lo infinito.

El hombre, contemplado á la antorcha de la fe, ya no nos ofrece ningun misterio, comprendemos por qué esas dos sustancias, el espíritu y la materia, se reúnen en él, comprendemos que Dios ha querido hacer del hombre un compendio del universo, el núcleo de la creacion. Mas una revolucion profunda sobreviene en su poder. El rayo hierde á este rey de la creacion, el águila se ha trasformado en buho y se arrastra en las tinieblas de su decadencia. ¿Será eterna su desgracia? No: él se levantará en Jesucristo. El gran nombre de Cristo aparece y se disipan las dudas; el hombre es iluminado. La fe, después de habernos dado la mas alta nocion de Dios, de nuestras relaciones sobrenaturales con él, abre aun el horizonte á nuestras inmortales esperanzas. Hijos de la Iglesia, sabemos hoy que iremos á donde existe su jefe invisible, que iremos á su gloria, que se rasgarán los velos que cubren hoy los misterios revelados.

La Iglesia aparece en la ciudad de los Césares. Lucha, y lucha por tres siglos, pero al fin triunfa. ¡Destroñamos los dioses del Olimpo!

Las ciencias en la antigüedad recibieron un rápido impulso con el espíritu apostólico y renovador. Por do quiera de donde desaparece el cristianismo se alza de nuevo la ignorancia y la servidumbre.

La Iglesia católica crece con la civilization y marcha con el siglo. Uno de los caracteres de la perpetuidad que le está prometida, es el de ser siempre del siglo que va pasar, sin pasar ella jamas.

Durante quince siglos, el mundo vivió sin oposicion alguna en el cristianismo.

Vergonzosa de su derrota la filosofía después de tan largo sueño, emprendió recoger por mano de sus recientes apóstoles, el poder que se le habia escapado. Pero el trabajo se hizo en sentido inverso, el movimiento filosófico que habia comenzado por la afirmacion en los antiguos, comenzó en los modernos por el escepticismo. ¿Y por qué? Porque en tanto que los antiguos fueron impotentes para establecer verdades que siempre les fallaban, el cristianismo habia anunciado al mundo la verdad plena, clara, palpable, y siendo el cristianismo la mas alta, la mas brillante, la mas estensa de las afirmaciones, el arma natural con que debian esperar conover poco á poco esta inmutable certidumbre era la duda.

Esta nueva faz de la filosofía debió de ser, y fué en efecto, escéptica. Su mas famoso órgano fué BATTLE, el autor tristemente célebre del Diccionario que lleva su nombre, y en el que tuvo el capricho de burlarse de todas las opiniones, de todas las creencias, destruyendo las unas por las otras sin cuidarse de edificar nada sobre sus ruinas.

De las cenizas de la moderna escuela escéptica, se levantó entre nosotros y en la vecina Francia la filosofía negativa, que tuvo gran séquito en Europa durante la última mitad del siglo pasado, y que se personificó

en el mas illustre, nos engañamos, en el mas célebre de los hombres de aquel tiempo: FRANCISCO MARIA ARQUET DE VOLTAIRE.

Sin embargo, la accion disolvente de esta escuela debia producir una reaccion: por eso en medio de la corrupcion del siglo XVIII, del seno de esa atmósfera desecada por el soplo árido de la duda, un hombre se ha levantado solo contra su siglo. Este hombre no ha dejado un nombre puro como Platon; pero ha tenido mas valor que él en la lucha, porque luchaba solo contra todos. No era un cristiano completo; pero en cambio de sus vicios, de sus errores y extravíos, creia firmemente en esas grandes verdades en que se apoyan todas las religiones, en la existencia de Dios, en la espiritualidad é inmortalidad del alma, en una vida futura, vida de recompensa para los buenos y de penas para el malo.

Asustado de las ruinas que amontonaban en derredor de sí los filósofos de su tiempo, protestó con solemne energia contra sus disolventes doctrinas, y su pluma los anatematizó en sus páginas ardientes de elocuencia. Este hombre, que todos nuestros lectores habrán nombrado, no deberíamos escribir tal vez su nombre en esta obra eminentemente católica. Lo nombraremos, sin embargo, porque cuando un hombre, aunque impuro, aunque culpable, ha hecho alguna cosa buena, es justo, es convenientemente reconocerlo y proclamarlo en alta voz. Y bien, ese hombre se llamaba JUAN JACOBO ROUSSEAU! ¿Qué consiguió este hombre de la disolución de su época? Nada; fué arrastrado él y los otros por el torrente devastador, y cayó con ellos en el abismo inmenso, de donde no salió la Europa hasta que confundió sus doctrinas.

Sócrates y Platon, los mas dignos intérpretes de la antigua escuela afirmativa, enseñaban su doctrina cuando los templos de las divinidades de la Grecia permanecian aun en pie; cuando el incienso humeaba en sus altares, aunque decayendo su culto, el escepticismo comenzaba á introducirse en las masas del pueblo. Noble fué la empresa que emprendieron de asentar sobre sus restos una creencia filosófica. Empero despues de la aparicion solemne del cristianismo, á cuya luz y bajo cuyo impulso habia caminado el universo durante tantos siglos, osar sustituir á su inmortal doctrina una enseñanza filosófica, era la mas insigne de las locuras, la mas audaz de las temeridades. Esto explica sin trabajo y naturalmente la diferencia de suerte que la posteridad reserva á los antiguos y modernos filósofos. ¿Quién osará comparar los unos con los otros? ¿Qué hermoso nombre el de Platon! ¿Qué nombre tan desacreditado el de Rousseau!

Ya no hay escepticos. El escepticismo ha muerto: apenas cuenta en nuestra católica España algunos pocos representantes entre los ancianos de otra época, mas dignos de compasion que de vituperio, que en su juventud respiraron el aire infecto del siglo XVIII, y que han permanecido tan atrasados en política como en religion. La juventud española no es esceptica, la juventud cree en la religion de sus padres. El movimiento de nuestra época es un movimiento regenerador. En la juventud hay una fuerza vital, una savia generosa que no se encuentra en igual grado en edad alguna; hay en ella inmensas disposiciones para sostener la verdad.

La juventud cree, la juventud espera, la juventud ama; cree, espera y

ama naturalmente, porque en el curso de las revueltas políticas, ha sido engañada bajo seductores nombres y no ha visto edificar nada, y si destruir. Ardiente, impetuosa, podrá tener sus extravíos; pero ha abrazado con entusiasmo el sostener la fe de sus abuelos.

Así, en estas grandes y solemnes épocas en que Dios quiere regenerar el mundo, es por la juventud por donde comienza. El primer sitio tocado por su dedo augusto, es el corazón de la juventud; allí deposita su verdad. Entonces se ven brillar en la juventud virtudes que no conocieron los ancianos, y Dios se complace en contemplar esas frentes puras, donde rasplandece la aureola de la verdad, porque un reflejo suyo ha aparecido sobre ellas.

Así la generacion presente no es menos celosa en defender la libertad constitucional de la España, que es una de las necesidades del siglo y de la época en que vivimos, que en defender las libertades de la Iglesia, porque la Iglesia tambien tiene sus libertades.—La libertad de la fe, la libertad de su enseñanza, la libertad del santo sacrificio, la libertad de conferir la gracia por los sacramentos, la libertad de perpetuar su gerarquía, segun la estableció Jesucristo.

Cinco libertades que no perecerán jamas, porque son de derecho divino y de derecho natural. Porque la verdad, la gracia, la virtud, no pertenecen esencialmente sino á seres inteligentes; son, pues, esencialmente del órden espiritual; y por todas partes el poder que de ellos dispone es espiritual.

Así la generacion presente ha recibido con entusiasmo la reconciliacion de la España con el jefe supremo de la Iglesia, de quien le habia divorciado por quince años la revolucion!

Así ha acogido con el mas puro júbilo su union con el pontifice.

Hay un lugar en el universo, donde se siente mas que otra parte alguna la necesidad de esta union, donde se experimenta una de esas emociones indefinibles; debajo de la cúpula de San Pedro de Roma. No sabremos decir lo que hemos sentido las dos veces que lejos de nuestra patria, en esa gran catedral del mundo, bajo esa cúpula única en el universo, bajo ese panteon, que el genio de Miguel Angel suspendió en los aires, al levantar nuestros ojos á su prodigiosa elevacion, encontramos estas palabras de Jesucristo dirigidas á un simple pescador: estas palabras trazadas en letras de oro que coronan el entablamento interior: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo ecclesiam meam, et dabo tibi claves regni caelorum.*

La España ha respondido con un grito de dolor y de indignacion, como la cristiandad entera, al grito de sedicion y de ingratitud que ha lanzado de Roma al pastor supremo de la Iglesia, al gran Pio IX, y por restablecerle en su trono pondrá su corazón, sus brazos, sus tesoros!

El catolicismo triunfará de la revolucion, porque el catolicismo triunfante de los romanos, de los bárbaros, de los hereges, de la filosofía del siglo XVIII, ha permanecido en pie en medio de tantas ruinas, porque asentado está sobre la mano de Dios, y lo que Dios tiene en su mano no lo suelta jamas.

Semejante á esas altas pirámides edificadas por los Faraones, la Igle-

sia católica es una pirámide divina, cuyos fundamentos tocan á las entrañas mismas de la verdad, cuya cumbre se lanza á los cielos.

Esta pirámide ha sido edificada por una mano que á todo cuanto ha hecho le ha impreso el sello de la eternidad.

Los sectarios de la herejía han intentado en vano desmoronar algunas piedras; pero rechazados en su estéril trabajo, han ido á perderse en las insondables soledades de la duda y del error.

Tampoco han podido ni podrán nada las revoluciones con sus escándalos, con sus máximas, con sus desórdenes contra la Iglesia, porque está escrito que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno!

En nuestro primer viaje en 1841 á la capital del mundo cristiano, al pisar la tierra santa de las catacumbas, concebimos la idea de escribir la lucha del cristianismo con los dioses del decrepito Olimpo.

En nuestro segundo viaje en 1848, en el que hemos sido testigos oculares de la revolución que ha derribado [esperamos que por poco tiempo] el poder temporal del pontificado, ese poder que hemos visto en nuestras páginas alzado por Constantino y aumentado después por Carlo-Magno, hemos terminado la historia de la lucha de los mártires de la fe.

Opala que esta obra, en que hemos depositado los principales resultados de nuestras exploraciones, no sea inútil á las gentes piadosas, y que sobre todo no contenga nada contrario á la fe, á la Iglesia, á cuya gloria hemos consagrado nuestros estudios y tareas. Si algun error hubiera podido deslizarse en nuestras páginas, arrebatados por el entusiasmo de una imaginación ardiente y escribiendo en medio de las agitaciones políticas del mundo, humildemente lo retratamos!

Roma 8 de Diciembre de 1848.

El Conde de Fuhrberg.

INDICE.

PROLOGO. Bajada del autor á las catacumbas de Roma y su vista.—Idea y bosquejo de esta obra.—Descripción histórica de las catacumbas.	II
INTRODUCCION.	
CAPITULO I. Persecucion por los judios.—Principios del cristianismo.—Estado religioso del mundo.—Los apóstoles.—Sus escritos.—Nueva era de Jesucristo.—Predicacion de los apóstoles.—Persecucion de los judios.—Tolerancia de los romanos con los cristianos.—Vida comun de los cristianos.—Institucion de los diaconos.—Viajes de los apóstoles.—Simon Maga, convertido al cristianismo.—Esteban, primer mártir.—Conversion de San Pablo.—Sus viajes.—Primer concilio de Jerusalem.—Imperio de Tiberio, Caligula y Claudio.—Caracteres de los diez y ocho primeros años del cristianismo.	1
CAPITULO II. Caracteres de la doctrina de los cristianos.—Establecimiento de los obispos.—Viajes de San Pedro y San Pablo á Antioquia.—San Pedro vuelve á Roma.—Expulsion de los judios y los cristianos de Roma.—Carácter de la abstinencia de San Pablo.—Malos que ataca.—Mudanza introducida por el cristianismo en la condicion de los esclavos.—En la condicion de la mujer.—Viajes de San Pablo.—Su predicacion en Tracia.—En Atenas.—En Corinto.—En Efeso.—Su vuelta á Jerusalem.—Su prision.—Es conducido á Roma.—Su libertad.—Viaje de San Pedro.—Dispercion de los apóstoles.—Mártirio de Santiago el Menor.—Primeras herejías en la Iglesia.	12
CAPITULO III. Persecucion de los romanos.—Neron.—Primera persecucion del cristianismo.—Izquierda de Roma.—San Pablo vuelve á Roma.—Confesion y muerte de Simon Maga.—Mártirio de San Pedro y San Pablo.—Innumerables mártires.—Cuán útil fué el martirio al cristianismo.—Revolucion de Judas.—Rebelion contra Neron y su muerte.—Osita, Otob, Vitelio, emperadores.—Vespasiano proclamado en Judas emperador.—Sitio y destrucion de Jerusalem.—Consideraciones sobre sus ruinas.—Flavio emperador.	26
CAPITULO IV. Segunda persecucion del cristianismo bajo Domiciano.—Nerva, emperador.—Tercera persecucion bajo Trajano.—Actas de los mártires.—Mártirio de San Simeon, obispo de Jarausalen.—Carta de Plinio á Trajano.—Mártirio de San Ignacio.—Adriano emperador.—Herejías.—Los gnósticos.—Apologías del cristianismo.—Carta de Adriano á favor de los cristianos.—Mártirio de Santa Sinfona y sus siete hijos.—Muerte de Adriano.—Cuarta persecucion del cristianismo bajo Antonino.—Mártires.—Herejías de Marcion y Apolonia.—San Justino, filósofo cristiano.—Su apología del cristianismo.—Suspension de la persecucion.—Muerte de Antonino Pio.	37
CAPITULO V. Marco Aurelio, emperador.—Persecucion de los cristianos.—Apología de San Justino.—Su martirio.—Mártirio de San Policarpo.—Milagro de la legión Fulminante.—Apo-	

sia católica es una pirámide divina, cuyos fundamentos tocan á las entrañas mismas de la verdad, cuya cumbre se lanza á los cielos.

Esta pirámide ha sido edificada por una mano que á todo cuanto ha hecho le ha impreso el sello de la eternidad.

Los sectarios de la herejía han intentado en vano desmoronar algunas piedras; pero rechazados en su estéril trabajo, han ido á perderse en las insondables soledades de la duda y del error.

Tampoco han podido ni podrán nada las revoluciones con sus escándalos, con sus máximas, con sus desórdenes contra la Iglesia, porque está escrito que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno!

En nuestro primer viaje en 1841 á la capital del mundo cristiano, al pisar la tierra santa de las catacumbas, concebimos la idea de escribir la lucha del cristianismo con los dioses del decrepito Olimpo.

En nuestro segundo viaje en 1848, en el que hemos sido testigos oculares de la revolución que ha derribado [esperamos que por poco tiempo] el poder temporal del pontificado, ese poder que hemos visto en nuestras páginas alzado por Constantino y aumentado después por Carlo-Magno, hemos terminado la historia de la lucha de los mártires de la fe.

Opala que esta obra, en que hemos depositado los principales resultados de nuestras exploraciones, no sea inútil á las gentes piadosas, y que sobre todo no contenga nada contrario á la fe, á la Iglesia, á cuya gloria hemos consagrado nuestros estudios y tareas. Si algun error hubiera podido deslizarse en nuestras páginas, arrebatados por el entusiasmo de una imaginación ardiente y escribiendo en medio de las agitaciones políticas del mundo, humildemente lo retratamos!

Roma 8 de Diciembre de 1848.

El Conde de Fuhrberg.

INDICE.

PROLOGO. Bajada del autor á las catacumbas de Roma y su vista.—Idea y bosquejo de esta obra.—Descripción histórica de las catacumbas.	II
INTRODUCCION.	
CAPITULO I. Persecucion por los judios.—Principios del cristianismo.—Estado religioso del mundo.—Los apóstoles.—Sus escritos.—Nueva era de Jesucristo.—Predicacion de los apóstoles.—Persecucion de los judios.—Tolerancia de los romanos con los cristianos.—Vida comun de los cristianos.—Institucion de los diaconos.—Viajes de los apóstoles.—Simon Maga, convertido al cristianismo.—Esteban, primer mártir.—Conversion de San Pablo.—Sus viajes.—Primer concilio de Jerusalem.—Imperio de Tiberio, Caligula y Claudio.—Caracteres de los diez y ocho primeros años del cristianismo.	1
CAPITULO II. Caracteres de la doctrina de los cristianos.—Establecimiento de los obispos.—Viajes de San Pedro y San Pablo á Antioquia.—San Pedro vuelve á Roma.—Expulsion de los judios y los cristianos de Roma.—Carácter de la abstinencia de San Pablo.—Malos que ataca.—Mudanza introducida por el cristianismo en la condicion de los esclavos.—En la condicion de la mujer.—Viajes de San Pablo.—Su predicacion en Tracia.—En Atenas.—En Corinto.—En Efeso.—Su vuelta á Jerusalem.—Su prision.—Es conducido á Roma.—Su libertad.—Viaje de San Pedro.—Dispercion de los apóstoles.—Mártirio de Santiago el Menor.—Primeras herejías en la Iglesia.	12
CAPITULO III. Persecucion de los romanos.—Neron.—Primera persecucion del cristianismo.—Izquierda de Roma.—San Pablo vuelve á Roma.—Confesion y muerte de Simon Maga.—Mártirio de San Pedro y San Pablo.—Innumerables mártires.—Cuán útil fué el martirio al cristianismo.—Revolucion de Judas.—Rebelion contra Neron y su muerte.—Osita, Otón, Vitelio, emperadores.—Vespasiano proclamado en Judas emperador.—Sitio y destrucion de Jerusalem.—Consideraciones sobre sus ruinas.—Flavio emperador.	26
CAPITULO IV. Segunda persecucion del cristianismo bajo Domiciano.—Nerva, emperador.—Tercera persecucion bajo Trajano.—Actas de los mártires.—Mártirio de San Simón, obispo de Jerusalen.—Carta de Plinio á Trajano.—Mártirio de San Ignacio.—Adriano emperador.—Herejías.—Los gnósticos.—Apologías del cristianismo.—Carta de Adriano á favor de los cristianos.—Mártirio de Santa Sinfona y sus siete hijos.—Muerte de Adriano.—Cuarta persecucion del cristianismo bajo Antonino.—Mártires.—Herejías de Marcion y Apolonia.—San Justino, filósofo cristiano.—Su apología del cristianismo.—Suspension de la persecucion.—Muerte de Antonino Pio.	37
CAPITULO V. Marco Aurelio, emperador.—Persecucion de los cristianos.—Apologías de San Justino.—Su martirio.—Mártirio de San Policarpo.—Milagro de la legión Fulminante.—Apo-	

logía de los cristianos.—Heretia de Montan.—Condenación de los montanistas.—Sobleración en las provincias contra los cristianos.—Mártires en las Galias.—San Pottin.—Santa Blandina.—San Eppidia.—San Alejandra.—Muerte de Marco Atrallio.—Comodusa, emperador.
—Cesa la persecución.—Mártirio del senador Apolonia.

CAPITULO VI. Pertinax y Diálo Juliano, emperadores.—Septimo Severo, emperador.—Acrecentamiento de los cristianos.—Palmas de la Iglesia.—Severo favorable al cristianismo, cambia sus disposiciones.—Quinta persecución de la Iglesia.—Fertilliano.—Análisis de un célebre apología.—Se cede en la herejía.—Mártires sicilianos.—Mártirio de Santa Felicitas, Perpetua y compañeros.—Mártires de Alejandría.—Mártirio de Santa Potuliana y Basildes.—Mártires de las Galias.—Caracalla y Geta, emperadores.—Macrina, emperador.—Eligibabab, emperador.—Introducción en Roma de los cultos de Oriente.—Severo Alejandro, emperador.—Protege decididamente el cristianismo.—Leyéndose las primeras Iglesias.—Los juramentos hacen algunos mártires.—Mártirio de Santa Cecilia.—Muerte de Severo.

CAPITULO VII. Maximino, emperador.—Sexta persecución de la Iglesia.—Mártires.—Santa Bárbara.—Tratado de la Corona de Testallano.—Pepino y Badua, emperadores.—Gordiano, emperador.—Julio Filipo, emperador cristiano, protege el cristianismo.—Castro del imperio romano a la muerte de Filipo.

CAPITULO VIII. Dacio, emperador.—Séptima persecución de la Iglesia.—Su crueldad. Mártires de Alejandría.—Origenes.—Sus servicios a la Iglesia.—San Pablo, primer cristiano.—Mártires de Asia.—San Phoki.—Condon de San Acacio.—Tiburgia.—Mártirio de San Marciano y Luciano.—San Gregorio Tamaritense.—Alejandro el carbonero, obispo y mártir, San Cipriano.—Misión de las Galias.—Mártires de Roma.—Clara de Novacianna.—Mártirio de Santa Agata.—Muestra de Dacia.

CAPITULO IX. Hostiliano, Galo y Valeriano, emperadores.—Quinta persecución.—Innumerables mártires en Roma.—San Hipólito.—Escilas, emperador.—Valeriano y Galieno, emperadores.—País montañesa de la Iglesia.—Cocilia.—Valentino persigue la Iglesia.—Octava persecución.—Mártires en Egipto.—En Africa.—Mártirio de San Cipriano.—Mártirio de Santa Hija de San Lorenzo.—Mártires en Egipto.—Mártirio de San Proterona, obispo de Farragosa.—Mártires en Cartago.—En Numidia.—En Roma.—Mártirio de Nicoforo y apóstata de Ravenna.—Mártirio del niño Cirilo.—Confesión de San Felix de Nola.—Valeriano, prisionero de Sapor.—Su muerte.—Galieno, emperador dulce.—Imperio de los treinta francos, sus competidores.—Galieno, da la paz a la Iglesia.—Su carta a los cuerpos.—Continúa en algunas provincias los mártires.—Mártires de San Marino.—Mártires de Alejandria.—Claudio II, emperador.—El cristianismo comunica a los bárbaros.—Aureliano, emperador.—Novena persecución de la Iglesia.—Teodoro, Florianio y Próto, emperadores.—Caro, Carino y Numeriano, emperadores.—Mártires durante su reinado.—Heretia de Maveis.—Su muerte.

CAPITULO X. Diocleciano, emperador.—Asociase a Maximiano Hirculo.—Momento de paz en la Iglesia.—Maximianus y escritos contra el cristianismo.—Maximiano contrario a los cristianos.—Mártirio de Claudio, Asterio y Nona.—De Domina y Teonilla.—De Cosmo y Damiana, médicos.—De Teodoro.—Conversion y martirio de San Elicio.—Persecuciones ataladas en las provincias.—Mártirio de San Sebastian y sus compañeros.—Mártirio de la legion Tebez.—Mártires en las Galias y Bélgica.—Mártirio de San Donatiano y Rogacione.—De San Gimé, escribano.—De San Victor.—Mártires en España.—Nombramiento de los cesares, Constantio y Galerio.—Maximiano persegue solo a los cristianos.—La persecución en los ejércitos.—Mártirio de Maximiliano.—De San Marcelo y Cesario.—Nuevos mártires en el ejército.—Mártirio de San Eusobio.—El César Galerio en Nicomedia, hace firmar a Diocleciano la persecución general del cristianismo.

CAPITULO XI. Décima persecución de la Iglesia.—Destrucción de los templos.—Edictos contra los cristianos.—Crueldades de que son víctimas.—Calumnias con que aumentan la

persecución.—Mártires de Nicomedia.—Mártirio de San Jorge.—Conducta de Maximiano y Constantio, emperadores, en la persecución.—Constantio, favorable a los cristianos.—Diocleciano hace matar aun a sus amigos cristianos.—Prisca y Valeria, esposa de hija de Diocleciano, cristianas.—Su apostasía.—Escritos contra el cristianismo.—Mártires de Palestina.—Mártirio de Procopio, San Romano y de un niño.—Mártires de Egipto.—Mártires de las siete virgenes de Anicia y San Teodoro.—Mártirio de Santa Dorothea y San Teofilio.

CAPITULO XII. Persecución en Occidente.—Mártirio de Sabino y sus compañeros.—Persecución en Africa.—Persecución contra los libros sagrados.—Mártirio de San Felix obispo de Tiburza.—Mártirio de Saturnino, Dativo y sus compañeros.—Mártirio de Santa Orestina.—De Santa Marciana.—Numerio, obispo de Cartago.—Apología de Arnobio.—Persecución en España.—Mártirio de San Vicente de Huesca.—Mártires innumerables en Zaragoza.—Mártires en Gerona.—En Calaborra.—En Barcelona.—Mártirio de Santa Eudala en Mérida.—San Justo y Pastor en Alcalá.—Mártires en Córdoba.—Mártires en Avila.—En Sevilla.—Crueldad de la persecución en toda España.—Monumentos que los atestiguan.

CAPITULO XIII. Mártires de los libros santos.—Mártirio de San Felix, obispo de Heraclea, y sus compañeros.—Mártires de Nicomedia.—San Pantaleo.—San Cipriano el mago y Santa Justina.—Diocleciano va a Roma.—Mártirio de San Gimé, obispo.—Mártires en Egipto.—Santa Soteris.—San Paneracio.—Santa Inés.—Su celebridad.—San Pedro y Marcelino.—San Felix y San Adagoto.—Mártires innumerables en Roma.—Inscripciones en las catacumbas que lo comprueban.—Mártires en el reino de la Italia.—San Gano.—Mártires en Sicilia.—Mártirio de Santa Lucia.—De Santa Afra.—Mártires en Paenonia.—San Tronca, obispo de Sirmio.—San Pollio, lector de Orán.—Mártires en Meida.—San Nizabio y San Marciano.—Santa Agape y sus compañeros.—Santa Anzys y Demetrio.—Crueldad de la persecución.

CAPITULO XIV. Mártires en Sicilia.—Tharaco, Probo y Andronicus.—Mártirio de Santa Teodora y San Dédimo.—Mártires en la Gran Bretaña.—Mártires en las Galias.

CAPITULO XV. La persecución aumenta el número de los cristianos.—Constantino educado en el palacio de Diocleciano.—Galerio le hace abdicar a Maximiano.—Galerio y Constantio son declarados Augustos.—Nombramiento de cesares en Maximiano Dala y Severo.—Diocleciano se retira a Salauo.—Fur de los cristianos en Occidente.—La persecución recibía su violencia en el Oriente.—Mártires en Palocina.—Mártires en Tarso.—Efectos de la persecución favorable al cristianismo.—Peste en el imperio.

CAPITULO XVI. Constantio recuena a su hijo Constantino que se halla en poder de Galerio.—Asesinanzas contra este.—Constantino proclamado por el ejército Augusto a la muerte de su padre.—Galerio nombra a Severo y obliga a Constantino a contentarse con ser César.—Magencio toma la púrpura en Roma.—Maximiano sale de su retiro y se aproxima Augusto.—Severo, abandonado de su ejército muere.—Conquista de Constantino sobre las fronteras.—Su matrimonio con Fausta, hija de Maximiano.—Galerio viene a Italia a combatir a Magencio.—Tiene que huir.—Maximiano quiere abdicar a su propio hijo Magencio.—Retira al lado de Constantino.—Nombramiento de Licinio para Augusto.—Mártires en el Oriente por los edictos de Maximiano Dala.—La gloria y la autoridad de la Iglesia inalterable en medio de la persecución.

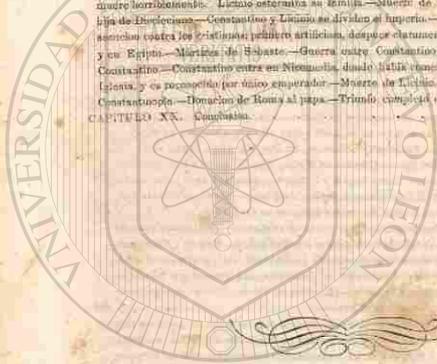
CAPITULO XVII. Maximiano vuelve a las Galias.—Abdica por segunda vez el imperio.—Maximino se declara Augusto.—Maximiano toma por tercera vez la púrpura, rebelándose contra Constantino.—Es vencido por este.—Intenta Maximiano asesinar a Constantino.—La Justicia de Dios contra los persiguidores de la Iglesia.—Maximiano muere ahorcado.—Victorias de Galerio contra sus rebeldes y los cristianos.—Burlas enfermizas de que se ve atacado.—Galerio da un edicto para hacer cesar la persecución de la Iglesia.—San Inocencio.—Cuatro emperadores ocupan el imperio.—Crueldades de Magencio en Roma.—Crueldades de Maximiano Dala en Oriente.—A pesar de los edictos de Galerio continúa la persecución contra la Iglesia en sus Estados.—Mártires de Egipto.—Mártires de Asia.—Mártires en las Indias.

INDICE.

CAPITULO XVIII. Rompimiento entre Magucio y Constantino.—Importancia de esta guerra.—Cruz luminosa en el cielo.—El Labarum.—Conversion de Constantino y su familia.—Victoria de Constantino.—Perrota y muerte de Magucio a las puertas de Roma.—Tríunfo de Constantino.—Sus edictos en favor de los cristianos.—El papa Silvestre en el palacio de Letran.—Fundacion de San Juan de Letran, la primera Iglesia de la cristiandad.—Arro de Constantino en Roma.—Estata de Constantino con el Labarum en la mano.—Maximino forzado a hacer cesar la persecucion en sus Estados.—Fin de la persecucion de Diocleciano.—Entrevista de Constantino y Licinio en Milan.—Casamiento de Licinio con Constantia, hermana de aquel.

CAPITULO XIX. De la justicia de Dios sobre los perseguidores de la Iglesia.—Muerte dolorosa de Diocleciano á consecuencia de sus peccatos.—Maximino ataca á Licinio.—Es vencido y muere horriblemente. Licinio estermina su familia.—Muerte de Prisca y Valeria, esposa é hija de Diocleciano.—Constantino y Licinio se dividen el imperio.—Licinio comienza sus persecuciones contra los cristianos primero artificialmente, despues claramente.—Mártires en el Ponto y en Egipto.—Mártires de Sebaste.—Guerra entre Constantino y Licinio.—Victorias de Constantino.—Constantino entra en Nicomedia dando fin á temerosa la persecucion de la Iglesia, y es reconocido por unico emperador.—Muerte de Licinio.—Traslacion de la corte á Constantinopla.—Donacion de Roma al papa.—Tríunfo completo del cristianismo.

CAPITULO XX. Conclusion.

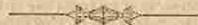


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



LA RELIGION

CONSIDERADA COMO LA BASE DE LA CIVILIZACION.



§ 1.

Dijimos en el prospecto de nuestra revista, que la religion será considerada en ella como el primer elemento civilizador, y al consagrar hoy algunos artículos al exámen de esta importante cuestion, no hacemos mas que consignar en nuestras páginas esta verdad social. En efecto, por mas que la religion sea considerada en habillitas de hombres ineptos, ya por plumas de escritores adocensados como un resorte ya gastado y añejo que casi está de sobra en la nueva organizacion social que se sueña establecer, ella es sin embargo la primera piedra de todo el edificio, como hemos tenido lugar de manifestarlo en los números de nuestra pasada Revista, y tendremos aún ocasion de demostrarlo en el decurso de nuestros trabajos. A cada momento, á cada paso, así en los individuos como en las masas, así en público como privadamente, se nos ofrece ocasion para tocar esta verdad evidente, necesaria, indefectible, porque en el órden moral la idea de Dios es inseparable de la idea del hombre y de la de sociedad. Si separamos á Dios del individuo, quedará éste ser moral sin origen, sin guia, sin objeto; será el mas imperfecto, el mas monstruoso de los seres, arrojado al mundo como un destello inútil de racionalidad, esclavo miserable de la materia y de sus bajas propensiones, ignorante de su principio y de su destino, y devorando al acaso con algunos momentos de placer, las amarguras, el fastidio y la triste necesidad de sumergirse muy pronto en la noche horrorosa del sepulcro. Mas re-

pugnante, mas aterradora es todavía la idea de sociedad si la separamos de la de Dios, unico autor de ella. Entonces, sin encontrar la sancion de aquellos deberes que contienen á una multitud de hombres hechos para no devorarse unos á otros, no podemos buscar el origen de la ley sino en el mas audaz y en el mas fuerte, y vagando por entre un laberinto confuso de teorías incompletas é inaplicables, tan faltas de base como de principio, la sociedad no será mas que un informe simulacro colocado sobre un terreno resbaladizo y pronto á desplomarse al primer soplo de la ardiente ambicion, ó al primer golpe de la feróz demagogia.

No hacemos mas que indicar estas ideas, que necesitan mas estenso desarrollo, para manifestar la razon que hemos tenido en cimentar sobre la verdad religiosa todo el edificio de la civilizacion. Y si ella es esencialmente necesaria para la formacion de la sociedad, no la es menos su influencia eficaz y sensible en todos los resultados de aquella, que son otros tantos beneficios que nos proporciona el estado social. Ambas calidades de religioso y de social no son invencion humana, son inseparables de la naturaleza del hombre; la primera marca las relaciones interiores y exteriores de la criatura racional con el Criador; la segunda señala las relaciones indispensables de las criaturas entre sí, que las une íntimamente porque así lo dispuso el Criador, y la civilizacion no es mas que la expresion, el resultado de la perfeccion de estas relaciones hasta el punto de que es susceptible de

INDICE.

CAPITULO XVIII. Rompimiento entre Magucio y Constantino.—Importancia de esta guerra.—Cruz luminosa en el cielo.—El Labarum.—Conversion de Constantino y su familia.—Victoria de Constantino.—Perrota y muerte de Magucio a las puertas de Roma.—Tríunfo de Constantino.—Sus edictos en favor de los cristianos.—El papa Silvestre en el palacio de Letran.—Fundacion de San Juan de Letran, la primera Iglesia de la cristiandad.—Arro de Constantino en Roma.—Estata de Constantino con el Labarum en la mano.—Maximino forzado a hacer cesar la persecucion en sus Estados.—Fin de la persecucion de Diocleciano.—Entrevista de Constantino y Licinio en Milan.—Casamiento de Licinio con Constantia, hermana de aquel.

CAPITULO XIX. De la justicia de Dios sobre los perseguidores de la Iglesia.—Muerto dolorosa de Diocleciano á consecuencia de sus peccatos.—Maximino ataca á Licinio.—Es vencido y muere horriblemente. Licinio estermina su familia.—Muerte de Prisca y Valeria, esposa é hija de Diocleciano.—Constantino y Licinio se dividen el imperio.—Licinio comienza sus persecuciones contra los cristianos primero artificialmente, despues claramente.—Mártires en el Ponto y en Egipto.—Mártires de Sebaste.—Guerra entre Constantino y Licinio.—Victorias de Constantino.—Constantino entra en Nicomedia dando fin á temerosa la persecucion de la Iglesia, y es reconocido por unico emperador.—Muerte de Licinio.—Traslacion de la corte á Constantinopla.—Donacion de Roma al papa.—Tríunfo completo del cristianismo.

CAPITULO XX. Conclusion.

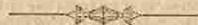


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



LA RELIGION

CONSIDERADA COMO LA BASE DE LA CIVILIZACION.



§ 1.

Dijimos en el prospecto de nuestra revista, que la religion será considerada en ella como el primer elemento civilizador, y al consagrar hoy algunos artículos al exámen de esta importante cuestion, no hacemos mas que consignar en nuestras páginas esta verdad social. En efecto, por mas que la religion sea considerada en habillitas de hombres ineptos, ya por plumas de escritores adocensados como un resorte ya gastado y añejo que casi está de sobra en la nueva organizacion social que se sueña establecer, ella es sin embargo la primera piedra de todo el edificio, como hemos tenido lugar de manifestarlo en los números de nuestra pasada Revista, y tendremos aún ocasion de demostrarlo en el decurso de nuestros trabajos. A cada momento, á cada paso, así en los individuos como en las masas, así en público como privadamente, se nos ofrece ocasion para tocar esta verdad evidente, necesaria, indefectible, porque en el órden moral la idea de Dios es inseparable de la idea del hombre y de la de sociedad. Si separamos á Dios del individuo, quedará éste ser moral sin origen, sin guia, sin objeto; será el mas imperfecto, el mas monstruoso de los seres, arrojado al mundo como un destello inútil de racionalidad, esclavo miserable de la materia y de sus bajas propensiones, ignorante de su principio y de su destino, y devorando al acaso con algunos momentos de placer, las amarguras, el fastidio y la triste necesidad de sumergirse muy pronto en la noche horrorosa del sepulcro. Mas re-

pugnante, mas aterradora es todavía la idea de sociedad si la separamos de la de Dios, unico autor de ella. Entonces, sin encontrar la sancion de aquellos deberes que contienen á una multitud de hombres hechos para no devorarse unos á otros, no podemos buscar el origen de la ley sino en el mas audaz y en el mas fuerte, y vagando por entre un laberinto confuso de teorías incompletas é inaplicables, tan faltas de base como de principio, la sociedad no será mas que un informe simulacro colocado sobre un terreno resbaladizo y pronto á desplomarse al primer soplo de la ardiente ambicion, ó al primer golpe de la feróz demagogia.

No hacemos mas que indicar estas ideas, que necesitan mas extenso desarrollo, para manifestar la razon que hemos tenido en cimentar sobre la verdad religiosa todo el edificio de la civilizacion. Y si ella es esencialmente necesaria para la formacion de la sociedad, no la es menos su influencia eficaz y sensible en todos los resultados de aquella, que son otros tantos beneficios que nos proporciona el estado social. Ambas calidades de religioso y de social no son invencion humana, son inseparables de la naturaleza del hombre; la primera marca las relaciones interiores y exteriores de la criatura racional con el Criador; la segunda señala las relaciones indispensables de las criaturas entre sí, que las une íntimamente porque así lo dispuso el Criador, y la civilizacion no es mas que la expresion, el resultado de la perfeccion de estas relaciones hasta el punto de que es susceptible de

fragilidad y la inconstancia humana.

Todos los adelantos, pues, que en el orden moral tienden á perfeccionar unas y otras relaciones entran, en primer lugar en el círculo de la civilización, y ellas serán el objeto primario de todas nuestras tareas. Los adelantos que en el orden material y sensible tienden también á la perfección del espíritu humano, entran asimismo en el ancho círculo de la civilización, pero no tan directamente, y ocupan el segundo lugar, por cuanto el orden moral es más noble, más importante que el orden físico: no desdenaremos, pues, esta clase de adelantos, cuando su importancia marque una época ó una revolución ventajosa en la marcha del espíritu humano; pero en todo caso no debemos considerar sino como accesorio todo lo que no sea Dios, el hombre y la sociedad.

§ II.

Hemos dicho que la influencia de la religión se nos presenta eficaz y sensible en los resultados ó sea en los beneficios de la sociedad. En vano una filosofía de orgullo ha pretendido subsistir nuestros lazos para hermanar los hombres entre sí, buscada, en la sola razón de la conveniencia ó del orden un móvil tan poderoso como la caridad para obrar los prodigios de la beneficencia y los sacrificios del desprendimiento. Se ha querido negar á Dios el origen de nuestros deberes de hacer bien, cuando do el únicamente tenemos la idea del bien, y él es nuestro bienhechor soberano. No puede pues poseerse al hombre movido mas poderoso para ser benéfico que el mandato expreso de Dios para que lo sea, y para que emplee en gloria de él, y en favor de sus semejantes este dulce é inefable sentimiento de que se reconoce roto. La religión es pues esencialmente benéfica, y la que mas sólida y estancamente establece la primera virtud de toda civilización, que es la beneficencia.

Esta virtud la vemos indefinidamente desarrollada en los beneficios inmensos que el cristianismo ha hecho y está

haciendo todavía á la humanidad. Su fundador divino pasó por el mundo haciendo bien, y fundando la mas amplia beneficencia sobre el precepto del amor, formó de toda la humanidad una sola familia de hermanos, uniendo así maravillosamente el amor de Dios con el amor del hombre. Este precepto, prescindiendo aun de las miras sobrenaturales que tuvo Jesucristo en instituirle para hacernos partícipes de su gloria y de su inmortalidad, constituyó el primer sentimiento social sobre bases indestructibles, y sofoca con la fuerza del deber y de la gratitud todas las pasiones de odio esencialmente contrarias á la conservación y al objeto de toda sociedad.

(Continuará.)

LIBRO NO.

Cap. I.

UNA CASA DE CAMPO.

A alguna distancia de Munich se elevaba una casita de campo como la que suele forjar la imaginación de un joven de diez y ocho años, cuando sueña en una felicidad completa y no interrumpe al lado de una esposa adorada. No faltaba en ella ni la calle de álamos blancos, ni las celosías de color verde á que tan aficionados eran Goethe y J. J. Rousseau, ni las bandadas de palomas en las praderas inmediatas, en el tejado y al frente de la puerta. A esta puerta llamó un hombre de edad de unos treinta años, á tiempo que aproximándose el sol hacía su ocaso, reflejaban su deslumbradores rayos en las vidrieras de los balcones, que parecían chapas enormes de diamantes y zafiros. Apenas resonó en el edificio el ruido producido por la aldaba que sería de llamador; salió á abrir una mujer de mediana edad, rubia, y que aun cuando habia pasado ya de la primera juventud, conservaba todavía una belleza para, regular y encantadora, la cual se apresuró á introducir en las habitaciones que recien llegado.

¡Picaruelo! . . . le dijo, ¿qué ha sido

de vos en estos seis meses! . . . ¿Cómo es que amandoos mi marido con tanta ternura y participando yo tambien de eae mismo afecto, dejáis transcurrir tanto tiempo sin atravesar la corta distancia que separa á Munich de nuestra casa de campo? . . . Mas os encuentro pálido. . . ¿habeis estado enfermo! . . . ¿os aflige algun pesar? . . . En este caso ese era un motivo mas para venir á ver á vuestros amigos, ocupar un sitio en su hogar, sentarse á su mesa, descansar bajo su techo, y estrechar sus manos entre las vuestras. Sentaos, Felix, y mil gracias por vuestra visita; aunque un poco tardia, la recibimos con la mayor complacencia.

Tomó asiento Felix, se enjugó el sudor que corría por su frente, aunque la tarde era una de las mas frescas de otoño, lo cual probaba que aún que él se apercibiese la agitación de su espíritu habia comunicado un impulso rápido á su marcha. Despues dirigió sus miradas en derredor suyo, hasta que por último las fijó en la dueña de la casa, que se hallaba ocupada en preparar con sus pequeñas y blancas manos una magnífica y apetitosa empanada, cuya dorada corteza matizada con algunas manchas de un color mas oscuro se asemejaba al mas hermoso mármol de Mahón. Suspiró, se sonrió, y recobrando poco á poco la serenidad su ceñuda y melancólica frente, quedó apacible y brilló en ella un rayo de fe y de esperanza. La vista de aquella noble y encantadora criatura, su tranquilo y angelical semblante, y la gracia de sus menores movimientos, hacían una profunda impresion en su corazón y le llenaban de felicidad y de veneración.

¡Es tan linda! . . . ¡y será ademas tan buena! . . . exclamó, y al volverse hacia Felix la graciosa cocinera para prohibirle que significaban aquellas palabras, se oyó á la puerta el ladrido de un perro, y una voz sonora y alegre que decía:

—Abre, María, abre, que no vengo solo.

Corrió María á abrir, y entró su es-

posó con un extranjero que se apoyaba en su brazo, y que al parecer estaba herido. Y como se ponía pálida y se asustaba,

—No tengas cuidado, amada María, añadió dando al mismo tiempo un beso á su esposa en su frente blanca y pura: no tengas cuidado, la herida de este caballero no es de gravedad: se ha lastimado una pierna al trepar por un pedregal.

—Y al caer por un precipicio en el cual hubiere perecido, si no hubieseis espuesto vuestra vida para sacarme de él, dijo el desconocido, que podría tener unos cincuenta años, y á quien los disgustos y fatigas habian envejecido mas bien que la edad; porque el dueño de la casa, aunque no era joven, poseía una lozanía de que no se encontraba ningun vestigio en el extranjero. María miró á Jorge con los ojos humedecidos por las lágrimas que la hacían verter su admiración, y se puso á curar la herida de su nuevo huésped, que en efecto era mucho mas dolorosa que grave.

—Necesitaréis cinco ó seis dias de completo reposo, dijo cuando concluyó aquella operación con la destreza de un hábil cirujano, y permaneceréis aquí todo este tiempo, pues así lo exijo con mi autoridad de médico. Despues veremos cuantos dias os dignais conceder á vuestros amigos, porque espero merecerémos obtener de vos este título.

—Ya le tenéis, contestó; si, ya le habeis adquirido! . . . ¡y sin embargo, la amistad es una casa en que no creo mas que en la felicidad! . . .

—¡Ah! no digais esas cosas en un sitio en donde reinan la felicidad y la amistad, repuso ella poniéndose el dedo en los labios. Como médico os prohibo tambien los pensamientos tristes y amargos. Sentiémosnos á la mesa, pues van á servirnos la cena. Vámonos, Jorge, vámonos, Felix, vámonos, caballero. . .

—Coronel Danheim, replicó el extranjero.

María le saludó, ofreció su brazo al

herido y le condujo hácia la mesa, en donde le preparó un asiento cómodo, colocándole una banqueta debajo de la pierna, y asegurándole bien de que de aquella manera no sufriría dolor alguno.

Serviose la cena, en la que todos comieron con apéto, y levantada la mesa, se sentaron junto á una chinaica, en la que ardia buena leña de pino, que alegraba la vista y daba un calor suave, y luego Maria presentó pipas á Félix, su marido y el coronel. La conversacion en un principio indiferente, tomó en breve un carácter de confianza é intimidad, que hizo decir á Félix:

—Voy á pedir os un consejo, amigos míos; la experiencia del coronel no me será inútil, y espero que no me fallará en las circunstancias en que me encuentro. Al lado de la casa de mi madre vive una jóven rubia como vuestra esposa, Jorge, y como ella hermosa, amable y laboriosa; mi madre desearia que me casase con ella, y mi corazón se inclina á ello. . . Mas por otra parte mi anciano tio Bersadt me repite á cada momento que es una locura contraer matrimonio con una jóven sin bienes de fortuna. ¿Qué debo, pues, hacer? . . . ¿qué consejo me dais en esta dura alternativa? . . .

Maria, que tenia entre sus manos las de Jorge, iba á responder, cuando el coronel tomó la palabra y dijo:

—Yo soy soltero, y permanecere así toda mi vida; lo que me ha decidido á tomar esta resolución es una aventura acaecida á uno de mis amigos, la cual os voy á referir, escuchad:

En el otoño de 1783, el cirujano Luis Thervenet, de Cahus, recibió una carta sin firma, en la que se le invitaba á que al día siguiente se trasladase á una quinta, situada á corta distancia del camino de Paris, llevando consigo todos los instrumentos necesarios para hacer una amputacion. Thervenet estaba reputado en aquella época como el hombre mas sobresaliente en su arte, y con mucha frecuencia recurrían á su habilidad y experiencia, hasta de la misma

Inglaterra. Habia estado largo tiempo en el ejército y habia adquirido en cierto modo unas maneras bruscas; mas sin embargo, merced á su natural bondad, no podia menos de apreciarle. Thervenet se quedó sorprendido al encontrarse con aquel anónimo; el tiempo, el sitio, la hora, todo se hallaba marcado en él; nada se habia olvidado, pero faltaba la firma. Sin duda, dijo para sí, alguno quiere divertirse conmigo haciendome pasar á un fúe.

Pasados tres días, recibió una nueva invitacion mas apremiante, y en ella le prevenian que al día siguiente á las nueve pararía á la puerta de su casa un carruaje para conducirle. Efectivamente, á la hora prefijada llegó un elegante birlocho. Thervenet subió en él, y cuando ya estaba fuera de las puertas de la ciudad:

—¿A dónde me llevais! preguntó al cochero.

—*Thing unknown to me: I am not concerned for, que quiere decir: No sé nada, no puedo decirlo*

El carruaje se detuvo á la puerta de una casa de campo aislada.

—¿En dónde me encuentro?... ¿á quién pertence esta casa?... ¿quién la habita?... ¿quién se halla enfermo aquí?... preguntó Thervenet al cochero antes de echar pis á tierra. Pero recibió la misma contestacion, y antes de que el cirujano pudiese aclarar mas, salió á recibirle hasta el umbral de la puerta un jóven de veinte y ocho años poco mas ó menos, el cual le condujo á un salon. En el acento se conocia que era inglés; Thervenet comenzó la conversacion:

—Sois vos quien me ha llamado! le dijo.

—Agradezco mucho vuestra complacencia, le respondió el inglés. ¿No queris descansar?... Tomad alguna cosa antes de emprender la operacion; aqui tenéis café, chocolate y vino.

—Veamos primero al enfermo, caballero. Necesito examinar el mal para convencerme si no hay otro remedio que la amputacion.

—No es tan urgente, caballero Thervenet; tomad asiento. Tengo confianza en vos; escuchadme. Este bolsillo contiene cien guineas, vuestro es; y si tenéis acierio no se limitará á esto mi reconocimiento; pero si os negais á ello... mirad estas dos pistolas... que me lleve el demonio si no las disparo contra vos...

—Vuestras pistolas, caballero, no me asustan; pero ¿qué me queréis... Contestadme, os ruego, sin preámbulos. ¿qué he tenido aquí!

—Vais á cortarme la pierna derecha. —Con toda mi alma, caballero, y la cabeza si gustais. Pero si no me engaño, vuestra pierna se halla perfectamente sana; me habeis precedido por la escalera mas lista que un volatinero. ¿Qué es lo que constituye el mal de vuestra pierna?

—Nada, sino que desco desembarazarme de ella.

—Estais loco? . . .

—No os inquiete eso, caballero Thervenet.

—¿Pues qué pecado ha cometido esa pierna!

—Ninguno... ¡pero estais dispuesto á contrariarme!

—No os conozco, caballero; dadme pruebas de que os hallais en vuestro sano juicio; testigos...

—Queris cortar me la pierna, caballero Thervenet.

—Si me dais razones sólidas para mutilaros, si señor, al momento.

—No puedo decir la verdad... tal vez algun día... pero apuesto, caballero, apuesto á que entonces vendreis en que tenia las mas nobles motivos para privarme de esta pierna.

—Yo no apuesto, si no me decis vuestro nombre, vuestra familia y vuestra ocupacion.

—Todo eso lo sabreis mas tarde; por ahora no puede ser; pero reputadme como hombre de honor.

—Un hombre de honor no amenaza á su médico con una pistola; teago deberes que cumplir con vos, aunque me seais desconocido; y no os mutilaré sin

necesidad. ¿Descais ser el asesino de un padre de familia que no os ha hecho ningun daño! tomad; disparad.

—Bien, caballero Thervenet, repuso el inglés tomando una pistola; yo no os haré fuego; pero sin embargo, os obligaré á que me amputeis la pierna. Lo que no hariais por complacerme, ni por interés, ni por temor de una bala, lo vais á hacer por compasion.

—Cómo! . . .

—Voy á romperme la pierna de un tiro, á vuestra misma vista. El inglés se sentó, tomó la pistola, y aplicó la boca del cañon á su rodilla. Thervenet iba á detenerle, pero aquel le dijo:

—No os acerqueis, ó disparo. Escuchad una palabra: queréis aumentar y prolongar inútilmente mis padecimientos! . . .

—Sois un loco, caballero, pero címplase vuestra voluntad; voy á cortar os esa condenada pierna.

Bien pronto quedó todo dispuesto para la operacion: en el momento de principiarla, el inglés encendió una pipa, y hubiera podido jurarse que no sabia lo que pasaba; no dijo una palabra; la pierna estaba ya sobre el pavimento, y seguia fumando. Thervenet concluyó la amputacion como excelente maestro, y el enfermo se encontró muy aliviado al cabo de poco tiempo. Cada día apreciaba mas á su médico, y con lágrimas en los ojos le daba gracias por haberle desembarazado de su pierna. Cuando se halló en disposicion, comprendió el camino de Inglaterra.

—Cerca de cinco meses despues de su partida, Mr. Thervenet recibió la carta siguiente:

—Os incluyo, como prueba de mi reconocimiento, una letra de doscientas guineas, contra Mr. Panchand, banquero de Paris. Me habeis hecho el mas dichoso de los mortales, privándome de un miembro que era un obstáculo para mi felicidad sobre la tierra. Ahora ya puedo daros á conocer las causas de mi extravagante pretension, ó de mi locura, como vos la llamabais. No hecer mucho tiempo sosteniais que no habia

motivó racional que alegar para una mutilación como la mía: entonces os propuse una apuesta: si hubiérais aceptado, habríais perdido. A mi regreso por segunda vez de la India Oriental, conocí á Emilia Harley, la más amable de las mujeres. Su fortuna y su familia convenían admirablemente á mis padres; á mi habita su hermosura, y su dulzura celestial. Me mezclé entre la multitud de sus adoradores, y ¡ay! mi querido Thevenet, fui bien pronto demasiado afortunado para ser el más desgraciado de mis rivales: me amaba, no lo ocultaba, y precisamente por este amor, me rechazaba. En vano le suplicaba, en vano también sus parientes y amigos intercedían por mí: permanecía siempre inflexible.

“Por largo tiempo me fué imposible descubrir la causa de aquella aversión á formar su enlace conmigo, á pesar de que me amaba con delirio. Por fin una de sus hermanas me descubrió aquel misterio. Miss Harley era un prodigio de hermosura, pero tenía un defecto natural... no tenía más que una pierna, y temía que alguna día llegase á despreciarla. Adopto desde luego mi partido, quise asemejarme á ella y gracias á vos, caballero Thevenet, lo he conseguido. Volví á Londres con una pierna de madera, y mi primer cuidado fué ir á visitar á Miss Harley. Ya la habíais advertido, y yo mismo la escribí al dejar la Inglaterra, que me había roto la pierna á consecuencia de una caída del caballo, y que tal vez tendrían que cortármela. Emilia se puso muy triste cuando me vió por primera vez, y durante algún tiempo estubo inconsolable; pero en la actualidad es mi esposa.

“Al siguiente día de nuestra boda, la confió el secreto del sacrificio que su posesión me había costado, y por ello me ama con la mayor ternura. ¡Oh intrépido y generoso Thevenet, que no tuviese todavía diez piernas que perder!... me las haría cortar para ofrecérselas á Emilia. Mientras viva, me acordaré de vos. Venid á Londres; venid

á acompañarnos y á conocer á mi mujer, y entonces me diréis si estaba loco.

“CARLOS TEMPLE.”

Thevenet dirigió entre sus amigos la anécdota y la carta que habla recibido: se reía de ella á carcajadas, y cada vez que la refería exclamaba, ¡qué loca!... Contestó de este modo á la carta del inglés.

“Os doy gracias, caballero, por vuestro regalo: debo llamarle así, porque no puedo considerarlo como pago de mi trabajo. Mi felicidad con vuestra amable inglesa... Mas me parece que es en verdad demasiado cambiar una pierna por una mujer, aunque sea la más hermosa: con todo, no es mucho, si por fin de cuentas no se sale engañado en el cambio. Adán pagó con una de sus costillas la posesión de su mujer.

“Sin embargo, aun á riesgo de desgradaros, mi observación subsiste: tal vez tendréis razón en el día; pero mañana... aguardadnos... cuidado, caballero, temo mucho que dentro de dos años no os arrepintáis de haber separado vuestra pierna de la rodilla: entonces conoceréis que unidas se encontraban perfectamente. Al cabo de tres años convendréis en que la pérdida del pie hubiera sido suficiente: un año más tarde estaréis plenamente convencido de que era bastante sacrificar el dedo grueso, y un poco más adelante, quién sabe si os parecerá demasiado el dedo pequeño... Dios quiera que concluido el sexto no estéis de acuerdo conmigo en que hubiera valido más que me hubiese contentado con cortar solo las uñas... Que por lo que digo aquí, no se ofenda vuestra graciosa esposa: las mujeres pueden conservar intactas su hermosura y su virtud, como los hombres sus opiniones. Me acuerdo que en mi juventud rogaba con frecuencia á Dios por la vida de mi amada; pero no le habría sacrificado una pierna, y si lo hubiese hecho, todavía diría: “Thevenet, estabas loco.” Tengo el honor de ser vuestro servidor.

“THEVENET.”

En 1793, Thevenet, que acababa de ver prender á un joven cirujano contra quien se habían concebido sospechas de ser aristócrata, se refugió en Londres para poner su cabeza á cubierto de la cuchilla niveladora de la guillotina. Fuese por curiosidad, ó por cualquier otro motivo, preguntó un día por sir Carlos Temple, y le enseñaron su habitación. Se hizo anunciar, y le introdujeron en ella. En un sillón colocado justo á la chimenea, estaba sentado el gentleman, con una botella que contenía un licor espumoso, y veinte periódicos á su lado.

—Celebro mucho veros, caballero Thevenet, exclamó el inglés, que era el mismo sir Carlos Temple. Disimuladamente me permito sentarme, porque esa maldita pierna me impide... Probablemente venís á ver si tenéis razón... Vengo fugitivo á buscar un asilo en Inglaterra.

—Bien, os alojaréis en mi casa, porque en verdad sois un hombre de un juicio excelente y exacto, y me consolaréis. Mirad, si no fuese por esta maldita pierna, tal vez en el día sería almirante. Estabais leyendo los periódicos, y me lleva el demonio por no poder tomar parte en los negocios. Venid y consoladme.

—Vuestro esposa sabrá consoláros mucho mejor que yo.

—No, no; como su pierna de madera la impide bailar, se ha aficionado al juego. No la necesito, aunque por lo demás es una mujer excelente y quizá la mejor del mundo.

—Con que yo tenía razón?...

—Sí, á fe mía, querido Thevenet, pero dejemos eso. Confieso aquí para entre nosotros que he hecho una necedad. Si pudiese recobrar mi pierna, no me cortaría ni aun las uñas por mis tristes Temple. Estaba loco; pero conservad este secreto y no le descubrais á nadie.

—Ya no me casaré con mi hermana vecina dijo Félix suspirando, después que el coronel concluyó su historia; el

cuál volvió á tomar su pipa, la encendió, y comenzó á fumar.

Entonces Jorge dejó su pipa sobre la mesa, y se espesó así:

—Antes de adoptar una resolución tan grave, mi querido Félix, es necesario examinar el pro y el contra. La historia del coronel es seguramente terrible y fatal; pero permitidme que os refiera otra, que quizá os hará aceptar con gusto las proposiciones de nuestra madre. Oid.

—Ya es demasiado tarde para dar principio á esa historia, dijo María: es preciso que nuestro huésped descanse, y Félix tiene que volveros á la ciudad. Si su narración es interesante para él, puede venir mañana á escucharla.

Todos quedaron convencidos con las razones de la bondadosa y bella María. Félix regresó á Munich, Jorge condujo al coronel á la habitación que se le había preparado, y los esposos se retiraron á la suya.

(S. C.)

FILOSOFOS Y REFORMADORES. FILOSOFOS.

MONTAIGNE.—Miguel, señor de Montaigne, célebre moralista, nació en 1533 en el castillo de este nombre, en Périgord, de una familia originaria de Inglaterra. Su padre le dió por preceptor á un diaman que no hablaba más que latín, de manera que á los seis años el niño sabía el idioma de Tácito; el griego lo aprendió jugando. Su padre dispuso á los que le rodeaban que desearan al niño todas las máximas al sonido de una música dulce, á fin de que no adquiriese un carácter áspero. A los seis años pasó al colegio Guieno en Burdeos, y estudió bajo la dirección de los maestros más ilustres de la época, y á los trece años salió después de haber terminado todos sus estudios. Encomiso de la guerra, rehusó seguir la carrera militar prefiriendo estudiar la legislación indigesta de sus contemporáneos; en su consecuencia obtuvo en 1554 el empleo de consejero en el par-

lamento de Burdeos, y supo hacerse estimar de todos sus cofrades, así como del célebre caxiller de L'Hopital. Otro de sus cofrades, La Boetie, debía unir su nombre al de Montaigne por una cadena indestructible; se querian antes de haberse conocido. Amaba tambien á su esposa, aun cuando su corazón habia tomado poca parte en este enlace, y por último conservó siempre hacia su padre el mas tierno respeto y el mejor recuerdo. Las agitaciones politicas le confundian á su posesion, donde prometió no ocuparse de nada; pero era necesario un alimento á su espíritu, verdadero caballo de batalla, como el le llamaba, y á los veinte y tres años comenzó sus *Ensayos*, aquel libro de buena fe, cuya primera edicion apareció en 1590. En seguida recorrió la Francia, la Inglaterra, la Suiza, la Alemania, la Italia, como observador y filósofo. Aflijido por el mal de piedra y por dolores de entrañas, contrariado por los sufrimientos, rechazaba los socorros de la medicina en la cual no tenia ninguna fé. Afectado por una angina mortal, y sintiendo llegar su última hora, mandó decir la misa en su mismo aposento, y en el instante de la elevacion, habiéndose incorporado como pudo sobre su lecho, con las manos cruzadas, espiró en este acto de piedad en 1602 á la edad de sesenta años, respondiendo así de antemano á Naigeon y á todos aquellos que debian acusarle un día de no creer en Dios ni en la inmortalidad del alma.

PASCAL.—Blas Pascal nació el 19 de Junio de 1623; reveló desde su infancia una inteligencia superior, y si ha de creerse á lo que dicen de él los libros, á la edad de doce años habia hecho un pequeño tratado sobre la teoria del sonido, y poco despues le hallan en su aposento ocupado en trazar figuras geométricas, y dándose cuenta á su manera de la relacion de estas figuras entre sí. A los diez y seis años hizo Pascal un *Tratado de las secciones cónicas*, y entonces los sabios comienzan á admi-

rarle seriamente. No estamos en el caso de hacer ver la historia de los descubrimientos de Pascal, ni de apreciar el método filosófico que pareció conducirle, á estos descubrimientos pues, otros se han encargado antes de este trabajo; y observemos únicamente que lo que se nota en sus trabajos es un espíritu de precision y de exactitud que tal vez le hubiera impedido abrazar las ciencias en toda su generalidad. Pero bien pronto se presenta otro hombre en la escena de la vida, porque educado en los principios de una religion austera se unió á los gefes del partido jansenista y abrazó con ardor su causa.

Pascal habia tenido desde su infancia una salud muy débil, pasó la mayor parte de su vida entre padecimientos, y en 1647 fué atacado de una especie de parálisis que le privó casi enteramente del uso de sus piernas; en 1654, estubo muy expuesto á perecer cerca del puente de Neuilly, por haberse desbocado los caballos de su carruaje, y desde aquel instante se dice que siempre creia ver á su lado el borde de un precipicio. Desde entonces puso su vida en el retiro, entregado á los ejercicios de una piedad exaltada. Murió en 1662, á los treinta y nueve años de su edad. Bossuet ha dado una edicion completa de las obras de Pascal. *(Continuará.)*

MOSAICO.—La humildad es una virtud que poseen pocas personas y que la practican menos; pero todo el mundo la encarece y recomienda á los demás; el amo la exige en su criado, el hombre rico en el pobre, &c.

Yo creo puede seguirse esta regla respecto de las bromas; la broma es aceptable en tanto que al que se dirige, contesta suficientemente acorde para estar satisfecho de sí mismo; pero desde el momento en que ocasiona la mas leve turbacion se hace pesada.

VARIEDADES.

LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE

DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO I.

[CONCLUYE.]

La Religion es tolerante, es sufrida como la caridad que es su primera virtud. No porque sufra que bajo su nombre germine y se propague el error, pues entonces es indolencia ó hipocresia, sino porque prescribiendo la indulgencia de los defectos y miserias humanas, previniendo el olvido de las ofensas y recomendando altamente la mansedumbre y la humildad de que dió el mas brillante ejemplo su fundador divino, ensalza y estrecha los vinculos de fraternidad universal así en el seno de las familias como de la sociedad, y produce con nombre aquellas virtudes pacíficas y apacibles, ya domésticas, ya sociales, que son el ultimo y mas precioso resultado de todas las leyes de sociabilidad y el triunfo de todos los esfuerzos de la filosofia mas sublime. El olvido de sus maximas saludables trae consigo el desprecio de las leyes mas sagradas de la naturaleza, hincha al hombre de orgullo ó de fastidio, y despues de haberle puesto en pugna con todo cuanto se opone al impetu violento de sus apatitos y caprichos, le reduce á un estado feroz de aislamiento y misantropia, le pone en guerra con sus semejantes y consigo mismo, y presenta terrible como el último asilo una muerte de desesperación, hace de él á un tiempo su verdugo y su víctima.

El progreso pues de las doctrinas religiosas y sociales es lo que constituye las bases de la civilizacion. Todos esos vaivenes y trastornos que parecen amenazar la existencia social, tan difíciles de analizar para el ojo superficial por el laberinto de sus complicaciones, no son otra cosa para el atento observador que la falta de accion, la decadencia, el menosprecio de los agentes civilizadores que son las ideas morales, ora consideradas en el individuo, ora en las grandes masas. Desde todo el interés que se quiera al rapido movimiento que multiplica asombrosamente la produccion material, y que improvisa estas monstruosas fortunas, al paso que se proclama de otra parte su imaginaria igualdad, como un dogma humanitario; preséntese como el último punto de prosperidad social este refinamiento asombroso de gustos y de placeres que lleva tras sí el fastidio y la corrupcion de unas clases, mientras deja otras vacilando hambrientas en el polvo de la miseria y de la humillacion; siempre será una verdad que la civilizacion cuyo conjunto forma los puros e inencontrables de la sociedad, decaen sobre otras bases; que no es el siglo mas feliz el que mas ruido mete con sus asombrosos adelantos materiales; y que esta misma especie de civilizacion que se aclama como último término apoteósico de felicidad social, tiene tambien sus limitas, mas allá de los cuales ella misma se destruye; y por un fenómeno que parece raro en el órden moral, como algunas metamorfosis que observamos en el órden físico, esa civilizacion adulterada,

sin equilibrio, se da la muerte á sí misma; y cuando son sus brillantes y aureas alas parecia tocar al cielo, aborta en sus últimas convulsiones el monstruo feroz de la barbaria, verificándose aquella sentencia de profundo significado: *corruptio optima pessima*.

Y cuando se verifica esta corrupcion que nace del fondo de la civilizacion misma. Calidamente cuando esta civilizacion se humaniza demasiado; cuando pierde el principio incorruptible de la Religion; cuando convertida ya en enorme cadáver despues de haber llegado á su mas alto punto de robustez y de energia, se descompone en todos sus elementos secundarios por faltarle el principio animador que le daba la vida y le preservaba de la corrupcion. Entonces, obedeciendo á la ley de caducidad que preside á todas las cosas humanas, en medio de su locura y en el hervor mismo de su aparente vitalidad, se siente acometida de imprevision de un germen de muerte que va corroyendo sus entrañas; adhiere á las pasiones mismas que debrian conservarla; y olvidada enteramente de su Regulador supremo la sociedad, agobiada con el peso insostenible de las exigencias desmedidas de sus miembros, agitada por la lucha interior de ambiciones y de rencores, siente la falta de equilibrio de los principios que la constituyen, y que presagian su disolucion. La nacion quiza mas civilizada del mundo presentó este fenómeno á últimos del siglo pasado.

Pero cuando la marcha de la civilizacion reconoce por primer móvil el impulso moral y regulador que dirige todas las pasiones sociales é individuales al principal objeto de su conservacion y estabilidad; esto es, cuando las creencias religiosas é ilustradas constituyen el fondo de los sentimientos y forman la generalidad de los hábitos; entonces los progresos mas rápidos de la civilizacion no influyen sino en revelar, entonces, cuanto mas se sublima el vuelo de la inteligencia, tanto mas se engrandece el círculo de la prolecion,

cuanto mas se estiende y se apura el poder embelesador del genio y de las artes, tanto mas se robustece y se fortalece la sociedad, tanto mas se civiliza y adelanta hácia el término posible de perfeccion. Hasta el apuro mismo del poder que conserva y atarra cuando está dirigido por una mano corrompida que no reconoce mas derecho que la fuerza, es una garantía de proteccion y de seguridad para el imperio de la justicia, y entonces si que no hay término definitivo para esta accion verdaderamente progresiva y civilizadora. Tales el cuadro que ha presentado nuestra nacion en algunos de sus brillantes periodos, y tal lo presentan en el dia algunas potencias catolicas del Norte de la Europa.

§ III.

¿A quién es deudora la actual Europa de la civilizacion de que se gloria? Abrumos los anales de los últimos siglos; veamos cuál hubiera sido la suerte del mundo si en la fundacion de la barbarie que volvió el imperio romano la Religion no hubiese servido de arca para conservar los restos de la civilizacion; si los sabios aterrorizados no hubiesen corrido á sus asilos, salvando del furor de los invasores los monumentos preciosos de las ciencias y de las artes. Ese beneficio inmenso que debe á la Religion la humanidad, es hoy dia reconocido por todo hombre pensador; y aun, de la parte mas necia ó de la parte mas ingrata de la generacion actual abieco desconocerlo; las ciencias mismas por el órgano de las mas sublimes inteligencias rinden este tributo de justicia al cristianismo, el cual completo por su parte sobrehumanamente la regeneracion del mundo moral que de un modo divino habia empujado Jesucristo. La dulcec y sublime creencia cristiana ablandó la dureza de aquellos con vencedores, que como á ensambres de brutos decretó el repugnante adobe el mediodia. Asturo su marcha de verdad, suavizó sus agraes costumbres; les imprimió así por la austeridad de su moral co-

REGLAS

DE EDUCACION Y DECORO

PARA LAS SEÑORITAS.

PARTE MORAL EN LAS JÓVENES.

Cuantas habilidades adquiera una joven bien educada, las cuales le proporcionen no solo su propia utilidad y honesto pasatiempo, sino tambien el desempeñar dignamente en algun dia los deberes de esposa y de madre, seran desde luego un edificio sobre arena, no estando cimentadas sobre la moral. El objeto primordial de esta obra excluye de este lugar una instruccion difusa en el particular; pero exige al mismo tiempo que no se omitan ciertos consejos oportunos al bello sexo.

Si las leyes de la decencia y decoro son de absoluta y general necesidad en los hombres, mucho mas obligatorias se manifiestan en las mugeres, cuya debilidad se resiste á la menor accion que choque con la delicadeza.

Este rigor, lejos de incrementar el título de tiranía, es una distincion, verdaderamente honrosa, pues las supone capaces de una perfeccion superior á la de los hombres, y destinadas á ella por su naturaleza. *La virtud es mucho mas grata en un cuerpo hermoso*; según lo cantó un célebre poeta; y están embelesador no será el conjunto de las gracias exteriores unidas á las del alma! ¿Qui hombre resistirá á estas dos fuerzas coligadas!

No deben olvidarse las jóvenes que su mérito principal es el del alma, y que serán inútiles cuantos desvelos se tomen para sacar partido de sus gracias y habilidades, si descuidan el cultivo de aquella. Aun los hombres mas entusiastas admiradores de la hermosura la llegan á mirar con indiferencia cuando los años ó las dolencias la hacen declinar; pero conservan por necesidad un respetuoso aprecio hácia

(Continuará.)

toda mujer que ha sabido ennoblecer la parte principal de sí misma con una conducta discreta y una instrucción proporcionada al lugar que ocupa en la sociedad, porque la virtud y el saber jamás envejecen. Bajo estos principios completaremos este tratado con algunos avisos sobre ciertos puntos.

ADORNOS Y CUALIDADES EXTERIORES.

En la mayor parte de las mujeres tiene un ascendiente imperioso todo lo exterior y superficial, tanto respecto á los hombres como á su propio sexo; y si se habla de una persona á quien no conocen, preguntan, lo primero, por su figura y bienes, estendiéndose raras veces el interrogatorio á otros puntos; no ser para inquirir si su talento y carácter serian conciliables con las inclinaciones de la que pregunta, en caso de llegar á ser su esposa. De aquí se sigue que los desgraciados de las mujeres con respecto á los hombres producen necesariamente los de éstos respecto á aquellas, pues si no exigen mas que el aprecio verdadero, no se atreverian los hombres á otra cosa que á merecer el suyo; su virtud sera el idolo á que rindiesen homenaje, y pulcra congratularse las mujeres de ser las reformadoras de las costumbres apocadas.

Debe, pues, una señorita asentar desde luego como principio para su gobierno, que los adornos del capricho y de la moda son partes subalternas del verdadero merito, y las cualidades exteriores no mas que el marco del lienzo hermoso del alma, que es la permanente en las vicisitudes de la edad y la fortuna.

AMBICION MUGERIL.

Es ciertamente ridicula la ambicion de infinitas mugeres por obtener un reinado de tan corta duracion como el del lucimiento; haciéndose mutuamente la guerra por llevarse la atencion en

la sociedad, á cuya pasion suele comunmente acompañar la preferencia que suelen dar en los hombres á los sentimientos exagerados y sujetos á mudanza sobre los justos y racionales que los discretos no consagran sino al verdadero mérito.

No pretendais, pues, sobresalir en ocasion alguna á espensas del juicio y la cordura en vuestras palabras y acciones.

Es ambicion ridicula la de querer hacer la jovial, porque semejante cualidad es toda natural, y se violenta y da á conocer cuando es hija del arte. La seriedad, si es genial, agrada todavía infinitamente mas que la jovialidad artificiosa.

Igualmente ridiculo es en una mujer el retirarse ella sola entre personas que tienen motivo para estar serias, y mucho mas el retirarse la primera de lo que ella dice, porque impide á los demás que se rian y celebren lo que ha acabado de decir, caso que lo merezca; ó les da ocasion de que se rian de ella, si ha hecho una vaciedad.

La ambicion de hacerse amable no mas que de paso, es el colmo de la necesidad. No basta agrandar por lo exterior, sino que contribuyan al bien porte y sanas ideas, y se gruegan elogios, mas bien relativos á vuestro mérito que á vuestra hermosura. La ligereza y el coquetismo agradan en el primer momento, y se desprecian en el inmediato.

Procedad no desvaneceros si eis alabados de hermosos, aun cuando esto sea cierto; procurad ocupar os un corregir los defectos propios que vuestra modestia os señale, mas bien que en vuestras prendas que os asistan. Corrigiendoos de aquellas, adquirireis mas de estas, y si os infatuais de vuestras ventajas, jamas lograreis conocer los defectos que las inutilizan.

LORD BYRON.

ARTICULO I.º

§ I.

Mil veces se ha repetido, y es una verdad, que los grandes hombres, los hombres de genio, las inteligencias eminentes han dado, en cierto modo, la ley al mundo, imprimiendo en su siglo el sello de su propio carácter, y arrastrando tras sí, á manera de grandes centros de atraccion, las ideas y los sentimientos de la multitud.

Este ascendiente poderoso de los grandes talentos sobre el mundo moral, varía de naturaleza segun los países, las épocas y las circunstancias. Hubo siglos en que la filosofía dominaba los espiritus como la pasion favorita, y lionjeaba, por decirlo así, todo el orgullo de la sabiduria humana. Entonces aparecieron grandes filósofos, investigadores profundos de la naturaleza física y moral; y aunque la política y la poesia ocupan tambien su lugar en el ancho círculo que abraza la universalidad de los conocimientos; con todo, la parte inteligente de su siglo amaba el estudio y la meditacion, y para hacer proséfitos, era preciso presentarse con el aparato filosófico. Tales nos parecerán Bacon, Descartes, Newton, Leibnitz. Toda la ilustracion de los siglos XVIII y XIX no ha producido hombres comparables con aquellos grandes ingenios. Mas diu el tiempo algunos pison, y una cierta aguijacion febril, que llevaba de algo mas lejos su origen, conmovió los pueblos progresivamente, fermentó en su seno el germen de la independencia individual, y nació la duda acerca de la legitimidad de todos los poderes humanos, y hasta del de la Divinidad. Bambulearon los cimientos mas profundos sobre los cuales estribaban la

religion y la sociedad; se disputó el dominio del hombre sobre el hombre, y de este choque, de esta agiacion, de este caos, nacieron dos grandes influencias en el órden moral, dos influencias igualmente activas y trastornadoras, de índole muy diversa de la filosofía, cuya profunda calma no convenia con el carácter turbulento de la época, y estas dos grandes influencias, estas dos constelaciones que pudiera decirse presiden todavía en el mundo moral, son la política y la literatura.

No hay que dudarle; la política ha sojuzgado la moral, de la que antes formaba una sola parte, y la literatura en sus diversas fases ha abarcado en su seno la filosofía que antes la habia dominado. La imaginacion ha senoreado al entendimiento y ha puesto la ley al corazón. Es tan estenso, tan absoluto este predominio, hablando en general, que las mismas ciencias sociales, la moral, la política, se han convertido en su mayor parte en bellos ensueños, caprichos brillantes, cuadros fantásticos. Como se ha querido cerrar los ojos sobre la experiencia de los siglos, la política va divergando por una region de quimeras, y srrastra tras sí la mayor parte de las ciencias morales y sociales. La literatura, pues, que en gran parte se alimenta de lo bello ideal, debia ejercer naturalmente una influencia no ménos poderosa sobre el espíritu de la época; sobre una sobre el espíritu de la época; un fondo de pirronismo, se abandonan sin freno á todas las excesiones de su imaginacion, y lo someten todo á la satisfaccion de sus necesidades del momento. Todas las ciencias del espíritu tan notando por esta region estera dirigidas por la pasion que en el momento domini; las impresiones fuertes deciden muchas veces de los sistemas y de los principios de los hombres; las creaciones sorprendentes de la fantasia equibral para muchos á las demostraciones del raciocinio y á los datos de la historia. Y en tal estado de fermentacion, ¡qué ascendiente

tan incalculable no ejercerá un genio intrépido, brillante, arrebatado por el frenesí de pasiones ardientes, que se lanza con una especie de furor en el raudal torbellino de las impresiones mas fuertes, de las imágenes mas aterradoras, de las situaciones mas sombrías y desesperadas!

Tal es la influencia que ha ejercido en Inglaterra y ha pasado al continente europeo el genio frenético y sublime de lord Byron. Esta influencia ha gravitado considerablemente sobre los sentimientos, ideas y opiniones. Y aunque pudiera decirse que la influencia inglesa sobre nuestra actual literatura, está representada por dos hombres casi igualmente famosos, aunque bajo aspectos distintos, á saber lord Byron y sir Walter Scott; con todo, la del genio de lord Byron presenta un carácter mas transcendental en los principios y en las maneras, mas irresistible para las almas fervidas y volcánizadas por la pasión; su influjo es raudo mas notable bajo el punto de vista moral y social, objeto primario de nuestras investigaciones, y según el cual, siguiendo nuestro propósito, debemos considerar principalmente á los escritores, ya filósofos, ya literatos.

El espíritu entusiasta de la Francia acogió desde luego con avidez las osadas y rápidas inspiraciones del poeta británico. Traducciones innumerables se consularon desde luego en su idioma: Londres y París agardaban con igual impaciencia las obras de Byron, y cuando aparecían, eran devoradas al mismo tiempo en las dos capitales. Estas obras, dice un escritor francés, habían acrecido tanto las dos orillas separadas por el mar, que para ellas debaba de existir el estrecho. Y este hombre, cuya acción real y poderosa sobre las ideas de la Francia es innegable, ejerciéndola sobre los escritores de aquel país, no dejó de ejercerla muy notablemente sobre nosotros.

Estudiar, pues, á lord Byron, no es estudiar precisamente al poeta, al lite-

rato, al autor de nuevas, caprichosas y célebres creaciones; no: su estudio interesa como el de uno de los hombres mas influyentes en nuestro siglo bajo aquel sentido que si bien poético en las formas, encierra elementos y doctrinas que interesan la moralidad del individuo, y por refracción indispensable, el órden moral de la sociedad.

Para conocer á lord Byron, preciso es trasportarse en medio de los acontecimientos que contribuyeron á formar su corazón y su inteligencia; porque hay momento desde el cual empiezan á madurar los sentimientos y las ideas del alma: las tempestades que braman á su al rededor cuando aquellas se hallan aún en su germen, el rocío que derrama en ella en su frescura, las particularidades del terreno en que se desarrolla, el calor y la tersura de los rayos del sol que la ilumina, son otras tantas circunstancias que contribuyen á modificar las impresiones que recibe, y lo que pudiéramos llamar la organización intelectual de esta casta que piensa, sin, empero, dominar el don supremo de la razón de que se halla dotado su espíritu independiente en esta parte de la materia, y que Dios comunicó al hombre para que fuese el árbitro de sus sensaciones, en vez de ser esclava de ellas la voluntad. En las circunstancias, pues, que rodearon la cuna de lord Byron, encontraremos una parte de las causas que ejercieron sobre su talento y sobre su conducta una acción tan considerable.

Lord Byron era vástago de una raza ilustre, que pasó de Normandía á Inglaterra con Guillermo en tiempo de la conquista.

En la repartición que se hizo de las tierras de los vencidos, cuarenta posesiones formaron el magnífico lote que cupo á los ascendientes del poeta, entre las cuales se incluían Rochdale y Horestan, en el condado de Lancaster, y Wymondhan en el condado de Norfolk. Además, aquellos habían sido

siempre llamados para ocupar los destinos mas importantes del Estado. Esta raza de Byron era ya muy particularmente romántica, y en los siglos primitivos de esta familia se encuentran mil recuerdos tales, que pudieran muy bien ponerse en paralelo con las invenciones mas maravillosas y mas dramáticas de la imaginación del poeta, el cual añadió la sombra de su reputación literaria al antiguo lustre de su prosapia. Y para seguir mas naturalmente el curso de esta genealogía, digamos antes una palabra de los padres de lord Byron.

Su padre era el tipo de una especie que se pierde entre nosotros, merced á la destrucción de estas grandes existencias de holganza que se van devorando á sí mismas, ó por una espantosa disposición, ó por el curso desastrosos de los siglos. Apenas queda ya en pie entre nosotros algunos de estas fortunas colosales que los siglos habían arrugado, y que, eclipsado ya casi del todo el primer rayo de gloria que precedió en su nacimiento, sólo servía después para alimentar uno de aquellos héroes prodigiosos de abolición, una de aquellas corrupciones desmedidas que los poetas y romanceros nos han procurado delinear en los retratos de Luveace, en la Clara Harlowe, del héroe de las *Amistades peligrosas*, y sobre todo, en ese *Don Juan*, á quien lord Byron pagó, por decirlo así, una deuda de pasional filial, consagrándole un poema. El capitán Byron, pues, todo al primer servicio, se había desposado, ó mas bien, había cobrado tres mugeres cultas en el mundo á las que él, por su belleza ó por el júbilo que había precedido á su elección, hasta el momento en que dieron con esta peligrosa seductora. La aventura mas escandalosa de todas fué su relaciones con la joven marquesa Amelia de Carinthien.

Esta graciosa muger había llevado en el seno de una felicidad tranquila una conducta irreprochable antes de haber conocido al capitán Byron. Au-

después de su caída, su marido procuró disimular toda la extensión de sus faltas; llamándola otra vez á sus deberes, que mas parecia haber olvidado que desconocido. Mas el fatal accidente del vicio fué en ella mas poderosa que la virtud tierna é indulgente de su esposo; la marquesa rechazó la mano que se le tendía; entonces su marido la abandonó á toda la fatalidad de su destino. Un divorcio, seguido inmediatamente de un enlace entre ella y su seductor, le permitió que obedeciese á su indecorosa inclinación. Su culpa misma se hizo su verdugo, y al cabo de dos años murió de dolor y de remordimientos, víctima de las brutalidades del hombre por quien lo habia sacrificado todo.

Insistimos sobre este carácter del padre de lord Byron, porque ha venido á ser uno de los tipos de las creaciones del poeta, y le vemos todavía dominar en nuestra literatura. Estas grandezas frías que se rodean de crímenes y de sangre, y quieren sin embargo presentarse como modelos de un heroísmo feroz, van siempre acompañadas de aquel orgullo indomable, de aquel inflexible egoísmo con que Horacio describe en tres palabras el carácter del héroe de la *Hiades* *jurat negat sibi nata*. Estos héroes que se quieren adorar con un atractivo funesto, prescindiendo siempre de todas las leyes morales y sociales, brillan como desecadas hasta los vínculos mas dulces de la naturaleza. Como los fantasmas del Morren, vibran entre sueltas una espada homicida, sacrifican á la pasión de su egoísmo todas las pasiones bellas, y exhalando la singuilaridad de fuego de las mugeres, las inspiran un vago y melancólico deso de dejar hollar su destino por estos misterios desconocidos.

El influjo que ejercen estos caracteres abominables en el seno de la sociedad, empieza por inquietar los corazones inocentes, turbando el reposo feliz de que gozaban en el hogar tranquilo

de las familias. Empiézase á sospechar que existe una felicidad independiente de todas las consideraciones domésticas y sociales; los jóvenes se lanzan al vacío en este abismo como en un campo abierto á sus esperanzas indefinidas, y el seductor aporrea la fatal impresión y el desposorio que ha derramado en el fondo del corazón de una virgen, el sombrío deseo de hartarse de una felicidad inconcebible, aunque sea entre torrentes de lágrimas y tropezando con la losa de un sepulcro.

El padre de lord Byron miraba con sus vicios á las mujeres que, por la facilidad de su destino á por su propia fuerza, se veían sometidas, arrastradas por su ascendiente. Muy poco tiempo después de la dolorosa agonía de la marquesa de Carnarvon, enlazó con miss Gordon de Aberdeen, noble y opulenta heredera que descendía por la línea recta de la condesa de Jacobo I. rey de Escocia. No tardaron en ser vendidos sus estados, y la suma de veinte mil libras esterlinas que de ellos resultaron, se empleó, junto con el precio de la venta de ricas pesquerías, sobre el Dea, acciones de banco, sin hablar de un enorme capital en numerario, en pagar las deudas de este prodigioso disipador, que después de haber devorado tres fortunas, murió de miseria antes de haber cumplido cuarenta años. El lord Byron no tenía aún tres años cumplidos cuando su madre fué abandonada por este indigno marido, que después de haberla completamente arruinado, se refugió á Francia, y vivió algún tiempo en París en la intimidad del viejo mariscal de Byron, que en razón de la identidad de nombre, y de su común origen normando, le recogió como paciente. Nuevas disipaciones, nuevas deudas, nuevos acreedores le destruyeron á Valencienas, y allí fué donde él desamparó y la miseria se sentaron junto al lecho de su abandonada agonizante; triste y justo desenlace de una existencia egoísta!

Es visto, pues, que lord Byron no pudo conocer á su padre sino por las lágrimas que había hecho derramar á su madre, y aquí es donde va á delinearse un carácter que influyó poderosamente sobre el joven poeta. La primera palabra que oyó fué una amarga queja. Su madre, sumida en una situación muy cercana á la indigencia por las ruinosas locuras del capitán Byron, no poseía en su espíritu alguna grandeza que sabe elevarse sobre la adversidad por la manera con que sufre su peso. Obligada á refugiarse en las montañas de la Escocia, y arrastrar allí una vida privada de los gozos de la prosperidad de que había disfrutado en sus primeros años, no conocía el arte de reemplazar el esplendor de la opulencia con la dignidad de su comportamiento. Rebelábase contra su destino, en vez de medirse con una firme ofensa, y volvía á la fortuna injuria por injuria. Aquella boca que enseña por lo regular á los niños á bendecir, fué la que puso la primera maldición en los labios del poeta. Su enja fue movida al ruido de una eterna queja contra los hombres y contra las cosas; y la primera mas poderosa de las maestras, su madre, que debiera haberle enseñado la resignación, le enseñó la misantropía. La vida del capitán Byron dejábase arrebatar diariamente por un furor caótico, pensando en la situación en que se hallaba, y en aquella de que había caído; y en estos accesos vomitaba en su lenguaje desesperado las mas injuriosas palabras, y sus manos, atormentadas por una agitación febril, hacían pedruzcos todo cuanto podían alcanzar. Tal vez se reconociera mas adelante en esta vida del capitán Byron, apareciéndose á su hijo á través de las impaciencias y de los arrebatos de su madre, algunos rasgos del modo con que el poeta consideró después la sociedad.

(Continuará.)

VARIEDADES.

LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II

§ I.

Si del testimonio perenne que nos ofrece la historia pasamos á la necesidad de reconocer al cristianismo por único y poderoso regulador de las grandes fuerzas que dan movimiento á la máquina social, el poder, las masas y los talentos, echaremos de ver que á él solo es dado dirigirlos con acierto y armonía para que conserven su equilibrio, fuera del cual no hay mas que trastorno y ruina.

Los dos grandes enemigos de la sociedad son la opresión y la anarquía, es decir, el despotismo de los que gobiernan y el despotismo de la multitud. Todos los imperios que se han consumido ó desplomado, reconocen una ú otra de estas dos causas destructoras de la marcha de la civilización, que es la verdadera vida de la sociedad. Buscad, pues, en el orden de las ideas humanas un motor bastante fuerte para contener los abusos de los poderes públicos, ora descansan en la autoridad de un hombre solo, ora obren mas ó menos repartidos entre clases ó masas subalternas. Buscad en los principios de interés individual ó de conveniencia pública un sentimiento que deten-

ga en sus justos límites esa especie de omnipotencia humana, que haga frente á las demasías de un hombre que sabe reunir en sus solas manos el supremo poder, y que á nadie ha de dar cuenta de sus acciones. El que conoce á fondo el corazón del hombre, no halla otro contrapeso á ese poder formidable que la necesidad, la conveniencia ó las circunstancias depositan á veces en una sola mano, sino la convicción profunda de que existe un Arbitro supremo, un poder sobre todo poder que tiene ya medidos todos los destinos del hombre y que juzga á las mismas justicias, á cuya presencia todo el poder humano no es mas que un soplo, y que retribuirá á cada uno según sus obras. Digase lo que se quiera, supónganse virtudes ficticias por las cuales el egoísmo y la natural tendencia de la dominación contenga los abusos del poder; todas serán débiles y vacilantes garantías para el hombre que se ve reducido á sufrir sobre sí el poder de otro hombre, y desde la sencilla sociedad doméstica, hasta los grandes poderes que hacen girar bajo de sí millones de voluntades sometidas, nada habrá que contenga al superior ni que garantice al inferior acerca del abuso de la autoridad. Paliado bajo mil formas diferentes, cubierto con mil disfraces el egoísmo nunca saciado, dará mil pretextos á su necesidad de dominar, de oprimir ó de engañar; y en este sentido únicamente, es como puede admitirse aquella máxima fatal destructora de toda sociedad y de toda ci-

de las familias. Empiézase á sospechar que existe una felicidad independiente de todas las consideraciones domésticas y sociales; los jóvenes se lanzan al vacío en este abismo como en un campo abierto á sus esperanzas indefinidas, y el seductor aporrea la fatal impresión y el desposorio que ha derramado en el fondo del corazón de una virgen, el sombrío deseo de hartarse de una felicidad inconcebible, aunque sea entre torrentes de lágrimas y tropezando con la losa de un sepulcro.

El padre de lord Byron miraba con sus vicios á las mujeres que, por la facilidad de su destino á por su propia fuerza, se veían sometidas, arrastradas por su ascendiente. Muy poco tiempo después de la dolorosa agonía de la marquesa de Carnarvon, enlazó con miss Gordon de Aberdeen, noble y opulenta heredera que descendía por la línea recta de la condesa de Jacobo I. rey de Escocia. No tardaron en ser vendidos sus estados, y la suma de veinte mil libras esterlinas que de ellos resultaron, se empleó, junto con el precio de la venta de ricas pesquerías, sobre el Dea, acciones de banco, sin hablar de un enorme capital en numerario, en pagar las deudas de este prodigioso disipador, que después de haber devorado tres fortunas, murió de miseria antes de haber cumplido cuarenta años. El lord Byron no tenía aún tres años cumplidos cuando su madre fué abandonada por este indigno marido, que después de haberla completamente arruinado, se refugió á Francia, y vivió algún tiempo en París en la intimidad del viejo mariscal de Byron, que en razón de la identidad de nombre, y de su común origen normando, le recogió como paciente. Nuevas disipaciones, nuevas deudas, nuevos acreedores le destruyeron á Valencienas, y allí fué donde él desamparó y la miseria se sentaron junto al lecho de su abandonada agonizante; triste y justo desenlace de una existencia egoísta!

Es visto, pues, que lord Byron no pudo conocer á su padre sino por las lágrimas que había hecho derramar á su madre, y aquí es donde va á delinearse un carácter que influyó poderosamente sobre el joven poeta. La primera palabra que oyó fué una amarga queja. Su madre, sumida en una situación muy cercana á la indigencia por las ruinosas locuras del capitán Byron, no poseía en su espíritu ninguna grandeza que sabe elevarse sobre la adversidad por la manera con que sufre su peso. Obligada á refugiarse en las montañas de la Escocia, y arrastrar allí una vida privada de los gozos de la prosperidad de que había disfrutado en sus primeros años, no conocía el arte de reemplazar el esplendor de la opulencia con la dignidad de su comportamiento. Rebelábase contra su destino, en vez de medirse con una firme ofensa, y volvía á la fortuna injuria por injuria. Aquella boca que enseña por lo regular á los niños á bendecir, fué la que puso la primera maldición en los labios del poeta. Su enja fue movida al ruido de una eterna queja contra los hombres y contra las cosas; y la primera mas poderosa de las maestras, su madre, que debiera haberle enseñado la resignación, le enseñó la misantropía. La vida del capitán Byron dejábase arrebatar diariamente por un furor cálido, pensando en la situación en que se hallaba, y en aquella de que había caído; y en estos accesos vomitaba en su lenguaje desesperado las mas injuriosas palabras; y sus manos, atormentadas por una agitación febril, hacían pedruzcos todo cuanto podían alcanzar. Tal vez se reconociera mas adelante en esta vida del capitán Byron, apareciéndose á su hijo á través de las impaciencias y de los arrebatos de su madre, algunos rasgos del modo con que el poeta consideró después la sociedad.

(Continuará.)

VARIETADES.

LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II

§ I.

Si del testimonio perenne que nos ofrece la historia pasamos á la necesidad de reconocer al cristianismo por único y poderoso regulador de las grandes fuerzas que dan movimiento á la máquina social, el poder, las masas y los talentos, echaremos de ver que á él solo es dado dirigirlos con acierto y armonía para que conserven su equilibrio, fuera del cual no hay mas que trastorno y ruina.

Los dos grandes enemigos de la sociedad son la opresión y la anarquía, es decir, el despotismo de los que gobiernan y el despotismo de la multitud. Todos los imperios que se han consumido ó desplomado, reconocen una ú otra de estas dos causas destructoras de la marcha de la civilización, que es la verdadera vida de la sociedad. Buscad, pues, en el orden de las ideas humanas un motor bastante fuerte para contener los abusos de los poderes públicos, ora descansan en la autoridad de un hombre solo, ora obren mas ó menos repartidos entre clases ó masas subalternas. Buscad en los principios de interés individual ó de conveniencia pública un sentimiento que deten-

ga en sus justos límites esa especie de omnipotencia humana, que haga frente á las demasías de un hombre que sabe reunir en sus solas manos el supremo poder, y que á nadie ha de dar cuenta de sus acciones. El que conoce á fondo el corazón del hombre, no halla otro contrapeso á ese poder formidable que la necesidad, la conveniencia ó las circunstancias depositan á veces en una sola mano, sino la convicción profunda de que existe un Arbitro supremo, un poder sobre todo poder que tiene ya medidos todos los destinos del hombre y que juzga á las mismas justicias, á cuya presencia todo el poder humano no es mas que un soplo, y que retribuirá á cada uno según sus obras. Digase lo que se quiera, supónganse virtudes ficticias por las cuales el egoísmo y la natural tendencia de la dominación contenga los abusos del poder; todas serán débiles y vacilantes garantías para el hombre que se ve reducido á sufrir sobre sí el poder de otro hombre, y desde la sencilla sociedad doméstica, hasta los grandes poderes que hacen girar bajo de sí millones de voluntades sometidas, nada habrá que contenga al superior ni que garantice al inferior acerca del abuso de la autoridad. Paliado bajo mil formas diferentes, cubierto con mil disfraces el egoísmo nunca saciado, dará mil pretextos á su necesidad de dominar, de oprimir ó de engañar; y en este sentido únicamente, es como puede admitirse aquella máxima fatal destructora de toda sociedad y de toda ci-

vilización, de que el hombre es siempre el opresor del hombre, y que todo gobierno es una injusticia. Quidat el resorte supremo de la religión, borrad esta sanción no gasta de todo poder, y entregareis á la humanidad entera bajo la espada del mas fuerte á del mas astuto. Mas cuando la religión dirige las miras y los pasos de la auto-idad humana, cuando por sus principios eternos regula el poder del padre y del monarca, del legislador y del magistrado, cuando sus dulces y generosos sentimientos moderan en el que manda la accion indispensable de las pasiones que tienden siempre á agravar la dominacion, entonces y solo entonces se hace suave y ligero el yugo del hombre sobre el hombre; esa necesidad social sin la cual no puede existir la mas corta asociacion humana, y de cuyo orden y templanza depende el primer beneficio de la civilizacion.

De la falta absoluta ó del olvido de este principio dimana la perdida y el amago que vemos dominar en el dia en la alta política que dirige los negocios del mundo, y á la cual deja la Providencia la regulacion de sus destinos. La suspicacia, el engaño, la mala fe parece que se halla convertido en una ciencia sublime cuando se trata de aconsejar intereses en la elevada region de la diplomacia. Para ciertos hombres parece que no existe moral pública, y que la conservación de los grandes intereses de los pueblos justifica todas las medios. Tal vez se nos ofrecerá ocasion de desmentir prácticamente estas ideas que no hacemos sino indicar, porque al paso que emitiremos nuestras doctrinas, no podremos dejar de fijar nuestras miradas en la historia contemporánea, que es la mejor y mas viva comprobacion de las verdades que nos ha dejado consignadas la historia de los siglos anteriores.

(Continuará.)

REGLAS

DE EDUCACION Y DECORO

PARA LAS SEÑORITAS.

(CONTINUA.)

DIVERSIONES.

La sociedad se mantiene y estimula por medio de los recreos y diversiones; mas para que nos interesen y no nos perjudiquen, se han de mirar sin un apego que degenera en pasion, y con aquella indiferencia que se merecen á toda persona sensata, sabiendo privadas de ellas sin sentimiento. Para convencernos de su inutilidad, no hay sino figurarnos cual seria nuestra impaciencia si nos viésemos obligados por una semana entera á asistir de la mañana á la noche á un baile continuado, á un concierto, una ópera, comedia ó cualquier otro recreo. Solo la hipótesis es insufrible: fuera de que el arte de gozar, es el de privarse para mantener en su fuerza la ilusion de lo que divierte.

HERMOSURA.

Tened presente que si la hermosura es una ventaja, tambien es un peligro. Es un don del cielo que debeis respetar en vosotras mismas, y que se ha de mirar bajo dos aspectos muy diferentes, á saber: como materia de vuestra gloria si sabeis apreciarla, y como ocasion de vuestra pérdida si abusais de ella. Hay pocas mugeres entradas ya en años que no deban sentir haber sido hermosas.

ALABANZAS.

Pensad que las mas veces sola se os alaba por interés, y que los elogios y cumplimientos que se os prodigan, no tanto tienen por objeto agradaros, co-

mo sorprenderos. No os está bien ser juguete de vosotras mismas, dejándoos persuadir de lo que os lisonjea, y agradeciendo alabanzas que tal vez no mereceis. ¡Cuántas veces no se verifican en los elogios lo del zorro, que alababa al cuervo su voz para que dejase caer el queso!

CELOS.

No solamente arguye perversidad de fíndole, sino tambien de muy poco talento, el hablar mal de las personas de quienes se teme que pueden oscurecerlos; pues los celos, que son los que en semejantes ocasiones nos inspiran, no producen otro efecto mas que realzar las cualidades de la persona tildada, y disminuir las de la misma que tilda.

ADEMANES.

Las cualidades propias á individuos, se malogran infelizmente con la afectacion de las que no se tienen. Guardaos, jóvenes, de orientar un exterior engreido y desdichoso; y aun cuando os domine la idea de que solo con dejaros ver agradais, no omitais cuanto contribuya á mereceros una estimacion justa y debida. Si se echa de ver que nada poneis de vuestra parte para congraciaros, y que mirais como un tributo de justicia el que se os admira á primera vista, estad seguras de que por grande que sea vuestro mérito, se dejará desde el mismo momento de apreciaros; porque toda pretension orgullosa liere el amor propio de cada uno, y éste se venga con el desprecio de la humillacion que ha querido imponérselo.

MODAS.

Si queremos vivir en la sociedad, es necesario seguir sus usos; pero no os reís de las primeras en seguir las modas, por no esponeros á tener que dejarlas cuando no consiguen generali-

zarse. Sin salir de los modelos de cada una, el juicio, la modestia y el buen gusto deben dirigir vuestro atavío. Cuidad mas que de estar adornadas, de presentaros decentemente vestidas, evitando sobre todo que el vano deseo de componeros como aquellas á quienes en nada os pareceis, os haga perder el aire que la naturaleza os ha dado en particular, por conformaros con el suyo. Esto os espondrá inevitablemente á parecer ridiculas por el mismo medio con que otras se hacen agradables.

MODALES.

Igual inconveniente presenta la servil imitacion de los trages, la de los modales y maneras de otras. Es poco glorioso dar margen á que se piense que no es una capaz de agradar por si misma, si no lo toma prestado; ademas de que la menor cosa, siendo original, vale infinitamente mas que la copia. Solo es permitido evitar aquello que puede adquirirse con la imitacion, como son las virtudes, tomando para esto por modelo lo mas perfecto. No se ha de gastar demasiado tiempo y esfuerzo en componerse, pues se conoce al instante el excesivo cuidado que se ha puesto, y se burian todos de semejante puerilidad, así como de los discursos sobradamente pulidos y movimientos copiados. La naturaleza puede amalgamarse con el arte, pero nunca con el artificio.

PENSAMIENTOS.

El trato frecuente con las señoras, inspira urbanidad, elegancia de modales, tono y dulzura.

Es propio de todas las señoras en general, la bondad, las gracias, el talento y la indigencia; así es que á todas ellas debemos respetarlas y observarlas á la vez.

LORD BYRON.

ARTÍCULO 1.º

§ I.

[CONTINUA.]

Es muy de creer que estas primeras impresiones contribuyeron á inspirarle exageración en el pensamiento y amargura en el corazón: llevar debía impresa en su talento la impaciencia maternal, y debía querer romper todos los obstáculos, todas las barreras, todas las trabas, á la manera que su madre hacia trozos de las porcelanas que su tío no podía alcanzar.

Si nos remontamos ahora un poco mas sobre el primer grado de su genealogía, vamos á encontrar nuevas figuras no menos pintorescas, y otras influencias no menos poderosas. Lord Byron tenia por abuelo un célebre comodoro á quien los marineros habian dado el apodo de Jaime Mal-Tiempo (Foul-Weather-Jack), porque se le habia observado que nunca se habia dado á la vela sin sufrir una tempestad. El destino de estos Byron, tanto en la mar como en la tierra, era de ser combatidos por todos los vientos contrarios, no haciendo mas que mudar de tormentas cuando mudaban de elemento: Hubiérase dicho que llevaban marcado en su frente un sello providencial todos los miembros de esta familia, y que la fortuna razonada esta señal donde quiera se encontrasen. En un viaje al rededor del mundo, el abuelo de lord Byron transformó en historia el romance de Daniel Foe sobre Robinson Crusoe; la realidad de sus aventuras y peligros tocó el término hasta donde habia llegado de la imaginación del autor novelista.

Y qué será si hablamos de su tío Guillermo el Malo (William the Wi-

ckedy, personaje sombrío y misterioso, cuya fisonomía se mira reflejada en algunos poemas de su sobrino! Contemplad á ese lord disoluto, matador, y tal vez asesino, colgando de su lado la espada con que habia atravesado el corazón de un pariente en un duelo nocturno, saliendo de una taberna de Palmall. Nadie fué testigo de este duelo, tenido á la luz pálida de una vela moribunda. El herido balbuceó antes de morir algunas palabras acusadoras; formóse en Westminster-Hall una sumaria llena de interés y de emociones ante los padres, que despues de varias sesiones en medio de la expectacion del público, admitió á precio de oro en la sala, declararan por unanimidad al acusado, reo de asesinato premeditado; acusacion de qué solo pudo escapar invocando el privilegio del juramento que á su título correspondia.

Si seguimos esta vida cubierta con una mancha de sangre, veremos que se desliza triste y taciturna en Newstead-Abbey, morada tan sombría como el destino que allí debia terminar. El lord homicida siéntese herido en sus mas dulces afecciones; el cielo ha cortado la vida de su hijo único; la cuchilla invisible de la muerte cayó sobre la raza de aquel que habia pecado por la cuchilla; envejece solitario sin esperanza de posteridad. Apodérase entonces de él una rábía fría y silenciosa. Rebelase contra el decreto de Dios, y no pudiendo desheredar la línea lateral á la cual van á pasar sus bienes y sus títulos, quiere á lo menos dejarle una fortuna arruinada, asi como le legará un título manchado por un crimen. Dejará, pues, que caigan de vez los edificios, extraerá de la tierra la última sustancia, la disipará, hará cortar las altas arboledas, restos inmensos del parque de Sherwood; por fin, enagenará secretamente porciones considerables de una vasta y preciosa posesion que se halla calificada de primera clase en el *Doomsday book*, antiguo registro general de In-

laterra, formado por orden de Guillermo el conquistador.

Cuando el viejo lord hubo urdido todos los hilos de esta venganza póstuma, que ha de explotar despues de él; y hubo tendido para un porvenir que él no verá el pérfido lazo donde ha de caer y morir la corta prosperidad de un niño, entonces de tierna edad, se abandona á unos placeres estraños como él mismo, y á goces de una estra vagante profusion. Todos estos Byrones amaban la mar; y este elemento, que es para todo inglés la segunda patria, ella para ellos la primera. Parece que aquellos caracteres caprichosos y mudables necesitaban vivir sobre las olas, tan mudables y caprichosas como ellos. Habia entonces en Newstead-Abbey un lago magnifico, que en los versos de lord Byron despliega á menudo sus inmensas cascadas y sus dormidas ondas; sobre este lago gustaba su tío de hacer simulacros de batallas navales por medio de pequeños navios, dirigidos por castillos en miniatura que habia hecho construir sobre la orilla. Dia llegó en que estos juegos cesaron de divertir al taciturno señor; y le ocurrió una idea singular, estra vagante: la de ver un verdadero navio, un navio de guerra desplegando sus alas de ave de rapina sobre aquellas dormidas aguas.

Esta idea debia complacer el genio de esta raza aventurera, por la precisa razon de la aparente imposibilidad de ejecutarla. Lord Guillermo hizo, pues, comprar un grande navio en las costas del Océano, y dió orden que fuese trasportado hasta el lago sobre enormes estribos construidos á todo gasto para satisfacer el loco capricho del señor del castillo. Grande fué la sorpresa en aquel pais al ver aquel enorme buque completamente montado, navegando en tierra firme por entre las florestas desamantadas de la antigua selva de Sherwood. Entonces vino á la memoria de aquellos habitantes un viejo pronóstico de una adivina del

cantón (Mothar Shipton) que habia dicho: "Cuando un navio cargado de merluzas atravesará el bosque de Sherwood, Newstead saldrá del poder de sus señores." En el ófiteo de Nottinghamshire, la palabra *lag* puede traducirse igualmente por merluzas ó por arbusto: los paisanos, que detestaban á Guillermo-el-Malo, y que deseaban favorecer el cumplimiento de la profecía, al pasar el navio cortaban arbustos y los arrojaban en su fondo á medida que la inmensa máquina iba avanzando por el bosque fatal. Por manera que el dudoso oráculo quedaba ya cumplido cuando aquel navio, mensajero de ruina, bajó á las aguas inmóviles de Newstead-Abbey.

¿Quién no reconocerá en el colorido de esta leyenda aquel terror sombrío de donde Shakespeare tomó el célebre oráculo de las hechiceras? Y este navio que camina en tierra firme, no se parece maravillosamente á aquel buque que caminó para situar al usurpador Macbeth en su último refugio! En Inglaterra es donde mas abunda este género de leyendas, porque en Inglaterra mas que en ninguna otra parte habia encontrado su verdadera expresion esta unión indisoluble entre la tierra y las razas, antigua utopía del sistema feudal.

El *Doomsday book*, aquel registro escrito con la punta de la espada de Guillermo el conquistador, es, propiamente hablando, el libro de los desposorios de la raza normanda con las tierras de Inglaterra; y quedó tan fuerte el lazo de este hinenco, que parecia imposible se verificase su divorcio sin ser anulado antes por misteriosas suñales y apriciones. De aquí nació aquella especie de mitología feudal, de sombras gimiendo, danzas blancas, espectros silbando que llenan las leyendas inglesas y de que sacó tantos recursos el genio romántico de Walter-Scott. Cuando la raza de los antiguos señores desaparecía ó era des-

pojada de su tierra, ésta lloraba como en una especie de viudez. La leyenda popular que había anunciado que Newstead-Abbey saldría de las manos de la familia de los Byrones, era de esta clase, y tuvo su cumplimiento por la muerte de lord Guillermo-el-Malo, que en 1795 bajó al sombrero subterráneo en donde descansaban sus antepasados, sin dejar heredero directo; por manera que su sucesión se halló transferida en la cabeza del joven Byron, refugiado á la sazón con su madre en las montañas de Escocia.

En esta serie de caracteres que se han ido desplegando á nuestros ojos, hemos visto sucederse, por decirlo así, las diversas fases del genio futuro del poeta, pareciendo tan fácil trazar la filiación intelectual y moral, como la filiación natural y física. Se hallará en la variedad de sus relaciones, y en el ardor frenético de sus festines algo de semejante á las pasiones desordenadas de su padre y á sus vapores amorosos; en otra parte se verá distinguir la irascible petulancia del carácter de su madre, y aquel torrente de imprecaciones á las que tan á menudo daba rienda suelta la desolada viuda en sus noches de soledad y en sus abandonados días. Su espíritu hallará ni placer en el cambio incessante de situaciones, y gustará de vagar errante de mar en mar y de orilla en orilla, como el célebre comodoro abuelo suyo, que seguro de hallar una respuesta cada vez que se hacía á la vela, no podía permanecer en el puerto, y desafiaba todas las fatigas, antes la idal reposo. En su genio tendrá algo de sombrío, de retraído y taciturno como la vida de su tio Guillermo-el-Malo. Su carácter y su talento parece que se componen de las cualidades y de los defectos de todos los hombres de su prosapia; caminando el último y el mas misántropo de todos, llevará en su frente el sello de la desgracia escrito en la frente de sus abuelos, y los partos de su imaginacion serán fogosos y estranos como su destino.

Así que, en vez de ver en sus poesías el reflejo de una sola vida, se mirará en ella el reflejo de todos los anales domésticos de la casa de Byron, que desplegándose á los ojos de la poderosa inteligencia de su vástago, han dejado en sus poemas una sombra de fuego. Esta raza esencialmente romántica, si por esta palabra se entiende de todo cuanto sale de los límites ordinarios, había formado muy de antemano el genio del que heredaba tanto su nombre como sus destinos, en una atmósfera poética compuesta de recuerdos de familia. Mas de una vez desenthrácese el espectro amenazador de lord Guillermo-el-Malo, alzando la sombría frente y con el dedo sobre los labios como queriendo retener un secreto de sangre, y aparece como medio envuelto en una niebla opaca como el mismo en las composiciones de su sobrino. Había en la casa de Byron cierta analogía con la raza de Atreo y de Thiestes, que tantas tragedias había inspirado á los génius sublimes de la antigüedad: su grandeza era una mezcla de misterios y de crímenes, de modo que Byron nació de una raza poética antes de ser poeta.

§. II.

Hemos investigado ya los antecedentes de lord Byron en los anales domésticos de su familia, y hemos visto delineados sobre las avenidas de su cuna los destinos de sus antecedentes, semejantes á aquellas grandes encinas cuyas sombras gigantescas descendían hacia las llanuras que las rodean. Pero hay mas que decir todavía sobre las influencias que contribuyeron á modificar su inteligencia, y á estampar su sello en aquella alma poética.

El niño que nació tras esta larga línea de raros personajes, con la hermosura caprichosa y la frente taciturna, ese niño nacía igualmente con una imperfeccion que fué el desespero de toda su vida. La burla que hace Hora-

cio de ciertas obras en el principio de su *Arte poético* (1) era tristemente aplicable á lord Byron. El cielo le había dotado de una de aquellas figuras bellas y melancólicas que parecen la obra perfecta del genio; mas en la parte inferior de su cuerpo se le notaba aquella deformidad que fué común á lord Byron, sir Walter-Scott y M. de Talleyrand.

Para conocer toda la influencia que este vicio de conformation tuvo sobre el carácter de lord Byron, es preciso considerar el esquisito sentimiento de lo bello que ha puesto Dios en el alma del poeta. El verdadero poeta es artista por el corazón; en sí mismo lleva el instinto de la belleza de las líneas y de la armonía de las proporciones, y en esta parte existen secretas simpatías que el vulgo no puede ni aun sospechar. Lo que para sir Walter-Scott no fué mas que un accidente y una incomodidad para M. de Talleyrand, fué una desgracia para lord Byron, porque éste, sobre todo y ante todo, era poeta. Esta desgracia la soportó con una febril impaciencia durante su infancia, y despues de ella, la edad no le dió mas filosofía. Si no temiáramos que se nos escalfase de adelantada en demasía nuestra reflexion, diríamos que había una rara semejanza entre la conformation de la persona de lord Byron y la naturaleza de su genio. Este genio tiene una parte superior admirable, pero tiene tambien una parte inferior defectuosa y mala. El autor se ha dividido en pie en sus poemas, y donde quiera se descubre el pie cojo....

Mas de una vez se le había echado en cara durante los primeros años de su vida esta desgracia de la naturaleza, y la humillacion que había sentido quedó cruelmente marcada en su memoria. No se había ya olvidado su madre, en su alumbramiento, como la de Gloucester en Shakespeare! Y no

fué necesario para consolarla de haber puesto al mundo una criatura desgraciada, que una adivina pronunciase al recién nacido un porvenir brillante, fundándose en que, durante ciertas épocas periódicas, el zefiro de Newstead-Abbey había pertenecido siempre á señores mullidos ó estropeados! Los jóvenes compañeros de sus juegos, no le habían recordado mil veces con dierios injuriosos, este defecto de nacimiento que el hubiera querido ocultar á las miradas de todos! En fin, á pesar del favorable augurio de la adivina, su misma madre en sus arrebatos y accesos de cólera no le había dirigido epítetos de agravio, que haciendo alusion á su desgracia, le herian mas profundamente el corazón en cuanto salían de una boca de la que no hubiera debido esperar sino consuelos! Estas duras y ultrajosas palabras de *crooked foot* y de *lame-brat*, salidas de la boca maternal, habían dejado en el alma del poeta un resentimiento de dolor que se dejó sentir hasta en sus composiciones.

En la pieza titulada: *Deformed transformed*, puede verse un melancólico recuerdo de estas escenas domésticas, y en la triste respuesta de Arnold á las maldiciones de Bertha que le echó en cara su deformidad: *Madre, de esta manera nació, el poeta mismo se oculta detrás del personaje, y se nos presenta medio envuelto en su humillacion dolorosa. Lord Byron no disimulaba en sus conversaciones íntimas el profundo desespere que le causaba este vicio de conformation; y para no ser incluidos de exageracion en las conjeturas que de ello hemos deducido, nos es indispensable citar sus propias palabras: díjole un dia un amigo que sus facultades intelectuales le elevaban sobre el resto de los hombres; lord Byron con una sonrisa amarga le señaló su cabeza, diciendo: "Si esto me hace superior al resto de los hombres, esto (y le señalaba su pierna) me pone muy inferior á ellos."*

[1] *Desinit in ipsam mulier formosa superet.*

Seguid ahora este último vástago de una raza melancólica, con una irritación nativa que trae en su alma acibarada; seguidle en la soledad que busca en odio y en despecho de las humillaciones que sufre por parte de los hombres, y alimentando sus primeras meditaciones en la escarpada cima de las montañas de Escocia á donde le habian desterrado los infortunios de su madre. Los hombres no entran para nada en esta educación fiera y salvaje; los libros y la naturaleza son los únicos preceptistas de lord Byron hasta su entrada en el colegio de Harrow, pues pasamos por alto los oscuros pedagogos cuyas lecciones siguió irregularmente con los otros niños de su edad. Byron es un lector prodigioso y un paseador infatigable. Sus pasos devoran el espacio con el mismo afán con que sus ojos devoraron los libros. Esta alma ávida de alimento se abre á la vez á las impresiones de la naturaleza por sus osadas escursiones, y á las impresiones de la sociedad por sus lecturas.

En esto se reconocerá el origen de uno de los caracteres mas notables del genio de lord Byron; queremos decir, de aquella frescura de imaginación que parece balancearse entre los bosques verdosos y estenderse por los bellos lagos de la Escocia, al lado de aquella triste experiencia de la corrupción social que difunde sobre los versos del autor inglés el colorido escéptico de las poesías de Voltaire. Nunca mas se borrarán de su memoria las magestuosas escenas de la naturaleza de que fué testigo en su infancia, y las nebulosas bellezas del clima de Escocia, los grandes ruidos de los bosques que braman al doblegarse bajo las alas de la tempestad, el murmullo de las aguas que se despeñan y los sordos rugidos del trueno se descubrirán siempre en el fondo de su genio, aun cuando la superficie de su inteligencia parezca coronarse de flores. El alma de lord Byron era un espejo, pero un espejo

en donde las imágenes una vez trazadas no se borraban jamas. Cierta araque de Oeslan caracterizaba las primeras emociones de su vida: este linde primitivo sobrevivió á todas las impresiones de los años que siguieron, dejando un no sé qué de pintoresco como la naturaleza de Escocia en aquel ánimo escarpado, digámoslo así, y en aquel corazón que tenia perspectivas abiertas en todos los puntos del horizonte.

En esta soledad salvaje, en los sitios mas sombríos de la Escocia se deslizo la primera infancia del poeta. Allí se le pegó ese culto fanático á la naturaleza desnuda, que así en el como en Rousseau se parecen bastante al odio de la humanidad. Byron poseía todos las afecciones que son los atributos de la misantropía: prodigaba en caricias desordenadas á los animales la simpatía que rehusaba á los hombres; inmortal ha quedado su amor á su perro Bealswain, por el epitafio que le consagró.

Dando á su inclinación á los animales un color dramático y singular, como á todas sus acciones, se complacia en domesticar la bravura de las bestias salvajes, y muchas veces se lo vió rodeado de estos monstruosos amigos, cuyo diente ó garra llenaba de espanto al visitador no acostumbrado á estas amistades salvajes. Para imitar esta singular fantasía de lord Byron, el célebre actor Keen, que tenia tambien sus pretensiones de originalidad, transformaba su salon en casa de fieras, y á nadie recibia sino por medio de un leon que tenia domesticado. Mas no hemos dicho bien al calificar de singularidad este antojo de lord Byron. Habia en estas arriesgadas y difíciles educaciones, dos circunstancias muy seductoras para un alma como la suya: las fuertes emociones de una empresa aventurada, y el orgullo de una grande dificultad vencida.

(Continuará.)

VARIEDADES.

LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II

§ II.

(CONTINUA.)

Pasemos á considerar por un momento la necesidad de la influencia religiosa en las grandes masas. Esta ha sido reconocida hasta por aquellos hombres que no considerando en la religion sino una feliz invencion de los legisladores y de los gobiernos la creen necesaria é indispensable para contener á la clase infima y numerosa, en la que pueden penetrar apenas los dos mas principios civilizadores. Lejos de nosotros semejante impostura; lejos de nosotros el reservar para la parte mas sencilla y desgraciada de la humanidad un freno que desdellan con orgullo la prosperidad y la filosofía. No, harto combatimos ya á su tiempo la máxima tan perdida como absurda, *la religion para el pueblo*; nosotros sin atular al pueblo, le miramos con toda la dignidad con que la religion considera á los hombres, sea cual fuere el grado que ocupen en la escala social. Y aun diremos mas, considerando la influencia religiosa en el individuo, la juzgamos tanto mas necesaria cuanto mas éste puede abusar de su poder ó de su inteligencia; decir lo contrario es conde-

ñar á la abyeccion y al oprobio la mayor parte de la humanidad; y vuno sería el freno saludable de la religion, si de él quedaren escluidos aquellos hombres dotados de mas medios para elevarse entre los demas, y dominar sobre ellos. No: la religion es para los reyes y para los pueblos, para los grandes y para los pequeños; para el hombre que nada en el poder y para el desvalido que mendiga su socorro en nombre de la caridad. Este es el único medio para que la sociedad humana llegue por el amor, y no por el crimen, al alto punto de union y de fraternidad á que la conduce el Evangelio: este es el mas elevado punto posible de civilizacion al que se afanan en vano para hacerle llegar los sistemas fundados en teorías puramente humanitarias.

Pero considerada sobre las masas la influencia reguladora de la religion, aparece evidente á primera vista que sin ella los hombres reunidos, llenos de intereses opuestos, de exigencias, de necesidades y de caprichos, estarian en lucha continua unos con otros sin un lazo de deber que los uniera por una parte y los contuviera por otra. Y este lazo no puede buscarse en las reglas de una esmerada cultura ni en las abstracciones de la filosofía: esta idea ha de derivar de mas alto, ha de dominar sobre la multitud con fuerza, ha de crecer desde la infancia y arraigarse en el corazón, ha de reconocer la mano de una providencia reguladora sobre los destinos del hombre, haciéndole dulces los sufrimientos y for-

zándole á estender sus tristes miradas mas allá del sepulcro. Quidad de los desgraciados la convicción de la existencia de una voluntad suprema á la que nadie puede resistir; dejadle en la horrosa duda de su destino; abandonad su alma agobiada á las tenebrosas sospechas de la fatalidad; ah! qué será de los hombres! En nombre de quién censuráis á una multitud necesitada é hambrienta! Con qué poder detendréis el empuje terrible de una muchedumbre entusiasta, fanática, cuya idea dominadora es la de vengar en la parte mas feliz ó mas desgraciada de la sociedad el ultraje que le ha hecho la fortuna, ó el góden marcado por la Providencia en la economía de la humanidad! Qué hay, qué puede haber de tan terrible y amenzador como una masa embrutecida, sin religion, sin pudor, sin sentimientos sociales, ciega, sin casi el instinto de la razon, que se arroja con la rapidez del rayo sobre todo cuanto cree obstáculo á su avidez inmensa, á su sed insatiable del gozar, ó de vengarse! Quidad, pues, de en medio del pueblo, sofocad, desarraigad el espíritu religioso de entre aquella muchedumbre cuyas pasiones irrefrenadas no pueden modificarse ni aun por aquellos sentimientos de cultura y de sociabilidad que conservan en otras clases la apariencia de las virtudes sociales, y qué tendréis! El único derecho del número y de la fuerza la ley del salvaje, el arrojó, el abandono del hombre embrutecido hasta su última degradacion! No nos sobran por desgracia motivos para creer que ninguno de entre nosotros pondrá en duda esta verdad, por mas que afecte desconocerla!

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO I.º

§ II.

[CONTINUA.]

El niño que trepaba por los peligrosos senderos de las montañas de Escocia, quiso, al verse hombre hecho, domar las bestias feroces. Esto era muy natural, pues siempre se deja ver una especie de lógica en los mas grandes caprichos del espíritu humano.

Otra prueba de esta lógica halláramos en las lecturas de lord Byron. A la edad en que los hombres no han leído sino libros, él habia leído bibliotecas, y en el catálogo de las obras que la prodigiosa actividad de esta inteligencia familiar habia devorado, antes que el poeta hubiese cumplido los quince años, vemos llegar los romances al número de cuatro mil. Así que, acurrullada insignificante voraz pasaba en leer romances el tiempo que no empleaba en hacerlos; y los dramas de la vida humana, venian á añadir sus puntos de vista á los dramas de la naturaleza que se desplegaban á los ojos del poeta, durante sus aventuras escuísticas sobre el Loch-Nagar, rey de los picos escarpados de la vieja Caledonia.

Byron, gracias al estado de fortuna de su madre, no teniendo punto de vista abierto para su genio en el mundo positivo, habia concentrado toda su actividad en la región del mundo ideal, cuando sobrevino un acontecimiento que cambió su posicion en la sociedad: tal fué la muerte de su tío Guillermo, aquel personaje que vimos designado en las criticas escuísticas bajo el nombre del *Guillermo el Malo*. Sin esta muerte, es muy probable que el genio de lord Byron no hubiera tomado aquel aire epicúreo y libertino que se descubre en algunas de sus poesías, porque

su existencia no se habia aún bañado en los placeres del mundo. Su talento hubiera quedado mas tético y sombrío, y habria guardado mas analogía con el de Rousseau. Pero aquella muerte produjo una revolucion en su existencia, haciéndole pasar de una posicion oscura y precaria á una situacion brillante. Una sola noche separó estas dos estremidades de la fortuna: por la mañana objeto de envidia. El mismo poeta explicó esta transición rápida en sus versos. «Ayer, dice, la fortuna me condenaba al latido por culpa de otro; y hoy ved aquí qué hace de mí un gran señor, porque otro ha cesado de serlo.» La vida de su padre habia causado su ruina; la muerte de su tío produjo su grandezza.

El centro de los dominios que acababan de tocar en suerte á aquella infancia, junto con un asiento en la soberbia asamblea de los pares de los tres reinos unidos, que eleva su inmenso orgullo al nivel del orgullo del senado romano, el centro de estos dominios, repito, y el punto principal de las posesiones de Byron, era el mas á propósito para continuar sobre el alma del poeta aquella especie de influencia que habia ejercido sobre ella desde un principio al aspecto romántico de los sitios Oslánicos de la Escocia, y aquellas montañas altísimas sobre las cuales una naturaleza misteriosa parecia haber estendido un eterno y nebuloso velo. Y no se admite que demos tanta importancia á esta influencia material de la naturaleza física sobre el espíritu de lord Byron. Hay dos clases de inteligencias: unas mas elevadas y recogidas en sí mismas, dominan los objetos exteriores; otras mas abiertas á las impresiones, se dejan dominar por su ascendiente. Lord Byron, así como la mayor parte de los poetas, se acercan á este segundo tipo. Su espíritu se matizaba con los colores de los parages en que vivia, y nada mas fácil que ver comprobada en

sus viajes esta ley de su inteligencia.

La fortuna conduciéndole á Byron en los muros de Newstead-Abbey, daba una vida al lugar donde todo habia sido hasta entonces sombro y romántico en la mas romántica de las habitaciones. Newstead-Abbey no formaba parte de las numerosas posesiones concedidas á la familia de Byron despues de la conquista de los normandos. La posesion de este propiedad remontaba al reinado de Enrique VIII, y á la expoliacion del clero católico, como la indica ya el nombre mismo del edificio. Sabido es que el rey Enrique VIII, aquel monarca que por la violencia revolucionaria de su naturaleza ofreció algunos rasgos de semejanza con la convencion francesa, habia repartido á su nobleza las propiedades eclesíasticas por precio de su apostasia, y que el cambio de religion en la Gran-Bretaña fué mas bien un negocio de intereses que un negocio de creencia. En la distribucion de este real pillage, Newstead-Abbey habia caído en suerte á los Byron.

(Continuará.)

REGLAS DE EDUCACION Y DECORO PARA LAS SEÑORITAS.

(CONTINUA)
COQUETERIA.

Solo con presentar un bosquejo de lo que es una coqueta, se parece uno de lo poco conforme de semejante carácter con su propio interés, si aspira á merecer un lugar honroso en la sociedad. La coqueta está dispuesta á dar acogida á todos los obsequios: prefiere agradar á las personas de brillo, antes que á las de verdadero mérito, y se consuela del menosprecio de algunos con la esperanza de alucinar á otros. La coqueta oculta á veces su pasion, no por modestia, sino por hacerse va-

er mas, y se apresura por sentarse al lado de los que quiere que pisen por sus amantes, temiendo que ellos no se sienten junto á ella: en todas las concurrencias es su cabeza un argadillo: habla, no tanto para que la oigan, como para que la escuchen los demás, y no repara en ostentar aires libres y poco conformes con la modestia de su sexo. La coqueta se acompaña sin recelo en todos los lanceos de una connexion, sobreponiéndose á quanto puede pensarse de su conducta y sentimientos; á trueque de ser objeto de las conjeturas: sufre ser conamante en los que la han abandonado las libertades, iras, y á indicaciones de su facilidad; precitándose de llevar por todas partes en pos de sí á sus esclavos. Para excitar mas la pasion de cada uno, la coqueta excita sus celos y altera la tranquilidad de cada cual con sus modales libres y sus miradas apasionadas, como si quisiese inspirar amor á otros: deja entrever estudiadamente las cartas y regalos que ha recibido, los gastos y funciones que por ella se han hecho, y manifiesta, en fin, la jactancia de los amantos mas indiscretos, y la resolución de las mugeres que nada tienen que perder. *Habrás hombre que se arrostre á unir su suerte con semejante muger? Habrá muger que se proponga ganar con la imitación de este modelo á ningún hombre?*

OSTENTACION DE SABER.

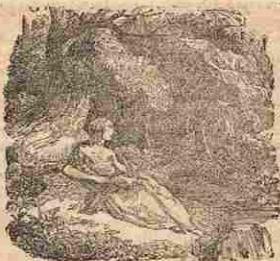
El templo de las ciencias no está cerrado al bello sexo; pero si es muy ageno de él el pretender levantar crédito sin una muy conocida vocacion. La muger debe poseer conocimientos generales para poder intercalarse en todo lo que sea materia de conversacion: pero lo delicado de su rostro no parece hecho para marcharse átes de tiempo con los saballos de un profundo estudio; charco sólo si logra hacer la felicidad de un hombre; y aun la misma Madama Stael, tan célebre

por sus conocimientos, hubo de sufrir del angez Napoleon, al querer atraerse su atención con sus discursos, aquellas picantes palabras: *Madama cuántos hijos tenéis!* Es pues ridiculo que una muger ostente á cada paso su erudicion y quiera singularizarse por este medio: pierde con las mugeres y gana poco con los hombres, que tienen por exclusivamente suyo el patrimonio de las ciencias; pero le es no solo permitido, sino debido, el procurarse conocimientos análogos á su condicion con el amor á la lectura, que cultive su entendimiento, mejore su corazon y la aparte de otros entretenimientos dispendiosos, y del fastidio que es fuente de infinitos males.

DEBERES RELIGIOSOS.

Los deberes de religion, aun considerados como puramente sociales, son de mayor transcendencia para la felicidad individual de la muger que para la del hombre. Un hombre que bajo el pretexto de despreocupacion se permite invectivas contra la religion, es ya mirado en el dia como un charlatan haciéndole mucho favor, pues la religion bien entendida es el mayor de los vínculos sociales; pero una muger que se vanagloria de sentimientos irreligiosos pasará por un monstruo que ahuyentará de sí á todos los hombres. El mas libertino, el mas prendado de sus demas equalidades temblará de pensar que las pasiones de aquella joven no tienen otro freno que el frágil decaro humano, y no contará con la fidelidad de quien ha rotó el pacto con la Divinidad. La ternura, la piedad, los sentimientos religiosos son la herencia peculiar del sexo hermoso: el reñecor mayor de sus gracias, á que no puede resistirse el corazon mas depravado. *Muger, honra y rencorás,* dijo un poeta dramático nuestro: sentencia que puede ser aun mucho mas verdadera, diciendo: *crece, muger, y prendarás.*

(Continuará.)



REVISTA BIBLIOGRAFICA.

LAS VIOLETAS.—POESIAS DE LA SEÑORITA DOÑA DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

Pocas veces hemos cogido la pluma con el placer que ahora lo hacemos, para trazar algunas líneas sobre los poéticos ensayos de la señorita de Cabrera, que colocada ya en el catálogo de las poetas españolas mas aventajadas sale ahora su nombre del reducido círculo de los literatos para extenderse en el ancho del publico.

Bajo el nombre de las modestas flores que sirven de título á las concepciones de esta nueva poetisa, ha publicado un libro que debiera llamarse *Ramillete*, y de bellisimas flores, por que lo son en verdad las lindisimas poesias que contiene, poras emanacion de un alma entusiasmada, tierna, amante, sensible, de un alma de muger, verdadera inspiracion del genio.

Es tan esquisita la inteligencia de la muger, tan susceptible su corazon de fuertes emociones, tan amante de lo bello y de lo grande, que ni puede sentir sin vehemencia ni expresar sin sensibilidad. Asi vemos en las poesias

de la señorita de Cabrera rasgos de sublime ternura, de verdadera poesia.

Como si su alma no perteneciera á este mundo, la oímos esclamar:

«¿Qué es para mí la tierra?... Oh! (nada, nada!)»

Por eso eleva la mirada al cielo, que el corazon y el alma en el tan solo

hallan consuelo.

Dice mas adelante:

«Desgraciada la muger, Dotada de un alma ardiente, Que á este mundo solamente Ha venido á poseer.»

¡Infeliz! en efecto, si mirado nuestra sociedad por la epica de sus poéticas ilusiones, ve dispersarse estas como las hojas apostadas, desvanecerse al sentir el hálito de una sociedad material, como la nieve á impulso de los rayos del sol.

Con religiosa y profunda fé en sus creencias, con amante ternura para con sus queridos padres y hermanos,

y apasionada en sus recuerdos de amistad, siempre son poéticos sus pensamientos. La patria ha inspirado también un número; y en sus poesías *á las heróicas víctimas del 2 de Mayo, á Zaragoza* y otras, ha demostrado el varonil aliento de su alma. Tradáremos, aunque no sean más que las dos primeras octavas de la primera composición que citamos.

"Sobrecogida de respeto mudo
Doblo ante vuestra tumba mi rodilla:
Vosotros fuisteis de la patria oscuras;
Vosotros sois la gloria de Castilla:
Y al pensar que la España sola, pudo
Producir de valor tan maravilla,
Tengo de llanto mis pupilas llenas,
Y arde la sangre en mis hinchadas
venas."

"Y lloro, si; mas de entusiasmo ardiente

Late también mi corazón fogoso:
Y lloro, si; mas siento por mi suerte
Pasará aquel recuerdo, que glorioso
Dejasteis á la España, y que en su

Brilla como un diamante esplendoroso,
Y mientras vuestra muerte y triunfos
cantó,

Riego la tierra con mi acerbo llanto."

Gustosos copiaríamos muchos de sus versos á tener más espacio.
Felicitísima, pues, por tan venturosos ensayos, y desamam por nuevos pensamientos en pos de las *Violetas*, estas aromáticas mensajeras de la estación florida.

REVISTA DE PARIS.

(Cree vd. tan fácil, amigo mío, procurarle noticias exactas de cuanto en esta Babilonia sucede? ¡Se le figura á vd. acaso que con leer *les faits divers*, que es como si dijéramos la "Crónica de la Capital," pueden escribirse

artículos adornados con las condiciones que vd. me exige? ¡Ay, amigo! Tarea difícil es esta, en que mis pecados, si no mi amistad hacía vd. me han comprometido. Pero olvidemos ahora esta dificultad: desaparezca toda preocupación ante el deseo de complacer á un amigo á quien tanto aprecio; y arrojando de una vez por todo, venga la pluma y consagremos por un instante nuestros recuerdos á la culta capital del mundo civilizado.

¡Paris! ciudad cabeza de la inteligencia, ¡Paris! pueblo sin igual en el mundo, centro de todo lo bueno, como de todo lo malo; ¡Paris! en donde lo majestuoso y sublime se cede con lo mezquino y ridículo; Paris, donde los palacios mas suntuosos y los monumentos de mas nombradía sirven de apoyo á casucas que solo podrian figurar en una miserable aldea: Paris, son sus jardines incomensurables, con sus paseos sin fin, con sus calles anchurosas, con sus innumerables puentes; con sus arcos de triunfo, con sus colosales columnas monumentales, con su rio surcado por centenares de embarcaciones de todas clases, con sus teatros, sus iglesias y millares de habitantes, que así destronan un rey como un niño destruye un castillo de naipes: Paris, en fin, se levanta un día de muy mal humor, y no sabiendo en qué ocuparse, tuvo la ocurrencia peregrina de cambiar la forma de gobierno de la Francia.

Pensar y hacerlo, todo fué uno: á las veinticuatro horas, la monarquía de Luis Felipe desapareció, y el gorgorido de la república substituyó á la corona de los Clodoveos.

Lo original del caso está en que los parisenses quedaron tan admirados de su obra, como pudiera acontecer á un palurdo, que arrojando piedras al azar, se apercibiese de repente de que habia construido una pirámide perfecta y con arreglo á todos los principios de la ciencia arquitectónica.

Vió, pues, Paris su obra y le pareció buena: la consecuencia natural fué celebrar su creación é instruir fiestas anuales, que perpetuasen en las generaciones venideras la memoria de tan inasperado suceso. El 4 de Mayo es el día señalado para festejar á la república.

Figúrese vd., amigo mío, una de las plazas mas hermosas del mundo, con tres monumentos admirables en tres de sus costados, con los campos Eliseos en el otro, y allá, muy lejos, al fin de una almohada de media legua de longitud, el esbelto arco de triunfo de "la Estrella." Figúrese vd. esta plaza adornada de estátuas, verdaderas obras maestras de escultura, con doradas candelabros de gas, con jardines bajo el nivel de su suelo y con dos fuentes colosales que vierten abundante agua por las bocas de tritones, nereidas y caracoles de bronce, en caprichosos juegos.... Esta es la plaza de la Concordia, antiguamente plaza de la Revolución.

En el centro de esta plaza modelo se eleva el obelisco de *Lugzor*, verdadero anacronismo de granito, que así cuadra á la plaza en cuestion, como el casco y manoplas del Cid á un petimetre de nuestros dias vestido de frac. Ocupa el espacio en que hicieron la gracia de degollar á Luis XVI, y en donde Chateaubriand, en un arrebato de lirismo, propuso construir una fuente monumental, asegurando *que sus aguas son lágrimas vertidas de Francia á la noticia de la muerte de tan buen rey!* Y advertido á vd. que el agua es muy abundante en Paris. Pero cayó Chateaubriand, murió Luis XVIII, fué destronado Carlos X y la fuente no se construyó. En su lugar, como llevo dicho, se alza el obelisco. El antiguo realista, moderno republicano, el sombrero Victor Hugo, dijo de este obelisco de inmensa altura, que "era el dedo de Dios señalando á la posteridad el sitio donde se cometió un gran crimen."

Lo cual prueba dos cosas desconocidas hasta el dia: primera, que si la mano ha de guardar proporcion con los dedos, la mano de Dios debe ser bastante regular; y segunda, que Victor Hugo ha visto mas que que nadie, es decir: á Dios en persona. Esta circunstancia me representa como mas incomprendible todavía, la alianza del autor de Nuestra Señora de Paris, que ha visto á Dios y sabe cómo son sus dedos, con Proudhom, que niega su existencia sacrilegamente. Pero dejemos á estos señores que se arreglen como puedan, y sigamos nuestra tarea.

La fiesta del aniversario de la proclamación de la república se ha celebrado por tercera vez en la plaza de la Concordia.

Si es cierto, como algunos pretenden, que los gitanos son originarios de Egipto, nada mas gitano que la fiesta en cuestion.

El pobre obelisco, embadurnado de colores en nada comparable al que naturalmente tiene, desaparecia bajo un sinnúmero de geroglíficos y figuras mas ó menos extrañas: su altura perdía mucho de su mérito, merced á la anchura desproporcionada de un balse de carton pintado, en cuyos cuatro ángulos descansaban gravemente reposadas, cuatro esfinges que parecían atolillas de hallarse entre sombrillas, sombreros de todos colores y figuras, fraques, levitas y blusas, en lugar de las vestimentas flotantes de los *coffres* y de los sacerdotales de *Iris*. El obelisco participaba de esta extrañeza y su semblante mustio revelaba una profunda melancolía, muy en armonía con lo caricaturesco de los rostros de las esfinges.

Algunos maliciosos creían ver en el obelisco la imagen de la república en decadencia, y en las esfinges sus primeros sostenedores.

Todo el resto de la plaza estaba cubierto de estátuas de yeso, frágiles como su materia, y que sin embargo, representaban la justicia, la abundancia,

cia, las artes, le industria, el comercio &c. Mucho me dió que pensar la circunstancia de representar estas cosas con figuras alegóricas de tan delezna- bles materias compuestas.

A esto es preciso añadir arcos de triunfo mas ó menos gigantes, innumera- bles banderas y estandartes, arañas, candelabros y faroles sin fin, y una in- terminable serie de inscripciones egip- cias que tenían el indisputable mérito de ser incomprensibles.

Mucho senti no tener á mi lado al- gun habitante del barrio de la Villa de Cádiz, para que pudiesa explicarme el sentido de las inscripciones.

Pasóse el día, codiendo, estrajado, pisoteado y mureado; y llegó, como siempre, tras el día la noche.

La iluminación que significa, nada mas sorprendente que aquella lumen- sa galería de fueos, guirria de cerca de una legua de estension, que venia á morir en la plaza de la Concordia, ilu- minada esplendidamente con reflejos de carbin y azul, resplandores magi- cos de los fuegos de Bengala. Los pa- lacios encandilados de las *fil* y una do- cina podrian sola compararse al aspec- to que presentaba la plaza de la Con- cordia y sus avenidas.

Los fuegos artificiales chacaron á todo el mundo. Nada mas magní- fico y común. Ya observé al principio este artículo, que en París se codaba lo ridiculo con lo sublime.

(Continuado.)

LOS CAJOS.

De la voz catalécho
Catalán un grupo
Aunque todos lusán
Por no escuehalos
También graves peroran
Mil d'putados,
A quienes las resacaun
Solo los banco
Porque son cajos,
Causan en las saluces
Como en los caupos,

P. J. Baero.

MOSAICO.

Las gentes de mas talento son las que mas se extravian, cuando se esca- tan sus pasiones, porque entouces to- da su imaginacion se aplica á encon- trar argumentos en favor de su locura.

Toma consejo de uno que sepa mas que tí y de otro que sepa menos, y forma despues tu juicio.

El tiempo que falta á la pereza, le cria la diligencia.

El abuso que se hace de la palabra necesaria es causa de ruina, lo mismo para las familias que para los gobier- nos. Los niños y los locos desean to- das las cosas; todo les es necesario porque no saben distinguir. Prueba de poco discernimiento es, crearse una lista demasiada larga de cosas neces- rias.

EXPLOSION DE POLVORA.

Tal vez será la mayor la de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores. En la Bahía de Bañares, India inglesa, se ha incendiado un convoy de 30 vapores, que conlucian la enorme cantidad de 450,000 libras de polvora, 18,000 arrobas. Incendiables han sido las pérdidas que á esta terrible catástrofe ha causado. Nada ha quedado en una legua.

INTERPRETACION DE UN PROVERBIO.

— Decian delante de uno que tenía muchas deudas, que era cierto el refrán que dice: "Quien paga sus trampas llena sus arcas."

No lo creais, nechas, dijo el sujeto de las deudas, ese es un rumor que hacen circular los acreedores.



VARIEDADES.

LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ II.

No hay duda que la indigencia ó la desgracia es el triste patrimonio de la mayor parte de la humanidad. Hubo un tiempo, y durante largos siglos, esta clase infeliz y abyecta, era esclava de la clase poderosa y afortunada, y la humanidad se hallaba dividida en dos grandes mitades, de las cuales la una parecia estar destinada para dominar á la otra. Por mas que la naturaleza condolidá gimiese por esta monstruosa desigualdad, que condenaba al oprobio, al trabajo y á la servidumbre la mayor parte de nuestra especie; sin embargo, este hecho estaba consignado en todas las legislaciones de la tierra; su origen se alistan en la cuna del mundo, y de él vemos todavia vestigios en nuestras colonias, y entre algunos pueblos salvages ó á medio civilizar. Mas desde que el di- vino legislador de los hombres, descen- dido á la tierra, dió la verdadera liber- tad al mundo, haciendo de todos ellos una gran familia de hermanos, cambia- ron, por decirlo así, los destinos de la humanidad, y recobrando en cierto mo- do el hombre su dignidad primitiva, la sociedad se sentó sobre nuevas bases, y borróse ya de la frente del hombre degradado la marca del oprobio y de

la esclavitud. La sociedad, pues, re- puso desde entouces sobre la ley mú- tua del amor, á la cual el cristianismo dió el nombre de caridad; ley univer- sal, ley fecunda en virtudes y en he- roismo, que obligada á la clase feliz de la sociedad á socorrer á la desgra- ciada, constituye aquel equilibrio ad- mirable que derrama donde quiera los prodigios de la beneficencia y del amor.

A este fin la religion, fecundizando ese espíritu bienhechor, y anhelando enjugar todas las lágrimas de la huma- nidad afligida y abandonada, no solo procuró inspirar á los grandes y poder- sosos de la tierra los sentimientos be- néficos que constituyen una parte de su esencia, sino que abrió por sí mis- ma y en nombre del amor inmenso de Jesucristo numerosos asilos á la indi- gencia, á la orfandad, al desamparo, á las dolencias y á la inocencia destrá- lida. Millares de millares de sus hijos se pierde en la cuna del mundo, y de él vemos todavia vestigios en nuestras colonias, y entre algunos pueblos salvages ó á medio civilizar. Mas desde que el di- vino legislador de los hombres, descen- dido á la tierra, dió la verdadera liber- tad al mundo, haciendo de todos ellos una gran familia de hermanos, cambia- ron, por decirlo así, los destinos de la humanidad, y recobrando en cierto mo- do el hombre su dignidad primitiva, la sociedad se sentó sobre nuevas bases, y borróse ya de la frente del hombre degradado la marca del oprobio y de



LORD BYRON.

ARTÍCULO I.º

A. II.

(CONTINUA.)

Todo esto era necesario para que las modernas sociedades, constituidas sobre la libertad que da á todos sus miembros la adopción divina, reposasen sobre un continuo y generoso comercio de beneficios y de caridad. Preciso era, que puestos los hombres á un mismo nivel por la acción regeneradora del cristianismo, quedasen iguales en cierto modo en el reconocimiento de su origen y de sus altos destinos; y que las ideas sublimes y consolantes de la religión les inspirasen los sentimientos mas puros de cumplir cada cual con los deberes que le imponía su situación social. El código santo de Jesucristo, consignando los derechos del hombre, le impone tambien sus deberes; y en uso de los primeros, y en cumplimiento de los segundos, estraiba toda la felicidad social, que refluye admirablemente en cada individuo, y que temple los actos del poder desde la elevación del trono hasta la tranquila morada del hogar doméstico.

Los sentimientos del deber cristiano, al paso que dirigen la autoridad, ennoblecen la obediencia. La convicción de un deber justo, y el temor de infringir aquella ley suprema y universal, de donde dimanar todas las leyes sociales, es lo único que contiene puestas á las grandes masas populares, á quienes por la particular posición de sus individuos interesa ménos la conservación del equilibrio social. Mas cuando una voz sacrilega, rompiendo los lazos de todas las leyes de Dios y del hombre, dice á una multitud embriagada de ambiciones atreídas que *sois ciento contra uno*, entonces se hollan con impudencia descaro las leyes morales que constituyen la existencia de la sociedad; y la inviolable propiedad de cada individuo sobre su vida é intereses queda á merced de una fuerza brutal, que domina sobre todas las leyes y sobre todos los principios, tanto inmutables como establecidos.

(Continuará.)

Era este un resto caprichoso, resto gigantesco de aquellos tiempos tormentosos de la edad media, en que cada casa era una fortaleza y en que el peligro se presentaba sin cesar al pensamiento por las precauciones mismas que se tomaban para prevenirle. El edificio era un medio entre monástico y caballeresco. En aquella época era indispensable fortificar las casas de oración como todas las demas mansiones de los hombres; y para espresar la verdadera fisonomía de este monumento cuya parte interior era del todo religiosa y la parte exterior toda militar, pudiera decirse que Newstead-Abbey se parecia á un sacerdote puesto de rodillas detras de un guerrero. Y como si todo lo que tiene relación con los Byron debiese traer una marca sombría y siniestra, el origen de la fundación de la abadía que Enrique VIII les habia concedido, estaba ligado á una muerte. Era otra de las muchas expiaciones por medio de las cuales procuraba Enrique II manifestar su arrepentimiento despues del asesinato de Tomas Becket; porquese en aquel tiempo de impresiones energicas y de poderosas pasiones, la penitencia se sobrevivía á sí misma, elevándose, por decirlo así, en la eminencia atrevida de columnatas de piedra; con las cuales parecia aspirar al cielo.

La abadía estaba situada en un pais tan romántico como ella misma. Ocupaba el centro de aquel bosque de Sherwood, cuyas florestas habian visto pasar aquel navío de fatal agüero, siniestro presencio de la próxima es-

tinación de la familia de lord Guillermo el-Malo. En tiempos mas remotos, y en época en que sus bosques de corte eran mas frondosos, en que sus vastos y profundos retiros ofrecían un abrigo impenetrable, habia servido de asilo al célebre Robin Hood, que ocupa tan largamente las baladas de Inglaterra. Robin Hood, aquel famoso bandido fué la triste y última protestación de la independencia sajona; pues los pueblos acaban del mismo modo que empiezan, y al fin de la historia de Roma encontramos una caverna, como al fin de la dominación de los sajones en Inglaterra. No habia un peñasco, ni un torrente, ni un arroyo, ni una vieja encina del bosque de Sherwood que no tuviese su leyenda.

Aquellas florestas eran semejantes á la llanura de la antigua Troada; y la copeya salvaje que tenia á Robin Hood por su Aquiles, se iba desplegando en medio de aquel áspero y duro paisaje en armonia con las escenas de violencia y de sangre de que habia sido teatro. Hacia se dice que los actuales feudatarios de la abadía, llevan nombres que los niños repiten, cantando las baladas consagradas á recordar la historia del célebre *Outlaw* y de sus aventureros camaradas. Por manera que Byron respiró desde un principio en medio de la atmósfera de aquellas vivas y pintorescas impresiones. Representábase á Homero encontrando sobre las ruinas de Troya los descendientes de Hector, de Aquiles, de Diomedes, de Deifobo, de Idomeneo y de todos aquellos nombres tan ilustres como armoniosos. Algo de muy parecido debió suceder con las emociones de lord Byron, el cual se habituó muy de antemano á ser el Homero de aquella poesía aventurera, y de aquella vida de una existencia errante.

En aquel edificio tan triste y tan sombrío de Newstead-Abbey, lord Byron habia escogido para habitarla la parte mas umbrosa, y á la que estaban unidas las tradiciones mas formidables.

Su cama de dormir estaba arrimada á las ruinas de la capilla, y se creía en toda la comarca que en aquel misterioso recinto siempre se habian visto apariciones y espectros. Tal vez habia dado motivo á esta opinión y á las numerosas leyendas que se referían á esta porción de la vieja abadía, la singular disposición de su arquitectura interior. Todos los ruidos que resonaban en las diferentes partes del vasto edificio, venían á parar en este punto, ó reuniéndose á lo largo de las escaleras espirales, ó prolongándose por los inmensos corredores que conducen el eco hasta este salon; en el cual se transforman en vagos rumores ó en extraños murmullos. Lord Byron, pues, que por defuera habia encontrado en las praderas y bosques de Sherwood el romántico recuerdo de Robin Hood y de sus compañeros, hallábase en lo interior de la abadía lleno de estas vagas y misteriosas emociones, que impulsaban su agitado espíritu hacia lo sobrenatural y lo maravilloso.

MIS RAREZAS.

Compañía Anónima de Seguros de Fuego y Vida.

Tengo rarezas tan raras que hasta á mí mismo me asombran, y por pura diversion voy á escribirlas ahora.

Y si hubiese un hombre raro, mas raro que mi persona, vive Dios que le buscara, para irme á su costa.

Pues yo tengo el privilegio de una rareza oscura, y es privilegio exclusivo... que tan solo á mí me toca.

Duermo de noche y de día... sin distinción de la hora, pues la noche me da sueño, y el sol tambien me amodorra.

De modo que sin ser cómico,
pues no tengo sales cómicas,
La vida es sueño muy bien
represento á todas horas.

Y á fé dormir no quisiera,
que aunque el cuerpo así reposa,
vivir durmiendo aseguro
que es de la muerte parodia.

Me gustan los buenos platos,
y las comidas costosas,
y prefiero los pichonos
al apúrico y á las sopas.

En rareza cual ninguno!
—en el mundo no vi otra—
pues quiera buenos bocados
para regalar mi boca.

Aunque en las dos tengo carne,
si me dijeren, que escogí
buena moza ó buena mesa,
estoy por la buena moza.

Entre el trabajo y el ocio,
no quiero la gente ociosa,
mas deseo que trabajen,
y tenderme á la bartola.

Me cucanta ver á los hombres
que buscando tener novias,
hacen, cual si fuesen pavos,
á las mugeres la rosca.

Quisiera que un sordo-mudo
liciese su arte oratoria,
y ver luego á un jorobado
brincar en la cuerda floja.

Y á un manco batirse al sable,
á un cojo bailar la polka,
á un ciego leer en público,
á un sordo cantar en óperas.

Y admirar á las mugeres
escribiendo en verso y prosa,
y componer sus maridos
los adornos y las gorras.

Y ellas sean abogadas
y defiendan *causas propias*,
y que ellos en la cocina
hagan preparar la sopa.

Y ellas se pequen sablazos,
mandando la manibrotá,
contra muchos enemigos
cuando su país suelta.

Y ellos en tanto le pidan
—rezando á Dios por sus prójimas—
vuelva pronto el regimiento

de sus caras Amazonas.

Quisiera ver dos mugeres
batiéndose á la pistola,
y sus maridos en tanto
zurciendo en casa la ropa.

Y ellas mientan las primeras
al decir que nos adoran,
y les demos calabazas
como ellas las dan de sobra.

Me gusta nadar en tierra,
porque el cuerpo no se moja,
y caminar por las aguas,
sosteniéndome las olas.

Pasará gustoso el mar
—aunque en él muchos se ahogan—
para ir en vapor á Regis,
ó para cruzar las zonas.

Porro en nada soy mas raro
—según mis amigos notan—
que en trazar al bello sexo,
que componen las hermosas.

Con respecto á las mugeres,
me gustan lisas y gordas,
altas, bajas, reguñares,
en no siendo feas, todas.

Si una tiene gran nariz,
mejor: con ella habrá sombra,
y si es chata, me hago el cargo
que yo le daré unas pocas.

Si tiene los pies muy grandes,
anda sobre bases sólidas,
y si fuese el pié pequeño,
ménos sudará la bolsa.

Porque una muger sea bizza,
ó tenga fuerte la boca,
no la dejo, pues á falta
de pan, buenas son las tortas.

Y si me caso y se empuja
en hacerme una corona,
diré llorando mi suerte:
he hecho un pan como unas hostias.

Yo no encuentro diferencia,
ya del pueblo ó ya señoras;
ricas ó pobres las quiero,
como sean buenas mozas.

Y no es extraño que busque
á las mugeres hermosas;
pues de una muger nací,
debo quererlas á todas,

Por ser raro entre los raros,
me gustan hasta las locas,
pues me darán alegría
con sus bullas y sus bromas.

Y que éstas quieran amar
por contrata, no me importa,
que en habiendo para mí,
yo dejo rodar la bola.

Me avego con ellas siempre;
si una muger fuese tonta,
me vuelvo tonto con ella,
y celoso si es celosa.

Si ellas ríen, también río;
también lloro si ellas lloran,
que al son que me tocan bailo,
sea con guitarra ó viola.

Si quieren baile el bolero,
bailo el bolero y la polka;
si jota piden, la bailo,
aunque no entiendo una jota.

Si acaso por el contrario
me ofrecen muchachas sosas,
incontinenti las tomo,
pues así tengo yo de sobra.

Y el trisagio y letanias,
he de rezar, si me toca
una de aquellas mugeres
que se llaman santurronas.

Si una muger es soltera,
nadie su conquista estorba,
y si tuviera marido,
hay editor que responda.

Las viudas me gustan mucho,
que es una fruta sabrosa,
arraucada ya del árbol
que á comerla nos provoca.

Mucho me gustan de quince,
asi el médico me exhorta
á buscarlas, que es bocado
para ir despues á la gloria.

Si han cumplido ya los treinta,
no las desecho por otras,
que están en la edad del juicio,
y debieran ser juiciosas.

¿Tienen cuarenta! ¿qué gusto!
como fueran buenas mozas,
las admito, que me placen
el jamón y las jamonas.

Tengo buenas tragaderas,
y no me pesa hasta ahora,
que en materias de mugeres

encuentro malas muy pocas.
Y como todas me gustan,
aunque el corazón las odia,
repto aquellos: "Comigmo,
abrazadas se vean todas."

Tengo en cambio la desgracia
de que no sean filósofas,
y esclaman como yo de ellas:
"todo vale alguna cosa."

Dicen que corro parejas
con el Coloso de Rodas;
y una caña de pescar
que parezco, ahuden otras.

Y esta me pone defectos,
y otra luego los apoya,
y no hay una que me quiera,
y todas de mí se moñan.

Mas concluyo de esta vez,
pues siento me llamen mosca,
que las moscas son pesadas
y lo pecado incomoda.

¿Cómo me está incomodando
siempre el asunto es...!
pero quiero aprovecharle,
—es una rareza tonta—

Diciendo, junteis las manos,
y aplaudais todos... y todas,
pues si alguna no aplaudiere,
será fea y rencorosa.

J.G.

REVISTA DE PARIS.

(CONTINUA.)

Sic transit gloria mundi, dije filosóficamente para mis adentros al finalizar la fiesta, y al observar que de los esplendores de la vispera solo habían quedado manchas azules de aceite y sebo.

Las estatuas alegóricas yacían por el suelo hechas pedruzcos, y no dejó de sorprendernos ver á la justicia sin cabeza y deshecho el brazo en que sostenía la balanza. El comercio no tenía piernas, y á las artes les faltaban los ojos.

No hay en el mundo pueblo de mas imaginacion que el pueblo parisiense, y eran de oír los dicharachos de las gentes de blusa al mirar aquel destroz.

Los unos decian: "asi se verán en breve los reus," al paso que otros observaban, que "los demos soc todo lo destruyán sin crear nada."

Para que V. comprenda este nuevo vocabulario, le diré, que así como la Academia española duerme con un sueño solo comparable al de los siete durmientes, sin dar señales de vida, así la Academia francesa reposa en sus poltronas sin que las nuevas voces, emanacion ingeniosa de las revoluciones políticas y científicas, la saquen de su letargo para venir en ayuda del idioma, que carece de palabras para expresar cosas nuevas. El pueblo se ha encargado de este trabajo; pero lo ha verificado simplificando extraordinariamente las palabras: así es que ya á nadie se llama *reaccionario*, sino *reac*; ni *democrático socialista*, sino *demóc. soc.* de modo que al paso que llevan, no será extraño el que un extranjero oiga decir á los cocheros simones: *¡Quiere V. ir á la plaza de la Vic. ó á la calle de Tie? en lugar de á la plaza de las Victorias ó á la calle de Truqueton.*

Y ya que de cocheros hablamos, debo hacerle observar, que las dos profesiones mas opuestas al sistema republicano, son los conductores de carruages y las hembras que los latinos llamaban *meretrices*, los de la edad media *barraganas*, y Alfonso Esquiros apellida hoy *virgenes folles*, es decir: *virgenes locas*. El castellano posee una palabra que les cuadra perfectamente, y que escuso escribir.

(Continuará.)

MOSAICO.

ULTIMOS MOMENTOS DE JEF.

FERSON.—Tomás Jefferson, celebre publicista, y de los mas grandes y virtuosos ciudadanos; de que se envanece la América inglesa, decia muchas veces, que uno de sus deseos mas vehementes era morir el 4 de Julio, aniversario del dia memorable (4 de Julio de 1776) en que se habia proclamado al mundo el advenimiento de una gran nacion, aludiendo á la famosa *declaracion de la independencia de los Estados Unidos*. Este voto se le cumplió: el 4 de Julio de 1816, aquel hombre venerable, que hasta entonces luchó valerosamente con la muerte, pareció aceptarla con alegría, y como un beneficio largo tiempo esperado. Espiró aquel dia mismo á los 84 años de edad. Pocas horas antes escribia á un jóven amigo suyo:

"Esta carta será para vos, como si llegase de la mansion de los muertos. Antes de que podais meditar acerca de los consejos que contiene, habrá descendido á la sepultura el que la escribe. Vuestro excelente padre deseaba que os dirigiese algunas líneas, que pudieran ejercer una saludable influencia sobre los acontecimientos de vuestra vida, y ademas yo tambien tenia intenciones en ello. Con la disposicion favorable que poseeis, me parece que bastarán pocas palabras. Adorad á Dios, amad y honrad á vuestro padre y madre; amad á vuestro prójimo como á vos mismo, y á vuestro pais mas que á vos propio. Sed justo, prudente y leal, y no murmureis contra la Providencia. Si seguís estos preceptos, como yo os lo recomiendo, la carrera humana en que entráis ahora, no será mas que el preludio de una felicidad inesfable, y de una vida eterna. Y si es permitido á los muertos ocuparse aun de las cosas de este mundo, vivid per-

suadido de que las acciones todas de vuestra vida estarán desde arriba bajo mi protectora custodia. Adios"

RECETAS CURIOSAS.

JARABE DE GOMA ARABIGA.—

Para preparar este jarabe, se lava y se machaca la goma; en seguida se disuelve en frio con un peso de agua igual al suyo: la solucion se pasa por un lienzo fino, añadiendo el jarabe de azúcar hervido. la hebullicion se continuará cinco minutos mas, haciendo una mezcla perfecta.

MODO DE AZOGAR CRISTALES PARA ESPEJOS.—

Sobre el cristal del tamaño que quiera azogarse, se echa un poco de sal amoniaco en polvo, y con medio limon se frota bien para limpiarlo de lo que debe quedar sobre su superficie; se echan unas gotas de vinagre, y con un paño de bayeta se limpia con el mayor esmero. Se tiene preparada una hoja de estaño del mismo tamaño que el vidrio. Se pondrá azogue en una bayota, y recogiéndola de suerte que quede en medio, y á fuerza de esprimirlo, se dejarán caer algunas gotas encima de la hoja, de estaño, con cuyas gotas se frotará ésta muy bien: se cubrirá despues de azogue toda la hoja de estaño, y sobre ella se colocará el cristal, cargándole un peso igual en todas sus puntas. Se deja por espacio de cuarenta horas, al cabo de las cuales, se halla el vidrio azogado.

MODO DE QUITAR MANCHAS DE ACEITE EN EL PAPEL.—

Se echa encima de lo manchado polvos de cal viva, se pone otro papel encima, y despues una tabla. Se deja sobre ésta un peso como de ocho á diez libras, y pasadas diez ó doce horas, desaparece completamente la mancha.

PARA QUITAR MANCHAS EN PAÑOS Y SERAS DE COLOR.—Se hace una mezcla con media libra de miel cruda, una llemra de huevo fresco, y como una nuez de sal amoniaco pulverizado. Esta mezcla se extiende sobre las manchas, y se deja por algun tiempo. Despues se lava con agua clara, y las manchas desaparecen. Las manchas de seda ó lana se quitan usando el mismo método con una disolucion hecha en agua clara, de hiel de vaca, sal de sosa, y javon flojo.

MODO DE HACER ESCLENTE RON DEL AGUARDIENTE.—

Se tomará una onza de azúcar, y se pondrá en un cazo á la lumbre hasta que quede color de café. cuando está en este estado, se verterá sobre un plato que está unido con aceite de almendras dulces, y se dejará cufrir, quedando como un caramelo; en seguida se machacará en un almirez hasta que quede molido como sal. Se tendrá prevenido en una botella un cuartillo de aguardiente del mas fuerte que pueda hallarse, y se le echarán los polvos de azúcar, se tapará bien la botella, y se meneará perfectamente para que se disuelva. Esta composicion al cabo de media hora, queda convertida en un ron esquisito.

ESTADOS DE LA EMBRIAGUEZ.

—Al principio circula la sangre con mas animacion, la vivacidad se aumenta y se colorea el semblante; el bebedor se exalta, se trastorna su cabeza y se desconcierta; flora, rie ó se entuerece, apelmazándose como un puercu cuando es completa la embriaguez.

Los ladrillos de la torre de Babel se calculan en 28500 millones.

El cuerpo humano se compone de 244 huesos.

El sepulcro de Mahoma le sostienen 300 columnas e iluminan 300 lámparas.

TESTAMENTO LACONICO.—El que insertamos á continuación es de un celibato que murió en 1792: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: No dejo bienes de ninguna clase; dejo muchas dendas: el resto se lo dejo á los pobres."

PENSAMIENTOS SUELTOS.—El dolor es hijo del placer, lo mismo que los remordimientos son hijos del crimen.

El sueño es la imagen de la felicidad.

El hombre nace para vivir y morir; morir es nada, pero vivir!....

La ley mejor y mas sabia es la que dicta la sana razon.

La primera obligacion de todo buen ciudadano es respetar las leyes.

El desprecio que inspira la mentira es un homenaje tributado á la verdad.

El que se acuesta de noche y no puede recordar haber hecho algun bien, ha perdido un dia.

UNA PREGUNTA Y UNA RESPUESTA.—Una señora muy joven y muy bella, al mirarse un dia con placer al espejo, dijo á su hijo: "¿Qué dirías tú, hijo mio, por tener mi cara!—Señora, respondió la joven, lo que darías vos por tener tambien mi edad."

ESTUDIOS DE VIAGES.

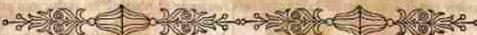
LA MEZQUITA.

Hace cinco años que la ciudad de Argel contaba sesenta mezquitas, diez grandes y cincuenta pequeñas. La mas notable de todas ha sido consagrada por los franceses al culto católico. Las columnas que sostienen este grande edificio son de hermoso mármol blanco, estando cada una de ellas adornada de notables esculturas, de pasajes del Corán escritos en caracteres dorados sobre fondos de diferentes colores, que adornan los cuatro costados de la parte principal y el nicho que contiene la caja de iman. A esta caja se ha sustituido un altar, y las humildes sillas y bancos de los católicos han reemplazado las esteras y los ricos tapices de los musulmanes.

Antes de la conquista de Argel estaba prohibido á los cristianos, bajo pena de muerte, penetrar en una mezquita sin haber obtenido un *firman* especial.

En el año de 1803 estalló una sedición en Constantinopla, con motivo de una visita que el enviado de Suecia y el de Nápoles, acompañados de muchas personas, hicieron en la mezquita con un permiso especial del sultan. Los estudiantes de Suleymania gritaron: "¡sacrilegio!" atacaron á los visitadores y los golpearon. En un momento la ciudad se puso en fermentación; las mugeres turcas gritaban que asesinaban á aquellos perros cristianos, y á la policía le costó el mayor trabajo del mundo de separar á dichas dignidades del furor del populacho. Algunos dias después mandó ahorcar á cuatro de los principales amotinados en presencia de los drogmanes y de los embajadores, mientras que otros treinta eran apaleados y desterrados despues.

(Concluírá.)



VARIEDADES.

**LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE**

DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ II.

Tan cierto es que la religion, despues de haber emancipado del dominio del hombre aquella parte de su especie que le estaba sometida, y para la cual el nacer en la esclavitud parecia ser su único delito, es tambien el único freno posible para contener á esta misma parte en los limites que le prescribe esta sociedad regeneradora. De otro modo, es preciso considerar á la sociedad actual en aquella crisis minaz y desastrosa en que se hubiera hallado la libertad evangélica, se hubiesen emancipado de repente y sin prevision los muchos millones de hombres que yacian dormidos en la esclavitud. El cristianismo fué generoso, no pudo sufrir la opresion del hombre; mas respetó las leyes establecidas, y procuró tan solo apacuar el momento de libertad general, produciendo en muchos de tres siglos mas número de emancipaciones que en cuarenta no habia verificado la civilizacion antigua. Verdad es que se

le ha culpado de improvisacion política y de excesivamente profuso en su caridad, arrojando en medio de la sociedad millones de individuos que la fatigaban ó la obstruian. Mas el cristianismo contaba en su caritativa profusion con la caridad de los poderosos, con la resignacion de los infelices, y con los innumerables asilos de beneficencia que abria á los desamparados. Contaba con el instinto irresistible y siempre moderador de su moral sublime y consoladora, con la cual el hombre queda satisfecho con la suerte que la Providencia le depara, y sufre resignado la sentencia de ganar el pan con el sudor de su rostro, que fulminó Dios á la humanidad. No contaba con tantas ambiciones desencadenadas, con el arido egoismo que cierra las manos del rico á las súplicas del pobre, con la helada indiferencia de nuevos reformadores de la sociedad, que sentasen su existencia sobre otras bases. No creia el espíritu ferviente y bienhechor de la religion, que se procurase desterrar de las clases mas desgraciadas sus celestiales consuelos, que se cerrasen ó se demoliciesen sus asilos, y que en vez de civilizar las masas con los principios y sentimientos que inspiro para ella á todos los hombres, se procurase con el tiempo sumirlas en la mas estúpida ignorancia de sus verdaderos intereses, y dejarlas así embrutecidas; para que amensurasen de con-

tiene á la sociedad, y se arrojan á la menor señal á desgarrar las entrañas de esta madre misma que los nutria en su seno.

Con esta sencilla reflexion se echará de ver la perdida y la impostura con que se procuran deserrar de las grandes masas los principios religiosos. No pudiendo bastar la sociedad para satís-facer todas las ambiciones individuales, siente en sí misma el peso insopor-table de una falta de equilibrio que al último ha de acabar con su existencia. De este estado violento y amenazador nacen los delirios de auivielacion de fortuna, y otros sueños nacidos en el frenesí de una demoralizacion ímpia; y de este estado tambien nacen aque-llos crímenes espantosos que hacen estremecer á la humanidad. Este es el mal que aqueja todavia á las socie-dades modernas, cuyo sordo ruido de impiedad votia á inquietar mas de un siglo hace, el oido atento de Bossuet. Este sistema destructor de las socie-dades humanas sugiere á ciertos hom-bres la idea de una loca independen-cia de las leyes de la sociedad, consti-tuyendo al individuo en una omnipo-tencia absoluta sobre sí mismo y sobre sus acciones, cual si hubiese nacido casualmente en medio de un desierto y sin lazo alguno que le uniere á la sociedad. ¿Qué han de producir se-mejantes ideas, imbuidas con el acento procaz de la pasion sobre espíritus ya corrompidos e ignorantes, que perduraron la sencillez y el pudor casi desde la cuna, cuyas primeras impresiones fueron la blasfemia y la maldicion, y cuyos primeros sentimientos son el odio contra todo lo que se opone á su voluntad, aunque sean los autores mis-mos de su existencia!

En vano es que pretenda civilizar al pueblo sin el auxilio de los princi-pios eternos de toda moral y de toda creencia. En vano se pretende mora-lizar á las masas con los únicos recur-sos de la filosofía ó de la política. La

religion es el único freno capaz para contener al hombre en todas sus posi-ciones y en todos sus periodos. Mas de una voz se nos ofrecerá ocasion de manifestar el vicio radical de toda edu-cacion que se funde en principios di-versos de los que naturalmente inspi-ra el cristianismo. Ahora no hemos hecho mas que manifestar de paso la necesidad de la influencia religiosa, para que las grandes masas, asi como los grandes poderes públicos, entren en el verdadero círculo de civilizacion. Del desprecio de este principio nace el eterno desasosiego en que vemos se agitan las sociedades por la herida pro-funda que han recibido en su seno, y que tarde ó temprano habria de produ-cir su disolucion, si la Providencia, inagotable en recursos inesperados, no velase en la conservacion de las socie-dades humanas, que forman la armonia del modo moral.

REVISTA DE PARIS.

(CONTINUA.)

De teatros, amigo mio, poseo ó cada tengo que decirte: dos ó tres comedias politicas, y un drama tambien politico, de esta misma novedad se han presentado.

Sufragio I, rey del pais de los ciegos, es un *vaudeville* escrito con mu-chisima gracia, y en el cual está per-sonificado el año de 1848, *los árboles de la libertad*, *el sufragio universal*, *la luz*, *la democracia roja* y otras mu-chas cosas mas. En este *vaudeville* se oye cantar *sotto voce* á un hermoso álamo la cancion *Viva Enrique V.* á un *loron* deplorar berrando la triste suerte de la Francia, y á la *luz* invo-car al *genio* de la Francia para que la liberte de los republicanos.

Otro *vaudeville* tiene por titulo *La pajarrera*. En él hablan los *pavos*, *los cuajaros*, y en particular los *gansos*. Calcule V. lo que será.

A éstos sigue el drama horripilante, titulado: *La miseria*. El tal dramita, politico tambien, es lo mas chusco que se puede ver. Por lo pronto, en el prólogo muere de hambre una madre rodeada de seis ó ocho hijos cubiertos de andrajos, y poco despues su padre se suicida delante de sus hijos, lo cual no deja de ser muy moral. La mujer del *contrabajo* de la orquesta, que se encontraba por desgracia en el teatro, el dia de la primera representacion del drama, malparió en uno de los palcos bajos, y fué imposible conseguir que el timbalero llevase el compas medido durante ocho dias que duró la repre-sentacion del drama. Eran de ver, amigo mio, los esfuerzos sobrehuma-nos de los que tocaban el figle, clari-netes y trombones, para poder tocar afinados: los trombones berreaban, los figles lanzaban suspiros espantosos, y un confuso chirrido era cuanto podia obtenerse de los clarinetes. Agregue V. á esto que en cada acto iba en au-mento la mortandad, la música discordante mas y mas, las mugeres y chi-quillos mas llorones, y tendrá V. una idea de lo divertido de la funcion. Era un verdadero *pandemonium*.

El reverso de la medalla se encuen-tra en el teatro de *Montenator*. Nada mas verde ni mas *colorido* que en lo que en el tal teatro se representa. Pene-dia asegurar á V. que una madre de fa-milia decente no debe de llevar á sus hijas á *Montenator* si desea conservar su inocencia; pero en cambio los es-pectadores se rien cuanto pueden de-secar. El escándalo ha llegado á tal punto en las producciones dramáticas, que el gobierno se ocupa seriamente en poner coto á tantas demasías.

Lo que verdaderamente es digno de verse, es el panorama de la batalla de *Eylau* en los campos Eliseos, y el pa-

norama monstruo de las vistas del *Misisipi*, en el teatro del *Vaudeville*.

Nada mas grandioso que estos es-pectáculos.

Del primero diré á V. que la ilusion es tan completa, que cree V. oír las de-tonaciones de la artillería, los gemidos de los moribundos, y hasta las voces de mando de los generales.

Nada se ha olvidado en este admi-rable lienzo. Hasta los accidentes in-significantes de la batalla mas sangrien-ta de las edades modernas, están pin-tados con una verdad y una profusion de detalles tal, que no se sabe que ad-mirar mas, si la perfeccion del trabajo artistico, ó la inagotable paciencia del pintor.

Tres años hace que está espuesto al público este panorama, y no hay dia en que los parisienos no vayan en ma-sa á admirarlo. Este hecho tan solo le dará á V. una idea de su mérito.

El segundo panorama es un lienzo de *legua y media de longitud*, y cuya anchura ocupa de arriba abajo todo el escenario.

En él está fielmente representado to-do el curso de uno de los rios mas grandes del mundo.

Desde su luneta puede V. divisar las inmensas *sabanas* de América, que naciendo á orillas del *Misisipi*, van á perderse de vista en el horizonte leja-no, confundiendo sus tantas vertes con las azules del firmamento.

Todas las fatales accidentes que con demasida frecuencia por desgra-cia, ocurren en las aguas del rio, están retratados con una fidelidad inimitable. Incendios de vapores, huracanes, avenidas y naufragios.

De desear seria que los árboles, ani-males y personas que animan de vez en cuando el paisaje colosal, estuvie-sen tan bien pintados como el celaje, las aguas, las montañas, los buques y las poblaciones que en el mismo figu-ran.

El desarrollo de tan inmenso pan-

rama dura dos horas. Empieza en las cascadas de San Antonio, y concluye en el golfo de México. Es decir: mil quinientas leguas de paisaje continuo, siguiendo el curso del río.

John Smith ha inmortalizado su nombre.

Los salones han estado poco animados este invierno. En la primavera, tal cual concierto vergonzante es lo único que ha distraído á los aburridos habitantes de los arrabales de San German y San Honorato. Estos últimos días, dos compatriotas nuestros han representado su papel en los conciertos. El uno, como tocador de *bandurria*, ha llamado la atención, tanto por lo raro del instrumento, como por la maravillosa destreza con que lo maneja. Este artista, ciego ó consecuencia de las fatigas de la guerra civil de las Provincias Vascongadas, ha conseguido transformar la *bandurria*, instrumento ingrato que nosotros conocemos, en otra cosa que participa del sonido dulce del piano y del plañidero y sentimental de la flauta. El Sr. Echevarría puede gloriarse de ser el único en el mundo como buen tocador de *bandurria*. Los que frecuentan los baños de San Sebastian, Biarritz y Arcachaux, podrán disfrutar este verano del placer de oírlo.

La otra artista es una negra, Maria Martinez: es demasiado conocida en todo el mundo para que yo pueda hacer su elogio.

El teatro Italiano se cercó. El de la ópera Comica sigue moribundo su marcha penosa; el Gran teatro de la ópera solo se vivifica de vez en cuando, el poderoso impulso de la *Alboni*. Si esta eminente artista abandona el escenario de la grande ópera, su existencia será muy problemática; la descripción en masa del público, dará á conocer que solo quedan algunas medianías.

Pero Paris tiene aún muchos recursos. Las niñas de la *Chauxiere*, Ra-

nelag, Mabilie, Enghain, Anstieres, están ya en escena.

Aérea *Frissette*, encantadora *Rigolette*, rubia *Palmyra*, morena *Coralli*, vosotras todas, bailarinas mas ó menos cancaneras de los bosques umbríos de *Anstieres* y *Chateau rouge*. . . yo os saludo. ¡Ah! Y con qué gracia, con qué voluptuoso abandono meceis vuestros cuerpos flexibles y vuestros infatigables pies, al compás del corcetin de piston de *Denauddi*, ó del poderoso arco del violín de *Pholodi*!!!

Cuando os miro embobado arquear los brazos, apoyar vuestra cabeza sobre el hombro de vuestra pareja, y enseñar en saltos furiosos vuestras ligas color de café, no me es dado comprender cómo el prefecto de policía ha podido concebir la idea de ser representado por los municipales para evitar el que os entreguéis á esos arrebatos entusiastas, producidos por una polka alegre y juguetona ó un *rigodon Bostois genarbo*.

Todos los prefectos en general, y el de Paris en particular, son personas de poco gusto. A yo ser así, dudó mucho que tratasen de oponer el caño adusto administrativo al vivaracho, alegre y provocativo de las reinas de los bailes campestres. A bien que los empleados subalternos nunca son tan severos como los gefes. Por eso algunas veces, á vista y paciencia del municipal que dormita sobre un banco, vuestras miradas mas ardientes, vuestros saltos mas elevados que lo que las medidas gubernamentales previenen, y vuestras ropas se alzan á mayor altura de lo que un honrado municipal despierto pudiera tolerar. ¡Es tan ligera la tela con que se visten las mujeres en el verano!!! Por eso tambien, concluido el *rigodon*, la *scottich*, el *vals* ó la *polka*, os eclipsais con vuestros *cavalliers sercantes* en las sombrías alamedas, de cuyos oscuros centros salen á veces risas sofocadas, sus-

piros significativos, y otros mil ruidos inocentes. El municipal que se despierta entonces por casualidad, gira sus ojos de linco, se atiza el bigote, se cala el morrion, frunce el ceño, reá quiere su espada, y . . . se vuelve á dormir.

Pero suena la orquesta, y los besos tan animados antes, quedan de nuevo desiertos.

Un observador malicioso no deja de sonreirse al reparar en que el vestido de la *Frissette* que entró en el bosque blanco, puro y sin mancha como la inocencia, tenga al salir tal cual mancha color verde montaña.

¡Son tan suaves los cojines con que nos brinda á descansar la naturaleza!!!

De mí sé decir que no encuentro colchon mas blando que las yerbas de un prado, ni almohadas mas suaves y perfumadas que las que me ofrece el musgo amontonado de las praderas.

Si estos inocentes episodios no vieren á variar el monótono aspecto de un baile campestre, las *Rigolette* y demas niñas coserian puntos de medias ó lavarían sus camisas; ocupaciones indignas de manos que empuñan el cetro en los bailes, como reinas *nas* y de incontestable derecho.

Y sin ellas ¿qué sería de los bailes campestres?

Y sin bailes campestres, ¿cómo soportar la existencia veraniega en Paris?

Poco me queda ya, amigo mio, que que noticiar á V.; pero este poco merece mencionarse.

¡Sabe V. quién es un señor llamado Cab?

Y otro que es conocido con el nombre de Mac Adam?

Apostaría ciento contra uno que son nombres que lee V. por primera vez.

Pues sabe V. que el tal Cab está llamado á hacer una revolución *reas*, al paso que Mac Adam es el predestinado para evitar las *democ soc*.

Este es un enigma que me apresuro á descifrarle.

Largo tiempo hacía que la aristocracia inglesa meditaba profundamente acerca de los adelantos de la clase media y del pueblo. Veía con profundo dolor que estas clases se le iban acercando paulatinamente, y que el resultado final de estos adelantos sería verse al mismo nivel que ellos. Meditaba, pues, como llevo dicho, —y lo hacía con aquella tenacidad propia de los hijos de la *pérfida Albion*,— procurando hallar un medio por el cual pudieran conseguir agrandar la distancia de clases, que cada día iba estrechándose. La mirada profunda y escrutadora de los *Milords*, recorrió todas las clases de la sociedad inglesa, para indagar la verdadera causa de este fenómeno, atacarlo en su origen, y poderlo destruir hirándole en el corazón.

¡Cuál sería su asombro al observar que el agente principal de este movimiento de *aproximación*, por decirlo así, era la misma aristocracia! Observarlo, proponer el remedio y adoptarlo, todo fué uno.

Supongo que V. sabrá, y si no lo sabe yo se lo dire, que el resultado de las meditaciones *británicas*, suele ser, ó el mas desastre de fatales consecuencias, ó el mas estrambótico desatinó de cuantos pudieran ocurrir á una imaginación enferma.

Si ocurre lo primero, vértense sangre, cubres de luto la sociedad, gástanse millones, y puede darse por muy satisfecha la humanidad, si al cabo de sacrificios sin cuento logra al fin volver al estado en que antes de la *ocurrencia británica* se encontraba.

Si sucede lo segundo, el primer movimiento es el de la sorpresa general, á la cual sigue una carcajada de risa universal.

Afortunadamente ha sucedido esto último.

Los faules de Inglaterra (vulgo los *lores*), descubrieron que el mal, á cu-

yo remedio querian acudir, provenia de sus criados, y que éstos estaban autorizados á cometerlo por el uso y aun por el mandato de sus amos.

En efecto, la aristocracia no habia reparado hasta ahora que sus cocheros ocupan el puesto de honor en sus carrozas, que cuando sus hijas y mugeres iban al templo, los criados las precedian con sus cojines y bibinas más ó menos ortodoxas.

Aquí está el origen del mal; escalmaron; remediémoslo.

Por fortuna tropezaron con un fabricante de coches llamado Cab, el cual, oídas las quejas de la aristocracia inglesa, invirtió un vehiculo que satisficiera todas las exigencias del orgullo aristocrático inglés.

Figúrese V., amigo mio, dos ruedas grandes y pesadas, del tamaño de las dos ruedas traseras de nuestras galeras tradicionales. Figúrese uno de nuestros antiguos confesonarios con las dos medias puertas que se abren por delante. Coloque V. este confesonario, no perpendicularmente, sino con una inclinación de 25° sobre el robusto eje de las ruedas colasales. Establezca V. un sillón de hierro en la parte posterior y superior del confesonario, y coloque V. allí al cochero. Haga V. poner dos hierros con anillos en la parte superior delantera del cajón del coche. Pase V. las larguissimas riendas del caballo por los anillos para que vengán á manos del cochero; y tendrá V. una idea del vehiculo mas extraño que haya marchado sobre las ruedas.

Este vehiculo se llama Cab. Lleva el título de su inventor.

Recuso decir á V. que este carruaje ha merecido la aprobacion universal del sport inglés. En efecto, en estos coches el criado ocupa el puesto que le corresponde, y el noble lord no tiene por delante obstáculos á su vista, ni se halla ofendida su dignidad, obligado, como estaba antes, á contar los botones de los faldones de la casaca de

su cochero. La revolucion reaca se consumó.

Séase que en Paris los reaca están de mala data, séase que el parisienense está siempre dispuesto á mirar con prevención cuanto viene del otro lado del canal de la Mancha; séase, en fin, por lo ridiculo de la invencion, ello es que ha alabado soberanamente el invento, y que ha prestado amplia materia al celebre caricaturista Cham, para llenar las páginas del *Punch* en Paris de las caricaturas mas ingeniosas. El Cab está juzgado; vivirá y morirá en Inglaterra.

Ahora le toca su vez á Mac Adam. "Sin empujados no hay barricadas; sin barrícados no hay revoluciones."

Este es un axioma tan conocido en Paris, como aquel otro tan famoso en el barrio de Breda: *Sans argent point d'amour*.

Y he aquí que el tal Mac Adam inventa un nuevo medio de empujar las calles, con simple cascajo y arena.

Y he aquí que, la municipalidad de Paris, que conoce á fondo á su administrador, macadamisa los boulevarts.

Tiene V. hoy en el día la mitad de los boulevarts macadamizados, y la otra mitad aguarda su vez.

Cierto es que en esta sapientissima medida se van á evitar las barricadas; pero tambien es cierto que las calles macadamizadas serán en invierno pantanos intransitables, el paso que en verano habrá un polvo tan infernal, que andaremos dándonos de escorrones cuantos nos pasamos por aquel punto. Las nubes de polvo cegarán á los transeuntes.

Pero amigo mio, contesta la municipalidad, yo hago macadamisar los boulevarts por dos razones.

Primera, para evitar alborotos.

Segunda, para castigar á los tenderos de Paris, que se han atrevido á dar una leccion al gobierno en las últimas elecciones.

¡¡Pobres tenderos!! Desde el maca-

damisage venden un cincuenta por ciento ménos que antes.

Dios les libre en Mexico de tres misteres:

Mister Cab.

Mister Mac Adam.

Y mister Bulwer.

De modas nada hay que decir. Los sombreros que usan las señoras es lo mas feo que puede imaginarse. Yo creo que algun otro Cab ha sido su inventor.

Solo me resta hacer á las mexicanas una observacion.

Mientras ellas empiezan á adoptar con entusiasmo el *desgraciado* sombrero francés, las francesas aspiran por dia en que la mantilla española hará á su vez una invasion en Francia.

Este invierno se llevaban adornos de cabeza muy parecidos á nuestra graciosa mantilla.

Adios, amigo mio; saludo á V. prometiéndole otras revistas, si esta tiene la suerte de merecer la aprobacion de los lectores de LA CIVILIZACION.

Paris 16 de Junio de 1850.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.

Sr. D.



D. ALBERTO LISTA.

Traía á bordo la corbeta Rosa en el viaje que hizo con rumbo á Cádiz, zarpando del puerto de la Habana el 3 de Mayo de 1841, individuos encadenados en los cálculos del tanto por ciento, y poseedores de pingue tesoro; in-

felices mortales que al apartar sus ojos de la reina de las Antillas, le daban el nombre de madrastra, porque ansiosos de trepar allí á la cumbre de la fortuna, solo habian logrado rodar una vez y otra por su áspera pendiente; algun

peninsular orgulloso de haber visitado los amenos castales de San Antonio, la Gaira de Melena y la Artemisa; tal criollo contento de abandonar accidentalmente sus penates con ánimo de recibirse de licenciado en leyes y de dar un paseo por Europa. Dos pasajeros se distinguían entre todos por el singular contraste de sus caracteres. Se senton el uno, jovial, decididor y simpático, solía animar todas las conversaciones; católico viejo, hacia una profunda reverencia si mencionaba al Pontífice de Roma, español rancio, se jactaba de no haber usado nunca prendas de vestido, adornos ni muebles de fabricación extranjera. Aun le quedaban al otro años juveniles: de figura elegante y pulidas maneras trataba con afectuosa urbanidad á sus compañeros de viaje: tenía apellido francés, era oriundo y vice cónsul de Francia en la capital de Cuba. Ambos sustentaban cierto día y á la altura de las Azores, un vivo debate sobre la educación de la infancia: decía el castellano viejo, sin escrúpulo de contradecirse, como había educado á sus dos hijos en Berlín y en la América del Norte, porque nadie es profeta en su patria y al hombre le está bien correr mundo. Respondía su contendiente que él no se proponía criar una prole de profetas y sí de ciudadanos; que á un niño no le aprovechaba vivir en país extranjero, sino para adquirir la costumbre de considerarle como tierra propia, y que lo de correr mundo podía servir á la educación de complemento, no así de principio. Replicaba el primero, tal vez sorprendido en aquella ocasión de su impopular franqueza, que no conocía notables institutos de enseñanza, á excepción de las escuelas militares, en ninguno de los dominios españoles. Después de citar el segundo á los Esculapio hizo mil encucios de un colegio, establecido en Cádiz bajo la advocación de San Felipe, y de su director ilustre, maestro desde la edad de trece

años; próximo á cumplir entonces sesenta y seis, dotado de superior talento, de alta reputación, de solícito celo; padre de sus discípulos, amigo de los mas sobresalientes; bondadoso hasta para el castigo, propicio á la recompensa; vivo reflejo de muchas glorias, nacidas á la sombra de sus laureles, y por su perseverante asiduidad cultivadas hasta conseguir óptimos frutos. Luego que hubo pronunciado el nombre de D. ALBERTO LISTA, nadie se mostró sorprendido ni tuvo por excesivas tales alabanzas; aquel nombre era familiar para todos, como timbre de la nación española y legitima celebridad en el orbe literario.

(Continuará.)

MOSAICO.

CIRCULACION DE CARTAS EN INGLATERRA.—En el año último se han distribuido 337 millones y medio de cartas, no habiendo pasado en el año 1839 de 76 millones; tan desproporcionado aumento se debe á las rebajas de su porte y al franqueo obligatorio.

Se dice que el cocodrilo tiene tantos dientes como días el año.

El salto de una pulga, equivale á 200 veces el tamaño de su cuerpo.

Un centenario ha vivido 1200 meses; 36.525 días, 877.600 horas, 52.596.000 minutos, y 3.156.760.000 segundos.

ADVERTENCIA.—Por la abundancia de manuscritos, hemos suspendido la continuación de la novela SI Á NO, y la conclusión del artículo LOLO BIRON; pero sin falta continuará en el número siguiente. Igualmente se publica cabida en él á varias poesías que han tenido la bondad de remitirnos para su publicación.



VARIEDADES.



LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE

DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ III.

(CONTINUA.)

Réstanos, pues, examinar la acción civilizadora de la religion con respecto á las inteligencias elevadas. Sobre este punto se nos acumulan tantas reflexiones, que solo indicárlas podremos, dejando su completo desarrollo para otras ocasiones mas oportunas.

No hay duda que el grande poder del hombre es el de la inteligencia. Marca sublime de su superioridad sobre todos los seres que le rodean, surge con ella, á beneficio suyo, todos los virjentes y todas las fuerzas de la naturaleza que el Criador fió á su dominio. Pero derramando este don precioso, y el que mas le acerca á la Divinidad sobre todos los seres de su especie, de los cuales forma una parte esencial y distintiva, no fué concedido á todos con la misma medida, así como la naturaleza no repartió á todos con igual mano las calidades sensibles de la fuerza y de la hermosura.

El poder de la inteligencia, ora por falta de intensidad, ora por falta de desarrollo, quedó circunscrito en algunos pocos espiritus que han podido hacer de él la dicha ó la desgracia del género humano.

Dos campos igualmente bellos y espaciosos, se presentan al pensamiento del hombre, el universo físico y el universo moral, uno y otro fijan sus miradas investigadoras, uno y otro forman el maravilloso complemento de la creación. Mas en el orden físico de los gozes del hombre son limitados, y como son limitados tambien los medios que tiene para penetrar sus arcanos, satisficidas ya sus primeras necesidades, la Providencia dejó la naturaleza á la discusión del hombre; y en esta parte el error no puede producir resultados de funesta trascendencia, pues lo que mas puede suceder, es que el hombre se vea burlado en su curiosidad, ó coartado en sus placeres. Mas en el orden moral debia la Providencia encender una luz inextinguible y segura que sirviese de furo á la razón en el oscuro y proceloso riolago de la vida. Esta luz es la religion, unico punto luminoso que le señala á lo lejos un puerto en medio de ese mar sin orillas, y las altas inteligencias, para ser útiles á la humanidad, no deben ser otra cosa que el fiel reverbero de esta luz, para conducir á los que no tienen la dicha de verla tan distintamente. Y

qué otra misión pudiera confiar la Providencia á los espíritus elevados, á quienes tan generosamente descubrió mayor parte de sus arcanos, y cuyo pensamiento consabíase con mayor capacidad ó presciencia. Deir lo contrario, es oponer á las miras de la Divinidad: es ser á las ingratos.

Sucedo con las genitricias de la inteligencia humana lo propio que con las angelicas, en el momento en que fueron criadas. De las más eternas, más se enajenan de sí mismas, y ciegan en su insolente orgullo, se encierran y escapan; no hay más Dios que mi voluntad, no renuncia la cerviz. Otras, empero, humildes y reconocidas, penetran con su mirada de aguja la distancia infinita que les separa del Creador, de quien han recibido la belleza de su sabiduría, y llena de un santo entusiasmo, exclaman: ¿Quién como Dios? Y Dios se los comunica, y les herana después junto al trono de su gloria; y las preveas, las que engrandecidas afición descubrieron á Dios, aún ya desdoblado en el blando de las tinieblas, más humildes después en el abismo eterno del dolor.

El hombre debe naturalmente á Dios el sacrificio del don más precioso que ha recibido. No hay duda que el mejor trabajo que le concedió la Divinidad es la razón; y cuanto más edificadora es esta razón, con mayor motivo lea de consagrarla á aquel de quien la recibió. Este es el deber de toda laleña, considerado como una obligación individual, como la relación de la criatura al Creador; mas si se considera en sus relaciones que tiene el hombre con sus semejantes, esto es, en cuanto á su deber social, esta obligación nos parecerá aun más lata, y de mayor responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Vemos en el orden del universo visible girar unos astros al rededor de otros, los satélites en torno de sus planetas, y éstos al rededor del sol, cen-

tro para nosotros del gran sistema de esta armonía universal. Lo propio sucede en la tierra con las inteligencias. Cada una de las superiores se forma una cierta órbita, en cuyo torno van girando las de un órden inferior, siendo Dios el grande centro de todas las inteligencias creadas y posibles que no son sino sus más ó menos vivos reflejos. Así, pues, toda inteligencia que no reflexa sobre sí misma este divino sol, y no gira en torno suyo, no solo turba la armonía moral que ha de presidir en los espíritus, sino que arrastra en su aberración desastrosa una multitud de satélites, que son otros tantos descarriados del orden general, y de cuyo desorden es responsable.

(Continuará.)

D. ALBERTO LISTA.

(CONTINUA)

Venido en la contienda el que por espacio de doce lustros se había mostrado español siempre, menos en la manera de educar á sus hijos, si le hubiera curada otra, lo educara en donde en el colegio de San Felipe, á donde tenía los suyos el vicecónsul de Francia. Por necesidad había de ser lisonjero para nosotros el término de esta alhercada, cuando nos entre el número de los discípulos del venerabilísimo anciano, hoy director del colegio de San Diego de Sevilla. Allí visó la luz del mundo el 15 de Octubre de 1776, debiendo el pan de su niñez á los cocinos productores de la industria de la seda, y después en un tiempo, dulces memorias guarda D. Alberto Lista y Aragón de aquellos venturosos días, en que sentado al telar, trabaja-

ba para sostener á sus padres; alumno de la universidad, cursaba filosofía y teología, y afecto por instinto á las musas, trasladaba al papel sus primeras inspiraciones; así conciliaba sus deberes con sus gustos: como el estudiante era su recreo, no tenía horas de ocio, y en fuerza de vigiliat se acreditaba á la vez de matemático y poeta. Ya en 1788 servía en calidad de sustituto la cátedra de matemáticas, so tenida por la sociedad económica de Sevilla, y en 1796 como propietario la del colegio de San Felmo. Pertenecía entonces á una academia particular de humanidades, compuesta de jóvenes amantes de la amena literatura á quienes servían de modelo Garcillaso, Herrera y Rioja, juntamente con Meléndez, Morán y Jovellanos, restauradores del buen gusto. Obtenía Reinos el premio en un certámen propuesto por la academia de buenas letras de Sevilla, y Lista el accésit, cantando la *Inocencia perdida*; á los veintiocho años se ordenaba éste de sacerdote: bebía el agua de extrangeras rios, mientras autonaban sus compatriotas himnos de triunfo, después de las jornadas de San Marcial y Tolosa, fin de una heroica lucha.

Vuelto á España en 1817, ganaba por oposición la cátedra de matemáticas del consulado de Bilbao: residía allí hasta 1820, y fundado en Madrid por entonces el colegio de San Mateo, vino á ser su vicerrector, emparajándose de tres asignaturas. Citar los jóvenes que allí adquirieron el tesoro de la encañanza, equivaldría á escribir un largo catálogo de nombres ilustres en todas las carreras del Estado. Dos años después ocupaba á la prensa de todos los países la publicación de las composiciones poéticas de D. Alberto Lista; y en verdad que era digno de tan señalada honra, concedida á pocos, pues á la sazón casi había en Europa más poetas que monarcas.

En la segunda edición de estas poe-

sías, hecha en 1837, la que tenemos á la vista para juzgar á su autor como poeta. Si más le niega este título, hay quien se lo escante; ó se lo concede con amplitud escasa, y solo por no ir contra la corriente. Emanan esta opinión, á que se adhieren los más, de esa imposibilidad en que se creen los hombres de conceder dos epítetos á un mismo talento; argumento, vago hasta lo sumo, máxima superficialísima, vulgar creencia que imponga un escritor francés de los más reputados y famosos. Según esa lógica extraña, un gran poeta es por lo general excelente prosista, y un buen prosista es así siempre un poeta; y cuando se halla uno que escriba con igual soltura en prosa y verso, todo el apuro consiste en determinar si la naturaleza le hizo prosista antes, y luego poeta, ó primero poeta, y después prosista, para clasificarle en una de las dos categorías con arreglo al número; y éxito de sus obras. Edificiada tan peregrina idea, es ocioso manifestar, como todo el que no reconoce á Lista por distinguido poeta, le casualza por crítico hasta las nubes. En concepto de algunos, solo hay otro sí ruge la hercúlea lava de los volcanes, y arranca el fregio de raíz el tronco de secular cedrón, y zumba en honda selva el estruendo de la batalla; necesitan quizá de emociones violentas: más les dice el blando murmullo del arroyo, mientras gozan con el formidable ruido de la catarrata, y al paso que el mar tempestuoso embalea sus sentidos y arrolla su pensamiento, el mar tranquilo les parece espectáculo indigno de fijar sus miradas: oyen sonar como una voz sin eco músicas de patéticos tonos, y perciben deliciosas melodías en el toque á calcaedra de militar charanga; seco el manual del llanto, niega tributo á sus ojos, y su corazón rebosa de cólera al menor contratiempo de la vida: el infortunio no les estrimece, les desespera: no conciben el amor como

un sentimiento dulce y afectoso, es para ellos una pasión frenética, vehemente y devoradora; el sosiego de la paz les mortifica, y la agitación del tumulto les contenta. Lista no ha herido nunca las cuerdas de su lira vibrando compases acordes con armas de tan acorado temple. En sus cantos, ricos de suavidad sublime, de dulce melancolía, de delicada ternura, ha reunido la severidad y fluidez de Risja, con el mágico arteficio de Calderón de la Barca. Se complacía en escribir con gallura la temprana luz de la cándida aurora, colorando los horizontes de sostenida grana; la salida del luciente sol, rompiendo las ondas del alborado mar, guiando al ardiente carro, que enciende los orbes con luz pura; el verde prado, opulento de variados matizes, que ofrece crecido pasto al ganado entre lirios y rosas; el sonoro raudal que libre resbala entre guijas y esmalda de aljófares las flores de su ribera apacible; el brillar de la primavera sobre las alas del tierno Favonio, cuando risueño deshoja su florida guirnalda y va sembrando sus dones por las fértiles vegas.

Noble émulo del maestro Fr. Luis de León, llora Lista la muerte de Jesús con acentos que se sienten, no se analizan; esa poesía, llena de unción religiosa, de elevados conceptos, de solemne sencillez, es el suspiro de un corazón doliente, exhalado entre lágrimas de gratitud y de tristeza, de arrebujamiento y de esperanza; es la voz de la humanidad entera, redimida por el amor inmenso del Dios de las virtudes; es la inspiración nacida y fecundada sobre la cumbre del Gólgota con la preciosísima sangre del Justo, y transmitida en espíritu á la mente fervorosa del poeta cristiano. Esa poesía, en fin, durará como las generaciones hasta el último límite de los siglos.

Nada más halagüeño que el sabor bíblico derramado por Lista en el canto del *Esposo*, feliz imitación del Can-

tar de los cantares; allí pinta el Líbano volcando arenas de oro y alborando sus laderas de verdura; y las viñas de Engaddi, donde empiezan á retoñar pámpanos y racimos; y las vertientes del Hermon, no ya cubiertas de nieve, sino húmedas con el blando rocío de las auroras de Mayo; y las florestas de Jericó matizadas de purpúreas rosas. Bello es también el *Canto de la Esperanza á la resurrección del Salvador del mundo*; y notable además por la circunstancia de haber intentado el fanatismo monacal, persuadir á Fernando VII que toda la composición era alusiva á políticos sucesos, y con especialidad la siguiente estrofa:

Si, yo te vi pendiente del duro leño, y enlutado el cielo cubrió de negro velo su faz esplandociente: los rios se turbaron y los eternos montes vacilaron.

Señalándose por su ignorancia absoluta, ó por su malignidad ponzoñosa muchos de los que rodeaban el trono español en 1825, suponían que el *duro leño*, el *esposo* y la *esposa* envolvían la idea de la *horca*, *Riego* y *la patria*; y que todo el canto era una especie de profecía, anunciando el restablecimiento del sistema, destruido dos años antes por el duque de Angulema y cien mil franceses: es cuanto puede sugerir la intolerante suspicacia de un partido.

Si de las poesías religiosas, pasamos á las líricas profanas, sin detenernos en la *Historia de Bailen*, nos embelena y admira *El Himno del desgraciado*. Solo un poeta de primer orden puede gloriar con tanta variedad una idea sencilla, como la de pedir el auxilio del sueño para apaciguar los males de la vida, espaciando profusamente galas de melancólico encanto y de arrobadora tristura.

(Continuara.)

SIÉNO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VIEJERA.

(CONTINUA.)

Al día siguiente, á la hora de cenar, llegó Félix: el coronel sufría menos, y por consiguiente estaba menos misántropo: en cuanto á María y Jorge, manifestaban en sus semblantes la serenidad habitual de su corazón.

Concluida la cena, y encendidas las pipas, cada uno ocupó su asiento: María y el coronel á los dos lados de la chimenea. Jorge en el canapé debajo de dos cuadros, uno de Mieris, y otro de Boucher; y Félix delante del fuego. Jorge comenzó su narración en estos términos:

Todavía se cuentan en W... un gran número de cosas originales y chistosas de cierto caballero. No me atrevo á pronunciar su nombre; más como debemos darle alguno, le llamaremos Mr. Marbel. Decía, pues, que aun en el día de hoy se refieren cosas asombrosas de Mr. Marbel. Desco contaras una que muy pocos saben, y que tal vez os interesará.

Mr. Marbel era un hombre recto, de buen juicio, sin presunción ni orgullo; íntegro y leal, y de consiguiente gozaba la reputación de un ser extraordinario. En general se le miraba como un loco, lo que no puede esperarse gran cosa. El, lejos de alterarse ni incomodarse con tan vulgares habilidades, decía: tienen razón, "yo vivo á mi modo: tanto peor si les choca. Ellos viven como mejor les parece, siguen la corriente del río, buen viaje!"; Vienen á la moda, comen y beben á la moda; y encuentran exquisito el gusto de las ostras. Dan á sus hijos la educación de moda... juzgan, alabar y

critican con arreglo á la moda, y jamás por convicción ó según lo que les dicta su conciencia; yo no los vitupero; pues que me dejan obrar."

Mr. Marbel era muy rico, aunque en sus principios había poseído muy poco. Había sido escribiente de una casa de comercio muy fuerte de Hamburgo, y sucesivamente desempeñó en ella los primeros empleos. Dos veces lo enviaron á las Indias, y al fin consiguió la idea de hacer algunos negocios por su cuenta: primero fué tímido y de poca resolución; mas luego cobró ánimo, y concluyó con emprender especulaciones en grande. Para tener una persona que administrase fielmente sus bienes durante sus viajes, se casó con una joven huérfana, prudente y discreta, que á no ser por él, hubiera quedado espuesta á permanecer soltera toda su vida. La encontró florando al pie de un vallado, un día que acababa de atravesar por una población pequeña.

—Por qué lloras! la preguntó —Porque acaba de morir mi madre, y me han despedido.

—Ven conmigo, hija mía. La hizo subir en su carroage, se sentó á su lado, y cuando llegó á la ciudad mas inmediata, la colocó en una silla de posta indicándole su domicilio. Durante seis meses la joven sirvió de criada á Mr. Marbel, y al cabo de este tiempo se casó con ella.

—Estatís loco, le decían sus amigos: con vuestras riquezas hubierais podido enlazaros con una opulenta heredera; pero encontrar una muger en un vallado y casarse con ella...

Todo esto está muy bien, contestaba Marbel; pero en punto á doncellas, prefiero la mejor, y sobre todo, la mas virtuosa.

Cuando hubo reunido una fortuna mas que regular, pensó en dejar los negocios, colocó sus fondos en donde los creyó mas seguros, y no quiso ya hacer nada.

—¡Estais loco, le decian sus amigos; pensar en retirarse á descansar á la edad de cincuenta años! . Ahora que ya tenéis experiencia, ca cuando os debéis dedicar á los negocios.

—Bueno, bueno, respondia Marbel: quiero comer el pan que he ganado: ahora, que todavia tengo dientes para masticarlo.

Aunque, como ya he dicho, era muy rico, vivia en una casita pequeña, sus muebles y vestidos eran en catecimo sencillos; no tenia ni caballos ni carruajes, y su mesa no estaba franca: cualquier trabajador de la comarca hacia mas gusto que él. Sin embargo, cuando le daba la hamoncula, era hambre que arrojaba el dinero: casaca á los jóvenes y los establecia; ponía sustitutos para el servicio militar á los hijos de los artesanos, y pagaba abogados que defendiesen los intereses y derechos de personas que le eran cuteramente extrañas. De suerte, que mezclándose en los negocios ajenos, gustaba mucho. Mas si por casualidad iban á pedirle dinero prestado algunas personas, que no perteneciesen á la clase de labradores pobres, se lo negaba, diciéndoles bruscamente: no lo tengo.

—Estais loco, le decian sus amigos, no sabéis hacer uso de vuestras riquezas. Con tirid una magnífica casa, adquirid nombrada, brillad. Las principales familias de la ciudad, y los señores mas conceptuosos os visitarán con frecuencia. Queréis honores y títulos? . para no tenéis mas que hablar.

De qué os sirve vuestro oro? Llegará el dia en que moriréis, y no os podréis llevar ese precioso metal.

—Hablais á las mil maravillas, los contestaba Marbel; predicais admirablemente, pero no me convencéis. Además, no soy tan rico como pensais: necesito economizar, y os maravéis por insignificantemente que parezca, quizá puede hacerme falta.

—No es posible; tenéis por lo me-

nos treinta mil escudos de renta anual,

—Seguramente; pero necesito dos mil escudos para el gasto de mi casa: el sobrante pertenece á los que no tienen con que vivir. Dios me ha hecho el administrador, y el padre de todos los pobres convencidos mios.

Marbel perdió en el mismo año á su esposa y sus dos hijos, y volrió á quedarse solo. Todos procuraban distraerle y consolarle. —Bien, bien, les decia, no estoy triste mi alma se encuentra mucho mas tranquila que otras veces: ahora pertenezco á otro mundo; mi esposa y mis hijos me acompañan á todas partes, los veo, los hablo, y vivo con ellos. Os suplico que me dejéis y no procuréis consolarme.

A pesar de todo esto, la pérdida de un muger é hijos hacia que le pareciese el mundo un poco desierto, y la vida enojosa. —Siempre solo! . Llegó á querer distraerle, y emprendió algunas viages, ¡Alivio pasajero! . Muchas veces se sentaba á su papiro con los ojos llenos de lágrimas, y sus criados, que le amaban como á un padre, fijaban enternecidos sus miradas en él.

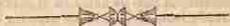
—Tenéis razon, hijos mios, compadecidme; pero no trais de consolarme; el dolor es una necesidad para mí. El tiempo dulcifica los pesares del alma; pero nada puede cicatrizar las heridas causadas por la destruccion de un antiguo afecto.

Quando buscaba alguna distraccion, se dedicaba á obras de beneficencia. Muchas veces le encontraban en las alcazas que rodean á W... y en la choza del pobre mendigo.

Un dia se paseaba por el jardin botánico, y un concurso numeroso circulaba por entre los frondosos árboles, como en los domingos del estio. Marbel se complacia en mirar á aquella multitud animada y alegre; amenazaba una tempestad, el viento soplabá con violencia, y los árboles agitaban sus ramas con un confuso murmullo. Los niños buscaban un asilo, los pue-



VARIETADES.



LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE

DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ III.

(CONCLUYE.)

Todos los grandes talentos tienen sus prosélitos. En ellos fija la vista la multitud; á ellos sigue con entusiasmo y aun con ceguera, pues, por mas que se diga, la mayor parte de los hombres, tanto en las escuelas como en los campos, se dejan arrastrar de la autoridad, que es la imitacion del espíritu, aun los que mas declaman contra ella. Pocos hombres son los que obran por conviccion propia, y mas pocos todavia los que no se dejan llevar por la influencia de otros cuyos principios ó doctrinas halagan mas sus propias propensiones. En esta parte, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que los incrédulos, protestando siempre contra la autoridad, se dejan arrastrar, mas por ella que los hom-

naturaleza: bástelo la palabra pronunciada ó escrita de otro hombre que le haya dicho: no eras y serás feliz. Mas el hombre de fe, sin renunciar á su razon, escucha, es verdad, la autoridad de otros hombres que tambien han creído; mas como esta creencia lleva consigo la privacion del desahogo de sus apetitos, se ve obligado á entrar en el exámen, para no hacer inútil este sacrificio, que debiera parecerle duro, si razones muy poderosas y meditadas no le obligaran á él.

La autoridad, pues, de un talento que constituyéndose maestro de los demas, los aparta del centro único y natural á donde deben todos fijar sus miradas y dirigir su pensamiento y su voluntad; y el solo que puede satisfacer uno y otra completamente, es en el orden moral lo que sería en el orden físico un astro de primera magnitud. Los campos, se dejan arrastrar de la autoridad, que es la imitacion del espíritu, aun los que mas declaman contra ella. Pocos hombres son los que obran por conviccion propia, y mas pocos todavia los que no se dejan llevar por la influencia de otros cuyos principios ó doctrinas halagan mas sus propias propensiones. En esta parte, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que los incrédulos, protestando siempre contra la autoridad, se dejan arrastrar, mas por ella que los hom-

No hay duda que los hombres de influencia sobre millares de voluntades de fe; porque el hombre para no des; pero esta influencia es momentánea, es momentánea, es momentánea, es momentánea, es momentánea. No hay duda que los hombres de influencia sobre millares de voluntades de fe; porque el hombre para no des; pero esta influencia es momentánea, es momentánea, es momentánea, es momentánea, es momentánea. No hay duda que los hombres de influencia sobre millares de voluntades de fe; porque el hombre para no des; pero esta influencia es momentánea, es momentánea, es momentánea, es momentánea, es momentánea.

da adulacion que las espontaneas con-
vicciones. Pero la atraccion, el pre-
dominio del talento, tiene un circulo
incomparablemente mayor; no se cir-
cunscribe á los cortos instantes de la
vida del hombre; su pensamiento pasa
á las generaciones futuras, dejando
tras si una especie de inmortalidad. Y
asi cuando vemos una de esas antor-
chas de la inteligencia humana como
un cometa errante y siniestro despe-
dir un píldo fulgor, conduciendo pue-
blos azorados por una senda llena de
escollos; cuando contemplamos á uno
de esos talentos superiores que se pla-
ce en desearriar la razon humana, der-
ramando la semilla del error, que no
produce sino el amargo fruto del crimi-
n; cuando recordamos la existencia de
un hombre de génio que hizo consis-
tir su triste gloria en impugnar los
primeros dogmas de la religion y de la
sociedad, que arrancó con mano cruel
la esperanza de la virtud de los huma-
nos corazones, que pretendió reedifi-
car la sociedad sobre falsos cimientos,
para que un dia se desplomara, que á
merced de la irrisión ó del sofisma,
halagando la disolucion ó la maligni-
dad, sorprendiendo los ánimos ines-
perados de una juventud incauta y ar-
rebata, vició con sus doctrinas disol-
ventes los primeros arranques de la
sensibilidad, y arrojó veneno aun so-
bre las inclinaciones mas puras; en
una palabra, cuando vemos ó nos acor-
damos de un sofista, de un impio, de
un corruptor de las costumbres, de un
caudillo de secta, de un alma empuen-
te en sus facultades; pero que como
el espíritu del mal arrastró consigo
millares de victimas al abismo del
error ó del crimen, ¡ah! entonces llo-
ramos con lágrimas de sangre la suer-
te de la desventurada humanidad, que
á mas de las miserias que la agobian
sobre la tierra, se ve expuesta á ser el
juguete y la victima de los funestos
abusos de la inteligencia. Algun dia
nos ocupamos ya en señalar las causas
que podian conducir á este abuso tan
fecundo en estragos y desastres: en

dejaremos á su tiempo de insistir en
este exámen, pues es de la mayor im-
portancia para la suerte de la sociedad.
Las altas inteligencias, como los árbo-
les en cimas elevadas, están mas ex-
puestas al viento del orgullo, que las
derrriba al primer soplo. Dios suele
castigar en ellas la hinchazon humana
y el exceso del amor propio. La pro-
funda humildad, que es el cimiento de
las virtudes mas elevadas, no siempre
se anida en el corazon de los sábios.
Las almas grandes en amor ó en cari-
dad, no están tan á riesgo de bambo-
lear como las almas grandes en inte-
ligencia. Y así como la mano del Se-
ñor, en muestra de su poder sobre to-
das las fuerzas humanas, descarga á
veces golpes contra los poderosos, y
derrriba cabezas ilustres, bien permite
á intervalos que estas habilidades inteli-
gencias, cuando se engríen demasiado,
caigan de repente en el abismo del
error, ó en la miserable apostasia.

D. ALBERTO LISTA.

(CONTINUA.)

Quando alaba á Melendez Valdes,
bosqueja elegante y donoso el triste
estado de la poesía española despues
del siglo de oro de la literatura: quan-
do se dirige á su amigo D. Fernando
de Ribas, sustentia que el nombre de
los vates
vivirá mientras goce el triste humano
de este sueño fugaz que llaman vida.
Considera que la noble inspiracion
del canto es el sagrado aliento con que
animó Dios al hombre cuando le en-
salzó á ser su hechura y semejanza,
en pocos versos escribe una arte: po-
nos ocupamos ya en señalar las causas
que podian conducir á este abuso tan
fecundo en estragos y desastres: en

si el estudio tenaz no dá alimento
á su divina luz, que inútil llega
grande antorcha al fanal amortecido
que sin pábulo yace. Las sentencias
que sublime dictó filosofía
á Cicéron y á Sócrates: los cuadros
en que de Roma el triunfo y el oprobio
pintaron Livio y Tácito; las glorias
de tu nación que al Ganges y al ocaso
áterró vencedora con sus armas;
y en fin, cuanto los hombres llaman grande,
cuanto horir puede elevar á un tiempo
en alas del saber la fantasia,
meditarás atento y cuidadoso.
De aquel sublime son llena tu oído
que en siglo mas feliz el Tejo y Betis
de los iberos cisnes escucharon:
mas cauto evita los perterros monstruos:
que el amor de la necia snileza
y la hinchazon ridiculis prolijo.
Habrás adelantado si los versos
del tierno Garcilaso se deslizan
á tu pecho halaguenos, cual las ondas
de pura y mansa fuente entre las flores;
si te hechaiza severa cuanto dulce
la lira de Rloja; si de Herrera
el desusado canto te arrebató. ...
imitarás la suavidad sublime
y candorosa de Leon; mas huye
tal vez su toscó desaliño; teme
como sierpe las gracias seductoras
del atrevido Góngora; y de Lope
no te destumbre, no, la fácil musa
quedá entre mil guijeros un diamante.

Y si imitar quisieres los poetas
que ilustran nuestra edad, atento estudia
la correccion de Moratin, la frase
y el tono de Balle, y de Cienfuegos
la entereza y vigor; mas no el estilo
á las reglas del habla mal sujeto.

Nunca viutos revesada de magia
mas seductura; ni austeridad del pre-
ceptista; ni oimos dictar con tal hechi-
sela y el torrente de la montaña:
nos máximas de buen gusto en el armo-
nioso idioma de Cervantes. He ahí
contenido en breve espacio todo un
sistema; único norte de los que foran-
ban la academia particular de Sevilla,
producto legítimo del estudio de nues-
tros mejores bardos de las edades an-
tigua y moderna; doctrina fecunda en á
bienes y sabiamente inculcada por

Libra á sus numerosos alumnos: fuera
de ese circulo no hay mas que un te-
jido de metáforas indescifrables, un
estravio mental pernicioso, una estra-
ranguencia continua, lo que pudiéramos
llamar, en fin, el *churriguerismo de
la poesia.*

Magníficas son sus concepciones co-
mo poeta filosófico; ora califique de
*inútil el temor de la venidero; ora sos-
tenga que los sentimientos de la hu-
manidad no son incompatibles con la
profesion de la milicia; ya pregone
que la felicidad consiste en la mode-
racion de los deseos; ya se incline á
que deben abandonarse los cuidados.*
Su obra maestra en este género nos
parece *La vida humana*: allí describe
una fuente de imperceptible murmullo
mezclada despues con otras en la flo-
reciente llanura: convertida en plácido
arroyo, busca por los declives el ver-
del ameno, ó mas audaz se precipita á
través del espeso remage por la cascada,
y olvidando el susto, es ya alegría
del campo: luego montará torrente,
aumentado su caudal con las lluvias
corre veloz por valles pedregosos, y
aromete el robleza de la ribera y el
monte que ataja su paso: llega á la ca-
tarata, se arroja impetuoso á los abis-
mos, y yace su furor aprisionado en-
tre espumas de nevada plata, hasta que
se eleva del hondo páramo sobre el
mugoso risco, y baja arido á la cam-
paña, llevando por delante chozas y
rediles: junta sus aguas á rio caudalo-
so, domina el estendido llano, no le
aunedrntes el sedimento está ni el sol
que le ampuaza con su fulminante fue-
go: recibe con desdichoso orgullo los
tributos que le rinde el arroyo de la
montaña: y el torrente de la ribera, y entra
pudiendo su nombre la fibra, y entra
piérdese con somero ruido por el fa-
moso cauce; halla en su camino otro rau-
dal soberbio; y de opuesto curso: al-
zan las aguas valles undosas, disputan
en acérrima lucha de quien irá regida
toda la corriente, y vence y esclaviza
á su contrario; ingrato al bosque que
le engalanó con sus sombras; pérdido

radores dentro de su propio palacio. Diocleciano entonces soltó la rienda á su furor; todos los jueces, todos los gefes de palacio hicieron dar tormento, por el poder que al efecto se les habia concedido, á los cristianos, y todos rivalizaron en celo para ver de descubrir los incendiarios; empero éstos se hallaban entre los mismos servidores de Galerio! Una segunda tentativa de incendio en el palacio de Nicomedia, sin mas intervalo que el de quince dias, acabó de redoblar la cólera de Diocleciano; Galerio queria que ni un solo cristiano escapase á su cólera y á su venganza. Antimo, obispo de Nicomedia, es degollado; hace perecer á todos los sacerdotes, á todos los ministros de la Iglesia, á todos los esclavos, y finalmente, á todos los ciudadanos cristianos. Por este decreto se ven envueltos en la misma pena familias enteras sin distincion de edad ni de sexo: se ve con admiracion á multitud de hombres y mugeres, aumadas de una santa alegría, ofrecer sus cabezas á las hachas de los verdugos y precipitarse otros en las hogueras; habiendo por fin un gran número de ellos que, atados de dos en dos y embarcados, fueron arrojados al fondo del mar.

El hecho mas admirable de esta época es el de una multitud de cristianos que, á pesar de los edictos, se habian reunido en una iglesia para celebrar los misterios sagrados. Diocleciano hace cerrar todas las puertas de la iglesia, preparar á su alrededor materias inflamables y colocar delante de la entrada principal una trípode é incienso; hace pregonar por un heraldo que los que quieran evitar la muerte saigan y quemén incienso en honor de Júpiter: morir por Jesucristo! fué el grito unánime que se alzó de en medio de aquella santa multitud, y en el mismo instante, prendido el fuego á los combustibles, se abrasaron muchos millares de cristianos, marchando juntas sus almas para el cielo!

El mismo dia que se publicó en Nicomedia el edicto de la persecucion, un jóven cristiano, distinguido por su rango y por su nacimiento, escitado por su gran amor á Dios y por el ardor de su fe, se presentó con santa osadía en la plaza pública, y desgarró á presencia misma de los emperadores el fatal edicto. Arrestado en el instante mismo, y condenado como culpable, sufrió con valor todo género de tormentos, y los sufrió con la sonrisa en los labios, con una firmeza insultante que conservó hasta el último suspiro, y que acrecentaba la rabia de sus verdugos. Este ilustre mártir era, segun la opinion de los mas célebres escritores de la Iglesia, San Jorge, santo cuya celebridad es de las mas grandes, y que á la paz de la Iglesia recibió el título de gran mártir, habiéndose levantado en su honor en Constantinopla seis iglesias, dado su nombre de brazo de San Jorge al estrecho de los Dardanelos, y erigióse por Eduardo III bajo su proteccion la distinguida orden de la Jarretiera en el año de 1330. Este santo se presenta á caballo, teniendo un dragon á sus pies, para denotar que por su fe habia vencido al demonio, designado éste en el Apocalipsis bajo el nombre de dragon.

Poco tiempo después, dos conjuraciones fraguadas contra los emperadores, la una en Melitida de Armenia y la otra en Seleucia de Siria, fueron el pretexto de un nuevo edicto que ordenaba el arresto de todos los cristianos. Innumerable fué el número de los mártires en todas las provin-

cias; pero particularmente en el Africa, en la Mauritania, en la Tebaida, en el Egipto y en Roma.

Maximiano Herculio y Constancio Cloro recibieron de sus colegas de Oriente el orden de propagar la persecucion al Occidente. Maximiano, hombre cruel, dió con placer rienda suelta á su furor; empero Constancio Cloro hizo publicar los edictos sin ponerlos en ejecucion, siendo la provincia de su mando donde únicamente pudieron respirar algun tanto los cristianos, si bien mandó demoler y arrasar las iglesias, considerando que podrían ser reedificadas algun dia; empero no hizo morir á nadie, ni derramó en las Gaulas sangre alguna. Constancio temia, como los demas emperadores, un gran número de cristianos entre los oficiales y empleados de su palacio, los propuso la eleccion de permanecer en sus cargos si sacrificaban á los ídolos, ó de ser desterrados de su presencia si lo rehusaban: muchos prefirieron al interés temporal la conservacion de su fe permaneciendo firmes, y cuando esperaban los suplicios que atormentaban en todas las partes del imperio á sus hermanos de religion, Constancio declaró que consideraba á los apóstatas como cobardes y egoistas; no esperando de ellos que fuesen mas fieles á su persona que lo que habian sido á su Dios; juzgó dignos á los generosos defensores de la fe de permanecer á su lado, les confirió la custodia de su persona, y los contó entre sus mejores amigos; no así Diocleciano, que en su furor hizo morir á cortesanos muy poderosos á quienes amaba en otro tiempo, y que le habian sostenido en el palacio y en el campo de batalla. Doroteo, uno de sus mas íntimos amigos, fué estrangulado despues de sufrir los mayores tormentos; Pedro, habiendo rehusado sacrificar, fué levantado desnudo en el aire por medio de una polea, y cruelmente azotado, y destrozadas sus carnes hasta descubrirse los huesos; para hacer vacilar su constancia, aplicaron á sus llagas vinagre y acedite hirviendo; mas él espiró firme é intrépido atleta de Jesucristo en tan cruel tormento.

Se cuenta ademas, entre los mártires domésticos del palacio de Diocleciano, el eunuco Index, Niconio y Mardonio; empero el cristianismo tenia representantes aun mas inmediatos á la persona de Diocleciano; la emperatriz Prisca, y su hija Valeria, esposa del infame Galerio, pertenecian á la religion de Jesucristo!

Diocleciano se habia trasladado á Roma.

A corta distancia de esta ciudad y de la Via Apia, en medio de un despoblado, una caverna, desierta al parecer, abre sus misteriosas profundidades. Apenas las sombras de la noche se estienden sobre las siete colinas de la ciudad eterna, varios grupos de hombres, de mugeres y de niños, vestidos de colores oscuros, y andando con la cabeza baja cual si meditasen tristemente, llegan á aquella caverna como si acudiesen á una cita, y se internan bajo sus tenebrosas bóvedas. Aquella caverna es la entrada de las Catacumbas, que hemos descrito en nuestra introduccion; aquel pueblo que huye y se esconde, es la familia cristiana que va á cumplir los deberes de su religion.

Despues de muchos rodeos, despues de haber atravesado una multitud de galerías que se cruzan en todos sentidos, llegan, en fin, los fieles al recinto consagrado donde va á celebrarse el divino misterio. El altar está labrado en la roca; dos cirios y una lámpara pendiente de la bóve-

un vestido nuevo, y ahora voy á vivir como un gran señor.

—En dónde está tu padre!

—Hace ya dos años que no lo tengo. Mi padre era soldado, y murió en la guerra; mi madre también ha fallecido, y nadie hace caso de mí en la aldea.

—Dame tu dinero, hijo mío.

—¿Todo?

—Todo.

Y el pobre niño triste y cabizbajo, desenterró pieza por pieza su tesoro, y dos gruesas lágrimas empañaron sus negros ojos.

—Dame tus cinco kreutzers.

—Eso me pertenecen.

—Ya no tendrás necesidad de dinero. Te llevaré á mi casa y serás mi hijo si eres prudente. ¿Quieres?

—Seguramente que sí.

—¿Tienes todavía mas dinero?

El niño no poseía mas que una moneda llena de moho y un pedacito de pan; Marbel lo recogió todo y le llevó consigo.

El jóven Conrado Eck fué vestido de paño burdo con la mayor sencillez. Como hasta entonces no habia habitado mas que en los establos, y pasado las noches á campo raso, se puso muy contento cuando recibió de Marbel un saco de paja por cama, y por alimento las manjares mas comunes. Estaba muy gozoso y satisfecho; era aguil, servicial, infatigable, en extremo apacible, daba muestras de grande inteligencia; pero ignoraba cuanto salia fuera del círculo de la experiencia y de los hábitos de un mendigo. Al cabo de seis meses aquel osidlo estuvo tan bien adiestrado, que ya se pudo presentar delante de las personas bien educadas, y confiarle algunos encargos. Únicamente le costó algun trabajo acostumbrarse á la limpieza y á hacer las cosas con orden. Su buen corazón le hacia apreciable á todos los de la casa, y Mr. Marbel le llamaba su hijo. Conrado estaba á las escue-

las públicas, y era bastante aplicado; en un principio le fastidiaba el estu-

dio; pero luego se aficionó á él. La alegría que sus adelantos causaban á su bienhechor, era su mas dulce recompensa, y su frialdad su mayor castigo.

Me abstendré de referir todos los pormenores de la educacion del pobre mendigo; lo que ya he contado, basta para dar una idea del carácter de Mr. Marbel. Un año despues de haber entrado en su casa, Conrado se sentó con él á la mesa. Hubiera podido comer á sus anchas cuantos manjares se servian en ella; pero Conrado no era gloton. Mr. Marbel se complacia sobremañera al ver que preferia el cocido y las patatas á todo lo demas. Aunque no le hubiera prohibido acostarse en un lecho mas blando, no le pesaba á Mr. Marbel el verle decidido y aun apegado á su seco de paja. Todas las semanas recibia Conrado medio escudo, del cual no gastaba nada, ya porque aguardase á ello mejor ocasion, ó ya porque lo conservase para el tiempo en que no tuviese á su lado á Mr. Marbel.

—Procura tener pocas necesidades y gastar poco; acumula para tus sucesores, le repetia sin cesar su bienhechor.

Cuando Conrado cumplió diez y seis años, Marbel, para celebrar el nacimiento del huérfano, le dió cuatrocientos escudos.

—Ahora, hijo mío, le dijo, vamos á separar nuestros intereses. Ya tienes algun dinero, es preciso que sirva para mantenerte, vestirte, pagar á tus maestros, y proporcionarte lo que te haga falta. Permanecerás aqui, pero todos los meses me pagarás cuatro escudos por la habitación, la cama y los muebles; te acomoda este convenio!

Conrado quedó sí pronto un poco sorprendido; pero gozoso si véase con tanto dinero, aceptó. Todos los meses disminuía su gasto; Marbel no le permitia perder de vista, le acomodaba y le escuchaba. Conrado vivia, segun Marbel habia pensado, tan mezquinamente como un avaro; pero era tan pródigo

como un príncipe cuando se trataba de ser útil. Al fin del año le quedaban ciento veinte escudos, los cuales empleó ventajosamente. Por segunda vez recibió otros cuatrocientos escudos.

(Continuará.)

PIO IV.

Con gozosa satisfacion damos lugar en nuestras breves columnas al siguiente comunicado que se ha servido dirigirnos el digno párroco de Jerez, honor del clero mexicano y fiel intérprete de la fe y sincera piedad de todos los fieles. Nosotros que en dias mas serenos celebramos la clemencia de Pio IX. cuando habló el lenguaje de la reconciliacion y del olvido; nosotros que poco despues admiramos las grandes y magnificas reformas, que revelaban la elevacion de sus miras; nosotros que le hemos visto lanzado á tierras extrañas por la mano brutal de los ingratos, nosotros no podemos ménos de saber con placer que cuando se oia el rumor de la gran tempestad que avanzaba poderosa hasta arrancar de su trono de los papas el despocho de los siglos que le rodean, el virtuoso cura de Jerez mezclaba tambien sus humildísimos y humildes ofrecimientos del párroco y celestíacos de Jerez, quienes apenas pudieran llamar la atencion del recinto que los contiene, cura de Jerez, en union del clero de su parroquia, ofrecia á Su Santidad los devotos bienes que forman toda su fortuna, y sobre todo, unos corazones purísimos y piadosos. La tierra contestaba á Pio IX. es una nueva prueba de su bondad y de su solicitud esmero para la ventura de los fieles, y nosotros no dudamos que será leida con gusto Dilicti Filii, Nobis tamen tributio-nem passis presto esse voluistis literis XII Kalendas Julii superioris anni

Jerez, Octubre 15 de 1850.—Sr. D. C. de las Cagigas.—México.—Muy Sr. mio.—En Junio del año próximo pasado, viendo que nuestro Simo. Padre el Sr. Pio IX. se encontraba en muy difíciles y angustiadas circunstancias para la Iglesia Católica, Apostólica Romana, expatriado y cuasi perseguido, no podía ménos una alma religiosa y reverente á la Cátedra de S. Pedro, que manifestar de algun modo, no ya su adhesión á la cabeza visible de la Iglesia, sino su interés cordial por la respetable persona que lo representaba, adornada de virtudes eminentes y privilegiadísimos talentos. Por tal motivo cumplí un deber, dirigiéndome á Su Santidad en union del clero de mi parroquia, manifestándole sus padecimientos y persecuciones nos hacian sentir de tal manera, que le ofrecimos sinceramente nuestros bienes pobres intereses y nuestras propias vidas.

En 14 del corriente hemos recibido con el mayor placer para nuestras almas sensibles, su veneranda contestacion, y por la que, luego se vienen á la vista las grandes virtudes del jefe supremo de la Santa Iglesia, y el amor paternal que profesa á mi muy amada patria, pues en medio de tantos cuidados y pesadumbres, y cuando más le arrebataban la atencion negocios de inmensísima entidad, se dignó firmar de su nombre una contestacion que dá á los insigneos del párroco y celestíacos de Jerez, quienes apenas pudieran llamar la atencion del recinto que los contiene, Su tenor literal es el que sigue:

“Dilicti Filii Parochi alicujus Praecortos bienes que forman toda su fortuna, y sobre todo, unos corazones purísimos y piadosos. La tierra contesta: —Pius PP. IX.”

“Dilicti Filii salutem, et apostolicam Benedictionem. Quamvis adeo magna locorum intervalla vos dividant, no dudamos que será leida con gusto Dilicti Filii, Nobis tamen tributio-nem passis presto esse voluistis literis XII Kalendas Julii superioris anni

dati, quibus filiis vestris, fidei pietatis ac devotionis erga Nos, et apostolicam hanc sedem exhibitis testimonium. Ac revera multum animo capimus exultationem, cum vos ita spiritu fidei vigere cognoscimus, ut angores Nostris sint vobis omnibus communis. Dilecti Filii, presentesque Nostris, arduas, et passiones vobis proprias arbitramini. Pro quo amatissimo officio, multas vobis, Dilecti Filii, persolvimus gratias, minime dubitantes, quia Deo Omnipotenti iudicantem Nostram commendare majorem in modum velit, quo Nos induat, celesti virtute ad sanctissimam Religionis causam magnis animis tuendam, promovendamque lucuos hisce temporibus ubique gloriam divini sui nominis, atque universi christiani gregis utilitatem. Hece pre sollicitudine, que urget Nos pietatem vestram, se zelum etiam atque etiam exilare cogimur, ut ad eradicationem civitatis illius fideles curas omnes constanti studio impendamus quo viani ipsi scientes mandatorum Domini, atque hinc seculo custodientes, atque et maximum una vobiscum beatam immortalitatis premium assequantur. Ac tanti hujus boni auspicii et factorum simul Nostræ in vos caritatis testem apostolicam Benedictionem, vobis ipsis, Dilecti Filii; et concivibus vestris universis intimo paterni cordis affectu amare imperitumur.—Datum Neapoli in suburbano Petrici die 10 martii an. 1850.—Pontificatus Nostris anno quarto.—*Pius P. IX.*

Y como deseo que todos mis concidanos conozcan mas las eminentes virtudes que adornan al grande, insigne é inmortal Pio IX, y tambien para manifestar al mundo mi profundo agradecimiento por tan alta dignacion, en plico á V. tengo la bondad de insertarla en su ilustrado y bien acreditado periódico, por cuyo favor le estará siempre muy obligada la gratitud de su afectísimo seguro y atento capellan Q. B. SS. MM.—*Juan José de Orellana.*

MOSAICO.

EXPOSICION UNIVERSAL.—Se ha comenzado á construir el edificio en que se ha de celebrar en Londres. Segun el proyecto aprobado, ocupará 1.000.000 de pies cuadrados.

VALOR DE LOS OROGRITOS EN ESTA EPOCA.—La conatriz Jenny-Lind ha sido ajustada por un año para el Nuevo Mundo en la friolera de \$3000.000 de se, limpios de polvo y país, esto es, viaje y manutencion pagados. Pedit mas, fuera gollera.

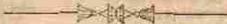
INTENTO.—Se ha concedido en Inglaterra privilegio esclusivo para el uso de un aparato con el que se calienta en cinco ó seis minutos el agua de un baño por medio de la aplicacion de gas á unas planchas de metal debajo del baño. Tanto la máquina como su aplicacion son sencillas, con la ventaja de ser el gas insignificante donde no hay que producir el gas por ser de él el alumbrado.

CARRUAGE NADA BARATO.—El destinado á la coronacion de los emperadores de Austria, es de un precio incalculable. Solo las puercuillas, debidas al pincel de Rubens, costaron 60.000 florines, y 150.000 los dorados.

CONTRABANDO DE NUEVO GENERO.—Se ha descubierto en Valencia un medio de introducir aguardiente sin derecho, que bien merece patente de invencion y de talcato. Reduciese á una comunicacion entre una casa inmediata á la muralla y un parador, cerca tambien de la misma, en la parte exterior por un tubo dentro del qual corria el líquido de suyo por mas alto el conducto en donde le recibia.



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

Si se estudia con cuidado y se observa con detenimiento la sociedad, se echará de ver, que á dos pueden reducirse las causas, que ya la comunican un movimiento suave, ya la imprimen una poderosa energia, que la impulsan á una direccion mas bien que hacia otra, y que constituyen en ciertas, to modo su fisonomia particular: las doctrinas y los intereses.

He aquí los motivos influyentes, las causas mas eficaces de los hechos que se consuman en las sociedades humanas: en ellos encuentran su origen, su natural y verdadero principio esa multitud de fenómenos, ya políticos, ya sociales, que tan sucesivamente presentándose; de la propia suerte que en la cabeza y en el corazon del hombre, se halla en el motivo de su conducta y la causa de sus acciones.

Una diferencia, sin embargo, hay entre los intereses y las doctrinas, en cuanto puede considerárselas como el y la naturaleza, se conocerá bien presorigen y la causa, ya del rumbo acordado, y de la direccion torcida y aviesada que toman las sociedades, para que al menos por un momento no haga-

mos alto en ella. Los intereses por lo comun, son de suyo mas perecederos, y aun cuando se agitan con fuerza, no se extienden á igual terreno, ni alcanzan la misma duracion que las doctrinas; sobre todo, cuando son hijas de la persuasion y del convencimiento, y tienen fe en las mismas cosas que están encargadas de sostenerlas y prepararlas. Los intereses casi siempre, ó están cerrados dentro de los límites de una clase, ó no se mueven del terreno de un estado; allí nacen, allí tiran, allí se transforman; allí sufren todas las vicisitudes y los cambios que traen consigo los tiempos y las revoluciones; allí últimamente mueren. En las doctrinas, empero hay, si cabe decirlo así, una mayor vida, una fuerza mas poderosa, mas movimiento, mas ímpetu, una mas alta y grande ambicion. Los autores y secretarios de una doctrina no se contentan en que los principios que la constituyen, prevalezcan en tal ó cual país, en que su escuela tenga poder ó influencia en esta ó en aquellas naciones, sino que pugnan y arduamente se esfuerzan para que sus principios dominen en todos los países y alcancen á todos los tiempos. Veanse si no las sectas en religion; las escuelas en filosofia; los partidos en politica; y en cuanto se estudie su indole y su naturaleza, se conocerá bien presorigen y la causa, ya del rumbo acordado, y de la direccion torcida y aviesada que toman las sociedades, para que al menos por un momento no haga-

dati, quibus filiis vestris, fidei pietatis ac devotionis erga Nos, et apostolicam hanc sedem exhibitis testimonium. Ac revera multum animo capimus exultationem, cum vos ita spiritu fidei vigere cognoscimus, ut angores Nostris sint vobiscum communes; Dilecti Filii, presentesque Nostris, arduas, et passiones vobis proprias arbitramini. Pro quo amatissima officio, multas vobis, Dilecti Filii, persolvimus gratias, minime dubitantes, quia Deo Omnipotenti iudicantem Nostram commendare majorem in modum velit, quo Nos induat, coelesti virtute ad sanctissimam Religionis causam magnis animis tuendam, promovendamque lucuos hisce temporibus ubique gloriam divini sui nominis, atque universi christiani gregis utilitatem. Hece pre sollicitudine, que urget Nos pietatem vestram, se zelum etiam atque etiam exilare cogitur, ut ad eradicationem civitatis illius fideles curas omnes constanti studio impendatis, quo viani ipsi scientes mandatorum Domini, atque hinc seculo custodientes, atque et maximum una vobiscum beatam immortalitatis primum assequantur. Ac tanti hujus boni suspicem et pavorum simul Nostræ in vos caritatis testem apostolicam Benedictionem, vobis ipsis, Dilecti Filii; et concivibus vestris universis intimo paterni cordis affectu amare imperitumur.—Datum Neapoli in suburbano Petrici die 10 martii an. 1850.—Pontificatus Nostris anno quarto.—*Pius P. IX.*

Y como deseo que todos mis concidadaños conozcan mas las eminentes virtudes que adornan al grande, insigne é inmortal Pio IX, y tambien para manifestar al mundo mi profundo agradecimiento por tan alta dignacion, en plico á V. tengo la bondad de insertarla en su ilustrado y bien acreditado periódico, por cuyo favor le estará siempre muy obligada la gratitud de su afectísimo seguro y atento capellan Q. B. SS. MM.—*Juan José de Orellana.*

MOSAICO.

EXPOSICION UNIVERSAL.—Se ha comenzado á construir el edificio en que se ha de celebrar en Londres. Segun el proyecto aprobado, ocupará 1.000.000 de pies cuadrados.

VALOR DE LOS OROGRITOS EN ESTA EPOCA.—La conatriz Jenny-Lind ha sido ajustada por un año para el Nuevo Mundo en la friolera de \$3000.000 de se, limpios de polvo y país, esto es, viaje y manutencion pagados. Pedit mas, fuera gollera.

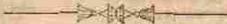
INTENTO.—Se ha concedido en Inglaterra privilegio esclusivo para el uso de un aparato con el que se calienta en cinco ó seis minutos el agua de un baño por medio de la aplicacion de gas á unas planchas de metal debajo del baño. Tanto la máquina como su aplicacion son sencillas, con la ventaja de ser el gas insignificante donde no hay que producir el gas por ser de él aluminado.

CARRUAGE NADA BARATO.—El destinado á la coronacion de los emperadores de Austria, es de un precio incalculable. Solo las puercuillas, debidas al pincel de Rubens, costaron 60.000 florines, y 150.000 los dorados.

CONTRABANDO DE NUEVO GENERO.—Se ha descubierto en Valencia un medio de introducir aguardiente sin derecho, que bien merece patente de invencion y de talcato. Reduciese á una comunicacion entre una casa inmediata á la muralla y un parador, cerca tambien de la misma, en la parte exterior por un tubo dentro del qual corria el líquido de suyo por mas alto el conducto en donde le recibia.



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

Si se estudia con cuidado y se observa con detenimiento la sociedad, se echará de ver, que á dos pueden reducirse las causas, que ya la comunican un movimiento suave, ya la imprimen una poderosa energia, que la impulsan á una direccion mas bien que hacia otra, y que constituyen en ciertas modos su fisonomia particular: las doctrinas y los intereses.

He aqui los motivos influyentes, las causas mas eficaces de los hechos que se consuman en las sociedades humanas: en ellos encuentran su origen, su natural y verdadero principio esa multitud de fenómenos, ya políticos, ya sociales, que tan sucesivamente presentándose; de la propia suerte que en la cabeza y en el corazon del hombre, se halla en el motivo de su conducta y la causa de sus acciones.

Una diferencia, sin embargo, hay entre los intereses y las doctrinas, en cuanto puede considerárselas como el y la naturaleza, se conocerá bien presorigen y la causa, ya del rumbo acordado, y de la direccion torcida y aviesas que toman las sociedades, para que al menos por un momento no haga-

mos alto en ella. Los intereses por lo comun, son de suyo mas perecederos, y aun cuando se agiten con fuerza, no se extienden á igual terreno, ni alcanzan la misma duracion que las doctrinas; sobre todo, cuando son hijas de la persuasion y del convencimiento, y tienen fe en las mismas cosas que están encargadas de sostenerlas y prepararlas. Los intereses casi siempre, ó están cerrados dentro de los límites de una clase, ó no se mueven del terreno de un estado; allí nacen, allí tiran, allí se transforman; allí sufren todas las vicisitudes y los cambios que traen consigo los tiempos y las revoluciones; allí últimamente mueren. En las doctrinas, empero hay, si cabe decirlo así, una mayor vida, una fuerza mas poderosa, mas movimiento, mas ímpetu, una mas alta y grande ambicion. Los autores y secretarios de una doctrina no se contentan en que los principios que la constituyen, prevalezcan en tal ó cual país, en que su escuela tenga poder ó influencia en esta ó en aquellas naciones, sino que aspiran á afirmarse; se esfuerzan para que sus principios dominen en todos los países y alcancen á todos los tiempos. Veanse si no las sectas en religion; las escuelas en filosofia; los partidos en politica; y en cuanto se estudie su indole y su naturaleza, se conocerá bien presorigen y la causa, ya del rumbo acordado, y de la direccion torcida y aviesas que toman las sociedades, para que al menos por un momento no haga-

número de hombres, sino de extenderse, de dilatarse, de acrecentar su poder, de ensanchar siempre mas la esfera de su acción.

Despréndese de ahí, que por mas legítimos que sean los intereses, ora de un hombre, ora de una clase, ora de un partido, ora de un pueblo, y por mas que estén en contradicción con lo que exige el orden social y la conveniencia pública prescribe, nunca son de mucho tan nocivos, de mucho tan terribles, como una doctrina preñada de errores, mayormente si teniendo prestigio y enajenado crédito, logra atraer á su favor abundante número de defensores y prosélitos.

No es difícil combatir las doctrinas siempre que anden solas; no es difícil acabar con los intereses de una porción de hombres cuando solos tambien están; la alianza siempre de las doctrinas y de los intereses es robusta, grandemente poderosa, aunque sean falsas aquellas, é injustos éstos; necesitando la acción del tiempo, mucho trabajo, y no pocos esfuerzos para aniquilarla y destruirla. Siempre que los principios de una escuela, ó las máximas de una secta no son mas que los delirios de los filósofos, y solo sirven de espejo de algunos hombres, si y no el mazazo que destruye; es la pomariormente no han tentado la codicia dañera que coria algunas ramas para de los pequeños, y la ambición de los que el árbol brote con mas lozanía, y grandes, ó otras pasiones acaso mas no el hecho que horadando su tronco, fustigando y matando nobles, no corre el seca sus raíces. Su excelente juicio cuando grave riesgo, habiendo además de nuestra patria desde Lepe de Vega la esperanza próxima de volver al humilde con detenimiento por cuantos mo, si por desgracia lo hubiese perdido, y á la sociedad su aplodo. Mas si una doctrina, ora social, ora religiosa, ora política, no solo ha comunicado al entendimiento ideas de ser imitadores, si aspiran á caminar por tan enmarañada senda, si templo de la gloria. Habla de la novela, y sus elementos esenciales, el interés y lo maravilloso, y en pocos artículos cundiendo y penetrando por doquiera, ha cambiado sus inclinaciones en el hombre, sus relaciones en la familia, en el gobierno su forma, en la sociedad su estructura, en la legislación su es-

piritu; árdua cosa es neutralizar los efectos del error, cuyo jugo venenoso filtra por todas partes, y llega á todos los ramos. El árbol tiene entonces raíces muy hondas, muy extensas, siendo menester la segur de los tiempos, el poder de los desengaños, y el brazo de la Providencia para cortarle y arrancarle de raíz.

(Continuará.)

D. ALBERTO LISTA.

(CONCLUYE)

En considerar á Lista como primer crítico español del día, existe uniformidad de pareceres: siempre que analízase aquellas, é injustos éstos; necesitando la acción del tiempo, mucho trabajo, y no pocos esfuerzos para aniquilarla y destruirla. Siempre que los principios de una escuela, ó las máximas de una secta no son mas que los delirios de los filósofos, y solo sirven de espejo de algunos hombres, si y no el mazazo que destruye; es la pomariormente no han tentado la codicia dañera que coria algunas ramas para de los pequeños, y la ambición de los que el árbol brote con mas lozanía, y grandes, ó otras pasiones acaso mas no el hecho que horadando su tronco, fustigando y matando nobles, no corre el seca sus raíces. Su excelente juicio cuando grave riesgo, habiendo además de nuestra patria desde Lepe de Vega la esperanza próxima de volver al humilde con detenimiento por cuantos mo, si por desgracia lo hubiese perdido, y á la sociedad su aplodo. Mas si una doctrina, ora social, ora religiosa, ora política, no solo ha comunicado al entendimiento ideas de ser imitadores, si aspiran á caminar por tan enmarañada senda, si templo de la gloria. Habla de la novela, y sus elementos esenciales, el interés y lo maravilloso, y en pocos artículos cundiendo y penetrando por doquiera, ha cambiado sus inclinaciones en el hombre, sus relaciones en la familia, en el gobierno su forma, en la sociedad su estructura, en la legislación su es-

monstruoso urdimbre de falsedades é inexactitudes referentes á los tiempos de Felipe II y Felipe III de España. Bajo el aspecto literario examina la oratoria del púlpito, de la tribuna y del foro, y apunta reglas de retórica apreciabilísimas sobre las figuras de palabras, de expresión, de raciocinio, de pasión, de estilo. Sostiene de una manera indestructible la importancia del estudio filosófico de las humanidades: traza con hábil precisión y esmerada brevedad el estado actual de la literatura europea. Ese precioso libro publicado recientemente en Sevilla con el modesto título de *Ensayos críticos*, es sin duda una obra modelo, que á todos ofrece abundante y provechosa enseñanza. Ignoramos la causa que ha morido á sus editores á su vez que los análisis escritos en el *Tiempo* de Cádiz, sobre las poesías de los señores Amador de los Ríos, Valdeimar, Bueno, Tenorio y Zapata.

Sinuos licito mencionar dos observaciones que nos sugiere la lectura de los artifices consagrados por D. Alberto Lista á la *poesía pastoral* y á las *obras históricas*, pues vamos á sumergerlas á su vasta instrucción y superior intento, con la docilidad del que consulta para ilustrarse, y no con la presunción del que arguye y aspira á la victoria.

No ha comenzado la poesía bucólica en nación alguna, sino en la época de mayor opulencia. Ya pasado el tiempo de la vida patriarcal, y en lo mas floreciente de la monarquía hebrea, entonces Salomón el *Cantar de los Cantares*; no se halla entre Josué; y si no la cumple, desgraciada Grecia poesia de esta clase, hasta la edad mas esplendorosa de Siracusa. Virgilio componia sus eglogas en el corto de Augusto. Era Italia centro de la civilización de Europa cuando Tasso y Guarini la encontraron con perseguidos. Admiramos á Ticio, *Aminta* y el *Pastor Fido*. Hasta el reinado volupinoso de Carlos II no se conoció la poesia pastoral en Inglaterra, ni en Francia tuvo el tono de decencia conveniente hasta el siglo de Solís, perfecto habilita sin separar-

Luis XIV. Regida España por los reyes católicos, imponía y dictaba su voluntad á dos mundos, y entonces sonaban los melódicos acentos de Garcilaso, príncipe de la poesia castellana. Si reconoce el Sr. Lista que la poesia bucólica es inseparable compañera y hermana legítima del engrandecimiento de las naciones, ¿cómo extraña que ahora produzca un nuestro país fastidio en vez de alegres tribus de pastores, cuyas tranquilas y pintorescas chozas brindan mas ventura que las suavitades de régio palacio, ¿es posible interesar con la descripción de sus placenteras y sencillas costumbres? Carece la poesia de recursos mas adecuados al espíritu de la época, para refrescar nuestra imaginación acalorada por el movimiento tumultuoso de la sociedad, y trasladarnos á las escenas apacibles de la naturaleza? ¿No cabe pintar el sosiego y felicidad de la vida campestre, sin poblar el florido seno y la enramada umbría de seres tan abstractos é ideales, que ni el influjo de fascinación momentánea ejercen en la mas acribada materia á su vasta instrucción y superior intento, con la docilidad del que consulta para ilustrarse, y no con la presunción del que arguye y aspira á la victoria. Ya pasado el tiempo de la vida patriarcal, y en lo mas floreciente de la monarquía hebrea, entonces Salomón el *Cantar de los Cantares*; no se halla entre Josué; y si no la cumple, desgraciada Grecia poesia de esta clase, hasta la edad mas esplendorosa de Siracusa. Virgilio componia sus eglogas en el corto de Augusto. Era Italia centro de la civilización de Europa cuando Tasso y Guarini la encontraron con perseguidos. Admiramos á Ticio, *Aminta* y el *Pastor Fido*. Hasta el reinado volupinoso de Carlos II no se conoció la poesia pastoral en Inglaterra, ni en Francia tuvo el tono de decencia conveniente hasta el siglo de Solís, perfecto habilita sin separar-

se de esa misma senda. Mas si un autor nos retrata con pincel maestro el carácter, vicios y virtudes de los generales enemigos, si nos instruye del espíritu de sus respectivas naciones, de sus intereses políticos y mercantiles, de sus negociaciones diplomáticas, y del origen y curso de la querrela que les conduce al campo de batalla; lo que nos interesa es la exacta descripción del terreno ocupado por los ejércitos beligerantes, de sus operaciones estratégicas, y de los diversos azares que alteran o aseguran el plan de ataque, y dan por resultado la victoria al más hábil, ó se la arrancan al menos venturoso. Atribuir en tal caso elocuentes arengas á los dos caudillos, solo sirve de estorbo y de embarazo, como los discursos prolivos en las discusiones, y las ropas talares en la carrera, segun el célebre dicho de Becon de Verulamio. Por consentir á un historiador el artificio de lucir sus prendas oratorias, no se debe correr el peligro de suministrar á las mentes fáciles coyuntura de transformar la historia en novela. Rechaza la historia la superfluo, y en nuestro lenguaje la historia, habia de renunciar á escribir en ese género de literatura para el que no se sintiese con fuerza para dar jénera á la narración, valiéndose de un estilo puro, natural, elegante y sencillo para exponer y explicar directamente los sucesos, aun cuando se considerase capaz de reestituir con el brillo de la verdad sus propias invenciones.

Nunca nos aventuraríamos á poner en tela de juicio lo que establece el Sr. Lista al hablar de la *poesía pastoril* y de las *obras históricas*, si no tuviéramos grabados en la memoria dos de sus sabios consejos: primero, siempre que vayais á escribir sobre un asunto cualquiera, apuntal todo lo que os ocurra, y extractad despues sin omitir nada importante, pues el mérito de un autor consiste en decir mucho en pocas palabras. Segundo, son los escritores de los tiempos antiguos bri-

llantes antorchas que nos alumbran por el camino en que la humanidad hacia los cuales debemos enderezar nuestro rumbo.

Firmes adalid del buen gusto, sostiene el Sr. Lista una gloriosa campaña por los años de 35 y 38 en el Ateneo y en la prensa, manteniéndose cual diamantina roca, en medio del furioso oleaje del romanticismo que invadía toda especie de literatura.

El actual drama francés, llamado vulgarmente romántico, decia, pinta al hombre fisiológico como el de Atenas, sin someterse á reglas; falsea la moral universal, civil y política del género humano, supone que el hombre no puede lidiar contra sus pasiones, y no le deja mas opcion que satisfacer sus deseos á cualquier costa, ó suicidarse. Es, pues, contrario á la civilización actual, y no cumple con sus exigencias.

Lejos de enarbolarse el estandarte de la intolerancia, resumia su doctrina de este modo:

Para nosotros es clásico todo lo que está bien escrito, y se puede proponer como modelo de estilo y de lenguaje, en las clases ó aulas de humanidades. Así con tanto placer leemos el *Británico* de Morseto, y el *Edipo* de D. Diego de Morseto. Y no hay que hablar de reglas, de unidades, de formas. Queréis someteros á ellas? No escribais la *Petimetra* de Moratin el padre, sino el *Si de las niñas*, de su hijo. Queréis libertaros de esta sujeción? No imbuéis con el papel ni las costumbres públicas con *Autos*, sino componed algo semejante á *Duques de Enamor* y *Lealtad*, de Calderon de la Barca.

Casi solo en la lid no desesperaba del triunfo en lo mas recio de la retirada. Apuntal todo lo que os ocurra, y extractad despues sin omitir nada importante, pues el mérito de un autor consiste en decir mucho en pocas palabras. Segundo, son los escritores de los tiempos antiguos bri-

trados por la luz del cristianismo, inteligentes, civilizados, y que están acostumbrados á colocar sus intereses y libertades bajo la salvaguardia de los tronos.

Cumplido se halla el pronóstico del que me sirve el dinero? Lo que me produce una satisfaccion, es el haber adquirido cuanto poseo con mis solas fuerzas, y una probidad sin tacha. Me daña; le acaricia la amistad cariñosa, ni lágrimas, sino únicamente sudor; le bendicen numerosas familias que deben la educacion de sus hijos; y ve satisfecho cuál cunde y se propaga su sana doctrina literaria entre la juventud estudiosa que le ama como á su segundo padre, y de que es sabio maestro.

SENO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VESPERA.

(CONTINUA.)

Así fué pasando el tiempo Conrado hasta cumplir veinte años. Marbel resolvió entonces enviarlo á la universidad, y le aumentó la pensión.

— ¡Hijo mío, acostumbra á tu cuerpo á vivir con poco, pero no le rehuses lo necesario. No puede haber buen artista sin buenos instrumentos: el artista es un juicio sano: perfecciona el tuyo. La vida, aunque corta, en una escuela: forma tu entendimiento y sentimientos. Para qué puede servirnos su cultivo? Haremos la cooperación en la eternidad, en donde nuestro padre nos llama á una obra mas elevada. Te señalo para los tres años de universidad una fuerte suma: empleala toda, frecuenta el mundo, y estudia hasta á los malvados, porque es útil conocerlos. Eres débil? pues cae es tu suerte; sucumbirás: eres fuerte? resistirás. Pasados esos tres

años, piensa en ganarte tu subsistencia, porque yo nada tengo que darte. Soy rico, porque á esto llaman riqueza, continuó Mr. Marbel; pero tiene poco atractivo para mí, porque no me sirve el dinero? Lo que me produce una satisfaccion, es el haber adquirido cuanto poseo con mis solas fuerzas, y una probidad sin tacha. Me daña; le acaricia la amistad cariñosa, ni lágrimas, sino únicamente sudor; le bendicen numerosas familias que deben la educacion de sus hijos; y ve satisfecho cuál cunde y se propaga su sana doctrina literaria entre la juventud estudiosa que le ama como á su segundo padre, y de que es sabio maestro.

— Te he dado una buena educacion: eras una planta silvestre, pero vigorosa. Ya tienes veinte años, y esta es la edad en que la persona incapaz lucha con el ángel; procura que el ángel quede vencedor. El hombre requiere ser dirigido primero como una planta, despues como un bruto, y en seguida como un ángel. Hay muchos que no son mas que brutos bien adiestrados. El mismo bruto no merece ser despreciado. ¡La azucena con su blancura deslumbradora, no florece entre el polvo de la naturaleza! Una nada decidió de la suerte de toda mi vida, aprende á cosear, y este fué el origen de mi fortuna.

— ¡Tal vez no me creerás; pero sin embargo, nada es mas cierto. Tenia veinte años, y solo sabia leer, escribir y contar. Era hijo de un pobre peon de albañil, y por falta de dinero no sabia qué hacer de mí, porque como hoy, desde que me casé, me ha ido todo, y tenía por camarada á un jorón

llamado Albert; eramos aturridos é incorregibles, nuestros vestidos, que rara vez se reposan, estaban sucios y rotos, por lo que continuamente recibia malos tratamientos en mi casa; por pasado el dolor, volvía á mis mañas acostumbreadas.

Un día estábamos sentados en un banco de un jardín que habíamos encontrado abierto, y conversábamos acerca de lo que queríamos ser; yo pensaba llegar á teniente general, y Albert á generalísimo.

—Janus secreta nada, nos dijo un anciano con peluca blanca, bien vestido, que se hallaba detrás del banco, y habia escuchado nuestra conversacion.

—Por qué no preguntó Albert, un poco teclorado de su sorpresa.

—Sois hijos de unas buenas gentes, lo conozco en vuestro traje; pero habeis nacido para ser siempre mendigos: ¿á no ser así, cómo consentiría el llevar los cueros rotos!

—Entonces nos agarró á los dos por los brazos, y nos metió los dedos por los agujeros que teniamos. Yo que me vergonzaba, y lo mismo le vedó á Albert.

—Si no sabéis coser, continuó el estallero, ¿por qué no aprendéis á todo en un momento sin gran trabajo; manejar y servir de la aguja! En un principio, dos puntadas hubieran reparado vuestro vestido: ahora ya es demasiado tarde, y por eso os veis como unos mendigos. ¿Queréis ser teniente general, y generalísimo, andráis significante ni indiferente para el bien ajeno rapazuelo? Cosed primero los agujeros de vuestros cueros, y despues pensad en grandezas.

—Abochornados en el fondo de nuestro corazón, nos alegamos sin proferir una palabra. Yo volví tan bien el codo á mi manga, que quedé por la parte de adentro sin que nadie pudiese conocerlo. Aprendí á coser con mi madre, como si estuviese jugando, pues no quisiera que me desaba saber manejar la aguja. Desde entonces, si me descañaba alguna parte del vestido, al punto acudía al remedio, y fui haciéndome mas cuidadoso. Bien pronto me fue repugnante la susedad, aunque mi tra-

je no estuviere roto; me gustaba la limpieza, estaba salisicho, y decia entre mi: "el anciano caballero de la peluca blanca tenia sobrada razon: con dos puntadas se repara un vestido; con un puñado de cal se blanquea una pared; con un vaso de agua se apaga un incendio que comienza; un poco de cobre produce escutas, y una pepita se convierte en un frondoso árbol; y en qué consiste esto?... Dios lo sabe."

Albert no tomó las cosas tan seriamente, é hizo muy mal: A ambos nos dirigieron á casa de un logista, que necesitaba un jóven que supiese escribir y contar con perfeccion. Nos mandó hacer un corto ensayo, y me dió la preferencia. Llevaba yo un vestido viejo, pero sin agujeros ni manchas.

Albert manifestaba su incuria y desaliento, aunque tenia puesto su traje de los dias festivos. El amo de la casa me dijo: solo el que es económico, puede llegar á ser comerciante; palabras que me hicieron recordar al anciano caballero. Bien pronto observé que tenia muchos agujeros que tapar.

—En cuanto á mis conocimientos é elucubraciones. Dos puntadas lo reparan todo en un momento sin gran trabajo; pero es preciso no dejar ensanchar el agujero; de otro modo, el vestido necesitara un sastre, la salud un médico, y los agujeros de la moral el castigo de un magistrado. No hay nada inerte para el mal: el que era lo contrario, ni conoce la vida ni á sí mismo. mi principal tenia tambien el codo roto: era paco razonable, colérico, despotista y caprichoso. Esto me incomodaba con suma frecuencia; quise hacerle frente y se irritó sobremanera. Pensé que me hallaba amenazado de tener por segunda vez los cueros rotos, si era tan colérico, y tenia tan poca paciencia como el amo, y desde aquel mismo momento principé á darle la razon, y dejarle obrar como gustase: de este modo pude conservar la paz.

—En cuanto estuve ya un poco instruido, mudé de amo. Habituado á

vivir modestamente y á contentarme con cualquier cosa, no me faltaban colocacion es. Filando cuidadosamente el tener agujeros en los cueros, y aparentando no ver los de los demas, todos estaban en paz conmigo y yo la tenia con todo el mundo. Asi es que continuamente me hallaba rodeado de amigos, me dispensaban una grande confianza, no me faltaban auxilios ni negocios, y en fin, Dios me habia echado su bendicion. En obrar y pensar bien, consiste toda la moral, como el meollo de la nuez contiene el germen de un árbol enorme.

—De esta manera fué formándose mi fortuna, y dije para mí: "Apenas me es necesaria la vigésima parte de estrdinero; voy pues á escoger á todos en lujo y magnificencia. ¿Qué loquaz!... ¿Qué!... ¿consentiré acaso verme con los cueros rotos en los últimos dias de mi vida?... No; ayudo á tus semejantes: esto es lo que debes hacer. El mayor bien que produce la riqueza, despues de la independencia, es un vasto ejercicio de actividad."

—Ahora, Conrado, vas á marchar á la universidad; aprende á ser justo; acuérdete alguna vez del anciano caballero de la peluca blanca; guárdate bien del primer agujero en el codo; no hagas como mí con papero Albert, que concluyó por sentir plaza de soldado, y pereció en América."

Conrado fué á Gotinga, y estudió allí jurisprudencia con mucha aplicacion y aprovechamiento, sin sustraerse, sin embargo, á la sociedad ni á las diversiones. Economizaba su dinero porque habia cancelado un gran proyecto, el de viajar por Europa. Monsieur Marbel le aprobaba, y aun le encitaba á ponerle en ejecucion; pero no quería darle un solo real. Conrado se esforzaba en llevar á cabo lo que le parecia agradable á su bienhechor; mas era necesario dinero para el viaje, y Conrado no tardó en decidirse. En cuanto obtuvo el grado de doctor en ambos derechos, se puso á servir en casa de un carpintero, y allí cepillo,

eserró, cortó y pulimentó la madera. Sus conocimientos en el dibujo y en quimica, su gusto y su habilidad le sirvieron y ayudaron maravillosamente para aprender su nuevo oficio. En nueve meses hizo portentosos adelantos, y bien pronto se colocó al nivel de su maestro. Mediante veinte lufas abrevió el tiempo de su aprendizaje, y pasó á la clase de oficial.

(Continuará.)

TABLA

DE LAS PROBABILIDADES DE LA VIDA,

6 del número de años y meses que cada individuo de una edad determinada puede aún vivir, segun Mr. Duillart, director que fué de la oficina de calculos de la tesoreria nacional de Francia.

Edad en años	PROBABILIDAD DE VIDA		ESPERANZA DE VIDA	
	masculos	femenas	años	meses
0	35	35	33	9
1	34	34	32	11
2	33	33	31	11
3	32	32	30	11
4	31	31	29	11
5	30	30	28	11
6	29	29	27	11
7	28	28	26	11
8	27	27	25	11
9	26	26	24	11
10	25	25	23	11
11	24	24	22	11
12	23	23	21	11
13	22	22	20	11
14	21	21	19	11
15	20	20	18	11
16	19	19	17	11
17	18	18	16	11
18	17	17	15	11
19	16	16	14	11
20	15	15	13	11
21	14	14	12	11
22	13	13	11	11
23	12	12	10	11
24	11	11	9	11
25	10	10	8	11
26	9	9	7	11
27	8	8	6	11
28	7	7	5	11
29	6	6	4	11
30	5	5	3	11
31	4	4	2	11
32	3	3	1	11
33	2	2	0	11
34	1	1	0	11
35	0	0	0	11

A estos calculos se han arreglado los vitalicios en algunos países.

El hombre en el curso ordinario de la vida, pasa por siete diversos estados ó edades. á saber: Infancia ó niñez. La edad del niño desde que nace hasta los 7 años. Puercia. La edad que media desde los 7 años hasta los 14. Adolescencia ó pubertad. Desde los 14 hasta los 25 años. Juventud. Desde los 25 años hasta los 40. Edad viril. Desde los 40 hasta los 60 años. Senectud ó vejez. Edad que empieza á los 60 años y dura hasta el fin de la vida: unos 1.000 años antes de la era cristiana. Descapada ó vejez. Que se llama

— Señor, lo soy, porque necesito tener la convicción de que existe un ser superior á los reyes.

La inscripción persa.—Se ha descubierto en un sitio remoto de la Persia, en cuya loma se lee la inscripción siguiente: "El que no tiene un hijo, no tiene reposo; el que no tiene hijos, no tiene fuerza; el que no tiene parientes, no tiene apoyo; pero el que no tiene nada de esto, vive exento de cuidados."

—Esta preciosa materia es una de las mas bellas presentes que la naturaleza ha hecho á los hombres; y para hacer la primera idea de ella, Plinio refiere un hecho, que si es cierto, hace ver que la casualidad, se llama también providencia. Dice que algunos mercaderes que llevaban nitro, y atravesaban la Fenicia, habiéndose parado á la orilla del rio Belus para hacer cocer sus viandas, pastaron en lugar de piedras algunos pedaxos de nitro para sostener su caldera: la violencia del fuego inflamo aquella materia, que

después se condensó, y dió la primera idea de la composición del vidrio. En tiempo del emperador Tiberio parece que un artífice encontró el modo de hacer el vidrio maleable, es decir, de poderlo trabajar al martillo, y creyendo aquel príncipe que si se divulgaba el secreto, perderian el valor los metales, hizo degollar al autor. Posteriormente, en tiempo del cardenal Richelieu, se dice que hubo un particular que encontró el mismo secreto; pero la pérdida de su libertad, fué la recompensa de su invención. De lo dicho se infiere que el vidrio es de la mayor antigüedad; pero la perfeccion de esta preciosa materia, se debe á los modernos.

—El rey de Prusia, Federico II, era apóstol del ateísmo, y se alababa de ello un día delante del sábio Aman Ruculard, cuando este le dijo el monarca, "Cómo es eso, le dijo el monarca, eres adicto aún á esas anticuallas!"

—El rey de Prusia, Federico II, era apóstol del ateísmo, y se alababa de ello un día delante del sábio Aman Ruculard, cuando este le dijo el monarca, "Cómo es eso, le dijo el monarca, eres adicto aún á esas anticuallas!"



VARIEDADES.

INFLUENCIA DE LAS DOCTRINAS SOBRE LA SOCIEDAD.

(CONTINUA)

Hemos hecho esta indicacion recordando la diferencia que va de los intereses á las doctrinas, para que se conozca que si es fuerza combatir aquellos cuando son injustos en sí y perniciosos en sus efectos, todavia deben alimentarse y sostenerse, y los principios que los justifican y sancionan. Y no se crea que las sociedades humanas fúeren falsas absolutamente de dirección y de guía, y ohen sin una doctrina que mas ó menos las sirva de apoyo y de luz, ya verdadera, ya solo deslumbrante; porque algo hay que influye en sus leyes, en sus costumbres, en sus gobiernos; algo que constituye y caracteriza su moral y su religión; y esto es sin duda una doctrina. Serán creencias populares, serán tradiciones antiguas, será el respeto á los hechos, será la veneracion á la autoridad ó la deferencia al mayor saber, será la razon elevada á un grado mas ó menos independiente, abscondida á sí misma, extraviada acaso y perdida; mas al fin será una doctrina. He

aquí la grande importancia de las doctrinas, su grave y trascendental influencia. Ella, sin embargo, no es siempre igual, no es en todos tiempos y en todos lugares la misma, porque no todas las doctrinas tienen el propio origen, llevan el mismo carácter y producen idénticos resultados.

Pero antes de otra cosa, y para quitar embarazos de por medio, conviene advertir, que una doctrina es mas que una idea; es una porcion de ideas reunidas, dignificadas así, en torno de otras principales, que alzándose sobre las demas, las domina con su poder, las ilumina con su luz, y las imprime su sello. El amor á la humanidad; he aquí el principal símbolo del cristianismo en lo que atañe al orden moral y en lo que concierne á las relaciones entre el hombre y el hombre. El desinterés en el orden religioso, el sensualismo en el orden moral, la igualdad en el social, la libertad en el político, un sentimiento exagerado de humanidad en las leyes criminales, la mera utilidad en las civiles; he aquí comprendida la filosofía del siglo pasado, echándose de ver que sobre las otras ideas y los demas principios que á su alrededor se agrupan, dominan las ideas y los principios indicados. Así que, aun cuando un hombre entienda una doctrina, peregrina acaso y enteramente nueva, no por eso podrá decirse, ni el fundador de una escuela, ni el jefe de una secta, ni el apóstol de una doctrina.

na; para que lleve estos títulos, para que se le apellide con tales nombres, es que anuncie y sustente una ciencia, general en su aplicación, trascendental en sus efectos, abundante en pocas veces en males, ó que abriga en su seno un germen fecundo de bienes.

Emitted de paso esa observación, pues ella basta á nuestro intento, y tomando de nuevo el hilo de este pequeño discurso fuerza es saber, que entre las doctrinas, prescindiendo de su bondad intrínseca, y de sus cualidades ya útiles, ya perniciosas, considerámoslas solo por su realización, en cuanto al acogimiento que de parte de los pueblos reciben; hay una distancia y diferencia sumamente notable.

Doctrinas hay que en algunas de las fases que presentan, son hermosas muchas veces, y sobremanera agradables; pero que solo brillan en estas altas regiones, en esas sublimes esferas á las que vuela el pensamiento del hombre, sin que jamás las sea dado descender al país de la realidad. Así la república de Platón, aparte sus negras legunas, y sus aberraciones tristes para la humanidad y la moral, efectó sin duda del estado, y de las circunstancias en que aquel génio inspirado se encontrara; así la utopía de Tomás Morus, la paz universal del abate de San Pierre, y el Sansimonismo en nuestros días, pueden contarse y ciertamente pertenecen á ese linaje de doctrinas. Arrojos son ellas de espíritus desirantes y entusiastas, sueños tranquilos, bellas ilusiones que sirven de encanto y de descanso á la vez para el alma fatigada, abrumada, oprimida de continuo por las duras realidades de esta vida, pero que no pasan de meras ilusiones.

Otras doctrinas hay utópicas también en su fondo, falsas en su origen, y que despiden además un negro y falso resplandor; pero que deslumbrando el entendimiento, seduciendo el corazón y extraviando á la multitud, ve-

sin grave daño de los pueblos ó de los gobiernos, que las saludan con alborozo y las reciben con entusiasmo.

A esta clase de doctrinas pertenecen las que predicó Lutero en el siglo XVI, las que hicieron tan famoso el pasado siglo el nombre del ciudadano de Ginebra, y las publicadas por el abate de Mably, relativas especialmente las primeras al órden religioso, y concurrentes las segundas al órden político y social. Gravísimos fueron los estragos, inmensos los males que tales doctrinas causaron; dislocaron á la sociedad con su impulso, la abrasaron con su roca.

Si examináis las doctrinas, no atendida su índole y carácter, no con respecto á su realización, sino relativamente á la que en su interior revelan, y en su fondo expresan, descubriréis que las hay absolutamente individuales, traducción sencilla de las ideas y de los sentimientos de ciertos filósofos, personas aisladas, solitarias en cierto modo, y cuya inteligencia apenas está en contacto con la sociedad, en medio de la que viven y escriben; mientras que hay otras doctrinas, que son el eco de la opinion general, el grito que las pasiones lanzan, la expresion viva, enérgica, ardiente de la situacion de los ánimos y del estado de la sociedad.

(Continuará.)



SECCION.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Una noche Mr. Marbel acababa de volver de paseo, y estaba tomando el fresco en el balcon. En aquel instante pasó por delante de él un obrero forastero con su talega á la espalda, le saludó, y quitándose el sombrero, se

quedó parado sin pronunciar una palabra. Mr. Marbel le arrojó la moneda de plata, el obrero le dió las gracias, colocó la moneda en el bolsillo del pantalón, y pidió permiso para hablar á Mr. Marbel, que al momento se le concedió.

El artesano le dió muchas expresiones de parte de Conrado. Marbel estaba engañado de gozo porque hacia ya nueve meses que no tenia noticia alguna de su hijo adoptivo, á quien amaba mas de lo que sí mismo creia. Mientras que con el mayor júbilo examinaba las facciones del obrero:

—¿Qué... dijo retrocediendo sorprendido, ¿no eres tú Conrado? ¿Quieres burlarte conmigo? ¿Es ese el traje de un doctor?

Conrado le contestó riéndose:

—El doctor viene guardado en un talega; ahora no soy mas que un oficial de carpintero que va de camino, que procura ganarse el pan y vivir con poco. He aquí mis títulos de doctor y de maestro; me dirijo á los países extranjeros, y solo he venido á W... para ver otra vez á mi excelente padre, manifestarle mi reconocimiento, y pedirle su bendicion.

Estas palabras conmovieron profundamente á Mr. Marbel, derramaba copioso llanto y no podia hablar.

—Si, dijo arrojándose á los brazos de Conrado y estrechándole contra su corazón: sí, tu eres mi hijo, y quiero ser tu padre.

Mr. Marbel le detuvo algunas semanas á su lado, y despues de bendecirle le dejó continuar su marcha.

—¿Tienes dinero? le preguntó en el acto de partir.

—Todavía tengo veinticinco escudos, respondió Conrado: es cuanto he podido ahorrar.

—Esa suma es suficiente para un obrero, y con el escudo que yo te he dado, añadió sonriéndose, ya estás rico. El Señor sea contigo; escribele cada tres meses lo que te ocurra y lo que veas. Guárdate de llevar los bolsos rotos, y todo irá bien.

Rico con los veintiseis escudos. Conrado comenzó á dar la vuelta á Europa. Recorrió primero la Alemania y despues atravesó los Alpes; deseaba ver las ruinas de un mundo destruido; despues de visitar á Roma y Nápoles, se embarcó para Francia; trabajó en Lyon y Paris para perfeccionarse en su oficio, marchó desde allí á Lóntras, en donde permaneció cerca de un año, en seguida se detuvo en algunas ciudades de Holanda; pasó á Dinamarca, vió á Estocolmo y Petersburgo, y luego regresó á su patria.

Cuando llegaba á una poblacion en donde habia algo notable que ver, buscaba trabajo en casa de algun carpintero; porque el cansancio y la necesidad de ganar dinero para continuar su viaje, le obligaban á detenerse. Los domingos, el artesano se transformaba en sabio: en todas sus correrías le acompañaban siempre uno ó dos autores clásicos. En cuanto ganaba algun dinero, proseguia su camino. Sus maestros le hubieran querido detener un tiempo, porque un obrero instruido no se encuentra tan fácilmente, y todos estaban maravillados de sus conocimientos. Muchas hijas de carpintero, hubieran deseado que permaneciese á su lado aquel asombroso extranjero, y aun hacerle su dueño, porque Conrado era buen mozo; sus negros ojos tenían mucho fuego y expresion, sus modales anunciaban un joven de buena familia, su conversacion, no solo con sus inferiores, sino tambien con los que posian conocimientos iguales con los suyos, era atractiva é instructiva; todos le tenían por un hombre notable.

Al finalizar los cuatro años de su viaje, volvió á W... Ya hacia tres años que no habia recibido ni una sola linea de Mr. Marbel, aunque habia escrito con regularidad á su bienhechor cada tres meses; era para él un problema, si vivia ó no aquel varon excelente.

Conrado estaba pálido como la misma muerte cuando llegó á la casa

en que habia habitado. Recibiólele culaciones que emprendió. Un día casualmente, y le participaron que vino y me dijo que tenia todavía en la habia ya mucho tiempo que Mr. India un capital considerable, y que Marbel habia vendido su casa y marria ir á manejarle por sí mismo. Michado de W. . . . Triste y penobjeciones fueron inútiles; vendió y sativo comenzó á andar por las calles, dió todo cuanto poseia aquí; me entre. Si se me hubiese profesado algun cargo en depósito una suma para vos, y ríbo, me habria escrito por lo ménos luego partió; esto hará cosa de año y esta novedad, decia, ahora está quizá muy lejos y nadie me dará ríazon de su paradero.

Con la talera á la espalda se fue á la posada de los carpinteros con ánimo de pasar en ella la noche; y al día siguiente fue á casa del banquero Schmid para adquirir noticias de su bienhechor. El antiguo banquero ya le conocia y le recibió con los brazos abiertos.

—Alabado sea Dios! . . . por fin vuelvo á veros, señor doctor. Nuestro amigo, como ya sabéis, ha marchado á la India; me ha dejado para vos doscientos lises de oro, que queria emplear para nuestro establecimiento en el punto que gustais elegir.

—Está en la India repitió Conrado, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—No lo sabéis! . . . Ha tenido en esta ciudad muchos disgustos. El príncipe ha querido conferirle la nobleza, y con la independencia de su carácter que ya conocéis, le envió á pasar; le devolvió los títulos, diciéndole que cada hombre tenia su nobleza particular, y que ninguno podia recibirla de manos de otro. Esto dió margen á falsas interpretaciones, enredos, y por último, á una especie de persecución. Acusaron al buen Marbel de jacobinismo, porque habia aceptado una letra de cambio girada por un revolucionario, contra quien existían sospechas de que trataba de formarse partido entre el pueblo, y unido esto á lo demás, acabó la vida de este hombre benéfico. Ya sabéis cuán confiado y bueno era con todo el mundo; licieróle perder sumas considerables, á pesar quebrantó su salud, y para colmo de desgracia, le salieron muy mal varias espe-

Conrado estaba anonadado; al hubiese sabido á qué punto de la India se habia dirigido, le hubiera ido á buscar inmediatamente. Mr. Schmid probablemente se habria opuesto á ello, y le ofreció alojamiento en su casa hasta que adoptase el género de vi-huechor. Conrado se inclinaba á abrir un taller de carpintería; pero M. Schmid le disuadió de semejante idea, y le aconsejó se dedicase al ejercicio de la abogacía, en el cual podia ser mas útil á la sociedad.

(Continuará.)

LOUIS BYRON.

ARTICULO 2.º
(CONTINUA.)

Estábamos trazando en el anterior artículo el cuadro lúgubre y original que el genio sombrío y caprichoso de lord Byron ejercitaba su ardiente fantasía como en un foco de inspiraciones románticas, y de aterradoras tradiciones. Vimos ya la influencia que habian ejercido sobre el genio y producciones del poeta los raras y nebulosos caracteres de los ascendientes de su familia. Acabemos, pues, de trazar ese cuadro oscuro, que obrando sobre un corazón sin freno, y arrebatado como una leve arista por el soplo abrasador de las pasiones, influyó notablemente en sus inspiraciones, y dió una especie de colorido de muerte á lo que es llamado por algunos lo sublime de la literatura moderna.

Entre las numerosas leyendas que

rodeaban la vieja abadía como una atmósfera viviente, hay una que no debemos omitir, porque se mira reflejada en los versos del poeta. Según esa leyenda, todas las tardes, á media noche, un monge negro debia aparecerse para tomar de nuevo posesion de la abadía en nombre de la comunidad despojada, y atravesando los latiguismos corredores, privar que prescribiese la expoliacion de Enrique VIII y la usurpacion de los Byrones. Raro imperio del derecho, que se refugia en las tradiciones y en las leyes, y que, espulsado del mundo real, halla un asilo en el mundo de las quimeras! Cada noche conducia este espectro, protesta misteriosa de un derecho impotente y violado contra un despojo victorioso y dominante, al modo que lleva los remordimientos al alma del despojado! Esta tradicion poética habia causado una vivísima impresion en el espíritu del poseedor de Newstead-Abbey; de ello nos convence el siguiente pasaje de su *D. Juan*, en donde la refiere en estos términos:

- «Guardaos por! guardaos
- «Del hermano nocturno todavia
- «Conserve su poder! Nunca ha cesado
- «De ser de la abadía
- «El heredero clerical, cualquiera
- «Que pueda ser su poseedor del siglo.
- «De dia, es el señor Amundeville.
- «Mas durante la noche lo es el monge.
- «Aunque lencis la copa hasta los bordes.
- «Y con el vino deis la copa misma,
- «No hallareis un vasallo
- «Que ose poner en duda
- «Los derechos de la negra sombra mudada.

Por desgracia no son estos versos el solo monumento que prueba todo el horror era la impotencia, imaginacion de lord Byron en esta fecha en la gótica abadía. Esta fecha

gencia, esta alma de poeta tenia una insaciable necesidad de emociones violentas, y éstas se satisficieron á todo precio. En esta original existencia se nota algo de parecido á la vida del ju-

gador; y aquella tendencia de Byron á personificar en sus actos las impresiones de su infancia para renovar en ellas sentimientos perdidos, es hurto notable para haber podido escapar á la meditacion de los espíritus observadores. Este hombre singular habia establecido orgías, permitíaseles la expresion, en las cuales todos los convidados iban vestidos en traje monástico, y rodeaban á lord Byron, que habia tomado el título de abad, y llevaba sus insignias. Este colosuto refugio en las tradiciones y en las formas sacerdotales, era un placer para aquella imaginacion corrompida que buscaba donde quieracontrastes capaces de conoverle fuertemente. Su impiedad (porque era á la vez supersticioso é ímpio), no le permitia el carácter de dogma ni participacion del hilo sistemático de la escuela del siglo XVIII, que raciocinaba Jos mas negros ultrajes contra la Divinidad, y ordenaba en silogismos sus blasfemias según la fórmula eclesiástica. Era una impiedad dramática y apasionada que no llegaba hasta la incredulidad, y se paraba en la duda; pero que puesta sobre esta última frontera de la creencia, desafiaba los rayos del cielo, sin hallarse del todo persuadido que los rayos del cielo fuesen impotentes. Byron tenia á menudo en su persona algun ingerto del Satan de Milton; y, como lo ha dicho ya otro desterado del Eden, era un ángel caido que se acordaba de los cielos alguna vez para llostrar su pérdida con un acento de tristeza inflexible, pero mas comunmente para ultrajarles con todo el furor frenético del gullo. Aquella vida tiene dias enteros de irredigion y cuartos de hora de evencion; no desdenaba gñero de la emocion, y lo de que habia con mas horror era la impotencia.

En los banquetes de Newstead-Abbey, Byron habia reunido dos impresiones distintas; la voluptuosidad fevroz del blasfemo satánico, y la refinada mollicie de la licencia romana, que se plaeca en mezclar ideas de muerte

con las delicias del festín y con los gozos fugitivos del amor. Os pareciera ver un Nerón coronado de rosas y sonriendo en medio de sus bacanales y de la sangre humeante de sus víctimas. A la fin de las orgias de que era teatro la abadía, bebiose á la salud de los finados en un cráneo ricamente montado en oro sobre un entutado ropage. Para estos banquetes habia instituido Byron una orden del ercáno, de la cual era él gran maestro. Corrian por el mundo acerca este cráneo inquietos, que lord Byron se guardaba bien de desmentir, pues tenía en todo el gusto de lo raro y de lo extraordinario, y aunque no perdonaba á la crítica, tenía bastante complacencia en ser calumniado.

Para calificarle se le pudiera aplicar el dictado de fanfarrón de crímenes. Esta palabra esplicaría maravillosamente la mayor parte de su conducta, que, sin esta calificación, quedaria inexplicable. Su existencia era como un drama que representaba delante de los demas y delante de sí mismo, y que procuraba con afán hacer tan sorprendente y tan fecundo en raras peripecias como le era posible. Tal vez sentia en el fondo de su alma frenética una cierta envidia á la mayor parte de sus antepasados á quienes no faltaron aventuras sinietras, desde Byron *Barba larga* que recibió Newstead-Abbey de Enrique VIII hasta Guillermo-el-Malo. Por esto aegris con satisfaccion y anhelo todo rumor que aun denigrando su vida diese un fante mas sombrío á su fisonomía á los ojos de sus contemporáneos. Le hemos dicho ya todo; él habia hecho de su vida un drama: no la vivía pues, sino que jugó con ella.

(Continuará.)

REMITIDO.

A UNA FLOR.

Primo José de los Heredia
dada en Sevilla á 10 de Mayo de 1808
ZORRILLA

¿Que tienes, mi sobre flor,
que así doblegas la frente!
¿por qué se aja crudamente
tu verdor?

Es, acaso, que al mirar
mi fatidico tormento,
te dá tambien sentimiento
y pesar?

Dímelo, flor, y verás
cómo te beso y bendigo,
y en mí un cariño amigo
tú tendrás.

Dime, flor, ¿al verme aquí
melancólico, abatido,
el mal tu ser has sentido
que hay en mí?

No te marchites, por Dios,
que tus penas, flor querida,
van á quitarnos la vida
á los dos.

Animate y brotarán
las gotas del llanto mio,
que cual plácido rocío
le serán:

Y tornará tu matiz
á mostrar su viva grana,
y entonces podrás lozana
ser feliz.

Mas qué digo! mis lágrimas de fuego
aumentarán tu tétrica dolencia;
y en vez de alivio, tan terrible riesgo
concluyera al instante tu existencia.

Tu no lloras por mí; quizá en el mundo
haya solo un mortal, uno solamente,
que sienta como debe este profundo
pesar que ruga en juventud mi frente.

Tú te entristeces ay! porque arancada
estás del arbolillo en que nacieste.
La cabeza del tronco separada,
mientras tiene color tan solo existes!

Con noble y gentil donaire
puesta en tu tallo brillabas,
y alegre te columpiabas
al blando impulso del aire.

Y el hombre tan bella al verte,
ambicionó tu hermosura,
súu vez que con mano dura
te daba, inflexo, la muerte.

Maldice tu surrite impia,
y al ente que quiso injusto
por un passagero gusto
trocar en noche tu día.

La belleza te ha perdido,
que desparando la envidia,
aguzo de su perfidia
el diente que te ha mordido!

Y esa mano, que atrevida
en troncharte se gozó,
al hacerlo no miró
que á muchos tronchó la vida.

Sin ella dejó al pensil
robándole tus olores,
y está, si le falta olores,
súu vida el aire sutil.

Morise quiere el vistoso
sumero de plumage rico,
que colgado de su pico
liba las flores goloso.

Para labrar su panel
busca la abeja tu miel,
y al no verte en el vergel
la mata el dolor fatal.

Dime, flor, ¿quién fué el cesado
que te quitó del jardín,
y apurando tu fin
te puso en tan triste estado?

Aceso fué algun poeta
que viendo tu grande estina,
quiso en armónica rima
desshogar su mente inquieta!

No; ningún bardo seria,
porque en tu tallo tembloso,
mas inspirado y gustoso,
mas tierno te cantaríá...

Tal vez un enamorado
quiso, llevada en presente,
contigo adornar la frente
de su postimero idolatrado:

Y si esto, mi flor, ha sido,
perdónalo, déel te apiada,
y no lances enojada
tu postimero gemido:

Perdónale, que el que adora
febicitante delira,
y hasta en su daño conspira
por complacer su señora.

Perdónalo, flor marchita;
yo tambien, amante loco,
aun juzgo presente poco
la rosa mas esquinita.

Y el ángel de mis amores
si una sola me pidiera,
Ah! mí á sus pies pusiéramos
Dejára el mundo súu flores!

¿Por qué tu copa se abre!
Infeliz ya te comprendo.
La muerte que estás sufriendo
la causa un rico magante.

—“Si, eslor, magante fué
de mucha opulencia y rango:
sacaime pensó del fango
y en sus manos me enlodé.

—“Prendóse de mi hermosura
y orgulloso llegó á mí,
diciéndome al cortarme: “aquí
no debe estar flor tan pura.

—“Venga conmigo á lucir
de su donaire el tesoro,
que entre la pompa, y el oro
es mas bello el estallar.

—“Llévame á una sociedad
donde cien aduladores
elogiaron mis colores
y mi lozana bellad.

Mas luego, cantor, ya ves,
mi gala se marchitó,
y el magnate me lanzo
ingratamente a sus piés.

“Y aquellos que me elogiaron
cuando en sus manos me vi,
luego despues sobre mí
indiferentes pasaron.

“Eso mi muerte aprontaba,
viendo en medio de mi lloro,
que si elogiaron, fué al oro,
no á mí ni al que me llevaba.

“No me preguntes mas nada,
cantor, que muriendo estoy;
canta tú, que yo me voy
de la tumba á la morada.”

“Pobre flor! maldigo al necio
que falto de reflexion,
cansara tu perdicion,
por darte pruebas de aprecio.

Compadeceo tu dolor,
y oye al morir, infelice,
mi débil voz que te dice:
“Desearia en paz.” Pobre flor!
JOAN MARTEL DE LOSADA.

MOSAILOO.

Existen en Paris 80 imprentas, en que trabajan asiduamente 2.600 cajistas, 800 impresores y 150 prensas mecánicas.

Publicanse en la actualidad 40 periódicos políticos, 150 semanales y 280 mensuales.

Desde el 1.º de Junio de 1840 al 1.º de Agosto de 49, han salido de las prensas francesas 57.000 obras (entre folletos, tomos, &c.) 3.000 reimpresos de obras antiguas (clásicas, latinas y francesas), y mas de 4.000 vo-

lúmenes traducidos de los idiomas modernos.

De éstos, una tercera parte son ingleses, españoles y alemanes.

Tambien se han publicado entre ellos 200 obras sobre las ciencias ocultas, como la cabala, &c., y 75 sobre genealogia y heráldica.

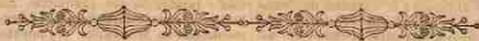
Las ciencias sociales (comunismo, furrierismo y socialismo de todas las escuelas) han producido mas de 20.000. Cuentos y novelas 6.000. Libros de impresiones de viage, 800.

DIAMANTE MONSTRUO.—Hemos oido hablar del descubrimiento de un diamante en las minas del Brasil, que pesa 306 quilates, ó poco mas de dos onzas. A ser cierto este descubrimiento, el Brasil puede vanagloriarse de poseer el mayor de los diamantes actualmente conocidos, como se verá por la tabla siguiente, que comprende los mas célebres por su tamaño y valor.

El del Radja de Matun, en Borneo, tiene.	300 quilates.
El del emperador del Mogol.	279 id.
El del emperador de Rusia.	193 id.
El del emperador de Austria.	139 id.
El del rey de Francia llamado el Rejente.	136 id.
El del rey de Portugal.	120 id.

Segun la tabla que precede, el diamante en cuestion tiene 6 quilates de peso mas que el que posee el Radja de Matun, el cual ha sido hasta ahora el mas grande de que se tenia noticia.

El diamante del emperador del Mogol ha sido arrojado en 1723.000 pesetas; el del emperador de Rusia fué comprado en pesos 2.163.000, y pesos 96.000 de pensión vitalicia; el del emperador de Austria se avalúa en pesos 2.600.000, y el conocido con el nombre de Rejente, que pertenece al duque de Orleans, en 4.560.000.



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

(CONTINUA.)

Esa diferencia explica á su vez la causa por qué entre las varias doctrinas, todas falsas en sí, fuesen en sus efectos y alarmantes en sus tendencias, las hay que alcanzan popularidad, que ejercen influencia, que centran, enagajan, arrastran los ánimos, que se derraman por los Estados, que obtienen una duración mas ó ménos larga, que se transforman en costumbres, en leyes, en gobiernos, y que aunque se apaguen, aunque mueran, dejan siempre en pos de sí un surco mas ó ménos luminoso, una huella mas ó ménos profunda, acaso un riego de sangre, mientras que hay otras doctrinas, que no obtienen ningun resultado, que ejercen apenas una ligera influencia, que casi no hieren los ánimos, y que correrian el peligro de quedar olvidadas ó desconocidas, si no fuese por la fama de sus autores y el nombre que sus talentos les dan.

Porque no fué solo, no, la fuerza del genio, ni la fiereza de su alma lo que engrandeció al autor del Emilio la alta reputacion y el irresistible ascendiento

que obtuvo en el siglo pasado. A otras causas ciertamente mas que á la novedad de las ideas, al encanto del estilo y á la robustez de sus soñismas, se debe la boga inmensa del escritor mencionado. La Francia era entonces un pueblo aristocrático en su superficie, democrático en el fondo, gran parte era católica en su exterior, deista en el corazón; la Francia del último siglo era una sociedad jóven, ardiente, que se agitada y hervia dentro de sus formas políticas y sociales, ó ménos antiguas que gastadas. Los escritores y publicistas de entonces balagaron esta sociedad, merecieron sus pasiones, siguieron el curso de sus extravíos. La filosofía deista se dirigió á los reyes, y los reyes le abrieron sus palacios; la filosofía sensualista se dirigió á los nobles, y los nobles le abrieron sus salones; la filosofía democrática se dirigió al pueblo, y el pueblo le abrió sus tiendas. He aquí la admiracion hacia los filósofos: he aquí la causa del prestigio de sus nombres, y del ascendiente extraordinario de sus doctrinas. Colocad, si os place, á Rousseau, á Voltaire en la Francia monárquica y religiosa del siglo XVII en medio de las pompas de Luis XIV, al lado de Bossuet y de Pascal; colocados en el siglo XIX, en que la democracia declina, y las ideas religiosas cobren un ascendiente y asustado poderi cotocados aquí en España, donde el espíritu grave y carácter severo de sus habitantes re-

siste al espíritu de novedad, de irreligión y de superficialismo, que de medio siglo á esta parte se empeñan algunos en introducir entre nosotros, y notaréis que la pirámide se achica porque le falta la base, que la estatua no se sostiene, porque ha caído el pedestal; notaréis que el árbol se seca, muerre, porque le falta la nutrición y el jugo. ¿Por qué las doctrinas de San-Simon no tienen ahora la popularidad, ni ejercen el influjo que habían ejercido las de J. J. Rousseau? ¿Sabéis por qué? Porque el libro de Rousseau era el reverbero ardiente de su siglo; el libro de San-Simon es la imagen de sí mismo.

De ahí es, que cuando una doctrina ó una escuela es el órgano de las necesidades, el grito de las pasiones, el reflejo de las creencias y de los extravíos de una época, satisfechas las necesidades, calmadas las pasiones, entrada en carril la opinión desviada, y después que se ha verificado la reacción de la que son representantes los filósofos, y á la que á su vez contribuían, se atenúa su importancia, se olvidan sus nombres, y se eclipsa su resplandor. Esto va realizándose con los nombres más afamados, con las reputaciones más altas del último siglo. Sucede con ellos lo que á un viajero; á proporción que se aparta de un punto, se le disminuyen y aun se le pierden de vista los más colosales objetos. Este siglo ya no ve los filósofos y publicistas del anterior en su inmenso grandor, y en sus extraordinarias dimensiones; el siglo que viene apenas los divisará.

Cuando examináis una doctrina, ha dicho uno de los escritores más profundos que honran una época muy reciente, andad con tiento, no sea que estiméis su bondad por el ruido que meta, por la aceptación que tenga, por el influjo que ejerza, y lo que es más aún, por su duración. En efecto, prescindiendo de los deslustrantes resplandores que despide una escuela, prescindiendo asimismo de la exten-

sion y rapidez de sus conquistas, no porque su influjo dure, debemos ya sacar de ello un irresistible argumento en favor de su bondad; que tambien se transmiten los errores de una á otra generacion, así como las verdades, si bien que el brillo de aquellos se desvanece al cabo, mientras que la luz de estas últimas crece y se dilata de dia en dia más. Mil y mil causas contribuyen á la duracion y sostenimiento de una doctrina, ora moral, ora religiosa, ya sea social, ya política, haciendo que al mismo tiempo adquiera cierta estabilidad y fijeza. Los hábitos por una parte, la protección de los magnates por otra, el favor y apoyo del gobierno, la legislación en que queda embebida, y cuyo espíritu despues forma, hasta el carácter de la multitud dispuesto casi siempre á recibir y mantener cuanto da párvulo á su interés, y ofrece cebo á sus pasiones, todo concurre á que el error fuertemente se trabaje con las instituciones, se mezcle con las costumbres, se estacione y permanezca perpetuarse en las sociedades. Y aquí no podemos menos de recordar lo que mas arriba hemos indicado, á saber: que una doctrina adquiere un alto grado de robustez y consistencia, si arrojándose á las instituciones sociales y políticas, logra entrelazarse y unirse con los intereses de éstas ó aquellas clases del Estado, resultando de esto una masa fuerte, compacta, dura, muy difícil de disolver y destruir. La esclavitud en los tiempos antiguos era un hecho social, y ademas una doctrina apadrinada y sostenida por los filósofos más ilustres, tales como Aristóteles y Platon, quienes á pesar de su genio sublime, y de sus clarísimos y despejados talentos, dudaron si los siervos eran susceptibles de las virtudes que es duto ejercer á las personas libres. Pensemos, pues, si esta una doctrina falsa, y una institución ostensiblemente repugnante á todas las ideas de justicia, y á todos los sentimientos de humanidad, cuánto tiempo no hubo de transcurrir antes que

desapareciese esta negra y humillante institución, que deshonró tantos códigos, y cuyos restos se hallan aún sobre la faz de la tierra! ¿Qué esfuerzos, qué predicaciones, qué tentativas de toda clase no precedieron al glorioso y universal triunfo que el dogma de la igualdad alcanzó sobre el dogma del servilismo y esclavitud! ¿Y si el cristianismo celoso, y lleno de un rivo ardor por el bien de todos los hombres, siempre constante en sus miras, siempre perseverante en sus medios, no hubiese encaminado sus tareas y asiduos conatos al logro de este humanitario fin, ¿no veríamos acaso levantado aún sobre la tierra ese padron de ignominia, ese monumento de oprobio para la mudad del género humano? Sirva, pues, este ejemplo para la demostracion de nuestro aserto, siéndonos fácil hallar en la historia del protestantismo otros igualmente poderosos, y convincentes argumentos, y que no presentáramos ahora, supuesto que no lo contienen los límites de este artículo.

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO 2.º

(CONCLUYE.)

Tal era el hombre que en cierto modo inauguró la inmoralidad poética que debía dominar en la literatura de su siglo. Educado en una atmósfera de dolor y de abatimiento, bebiendo con su primera leche el desespero y la imprecacion, arrojado de improvviso en medio de un mundo incrédulo y voluptuoso, con un alma de fuego y sedienta de gozar, y agobiado de pasiones turbulentas, debía ser el tipo natural de aquella fantasía enérgica y tenebrosa que solo puede hallar un momento de placer en el horrible estallido de pasiones volcánicas, al modo

que la luz sangrienta del relámpago hiende por un instante las amasadas sombras de una noche borrascosa. Sus siniestras inspiraciones debían rasgar el velo que ocultaba en su alma sin esperanza el desolado del orgullo y de una felicidad que siempre huye. Estos genios hallan una alegría feroz en las escenas de estrago ó de sangre; se complacen en los grandes peligros; y en los horribles desastres. Diriais que como el buitro vuelan siempre sobre campos desolados para devorar los cadáveres; y huyendo siempre de las escenas bellas y tranquilas que constituyen la dicha apacible del alma, presentan la felicidad como un fantasma horrible en medio de los esfuerzos y de los apuros extremos en que se agita la impotencia del hombre para alcanzarla. El amor mismo, el amor que en sí misma y dulces se mece suavemente entre perlas, se transforma en una especie de monstruo que ruga como las demás pasiones indómitas en la region sombría del furor y de las venganzas.

En medio de ese caos en que todo es vago y fluctuante, en que chocan desquiciados todos los elementos de la razon y de la naturaleza, el alma que busca una verdad, no halla un solo punto de apoyo en que asilarse. Una imaginacion juvenil se ceba en aquel abismo confuso como se siente una especie de placer al contemplar un precipicio sin fondo; pero el corazón no encuentra un asilo donde fijarse en medio de tantos horrores. Todo es duda é incertidumbre; lo pasado, lo presente y lo futuro son tres abismos en que se ve absorvido sin remedio; el mundo y el cielo, la cuna y el sepulcro, la vida y la muerte son enigmas impenetrables; tal vez no son sino un sueño que impresion por algunos momentos una existencia que tiene la desdicha de sentir, y tras este sueño tan fatigoso y estéril, aparece como una sombra aterradora el horrible espectro de la nada.

Es incalculable la influencia que

ejercen estas creaciones fantásticas sobre el pensamiento y sobre el corazón. A manera de sueños continuos que producen siempre en el alma deseos vivos y relucientes, esperanzas sin término, anhelos sin objeto conocida, la sustraen casi enteramente del mundo real, y la tienen elevada en la región de peligrosos devaneos. ¿Qué efecto producirán entonces en un espíritu enajenado, y que va volando de quimera en quimera, las severas lecciones de moral, y aquella ley imperiosa que sujetó nuestro pensamiento á ideas fijas é inmutables de verdad, y nuestra libertad de obrar á deberes y actos determinados? ¿Qué acción podrá ejercer sobre un alma que llega á considerarse sola y aislada en el universo, independiente de todo lo que la rodea, que aprende con estos báteos de sangre á sacrificarlo todo al egotismo de su orgullo, para la cual todo lo que respetan los demás hombres, son nombres vanos inventados por la ignorancia, por la credulidad ó por el miedo? ¿Qué ley divina ni humana será capaz para contener este brazo que, ó por fastidio á la vida, ó por una cobardía vil, blandea un cuchillo sinfidelidad? ¡Ah! muy poco conocen la fuerza expansiva del corazón los que abandonan á tan electrizantes lecturas la ardiente y volátil imaginación de un joven. ¿Consentirá una madre en que su hijo se halle á solas con un seductor? ¿Y no es un seductor peligroso ese papel manchado de ideas corruptoras, cuyas líneas devoran sus ávidos ojos, y de cuyas imágenes impuras se empapan á su sabor el corazón? ¡Preguntaréis después de donde hace efecto que va empujando insensiblemente la natural jovialidad de sus años inocentes y bulliciosos, ese humor atrabilario que turbó sin causa conocida el apacible esplendor de su corazón y marchita el caudal de su tez como un soplo abrasador que seca las tiernas hojas de una fresca rosa? ¡Os lamentaréis de ese oculto mal que fermenta por grados en una alma pro-

fundamente angustiada, cuando no debia sentir mas que los goces puros de la inocencia y los arrollos del amor maternal! (De donde ha salido ese áspid carcomiendo que ha herido de muerte su corazón? ¿Quién le ha robado la alegría, la docilidad, el sosiego, y la dispóno para sorprender tal vez con una fuga nocturna el estúpido descuido de los que debían velarla? ¿Estaba quizás oculto el áspid en aquellas hojas escritas como entre sus pliegues? Tardé llorarlos después del desengaño, pero sin remedio. No, no es la ferua tiránica de un austero pedagogo la que ha de arrancar tales páginas de mano del incauto doncel ó de la virgen inocente: la mano amorosa de un padre, la tierna solicitud maternal es la que ha de alejar de ellas á los hijos que ama, y poner en sus manos libros mas bellos y mas seguros, libros que hagan amables, que llenen de atractivos y de gracias la inocencia y la virtud, libros que presenten al crimen como un monstruo encadenado, ó como una fera enjaulada que no puede dañar, y que solo se descubre por el horror que inspira. Si así hubiesen procedido los que, dotados del don divino de la inspiración, pasaron destinados para mejorar á los hombres, y robar las simpatías de su Voluntad con la fuerza portentosa de su génio, tal vez la sociedad no hubiéramos tenido que llorar tantas víctimas, y las familias tantas desastres. Libérase el vuelo de la imaginación: nosotros somos los primeros idólatras, por decirlo así, de la independencia del génio; pero acordérese el vate que no recibió del cielo el don funesto de seducir, de perder, de hacer odiosos y mas tristes de lo que son los miserables días del hombre. Acuérdese que la humanidad ha de pedirle cuenta de sus víctimas, de la sangre que habrá hecho derramar, y si no se la pidiere, porque tal vez haya clavado el puñal con un velo en el rostro, se la pedirá el autor mismo de la humanidad, que no en vano ni para hacer el mal im-

panemente le habrá dado aquel privilegio de inteligencia que le hace superior á los hombres. ¡Bellos impostores! asesinos de la inocencia y de la virtud coronados de rosas! Por esto el severo Platon os desterraba de su república, respetando la lira de vuestra mano, como se respeta la espada ensangrentada de un temible conquistador! ¡Hijos del génio! Si la filosofía humana lanzó ya contra todos vosotros ese anatema de proserpción, ¡ah! no os arrojaré yo indistintamente de la sociedad como aquel severo moralista, porque mi corazón es vuestro, y mi pecho ha latido siempre de entusiasmo al oír vuestros cantos. No tengo derecho alguno á daros preceptos sino á admiraros; para mostrarnos con el dedo la senda de la verdadera gloria. Hay para la poesía dos géneros de celebridad: la una es aquella gloria bella, inmarcescible, ráfaga descendida del cielo, que se coloca sobre la frente del cantor cristiano como una aureola de inmortalidad, armonía que mezcla sus acentos y suspiros con los conciertos de los ángeles, himno incesante á la Divinidad, á la virtud, á la felicidad. La otra es sombría como el fondo de un abismo, y luce pálida y horrible como la llama de un incendio ó como el eterno fuego de los tormentos. Deja donde quiera rastros de sangre y vestigios de execración. ¡Hombres de la inspiración! la tierra os ofrece sus encantos, la inocencia sus gracias, el amor sus misterios, la creación sus espacios y su inmensidad, el cielo sus armonías, el dolor sus suspiros, y la eternidad sus esperanzas; Dios por fin su omnipotencia, su bondad y su misericordia. Ved si es vasto y hasta indefinido el ámbito por ó puede volar vuestro génio. Pero hay de vosotros si hiciérais derramar una lágrima de desdicha! ay de vosotros si coronais el vicio con el lauro de la virtud, ó dais á la corrupción los atavíos de la inocencia! Entonces seréis como los espíritus del mal que engañan al hom-

bre para perderle por sí dominio que ejercerá sobre su pensamiento; que le presentan veneno en una copa de oro. Diréis que en esta seductora perversidad sabéis derramar unas gotas de dulce; mas yo os responderé con el génio ilustre que en medio de un siglo increíble cantó el primero las armonías embalsamadas de la religión: "Si la poesía no se dirige á Dios, poco importa que deleite vanamente á los hombres."

YERUSALEM.

Hay lugares en la tierra cuya celebridad y significación es inmensa, por haberse cumplido dentro de su recinto alguna de las grandes favas de la humanidad; el drama inaugura la escena, y después de la desaparición de los personajes que en él figuran y oscitan nuestra admiración, la tiento todavía los busca, corre en pos de su huella, de su ligera sombra, visita los sitios que los albergaron, los describe, los consagra, y de pensamiento en pensamiento los transmite á las sucesivas generaciones, mostrando lo que resta después de transcurridos algunos siglos, como muestra el montecillo sobre el que se alzaba la soberbia ciudad de Troya, las ruinas de algun templo de Atenas y la tumba del Salvador en Jerusalén. Mas si solo á la historia y á la poesía es dado ilustrar una ciudad, la religión sola puede santificarla. Si algunos viageros entusiastas de la gloria de las artes, se lanzan á la impetuosidad de los mares para visitar y medir el solitario inmenso templo de Teso, para examinar las magníficas y gigantescas ruinas de Palmira, ó para contemplar el palacio de Priamo y la tumba de Aquiles en las colinas de Pergano á la rojiza luz que despiden las hogueras de los pastores del Ida, tambien son innumerables las caravanas de peregrinos que todas las primas-

veras cruzan con fervor santo los mares de la Siria, ó atraviesan los desiertos de la Asia menor, para venir á arrodillarse un instante y á confundir su frente en el polvo de los sagrados lugares, y conservar un grano de tierra ó una chispa de las rocas que la religiosa se considera altares de la humana regeneración. El nombre de Jerusalén, que pronuncian con respeto, no suena en sus oídos como un nombre vulgar, como un hombre camuflado produce el eco de él en su espíritu cierta fascinación que al profetizado hace inclinarse la cabeza impulsados por el gran misterio que encierra, y porque les fuereza impresiones y recuerdos profundamente grabados en sus pechos. Demasiado comprenden que Jerusalén es la patria común de sus almas, y aun para aquellos que no profesan fe alguna, si no la que manifiesta, por lo menos la respetan, porque sus madres les hablaron de ella, porque todavía zumba en sus oídos el sonoro nombre de Sion, elevado en himnos de su culto natal, bajo las grandiosas bóvedas de las catedrales, mezclado al estrepitoso vuelo de las campanas, é incensados vapores de los perfumes, y porque heridas de esta suerte sus imaginaciones cuando niños, se alza el nombre de aquella ciudad en su mente cual una paída fantasma que prohíbe penetrar en su venerado recinto las máximas de la yerza filosofía.

La mas severa crítica lucha en vano por desprenderse del prestigio é influencia de las primeras sensaciones de la juventud: involuntariamente el pensamiento y la gloria nos recuerda aquella ciudad, porque la gloria no es mas que un nombre que se repite incesantemente y se oye en boca de todos. Estos sentimientos me guiaron á mí á aquel sitio: Sentía la necesidad de ver con mis propios ojos lo que tantas veces me habia pintado ya mi imaginación, me sucedió lo que á los niños, que desean surgir por la montaña para llegar con la mano al firmamento, que las parece desde su base toca la

cuspid de las rocas: para el niño como para el viajero, la ilusión se desvanece al acercarse el término de su deseo, como se desvanecen todas las que constituyen el curso de la vida de las edades eternas.

La gran ciudad de Jerusalén, esa visión de paz y de concordia, la fundió y dió su nombre Melchisedech, rey y pontífice. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano que corona las montañas de Judea, cada pedruzco que indique fuese la capital de una nación, refugio de un pueblo débil y fortaleza contra sus perseguidores. Ni agua río baña sus murallas, no le ofrecen valle alguno la riqueza de su cultivo, ni tienen ninguna mar vecina que la comvide con los recursos de su comercio; conduce á su seno al viajero por estrechos senderos abiertos en las rocas por el costado de las montañas casi inaccesibles; el terreno que la rodea es quebrado, y su suelo ingrato; el estío es abrasador, el invierno frío y apenas brota de entre las rocas algún escaso manantial de agua dulce. A pesar de todo esto, David no creyó haber conquistado una patria á su pueblo hasta después de arrebatar la aya á los jebusenses; en ella colocó la silla de aquel reducido imperio cuyos fastos misteriosos han sido después los fastos del mundo. Salomón hizo en ella construir el templo que contenía la magestuosa entidad de Jehová. Conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por los reyes de Persia, del Egipto y por los emperadores romanos, presentó muchas veces la desdicha de su pueblo arrastrado á la multitud; asistió á la demolición de su templo y vió á su pueblo regresar á sus ruinas, siempre fiel á la libertad de su culto y á esperar resignado en las promesas de Jehová.

Después de la época de Cristo, atacó Tito la ciudad, precisamente en días próximos á la Pascua, cuya circunstancia hacia que se hallase encerrado dentro de sus muros casi todo

el pueblo de Judea, y al cabo de cuatro meses de sitio venció y fue inmolada la inmensa población por aquel emperador, el mas humano de los hombres: cumpliéndose de esta manera la profética amenaza de Cristo al marchar al suplicio: "No quedará piedra sobre piedra de la gran ciudad de Salomon." Profano Adriano todos los lugares santos que buscaban sus ruinas. Los dioses del paganismo levantaron sus estatuas en Belem y sobre el Calvario; mas estos dioses de los vencedores, no eran otra cosa que imágenes muertas: del humilde pescador y de la tumba de un crucificado, nació la nueva religion que con la irreducible fuerza del Verbo divino y de una moral reparadora, desarrollaba inmensamente sus cimientos, y no tardó en arrojar de los templos de Roma sus fantasmas de divinidad, sustituyéndola con símbolos mas puros. Cuando Constantino abrazó el cristianismo, desapareció la ciudad hebrea ante una ciudad enteramente reducida al cristianismo; á cada escena del drama de la redención se erigió un monumento á un altar: Jerusalén constituía solo el vestibulo del santo sepulcro.

La ciudad experimentó muchas veces la cólera de los mercedadores del mundo. No satisfecho Adrian con profanar la villa, celebró diferentes ferias, vendiendo en almoneda públicas y ensalzando por exaltos los individuos del pueblo á fin de dispersarlos. Por amarga ironía de los vencedores, ó por una amarga ironía de la suerte, estos mercados de hombres se verificaban en el valle de Membrica, lugar venerado de los hebreos; porque fue donde Abraham situó sus tiendas, y donde recibió á los ángeles. Llamaban á estas ferias las de Terebinto, tomando este nombre del de un árbol secular que aun se conservaba en tiempo de San Gerónimo, y cuya antigüedad hacia remontar la tradición á los primeros días del mundo. El emperador mandó hacer y repartir una me-

dalla para eternizar su baldon en memoria de lo que aquella turba bárbara y menospreciadora de la humanidad calificaba de gloria.

Un fenómeno histórico, inaudito en los fastos del mundo, impulsó á los reyes de occidente hacia esta estéril roca de la Palestina con solo el objeto de reconquistar un sepulcro. Entonces el cristianismo ostentó el mas grande esfuerzo material; conquistó á Jerusalén, pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon, tan solo poseyeron sus ruinas por espacio de ochenta años. Saladino, rey de Siria y de Egipto, los sepuló en 1187, y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; mas penetrada de la santidad de la moral evangélica, no profana el sepulcro del que considera como el gran profeta y enviado de Dios; los cristianos continúan visitando los santos lugares, que yacen bajo la protección y tolerancia de los musulmanes; los peregrinos no experimentan vejación ni obstáculo alguno. Hasta hace poco los poseedores del santo sepulcro hacían contribuir con un ligero tributo á los aradores; pero desde que Ibrahim Bujá es señor de Judea, ha suprimido este impuesto. El conquistador de Egipto ha considerado duro é injusto el exigir retribución alguna al infeliz peregrino de Occidente que atraviesa mar y tierra por besar la roca sagrada, emblema de su fe; no ha querido imponer traba alguna á la oración y sacrificio religioso, dando así una prueba á las naciones civilizadas de tolerancia é ilustración. [Concluída.]



FABULA

 BIENES PROMETIDOS.

El mundo al empezar, si bien me fúndó, Júpiter; trajo al mundo para dar por igual á los mortales; en un área los bienes,

y en otra arca los males.

Cogió el arco primero, (que por mí mal, la de los males era) y el censo atroz de los odiosos males distribuyendo con piadoso intento, ciento á Luis, ciento á Ana, y á Raímón ciento, quedamos, salvo error, todos iguales.

Abrió el arco segunda, y tanto criminal (que Dios confundió), acudió á ver los bienes que brillantes lucían en el riquísimo diamante, que al fin los mas bribones entraron de robar en tentaciones.

Por detras un avaro sin decoro

sustrajo bienes mil (mil onzas de oro), y un alealde (un truhan) fando puestas, diez bienes se apropió (diez aladadas); aquí un lascivo su placer corona con una virgen que aspiró á matrona; allí un poeta (un cándido, presuno) tan solo robó un bien (la gloria); humo! y un ruin magante, de inútil fancia, veinte bienes sustrajo sin conciencia, reducidos en divina sustancia, y diez y nueve cruces y un yuencencia.

Tanta eran, por fin, las sustracciones de ambiciosos, de avaros, y ladrones, que Júpiter atándose la capa, (lo que prueba la fe de los humanos) andaba con los pies y con las manos, por agua y por el agua que tapa.

Al ver tanta ruindad en los mortales, por último el buen Dios perdió la calma, y llevándose el arco en cuerpo y alma dijo, al cerrar las puertas celestiales: Yo juro que esta arca que ahora andara los bienes que el mortal asíela tanto, de no sacar un bien ni aun para un santo, hasta que no laya infames en la tierra.

Dijo así el Dios, y el diablo, que lo oía, (fres siempre anda el hombre en ce ansia) gritó á la gente, que se vio turbada, lanzando una insolente carcajada: —Noble mortal, mi dios descendiente, (lo cual nunca en tu acto se desmentió), el Dios que acuchas, de inocencia lleno, sus bienes te promete en siendo bueno; si instantonees no aguardas otros bienes, acuéstate á dormir, que tiempo tienes.

RAMÓN DE CAMPAÑOR.



MOSAICO.

MAXIMAS.—Hay libros que es menester probar solamente; otros que se deben devorar; y otros tambien, aunque en menor número, que es preciso masticar y digerir. La lectura de la historia hace á un hombre mas prudente; la poesía le hace ser mas despreciado; las matemáticas mas penetrante; la filosofía natural mas profundo; la moral mas serio y reflexivo; la retórica y la dialéctica, mas concienzoso y mas fuerte en las discusiones. En una palabra, los estudios se convierten en costumbres.

AGUA PARA LA BOCA.—A cuatro libras de espíritu de tr. 33 grados, se añadira media onza de incienso, otro tanto de benjuí, de goma arábiga, de clavillo y de muscada; con mas, una onza de alcaendra dulce, y una ochava de ambar y de saúzile; se pulverizarán estas sustancias, y despues de cuatro dias de infusion, se añadirá una libra de agua de rosa, destilando el todo en seguida, para conseguir el espíritu.

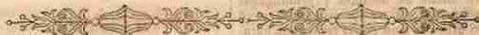
Esta agua tiene la ventaja de impedir el mal olor de la boca, de limpiar los dientes, y de refrescar y fortalecer las encías.

SENTENCIAS.—Para lograrle, persevera en la virtud, que es gran dulce de el que recibe la contemplación del corazón limpio.

Si quieres vivir larga vida, vivo alegramente.

No seas de quietud y sosiego, que el mar se turba en un punto, y muchos cayeron de muy alto; y en el propio lugar que jugaron y vivieron, perecieron y se ahogaron.

LA LLAVE.—Si quieres comprenderte á ti mismo, mira lo que hacen los demas hombres; si quieres comprender á los demas, lee en tu propio corazón.



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

(CONCLUYE.)

Pues si no es posible conocer la verdad, la utilidad, el mérito ó demérito, digámoslo así, de una doctrina, ni por la boga y ascendiente que obtenga, ni por su extension, ni por su larga vida, ¿cómo podremos conocerla? ¿por que medios nos será posible calificarla, estimarla debidamente, apreciarla en su justo valor? ¿cómo! por los resultados.

Cuando una doctrina contribuye á la dignidad, á la virtud, á la pax y dulce tranquilidad del individuo, llena de regocijo su alma y calma las tempestades de su corazón; cuando su acción no sólo, no quebranta, no angustia los lazos de familia, sino que los conserva, los estrecha, los ayuda, haciendo que tenga al propio tiempo su apacible sanidad; cuando ablanda y regulariza las costumbres, hace santas las leyes en sí, santas en su observancia; cuando constituye los gobiernos templados, no menos que justicieros y protectores de los pueblos; cuando resuelve en cuanto le permiten la debilidad y las pasiones humanas el árduo problema que concilia la libertad del individuo

con el respeto á la autoridad y el mantenimiento del órden público; estad seguros que la doctrina que tales beneficios derrama sobre el mundo, es una doctrina pura, verdadera, vivificante, la doctrina del hombre y de la sociedad.

Si empero su acción es deletérea, si corrompe la moral, degrada el individuo, destruye la familia, desquicia el Estado, abre á un lado la anarquía y levanta en el otro el despotismo; si lejos de impulsar á la sociedad por la carrera de la civilizacion, la precipita por la pendiente de la barbarie; si tales efectos produce, es errónea, funesta, contraria á la sociedad y opuesta al hombre.

Y debe advertirse ademas, que aunque á veces un pueblo bajo la influencia de una doctrina viciosa prospere, se engrandezca, se muestre lleno de robustez y de vida; con todo, mas ó menos tarde se gasta, se consume, muere. Ahí está el mahometismo, grande por sus conquistas, brillante por sus glorias, desvaecido en sus triunfos; parecia omnipotente en aquellos me norables dias, en que despues de haber penetrado en el Africa, descubrió de muchas regiones del Asia, pascábase ostentando su fuerza en las playas del Mediodia de la Europa. Vedle ahora; lleva la ignominia en su frente, y la muerte en su corazón; humillado como un esclavo, enervado, desfallecido, se revuelve en la arena,

en medio de terribles y prolongadas angustias. Y no por otra causa cayó el gigante, sino por el vicio de su naturaleza, por el vicio de su constitución, efecto á su vez del vicio de las doctrinas. Los elementos del mahometismo son la corrupción por una parte, y el despotismo por otra, y una sociedad semejante tiene la angustia en las entrañas; su fin es inevitable.

Ved al otro lado al cristianismo, esa sociedad su rival algún día, su señora en cierto modo ahora; vedla siempre joven sin embargo de sus años; y como á pesar de los contrastes sufridos y de las desgracias que la abruma, llena de brío y colmada de esperanzas, sigue intachable, tranquila, serena, la carrera de sus altos y sublimes destinos.

Así, pues, no en los intereses estrictamente llamados tales, que aunque aparezcan extensos, sólidos y fuertemente arraigados, son sin embargo variables siempre, livianos muchas veces; no en el horror del entusiasmismo, íngaz de suyo y pasajero; no en el desarrollo y energía de las pasiones populares; no en la trabazón y enlace de una constitución política; no en el falso resplandor de la gloria; no en la prepotencia ó ascendiente que un pueblo tenga sobre otro pueblo, un Estado sobre otro Estado, se funda su duración y bienandanza, sino en las doctrinas, y nada más que en las doctrinas. Ellas son el rico depósito, el germen más fecundo de la civilización: en ellas está librado el porvenir de la humanidad. Según cuales sean, la humanidad padecerá ó su condición mejorará; la civilización adelantará ó espantada retrocede.

Esta materia grave y trascendental se roza con otras materias graves también é importantes. Hay aquí puntos de vista variados, dilatados, hermosísimos. Como quiera, forzados hoy á hacer alto, pensamos recorrerlos otro día.



JERUSALÉN.

(CONCLUYE.)

Innumerables son las descripciones del sepulcro de Cristo que por todas partes circulan. Se compone de una pequeña cúpula cerrada dentro de otra mayor, y en la que se muestra un fragmento de roca, cubierta de láminas de mármol blanco que ofrece á la veneración del viagero el verdadero lugar del sepulcro. El que con fervor religioso contempla aquel símbolo de adoración y de misterio, se confunde en himnos de reconocimiento, y el que solo comprende el cristianismo, midiendo el inmenso poder é influencia de una idea que ha regenerado el mundo, que ha existido diez y ocho siglos, y que aun parece contener en su seno un germen fecundo y la vida moral de más de una nación y de más de un siglo, le respeta y le admira con asombro. Esta tumba, de cualquiera suerte que se la considere, es la que determina y señala el límite de dos mundos intelectuales, y no puede menos de excitar intensamente nuestra curiosidad y anhelo por descubrir el objeto cuya posesión se han disputado encarnizadamente numerosos ejércitos, y por ver lo que venera el creyente y el filósofo respeta.

El aspecto de Jerusalén es engañoso como el de casi todas las villas y ciudades del Oriente. Se presenta á la vista en lo más elevado de un gran plano inclinado y cubierto de olivos, rodeado de espesas murallas construidas con las piedras que sostenían las cúpulas del templo de Salomón, se halla flanqueada de atrevidas torres que se alzan de cien en cien pasos con sus piscinas y sus ogivas y abovedadas puertas; sus vistosos y variados minaretes que se confunden en lo azulado del cielo, y presentan sobre los terrados de las casas los pabellones en que

pasan las horas de recreo de la vida, los niños y mugeres. Parece la esplendorosa aparición de la estúpida de Jehová; la luz del sol reverberada en lo despejado de su atmósfera la inundaba de claridad; al divisarla se crece aun á aquella ciudad habitada por la multitud de su pueblo; pero al penetrar en su seno, presenta solo la imagen de una tristísima tumba; las puertas están abiertas y abandonadas, los caminos desiertos, las calles vacías, ni el más leve ruido turba lo silencioso de esta mansión; en ella el judío vejea, y lleno de harapos se arrastra humildemente entre el musulmán que le desprecia y el cristiano que le insulta. Impulsado, á su pesar, por lo antiguo de su fe hacia aquel suelo ingrato para él, presenta la última y difamada raza de este pueblo el ejemplo de patriotismo más sublime que puede ofrecer la humanidad. Errante sobre la tierra tiegno fija siempre su mirada en Sion; regresa para exhalar dentro de sus muros el último suspiro, y sucumbe contento con la idea de que cubrirá sus huesos la tierra de Abraham. A cada paso se encuentran ancianos respetables agobiados por el peso de los años y de las enfermedades, y que marchan en milas y años y guiados de sus hijos y cuando se les pregunta: ¿á dónde vais y de dónde venís? contestan: de Venecia, de Viena ó de Turin, y vanos á Jerusalén para que nuestras cenizas reposen al lado de las de nuestros padres.

Lo interior de Jerusalén es triste y sombrío. Chateaubriand lo describe admirablemente y con toda la inclinación y solemnidad de su génio, solo él ha encontrado, después de los profetas, palabras para expresar suficientemente la desolación de estos lugares. Su población indígena y compuesta de judíos, árabes, turcos y egipcios, es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imagen de la muerte. Solo se ven por las solitarias calles y los bazares infectos, procesiones de peregrinos que sin ces-

rar llegan y marchan otra vez; pero éstos caminan absortos, con la cabeza inclinada al pecho, los ojos bajos, sin ruido alguno, sin hablar, y enteramente entregado su espíritu á la preocupación que les causa, y al recogimiento que les inspira el hollar con su pedacadora planta aquel suelo de milagros. En esta ciudad en la gran ciudad del mundo, es donde menos rumor se percibe. Parece un vastísimo templo en el que solo resuena al eco de las oraciones y suspiros. Muchas veces pascando al ponerse el sol por la línea que describe el recinto de las murallas, me solía preguntar á mí mismo, si lo que se agitaba en el corazón de aquel pueblo eran sus moradores, porque solo yo percibía el confuso y sordo murmullo producido por el rezo de los oficios de las oraciones que se elevaba en los aires por cima de las góticas bóvedas de las iglesias y conventos de religiosos griegos, mezclado al vibrante tañido de las campanas de los templos y monasterios, y á los cánticos latinos de los sacerdotes. El paisaje que rodea la ciudad es tan grave y melancólico como los pensamientos que inspiran los monumentos y el estudio de ella misma. Desde la cúspide de la ciudad de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, desciende la mirada sin obstáculos alguno sobre el escabroso y árido valle de Josafat, un poco á la derecha; y en el fondo de esta torrentera, se divisan algunos raquitectos arborescencia mentos abrasados y amarillentos que el resto de la vegetación, porque refrescan sus tallos con el sobrante de las aguas de la fuente de Siloe que basta su pie; á su inundación se eleva una negruzca muralla de rocas, cuyas concavidades, que en otro tiempo daban asilo á los restos de los que sucumbían en la ciudad, albergan hoy á las familias más miserables de la raza árabe. Siguiendo el declive de este valle y penetrando la vista por el espacio que guardan entre sí los elevados y cónicos picos de las montañas de San Sabás y Jericó, se descu-

bre en el último término de un horizonte de ocho leguas, la mar, que pacífica y sossegada, presenta en su extensión la imagen de una superficie cubierta de un metal oscuro recientemente derritido: su límite le determinan las corchilleras de la Arabia, por donde Moisés no cruzó. Todo lo que constituyó aquel paisaje de tristísimo silencio, nada tiene de ameno y fascinador: nada tiene que distraiga al viajero de sus meditaciones: solo perciben sus oídos el rumor que producen en la arena sus pasos; tampoco atraíase por el ruido del mar, mas leve sombra, ni la mas ligera nube empaña su claridad.

Las colosales aves de rapta de la Judea con sus descarnados picos y poderosas y aceradas garras, se suspenden en los aires girando en torno de las cabezas de los que recorren aquellas extensiones, y solo de cuando en cuando hacen percibir la sombra de sus alas: á veces se divisa á lo lejos alguna figura pálida, que el viento ha cubierto de arena, y que parece como petrificada en la roca que la sostiene, y á algun *schakala*, cuya asuerosa figura eriza los cabellos y que se desliza fugitivo por entre aquellas asperezas, interrumpiendo el silencio con lamentosos ahullidos. Á veces también, aunque son las mismas, se encuentra sentada sobre un débil horriquito á alguna pobre muger arrullando á sus hijos entre sus descarnados brazos, á algun pastor árabe guardando cabras al pié de las pedregosas colinas, ó á algun beduino de Jericó, que apareciendo á la vista como una vision en lo mas alto de las elevadas colinas, asemeja con su lanza en la mano al génio de la destrucción.

Tal es, pues, sucintamente la descripción de la ciudad, cuyo nombre pronuncian todas las generaciones, celebra la historia, cantan las poesías sagradas, y figura en el rezo de todas las oraciones y en todos los idiomas del mundo; estas son las colinas de donde estrain los cruzados la arena con que

cargaban sus navios para estenderla en el suelo de las catedrales que construian en su patria. No es la importancia de los acontecimientos históricos, la fecundidad de su suelo, ni la hermosura de la naturaleza, lo que fascina la mirada del género humano hacia este punto del globo, sino la celebridad y notable circunstancia de que en aquellas colinas fué donde primero brilló la estrella en medio de las tinieblas del mundo antiguo; que en aquel suelo fué donde Cristo imprimió la huella de sus pasos, que en aquellos muros fué donde generoso ofreció su sangre á Dios, en beneficio de la humanidad, y donde exclamó: "Dichoso yo mil veces, que he conquistado y redimido al mundo." Este fué el lugar de la gran victoria de la unidad de Dios sobre el politeísmo, de la fraternidad sobre la esclavitud, de la caridad sobre el egoísmo; fué, en fin, el sitio que presenció el celestial legado que hizo á las generaciones. De aquí nace la fama eterna de Jerusalem, uno de sus mas pobres y oscuros hijos, cuyo nombre hasta era ignorado, aquel que á sí mismo se consideraba como el mas insignificante y humilde de los hombres, á aquel que exhaló el último suspiro sufriendo con gozosa resignacion los dolores del mas cruel é infame de los suplicios, á aquel que sucumbió clavado en una cruz, á aquel es al que debe su nombre, su gloria y su inmortalidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

EL SABER

NO OCUPA LUGAR.

Varios jovecitos, primogénitos los mas de algunas distinguidas familias de la corte, sostenian una animada conversacion al final de un banquete que en casa de uno de ellos habian celebrado en el último mes del año de 1830. La mayor parte de aquellos jó-

venes acostumbra criticarlo todo por sistema, y mucho mas lo que ellos se habían convenido en llamar rancias preocupaciones. Entre las muchas cosas que su incansable charla fué pasando en revista, le llegó su vez á la opinion de algunos, ó mas bien consejo, de aprender un oficio mecánico aun las personas que por su nacimiento y riqueza, mas distante parece que se hallan de necesitarle para subsistir. Todos convinieron en burlarse de tan ridícula idea; pero con gran sorpresa vieron que uno de ellos, el condeito de Soto-verde, que era precisamente el mas aristotético de la reunion, era de un dictámen enteramente contrario.

—Precisamente es esa una idea, les dijo, que lei hace tiempo en el Emilio de Rousseau, y que mereció mi aprobacion entre otras cosas dignas de critica que tiene dicha obra.

—De veras! preguntó irónicamente uno de los jovecitos; porque es decir que tú has tenido paciencia para aprender un oficio!

—Pues qué inconveniente hay en eso? —Y no te pareciera mal, según eso, que nosotros andásemos ahora con la azuela y el martillo?

—No; interrumpió otro, mejor seria con el tirapés y el mandil del zapatero.

—O con el delantal de cocina, amasando estas lindas cosas, exclamó otro, señalando con la punta del tenedor algunos restos de pastelería que aun quedaban sobre la mesa.

A este tenor sufrió Soto-verde una descarga cerrada de irónicas palabras, mientras aguardaba imperturbable que le llegase su turno de hablar.

—Decid cuanto os dé la gana, contestó algo picado. Vuestras familias son ricas, es verdad, vuestros patrimonios pingües, vuestras ejecutorias y pergaminos están muy en regla; nada, en fin, os falta de cuanto eleva á un hombre sobre los demás; es natural que os creais dispensados de trabajar como ellos y para ellos. Pero cuida-do con ella, que hasta el fin nadie es

dichoso: todo lo que constituye vuestra grandeza se halla fuera de vosotros, y la fortuna, que ha hecho rodar á otros todavía mas empinados en su rueda, puede dar el traste con vuestros privilegios de casta, con vuestra riqueza hereditaria, con vuestro crédito en la corte, y en una palabra, con todas las condiciones exteriores de vuestra elevacion. Dichoso entonces el que pudiera recompensar con uno de esos modestos oficios lo que ahora os avergonzais, porque bueno es el saber por sí la fortuna falta.

Estas palabras, sin embargo de que las tenían por ridículas é impertinvas, no dejaron de producir cierto efecto, por lo mismo que era un caudé el que las profecía; mas á breve rato empezaron á burlarse altamente de lo que aquel se había pronosticado, y cada cual se puso á relatar del modo mas burlesco que le fué posible, lo que haria de sus brazos si el destino le obligara á valerse de ellos. Oficios inauditos se inventaron allí, algunos de los cuales hubiesen asombrado al mismo Petronio, hasta que se acordaron de preguntar á Soto-verde qué oficio era el que él había aprendido.

—Que lote, le decian, te has reservado en ese comun desastre? ¿Cuál es la riqueza interior que salvarás del naufragio á manera de aquel filósofo griego?

—Quédo suspeso el conde por un breve rato, y todos esperian que iba á decir alguna ridiculez. Su respuesta, sin embargo, fué bien sencilla.

—Yo no sé, les dijo, mas que un poco de geometría.

Esta respuesta puso fin al coloquio, pues tal fué la risa que excitó, que el conde jurgó lo mas prudente el no volver á profecir una palabra.

Bastante tiempo despues de estos sucesos, y en la época de la emigracion carlista, dos jovecitos viajeros entraban una mañana por la mezquita aldea de Palao, poco distante de la falda de los Pirineos por la parte de Francia. Hacia un tiempo detestable,

de modo que el uniforme de los dos viajeros apenas se disrugiaba bajo una capa de lodo y de polvo que oscurecía hasta la borbola de plata de su boina, indicio de que tenían algún grado en el ejército á que habían dejado de pertenecer. No iban confundidos á un depósito como otros emigrados; antes por el contrario, dueños de fijar su residencia donde mejor les pareciese, se presentaban provistos de sus papeles en regla y aun de su boleta de alojamiento. Sabedores, sin embargo, de que residía en el pueblo un español, bastante bien acomodado y que proveía abundantemente á sus necesidades con su ejercicio de agrimensor, desearon ir á casa de este compatriota.

Los complacientes aldeanos les llevaron á una casa católica, pero de sencilla apariencia, que les dijeron ser la habitación de aquel digno funcionario. Apenas entraron lo primero, que les chocó extraordinariamente fué el ver que entre sus muebles toscos y groseros, había algunos que no podían menos de excitar recuerdos de otra época y de otra posición mejor. Efectivamente, sobre una mugrienta mesa de pino se descubría una magnífica caja decañon con embutidos de cañucha y de saçar; en un rincón se veía una espada de ricón empuñada al lado de una vieja escopeta de caza, y por las paredes, entre las caricaturas francesas grovemente iluminadas, estaban colgados algunos cuadros divinamente pintados en cobre. Pronto se esplicó el origen de todo esto, al reconocer en el propietario de la casa á un compatriota antiguo, noble e como ellos, y con el que habían pasado muy buenos ratos en días más felices. Nuestros lectores habrán tal vez adivinado que era Sotowardo el que tenía el placer de recibir en su casa á sus antiguos y aristocráticos amigos.

El recibimiento fué digno de ellos; eucentidase una buena hoguera en la chimenea, y se sacrificaron en el altar de la amistad algunas gallinas y pollos

que aun podrían vivir mas de cuatro días. Aunque la bodega del agrimensor no estaba muy provista, todavia supo encontrar por allí un par de botellas de lo rancio de España, las que atendidas las circunstancias, fueron ámplia y completamente festajadas. A las cuatro ó cinco horas de haber llegado á aquélla bendita casa, ya estaban los dos emigrados repuestos de sus fatigas y contando circunstancialmente á su huésped los peligrosos azares de sus últimas campañas. Las miserias, los padecimientos, las decepciones de toda clase, nada se quedó en el tintero, y en esta narración, y especialmente hacia el fin de ella, dejaban traslucir no solo la amargura de su situación, sino su inquietud para el porvenir, comparándole con el de otros compañeros que sabían hallar recursos hasta en los apuros de la emigración.

Sotowardo sin establecer comparaciones, ni dirigirlas siquiera una reconvencción, puesto que se hallaban bajo un hospitalario techo, se limitó únicamente á referirles su historia, que era bien sencilla por cierto.

—Yo no sé, les dijo, si os acordaréis de cierto banquete hace algunos años, en el que tuve yo la humillada de ponerme á profetizar. Creo que se consideró como un desatino todo lo que yo dije; pero esto no me la impidió el arreglar mi conducta en un todo á las ideas que emití en aquella ocasión. Una vez sola (y me pesa de ello) he cedido á una ilusión vengenza, y fué el día que me llegó á persuadir de que mi rango merecía el sacrificio de mi patria. Sea lo que quiera, apenas me convencí de que las puertas de España estaban cerradas para mí, cuando recobrando mi sangre fría, traté de averiguar si se podía sacar partido de mí para otra cosa más útil que el andar haciendo el B. Quijote, pronto á romper una lanza por causas perdidas, y con gran satisfacción mía hallé que mis ideas acerca de la educación me habían provisto de facultades algo más esenciales. No me

fué difícil el ponerlas en activo servicio, pues para esto solo se necesitaba renunciar á las ilusiones de una vana esperanza, y á las pretensiones de un necio orgullo. Así lo hice, aceptando una situación, humilde sin duda alguna, pero cuya importancia me acaba de dar á conocer vuestra visita. En cuanto á lo que á vosotros tanto os afecta, en cuanto á los deberes que el nacimiento impone á las posiciones incompatibles con tal ó cual preocupación de casta, os confieso francamente que nada de esto me quita el sueño, y á propósito de ello os voy á leer algunas frases que á ratos perdidos escribo al márgen de mi cuaderno agrimensor.—Era por cierto muy notable el tal cuarterno, en el cual, entre planos de todas clases, se hallaban algunas sentencias de filosofía práctica, por el estilo de las siguientes:

«Desconfiemos de todo lo que tiene una gran fama facticia; desconfiemos de los zancos sociales que nos elevan sobre los demás hombres, nuestros iguales.

«Los títulos de nobleza, la protección de un ministro, la herencia de un hombre célebre, la preferencia de una mujer, la amistad de un poderoso, la fortuna que parece encontramos al nacer bajo la almohada de nuestra cuna, son cosas tan instables y precederas, que debemos estar preparados para el momento en que nos faltan.

«La menor facultad personal inherente al individuo, es mucho más segura, más cómoda y más apetecible que las más inauditas prodigalidades de la fortuna ó de la casualidad. En otros términos, ó como dice el proverbio: EL SABER NO OCUPA LUGAR.

SIÓN.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Una semana despues, Mr. Schmid entró en la habitación de Conrado con el semblante risueño y un diario de avisos en la mano.

—Amigo mio, le dijo, es preciso que me sigas á casa de Mr. Wallenroth, que necesitas un juez para un pueblo cuyo señorío le pertenece. Vos sois el hombre que le contenis: es amigo mio; está dotada en seiscientos francos, casa, luz, leña, y tal vez cuantiosos emolumentos. ¿Qué mas queréis? Os acomoda esta colocación?

Conrado se enojó de hombres. —No, señor, seguidme, señor doctor, prosiguió Mr. Schmid, permitiéndome que sea para con vos el que recomplacé á Mr. Marbel. Esa es una plaza que os conviene.

Conrado subió con él á un carruaje, y se dirigieron á la casa de Mr. de Wallenroth. Era este un caballero de alguna edad, de carácter franco, y sumamente amable.

—No tengo el honor de conoceros, dijo á Conrado; pero basta que os presente mi amigo Schmid para que os dé la plaza que ninguno otro obtendrá. Con todo, quisiera antes instruirme de ciertas particularidades: voy á marchar á París, y los asuntos de la corte me detendrán probablemente algunos años. Os confío mis bienes y la administración de justicia en el señorío de Alleck. No solo desempeñaría el destino de juez, sino que tambien ocuparéis mi lugar. queda á vuestro cargo el gobierno de mis tierras; y lo que mas me interesa es que convirtáis en hombres á los habitantes de Alleck, que son pobres, groseros é ignorantes. Solo hace un año que soy su señor, y en

tan corto tiempo, no lo han tenido para disgustarme: veisréis para conservar inictos mis derechos, y todos los años enviareis mis rentas y vuestras cuentas á Mr. Schmidt, que tendrá cuidado de remitirlos.

Conrado procuró escusarse, alegando su ignorancia en materias de economía rural; pero su modestia no le sirvió de nada: ambos ancianos insistieron con la mas amable bondad, Conrado entonces hizo la observacion de que le parecia corto el apellido, atendida la responsabilidad que se le imponia. Mr. de Wallenroth, firme en sus ideas, ensalzó su capacidad, le rogó que aceptase, y concluyó por aumentar en un duplo los seis mil escudos. Conrado estaba aturrido, pero al mismo tiempo contento.

—¿A quién soy deudor de esta limitada confianza? decía.

Mr. de Wallenroth, señalando con el dedo á Mr. Schmidt:

—El corazón de ese hombre excelente, dijo, y el mio, no forman mas que uno.

El convenio se hizo en regla, y se formalizó la escritura correspondiente. Mr. de Wallenroth incluyó en ella una cláusula á la cual daba mucha importancia.

—Todos estarán sujetos á vuestras órdenes, dijo, excepto una persona á quien amo mucho. á pesar de que apenas me conoce; debia á su difunto marido muchos favores y consideraciones. Esa persona es la viuda de un honrado párroco, y su nombre es Walter. No posee bienes algunos, ni cuenta mas que con una pensioncilla que le he señalado, y con la habitacion y el alimento que le he concedido en mi casa de Aleck. Habitaréis bajo un mismo techo; es la mujer mas amable de este mundo, y espero que vivireis en buena armonia con ella.

Conrado no tuvo que oponer objecion alguna á semejante cláusula, y si lo hemos de decir todo, estaba muy satisfecho de encontrar en Aleck una mujer que pudiese dedicarse al mane-

jo de las minuciosidades domésticas que solo ellas conocen.

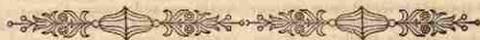
Aquella misma semana, Mr. de Wallenroth y Conrado se trasladaron á Aleck, y se hizo la instalacion con todas las formalidades de costumbre. Mr. de Wallenroth solo se detuvo un dia, y dejó al nuevo juez con madama Walter.

La casa señorial, que así la llamaban, estaba cómodamente situada en el centro de un jardin, sobre una colina que dominaba el pueblo. Las cuadras, los atrosjos y un espacioso patio, formaban un cuadro perfecto: en todas partes se veia el mayor orden, y en la casa señorial la mas esmerada limpieza. Habian reservado para el señor juez varias piezas, aunque sencillas, distribuidas con sumo gusto, y bastante buenas. No faltaba nada en ellas; y no se habia olvidado una pequeña biblioteca y hasta un piano. En ninguna parte se veia un átomo de polvo, y el pavimento brillaba á fuerza de estar limpio. La señora Walter habia arreglado del modo mas agradable la casa, el jardin y la despensa.

La señora Walter era una mujer seria, pero de mucha viveza; tendria cerca de cuarenta años, y manifestaba haber recibido buena educacion. La palidez de su rostro y su mirada un poco triste, indicaba que poseia la desconsoladora experiencia de la vida. En su presencia nadie se encontraba embarazado: desde los primeros dias, Conrado la trató como si hiciese ya muchos años que la conocia, le enseñó la casa y sus alrededores: le enteró de las obligaciones de los diferentes criados, y no tardó mucho en iniciarle en lo perteneciente á su jurisdiccion.

Puede muy bien vivirse con esta mujer, decía entre sí Conrado pasados algunos dias, y procuraba aliviarle por que razón daba Mr. de Wallenroth tanta importancia á aquella cláusula, que al principio habia temido un poco.

(Continuaré.)



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

En los números anteriores paseamos la vista sobre las diversas especies de doctrinas consideradas en sus relaciones é influjo en la sociedad. Materia es esta inagotable, extensísima, inmensa, y no pocos dias pasaríamos, y muchos artículos tendríamos que escribir si intentásemos recorrerla y presentarla en toda su latitud y grandor. Así que, como echaron de ver nuestros lectores, únicamente nos paramos en los mas altos y notables puntos, y que ofreciendo de sí mas variedad y riqueza, tuviesen un interés y una importancia grave á todas luces y trascendental.

La historia del entendimiento humano, la crónica de la filosofia, y de las doctrinas es sin duda dilatadísima, variada de suyo y grande. ¿Y cómo descubrir, cómo contar la multitud de escuelas y doctrinas que han pasado por estas altas esferas, por esas encumbradas regiones de la ciencia, brillantes y luminosísimas las unas, negras y oscuras las otras, olvidadas y aun desapercibidas las mas? ¿Cómo

mostrar con exactitud y señalar con precision los errores, las aberraciones, los delirios á que se han entregado los hombres en los diversos tiempos y en los distintos estados? ¿Cómo calcular sus resultados? ¿cómo graduar su influencia? ¿cómo alcanzar sus consecuencias? ¿cómo señalar, cómo pensar y medir el bien que han producido, y el mal que han causado en la civilizacion de los pueblos? No, esto no lo consiente la debilidad de nuestras fuerzas, ni lo permite este artículo: y aun cuando tal cosa intentásemos, y nos sintiésemos con la robustez para ello necesaria, nos falta rian un sinnúmero de datos para completar la obra, é imposible nos fuera enriquecer el cuadro con todas sus imágenes, y presentarlo en todo su grandor y extension. Sin embargo, no queremos dejar la comenzada tarea, ni torcer nuestro camino, sin hacer algunas observaciones, cuyo interés es en verdad incontestable, y que por otra parte están enlazadas con las ideas emitidas, y con las observaciones que consignamos en los artículos anteriores.

Lo primero que ante todo ocurre es la diferencia que va de las doctrinas religiosas, sociales y morales, á las naturales, físicas y exactas: diferencia que no se percibe sino en confuso, cuando se miran los objetos por la superficie; pero que en cuanto se penetra en su interior, se ve con toda claridad; ya en lo que mira á su índole y naturaleza, ya en lo que con-

tan corto tiempo, no lo han tenido para disgustarme: veisréis para conservar inictos mis derechos, y todos los años enviareis mis rentas y vuestras cuentas á Mr. Schmidt, que tendrá cuidado de remitirlos.

Conrado procuró escusarse, alegando su ignorancia en materias de economía rural; pero su modestia no le sirvió de nada: ambos ancianos insistieron con la mas amable bondad, Conrado entonces hizo la observacion de que le parecia corto el apellido, atendida la responsabilidad que se le imponia. Mr. de Wallenroth, firme en sus ideas, ensalzó su capacidad, le rogó que aceptase, y concluyó por aumentar en un duplo los seis mil escudos. Conrado estaba aturrido, pero al mismo tiempo contento.

—¿A quién soy deudor de esta limitada confianza? decía.

Mr. de Wallenroth, señalando con el dedo á Mr. Schmidt:

—El corazón de ese hombre excelente, dijo, y el mio, no forman mas que uno.

El convenio se hizo en regla, y se formalizó la escritura correspondiente. Mr. de Wallenroth incluyó en ella una cláusula á la cual daba mucha importancia.

—Todos estarán sujetos á vuestras órdenes, dijo, excepto una persona á quien amo mucho. á pesar de que apenas me conoce; debia á su difunto marido muchos favores y consideraciones. Esa persona es la viuda de un honrado párroco, y su nombre es Walter. No posee bienes algunos, ni cuenta mas que con una pensioncilla que le he señalado, y con la habitacion y el alimento que le he concedido en mi casa de Aleck. Habitará bajo un mismo techo; es la mujer mas amable de este mundo, y espero que vivirá en buena armonia con ella.

Conrado no tuvo que oponer objecion alguna á semejante cláusula, y si lo hemos de decir todo, estaba muy satisfecho de encontrar en Aleck una mujer que pudiese dedicarse al mane-

jo de las minuciosidades domésticas que solo ellas conocen.

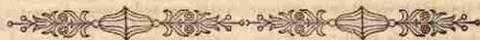
Aquella misma semana, Mr. de Wallenroth y Conrado se trasladaron á Aleck, y se hizo la instalacion con todas las formalidades de costumbre. Mr. de Wallenroth solo se detuvo un dia, y dejó al nuevo juez con madama Walter.

La casa señorial, que así la llamaban, estaba cómodamente situada en el centro de un jardin, sobre una colina que dominaba el pueblo. Las cuadras, los atrosjos y un espacioso patio, formaban un cuadro perfecto: en todas partes se veia el mayor orden, y en la casa señorial la mas esmerada limpieza. Habian reservado para el señor juez varias piezas, aunque sencillas, distribuidas con sumo gusto, y bastante buenas. No faltaba nada en ellas; y no se habia olvidado una pequeña biblioteca y hasta un piano. En ninguna parte se veia un átomo de polvo, y el pavimento brillaba á fuerza de estar limpio. La señora Walter habia arreglado del modo mas agradable la casa, el jardin y la despensa.

La señora Walter era una mujer seria, pero de mucha viveza; tendria cerca de cuarenta años, y manifestaba haber recibido buena educacion. La palidez de su rostro y su mirada un poco triste, indicaba que poseia la desconsoladora experiencia de la vida. En su presencia nadie se encontraba embarazado: desde los primeros dias, Conrado la trató como si hiciese ya muchos años que la conocia, le enseñó la casa y sus alrededores: le enteró de las obligaciones de los diferentes criados, y no tardó mucho en iniciarle en lo perteneciente á su jurisdiccion.

Puede muy bien vivirse con esta mujer, decía entre sí Conrado pasados algunos dias, y procuraba aliviarle por que razón daba Mr. de Wallenroth tanta importancia á aquella cláusula, que al principio habia temido un poco.

(Continuaré.)



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

En los números anteriores paseamos la vista sobre las diversas especies de doctrinas consideradas en sus relaciones é influjo en la sociedad. Materia es esta inagotable, extensísima, inmensa, y no pocos dias pasaríamos, y muchos artículos tendríamos que escribir si intentásemos recorrerla y presentarla en toda su latitud y grandor. Así que, como echaron de ver nuestros lectores, únicamente nos paramos en los mas altos y notables puntos, y que ofreciendo de sí mas variedad y riqueza, tuviesen un interés y una importancia grave á todas luces y trascendental.

La historia del entendimiento humano, la crónica de la filosofia, y de las doctrinas es sin duda dilatadísima, variada de suyo y grande. ¿Y cómo descubrir, cómo contar la multitud de escuelas y doctrinas que han pasado por estas altas esferas, por esas encumbradas regiones de la ciencia, brillantes y luminosísimas las unas, negras y oscuras las otras, olvidadas y aun desapercibidas las mas? ¿Cómo

mostrar con exactitud y señalar con precision los errores, las aberraciones, los delirios á que se han entregado los hombres en los diversos tiempos y en los distintos estados? ¿Cómo calcular sus resultados? ¿cómo graduar su influencia? ¿cómo alcanzar sus consecuencias? ¿cómo señalar, cómo pensar y medir el bien que han producido, y el mal que han causado en la civilizacion de los pueblos? No, esto no lo consiente la debilidad de nuestras fuerzas, ni lo permite este artículo: y aun cuando tal cosa intentásemos, y nos sintiésemos con la robustez para ello necesaria, nos falta rian un sinnúmero de datos para completar la obra, é imposible nos fuera enriquecer el cuadro con todas sus imágenes, y presentarlo en todo su grandor y extension. Sin embargo, no queremos dejar la comenzada tarea, ni torcer nuestro camino, sin hacer algunas observaciones, cuyo interés es en verdad incontestable, y que por otra parte están enlazadas con las ideas emitidas, y con las observaciones que consignamos en los artículos anteriores.

Lo primero que ante todo ocurre es la diferencia que va de las doctrinas religiosas, sociales y morales, á las naturales, físicas y exactas: diferencia que no se percibe sino en confuso, cuando se miran los objetos por la superficie; pero que en cuanto se penetra en su interior, se ve con toda claridad; ya en lo que mira á su índole y naturaleza, ya en lo que con-

cierno y atañó á la influencia que ejerce el error ó la verdad de las doctrinas mismas; sus consecuencias y resultas.

Indúl es decir, puesto que el alma así lo siente, y todas las generaciones de la tierra en alta voz lo han proclamado, que á mas de ese mundo físico en medio del que el hombre nace, vive, crece, se desarrolla, y últimamente muere ejerciendo las funciones y cumpliendo los destinos que por la naturaleza le están designados, hay otro mundo moral, grande tambien y vasto como aquel, misterioso, sublime, y aun si cabe mas incomprendible para el entendimiento que aquel; que tiene sus leyes como aquel, sus tempestades como aquel, y en el que reina tambien la armonía y el concierto, turbado con frecuencia por el desconcierto y el desorden.

El error no puede manchar la belleza, no puede romper y destruir la armonía del mundo físico, así como puede alterar y destruir, y de hecho, no pocas veces altera y destruye el orden y la paz del mundo social y moral. Porque por mas extrañas que sean las ideas, por mas que sean raras y chocantes los sistemas que el entendimiento conciba en el estado de la naturaleza y para la explicacion de sus fenómenos; los fenómenos se realizan del mismo modo, en el mismo teatro; y la naturaleza sigue tranquila, magestuosa su curso, sin que la afecten los sueños del hombre, ni interrumpen su magnífica carrera la insensatez y los delirios de la humana razon.

No así acontece en el orden social y moral. Sembrad en el entendimiento ideas falsas, que bien presto se convertirán en deseos malignos; ó encendad en el corazon pasiones funestas, que al instante las veréis eleradas en doctrinas erróneas; ya que entre la cabeza y el corazon hay una relacion continua y estrecha, mayor aún duda de lo que á primera vista parece; y notareis que el entendimiento pierde la luz, el alma el sosiego, la sociedad el equilibrio; notareis que todo se au-

bla y tiembla; que se quebranta la armonía, que se desvanece y cesa aquel orden y apacible contento, que es la primera necesidad del hombre y la ley general del mundo. ¡Ah! los torbellinos de Descartes no comovieron y trastornaron la naturaleza, así como comovieron y trastornaron los Estados las doctrinas democráticas de Rousseau.

Bien se conoce de ahí, con qué detenimiento y pulso debe procederse en la exposicion de los sistemas morales y sociales, y en la creacion de nuevas teorías; aparte las creencias religiosas, campo sagrado, inmenso, cuyos lindes son un abismo, al acercarse á las cuales debe ir con gran tiento la razon, no sea que se resbale y precipite.

Esta materia que jamas carece de interés, tiene una importancia mayor hoy en que el génio del siglo y el espíritu de la filosofía que va declinando, y que algun día desaparecerá en el eclipse ha confundido en cierto modo las ciencias físicas con las ciencias morales, dando á aquellas una importancia tal, y atribuyéndolas un dominio tan extenso, que ha refundado en deslústre y menoscabo de estas últimas. Así que, en obsequio de la verdad, y para hacer justicia y tributar el verdadero homenaje á uno de los mas altos y sublimes estudios del hombre, siquiera por un momento haremos alto en este lugar.

No data de una época muy remota la sficion decidida al estudio de las ciencias naturales y exactas. Como quiera, ora sea por los descubrimientos que ha hecho el espíritu de observacion y de exámen; ora sea por la aplicacion que de ellos han recibido la maquinaria y la industria, aplicacion á su vez exigida por las nuevas necesidades y por el destino rumbo que en esta parte como en otras la sociedad ha tomado; ora sea por la escasa importancia que dio una política, que aun es el norte de un pocos gobiernos, y el alma de algunas sociedades á las virtudes de un estado, fijau-

do solo la vista y volviendo toda su atencion al grandor material y á su fuerza pecuniaria; ya sea por otras causas que todos concurren al mismo punto y juntas conspiran al mismo fin; lo cierto es, que las ciencias físicas, naturales y exactas, olvidadas como estaban antes, miradas con frio interés, y con una indiferencia, injusta á la vez y perjudicial, hija de preveniciones que se desvanecieron ya, han adquirido desde el último siglo una alta prepotencia, y un dominio, que si á nos permite la frase, llamaremos hasta tiránico, como que tiende á tener bajo su jurisdiccion las ciencias morales, comunicándolas su mismo espíritu y vistiéndolas con sus propias formas. El mismo análisis, el mismo método, la misma lógica, el mismo lenguaje de las frías y descarnadas ciencias, de la anatomía y del cálculo, quisido atribuirse á los altos y nobles estudios del alma y de la sociedad; como si ciencias tan sublimes, pudiesen medirse con la misma escala con que se miden aquellas, y como si el sentimiento, llama purísima que el paso que enardes el corazon, iluminacion al entendimiento, debiera apagar-se aquí, porque no necesita su luz, ni ha menester su calor, el que solo está acostumbrado á trasegar el escalpelo y el compás.

(Continuará.)

UN TEMA DE FANTASIA. V

UNA ILUSION.

Triste resonaba y acompasado, el agudo y clamoroso címbalo que á los fieltos convocabá á la oracion; solo el tardío eco de sus vibrantes tañidos, interrumpía la profunda calma, el ab-

soluto silencio con que imponente el espacio, parecia querer intimidar á los débiles mortales. El resplandeciente astro del dia, ocultaba presuroso sus destrelmadores destellos, cual si hubiera por no autorizar con un ingenua presencia la insonable iniquidad de los hijos de la tierra; parecia ansioso buscar un mundo en que sus vivificadores y purporinos rayos no se quebraran en débil juguete en infantiles manos, y donde no manchara su bruido disco con el impuro alito de los seres humanos. La tenebrosa oscuridad de la noche, tendiendo su funeral y tápido velo, iba reemplazando con bailadoras sombras y fantásticas visiones los puntos que antes luminosos abandonaba el astro matutino, al plegar su luciente cabellera.

Algunos débiles resplandores, tibios lumbreras de la noche, se mostraban en lo mas alto del firmamento, concediendo consuelo pasajero á la vista, que con trida mirada buscaba un punto en que fijarse ansiosa. Sereno y en calma estaba todo, todo yacía! Solo en el opuesto horizonte y al lejano nivel donde termina la reducida estension de la mirada, se veian agruparse ligeras nieblas que con perezoza lentitud se condensaban, empujando así la imperceptible claridad que avata permitia la azulada esfera.

Triste yo presenciaba este espectáculo, y lo miraba como un hombre que enferma tiene su razon; lo miraba, si; mas era con la indiferencia que inspira á todo lo creado, el que se sienten hurido con el mas agudo rayo del fatalismo y la desventura, lo miraba con la misma ombragez que contempla el reo condenado al último suplicio, el impalpable y malignario instrumento que ha de segar su garganta; con la misma estocica impassibilidad, que los mártires del cristianismo, al experimentar los agudísimos dolores y maceraciones á que los obligaban á sumbuir.

Nada era bastante á arrancarme al letárgico decaimiento en que me ador-

meia; solo en mi estancia y postrado en un hondo sillón, permanecía mi cabeza reclinada cual si fuera para mis hombros un enorme é insuperable peso, y lo era en verdad, porque padecía la muerte misma no me hubiera destruido de las amargas y dolorosas impresiones que debilitaban mi espíritu; la muerte no, porque con ansia deseaba alejarme de este hemisferio del llanto y de adicción.

Intensamente herido en mi más caro afecto, dolorosamente punzada mi alma por el más cruel dardo, nada podía fijarme de todo lo que en el mundanal torbellino sus agitaba y confundía. La noche, única compañera y amiga fiel del desgraciado, me contribuía generosa á depositar en un secreto confidencia el pesar que mi llanto ahogaba y enlutaba mi corazón.

Tanto era; y cual si los elementos nacieran de mi volubilizado pecho, ó pretendieran con él armonizarse, así desencadenando instantáneamente su terrible y comprimido furor, tributaban homenaje á mi insensible estado.

Con estruendo sordo y pavoroso, comenzaba á rugir el estremecedor bramido del huracán que precede á la siniestra aparición de la tempestad; entrecortados y pardos célgas avanzaban por la infinita estension, ocultando con los pliegues de su vaporosa vestidura las apesgadas constelaciones celestes; gruesas y precipitadas gotas de agua produciendo al caer en el suelo un susurroante y campanudo sonido, se desprendían de la noche misma que rasgándose con fustigada rapidez, se mostraba inflamada, cual el cráter de un volcan al vomitar la ardiente lava que elabora en sus entrañas, y lejano y amenazador retumbaba con horrído zumbido la detonacion que acompaña á las palidas llamas de las emanaciones eléctricas.

Este otro espectáculo acordaba mas con mi situacion, y adormecido y presa de mi mas funesto letargo, de la mas reprimida angustia, permanencia asombrado, sin sensaciones y cual si gimie-

ra bajo el peso de la divina maldicion.

El mas implacable de los hados me arranco de un golpe todas mis ilusiones, eclipsó la rutilante estrella, fero de mi ambicion, que me unia á la vida cual un eslabon con otro que forma la cadena; mas aun; fatal signo! me restaba el postrero golpe, aun tenia reservado para mi en su fondo la copa de la amargura, una gota que apurar, aun tenia que sufrir la horrible prueba de verme frente á frente entre la realidad demandada, ante una realidad que mis sentidos rehusaban penetrar.

Dormia; mis fatigados miembros descansaban al arrullo de la tormenta, con la misma calma y tranquilo sueño en que reposan las almas vírgenes que solo desvelan risueñas imágenes y dorado y venturoso porvenir; semejante efecto ocasionan las mas divergentes sensaciones; mas de pronto, cual si sedienta ni nefanda suerte no se cansara de verme padecer; cual si ardiendo en ira envidiara la escasa tregua concedida á mi mortal quebranto; cual si aun se holgara en contemplar mi sufrimiento, burlándose con sonrisa sarcástica, aun me deparó una pesadilla celestial que con mas dureza me lanzó en la sima que á mis pies se abría.

Sonaba, sí... pero soné que arrebatado por impalpables y voladores mensajeros, y que trasportado en alas invisibles, hencia el viento, y volando con mágica rapidez las limitadas distancias; soné que penetraba en una fantástica mansion, de una dulce y divina antorchas presta sus matizados resplandores para descubrir y leer en el surco mas recóndito del corazón, lo que impida su peregrina penetracion, y donde suaves y dulcísimas armonías embriagan el alma con melodiosas cadencias, difundiendo por todo el ser humano el mas sublime de los consuelos.

Allí, ante aquel encantador y célico espectáculo, ante aquella continuada primavera que ostentaba evanecida

y ocultas hasta entonces para mi sus encubiertas galas, ante aquel venturoso clima que sus moradores desconocen, por no sufrir jamas las heladas brisas del invierno, ni los sofocantes ardores del estío, ante aquella eternal felicidad en que sonrien y de incomprendible expresion aun para las mas ardientes imaginaciones, sentía desvanecerse mi cabeza sin poder explicar lo que mis ojos absortos contemplaban.

Cruzó rápidamente una idea por mi mente y busqué ansioso tocar la realidad que mi agitado espíritu retrataba, corría tras el emblemático ser que agitó mi corazón, tras mi estrella, tras la estrella que cual lo que guió á los santos reyes del Oriente á la adoracion del nierno y divino infante, debía guiarme y ser mi norte en la escabrosa senda de la vida, y en las sinuosidades del mundo. Busquéla y la hallé, vino á mi encuentro cual una exhalacion desprendida de la celeste cumbre, y á su aparicion senti desfallecer, flaquear mis debilitadas rodillas, y hubiera caido cual piedra lanzada por desoladora nube, si no me sostuviera una fuerza singular, como la que suspende un objeto solicitado por varias masas de uniforme gravedad.

La hallé; mas qué hermosa! Risueña y sonrosada cual tierra flor del abril, cual fresco y lozano tallo que arrancado por el vendabal arroja sus tiernas retoños para brotar con mas fuerza, en mas frondoso jardín, la hallé apasionada cual siempre, encantadora cual nunca, y únicamente pudo exclamar:

—Angel mio, quiero morir!

—No, morir no! ven á mis brazos, tu hora postrera aun no ha sonado, mas piensa en ella y nunca lejána te parezca.

—No importa; así mas pronto se ahogará mi pena.

—Insensato! no profanes con mundanales deseos la gloriosa estancia que te sustenta; no alimientes tan criminal y loco intento; piensa que estás

en presencia de la Divinidad y que ultrajes y escitas con tan temerarios pensamientos su omnipotente poder.

Vive, vive aún, que aun te restará alguna sagrada mision que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno; vive, y no atentes contra el hilo de tus dias, que solo es dado cortar al que generoso te los otorgó.

(Continuará.)

QUIEN DA PRONTO, DA DOS VECES.

Hallándose en Sicilia Tito, hijo del emperador Vespasiano, se le presentaron los diputados de la ciudad de Tarsis con una solicitud que interesaba altamente al bienestar de sus conciudadanos. Tito, despues de haberse enterado de la solicitud, les contestó que la tendría presente cuando estuviere en Roma y que les prometia interceder con su padre todo lo posible para que dicha solicitud tuviese su efecto. Esta respuesta parecia favorable y satisfactoria; pero Apolonio de Tians, que era uno de los diputados, no quedó satisfecho, y con toda la libertad de un verdadero filósofo, replicó al emperador.

—Señor, si en este momento os trasiesen algunos reos que hubiesen conspirado contra vuestra persona y contra el imperio ¡qué es lo que tendrían que esperar de vos!

—Que los sentenciasen á muerte en el acto, contestó el príncipe.

—¡Y qué, continuó el filósofo, no es una cosa verdaderamente abominable, vengarse en el momento y dejar los favores para mas adelante? ¡decidir por vos mismo de la imposicion del castigo y esperar órdenes de otro para dispensar los beneficios!

Tito no pudo menos de convenir en la exactitud de la observacion, y sin

enidarse del tono represivo del filósofo, al instante concedió á los emuladores de Tarsis todo lo que solicitaban, conociendo que muchas veces, mas que lo que se concede, importa la prontitud en dispensar el beneficio.



LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.
(CONTINUA.)

“Es verdad que es muy posible vivir con esta mujer, pero al cabo de algunas semanas que fueron suficientes para acostumbrarle con Alleck. Profesaba un verdadero respeto á la señora Walter, y cuando concluidos sus quehaceres por la mañana y por la noche se sentaba con ella á la mesa, lo tenia por una felicidad; pues no la veia hasta entonces. Solia comer tambien con ellos el administrador, buen sujeto, pero algo aficionado á cumplimientos. Todos hablaban bastante; el administrador de economía, Conrado de sus rínges, y la señora Walter los encantaba á ambos con su dulzura y talento. Conrado se encontraba tan complacido con su situación, que escribió al banquero Schmid una carta dándole las mas espresivas gracias. “No apetezco, le decía, una suerte mas agradable; soy feliz desde que me habeis colocado en posicion de poder hacer mucho bien, lo que concederá á fondo de mis funciones. Los hombres son aquí tan agradables como el terreno; cuanto me felicitaré de civilizarlos un poco!... Espero conducirme á satisfaccion de Mr. de Wallenroth.”

Pero las flores se marchitan pronto, y la alegría no permaneció mucho

tiempo en el corazon de Conrado. La señora Walter le habia dicho que tenia una hija, cuya llegada aguardaba de un momento á otro: aquella jóven vivia con una parienta suya en la ciudad inmediata.

Una tarde que volvia de un bosque á donde habia acompañado á los agrimensores, se encontró en el camino un carruaje en que iban dos señoras que al parecer venian de la casa señorial, y regresaban á la ciudad. Al entrar en el comedor, encontró al lado de la señora Walter y del administrador una jóven como de diez y seis años de edad, morenia, delgada, con la mirada llena de gracia... Conrado se inclinó respetuosamente, como si estuviese delante de una divinidad. La hermosa forastera le devolvió el saludo un poco ruborizada.

— Os presento á mi hija Pepita, le dijo la señora Walter. Si nos acostumbramos á la fealdad ¡por que no nos hemos de habituar á la hermosura! Habian trascurrido muchas semanas, y Conrado no se acostumbraba todavía á ver á Pepita. No era la misma dos dias seguidos; parecia que cada vez se renovaba. Conrado tenia las mas amistosas confianzas con todas las personas de la casa; pero no le era posible conducirse del mismo modo con aquella jóven. A pesar de su método de vida, eran tan estraños el uno para el otro, como la noche en que se vieron por la vez primera. Conrado gustaba de conversar con ella, porque conocia que tenia talento ó ingenuidad, y que no era garrulista ni presumida; pero cuando hablaba con ella le parecia que se colocaba entre los dos un abismo. Pepita recibia á todo el mundo con amabilidad; pero siempre era á Conrado á quien se la ocurria menos que decir, y al parecer se apercebía tan poco de aquella diferencia, que con frecuencia le manifestaba deseos de tener mas intimidad con él.

“La vida es aquí muy fastidiosa, pensaba Conrado; quisiera que Alleck estuviese en el Kamschatka, y jamas

hubiera venido á él.” Sin embargo, no llevaba las cosas al estremo de desear que Pepita fuese estraña á Alleck, y por ningun precio hubiera querido que le dejase. Y tanto mas temia el fastidio, cuanto que nunca le habia experimentado. Ya habian sido meditados todas las tierras, y puso en práctica todos los procedimientos de economía rural; despues estableció una escuela é instaló en ella el maestro. Bien hubiera querido mudar al cura, con quien en un principio habia contado mucho para mejorar las costumbres y la moral de los habitantes; pero aquel santo varon desempeñaba sus funciones con muy poca cordura; cuidaba tan poco del alma de sus feligreses, como de los diezmos y de los hueros. Cuando Conrado le habló de mejorar la educacion de la juventud, y de hacer que fuese desapareciendo la rusticidad é ignorancia de los aldeanos, aprobó su proyecto riéndose, y chancándose sobre las ventajas de semejante empresa. Al domingo siguiente le declamó contra los sectarios, los anabaptistas, ateos, arrianos, sociarios, y demas que trataban de destruir la religion con sus supuestas reformas.

Los habitantes de Alleck se hallaban de acuerdo con su párroco: su religion consistia mas bien en el temor al demonio que en el amor de Dios. En materia de economía doméstica y rural, seguan la rutina de sus padres, que segun decian, sabian tanto ó mas que ellos por manera que todos eran igualmente pobres. Se alimentaban con patatas, bebían agua de pozo, habitaban en casas infectas, mezclados con las vienas que estaban muriéndose de fiascas, y con sus hijos cobardes de harapos. Eran poco complacientes con los estrangeros, y procuraban engañarlos; hipócritas con su párroco, y bajos y adulesores con los individuos de la casa señorial; entre sí, rencorosos, envidiosos, calumniadores, altaneros y mentirosos: tales eran sus costumbres.

Conrado conoció bien pronto el to-

no que debia usar con semejante clase de gente; mandó reducir á prisión á una docena de ellos por faltas que habian cometido, y desde aquel instante le miraron como un hombre superior. En cuanto fué adquiriéndose confianza, no tuvo dificultad en llevar á cabo sus proyectos. Primero trató hacer entender á sus subordinados que debían observar órden y buena conducta, porque parecían unos mandilgos, con los vestidos llenos de agujeros; entonces se acordó de la educacion que recibiera de su venerable padre adoptivo, y de la anecdota del anciano caballero de la peluca blanca.

A escepcion de la costurera del lugar, no habia en él una muger que supiese manejar regularmente la aguja. Lo que no sabian las madres, mal podrian aprenderlo las hijas. Cuando se rompian por primera vez sus vestidos nuevos, dejaba que el agujero se fuese haciendo mayor, y al tratar de remediar el daño, ya no era posible; así era, que sus capotes y chaquetas estaban viejos antes de tiempo; ademas la suciedad era un vicio general que producía toda especie de enfermedades. Entre los harapos se encuentran con mas frecuencia las inclinaciones bajas y los vicios groseros; ¡á cuantas acciones viles suele dar ocasion un agujero en el codoto... El llevar los codos rotos conduce á muchos vicios que no son suficientes á desarraigir las declamaciones de una cura de aldeca. Como en las clases elevadas las virtudes de las señoras dulcifican las costumbres de los hombres, del mismo modo era necesario empezar allí la reforma por las mugeres.

Así por lo menos lo pensaba Conrado. Su primer idea fué establecer una escuela de trabajo, en la cual se fuesen formando las jóvenas; pero temiendo la costurera que se le concluyesen sus medios de subsistencia, se negó á popularizar su oficio. La costurera, pues, á pesar de los elogios que su marido prodigaba á la ídola del señor juez, alegó que le faltaba tiem-

po para dedicarse á la educacion de las niñas. El domingo siguiente, los vecinos del pueblo oyeron un vehemente sermón contra los ateos, anabaptistas, arrianos y otras gentes *opuzden furoris*, que querian introducir una escuela de trabajo en la poblacion.

En aquel momento Zopyro se levantó y fué con aire triste y fatigado á apoyar el hocico en las rodillas de su ama.

—Amigo, ya te comprendo; dijo pasando la mano por el lomo del hermoso animal, vienes á preverirme que has llegado ya la hora de retirarnos. Buenas noches, señores, hasta mañana.

Los amigos se dieron la mano, y se separaron.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

Al otro día, Jorge volvió á comenzar su relacion en estos términos:

Conrado se consolaba de los disgustos de su corazón entre el reducido círculo de personas que se sentaban con él á la mesa. Pepita le escuchaba siempre con grande atencion, aprobaba vivamente cuanto decía, y le rogaba que le eligiese para maestra de su nueva escuela.

—No es bastante saber manejar la aguja, decía la señora Walter; necesito que tambien sepan cultivar su huerto, ni cuidar de su cocina; vamos á despedir á nuestros cocineros, y recibiremos en su lugar á las hijas de nuestros convecinos; yo seré su maestra en materias de horticultura y de cocina. En cuanto á lo demas, hay un medio muy fácil: una recompensa ligera, un sombrero de paja y un delantal nuevo, excitarán maravillosamente el celo, que conservarán el gusto del adorno y un poco de vanidad, porque sin la vanidad de las mugeres no esperéis nada de los hombres: el amor de la hermosura es el origen de cuanto bueno hacen. La belleza los

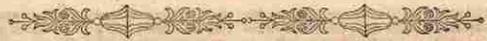
suaviza; intereseinos á su corazón haciéndole por su parte mas débil, hagamos bonitas á nuestras aldeanas, y los aldeanos se trasformarán fácilmente.

Así se expresaba sobre este asunto la señora Walter con su amabilidad acostumbrada. Conrado dirigia de soslayo timidas miradas á Pepita; esta las habia notado, y hubiera podido leer en su semblante cuán cierto era lo que decía su madre; pero parecia que no habia comprendido nada de aquella excelente plástica; desearedaba una madeja de hilo haciendo caricias al grave administrador. Conrado jamas habia tenido semejante dicha; Pepita amaba al parecer al administrador, en el paseo se apoderaba de su brazo, y Conrado por lo comun ofrecia el suyo á la mamá.

Las escuelas de horticultura, costura y cocinas, quedaron bien pronto organizadas. Las maestras eran infatigables, y las jóvenes de la aldea, en cuanto oyeron hablar de cintas encarnadas, sombreros de paja y delantales nuevos, quisieron llegar á ser maestras en economia doméstica. En vano se enfurecia el párroco con los arrianos; las jóvenes cosian, los niños se instruian, y todo iba perfectísimamente.

Solo Conrado no estaba bien: mientras todos los habitantes trabajaban en reparar los agujeros de los codos, él tenia uno enorme, y no sabia cómo taparlo. Desde entonces se alejó cuanto le fué posible de Pepita, y rara vez se aprovechó de los ratos de sociedad: los libros volvieron á recobrar para él su perdido atractivo: multiplicaba sus proyectos para mejorar las posesiones de su principal, y para sostener los derechos de Mr. de Wallenroth, siguió por sí mismo un litigio que le obligaba á ausentarse con frecuencia de Alleck. En fin, hizo cuanto estaba de su parte para restablecer el equilibrio; pero no consiguió su objeto mas que á medias.

(Continuará.)



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

(CONTINUA.)

Cuando tal cosa decimos, no es nuestro ánimo, ni oponernos al progreso, ni negar las ventajas, ni rechazar la aplicacion de las ciencias naturales y exactas: al contrario, las admiramos en sí, celebramos los inventos y grandes descubrimientos que se han hecho; y si algo deseamos, si algo pedimos, es la gratitud para sus autoras y la inmortalidad para sus nombres; y que esos inventos, esos adelantos contribuyan al mayor brillo de las artes, á la cultura de los pueblos, al encanto, á la belleza, y si se quiere, hasta al refinamiento de la moderna civilizacion. Porque al pasar al través del siglo XIX, jamas le daremos una mirada desdeñosa y de desprecio; y si fijáremos nuestra vista, y si eleváremos nuestra contemplanion á las grandes y monumentales obras que por doquiera se levantan, y que atestan su grandor, su poder, la animacion y la

vida que es el carácter distintivo de esta época; porque tambien nos entusiasman, nos arrebatan esos caminos de hierro, esos telégrafos, esos barcos de vapor, esa maquinaria, esa rapidez en el comercio, esa celeridad en todas las comunicaciones, ese génio de actividad, de invencion y de trabajo que por todas partes corre, á todo se lanza, á todo se precipita; porque aunque dejarémos caer palabras frias y amargas sobre este siglo, por su espíritu dissipado, y por su carácter ligero, que ha sustituido á la dignidad, á la magestad, y á la gravedad de los tiempos antiguos; aunque censuráremos su indiferencia, ya que ha cesado el desprecio por las ciencias sublimes de la religion y del alma; tambien haremos justicia en lo que la merezca, tambien le rendiremos un homenaje por lo que tiene de alto, de noble y sorprendente; tambien celebraremos sus maravillas, increíbles en otros tiempos; tambien euloreáremos, si merecer es, en obsequio suyo, un cántico de admiracion y de alabanza.

Hasta de ahora hemos hecho un breve y rapidísimo exámen de las doctrinas, ora considerada en sus diversas especies, y en la diferencia que entre sí las separa, ora atendida su relación é influjo con la sociedad, de lo que especialmente nos ocupamos en los números anteriores. Y bien preciso es saber su influencia actual, su influencia é imperio en los tiempos modernos, el ascendiente que tienen las doctrinas

nas sobre esa civilización tan rica, tan variada, y sobre todo, tan deslumbrante y bulliciosa. Para ello, y á fin de que el cuadro sea completo, y el punto de vista tal como debe ser, después de fijada la consideración sobre las doctrinas en sí, necesario es fijarla también: primero, sobre el estado actual de la sociedad; segundo, sobre la situación de los espíritus. Elevando el pensamiento á tal altura, es como alcanzaremos á ver y distinguir las relaciones verdaderas entre las doctrinas y los estados, y el grado de influjo que ejercen aquellas sobre la marcha de los pueblos y el espíritu de los hombres.

Las sociedades modernas vistas mayormente en aquella parte, que es en cierto modo el foco de luz, el centro de la civilización, y el punto de donde parte el movimiento general; como en Europa la Francia, y en la América los Estados-Unidos, presentan tres grandes caracteres, tres fases, que es preciso conocer y debidamente apreciar. Estos caracteres, en lo que concierne y atañe al objeto de que nos ocupamos, son: primero, la extensión de conocimientos e ideas sobre la superficie social; segundo, el dominio de la inteligencia; tercero, la falta de autoritarismo.

El primer caracter que presentan los tiempos modernos en la extensión, la grande é incommensurable extensión de ideas, el desenvolvimiento, digámoslo así, de conocimientos sobre la sociedad; fenómeno peregrino, espectáculo verdaderamente nuevo; ya que en ninguno de los tiempos pasados, ni en los estados antiguos, ni en las repúblicas griegas, ni en la romana, ni en el imperio, ni en la edad media, ni en la restauración, ni en el mismo siglo XVIII, se descubra, se ve esa inmensidad de gentes que piensan, y que leen aun mas que piensan sobre todas las materias, especialmente sociales y políticas. Hechas algunas excepciones, la lectura liviana, si se quiere, rápida, con frecuencia inútil,

si es que no perjudicial muchas veces, ya por el modo con que se hace, ya por la incomprendibilidad y elevación de los objetos, es el alimento de todos los espíritus, es una necesidad, es el placer, el lujo de los tiempos modernos. No leen, y forman su juicio sobre los altos y sabios estudios aquellos hombres, que consumen sus vigiliadas en vida en la meditación y el estudio, saliendo no pocas veces de dentro de su gabinete con la modesta duda y la tímida desconfianza; sino que leen también y dan su fallo las clases altas, las clases medias, hasta la clase proletaria, hasta las mugeres de cuyo seno salen no pocas escritoras, hasta aquellos mancebos, cuyos espíritus no están nutridos, ni con el pasto de las ideas ni con el saludable jugo de la experiencia.

No es difícil adivinar la causa de este hecho universal, y que tanto distingue las sociedades pasadas de la presente, ya en cuanto á la fisonomía que muestran, ya relativamente á los acontecimientos que se verifican. He las aquí en nuestro entender. La imprenta, el periodismo, la democracia, la civilización, y aun mas que la civilización la cultura, que durante é iluminando en otros tiempos los puntos mas altos de los estados, descendió lentamente de las clases altas á las medias, se derrama ahora sobre las clases bajas, se extiende y va cubriendo gran parte de las llanuras sociales.

En cuanto al periodismo; el hecho no puede ser, ni mas indigente ni mas ostensible; así que, por lo que cumple á nuestro propósito, bastanos consignarlo aquí, puesto que lo tenemos reservado algunas de las páginas de nuestro periódico, en las que, al paso que señalaremos su carácter, procuraremos descubrir las rápidas y continuas impresiones que causa, y los efectos que sobre la sociedad y los espíritus su acción constante produce.

Inútil es probar que las tendencias democráticas de la Europa, que se de-

jaron ver enérgicas y poderosas, especialmente en la Gran-Bretaña desde el adelantamiento de los Stuards al trono de aquel reino, y que acabaron con la expulsión de esa dinastía, y que se pronunciaron en Francia al mismo instante que Luis XIV descendió á la tumba, y que tomando de día en día creces, y siendo siempre mas recias é impetuosas, acabaron tambien con la rama primogénita de los Borbones; continúan aun vivas en nuestros tiempos, puesto que sus resultas son no menos generales que evidentes, y fácil es encontrar por do quiera señales de sus triunfos y de su poder.

Pues bien: cuando el espíritu democrático se inocula en las entrañas de la sociedad, cuando la democracia procura conquistar ó ha conquistado el mando, influye en los destinos de los estados, y goza de los beneficios de otras clases, la vereis comunmente que lee, la vereis que busca los principios que justifican sus pretensiones, y la enseñanza de los medios que pueden hacerlas realizables. Así los plebeyos buscaban y leían en Roma la ciencia del derecho, ciencia que en cierto modo era el instrumento del poder, y que daba mucha consideración é influjo; así los republicanos de Milton y de Cromwel leían la Biblia, así los proletarios de Francia leen el Abate Le-Mennais; así las clases bajas de la América del Norte leen los dogmas de igualdad y las utopías de reforma general que les enseñan y presentan; los delirantes socialistas de aquel país, así vereis aquí, en esta misma capital, como la clase jornalera lee tambien y comenta á su modo, siquiera en los periódicos, en medio de sus fiestas y numerosas reuniones, los derechos de asociación y los principios de los gobiernos, celebrando á estos, censurando á aquellos, y fallando sobre materias incomprensibles no pocas veces á los hombres de mediano talento é instrucción regular.

Pasemos á exponer el otro carácter que presentan las sociedades moder-

tas, al menos aquellas que derraman la luz y dan el impulso. Este, como hemos dicho, es el dominio de la inteligencia, hecho que señala una época hasta cierto punto nueva, y de la que no es fácil hallar un tipo que seguir y un modelo que imitar, ni en las naciones antiguas, ni en ningunas otras sociedades.

El poder y la inteligencia casi siempre han andado juntos enlazados por las mismas vías, y aunque ha habido épocas en que, quebrantándose el bello concierto y la dichosa armonía, que su union crea, la inteligencia y el poder se han dividido y hasta han luchado entre sí, épocas en que por esto mismo, por esta separación sacrílega, han sido funestas, tristísimas, espantosas como el desórden, duras como la opresión, crueles como la tiranía; con todo, por el curso de los acontecimientos, por la influencia de los tiempos, por la fuerza de los designios, y sobre todo, por efecto de aquella ley providencial, que hace, que aun después de los mas recios vaireses y generales trastornos; aun después de aquellos momentos, en que se eclipsa el orden en los estados y se anega la esperanza en los corazones; se asienten al cabo las cosas en su lugar, recobren las instituciones su nivel, y las sociedades su aplomo; la inteligencia y el poder se han acercado después de su separación, se han unido cuando estaban divididos; acabando con hacer paces, y dadas, digámoslo así, un ósculo de conciliación y amistad, ó porque el poder ha llamado así á su lado á la inteligencia.

Los hechos en la historia de los pueblos salen equi al paso, cobrantes todos y poderosos. Sin embargo, únicamente concurren dos, que son en verdad dos grandes cuadros, y uno de ellos un espectáculo alto, grandioso, sublime; en medio de tantos espectáculos como nos ofrece el mundo, en medio de su riqueza y variedad.

(Continuará.)

FANTASIA.

UNA ILUSION.

(CONCLUYE.)

Vive, vivo aun, que aun te restará alguna sagrada mision que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno, vive y no atentes contra el hilo de tus dias que solo es dado cortar al que generoso te los otorgó.

—Y de qué mision puede estar encargada mi triste é inútil existencia?

Mira, arroja una mirada á ese mundo que ahora gira bajo tus plantas. ¿Quieres morir preguntando cual es tu mision? Pues bien, mira: crees que no te alcanzan dolores que mitigar, penas que adormecer, lágrimas que enjugar, suspiros y ayes á que procurar consuelo? Inútil apellidos en existencia, porque conoces y envidias la de otro mundo mejor! ¡Ah! vive, vive porque te lo orlano yo en nombre del Señor, y siempre á mis mandamientos sumiso fatíste.

—Mira, contempla; no ves aquel anciano que encorvado bajo el rudo peso de la decrepitud, sin mas sosten que su débil báculo, aherido de frio, cubierto apenas su mortal esqueleto de asquerosos arropes, se arrastra penosamente por el suelo en la mas cruel de las agonias? Pues bien! aquel es una victima de la ingratitude de los hombres; es un miserable despojo de la mas sublime de las grandezas, es el simbolo de las inconsecuencias mundanales. Fué un aplaudido héroe en su juventud; la velleitosa fortuna le abrumó con la profusion de los dones, y ahora, contémpale bien, es un héroe de sufrimiento y resignacion, es un mártir, y tú aun puedes ser su apo-

yo hasta que la verja losa cubra, para siempre su escasa sombra; aun tienes un deber que cumplir, un dolor que mitigar.

Mira, no ves aquella tierna virgen que se deshace en lágrimas de amargura porque le falta hasta el agua que generosa brota del manantial, para humedecer compasiva las desecadas lábios de su moribunda madre, que la tiende su pálida y descarnada mano implorándola con apagado y sepulcral acento? La vez á punto de sucumbir á la mas pérdida seducción, á la seducción que con vil tráfico comercia con las caloridades y miserias de la vida, por llevar al helado lecho de la autora de sus dias, la redoma que aun puede prolongar un momento su existencia, pues bien, esa virgen, que quizá dentro de breves instantes solo te inspirará desprecio y repugnancia, hasta en el mas ardiente acceso de tus pasiones, aun puede ser amante apasionada, esposa feliz y madre tierna que cuidado se desvela por sus hijos. ¡Ah! Se su protector, aun puedes salvarla de la zashalva pendiente del insondable torrente que ante sus ojos se presente, aun puedes salvarla del baldon, y el ultrage con que va precipitada á manchar su blanca y pura investidura, aun te resta un deber que cumplir, una pena que adormecer!

¡Ah! descubre el velo que cubre y empaña tu deslumbrada vista; mira aquel huérfano niño que llorando de puerta en puerta mendiga un asilo donde rebogar su inocencia; mira cual se lamenta porque el orgullo del poderoso le rechaza con depresiva sonrisa, porque le niega aun el pan acibarado de la odiosa erbidumbre, porque insulta la desgracia en su mas candorosa é inocente expresion. Pues ese niño, desvalido y sin consuelo; sin que adormezca su sueño, el calor del regazo maternal, sin tener quien exprese sus sencillas voluntades, ni á quien comunicar amoroso sus primeras impresiones, ese niño que pudiera llegar un dia en que su nombre repitiera la pos-

teridad agradecida, por su valor, por su virtud, ó porque atrevido adivinara los arcanos que encierran las entrañas de la tierra, ese niño abandonado y sin amparo, creará sin direccion cual alfrete arbusto que nació en lo mas retirado de la selva, cual ignorado arroyuelo que gira sus cristalinas aguas á merced de su capricho, sin cauce que las contenga, y cuando desarrolladas sus naturales inclinaciones, sin el freno de la educacion, se desborden y adquieran forma, entonces, en lugar de un hombre á quien la sociedad eleve himnos de reconocimiento, deplorará quizá estúpida sus inauditos crímenes, los referirá aterrada; y en vez de monumentos contruidos para recordar su gloria, erigirá públicamente calzados para castigar sus vicios. Aun preguntará cual es tu mision, aun te quedan lágrimas que enjugar, ayes y suspiros á que procurar consuelo! Rehusarás aun dar crédito á los lábios de tu estrella!

—No, nunca, nunca dudes de tu sinceridad; vivirá, vivirá si, tanto cuanto haya un desgraciado que reclame mi auxilio y hasta que llegue venturoso el dia en que nuestras almas se reunan para toda una eternidad.

—De esa suerte te harás acreedor á impetrar la clemencia divina, mas atiendo; aquí tienen su asiento las virtudes, la paz, la calma y la felicidad; allí bajo solo impera la vileza y la ruidad mas execrable, allí moran los vicios, la guerra, la ambicion y todas las misorias concentradas. Desciende de nuevo al mundo, mi desvalio te acompañará incansante, yo te cubriré con mi poderosa égida; mas guarda te confundirte con aquel cuyo desvalio cifra en encender cruda guerra entre sus hermanos, con el ambicioso que sediento de honores y riqueza; aspira sin considerar los medios que emplea, á la posesion del ideal que le trazan sus designios; no te confundas, mira con aquel que jurando una eterna amistad, solo espera un momento favorable en que hundirte su puñal en

el seno, con que prodigando su lisonjero labio alabanzas sin fin, te vende sin piedad al primer adventizo que le ofrece un puñado de oro.

Ves como se dibujan los imperceptibles contornos del tiempo, implacable anciano, que cual fantasma sutil, corre y surge contando las edades con su aronosa medida, cual gozoso señala las victimas que á su paso le place arrebatarse, y como al misántropo habitante de los sepulcros hacina con su fiero furor el fatal y destructo resultado del veloz expedicionario! Pues bien, aprende, aprende que el mundo todo es deleznable, todo perecedero; aprende que el tiempo todo lo destruye, la muerte lo termina todo, y temerario aun, atenderás á los cortos y frágiles dias de tu vida! aún...

—No ya nada; á tu lado renace mi valor, tu celestial acento me electriza, quiero vivir si, quiero vivir á los infinitos hados desafío, que si contra mi daño conjuran sus maléficos génius, tu desde el cielo me alentarás, me inspirarás fuerza para resistirlos y perseverancia para vencerlos.

—Desciende misero mortal! no profanes con tu presencia las divinales mansiones; esclamó una voz tan terrible como el eco de la trompeta que ha de llamar al último juicio.

—Lo oyes, descender al mundo te ordena el Señor.

—No, tu pronto no, aun un momento.

—¡No! ¡A Dios! Su gran misericordia te protege; tu feliz estrella vela por tí.

—¡Ah! en vano burlas sin que antes te estreche una vez entre mis brazos, sin que por la última estreche tu dulce acento, sin que mis lábios impiumen en tu candorosa frente el sello de mi amoroso respeto, de mi delicante frenesi.

—¡Hola! demente corre por alcanzar su leve sombra, y cuando creia estrecharla contra mi seno, cuando iban á tocar mis lábios su alabastrina mejilla, el horrisimo estampado del true-

no sacudió fuertemente la ventana de mi aposento, y abriéndose hirió mi cabeza bañada de copioso sudor.

Desperté, corrí aun tras la fantástica imagen que veían mis ojos, caí al suelo, lancé un grito, y al abrirlos viérame ante la luz de los que acudieron en mi socorro, conocí con amargura que soñaba, que todo fue una ilusión, una ilusión menos... una ilusión perdida.



Parecía que Pepita apenas extrañaba su ausencia; permanecía como siempre con el alma y fría. Su madre y ella hablaban de un viaje á una población muy distante en cuanto llegase la primavera; y Pepita pensaba en el con visible íbulo: Conrado aparentaba aporbarlo. Un día recibí una carta la señora Walter; por la noche se arregló el equipaje, y se fijó la marcha para la mañana siguiente.

—Tan feliz os es, querida Pepita, dejar á nuestro pacífico Alleck!... le dijo Conrado.

—Alleck se encuentra para mí en todas partes, le contestó sonriéndose.

—Lo creo habiéndola os parece que no merece la pena de pensar en nosotros.

—Eso no la decís seguramente con verdad. Mecuestu mucho sentimiento abandonar mis flores y mi escuela; pero qué son cuatro semanas? He prometido traer alguna cesta de gusto á la más aplicada de mis discípulas.

—Y que me dareis á mí añadió tomando la mano de la jóven, y estre-

chándola entre las suyas al tiempo mismo que fijaba en ella sus miradas. Ella le respondió riéndose:

—¡A vos, Mr. Eck! si cuidais mis flores, tendreis una regadera nueva.

Dichas estas palabras se fué dando saltos, y Conrado quedó confundido. Despidiéndose de la señora Walter, y luego salió al campo para no presenciar la marcha de Pepita.

En su camino solo veía á la naturaleza y á la risueña primavera, como á través de una niebla; todo era para él inanimado é insignificante; el árbol no presentaba á su conturbada vista mas que un pedazo de madera verde; el ruiseñor no era mas que un pájaro silbador, y el lago rodeado de bosques y colinas por la parte del mediodía, mas que un gran depósito de agua; le parecía que el mundo no tenia frescura ni novedad, cual si fuese un vestido viejo; la poesía misma no era capaz de exaltar su imaginación tanto como hubiera deseado; encontraba á los cantores de la naturaleza un poco fastidiosos, y á los del amor locos.

—¡Ah!... repeta á menudo, la causa de todo esto se halla en ti mismo... ¡Conrado!... ¡Conrado!... Tú tienes en el codo el mayor agujero de este mundo... Conocia su mal perfectamente.

Aquellas cuatro semanas le parecieron cuatro años; ma- por fin volvieron Pepita y su madre. Conrado se habia propuesto mirarla con una indiferencia igual á la suya, y aquella resolución habia difundido una especie de calma en su corazón. Pero aquella linda jóven estaba más encantadora que nunca, y manifestaba tanto gozo por haber regresado á Alleck!... Dirigió á Conrado una mirada en la que descubria toda su alma, le alargó firmemente la mano, hizo lo mismo con el administrador que salía de la casa para ayudarla á bajar del carruaje, se arrojó á su cuello, lo abrazó y comenzó á llorar.

Conrado observó todo aquello rápidamente, y pudo absortio: deslizo-

hasta su corazón una cosa ardiente, abrazadora como un veneno.

Una mañana, cuando toda la familia estaba tomando el desayuno, entró en la habitación un correo extraordinario que enviaba con una carta el banquero Schmid. Conrado se puso pálido al leerla, sus amigos le miraban silenciosos, porque ignoraban lo que le habia mudar de color. Despidió al correo, se subió á su cuarto, se encerró en él, y no se presentó en la mesa al medio día. La señora Walter le llevó la comida, como él habia pedido, para no interrumpir su trabajo. Entró pausadamente, y aunque no hizo pregunta alguna, se notaba en sus facciones un poco de inquietud.

Conrado comprendió aquel lenguaje, y tomó la mano de la esciente y bondadosa señora.

—Marcho mañana al rayar el día, le dijo, viene á Alleck un nuevo juez. Os doy mil gracias por vuestra amistad... no puedo deciros mas ahora.

—¿Qué?... ¿no dejais, exclamó la señora Walter; acaso para siempre!...

—Probablemente.

—¡Gran Dios!... ¿Por qué?... Mr. de Wallenroth puede...

—No me preguntéis mas en el día... La señora Walter se retiró taciturna y llorosa; Conrado prosiguió su trabajo. Habia tomado su resolución; conocia en la ciudad á un jóven jurisconsulto de mucho talento, y le eligió por su sucesor, previa la aprobación de Mr. Wallenroth. Dejó por escrito instrucciones detalladas sobre los asuntos pendientes al nuevo juez y al administrador, y al ponerse el sol empaquetó los objetos que le parecieron indispensables porque se proponia hacer un viaje á la Italia.

Mr. Schmid le embiaba una carta que Mr. Marbel le habia escrito desde Benarés; en ella le decia que habia sido despojado de sus bienes, á los que tenia derechos indisputables; que su posición era la mas apurada; que no podía ni pagar un abogado para seguir el litigio, ni vivir en semejante

situación; que ya habiera regresado á Europa; pero que le faltaba dinero para el viaje; y que aun cuando se habia con deseos de trabajar, era ya demasiado viejo y estaba muy débil y poco familiarizado con la lengua inglesa. Rogaba, pues, á Mr. Schmid, que se informase del paradero de Conrado Eck, á quien habia educado; que le hiciese saber su triste suerte; y le dijese que su única esperanza se cifraba en él. Mr. Schmid, le escribió, pues, preguntándole si iria á reunirse con Mr. Marbel, seguir su litigio, y prolongar los días de un anciano con su trabajo corporal é intelectual; y que en caso de que se decidiese á partir, estaba autorizado por Mr. Marbel para suministrarle el dinero necesario para el viaje, á buena cuenta de los doscientos linceos que le habia entregado para un establecimiento.

—Es posible, (asi concluia la carta) que Conrado no venga; tal vez no podreis descubrir en donde se encuentra, ó quizá ya no exista. Entonces os suplico que os compadezcáis de mí, recordéis nuestra antigua amistad, y me envíeis algun dinero; con poco tengo suficiente para el corto número de años que me restan de vida."

A este triste carta, añadió Mr. Schmid, algunas líneas que decian en sustancia:

—No os inquietéis, mi querido juez, por la suerte del buen Marbel, pues haré cualquier cosa en su obsequio, aun cuando no sea mas que por nuestra antigua amistad. No digo que desis á Allek para correr á las Indias en busca de ese anciano (quién sabe si le allardis con vida) á sostener un litigio infructuoso, y á proporcionarle con vuestro trabajo de carpintero los medios de que carece. No conozco como ese buen hombre se ha atraído estas desgracias. Ahora debé tener sesenta y uno ó sesenta y dos años; las pesadumbres y los negocios frustrados le habrán verosísimamente envejecido. Lo que sobre todo os impide el acceder á sus deseos es el tratado

que habeis celebrado con Mr. de Walleroli, que en este momento se encuentra en Ratisbona, en donde probablemente permanecerá hasta el día 20 del corriente. Con él debe arreglarse este negocio, porque solo él tiene el derecho de dispensaros de vuestros deberes: un hombre de honor, como vos, jamás falta á su palabra. Hasta tanto, os será fácil caviar á Mr. Marbel algun dinero, y estoy pronto á remitiroslo en una letra de cambio girada á Benares. Si tal es vuestro ánimo, os suplico me indiquéis la suma que le destináis, porque no hay que perder un momento. Al mismo tiempo podría decir á Marbel que ignora vuestro paradero, y esta excusa sería suficiente. . .

—Mr. Schmidt esclama Conrado con lánio tembloroso y los ojos llenos de lágrimas: Mr. Schmidt! esis un malvado á la moda, y un hombre vil, bajo un aspecto engañoso, como lo son la mayor parte de las gentes virtuosas de nuestros dias. Soy el hijo de Marbel, soy se deudor, puesto que él me ha hecho hombre. Ya Conrado, marcha á la India, ve á socorrer á tu padre.

Conrado puso al administrador al corriente de los negocios mas idispensables, para que no sufriesen retraso con su precipitada partida.

—Voy á Ratisbona, le dijo, para despedirme de Mr. de Walleroli, y rogarle se sirva nombrar otro juez.

Cuando Conrado entro en la habitación comun, la señora Walter deciamaba copioso llanto, y Pepita se hallaba sentada en uno de los ángulos, triste y silenciosa.

—Os hallais decidido irrevocablemente? preguntó la señora Walter.

—Seguramente, me es preciso partir, y quizá para siempre. Marcho á la India.

—¿A la India! . . . esclamó la señora Walter.

Y al momento Pepita se puso pálida como la muerte, se le cayó la calceta, y sus manos quedaron yertas sobre sus rodillas.

Conrado, demasiado dominado por la idea de la desgracia de su padre, no fijó la atencion en la jóven, no la vió semejante á una azucena doblada, apoyada sobre un canapé, sin fuerza, sin voz, sin lágrimas, fijando en él sus ojos lánguidos y moribundos. Conrado repasaba en su memoria sus relaciones con Mr. Marbel, las desgracias de su bienhechor, el perulicioso consejo de Mr. Schmidt, y su resolucion de cumplir con su deber hasta el último estremo.

—No es verdad decia para sí: sería un monstruo si permaneciese en Alleeck, aun cuando estuviese aquí el mismo cielo, y la muerte allí abajo... en el fondo de los mares. . .

—Eso es arriesgarse sobre manera, decia el administrador.

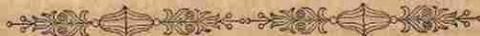
—No, contestó la señora Walter sollozando, está bien hecho. . . pero tal vez apresurais demasiado la ejecucion de vuestro proyecto. Si lo retardaseis, aunque no fuese mas que un dia, el mejor consejero suele ser la noche. . .

Y fijó sus miradas en Pepita, cuya palidez iba cada vez en aumento. Esta reunió las pocas fuerzas que le quedaban, y esclamo con penetrante acento.

—Mamá, mamá, no sifiais mas su corazón: es preciso que parta: es preciso: no puede quedarse. . .

Conrado se encerró en su cuarto, se tendió sobre la cama, y la fiebre lo tuvo desvelado toda la noche. Al irray el dia, se detuvo á la puerta de la casa el estruendo que debia conmovier, y los habitantes de la aldea corrieron en tropel y le rodearon para ver y bendecir todavía una vez á su bienhechor. En el transcurso de un año Conrado se habia hecho amar de todos: era un amigo para cada uno; habia hecho en secreto mas bien del que se creia. Entouces referian por primera vez, con lágrimas en los ojos, cuantos remedios habia proporcionado aquí á los enfermos, y allí vestidos á los que estaban desnudos, pan á los hambrientos, y servido de fiador á los deudores apremiados al pago.

(Continuará.)



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

(CONTINUA.)

Sabido es lo que aconteció con la fundacion de los barbaros, al comenzar los primeros tiempos de la edad media. Ese fuerte y espantoso huracán, ese soplo helado y terrible, venido de las regiones del Norte, apagó todas las luces de la sociedad civil, que en la debilidad del imperio, y en la agonía y languidez de la civilizacion romana, iban ya lentamente extinguéndose. Los hombres juven, digámoslo así, azarados de tan horrible catastrofe, corren de una parte á otra, para no sepultarse en aquel terremoto europeo: las instituciones, las artes, todo el rico caudal que los Estados contenian, queda amoldonado al torrente devastador de los conquistadores. Solo una sociedad llena de ardor y de celo, que en medio de sus contratiempos y desgracias, naciente pero robusta, jóven pero gallarda y dotada de prevision, recoge con preste-

za y se lleva con afán el fuego sagrado, procurando conservar dentro los claustros, y en lo interior de los monasterios salvados del primer ímpetu, la llama del entendimiento humano, débil y moribunda en medio del siglo. No busqueis la inteligencia en los Estados y naciones, no busqueis los restos dorados de la edifica pero brillante civilizacion romana: por do quiera hallareis señales de destruccion y de barbarie; por do quiera vereis la huella sangrienta que ha dejado al pasar el hijo nervudo del Septentrion. El orgullo feroz y la brutal ignorancia triunfantes, sentados en el poder, en medio de un desierto profundo y de un desquiciamiento funesto; he aquí lo que nos ofrece la negra época que plumas tan brillantes han descripto, y que nosotros no hemos hecho mas que indicar.

Pues dejad que trascurren algunos tiempos, y vereis á esos hombres que con el ascendency en su poder moral habian logrado ablandar algun tanto la dureza de los conquistadores feroces, y que se habian llevado las ciencias y conocimientos en sus santos asilos, siquiere para conservarlos, y trasmitirlos despues como un precioso depósito á la posteridad; dejad que trascurren algunos tiempos, y vereis á esos hombres, brios en los concilios, los vereis en los parlamentos, los vereis junto á los tronos, los vereis en medio de la nobleza, los vereis en el seno del pueblo, los vereis influyendo en la sociedad,

los vereis dirigiendo el mundo. Ellos ademas de su virtud, eran mas inteligentes y sabios, que las demas clases del Estado, rebundidas en las tinieblas y agitados en el caos. Por esto necesariamente mantuvieron, y la accion de su poder fué igualmente legitima que eficaz, no menos general que saludable; ya que es una ley de la humanidad contraria por la historia, que la groseria se someta á la cultura, la barbarie á la civilizacion, y que la ignorancia acabe por renadir parias y prestar homenaje á la inteligencia y al saber.

Una clase existia separada en las profundidades y abismos de las anarquias feudales. Grande por su número, escasa por su importancia, oscura por su origen, baja por su nacimiento, humilde por su profesion, azotada por la nobleza, levantada por mano de los reyes, sostenida por el clero, colocada insensiblemente en un campo mas vasto y elevado en una posicion mas alta, que por medio de los otros elementos que adquiere y de la fortuna que penosamente hace, empieza á respirar de la opresion que la ahogaba, se siente con bríos, y va cobrando siempre mas fuerzas, y que despues de mucho tiempo y al través de mil revoluciones sociales, llega el siglo XVIII con una pujanza, con un granjear, con un orgullo, que inspira vivas rebelas á las mismas clases de las que algun dia fueron esclava, y que pretende ser sobera; que habla con altivez á los monarcas, y mira con desprecio á los nobles; que amenaza primero y acaba por destruir las mismas instituciones que un tiempo se arrimaba cuando era debil y sin defensa, para que le sirviesen de protección y de escudo. Esta clase es la clase media.

Un concurso de circunstancias que seria difícil explicar y largo de desenvolver, han llevado á esta clase camino por via de allexion mas ó menos de fuerza, y en adelante, á las revoluciones humanas. En su totalidad representan la inteligencia; ya que la inteligencia vive y especialmente se desenvuelve en su seno, ya que de dentro ella salen los hambres mas ilustrados y esclarecidos. Dirigid la vista sobre la tierra, desparramad vuestras miradas sobre una gran parte de la Europa; ¡qué clase especialmente influye sobre los pueblos! La clase media, los hombres nacidos en la clase media.

Si en Inglaterra hay todavia una nobleza llena de recuerdos antiguos y de pretensiones exageradas, robusta de sí y grandemente poderosa para detener el movimiento y cortar el ímpetu que se dirige á la abolicion de sus fueros y de sus antiguos privilegios, es que la nobleza de la Gran-Bretaña, aunque fofada en su origen, no lo es especialmente en sus caracteres; es que se ha asociado mas ó menos al espíritu y civilizacion de los tiempos modernos; aquella alta aristocracia es hija é inteligente, y posee por lo tanto los títulos mas hábiles del poder, y tiene los medios que dan ascendiente en la sociedad y aseguran el dominio de las naciones.

Queda, pues, sentado como un hecho incontestable, que en donde han movido la inteligencia y el saber, allí han gravitado y allí se han acercado, allí han ido á parar mas ó menos tarde el influjo y el mando; como que hay entre esos poderes el poder sobre las naciones y el poder de la inteligencia, una accion oculta, pero viva, pero eficaz, pero constante, como que tiene en sí mismo por síla especie de atraccion, incomprendible á veces y misteriosa, mas que en realidad existe, y cuya fuerza, admirable y puramente natural, se dejan ver, así en el desarrollo de las pequeñas familias, como en el seno de los grandes Estados.

Fácil es reconocer lo que mas ó menos tarde sucederá en esta España, inundada de emigrados, y que despues de tantas oscilaciones y vacilaciones como ha sufrido para llegar á las revoluciones, la constitucion de sus intereses, la armonia de todos los derechos, el natural sosten y equilibrio de todos los poderes, se ve ahora constituida,

como para devorar un nuevo infortunio y la última de sus humillaciones, á presenciar el grande escándalo que le ofrece el actual ó impio divorcio entre la inteligencia y el poder. Si la inteligencia ha sido lanzada de todos los puestos, de los escaños del mando, del parlamento, de la magistratura, se la ha despojado de sus nobles atributos, se la ha impedido el ejercicio de sus augustas funciones; mas ella no ha renunciado á sus derechos, ni puede renunciar aunque tal cosa intentase; la inteligencia murmura, protesta en su desierto, se exhala en justas quejas, brama por medio de la prensa, se insurrecciona, díganlo así, y no hay que dudarlo, el porvenir es suyo, irremisiblemente suyo. Hoy grita desde el fondo, y día ha de venir en que rolará á la cumbre del Estado. Estos son los destinos que acá en el mundo le ha señalado la Providencia; así lo hallamos escrito en el gran libro de la historia y de la humanidad.

Mas dejemos tan tristes y lúgubres consideraciones, y apartando la vista de esta tierra de desolacion y de infatunio, elevémosla otra vez á la contemplacion y exámen de la sociedad en general; ya que nuestra España, que parece estar fuera de la ley comun, como escluida ahora de la civilizacion universal, y que merced á algunos acontecimientos felices, lejos de adelantarse, velozmente retrocede, ha de participar tambien de su benéfico espíritu, aranzando por la carrera de la perfeccion.

La inteligencia en otros tiempos influyó, pero no siempre mandaba; que bien se conoce la diferencia que hay entre el influjo y el mando, entre lo que es efecto del ascendiente que se obtiene sobre los espíritus, y lo que se realiza por el ejercicio del poder. La inteligencia estaba junto á los tronos, se acercaba á las instituciones, ya para sostenerlas, ya para ser protegida y amparada por ellas. Hoy empuja la inteligencia se levanta sobre las instituciones mismas, las forceja, las

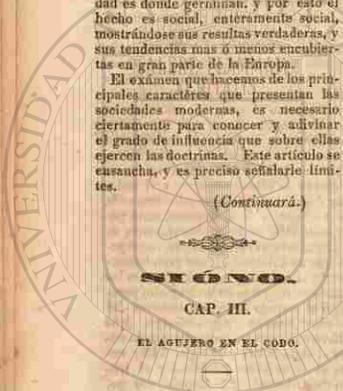
da movimiento, las comunica impulso, y cuando lo place las detiene. Ya no se contesta con ser una modesta consejera; ya no se limita en dirigir anotaciones y avisos á los reyes, en hablarles en voz mas ó menos alta, pero siempre respetuosa y humilde; sino que poseida de fiereza y orgullo, les impera, los exige, les amenaza, anuncia sus derechos, proclama en alta voz su soberanía, y tiene en cierto modo su salvo propio, independiente, encima de los sabios de los príncipes y de los monarcas. El trono de Luis XIV era un trono circiado de sabios, y junto al que, al paso que el arte desplegaba todas sus riquezas y sus pompas, despedía la inteligencia los mas vivos y gloriosos resplandores. El trono de Luis Felipe era un trono circiado de sabios tambien, y al redor del cual se agrupaba asimismo toda la inteligencia de la Francia, tanto para sostenerle en los recios vaivenes de las tormentas revolucionarias, como para que su existencia fuese grandemente útil al estado, y contribuyera en los países extranjeros su brillo y alto prestigio al respecto ó la importancia del nombre francés. Sin embargo, ¡qué diferencia, qué pasmosa diferencia entre el siglo XVII y el siglo XIX! entre el trono de los Borbones y el trono de Orleans! *El Estado soy yo*, habia dicho Luis XIV, en el desvanecimiento y arrogancia que le inspiraba su dignidad y poder. *El rey es un esclavo coronado*, ha dicho con un triste pero profundo convencimiento su amigo y entusiasta Enrique Fonfred.

De lo que se ccha de ver, que la inteligencia no manda únicamente en su propia morada, que no solo se la adora en sus templos y en sus tabernáculos, como en los liceos, academias y establecimientos de enseñanza, alcanzando su benéfico influjo á todas las clases del Estado; sino que manda tambien con orgullo, con energia en los palacios de los príncipes, en los cuerpos políticos, en todas las asambleas; en una palabra, en la sociedad.

Y cuenta que el hecho que indicamos y cuyos efectos es imposible desconocer, no nace meramente de las formas políticas, si bien que confesamos que contribuyeron mucho á la realización de tal fenómeno. Las causas de este hecho se hallan en el seno de los Estados: en el corazón de la sociedad es donde germinan, y por esto el hecho es social, enteramente social, mostrándose sus resultados verdaderos, y sus tendencias más ó menos encubiertas en gran parte de la Europa.

El examen que hacemos de los principales caracteres que presentan las sociedades modernas, es necesario ciertamente para conocer y adivinar el grado de influencia que sobre ellas ejercen las doctrinas. Este artículo se ensucna, y es preciso señalarle límites.

(Continuará.)



(CONTINUA.)

Cada padre de familia creía que él y los suyos eran á quienes Conrado más había querido y favorecido; á todos les había guardado el secreto, y solo el sentimiento común que producía su marcha, les había devuelto el uso de la palabra.

Cuando Conrado entró en el comedor para sentarse por la vez postrera á la mesa, encontró á la señora Walter y al administrador deshechos en amargo llanto. Sirvieron el desayuno, y Conrado procuró distraer su pesar. Pronto ya para partir, fué el primero que se levantó, estrechó silenciosa-

mente contra su corazón á sus dos amigos, les recomendó se acordasen de él, y salió. No tuvo ánimo para preguntar por Pepita; pero al separarse de la señora Walter volvió á tomarla la mano, y la dijo con voz cortada por los sollozos:

—Suplicad á Pepita me conserve en su memorial. . . .

Salió de la casa y se dirigió al carruaje; el administrador y la señora Walter seguían sus pasos. Toda la población, oprimida por el dolor, lloraba, suspiraba, y levantaba las manos hacía su amigo. Conrado, ya enteramente turbado, y deseando combatir su emoción, subió de un salto al carruaje, á iba á mandar partir, cuando vio á Pepita pálida, con los ojos linchados de llorar, y con la expresión del más indecible dolor; después se cubrió el rostro con las manos, y volvió á entrar en la casa precipitadamente. . . .

—Ya es media noche. . . . exclamó el coronel, que por casualidad había sacado su reloj; creía que apenas serían las diez.

—Las diez! . . . eso sería demasiado tarde para que se acostase un enfermo, dijo María con tono de autoridad doctoral. Buenas noches, y hasta mañana.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR

UN AMIGO.

—Sin duda os acordáis, dijo Jorge al día siguiente á los amigos reunidos, de la tristeza de Conrado al emprender su marcha. Había caído en el fondo del carruaje, que el postillon guiaba lentamente por un medio de la multitud. Insensible, y apoyado en uno de los rincones, cruzaba los brazos sobre su pecho, como para conservar en él el amor y el pesar, en tanto que el coche, no encontrando ya obs-

táculos, se alejaba con rapidez de Alleck.

Por la tarde llegó á W. . . y al punto corrió á casa de Mr. Schmid. Este se manifestó contento y sorprendido al verle.

—Os traigo yo mismo la respuesta á vuestra carta. . . .

—Marchar á la India. Debo demandado á mi padre: sería maldicido si le dejase abandonado á la miseria, viejo y achacosos. ¡Qué desesperacion sería la de este virtuoso anciano, si viese que tendía en vano las manos hacía mí! . . .

—Está muy bien, mi querido Eek; pero no debe hacerse nada sin reflexión: un viaje á la India no es un paseo. . . . ¿Quién os responde de que llegaréis allá! . . . ¿Encontraréis buque! . . . ¿no podéis morir en el camino. . . . y vuestra nave estrellarse ó irse á pique! . . .

—Es posible; pero cumpliré con mi deber; además, tomaré precauciones.

—Muy bien; pero si el leal y honrado Marbel, que ya es muy viejo, ha de ir con vosotros, ¿cómo se hará el viaje? ¿De qué os serviría este viaje del mundo? ¿De qué os serviría el abandonar vuestra carrera y sacrificar vuestro porvenir!

—No perderé mi carrera: la que yo sigo se llama deber. . . . retrocedería como un cobardel. . . . No; vivirá; soy joven. Dejadlo partir, os lo ruego. Dadme una letra de cambio por todo mi dinero contante, y si de buena voluntad queréis añadir alguna cosa para Mr. Marbel, me haréis un señalado servicio; yo me constituyo personalmente responsable de la suma, y os la devolveré con los intereses que exijáis, aunque para ello tenga que trabajar como un presidiario. . . .

—Está bien, está bien; pero hablémos con un poco de sangre fría. A Marbel le es seguramente indiferente el volveros á ver ó recibir bastante dinero para proseguir su pleito y regresar á Europa; dinero, y está contento;

vos le seréis completamente inútil. Ahora, decidme, ¿cuánto pensáis que debo añadir á lo que le destináis? en el día es más fácil hacer que las letras de cambio lleguen á Inglaterra, que los hombres; seguid mi consejo.

—No, caballero Schmid, no puedo. Seré más útil á mi padre que mi dinero y el vuestro. Se encuentra viejo y débil, y necesita el apoyo de un hijo que le ame, que le defienda y le sostenga. En semejante posicion, un amigo es más precioso que las barras de oro, y una palabra de consuelo es más eficaz que todos los servicios de las gentes mercenarias. No hablémos ya mas de este asunto; mañana parto para Ratisbona, entrego mis cuentas á Mr. de Wallenroth, hago dimision y le doy las gracias: es un hombre activo, y no opodrá obstáculos á mi marcha. ¿Queréis manifestaros amigo mio y de Mr. Marbel? Dadme, os suplico, una recomendacion firmada de vuestra mano; ya he experimentado cuán eficaces son para Mr. de Wallenroth.

Mr. Schmid le miró largo tiempo en silencio. Conrado, bien decidido ya, se encontraba de pié delante de él, y se conocia que lo que acababa de decir era la expresion de su corazón. El mismo banquero pareció por algunos instantes conmovido con la energia de tanto amor y reconocimiento. . . . pero en seguida trató por nuevos medios de disuadirle de su empresa.

—Es inútil. . . . gritó Conrado. Si hubiera debido adoptar otro partido, no me hubiera fallado razones para ello. Amo á una joven encantadora (ya conocéis á la señorita Juana Walter); en el momento mismo de nuestra separacion he sabido que no le era indiferente; sin embargo, mi deber es preferible á mi felicidad. Así, señor Schmid, mi letra de cambio, mi letra de cambio! . . . desee partir cuanto antes para Bonarás.

Mr. Schmid no pudo contener las lagrimas al oír expresarse á Conrado de aquel modo.

—Venid á mi corazon! . . . Evadid á Marbel semejante hijo, semejante amigo. ¡Cuántos padres son niños afortunados como él! . . . Tendría la leña de cambio que desearis, y no encontraréis ningún impedimento por parte de Wallenroth. Yo mismo quiero acompañaros á Ratisbona.

Conrado se quedó un poco sorprendido de la repentina mudanza de Mr. Schmid. Hay, decía entre sí mismo, hay pues en cada hombre, sea cual fuere el género de vida, aunque se haya endurecido en los trabajos del banco como una piedra, ó secándose como una momia, hay una chispa divina que no se apaga jamás, y que sin duda proviene del mismo soplo que vos anima. La naturaleza primitiva concluye y por desgracia en nosotros tan toda su energía; el *deber* y *hablar* mercantil no la pueden ahogar, los sistemas teológicos no la pueden falsear, la diplomacia y el arte de los equipamientos inculcársela se halla allí. . . . Indestructible. Ahora bien, nuestra naturaleza primitiva es la divinidad. . . . ¡Cuán hermoso es el ser hombre!

Conrado ya no volvió á acordarse ni de la carta del banquero, ni de los consejos que le había dado de viva voz; le perdonó todas aquellas miserias que son otras tantas traiciones desfiguradas contra la naturaleza humana, pero que suceden en la vida común; y le abrazó segunda vez, porque el principio noble, que llamamos romancesco en nuestro lenguaje usual, existía todavía en él, como también la grandeza de alma que admiramos tanto en los hombres de los tiempos antiguos, y que de la vida real ha pasado á la poesía.

A pesar de la impaciencia de Conrado, Mr. Schmid retrasó la marcha cerca de ocho días.

—No había pensado de modo alguno en acompañaros; decía el banquero; y sin embargo, ahora es preciso; mis negocios son muy numerosos para que pueda confiarlos toda una semana á manos extrañas; pero mucho

menos puedo separarme de vos. Mr. de Wallenroth ha recibido una carta mía: sabe que vamos á marchar, y nos aguarda.

—Pero, decía Conrado suspirando, cada día aumentan los peligros del Océano, y el malestar de un anciano desgraciado.

Por fin llegó el día de la partida; tomaron caballos de posta y subieron al coche. El viejo Mr. Schmid, amigo de sus comodidades, no quiso viajar de noche, y Conrado perdía el reposo y la paciencia. Mientras Mr. Schmid zombaba, escribía un diario destinado probablemente á Pepita, á quien quería enviarlo antes de abandonar las playas de Europa y hacerse á la vela para Benarés.

Llegaron á Ratisbona, y Mr. de Wallenroth no estuvo visible el primer día. Conrado no esperaba nada bueno, porque no dudaba que el señor de Allek recibía siempre al banquero. Todo aquello podía muy bien ser un plan concertado entre ambos; es cierto que Mr. Schmid volvió por la noche con semblante sereno; pero hasta esa misma tranquilidad le era sospechosa á Conrado.

Por fin, el segundo día Mr. de Wallenroth envió á los dos amigos un recado convidándolos á comer. Conrado insistió en que fuesen pronto, porque en caso de que su principal le pudiese algun obstáculo, estaba resuelto á desaparecer aquella misma noche sin importarle más.

Mr. de Wallenroth le recibió muy bien. Después de los cumplimientos acostumbrados, Conrado espuso con una viracidad febril la causa de su llegada y la necesidad de su dimisión; presentó sus cuentas y dio algunos pormenores acerca de lo que pasaba en Allek.

—Habéis, le dijo Mr. de Wallenroth, cumplido cuanto me prometisteis, y aun encendido mis deseos, meaos la última cláusula concerniente á la señora Walter; esa mujer excelente es muy desgraciada. . . y vos sois. . .

Conrado se puso encendido como un acacia.

—Yol! . . .
—Antes de ayer he recibido una carta suya; en ella me manifiesta el cariño que os profesa en la población, y lo sensible que para todas ha sido vuestra pérdida; me habla además de una joven y amable hija suya, llamada Pepita, que se va consumiendo como el aceite de una lámpara. . . .

(Continuará.)

ARIOSTO.

Ludovico Ariosto abrió sus ojos al mundo por primera vez en Módena, el día 8 de Septiembre de 1474; su padre era un noble caballero de la corte de Ferrara que sirvió en su juventud de mayordomo al duque Hercole I. y que desempeñó distintas embajadas en las cortes de Roma y Francia. Ludovico fué el primero de diez hermanos que tuvo, y desde su niñez empezó á mostrar hasta en los mas pueriles juegos de la infancia, su pasión por la poesía y sus brillantes disposiciones; componía tragedias que representaba con sus hermanos, y entre otras hizo la de *Piramo y Tisbe*. Distinguióse extraordinariamente en un colegio de Ferrara donde estudió, y apenas adolescente, pronunció para la apertura del curso una elegante allocucion que hizo concebir las mas bellas esperanzas. Su padre le obligó á que emprendiera el estudio de las leyes, y le acentuó lo que á todos los hombres y poetas de género miraba con aversion la aridez de los libros que tratan de legislación, y en delicia sin gusto, simpatías y sin capacidad á una entera que tampoco oponía á su natural inclinacion. Por

fin, despues de cinco años consiguió el paternal permiso para entregarse á su favorita pasión, á la poesía. Te-

nía entonces veinte años, y se dió á conocer por sus bellas composiciones liricas italianas y latinas, del Cardenal Hipólito de Este, hijo del duque Hercole; distinguióse el trato de Ariosto, y como reconocido en á otros talentos especiales á mas del de poeta, le colocó á su lado en calidad de gentil-hombre suyo y le encomendó diferentes comisiones delicadas; tambien Alfonso hermano de Hipólito, y que le había sucedido en el ducado, continuó dispensándole su protección.

En este tiempo fué, y en la corte de Ferrara, cuando Ariosto, rodeado de placeres y de distracciones, terminó el cabo de diez años su obra inmortal, el *Orlando furioso*. Comenzó la impresion en 1515, y la publicó en 1516; la compuso en cuarenta cantos muy distintos de los que han llegado á nuestros ojos; pero era tan superior respecto de la que hasta entonces se había publicado en este género, que elevó su reputacion poética al mas alto grado, eclipsando la de todos sus rivales. Se dio Hipólito en la necesidad de marchar á Hungría, donde le llamaba un negocio de la mayor importancia; quiso que Ariosto le acompañara, y habiéndose cansado éste con lo débil de su salud, insistiendo en permanecer en la corte, le retiró su gracia el cardenal, considerando como ofensiva su recusacion.

Permaneció Ariosto en Ferrara; pero en una situacion bastante lamentable en cuanto á fortuna, y aunque el duque Alfonso le admitió á su servicio y era generoso y despendido, nunca le recompensó como merecía.

En 1542 le nombró jefe de una parte de montuosa y salvaje de sus Estados, infestada de salteadores y maldichosores, reliquia de las facciones que habían agitado el pais; y Ariosto consiguó en poco tiempo reconciliar los espíritus y traer los súbditos á la sumision mas completa. Aquí fué donde le ocurrió una aventura con un jefe de bandidos llamado Parolione, que prefiere mejor que todo, cuan grande

era la estimación que le profesaban y el afecto que supo granjearse.

Viajando el poeta con otros seis ó siete subalternos suyos que como él iban á caballo, llegaron á un paso pedregoso, y habiendo apercibido sentados á la sombra de unos árboles á una parida de hombres armados que les parecían sospechosos, trataron de desviarse de ellos lo mas aprisa que les fué posible. Cuando se iban alejando, el jefe de la partida detuvo al último que se quedó de los que acompañaban al poeta, y le preguntó quién era su amo. Tan pronto como dijo que Ariosto, corrió Pacchione á saludarle respetuosamente pidiéndole perdón de no haberle hecho honores á su paso, y añadiendo que tenía la mayor satisfacción en ofrecerle sus servicios y tributarle el mas vivo homenaje de admiración.

No estaba satisfecho Ariosto con la primera publicación de su Orlando; no obstante el crédito que obtuvo en Italia y las repetidas ediciones que de él se hicieron, y se empleaba sin cesar en corregirlo; hizo distintos viajes para recoger el consejo y la opinión de los hombres mas esclarecidos de su época, y aprovechándose de sus avisos y de sus críticas, lo publicó de nuevo en 1532, adhiriéndose considerablemente, en esta edición y en sus cantos, y tal, en fin, como se encuentra hoy. Al improbo trabajo que le exigió esta última edición de su poema, se atribuye la enfermedad que al cabo de ocho meses de padecimientos le ocasionó la muerte á los cincuenta y nueve años de edad, el 6 de Junio de 1533; su cuerpo fué sepultado sin pompa ni aparato en la antigua iglesia de San Benito, como expresamente dejó ordenado. Durante cuarenta años permanecieron encerradas sus cenizas bajo una humilde losa, dando no se veia otro simbolo de su gloria que los versos latinos é italianos de los poetas que visitaban su tumba. En 1573 un noble ferrares discípulo de Ariosto, hizo erigir á sus expensas en la nueva iglesia

de los monges Benedictinos, un sepulcro de mármol, al que trasportó con sus propias manos los restos del gran poeta el día mismo en que se cumplia el aniversario de su muerte. Cuarenta años despues, un nieto suyo hizo construir á su memoria un monumento mas suntuoso que el primero, y en que no se sabe qué admirar antes, si la hermosura de los mármoles, la belleza de las estatuas y de las alegorias, ó el buen gusto y elegancia de la arquitectura; las cenizas fueron nuevamente trasportadas á este.

Ariosto era de elevada talla y proporcionadas formas, sus facciones eran regulares, gustaba mucho de pasear á pié, y las distracciones del ánimo que padecía, le condujeron muchas veces mas lejos de lo que proyectaba ó temia de costumbre. Así fué que en una apacible mañana del estío salió de Carpi para hacer un poco de ejercicio, y llegó á Ferrara sin advertirlo el mismo, y en trago de bota y chinelas. Su conversación era amena y su carácter franco, sin que por eso faltara nunca á la mas esquisita urbanidad; pues sus maneras y modales eran distinguidos. Sus biógrafos han convenido todos en que se hallaba dotado de las mas bellas cualidades sociales, no tenía orgullo ni ambicion; leia pocos libros, pero eran escogidos; trabajaba poco tiempo seguido, desconfiaba mucho del mérito y valor de sus producciones, corregia sus versos y los estaba corrigiendo siempre sin cesar. El cultivo de las flores era, por decirlo así, su maná; cuidaba sus jardines como sus versos, no dejando nunca de sembrar, plantar y trasplantar; apreciaba muchas veces como preciosas las yerbas mas comunes, y las miraba colorarse con una alegría casi infantil; mas aun tenia otro gusto mas pronunciado, que era el de variar la disposición de los aposentos de su casa; é hizo grabar sobre el dintel de la portada este distico latino:

Parva, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non Sordida, parva, meo sed tamen ere domus. (S. C.)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONTINUA.)

Mr. Ronald ha dicho: *la primera autoridad es la de la razon, y la última razon es la de la autoridad.* Frase igualmente profunda que verdadera, que expresa el enlace que hay entre la autoridad y la razon, y la necesidad que de ambas tienan, así el hombre como la sociedad.

Pues otro de los caracteres que se hallan este siglo, causa á la vez de la anarquía en las ideas, del escepticismo en los espíritus, de la flaqueza en las instituciones, del desconcierto en los estados, y que produce el desasosiego, el malestar y esa enfermedad gravísima que trabaja las sociedades modernas, es la falta de autoridad.

Y entendiéndose que no hablamos de la autoridad en cuanto consiste en el poder material, azorada por lo comun y dispersa, que sujeta y no convence, encadena el cuerpo, mas no reina en el

espíritu, que se hace temer, pero no respetar, y si de aquella otra autoridad que es el poder moral por excelencia, suave, fácil de ejercer, que se duerme confiado en brazos mismos de los subordinados, ese poder, simbolo del orden, representante de todas las ideas grandes, lleno de magestad y de vida, y ante el que, valiéndonos del pensamiento de un escritor ilustre, se inclina la cabeza sin que el corazón se abata.

Examinese el estado, la familia, el individuo, obsérvese lo que pasa en el orden intelectual, en el moral, en el social, en el religioso, en el político; en todos esos círculos, en todas esas regiones en que la autoridad es llamada para ejercer sus derechos y su de su poder; y siempre echaréis de ver su falta, y siempre descubriréis un grado de esceso de independencia individual.

Otra se considere aquella autoridad creada por el saber y la experiencia, que anda por lo comun cubierta de casaca, grave de sayo y respetuosa, ora se considere la que nace de una alta posición social, ó la que se presenta con las insignias mismas del poder, ya se atiende á la que se levanta en el seno de las familias, expresión de todas las ideas sencillas, la mas antigua de todas; siempre se descubrirá que la autoridad, cualquiera que sea su índole y origen, quebrantada por el ímpetu del siglo, humillada por el orgullo de la independencia individual, escarmentada no pocas veces por la multitud.

era la estimación que le profesaban y el afecto que supo granjearse.

Viajando el poeta con otros seis ó siete subalternos suyos que como él iban á caballo, llegaron á un paso pedregoso, y habiendo apercibido sentados á la sombra de unos árboles á una parida de hombres armados que les parecían sospechosos, trataron de desviarse de ellos lo mas aprisa que les fué posible. Cuando se iban alejando, el jefe de la partida detuvo al último que se quedó de los que acompañaban al poeta, y le preguntó quién era su amo. Tan pronto como dijo que Ariosto, corrió Pacchione á saludarle respetuosamente pidiéndole perdón de no haberle hecho honores á su paso, y añadiendo que tenía la mayor satisfacción en ofrecerle sus servicios y tributarle el mas vivo homenaje de admiración.

No estaba satisfecho Ariosto con la primera publicación de su Orlando; no obstante el crédito que obtuvo en Italia y las repetidas ediciones que de él se hicieron, y se empleaba sin cesar en corregirlo; hizo distintos viajes para recoger el consejo y la opinión de los hombres mas esclarecidos de su época, y aprovechándose de sus avisos y de sus críticas, lo publicó de nuevo en 1532, adhiriéndose considerablemente, en esta edición y en sus cantos, y tal, en fin, como se encuentra hoy. Al improbo trabajo que le exigió esta última edición de su poema, se atribuye la enfermedad que al cabo de ocho meses de padecimientos le ocasionó la muerte á los cincuenta y nueve años de edad, el 6 de Junio de 1533; su cuerpo fué sepultado sin pompa ni aparato en la antigua iglesia de San Benito, como expresamente dejó ordenado. Durante cuarenta años permanecieron encerradas sus cenizas bajo una humilde losa, dando no se veia otro simbolo de su gloria que los versos latinos é italianos de los poetas que visitaban su tumba. En 1573 un noble ferrares discípulo de Ariosto, hizo erigir á sus expensas en la nueva iglesia

de los monges Benedictinos, un sepulcro de mármol, al que trasportó con sus propias manos los restos del gran poeta el día mismo en que se cumplia el aniversario de su muerte. Cuarenta años despues, un nieto suyo hizo construir á su memoria un monumento mas suntuoso que el primero, y en que no se sabe qué admirar antes, si la hermosura de los mármoles, la belleza de las estatuas y de las alegorias, ó el buen gusto y elegancia de la arquitectura; las cenizas fueron nuevamente trasportadas á este.

Ariosto era de elevada talla y proporcionadas formas, sus facciones eran regulares, gustaba mucho de pasear á pié, y las distracciones del ánimo que padecía, le condujeron muchas veces mas lejos de lo que proyectaba ó temia de costumbre. Así fué que en una apacible mañana del estío salió de Carpi para hacer un poco de ejercicio, y llegó á Ferrara sin advertirlo el mismo, y en trago de bota y chinelas. Su conversación era amena y su carácter franco, sin que por eso faltara nunca á la mas esquisita urbanidad; pues sus maneras y modales eran distinguidos. Sus biógrafos han convenido todos en que se hallaba dotado de las mas bellas cualidades sociales, no tenía orgullo ni ambicion; leia pocos libros, pero eran escogidos; trabajaba poco tiempo seguido, desconfiaba mucho del mérito y valor de sus producciones, corregia sus versos y los estaba corrigiendo siempre sin cesar. El cultivo de las flores era, por decirlo así, su maná; cuidaba sus jardines como sus versos, no dejando nunca de sembrar, plantar y trasplantar; apreciaba muchas veces como preciosas las yerbas mas comunes, y las miraba colorarse con una alegría casi infantil; mas aun tenia otro gusto mas pronunciado, que era el de variar la disposición de los aposentos de su casa; é hizo grabar sobre el dintel de la portada este distico latino:

Parva, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non sordida, parva, meo sed tamen ere domus. (S. C.)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONTINUA.)

Mr. Ronald ha dicho: *la primera autoridad es la de la razon, y la última razon es la de la autoridad.* Frase igualmente profunda que verdadera, que expresa el enlace que hay entre la autoridad y la razon, y la necesidad que de ambas tienan, así el hombre como la sociedad.

Pues otro de los caracteres que señalan este siglo, causa á la vez de la anarquía en las ideas, del escepticismo en los espíritus, de la flaqueza en las instituciones, del desconcierto en los estados, y que produce el desasosiego, el malestar y esa enfermedad gravísima que trabaja las sociedades modernas, es la falta de autoridad.

Y entendiéndose que no hablamos de la autoridad en cuanto consiste en el poder material, azorada por lo comun y dispersa, que sujeta y no convence, encadena el cuerpo, mas no reina en el

espíritu, que se hace temer, pero no respetar, y si de aquella otra autoridad que es el poder moral por excelencia, suave, fácil de ejercer, que se duerme confiado en brazos mismos de los subordinados, ese poder, simbolo del orden, representante de todas las ideas grandes, lleno de magestad y de vida, y ante el que, valiéndonos del pensamiento de un escritor ilustre, se inclina la cabeza sin que el corazón se abata.

Examinese el estado, la familia, el individuo, obsérvese lo que pasa en el orden intelectual, en el moral, en el social, en el religioso, en el político; en todos esos círculos, en todas esas regiones en que la autoridad es llamada para ejercer sus derechos y su de su poder; y siempre echaréis de ver su falta, y siempre descubriréis un grado de escaseo de independencia individual.

Otra se considere aquella autoridad creada por el saber y la experiencia, que anda por lo comun cubierta de casaca, grave de sayo y respetuosa, ora se considere la que nace de una alta posición social, ó la que se presenta con las insignias mismas del poder, ya se atiende á la que se levanta en el seno de las familias, expresión de todas las ideas sencillas, la mas antigua de todas; siempre se descubrirá que la autoridad, cualquiera que sea su índole y origen, quebrantada por el ímpetu del siglo, humillada por el orgullo de la independencia individual, escarmentada no pocas veces por la multitud.

está débil, enervada, habiendo perdido, merced á mil poderosas causas, el prestigio y saludable ascendiente que en otros tiempos obviéera.

Porque, preciso es decirlo, la autoridad obrando cual cumple á sus destinos, y sin abogar con su peso la razon, es el sosten, la guía del individuo, es la trabazon, oculta, si se quiere, pero la mas fuerte que tienen las sociedades humanas. Sin autoridad, las pasiones carecen de dique, la libertad de contrapeso, la ignorancia de luz, los deseos de firmeza, la debilidad de apoyo, la sociedad de núcleo y el mundo de orden. Porque, para que las naciones adelanten, para que la familia exista, para que el individuo no se pierda, desconcertándose su entendimiento y concenrándose su corazón, no basta, no, la fuerza material; no basta, no, el azote del castigo; no basta, no, que lezcan y se agiten en este horizonte tenebroso las centellas de la razon humana; sino que es menester la autoridad, ó para hablar con mas exactitud y compendiar el pensamiento en una sola frase, es necesaria la combinacion y armonia de esos tres elementos, *la fuerza, la autoridad y la razon.*

La razon, la autoridad y la fuerza: he aquí las tres robustas columnas del edificio social. Arrancada una de estas columnas, derrivad, controvérsate una de estas bases, y notareis que el edificio tiembla, se bambolea, y advertireis que la sociedad se desploma, se pulveriza á vuestras plantas. Verdades son estas que la historia nos enseña con sus lecciones, que la experiencia nos muestra con sus ejemplos terribles.

Y tan cierto es que *la autoridad, la razon y la fuerza*, son necesarias en toda sociedad, no menos como un medio de progreso, que como una condicion de su existencia; que no cabe equitativa, ningun estado en que es unidad mayor ó menor, materializando la idea, no entren estos tres elementos.

Recorred todos los paises, entrad en el seno de cualquier familia, penetrad

en el interior de un estado, y por mas incomprendible que su situacion sea, y por peregrino y variado que se os presente el carácter de sus individuos, dóciles y sumisos los uno, altivos y rebeldes los otros, bárbaros ó civilizados, sea la sociedad jóven y brava, ó decrepita y moribunda, limitada ó extensa, pacífica ó agitada, virtuosa ó corrompida, política ó doméstica, siempre notareis que habla en voz mas ó menos alta la razon, que se levanta mas ó menos la fuerza, que obtiene mayor ó menor ascendiente la autoridad. Será esta una criatura de la ley, creada censo por la experiencia; precederá de los años ó de la posesion, mas al fin será una autoridad verdadera, é influirá en los ánimos y obrará en la sociedad de un modo distinto de la fuerza; de una manera diversa de la razon, como que la razon obra sobre el entendimiento, y la fuerza sobre el cuerpo, y la autoridad va en derechura á la cabeza y al corazón.

A veces vereis que solo la fuerza se alza, domina y comprime la sociedad. Epocas son esas de tiranía, que tiranía hay cuando la fuerza va delante, y á lo lejos y detrás la siguen, temblando y sin aliento la autoridad y la razon.

A veces vereis que la autoridad existe en las alturas del poder; pero sola, abandonada, sin que tenga á un lado la razon que amotea y la fuerza que sostiene. Epocas son estas tumultuosas y de desorden, pues hay desorden y anarquia, siempre que la autoridad carece del patrocinio de la razon y del apoyo de la fuerza.

A veces vereis que la autoridad y la fuerza siguen por un mismo camino, juntas, unidas, desdoblándose de ir con la razon; á la que desprecian, y que dejan muy atrás. Epocas son estas de inmovilidad ó retroceso, pues hay inmovilidad á serrecos siempre que la razon está privada de enseñar su perfeccionamiento al hombre, y los medios de mejorar á la sociedad.

Cada una de estas epocas está re-

presentada en la historia; en el feudalismo encontramos la primera: en la Francia del último siglo, y en los sucesos que prepararon la catástrofe del infortunado Luis XVI descubrimos la segunda, y quizás para hallar la tercera, no sería preciso remontarse muy alto en la crónica de nuestro pais.

Lo que se echa de menos en los tiempos actuales y en las sociedades mas influyentes, no es la razon, no, al contrario, por do quiera se la encuentra, por do quiera manda: Empero la razon por si sola no es bastante; mas aún, es peligrosa. La razon ilumina, si; pero tambien quema; dirige, si; pero tambien extravía; impulsa, si; pero tambien precipita; es el órgano de la verdad; pero tambien es el eco de la mendacia, es una máquina que edifica; pero tambien es un ariete que derriba.

¿Qué practicas, pues, qué se ven forzados á practicar los gobiernos para contener el ímpetu destructor y anárquico de la razon individual, para poner coto á sus pretensiones exageradas, para suplicar la autoridad? ¿Qué hacen? Aumentan la fuerza material, redoblan la vigilancia. Así es, que se presenta como un fenomeno notable, que en Francia cabalmente en la época de su mayor ilustracion, y despues de las conquistas que han hecho allí un ejército numerosísimo é imponente, y que no podais dar un paso sin

que os encontréis con un soldado ó con un agente de policía. Y ¡por que esos pasaportes, esos registros, esos trabas que detienen al hombre, y embarazan su curso en los tiempos mayormente en que mas alto se proclama su libertad? ¡Por qué ese cúmulo de fuerza, y esa multitud de precauciones que todas revelan el temor y la suspicacia? Porque falta la autoridad, y ésta de un modo á otro debe suplirse. Cuando las sociedades carecen de fuerza moral, preciso es que acudan á la fuerza material. ¡Y por qué en Alemania é Inglaterra, á pesar del grado de libertad que se disfruta en la últi-

ma, y del desarrollo de la razon que hay en la primera, existe un orden mas firme, y la sociedad no tiembla de continuo, expuesta al récio huracán de las facciones? ¿Sabeis por qué? porque la revolucion, que pasó por estos paises no combatió, no persiguió tan encarnizadamente la autoridad, no la aniquiló en todos sus órdenes, como la combatió y aniquiló en Francia: la revolucion; allí no fué tan general, tan corrosiva, tan abrasadora. En Alemania é Inglaterra, á pesar del orgullo y alviva independencia de la razon, existe y se conserva la autoridad, cubierta con el prestigio de los años y rodeada del grandor. Autoridad en el trono, autoridad en la aristocracia, autoridad en la familia, autoridad en todos los círculos, en todas las relaciones del Estado. En Inglaterra y en Alemania hay dos sociedades; una antigua, veneranda; y otra jóven, ardiente é impetuosa; pero que se muestra á veces dócil á los consejos de aquella, y que aun en su impaciencia, no falta al respeto que le inspiran su experiencia y sus años: es una madre grave al lado de su hijo, cuyo ardor templa, y cuyos ímpetus reprime. ¿Dónde hallar en Francia esta sociedad madre, esta sociedad antigua? ¡Ah! No la busquéis, murió en la revolucion.

[Concluída.]

ARIOSTO.

(CONCLUYE.)

“Reducida mansion; pero cómoda é independiente é construída solo á mis expensas.” Este último periodo no es indiferente, y prueba lo contrario de lo que han asegurado algunos escritores hablando de Ariosto, pues decian, debia esta casa á las liberalidades del rey Alfonso.

Preguntando un día á Ariosto cómo había hecho construir una casa tan sencilla cuando su imaginación le había sugerido en su orlando la descripción de tantos magníficos palacios, contestó: "Porque es mas fácil encontrar palabras que piedras." No obstante, mi crítico ha dicho, respecto de Ariosto, que no era fácil en la composición de sus poesías; que sin cesar las enmendaba, y que sus manuscritos conservados en Ferrara estaban casi ininteligibles á fuerza de correcciones. Dice además que ningún poeta moderno lo ha igualado en el género fantástico, genero en el que la imaginación encuentra mas recursos de alimentarse que en el de la apoyeya exclusivamente heroica. Ninguno ha sabido con tanta maestría como él, hermanar lo serio y gracioso con lo terrible, lo sublime con lo familiar; ninguno ha presentado en sus escenas tan grande número de personajes, de caracteres y de acciones diversas que todos conspiran á un mismo fin; ninguno mas poeta en su estilo, mas ameno en sus cuadros, mas fecundo en sus descripciones y mas exacto en la pintura de los caracteres y de las costumbres. Para compararle y preferir á otro poeta épico italiano pue rivaliza ó divide con Ariosto el primer puesto, es necesario comenzar por establecer la superioridad del género que su antagonista el Peseo escogió. Raras son las producciones que en un mismo género y comparadas entre sí, no aventaja Ariosto á su rival.

Ariosto reunia á la fecundidad de ingenio y fertilidad de invención la mas exacta precision en los detalles de sus personajes, y descubre en sus obras conocimientos profundos en la geografia. Tales son, pues, como pintamos en este pávido bosquejo, las eminentes cualidades que adornaban la privilegiada organizacion del autor del Orlando el furioso, obra que han admirado y admirarán las generaciones que se han sucedido y se sucedan, y tales son, pues, las causas porque ha excita-

do el entusiasmo de todos los pueblos y lo que ha impulsado á los hombres de diferentes naciones á emprender una fiel traduccion de esta bellísima obra maestra.



A RICARDA.

Ven á la sombra que en la margen fría nos da el sauz frondoso; recliname en mi pecho, amada mia, encanto delicioso.

Ven á la sombra, porque el sol ardiente refleja sus destellos sobre tu blanca y amorosa frente y tus rubios cabellos.

Y cual la flor que en el pensil se vece, de tinjar la blancura, con los rayos del sol desaparece, y lórruce en oscura.

Ven, y entónces sonará mi lira mas grata y armoniosa, que el canto de la tortola que espira entre la selva umbrosa.

Mas grave que el bramido del torrente que inunda el ancho prado, mas suave que el murmurio de la fuente en el bosque callado.

Tan solo cantaré de tus amores la angelica pureza, ó cantaré tambien de mis dolores la sin igual crudeza.

Ven á la orilla del sonoro rio, lindísima Ricarda, ¡oh, quiza el viento te marcheite impio, fragante flor, gallarda!

Amaina el vuelo, celestial paloma, en medio de este prado; respira de las flores el aroma al aire despedido.

Ven á gozar del bosque la frescura, á respirar la perfumada brisa, á escuchar el torroteo que murmura, á gozar mis amores indelicada.

Ven á escuchar el canto sonotoso de la turba de pájaros canoros, ora que el sol alumbrara luminoso y al universo con su luz colora.

Ven, si, Ricarda, sobre el pecho mio rechina descuidada tu cabeza, y acabe entónces mi dolor impio, y acabe entónces mi t-nax tristezza.

Respiraré tu perfumado aliento, libaré de tus lábios la ambrosia, y contigo, mi bien, siempre contento viviré sin mortal melancolia.

Tú serás el arcángel de consuelo que me guie en mi triste desamparo, como al tender la noche el negro velo al navegante el doloroso faro.

Y tú serás la fuente inagotable en donde beba mi perpétua dicha: solo mirando tu semblante afable me juzgaré contento y sin desolicha.

Y contigo, mi bien, en lazo estrecho, á mi existencia tu existencia unida, gozaré sin pesares, castitecho, cuanto pueda gozarse en esta vida. Huatusco.—RAFAEL GONZALEZ PAREZ.

Sueños y presentimientos.—Los diarios de Boston refieren varios casos de sueños realizados, que á ser ciertos, no dejarán de preocupar las imaginaciones supersticiosas que creen en visiones del otro mundo, en presentimientos y otras mil zarandajas, opuestas al sentido comun. Parece que no hace mucho que una señorita llamada Wise, soñó que su hermano había sido horriblemente estropeado, de cuyos resultados había muerto. El sueño le preocupó de tal manera, que le fué imposible dormir en toda la noche. Pocos dias despues recibió un parte telegráfico en que sus amigos le

anunciaban que su hermano había sido víctima de un accidente desagradado en un tren de ferrocarril cerca de Chatham, Estado de New-York. La hora en que ocurrió el accidente parece haber sido la misma de la noche en que despertó la señorita Wise, á consecuencia del fatal ensueño.

Otro de los casos, tambien de fecha reciente, lo refieren aquellos diarios de este modo: Un tal Mr. Colton, socio de la casa de Colton y Fuller, comerciantes de telas, soñó dos veces en una misma noche, que su almacén había sido abierto, y una parte considerable de sus mercancías robada por una cuadrilla de ladrones. Colton despertó á su socio que dormía en la misma pieza, y le refirió la extraña repeticion del mismo sueño; pero recibiendo por toda contestacion algunas expresiones de burla del señor Colton Fuller, volvió á acostarse. A la mañana siguiente recibieron los socios la noticia de que su almacén había sido efectivamente robado durante la no anterior de mas de 1,500 ps. en efectos.

Sin ir á Boston, hay personas que parecen tener mucha fe en sueños y presentimientos. Entre los casos que han dado margen á esta creencia, hallamos el siguiente: Mr. W. S. Deverna, empresario del teatro de Chatham, en esta ciudad, soñó una vez que su vida estaba en peligro, por hallarse amenazada de una caída, á la cual no podría sobrevivir. Este sueño le preocupó tanto que despertó á su esposa, y se lo refirió. Pocos dias despues se realizó su ensueño, pues pereció víctima de una caída.

Casamiento mudo.—La semana anterior se unieron con los lazos del matrimonio dos alumnos internos de la casa de sordos mudos. Ambos estaban privados absolutamente del habla y del oido, y los padrinos de su boda pertenecian á la misma especie de seres desgraciados. La ceremonia se verificó en la casa de sordos mudos, y

á presencia de un ministro de la iglesia protestante, quien les explicó las obligaciones que ámbos contraían desde entonces, por medio de señas y gesticulaciones. Concluida la ceremonia, el presidente del instituto dirigió á los novios una alocución muda, que ellos entendieron, al parecer, á las mil maravillas. Esta es una prueba mas de que el amor entra muchas veces por los ojos, y que la elocuencia de los labios no es la única eficaz. Los individuos á que nos referimos se han enamorado por señas, y sin que la lengua tomase la menor parte en el asunto.

Ye solo.—La España de Madrid dice lo siguiente: "No va de broma. El día 14 del corriente se verificó en la Puerta del Sol de esta corte el primer ensayo del Eolo del señor Montemayor en medio de un inmenso gentío. Desgraciadamente el henchirse el globo se hizo en este un rasgon que impidió al aeronauta subirse por los aires. Esto, no obstante, se vió al señor Montemayor pasar por encima de Carcasona, entre Perpignan y Tolosa de Francia.

Algunos habitantes de Madrid quedarán acaso sorprendidos al oír la primera noticia, y les cogerá acaso de nuevo la segunda; pero tenemos á la vista documentos que comprueban una y otra.

"Hé aquí, si no, lo que traducido al pie de la letra dice en uno de sus últimos números el *Corrrier de la Gironda*, periódico que se publica en Burdeos.

"Nuestro corresponsal de Madrid nos escribe con fecha 14 de Octubre, la carta siguiente:

"Ayer estaba todo pronto para la ascension del aeronauta J. Montemayor, del cual he hablado á vds. muchas veces. El buque globo el *Eolo*, estaba completamente aparejado y dispuesto, y no esperaba mas que la aurora del día 15 para elevarse magistrosamente por los aires. La maravi-

llosa promesa de este viaje que hace tres meses, es objeto en esta de todas las conversaciones, iba á cumplirse, cuando una circunstancia imprevista ha venido á retardar su imaginacion por algunos dias.

Hoy ha sido henchido el *Eolo* en la Puerta del Sol, en medio de un gentío numeroso, empleándose en esta operacion nada menos que cuatro horas y media, porque el inmenso globo mide 2,000,000 de libras de gas hidrógeno. Esta primera prueba se hizo en presencia de una comision del ayuntamiento, la cual estaba encargada de extender una memoria sobre la construccion del globo, su solidez y fuerza accensional probable.

Tengo el sentimiento de anunciar á vds. que á causa de un pequeño rasgon que tenia el globo, decidió la comision que el buque aéreo no podia emprender un largo viaje por la atmósfera sin una revision completa, aplazándose de órden superior por algunas semanas, debiendo advertir á nuestros lectores, que la causa de este mal éxito no debe imputarse al señor Montemayor.

El aeronauta se puso el mismo día de la decision de la comision á reparar su globo. Parece que la tela del globo, poco flexible por el bariz de que se halla impregnada, se habia roto por diferentes partes, y era de temer que estas ligeras roturas degenerasen en los aires en grandes agujeros. La comision ha sido mas prudente que el aeronauta que queria intentar el viaje, y la comision ha tenido razon."

A esta carta de Madrid, inserta en el periódico bordeles, añade el *Journal de Toulouse* las siguientes líneas:

"Un periódico de esta ciudad dice que el globo, que debe ir de Madrid á Londres, habia sido visto atravesando los aires por encima de Carcasona. Esta noticia nos parece por lo menos prematura á juzgar por lo que dice el *Correo de la Gironda* su corresponsal de Madrid acerca de este famoso viaje, en carta del 14."

Los anteriores párrafos llenarán de asombro al mismo Montemayor. Ahorremos comentarios."

SI ENO.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR

UN AMIGO.

(CONTINUA.)

—¿Os escribe eso?...

—Claramente: la madre y la hija piensan con bastante nobleza para respetar vuestra resolucion de ir á Rennes; pero esa madre teme por las dias de su hija, que ahora se halla en grave peligro...

Conrado se puso pálido.

Mr. de Wallerth salió un momento y volvió con una carta. Conrado la leyó, y no le quedó duda de que era de la señora Walter. Referia á Wallerth la marcha precipitada del juez, añadiendo que habia observado ya hacia algun tiempo, no sin inquietud, que habia producido una fuerte impresion en el ánimo de Pepita: que iba desmejorándose; que los médicos se encogian de hombros, y la mandaban se distrajesé y viajase; pero que ella no queria salir de Alleek, y que ademas, estaba muy débil para soportar las fatigas de un viaje. Toda la carta respiraba el dolor de una madre afligida.

Conrado se sentó en una silla, se cubrió el rostro con el pañuelo, y no pudo contener sus sollozos. Mr. de Wallerth se aproximó á él, y Conrado cobró ánimo.

—Leo en vuestra alma, le dijo Wallerth, y esas lágrimas justifican lo que he hecho. Conozco á Pepita:

me es muy querida: es un ángel... ¡la amais!...

—Sí, contestó Conrado.

—Pues bien, tranquilizadme la salud de Pepita y la felicidad de su madre son para mí tan preciosas, que en cuanto recibia esa carta contesté por medio de un correo: "El caballero Eck no marcha á la India: las circunstancias han variado; regresará á Allek... Mi carta se halla ya sin duda en manos de la señora Walter. Decidme, ¿he hecho bien?"

—Habeis hecho bien, dijo Conrado.

—¿Y no marchareis á la India?...

—Os digo que habeis hecho bien: siempre es bueno engañar una lágrima, aunque sea con el velo de la ilusion. Os doy gracias, señor de Wallerth; escribiré desde aquí á Allek para mantener su esperanza; el tiempo es mas poderoso que el hombre: Pepita se salvará con esa estratagemá inocente, y no por eso suspenderé mi viaje á la India.

—Pues qué, señor Eck, ¿queréis hacerme mentir?

Conrado se encogió de hombros.

—¿Queréis, caballero, que fuere ingrato para el que me ha hecho lo que soy?...

—No; exclamó Mr. de Wallerth: comprendo que la situacion en que os hallais de optar entre un padre ó un bienhechor que ha hecho las veces de tal, y vuestra querida es muy desgraciada.

—Los derechos de un padre son mas antiguos y mas sagrados que los de un bienhechor si fuese capaz de cometer una vileza, seria indigno del amor de Pepita; y me aborreceria...

—Desistamos el asunto bajo otro punto de vista, contestó Mr. de Wallerth; os decir, que queréis volar al auxilio de un anciano, á quien una gruesa suma puede sacar de ahogos mas pronto y eficazmente que vos, y dejar sumida en la desolacion á una joven á la que todo el oro del mundo no puede indemnizar de vuestra pérdi-

da: queréis ir á la India para cuidar de la corta existencia de un anciano, y tal vez para recoger el último suspiro de un hombre ya estenuado, y dejar aquí, en su primera flor, una vida privada de toda esperanza.

—Sigo la máxima, respondió Conrado, de no inquietarme nunca por lo que llaman circunstancias y necesidad, cuando habla el deber. La vida de Pepita y la de mi padre dependen de la voluntad del cielo; pero en mí mismo está el hacer una buena acción, y hará lo que ordena el deber: lo demás queda al arbitrio del que todo lo rige y lo gobierna. ¡Tengo acaso seguridad de prolongar la vida de Pepita por medio de una infamia!

—No me habeis dejado concluir, caballero Eck, repuso Mr. de Wallenroth. He escrito que las circunstancias habían variado, y así es efectivamente. Apuesto que no vais á la India.

—¿Pues qué? ¡Ha muerto Mr. Marbell! ¿Queréis engañarme! respondió Conrado asustado, ¿ó habeis recibido por el último correo la noticia de que mi bienhechor regresa á Europa?... Os ruego que no prolonguís mi tormento: ¡Padeczo tanto!...

—Nada de eso, prosiguió Mr. de Wallenroth sonriendo. Vais á quedar asombrado: sois propietario de Alleck. No es mio: solo me ha pertenecido muy poco tiempo. Mr. Marbell me lo ha comprado, y lo ha destinado para vos; pero ántes queria saber hasta qué punto os habían aprovechado vuestros viajes. Mr. Schmid ha sido el ejecutor de la voluntad de Marbell: habeis sufrido la prueba, y ahora todo está ya concluido: sois lo que Marbell deseaba que fuérais. Hoy mismo os entregaré la escritura de donación. Habeis ganado legítimamente á Alleck: os pertenece en propiedad.

Conrado estaba petrificado y no sabía qué pensar. Por último exclamó con voz temblorosa, y levantando hacia el cielo sus ojos humedecidos por el llanto.

—Generoso Marbell... ¡Siempre piensas en los demás, y jamas en tí...

—¿Conque ya no te encuentras en la indigencia?... Puesto que es así, (porque creo, señor de Wallenroth que no os burla de mí en este momento solemnemente), os aplico, como igualmente á Mr. Schmid, que celebreis conmigo un convenio ventajoso. La propiedad de Alleck produce cerca de sesenta mil florines: dentro de pocos años valdrá ciento veinte mil: ¿queréis darme su importe en letras de cambio sobre Londres?

—Antes de entrar en negociaciones, dijo Mr. de Wallenroth con marcada agitación, necesiais tener en vuestras manos la escritura de donación. En seguida fué á buscarla.

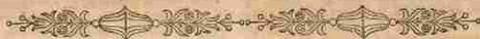
El banquero, en cuanto volvió á entrar en la habitación Mr. de Wallenroth con la escritura, abrazó á Conrado, lo estrechó contra su corazón, y salió llorando.

Mr. de Wallenroth no estaba mas tranquilo; entregó el documento á Conrado, y siguió apresuradamente á Mr. Schmid, para ocultar las lágrimas que no podia contener.

Conrado no comprendió la conducta de sus dos amigos. ¿Qué les sucedía? decía entre sí, siguiéndole con la vista; tienen el semblante turbado. Mi resolución de ir á la India merece indudablemente su aprobación, ¿pues por qué se oponen á ella! ¿Qué les importa que marche ó que me quede, que gane ó que pierda? Porque para hombres, cuya alma se ha embolsado con el comercio de la vida, todo se reduce en definitiva á ganar ó perder, haber ó deber.

Se sentó junto á uno de los balcones y desarrolló la escritura. Cuando llegó al nombre de Marbell, escribió por mano de su bienhechor, besó el sitio donde se había apoyado aquella mano querida... despues leyó. Era una cesion de propiedad con sus derechos y franquicias en favor de Conrado Eck.

(Continuará.)



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONCLUYE.)

He aquí los tres caracteres, las tres grandes faes que presentan las sociedades actuales, vistas mayormente desde sus puntos mas calminantes. La extension de ideas, el dominio de la inteligencia, y la falta de autoridad. Si intentásemos examinarlas por otros lados, si quisásemos mirarlas bajo otros puntos de vista, descubriríamos á buen seguro otros y variados elementos que constituyen lo que se llama el espíritu del siglo, distintos rasgos que juntos forman la fisonomía que las sociedades actuales presentan. Mas basta esta rápida ojeada por lo que á nuestro propósito cumple; y para el encadenamiento de las ideas que aquí consignamos.

Hemos contemplado la sociedad; contemplemos ahora el individuo; como que las doctrinas influyen así sobre éste como sobre aquella, tanto en

la generalidad de los hombres, como sobre los individuos en particular.

—El espíritu humano... ¿Cuál es su situación? Hela aquí, el excepcionalismo y el desengaño.

Antes del siglo XVIII, y especialmente antes que tronara en Wítemberg la voz de Lutero, creía en la autoridad. Vino el protestantismo, y el siglo XVIII; la razón se rebeló contra la autoridad, y entonces el espíritu humano creyó en la razón. Los desengaños fueron crueles, los escarmentamientos duros, la prueba terrible; mas el espíritu humano creyó, tuvo fe, y su fe fue ardiente, y sus creencias fueron vivas. De ahí el martirio de la revolución francesa: de ahí la convención, monstruo horrendo á un tiempo y sublime; de ahí esos rasgos heroicos que nos arrobaban en medio de tanta sangre, y tantos crímenes; de ahí madama Roland, y esos gigantismos que marchaban á la guillotina cantando con la frente serena y el corazón tranquilo; adorando á la razón que los asesina, y saludando á la libertad que los devora.

Entró por fin en su cauce aquel torrente inmenso, desbordado, furioso. Pasó el siglo XVIII, y pasó también la enagenación y delirio de todo un gran pueblo. Mas desde entonces ¡qué ensayos no se han hecho, qué tanta fuerza no se han practicado en todos los países!

Ora se han derribado las instituciones antiguas, ora se han modificado las existentes, ora se han planteado

otras enteramente nuevas. Unas veces se ha dicho: "conservémos en cuanto dable sea lo nacional, sigámos la usanza de nuestros padres, ponémosla empero en armonía con el espíritu del siglo." "Afuera lo nacional, afuera lo antiguo se ha gritado otras veces, venga acá una civilización nueva y oropelada, la civilización deslumbrante de esos pueblos, los mas adelantados del mundo." Ya se derribó la aristocracia, ya se ha querido mancharla, ya se ha deseado levantarla sobre nuevas bases, y comunicarla distinto espíritu. En unos tiempos se ha dado un grande ímpetu a la democracia, basta, se ha exclamado en otras, echámosla un freno en su arrebatada carrera, encerrémosla dentro de estrechísimos límites."

Se han rasgado por la mañana las constituciones que se habian escrito en la vispera. Se ha compuesto y descompuesto mil veces la máquina de los gobiernos: pocos resortes y sencillos, se ha dicho en unas épocas, porque así el juego será mas fácil y el movimiento mas espedito. Que sean muchos y complicados, se ha enseguido en otras, que haya contrapeso de poderes, porque de esta suerte la libertad se salva, y el despotismo es imposible. Se han refundido los códigos cambiándose y tornándose a cambiar el espíritu de las mas importantes leyes: la administración ha sufrido las mas extrañas y encontradas vicisitudes; y al vez que unos tras otros han caido los mas hermosos sistemas, al vez que todavía los hombres públicos trabajan, sudan, sudan, para que tenga su obra un poco de aplomo, al observar que despues de cincuenta años de una carrera rapidísima, todavía no sabemos dónde estamos, y nos preguntamos unos á otros por la suerte de los pueblos y el porvenir de la humanidad; al recordar sobre todo que esas imágenes que tan bellas aparecieron en el rico y magnífico panorama de la filosofía del último siglo, pasaron despues por el mundo real vestidas de negro y salpicadas de sangre; el espíritu se abate, se entristece, se apaga la fe de los que creían, y la incertidumbre y la duda se apoderan de la razon.

Así que, el espíritu humano se halla en un estado confuso como el del desorden, cruel como el del desengaño, amargo como el de la duda, triste y abatido como el del escepticismo. Se desasosiega sin embargo, porque no cree y tiene necesidad de creer; ya que las creencias son la luz del entendimiento, y la esperanza del corazón; y el entendimiento ha menester la luz, y el entendimiento la esperanza. ¡Ah! El espíritu humano es una ave herida; revolotea, se agita, se fatiga, sin encontrar un punto donde posarse y sostenerse.

Y bien, ¿que influencia tienen las doctrinas en la sociedad como la hemos descrito, y sobre los espíritus tales como los hemos presentado? Una respuesta daremos: las doctrinas deben de ejercer hoy una grande influencia, porque no tanto reina la fuerza como el pensamiento; no se levantan los brazos, sino las cabezas. En la edad media, en la época de la restauración, cuando dominaban los señores y reinaban los reyes, aquellos y estos con toda la plenitud de su poder, se acontecia así. Ahora empero tienen las doctrinas un poderoso y universal ascendiente, porque falta la autoridad en las sociedades, la que no pocas veces quebrantaba el ímpetu de las ideas, obligándolas á que se presentasen con feuto y mesura, y haciéndolas pasar antes (permítasenos la frase) por ciertos canales, lo que debilitaba mucho su nervio; la lectura es universal, la inteligencia domina de lleno, hechos todos que comunican á las doctrinas un irrealizable poder.

Esta verdad que se manifiesta con la sencilla observación del carácter que tienen hoy día las sociedades, se comprueba aun mas por los consejos que dan y los esfuerzos que practican los hombres eminentes de la época. No se valen precisamente de la fuerza pa-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

ra lograr la seguridad de los Estados y el mantenimiento del orden: acuden á ella, como el postrer remedio, mas lo que principalmente encargan es la buena dirección de los espíritus, lo que procuran es la propagación de las ideas sanas, lo que predicán en alta voz es la influencia de las doctrinas.

Pero ¿que clase de doctrinas ejercen hoy influencia? Al llegar aquí, el alma se levanta, y una ola de placer, y un rayo de esperanza entran en nuestro corazón. Si el dominio de las doctrinas malas va cesando al paso que se dilata y agranda el de las doctrinas buenas. Ni la filosofía deista, ni la filosofía sensualista, ni la filosofía democrática hacen muchos prosélitos y alcanzan gran popularidad. Voltaire, Rousseau, Helvétius, esos tres cometas, presagio fatídico de la gran calamidad que habia de caer sobre la tierra, terminan su carrera, palidecen y se hunden en el ocaso. Los momentos actuales son los momentos que suceden á una gran catástrofe, momentos solemnes, momentos de desengaño y de dolor, en que replegada el alma dentro de sí misma escucha la verdad, y oye los arisos de la razon. Reviven los sentimientos religiosos, puros tambien y entusiastas; nótase un instinto siempre mayor hácia el orden, nobles ejemplos reemplazan á los escándalos cometidos, se remunerán las bellas acciones, se busca la verdad, se admira la virtud, y algunos la practican.

Las ideas se rectifican, las costumbres se mejoran, si bien que al primer movimiento de mas feuto, y el último mas tardío, como que nunca lo mas fácil, y éste mas difícil; el cristianismo, por último, que en tiempos no muy distantes parecia esconderse para evitar la mofa de los unos y la persecución de los otros; hoy se presenta otra vez, y derrama de nuevo su luz y despliega de nuevo sus pompas; y está seguro de que si el filósofo de Ferney se levantara de la tumba y apareciese repentinamente en Francia, está seguro que no recibiría, no, ni los favores

de los príncipes, ni el homenaje de los nobles, ni el triunfo de la multitud.

He aquí la situación de los espíritus, he aquí el estado de la sociedad, he aquí la influencia que ejercen las doctrinas, he aquí el ascendente de las buenas que va siendo mayor que el de las malas. No lo dudeis, hombres de la enseñanza y del poder, el terreno está preparado, arrojad la semilla útil, y creedlo; ella fructificará. Este es el consuelo en nuestros infortunios, esta es la esperanza de nuestra vida, estos son los tesoros del porvenir.



IR POR LANA

Y VOLVER TRANQUILADO.

Nos hallamos en un valle agreste situado en la parte mas pintoresca de Andalucía. Un riachuelo se desliza entre los sauces y hace andar las sonoras piedras del molino: una vazada está esparcida por la pradera; los grillos y las coloraúces cantan en los sembrados, y el blando susurro del agua se confunde con el del viento que mueve las hojas de los árboles. Algunos caseríos edificadlos al pie de la colina, como nidios de pájaros al pie de un inabarral, revelan su existencia por medio de la columna de humo que exhalan de sus chimeneas, y mas á lo lejos la aguzada pirámide del campanario se destaca admirablemente sobre el fondo azul del cielo.

Tres hombres estaban alzando sentados al redor de una mesa en la sala baja de un cortijo de buena apariencia. Las ventanas que daban á la campiña estaban llenas de macetas de flores que perfumaban la estancia: las cortinas estaban blancas como la nieve, las tablas del piso lustrosas de puro fregadas, y todo allí presentaba un as-

pecto notable de frescura y limpieza.

Los tres convidados comían con buen apetito, en especial uno de ellos que por su traje tenía toda la traza de un flagelo. Joven todavía, los padecimientos y la fatiga habían marchitado su rostro, que contrastaba aun más en aquel momento, con el de sus compañeros, robustos y moretados, como los honrados campeones. Mirábanle ellos de vez en cuando con amistosa sonrisa, y parece que se complacían en excitar más y más su apetito.

—¿Quieres, hermano, este alon de pavo?

—Sí, en acubando la pechuga.

—Y esta perdiz te la comerás?

—Aunque sea con su compañera.

—¿Te gustan las truchas escabechadas?

—Sería hacerlos muy grande injuria si dijese lo contrario; vengan hacia acá.

Y a este tenor, aves, pescados, legumbres, todo lo despachaba sin dejar por un momento sus dientes ociosos, hasta que al cabo de una hora recostándose en su taburete, exclamó:

—Os confieso, que no he almorzado tan bien como hoy en toda mi vida.

—¿Será posible? ¿Te que has frecuentado las mejores fondas de Madrid y aun de París?

—Oh! sí; más de cuatro veces almorcé en Madrid en casa de *Genetys* y en París en el *Richer de Genetys*, dejándome los quince y los veinte dineros con la mayor frescura.

—¿Cáspita! Así no es extraño que no hayas medrado gran cosa en tus especulaciones.

—No ha sido por eso, hermanos queridos, sino porque Dios me ha castigado por desear las humildes ocupaciones del campo y vuestra grata compañía, por aspirar á lo que solo pudo existir en mis doradas ilusiones. Me he quedado sin un cuarto, y no es trigo mas capital que la experiencia.

—No merecía la pena, porque á nosotros no nos falta.

—¿Qué queréis! No se tienen por

dos veces veinte años en la vida ¡Oh! ¡si uno pudiera volver á lo pasado! A mí se me puso en la cabeza que había de hacer fortuna, y así que hicimos partija la herencia de nuestro padre y regalo, como sabéis, cuanto me tocó á buenas monedas de oro, parti para Madrid, donde apenas lúte llegado me enseñaron en un café un caballero que bebía ponche.

—¿Veis á ese caballero? me dijeron.

—Sí.

—Y qué pensais de él?

—Por ahora no pienso mas que en un señor bastante grueso y lleva gabán de color de castaña.

—Oh! ese es un grande hombre.

—Puede ser?

—Permitid que os presentemos á él.

De esta presentacion resultó un periódico.

—¿Cómo! ¿Tan pronto te engolfaste en la literatura!

—Si sabéis que esa era mi comidilla! Yo que me parecia por figurar en algun rinconcillo de un periódico, no pude resistir á la tentacion de publicar uno por mí y ante mí. Nuestro periódico fué fundado en el *Café Neve* una noche de verano, y dos dias despues apareció en Madrid LA **TORRENTA**. Necesitábamos un título fogoso, incandescente, terrible; queríamos que penetrase la antorcha radiante de nuestras convicciones en las tinieblas de la indiferencia ó iluminar con la luz de nuestros principios los insondables abismos en que la sociedad corre á precipitarse. *La Tormenta* fué á un mismo tiempo socialista, humanitaria, progresiva y renovadora, miró los antiguos abusos y dió por el pis á el árbol secular de los privilegios. Diez hombres de estado redactaban la parte política, y dos docenas de literatos nos brindaban con sus composiciones para la literatura. Nuestro periódico fué el que inventó esas novelas en folletines, que empezando en primero de año, no acaban el dia de San Silvestre. Desgraciadamente no pudimos completar ni siquiera el primer tomo,

—Segun eso, se desbarató *La Tormenta*!

—Pasó como un meteoro, no sin dejar un ardiente recuerdo de su política: algunas paradojas mas en la prensa y bastantes doblones de menos en mi faltriquera.

—Y el señor grueso del gabán, preguntó otro de los hermanos?

—Estuvo á pique de salir diputado, que era lo que él deseaba; mas viendo que no podia lograrlo, comprometió el periódico con un fulminante artículo que le hubiera servido de méritos en otra ocasion, y se marchó á tomar los aires á Bruselas. Yo tuve tambien necesidad de tomar las de Villadiego, y acordándome del proverbio de que *nadie es profeta en su patria*, determiné marchar á París, y desde la Carrera de San Gerónimo me trasladé al Boulevard de los italianos.

—Desde sin duda alguna serias bien recibido.

—Oh! perfectamente. A las veinticuatro horas de haber llegado, ya tenia un amigo íntimo. . . . ó por mejor decir, un asociado. No veis que tenia la cartera repleta de billetes de banco! Pero toda aquella cantidad me pareció mezquina y quise por lo menos triplicarla. Desde la literatura en que no habia hecho negocio, pasé á las especulaciones. En esta carrera no se adelantó sino á fuerza de audacia, y mi amigo, que era hombre emprendedor y amante de la novedad, hizo que interesase gran parte mis fondos en una empresa del empedrado. Cabalmente entonces esta clase de empresas traía alborotado á todo París, y no habia sugeto que no licitase su proyecto de empedrado en el bolsillo. Y no se trataba solo de piedras, como el nombre parece que lo indica, sino que habia empedrados de diversas clases de madera, de modo que en lugar de empedrar las calles, propiamente hablando, las desempedrabán. Nosotros nos decidimos por el empedrado de hierro hueco, y al principio nuestra empresa iba grandemente, prometién-

donos el ciento por ciento de dividendos; pero desgraciadamente se inventó de allí á poco el empedrado con betun, lo que determinó en nuestras acciones una baja tan considerable, que la empresa se fué á pique.

—Y perdiste todo el dinero!

—Casi todo, con lo que se gastó en anuncios y prospectos. Despues de este lance se nos antojó especular en las ostras, y el acopio que hicimos privó de ellas á París durante ochu dias; todo calculado por nosotros para que subiesen de precio. Cuando ya llegó á su colmo la impetuosidad de los aficionados y de los dueños de las fondas y pastelerías, nos decidimos á abrir nuestros almacenes, contando con una ganancia tan enorme como segura; pero todos nuestros vitalbos habian muerto. Tuve que contentarme con un dividendo de cien mil conchas. Anduve algun tiempo paseándome por París; pero esta es ciudad donde es malo pasearse sin dinero en el bolsillo. No teniendo otro recurso, tomé el partido de volver á la casa paterna donde vosotros, mis queridos hermanos, habeis vivido lejos de las borrascas y de las pasiones. Me habeis recibido como al hijo pródigo, habeis festejado mi llegada con un opi paro almuerzo, y me habeis hecho conocer que mientras yo iba á espigar un poco de tardis experiencia, vosotros haciais ámplia cosecha de felicidad. Aquí me tenéis para que dispongais de mí como mejor os parezca; yo á todo me avengo, bien persuadido de que no soy mas que una personificación del proverbio: **IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.**

SIÓN.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR

UN AMIGO.

(CONCLUYE.)

La firma le sorprendió tanto, que sospechó que el documento era falso. Estaba fechado en Ratisbona, y solo hacía dos días. ¿Cómo se hallaba allí la firma de Marbel, en caso de que fuese la suya!

Coarado se levantaba para ir á buscar á sus dos amigos, cuando Mr. Wallenroth con el rostro radiante de alegría:

—Y bien, mi querido Eek, lo dijo, ¿me engañaba? Ahora ya no querreis entender el ríngel de la India: os quedaréis, ¿no es así?

—Nada menos: ese documento es falso....

—No, en verdad: es auténtico: os lo juro por mi honor.

—Pues si está con la fecha de antes de ayer?

—Seguramente.

—¿Quién ha puesto la firma de mi padre?

—¿Quién? ¿Quién? Mr. Marbel: ¿no conocéis su ríbrica?

—Sí que la conozco; ¿pero cuándo ha firmado?

—¡Dios mío! ¿No lo veis!... Antes de ayer.

—¿Antes de ayer!... ¿Me tenéis acaso por loco? ¿Cómo ha podido firmar aquí, hallándose en Beuaré, á no ser que haya regresado?... Hablad, hablad, pues...

—No ha vuelto.

—¿Qué burla!

—No; no hay semejante engaño: jamás ha ido á la India, gritó una voz desde la habitación inmediata.

Se abrió la puerta, y entró el anciano Marbel apoyado en el brazo de Schmid, y tendió los brazos á Coarado.

—¡Oh hijo mío!... dijo abrazando al joven que estaba inmóvil como una estatua, no sabiendo qué pensar de lo que veía. Marbel lloraba.

—No, amigo mío, hijo mío, no he estado en la India. Ven: estrecháme contra tu noble corazón. Tú eres la alegría de mi vida... ¡Alabado sea el Señor!... eres lo que debías ser...

El júbilo del anciano Marbel no era menor que el de Coarado, que permaneció largo tiempo sin poder proferir una palabra para manifestar su agradecimiento. Tanto le habían dicho, y hablado él mismo, que pasadas algunas horas aun no concebía nada de lo que aquello significaba.

—Ven acá, hijo mío, le dijo Marbel; voy á referirte todo por su orden: siéntate á mi lado. Es cierto que has sufrido toda especie de disgustos en W... No sé por qué se le antojó al príncipe conferirme un título de nobleza. Respeto esta cualidad: es necesaria una escala social, aunque la lana sirve más que el nombre para distinguir á la oveja de la cabra. Es buen hora que el funcionario público, que cifra su felicidad en la sociedad del príncipe, y que desea valerse de aquella influencia para extender el círculo de sus beneficios, deje vanolverse; hace muy bien en mi concepto; es una herencia útil y provechosa para sus hijos. Pero un hombre que si tiene influencia, que no solicita ningún empleo, que se halla contento, que tiene lo que no pueden dar los príncipes:

un corazón puro, y que hace cuanto bien le es posible: para semejante hombre un pergamino no sirve más que de incomodidad y de sujeción. He acostumbrado con mucha frecuencia á tomar con seriedad cosas insignificantes: he ri, pues, la susceptibilidad del príncipe con mi negativa, ó más bien la de sus cortesanos, y me acordaré de ello largo tiempo. Procuraron armarme zozobanzas, me irrité, y mudé de domicilio. Entonces fué cuando te encargué me participases con regularidad cuanto te ocurriese, aun cuando no recibieras carta mía: me cuesta tanto trabajo escribir.

Me retiré á una casa de campo, y allí vivía tranquilo; pero Dios vino á visitarme y á hacerme conocer que el cielo no está en este mundo terreno: fui atacado de una calentura pútrida, como la llaman los médicos. Viéndome en peligro de muerte, me preguntaron si tenía hecho testamento. Tenía razón: el que no se halla preparado para morir y comparecer á cualquier hora ante el Divino Juez, tiene verdaderamente el codo roto. ¿Me comprendes, Coarado?

—Pero yo no tengo hijos... en cambio no me faltan parientes lejanos que esperan con impaciencia mi muerte, y que ignoran el buen uso que debe hacerse del dinero: me engaño, porque entiendo maravillosamente las reglas de su interés: son ambiciosos, vanos, tienen buenas mesas, y repantan como una necesidad el privarse de un poco superfluo para darlo á los que nada tienen. Estas gentes, decía yo para mí, son bastante ricas. He educado ó hecho educar un gran número de niños; mas ¿se yo por ventura si son los que deben ser, y si tienen agujeros en los codos?... Para concluir pronto, lego á cada uno de ellos una suma igual, que les sirva para el porvenir: tanto peor para ellos si no la invierten bien.

En cuanto caí enfermo y me vi asido por personas mercenarias, sentí una profunda necesidad de ser amado por

mí, por mí solo: pensé en tí, y desead volverte á ver. Quise sujetarte á pruebas y ver si tenias tambien el codo roto. Había comprado la propiedad de Allek, verdadera mansion de la miseria. No hay prueba mejor, pensé, para saber si tiene buen corazón y juicio recto: mi amigo Wallenroth fué bastante complaciente para prestarme su nombre. Mr. Schmid hizo anunciar en un diario la plaza de juez, y te lo llevó él mismo: lo domas ya lo sabes.

Mr. de Wallenroth incluyó una cláusula en favor de una pobre viuda de un sugeto á quien conocí mucho. Había sido mi amigo en la infancia: su esposa era un ángel bajo la forma humana, y si no hubiera amado á mi amigo Walter la habria propuesto nuestro enlace. Cuando estaba soltera, la amaba en silencio: lo ignoré, y apenas me conocía. Pero como ya te he dicho, amaba á Walter. Me alejé y procuré combatir una pasión, que sin mentir, me habia hecho en el codo un agujero casi irreparable. Solo de cuando en cuando recibía por Mr. Wallenroth noticias del objeto de mi cariño, y al fallecimiento del buen Walter, sin dejar bienes algunos, socorrí á la viuda por conducto de Mr. Wallenroth, y la colocamos en Allek. —Esa muger es un ángel, dije á Wallenroth. —Sí es un ángel, me contestó, su hija Pepita es un serafín. —Si es así, pensé, y Coarado es un joven excelente, mi proyecto no puede frustrarse. La señora Waller permaneció con su serafín en Allek, y te trasladamos allí.

Siempre que ibas á W..., para rendir cuentas á Mr. Schmid, me dirigía yo de incognito á Allek, y mi corazón gozaba al oír hablar de tí. En un año ejecutaste muchas cosas: entonces resolví adoptarte por hijo y dejarte todos mis bienes, porque yo decía entre mí: Coarado es un excelente joven, si que mis huellas, pero que amará como á un padre. Para salir de esta dula representamos la farsa que puse á tu corazón en la angustia que por poco le hace romperse. No ten-

gas pesadumbre, me has hecho volver á encontrar en el término de mis días el paraíso que habia perdido. Escucha ahora el desenlace de la comedia. Me iré contigo á Alleck, viviremos juntos, y ya no nos separaremos. . . . si. . . . nos separaremos. . . . pero lo mas tarde posible. . . . Marbel se enjugó una lagrima. Vamos, no pensemos en eso, haremos un cielo de Alleck. . . . pero un cielo sin nubes, ¿eh? Quiero con mis encanecidos cabellos hacer conocer á la señora Walter todo el amor que le he tenido. . . . Tú, Conrado, no tendrás nada que decir á tu Pepita, á tu scrania!

—Pasado algun tiempo se efectuó el matrimonio: y al salir de la iglesia subieron al carruaje.

—Hijo mio, dijo Marbel á Conrado, no permanezcamos aquí en un cuarto de hora mas. Pasado mañana partiremos para Alleck, en donde lo arreglaremos todo para el porvenir. Te vas á ponerle en camino para Leipsick, en donde recogerás el dinero puesto en casa del banquero R. . . . he aquí tus instrucciones. Dentro de quince días á mas tardar estarás de vuelta en Alleck, y para evitar el aburrimiento, Pepita será tu compañera de viaje.

—Así se hizo en efecto: al cabo de quince días Conrado estaba ya de regreso en Alleck con su joven esposa, Mr. Marbel, la señora Walter, y toda la población salieron á recibirlos, prorrumpiendo en gritos de alegría.

—Esta historia es indudablemente muy interesante, dijo el coronel ejujándose las lagrimas que caian de sus párpados; pero despues de la novela viene la historia ¡fueron felices!

—Felices, como los santos en el cielo, exclamó María.

—¡Ah! ¡ah! dijo el coronel: ahora estoy convencido de lo que ya sospechaba: Conrado seas vos, mi querido Jorge, y bajo el nombre de Pepita nos habéis retratado á María. He aquí que ya concluye todo mejor que en mi tierra de madera. Veamos, querido Félix, ¿qué es lo que pensais hacer?

—¿por qué partido os decidís? ¿por el de sí, ó por el de no?

—Por el de la afirmativa, coronel; me casaré con Luisa Blum.

—Luisa Blum, repitió el coronel sorprendido, una joven rubia que tiene veinte años, y cuya madre es viuda de un valiente capitán que murió durante la campaña de Francia?

—¿Como sabéis todos esos pormenores?

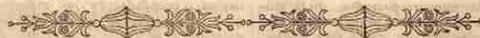
—Porque Luisa Blum es mi sobrina, hija de mi hermana, á quien venia á ver despues de un largo viaje á América. Habitado á andar, preferi caminar á pie las seis leguas que me faltaban todavia hasta Munich. Ha sido un paseo que me ha salido muy mal al principio, pero cuya terminacion me parece ahora de las mas felices, pues que mi mañon aquí ha coincidido con muchos buenos sentimientos y dulces creencias á mi corazón despidado por las decepciones mas crueles, y puesto que ya soy partidario del matrimonio, no por mí, que ya estoy viejo, sino por el de mi sobrina. He ganado honrosamente mi posición, aunque poco ventajosa; si la guerra, el soldado veterano la partirá con vosotros; lo que en cambio os pide, Félix, es un sitio en nuestro hogar, un sitio como el que la encontrado aquí.

—Ademas, tendréis toda la ternura de un hijo, contestó Félix.

Abrazáronse, y al día siguiente por la mañana, la madre de Luisa creyó morir de gozo, al volver á ver á un hermano, á quien creia muerto en la India. Luisa no experimentó emociones menos vivas, cuando su tío la presentó á Félix y le dijo:

—He aquí á tu esposa; ¿le quieres, sí ó no?

Ruborizada y confusa, Luisa no respondió ni sí, ni no; pero dijo la mano á su tío, y alargó la otra á Félix.



VARIEDADES.



LA MUJER.

SENSIBILIDAD, INTELIGENCIA, CARACTER E INCLINACIONES DE LA MUJER. MUJERES DE DISTINTOS PAISES.

La mujer, lo mismo que el hombre, tiene cuarenta y dos pares de nervios, desde los ojos hasta la estremidad de los miembros, y estos cuarenta y dos nervios duplicados, por todas partes distribuidos y confundidos, le dan lugar á mil emociones. Parece que su cuerpo es un tejido de nervios, y por lo tanto es muy sensible: sus sentidos son delicados; los olores ejercen sobre ella un grande imperio; los suaves perfumes la embriagan, y los olores fétidos la martirizan. Las mujeres en general tienen el gusto muy delicado, un ruido grande las asusta, son indiferentes ó aparecen distraidas á la simple palabra; mas un canto melodioso las conmueve, un grito penetrante excita su comisericion, y un quejido las aflige. Una voz dulce tiene encantos para ellas; la dicha de ver y de observarles parece preferible al placer de tocar ó de oír: ver exige menos atencion y poco discernimiento; la vista es el sentido de la pereza, una cuando nos expone á no pocos errores. Pregúntese á una mujer de talento, joven todavia y bonita, cual es el sentido á que da la preferencia, y responderá indudablemente que la vista, y que á este sentido sacrificaría gustosamente los demas. Sin los ojos, ¿cómo esta-

bleria la armonia en sus facciones, cómo asemejar su rostro á otros rostros, cómo se adornaria, cómo juzgaria sobre la afeccion que inspira, y cómo corresponderia á ella? La vista es el sentido del amor y de la coqueteria.

El recto sentido tiene tambien menos precio para ellas que para nosotros; demuestra menos exigencia y menos curiosidad. Es cierto que las mujeres tienen mas tendencia á agrada que á poseer: son mas felices contemplando nuestros combates que nuestros triunfos, y como el cielo, su digna patria, han hecho de la esperanza una virtud. En lo general sienten con demasiada viveza para que puedan razonar ó reflexionar mucho tiempo, y tienen una gran dosis de sagacidad para que puedan fundar sistemas. Su perfecta esperiencia respecto á las cosas de la vida, las persuade facilmente de la vanidad de sus teorías, y un secreto instinto las advierte que las generalidades en todas las cosas no son mas que soberbias venturas; y esto las ha disuadido constantemente de los estudios profundos, manifestándose indiferentes á todos los descubrimientos, cualquiera que sea su objeto. Jamás han comprendido bien mas que los efectos individuales, y el estudio de las causas y las abstracciones las desconciertan ó les fastidian. La mujer comprende mejor un hecho que un principio. En todas partes donde reinan mujeres, se verá constantemente un marido dócil, un amante despoeta ó un

gas pesadumbre, me has hecho volver á encontrar en el término de mis días el paraíso que habia perdido. Escucha ahora el desenlace de la comedia. Me iré contigo á Alleck, viviremos juntos, y ya no nos separaremos. . . . si. . . . nos separaremos. . . . pero lo mas tarde posible. . . . Marbel se enjugó una lagrima. Vamos, no pensemos en eso, haremos un cielo de Alleck. . . . pero un cielo sin nubes, ¿eh? Quiero con mis encanecidos cabellos hacer conocer á la señora Walter todo el amor que le he tenido. . . . Tú, Conrado, no tendrás nada que decir á tu Pepita, á tu scrania!

—Pasado algun tiempo se efectuó el matrimonio: y al salir de la iglesia subieron al carruaje.

—Hijo mio, dijo Marbel á Conrado, no permanezcamos aquí en un cuarto de hora mas. Pasado mañana partiremos para Alleck, en donde lo arreglaremos todo para el porvenir. Te vas á ponerle en camino para Leipsick, en donde recogerás el dinero puesto en casa del banquero R. . . . he aquí tus instrucciones. Dentro de quince días á mas tardar estarás de vuelta en Alleck, y para evitar el aburrimiento, Pepita será tu compañera de viaje.

—Así se hizo en efecto: al cabo de quince días Conrado estaba ya de regreso en Alleck con su joven esposa, Mr. Marbel, la señora Walter, y toda la población salieron á recibirlos, prorrumpiendo en gritos de alegría.

—Esta historia es indudablemente muy interesante, dijo el coronel ejujándose las lagrimas que caian de sus párpados; pero despues de la novela viene la historia ¡fueron felices!

—Felices, como los santos en el cielo, exclamó María.

—¡Ah! ¡ah! dijo el coronel: ahora estoy convencido de lo que ya sospechaba: Conrado seas vos, mi querido Jorge, y bajo el nombre de Pepita nos habéis retratado á María. He aquí que ya concluye todo mejor que en mi tierra de madera. Veamos, querido Félix, ¿qué es lo que pensais hacer?

—¿por qué partido os decidís? ¿por el de sí, ó por el de no?

—Por el de la afirmativa, coronel; me casaré con Luisa Blum.

—Luisa Blum, repitió el coronel sorprendido, una joven rubia que tiene veinte años, y cuya madre es viuda de un valiente capitán que murió durante la campaña de Francia?

—¿Como sabéis todos esos pormenores?

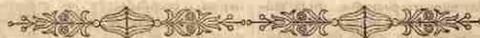
—Porque Luisa Blum es mi sobrina, hija de mi hermana, á quien venia á ver despues de un largo viaje á América. Habitado á andar, preferi caminar á pie las seis leguas que me faltaban todavia hasta Munich. Ha sido un paseo que me ha salido muy mal al principio, pero cuya terminacion me parece ahora de las mas felices, pues que mi mañon aquí ha coincidido con muchos buenos sentimientos y dulces creencias á mi corazón despidizado por las decepciones mas crueles, y puesto que ya soy partidario del matrimonio, no por mí, que ya estoy viejo, sino por el de mi sobrina. He ganado honrosamente mi posición, aunque poco ventajosa; si la guerra, el soldado veterano la partirá con vosotros; lo que en cambio os pide, Félix, es un sitio en nuestro hogar, un sitio como el que la encontrad aquí.

—Ademas, tendréis toda la ternura de un hijo, contestó Félix.

Abrazáronse, y al día siguiente por la mañana, la madre de Luisa creyó morir de gozo, al volver á ver á un hermano, á quien creia muerto en la India. Luisa no experimentó emociones menos vivas, cuando su tío la presentó á Félix y le dijo:

—He aquí á tu esposa; ¿le quieres, sí ó no?

Ruborizada y confusa, Luisa no respondió ni sí, ni no; pero dijo la mano á su tío, y alargó la otra á Félix.



VARIEDADES.



LA MUJER.

SENSIBILIDAD, INTELIGENCIA, CARACTER E INCLINACIONES DE LA MUJER. MUJERES DE DISTINTOS PAISES.

La mujer, lo mismo que el hombre, tiene cuarenta y dos pares de nervios, desde los ojos hasta la estremidad de los miembros, y estos cuarenta y dos nervios duplicados, por todas partes distribuidos y confundidos, le dan lugar á mil emociones. Parece que su cuerpo es un tejido de nervios, y por lo tanto es muy sensible: sus sentidos son delicados; los olores ejercen sobre ella un grande imperio; los suaves perfumes la embriagan, y los olores fétidos la martirizan. Las mujeres en general tienen el gusto muy delicado, un ruido grande las asusta, son indiferentes ó aparecen distraidas á la simple palabra; mas un canto melodioso las conmueve, un grito penetrante excita su conmiseracion, y un quejido las aflige. Una voz dulce tiene encantos para ellas; la dicha de ver y de observarles parece preferible al placer de tocar ó de oír: ver exige menos atencion y poco discernimiento; la vista es el sentido de la pereza, una cuando nos expone á no pocos errores. Pregúntese á una mujer de talento, joven todavia y bonita, cual es el sentido á que da la preferencia, y responderá indudablemente que la vista, y que á este sentido sacrificaría gustosamente los demas. Sin los ojos, ¿cómo esta-

bleria la armonia en sus facciones, cómo asemejar su rostro á otros rostros, cómo se adornaria, cómo juzgaria sobre la afeccion que inspira, y cómo corresponderia á ella? La vista es el sentido del amor y de la coqueteria.

El recto sentido tiene tambien menos precio para ellas que para nosotros; demuestra menos exigencia y menos curiosidad. Es cierto que las mujeres tienen mas tendencia á agradecer que á poseer: son mas felices contemplando nuestros combates que nuestros triunfos, y como el cielo, su digna patria, han hecho de la esperanza una virtud. En lo general sienten con demasiada viveza para que puedan razonar ó reflexionar mucho tiempo, y tienen una gran dosis de sagacidad para que puedan fundar sistemas. Su perfecta esperiencia respecto á las cosas de la vida, las persuade facilmente de la vanidad de sus teorías, y un secreto instinto las advierte que las generalidades en todas las cosas no son mas que sobriasas mentiras; y esto las ha disuadido constantemente de los estudios profundos, manifestándose indiferentes á todos los descubrimientos, cualquiera que sea su objeto. Jamás han comprendido bien mas que los efectos individuales, y el estudio de las causas y las abstracciones las desconciertan ó les fastidian. La mujer comprende mejor un hecho que un principio. En todas partes donde reinan mujeres, se verá constantemente un marido dócil, un amante despota ó un

primer ministro poderoso. Si la dulzura natural de las mugeres atempera el poder supremo, como dice Montaigneu, en cambio la necesidad de tener un dueño, somete este poder á todas las vicisitudes de una eleccion caprichosa, y con el objeto de conjurar estas inestabilidad, se estableció la ley conocida con el nombre de *Silicia*.

No diremos que la muger tiene menos talento que el hombre; pero es preciso confesar que tiene un talento distinto, porque es muger en esto: como en todo lo demás; tal vez proceda lo que decimos de la estrechez de su cabeza, de su frente y de su debilidad, de los cuidados que toma por sus adornos y por sus atractivos, ó por la coquetería; tal vez proceda tambien de las vicisitudes de su salud, del tiempo que consagra á alimentarnos, luego á educarnos y después á instruirnos; acaso esté persuadida de nuestra superioridad, demasiado dada á la pereza ó muy orgullosa de nuestros homenajes; pero es lo cierto que su inteligencia en muchas circunstancias tiene menos poder que la nuestra. ¿Quién duda que tienen menos memoria? Sabemos que hay actrices que aprenden grandes papeles y que los desempeñan sin faltar, y aun cuando no tenemos en cuenta el sororro del apuntador, observemos los estudios que exige cada representación. Sabemos que hay mugeres que poseen muchos idiomas; pero observemos la facilidad con que los olvidan. Sin embargo, es mas fácil hallar una muger que hable medianamente muchos idiomas, que escriba correctamente su idioma propio. La Avellaneda, la Coronado y otras notabilidades femeninas en el género literario de nuestra patria, son excepciones tan raras como gloriosas.

Exaltadas y vehementes, generosas hasta el heroísmo, ó vindicativas hasta la crueldad, su imaginación las hace versátiles y escesivas en todas las cosas. Tan pronto atentas á los combates de la arena, con una sola mirada escitan el ardor de los combatien-

tientes, ó prendadas de los encantos del reposo, estinguen en nosotros el gusto por la gloria, y nos ciegan al extremo de hacernos proclamar meritoria una cobardía que les agrada.

Ferrus ille fuit, se cum posset habere, Mulverit pradas, stultus, et arma sequi.

Tan pronto embriagadas de libertad en las revoluciones ó los tumultos, impulsan á los locos á la sedición y á la carnicería; y por último, otras veces compasivas y generosas, con sus dulces manos curan las heridas y consuelan al desgraciado. Se las ha visto un día acompañar triunfante la cabeza de la princesa de Lamballe: en otra ocasión ofrecían flores humedecidas con lágrimas á un rey indignamente condenado, á quien la multitud llenaba de improperios. Hoy valerosas en la desgracia, como Mad. Lavallette, agradecidas como Francisca de Rimini, ó fieles como Artemisa; mañana pérdidas como Judith; bárbaras en un día calamitoso, y sublimes en un día de terror ó de epidemia.

Esta versatilidad de humor, que las ha hecho culpables en mas de una ocasión, las ha hecho tambien á menudo muy desgraciadas. Las mas hábiles están tan persuadidas de ello, que no se muestran gustosamente mas que á ciertas horas y en ciertos dias. Las mugeres griegas se hacían invisibles los sábados de cada semana.

Pero á todas horas están las mugeres dotadas de capacidad; jamas las abandona el talento y la destreza, pues todo les sirve para medios de expresion y el gesto, una mirada, una sonrisa, hasta el silencio. ¿Es preciso corresponder? Todo en ella es un telegrafo, un mensajero; una flor, una cinta &c.

A este tacto tan delicado vemos que se usa un perfecto disimulo, y mucha de aquella circunspeccion, mucho de aquella diestra prudencia, que los espíritus pesarosos llaman falsamente hipocresía; son males verdaderos que se callan ó dolores fingidos que se acusan; algunas veces una sonrisa que

oculta las lágrimas, otras veces la alegría disimulando el despecho, en casos dados son confidencias para enmascarar un secreto ó para adormecer un arrebatado de celos; muchas veces se rehúsa para hacer desear, se huye para ser perseguida, se confía en la esperanza de una indiscrecion, se pone un velo para que se desconra, y en muchas ocasiones hasta se besa una mano ofensora con la esperanza de poderla cortar.

Pero lo que nos agrada especialmente es la muger, es el pudor cándido, la castidad. No la castidad de Susana, que no ha estado bastante espuesta para ser muy meritoria, no el pudor que se contenta con enrojarse, ni el que se calla, ni el que grita, ni el que se turba ó se ofende de todo. "Gritad, señorita, gritad fuerte, decía el viejo Fontenelle á una jóven que huía sus inocentes caricias, gritad, que eso nos honrará á los dos." El pudor que amamos no es el de Clarisa que disputa palmo á palmo la llave de la puerta por donde se escapa, sino el de la jóven que leyendo sola á Bullon, salta cincuenta páginas del libro, aunque curiosa por leerlas; la de Virginia, que prefiere la muerte á la vergüenza de ponerse desnuda en la presencia de un hombre. La ingenuidad y la ingenuidad, esto es el mas irresistible atractivo de las mugeres.

Se reconviene á las mugeres respecto á su ignorancia, y se acusa de ello al hombre mismo. Y sin embargo, ¿es á él á quien se consulta en cuanto á la educación que se le da? ¿Somos nosotros los que consumimos las hermosas horas de su juventud á los prolongados ejercicios del harpa ó del piano, estudios la mayor parte del tiempo tan estériles? ¿Somos nosotros los que la habemos aconsejado que florezca sin ningún fruto, sin utilidad para el porvenir, en lugar de hacerlas aprender sólidamente su propia lengua, la historia, y sólidamente tambien un arte cualquiera, pero uno solo? La historia, las lenguas vivas, la geografía,

la Biblia y los moralistas, y acaso tambien un poco de física, son los estudios que le serian útiles; que nunca sean demasiado sábias en cosas inútiles.

Las mugeres no acaban de comprender lo perjudicial que les es un esecutivo amor propio. La mayor parte de las mugeres odian á todos aquellos que les estiman sin emocion, y desearian imponer el castigo que Bussy sufrió en cierta época, que estuvo veinte años preso por haber dicho y cantado que la boca de la señorita de La Valliere era grande.

Si las mugeres tienen poco poder entre nosotros, ellas mismas tienen la culpa.

Mientras mas poderosa es la influencia de las mugeres, mas culpables son juzgándolas; siempre que ellas manden á la ilustracion serán obedecidas.

AUSENCIAS

CAUSAN OLVIDO.

Un pequeño, pero escogido número de personas de ambos sexos, se reuña no hace mucho tiempo en cierta casa de esta capital, con el objeto de divertirse y pasar alegremente algunas horas de las largas noches de invierno. En esta reunion, compuesta casi esclusivamente de jóvenes solteros, reinaba aquella franqueza y aquella alegría que hacen tan apetecible esta clase de diversiones domésticas. Los años de casa se esmeraban por su parte en proporcionar cuantas atenciones delicadas estaban á su alcance, á las personas que concurrían á la reunion.

Una de ellas era el jóven Francisco, destinado á formar notable contraste con los de su edad. Eran estos bulliciosos, agasajadores y locuaces en extremo; Francisco, por el contrario, aunque dotado de viveza interior, la ocultaba esteriormente con una circunspeccion calculada segun las circunstancias. Habla poco, reduce una larga respuesta á pocas palabras, y á veces, hasta su silencio quiere que sea

inteligible. Por otra parte, la etiqueta y zalamerías modales tan en boga entre algunos, á él le son insoporables, y ni obligado se le conoce es alguna vez á ellos, se le conoce es haciéndose violencia. Este ligero bostezo del carácter de Francisco, manifiesta bien á las claras que no era el más á propósito para hacerse lugar con el bello sexo, ni poseía los medios que para ello generalmente se emplean. Aunque su persona y fisonomía nada tienen de desagradable, aunque tomaba parte en los bailes y en los conciertos, y aunque había jóvenes lindas y predilecciones más ó menos marcadas entre los concurrentes, Francisco permanecía tranquilo. A las mujeres les chocaba su reserva, el que no procurase atraerse alguna confianza y que no experimentase alguna simpatía. Tal estado de cosas no fue muy duradero.

Llegó la temporada del carnaval, época en que las diversiones, aumentando de día en día, ponen en movimiento á los más tibios y ofrecen pávulo abundante á los jóvenes atisivos del bullicio. Era preciso entonces ensanchar la esfera de la tertulia, y para regularizar más la diversion, indispensable que cada caballero diese el brazo de preferencia á una dama, á la que acompañase, obsequiase y protegiese en las expediciones nocturnas á bailes de máscara y otras partidas de placer que la compañía proyectaba. Nuestro joven se había propuesto elegir á la dama que hubiese visto menos favorecida; pero no tuvo tiempo de ejecutar su pensamiento, pues fue elegido antes que los demás.

El dueño de la casa era un sugeto que por su edad y clase de sus ocupaciones, gustaba más de ver divertirse á los otros, que de tomar una parte activa en la diversion; pero su esposa, que á sus virtudes domésticas reunía los talentos que embellecen una sociedad, y que después de algunos años de matrimonio no había perdido la lozanía de su juventud, no era justo que se privase de la diversion, y ni su espo-

so, ni sus amigos querían careciese la compañía de su principal ornamento. Aquella mujer supo penetrar los sentimientos de Francisco, los halló sin duda conformes á los suyos y le eligió por su caballero, quedando él agraciado, y orgulloso hasta cierto punto por verse preferido á las demás. Desde entonces tuvo con aquella mujer una simpatía inexplicable, hija sin duda de la compasión, y cual si un secreto presentimiento le anunciase que debía ser desgraciada. La nueva intimidad en que se hallaban le obligó á fijar más en ella su atención y á descubrir tan seductores como ignorados atractivos. Hasta entonces había visto en ella una mujer sencilla, agradable, de modales distinguidos y nada más; pero ya en aquel momento descubrió que su cabello castaño estaba graciosamente dispuesto sobre su cabeza, que sus dulces ojos brillaban cubiertos de largas pestañas, y que un baño de profunda melancolía velaba su hermoso semblante. Su boca parecía algo grande, pero la sonrisa la hacía encantadora. Además era imposible no animarse con sus miradas cariñosas y con las inflexiones energicas y puras de su voz. Todas estas seductoras cualidades en que Francisco hasta entonces no había parado la atención, no tardaron en producir en él una sensación inesperada. Ya hallaba un secreto placer en acompañarla, ya le enagenaba el momento en que la sentía palpar con el agitado compás del baile, ya por último solo hallaba placer en estar á su lado, y en este caso, sus miradas, sus palabras, sus menores acciones se referían al deseo de no disgustarla.

Al principio no se le daba cuidado de esta simpatía, persuadido de que no había de tener otros resultados; pero al notar que ella era su único pensamiento, y que de ella se ocupaba directa ó indirectamente desde la mañana hasta la noche, trató de analizar qué clase de impresion era la que en él había producido aquella mujer. Enton-

ces se alarmó, pues aunque al parecer lo que él sentía era un movimiento de ternura y agradecimiento, su delicadeza le representaba que la menor demostracion improvisada por su parte, en él sería un crimen y en ella una ocasion de faltar á sus deberes. Se temía mucho á sí mismo y conoció era tiempo de sofocar aquella afición, antes que tuviese funestos resultados.

Consignante á este plan, se propuso disimular todo lo posible y aun evitar el trato de aquella mujer; pero cuando estaba á su lado se turbaba al encontrar sus miradas furtivas; su mano temblaba al asir otra mano tímida, y no podía disimular la continua emocion que experimentaba. Había ella conocido lo que pasaba en el interior del joven? Por poco que una mujer haya sondeado el corazón humano, conoce las sensaciones que sabe producir, las que por otra parte son difíciles de disimular. Ya cuando estaban juntos había instantes de silencio en que no podían sostener la conversacion tan animada como otras veces, en que la fisonomía del joven tomaba una expresion melancólica, y en que su amable compañera le contemplaba luchando con una turbacion interior y agitado por un pensamiento que deseaba acallar. Entonces ni se atrevía á distraerle, ni se indignaba tampoco contra él; al contrario, gustaba de hallarse á su lado, pues conocía su delicadeza y que era incapaz de faltarle el respeto en lo más mínimo, lo que no podía menos de aumentar en ella el interes reunido á la compasión.

Así pasaron algunos dias en los cuales Francisco solo buscaba la soledad; pero todos cuantos medios imaginaba para deshogar su pecho le convencieron de su ineficacia y del incremento de su pasion. Si buscaba alivio en la música, sus dedos involuntariamente hacían resonar el aire favorito de su querida, y repetir aquellos compases llenos de recuerdos. En fin, su imagen le seguía á todas partes, en el estudio, en el templo, y era la fantasma

de sus noches de desvelo. No confiado entonces en sí mismo, si una ocasion favorable llegaba á presentarse, formó decididamente la intencion de separarse de aquella mujer, y una circunstancia aceleró esta separacion mas pronto de lo que había creído.

Un día en que más preocupado que nunca se había escabullido del salon de baile y del bullicio, fué á sentarse en un sofá en su retiro, y allí, creyendo que su ausencia no sería notada, se entregó á sus melancólicas reflexiones. Había dejado caer la cabeza sobre sus manos; mas al levantarla de improviso, vió al objeto de sus desvelos á cierta distancia delante de sí. Entonces una palidez mortal cubrió su rostro, y persuadido de que sus expresiones y ademán le habían descubierto, quiso huir; pero ella asiendo de una mano le hizo sentar á su lado en el mismo sofá, y le dirigió estas palabras:

—Os sentis malo? Estais desvelado, para lo que acostumbra vuestras mejillas.

Tranquilizóla él, esforzándose á ejercer un grande imperio sobre sí mismo, y manifestado que no sentía novedad alguna á pesar de que el tono de su voz le hacía palpar hasta el fondo de sus entrañas. Ella prosiguió:

—Tened cuidado de vos mismo, y no os dejéis devorar por secretas penas. Cualesquiera que sean vuestras males, confiadlos á vuestra buena amiga. . . tal vez ella hallé medio de remediarlos.

Estas cariñosas palabras produjeron un efecto extraordinario en el apasionado joven. El sin duda las dió otro sentido del que realmente continúan, y sin ser dueño de contener su emocion, atrase hacia sí aquella mujer adorada, estampó en su mano un beso ardiente, y ya va á revelar el volcan que arde en su pecho, cuando de improviso se detiene como asallado de ideas funestas, ó como si un porvenir horroroso se presentase á su imaginacion.

De repente, y como si tuviese una inspiración feliz, suelta la mano de aquella mujer adorable. — "¡Adios, dice, perdónad!" y desaparece prontamente de su vista.

Ella, enteramente pasiva, no acabó de comprender esta escena hasta el otro día en que recibió la carta siguiente: "Lo sucedido ayer entre nosotros, y la resolución que he tomado, me precipitan á hacer una declaración que creí permanecería siempre ignorada; pero que tengo motivos para creer que ya no os sorprenderá. Yo os debo mucho, mi querida señora, yo no he podido permanecer insensible á vuestro lado. . . yo me he atrevido á amaros. Perdonadme: la disculpa de mi pasión hallada en vuestro irresistible atractivo; y compadeceosme más bien. Los momentos que he pasado en vuestra compañía, esos instantes de felicidad, tan nuevos y tan deliciosos para mí, es forzoso que los aleje de mi memoria! Ya no es posible vivir en su seguridad á vuestro lado. Yo no agravo á vuestra virtud; pero fiemlo por mí mismo, y solo un remedio hallo. . . ¡la ausencia! AUSENCIAS CUM PAN OLIVINO; olvido, sí, de una pasión devoradora que me hará víctima; pero que no ha de ser más fuerte que mi voluntad y mi razón; pero no tan cruel olvido, que me impida mereceros un inocente y compasivo recuerdo."

BOSQUEJO

SOBRE LA POESIA INGLESA.

La poesía tuvo gran parte en la educación de esta ilustre nación, se puede decir que ella fué su Mentor al través de los siglos, y en medio de sus vicisitudes, confirmando mas el sabio dicho, "que los pueblos poéticos son los mas nobles, y los mas nobles se vuelven poéticos."

Los bardos antiguamente con sus canciones alentaban al combate y cantaban la muerte del valiente. Despues los trovadores con sus romances referian los orígenes, y las caballerescas

empresas de sus antepasados. Garey y Chaucev cantaron los amores, las usanzas, y los deberes del buen caballero.

Spenser bajo el velo de las alegorías, enseñó la fidelidad en amor, el valor y la gentileza en la guerra. Shakespeare esponía la historia nacional y las de las pasiones sobre la escena. Milton cantaba acerca de las regiones del caos, del infierno, del cielo y del paraíso terrenal. Thompson describía despues las bellezas y la variedad del mundo visible en las cuatro estaciones, Wordsworth en nuestros días, errante por llanos y montes verificaba las impresiones religiosas que absorbía en medio del espectáculo de la naturaleza. Akenston, Campbell y Rogers indicaron los placeres de la imaginación, de la esperanza y de la memoria. Moore entonaba los himnos á la libertad, y cantaba los amores de los ángeles. Byron describía las costumbres de las naciones modernas, los espléndidos delitos y la atormentada conciencia del hombre fuerte y rey. Walter Scott pintaba los delitos y las virtudes de las guerras de la edad de hierro.

Esta poesía no fué muda sino en el furor de los guerreros civiles, casi estupefacta de horror, y aunque fué siempre protegida por el rey ó por los magnates; sin embargo, no profano su misterio sino bajo la viciosa tiranía de Carlos II con viles prostraciones y lenguaje obscuro.

Pero bien pronto se vindicó de la tiranía que las había descarrado espian-do un instante de debilidad con un siglo de himnos perennes á la libertad y á la virtud, tanto, que embobeciendo y exaltando los ánimos á la par, que la religión, la poesía en esta region fué mas fiel que de deleficar los males á celeste misión de elevar el alma y magnanimitad. Por esto es que cualquier pueblo que necesite alcanzar fuerza y grandeza de ánimo, puede beber en este manantial, que ciertamente se sentirá latir el corazón mas fuerte, por la patria y la libertad.

Esta heroica nación tiene muy bien conocidos los beneficios que recibió de la poesía. En vez de despreciarla á semejanza de otros pueblos, ella la honra, y por todas partes la festeja como á una divinidad tutelar. El rey la corona, los grandes le abren sus salones, el pueblo la aclama. Ella es intérprete entre el hombre, y el cielo en las iglesias; ella está en las bocas de los oradores en el Parlamento, que sin mancha de fausto ó de pedantería adornan con versos sus discursos; ella aumenta el encanto en los teatros sin gemir bajo el yugo de la música; ella está en todos los banquetes; ella es invocada en las elecciones, en el laborioso comercio; ella es compañera del artesano, y se encuentra en todas partes. Esta poesía nacida entre un pueblo amante en todas las calades de la cacería, de la cabalgata, del remar y de la pesca, en fin, de todos los ejercicios gimnásticos, y acostumbrado á vivir en el campo la mayor parte del año entre costumbres elegantes, pero sencillas. Por consiguiente, un pueblo que esté habituado á estas usanzas, siente mas que nosotros las bellezas de la naturaleza, se aficiona á describir, y hace tambien sobrepujar el paisaje sobre el hombre en sus cuadros poéticos. De aquí Denham, Thompson, Cowper, Beattie, Burns, Goldsmith, y una infinidad de otros menores poetas, que no se cansan jamas de pintar la inagotable variedad de la naturaleza. Esta es la parte en que los ingleses aventajan á los antiguos y á los modernos. Esta pasión resplandece tambien en la pintura, en cuyo ramo, el solo es que se distinguen es el paisaje. Sus poetas tienen el mérito de hacernos advertir tantas sensaciones suaves, que se nos escapan sin su guía. ¿Quién hubiera descubierto las bellezas de una mansión de invierno, tan bien descrita por Cowper, sin familiarizarse con la vida campesitel? ¿Quién sin esta práctica y este amor hubiera podido describir la aldea deshabitada de Goldsmith?... No hay casi un ángulo en la Gran Brita-

ña que no esté ilustrado con versos, mientras muy pocos de nuestros grandes poetas han cantado las bellezas de nuestras campiñas.

Nación mercantil y guerrera, acostumbrada á los viajes, á las guerras, á los accidentes de la mar, á los debates públicos y á los tumultos políticos, está predispueta á lo gigantesco! á lo extravagante, á lo vario y á lo nuevo.

Viviente bajo un cielo inconstante y nebuloso; está mas inclinada á la gravedad, á la meditación y á la soledad. Pone en la vida doméstica y en el hogar el simbolo de los placeres. Estar solo no es una pena para un inglés que posee el gran secreto de saber vivir consigo mismo. La melancolía es para el poeta de esta nación una musa; todos la invocan, todos la honran con el epíteto de divina. Por esto sentenció muy bien madama Stael que "la libertad y la virtud, estos dos grandes productos de la razón, necesitan de la meditación que naturalmente guía á objetos graves." De allí Young, Harvey, Gray, Macpherson, y aquel tiene oscuro que reina en todas las composiciones inglesas. Parece que la poesía refresca el cielo bajo el cual vive; en el Mediodía es azulada y risueña, y en el Norte triste y procelosa.

Su poesía didáctica no se refiere al cultivo de las campiñas, de las viñas, de los olivares, de los naranjos, ni á la pesca del coral ó de las perlas, sino acerca de los deberes del ciudadano y sobre los destinos del hombre. . . .

Esta nación siempre ansiosa por el progreso de la civilización acerca de los gobiernos libres, á no puede corregir la desigualdad inevitable y necesaria de los bienes entre las clases de la sociedad, procura por lo menos alliviarla con la instrucción, y difundir cuanto le es dable los placeres del espíritu. El leer y escribir se ha hecho común entre este pueblo. Los artesanos tienen en todas las provincias un instituto, tienen para ellos bibliotecas. De aquí creció una literatura adecuada á la inteligencia de las diversas clases de

la sociedad. Cada edad, cada clase y cada sexo, tienen autores para su capacidad, tienen sus propios poetas. En el cuarto de un arrendador, o en el cuarto de un capitán de marina, se encuentra una pequeña librería adecuada á sus ideas y á sus costumbres. Igualmente esta nación se ha servido de la poesía como los antiguos lo hicieron de la música para adiestrar los príncipes de las personas estudiosas. Así se encuentra acerca de ella tantos romances, tantas poesías en lengua escocesa, tantas poesías sagradas cuantas son las sectas religiosas, tantos poetas inferiores como Parnell, Moore, Sittell, M. Mrs. Barbauld, Hermaus, y también de los poetas de los mas ínfimos del pueblo como Taylor, renombrado el agudador por su oficio, el zapatero autor del poema "El Arrendador," y de muchísimos otros que el extranjero se asombra sin adular, ni tampoco sabe entender la necesidad de tantos poetas medianos.

Para muchos pueblos la poesía es un objeto privilegiado de lujo, es un nectár reservado solamente para las personas opulentas. En Inglaterra al contrario; es semejante al Tejo, que después de haber regado los reales jardines de Aranjuez, distribuye aquí y allá también arroyos á las habitaciones rústicas.

Verdad es que este nectár del pueblo es un licor amargado, es una poesía para algunos demasiado humilde y ligera, sin aquel éter, ni aquella sublimidad que constituye la verdadera esencia. Pero ella no por eso deja de apasionar los entendimientos sencillos tanto como la poesía sublime. No todas las personas del bello sexo sienten como madama Dacier el mismo interés por la Iliada. El magistoso y sublime Milton no es accesible para todos los jóvenes. Como los artesanos podrán conformarse con el destino de Ifigenia ó con las quejas de Fedra. Aquel cuyos utensilios son de oro, ó de plata para los ricos, son hechos de cobre ó de hierro para las clases inferiores, es-

ta nación tiene una poesía de un metal mas bajo para la juventud, y las clases inferiores.

Descendiente de la austera y belicosa poesía celtica y escandinava, erectada bajo un clima rigido que apaga las pasiones, y entre costumbres severas, que son el Palas de los gobiernos libres, la poesía inglesa ofrece metamorfosis de amor, aunque diversas de aquellas á que estamos acostumbrados en la nuestra. La poesía inglesa con pocas excepciones es una casta matrona, es una Minerva toda cercada de la clámide. Sus heroínas son una infeliz y fiel esposa cual Desdémona, una inseparable y piadosa hija como Cordilia, una Eva angelical y pura de Milton, una Sasieta esposa ejemplar de Thompson, la inmaculada una de Spenser, y en prosa una prudente y afectuosa Camela, una seducida y arrepentida Clarisa, y los modestos amantes de Walter Scott. La lengua ejercita un sumo dominio sobre la poesía. La versificación inglesa no es tan sonora, ni tan armoniosa, ni tan flexible, y ni tan rica de tonos como la nuestra. Pero la lengua inglesa está tan distante de la poesía, al mismo tiempo que la nuestra de la prosa, y es tal vez otro tanto mas atrevida en las metáforas, sino que es mucho menos abundante de rimas que la nuestra. Por consiguiente no se presta tan fácilmente como la nuestra á todos los metros. La tercercilla, la octava, el soneto, mientras pasan casi desapercibidos bajo la pluma del castellano, hacen fruncir la frente al poeta inglés el verso suelto ó la rima simplemente rimada, es el metro mas usado en los poemas largos con pocas excepciones. Pero la lengua inglesa á estas desventajas pueden contraponer algunos compensos.

Sus fuertes consonantes le participan velocidad, sus monosílabos le dan admirable fuerza, y el uso de unir las palabras mas frecuentes en la poesía inglesa que en la nuestra, le comunican una mayor acumulación de pensamientos.

Sus fuertes consonantes le participan velocidad, sus monosílabos le dan admirable fuerza, y el uso de unir las palabras mas frecuentes en la poesía inglesa que en la nuestra, le comunican una mayor acumulación de pensamientos.



VARIEDADES.



CAUSA

CONTRA JUANA DE ARCO,

DONCELLA DE ORLEANS. (1)

Próxima á su ruina la Francia durante el reinado de Carlos VII. cupo á dos mugeres la gloria de salvarla. Fué una, Juana de Arco, por sobre nombró la Doncella de Orleans, á causa de haber hecho levantar á los ingleses el sitio de Orleans, y haber reconocido su virginidad á sus enemigos. Fueron sus hechos prodigiosos, su valor sobrenatural. La historia la ha hecho justicia. Su juicio, y la muerte afrentosa que sufrió inocente, bien merecen reseñarse.

Juana de Arco nació en Dom-Remy el año 1412, de padres labradores, y de modesta fortuna. Fué virtuosa su juventud. Familiarizada con las faenas del campo, en que ayudaba á los suyos, grande fué su robustez. No carecia de belleza, y su semblante tenia una mezcla de gracia y de firmeza natural. Su aire noble, su tez viva, y su frente magestuosa y dulce, pre-

(1) El interés que tiene para la historia esta muger célebre, nos ha movido á extraer su vida y su causa.

venian en su favor. En vano la pretendió un amante.

Invasida la Francia por los ingleses, estériles fueron los valerosos esfuerzos de Carlos y de sus ilustres guerreros.

Fuertemente impresionada la imaginación ardiente de Juana, y exaltada la piedad á vista de los males de su patria, concibió la heroica resolución de atajarlos, creyéndose destinada por el cielo á libertarla. Presentose al gobernador, y le dijo: "Bien sabéis el triste estado de la Francia: Dios ha oído sus lamentos, y se prepara á acallarlos: por lo mismo que es tan desesperada nuestra situación, mayor será el milagro, y mas digno de la Divina Providencia que quiero servir de mí para arrojar de nuestro suelo á los ingleses: los mas viles instrumentos son, por lo general, los que escogen para la ejecución de sus designios."

Asombrado el gobernador de un lenguaje tan extraño en una rústica aldeana y del tono firme y lleno de dignidad con que á los 17 años pronuncia estas palabras, entró con ella en materia, y quedó prendado de su inteligencia. No creyendo, sin embargo, en su inspiración, la despidió cortemente. Sin éxito su propósito, acudió Juana á un caballero de opinión, que en su larga experiencia descubrió al través de las visiones de que le dió conocimiento, el temple de su alma, que le pareció conveniente aprovechar tratándose del servicio de Dios y del rey. Conferenció al efec-

la sociedad. Cada edad, cada clase y cada sexo, tienen autores para su capacidad, tienen sus propios poetas. En el cuarto de un arrendador, o en el cuarto de un capitán de marina, se encuentra una pequeña librería adecuada á sus ideas y á sus costumbres. Igualmente esta nación se ha servido de la poesía como los antiguos lo hicieron de la música para adiestrar los príncipes de las personas estudiosas. Así se encuentra acerca de ella tantos romances, tantas poesías en lengua escocesa, tantas poesías sagradas cuantas son las sectas religiosas, tantos poetas inferiores como Parnell, Moore, Sittell, M. Mrs. Barbauld, Hermaus, y también de los poetas de los mas ínfimos del pueblo como Taylor, renombrado el agudador por su oficio, el zapatero autor del poema "El Arrendador," y de muchísimos otros que el extranjero se asombra sin adular, ni tampoco sabe entender la necesidad de tantos poetas medianos.

Para muchos pueblos la poesía es un objeto privilegiado de lujo, es un nectar reservado solamente para las personas opulentas. En Inglaterra al contrario; es semejante al Tejo, que después de haber regado los reales jardines de Aranjuez, distribuye aquí y allá también arroyos á las habitaciones rústicas.

Verdad es que este nectar del pueblo es un licor amargado, es una poesía para algunos demasiado humilde y ligera, sin aquel éter, ni aquella sublimidad que constituye la verdadera esencia. Pero ella no por eso deja de apasionar los entendimientos sencillos tanto como la poesía sublime. No todas las personas del bello sexo sienten como madama Dacier el mismo interés por la Iliada. El magistoso y sublime Milton no es accesible para todos los jóvenes. Como los artesanos podrán conformarse con el destino de Ifigenia ó con las quejas de Fedra. Aquel cuyos utensilios son de oro, ó de plata para los ricos, son hechos de cobre ó de hierro para las clases inferiores, es-

ta nación tiene una poesía de un metal mas bajo para la juventud, y las clases inferiores.

Descendiente de la austera y belicosa poesía celtica y escandinava, erectada bajo un clima rigido que apaga las pasiones, y entre costumbres severas, que son el Palas de los gobiernos libres, la poesía inglesa ofrece metamorfosis de amor, aunque diversas de aquellas á que estamos acostumbrados en la nuestra. La poesía inglesa con pocas excepciones es una casta matrona, es una Minerva toda cercada de la clámide. Sus heroínas son una infeliz y fiel esposa cual Desdémona, una inseparable y piadosa hija como Cordilia, una Eva angelical y pura de Milton, una Sasieta esposa ejemplar de Thompson, la inmaculada una de Spenser, y en prosa una prudente y afectuosa Camela, una seducida y arrepentida Clarisa, y los modestos amantes de Walter Scott. La lengua ejercita un sumo dominio sobre la poesía. La versificación inglesa no es tan sonora, ni tan armoniosa, ni tan flexible, y ni tan rica de tonos como la nuestra. Pero la lengua inglesa está tan distante de la poesía, al mismo tiempo que la nuestra de la prosa, y es tal vez otro tanto mas atrevida en las metáforas, sino que es mucho menos abundante de rimas que la nuestra. Por consiguiente no se presta tan fácilmente como la nuestra á todos los metros. La tercercilla, la octava, el soneto, mientras pasan casi desapercibidos bajo la pluma del castellano, hacen fruncir la frente al poeta inglés el verso suelto ó la rima simplemente rimada, es el metro mas usado en los poemas largos con pocas excepciones. Pero la lengua inglesa á estas desventajas pueden contraponer algunos compensos.

Sus fuertes consonantes le participan velocidad, sus monosílabos le dan admirable fuerza, y el uso de unir las palabras mas frecuentes en la poesía inglesa que en la nuestra, le comunican una mayor acumulación de pensamientos.

Sus fuertes consonantes le participan velocidad, sus monosílabos le dan admirable fuerza, y el uso de unir las palabras mas frecuentes en la poesía inglesa que en la nuestra, le comunican una mayor acumulación de pensamientos.

VARIEDADES.

CAUSA

CONTRA JUANA DE ARCO,

DONCELLA DE ORLEANS. (1)

Próxima á su ruina la Francia durante el reinado de Carlos VII. cupo á dos mugeres la gloria de salvarla. Fué una, Juana de Arco, por sobre nombró la Doncella de Orleans, á causa de haber hecho levantar á los ingleses el sitio de Orleans, y haber reconocido su virginidad á sus enemigos. Fueron sus hechos prodigiosos, su valor sobrenatural. La historia la ha hecho justicia. Su juicio, y la muerte afrentosa que sufrió inocente, bien merecen reseñarse.

Juana de Arco nació en Dom-Remy el año 1412, de padres labradores, y de modesta fortuna. Fué virtuosa su juventud. Familiarizada con las faenas del campo, en que ayudaba á los suyos, grande fué su robustez. No carecia de belleza, y su semblante tenia una mezcla de gracia y de firmeza natural. Su aire noble, su tez viva, y su frente magestuosa y dulce, pre-

(1) El interés que tiene para la historia esta muger célebre, nos ha movido á extraer su vida y su causa.

venian en su favor. En vano la pretendió un amante.

Invasida la Francia por los ingleses, estériles fueron los valerosos esfuerzos de Carlos y de sus ilustres guerreros.

Fuertemente impresionada la imaginación ardiente de Juana, y exaltada la piedad á vista de los males de su patria, concibió la heroica resolución de atajarlos, creyéndose destinada por el cielo á libertarla. Presentose al gobernador, y le dijo: "Bien sabéis el triste estado de la Francia: Dios ha oído sus lamentos, y se prepara á acallarlos: por lo mismo que es tan desesperada nuestra situación, mayor será el milagro, y mas digno de la Divina Providencia que quiero servir de mí para arrojar de nuestro suelo á los ingleses: los mas viles instrumentos son, por lo general, los que escogen para la ejecución de sus designios."

Asombrado el gobernador de un lenguaje tan extraño en una rústica aldeana y del tono firme y lleno de dignidad con que á los 17 años pronuncia estas palabras, entró con ella en materia, y quedó prendado de su inteligencia. No creyendo, sin embargo, en su inspiración, la despidió cortemente. Sin éxito su propósito, acudió Juana á un caballero de opinión, que en su larga experiencia descubrió al través de las visiones de que le dió conocimiento, el temple de su alma, que le pareció conveniente aprovechar tratándose del servicio de Dios y del rey. Conferenció al efec-

to con el gobernador, á cuya presencia condujo á Juana. "Tal vez me tengais, dijo á este, por una loquilla imprudente; pues bien, sabed que nuestras tropas han sido deshechas en una salida que han hecho de Orleans, y sabed, ya que dudais de que Dios me instruye de estos sucesos, y de que me anuncia otros, que seremos vengados por fastos acontecimientos. Dios hará cumplir su voluntad sin necesidad de vos; mas si vos os resistis á presentarme al rey, yo me presentaré, y si os castigará." Con tanta energía le habló, que intimidado, la ofreció presentarla á la corte. Cierta fué, como se supo despues, la derrota de los franceses por el duque de Beaufort. Su causa estaba en Orleans. Allí se habian reconcentrado ambos ejércitos, decididos á vencer ó morir allí. El combate era continuo, y continuos los rasgos de valor por cada parte, y el sacrificio de victimas ilustres. Empeorada visiblemente la situacion de los sitiados con la pérdida de que Juana se manifestó enterada, instruyése al rey de la prediccion de esta jóren, y mandó la llevasen á su presencia. Llena de alegría, viendo abierto el camino que la conducia á la gloria que su genio la ponía delante, puso en camino, vestida de amazona, y acompañada del gobernador.

No pudo llegar en mejor ocasion. La inclinacion que se tenía á lo maravilloso, y la confianza que inspira en la desgracia cualquier recurso cuando todos faltan, hizo que la corte mirase á Juana como enviada del cielo.

La fe en la Providencia que la religion inspira, favorecia sus planes, adoptados luego sin contradiccion. Se deseaba demasiado el bien para no creerle, y no era posible dejar de abrazarle cuando no se presentaba medio de salvarlo.

Cuántase que, vestido expreso el rey acudimiento, y confundido entre muchos señores mejor vestidos, se dirigió á él, y saludándole respetuosamente, le dijo: "Buen rey, es á vos á quien

deseo hablar," y serena, y digna, le aseguró que Dios la enviaba para arrojarse de Orleans á los ingleses, y conducir á S. M. á Reims para ser consagrado, pidiéndole armas y soldados con que llevar á cabo esta empresa.

Su juventud y juicio, su gracia y su modestia, y la seguridad con que se explicó acerca del éxito de su propuesta, interesaron á Carlos, quien la sometió, sin embargo, al exámen de algunos miembros del parlamento. A pesar de las tretas de que se valieron, desconcertoles la candorosa sencillez de Juana, y opinaron que podría ser muy bien el instrumento de que se valiese Dios para salvar la Francia. Y para alejar toda sospecha de impureza, fué sometida al reconocimiento de matronas, cuya prueba la costó tantas lágrimas y confusio, como la dió honra, adquiriendo el renombre de *La Doncella*, que le conserva la historia. Decidido el rey por el dicho de una religiosa de Avignon en olor de santidad, la confió las cortas fuerzas que aun pudo reunir, y á cuyo frente se puso armada de escoc con penacho blanco y coraza, y montada en un caballo del mismo color, que manejaba con destreza por no serla estrato este ejercicio. Aun entre los guerreros mas viejos subyugó é impuso la firmeza de su mirada mezclada con la dulzura natural. Fué la primer diligencia de la Doncella ahuyentar de su pequeño ejército las mujeres de mala vida que le seguian.

Llegada á Orleans, desplegó su real estandarte, y entó un heraldo á los ingleses rogándoles en estas términos: "Rey de Inglaterra, renaldas al rey del cielo, y entregadme las llaves de todas las ciudades que habeis usurpado. Enviada de Dios para recobrar todo lo que habeis invadido, os aconsejo los retiréis antes que la Doncella os obligue. Y vosotros, lugartenientes del duque de Beaufort, titulado regente de Francia por el rey de Inglaterra, si no ais

á los ingleses que acudais, esperimentareis mi valor animado por la ira del cielo, y os serán caras las luzañas de los franceses superiores á todas las cosecidas. Escrio el mártir de la gran semana del año 1428.

Juana de Arco."

Despreciaron los ingleses este requerimiento, y aprisionaron al heraldo.

El conde de Dunois, que mandaba en Orleans, salió á recibirla y á proteger su entrada. Alborozado el pueblo, tapizó las calles, y mil y mil luminarias hicieron desaparecer la oscuridad que comenzaba. No había descansado de su viaje, cuando á favor de una falsa alarma fué á Blois y entró en Orleans un convoy sin perder un hombre. Al amanecer del segundo día, atacó el fuerte de Saint-Loup, y se apoderó de él, matando 600 enemigos. Aterrados, abandonaron la primer línea por hacerse mas fuertes en la segunda, y la Doncella fué á ellos con resolucion. Desalentados los generales que la acompañaban por la portada resistencia de los ingleses, y entrada ya la noche, iban á retirarse despues de catorce horas de pelear sin tregua, cuando la Doncella les suplica se detengan un poco mas, y levantando al cielo las manos como otro Moisés, vuelve despues de una forviente plegaria al asalto del fuerte de San Agustín, con tal coraje, que le toma, y un gran número de prisioneros, rescatando á su heraldo.

La misma suerte corrió el fuerte de Tourneilles, debilitado por varios ataques.

Sin confianza ya los ingleses en la defensiva, presentaron todas sus tropas en batalla, y la Doncella, no menos prudente que brava, no quiso aceptar el combate, segura de que levantarían el sitio. Así sucedió, con la pertinencia de que el sol inmediato, el 8 de Mayo de 1429, se vió libre la ciudad.

(Continuará.)



DISCURSO PRONUNCIADO

POR DON

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

MIEMBRO RESIDENTE DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA, EN LA DECIMA SESION DEL QUINTO CONGRESO, SOBRE LA CUESTION SIGUIENTE

¿Cuál es la influencia del espíritu del siglo actual en la literatura?

SERORRE:

Me encuentro siempre con la misma dificultad para expresarme en un idioma que no me es familiar. Desde la última vez que tuve el honor de dirigiros la palabra, no ha trascurrido un espacio bastante grande para que haya podido hacer muchos progresos; pero tambien ha sido demasiado corto para que vosotros háyais olvidado la indulgencia que me dispensásteis.

Si, como tantas veces se ha repetido, la literatura es solo la expresión de la sociedad, ¿cómo puede dejar de sentir la influencia del espíritu del siglo? Influendo tan poderosamente en las instituciones, en las leyes, en las costumbres; revolviendo, por decirlo así, la sociedad hasta su fondo, se habia de tener en la superficie! El espíritu del siglo puede compararse á la atmósfera, que ejerce una influencia muy grande en muchos fenómenos de la naturaleza, al paso que en parte alguna se siente su peso.

Pero, se dirá, hay siglos que no tienen carácter pronunciado, cierto: como hay tambien personas que carecen de fisonomía. Pero cuando un siglo se parece demasiado al que le siguió, esto prueba únicamente que las naciones permanecen alguna vez estacionarias, hasta que un evento extraordina-

rio ha cambiado su situación, dándolas un nuevo impulso. Este se hace sentir entonces por do quiera. Así sucedió en tiempo de las Cruzadas, así sucedió mas adelante, cuando la época del renacimiento.

Véase la literatura en los siglos XV y XVI, es eminentemente clásica. Acaba de desenterrarse los monumentos antiguos; se han encontrado las obras maestras de Grecia y de Roma; hay admiración, hay éxtasis. No somos, menos entusiastas, paramos sin embargo nuestra atención, con una especie de respeto religioso, en un pobre lámpara, ó en un pequeño vaso de barro cocido, que se acaba de descubrir en Pompeya. Han pasado por tantos siglos!

¡Cada uno debió ser, pues, la admiración que causaron tantos tesoros del arte, tantos libros preciosos, encontrados á la vez y como por milagro! Se les dedicó una especie de culto; hubo el mas vivo interés en reproducirlos, en imitarlos. La literatura, pues, debió ser enteramente clásica; y la Italia, que era la primera en seguir las huellas de los antiguos, debió llevar la bandera.

España, Francia, las demas naciones de Europa, se aproximan mas ó menos en aquella época, al gusto de Italia; adviértese este en la poesía, en la prosa, en los generos mas distintos. Si se escribe la historia, se procura imitar á Tito Livio en su elegante idioma, ó la sencillez varonil de Salustio, ó la profundidad un poco ámpera de Tácito; pero siempre se imita. Solo las crónicas y los anales, que no podían faltar como la historia en los moldes de los antiguos, conservan el tipo original de cada pais. Por esto son tan verdaderas, tan sencillas!

Si escribían en Poesía épica, tomaban por modelo á Homero, ó á Virgilio. Si querían cantar los campos, no iban á recorrerlos para copiar sus bellezas segun la naturaleza, preferían encerrarse en el gabinete, para con-

vertirse allí en débil eco de las Eglogas ó de las Geórgicas.

En el teatro sobre todo, produjo desagradables consecuencias la imitación de los antiguos, llevada al exceso; el drama por ser demasiado clásico jamás podia llegar á ser popular; era una especie de anacronismo.

Véanse los esfuerzos de los italianos para salir bien en aquella carrera; casi ninguno de ellos tuvo buen éxito. Sus obras dramáticas, mas celebradas entonces, han quedado en las bibliotecas, y no sobre la escena; es decir, que no habian nacido vivideros. Para que el drama marchase, preciso era quitarle sus trabas; debía corresponder con las pasiones, los sentimientos, los costumbres del público, puesto que no se dirigía ni á los griegos ni á los romanos, sino á los franceses, á los italianos, á los españoles.

Si no estoy engañado, Lope de Vega fué el que mayor influencia tuvo en la erención del teatro moderno; y fué precisamente porque vistió la comedia con el traje del pais. El teatro de Lope lleva ya el sello de su siglo.

Hacia la misma época apareció en Inglaterra otro genio, que siguió la misma marcha, aunque por diferentes caminos, y ambos consiguieron su objeto. El uno creó el teatro de España, y el otro el de Inglaterra, porque cada cual de ellos supo ser el poeta de su tiempo y de su nacion. Lope de Vega tuvo la ventaja de formar escuela, y de tener un gran número de ilustres sucesores. Shakspeare quedó sin heredero y sin rival. Apareció solo, aislado, mas grande todavía, como un monumento magnífico en medio de un desierto.

Las circunstancias en que se encontró España con respecto á la Europa, en una época de grandeza y poder que habia cayo la costaron, contribuyeron sin duda á que el teatro español tuviera mucha influencia sobre el de las otras naciones, aun las mas adelantadas. A él debéis, señores (Voltaire es quien lo ha dicho), la primera tra-

gedia buena y la primera comedia de costumbres. No he temido apelar á este testimonio tan ilustre, pero para mi patria no puede ofenderse á una nacion que posee á Corneille y Moliere.

Debe pasar tambien la atención en que la comedia del teatro español, á que hace alusión Voltaire, era enteramente castellana; el héroe, el asunto, el sesgo. Nada se podia tomar prestado de los antiguos, cuando se trataba de los amores y hazas del Cid. En la comedia de Alarcón, la verdad sospechosa, que dió á Corneille el asunto de algunas hermosas escenas del *Maitre*, nada hay, como en el *Cid*, que recuerde el teatro de los antiguos: hasta el mismo vicio, que por decirlo así, se saca á la vergüenza ante un público burlon y maligno, parece ser un vicio moderno. ¡Tal vez los embusteros eran en número muy reducido cuando se erigan alares á la verdad! Después de la Italia y de la España, llegó su vez á la Francia; y no puede negarse, su imperio fué largo y heroico.

En el siglo XVII el teatro perteneció de derecho á la Francia: era el *siglo filosófico*, y la literatura lo fué tambien.

La filosofía domina por todas partes; penetra en los gobiernos; en los códigos, en los palacios de los monarcas, lo mismo que en el retiro de los sabios y de los literatos; reina cual absoluta soberana.

Se ha hecho un cargo á Luis XIV de haber dicho con orgullo: *el Estado soy yo*. Creo, al contrario, que era demasiado modesto limitándose á la Francia; nosotros hemos héraldo mas allá el elogio, la honra. Si se quiere, héraldo aquel monarca: llamamos á su siglo *el siglo de Luis XIV*. Parece que al que lo siguió inmediatamente podia llamarsele *el siglo de Voltaire*; lo que prueba, con el título mismo de su apostol; cuán grande y poderosa era la influencia de la filosofía.

Si en medio de su triunfo se muestra un poco exigente, hasta capricho-

sa, la culpa no es suya; era joven y hermosa; y se la hacia demasiado la corte. Estiende por do quiera su imperio, no sufre que nadie le divida con ella, no tolera contradicción, quiere que hasta los hechos obedezcan á su voluntad; los estiendo, los recoge, los hace entrar, de buena ó mala gana, en su techo de Proreusto. Con riesgo de falsificar la historia, solo la ve, por decirlo así, al través de un vidrio de color.

La novela misma es invadida por el espíritu filosófico; no le bastaban los cien volúmenes de la *Enciclopedia*. Levanta la voz con un tono un poco magistral, hasta en los tocadores de las mugeres hermosas; y en las cabañas de las pastoras. Ni la *Elogía*, ni el *Idilio* consiguen librarse del todo del contagio universal.

Menos aun el teatro. El teatro, llamado con tanta frecuencia *la escuela de las costumbres*, cómo habia de librarse de la fatalidad de los que se creian destinados á ser los reformadores y los doctores del género humano! En mi concepto, esa invasión de la filosofía en la escena, fué la que causó un gran perjuicio al teatro; las musas se afiegraron por ello. ¡Por qué no dejarlas al menos aquel asilo: en Grecia, tenían su templo, y ellas debían á los filósofos el pórtico y el Liceo!

Puede observarse entre el número de las extravagancias del siglo XVIII, digno hejo tantos aspectos de estudio y de interés, que al paso que se demolió todo para reedificar de nuevo la sociedad; al paso que nada se respetaba, principiando por las creencias, se tenía una veneración supersticiosa á los preceptos de Aristóteles ó de Horacio; en aquella época, solo el *código de Morleux* podia llamarse *sagrado*.

Pero bien se disfrazó el espíritu filosófico con la máscara de *Machomet* ó de *Bruto*, bien se presente en la escena los héroes y héroides, en los dramas de Diderot y de sus discípulos; bien apareza vivo y bullicioso bajo el traje de Figaro, con la guitarra en la ma-

no, para ocultar mejor sus dardos acerbados, siempre hay la misma tendencia á apoderarse también del teatro. Quiere colocarse allí un nuevo ariste contra la sociedad antigua, que erige ya y se desploma.

Una revolución nos separa de aquellos tiempos. Tal vez es debido á este suceso, de una extensión inmensa, el que el siglo actual, bajo muchos aspectos, se parezca poco al que le ha precedido inmediatamente.

El siglo XVIII tenía, si me es lícito expresarme así, todos los caracteres de la adolescencia: era inesperto, confiado, amigo de aventuras; gustaba de las teorías, de los sistemas, y se dejaba mecer por ilusiones y esperanzas. Nuestro siglo muestra más bien las cualidades de la edad madura; es frío, calculador, hace poco caso de las teorías, y no tiene gran pasión por los sistemas. Ha perdido tanto la ilusión de todo, que se ha apresurado á tomar el nombre de *positivo*, para que no se le llame egoísta.

El siglo XVIII profesaba principios fijos, se expresaba por medio de afirmos, pronunciaba oráculos. El siglo actual se ha hecho más modesto, á fuerza de equivocaciones; examina, duda y procede por ensayos. No tiene completa fe, ni en la verdad, ni en el error.

El siglo XVIII hacia ostentación de impiedad, y miraba con desdénosa sonrisa la religión de nuestros padres, como una preocupación antigua. Nuestro siglo profundiza más la ciencia, y se hace cada día más religioso. Proviene esto también del cansancio; la duda le atormenta, y ama sobre todo el bienestar. (Continuará.)

JENNY LIND,

CARGA ANGLÓ-AMERICANA.

Impresor, traxid una línea gorda de separación, y levantad una montaña

de tinta inglesa entre el artículo anterior y la cantora Jenny Lind; pues las cien trompetas de la fama, multiplicadas por los ecos del Océano, nos obligan á hablar de este *Ruiseñor* sueco, celebrado por todos los *patos* americanos. No es culpa nuestra el que en la vida andea mezclados los dramas y comedias, ni los augustos dolores y las cargas. Carga es la palabra; la aceptamos. ¡Carga en seis tiempos! Leed antes este curioso capítulo de nuestras costumbres en general, y de las costumbres yanqueas en particular, traducción libre y templada de varios centenares de columnas de gacetas gigantescas de la Union.

PRIMER TIEMPO: El ruiseñor sueco, descubierto en Alemania por M. Meyerbeer y alquilado á tanto por día por M. Barbaum, especulador de entusiasmo lírico, en una palabra, Jenny Lind desembarca en Nueva-York. Se abruma sobre el muelle por verla; se desfilan en las calles, y se ahogan en las puertas de su palacio. Fórmase la lista de los inutilizados, pidiendo por ellos al congreso pensiones nacionales. Por la noche, gran serenata bajo las ventanas del *Ruiseñor*; y se imprimen los nombres de los músicos y los de los espectadores para hacerlos conocer al universo entero.

SEGUNDO TIEMPO: Todos los paquebotes y caminos de hierro de los Estados-Unidos no son suficientes para los convoyes de recreo que traen á los oyentes de los cuatro puntos del horizonte. Las diputaciones de magistrados y de señoritas, los ramilletes, las joyas y los pasteles de bigado se suceden en casa del *Ruiseñor*. Sale en coche. Su cochero no puede abrir camino entre el gentío. Desatan los caballos y arrastran el coche. Cuatro suadores llevan los cordones de la carroza. A la vuelta se disponen los pormenores del primer concierto. La sala contiene ocho mil asientos. Se ofrecerá cada billete por seis pesos. — ¡Por tres pesos! esclama el *Ruiseñor*; quiero que me oiga todo el mun-

do.— Poco me importa, se dice M. Barbaum á sí mismo; venderé los billetes en pública subasta al que ofrezca más. Llegan enviados de todos los Estados de la Union. Todos ofrecen cinco mil pesos y una sala hecha de intento para obtener la gracia de un concierto. ¿Pero qué significa ese movimiento y esas piezas de artillería arrestradas por seis caballos? Son veinte pianos de cola que los artifices americanos regalan al *Ruiseñor*. Inmortalizará cada uno de estos instrumentos con una sola y simple nota, y entonces los artífices no cedorán en nada, ni á Pleyel, ni á Erard... Jenny Lind da las gracias, ensaya y devuelve los pianos. Entusiasmo de los fabricantes, que lo habían previsto, y que así venderán sus cajas á peso de oro bajo el nombre de *pianos del Ruiseñor*. El día termina por una gran comida, cuyos brindis publicarán los periódicos en treinta columnas (tipo pequeño) y por el recibimiento de los quince veintidos de New-York, á quien Jenny promete cantar en su obsequio. Los ciegos, que no son sordos, empiezan á gritar como si lo fuesen. Por la noche baile de máscara, donde se guarda en vano al *Ruiseñor*, pero en donde las grandes señoras parecen vestidas de vivanderas de la *Fille du Regiment*.

TERCER TIEMPO: La procesion de las autoridades civiles, militares y religiosas; sí, religiosas. El obispo protestante Hugues va á pagar su tributo al *Ruiseñor* (textualmente). El presidente de las bellas artes, conduce á Jenny y á la composicion de los cantos. El *Ruiseñor* canta un himno á cada corteza americana; Rafael, Ticiano y Lesueur no son nada en comparacion de M. Church y Landscape. — ¡Los conocreis! — ¡No! — ¡Ni yo tampoco! Hace una colacion en medio de veinte brindis. Entregan á la ómica el libreto del salon encadenado en zapato. — ¡Estoy encantada! esclama ella. — ¡Y yo tambien! dice el presidente. — ¡Bravos frenéticos.

CUARTO TIEMPO: Publicacion en los periódicos de los nombres de todos los nuevos yanques que se han inserto en casa de *Ruiseñor* con sus señas y la lista de las incertancias que venden al precio más módico. El *reclamo* no pierde nunca sus derechos. Concurso entre 758 romanzas enviadas á la cantatriz por los compositores del país. Una junta *ad hoc* corona con doscientos pesos la caucion número 433: *Welcome to America* (Salud á América). El *Ruiseñor* la cantará en el primer concierto. La fortuna del autor ya está hecha. Puede dejar de tener talento, pero aprovechar este privilegio.

QUINTO TIEMPO: Venta de los billetes en almoneda. Algunos de ellos suben hasta doscientos veinticinco pesos siendo estos de los pobres asientos. . . . pero los más preciosos al *Ruiseñor*... La oírán muy mal, pero casi la tocarán y podrán tirarle un ramo á cada nota. Uno de ellos compró un sombrero que, habiéndose hecho célebre así, piensa ganar mil dolares con los sombreros que venderá durante el mes.

SESTO TIEMPO: Concierto. — Bravos, pataloos; estremos, troncos de aplausos, versos, diamantes, flores, &c. &c., recaudacion, 20,000 pesos.

POST SCRIPTUM. Los americanos de los Estados-Unidos tienen la justa reputacion de no comprender la música. Son los primeros comerciantes y los últimos *dilettanti* del mundo despues de los ingleses. Si los ilustres compositores de las trozas cantados por Jenny Lind tuviesen la idea de querer figurar en New-York al lado de ella, no recibirían ni tan solo un aplauso quizá, y si patatas coridas. Ahora bien; ¿quién es esta Jenny Lind! He aquí su biografía exacta.

Nació en Stockholm el 6 de Octubre de 1820. Su padre, que tenía un colegio de señoritas, la colocó en el Conservatorio bajo la direccion del profesor Berg. Principió en 1840 con

mediano éxito en su ciudad natal. En 1843 M. Mayerbeer le hizo entrar en la Opera de París. Madame Stoltz la alejó de ella diestramente. Desde este golpe que no merecía, Jenny Lind detesta la Francia y se venga de ella en todas las partes del mundo. Ha recibido tan mal á M. Duponchel en Londres, que este ha estado á punto de declarar la guerra á la Suecia. Cuando la cantatriz viene á París, dice á todos:—Aquí me tenéis! Miradme bien; envidiadme, pero ¡jamás me oiréis!

Sus compatriotas abrazando como propia su causa, la llevaron hasta las nubes á fines de 1843. Fué desde entonces de triunfo en triunfo en Berlín, en Viena y en Londres. Cuando salió de esta ciudad, hicieron salvas de artillería.

Jenny Lind no es bonita en la acepción rigurosa de la palabra. Su cara es agradable y su talle muy común; pero tiene un encanto particular en el suave mirar de sus ojos y en la rubia opulencia de su cabellera. En fin, todo es original en ella, su fisonomía, su metal de voz, su talento y su carácter. Posee un soprano encantador, un método escelente y un charlatanismo irresistible. Lo que no sabe cantar para el oído, lo sabe cantar para la imaginación. Se agita uno, entusiasmado sin saber cómo, ni por qué. Su acción es sobria, elegante y graciosa. Sus papeles de *bravura* son la *Somnambula* y la *Hija del Regimiento*.

En cuanto á sus medios artificiales, los varía según el país. En Suecia se la cree prometida á un pastor dinamarqués, á quien ha de traer algunos millones en dote; en Berlín, al heredero de un gran banquero escocés; y en Viena á un pequeño príncipe que le aguarda en su pueblo. En Londres va á dejar el teatro después de cada representación, é irse á encerrar en una chocilla ó en un claustro. Estos estudiados rumores estimulan á los curiosos, empeñan la corte y la ciudad, y hacen subir las recaudaciones á sumas

fabulosas. Ahadid que el *Ruisecor* llora cuando le aplauden, lleva su mano al corazon y dirige al pálio besos propios de niños. Añadid todavía que, sin abandonar la línea del deber, ha penetrado en las cortes de Europa y ganado la amistad de los mas altos personajes. En fin, añadid que entiendo sus intereses como el mas rico hacendista de la Bolsa. No se ha embarcado para los Estados-Unidos, sino después de recibir 750.000 francos de cincuenta conciertos que debe dar en diez y ocho meses, sin perjuicio de un ciento por ciento de los beneficios, de un paquebote á sus órdenes, de un palacio y de un carroage de príncipe, de diez y siete criados, de una mesa diaria de veinticinco cubiertos, y de ciento ochenta y siete mil pesos para su acompañador Benedicto y para su paracionero Bolleti. ¡Creéis quizá arruinado á M. Barnum con semejante ajuste! ¡Desengañaos! Su contrata es tan buena, que veinte especuladores se hallan dispuestos á subarrundar el *Ruisecor* á ciento por ciento de beneficio.

Terminemos arrojando tambien nosotros nuestro ramillete á Jenny Lind. Ha dado en New-York á los pobres diez mil pesos ganados en su primer concierto. Y en todas partes donde el oro anda rodando á sus pies, docta ricamente los hospicios, las escuelas y los albergues de niños. ¡Bravo! y mil veces bravo!... Pero ¡por qué anunciar tales favores por medio de los administradores y los papales púlicos! ¡Estos reclamos no hacen ver que el orgullo entra por tanto, ó mas que la caridad! Si estas limosnas fueran tan secretas como el sacorro de la viuda, en vez de gritar: ¡Bravo! gritaríamos: ¡Bravísimo!

(El Mundo pintoresco.)



VARIEDADES.

CAUSA

CONTRA JUANA DE ARCO.

BONCELIA DE ORLEANS.

(CONTINUA.)

Mas de siete mil hombres costó á los sitiadores la Doncella. Tantas y tan sangrientas fueron las jornadas en que salió victoriosa. Todos los días iba á despertar á los ingleses, quebrantados al fin de esta fatiga incesante:

Ella misma se encargó de notified al rey tan fuere encaminamiento. «Genil delin, le dijo arrojada abrazandole las piernas, venid á consagrarnos á Reina de Orleans, ¡es libre!»

La corte se entregó al mayor júbilo, y para conservar Orleans la memoria de las hazañas de la Doncella, erigió en el puente un monumento con un crucifijo, teniendo á sus pies y arrodillados, al rey y á Juana, armados completamente.

Reanimados los partidarios del rey, volvieron á la guerra por no perder la ocasion que se presentaba de hacer fortuna. Uno solo, el condestable de

Richeumont, se unió al rey con doce mil infantes y mil doscientos caballos que reunió. En esta ocasion prestó la Doncella un servicio importante. Didió base de las intenciones del condestable, y se le encargó las sondense antes de sacarlas. Resultado de mutuas esplicaciones, fué contar la Doncella con un considerable refuerzo.

Encerrado los ingleses en Gergesaux, pidió al rey le permitiera sacarles. Concedido, y las tropas del duque de Alençon, ganó la fortaleza por asalto, yendo á la fortaleza de los franceses con espada en mano y su estandarte, y á pesar de haber sido sellada á tierra con una piedra enorme.

Beaugenny y Meun fueron tambien tomados á viva fuerza. De la situación á que tantos reveses habian reducido al ejército invasor, puede formarse idea por una carta que escribió el duque de Beaufort, su sobrino, al rey, su sobrino, y fué interceptada. «Vuestras tropas, decia, han sufrido terribles golpes en Orleans y otros puntos; golpes de que ha sido causa la confianza que he inspirado al enemigo una mujer infernal discípula de Satán, á quien llaman la Doncella; la cual se ha valido para conquistar de encantamientos y sortilejos. La retirada de Orleans ha disminuido al ejército. El contrario se me acerca numeroso.»

Así era. El 28 de Junio de 1429 perdieron en Paty cerca de cinco mil hombres los ingleses, á pesar de su valor. Prodigios hizo en aquel día

la Doncella, siempre en el punto de mayor peligro, y animando siempre á los soldados, les inspiró, acudiendo solícita á todas partes, un arroyo subterráneo. Había ganado su corazón y su entusiasmo.

El ejército estaba ya bajo la mas severa disciplina, gracias á la Doncella, adornada del pueblo por su interés en el alivio de sus males, y su familiaridad con los humildes.

En la creencia de que, consagrado el rey, se rendirían de auro los demas puntos que ocupaba el enemigo, mucho trabajo costó á la Doncella detener al rey tres dias, que creyó ser suficientes para tomarles antes. Al cabo de ellos, su valor de todos los dias hizo al rey dueño de Troyes, Chalons y otras plazas, consagrándose así con el prestigio de la victoria y de la posesion del reino.

Acabábase entonces una medalla en honor de la Doncella, con su efigie en un lado, y en el otro una mano con una espada y esta leyenda: *Consilio confirmata Dei.*

Acercase la desgracia de la Doncella. A la aproximacion del ejército real, se desplega el de los ingleses, y toma el rey consejo de los generales: todos menos ella opinan por seguir á Paris, y ya el rey á ponerle cerco. Herida, y hecha retirar del asalto, fue tanta la pérdida que los sitiadores experimentaron en sus vigorosos ataques, y tan tenaz y bien organizada la resistencia, que se vieron obligados á levantar el sitio, escasas por otra parte las subsistencias.

Reforzados con los del duque de Borgoña se disponian los ingleses á reconquistar algunas plazas. Entonces dijo la Doncella, que habiendo hecho levantar el sitio de Orleans y consagrarse al rey, habia cumplido su mision y deberia volver á apacientarse sus ganados. Pero necesitando todavia sus servicios la buena causa no titubeó, amante tambien de la gloria, en continuarlos. Si entonces se hubiera retirado, no habria sido trágico su fin,

ni afearia la historia de Inglaterra el cobarde asesinato de esta mujer heroica y exaltada. Verdad es que entonces no habria ofrecido la de Juana de Arco el doble interés de sus desventuras, ni realizado estas tanto á los ojos de la posteridad su figura interesante.

Encargada de la persecucion de Franquet, famoso capitán borgoñés, que hacia una guerra de vandalismo, le desafió personalmente por economizar la sangre de los valientes que mandaba. No aceptó Franquet, y á poco cayó prisionero, costándole la vida, á cuya pérdida estaba de antemano sentenciado.

Sitiada Compiègne por los del duque de Borgoña, encerróse dentro la Doncella el 25 de Mayo de 1430. Para desbaratar las obras del enemigo, hizo despues de otras, coronadas del mejor éxito, una salida, y por favorecer la retirada de los suyos, quedóse como siempre, á retaguardia. Entradas apenas sus tropas, alzase el puente levadizo, y queda en poder de los ingleses.

Muchos y muy respetables historiadores creen que esta fatuidad fué obra de la traicion de tantos envidiosos de sus glorias. Abandonada despues á su propia suerte, no es infundada esta opinion. Se hace increíble que una persona tenida entre todos por divina, tan distinguida por sus hazañas, que habia salvado á Orleans, que habia liberado á la Francia, cuando ni esperanza quedaba de su remedio, fuese pérdidamente vendida al extranjero por sus compatriotas mismos.

El rey y todos los buenos franceses recibieron esta dolorosa nueva con el mas profundo sentimiento, y comprendieron la gravedad de esta pérdida, que celebraron locamente los ingleses, rebotándose en la impotencia que le desban, y atribuyéndole é mágica y sortilejosa lo que era efecto del valor y prendas militares de su ilustre prisionera. Transportada á Rouen, fué objeto en su tránsito de los mas crueles, de los mas

injustos, de los mas afrentosos tratamientos.

La duquesa de Beaufort en su bajo deseo de hacer pasar á la Doncella por una muger licenciosa, la hizo reconocer por matronas, cuyo informe no correspondió á su propósito, costándole á su pudor de la Doncella, abundantes y amargas lágrimas esta segunda prueba vergonzosa. Parecia imposible que una muger jóven hubiese conservado su pureza por tanto tiempo en el desorden de los campamentos, en los peligros de la guerra. A prueba de la corrupcion de su siglo, la Doncella no dió jamas en su corazón entrada al vicio.

Burlados en su designio de hacerla pasar por una muger desarreglada, y mortificado su orgullo, aplacaron los ingleses á la heregia y á la magia, atribuyéndola estas cualidades para que fuese considerada como emisaria de Satanás, como depositaria de su poder, no como su heroica vencedora.

Aquí comienza el proceso. Fueron nombrados para juzgurla, ó mejor dicho, para matarla, el obispo de Beauvais, un inquisidor, y otro eclesiástico. Para su acusacion se echó mano del mayor malvado de su tiempo.

Nada era esta causa. Prisionera de guerra, era su crimen sin impetidez constante, su talento, sus atractivos, sus hazañas, sus victorias sobre los ingleses.

Comenzó el proceso por una orden del rey de Inglaterra concebida en estos términos:

"Enrique, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Inglaterra, á todos los que las presentes vieren, salud. Es notorio que una muger conocida por la Doncella Juana, despues de haber trocado por el vesido de su sexo el del nuestro, ha hecho ejecutar muchas muertes, diciéndose enviada de Dios, seduciendo á su pais, y abusando de su credulidad, y manifestándose en todas partes, sabedora de los secretos divinos, practicando muchas idolatrias, y cometiendo crímenes contra la fe ca-

tólica. Pero en tanto que ella se entregaba á estos desordenes, nuestros soldados la han cogido prisionera, y habiéndonos rogado nuestra querida universidad de Paris ordenásemos que se la formase causa por el tribunal eclesiástico, atendido el interes de la religion.

"Por este motivo, por la reverencia y el honor del nombre de Dios, mandamos que dicha Juana sea entregada al reverendo padre en Dios el obispo de Beauvais para que la juzgue. Tambien mandamos á todos nuestros oficiales franceses é ingleses que no pongan impedimento alguno al obispo citado, prestándole al contrario los auxilios necesarios. Es nuestro propósito corregir de sus extravios á Juana, si no estuviese convicta de los crímenes que se la imputan. Dado en Rouen el año 1431."

Respetada la castidad en esta ordenanza-acusacion, hasta sus mas furiosos enemigos se vieron obligados á respetar su virtud.

El promotor Estivet la acusó de hechicera, adivina, profetisa falsa, de invocar y conjurar los espíritus malignos, de sediciosa, escandalosa, de turbar el reposo comun, de haber olvidado la decencia y el decoro de su sexo, vistiendo de hombre y de herege, consintiendo ser reverenciada, adorada, y besadas sus manos y ropas. A estos se redujeron los crímenes de que fué acusada, y que abultó con las frases que le sugirió su odio inglés, y la distincion de su comunjon católica.

Alma de tan monstruosos procesos fué una informacion de testigos buscados ad hoc, y que no podian olvidar, al ser llamados, la declaracion de que se les habia instruido, porque aborreciendo á la Doncella de corazón, no les faltarian palabras para perjudicarla. Era menester que fuese Juana hechicera y maga, que tuviese pacto con el demonio; un valor tantas veces funesto á los orgullosos ingleses, no podia ser sino un valor infernal. No podian tragar que una muchacha les hubiese derrota-

do tantas veces, que les hubiese quitado la Francia, y solo su muerte, solo una venganza indigna de una nación grande, y contraria al derecho de gentes, podía aplacar su tiratción.

Idénticas las declaraciones de los testigos, escusado es repetirlos, arregladas todas á la instrucción que les dió el promotor fiscal. Pero si por repugnante debimos apartar la vista de ese cuadro, desentonsada al que nos ofrece el interrogatorio que sufrió la Doncella, y de que haremos un extracto.

Vino á decir la Doncella que muchas veces habia oido una voz del cielo acompañada de una gran claridad, animándole á hacer levantar el sitio de Orleans, y obedeciendo y simulándose con favor para esta empresa, dió cuenta de este suceso al gobernador de su provincia, de quien fué al fin escusada y protegida en su presentación al rey, y quien la hizo vestir de lumbres; que jamas habia visto hechiceras, que la voz que habia llegado á sus oídos era de Santa Margarita, San Miguel y Santa Catalina, á quienes jamas habia hablado; que se habia vestido de hombre por mandato expreso de Dios, y que lo mismo habia hecho en la voluntad del cielo, por que el decreto y luego parecer también se lo prescribieron en medio del ejército, en lumbas coccio de los combates.

Preguntada si habia usado de algun escudo de armas, contestó negativamente, y que habiendo refusedo al que la ofrecian el rey, se lo dió á sus hermanos. Se la hizo cargo de haber exigido esta distincion por satisfacer su vanidad.

También se la hizo de haberse tirado desde la torre de Baurevoir, estando prisionera, con el fin de suicidarse, confesó el hecho, pero no la intención que se la atribuan, sino la de salvarse.

Dijo asimismo que habia sido objeto de cariño, mas no de la adoración de los franceses; que si la habian besado las manos y aun sus ropas, habia sido contra su voluntad, sin poder resistir al entusiasmo que causaba;

que habia prometido al rey la primera vez que le saludó hacer levantar el cerco de Orleans, consagrarle y vengarlo de sus enemigos; y recordando que habia realizado sus propósitos, se creia, si no superior á los demas, protegida por la Providencia.

Recomendada de haber impedido se hiciese la paz, respondió que tal era la voluntad de Dios, y que la paz no se haria mientras los ingleses piasen el suelo francés, habiéndola estas reconocido cuando ella se la propuso.

Se la hizo también cargo de haber hecho morir á Francisco, y contestó que era en la iron condonado con anterioridad á muerte.

(Continuará.)



DISCURSO PRONUNCIADO

por DON

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

MIEMBRO RESIDENTE DEL INSTITUTO

HISTÓRICO DE FRANCIA, EN LA DE-

COMA SEÑOR DEL OCTAVO CON-

GRESO, SOBRE LA CUESTION

RESUMENTE.

(CONCLUYE.)

En asuntos políticos se advierte la misma diferencia: el siglo anterior tenia enteramente el *féuisme* de sociedad; queria sujetar al gobierno de sus naciones á formulas matemáticas, tan rigurosas como invariables. Para nacer á esta en cuenta las tradiciones antiguas, las leyes, las costumbres: todo debia estar compuesto, arreglado segun las reglas de una perfecta simetría. Era el sistema de Le Nôtre, llevado

desde los jardines al gobierno de los pueblos.

En filosofía, el siglo último no se muestra menos sistemático, ni menos exclusivo; déjase arrastrar por el mismo espíritu que le extravió en religión y en política. A fuerza de someterlo todo á las reducidas dimensiones de su compás, llega casi á hacer del hombre una *máquina*, una *estufa*, que siente y se mueve por casualidad.

En nuestro tiempo, el espíritu filosófico se muestra tanto mas desmenuzando y mas libre, en cuanto no se arrastra por la tierra temeroso de mirar al cielo. La *metafísica*, haciéndose mas *espiritualista*, ha prestado un auxilio muy poderoso á la *moral*; y ambas pueden abrazarse en adelante sin desconfianza, al lado de la religión.

Volviendo, señores, á nuestro asunto, vemos hasta qué punto el *espíritu del siglo* hace sentir su influencia sobre la literatura. Ningun sistema exclusivo, ninguna teoría exagerada en la sociedad de las letras, lo mismo que en la sociedad política, se teme á los *absolutistas* y á los *hipócritas*. Cuantos esfuerzos se han hecho para destruir los antiguos reputaciones, han quedado sin efecto; y los grandes hombres de otro siglo permanecen entre nosotros se pedfata. En el día no se adoran ídolos; pero tampoco se hacen pedazos para impedir la idolatría.

Durante el siglo último, la obediencia á los preceptos del arte se habia llevado hasta la superstición; se ha verificado despues una reacción en sentido contrario, y todo se ha querido trastornar. Siempre el mismo espectáculo: trae el *deस्पitismo*, la *anarquía*? No tendremos jamas *libertad*?

Algo es ya ver el espíritu, independiente y sabio al mismo tiempo, que se aplica á ciertos estudios, por ejemplo al de la historia. En el siglo XVI, la historia aparece mas bien *literaria*; en el XVIII, hacia ostentacion de *filosofía* en nuestros tiempos, busca sobre todo los hechos.

El mismo espíritu que ha inducido á la generacion actual á rehacer los estudios históricos, se ha hecho sentir también en la novela; y al lado de las exclusiones, se han deseado encontrar hechos *verdaderos*. Si no es un género nuevo, puede decirse por lo menos que ha tomado en nuestros días una nueva forma. La *novela* se ha hecho metos *locuz* y mas *dramática*; hace obrar á sus personajes, en vez de hacerlos *disfrazar*, presenta á nuestra vista cuadros *verdaderos*; se aproxima á la *crónica*, de la cual toma preciosos detalles; y en muchos de los grandes maestros, llega á ser algunas veces *mas verdadera que la historia*.

El *lucrico* de la antigua novela nos encontraría ahora un poco confundido; y las lecciones de elevada filosofía, que en otro tiempo se daban en ellas, correrian gran peligro de provocar nuestro sueño. Este siglo no es contemplativo, ni pensador; gusta del movimiento, de la acción; busca algo de *pasillo*, aun en la novela que la ha de entretener.

Por una causa cual precedia, creyeron en el olvido algunos géneros de literatura muy apreciados en otro tiempo; y fuera preciso mucho talento para devolverles su antiguo brillo. Nosotros, hijos y herederos de una revolucion; nosotros que, tanto ruido, con nuestros propios ojos, hemos visto á Napoleón en Santa Elena, podemos acaso tomar un interés muy vivo por las *feticidas* desgracias de *Cardon* ó de *Tutro*? La *Elogia* y el *Idilio*, que son el encanto de los tiempos tranquilos, correspondian marafiosamente á la corte de León X ó de Luis XIV. Cuando se fastidiaban en Versalles, ¿por qué no pensar en los campos?

Los pastores y pastoras, con el sombrero lleno de rufas en la cabeza, y el cayado en la mano, eran solo gentes de la corte, tanto en las *Elogias* como en los *Idiles*.

Como el siglo actual no gusta del

afite y del colorete, tampoco puede complacerse en aquel género falso y contrahecho; además, no es ya bastante sencillo e inocente, para encontrar un verdadero encanto en las bellezas de la naturaleza. El género pastoral no es ya para él de ningún modo.

Se ha pretendido que la *fabula* había tenido su origen en el Oriente, y que el deseo de dar lecciones á los poderosos, sin atravesar demasiado su esfera, le había creado. Si este hecho es cierto, como parece verosímil, explica también por qué la *fabula* está casi abandonada en nuestros días. ¿Hay acaso algun hombre bastante poderoso cuya esfera pueda temerse? Aquel inocente artificio ha llegado á ser del todo inútil, á lo menos con respecto á los reyes; tal vez será preciso emplearle para decir la verdad á los pueblos.

El *caudor un poco infantil* que ocultaba la *poca música de la fabula* y que formaba su encanto, en nuestros días estaria fuera de lugar. En otro tiempo se podía ser *fabulista* y *buen hombre*; ahora es preciso llevar en la mano el pincel de *Jurgen*, para mostrarlos á los *animales pintados por ellos mismos*.

No me atreveré á decir si es posible ó no componer un *Poema épico*, capaz de despertar bastante interés para llegar á ser enteramente popular; pero no vuelvo en afirmar, que una obra maestra semejante, en los tiempos que corren, se ha hecho mucho mas difícil.

Hay en la historia ó en la *fabula* algun hecho tan grande, tan maravilloso como los que nosotros mismos hemos visto! Los hechos, lo mismo que la *lira*, se engrandecen con las nubes que les rodean, y es preciso mirarlos desde una gran distancia. Aproximando nosotros los tiempos pasados, recorriendo la historia con una antorcha en la mano, ensuamos por juicio al efecto *póitico*; gana en ella la *razon*, pero la imaginacion pierde.

Es propio de nuestro siglo examinar los hechos, para conocer sus menores detalles. Nos apoderamos de

un hecho, le colocamos desnudo sobre el mármol, y hacemos de él una especie de *astropia*. Buen medio, por cierto, para tener *ilusion*!

El poeta épico exige de nosotros, para seducirnos, para encantaros, un poco de fé cédula, por no decir ciega; y nosotros abrimos tantos ojos, y queremos tocarlo todo con nuestros manos.

No nos gusta que se haga uso de la *máquina mitológica*; es demasiado vieja, aun para el teatro de la ópera. No nos gusta tampoco que se haga intervenir en un asunto profano la religion cristiana llena de tan elevada poesia (se ha demostrado tan bien en nuestros días) pero que, cual tímida virgen, teme mezclarse en las fiestas del pueblo, y reserva sus cantos para el altar.

El tiempo de los *encantamientos* y de las *brujas* pasó tambien; investigar las causas mas pequeñas para explicar los hechos; nos complacemos en descubrir los resortes y los hilos que dan movimiento á los hombres en esta gran comedia del mundo. Preciso es confesarlo; es un siglo estrabamente *Epico*, aquel en que se representan en la escena los *Titeres* y el *Vaso de agua*!

Los siglos mas adelantados en civilizacion, son tal vez los menos á propósito para la *epopeya*; vémosla siempre nacer en todos los pueblos, en los tiempos mas remotos. Los poemas de Homero, segun se pretende, no eran mas que el eco de otros cantos mas antiguos. En España, la poesia mas antigua que ha llegado hasta nosotros, es precisamente el poema del *Cid*, que al parecer pertenece al siglo XII. Vosotros tenéis tambien vuestro antiguo poema de *Alejandro*, y otros tal vez mas viejos lodaria. Por estravagante que parezca, pudiera decirse que la poesia en su infancia se entretiene en jugar con la *tropa épica*.

En nuestros días, al contrario, todo parece que conspira contra la *epopeya*;

y la civilizacion, las luces y la direccion de los espíritus; la politica misma, le ha causado tal vez un gran perjuicio. El interés que los pueblos manifiestan por la discusion de sus negocios y por las luchas de la tribuna, hace que asistan con mayor indiferencia á los combates de los antiguos héroes.

No es posible detenerse por mucho tiempo delante de un hecho, por grande que sea; la atencion se distrae con otros que pasan rápidamente á nuestra vista, como en una lierna mágica, y cuyo ruido nos transmiten mil voces diferentes. ¿Quién sabe si el *periodismo* habrá muerto á la *epopeya*?

El teatro dichosamente no ha sido herido por el mismo golpe; pero no ha evitado del todo el peligro. Veanse los esfuerzos que se hacen por do quiera para ponerle en armonia con el espíritu del siglo. La empresa no creyó fácil en un principio; pero la *ilusion* duro poco. Se principió por tratar al público como se trata á las gentes desgraciadas; creyese que bastaba darle cosas nuevas, y se cayó en la estravagancia. Quiriendo evitar un escollo, fueron á estrellarse en el escollo opuesto.

El antiguo drama, se ha dicho, estaba envuelto á poca diferencia como una *momia egipcia*, para que cupiera en poco espacio y pudiera encerrarse en las tres unidades; preciso es pues quitarle las trabas, libertándole del yugo de las reglas. Dejémoslo sin freno, y sin vida, y correrá mas altivo y mas hermoso!

El resultado no correspondió sin embargo á las esperanzas. El público, sediento de emociones, fué seducido, en el primer momento por el brillo del talento, y por el atractivo de la novedad; pero pronto volvió de sus sorpresas, y ha sucedido, como sucede casi siempre, que la *razon* ha tenido al fin *razon*.

Los espíritus mas apasionados por el nuevo sistema, han conocido la necesidad de moderar su carrera; pues

muchas veces no se alcanza el objeto por que se va mas allá de él.

Aquellos que en el campo enemigo, habian en un principio pretendido permanecer inmóviles, denunciando como una especie de *heresia* la menor innovacion, se han visto precisados tambien á ceder algo de su terreno. Están siempre apegados al viejo simbolo; pero ya no tienen igual fé en las antiguas doctrinas. No son ya *Paritianos*, ni *Jansenistas* literarios, sino *Molvistas* muy dulces y tratables, que creen que hay tambien *acercamientos* con el *Paraiso*. Véase cómo ha alojado poco á poco la lucha que amenazaba no ha mucho presentar al mundo el aspecto de un combate á muerte, como el de Roma y Cartago, en que el partido vencido debía desaparecer enteramente; véase cómo acabará tal vez, como todas las guerras civiles, por una *transaccion*.

En cuanto á mí, no creo que público de nuestros días se complazca sobre manera con el drama griego, tan simple, tan cándido, tan bello en su misma desnudez, como la *Venus de Medici*; pero tan poco creo que sea preciso presentarnos en la escena eunucos como el del *Juicio Final* de Miguel Angel, con aquella multitud de figuras, de tormentos y de demonios por añadidura. No se conseguirá con la exageracion de sistemas y con destreza, sino tal vez con un espíritu de obscuracion prudente y reflexivo, adptar el teatro á las necesidades de la generacion actual, poniéndole de acuerdo con el espíritu del siglo.

Los progresos hechos en nuestros días en la ciencia historica, hacen la tarea del poeta menos fácil; el público se ha vuelto mas severo y exigente. Difícilmente se disimularia, aunque fuese á Lope ó á Calderon, el presentar á españoles con la tónica griega, ó la toga romana; y costaría trabajo esbochar aun en versos magníficos, á *Ortemas* ó *Pirro* hablando de sus amores un poco á la francesa.

No son solo los poetas, sino los pla-

tores, los adornistas, y hasta los constructores de trajes, los que están obligados a escurrir la oreja de los archivos y hacer estudios profundos, para no chocar al público en el mas pequeño pormenor, en el traje del último de los comparsas. Cuenta el difunto lord Holland, en la vida de Lope de Vega, haber visto en su juventud, representarse á Cádiz en el teatro de Londres con un peluquero á lo Luis XIV. En España, en tiempo de nuestros padres, el *necesario de Alejandro* se presentaba como un viejo pedregoso, vestido de negro, con la espalda caballa y el sombrero de tres picos. No se lo que sucedía en Francia en aquella misma época, aunque no ignoro que entre vosotros se ha dado mayor importancia á esta parte de *credita* del arte, pechando por vuestros escultores y pintores. Para el hecho es, que en todas partes se ha verificado una verdadera revolución, y que esta revolución se ven figurar al lado de los literatos actores ilustres, como Le-Rain, Kean, Maquiez, Talma.

La afición á los viajes, y la mas frecuente comunicación entre los diferentes pueblos, han hecho tambien mas necesario el estudio de lo que se ha convenido en llamar el *color local*. En otros siglos apenas se sabia lo que pasaba al otro lado de las fronteras; ahora, preguntamos todas las mañanas lo que sucede en la China y en el Afghani-tan.

La grande actividad que caracteriza á nuestro siglo, influyó poderosamente sobre el teatro. Se exige mayor animación, mas movimiento en el drama; que se distinga lo menos posible, y que se apresure á llegar al objeto.

El público, en su impaciencia, sufre con despecho los relatos mimicosos, los confidencias lentas, los diálogos largos; por ellos que sean; toma demasiado á la letra, con respecto al teatro; el viejo adagio inglés: *el tiempo es oro*; y no quiere perderle. Como habíamos de sufrir á los actores conversando inmóvil sobre la esce-

na; nosotros que recorremos el mundo en el *paper*!

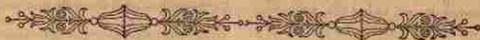
Cada siglo tiene sus gustos, y es preciso tenerlos en cuenta, si se quiere obtener buenos resultados en la escena. En el teatro, mas que en otra parte alguna, es donde se ejerce el imperio de la Democracia, en el cual se reflejan, como en un espejo móvil, las pasiones, las ideas, el espíritu de la época.

Nuestro siglo, hijo de una revolución que ha trastornado el mundo, es grave y serio. Adviértese hasta en sus entretenimientos, y es menos fácil hacerle reír que llorar. Vense aparecer por cada *comedia* cien dramas.

Toda la literatura manifiesta el mismo carácter en los géneros mas frivolos, en los necesarios de alegría, no descubre algo de traza y sombro en el fondo del pensamiento. Se ve á un siglo condenado á un engendro doloroso, entre los recuerdos de un pasado que dejó profundas huellas, y la incertidumbre de un porvenir que entrove con espanto. Hace precisámente lo que las gentes que sienten un malestar, sin hallar reposo en ninguna parte; anda, anda, anda siempre, sin que sepa el mismo dónde podrá detenerse.

Señores, he concluido mi tarea, á mas bien acabo de indicar los términos de ella. Conozco cuánto mas y mejor podía decirme acerca del asunto asunto cuya imparcialidad ha manifestado nuestro digno presidente; pero para abarcar el conjunto, hubieran sido necesarios mas tiempo, mas solas, y sobre todo, mas conocimientos de los que yo poseo.

He debido limitarme á imitar á aquellos viajeros, que cogen de paso algunos frutos, sin siquiera pararse en el camino. Vosotros, señores, dueños del campo, debéis entrar en él de lleno, y podreis recoger una hermosa cosecha.



VARIEDADES.



CAUSA

CONTRA JUANA DE ARCO.

DONCELLA DE ORLEANS.

(CONCLUYE.)

Igualmente se la hizo de haber sucedido á las gentes abrogándose el culto divino, y poniendo su imagen en los templos. Nególo con indignación, afirmando que no había ido tan lejos el falso celo del pueblo, á quien ella no había podido moderar.

Preguntada si tenía confianza en su estandarte, dijo que la tenía ilimitada y ciega, en el que representaba la imagen del mismo.

Preguntada si se sujetaba al juicio de la iglesia militante, contestó afirmativamente, pues que si declarase ilusiones sus visiones, apelaría del juicio suyo al de Dios.

Se la acusó de haber violado los preceptos de Dios mandando á hombres, y repuso que sus victorias probaban que Dios la había autorizado sirviéndose de ella, vil instrumento como era, para la ejecución de sus designios.

En cuanto á la magia, ni sabia si las

hadas eran ó no espíritus malignos, y apenas había oido hablar de ellas.

En vano se la tendieron arcos lanzos; su buen sentido la impidió caer en ellos. Hizo una relacion candorosa de su vida arreglada, atribuyéndola á Dios haber salido fuera de tantos peligros. Objetándole que Dios no se comunica con mortales que han teñido su mano en sangre humana, espuso que el Dios de los ejércitos escoge á quien es su voluntad para su desagravio.

Reprochada de vanagloriarse de saber á quienes amaba Dios, y á quienes aborrecía, respondió que jamas lo había hecho, y que si creía que Dios protegía al duque de Orleans, era porque había tenido varias visiones que le habían inspirado esta creencia, sin poder formar juicio de lo que Dios pensase de los demas.

Preguntada si amaba Dios á los ingleses, dijo que nada sabia del cariño ó aborrecimiento que los turises, ni del estado de su alma; pero que si podía asegurar que serian vaucidos por los franceses, y arrojados de Francia, á excepcion de los muertos en el campo.

Preguntada si había pecado alguna vez obrando como decía obraba por inspiración del cielo, respondió que estaba muy lejos de atribuir semejante presunción á pesar de haber procurado no ofender á Dios; que las visiones que se la aparecían le escitaban á confesarse; que á menudo ignoraba si era digna de amor ó de odio; pero que to-

dos sus desaos, todos sus pensamientos se habían cifrado en agradar á Dios, y en servirle de todo corazón.

Se la preguntó si no creía que teniendo revelaciones no podía estar en pecado mortal, y contestó refiriéndose á Dios, y creyéndose que si hubiese podido su gracia cesaría de visitarla los santos.

Preguntada por qué confesaba con frecuencia teniendo para la conciencia, dijo que la conciencia mas pura tenía necesidad de limpiarse muchas veces.

Así, lejos de dar asidero alguno á sus juicios, escríbales la boca.

Preguntada por qué confesaba con frecuencia teniendo para la conciencia, dijo que la conciencia mas pura tenía necesidad de limpiarse muchas veces. Así, lejos de dar asidero alguno á sus juicios, escríbales la boca. Se amontonaron cargos sobre cargos, preguntas sobre preguntas, se la reprochó haber mandado al rey, á los príncipes, á los generales; que se hacia servir por hombres dando así á sospechar de su honra, y se la acusó de avaricia, y de haber proferido blasfemias y juramentos propios de soldados. Que el rey, visto el feliz éxito de sus empresas y lo acertado de sus juicios, la hacia el honor de pedirle consejo; que los príncipes y los barones se hacian un placer de obedecerla, y se sometian gustosos á sus órdenes los generales; que no era ella sino Dios quien á todos dominaba, quien á todos mata y hacia obrar de concierto para echar de Francia á los ingleses; que ningún hombre la habia prestado sino servicios estóricos; que siempre habia dormido, ó con otra muger, ó vestida y armada cuando no habia tenido esta ocasion, para evitar la sospecha y murmuracion á que pudiera entregarse la malicia; que jamas habia adquirido nada por medios ilícitos, que el dinero que recibia era para el prest de los soldados, y que no tenia otras riquezas que los beneficios de su rey; estas fueron sus respuestas, negando por último haber blasfemado y jurado en vano el nombre de Dios.

Todavía se la preguntó si los santos que se la habian aparecido tenían cuerpo material, y se refirió prudente á Dios.

¡Dignas preguntas de tan despiada-

dos enemigos tratándose de una jóven sin otra instruccion que la natural! ¡Digno espectáculo el de unos doctores hábiles poniendo en tortura su memoria, y su talento para sorprender á una doncella, que sin otro auxilio que su despejo, se desembarazaba de vanas cuestiones, oponiendo su inocencia á los ardidés y subterfugios! Porque llevó á la consagracion del rey su estandarte, se la preguntó por qué le habia proferido á los demas, y les satisfizo, diciendo: que porque le era querido al rey habiendo ella vencido bajo él; porque se habia resistido á responder y jurar sobre cuestiones delicadas, la dijeron que menospreciaba la iglesia en su obispo á quien debía responder. En vano espuso que lo que se exigia de ella era un secreto de Estado, y que antes sufriría la muerte que descubrirle, y que podrian dirigirse al rey; quien le satisficiera su curiosidad, si no veia en ello inconveniente.

Interrogada acerca de su fé á la Iglesia y al Papa, dijo que reconocia á Su Santidad como el vicario de Dios en la tierra, y á la Iglesia para juzgarle en materias de fé y de conciencia; que si erraba lo corrigiesen.

Bien se ve que la verdad y su inocencia hablaban por ella, que el proceso fué una maquinacion tan grosera como infame, que en vilipendio y degradó á una nacion violando el derecho de gentes, y los fueros de la guerra. Todas sus palabras no respiraban otra cosa que el desseo de la vida eterna, desseo que proeunaba siempre su imaginacion, desseo manifestado en la candorosa sencillez con que dijo que los santos que se la habian aparecido, la habian prometido que iria al paraiso con tal que conservase su cuerpo exento de mancha y se mantuviese virgen.

Seria interminable reseñar los puntos sobre que fué interrogada. Nada se escapó á la maligna curiosidad de sus jueces. Parecia complacerse en sofocarla, y en hallarla culpable. Irritados porque recusó su juicio sometiendo al Papa, que no era como

ellos su mortal enemigo, se apresuraron á condenarla.

Insistiendo el promotor en sus conclusiones de ser la Doncella supersticiosa, escandalosa, hechicera, adivina, invocadora de los espíritus malos, herejética, impia, cismática, culpable de haber ocultado su sexo, y de haber engañado al pueblo protestando visiones y apariciones, y sin otra defensa procesada que sus contestaciones verbales el interrogatorio en 24 de Mayo de 1431, declaró aquel inveno tribunal, conforme con el promotor, que todo lo que habia hecho Juana de Arco en servicio del rey de Francia, habia sido ejecutado por ministerio del diablo, cuyo órgano habia sido, y le entregó al brazo seglar. Todos los esfuerzos de sus jueces tendieron á persuadir que los distinguidos hechos de la Doncella eran obra del demonio, á fin de poder reparar la vergüenza y la confusion de los ingleses, y de equiparar las glorias de esta heroína. Por entonces se limitaron á sentenciarla á prision perpetua, y á abjurar de sus errores dando á la sentencia un aparato de autoridad que la faltaba en medio de concurrir dos obispos mas, el capitulo de la iglesia catedral de Ruan, diez y seis doctores, doce teólogos, y once abogados. Para mas afijir á la Doncella, fué espuesta en un cadalso y amonestada y predicada. Allí, sin embargo, exortada á someterse al juicio de la Iglesia, dijo que se sometia al juicio de Dios y de su representante en la tierra; y como irritase esta manifestacion, añadió que ella creia todo lo que la Iglesia. Debilitado por su espíritu, cedió á tantas amonestaciones y amenazas, haciendo la abjuración que se la impuso. Ni relación con esto el rigor de la condena, y de los malos tratamientos que sufría, solo se la alzó la excomunion, y vestida de muger fué desle alzá en calabozo cargada de grillos y cadenas.

No satisfechos los ingleses con esta primera parte del drama, deseándole sangriento en su rencor insano, y jura-

da la muerte á cualquier precio, idearon su ardid para tomar un pretexto. Introdujeron en su calabozo un vestido de hombre esperando se le pudiese, y hacer entonces de este acto de desobediencia un crimen digno de la pena capital. Sucedió como lo habian previsto y deseado. Arrepentida de su forzada abjuracion, trase de vestido, interrogada sobre la causa de este exceso, dijo que se lo habian ordenado los santos y que preferia obedecer á Dios. No temia la muerte, y persuadida de que todo debía sacrificar á la verdad, y de que eran la verdad las juiciones de su exaltada fantasia, mostró un carácter inflexible. Declarada herejética y relapsa, fué de nuevo entregada al brazo seglar, y condenada á ser quemada viva por sentencia de 30 de Mayo del mismo año, debiendo llevar á la hoguera una corona con las palabras herege, relapsa, apóstata é infelicitosa. Y como si no fuera bastante á su venganza, todavía se la puso delante un cuadro, representando la muerte cruel que iba á sufrir, cuadro lleno de atroces injurias. En medio de todo fué respetada su pureza, y camino al cadalso con la reputacion de conservarla.

Destimada por sus implacables enemigos á tan horrible muerte en la primavera de sus dias, no decayó su espíritu. Sa fe ardiente le hacia mirar con desprecio todo lo que era de este mundo ante la gloria eterna que se la ofrecia. Su marcha era firme; los ardores que la escollaban parecian disminuir si el mismo tocaban á una virgen de su alma en el que iba el público con ardor los sentimientos que la animaban, era el objeto mas bello de aquel espectáculo imponente, era su triunfo, la ignominia de sus enemigos.

Su isonomía, expresion de un valor prudente, de la modestia de su sexo, y de un yo no es que nada comun, junto con las gracias de una jóven amable, contrastaba demasiado con el fe-

roz semblante de sus opresores agitados por pasiones desordenadas. ¿Quién es esa joven de veinte años que marcha tan serena á la muerte? Es una joven inocente que ignora el nombre del vicio, es una amazona que ha salvado el trono y la independencia de la patria, terror que ha sido de los ingleses. Es Juana de Arco, y considerad que éstos, que vendida por sus émulos ha cedido á la fuerza, y cuyos enemigos, vengándose de ella, quieren igualar los ultrajes y afrontas que la han con sufrir á la confusión que les ha hecho experimentar; á la vergüenza de ser á ella inferiores: ¿qual no sería el temple de esta joven, tan superior en la adversidad á sus enemigos, sin dementir su heroísmo hasta la muerte!

Subió sin turbarse las gradas del tablado erigido en la plaza del Mercado viejo de Ruan, y atada al mismo, se puso fuego á la leña. Dios sea bendito, fueron las últimas palabras que pudo pronunciar de la ferrozosa plegeria que dirigió al Eterno. Reducida á cenizas, y mezclada con las de los hacés, fueron arrojadas al río.

En el curso de su causa fué á Paris una bretona y sostuvo públicamente que era enviada de Dios la Doncella. Por mas que se hizo, no cambió de opinion, y espuesta, y amonestado en publico como la Doncella, fué abrasada como ésta el 3 de Septiembre en 1430. ¿Qué honor para la Doncella haber contado un mártir de su causa! Un fraile dominico amenazó en sus sermones con la justicia de Dios á los asesinos de la Doncella, y hubiera corrido igual suerte á no haberse retractado. Una larga y dura prision á pan y agua fué el castigo de su opinion.

El sitio en que murió la Doncella está ocupado por una hermosa fuente monumental que perpetúa su memoria, y la deshonra de los ingleses, así como el monumento de Orleans, lugar de sus primeros triunfos.

Como lo había predicho la Doncella,

vióse al fin libre la Francia de sus enemigos.

Dos chancilleres de la universidad de Paris defendieron en sus obras la buena memoria de la Doncella, y á petición de su madre y hermanos, y con la cooperación del rey, dió el papa comision á un cardenal, un arzobispo y dos obispos para que revisasen el proceso. Nombrada otra para una informacion de su vida y costumbres, que resultaron ejemplares, descubriéronse entonces los vicios de la causa, las iniquidades empleadas para que apareciese lo que se propusieron sus enemigos. Un considerable número de testigos respetables miraban como delitos sus actos, porque habian visto confirmadas sus predicciones, por sus juicios acertados, por su fuerza de conviccion. Por fin, despues de haber oido á 112 personas, fué anulado el proceso y declarada Juana de Arco inocente de todos los crímenes que se la habian imputado, restablecida la buena memoria, y calificado de auto, injusto, calumnioso, y obra de la violencia el juicio pronunciado contra ella.

Fué ademas hecha pedazos la causa, y mandado que la sententia que restablecía el buen nombre de la Doncella fuese leída en la plaza de San Andrés en Ruan, y se la hiciese una procesion general, predicándose despues un sermón en su loor.

Otra procesion y otro sermón se dispuso y se llevó á efecto en la plaza del Mercado viejo. Poco despues se la erigió la fuente con su estatua. Esta sententia de justificacion fué dada veinticinco años despues de su difamacion, en Julio del año 1456. Contra siete testigos, todos sirvientes de los jueces, que depusieron contra la Doncella, declararon mas de ciento, entre los que se contaban príncipes, duques, barones, cardenales, abades. Las actas espresan que fueron oídos treinta y dos testigos de Dom-Remy, treinta y seis de Orleans, veintisiete de Ruan, y diez y nueve de Paris. Los primeros rechazaron la sospecha de

magia, los demas adujeron pruebas de sus buenos sentimientos religiosos, y todos de su pudor.

Carlos VII, sin duda avergonzado de no haber salvado á toda costa á la Doncella que sentó en sus sienes la corona, la ennobleció y á toda su familia y descendencia, y la concedió el uso de un escudo de armas con flores de lis, el apellido de Lis, y la propiedad de una isla en el Loira, de doscientos arpents, que pertenecia al real patrimonio.

Entre los innumerables escritores de varios países que han encomiado los hechos de la Doncella y refutado las calumnias de que fué víctima, se cuentan Pio V, San Antonio de Florencia, un arzobispo, dos obispos, el P. Mariana y otros tres jesuitas, un cardenal y otros eclesiásticos, que la juzgan santa y mártir, modelo de buenas costumbres.

Comparada á Débora y á Judith, historiadores propios y extraños, convienen en que reanimo el abatido valor de los franceses, volviéndoles su libertad y su gloria.

Muchas personas que habian prestado algun servicio á la Doncella, ó que habian merecido su estimacion, obtuvieron gracias. Su pueblo y otros fueron exentos del servicio militar y de contribuciones.

La Lorena pretendió que la Doncella era oriunda de allí, y la posesia se consagró á eclesiástica. Chaspelain ta dedicó un poema de diez cantos, y la pluma de uno de los primeros poetas liricos de la Francia, Malesherbes, se ocupó en ensalzar sus proezas.

Tal fué la vida y muerte de la Doncella de Orleans. No hay un francés á quien no sea querida su memoria, debiéndola la patria. Decia un inglés á un francés: "¿Qué vergüenza para la Francia deber su salvacion á una muchacha!"—¿Qué deshonra, le respondió el francés, que la Inglaterra haber sido vencida y acobardada por una muchacha!"

GUILLERMO TELL.

Viagemos no por la Helvecia de los montes y las nevadas, sino por la Suiza de las pradexas y de los lagos; no por el país fabuloso, sino por el país histórico; subamos esa pequeña montaña que está delante de nosotros, y pasando por un cementerio cubierto de rosales, lleguemos por las calumias de que fué víctima, se cuentan Pio V, San Antonio de Florencia, un arzobispo, dos obispos, el P. Mariana y otros tres jesuitas, un cardenal y otros eclesiásticos, que la juzgan santa y mártir, modelo de buenas costumbres. Comparada á Débora y á Judith, historiadores propios y extraños, convienen en que reanimo el abatido valor de los franceses, volviéndoles su libertad y su gloria. Muchas personas que habian prestado algun servicio á la Doncella, ó que habian merecido su estimacion, obtuvieron gracias. Su pueblo y otros fueron exentos del servicio militar y de contribuciones. La Lorena pretendió que la Doncella era oriunda de allí, y la posesia se consagró á eclesiástica. Chaspelain ta dedicó un poema de diez cantos, y la pluma de uno de los primeros poetas liricos de la Francia, Malesherbes, se ocupó en ensalzar sus proezas. Tal fué la vida y muerte de la Doncella de Orleans. No hay un francés á quien no sea querida su memoria, debiéndola la patria. Decia un inglés á un francés: "¿Qué vergüenza para la Francia deber su salvacion á una muchacha!"—¿Qué deshonra, le respondió el francés, que la Inglaterra haber sido vencida y acobardada por una muchacha!"

Alberto de Austria, descendiente de la casa de Absburg, ciñó la corona imperial en 1298, y poseia en medio de las comarcas de la antigua Helvecia á título de *mayorazgo* de los condes de Absburg, un gran número de pueblos, tierras y castillos; que hoy día forman parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yona, Argovia, &c. Los condes de Saboya, Neuchâtel, y Rapperschwyl, poseian lo restante del país.

Difícil y enojosa tarea seria contar la historia de aquella nobleza rica, desenfrenada y revoltosa, siempre en guerra ó entre placeres, derramando la sangre y el oro de sus vasallos, y coronando las crestas de las montañas con torres y fortalezas, desde donde se lanzaban á la llanura para recoger sus depredaciones y llevarlas

á sus castillos. Los que tal hacían, no eran sino los hombres del siglo, pues los poderosos obispos de Bale, de Constanza, de Coira y de Lausana y los opulentos señores de Saint-Galles y de Einsiedlen, seguían el ejemplo de los grandes barones. En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de tiranos, no había más que tres comarcas en que se respiraba el aire de la libertad: Uri, Schwitz y Untervald cuyos habitantes se reunieron en 1291 dándose palabra y fe de defenderse mutuamente familias y bienes con las armas ó con los consejos, según el caso lo exigiera.

Alarmado Alberto con esta demostración hostil, quiso obligarlos á renunciar á la protección del emperador, que era su único soberano, y someterlos á la más inmediata y directa que era la de los condes de Absburg, con el objeto de que algunos de sus hijos que no se dedicaban en el tropo imperial, conservasen al menos la soberanía de aquel país, que incorporado en el imperio, dejaba de pertenecer á la noble casa de los duques de Austria. Pero los montañeses de Uri, Schwitz y Untervald, tenían á la vista la tiranía con que eran gobernadas las tierras vecinas para no dejarse engañar, y suplicaron no se les privase de la protección del emperador remanente, esto es, que no se les segregase del imperio. Alberto les respondió que deseaba tenerlos como á hijos propios, ofreció sendos á los principales ciudadanos, y quiso instituir diez caballeros en cada distrito; pero aquellos áviles helvéticos replicaron que no querían nuevas gracias, sino conservar sus primitivos fueros y libertades. Alberto quiso entonces sujetarlos por medios de rigor, y envió dos batallones alemanes conocidos por su carácter brutal y despiado. El uno se llamaba Herman Guesler de Brunneig, y el otro el caballero Betsinger de Landenberg. Establecieron en el país confederado, á lo que nunca se atrevieron sus antecesores: Landenberg se alojó en el

castillo real de Sarnen y Guesster, no encontrando en el país morada bastante cómoda, mandó edificar una fortaleza, á la que dió el odioso nombre de *Urvjoch ó Yugo de Uri*. Desde luego comenzó á poner en ejecución el plan de Alberto, que de este modo pensaba obligar á los confederados á apartarse del imperio y someterse á la casa de Austria. Dobláronse los impuestos, castigáronse con crecidas multas las faltas más leves, y los desgraciados ciudadanos fueron tratados con el mayor desprecio y altanería.

Un día Herman Guesler, seguido de un solo escudero recorrió á caballo el cantón de Schwitz, y se detuvo delante de una casa que acababa de construir Werner Stanfacher.

—No es vergonzoso, dijo al escudero, que esos miserables siervos edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando deberían contentarse con una choza!

—Dejad que la casa esté acabada del todo, señor, contestó el escudero, y entonces mandando esculpir sobre la puerta las nobles armas de la casa de Absburg, verémos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razón, dijo Guesler, y espoleando su caballo, siguió su camino.

La mujer de Werner que estaba en el umbral de la puerta oyó la conversación y mandó á los trabajadores que cesasen en la obra, y volvieran á sus casas. Obediéronlos los jornaleros, y cuando Werner llegó miró con extrañeza el abandono de la obra, y preguntó á su mujer, por qué se habían ido los albañiles y con orden de quién.

—Con orden mía, respondió ella.

—Y eso por qué?

—Porque los siervos y vasallos deben contentarse con una choza. Werner sintió tristemente y entró en su casa; y como era hora de comer sentóse á la mesa. Su mujer le presentó pan y agua y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, mujer? ¿no hay ya

caja en la montaña, pesca en el lago, ni vino en la bodega?

—Cada cual debe de vivir según su clase; los señores y siervos no deben mantenerse más que de pan y agua.

Werner frunció las cejas, comió un pedazo de pan y bebió agua, descolgó de la pared una antigua espada, y echándose al hombro, salió sin pronunciar palabra alguna y llegó hasta Brunnen. Allí pasó el lago en una barca de pescadores y dos horas antes de amanecer, llamaba en Attenghausen á la puerta de la casa de su suegro Walter Furst. Bajóle á abrir este mismo, y aunque extrañó que su yerno le visitase á tales horas, no le preguntó el motivo y mandó á un criado que pusiese sobre la mesa un cuarto de gamo y una botella de vino.

—Gracias, padre, dijo Werner; tengo hecho voto de . . .

—De qué? . . .

—De no alimentarme más que de pan y agua, hasta un día bien lejano quizá.

—¿Qué día será este?

—El de nuestra libertad.

—Buenas palabras son las que has dicho; pero tendrás valor para pronunciarlas ante otros, así como al anciano á quien llamas padre?

—Las repetiré delante de Dios que está en el cielo, y delante del emperador, que es su representante en la tierra.

—Bien, hijo mío! Hace mucho tiempo que esperaba de ti tal respuesta en semejante ocasión, y en verdad que ya empezaba á desconfiar.

Volvieron á llamar de nuevo á la puerta. Walter y su yerno fueron á abrir; y se presentó á sus ojos un joven armado con una especie de maza; un rayo de luna iluminó sus facciones pálidas y desencuajadas, y al reconocerle ambos, pronunciaron el nombre de Mechtal.

—¿A qué vienes? preguntó Walter; Furst, asombrado de su palidez; ¿qué quieres?

—Asilo y venganza! respondió Mechtal con voz sombría.

—Tendrás lo que pides, si la venganza puedo dártela como el asilo, contestó Walter; y preguntó de nuevo:

—¿Qué ha sucedido?

—Estaba yo en el campo viendo paecer á mis dos mejores bueyes, cuando acerrí á pasar un escudero de Landenberg, que detenidamente se acercó y dijo:

—Esos bueyes son demasiado buenos para un vasallo, y conviene que cambien de dueño.

—Estos bueyes son míos, contesté; y como los necesito, no quiero venderlos.

—¿Y quién te habla de venta villano!

—Si me tomas esta yunta, ¿cómo podré trabajar mis tierras?

—Los villanos como tú, ya pueden arrastrar por sí mismos la carreta, si quieren comer pan, de que son indignos.

—Vamos, seguid vuestro camino, y os perdono!

—¿Y dónde tienes arco ó ballesta, para hablar de esta manera?

Cercano á mí estaba un arbolillo y lo rompí. No necesito arco ni ballesta, dije; ya veis que armas uso, y lo enseñaba el palo que acababa de hacerme.

—Si te acercas á mí un paso, te saco las tripas como á un gamo, me dijo.

Di un salto sobre él, con el palo levantado y le dije:

—Si llegas á poner las manos sobre mis bueyes, os tiendo tan largo como los.

Tocó sin embargo el yugo, y en el mismo momento dejó caer el palo y di con el insolente en el suelo, habiéndole roto un brazo como si fuera un mimburo.

—Hiciste bien y con justicia, esclamaron los dos oyentes.

—Ya lo sé, y por esto no me arrepiento, continuó Mechtal; pero también he debido escaparme. Abandoné mis bueyes, me escondí durante el día en el bosque de Roostock, y llegada la noche pensé en vos, Walter, que sois bueno y hospitalario.

—En hora buena, Mechtal, dijo el anciano alargándole la mano.

—Esto no basta, dijo el joven; contendría enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y qué medidas de venganza ha tomado Landenberg contra mí. Oyéronse pasos, lentos ya por el ensancho, y un instante después llamaron de nuevo á la puerta y una voz se dejó oír que decía:

—Abrid, que soy Ruder.

—Mechtal abrió la puerta para abrazar al criado de su padre; pero le vió tan pálido y ástido, que retrocedió lleno de espanto.

—¿Qué ha sucedido, Ruder! Preguntó Mechtal, con voz íntima.

—¡Desgraciado de vos, mi querido amor! ¡Desventurado el país que, mira con indiferencia tantos crímenes! ¡Infeliz también yo portador de infamias nuevas!

—¿No le ha sucedido nada á mi padre, no es verdad! ¡habrá respetado sus canas! La vejez es sagrada.

—¿Qué, acaso respetan ellos alguna cosa? ¡Hay algo santo para ellos!

—¡Ruder! . . . exclamó Mechtal juntando las manos.

—Le han cogido y preguntado por vuestro paradero, y como el pobre viejo no lo sabía. . . ¡le han sacado los ojos!

Mechtal lanzó un terrible grito, y Walter y Werner se miraron mutuamente, sus cabellos estaban erizados, y el sudor corría por su frente.

—¡Mientes, exclamó Mechtal, cogiendo á Ruder por el cuello de su sayo mientas, porque no es posible que los hombres cometan tales crímenes. ¡Oh! sí, dime que mientes.

—¡Oh! sí, dije que mientes.

—¡Ojalá, respondió Ruder.

—Has dicho que te han sacado los ojos y esto solamente porque yo me he escapado como un cobarde; han sacado los ojos al padre, porque no podía entregárselos al hijo; han metido una punta de hierro en las órbitas de los ojos de un anciano. . . ¡Esto en medio del día, delante del Dios! Y aucus-

tras montañas no se han demoronado sobre sus cabezas. . . ¡Ya no les bastan nuestras lágrimas! ¡quieren nuestra sangre! . . . ¡Oh Dios mío, tened piedad de nosotros!

Mechtal cayó como un árbol desarraigado, y revolcándose por el suelo mordía la tierra. Werner se le acercó:

—No flores como un niño, ni te arastres como un reptil; levántate como un hombre y vengaremos á tu padre.

El joven se levantó súbitamente como movido por un resorte.

—Werner, has dicho que le vengaremos.

—Sí, respondió Walter.

—¡Oh! gritó Mechtal con una sonrisa espantosa.

Oyese entonces á alguna distancia, el estrépito de una alegre canción, y los primeros albores del día dejaron ver á un nuevo personaje, en un recodo del camino.

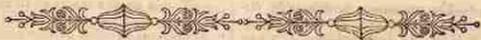
—Entraos aquí, dijo Ruder á Mechtal.

—No es necesario, dijo Walter, que el que se acerca es un amigo.

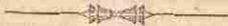
—Que pudiera sernos muy útil, añadió Werner.

Mechtal se dejó caer en un banco, casi sin sentido.

En tanto se aproximaba el viagero, que era un hombre de unos cuarenta años poco más ó menos, vestido con una ropilla parda, que no le pasaba de las rodillas, traje medio secular, medio monástico; pero sus cabellos largos, barba y bigote según el uso de los hombres acomodados, indicaban que si en algo pertenecía al claustro, era muy accidentalmente. Su aspecto se asemejaba más al de un soldado, que al de un monje, y se le hubiera tomado por lo primero, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cinturo unintero, pluma, papel y pergaminos, en una especie de aljaba en vez de flechas. Completaban su vestido gruescosos azules muy anchos, y polainas de cuero, llevando también el largo palo de camino, que rara vez olvidan los montañeses. (Continuará)



VARIEDADES.



GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Desde que había distinguido el grupo que se formó delante de la puerta, había dejado de cantar, y acercábase con aquella franqueza que da la seguridad de encontrar personas conocidas. En efecto, á algunos pasos de distancia ya le habló Furt.

—Buenos días, Guillermo; ¿A dónde vas tan de mañana?

—Dios os guarde, Walter. Voy á cobrar unos censos del convento de monjas de Zurich, del cual soy cobrador como sabéis.

—¿Puedes quedarte un cuarto de hora con nosotros?

—¿Para qué?

—Para oír lo que quiere decirte ese joven.

Guillermo se volvió hacia Mechtal, y viéndole llorar, le alargó la mano diciéndole:

—Dios enxugue vuestras lágrimas, hermano.

—Dios vengue la sangre derramada, contestó Mechtal. . . y contó lo que le había pasado.

Guillermo escuchó con mucha atención y profunda tristeza.

—¿Y qué habeis resuelto? preguntó cuando el joven hubo acabado.

—Vengarnos y libertar el país, respondieron los tres á la vez.

—Dios se ha reservado la venganza de los crímenes; y la libertad de los pueblos, observó Guillermo.

—Entonces ¿á los hombres qué nos resta!

—Las oraciones que mueven á Dios.

—Guillermo, de poco te sirte ser tan valiente arqueró si respondes como un monje, cuando se te habla como á un ciudadano.

—Dios ha hecho los montes para los gamos y gamuzas, y á las gamuzas y gamos para el hombre; por esto son ligeros aquellos, y es diestro el cazador Walter: os habeis engañado llamándome valiente arqueró; yo no soy más que un pobre cazador.

—Adios, Guillermo, vete en paz.

—Quedad con Dios, hermanos, Guillermo se alejó, y los otros tres le siguieron con la vista hasta que hubo desaparecido.

—No hay que contar con él, dijo Werner, y es lástima, porque hubiera sido buen aliado.

—Dios nos reserva la gloria á nosotros solos de dar la libertad á nuestro país.

—¡Resultado sea el Señor!

—Y cuándo empezamos? preguntó Mechtal. Mis ojos derraman lágrimas, y sangre los de mi padre.

—En hora buena, Mechtal, dijo el anciano alargándole la mano.

—Esto no basta, dijo el joven; con- vendria enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y qué medidas de venganza ha tomado Landenberg contra mí. Oyéronse pasos, lentos ya por el ensancho, y un instante despues llamaron de nuevo á la puerta y una voz se dejó oír que decía:

—Abrid, que soy Ruder.

—Mechtal abrió la puerta para abra- zar al criado de su padre; pero le vió tan pálido y ástido, que retrocedió lleno de espanto.

—¿Qué ha sucedido, Ruder! Pre- guntó Mechtal, con voz íntima.

—¡Desgraciado de vos, mi querido amor! ¡Desventurado el país que, mira con indiferencia tantos crímenes! ¡In- feliz tambien yo portador de infamias nuevas!

—¿No le ha sucedido nada á mi pa- dre, no es verdad! ¡habrá respetado sus canas! La vejez es sagrada.

—¿Qué, acaso respetan ellos alguna cosa? ¡Hay algo santo para ellos!

—¡Ruder! . . . exclamó Mechtal juntando las manos.

—Le han cogido y preguntado por vuestro paradero, y como el pobre viejo no lo sabía. . . ¡le han sacado los ojos!

Mechtal lanzó un terrible grito, y Walter y Werner se miraron mainu- mente, sus cabellos estaban erizados, y el sudor corría por su frente.

—¡Mientes, exclamó Mechtal, co- giendo á Ruder por el cuello de su sa- ro, mientes, porque no es posible que los hombres cometan tales crímenes. ¡Oh! sí, dime que mientes.

—¡Oh! sí, respondió Ruder.

—Has dicho que te han sacado los ojos y esto solamente porque yo me he escapado como un cobarde; han sa- cado los ojos al padre, porque no po- dia entregárselos al hijo; han metido una punta de hierro en las órbitas de los ojos de un anciano. . . ¡Esto en me- dio del día, delante del Dios! Y aucs-

tras montañas no se han demoronado sobre sus cabezas. . . ¡Ya no les bastan nuestras lágrimas! ¡quieren nuestra sangre! . . . ¡Oh Dios mio, tened piedad de nosotros!

Mechtal cayó como un árbol des- arraigado, y revolcándose por el suelo mordía la tierra. Werner se le acercó:

—No flores como un niño, ni te ar- rastres como un reptil; levántate como un hombre y vengaremos á tu padre.

El joven se levantó súbitamente co- mo movido por un resorte.

—Werner, has dicho que le vengare- mos.

—Sí, respondió Walter.

—¡Oh! gritó Mechtal con una sonri- sa espantosa.

Oyese entonces á alguna distancia, el estruendo de una alegre cancion, y los primeros albores del día dejaron ver á un nuevo personaje, en un re- codo del camino.

—Entras aquí, dijo Ruder á Mech- tal.

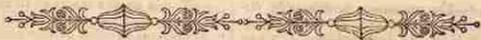
—No es necesario, dijo Walter, que el que se acerca es un amigo.

—Que pudiera sernos muy útil, aña- dió Werner.

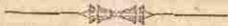
Mechtal se dejó caer en un banco, casi sin sentido.

En tanto se aproximaba el viagero, que era un hombre de unos cuarenta años poco mas ó menos, vestido con una ropilla parda, que no le pasaba de las rodillas, traje medio secular, medio monástico; pero sus cabellos largos, barba y bigote segun el uso de los hombres acomodados, indicaban que si en algo pertenecía al claustro, era muy accidentalmente. Su aspecto se asemejaba mas al de un soldado, que al de un monje, y se le hubiera tomado por lo primero, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cintio unintero, pluma, papel y pergaminos,

en una especie de aljaba en vez de fle- chas. Completaban su vestido gre- guescos azules muy anchos, y polai- nas de cuero, llevando tambien el lar- go palo de camino, que rara vez olvi- dan los montañeses. (Continuará)



VARIEDADES.



GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Desde que había distinguido el gru- po que se formó delante de la puerta, había dejado de cantar, y acercábase con aquella franqueza que da la segu- ridad de encontrar personas conocidas. En efecto, á algunos pasos de distan- cia ya le habló Furt.

—Buenos días, Guillermo; ¿A dónde vas tan de mañana?

—Dios os guarde, Walter. Voy á cobrar unos censos del convento de monjas de Zurich, del cual soy cobra- dor como sabéis.

—¿Puedes quedarte un cuarto de hora con nosotros?

—¿Para qué?

—Para oír lo que quiere decirte ese joven.

Guillermo se volvió hácia Mechtal, y viéndole llorar, le alargó la mano diciéndole:

—Dios enxugue vuestras lágrimas, hermano.

—Dios vengue la sangre derrama- da, contestó Mechtal. . . y contó lo que le había pasado.

Guillermo escuchó con mucha aten- cion y profunda tristeza.

—¿Y qué habeis resuelto? preguntó cuando el joven hubo acabado.

—Vengarnos y libertar el país, res- pondieron los tres á la vez.

—Dios se ha reservado la venganza de los crímenes; y la libertad de los pueblos, observó Guillermo.

—Entonces ¿á los hombres qué nos resta!

—Las oraciones que mueven á Dios.

—Guillermo, de poco te sirte ser tan valiente arqueró si respondes como un monje, cuando se te habla como á un ciudadano.

—Dios ha hecho los montes para los gamos y gamuzas, y á las gamuzas y gamos para el hombre; por esto son ligeros aquellos, y es diestro el cazador Walter: os habeis engañado lle- mándome valiente arqueró; yo no soy mas que un pobre cazador.

—Adios, Guillermo, vete en paz.

—Quedad con Dios, hermanos, Guillermo se alejó, y los otros tres le siguieron con la vista hasta que hubo desaparecido.

—No hay que contar con él, dijo Werner, y es lástima, porque hubiera sido buen aliado.

—Dios nos reserva la gloria á nos- otros solos de dar la libertad á nues- tro país.

—¡Resultado sea el Señor!

—Y cuándo empezamos? preguntó Mechtal. Mis ojos derraman lágrimas, y sangre los de mi padre.

—Los tres somos de diferentes distritos: tú, Werner, de Schwitz, tú Mechtal, de Unterwalden, y yo de Uri. Busquemos entre nuestros amigos á diez hombres, con quienes podamos contar, y reunámonos en el Gruthl. . . Dios todo lo puede, y cuando se riña por el camino de la justicia, treinta hombres valen lo que un ejército.

—Cuando nos reuniremos, ¿puedes preguntarme Mechtal?

—La noche del domingo al lunes, respondió Furtz.

—No haremos falta; y los tres amigos se separaron.

II.

Entre los diez hombres del conde de Unterwalden que debían acompañar á Mechtal en la noche del 17 de Noviembre, había un joven de Wolfenbues, llamado Conrado de Baumgarten, casado poco había, con la más bella de las hijas de Alzeilen, al que no hacía entrar en la conjuración nada más que el deseo de libertar á su patria, pues el conde dichoso, de ahí es, que cuando se separó de su mujer no quiso decirle donde iba, pues temiendo que tenía algún negocio que arreglar, en la aldea de Brunen, le dijo en la noche del 16, que debía irse el día siguiente, la joven palideció.

—¿Qué tienes, Rosa? la preguntó Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause esa impresión.

—Conrado, respondió ella, no podrás darme ese viaje?

—Ma es imposible.

—No puedes llevarme en tu compañía!

—De ningún modo.

—Entonces, vete.

Conrado la rió de hito en hito, y la preguntó de nuevo:

—¿Qué tienes, querida amada mía! Pero no, esto no puede ser; alguna cosa te ha sucedido que tú me ocultes.

—Acaso es infundado el miedo que tengo, respondió Rosa.

—Y qué puedes temer en tu casa, entre nuestros amigos y parientes!

—¿Conoces al señor de esta comarca, Conrado?

—Sí, respondió éste arrugando la frente.

—¿Por qué lo dices!

—Porque me vió en Alzeilen antes de ser tu esposa.

—Y te amó cuando Conrado apretando los puños y mirándola fijamente.

—¿Así me lo ha dicho.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, ya lo había yo olvidado; pero ayer le encontré en el camino de Sianz, y volví á decirme lo.

—¿Bien bien, murmuró Conrado. Insolentes señores! . . . No era bastante mi amor á la patria, querías también que me inflamase el odio contra vosotros.

En buen hora: acumulad crímenes sobre vuestras cabezas, pues ya se acerca el día de la venganza.

—¿A quién amenazas de esa manera! dijo Rosa; ¡olvidas que es nuestro amo!

—Si, amo y señor de sus vasallos, siervos y lacayos; pero yo, Rosa, soy libre, ciudadano de Ranz, señor de mi casa y de mis bienes, y si no tengo derecho para administrar justicia como él, tengo al menos el hacerme la yo mismo.

—Entonces no te irás!

—He dado mi palabra y la cumpliré.

—Me permitirás al menos que te acompañe!

—Ya te he dicho que no puedo.

—Dios mío! murmuró Rosa.

—Dye: quizá nos atormentamos sin motivo. Nadie sabe que yo tengo que marchar, y mañana al medio día estaré de vuelta, y nadie vendrá á hacerme molesto.

—Dios lo quiera.

—Ya te he dicho que no puedo.

—Dios mío! murmuró Rosa.

—Dye: quizá nos atormentamos sin motivo. Nadie sabe que yo tengo que marchar, y mañana al medio día estaré de vuelta, y nadie vendrá á hacerme molesto.

—Dios lo quiera.

Conrado abrazó á su esposa y salió. La cita, como dijimos, era en Gruthl, y todos los ciudados acudieron. Allí en una pequeña llanura que hace una estrecha pradera, circundada de hiejos, al pié de los penascos de Seilsberg.

la tierra ofreció al cielo uno de los más sublimes espectáculos en la noche del 17 de Noviembre de 1307. Tres hombres permitían por su honor y por su vida, la libertad de un pueblo entero. . . Walter Furst, Werner Staufacher y Mechtal abrigaron los brazos, y ante Dios, para quien son iguales los pueblos y los reyes, juraron vivir y morir por sus hermanos, hacerlo y soportarlo todo en común; no sufrir ni permitir sus injusticias, respetar los derechos y propiedades de los condes de Alzburg, no hacer daño alguno á los bañeros imperiales, y poner fin á su tiranía; y pidieron al Señor que al aquel juramento le era acepto, lo hiciera patente con un milagro. En el mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los piés de los tres gejes, los conjurados gritaron gloria Dios en las alturas, y alzando las manos juraron recobrar la libertad con sus esfuerzos. Fijose la ejecución de aquel proyecto para el 1.º de Enero de 1308, y separárouse tomando cada cual el camino de su casa.

Aunque Conrado caminó aprisa, era ya medio día cuando avistó el lugar de Wolfenbues, y cerca de él la casa donde Rosa debía esperarle. Todo parecía tranquilo; sus temores se amortiguaron, su corazón latió con menos fuerza, y se dio á respirar. En aquel instante percibió oír su nombre llevado por una ráfaga de viento, estremecióse y continuó su camino. Pasado un corto rato volvió á oír la misma voz que le llamaba y tembló, porque en el lastimero sonido creyó reconocer la voz de su esposa. Precipitose, pues, hacía el pueblo, y á pocos pasos encontró una mujer desmelenada que pronunció su nombre, y no pudiendo andar más, cayó en medio del camino. Conrado no dió más que un salto para acercarse á ella, pues había reconocido á Rosa.

—¿Qué tienes, amada mía!

—Huyamos, huyamos! murmuró la infeliz procurando levantarse.

—¿Y por qué hemos de huir!

—Porque él ha venido, Conrado, ha venido cuando tú no estabas.

—¿Ha venido!

—Sí, y abusada de tu ausencia y de verme sola. . .

—Hablá, habla luego. . .

—Me ha mandado que le prepares un baño. . .

—¿Insolente! ¿tú le obedeciste!

—¿Qué había de hacer, Conrado. . .

Entonces me habló de su amor. . . ha puesto en mi sus manos; pero yo he huido llamándole en mi socorro corriendo como una loca. . .

—¿Y en dónde está ahora ese malvado!

—En casa. . . en el baño.

—¿Insensato! hacía Wolfranchies, echando á correr: esclamó Conrado.

—¿Qué vas á hacer, desventurado!

—Espérame, que ya vuelvo!

Rosa cayó de rodillas tendiendo los brazos hacía el camino que Conrado había seguido, y así permaneció durante media hora, muda é inmóvil como la estatua de la oración, hasta que levantándose de improviso dió un grito. Era que Conrado volvía pálido y con una herida ensangrentada en la mano.

—Huyamos, Rosa, dijo él á su vez; porque no estaremos salvos sino alejados del lago. Huyamos sin seguir caminos ni sendas; huyamos si no quieres verme morir de miedo, no por mí vida, sino por la tuya. . .

Al pronunciar estas palabras se libraba su esposa hacia el campo. Rosa no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen producir nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, atrevida al sol y á la fatiga. Poco tiempo pasó y los dos esposos llegaron al pié de la montaña; Conrado quiso descansar, pero ella le enseñó la sangre que erroreja el hierro de su hacha, y le dijo:

—¿De quién es esa sangre!

—¿De quién quieres que sea! . . . esclamó Conrado.

—Huyamos, pues, esclamó Rosa, y

continuó el viaje, internáronse en lo mas fragoso del bosque, trepando la montaña por sendas conocidas únicamente por los cazadores. Conrado quiso detenerse alguna vez, pero su esposa le animó siempre, asegurándole que no estaba fatigada. Finalmente, poco antes de anochecer llegaron á la cima de uno de los picachos de Rorstok, desde donde oyeron los balidos de los ganados que volvian á sus apriscos en Seidors y Bauen, y descubrieron delante de estos dos lugarcillos, echados en el fondo del valle, el lago de Waldstetten tranquilo y puro como un espejo.

Rosa intentó pasar mas adelante; pero sus fuerzas no estaban de acuerdo con su voluntad, y á los primeros pasos cayó al suelo. Conrado la rogó que descansase algunas horas, le dispuso una muldita cama de hojas y musgo, en la cual durmió mientras él velaba.

El triste fugitivo sintió espirar un tras otro todos los clamores del valle, y vió apagarse una á una todas las luces que semejaban estrellas cuidas del cielo. Después, á los discordantes ruidos de los hombres, sucedieron los armoniosos sonidos de la naturaleza, y á las estimeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido poiro de estrellas que levantan los pasos de Dios. Las montañas, así como los mares, tienen tambien voces inmensas que se elevan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques, ó de lo profundo de las neveras. En sus intervalos oye-se el ruido continuo de las cascadas ó el borrascoo estrépito de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar, y á la cual contesta con gritos de espanto ó cantos de agradecimiento, porque aquellos ruidos presagian la calma ó la tempestad. Conrado con el instinto de los febreles aspiraba las brisas húmedas, que soplaban de cuando en cuando de la parte de Occidente, y murmuraba en voz baja:

—Si, si, os reconozco, mensajeros de la borrasca, y no os despreciaré, y se inclinó diciendo á su esposa:

—Querida mia, no tengas miedo, soy yo que te despierto. Rosa abrió los ojos y tendió los brazos á su esposo, preguntándole:

—¿En dónde estamos?

—Es preciso partir: el cielo anuncia la tempestad, y apenas nos queda tiempo para llegar á la gruta de Rikenbach, en donde estaremos seguros; cuando haya cesado el huracán nos iremos á Bauen, desde donde cualquier barquero nos llevará á Brusmen ó á Sisigen. No tengas cuidado y vámonos que ya ruga el huracán.

En efecto, oyese un trueno lejano que recorrió en su estampido las sinuosidades del valle, y terminó en los desauados flancos del Arenberg.

—Tienes razon, dijo Rosa, no perdamos tiempo; huyamos, Conrado, huyamos.

Dicho esto, diéronse la mano, y echaron á andar tan ligeros como lo escabroso del terreno les permitia, hacia la gruta Rikenbach.

(Continuará.)

COMIDA

IMPROVISADA.

—Bien venido, Oliver: te aguardaba. Vuelves muy contento: yo estaba rabiando: te han dado acaso la paga del mes?

—El mes! ¡Cáspita! me parece que estamos á 5, y hasta que llegue el 30 ha de pasar medio siglo.

—Pues entonces, ¿qué es lo que te pone de tan buen humor!

—¡Oh! ¡soy muy feliz! Vamos á tener un convidado á comer!

—¿Un convidado?

—Sí, un convidado.

—Pues es el caso, amigo mio, que

yo tambien tengo otro; pero excelente, eso sí; hará honor á nuestra mesa!

—Vive Dios que el mio puede honrar la de un príncipe. Pero Gustavo, será preciso que me digas...

—Sí, es muy justo. Ya conoces á la hija del portero que viria junto á nuestro colegio.

—Rosita, ¡aquella muchacha esbelta y vivarachá!...

—La misma; pero ahora ha cambiado enteramente, ha progresado, y ya ves que su peinado, con el traje de las elegantes, puede dar lustre á nuestra bohardilla.

—Seguramente: ¿qué gusto! Pues vamos á tener una diversion en regla; porque yo voy á traer un ángel á comer con nosotros, nada menos que una costurera.

—¿Cáspita!

—Casualmente su tia, con quien vive, ha ido á pasar este dia á un lugarcillo, y la he decidido á que venga á comer con nosotros, ya que así se lo permite la ausencia de su guardiana.

—Muy bien, está arreglado el negocio á las mil maravillas... nos vamos á divertir muchísimo... debemos darles una comida espléndida, dispuesta con todo esmero

—Veo que nos entendemos, me he escapado de la oficina, y es necesario que apresuradamente lo dispongas todo.

—Te estaba esperando para eso con tal impaciencia, que sino hubieras llegado te habria mandado llamar por medio de Benito: es necesario que apresuradamente prepares lo necesario.

—De cuánto sea necesitas de mí! No tienes papando natas á tu criado? Qué vaya, pues, á la fonda, y dé las órdenes oportunas.

—Ya la he curiado, y...

—Y qué!

—Puedes oír de su propia boca lo que le han contestado. ¡Ehl!... Benito... mostrencal... Ese moutecauto está sordo como una tupa... Benitoóóó!

—Señor... me habia rendido el sueño: aquí no tiene uno que hacer mas que estar encerrado entre cuatro paredes... sin caballo ni birlocho, ni ropa que limpiar, ni chimenea que encender...

—Silencio, holgazán... á ver si despiertas, y puedes decir al señor de Oliver la respuesta del fondista.

—Ah... sí... si señor... ¡dices usted del fondista!... me parece que me... ha hablado usted de... del fondista...

—¿A ver si acabas, torpe: ¿qué te ha contestado?

—Que en dándole los treinta duros que importa la comida que ha servido el pasado mes á los señoritos, está conformé en enviar de nuevo cuanto se le pida; pero que de lo contrario no piensa farlo's ni siquiera un plato de rábanos.

—¿Cómo!... ¿es posible?

—Ya lo ves, Oliver: pero yo creo que no hay por qué apurarnos; tú debes conservar el dinero de los caballos.

—Ciertamente... así debia ser... yo he vendido los caballos de tu tio el coronel... y debia tener el dinero... pero...

—¿Pero qué!

—El juego me ha llevado la otra noche en un santiamén todo su importe.

—Vive Dios! Pues estamos medrados... ¿y no conservas nada absolutamente de tu última mensualidad?

—Mi bolsen está siempre escualdita... te pido mil perdones... yo no debiera...

—Vamos, no haga el honor, Oliver... veamos cómo salimos ahora del apuro; porque esto es lo que mas nos interesa.

—Puede que tu criado tenga algun ahorrito.

—Es verdad! Benito... ¡puesal!... ¿te has vuelto á dormir!

—Señor... aquí estoy.

—A ver si tienes algun dinero.

—Ah! si señor... ¿lo quiere usted?

—Sí: á ver cuánto es.

—De modo que ya estamos fuera del apuro... A ver, dínos á cuánto asciende tu caudal.

—A unos dos reales, señoritos.

—Llévete el diablo con tus dos reales.

—Está visto que este mozallón no sirve para nada.

—Linda comida haremos con tus dos reales! A lo menos si tuvieras ingenio para sacarnos del apolladero!

—Quién... este mostréncol... Vive Dios que si fuéramos nuestro alimento en él, ayunáramos hasta el fin del mundo.

Paseábase Oliver por el cuarto, pateando y maldiciendo de su suerte en el juego. Gustavo se rompió los cascos por hallar una salida, y Benito inmóvil, de pie, con los brazos estendidos y la boca abierta, esperaba las órdenes de sus señoritos.

El lector habrá comprendido por el diálogo anterior una parte del carácter de nuestros jóvenes calaveras; porque jóvenes calaveras son los personajes que hemos introducido en nuestro cuadro. Oliver es un mozo de diez y ocho años y de una figura no vulgar. Habiendo perdido temprano á sus padres, se halló muy pronto dueho de sus acciones, y el juego, su pasión favorita, le arrebató su patrimonio. Está empleado en una administración, á la que va regularmente al fin del mes, por hallarse próximo el día de la paga; pero en el momento que se apodera de su cuarta parte del sueldo, puesto que tiene embargadas las otras tres para satisfacer á sus acreedores, se aleja todo lo posible de la oficina, y deja pasar semanas enteras sin volver á ellas; verdad es que sus gefes le echan frecuentes repasatas; pero la misma desfachatez con que las oye sin enmendarse, y la buena inteligencia con que desempeña sus negociados en un día de humor para el trabajo, cautivan la indulgencia de aquellos, y en el fondo les hace gracia la conducta pícarasca del subalterno.

Gustavo es de la misma edad que Oliver; pero su figura mas gallarda y elegante, y su fisonomía tiene una expresión mas viva. No es sin embargo tan calavera como su compañero, ni el juego le lleva sus napoleones; pero en cambio es un lebril incansable de todas las mugeres. Penetra en las casas como amigo, como huésped ó como amante, dejando de hacer rara vez alguna de las suyas. Gustavo ó como acaso mas que su amigo en sus diversiones y conquistas; pero el lector estará conforme con nosotros en pensar que tiene mas gusto en la materia, porque se puede sacar mas jugo de una comilona ó de un obsequio á una mujer de formas, que del juego de monte. Nuestro picarillo es huérfano tambien; pero está bajo el dominio de su tío D. Jesus de Soplano, coronel de la guerra de la independencia, hombre cobarde, estropeado por las campañas y por la gata, que suele postrarle á menudo.

A la verdad, las calaveradas de su sobrino le traen en continuo movimiento, porque es muy difícil que Gustavo permanezca dos días en casa, y el simple ejercicio de buscarle en el campo de sus fechorías es suficiente por sí solo para rendir al hombre de mejor constitucion, y á poner de un humor endemoniado al mismo Job.

La escena que vamos á trasladar, pasa un mes despues de haberse ocurrido el sobrino de las garras del tío, empeñado en casarle contra su voluntad, trayéndose de Aleck con su criado Benito un par de hermosos caballos, cuyo importe supo tambien disipar el empleado de la administración. No era el criado á propósito para tal amo, pues no se aviene un torpe mozallón á ejecutar las cosas mas sencillas de un calavera elegante, vivarcho y amigo de las muchachas; pero Gustavo se veia preciciado á conservarlo para que no pudiese el coronel saber de su buca el punto donde se encontraba.

Aun daba Oliver fuertes pasos de desesperacion y de cólera, cuando la

frontera de Gustavo se despejó de pronto y exclamó:

—Ocurrencia feliz, amigo mío... comeremos hoy, vive Dios!

—De veritas confieso que eres mozo de provecho.

—Comeremos, sí... no sé á la verdad como haremos para pagar; mas lo principal es comer.

—Pero esplicate.

—Hace unos seis meses que, durante la ausencia de mi tío, me habia quedado solo en Madrid. Algunas veces iba yo á comer á una fonda, cuya dueña es una morenita de sesenta na- vidades, que tiene seis pies de circunferencia, un brazo de hercules, y una figura rara. Esta venerable moña me miraba con cierta sonrija que me arrancaba algunas carcajadas; porque retirando los dos pedazos de pergamino que tapan sus estensas mandíbulas, me enseñaba un colmillo de á vara á cada lado, que hacen allí seguramente un efecto magnífico. Satisfecha en dula de mi complacencia, me zornauelaba de continuo para que no le pagase sino muchas comidas juntas, de temporada en temporada; mas yo, que entonces tenia el dinero de sobra, no me aproveché de sus ofrecimientos. Esta es la ocasion: me presento vestido de viaje, la digo que acabo de llegar á Madrid; que de pronto tengo que obsequiar en mi casa á varios amigos, y que fiado en su buen gusto para la eleccion de los manjares y el orden del servicio, me he apresurado á aplicarlo que me prepare una gran comida.

—Me gualico!

—Estoy seguro de que lisonjeadas así, nos va á dar una comila regia.

—Es una ocurrencia milagrosa, que voy á parodiar para obtener un soberbio rautillote de dulce. Yo tuve cierta amistad con la sobrina de un cordero, al cual he ayudado algunas veces á hacer jolen para hartarme de dulces: el hombre me está agradecido, y... ya verás... ya verás.

—Pues señor, está el banquete pre-

parado á las mil maravillas... pero vamos pronto á encargarlo todo...

—Van á tener nuestras niñas una excelente comilona... Pardiez, me espanto por ellas, pues saliendo de día es muy fácil ser atrapado por mi tío.

—Tambien seria casualidad rara que lo encontraras precisamente hoy.

—Elio es necesario salir del paso; conque me abandonos á mi suerte.

—Ambos jóvenes estaban ya en la escalera, cuando les dijo Benito:

—Me parece que todavía falta algo.

—¿Que ha de faltar mentecato!

—No tienen ustedes ni su gata de vino.

—¡Ah!... tiene razon este perillan.

—Y es precisamente lo esencial.

—¿Y que hacemos, Gustavo?

—No conoces tú á la hija ó sobrina de algun vinatero?

—¡Uf... quita allá... yo elijo siempre mis conquistas en una estera mas elevada.

—¡Pardiez! en este momento nos sacaria del apuro un amorillo con una tabernera, porque una comida sin vino...

—No es cosa alegre.

—¿Qué hacemos?

—¡Ah!... qué ideal... El hercatero de enfrente nos fiará cerveza.

—Linda bebida para excitar el buen humor.

—Todo lo hace la aprension: diremos á nuestras casadas que es vino de *Lacrima Christi*.

—Eres muy inocente, si crees que las has de engañar con eso.

—Tambien podemos abrir aguardiente con el dinero de Benito.

—Vete al diablo.

—¡Ah!!!

—¿Qué es eso!

—¡Idea sublime... idea superlativa. Tendremos vino de Bordinaux y Champña.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Quieres dejar á Benito á mi disposicion?

—Te doy poderes amplios; haz de él lo que puedas.

Saló Gustavo corriendo, se dirige á la casa de la fondista de sesenta abries, y Oliver vuelve á subir de nuevo la escalera con Benito.

El mozaillon mira estupefacto al amigo de su amo, que se pone una corbata, arrugándola y magullándola ex-profeso; viste un casacaon farguista, mo de talle y de faldones, y un chalequillo muy corto; peinase lisa y llanamente, da al mozaillon á la punta de su nariz, toma un pequeño latigo, cíbrese con un sombrero piramidal, cae si puntigulo, y se ejercita al espejo en darse trazas de un insolente.

—¿Cáspita!... ¿Va usted acaso á hacer papel en alguna comedia? dijo Benito, cuya sorpresa iba en aumento.

—Casi tienes razon... eso es... á hacer un papel de comedia. Estoy perfectamente: vamos... ahora á ti.

—¿Cómo? quiere usted que yo tambien represente? ¿Va usted á disfrazarme?

—Chiton, y obedece: tengo plenos poderes sobre tí, ya lo sabes. Ponte aquellos pantalones que me servian cuando era rico, para montar á caballo...

—Son muy estrechos, y creo que no podré entrar en ellos.

—Si tal... son elásticos. Muy bien, están perfectamente. Ponte ahora este chaleco encarnado... ahora la casaca de mahon que me sirvió para las mañanas, y cíbrete la cabeza con este casaca.

—Señor, por Dios... me ahogo dentro de mí vestimenta.

—Mejor: eso es mejor porque necesario que vayas muy finchado; de este modo tendrás más trazas de hijo de las orellas del Támesis.

—De ahora que quiere, usted pársame por tomiz...

—Diantre!... ¿á ver si callas y me escuchas... sobre todo que no se te olvide nada de lo que te voy á decir.

—Está bien.

—Soy un milord, y eres mi lacayo.

—¿Y qué es milord?

—Un inglés... un hombre muy rico que viene á Madrid á visitar los monumentos públicos, los teatros y las casas de juego.

—Es fácil conocerlos en las calles por su aire estafalario, en los teatros por su atónito semblante, y por sus guineas en el juego.

—Ah! sí... sí... ya me acuerdo... el otro día he visto á dos de ellos en la calle, llorando de gozo por ver recibir á dos gallos, y cuando se hallaban éstos á punto de despedazarse las crestas, hacian aquellos mil contorsiones extrañas, diciendo que se les figuraba estar en Londres.

—Pues bien, es necesario que te des maña para imitar á uno de esos bobalicones: vamos á casa de un rico vinatero, y cuando te hablen, oyeo bien, no respondas mas que *Yés*.

—¿Y *és*?

—Sí: sea cualquiera la pregunta que te hagan ó la conversacion que te dirijan, tú no salgas de *Yés*.

—Lo entiendo perfectamente: eso es muy fácil de retener en la memoria.

—Todavía es preciso que atiendas. Cuando yo te lo mande, te quedarás en casa del vinatero, hasta que tu amo ó yo váyamos á buscarte: si vuelves á casa sin nuestra licencia, te administraremos veinticinco palos. ¿Comprendes?

—Oh! lo entiendo muy bien...

—Si das las señas de nuestra casa, recibirás cincuenta palos; ¡me entristece!

—Cada vez mejor, señorito.

—Vamos, pues, estamos contentos.

Oliver sale de casa, Benito sigue sus pasos sin poder moverse apenas con los pantalones de montar: encasaca-se se el gorro hasta las cejas, y camina inquieto, reflexivo y absorto, procurando estudiar la leccion que acababa de recibir. El pobre mozo no veia nada bueno á través de todas las advertencias de Oliver, y está tenia suma cuenta en no soltar la carjada que le ecumbra el aire contrito d el muchacho. (S. C)



VARIEDADES.



GULLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Pero el huracán habia empezado con los primeros albores del dia, y se acercaba bramando: de tiempo en tiempo surcaban el cielo multitud de relámpagos, las nubes que bajaban sobre las frentes de los fugitivos, les robaban la vista del valle. De repente en uno de aquellos intervalos de silencio en que la naturaleza parece reunir todas sus fuerzas, para la lucha en que va á entrar, oyéronse á lo lejos los ladridos de un perro de caza.

—Es Napit, exclamó Conrado deteniéndose: Habrá roto su cadena y aprovechado su libertad para cazar en el monte, respondió Rosa.

Conrado le hizo señal de que callase, y escuchó con aquella atencion propia de un cazador y de un montañez, que se acostumbra á adivinarlo todo por los mas leres indicios. Los ladridos se oyeron más cercozos, y Conrado se estremeció.

—Sí, tienes razon, Ross, Napit está cazando, pero no sabe qué caza busca.

—¿Qué nos importa! —Lo que importa la vida á los que huyen. Nos persiguen, y el infierno ha sugerido á esos demonios la mas inesperada idea: no sabiendo cómo encontrarme, han saltado á Napit, y fídense á su instinto.

—Pero por qué dices esto!

—Escucha y observa cuál lentamente se acercan los ladridos: lo vienen atado para no perder la pista, pues de otro modo Napit ya estaria con nosotros.

Napit ladró de nuevo, pero no se conocia que se aproximase mas; al contrario, parecia que su voz estaba mas lejana que la primera vez que se habia oido.

—Perde la pista, dijo Ross con alegría.

—No, no, respondió Conrado. Napit es demasiado bueno para engañarse: esto es que el viento sopla contrario, oye, oye. El violento estampido de un trueno interrumpió los ladridos que se oyeron mas cerca.

Conrado tomó á Rosa de la mano y llególa, y aquella recogió todas sus fuerzas, y se adelantó hacia el camino que su marido la señalaba; caminaron un cuarto de hora, y de repente se hallaron á orilla de una de aquellas aberturas tan comunes en las montañas. Aquella, la habia hecho un terremoto, en tiempos que los visabuelos habian olvidado ya, y dividía el terreno con una barranca de veinte pasos de anchura, y larga de una legua. Era una

de aquellas arrugas que anuncian la vejez de la tierra. Llegados allí, Conrado dió un grito terrible, al ver que el frágil puenteillo que pasaba de uno á otro lado se había roto al impulso de una roca que había caído rodando desde la cima del Rocoteo. Rosa penetró cuánta desesperación se encerraba en aquel grito de su marido, y creyéndose perdida, se arrojó.

—No, no, todavía no es tiempo de cesar, exclamó Conrado con los ojos radiantes de alegría. Ahíno, Rosa, que Dios no nos abandonará. Diciendo esto se dirigió hacia un pinabete, á quien las borrascas habían despojado de sus ramas, y que vegetaba solitario á la orilla del precipicio: sacó su hacha y empezó á descargarla con toda su fuerza en el tronco del árbol, que atacado por un enemigo más fuerte que las tempestades, renca desde la raíz hasta la punta, verdad es que jamas hubo leñador que descargara tan fuertes golpes. Rosa miraba á su marido, al mismo tiempo que escuchaba los ladridos de Napfi, que se iba acercando mas y mas.

—Ahíno, amado mio, decía, amoro que el pinabete balantea ya y se tuerce. ¡Oh! ¡tenia fuerte era, Conrado mio! ya cae, ya cae. Si, si, ¡Dios mio! gracias á ti, ya estamos salvos.

En efecto, el pinabete cortado por el tronco, cedió al impulso que le dió Conrado, y cayó de través sobre la barranca, formando un puente intransitable para cualquiera que no fuese montaña, pero muy suficiente para el pié de un cazador.

—No temas, Conrado, exclamó Rosa, adelantándose antes que él; no tengas miedo y sígueme.

Pero Conrado en lugar de seguirla, no atreviéndose á mirar tan arriesgado paso, echóse al suelo, y con su pecho sujetaba el árbol, para que no venciese bajo las plantas de su esposa. Napfi entro tanto seguia ladrando y ya no faltaba ni un cuarto de hora. Conrado luego que hubo cesado el movimiento que los pasos de Rosa da-

ban al árbol, echó la vista al otro lado y la vió que con los brazos abiertos le incitaba á pasar.

Conrado lo verificó como si anduviese por un puente de piedra, y llegado á la otra parte, volvióse, y de un puntapié echó el árbol en el principio, y lanzó uno de aquellos gritos de gozo que arrojan el león ó el águila después de una victoria: pasó un brazo en derredor de la cintura de Rosa, y entraron en una de aquellas sendas frecuentadas solo por las fieras. Sus perseguidores guiados por Napfi, llegaron al cabo de cuatro minutos á orillas del precipicio.

Entre tanto la tempestad redoblaban su horror, los relámpagos brillaban sin interrupción, los truenos no cesaban de retumbar, el agua corría á torrentes, y los gritos de los cazadores mezclados con los ladridos del perro, se perdían en un caos. Al cabo de un cuarto de hora detivóse Rosa: la pobre jóven ya no podía andar mas, los brazos le caían, doblábansele las rodillas y decía á su esposo:

—Huye solo, Conrado, yo se lo pido.

Conrado miró en derredor suyo para conocer á qué distancia estaba del lago; pero el tiempo estaba oscurísimo, y bajo el velo de la borrasca los objetos habían tomado un tinte tan uniforme, que le fue imposible el calcularlo; alzó la vista al cielo y no vió mas que relámpagos y rayos: el sol había desaparecido como un rey arrojado de su trono en una revuelta del pueblo.

Conrado dejó caer los brazos y lanzó un suspiro como un gladiador medio vencido.

Al mismo tiempo bajó de la cumbre del Rocoteo un extraño y prolongado murmullo, la montaña tembló tres veces, y atravesó el espacio una niebla cálida como el vapor que se levanta del agua que hierve.

—Es una bomba marina, exclamó Conrado, es una bomba... y cogiendo á su esposa entre los brazos, se es-

condió con ella bajo la bóveda que formaba un inmenso peñasco.

Apenas estuvieron en aquel abrigo, cuando se sacudieron las ramas mas altas de los abetos, movimiento que siguieron las ramas inferiores; un silbido que superó al ruido del huracán llenó el espacio; la selva se inclinó como un campo de espigas; oyéronse espantosos ruidos, y saltaron á pedrazos los árboles mas robustos: desarraigábanse unos, levantábanse otros, como si la mano de un demonio les cogiese por la cabellera, y huían ante el soplo de la bomba, saltando y rodando como una turba insensata de enormes fantasmas. Encima de ellos, un monton de ramas y de matorrales seguian el mismo impulso, y debajo brincaban millares de peñascos desprendidos de la montaña atorbellinándose como un polvo gigantesco. Los fugitivos seguian con atónita vista la marcha de aquel fenómeno, que adelantándose en línea recta y derribando cuantos obstáculos encontraba, se dirigió hacia Banah, pasó sobre una casa que arrancó del suelo llevándose la consigo, se paró la niebla en dos paredes que parecían sólidas, halló al paso una baraca que anegó, y fué á morir contra las rocas de Aremberg, dejando el espacio, que había quedado vacío y desahogado como el cauce de un rio que queda en seco.

—Vamos, la bomba nos ha abierto una carretera, exclamó Conrado, llevándose á Rosa hacia la barranca. No tenemos mas que seguir esta herida de la tierra, que ella misma nos conducirá al lago.

—Puede ser: que el huracán nos haya libertado de nuestros enemigos, observó Rosa mientras recogia todas sus fuerzas para seguir á su esposo.

—Así seria si yo no hubiese echado el puente, porque en tal caso se habrían hallado en la misma línea nuestra, y es probable que sus cadáveres hubieran pasado por encima de nosotros, pero ahora no, porque se han visto obligados á hacer un rodeo para

pasar el precipicio. La bomba les habrá dado tiempo para alcanzarnos ¡ves! ahí tienes la prueba, ¡oyes!

En efecto, Napfi volvía á ladrar. Conrado conociendo que Rosa desafiella, la tomó en sus brazos, y con aquella carga caminaba mas ligero aun que sin ella. A las pocas palabras que habían cambiado ambos esposos se siguió un profundo silencio de diez minutos, en los cuales Conrado caminó tanto, que ya veía el lago á unos quinientos pasos, á través de la lluvia y de la niebla, y Rosa tenia fijos sus ojos en el extraño valle que Conrado la miró estremecerse, y oyéronse al mismo tiempo gritos de alegría dados por los soldados que los perseguían. Napfi brincaba junto á su amo, pues al reconocerle, había tirado con tanta fuerza á de la cadena que le sujetaba, que la rompió.

—Si, sí, dijo Conrado, eres un perro fiel, pero tu fidelidad nos pierde mas que una traición. El desesperado fugitivo se dirigió en línea recta hacia el lago, mientras que á trescientos pasos de distancia le seguían ocho ó diez arqueros del señor de Wolfrachies; pero al llegar á la orilla, presentaba un nuevo obstáculo: el lago estaba enfurecido como un mar tempestuoso, y á pesar de los ruegos de Conrado, ningún barkerero quisó arriesgar la vida por la suya.

—Conrado corre como un insensato, llevando siempre á su esposa, que estaba medio desmayada, y en estos gritos podía protección y socorro, pues los arqueros se acercaban mas y mas.

De repente saltó un hombre de una roca al camino, y preguntó ¿quién pide socorro!

—Yo, respondió Conrado, para mí y para esta muger que traigo en brazos. ¡Una lancha, por Dios, una lancha!

—Venid, dijo el desconocido, saltando á un batel que estaba amarrado á una pequeña argolla.

—¡Oh! ¡ois mi salvador!

—El salvador es aquel que derramó en la cruz su sangre por todos los hombres; Dios me trajo á vuestro encuentro; dadle gracias y dirigidlo vuestras plegarias, porque no nos desampare en este conflicto.

—Pero á lo menos subed á quién salvais.

—Estais en peligro; no quiero saber más, venid.

Embarcose Conrado y colocó á su esposa del mejor modo que pudo, mientras que el desconocido desplegó una pequeña vela, y sentándose junto al timón, desató la cadeta que sujetaba la lancha á la orilla. Apenas la lancha soltó, y se saltaba de ola en ola, obedeciendo al soplo del viento como un caballo que siente la espuela y la voz de su gínete. Aun no estaban los fugitivos á cien varas de la orilla cuando llegaron los arqueros.

—Señores guapo, vinisteis tarde, dijo el desconocido; ya estamos fuera de vuestro alcance pero esto no basta, dijo volviéndose á Conrado. Echaos, jóvenes; no veis que llevan mano á los arcos! Una flecha corre mas que una barca, aunque esta se la lleve el demonio de las borascas. De bruces, de bruces en seguida! Conrado obedeció, y al mismo tiempo se oyó un prolongado silbido sobre sus cabezas. En el mástil del batel se clavó una flecha; las demas se perdieron en el lago. El barquero miró con calma curiosidad la flecha cuyo hierro se había metido por entero en el mástil.

—No puede negarse, murmuró, que en nuestros bosques se hacen buenos arcos de Fresno, de tejo y de arce; si la mano que los prepara y el ojo que dirige la flecha fuese mas diestra, el diablo que les sirviese de blanco; pero tampoco es fácil tocar á una ganza que corre, al pájaro que vuela, ó á la lancha que brinca como esta. Buenos, jóvenes, que viene otra barca. En efecto, clavóse una flecha en la proa, y otras dos aguijeron la vela se quedaron cogidas por las plumas. El piloto las miró desdeñosamente. Aho-

ra, dijo dirigiéndose á sus protegidos, ya podéis sentaros sobre este banco con tanta seguridad, como si estuviérais en vuestra casa, porque cuando quieran hacer la tercera descarga, ya estaremos fuera de tiro; solamente con una ballesta se podría hacer llegar hasta aquí. . . .

(Continuará.)



COMIDA

IMPROVISADA.

(CONTINUA.)

Llegan á una casa de carnares de alquiler, sube Oliver con Benito á uno de ellos, y en mal inglés y peor español, manda al cochero que le conduzca á uno de los mejores almacenes de vino. Para el coche delante de un almacén de gran lujo; baja el oficinista, y entra en él, columpiándose, y llevando su vientre hacia delante; siguele el criado marchando con las piernas muy separadas y los ojos fijos en el suelo. El atolondrado pronuncia algunas palabras inglesas, y como los comerciantes de todas categorías gustan mucho de entenderse con los extranjeros, rodan muy solícitos al presentido milord, que dice:

—Yo, . . . , quiero de vino . . . una cesta grande, . . . grande, . . . para regalar á dos millores amigos, *if you please*.

—Vino ¡eh! Le tenemos de todas clases, milord, de todos los países, . . . añejos, . . . nuevos, . . . de todas edades.

—Yo quiero, . . . del mas rancio, . . . querer de lo mejor *if you please*, . . . no pararme yo en el precio.

—¡Ireis contento de la casa milord, y cuántas botellas!

—Ser tres nosotros *Y will*, botellas nueve: Bordeaux tres; Beane tres; y Champagne tres. . . una cesta.

—Muy bien, milord, . . . ¿espumoso de Champagne?

—*Yes, Y will*; que el tapon saltar á la altura de la cara.

—Y aun al techo saltará.

—*Is it Good!*

—Descuidad, milord, descuidad, que no se perderá ni una sola gota.

Colecta apresuradamente las nueve botellas en una cesta, la cual es trasladada al coche de alquiler. El comerciante de vinos presenta su cuenta al supuesto estrangero, este mira la suma, y ceba mano al bolsillo, y volviéndose como admirado, le dice:

—Yo haber dejado la posada en mi bolsa, venir un criado á cobrar á la casa, *if you please*.

—Si milord, es cosa muy fácil seguramente. Francisco, . . . ve con este milord inglés y le dará 240 reales. Espero, milord, que seréis parroquiano desde hoy.

—*Y will*, comprar aquí muchas veces. *Good morning Benit-son*, señame.

Yes, contesta el criado simplemente. *Benit-son* sigue á milord sin alzar la vista, suben al coche con el mozo del almacénista, el cual no se atreve á tomar asiento delante del milord, y cuando había rodado el estragado su enorme techo, caen milord en la frente una monstruosa palmada, como aquel que se ha olvidado de alguna cosa, asoma la cabeza por la portezuela, y hace parar el coche.

—Mueñicho, Francisco, se olvidó ya lo mejor; no tener vino de España, y necesitar seis botellas; es debido ir con usted *Benit-son* y tras él, calle del Carmen Hôtel de Paris; *Benit-son*, ir con el mozo del taberno.

—*Yes*.

Francisco no hace resistencia alguna en dejar el vino en el coche, puesto que se lleva á Benito en prendas; baja del caruaje, y se dirige al establecimiento seguido del lacayo de mi-

lord. Oliver se hace conducir á una calle inmediata á la en que viven nuestros calaveras, apesee, toma un mozo de equina, carga este con la cesta; dice al cochero que vuelva al instante, puesto que necesita, el caruaje para todo el día, cruza una esquina y despues otra, y arriba á su casa con toda felicidad, presentando el vino á Gustavo.

Pagó Oliver al mozo, advirtiéndole que le suministrara doscientos pesos si decia al cochero la casa donde habia dejado el coche con las botellas; contó despues á su amigo el suceso, con todas sus circunstancias, y Gustavo, que no preció quedar muy conforme, le dijo:

—¿Sabes que no es lo mas honroso lo que acabas de hacer?

—Vaya un escrupulo de monja.

—Distrazase para comprar un vino que no debe pagarse, y alquilar un coche para dar un potardo semejante. . . .

—*Y bien!*

—Dejar en prenda á mi criado! . . .

—Eso te prueba que debemos respetarle y pagar el vino, por consecuencia. Un mozállon de veinte años, robusto como él, bien puede servir de empujo por doce duros.

—Pero si mas descubres. . . .

—¿Imposible! . . . he sabido confundirle mas milo que el almacénista de vinos podía inspirarle. ¡Pardiez! es cosa que no merece la pena; aleja tantos escrupulos, y te prometo desquitarme á Benito á fin de mes.

—En ese caso, mucho tiempo ha de quedar en prenda ese mojadero.

—Pero tú no me dices lo que has hecho, y me parece que es ya tiempo.

—¡Ah! tendremos una asombrosa comida. . . . caza, pesca, asados, fritos; nada, nada faltará en ella.

—Pues yo creo que tampoco es muy honroso tomar una comida optima, que no se piensa pagar; no sé cual de los dos ha procedido con mas coballeridad; al menos yo he dejado prenda en el almacén de vino; y en cuanto al cochero, pienso. . . .

—¡Diablot! tú chocchas con precisión; á mí me lo fan todo voluntariamente, y esto es distinto; además se ha ofrecido darnos de comer, á pagar á fin de mes.

—Vive Dios!... amigo mío, francamente, vales un Peró!... Es un gran biltazo! ¡Ah! es nada!... otros once fondistas de tan buena voluntad, y hemos aquí servidos un año gastodomínicamente á cuerpo de rey.

—Vaya, no disparates, y pongamos la mesa.

—Sí, sí, que vuestras muchachas van á venir de un momento á otro.

—Qué pensarán ellas cuando vean que no tenemos un criado siquiera que nos sirva?

—Pensarán que los hemos despa-chado á todos para poder hablar con entera libertad.

—Todo lo ves del lado más bello; lo que yo temo es que esa mostrero de Benito haga una tontería que nos cueste cara.

—¡Chitón!... llaman...

—Mira por el agujero de la llave... ¿es la comida!...

—No, no, es mi linda niña.

Introduce Oliver á su adorado tormento, que es una muchacha muy remilgada que se apresura á censurarse á sí propia por su atrevimiento de venir á comer con unos bobitos solteros; pero estos la tranquilizan, prometiéndola ser discretos bajo su palabra de honor, y anunciándole que no será ella la única que las haga la honra de acompañarlos á la mesa. Llega un ratillo después la hija del condesado portero, que pone cierto fociquillo al descubrir otra ciudadana que puede usurparle acaso sus bien adquiridos derechos; pero vuelve á desentarse su frente cuando nota que está allí haciendo su papel. La muchacha es lo que se llama una mujer bonita, vivaz, y franca; viene adornada con un vestido elegantísimo; nadie hubiera colegido por el traje la categoría porterial de la mozcuela. Pero á la verdad en Madrid no hay cosa más falsa

que el exterior. Está uno sentado por ejemplo, en el teatro, entre dos sujetos cuya compostura es igual. ¿Serán iguales con corta diferencia sus bienes de fortuna? De ningún modo: uno de ellos es oficial primero del ministerio de hacienda, y el otro ayuda de cámara que sacude el polvo á los trages de los viajeros en una casa de huéspedes. La mercadera de lienzo lleva chaíes de cachemira; la condesa plumas y encajes; la oficial de modista sombreros; el peluquero frac de paño de lo más superior. Pero el caso es que no se puede comprar un frac no real como un traje de lujo; y á fe mía que es lástima, porque de este modo no oíríamos salir de debajo de un sombrero de terciopelo la voz enronquecida por los licores, ni escucharíamos las sandeces de las frogonas, que atrincheradas en su vestido de seda quieren parecernos marquesas, dando grito por liebre al tanto que toma por realidad tan ridícula parodia. Pero llegan los mozos de la fonda, encorbados bajo el peso de los guisos á la marinera, chuletas y fricandós; y como el olor de las viandas no debe cambiar la hoja, no queremos devaluarnos los sesos con filosofías que no han de aprovecharse.

Los jóvenes y aun las muchachas se apresuran á tomar los platos, que colocan sobre la mesa; márchanse los fumos, quédase las flos parejas dueñas del campo, y se entregan con todo desahogo á su apetito y á su alegría.

Bien quisieramos acompañarlos, y transmitir con detenimiento al lector todas las locuras y todas las cosas picantes; pero no es justo que abandonemos completamente al pobre Benito, puesto que Oliver le ha dejado desatparado.

Francisco daba enormes zancadas hacia el almacén de vino, su compañero le seguía, guardándose de desplegar los labios; pero cantando muy bien por lo bajo cierta maldición á Oliver, á la cesta con sus botellas, y á los pantalones de montar, que ni si-

quiera le permitiesen iraginar escapar-se.

Tras el mozo del almacén de vinos de entablar conversación; pero Benito le contesta á todo "Yés" y cesa por fin una plática que él sostiene únicamente. Llegan al almacén, jadeando Francisco, y Benito echando el bote.

—No está contento milord con el vino? preguntó el almacenista al descubrir al lacayo del inglés.

—Yés, respondió este friamente.

—No es eso, respondió Francisco, milord no ha probado el vino; mas en el camino se acordó de que le faltaban seis botellas de vino del país, y voltemos por ellas.

—Vino de España ¿eh? corrientes; ¿pero de qué clase!

—Milord no ha dicho otra cosa.

—Sabe usted, Benito-san, cuál es el que quiere su amo?

—Yés.

—Es el de Jerez!

—Yés.

—O de Málaga, ó de Caridén!

—Yés.

—Veo que es el de Málaga... seguramente que lo he acertado. Oye, Francisco, toma las botellas, y cobra por todo trescientos sesenta reales. ¿Vive lejos milord!

—Yés.

—En el Hotel de Paris, dice Francisco, cargado con las botellas; vaya usted delante, señor Benito-san, que yo seguiré á usted.

—Pero Benito-san, que sopona de mas de cincuenta palos no podía dar las señas de la casa de los calavernas, no respondió ni una sílaba, y permaneció arimado como un guarda-canton á la esquina de la puerta.

—Si habrá olvidado este lacayo el camino de la posada! dijo ciudadano del almacén con impaciencia... ¿Hacia qué parte está el Hotel de Paris!

—Yés.

—Llévete el diablo con tu Yés: este diantre de lacayo no entiende el español... ¿cómo nos componemos ahora para saber dónde vive su amo!...

Oiga usted, se halla en la calle del Cármen el Hotel de Paris!

—Yés.

—Gracias á Dios que hemos dado con la dificultad; fortuna hemos tenido. Vamos, Francisco, vete con Benito-san. Francisco vuelve á comenzar la marcha; y se ve obligado á empujar á Benito que se muestra bastante reacio en emprender la nueva caminata. Llegan al Hotel de Paris; hace Francisco varias señas á su compañero para saber si reconoce la casa; pero es un delirio pensar en sacarle de su Yés. Entra el mozo, pregunta por el cuarto de milord; el portero contesta que hay en la casa media docena de estos señores, y que no distingue por las señas al que busca; empuja entonces Francisco al lacayo inglés, y dice al portero que pregunta por el amo de aquel criado: Benito es examinado con detenimiento, y el portero no recuerda haberle visto jamás. Francisco habla de su vino, á ver si por este medio puede conseguir alguna ventaja; pero el portero le dice que en la casa se regalaban perfectamente los milores sin necesidad de salir á buscar vino para sus borracheras; vuelve el mozo á intercalar al lacayo, y este le tapa la boca con su eterno Yés; da el portero una gran carcajada, y les vuelve la espalda.

Francisco lleno de cólera, sale á la calle, haciendo marchar adelante al fingido lacayo; pero sin perderle de vista. Llegan de nuevo al almacén, y él dice grita y se desahoga, empujando á burruñar alguna cosa de la burla que se le está haciendo. Por otra parte, hay indrones en Inglaterra como en otro punto cualquiera del globo, y repite azorado algunas preguntas al importurbable Benito-san. Por fortuna buena memoria de que vive un inglés eficiente de su establecimiento, y anuncia á Francisco que vaya á su placiarle que baje un momento á su almacén. Viene en efecto; pero á Benito le es igual que se le hable en inglés que en español, porque Yés y so-

lo Fés contesta á todo. Acaba el dueño del almacen de convencerse de la que se le está jugando, y su cólera necesita una víctima: coge al falso Benito para trasladarle á la gefatura; pero al tiempo de salir llega un coronel al pajo de la casa á su vista recopara Benito al uso de la palabra, grita, llora, forceja, y va á arrojarle á los pies del militar.

El coronel, que iba á visitar á un antiguo camarada, se apercebe de los clamores de Benito; preguntale dónde se encuentran su sobrino, reclímale el dueño el importe de las botellas, contándole todo el suceso; paga el coronel, da una propina á Francisco para que no divulgue el lance, y solo del patio llevándose á Benito, que será mas frágil por esta vez, y venderá el secreto de nuestros calaveras.

Entretanto estos señortos, en medio de la algazara y de las locuras que hacen nos inspira cuando se halla presente el amor, se entregaban á la alegría mas descompasada, de la cual participaban sus queridas, de todas veas. Cantaban, reían y se decían sin apension todo lo que los vapores del vino y su bella posicion inspiraba á su pensamiento: eran amables sin empujarse en ellos; tenían talento sin presuncion, y malicia sin perversidad. Se divertían mucho; pero no se traspasaban los límites del decoro.

Hallábanse en los postres. Los tapones de Champaña habían herido el techo, según la promesa del dueño del almacen de vinos, y el licor espirituoso acababa de encender completamente los ya encarnecidos tímicos, cuando de repente una estrépitosos golpes dados en la puerta, interrumpieron á Gussler en medio de una cancion báquica que estaba improvisando.

Los jóvenes se miran atónitos sin saber que hacer; las muchachas les contemplan sorprendidas, y tratan de adivinar el motivo de una inquietud tan estraña: llaman de nuevo; los calaveras se aliegan cada vez mas, y Rosita á les dice enfurruñada:

—¡Vamos!... ¡no abren ustedes! ¿no están oyendo que va á echar la puerta abajo! ¡Quizá será alguna visita... y estaremos nosotros...

—¡Ah!... ciertamente... tiene usted razon, amiga mia, alguna señora vendrá á ver á estos caballeros... y temen que nos encuentren aquí... Por mi parte voy á abrir, porque quiero conocer á esa hermosura á quien se tiene tanto miedo.

Rosita, que cuando oye algunas cosa que excita su curiosidad, no reflexiona ni se para en barras hasta dar con el fiero, va mas ligera que un ave, á abrir la puerta, á tiempo que se deja oír en el tramo de la escalera un juramento pronunciado con una conviccion y un nervio á toda prueba. En vez de abrir, vultrese pálida y acorrajada lástica los jóvenes, y les dice temblorosa:

—¡Ay, Dios mio!... es ese coronel rogacion!...

—¡Quién!... ¡Mi tio!

—El mismo!... ¡Ay, Dios mio!... he reconocido su voz perfectamente, porque no se me puede olvidar nunca, aunque no le he hablado mas que una sola vez!...

—Está visto... me habrá atibado esta mañana, y me habrá seguido los pasos... ¡Qué haremos, Oliver!

—¡Voto al demonio!... que se rompa la cabeza contra la puerta... que llamo cuanto lo de la gana.

—¡Conque es tan malo su tio de usted! dijo la costurera.

—No... no es muy malo; pero tiene unos prontos tembles: ahora está enojado conmigo, porque no quiero casarme con una mogigata que me tenía destinada para esposa... ¡Caspiñal!... con qué furia llamas!...

—¡Mil bombas! ¡abriréis! grita el coronel desde la escalera: ved lo que se hace, porque si no, echaré la puerta abajo.

—¡Ah!... la hará lo mismo que lo dice, exclamó Rosita, buscado por el cuervo con suma ligereza un escondite. (Continuará.)



VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Toma, toma, mirad si decía yo bien! En efecto la tercera descarga cayó en el sureco que dejaba la lancha. Los fugitivos estaban ya á salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenían que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecía tan fuerte contra la una, como bien dispuesto para la otra, pues al cabo de media hora ya se habian desembarcando en la orilla opuesta, y Napi, de quien se habia olvidado, les siguió nadando. Antes de separarse del desconocido, penso Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuracion de que él formaba parte, y empezó á hablarle de lo que habia pasado en el Grutli; pero á la primera palabra el barquero le interrumpió:

—Habeis pedido sonoro, y yo os fe he dado, como hubiera querido que me lo hubiesen dado á mi en vuestro lugar: ahora no pidais nada mas, porque no lo haré.

—Pero á lo menos, dijo Ross, decidnos vuestro nombre, para que podamos llevarlo en el corazon al lado

de los de nuestros padres, porque os debemos la vida como á ellos.

—Si, sí, decidnos vuestro nombre, y no os excuseis, porque no podeis alegar excusa alguna.

—No seguramente, respondió sencillamente el forastero, al tiempo de amarrar su barca á la orilla del lago. Yo soy cobrador del convento de Zurich, y me llamo Guillermo Tell. Dicho esto saludó á los dos esposos, y tomó el camino de Fluelen.

El dia siguiente al en que pasaron los referidos sucesos, pidió permiso para hablar á Herman Gussler en un enviado del caballero Beringuer de Landenberg, y obtenido entró y contole la aventura de Mechtal y no pasó por lo alto la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado, cuando fús introducido un arguero del señor Wolfranchies, que refirió la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino, gracias al socorro de un paisano de Burglen, pueblo de la jurisdiccion de Gussler. Este prometió que se haría justicia contra él, y apenas acababa de empuñar su palabra, cuando entró un soldado de la guarnicion de Schwanau. ®

Este contó que el gobernador del castillo, habia atenido contra el honor de una doncella de Art, y que habiéndole sorprendido en la caza dos hermanos de la muchacha, habíale muerto y refugiados despues en la

montaña, donde se les había buscado inútilmente.

Levantóse entonces Guesler, y juró que si el joven Mechtel que había roto el brazo al escudero de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten que había muerto al señor de Wolffranchies en el baño, ó los dos mancochos que habían asesinado al gobernador del castillo de Schwannau caían en sus manos, serian castigados con la pena de muerte.

Otorgada esta respuesta, iban á retirarse los mensajeros; pero Guesler les pidió que antes le acompañasen hasta la plaza pública.

Así que estuvieron en ella, mandó plantar un mastil en el suelo y puso en la punta su sombrero ornado con la corona ducal de Austria. En seguida mandó pregonar á son de trompeta que cualquier noble ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Absburgo, debiese descubrirse en señal de homenaje; y hecho esto, despidióse de los mensajeros, encargándoles que contasen á los que les habían enviado lo que él acababa de hacer, para que le imitasen en sus respectivos distritos.

Tres días despues fueron á decirle que acababan de prender á un hombre porque no había querido descubrirse ante la corona ducal. Guesler montó á caballo en seguida y se dirigió á Aldorf escoltado de sus guardias. El culpable estaba atado al mismo mastil que sostenía el sombrero del gobernador, y por su jubón de color verde, de Basilea, como también por la pluma de águila que llevaba en su gorra, dejábase entender que era un cazador de montaña. Llegando delante de él, mandó Guesler que le desatasen, y libre ya, sabiendo el cazador que no lo estaba aun del todo, dejó caer los brazos, y fijó los ojos en el gobernador con una indiferencia tan lejana del miedo, como de la arrogancia.

—¿Es cierto, preguntó Guesler,

que te has negado á saludar el sombrero?

—Sí, monseñor.

—¿Y eso por qué?

—Porque mis padres no me enseñaron á descubrirme mas que delante de Dios, de los ancianos y del emperador.

—Pero esta corona representa el imperio.

—Os engañais, monseñor, esa corona es la de los condes de Absburg y de los duques de Austria. Ponedla, en las plazas de Lucerna, de Figurgo, de Zoug, de Bienna y del país de Glaris, y no hay duda que sus habitantes prestarán el homenaje que exigis, pero nosotros que recibimos del emperador Rodolfo el privilegio de nombrarnos jueces, de gobernarlos con nuestras leyes, y de no depender mas que del imperio, debemos respeto á todas las coronas, pero homenaje solamente á la del emperador.

—Pero al subir el trono el emperador Alberto, no ha ratificado esos privilegios concedidos por su padre.

—Pues la hecho muy mal, monseñor, y eso es la razon porque Uñ. Schwitz y Unterwald han hecho alianzas entre sí, empuñándose con juramento á defenderse mutuamente personas, familias y bienes, con el consejo y con las armas.

—¿Y crees que lo cumplirán? dijo Guesler sonriéndose.

—Sí que lo creo, respondió tranquilamente el cazador.

—¿Y querían morir antes que quebrantar su juramento?

—Desde el primero hasta el último.

—Ya lo veremos.

—Mirad, monseñor, que vaya con cuidado el emperador Alberto, porque no tiene mucha fortuna en expediciones de esta especie. Que se acuerde del sitio de Berna, cuando perdió la bandera imperial, y de Zurich, donde no se atrevió á entrar á pesar de tener las puertas abiertas, no obstante, estas dos ciudades no combatian por su libertad, sino por los limites de su

territorio. Ya sé que se vengó en Glaris; pero Glaris era débil y fué sorprendida sin defensa mientras que nosotros estamos prevenidos y armados.

—¿Y cómo sabes tú las leyes y la historia, siendo un simple cazador como lo dice tu traje?

—Sé mis leyes, porque son la primera cosa que nuestros padres nos enseñan á respetar y defender; y sé tambien la historia, porque entiendo un poco en letras, habiendo sido educado en el convento de Nuestra Señora de las Ermitas; por eso tengo el empleo de cobrador del convento de Zurich; en cuanto á la caza, no es mi ocupacion de oficio, sino de diversion como lo es para todo hombre libre.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Guillermo, mi apellido Tell.

—Oh, respondió Guesler con alegría, ¡no eres tú el que socorrió á Conrado de Baumgarten y á su esposa, al día del huracán?

—Ya di peso en mi barca á un joven y á su muger, porque los perseguian; pero no les pregunté su nombre.

—¿No eres tú el que citas como el mejor cazador de toda la Helvecia?

—A ciento cincuenta pasos quitaria una manzana de la cabeza de su propio hijo sin hacerle daño alguno, dijo una voz que salió de entre la gente que se había reunido.

—¿Dios perdona esas palabras al que las haya dicho! exclamó Guillermo, pero á buen seguro que no han salido de la boca de su padre.

—¿Tienes hijos? le preguntó Guesler.

—Cuatro, tres niños y una niña; Dios ha bendecido mi casa.

—¿Y á cuál prefieres de los cuatro?

—A todos los amo igualmente.

—Pero bien, debe haber uno por quien seas mayor tu ternura.

—Quizá por el mas niño, porque es el mas débil y tiene mas necesidad de mí, pues apenas cuenta siete años.

—¿Cómo se llama?

—Walter.

Guesler, se volvió á uno de los guardias que le habían seguido á caballo.

—¿Corre á Burglen, le dijo, y trae al niño Walter.

—¿Para qué, monseñor? preguntó Tell.

Guesler hizo una seña, y el guardia partió á galope.

—¿Oh! vos no tendreis mas que buenas intenciones, monseñor, ¿pero qué queréis hacer de mi hijo?

—Ya lo verás, dijo Guesler, volviéndose á hablar con los guardias y escuderos que le acompañaban. Guillermo se quedó en pie en el mismo sitio en que estaba, con el sudor en la frente, los ojos fijos y los puños cerrados.

Al cabo de diez minutos, volvió el guardia con el niño sentado en el arzon delantero de la silla, y al llegar cerca de Guesler lo puso en tierra.

—¿Aquí está el pequeño Walter hijo del guardia.

—Muy bien, respondió el baillio.

—¿Hijo mío! exclamó Guillermo, y el niño se arrojó en sus brazos.

—¿Por qué me has enviado á buscar, padre! dijo el niño palmoteando de alegría.

—¿Y tu madre por qué te ha dejado venir?

—No estaba en casa; solo estábamos mis hermanas y yo. Ya se han quedado bien celosias. Han dicho que tu me amas á mí mas que á ellos.

Guillermo lanzó un suspiro y estrechó al niño contra su corazón.

Guesler contemplaba aquella escena con los ojos brillantes de gozo y ferocidad; y cuando se hubieron acercado bien padre é hijo, dijo en alta voz:

—¡Atad ese niño á aquel árbol; y señaló una encina que había en el extremo opuesto de la plaza.

—¿Para qué? gritó Guillermo estrechando á su hijo.

—Para probarte que entre mis arqueros hay alguno, que sin tener tu

reputación sabe también dirigir una flecha.

Guillermo abrió la boca como si no comprendiese, aunque la palidez de su cara, y las gotas de sudor que le corrían por la frente, indicasen que lo había entendido perfectamente.

Gnessler hizo una seña, y los soldados se acercaron.

—¿Quieres que mi hijo sirva de blanco, para probar la destreza de tus soldados? ¡Oh! no lo pruebas, gobernador, Dios no lo permitirá.

—Luego lo veremos, respondió Gnessler, y repitió la orden.

Los ojos de Guillermo se inflamaron como los de un león; miró si podía escaparse, pero estaba rodeado por todas partes.

—¡Verdugos! ¡Verdugos! ¡Verdugos! gritó Guillermo rechinando los dientes.

—Vamos, acabemos, dijo Gnessler.

Los soldados se le arrojaron encima y le arrancaron el niño; Guillermo se echó de rodillas á los pies de Gnessler y juntando las manos, decía:

—Monseñor, yo soy el que os he ofendido, castigadme á mí, monseñor, castigadme, matadme á mis queridos; pero desahogad ese niño á su madre.

—Yo no quiero que te maten, gritaba el niño debatiéndose en brazos de los arqueros.

—Monseñor, mi mujer y mis hijos saldrán de Helvecia, y os dejarán, cusa, tierras y ganados, se irán á mendigar de pueblo en pueblo y de casa en casa; pero por el amor de Dios, dejad libre á mi hijo.

—Un medio teneas para salvarlo, Guillermo, dijo Gnessler.

—¿Cuál est preguntó el angustiado padre; ¿Cuál est decidido, decidlo luego, y si lo que me pedís está al alcance humano, yo lo haré.

—No te pedirá cosa alguna que tú no seas capaz de hacer, según es fama. Hace poco que ha dicho alguno, que tu destreza en el tiro es tal, que á ciento cincuenta pasos de distancia quitarías una manzana de la cabeza de tu hijo, sin causarle lesión alguna.

—Maldita debe ser la voz que tal dijo. Yo creí que nadie la había oído mas que Dios y yo.

—Pues bien: Guillermo, continuó Gnessler, si quieres darme esa prueba de habilidad, yo te perdono por no haberte descubierto ante el sombrero en contravención de mis órdenes.

—Esto es imposible, caballero, es imposible, esto sería tentar á Dios.

—Entonces voy á buscar algun arquero que tenga menos miedo que tú.

Atad al niño.

—Esperad, monseñor, pues aunque sea una cosa bien terrible, bien cruel, bien infame, lo reflexionaré.

—Cinco minutos te quedan.

—A lo menos, entretanto, volvedme á mi hijo.

—Saltad á ese muchacho.

—Saltaronle, y fuese corriendo hacía su padre.

—¿Conque nos han perdonado, no es verdad, padre? y la pobre criatura se enjugaba los ojos con sus manos, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¿Cómo perdonado? ¡Sabes tú lo que quieren ahora! ¡Oh! Dios mío! ¿Cómo es posible que ese hombre haya concebido tal pensamiento! Ahora quieren. . . quieren hijo, mío, que á ciento cincuenta pasos te quite una manzana de la cabeza con una flecha.

—¿Y por qué no lo haces? preguntó el niño sencillamente.

—¿Por qué? ¡y si no acertas! y si la flecha te toca?

¡Oh! ya sabes tú que no hay que temer, respondió el niño sonriéndose.

—Guillermo, gritó Gnessler.

—Aguardaos, monseñor; esperad un poco, que aun no han pasado los cinco minutos.

—Te engañas, porque el tiempo ha pasado ya. Vamos, decidle.

El niño animó á su padre con una seña.

—Bueno, pues, esclamó Guillermo á media voz. . . ¡Oh, no, nunca, nunca!

—Volved á coger el niño, dijo Gnessler á los soldados.

—Ya quiere mi padre, ya quiere; y escapándose de los brazos de su padre, dirigióse corriendo al árbol.

Guillermo se quedó anonadado, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Dadle un arco y flechas, dijo Gnessler.

—Yo no soy arquero, respondió Guillermo saliendo de su entorpecimiento; yo no soy arquero sino balcetero.

—Es verdad, es verdad, gritó la gente.

Gnessler se volvió entonces á los soldados que habian detenido á Guillermo, como para preguntar les alguna cosa.

—Si, sí, dijeron ellos, traia balles-ta y flechas.

—Y en dónde están!

—Se las hemos quitado al prenderlo.

—Volváse las, pues.—Y así se hizo.

—Ahora, traed una manzana, añadió Gnessler. Y habiéndole presentado un cesto lleno escogió una.

—¡Oh! esa no, gritó Guillermo, esa no, á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podría verla. No tenéis piedad si la escogéis tan pequeña.

Dejóla Gnessler, y tomó otra un poca mas gruesa.

—Vamos, Guillermo, no quiero que te quejes, díjole el batlo, ¿qué te parece de ésta?

Guillermo la tomó, miróla suspirando y la devolvió.

—Vamos, estamos convencidos; ahora midámos la distancia.

—Un momento, un momento gritó Guillermo, la distancia debe ser real monseñor, y los pasos de dos pies y medio nada mas, esta es la medida en los tiros y desafíos; ¡no es verdad, señores arqueros?

—Sea como tu quieras, y se contaron ciento cincuenta pasos de dos pies y medio.

Guillermo, siguiendo al medidor, midió el mismo tres veces la distancia, y viendo que se habia hecho lealmen-

te, volvióse al sitio donde tenia la balles-ta.

—Nada mas que una flecha, gritó Gnessler.

—Dejadme la escoger al menos, porque no es cosa de poca importancia la elección de la flecha, ¡no es verdad, señores arqueros, que las hay que tuercen el camino, ya porque el hierro es muy pesado, ya porque el variado tiene algun nudo, ya porque han sido mal emplumadas!

—Es cierto, dijeron los arqueros.

—Bueno, pues escógela repuso Gnessler; pero no tomes mas que una.

—¡Si, si, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, nada mas que una!

Guillermo examinó las flechas con el mas prolijo cuidado, tomólas y las dejó una tras otras, probólas en la bodega para ver si entraban bien en el encaje, pasó las en equilibrio sobre un dedo para ver si el hierro pesaba sobradamente para ver si cuando hubo hallado una que reunia todas las cualidades necesarias, aun siguió buscándola, solo con el objeto de ganar tiempo.

—¡Y bien, que hacemos! dijo Gnessler con impaciencia.

—Dejadme el tiempo de rogar á Dios, dijo Guillermo.

(Continuará.)

COMIDA

IMPROVISADA.

(CONCLUYE.)

Prótese la frente Gustavo para buscar una idea que le saque del aprieto: la costurera demuestra un miedo cervical al oír la voz de aquel con el que tiene visos de ser un Hércules muy

colérico, y Oliver apura muchos vasos de Champagne para refrescar las ideas.

—Par diez, no hay mas que esto medio, dice Gustavo, despojándose alternativamente del frac, chaleco y corbata. . . .

—Dios mio! . . . ¿qué va usted á hacer? gritan las muchachas tapándose los ojos.

—Voy á meterme en la cama.

—Que horror, ¡va usted á meterse en la cama delante de nosotras! . . .

—Es un caso urgente, señortas, y no deben ustedes reparar en una cosa tan insignificante. Por otra parte, me acostaré con los pantalones puestos.

—Mas cuál es tu proyecto? . . . dice Oliver.

—Estoy enfermo de mucho peligro, y tú me sirves de enfermero. . .

—Buena idea! lo comprendo perfectamente. . . pero. . . y estas señoras?

—Es necesario ocultarlas; no hay remedio.

—Y en dónde? . . . ¡ah! . . . va me ocurre! . . . pídenle caber perfectamente en este cuartito que sirve para tener la ropa.

—Yo iré con mucho gusto, dice Rosita.

—Dios mio!

Escóndense, pues, las dos mugerzuelas. Oliver despeja la sala del festin lo mejor que puede, de los residuos de la franceschala, y mientras que se encasquetea Gustavo hasta los ojos un gorro de dormir, y se arropa con la manta casi completamente, se reviste aquel de una fecha sentimental y compungida, y va á abrir la puerta.

—¡Cien escudrones! . . . descúntas mil cartucheras, voy á ochar la puerta abajo.

—Voy á abrir, voy á abrir; señor de Soppelano.

—¡Conque se resuelve usted por fin! . . . hace usted bien. . . cien cañones, tenerle á uno aquí tanto tiempo. . .

—Señor D. Jesus, dice Oliver

abriendo la puerta, era usted muy dueño de marcharse.

¡Ah! esperaba usted que yo me marchara! mil bombas. . . cao es lo que usted quería. . . pero habiéndome dado á conocer, me parece que. . .

—Por esto mismo no habria, caballero.

—¡Ah! ¿se atreva usted?

—Si, señor. . . para. . .

—¿Para qué?

—Para guardar cierto miramiento con la paternal ternura de usted.

—¡Mi ternura! . . . ¡já, já, cien escudrones, á mi no se me comulga con ruedas de molino. . . al diablo con esa palabrería! . . . ¿dónde está mi sobrino! . . .

—Silencio, señor de Soppelano! . . .

—¿Que diantre quiere usted decirme?

—¡Chitón! por favor!

—¡Mil fusiles! . . . veamos á mi sobrino. . . pronto. . .

—Va usted á verlo inmediatamente, coronel; pero no meta usted esa bula infernal, y venga de puntillas detrás de mí.

—¡Ah! se burla usted, ¡cien escudrones!

—Oh! no tengo ganas de reír; ese intelect Gustavo. . . allí se habla, coronel. . . pero ¡en qué estado gra n Dios!

Acércase el coronel con precaucion á la cama de su sobrino, el cual durante el dialogo anterior, se habia fro-tado la cara con ligos secos poniéndola amarilla y terrorosa. Examinado con asombro el coronel, y Oliver vuelve el rostro á otro lado, porque le da fuertes ganas de reír el cuartito, y desfigurado semblante de su amigo. —¿Qué es, pues, lo que tiene? dice por último el coronel Soppelano, examinando á Gustavo con aire incrédulo.

—¡Ah! coronel. . . ¡una fiebre celebrall.

—¿Pero desde cuando la padece?

—Desde ayer.

—¡Ah! desde ayer. . . y sin zuda para curar la calentura ha ido usted esta mañana disfrazado de inglés á petardear al dueño de un almacen de vinos.

—El medio ha sido bastante fuerte;

pero hallándose tan malo Gustavo. . .

—¡Mil lanzas! . . . no se cura la calentura con Champagne!

—Seguramente; pero ese vino lo he tomado para fortalecer mis fuerzas á fin de poder velar á su sobrino de usted sin desfallecerme.

—Y para adquirirlo deja usted en prenda á su criado?

—No teniamos otra hipoteca.

—Eaponer á este pobre mezo á ser encañelado, ¡voto á cien caballos! . . .

—Coronel, Patroelo se hizo matar por Aquiles; Polux está muerto la mitad del año por su hermano Castor; Orfeo bajó á los infernos en busca de su muger; Telémaco hizo la misma caminata para encontrar á su padre; San Vicente Paul se hizo cnviar á galeras por unas gentes que no merecian la pena; y Benito puede dormir en su amo.

—Aquí no se trata de Orfeo ni de Castor, ni de toda esa gente; se trata de mi sobrino, que, gracias á usted, no hace mas que disparates.

—Creo que usted me biongen.

—¡Ha perdido el habla!

—Es que se halla en un sopor momentáneo, efecto del accion que acaba de tener.

—Y qué demonios tiene en la cara?

—Los bultos que ha levantado la calentura.

—Ha llamado usted al médico!

—Todavía no.

—¿Cómo? . . . ¡estando su amigo malo de peligro! . . .

—Es que no tenemos dinero para comprar los medicamentos que receta el doctor.

—¿Qué conducta! . . . sin dinero para vivir. . .

—Coronel, ese es perenne que experimentan hombres honradísimos.

—Mas usted que tiene un empleo. . . Pero tráiganos usted un médico al instante.

—Un médico. . . ¿para qué?

—¡Cien escudrones! . . . ¡es singular la pregunta! Quiero saber que enfermedad es esta. . . en todo caso

no lo dejaré aquí seguramente. ¡Mil bombas! ¡Qué desorden! ¡vestidos por el suelo! ¡platos debajo de la mesa! . . .

—Es que tengo un gato, coronel. . .

—¡Varios tapones! . . . ¡Ah! . . . ¡ah! . . . ¡ha puesto usted tambien para su gato debajo de la mesa aquella bolsa de muger!

—¡Cáspita! . . . Gracias á Dios que el encuentro al fin: es la bolsa de lamozuela que me hace la cama; esta mañana la anduve buscando mas de dos horas por el cuartito sin poderla hallarla, y la pobreçilla Frasquita creia haberla perdido en la calle.

—¡Holat! ¡conque la muger que le hace á usted la cama gasta bolsa de tanto lujo?

—¿Qué tiene eso de particular! . . . todas las mugeres los llevan así. . . es cosa que se ha hecho muy comun.

—Está bien; pero no pierda usted tiempo; tráigame usted un médico. . . . yo le aguardo al lado de mi sobrino.

—No tiene usted por qué incomodarse: está durmiendo el enfermo, y puede usted venir conmigo. . . así encontraremos al médico con mas prontitud.

—Haga usted lo que le digo. ¡Mil caballos! . . . Aquí me quedo. . . voy á probarle que soy hombre testarudo.

El coronel se enfadaba de veras, y no habia medio de hacerle cambiar de resolucion.

—Pardiez, hijo para sí Oliver; Gustavo y las dos mocitas saldrán del atoladero como Dios les dé á entender; yo he hecho cuanto podia hacerse, y me pongo en salvo.

No quedó Gustavo á sus anchas. Durante el dialogo de su tio con Oliver, habia estado á pique de saltar muchas veces la carejada; pero se contuvo esperando que este saliese.

Cuando vió marchar á Oliver, y sentido á su tio en medio del aposento, perdió el ánimo y estuvo tentado á ochar al aire sábanas y mantas; pero se estuvo quieto por un resto de esperanza. La situacion se prolongaba demasiado, y temiendo que las moze-

las hicieron algun ruido, se decidí á elegir un término medio para distraer la atención del coronel. Da un tremendo suspiro y al oírlo Soplano esclama:

—¡Ah! ¡ah! ¡con qué has despertado ya!

—¿Cómo? . . . se halla usted aquí, mi querido tío!

—Sí, . . . me parece que no me esperaba. . . y á la verdad no hubiera venido si Benito no me hubiese dado las señas.

—¡Ah! . . . con que . . . Benito. . . le ha dicho á usted. . .

—Después de haberle dado veinte palos en premio de su silencio. . . y de ofrecerle otros veinte. . .

—¡Pobre Benito! . . . desde que me sirve, el salario de los palos es el único que ha recibido.

—Creo que ya no deliras, Gustavo.

—Me siento mejor. . . y mañana tendré el placer de ir á casa de usted. . . si me ayudan las fuerzas.

—No, sobrino: ahora vendrás conmigo, sea á pie ó en coche. . . no quiero ser el juguete de tu fiebre. . . ¡Pero qué ruido es ese!

—Nada. . . no es nada: el doguillo de Oliver.

—¡Mi cartuchera! ¡un gajo! ¡un doguillo! ¡Entonces vuestra casa es el arca de Noé!

—Oliver quiere mucho á los animales.

—Pero ¡mil bombas! el doguillo no habla, y yo oigo cuchichear detrás de esa puerta. ¡Cien cabos!

Acércase el coronel al cuartito, y Gustavo se incorpora para inspeccionar el piso, sin tener en cuenta que al destaparse enteramente mostraría los pantalones, vélos el coronel, y ya no duda de que ha sido juguete de una nueva calaverata; quiere entrecas de todas las circunstancias que le acompañan; corre al cuartito, y á pesar de las suplicas del sobrino, se abalanza á abrirle; pero está echado el cerrojo por dentro y no hay medio de penetrar en él.

—¡Hola, hola, gritó el coronel. . . parece que la moza que hace la cama á Oliver busca ahí dentro su bolsal!

—¡Á . . . ¡Á . . . Pero voto á Santiago! me quedaré aquí aunque sea hasta mañana, y conseré á esa Fragañita. . . ¡Mil bombas! . . . no saldrá sin que yo la eche la vista encima.

Tal amenaza estremeció á las prisioneras: estaba la costurera determinada á salir; pero Rosita que temblaba al coronel, contuvo á su compañera haciéndola un retrato horrendo de aquel hombre que en otro tiempo le había dado un puntapié por haberla encontrado hablando con su sobrino. Por otra parte la costurera tenía vergüenza de ser hallada en el escondrijo; así es que la una y la otra permanecían sin dar muestras de querer salir. Con todo, su situación era horrorosa y no debía ni podía prolongarse: se hallaban sumamente incomodadas, y Gustavo que lo adivinaba, se sacrificó por ellas generosamente.

Levántase, y poniéndose en un momento el frac, chaleco y corbata, dice á su tío que está dispuesto á seguirle.

—¡Cien fusiles! . . . ¡mil casacas! . . . ¡tantos! . . . pronto has sanado de tu fiebre!

—Ya vé usted, querido tío, que arrostró su cólera; pero le suplico encarecidamente que respete el pudor de las virtuosas é interesantes señoritas, á la verdad bien inocentes, que no deben estar muy diversidas en ese cuartito: ruego á usted con encarecimiento por ellas y me atrevo á esperar que vos ítemos sin variar.

—Por Dios, debiera suministrar un par de tandas de bayetas á esas señoritas virtuosas que se esconden en la casa de los calaveras; pero dejémoslas salir, y vámonos; si bien to asegurado que será esta la última comida que improvisé á espensa de mi bolsillo, para tan modestas é inocentes maripositas.

VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

—Eso también!

—Ya que no he podido hallar piedad en los hombres, á lo menos pediré misericordia á Dios. Esto no se niega ni aun á los que suben al cadalso.

—Ea, pues, reza.

Arrodillóse Guillermo, y pareció absorto en un oracion, en tanto ataban el niño al árbol quisierónle vendar los ojos, pero él lo rehúsó.

—¿Cómo, dijo Guillermo, interrumpiendo su plegaria, no le vendáis los ojos!

—Dice que quiere veros, gritaron los arqueros.

—¿Y no quiero, exclamó Guillermo, yo no quiero, no tiro, porque puedo hacer algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataría á mi hijo. Walter, dejad vendar los ojos, mirate lo pido de rodillas.

—Que me los venden, respondió el niño.

—Gracias, repuso Guillermo, enjugándose la frente, gracias, eres un buen muchacho.

—¡Animo, gritó Walter, ánimo, padre.

—Sí, sí, respondió éste, doblando una rodilla y armando la ballesta. Monseñor, dijo volviéndose á Guesler, aun es tiempo, evítadme un crimen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto lo habeis hecho para castigarme, para probarme, y que ahora que veis cuánto he sufrido, me perdonais. ¡No es así, monseñor! En nombre del cielo, en nombre de la Virgen ¡gracia! ¡perdon!

—Vamos, pronto, dijo el gobernador y no me cases mas. ¡No eres buen cazador? pues danos una muestra de tu destreza.

—¡Dios miol tened piedad de mí, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo.

Entonces cogiendo la ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó ligeramente el extremo delantero del arma, y cuando llegó á la altura regular, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja en el árbol agitada por el viento, se quedó inmóvil, cual una estatua de mármol. No se oía un soplo, las respiraciones se habían suspendido, y todos los ojos estaban fijos. Salíó el tiro y resonó un grito general de alegría; la manzana estaba clavada á la encima, y el niño sin lesion alguna.

Guillermo quiso levantarse, pero vaciló, dejó caer la ballesta y dió consigo en tierra.

Cuando Guillermo volvió en sí, hallábase en brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volvióse al

bañillo cuyos ojos brillaban de cólera.

—He hecho lo que queriais! preguntó Guillermo.

—Si, respondió Guesler, eres un valiente arquero, y se perdono como te prometí, tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar entre los dos.

Ta socorriete á Gerardo de Baumgarten que es homicida y asesino, y debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en su derredor como si hubiese perdido el juicio. Arrojados, llevad ese hombre á la cárcel, pues para castigar el asesinato y la traición, se necesita un proceso en forma.

—Oh! bien debe haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo, y se dejó contactar al calabozo.

El niño Walter fué devuelto á su madre.

IV.

La noticia de lo que acababa de suceder, se divulgó en seguida, por todos los pueblos de las cercanías, y cuando grande fué la resonancia, Guillermo era querido de todos, porque la dulzura de su carácter, sus virtudes domésticas y su desinterés proceder en los agenos infortunios, le habían granjeado la estimación y aprecio de pobres y ricos. Su extraordinaria destreza le valía una sencilla admiración, por la cual se le miraba como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos, agitados á afligirse con el fruto de su habilidad y á defenderse con la propia fuerza, cuyas dos cualidades son las que más distinguen al hombre y las que le elevan al rango de semidios. Heróles, Teseo, Castor y Polux, no tuvieron otra escuela para llevar al cielo.

A la media noche dieron cuenta á Guesler, de que estaba próxima á cesar

allar una rebelion Guesler pensó que el mejor medio de frustrarla, era sacar del distrito de Uri á Guillermo, y conducirlo á una ciudadela de los duques de Austria, situada al pié del monte Righi, entre Kussach y Wegris, y creyendo que el viaje seria mas seguro embarcándose que no por tierra, mandó preparar una barca, y una hora antes de amanecer, mandó conducir á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros formaban toda la tripulación.

Cuando Guesler llegó á Huelien, lugar del embarque, encontró ya cumplidos sus ordenes, Guillermo atado de pies y manos, estaba echado en el fondo del barco; junto á él, y como prueba de convicción, estaba el arma terrible que como instrumento de su sin igual destreza, despertara tantos temores en el corazón del baidia. Los arqueros sentados en los últimos bancos le custodiaban; dos marineros cerca del pequeño mastil estaban prontos á izár, y el que hacia de piloto, esperaba en la orilla que llegase el gobernador.

—Tendremos buen viento? preguntó Guesler.

—Por ahora se presenta favorable.

—Y el cielo?

—Nos promete un día magnifico.

—Parámos, pues, sin perder tiempo.

—En seguida.

Guesler tomó asiento en la popa del barco, los marineros desplegaron la vela, y el barco empezó á deslizarse por el campo del lago, tranquilo y ligero cual un cisne.

El gobernador aumentóse en reflexiones, los soldados respiraban un silencioso orgullo, y los marineros, obedeciendo con repugnancia, ejecutaban tristemente los menudos que les dictaba el piloto. De repente cruzó el aparato una luz misteriosa, que descendiendo del cielo pareciera precipitarse en el lago. Los dos marineros se miraron uno á otro, y el piloto, que llevaba el timon se santiguó devotamente.

—¿Qué es eso, patron? preguntó Guesler.

—Nada, por ahora nada; pero hay quien cree que una estrella que cae del cielo, es un aviso que nos dá el alma de una persona que nos fué querida.

—Y ese aviso es de buen agüero?

—Jum! El cielo comunmente, no suele darnos presagios felices, porque la felicidad es siempre bien acogida.

—¿Conque esa estrella es un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando acontece tal cosa al tiempo de embarcarse, vale mas quedarse en tierra.

—Si, pero cuando es muy urgente continuar la ruta...

—En tal caso no hay mas que hacer, sino confiar en la paz de la conciencia, y poner la vida en manos de Dios.

A estas palabras sucedió un profundo silencio, y la barca siguió volando por el lago como si tuviese las alas de una ave acuática. Al cabo de poco tiempo, mostróse evidente el cambio de la atmósfera: á medida que se acercaba la mañana pallidecia las estrellas, no en medio de una luz mas clara como suelen de costumbre, sino como si una mano invisible hubiera tirado por cima de ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Poco antes de la aurora, calmó el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitase la menor brisa, se removió como si fuese á hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.

Los dos marineros se pusieron á maniobrar; pero antes de cumplir el órden del piloto, se adelantaron algunas pequeñas olas coronadas de espumas, que llegando rápidamente de Brunnen, parecían salir al encuentro de la barca.

—¡El viento! ¡el viento! gritó el piloto, arriad en bando.

Pero fuese por la torpeza de los marineros, ó bien que algun nudo mal hecho impidiese la ejecucion de la ma-

niobra, el viento estaba sobre la embarcacion, antes de estar arriadas las velas. Sorprendida la navecilla, tembló como un caballo que siente rugir á un leon, luego así tambien como un caballo, pareció escabritarse, hasta que volviéndose por sí misma, como si quisiera esquivar las fuerzas de tan terrible enemigo, presentó el flanco á su contrario. La vela que poco antes estaba incierta, se hinchó como si quisiese abrirse, y poco falló para que la barca zozobrase. En tan critico momento el piloto cortó con su cuchillo el cordaje que sustentaba la vela, que flotó un momento como un pabellon izado en la punta de un mastil; y rompiendo por ultimo todo estorbo, echóse á volar como un pájaro sobre las ráfagas del viento, y la barca se levantó tranquilamente reobrando su equilibrio. Entonces empezó á rayar el día.

—¡Camarada! dijo Guesler, el presagio no menta, y en verdad que se ha cumplido pronto.

—Si, sí, la boca de Dios no miente como la de los hombres.

—¿Crees que no habrá mas que esa horrasquilla, ó pensais que ese golpe de viento es solamente el precursor de una tempestad mas terrible?

—A veces sucede que los espiritus del aire y de las aguas, aprovechan la ausencia del sol para dar estas fiestas sin el permiso del Señor, y en tales casos al rayar el día, callan y se apagan los vientos y se van á donde huyen las nieblas. Pero por lo común, es la voz de Dios la que hace soplar á las tempestades, y es preciso que se cumpla su voluntad por entero.

—Mas tú no debes olvidar que tu vida corre tanto riesgo como la mia.

—Si, monseñor, ya sé que todos somos iguales ante la muerte, pero Dios es Omnipotente y salva ó castiga á los que quiere salvar ó castigar. El fué el que dijo al apóstol que anduviese por las olas, y el apóstol mismo como por la tierra: ese mismo prisionero que llevas tan agarrado

está mas seguro de su salvacion si está en gracia del Señor, que cualquier hombre libre maldito por el cielo. Roma un poco Frantz, roma un poco, para que podamos presentar la proa al viento; porque segun veo aun no estamos libres. Ya vuelve, ya vuelve!

En efecto, levantábanse olas mas grandes y espumosas que las primeras, y aunque la barca hula el cuerpo al viento que venia detras de ellas, hizo saltar sin embargo la misma que aquellas piedrecillas que los muchachos hacen correr por la superficie del agua.

—Si el viento nos es contrario para ir á Brunnea, lo tendremos favorable para volvernos á Alorf, dijo Guesler comprendiendo ya el riesgo que corría.

—Si, sí, ya lo he pensado, respondió el piloto; y por eso he mirado tantas veces por ese lado. Mirad el tiempo, monseñor; esas nubes que vienen del San Gotardo, y siguen el curso de Reusa, traen un viento contrario al que levanta esas olas, y antes de pocos minutos chocarán uno contra otro.

—Y entonces?
—Entonces será preciso que Dios piense en nosotros, ó que nosotros pensemos en Dios.

Poco tardó en cumplirse la profecía del piloto, y los dos vientos se encontraron: lució un relámpago, y el estampido del trueno dio la señal del combate. Tampoco tardó el lago en tomar parte en la revuelta de los elementos; sus olas impetivas y repelidas por vientos contrarios se hinchaban como si las hiciese hervir un volcán submarino, y llevaban la barquilla como si no pasase mas que un copo de espuma de los que ellas hacían.

—Estamos perdidos, gritó el piloto; los que no están ocupados en la manobra, que se encomienden á Dios. Diciendo esto, rompióse en el arquibuelo una ola furiosa que le cubrió y dejó un palmo de agua en él.

—Agua fuera, señores arqueros, gritó el piloto, pronto, pronto, que

otra ola nos hará ir á fondo. Aunque la muerte es segura, bueno es que luchemos contra ella.

—Ah! no veis ningún medio para salvarnos! no te queda ya esperanza? dijo Guesler.

—La esperanza nunca falta, monseñor, porque la misericordia divina vale mas que todo el poder del hombre.

—¿Cómo tomaste sobre tí semejante responsabilidad, no sabes mejor tu oficio, gran pícaro?

—En cuanto á mi oficio, monseñor, hace cuarenta años que lo ejerzo, y acaso no hay en toda Helvecia mas que un piloto mejor que yo.

—Entonces, por qué diablos no estás aquí para ocupar tu lugar! . . .

—Ahí está, monseñor, dijo el piloto.

Guesler le miró con la mayor extrañeza.

—Mandad que desaten á ese prisionero, pues si un hombre puede salvarnos la vida en este trance, sin duda alguna es él.

Guesler hizo un gesto de consentimiento, y una ligera sonrisa de triunfo pasó por los labios de Guillermo.

—Has oido! le dijo el viejo marinero, en tanto que con un cuchillo le cortaba las ataduras.

Guillermo manifestó que sí, alargó los brazos como quien recobra la libertad; y fué á sentarse junto al timon donde estaba el piloto, que dispuso á obedecer; se reunió á los otros dos marineros.

—¿Tienes otra vela, Rudenz? preguntó Tell.

—Sí, ¡pero de que nos puede servir ahora!

—Si la tienes, sácala para izarla en seguida.

Rudenz le miró con la mayor extrañeza.

—Vosotros al remo, continuó Guillermo volviéndose á los marineros, y cuando yo os lo diga, remad. Al mismo tiempo empujó el timon, y sorprendida la barca por aquella manio-

bra, vaciló un momento, y luego como un caballo que reconoce la maestría de su jinete, dió una rápida vuelta. Remad, gritó Guillermo á los marineros; y encorbándose éstos sobre los remos, hicieron seguir al barco la direccion tomada, á pesar de las olas.

—¡Bien! ¡bien! murmuró el viejo Rudenz, ya ha reconocido á su amo, y le obedece.

—Es decir, que ya estamos salvos, exclamó Guesler.

—¡Jum! ¡jum! respondió Rudenz fijando los ojos en los de Tell, todavía no, pero á lo menos estamos en buen camino, porque ya adriño lo que Guillermo quiere hacer. Esto es, ¡Guillermo! tienes razon. Entre los dos montañas de la orilla derecha debe haber una corriente de aire, que si llegamos á cogerla nos pondrá á la otra parte en diez minutos. Has acertado; porque sería la primera vez que hubiese una tempestad así en el lago, sin que tomase su parte el viento de Oeste; ahí lo tienes, ya silba como si fuese el rey del lago.

Guillermo se volvió en efecto hacia el punto que el viejo señalaba, en donde un valle separaba dos montes, saliendo por la calzada una corriente de aire que soplabá con violencia y formaba una especie de camino por el lago. Entró en aquella senda líquida el barco, y volviendo la popa al viento, paróronse los remos, y los marineros se dispusieron á izár. Desplegada que estuvo la vela, la barca comenzó á virar con rapidez hacia la base del Axemberg.

Al cabo de dos minutos, así como había anunciado Rudenz y antes que Guesler y los soldados hubiesen vuelto de su atónita admiración, ya tocaban la orilla del lago. Entonces Tell mandó apriar la vela, y como si se bajase para amarrar alguna cuerda, pasó la mano izquierda en la ballesta, volvió con la derecha el timon, la barca viró en seguida, y Guillermo saltó en seguida como un gamo sobre una roca que salía á flor de agua, mientras

que cediendo la barca al impulso que le había dado su salto, se volvía hacia atrás. Con otro salto llegó Guillermo á tierra, y antes que Guesler ó sus arqueros hubiesen podido dar un grito, ya había desaparecido en el bosque.

Pasado la sorpresa que había causado la huida de Guillermo, el baido mandó desembarcar y hacer cosa fácil de hacer, pues con la ayuda de los remos llegaron pronto á la orilla, saltó á tierra un marinero, y amarrando una cadena, se verificó el desembarco sin desgracia alguna, á pesar de las olas aún embravecidas. En seguida fué enviado un soldado á Altof con orden de mandar caballos y gente á Brunnea, en donde Guesler pensaba detenerse.

Así que estuvo en el pueblo el gobernador, mandó pregonar á son de trompa, que se darían cincuenta marcos de plata al que entregase á Guillermo, quedando libre de impuestos él y sus hijos hasta la tercera generación, recompensa que prometió tambien por Conrado de Baumgarten.

(Continuará.)

VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

La vida política de Luis Felipe no pertenece á la civilización; pero su vida de aventuras y de viajes, presenta episodios que pueden entrar en nuestro cuadro episódico y literario. Sus viajes particularmente presentan la cuestión de revelar una de las leyendas más curiosas y menos conocidas de este siglo: la de la sabia finlandesa, la *Hija del Troll*.

Luis Felipe nació en Paris el 6 de Octubre de 1773; era hijo del duque de Orleans, á quien la primera república dió el nombre de *Igualdad*, sin

duda para cortarle mejor la cabeza. El niño tuvo por padrinos á Luis XVI y María Antonieta. Su primer preceptor fué el poeta Bouanar, por recomendacion de Buffon; pero cedió bien pronto el puesto á Mad. de Genlis, omnipotente entónces en la casa de Orleans. Aquella mujer hábil tenia un defecto jamense: carecía de sensibilidad y energía. No podía, pues, hacer una crítica mas sangrienta de su discípulo, que diciendo que lo formaba á su semejanza. Bien sabido es el papel que Felipe Igualdad representó en la revolucion. Pagó con su muerte la de Luis XVI votada por él. ¡Plegue á Dios que esta expiación haya dejado satisfecho su justicial. . . Su hijo primogénito, duque de Chartes, participó al principio de las ilusiones paternales. Siguió el club de los picobinos, y prestó el juramento cívico en San Roque. Lo mejor que hizo entónces fue salvar en Vendôme á un hombre que se ahogaba. Por esta accion recibió una corona de que envió algunas hojas á madame Genlis. Nombrado por Dumouriez mariscal de campo, con su hermano Montpensier por ayudante, combatió por la Francia contra la Europa en Quivrain, Jenmapes, Valmy, Massirich y Nerwinda. Al contar estos hechos de armas en todos los tomos se ha olvidado que concluyeron por la fuga del jóven mariscal al campamento austriaco en compañía de Dumouriez. Aquí es donde comienza para Luis Felipe duque de Orleans por muerte de su padre, una vida realmente maravillosa, de valor, de sufrimiento y de habilidad. Los novelistas no inventarían un prólogo mas dramático para las grandezas que aguardaban al príncipe en su edad madura. Solo, proscripito, sin dinero, sin apoyo y al rincón, comenzó á correr el mundo. Para poder subsistir se hizo profesor en un colegio en Reichman, y allí se distinguió por esa facilidad de elocucion que no le abandonó jamas. Es pulsado por el esplendor de su nom-

bre de un refugio todavia demasiado elevado, anduvo errante, de destierro en destierro, por la Suiza, Alemania, Dinamarca, la Noruega y la Finlandia. En este último país le esperaba la asombrosa y profética aventura que vamos á referir.

LA HIJA DE TROLL.

Era á fines de Marzo de 1795. Los últimos dias del invierno concluian con un rigor inusitado. El cielo estaba poblado y borrascoso, el frío era muy intenso, y un viento glacial volaba con furia por entre los abetos despojados de sus hojas: todo en la naturaleza se presentaba lúgubre y amenazador, y hombres y animales huían aterrorizados hacia sus moradas subterráneas.

De repente, víéronse aparecer en la llanura de Karesuando, tres trineos que parecian dirigirse á la ventura, porque la nieve habia cubierto enteramente los caminos y borrado hasta los vestigios de toda habitacion humana. Los caballos se caian rendidos de cansancio y sus conductores procuraban en vano reanimarlos con sus enronquecidas voces y el chasquido de los falgos.

— Maldito país, monseñor, estamos perdidos. . . . reconfutaba uno de los personajes que iban en el segundo trineo.

— Calla, Francisco, le contestó el que habia llamado monseñor, infórmate mas bien de si hay alguna habitacion por estas inmediaciones en que podamos refugiarnos.

El cochero interpellado se caló el gorro hasta las orejas inclinandole un poco hacia la izquierda, se limpió la nariz con la manga segun costumbre, tomó su caballo del hocico, y despues de todos estos preparativos, contestó con el tono de una perfecta tranquilidad.

— No, no hay en estas inmediaciones ninguna habitacion en donde poder refugiarse.

Esta triste noticia difundió la consternacion entre los viajeros. ¡Nos hallamos perdidos! ¡estamos perdidos! exclamaron todos con el acento de la desesperacion.

Mas he aquí que aparece á lo lejos un espectro cuyos ojos brillan como dos ascuas, y cuya velluda mano hace señas á los extranjeros para que se dirijan hacia aquel lado. Sin duda era uno de aquellos enanos tan famosos en las zonas del Norte que atraian á sus cavernas á los viajeros estraviados para sacrificarlos á las sombrías potestades.

— Francisco! . . . dijo el mas jóven arrojándose de su trineo; ya vos que alla bajo nos hacen señas con la mano, es preciso ir.

— Por Dios, monseñor, no deis un paso mas; este es el fin del mundo; esa seña que nos llama, es la seña del diablo, la seña del infierno.

El jóven se detuvo; el sitio efectivamente era de un aspecto lúgubre y hacia vacilar para pasar mas adelante. Sin embargo, cobró brío y dió un paso de derecho delante de él, y despues, hundiéndose de repente en la nieve, dejó ver á los viajeros una habitacion subterránea. Aquello no era enteramente nuevo para ellos; ya habian encontrado en Tornea y Munioiska aquellas profundas cuevas, cuya puerta era tan baja, que para entrar habia que ponerse á gatas. Pero la que entónces se presentaba á su vista, se asemejava mas bien á la madriguera de un conejo que á un refugio humano.

— ¿Qué partido tomaré? . . . Y si fuese una caverna de bandulos que me han atraído á ella para asesinarle.

Así pensaba el jóven viajero, y ya se preparaba á llamar á los demas compañeros, cuando desde el fondo de la cueva, una voz de mujer dulce y pura pronunció de repente estas palabras:

— Ciudadano, Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Mr. Francisco Esteban Colia. Gui-

llemos, ayuda de cámara de S. A. R. el duque de Orleans, se arrojó en la nieve, y abrazando las piernas de su amo: — ¡Ah! monseñor, todavia no me habeis reprendido bastante, dijo, para no creer ni en Dios ni en el diablo; ahora lo veo, es preciso venir á este mundo de los espíritus para conocer bien lo que son. No es el demonio el que acaba de pronunciar vuestro nombre.

El príncipe se inclinaba hacia la caverna, como para escuchar la voz que habia resonado en sus oídos.

La misma voz volvió á repetir:

— Monseñor, duque Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Esta segunda invitacion hizo dar un salto á los dos viajeros.

— Pues bien, entremos, dijo el príncipe; es necesario que yo sepa qué boca es esa que habla con tanta pureza nuestra lengua, en este país desconocido; es necesario que vea á esa mujer que parece tan familiarizada con los títulos de mi casa.

Y el duque de Orleans, seguido de Francisco, se deslizó por la subterránea caverna, la cual no tenia mas que cinco pies de alto y cerca de doce cuadrados. El pavimento le formaba una enorme piedra de granito, uno de sus extremos servia de lugar, y en él ardía un tronco de pino. Rovocando el humo por el viento que soplabá de la parte exterior, formaba como una nube tempestuosa, y llenaba la cueva de un vapor mezclado de llamas y de cenizas. Algunas veces parecia un respiradero del infierno: dos camas, un banco, una silla y una mesa, componian todo el mueblaje, que estaba muy limpio.

El duque no tenia mas anhelo que buscar con la vista al ser misterioso cuya voz y palabras le habian causado tanta impresion; pero no descubrió por entónces mas que el espectro que con la mano le habia indicado el camino. Era un anciano de unos setenta ó ochenta años, de mezquina apariencia, corta estatura, pero cuya ins-

pirala mirada, revelaba uno de los grandes trolls del Norte. Francisco le tomó por el diablo. A sus pies jugueteaba con fraternal concordia un gato y un oso.

Por única respuesta á las preguntas del duque, el anciano meneó la cabeza, pronunció algunas palabras que nadie comprendió, y salió de la caverna.

—Tuiska, mi padre, no es mas que un pobre habitante de Kivessuando; ruega humildemente á S. A. R. monseñor duque de Orleans, que tome posesion de esta choza, dijo entonces la dulce voz que tan graciosamente habia invitado á los extranjeros á buscar allí un asilo.

El duque se volvió con presteza hacia el lado de donde salia la voz, y se quedó sumamente sorprendido al descubrir con la claridad de la llama en una especie de alcoba, un joven blanco y pára, como jamás se le habia presentado en los suntuosos salones de las Tullerías, ó en las frescas alamedas de Versalles. Vestia un traje de lana de Finlandia con listas azules y encarnadas; sus cabellos castaños caían sobre sus hombros formando sedosos rizos, sus azules ojos eran muy brillantes, y en toda su persona habia un encanto de juventud indefinible.

El príncipe le saludó con el mismo respeto que lo hubiera hecho á una princesa de la sangre.

—Monseñor, proseguió ella siempre en francés; os aguardábamos ya hacia mucho tiempo. Ayer noche á las ocho y tres cuartos mi padre me dijo: voy á buscar á ese hombre extranjero, porque el timón de su trineo se le roto, sus caballos están muertos de cansancio, y la tempestad que amenaza pudiera serle fatal. Mi padre es un sábio que me decía lo que su Halia le inspira.

—Vuestro padre es un efecto un hombre bien extraordinario; pero lo que todavia me parece mas, es que sea vuestro padre.

—Toini no es la hija de Tuiska.

—Mi presentimiento me lo decía. Tan hermosa flor no podia haber nacido en este horrible desierto.

—Príncipe, no insulteis al desierto; las montañas solitarias y los silenciosos bosques tienen tambien sus encantos. ¿Sabéis que durante tres meses del año, podemos leer por la noche sin luz artificial? . . . Entonces no se oculta el sol en el seno de la tierra; la toca ligeramente como si la dierra un gaculo amoroso, y se eleva radiante sobre el horizonte. No cambiaríamos las auroras boreales de nuestros inviernos por vuestras pesadas nieblas de Diciembre. Conozco tambien vuestra Francia, monseñor, porque lo fué una en otro tiempo.

—Joven extraordinaria, decidme, ¿quien sois? . . .

—Y qué puede interesaros eso?

—Os lo suplico.

—Mi padre es el judío errante; ya ha pasado dos mil años, pero yo no he cumplido todavía tres siglos.

El duque miraba con atencion á la joven.

—¿Está en su juicio! . . . decía para sí mismo.

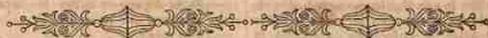
Pero acercándose á el Guillermo, le dijo: escuchad, príncipe mio; creo que obraríamos cuerdamente retrándonos cuanto antes de esta diabólica guarida.

—Te danceas . . . ¡he ahí á nuestro patrón que trae á nuestros compañeros!

En efecto, el anciano Tuiska entró en la caverna seguido del conde de Montjoye y de los otros dos viajeros que acompañaban al duque de Orleans.

Buenas tardes, querido conde, dijo el príncipe; me parece que no esperarías encontrarne ceca de una buena lumbre, conversando con una hechicera, con una hada, que habla el francés mejor que nosotros.

Mientras que el conde Montjoye referia sus aventuras, Toine sirvió la cena, que consistió en un pedazo de reyna, que ahumado, un pescado seco, y leche cocida. (Continuará)



VARIEDADES.



GUILLEMINO Y HALL.

(CONCLUYE.)

Al medio día llegaron los caballos, y Guesler sediento de venganza partió en seguida hacia Art, donde queria tambien tomar fuertes medidas contra los asesinos del gobernador de Schwann. A las tres salia ya de este pueblo, y siguiendo las orillas del lago de Zoug, llegó á Imensa, que atravesó sin detenerse ni un instante para seguir el camino de Küssnach. Estos sucesos que acabamos de referir ocurrieron un día frío y nebuloso del mes de Noviembre (el 19), y ya llegaba á su fin, cuando Guesler ansioso de llegar por la noche á la fortaleza, espoleaba su caballo, que aceleraba mas y mas su paso por el sinuoso camino de Küssnach. Por un momento detuvo un poco la marcha, llamó á su escudero que le seguía detras, pero un poco mas adelante que los soldados, y así anduvieron un buen trecho sin decir nada, hasta que volviéndose Guesler hacia él le miró como si hubiese querido leer en el fondo de su alma, y le dijo:

—Niklaus, ¿me eres bien afecto y fiel?

El escudero se estremeció.

—Respondecme! continuó Guesler, ¿quién es esto!

—Perdonad, monseñor; pero esperaba tan poco esa pregunta. . . .

—¿Qué, no sabes que respuesta dar; no es verdad! Bueno, pues, toma tiempo y reflexiona, porque quiero una respuesta bien meditada.

—No; os lo haré esperar, monseñor; salvos mis deberes con Dios y el emperador, estoy pronto á cumplir lo que gustéis mandarme.

—¿Estás pronto?

—Sí, monseñor. —Esta noche irás á Altorf, tomarás cuatro hombres, con los cuales debes ir á Burglen, y hasta llegar allí no les dirás lo que han de hacer.

—¿Y qué es lo que han de hacer, monseñor?

—Pender á la mujer de Guillermo y á sus cuatro hijos, y así que estén en tu poder, envíarlos á la fortaleza de Küssnac, en donde cataré yo ya. Una vez puestos allí. . . .

—Ya entiendo, monseñor.

—Fuerza será que Tell se presente por sí mismo, porque cada semana de retraso costará la vida á uno de sus hijos, y la última la de su mujer.

Aun no habia acabado Guesler de pronunciar la última palabra, cuando arrojando un alarido, saltando las bridas, y allegando los brazos, se cayó del caballo: el escudero echó pié á tierra para socorrerle; pero en vano, pues tenia el corazón pasado con una flecha.

—Era la que Guillermo se había acantado en el seno, en la plaza pública de Altorf, cuando hubo de tirar á la viznana puesta sobre la cabeza de su hijo.

En la noche del domingo al lunes de la siguiente semana, juntáronse en el Gruth los conjurados, porque la muerte de Guesler requería una reunión extraordinaria. Algunos de ellos opinaron que debía adelantarse el día de la libertad, entre los cuales se contaban Mechtal y Conrado de Baumgarten. Sin embargo, Walter Furst, y Werner Stauffacher se opusieron, diciendo que el caballero de Landenberg estaría sin duda prevenido, y precipitando la empresa se haría mucho mas azarosa, mientras que permaneciendo el país tranquilo á pesar de la muerte de Guesler, se atribuiría la desventura de éste á alguna venganza particular, y nadie se ocuparía mas que en buscar al homicida.

—Pero entretanto ¿qué será de Guillermo? exclamó Conrado, ¿que irá su familia? Guillermo me salvó la vida, y jamás se dirá que yo lo abandoné.

—Guillermo y su familia no corren riesgo alguno, dijo uno de los conjurados.

—En tal caso no tengo nada que decir, respondió Conrado.

Ahora continuemos nuestro plan. Si los ancianos me permiten hablar, dijo adelantándose un jóven del alto Unterwalden llamado Zagheli, propondré una cosa.

—¿Qué cosa es? preguntaron los ancianos.

—Que yo me encargue de sorprender y tomar el castillo de Rössbergh. —Y cuántos hombres necesitáis?

—Cuarenta.

—Olvidas que ese castillo es uno de las mas fortificadas de la comarca.

—Tengo medios para tomarlo.

—¿Cuáles son?

—No puedo decirlos.

—Estás seguro de hallar los cuarenta hombres que necesitas?

—Sí lo estoy.

—Entonces bien, admítanos tus ofrendimientos. Dicho esto Zagheli, volvió á confundirse con sus compañeros.

—Si se tiene confianza en mí, dijo entonces Stauffacher, yo me encargo del castillo de Schwanau.

—Y yo, añadió Walter Furst, tomaré la fortaleza de Uri.

Estas dos últimas proposiciones fueron acogidas con unánime satisfacción, y todos los conjurados prometieron que durante las cinco semanas que debían pasar todavía, reclutarían soldados entre sus amigos mas decididos, y antes de separarse adoptaron las banderas, bajo las cuales debían combatir. Uri escogió para la suya, una cabeza de toro con un ojo roto, en memoria del yugo que iba á romper; Schwitz una cruz, en memoria de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y Unterwalden dos látex en honor y gloria de San Pedro, que era muy reverenciado en Sarnen.

Así como le habían previsto los riesgos conjurados, la muerte de Guesler fue considerada como fruto de una venganza particular.

Viendo la inutilidad de las pesquisas, fué calmando el furor de los enemigos de Guillermo, y todo quedó en tranquilidad en los tres cantones hasta el día en que debía estallar la revolución.

El 31 de Diciembre, el gobernador del castillo de Rössbergh recurrió por sí mismo según tenía de costumbre las guardias, colocó los centinelas, dió el santo y seña, y mandó tocar á la queda. A poco pareció que el castillo se dormía tambien como la gente que en él había, desaparecieron las luces de una en una, fué disminuyendo todo ruido, y únicamente permanecían los centinelas colocados en los alárbes de las torres, interrumpían a veces silencio con el ruido de sus pasos y con los

gritos de alerta repetidos de cuarto en cuarto de hora.

Sin embargo, á pesar de aquel aparente silencio, abríase con precaución una ventanita que daba á los fosos del castillo, y asomó la tímida cabeza de una jóven de diez y ocho años, que procuraba divisar alguna cosa en los fosos, y no viendo sin duda lo que buscaba, volvió de sus labios el nombre de Zagheli. Pero fué pronunciado tan despacio que cualquiera lo hubiese podido equivocar con un suspiro de la brisa, ó con un murmullo de algun arroyuelo. Sin embargo, no faltó quien lo oyera, y una voz mas fuerte y atrevida, respondió con otro nombre, que fué el de Anneli.

La jóven se mantuvo inmóvil con la mano sobre el pecho como para ahogar los latidos, y la nueva voz repitió Anneli otra vez.

—Sí, sí, murmuró ella inclinándose hacia el lugar desde donde parecía hablarle el espíritu de la noche, sí, amor mio... pero perdóname... tengo tanto miedo.

—Y de qué lo puedes tener! Todo duerme en el castillo, excepto los centinelas que están en lo alto de las torres... yo no puedo verle y speras te oigas; cómo quieres, pues, que ellos nos oigan y nos vean!

La jóven no respondió pero dejó caer alguna cosa. Era una cuerda, á cuyo cabo ató Zagheli una escalá, que Anneli enseñó en un barzo de la ventana. Un instante despues entraba el jóven en el cuartó, y como Anneli quisiese retirar la escalera de cuerda, la dijo su amante:

—Espera, amada mia, espera un poco, porque todavía necesito esa escalera; sobre todo, no te espantes de lo que vas á ver; porque tu mas ligera expresión, tu menor grito, sería mi muerte.

—Pero ¿qué sucederá... en nombre del cielo...! Ah! ¡estamos perdidos!... mira... y le enseñaba á un hombre que subía por la ventana.

—No, no, Anneli, no estamos per-

didós; los que suben son amigos míos. —Pero ¿me deshonras! exclamó la jóven, ocultando su cabeza entre las manos.

—Al contrario, Anneli, esos serán los testigos del juramento que voy á hacerle, de que seré tu esposo así que la patria está libre.

La atónita doncella se echó en brazos de un amante, mientras subieron uno tras otro veinte jóvenes; en seguida Zagheli retiró la escalera, cerró la ventana y distribuyó á su gente por el interior del castillo. La guarnición estaba durmiendo, no opuso resistencia alguna; los conjurados encerraron á los alemanes en la misma cárcel del castillo, vistiéronse sus mismos trages, y siguió flotando la bandera de Alberto, en las almenas de la fortaleza, que el día siguiente abrió las puertas á la hora de costumbre.

A medio día, el centinela de la torre mas alta, vió llegar á escape algunos caballos. Entonces se pusieron á la puerta dos conjurados, y los otros se alinearon en el patio; á poco rato pasó el caballero de Landenberg por el puente levadizo, que volvió á levantarse en seguida; y aquel quedó preso lo mismo que la guarnición.

El plan de Zagheli había salido completamente bien. Hemos visto que de los cuarenta hombres que pidió, veinte escalaron el castillo, y los otros veinte tomaron el camino de Sarnen.

En el instante que el señor de Landenberg salía del castillo real de Sarnen para ir á casa, presentáronse aquellos veinte hombres ofreciéndole regalos de costumbre, corderos, cabras y gallinas. El gobernador les hizo entrar en el castillo, y prosiguió su camino; pero así que aquellos estuvieron dentro, sacaron chuzos que llevaban escondidos, calaronlos en las puntas de sus palos, y se apoderaron del castillo. Entonces uno de ellos subió á la plataforma, é hizo oír por tres veces el prolongado sonido de la trompeta montañesa. Esta era la se-

ñal convenida, y empezaron á oirse por las calles los gritos y el estrépito de la sublevación. Acudióse en seguida á la iglesia para apoderarse del caballero de Landenberg; pero prevenido á tiempo, volvió para montar á caballo y escaparse hacia la fortaleza de Rossberg. Esto era lo que había previsto Zagheli.

En lo restante del día, se tuvieron con el baillío imperial, las mayores consideraciones, y se lo guardó el mayor respeto. Por la noche oyóse subir á la plataforma del castillo para tomar el alce, y Zagheli le acompañó. Descubriase desde allí todo el país, que el día anterior estaba sometido á su jurisdicción, y apartando la vista de la bandera en que las llaves de Unterwald habían recompuesto al ángel de Austria, fijóla hacia Saruen, y quedóse inmóvil y pensativo.

Pensativo é inmóvil estaba también Zagheli, en otro ángulo del parapeto, fijos los ojos en otra parte; pero de aquellas dos hombres, el uno esperaba socorro en la tiranía, y el otro recurso para la libertad.

Momentos después, brilló una luz cruzada en la cumbre del Areberg, y Zagheli lanzó un grito de alegría.

—¿Qué significa esa llama? preguntó el preso.

—Es una señal.

—De qué?

—De que Walter, Furtz y Guillermo Tell, han tomado el castillo de Urijoch.

Los gritos de alegría que resonaron en seguida por toda la fortaleza, confirmaron lo que Zagheli acababa de decir.

—Es decir que los Alpes se han convertido en volcanes! exclamó el baillío viendo que Rigli se inflamaba también.

—Sí, sí, respondió Zagheli saltando de gozo; también el Rigli empuja la bandera de libertad.

—Cómo! ¡qué es esa otra señal!

—Sí, Werner Stauffacher y Mechtal se han apoderado del castillo de

Schwanau. Volveos ahora hacia esa otra parte, señor de Landenberg.

Este lanzó un grito de sorpresa viendo que el Pilatos se coronaba á su vez con una diadema de fuego.

—Esto, continuó Zagheli, anuncia á los de Uri y de Schwitz, que sus hermanos de Unterwalden no les van en zaga, y que han tomado ya el castillo de Rossberg, y hecho prisionero á su dueño.

De nuevo volvieron á resonar por la fortaleza mayores aclamaciones de alegría.

—¿Y qué pensáis hacer de mí? preguntó el baillío dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Pensamos haceros jurar, que jamás volveréis á entrar en las jurisdicciones de Schwitz, de Uri y de Unterwalden, que nunca haréis armas contra los confederados, que de ningún modo escutareis al emperador á que nos haga la guerra, y cuando hayas jurado todo esto, seréis libre de ir á donde os plazca.

La fortuna socorrió á los confederados. El 1.º de Enero de 1305, empezó para la Helvecia la nueva era de su libertad, y el 15 del mismo mes, aun antes de que llegase á oídos del emperador la noticia de la insurrección, supo ya la derrota de su ejército en Hurringen. En consecuencia, marchó él mismo á la cabeza de un poderoso ejército á sujetar á los rebeldes; mas el 1.º de Marzo fué trágicamente asesinado á orillas del Reuss por su sobrino Juan de Saconia, á quien había renunciado en su infancia de sus padres. Alberto mal herido quedó abandonado revolotando en su sangre, y una pobre mujer que á la sazón pasaba por allí, fué á socorrerlo, y el rey del imperio murió entre los brazos de una mendiga que le enjugaba la sangre con harapos.

El duque Leopoldo de Austria, hijo de Alberto, marchó contra Schwitz con gruesas fuerzas, llevando consigo

cargas de cuerdas para ahogar á los rebeldes.

Estos se reunieron en número de 1300, y el 15 de Noviembre en la vertiente de la montaña del Sattel lo derrotaron completamente. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de unos pobres pastores y miserables villanos, y sirvió para abonar aquella noble tierra de libertad.

La batalla tomó el espresivo nombre Morgensienz porque empezó á la luz de la estrella de la mañana.

Así se hicieron célebres los naturales de Schwitz, y desde entonces llamáronse suizos los confederados por la palabra "Schwitzer" que significa natural de Schwitz. Esta villa, Uri y Unterwalden fueron el centro á cuyo derredor se agruparon poco á poco los demás cantones, que por el tratado de 1815, llegaron á veintidos.

En cuanto á Guillermo Tell, que aunque involuntariamente tomó una parte tan activa en aquella revolución, después de ballarse otra vez en el campo de batalla de Lampen, en donde combatió como simple ballanero con 700 hombres de los pequeños cantones, de nuevo se le pidió de rusa, para no ballarlo ya hasta la hora de su muerte, que arrojó en la primavera de 1345. Al derrotarse los nieve del invierno, creció mucho el Schachen, y se llevó una pequeña casa. Entre otras cosas vió Guillermo flotar una cruz, y oyó los gritos de un niño: arrojóse al agua, en seguida alcanzó la cruz y llevóla á la orilla; pero cuando él iba á salir, perdió el sentido al choque de un madero y hundióse. Hay hombres alegres, cuya muerte corona su vida.

VIAGES Y AVENTURAS
DE LUIS FELIPE.

(CONTINUA.)

—Hermosa Toini, dijo el duque al

fin de la comida, segun vuestra propia historia, no hay nada en el mundo que pueda interesar tanto como ver á vuestro padre en éxtasis. Cuando se encuentre en este estado, sin duda debe leer en lo pasado y en el porvenir, y sobre ambos puntos tengo que pedirle datos y aclaraciones.

—Voy á participar vuestros deseos, hijo Toini, pero no os prometo que os satisfaga.

—¿Podría decir esto á vuestro padre! dijo el conde de Montjoie sacando un bolsillo.

—Guardad vuestro oro, señor conde; mi padre para nada lo necesita.

Entablóse un largo coloquio entre el padre y la hija; el anciano Tuiska parecia que resistía tenazmente á sus instancias, pero por fin Toini le convenció.

Entonces, el troll avanzó magestuosamente hacia el centro de la habitación, y con ademán solemne hizo señal á los extranjeros para que se sentasen en el banco á lo largo de la pared.

Montechor, dijo Toini, mi padre exige doble pago que os despojes de cuanto lleváis y anero llevéis.

—¡Muerde de mi vida!... quitarnos nuestras armas! exclamó Guillermo arrojado.

—Necio cobardo, replicó el duque, qué tenemos que temer de esta joven y de este anciano raquítico?... Vamos, ejecutadlo, y os también, señor conde.

El anciano tomó los objetos de los viajeros, y los guardó debajo del pavimento; despues comenzó sus invocaciones; pero de repente pareció inquietarse.

—Señor conde, lleváis todavía escrito lo preguntó Toini.

El conde, un poco confuso, sacó del pecho un puñal que llevaba siempre oculto.

—Ese caballero tampoco ha entregado todo su acero.

—Yot dijo Guillemont.

—Sí, respondió sacamente Toini.

Efectivamente, había conservado un suca-tapon.

Cuando el troll hizo desaparecer de este modo todos los obstáculos, se lanzó á carrera abierta por las vías de la inspiración, y la joven traducía fielmente las palabras sublimes que salían de su alma.

—Mi espíritu me transporta; gritaba; mi deseo se eleva en mi pensamiento, quiero comenzar rimas; quiero cantar.

— Hombre sabio, dijo entonces el duque de Orleans; tengo una madre, y esta madre se llama la Francia; está enferma; pérfidos médicos conspiran contra su vida. Doctores, ¿cómo será su destino?

Y el anciano Tuiska, cuyas palabras habían respirado hasta entonces calma y melancolía, se exaltó de repente. Su afluencia llegó á ser punzante é impetuosa, su gesto convulsivo, y sus ojos despedían un brillo salvaje. Todo su ser se trasformó, y era evidente que se había apoderado de él el espíritu del diablo. Así es que los franceses, que en un principio le habían escuchado con una sonrisa de incredulidad, no podían menos de concebir ya cierto temor religioso. Por su parte, la hermosa Toini, que se hallaba en relaciones más inmediatas con el troll, iba adquiriendo gradualmente su mismo entusiasmo: estaba anhelosa, descompuesto el caballo, y se hubieran creído que era una de aquellas sibilas, cuyos frenéticos transportes refieren los sagas del Mediodía.

—Tu madre está enferma, repuso el hechicero. ¿Cuán grande es tu afluencia, ó enfermedad, pues te has atrevido á atacarla!

—Oh Ukk, tú que te apovas en el eje del mundo, tú que habitas sobre las nubes, que produces el trueno y lanzas el rayo; trae aquí tu espada de fuego, para horiar al cruel que me atormenta, para arrojar lejos de mí y para siempre á mi enemigo.

—Oh bosque! ven con tus sober-

bios animales, ven con todo tu pueblo. Perkele, ven con toda tu casa. Lago, ven con los hijos de tu raza. Que cien guerreros se levanten con sus espadas, que mil héroes corran á defender al débil, al desgraciado!

—Pero si esto no es todavía bastante, ¿qué otro poder invocará! Hoy en el mundo hombres, hijos de los antiguos siglos, hombres eternos!... Salid de la tierra, ¡oh madre de la tierra!... Salid del campo, Señor eterno, levántate todos los que lleváis espadas, todos los que montáis fornosos corceles, venid á destruir el mal que me oprime y me aniquila, venid á triunfar de mis dolores!

A medida que Tuiska iba aumentando sus fervorosas invocaciones, su voz era más impetuosa, y sus gestos más frecuentes y violentos; golpeaba el suelo con los pies, y daba palmadas con las manos; erizábase los cabellos en su cabeza, y arrojaba espuma por la boca.

—Diviso á lo lejos, continuó con una voz profunda pero interrumpida, diviso una tierra cubierta de verdor y radiante de hermosura (la Francia). Espesos bosques, montañas elevadas, llanuras con ricos frutos. ¿Qué ciudades tan magníficas se elevan por todas partes! Pero ay! los ríos que las bañan están enrojecidos con la sangre, y los manantiales también brotan sangre (el terror).—Un humo negro y espeso envuelve las deliciosas quintas y los palacios.—Los hombres van armados con hachas y cuchillos. . . .

—¿Cuál es ese grupo siniestro que va avanzando! . . . Los ejércitos pelean, el caballo de la muerte galopa de fila en fila (la guerra europea).—Horror! horror!—Pero diviso un joven con su frente resplandeciente como las estrellas.—Se lanza al combate, derriba y pone á los pies de su caballo á la multitud entulada de su gloria.

—Y hele ahí sobre un trono (Napoleón).—Eso es hermoso, es divino! . . . —La multitud todavía refunfuña. Las piedras de la diadema se rompen, y

la serpiente que allí estaba oculta, va á morder en el corazón al héroe que la lleva.—El fuego devora la tierra.

—El Norte se desquicia (la invasión).

—Buitres escuadrosos persiguen al águila vengadora hasta su palacio de nubes, y cae desde él con mil heridas, como se estingue un globo de fuego en medio de una tempestad.—Y la tierra vuelve á recobrar su verdor, y las hojas se despojan de su capa de sangre, para tomar su antiguo adorno; pero se encuentran llenas de las plumas del águila que ha caído (la restauración).—Plumas maravillosas! . . . hombres nuevos se apoderan de ellas, y escriben una historia, una historia eterna.—Y sin embargo, la mar embravecida no ha aplacado todavía sus borrascas.—Cae un trono, y un anciano se ve precisado á emprender la fuga (la revolución de Julio).—Un joven príncipe, que veo allí, enfrenta de mí, se adelanta en las alas del destino, como el genio de la paz del mundo.—El es el que volverá á poner en manos de los héroes las plumas de la grande águila, para que puedan continuar la interrumpida historia. Mas he aquí que la tormenta vuelve á comenzar (la revolución de Febrero).

Las nubes derraman sangre.—El niño levanta sus inocentes brazos desde lo alto del trono, y el ciclo se halla ocurrido por las negras alas de una inmensa multitud de enanos. (1) *Qué quiero decir esa señal! Pero las sombras cubren mi pensamiento, mi espíritu me abandona! adios, extranjeros, adios.*

Y el anciano calló, y cayó anonadado al suelo, del cual no se levantó hasta que trascurrieron algunas horas de un sueño convulsivo.

Tres semanas después de la escena que acabamos de describir, encontra-

(1) *La saga cuyo traducción damos aquí, fue recogida en 1844 y 1845. Así es, que el pasaje que subrayamos, no ha podido incluirse en ella después del suceso.*

mos todavía á los ilustres viajeros en Kareassund.

—No me extraña, decía Guillemont para sí, que monseñor se halle aquí contento. ¿Qué mala estrella ha colocado en nuestro camino á esa asombrosa sirena! . . . Yo mismo estoy enteramente hechizado.

Sin embargo, los viajeros encontraron en las inmediaciones una habitación más cómoda que la caverna del troll; pero Guillemont tenía razón; el duque visitaba con mucha frecuencia aquella cueva, y le veían también pasear á menudo con Toini por las montañas.

Una hermosa tarde de Abril andaban los dos por las orillas del Muonio, y el descendiente de esa raza real, que reinó hace seis siglos en el pueblo más caballeresco de la tierra, conversaba familiarmente con una pobre joven de Finlandia, y la decía:

— Vos sois francesa, Toini, y además parisiense. Hace largo tiempo que lo he adivinado, por vuestro lenguaje y vuestra pronunciación tan pura. Mas decidme, ¿en qué consiste que vuestros labios pronuncian con frecuencia el nombre de Antoniet!

— Era mi nombre. Me lo habían dado como á la reina, porque . . .

— ¿Por qué? . . .

— ¡Oh! protegido, ó lo suplico; estoy impaciente por saber quién sois.

— Porque la reina era mi madrina. . .

— Dios mío! . . . ¿s qué encuentro yo aquí, con ese tocado trage, y en estos sitios tan agrestes! . . .

— Destino, cuán cruel es su juego! . . .

— Menos cruel es aún que los hombres, monseñor. Mi madre era camarista de la reina María Antonieta; era hermosa. Vos debéis de haber visto esa tez de una blancura admirable, y esa expresión indefinible de nobleza, que solo se encuentra en las antiguas familias de Normandía. Un príncipe de la sangre concibió una ciega pasión por mi madre, que tuvo la debilidad de amarla á su vez y debió ocultar conmigo su desgracia, acu-

diendo a la fuga. Veinte billetes nos persiguieron de asilo en asilo, con esta palabra fatal: "Venganza."

(Continuará.)

UN DESAFIO.

El lance que vamos a referir ocurrió pocos años antes de la muerte del último monarca. Varios oficiales de uno de los regimientos de infantería de la guardia real, se hallaban una tarde de primavera a la puerta del cuartel del Hospicio esperando la hora de la lista, y formando corro hablaban de cosas indiferentes. Reveya la conversación sobre la fidelidad de las mujeres, y á este propósito se dijeron unas cuantas disparates propias de jóvenes y de militares. "Desengáñense vdes., señores, dijo un capitán, un veterano en campañas de amor como de armas, no debe fiarse de ninguna; yo al menos no me querría á responder de la más santa. — Pues yo sí, replicó vivamente un alférez joven; hoy en el mundo una mujer de quien yo respondo. — De la verdad! dijeron todos á la vez. — No, de mi hermana. — Eso se comprende perfectamente, añadió otro alférez joven también, y amigo íntimo del primero: de tu hermana puede responderse porque es muy fea."

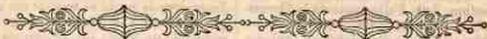
Esta broma produjo un desafío entre los dos amigos, sin que bastara á evitarlo la intervención de los demás compañeros; en el acto se nombraron los padrinos de entre los mismos del corro y se convino en la hora de las cinco de la mañana del día siguiente, fuera de la puerta que hoy se llama de Bilbao, y entonces se llamaba de los Pozos. A la hora antedicha todos estaban puntualmente en el lugar de la cita; los padrinos intentaron de nuevo un arreglo amistoso fundados en lo

trivial del motivo; pero no hubo medio de reducir á razón á los dos antagonistas. "Queremos batirnos, y batirnos á muerte," dijeron los dos á la vez quitándose las casacas y desmontando las espadas. Al propio tiempo un pobre diablo derrotado y mal vestido se aproximó á los padrinos y con voz lamentosa: "Señores oficiales, dijo, soy un pobre artesano cargado de familia; y si quisieran vdes. . ."

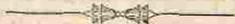
"Dejenos vd. en paz, buen hombre, replicaron los testigos; está vd. viendo que se van á romper la crisma; y cree que estamos de humor de dar lemosna. — No es lisonja lo que pido, replicó el menestral, sino que yo soy un pobre carpintero con ocho hijos y mi mujer enferma; y como he visto que esos señores se van á matar uno á otro, me ha ocurrido suplicar á vdes. que sea á mí á quien encarguen el ataud. . ."

"Al oír estas palabras los dos que iban á batirse y que ya estaban en guardia, saltaron una carcajada, se miraron uno á otro, y simultáneamente tiraron los sables y se alargaron la mano. "Bravo, gritaron los padrinos, eso es mucho mejor que jugar la vida por una friolera." Una hora más tarde los cuatro oficiales daban pruebas nada equivocadas de querer vivir en la fonda de Perona, que tenía en aquella época el privilegio esclusivo de intervenir en todos los acontecimientos solemnes, incluso los desafíos.

Uno de los padrinos, que nos refiere el lance, hace ya bastante tiempo, nos dijo que la petición del carpintero había sido una estratagemá de ellos con objeto de evitar que se verificase el duelo, y que la idea no era tampoco nueva, pues la habían tomado de otro lance parecido que ocurrió en el ejército de Napoleón. — Lo que figuramos es si los antagonistas llegaron á saber la verdad, y agradecieron como debían el celo de sus testigos.



VARIETADES.



VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

(CONCLUYE.)

Cuando llegamos al Havre "Antonieta, me dijo mi madre, es necesario abandonar la Francia, porque en vano buscaremos en ella el reposo. Vámonos al puerto y entremos en el primer buque en que quieran recibirnos. Nos admitió á bordo un honrado piloto, sin informarse de nuestro nombre, ni del objeto de nuestro viaje, y algunas semanas despues llegamos á una ribera de que jamas habiamos oido hablar, estábamos en Finlandia, en Uleaborg.

—Y los billetes, los billetes? exclamó el duque de Orleans.

—Los billetes! . . . ¡grün Dios! para que hablar de ellos! Mi madre muy amada, hace cuatro años que duerme en eterno sueño en el convento de Uleaborg. A mí, pobre y desvalida joven, me ha recogido el bondadoso Taika, me ha consolado, y en estos desiertos cubiertos de nieve, me sirve de padre.

Tomad este medallón, príncipe mío, prosiguió Toini; es la única herencia que he recibido de mi madre; es mi

mayor tesoro: encierra un pedazo de la verdadera cruz. Mientras lo lleveis sobre vuestro corazón no temeréis ni al agua, ni al fuego, ni al aire, ni á las balas, ni al puñal de los asesinos.

—Gracias, hija mía, este medallón querido no me abandonará un solo instante de mi vida. Pero dejadme también ver las cartas.

—Por qué os ponéis pálido, príncipe mío! Ved ahí los billetes. . . los llevo siempre conmigo. En ellos hay envuelto un rizo de los cabellos de mi madre, de mi pobre madrel. . .

El duque de Orleans tomó las cartas y las abrió con avidéz.

—Oh infierno! exclamó, ¿es la letra de mi padre! . . .

Al regresar de incognito de Finlandia á Noruega, el príncipe proscrito se creyó vendido y perdido. En las cercanías de Christiania, un cochero comenzó á gritar: *el carriage del duque de Orleans*. El príncipe, bastante dueño de sí mismo, observó que felizmente aquel hombre no le miraba, y le preguntó como simple curiosidad por qué decía aquello.

—Cuando yo estaba en Paris, le contestó el cochero, sin conocerle, nunca salía del teatro de la Opera sin oír gritar *el coche del duque de Orleans*. Me ha acordado de esa voz, y la he repetido sin objeto alguno. El príncipe respiró y prosiguió su camino.

diendo á la fuga. Veinte billetes nos persiguieron de asilo en asilo, con esta palabra fatal: "Venganza."

(Continuará.)

UN DESAFIO.

El lance que vamos á referir ocurrió pocos años antes de la muerte del último monarca. Varios oficiales de uno de los regimientos de infantería de la guardia real, se hallaban una tarde de primavera á la puerta del cuartel del Hospicio esperando la hora de la lista, y formando corro hablaban de cosas indiferentes. Reayá la conversación sobre la fidelidad de las mujeres, y á este propósito se dijeron unas cuantas disparates propias de jóvenes y de militares. "Desengáñense vdes., señores, dijo un capitán, un veterano en campañas de amor como de armas, no debe fiarse de ninguna; yo al menos no me querré á responder de la más santa. — Pues yo sí, replicó vivamente un alférez joven; hoy en el mundo una mujer de quien yo respondo. — De la verdad! dijeron todos á la vez. — No, de mi hermana. — Eso se comprende perfectamente, añadió otro alférez joven también, y amigo íntimo del primero: de tu hermana puede responderse porque es muy fea."

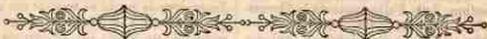
Esta broma produjo un desafío entre los dos amigos, sin que bastara á cortar la intervención de los demás compañeros; en el acto se nombraron los padrinos de entre los mismos delorro y se convino en la hora de las cinco de la mañana del día siguiente, fuera de la puerta que hoy se llama de Bilbao, y entonces se llamaba de los Pozos. A la hora antedicha todos estaban puntualmente en el lugar de la cita; los padrinos intentaron de nuevo un arreglo amistoso fundados en lo

trivial del motivo; pero no hubo medio de reducir á razon á los dos antagonistas. "Queremos batirnos, y batirnos á muerte," dijeron los dos á la vez quitándose las casacas y desmontando las espadas. Al propio tiempo un pobre diablo derrotado y mal vestido se aproximó á los padrinos y con voz lamentosa: "Señores oficiales, dijo, soy un pobre artesano cargado de familia; y si quisieran vdes. . ."

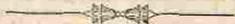
—Dejenos vd. en paz, buen hombre, replicaron los testigos; está vd. viendo que se van á romper la crianza; y cree que estamos de humor de dar lemosna. — No es lisonja lo que pido, replicó el menestral, sino que yo soy un pobre carpintero con ocho hijos y mi mujer enferma; y como he visto que esos señores se van á matar uno á otro, me ha ocurrido suplicar á vdes. que sea á mí á quien encarguen el ataud. . ."

Al oír estas palabras los dos que iban á batirse y que ya estaban en guardia, saltaron una carcajada, se miraron uno á otro, y simultáneamente tiraron los sables y se alargaron la mano. "Bravo, gritaron los padrinos, eso es mucho mejor que jugar la vida por una friolera." Una hora más tarde los cuatro oficiales daban pruebas nada equivocadas de querer vivir en la fonda de Perona, que tenía en aquella época el privilegio esclusivo de intervenir en todos los acontecimientos solemnes, incluso los desafíos.

Uno de los padrinos, que nos refiere el lance, hace ya bastante tiempo, nos dijo que la petición del carpintero había sido una estratagemá de ellos con objeto de evitar que se verificase el duelo, y que la idea no era tampoco nueva, pues la habían tomado de otro lance parecido que ocurrió en el ejército de Napoleón. — Lo que figuramos es si los antagonistas llegaron á saber la verdad, y agradecieron como debían el celo de sus testigos.



VARIETADES.



VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

(CONCLUYE.)

Cuando llegamos al Havre "Antonieta, me dijo mi madre, es necesario abandonar la Francia, porque en vano buscaremos en ella el reposo. Vámonos al puerto y entremos en el primer buque en que quieran recibirnos. Nos admitió á bordo un honrado piloto, sin informarse de nuestro nombre, ni del objeto de nuestro viaje, y algunas semanas despues llegamos á una ribera de que jamas habiamos oido hablar, estábamos en Finlandia, en Uleaborg.

—Y los billetes, los billetes? exclamó el duque de Orleans.

—Los billetes! . . . ¡grün Dios! para que hablar de ellos! Mi madre muy amada, hace cuatro años que duerme en eterno sueño en el convento de Uleaborg. A mí, pobre y desvalida joven, me ha recogido el bondadoso Tsiska, me ha consolada, y en estos desiertos cubiertos de nieve, me sirve de padre.

Tomad este medallón, príncipe mío, prosiguió Tsiski; es la única herencia que he recibido de mi madre; es mi

mayor tesoro: encierra un pedazo de la verdadera cruz. Mientras lo lleveis sobre vuestro corazón no temeréis ni al agua, ni al fuego, ni al aire, ni á las balas, ni al puñal de los asesinos.

—Gracias, hija mía, este medallón querido no me abandonará un solo instante de mi vida. Pero dejadme también ver las cartas.

—Por qué os ponéis pálido, príncipe mío! Ved ahí los billetes. . . los llevo siempre conmigo. En ellos hay envuelto un rizo de los cabellos de mi madre, de mi pobre madrel. . .

El duque de Orleans tomó las cartas y las abrió con avidéz.

—Oh infierno! exclamó, ¿es la letra de mi padre! . . .

Al regresar de incognito de Finlandia á Noruega, el príncipe proscrito se creyó vendido y perdido. En las cercanías de Christiania, un cochero comenzó á gritar: *el carriage del duque de Orleans*. El príncipe, bastante dueño de sí mismo, observó que felizmente aquel hombre no le miraba, y le preguntó como simple curiosidad por qué decía aquello.

—Cuando yo estaba en Paris, le contestó el cochero, sin conocerle, nunca salía del teatro de la Opera sin oír gritar *el coche del duque de Orleans*. Me ha acordado de esa voz, y la he repetido sin objeto alguno. El príncipe respiró y prosiguió su camino.

Reconocido y amenazado en Stoccolmo, Luis Felipe pasó de la Germania á América (1796). Sus hermanos Montpensier y Beaujolais se unieron á él para rescatar la cabeza de su madre presa desde 1793, y los tres recorrieron juntos el Nuevo-Mundo. Washington los recibió con bondad en su posesion de Montevideo. En las regiones salvajes, el duque de Orleans salvó la vida á un siciiano, sangrándole con oportunidad, lo que hizo que los yankees le mirasen como á un dios: la divinidad viajaba á pie, albergándose en las posadas mas modestas, pagando su hospedaje en las poblaciones ó su fiute en las embarcaciones, con lecciones de dibujo, de ortografía y de lenguas, acostándose por la noche sobre pajon con los pies hacia la lumbré.

En Baisdstown, un posadero, preválendose de la hora, rehusó abrir la puerta á los tres príncipes, por su esterior humilde (Luis Felipe estaba entonces bastante malo) y los dejó, para acudir á un espectáculo á que no queria faltar aun cuando llegase á su casa un rey, según dijo. Cuando llegó á ser rey, treinta y cuatro años despues, Luis Felipe envió un hermoso reloj á Baisdstown, recordando aquella aventura al obispo Elzeut.

Habituó en los wigwams de los indios senegues, y allí perció á su perro Franz; volvió á buscarlo por medio de mil peligros, vio la cascata de Niágara, siguió sus orillas con el equipage á la espalda, equipage menos pesado que la dignidad real, (como despues ha confesado): pasó catorce noches en los bosques, atormentado por los insectos, espuesto á ser devorado por los osos y las serpientes, caído hasta los huesos, y comiéndolo un poco de tocino salado, y pan de maíz (1). En Filadelfia le sorprendió la fiebre amarilla. Sin un resguardo para continuar su viaje, se di-

(1) Carta del Duque de Montpensier á la princesa Adelaide.

rigió al Oeste de la Union con algun dinero que le envió su madre: dió una gran caída en Carlsruhe y se sangró el mismo en un fígón: los habitantes le suplicaron que ejerciese allí la medicina, se embarcó para la Habana en 1798 y volvió á Europa, cuando Bonaparte ponía coto á la revolucion.

Luis Felipe, conservó toda su vida en su memoria de un modo prodigioso hasta las menores circunstancias de sus lejanas correrías. Preguntáse últimamente un ingles en qué época habia salido de Hamburgo. "El 24 de Setiembre de 1796, le respondió sin vacilar, á bordo del *Americano*, capitán Ewingt. La travesía duró veinte y siete dias."

Bien conocido en su regreso á Francia, su conducta en tiempo de la restauracion, su elevacion al trono por una sublevacion, su caída por una causa igual, y su muerte en el destierro, semejante otra vez á quien habia reemplazado. Estas grandes lecciones de la Providencia pertenecen á la política, y bajo este concepto dchen ser extrañas para nosotros.

EL HOMBRE

EN SU CREACION.

En aquel memorable instante en que sentí por primera vez mi singular existencia, llevándome de alegría y de turbacion, yo no sabia lo que era, en donde estaba, ni de donde venia. Abri los ojos; igné sensacion tan prodigiosa! La luz, la bóveda celestial, el verdor de la tierra, lo cristalino de las aguas, todo me llamaba la atencion, todo me animaba dándome un sentimiento inexplicable de placeres; y al principio creí que todos estos objetos no estaban fuera de mí, sino que formaban parte de mí mismo.

Ibamo afirmando en este pensamiento, cuando volviendo la vista al astro de la luz su resplandor me deslumbró, y causándome un ligero dolor me hizo cerrar los ojos. Euse este momento de obscuridad creí que habia perdido todo mi ser.

Afligido y pasmado de tan estraña mutacion, me ocupaba en pensar en ella, cuando de improvizo llegaron á mi oido diferentes sonidos. El canto de las aves, y el pacible ruido de los aires formaban un concierto cuya dulce impresion penetró hasta el fondo de mi alma. Estivele escuchando largo tiempo, y bien pronto me persuadí á que esta armonía era yo mismo.

Absorto en esta nueva especie de existencia, apenas me acordaba ya de la luz, aquella otra parte de mí ser que era la primera que habia conocido; pero acaso volví á abrir los ojos; ¡cuánta fué mi alegría al hallarme otra vez poseedor de tantos objetos brillantes! mi placer sobrepujo al que habia sentido la vez primera, y sucedió por algun tiempo al dulce efecto de los sonidos.

Fijé la vista en mill objetos diferentes, y bien pronto conocí que podia perderlos y recobrarlos, y que tenia la facultad de destruir y de reproducir á mi arbitrio esta bella parte de mí mismo, que aunque me pareció de un grandor inmenso por la cantidad de los accidentes de la luz y por la variedad de los colores, creí que toda se contenia en una porcion de mí ser.

Ya empezaba á ver sin paginacion, y á oír sin turbacion, cuando un aire blando cuya frescura sentí, me comenó una expansion, que me causaron una sentimiento de amor á mí mismo.

Agitado de todas estas sensaciones, y estrechado por los placeres de tan bella y grandiosa existencia, me levanté con prontitud, en cuya accion me sentí trasportado por una fuerza desconocida.

Di un paso, y la no vedad de mí si-

tucion me dejó inmóvil: mi sorpresa fué imponderable, pues creí que se me escapaba mi existencia; y como mi movimiento me habia hecho confundir los objetos, imaginaba que todo se habia desordenado.

Tentéme, pues, la cabeza, la frente, los ojos, y fui palpando todo mi cuerpo, y entonces me pareció que mi mano era el órgano principal de mi existencia: las sensaciones que percibia en esta parte eran tan distintas y tan completas, y el goce que me comunicaban tan perfecto respecto del placer que me habian causado la luz y los sonidos, que puse todo mi conato en gozar de las partes que me proporcionaba esta parte sólida de mí ser, con lo que sentí que mis ideas tomaban profundidad y realidad.

Todo cuando palpaba en mí parecia que daba á mi mano sensacion por sensacion, y cada tacto producía en mi alma una idea duplicada.

No tardé en ochar de ver que esta facultad de sentir residia en todas las partes de mí ser; con lo que conocí bien pronto que era limitada mi existencia que al principio me habia parecido inmensa.

Miré con atencion mi cuerpo; túvete por un voltemen enorme, y tan grande que cuantos objetos habia visto hasta entonces, me parecieron en comparacion suyos unos puntos luminosos: examíneme por largo tiempo, mirándome con placer y siguiendo con la vista á la mano cuyos movimientos observaba. Observé con suma atencion esta idea tan estraña; creí que el movimiento de mi mano era una especie de existencia fugitiva, una sucesion de cosas semejantes; que quedá á mis oidos, y me pareció mayor ó que todo mi cuerpo, é hizo desaparecer de mí vista un infinito número de objetos.

Empecé con esto á sospechar que habia alguna fusion en las sensaciones que recibia por los ojos: yo habia visto distintamente que mi mano no era mas que una pequeña parte de

mi cuerpo, y no podía comprender que en un instante se hubiese aumentado tanto que debiese parecerme de un grandor desmesurado; resolví pues, no fiarme de otro sentido que del tacto que no me había engañado hasta entonces, y mirar con precaución todos los demás modos de sentir y de ser.

Esta reserva me fué muy útil. Habiendo vuelto á echar á andar, yendo caminando con la cabeza levantada y mirando al cielo, tropecé ligeramente en una palma; lleno de asombro puse la mano en este cuerpo extraño que juzgué tal, porque no me volvió sensación por sensación; retiréme de él con una especie de horror, y conocí por la primera vez que había alguna cosa fuera de mí.

Was inquieto con este nuevo descubrimiento que lo había estado con ninguno de los anteriores, me costó trabajo afirmarme en él, y en fuerza de las reflexiones que hice sobre semejante acontecimiento, me persuadí á que debía juzgar de los objetos exteriores del mismo modo que lo había hecho de las partes de mi cuerpo, y que el tacto era el único sentido que podía asegurarme de su existencia.

Procuré, pues, tocar cuanto veía, y así quise tocar el sol, tiré á abrazar el horizonte; pero no encontré mas que el vacío de los aires.

A cada prueba que hacía, caía en una nueva sorpresa, porque parecíame que todos los objetos estaban igualmente cercanos á mí, á cada instante me veía burlado queriendo tocarlos. Así sólo después de haber hecho infinitas tentativas, fué cuando aprendí á servirme de mi vista para guiar mi mano; pero como ésta me daba ideas totalmente diferentes de las impresiones que recibía de aquella, mis sensaciones no eran acordes entre sí, los juicios que formaba acerca de ellas eran imperfectos, y el total de mí ser no era todavía para mí mismo mas que una existencia en confuso.

Había estado y estaba profundamente ocupado en pensar en mí, en

conocer lo que yo era, ó lo que podía ser; mas las contrariedades que acababa de experimentar me desalentaron; cuanto mas reflexionaba, mas dudas se me ofrecían; cansado de tanta incertidumbre, y fatigado de los movimientos de mi alma, sintiendo que mis piernas me sostenían débilmente, me senté, y me hallé así en una situación de reposo.

Este estado de tranquilidad comunicó nuevas fuerzas á mis sentidos. Yo estaba á la sombra de un hermoso árbol, del que pendían unos racimos de color bermejo que podía alcanzar sin trabajo; toqué ligeramente uno de ellos, é inmediatamente se separó de la rama, al modo que lo hace el higo cuando está maduro.

Con haber cogido este racimo me imaginaba haber hecho una conquista; me gloriaba de tener la facultad que sentía de poder contener en mi mano todo entero á un ser diferente de mí, y me gozaba en vencer la resistencia de su pesantez, que aunque poco sensible me pareció ser una potencia animada.

Acerquéle á los ojos, y me puse á contemplar su figura y sus colores: el olfato delicioso que exhalaba, me le hizo acercar tanto, que casi le tocaba con los labios; no me saciaba de inspirar su perfume, ni de gustar los placeres del olfato, conteniendo cuanto podía dentro de mí este aire embalsamado de que me sentía lleno; abrí la boca para exhalarle, volvía á abrir para volverle á aspirar, y entonces sentí que poseía un olfato interior, mucho mas fino, mucho mas delicado que el primero; en una palabra, gusté.

¡Qué sabor! ¡qué sensación tan nueva y tan deliciosa! Los demás sentidos solo me habían proporcionado placeres; pero el gusto me dió el sentimiento del deleite: la intimidad del goce de esta clase me ocasionó la idea de la posesión, y creí que la sustancia de este fruto se había convertido en la mía, y que yo tenía la facultad de trasformar los seres.

Lisonjeado con esta idea de poder, y llevado del placer que acababa de sentir, cogí sucesivamente diferentes frutos, y no me cansaba de ejercitar mi mano para satisfacer mi gusto; pero una languidez agradable que se fué poco á poco apoderando de mis sentidos, entorpeció mis miembros, y suspendió la actividad de mi alma, cuya inacción conocí por la lentitud de mis pensamientos, y porque todos los objetos me parecían redondos, y mis sensaciones solo me presentaban imágenes pasajeras y mal terminadas: en este estado mis ojos, que de nada me serrian, se cerraron, y no siendo ya mi cabeza sostenida por la fuerza de los músculos, me tendí en la yerba para apoyarla.

Todo se borró de mi memoria, todo desapareció para mí, interrumpióse la serie de mis pensamientos, y aun perdí el sentimiento de mi existencia: dormí profundamente; pero no sé si duró mucho este sueño, pues no había formado todavía idea del tiempo, y carecía de medios para medirle; desperté, lo que fué para mí volver á nacer, y lo único que sentí fué que había dejado de ser.

Esta muerte que acababa de experimentar, me dió alguna idea de temor, y me hizo sentir que yo no debía existir siempre.

También me infundió inquietud el no saber si había dejado en el sueño alguna parte de mí ser; y así hice prueba de mis sentidos, y puse á reconocerme.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuando estando recorriendo con la vista el contorno de mi cuerpo para asegurarme de que nada me faltaba de mi existencia, vi junto á mí una figura semejante á la mía! Túvela por otro yo, y creí que lejos de haber perdido parte alguna interin había dejado de existir, me había duplicado. Puse la mano en este nuevo ser. ¡Qué pasmos! No era yo, sino mas que yo, y mejor que yo, de modo que creí que mi existencia iba á dejarme y pasarse toda

entera á esta otra mitad de mí mismo. Sentí animarse al contacto de mi mano; vi su alma agitarse con mis miradas, y las suyas derramarou en mis venas un nuevo principio de vida; hubiera querido darla todo mi ser; estubo ardiente desear completó mi existencia, y senti nacer en mí un nuevo sentido.

A este tiempo el astro del día que había llegado al fin de su carrera ocultó su luz; pero yo apenas advertí que perdía el sentido de la vista; existía demasiado para que dejase de existir, por mas que al mismo tiempo la oscuridad en que me hallaba me recordase la idea de mi primer sueño.



DE LOS SUEÑOS.

La teoría de las facultades del alma será una verdadera ciencia, cuando los hechos sobre que descansan observados con exactitud, hubieren sido registrados y clasificados con cuidado. La seccion durante el sueño de los órganos que la sirven y de la voluntad que la dirige, es sobre todo digna de observarse, porque entonces obedece solamente á las leyes de la naturaleza. Así, el psicólogo no debe descuidar el estudio de los sueños, si quiere conocer la naturaleza del principio que los produce. El doctor Abercrombie en sus investigaciones sobre la inteligencia, cita muchos hechos extraordinarios cuya realidad garantiza.

Un sacerdote venido de un pueblo cercano á Edimburgo, pasaba la noche en una posada. Allí, durante su sueño, se le figuró que andaba su casa y que uno de sus hijos corría peligro de muerte. Inmediatamente se levantó y se apresuró á dejar la ciudad. Apenas había salido de los muros, divisó su casa ardiendo, y llega á tiempo de salvar á uno de sus hijos, de tierna edad, que en el desórden cau-

sado por el incendio, se había quedado en medio de las llamas.

Un presidente del Parlamento de Tolosa, volviendo de París á sus hogares, se vió obligado por un accidente á detenerse en una posada de un pueblo. Por la noche se le apareca un viejo: "Yo soy, dice, la sombra pálida y sangrienta, el padre del diaño actual de esta casa; mi hijo me ha asesinado; mi cuerpo desmenuzando, ha sido enterrado por este malvado en mi jardín. Descubre el crimen; denuncia al culpable y véngame." La sombra desaparece. El magistrado asustado con este sueño, que sin embargo, atribuía á los vapores del mismo, se levantó temprano, habla con su joven húsped, y le interroga diestramente sobre la enfermedad y muerte de su padre; la turbacion del parricida le vende. El presidente fingió que no lo ocha de ver, supone un negocio, sale, va á buscar al juez y la gendarmería, van en el sitio designado y encuentran el cadáver; convencido el asesino, declara su crimen, es entregado á los tribunales, y sufre su castigo.

Un propietario de la ciudad de Benseldou (Bajo Rhin), cuyas posesiones se hallan á poca distancia de dicha ciudad, creyó ver en sueños, el año de 1839, á un general romano, declararle su nombre y contarle la batalla que se había dado en aquel sitio, y su muerte. "Cavado, dijo la fantasma, cavad en vuestro jardín y encontrareis mis huesos y mis armas." El nombre del mismo general hallado exactamente en las antigüedades de Alsacia, inspira al propietario la idea de verificar su sueño. Sin embargo, esta empresa no se realizó, y al año siguiente, el mismo día volvió á aparecer la fantasma y repitió sus instancias, en vista de lo cual, cavaron, y hallaron cuanto se había indicado.

Una señora del pueblo de Issenheim, soñó en 1834 que ardia su casa de campo, y avisó á su marido en medio de la noche. Un cuarto de hora

después llamando fuertemente á la ventana vinieron á dar parte del incendio. El marido, ya desvelado por los temores de su esposa, saltó al instante de la cama, y llegando antes que tomase cuerpo las llamas, consiguió librar la vida á un pobre criado, que hubiera perecido si tardan cinco minutos.

La víspera del día en que Enrique II pereció en un torneo, Catalina su esposa le suplicó que no entrase en la liza, porque le había visto en sueños pálido y cubierto de sangre.

Un mes antes del regicidio de Ravallae, la reina Médicis soñó que estaba inundada en sangre y despertó dando un fuerte grito. Preguntándole Enrique IV la causa de su espanto, le contestó habia soñado que le asesinaban. Enrique demasiado crédulo por su desgracia se rió de la vision, diciendo que los sueños no eran mas que mentiras.

Una de mis vecinas, escribe Mr. de Segur, me contaba hace poco que estando malo su hijo, habia experimentado todas las alarmas y agonías que solo puede sentir y expresar el mas tierno y verdadero de los amores: el amor maternal. Habia pasado dias y noches sin descanso y sin sueño, hasta que al fin el niño se pone mejor; los accidentes cesan y le declaran fuera de peligro. M. de M*** coliendo á las vivas instancias de su familia, y de sus amigos, consintió en acostarse y se durmió apaciblemente. De improviso y á la media noche, creyó ver junto á su lecho á su médico que la llama y le dice: "¿Qué hacéis, desgraciada madre? Dormís y vuestro hijo se muere." Al oír estas palabras salta de la cama dando un penetrante alarido y corre precipitadamente al aposento que habia dejado antes con tanta seguridad; llama suspirando á la nodriza, y está mujer, que estaba acostada, le pregunta el motivo de su espanto: "Vuestro hijo, le dice, está quieto descansando sobre mi seno." Estas palabras no pueden sosegar á

una madre aun turbada con tan horrible sueño; toma una luz, se aproxima á la criatura; su palidez, la contraccion de sus facciones, sus ojos vueltos y fijos redoblaban su terror; le arrancan de los brazos de la nodriza, se sienta, procura en vano reanimarle y darle calor; el infeliz muere sobre su regazo.

Cambises turbado por un sueño, decretó la muerte de su hermano, á quien creia haber visto sentado en el trono. Nadie ignora los sueños de Faraon ni de Nabucodonosor, ni los de Bruto, al que un espectro se apareció dos veces para profetizarle su derrota y su muerte. Sila titubeaba marchar contra Roma, y fué animado en un sueño; así los tiranos sueñan de noche con la sangre que han de deramar de día.

El doctor Abercrombie refiere tambien el suceso de un cajero de una de las principales casas de comercio de Glascoo, que no pudiendo establecer la balanza de sus cuentas por mas que meditaba y se fatigaba, lo consiguió al fin por medio de un sueño que le reveló una indiscrecion cometida ya hacia nueve meses. El mismo incrédulo Voltaire tenia algun respeto á los sueños, le parecían el origen sencillo y natural de las primeras predicciones, y le aconteció soñando componer versos y recitar un canto entero de la *Henriada*, diferente de los conocidos.

Lo que alimenta y alimentará siempre la credulidad, es la curiosidad del porvenir, y esta mina inagotable hará la fortuna de los charlatanes de toda especie. En todos tiempos han sido estimados los astrónomos que estudian la marcha de los cuerpos celestes; pero han sido mejor pagados los astrónomos que los hacían hablar y adivinar. Otra causa oñtrétiene la fe del vulgo en las predicciones y oráculos de sueños. Mil de estas predicciones salen falsas y al instante se olvidan; pero se verifica una sola y queda impresa en la memoria y grabada en la

imaginación; en vano la razon trabaja en borrarla.

LOS TERREMOTOS.

Los sacudimientos que experimenta el globo que habitamos, son de dos especies: los unos causados por la explosion de los volcanes, no se hacen sentir sino á pequeñas distancias, y solo cuando los volcanes obran, ó antes de su total erupcion. Conmueven la tierra en un cierto espacio, á la manera que, en una explosion de un almacén de pólvora, hay una conmocion que se hace sensible á muchas leguas. Los otros, muy diferentes en sus efectos, se hacen sentir á grandísimas distancias; y sin que se observe ningun volcán ni erupcion; conmueven un largo trecho de terreno. Hay ejemplos de temblores que se han sentido á un mismo tiempo en Inglaterra, en Francia, en Alemania y hasta mas lejos; los que casi siempre van acompañados de un ruido sordo, semejante al de un gran coche que corre con rapidez. Semejantes efectos se atribuyen por lo regular á los que los terremotos se hallan interiormente llenos de cavidades, que comunicándose respectivamente y reuniéndose ó partiendo de un centro comun, pueden sentirse en un instante á remotísimas distancias de la conmocion central.

Chámanos por ahora á algunas observaciones propias para hacerlos conocer cuales pueden ser las causas de los temblores de tierra.

Todas las materias inflamables y capaces de explosion, particularmente las piritas ferruginosas, producen, por medio de la inflamacion, una grande dilatacion en el aire y en los fluidos aeriformes. Supongamos que á una profundidad considerable, á cieno ó doscientas toesas por ejemplo, se encuentran piritas ó otras materias que por el contacto con el agua llegan á

inflamarse: el aire estremadamente enardecido por una parte, encerrado y comprimido en el seno de la tierra; y por otra el agua misma reducida á vapor, se esfuerzan en todas direcciones para salir, y si no encuentran por donde hacerlo, causan las mas violentas sacudidas.

No hay terminos con que poder expresar cuán funestas son estas explosiones. De todas las catástrofes que asolan la tierra, no hay ninguna tan formidable, tan destructora y que haga mas inútiles toda prevision y todos los esfuerzos humanos. Cuando los rios, saliendo de su madre, inundan las casas y sumergen provincias enteras, queda todavía algun recurso al desgraciado labrador: puede refugiarse en las montañas, y oponer diques al toror de las aguas; pero en un terremoto todo cuidado es superfluo, toda precaucion imposible. Apenas hay ningun peligro del cual de una manera ó otra no pueda escapar: el rayo no ha jamas consumido ciudades y provincias enteras; la peste puede despojar las mayores ciudades, mas nunca las destruyó enteramente; pero un terremoto se extiende con un poder irresistible á todo un pais, nada puede detenerle; abisma pueblos y Estados sin dejar, por decirlo así, rastro de lo que habian sido.

EL MAR MUERTO.

Los judios, que no habian visto el oceano, dieron el nombre de mar á un lago de mediana estension en el qual desemboca el Jordan. Es un lago triste y monótono por sus recuerdos imponentes y terribles, y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas. Los libros santos refieren y las ciencias físicas esplican cómo esa tierra de prosperidad y de delicias se convirtió en soledad y de espantosa aridez. Gomorra, Sodomá y otros pueblos, que flotaban, por decirlo así, sobre inmensa mole de aguas subterráneas, minas de azufre y po-

zos de betun, edificadas ellas mismas con piedras bituminosas, aparecian risueñas en el valle de Sidón. Certo dia, en que segun las Escrituras habian llegado al colmo sus iniquidades, cayó sobre ellas el rayo, incendiáronse los materiales de sus edificios, comunicóse el fuego á las masas de azufre y de betun, hundiéndose el suelo, y subiendo las aguas á la superficie, formaron un mar de veinticinco leguas de largo por seis de ancho. Muchos siglos han trascurrido despues de esta catástrofe, y aun quedan vestigios del espantoso incendio, no solo por sus inmensos resultados, sino por la grande esterilidad de aquellos contornos, efecto del calentamiento de la tierra.

En el seno del mar muerto no vive ningun pez, ningun molusco, ningun crustáceo, y sobrenada en él gran cantidad de betun.

MAR PUTRIDO.

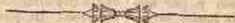
Cuando el viento sopra fuertemente del Este, las aguas del mar de Azof se introducen en un inmenso pantano de cien leguas cuadradas, y cuando por el contrario toma el viento direccion contraria, reduyen las aguas en el mar de Azof, y queda al descubierta un espacio de mas de dos leguas de ancho, cuyas exhalaciones son fetidas y malignas: es el mar pútrido.

LAGOS SUBTERRANEOS.

A veces las islas flotantes cubren enteramente un lago; otras veces las aguas de los lagos, que desaparecen, prestan tributo á otros sepultados en el seno de la tierra. Muchos de estos lagos subterráneos están tambien llenos de peces. Los volcanes de los Andes en sus mas terribles erupciones han arrojado inmensa cantidad de agua é infinidad de peces pequeños procedente de espaciosos lagos subterráneos.



VARIEDADES.



CASCADAS

DEL CANADA.

Los mas hermosos saltos de agua del universo son sin contradiccion los del Niágara: tal es el nombre dado al rio San Lorenzo entre los lagos Erie y Ontario. El rio, en el punto de la catarata, está separado en dos partes por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 162 pies, y en aquella se lanza desde 163 pies. El ruido de las olas se oye á la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detras del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levántanse columnas del fondo del precipicio enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman témpanos y carambacos caprichosos.

El Autanas, que es el afluyente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chandiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mencion

por una cascada perpendicular de 243 pies de alto.

«Vend á pasar conmigo, esclama Chateaubriand, una noche entre los salvajes del Canadá, y junto al famoso Niágara, porque comprendais lo que es la libertad de la naturaleza.

«Es natural á un desgraciado gozarse en las ilusiones de la felicidad, y emborrerse en el recuerdo de los placeres pasados. Cuando me dá todo por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 162 pies, y en aquella se lanza desde 163 pies. El ruido de las olas se oye á la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detras del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levántanse columnas del fondo del precipicio enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman témpanos y carambacos caprichosos.

El Autanas, que es el afluyente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chandiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mencion

por una cascada perpendicular de 243 pies de alto.

«Vend á pasar conmigo, esclama Chateaubriand, una noche entre los salvajes del Canadá, y junto al famoso Niágara, porque comprendais lo que es la libertad de la naturaleza.

«Es natural á un desgraciado gozarse en las ilusiones de la felicidad, y emborrerse en el recuerdo de los placeres pasados. Cuando me dá todo por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 162 pies, y en aquella se lanza desde 163 pies. El ruido de las olas se oye á la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detras del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levántanse columnas del fondo del precipicio enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman témpanos y carambacos caprichosos.

El Autanas, que es el afluyente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chandiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mencion

infiarnarse: el aire estremadamente enrarecido por una parte, encerrado y comprimido en el seno de la tierra; y por otra el agua misma reducida á vapor, se esfuerzan en todas direcciones para salir, y si no encuentran por donde hacerlo, causan las mas violentas sacudidas.

No hay terminos con que poder expresar cuán funestas son estas explosiones. De todas las catástrofes que asolan la tierra, no hay ninguna tan formidable, tan destructora y que haga mas inútiles toda prevision y todos los esfuerzos humanos. Cuando los rios, saliendo de su madre, inundan las casas y sumergen provincias enteras, queda todavía algun recurso al desgraciado labrador: puede refugiarse en las montañas, y oponer diques al toror de las aguas; pero en un terremoto todo cuidado es superfluo, toda precaucion imposible. Apenas hay ningun peligro del cual de una manera ó otra no pueda escapar: el rayo no ha jamas consumido ciudades y provincias enteras; la peste puede despojar las mayores ciudades, mas nunca las destruye enteramente; pero un terremoto se extiende con un poder irresistible á todo un pais, nada puede detenerle; ahisma pueblos y Estados sin dejar, por decirlo así, rastro de lo que habian sido.

EL MAR MUERTO.

Los judios, que no habian visto el oceano, dieron el nombre de mar á un lago de mediana estension en el cual desemboca el Jordan. Es un lago triste y monótono por sus recuerdos imponentes y terribles, y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas. Los libros santos refieren y las ciencias físicas esplican cómo esa tierra de prosperidad y de delicias se convirtió en soledad de espantosa aridez. Gomorra, Sodoma y otros pueblos, que flotaban, por decirlo así, sobre inmensa mole de aguas subterráneas, minas de azufre y po-

zos de betun, edificadas ellas mismas con piedras bituminosas, aparecian risueñas en el valle de Sildán. Cierta dia, en que segun las Escrituras habian llegado al colmo sus iniquidades, cayó sobre ellas el rayo, incendiáronse los materiales de sus edificios, comunicóse el fuego á las masas de azufre y de betun, hundióse el suelo, y subiendo las aguas á la superficie, formaron un mar de veinticinco leguas de largo por seis de ancho. Muchos siglos han trascorrido despues de esta catástrofe, y aun quedan vestigios del espantoso incendio, no solo por sus inmensos resultados, sino por la grande esterilidad de aquellos contornos, efecto del calentamiento de la tierra.

En el seno del mar muerto no vive ningun pez, ningun molusco, ningun crustáceo, y sobrenada en él gran cantidad de betun.

MAR PUTRIDO.

Cuando el viento sopra fuertemente del Este, las aguas del mar de Azof se introducen en un inmenso pantano de cien leguas cuadradas, y cuando por el contrario toma el viento direccion contraria, reduyen las aguas en el mar de Azof, y queda al descubierto un espacio de mas de dos leguas de ancho, cuyas exhalaciones son fetidas y malignas: es el mar pútrido.

LAGOS SUBTERRANEOS.

A veces las islas flotantes cubren enteramente un lago: otras veces las aguas de los lagos, que desaparecen, prestan tributo á otros sepultados en el seno de la tierra. Muchos de estos lagos subterráneos están tambien llenos de peces. Los volcanes de los Andes en sus mas terribles erupciones han arrojado inmensa cantidad de agua é infinidad de peces pequeños procedente de espaciosos lagos subterráneos.



VARIEDADES.



CASCADAS

DEL CANADA.

Los mas hermosos saltos de agua del universo son sin contradiccion los del Niágara: tal es el nombre dado al rio San Lorenzo entre los lagos Erie y Ontario. El rio, en el punto de la catarata, está separado en dos partes por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 162 pies, y en aquella se lanza desde 163 pies. El ruido de las olas se oye á la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detrás del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levántanse columnas del fondo del precipicio enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman témpanos y carambarcos caprichosos.

El Autanas, que es el afluyente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chandiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mención

por una cascada perpendicular de 243 pies de alto.

«Venid á pasar conmigo, esclama Chateaubriand, una noche entre los salvajes del Canadá, y junto al famoso Niágara, porque comprendais lo que es la libertad de la naturaleza.

«Es natural á un desgraciado gozarse en las ilusiones de la felicidad, y emborrerarse en el recuerdo de los placeres pasados. Cuando me dá todo la vida, y conozco que el trato con los hombres destruye mi corazon, vuelvo involuntariamente el rostro, y miro con pesar hacia lo pasado. Hermosas medicaciones! secretos é inefables encantos de una alma que goza de si misma! en los inmensos desiertos de América es donde he sabido lo que valeis. Cuando en mis viages por entre los indios del Canadá, me vi por primera vez lejos de las moradas europeas, solo, en medio de un oceano de selvas, sentí en mí una extraña revolución. En la especie de delirio que se apoderó de mí, no seguí ningun camino, de árbol en árbol vagaba á derecha é izquierda, diciendo para mí: «Aquí no hay ya camino que seguir, ni ciudades, ni casus estrechas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes, ni leyes sobre todo, ni hombres. ¿Ni hombres?», algunos salvajes que no se dan cuenta por ellos ni por mí; algunos que como yo andan errantes. Hombres; por donde el pensamiento los conduce, que comen cuando quieren, y duermen donde y cuando les place.»

Y para ensayar si por fin me había resuelto en mis derechos originales, entregábame á mil caprichos que hacían rabiar á mi guía, el cual sin duda me creía loco.

Libre del yugo social, comprendí entonces los encantos de la independencia natural, que dejaba muy en zaga los placeres de que él es dado formarse una idea al hombre civil. Conoci entonces por qué algunos salvajes no se ha hecho europeo, y por qué muchos europeos se han hecho salvajes. Las naciones y sus castillos me decantados me parecían juegos de niños; todo erau píjamos en torno mio, ó por mejor decir, contemplaba con gigantesca mirada el resto de mi raza degenerada.

Vosotros, que queréis escribir para los hombres, trasportaos á los desiertos, convertíos por un momento en hijos de la naturaleza, y entonces, y solo entonces, tomad la pluma.

Entre los innumerables goces que experimenté en mis viajes, uno sobretudo ha dejado viva impresion en mi alma.

Dirigiáme á la famosa catarata del Niágara, y caminata al través de las naciones indias que habitan los desiertos al Oeste de las plantaciones americanas. Mis guías eran el sol, una brújula pastoral y un holandés que entendia perfectamente cinco dialectos de los salvajes. Nuestro equipaje consistia en dos caballos, á quienes de noche dejábamos libres por la selva, atándoles antes una campanilla en la cerviz; al principio temí perderlos, pero mi guía me tranquilizó haciéndome observar que por un instinto admirable esos buenos animales no perdian jamas de vista nuestra lumbré.

Cierta tarde, cuando según cálculo, distábamos solo ocho ó nueve leguas de la catarata, vimos acampados á algunos salvajes en la margen de un riachuelo. Nos encaminamos hacia ellos. El holandés me pidió permiso para pasar la noche junto con ellos, lo que nos fué concedido al instante, y nos

pusimos al momento á trabajar con ellos. Despues de haber cortado ramas, y plantado estas, arrancado cortezas para cubrir nuestras moradas, y terminado algunos otros trabajos públicos, dedicóse cada cual á sus negocios particulares. Quité á mi caballo la silla, que me sirvió de almohada durante toso el viaje; mi guía dió pienso á nuestras caballetas; y como no era tan delicado como yo, eligió por almohada un tronco de árbol seco. Despues nos sentamos todos en rueda, con las piernas cruzadas al estio de los sastres, en torno de una grande hoguera para tostar nuestras panojas de maiz, y para preparar la cena. Quedábame todavía un frasco de aguardiente que no sirvió poco para divertir á los salvajes. Estos sacaron tambien sus provisiones, y dimos principio á nuestro festin.

Componiése la familia indigena de dos zungeros con dos niños de teta, y de tres guerreros: dos de éstos tendrían de cuarenta á cuarenta y cinco años, aunque parecían mucho mas viejos, y el tercero era un jóveno.

Pronto la conversacion se hin general, mediando algunas palabras de mi parte, y muchos gestos, lenguaje espresivo que los salvajes comprenden mucho, y que entre ellos aprendi. Únicamente el jóven guardaba un silencio obstinado, siempre clavados en mi sus ojos. A pesar de las rayas negras, rojas y azules, y de la perla pendiente de su nariz, que le distinguía sobremanera, distinguíase facilmente la nobleza y la sensibilidad que animaban su semblante. ¡Cuánto seall que no me amase!... Parecíame leer en su corazon la historia de todos los males con que los europeos han atormentado su patria.

Los dos niños, enteramente desahogados, se habian dormido á nuestros pies junto á la lumbré; sus madres los cogieron y los acostaron sobre pieles con un cuidado delicioso de ver entre esas supuestas bárbaras; la conversa-

cion se acabó gradualmente, y todos nos dormimos en el puesto mismo donde nos encontrábamos.

Tocante á mi, no pude cerrar los ojos; levanté la cabeza, y apoyándome en el codo contemplé á la luz rojiza del fuego moribundo esos indios acostados en torno mio, y abismados en un profundo sueño. Confieso que apenas pude contener mis lágrimas. Cuánto me conmovió tu descanso, interesante jóven salvaje! tú, que pareces tan sensible á los males de la patria, eres demasiado grande para desconfiar de un extranjero. Europeos, ¡qué leccion para nosotros! Ecos mismos salvajes á quienes hemos perseguido á sangre y fuego, á quienes nuestra avaricia no dejaría ni algunos pies de tierra para cubrir sus cadáveres, reciben á su enemigo en su cabaña hospitalaria, parten con él su miserable cena, y duermen á su lado el sueño profundo del justo! esas virtudes son tan superiores á nuestras virtudes convencionales, como el alma de esos hombres de la naturaleza es superior á la del hombre social.

Brillaba la luna en el firmamento. Levantéme y fui á sentarme á alguna distancia para disfrutar de una de esas noches americanas que el pincel del hombre no trazará jamas, y de la cual me he acordado cien veces, siempre con delicia.

Ya la luna descansaba sobre un grupo de nubes, que semejava á la cumbre de altas montañas coronadas de nieve; estas nubes se iban prolongando y descubrian zonas difusas y ondulosas, ó se transformaban en ligeros copos de espuma, en innumerables rebaños errantes por las llanuras azules del horizonte. Pero luego la bóveda aérea parecia trocarse en una playa, en la cual se distinguían las capas horizontales, los pliegues paralelos trazados al parecer por el flujo y reflujo regular de los mares. A poco una ráfaga de viento desgarraba ese velo, y se formaban en el cielo grandes zonas como de algodón blanquisi-

mo, tan suave á la vista, que no era posible dudar de su elasticidad, de su blandura.

Ni era menos encantadora la escena terrestre. El riachuelo que serpenteaba á mis pies, parecia una faja azul, sembrada de diamantes y cortada transversalmente por toques negruzcos. A la otra parte del rio, en una vasta pradera natural, los rayos de la luna, brillantes é inmóviles, formaban un campo de plata. Y en torno mio todo era silencio y reposo, fuera de la caída de algunas hojas, de alguna ráfaga súbita, y de los gemidos raros é interrumpidos del autillo; pero, á lo lejos, resonaba por intervalos la magestuosa catarata del Niágara, cuyo ruido, en la calma de la noche, se prolongaba de desierto en desierto, y se extinguía al través de las selvas solitarias.

La grandeza, la asombrosa melancolia de ese cuadro, no son para espresarse en idioma humano: las mas hermosas noches de Europa no nos darian de él ni una idea siquiera. En medio de nuestros campos cultivados, en vano la imaginacion procura extenderse, pues en todas partes encuentra habitaciones humanas; pero en aquellos países desiertos, el alma se goza al perderse en un océano de eternas selvas; se complace en andar errante á la luz de las estrellas por las orillas de lagos inmensos, en detenerse junto al abismo bramador de las terribles cataratas, en seguir esas enormes masas de agua que ruedan con estrépito, y en mezclarse y confundirse, por decirlo así, con toda una naturaleza salvaje y sublime.

Esos goces son demasiado vivos, y esos gozes son demasiado débiles que los placeres mas refinados se nos hacen dolorosos, como si la naturaleza temiese que olvidásemos nuestra condicion de hombres. Absorto en mi existencia, ó por mejor decir, existiendo todo yo fuera de mí mismo, sin sensaciones ni pensamientos distintos, y arrojado en uno de esos éxtasis, sin duda son un

preludio de la felicidad mental que acaso nos espera en la otra vida, de repente tuve que volver el pensamiento á ésta, pues me sentí indispuerto. Conoci que era forzoso abandonar mis meditaciones; volví á mi puesto, me eché junto á los sastrages, y luego se apoderó de mí un sueño profundo.

Cuando desperté al amanecer del día siguiente, vi que todos estaban dispuestos ya para la marcha. Mi guía había dado puestas á los caballos; los guerreros se habían armado, y sus mujeres se ocupaban en reunir el bagaje que consistía en pieles, en maíz, y en carne de oso. Levantéme, y sacando un poco de pólvora, balas, tabaco y una caja, lo distribuí entre esos hombres de la naturaleza, que al parecer quedaron contentos de mi generosidad. Nos separamos en seguida, no sin nuestra de enternecimiento y de pesar. Todos, hasta el jóven indio, que estreché cordialmente la mano que yo le tendí, nos despedimos con el corazón conmovido. Los salvajes se encaminaron hácia el norte, y nosotros hácia el oeste. Los guerreros se adelantaron dando el grito de marcha, y luego los siguieron sus mujeres, cargadas con el bagaje y con los niños, quienes iban envueltos en pieles á la espalda de sus madres, y se volvían sonriendo para mirarnos. Por algun tiempo no quisé perder de vista esa marcha tierna y maternal, hasta que la tropa entera hubo desaparecido lentamente por entre los árboles de la selva.

¡Buenos salvajes, que me disteis hospitalidad, y á quienes sin duda no volveré á ver, séame dado pagaros tanqu un tributo de reconocimiento. ¡Ojalá disfrutéis por largo tiempo de vuestra preciosa independencia en vuestras hermosas solitudes, donde mis votos por vuestra felicidad no cesarán de seguros! ¡Inseparables amigos, en qué rincón de vuestros inmensos desiertos habitáis al presente! ¡Vivid siempre juntos, y siempre felices! ¡hablais alguna vez del estrangero

ro de la selva! ¿peseais saber en qué punto del globo habita, anhelais por su felicidad desde las márgenes de vuestros ríos solitarios? Generosos amigos, mucho se ha trocado mi suerte despues de la noche que pasé á vuestro lado; pero al menos fuera un consuelo para mí, desde esas regiones en que habito perseguido de los hombres de mi país, si supiese que mi nombre, en los remotos confines del universo, en el fondo de alguna soledad ignorada, ó acaso junto á la maravillosa catarata del Niágara, es pronunciado con enternecimiento por algunos pobres indios.

AL HOMBRE.

Todo anuncia en el hombre al soberano de la tierra; todo aun por lo exterior manifiesta su superioridad sobre todos los vivientes; se sostiene derecho; su actitud es la de quien manda; su cabeza se dirige al cielo, y presenta una fez augusta, en la que está impreso el carácter de su dignidad, y en cuya fisonomía está retratado el alma: la excelencia de su naturaleza se deja ver por entre los órganos materiales, y anima con un fuego divino las facciones de su cara. Su aire magestuoso, su andar firme y gallardo anuncian su nobleza, y su clereza clase; no toca en la tierra sino con los extremos mas distantes, ni le vé sino de lejos y como con desden, y no le han sido dados los brazos para servir de pilares á la masa de su cuerpo, ni las manos para hollar la tierra, y perder con la continua fricción la delicadeza del tacto de que son el principal órgano; sino que aquellas y éstos han sido destinados para mas nobles usos, para ejecutar las órdenes de la voluntad, coger las cosas distantes, apartar los

obstáculos, evitar los encuentros y el choque de lo que podría perjudicarle, abrazar y retener lo que le pudiese agradar y ponerlo en proporcion de que lo perciban los demas sentidos.

Cuando el alma está tranquila, todas las partes de la cara se mantienen tambien en serenidad, y su proporcion, su union y su conjunto indican suficientemente la dulce armonía de los pensamientos, correspondiendo así con la calma interior que goza el alma; pero cuando está agitada se convierte el rostro en una pintura viva en que se expresan las pasiones con no menos delicadeza que energía, y en la que cada movimiento del alma es representado por medio de un rasgo particular, y cada acción por medio de un carácter cuya impresion viva y pronta, anticipándose á la voluntad, descubre y manifiesta exteriormente con signos patéticos los móviles de nuestras secretas imaginaciones.

Los ojos son la parte de la cara en que principalmente se pintan y dan á conocer nuestras internas inquietudes: este órgano es por el que se explica el alma mas que por otro alguno, y parece que toca en ella y participa de todos sus movimientos: él expresa sus mas vehementes pasiones y sus violentas conmociones, igualmente que sus movimientos mas dulces y sus sentimientos mas delicados: él las manifiesta con la mayor fidelidad, tales como acaban de excitarse en el alma; las comunica á otro por medio de emanaciones veloces que infunden en ella el fuego, la acción y la imagen de la que las despide: de modo que refleja y refleja á un mismo tiempo la luz del pensamiento y el calor del sentimiento, y es el espejo del espíritu, y la lengua de la inteligencia.

LA NATURALEZA INCULTA.

Contemplemos aquellos desiertas regiones, aquellos tristes países en que jamas ha fijado el hombre su habitación, y las veremos en todos, los

parajes elevados cubiertas, ó mas bien erizadas, de bosques espesos y sombríos, de árboles, unos sin corteza y sin copa, encorvados, abiertos, y cayéndose en fuerza de su vejez, y otros en mayor número caídos al pié de éstos, que se van pudriendo sobre montones de otros ya podridos, y sofocan y sepultan las plantas que empiezan á nacer. La naturaleza, que en cualquier otra parte brilla ostentando una juventud lozana, parece haber llegado en estos terrenos á su lúgubre decrepitud; y la tierra ahumada con el peso, y sepultada, digámoslo así, bajo las ruinas de sus producciones, en vez de ofrecer un verdor floreciente, solo presenta un espacio cubierto de escombros, atravesado de árboles viejos, cargados de plantas parásitas, de musgos y de agaricos, frutos impuros de la putrefacción; veremos en todos los sitios bajos abundancia de aguas muertas y corrompidas por falta de conductos y de dirección; terrenos cenagosos, que no siendo sólidos ni líquidos, no pueden transitarse, y son igualmente inútiles para los habitantes de la tierra que para los de las aguas; pantanos, que cubiertos de plantas acuáticas, y fétidas, solo prestan alimento á insectos venenosos, y abriga á animales infernales. Entre estos estagales infectos que ocupan los terrenos bajos, y los bosques decrepitos que cubren los elevados, se extienden páramos y tierras estériles que su nada se parecen á nuestras praderas, y en donde las pocas yerbas sueltas y sofocan á las buenas; no están estos sitios cubiertos de aquella yerba fina que parece el vello de la tierra, ni de aquella sencilla que esmaltándolo anuncia su brillante fecundidad, sino tan solo de vegetales agrestes, de yerbas toscas y epinosas, de tal modo enlazadas entre sí, que mas bien parece que se mantienen asidas unas á otras que prendidas en la tierra, y que secándose y romaciendo sucesivamente unas encima de otras, forman una broza de muchos piés de grueso.

En estos silvestres lugares no se encuentra camino, senda ni vestigio alguno de la acción del ser inteligente. Obligado el hombre, si quiere recorrerlos, á seguir la senda de las fieras, precisado á velar continuamente para evitar ser pasto de ellas, alterado de sus rugidos, y pasmado del silencio mismo de sus vastas soledades, retrocede y dice: ¡Cuán horrible es, y cuán amortiguada está la naturaleza intelectual! Yo solo soy quien puede hermostrarla y vivificarla. Desdijémoslos estos pantanos, animemos estas aguas muertas, dándolas curso, hagámos con ellas arroyos y canales, hagámos uso del elemento activo y devorador, que oculto en las entrañas de los cuerpos, hemos sabido sacar por nuestra propia industria, pongámos fuego á esta broza inútil, á estos bosques roviños y casi consumidos, y acabemos de destruir con el hierro lo que el fuego no ha podido aniquilar. Hace esto el hombre, y bien pronto en lugar de juncos y del nenúfar, de que el sapo componía su veneno, se ven brotar el ranúnculo, el trébol, y las yerbas dulces y saludables; rebaños de ganados buellan en esta tierra antes intencible, ballan en ella una sustancia abundante y un pasto siempre verde, y se multiplican por generaciones continuadas. El hombre, valiéndose de estos nuevos auxilios, consuma su obra, unce el bucy, emplea sus fuerzas y el peso de su masa en arar la tierra que rejuvenece con la cultura, y sale de entre sus manos una naturaleza nueva.

LAS MAREAS.

El mar, tan maravilloso por su propia extensión, por lo salobre de sus aguas, por los fenómenos de la fosforescencia que dan á sus olas el brillo del fuego, por sus hielos enormes, por sus corrientes, y por su población in-

mensa, no llama menos nuestra atención por sus mareas. Llámase así las oscilaciones que hacen variar el nivel de sus aguas cuatro veces al día, dos cuando se levantan é invaden mugiendo las costas, y otras dos cuando se retraen y dejan en seco largo trecho de arena. A este doble movimiento se ha dado el nombre de flujo y reflujo; á cuyo fenómeno no están sujetos los mares interiores por estos, antes de Alejandro el Grande, ignoraron los griegos la existencia de las mareas. ¡Cuán debió de ser el asombro de los navegantes griegos y de su gefe, cuando de orden de aquel conquistador descendieron el Indo hasta su desembocadura en el grande Océano! De repente, cuando estaban acampados en la orilla, avanza el mar con un furor espantoso, cubre las tiendas, sumerge caballos y ginetes, y amenaza destruirlo todo. Bien es verdad que aquella marea fue terrible por otras causas que produjeron el Boro, fenómeno semejante al Prororoca que vamos á descubrir.

EL PROROROCA.

Al hablar de la Amazona, hemos dicho que este rio, al entrar en el mar, rechaza tan impetuosamente las aguas del Atlántico, que sin mezclarse con ellas corre por su seno durante muchas leguas. Sin embargo, la marea se experimenta hasta en Obidos, es decir, en 175 leguas mas arriba del desembocadero. En los tres dias mas cercanos á las lunas llenas y nuevas, época de las mas altas mareas, el flujo, en vez de efectuarse en seis horas, tiene lugar en uno ó dos minutos. Los indios llaman á este fenómeno el Prororoca, y el ruido que le acompaña se oye desde la distancia de algunas leguas.

LAGOS TEMIBLES.

El de Huron tiene una bahía siempre cargada de nubes eléctricas: nin-

gun ríngero la ha atravesado sin oír los estampidos del trueno.

Un grande pantano de Portugal, deja oír mugidos formidables al acercarse la tormenta.

El lago de Loch-Lennan en Escocia, y el de Vester en Suecia, experimentan conmociones violentas en tiempo bonancible.

El de Kestin en Brandeburgo forma hervideros en calma, y levanta torbellinos que sumergen las barcas de los pobres pescadores.

Un lago de Bohemia, cerca de Boleslau, da explosiones que levantan en los aires masas de hielo de muchos quintales de peso.

LAGOS QUE DESAPARECEN.

Muchos son los lagos que se evaporan en verano; pero otros hay, mas curiosos y mas admirables, que teniendo comunicacion con subterráneos les prestan de tiempo en tiempo el tributo de sus aguas. Bajo este respecto es famoso el lago de Gzirnitz en la Carniola: no pocas veces, en un mismo año, se suceden en su madre ejercitándose en sus tareas el pescador, el cazador, el labrador y el segador. Tienen cinco leguas de circunferencia en los años secos, y ocho en los húmedos. En épocas irregulares desaparecen repentinamente sus aguas por unas cuarenta aberturas de su alveo, y entonces saltan en seco luchando con la muerte los peces. Al cabo de algun tiempo vuelve á llenarse.

ISLAS FLOTANTES.

Dáse este nombre á unas verdaderas islas que sobrenadan en el agua por su poco peso específico. En otro tiempo eran citadas como las mas asombrosas maravillas de la naturaleza; mas en el día, habiéndose reconocido su materia ligera, compuesta casi toda de tegidos y raices de árboles que sostienen una capa de cieno vegetal, es fácil explicar ese fenómeno que

se ha hecho ya común. El lago de Saint-Omer, las lagunas de Comacchio, las de Irlanda y España, y el lago de Gerdau en Prusia, presentan varias islas flotantes. Algunas de estas llegan al fin á fijarse á semejanza de lo que la mitología griega cuenta de la isla de Delos.

LAGO DE TITICACA.

Este lago, célebre en la historia, de los Incas, está situado en el Alto-Perú, provincia de la Paz. Tiene mas de cien leguas de circunferencia. Sus aguas son amargas; y de su seno sale un rio, el Desaguadero, que va á perderse en otro lago salado no muy distante. El de Titicaca recibía nombre de una de sus islas, en la cual Manco Capac, el legislador del Perú, pretendió haber recibido su misión del cielo, y donde despues se levantó un templo cubierto de oro. Dicese que al tiempo de la conquista, los naturales tiraron al lago muchos objetos macizos de este metal, y entre ellos la grande cadena de oro que tenía doscientas treinta y tres varas de largo. Hace algunos años se formó una compañía inglesa para secar este lago; pero hasta el presente no se ha puesto en obra esta empresa colosal.

GRUTAS.

LABERINTOS Y CAVERNAS.

La gruta de Antiparos, en el archipiélago de la Grecia ha sido reputada por mucho tiempo la mas hermosa del mundo, ya por su magnitud, ya tambien por el conjunto de preciosidades que encierra. Una caverna rústica os invita á entrar; pero luego se os presentan horribles precipicios, á los cuales se baja desizándose por medio de cuerdas, y se llega por fin á la entrada de la gruta, que se encuentra á 300 brazas de profundidad, y tiene 40 de alto y 50 de ancho. Turnefort, célebre botánico que ha dado una descripción de esta gruta, creyó haber visto en ella un jardín de cristal,

y pretendió haber adquirido una prueba completa de la vegetación de las piedras.

Las grutas de Arcy en las cercanías de Verantou (Yonne) disputan la primacía á la de Antiparos. Compónense de muchas salas que se comunican por medio de corredores estrechos y muy bajos. Una de ellas contiene un lago, cuya profundidad es desconocida todavía, pero todas ellas están adornadas con estalácticas onduladas, con cascadas inmóviles, columnatas, tubos que reproducen los mas ligeros sonidos. Así estas estalácticas, como las estalagmitas de Antiparos, deben su origen á aguas impregnadas de materias calcáreas, de las cuales las primeras quedan suspendidas de la bóveda á modo de carámbanos, mientras que las segundas caen en tierra, representando vasos, vegetales y animales. Y como no se presenta en esas grutas mas que con antorchas, sus hermosas concreciones calcáreas, parecen cristal de roca.

Los modernos han tomado por monumento de la arquitectura naciente una linda obra de la naturaleza, el laberinto, cueva inmensa que, á favor de mil revueltas parecidas á calles subterráneas, se prolonga por debajo de una colina del monte Ida. Es probable que los moradores de Creta regularizaron esa obra colosal de la naturaleza: en el día solo los murciélagos van á buscar en ella un asilo.

En la Carniola, las cavernas de Adelsberg son célebres por sus bellezas pintorescas, y por haberse descubierto en ellas el *Proterus angustatus*, animal singularísimo que vive en el agua, completamente privado de luz, y lleva á la vez pulmones y branquias. Dos son las cavernas de Adelsberg, la de la Magdalena, y la grande caverna, descubierta pocos años ha. Llegase á las salas subterráneas siguiendo un corredor oscuro y bajo; y en una de ellas hay una cúpula inmensa, cuya bóveda y paredes se descubren apenas á la luz de las

antorchas. Otra sala, tambien con cúpula, es llamada el Pequeño-Templo, y de ella se pasa á la del Tormo, que es oval, y cuyas paredes forman anfiteatro. Encuéstranse despues otros corredores y cavernas, cada cual notable bajo uno ó otro aspecto. Levántase en una un grueso pilar que al golpearle dá un sonido parecido al tañido de una gruesa campana; en otra hay una columna naturalmente scanalada. Descúbrese despues el *Tolva*, colosal y hermosísima estaléctica formada por la piedra calcárea que baja formando muchas ondulaciones elegantes, y pliegues preciosísimos. En general los corredores de esas cavernas son bastante anchos para pasar tres personas de frente.

LA OCEANIA.

La Oceania, que forma en el día la quinta parte del mundo, debe ser considerada como la mas inmensa maravilla del universo. Es un laberinto de islas, que se estiende en una línea de mas de tres mil leguas, islas eslabonadas al Sur y al Norte por medio de otras cadenas secundarias; todo ello restos acuso de un antiguo mundo en parte sumergido. La mitología de las islas de Sandwich afirma que Etoa-Rahai, causado de su muger O-te-Papad, la tiró contra nuestro globo: rompióse en mil pedazos, y cada fragmento formó uno de las islas del mar Pacífico. El tronco del cuerpo se aplastó sin duda al Este, y formó la América. La disposición de todas estas islas, la desigual profundidad del mar, los bancos de arena, las peñas á flor de agua que en la Oceania se encuentran, todo parece apoyar la opinion de los que creen con Busche que las cadenas de montañas se continúan debajo las olas del Océano.

Casi todo el mar pacífico está sembrado de masas de coral, sobre toda los estrechos ó brazos de mar que separan las numerosas islas de la Polinesia y de la Australis.



VARIETADES.



LOS ESTADOS UNIDOS.

La primera idea que se presenta al ánimo del viajador europeo cuando despliega delante de él sus magnificencias el suelo americano, es que el nuevo mundo, descubierto por Colon, es tambien una tierra nueva salida de manos del Criador. Comparada con la vieja Europa, le ofrece la América una vegetacion tan abundante y tan rica, sus paisajes se diseñan con tanta grandeza y viracidad, sus vastos lagos y sus magestuosos rios tienen un carácter tan bello y tan sublime, que uno está tentado á creer que un nuevo Eden acaba de levantarse del seno del Océano. Esa oracion repentina y súbita de la república de los Estados Unidos; la rapidez con que ha conquistado su independencia, su riqueza y su poder; el continuo y prodigioso acrecentamiento de su poblacion y de su prosperidad, excitan en nosotros gran asombro y nos dan la idea de un país donde la vida ha de ser mas vigorosa, y donde las leyes del progreso y de la perfectibilidad han de dar resultados mas pronto y mas duraderos. El interés que inspiran las bellezas naturales y la civilizacion en América ha subido de punto en algunos años á esta parte, y por tanto, muchos viajeros, causados de las perspectivas monótonas del mundo antiguo, que no ofrece ya atractivo á su curiosidad, vuelven sus miradas hácia un suelo virgen en

el cual se renuevan incesantemente las escenas mas magnificas.

La descripción de los Estados Unidos exige un género de ideas enteramente opuesto al que es necesario para apreciar las bellezas de las demás países. En el mundo antiguo alguna ruina de lo pasado consiguiese el alma, el centro de atracción de todo cuadro; en sus escenas evita el artista lo moderno y escoge sus puntos de vista, de manera que haga resaltar principalmente en sus diseños la catedral ó el castillo ilustrado por la historia ó por su misma antigüedad; en cada paisaje nos vienen á la mente las mismas ideas, desechamos las que tienen conexcion con los objetos que nos rodean, y únicamente queremos alimentarnos de las yacidas y recuerdos históricos. Lo contrario nos sucede en América, pues al visitar todas nuestras ideas tienden al porvenir. Y lo propio sucede al americano; cuando sigue el curso de sus inmensos rios, su espíritu se lanza constantemente hácia lo futuro: en vez de divertirse mirando unos valles curvosa, y donde las leyes del progreso y de la perfectibilidad han de dar resultados mas pronto y mas duraderos. El interés que inspiran las bellezas naturales y la civilizacion en América ha subido de punto en algunos años á esta parte, y por tanto, muchos viajeros, causados de las perspectivas monótonas del mundo antiguo, que no ofrece ya atractivo á su curiosidad, vuelven sus miradas hácia un suelo virgen en



ra corre en medio de juncos y de flores salvajes. Ese grabado, dice, que me pintó la aldea de ayer, miente, porque la aldea de ayer se ha convertido hoy en ciudad, y acaso mañana se doblará el número de sus habitantes y dará otro mentís al grabado de hoy. En vez de informarme de la antigüedad de una población, sígnese junto al hogar con el lápiz en una mano, y con un pliego de papel en la otra, y está calculando lo que será ese pueblo de aquí á diez años, hasta dónde se extenderá, cuánto valdrá el terreno de sus cercanías, y si será mejor emplear los capitales en acciones de un canal ó de un camino de hierro. Repítanos, pues, que en América el observador zulo ve en los objetos exteriores sus relaciones posibles con el porvenir, y en Europa sus relaciones con el pasado.

Washington es la grande ciudad federal de los Estados-Únidos, para constituir el centro del gobierno, perfectamente independiente de todos los Estados, se erigió en distrito bajo el nombre de Columbia una extensión de ocho millas cuadradas en la cual está fundada la población. Fue concedida esta, bajo un plan gigantesco, pero como por su posición no es susceptible de ser ciudad comercial, existe simplemente como sede del gobierno y como morada de los funcionarios públicos. Lo que en ella llama más la atención, es una grande y magnífica avenida que conduce á una colina en la cual se ha levantado un suntuoso monumento de mármol blanco; esa grande escalinata, y esa rampa, soberbia, guían al Capitolio. Frente de este edificio, al opuesto extremo de la avenida, se descubre el palacio del presidente, llamado comúnmente la Casa Blanca.

Al hablar de la civilización de los Estados-Únidos, uno de los fenómenos más admirables que llama nuestra atención es la desaparición rápida de la raza cobrita.

Cuando los europeos arribaron á las playas americanas, encontraron en ellas poblaciones numerosas y algunas

veces formidables. Los indígenas, restos de una civilización antigua, cuyo dogma primitivo habían perdido, conservaban sin embargo unos usos, unas costumbres y unas tradiciones que, si bien no eran suficientes para conducirlos á una organización social más adelantada, tenían bastante poder para ser conservadas por mucho tiempo.

Carecían en verdad de su prodigiosa actividad antigua, pero conservaban todavía un resto del movimiento de las edades anteriores, al modo de esos proyectiles que, muertos ya, sustraídos á la influencia de la fuerza que los lanzó, continúan sin embargo por algun tiempo su curso al través del espacio.

Proveer para sus necesidades materiales era para esos pobres indios el único anhelo, necesidades poco numerosas entonces y fáciles de satisfacer. Un suelo vasto y fértil, cortado por rios y lagos abundantes en pesca, costas de grande estension, selvas tan antiguas como el mundo, tales eran sus recursos para acallar sus necesidades diarias.

Y además del cultivo del maíz y de la pesca, una caza fácil en los bosques ó en la pradera les abastecía abundantemente de carne para la manutención, y de pieles para garantir sus hijos del rigor de las estaciones: nada más pedían entonces. Muy luego su contacto con los europeos, les hizo sentir nuevas necesidades sin darles medios de satisfacerlas. Antes nada les faltaba para su felicidad; imprevisores para el día siguiente, pasaban la vida sin contar los días, sin que les faltase de la caza y los peligros de la guerra, fuesen para ellos otra cosa que epidemias que llenaban un vacío en su existencia sin comprometer su seguridad. Después todo se trocó para el indio. Necesitaban armas de fuego, municiones, instrumentos de caza y de pesca, restos de los europeos, objetos de lujo: amaban con pasión el aguardiente, ese licor de fuego, como lo llamaban ellos, que debía enervar y diezmar su raza; de generación en generación, acosa con sus furros que las mas enarquizadas guer-

ras. Los despojos de los animales no fueron ya para él simples vestidos, sino objetos de comercio para trocarlos por flores y fusiles, y la dificultad de poder procurárselos era cada día más grande. Los animales salvajes eran cada día menos numerosos, y con el ruido de las ciudades levantadas de repente en sus mismas moradas, se internaron en lo mas profundo... y fué forzoso seguirlos. Las fatigas iban en aumento á medida que los recursos faltaban; la miseria, el hambre, la intemperie, las privaciones, he aquí los enemigos terribles ante quienes iban sucumbiendo unos pueblos en otro tiempo afortunados. ¡Cuántas madres, cuántos hijos no pudieron soportar tantas correrías, y perecieron en el corazón de las selvas!... ¡Qué de valientes guerreros, qué de atrevidos cazadores perdieron la vida en los combates que tenían que sostener contra las naciones cuyo territorio atravesaban! El Hudson, ese rio tan animado ahora, en cuyas márgenes se levantan en el día cien pueblos como el de Wats-point, quintas suntuosas, monumentos como esa columna levantada á la memoria del polaco Kosciusko, que á ejemplo de Lafayette combatió por la independencia americana; el Hudson arrojó millares de cadáveres, y se tiñó con sangre de los desdichados indios. Y demás de todos esos males, de tiempo en tiempo les fué preciso luchar contra los europeos, para quienes quedaba siempre el campo; y entonces no tenían otro remedio que abandonar el puesto, dar un adiós á los restos de su nación, tomar consigo los huesos de sus padres, única patria que les concedían ya, y llevar á otra parte su miseria y su desesperación.

En la actualidad, cuando la población europea comienza á acercarse al desierto ocupado por una nación salvaje, el gobierno de los Estados-Únidos envía comunmente á esta una embajada solemne; los blancos reúnen á los indios en una vasta llanura, y después de beber comido y bebido juntos

les dicen: "¡Qué haceis en el país de vuestros padres! En breve tendreis que desenterrar sus huesos para vivir en él. ¡No hay bosques, lagos y praderas mas allá de estos sitios! Al otro lado de esas montañas que rayan con el horizonte, mas allá de ese lago que linda con vuestro territorio, se encuentran vastas comarcas en que abundan los animales salvajes; vendiéndon vuestras tierras é idos á vivir felices en aquellas." Y diciendo esto les enseñan armas de fuego, vestidos de lana, barriles de aguardiente, collares de vidrio, brazaletes de estaño, pendientes y espejos. Las mugeres y los niños, deseando poseer esos objetos preciosos, insisten á los guerreros para que tengan lugar la venta. Si aun con esto vacilan, se les insiste que no les queda otro camino que acceder, y que muy luego el gobierno de los Estados-Únidos será impotente para garantizar el goce de sus derechos. Entonces se alejan silenciosos, y van á habitar nuevos desiertos para que al cabo de diez años les arrijen tambien de ellos los blancos. He aquí de qué modo adquieren los americanos á vil precio provincias enteras que los mas ricos monarcas de Europa no podrian pagar. Colocando el viagero en la cima del monte Holioc, que le parecen de un valor inestimable esas mugeres riquísimas bañadas por el Connecticut, ¡No forma un paisaje el mas pintoresco, el mas animado, todo cuanto se ofrece á su vista! Pues bien; esa tierra encantadora no les ha costado á los blancos mas que la voluntad de poseerla; verdad es que tambien han vivido en esos paisajes, que les han dado los atractivos del cultivo, que han deramado sobre de ellos el tinte inefable y consolador de la civilización; verdad es que esto es una nueva tierra comprada con la de los pantanos y selvas gigantesca de otro tiempo; pero todos los prodigios del arte no son capaces de hacer olvidar unas usurpaciones atroces.

¡Y son tantos los prodigios del arte

que se descubren en los Estados Unidos. . . Crázanse en todas direcciones los canales, los buques de vapor que surcan las corrientes, los caminos de hierro que han cortado las distancias de una manera prodigiosa. El que escribe estas líneas se ha trasladado en pocos minutos de Little-Falls á Egipt, entre cuyos puntos medía la distancia de quince millas. No bien se tiene tiempo de pensar que uno está de vingo cuando vuelan los coches sobre los carriles de hierro, y en un abrir de ojos la distancia está ya franqueada. La vida que se pasa en los Estados-Unidos es toda de actividad, de cálculo, de abstracción de sí mismo cuando se meditan operaciones, y de arrojo y mero positivismo cuando se ponen en planta.



ARNOLDO DE MELCHTAT.

EPISODIO HISTÓRICO.

La hermosa época de la historia suiza, aquella que precede y sigue inmediatamente á la emancipación de los cantones, nos muestra los batidos imperiales del Austria, en rebelion con los pastores de Tualdisteten. Estos pastores, hombres apacibles, unidos á los emperadores, y naturalmente dispuestos á dejarse gobernar según una costumbre antigua, estaban por otra parte ansiosos de obtener sus fueros, y se concepiaban incapaces de permanecer mucho tiempo bajo el ominoso yugo de batidos crueles y disolutos. Así esta libertad que conquistaron casi respetuosamente y á su pesar, no tenía á sus ojos mas que el derecho de sustraer á la lujuria ó á la rapacidad de los señores austríacos, el honor de sus mugeres y el patrimonio de sus hijos. De aquí aquel carácter de rectitud, de justicia, y al mismo tiempo de heroica firmeza, que distingue la resistencia y la victoria de estos pastores;

de aquí tambien los durables beneficios de una revolucion, que arreglada tan pronto como cumplida, no deja subsistir á su lado en lugar de ambiciones rivales, mas que una compacta falange de hombres libres.

En la noche del miércoles, antes de S. Martiá, en el mes de Noviembre de 1507, Furst, Melchiat y Stauffacher, llevaron cada uno diez hombres honrados de su país que les habian abierto lealmente su corazon. Cuando estos treinta y tres hombres valerosos, llenos de sentimiento por su libertad hereditaria y por su eterna alianza, unidos por la amistad mas íntima por los peligros del tiempo, se encontraron reunidos en Gattli, no tuvieron miedo ni del rey Alberto, ni del poder del Austria. En aquella noche, con el corazon conmovido y dándose todos las manos, hoy aquí lo que prometieron: "En esta empresa ninguno de entre ellos negaría según sus propias ideas, ni abandonar á los otros; vivirían y morirían en esta amistad. Todos mantendrían, según el consejo comun, al pueblo inocente y oprimido de los valles, en los antiguos derechos de su libertad, de manera que todos los suizos gozarian para siempre los frutos de esta union. No guiarán á los condes de Habsburgo, de cualquier manera que fuese, sus bienes, sus derechos ó sus siervos; los gobernadores, su comitiva, sus criados y sus soldados mercenarios no prenderían una gota de sangre; pero la libertad que habian recibido de sus antepasados, quisieron conservarla intacta y trasmitirla á sus nietos."

Habiendo tomado todos esta firme resolucion y en el pensamiento de que su éxito dependia prablemente del destino de toda su posteridad, cada uno de ellos miraba á su amigo con semblante confiado y le estrechaba cordialmente la mano. Entonces Furst, Stauffacher y Melchiat, con los brazos levantados al cielo, juran en nombre de Dios, que ha creado á los emperadores y á los aldeanos de la misma raza, defender juntos la libertad como

hombres. Los treinta, al oír esto, levantaron la mano y prestaron en nombre de Dios y de los santos este mismo juramento. Caminaban de acuerdo respecto á la manera de ejecutar su proyecto; por lo pronto todos regresaron á sus cabanas, se callaron y cuidaron de sus rebaños.

La insolencia de los batidos no conocía ya límites. Tan pronto irritaban gratuitamente con despreciativos sarcasmos el honrado orgullo de los montañeses, tan pronto abusaban de sus derechos imponiendo sentencias inicuas.

Un día en que Enrique Auderhalden de Melchiat se hallaba en la labor con su hijo Arnoldo, llegó un mensajero de Laudenberg, baile de Sarnen, y le pidió su magnífica yunta de bueyes. Viendo estas honradas gentes tan inusitada arbitrariedad, y esperando sacar partido en términos cancelatorios, el viejo Enrique preguntó que por qué cabes se le pedían sus bueyes, y suplicó que al menos le dejasen terminar los sacros que quedaban por hacer en la tierra.

—Si el labrador quiere cultivar su campo, que tire el mismo del arado.

Entonces Arnoldo se lanzó sobre estos hombres arbitrarios, y con su palo rompió dos dedos al soldado que los escoltaba; en seguida, para huir de la venganza del baile se fugó á las montañas. Este jóven labrador es el mismo que hace poco vimos en Girullil alzar la mano entre Furst y Stauffacher, bajo el nombre—desde entonces inmortal—de Melchiat.

Esta es la escena que Mr. Legerdon, de Ginebra, ha trasladado al Juízo.



PEDRO PABLO RUBENS.

I.

La historia de las artes cuenta en su gran catálogo, infinidad de hombres

eminentes: todos han contribuido mas ó menos á dejar consignado un nombre que respetará la posteridad; pero son muy pocos los que han logrado despertar la admiracion universal. Rafael, Miguel-Angel, Velazquez, Murillo, Van-Dick, Rubens. . . Detengámonos. No hay duda que existe cierta analogía seductora, entre la deslumbrante riqueza del pincel de este artista, y la magnificencia real de que se vio cercado durante su vida. Pablo Rubens vivió en las principales cortes de Europa; tuvo íntimas relaciones con las primeras dignidades del mundo y hasta con sus monarcas, y de aquí su gran facilidad en reproducir con la fecundidad que le caracteriza, los magníficos ropajes, los pomposos ornamentos y los admirables adornos que ha multiplicado su inimitable pincel. Ni el estudio, ni las vigiliás, hubieran podido suministrarle aquel caudal de profundos conocimientos, que adquirió con sus frecuentes viajes y con sus repetidas embajadas. Rubens es uno de los pocos pintores que han sido felices, atravesando el periodo de su carrera artistica; pudo libremente, sin luchas de ninguna clase, satisfacer todos sus deseos, y nunca se presentó á sus ojos mas que el bello cuadro de la naturaleza que solicitaba reproducir.

El papel de Rubens en la historia de las artes es de las mas alta importancia, no por los numerosos y buenos discípulos que ha tenido, los cuales bastarian para el cimiento de su gloria; en la historia de la pintura tiene su nombre otro título, un título independiente del merito de sus discípulos y del número de sus obras. . . Rubens es jefe de una escuela que ha cambiado y renovado la faz de las artes.

Es cierto que estodió con especial cuidado y afición las escuelas romana, florentina y veneciana; pero creemos—y sin vez nos atrevemos á decir mucho—que de esta misma perseverancia en la obra, extracion asídina de distintas escuelas, nació el romano, ni al dorenti-

no, ni al veneciano. Adivinó, sorprendido los secretos del arte y se sirvió de ellos para encontrar el suyo propio: lo que le enseñaron sus primeros maestros, desaparece al contemplar la individualidad de su escuela.

Tal vez haya quien nos pregunte en lo que consiste la individualidad de Rubens; de qué modo se separa de la escuela italiana. Rubens ha sido el primero que ha buscado la grandeza y la belleza exterior, en el idealismo de la parte armoniosa y sana de la figura humana; Rubens ha sido el primero que ha querido sacar de la realidad tomada en sí misma y por ella misma, todo cuanto podía contener de seductor y magestuoso.

Para conocer, para admirar, no tuvo precisión de recurrir á la mirada angelical de Rafael, ni á sus actitudes, tan distantes del mundo real, ni á sus facciones, tan puras y divinizadas que no podrían descender á la vida humana sin una manifiesta profanación. Rubens se contenta con la naturaleza que tiene delante de sus ojos, llena de savia y de energía, llena de movimiento y de placer, y lejos de corregir lo que en un principio le parecía exuberante é irregular, exagera lógicamente en provecho de una idea el carácter del modelo. No obstante, Rubens sí, como Rafael, las figuras italianas, vivió, como él, en el campo de Roma; pero sin duda llegó á comprender que Rafael había agotado los recursos de la expresión ideal, acaso sintió que no alcanzaría ninguna gloria siguiendo sus huellas en un camino tan frecuentado; prefirió abrir una nueva senda y traspasar por ella con completa libertad.

La escuela romana se había entregado enteramente á la pureza de los contornos, á la armonía de las líneas, sacrificando con gusto á las exigencias del dibujo, tal como ellas lo había concebido, los caprichos de la luz, los accidentes, los episodios revelados por una observación atenta, pero que tenía cierto carácter de mezquindad. Rubens entonces toma un método opues-

to; en vez de someter el color á la forma, escoge en el modelo lo que halla mas inmediatamente pintoresco, esto es, el color, y para hacer este carácter mas sensible y poderoso, exagera á costa de la forma, pero sin separarse nunca de una lógica admirable que al únicamente posee, puesto que Rubens inventa para producir un efecto dado, siempre inteligible y real.

Si la pintura italiana es casta y santa, la pintura de Rubens es singularmente atrevida, pues observa á la naturaleza y la reproduce bajo el prisma de la realidad; pero la realidad que nos presenta se asemeja tan poco á las trivialidades de la vida usual, que es mas bien un objeto de estudio y admiración que una provocación lasciva y desordenada. Hay mucha verdad en aquellas carnes palpitanes llenas de sangre y de vida, cierta cosa grande y elevada, superior á nuestra naturaleza. Rafael idealizó el orden, Rubens idealizó el movimiento.

Si de estas consideraciones puramente estéticas descendemos á intereses mas inmediatos, Rubens es tambien un digno asunto de reflexiones y de estudio; no hay mas remedio que remontarnos á su época para comprender y seguir la reaccion pintoresca de la restauración: solo pensando en Rubens es como se comprende el origen de la escuela inglesa; y por último, aun cuando Rubens no sirviese para explicar el simbolo en derredor del cual se reanuda las mas lisonjeras esperanzas acerca de la historia de las artes, se sacaría un gran provecho estudiándole, no solo como grande artista, como un hombre extraordinariamente hábil en la ejecución de una pintura, sino tambien por una individualidad constante y por su perseverancia en no haber obedecido nunca mas que á sus propias inspiraciones.

II.

LA DECLARACION.

Pedro Pablo Rubens nació en Colonia el 29 de Junio de 1577; su familia,

que era noble, vino á establecerse en Amberes en la época de la coronación del emperador Carlos V. Juan Rubens, su padre, católico ardiente, despus de haber ejercido en esta ciudad las primeras magistraturas, ausentóse de allí al cabo de algunos años para huir de las turbulencias religiosas, y regreso á Colonia con su esposa, en cuya poblacion compró una casa, en la cual María de Mélicis debia espasar el año de 1634. La madre de Rubens, Doña María Pipeligon, tuvo siete hijos, siendo Pedro Pablo el menor de todos ellos. En un principio le destinaron al estudio del foro, y ya se habia señalado por sus progresos adelantados, cuando murió su padre en 1587. La desconsolada viuda volvió con él á Amberes, donde el jóven Pedro Pablo terminó sus estudios de filosofía con notable aprovechamiento, pues hablabá y escribía en latin con tanta facilidad y pureza, como pudiera hacerlo con su lengua materna.

Colocóle su madre en calidad de page en casa de la condesa de Lulain, á cuya señora debió consideraciones muy especiales.

Púsenbase un día por el jardín con dicha señora, y habiendo llegado esta á un banco de piedra donde tomó asiento, dijo á Pedro Pablo:

—Rubens, sientate á mi lado, que quiero hacerte una pregunta.

El jóven se acercó con cesiva timidez, y obedeció á la condesa.

—¿Qué tenias que preguntarme?

—Hace algun tiempo que observo en tu fisonomía, prosiguió la condesa de Lulain, la expresión del mas vívido pesar. ¿Qué te falta? ¿Tienes alguna queja de mí? ¿No es de tu gusto el empleo de page, que tienes en mi casa?

—Señora, respondió Rubens, mi buena madre se ha empeñado en dar un giro opuesto á mis naturales inclinaciones, y de aqui procede la profunda tristeza que notais en mí. Soy muy amable; mientras he estado á vuestro servicio, no he hallado mas que moti-

vos para espresaros mi gran reconocimiento, en vista de las singulares atenciones con que os dignais distinguir-me; y se aumenta mi pesar al conocer que nunca podré hacermne acreedor á tan espresivas manifestaciones.

—¿Por qué, hijo mío? preguntó la condesa con su acostumbrada amabilidad.

—Porque la carrera que me han obligado á emprender no es de mi agrado, y no puedo ser agradecido el hombre á quien entran las sus inclinaciones. Sin embargo, señora, yo desearia de ver ingrato con vos, si vos os propusierais abrimme la senda por la cual deseo transitar; si venciendo las preocupaciones de mi madre la convencieseis de lo mal que hace, obligándome á aceptar lo que yo no puedo acozer benignamente.

—Bien, dijo la duquesa sonriendo, revelame tus inclinaciones, y cuenta desde luego con mi apoyo.

—De veras, señora! exclamó el jóven enagado de contento. ¿Me dais palabra? ... ¿Que feliz soy!

—Supamos, hijo mío.

—Pues bien, señora; la naturaleza se ha presentado á mis ojos con todos sus encantos; yo he visto el mar ensorbecido, furioso, amenazando sepultarme en su abismo, y lejos de estermarme me ha parecido hermosos; miro al hombre dominado por las mas indignas pasiones, y al examinar su tesa graciable fisonomía, esclamo: "¿Qué hermosa cabeza para un criminal!" Veo la muger espirando, y al paso que los otros huyen, yo me aproximo; y digo: "¡Esta ligubre expresión la puede producir el pincel de un buen artista!" Creo haberlos confesado que ambiciono ser pintor.

La condesa sonrió, le apretó la mano; el jóven besó la de la condesa, quien se alegró del jardín diciendo: —Cuenta con mi apoyo y cooperación.

Y Pedro Pablo lloró de gozo. La condesa habló á Doña María Pipeligon, y no sabemos lo que dijeron an-

bas; pero la historia dice, que á los tres días de este suceso la condesa entró en el famoso taller de pintura de Adán Van-Ort, y vió á su page muy afanado dibujando una boca y una oreja.

III.

ADÁN VAN-ORT.

Había transcurrido cerca de un año: en uno de los más hermosos días de Octubre, se celebraba en Amberes la festividad de San Rafael: la condesa de Lalin se llamaba Rafela, y nada más natural que solemnizar el aniversario de uno de los primeros títulos de Flandes. Serían las diez de la mañana cuando nuestra amable condesa presenció—al lado de su esposo—la mesa espléndida que se había preparado para dar un brillante almuerzo á todas aquellas personas hácia las cuales condescendía la condesa una distinción especial. Todos estaban ya sentados y había dado principio el almuerzo, cuando dijo la condesa por lo bajo á su esposo:

—Mucho me extraño, querido esposo, que Rubens no haya venido.

—Aun no tarda, respondió el conde. Con efecto, al poco rato apareció un criado anunciando á D. Pedro Pablo Rubens. Instantáneamente se presentó el antiguo page citando á su cuervo un riquísimo vestido, y sosteniendo en su mano, con una gracia especial, un chambergo de anexas alas con una magnífica pluma blanca, cuyo extremo superior besaba suavemente la sombra del comedor. En la mano izquierda llevaba un papel de cartulina enrollado.

—Os echábamos de menos, amable jóven, dijo la condesa sonriendo al aparecido mancobo.

—Lo que me anunciáis me espanta, respondió Rubens, porque justifica el singular aprecio que me profesan en vuestra morada, pues siempre se ocha de menos aquello que se desea.

Los demás convidados hicieron igua-

les demostraciones de atención y complacencia, y fueron estrechándose las distancias á fin de dar cabida en el baquetel al jóven pintor. Sin embargo, este, antes de tomar asiento, y después de haber entregado el sombrero á un criado, desenrolló el papel que llevaba en la otra mano, y mostró á los ojos de la condesa la bella imagen del arcángel San Rafael, dibujada con una inteligencia extraordinaria.

—Muy bien, caballero, dijo la condesa; os doy la mas cumplida enhorabuena por vuestros vivibles adelantos.

—Señora condesa, dijo el antiguo pagecillo inclinando la cabeza, recibid esa pequeñez, tributo de mi escaso ingenio; pero al mismo tiempo, como una verdadera espresion de los primeros pasos dados por vuestro page en la carrera de las artes. Vos habéis sido mi protectora, aquella buena señora que logró vencer las preocupaciones de mi madre, que se negaba á dejarme emprender una profesion que me encantaba, y en la cual tengo la agroracia de presentir mi futura felicidad.

(Continuará.)

MOISES EN EL OREB.

SONETO.

Del sur en el desierto caloroso
Penetró fatigado el israelita:
Devoradora sed su labio agita,
Y corre en busca de agua precioso.
Fuentes halló en Elim y halló reposo:
Aquesta tribu errante y aun prospera;
Hoy de dolor su corazón palpita,
Suspira triste ó llora silencioso.
Miró Moisés de su querida gente
El terrible dolor que palecia
Por falta de agua y el calor ardiente:
Sube al Oreb en la mitad del día,
Hiere un peñasco que brotó un torrente
Y hace el pueblo á Jehová plegaria pia.
RAFAEL GONZÁLEZ PARRA.

VARIEDADES.

PEDRO PABLO RUBENS.

III.

ADÁN VAN-ORT.

(CONCLUYE.)

La condesa recibió el significativo agasajo de su protegido, y dió gracias por el recuerdo. Al pie de la imagen decia: *Tributo de afecto y reconocimiento que hace á la noble señora condesa de Lalin, su mejor amigo y humilde servidor, Pedro Pablo Rubens.* La condesa leyó sonriendo satisfactoriamente la dedicatoria, é inclinó la cabeza repetidas veces mientras leía. Luego soltó la preciosa estampa y suplicó á su page que se sentara. La condesa de Lalin contó este día en el número de los más felices de su vida. Un corazón sensible y generoso se complacía extraordinariamente con estas sencillas manifestaciones que nacen del alma. «¿Quién duda que esta noble señora estaría haciendo silenciosamente: "Si este jóven llega á ser un celebre pintor, á mi me lo deberé!" Y esta sola reflexion bastaba para llenar su alma de fétile y placer.

Terminó el almuerzo, y todos pasaron á la sala principal. La condesa iba siempre al lado de su dichoso protegido. Sin embargo, Rubens clavó sus ojos sobre la hermosa péndola que estaba en la sala; la esfera señalaba la

una menos algunos minutos, y el pobre jóven se acordó con pesar de que no era día de precepto; que los talleres estaban abiertos; que su maestro era un hombre intolante y cruel con sus discípulos, y que en la situacion de aprendizaje en que se encontraba le era de todo punto imposible poder disponer de su tiempo.

Nuestros lectores sabrán el rigor de los artistas de aquellos tiempos: á pesar de la categoría que disfrutaba Pedro Pablo en la sociedad por su nacimiento y demás cualidades, no podia sustraerse á la rigidez de la disciplina que los profesores imponian á sus discípulos indistintamente. Antes, pues, que recibir una reprobacion y verse castigado, preferió Rubens ausentarse de casa de la condesa y acudir presuroso á su taller.

La condesa, lejos de desconocer lo que su page le espuso en disculpa de su ausencia, accedió á ella con notable sentimiento, y Pedro Pablo partió prometiendo asistir al concierto que se celebraba en su casa aquella misma noche.

Llegó Rubens al taller de Adán Van-Ort, hombre de extraordinaria habilidad en su arte, pero disipado y tirano. Entró el jóven en su cuarto de estudio, y al punto le rodearon casi todos los discípulos preguntándole dónde había estado, á la vez que le participaban, con cierto temor, que el maestro había preguntado por él repetidas veces, que estaba embriagado, y le

bas; pero la historia dice, que á los tres días de este suceso la condesa entró en el famoso taller de pintura de Adán Van-Ort, y vió á su page muy afanado dibujando una boca y una oreja.

III.

ADÁN VAN-ORT.

Había transcurrido cerca de un año: en uno de los más hermosos días de Octubre, se celebraba en Amberes la festividad de San Rafael: la condesa de Lalin se llamaba Rafela, y nada más natural que solemnizar el aniversario de uno de los primeros títulos de Flandes. Serían las diez de la mañana cuando nuestra amable condesa presenció—al lado de su esposo—la mesa espléndida que se había preparado para dar un brillante almuerzo á todas aquellas personas hácia las cuales condescendía la condesa una distinción especial. Todos estaban ya sentados y había dado principio el almuerzo, cuando dijo la condesa por lo bajo á su esposo:

—Mucho me extraño, querido esposo, que Rubens no haya venido.

—Aun no tarda, respondió el conde. Con efecto, al poco rato apareció un criado anunciando á D. Pedro Pablo Rubens. Instantáneamente se presentó el antiguo page citando á su cuervo un riquísimo vestido, y sosteniendo en su mano, con una gracia especial, un chamberg de anexas alas con una magnífica pluma blanca, cuyo extremo superior besaba suavemente la sombra del comedor. En la mano izquierda llevaba un papel de cartulina enrollado.

—Os echábamos de menos, amable joven, dijo la condesa sonriendo al aparecido mancobo.

—Lo que me anunciáis me espanta, respondió Rubens, porque justifica el singular aprecio que me profesan en vuestra morada, pues siempre se oía de menos aquello que se desea.

Los demás convidados hicieron igua-

les demostraciones de atención y complacencia, y fueron estrechándose las distancias á fin de dar cabida en el baquetel al joven pintor. Sin embargo, este, antes de tomar asiento, y después de haber entregado el sombrero á un criado, desenrolló el papel que llevaba en la otra mano, y mostró á los ojos de la condesa la bella imagen del arcángel San Rafael, dibujada con una inteligencia extraordinaria.

—Muy bien, caballero, dijo la condesa; os doy la mas cumplida enhorabuena por vuestros vivibles adelantos.

—Señora condesa, dijo el antiguo pagecillo inclinando la cabeza, recibid esa pequeñez, tributo de mi escaso ingenio; pero al mismo tiempo, como una verdadera espresion de los primeros pasos dados por vuestro page en la carrera de las artes. Vos habéis sido mi protectora, aquella buena señora que logró vencer las preocupaciones de mi madre, que se negaba á dejarme emprender una profesion que me encantaba, y en la cual tengo la agraciada de presentir mi futura felicidad.

(Continuará.)

MOISES EN EL OREB.

SONETO.

Del sur en el desierto caloroso
Penetró fatigado el israelita:
Devoradora sed su labio agita,
Y corre en busca de agua precioso.
Fuentes halló en Elim y halló reposo:
Aquesta tribu errante y aun prospera;
Hoy de dolor su corazón palpita,
Suspira triste ó llora silencioso.
Miró Moisés de su querida gente
El terrible dolor que palecia
Por falta de agua y el calor ardiente:
Sube al Oreb en la mitad del día,
Hiere un peñasco que brotó un torrente
Y hace el pueblo á Jehová plegaria piá.
RAFAEL GONZÁLEZ PARRA.

VARIEDADES.

PEDRO PABLO RUBENS.

III.

ADÁN VAN-ORT.

(CONCLUYE.)

La condesa recibió el significativo agasajo de su protegido, y dió gracias por el recuerdo. Al pie de la imagen decia: *Tributo de afecto y reconocimiento que hace á la noble señora condesa de Lalin, su mejor amigo y humilde servidor, Pedro Pablo Rubens.* La condesa leyó sonriendo satisfactoriamente la dedicatoria, é inclinó la cabeza repetidas veces mientras leía. Luego soltó la preciosa estampa y suplicó á su page que se sentara. La condesa de Lalin contó este día en el número de los más felices de su vida. Un corazón sensible y generoso se complacía extraordinariamente con estas sencillas manifestaciones que nacen del alma. «¿Quién duda que esta noble señora estaría haciendo silenciosamente: "Si este joven llega á ser un celebre pintor, á mi me lo deberé!" Y esta sola reflexion bastaba para llenar su alma de fértil y placer.

Terminó el almuerzo, y todos pasaron á la sala principal. La condesa iba siempre al lado de su dichoso protegido. Sin embargo, Rubens clavó sus ojos sobre la hermosa péndola que estaba en la sala; la esfera señalaba la

una menos algunos minutos, y el pobre joven se acordó con pesar de que no era día de precepto; que los talleres estaban abiertos; que su maestro era un hombre intolante y cruel con sus discípulos, y que en la situacion de aprendizaje en que se encontraba le era de todo punto imposible poder disponer de su tiempo.

Nuestros lectores sabrán el rigor de los artistas de aquellos tiempos: á pesar de la categoría que disfrutaba Pedro Pablo en la sociedad por su nacimiento y demás cualidades, no podia sustraerse á la rigidez de la disciplina que los profesores imponian á sus discípulos indistintamente. Antes, pues, que recibir una reprobacion y verse castigado, preferió Rubens ausentarse de casa de la condesa y acudir presuroso á su taller.

La condesa, lejos de desconocer lo que su page le espanta en disculpa de su ausencia, accedió á ella con notable sentimiento, y Pedro Pablo partió prometiendo asistir al concierto que se celebraba en su casa aquella misma noche.

Llegó Rubens al taller de Adán Van-Ort, hombre de extraordinaria habilidad en su arte, pero disipado y tirano. Entró el joven en su cuarto de estudio, y al punto le rodearon casi todos los discípulos preguntándole dónde había estado, á la vez que le participaban, con cierto temor, que el maestro había preguntado por él repetidas veces, que estaba embriagado, y le

aconsejaban que se marchara si no quería experimentar las terribles consecuencias de su mal reprimida cólera. Rubens contestó:

—He faltado, porque he tenido que dar cumplimiento á un deber sagrado.

—¿Hayel escudado uno de los compañeros?

—Yo no hevo, respondió Pedro Pablo con dignidad. Los originales son los que hayen, y yo no lo soy.

—Rubens se apartó de sus camaradas, y llamó á la puerta del cuarto de estudio de su maestro.

—¿Puedo pasar adelante?

—Si señor, contestó con voz bronca Van-Ort.

Y Rubens se puso grave y sereno en la presencia de su maestro, el cual comenzó á reprenderle con una aspereza inusitada y brutal, á punto de obligar al jóven aprendiz á interrumpir á su maestro, para decirle que moderase su juicio, y se abstuviera de apostrofarle de una manera tan poco digna de un hombre que profesaba el sublime arte de la pintura.

Adán Van-Ort, que se vio reconvenido con tanta dignidad y fuerza de razón, dió riendas á su enfurecimiento, y hasta se atrevió á sacar una Biblia con láminas que tenía sobre la mesa; peroafortunadamente la embriaguez no le permitió hacer caerla la pintura, y el sagrado libro pasó volando por encima de la cabeza del jóven aprendiz, el cual, viendo que su maestro se preparaba para un nuevo desacato, salió del aposento y dejó encerrado á su obrio antagonista, temeroso de que le siguiera. Rubens se alejaba para siempre del taller, mientras que Van-Ort gritaba y daba fuertes palmateos en la puerta para que le abriesen.

Pedro Pablo contó á su madre lo que había sucedido; por la noche, refirió esta misma anecdota á la condesa, quien aplaudió su resolución, ofreciéndole buscarle otro maestro mas digno de su aplicación y demas excelentes cualidades.

IV.

LA SORPRESA.

Ocho dias despues de este acontecimiento, se hallaba Rubens, merced á las recomendaciones de la condesa de Lalain, en el taller de Otto Venio, pintor que no tenía rival en aquella época. Cuatro años estuvo á su lado, al cabo de los cuales pudo, sin trabas de ninguna especie, trabajar bajo sus propias inspiraciones. Otto Venio escribió una carta muy atenta á la condesa de Lalain, en que la decia que desde aquel momento declaraba pintor á su protegido D. Pedro Pablo Rubens, á la vez que vaticinaba que seria con el tiempo uno de los primeros artistas del mundo civilizado.

La condesa de Lalain, orgullosa y satisfecha con los progresos de su protegido, tuvo una conferencia con él, y le preguntó lo que deseaba. El jóven manifestó sus deseos de pasar á Italia, y la condesa de Lalain le proporcionó acto continuo cartas de recomendación de los archiduques Alberto é Isabel.

El día 20 de Mayo de 1600, se despedía Rubens de su madre y de la condesa de Lalain, y salía de Amberes lleno de entusiasmo, para visitar á Venecia y estudiar en ella las obras del Ticiano, el Veronés y el Tintoretto.

Hallándose en Mantua, en la misma casa donde se hospedaba vivía un caballero á quien Rubens no conocia, pero al cual miraba incesantemente, y de una manera particular. Repetía el caballero, y deseando saber el objeto de tan repetida observación, le dijo un dia:

—Caballero, yo no tengo el gusto de conoceras.

—Ni yo á vos tampoco, lo conozco Rubens.

—¿Por qué me miras tanto?

—Os lo diré muy pronto. Porque tenéis una fisonomía expresiva, porque vuestra cabeza es una de aquellas que yo temaria por modelo para mis mas privilegiadas concepciones.

—¿Sois pintor?

—Si señor.

—¿Queréis retratarme?

—No deseaba otra cosa, respondió Pedro Pablo con regocijo.

Un mes despues preguntaba el caballero el precio de su retrato, y Rubens le contestaba:

—El consentimiento de dejarme sacar una copia para llevarla conmigo.

—Concedido, amigo mio.

Y apretándole la mano, se alejó diciéndole:

—Os pagaré.

Trascurrieron dos dias, y entró en el aposento de Rubens este mismo caballero; el jóven pintor estaba dormido, pero despertó al ruido que hizo la puerta.

—¿Qué queréis? preguntó Rubens incorporándose.

—Tomad, le dijo el amigo.

Y le dió un pliego. Rubens rompió la enva y halló una credencial del duque de Mantua, en la que le concedia el honor de ser su pintor de cámara, al mismo tiempo que le daba el título de gentil-hombre.

—Espécadme, caballero, exclamó Rubens.

—Somos compañeros, le dijo el amigo abrazándole dulcemente. Os he pagado conforme mereceis.

—¿Quién sois?

—Un gentil-hombre del duque; este le vió mi retrato, he hablado de vos, y el duque os quiere conocer.

—Si, pasare á darle las gracias por tanta honra, y á vos otro abrazo por tan inesperado favor.

Se abrazaron otra vez. A los doce de aquel mismo dia, Rubens y el gentil-hombre entraban en el palacio del duque de Mantua.

Con su variada erudicion y con la figura de sus medales, conquistó el aprecio del duque, á punto de darle la honorífica comision de pasar á España para ofrecer al rey Felipe III una magnífica carroza y un tiro de seis caballos napolitanos. A su regreso de esta mision pidió permiso al duque, y

pasó á Roma para estudiar las obras maestras de los primeros pintores del mundo.

V.

LA CARTA INESPERADA.

El archiduque Alberto le mandó hacer tres cuadros para adornar la capilla de Santa Elena, y al cabo de algunos meses partió para Florencia donde el gran duque le dispuso la acogida mas satisfactoria, pidiéndole un retrato para colocarle en la galeria de los pintores celebres. En Florencia estudió las obras maestras de escultura antigua, pero despertó de haber pintado algunos cuadros para el gran duque, se dirigió á Bolonia y seguidamente regresó á Venecia impulsado por la singular predileccion que tenia hacia los artistas de aquella escuela. Despues de haber hecho graves y serenos estudios en las galerias de esta ciudad, tornó á emprender el camino hacia Roma, y no bien hubo llegado á la ciudad eterna, cuando el papa le mandó pintar un cuadro para ponerlo en su oratorio de Monte-Cavallo. Los cardenales Chigi, Rospiolosi, el condestable Colonna, la princesa de Bassaniare y los hermanos del Oratorio, imitaron el ejemplo del santo padre.

Aun no habia visitado á Milan ni á Génova, y quiso pasar á estas dos poblaciones á fin de completar sus estudios. En Milan dibujó la Cena de Leonario, y conocido con anticipacion en Génova por sus famosas pinturas, fué colmado de honores por la nobleza. La belleza y benignidad del clima, le decidieron á prolongar allí su residencia, durante la cual, coleccionó los plenos de los mas hermosos paisajes que encierra, y los mandó grabar cuando regresó á Flandes.

Escribió Rubens á su madre, poniéndole la belleza del pais que habitaba, y aconsejándole que pasase á él para hacerle compañía, cuando recibió una carta que abrió instantánea-

mente y leyó estas terribles palabras: "Venid á Amberes volando si queréis recibir la última bendición de vuestra madre."

LA CONDESA DE LALAIN"

Rubens rompió llorando la carta que estaba escribiendo, y se puso inmediatamente en camino con dirección á Amberes. Había mandado un criado, delante para que se anticipara y anunciara su llegada; pero le faltaron dos leguas que andar para entrar en Amberes, cuando vio venir á su criado, triste y citando un luto rigoroso.

—Mi madre ha espirado ya! exclamó Rubens dolorosamente; y apeándose del carruaje que lo conducía, salió al encuentro de su criado, el cual confirmó con sus palabras el triste presentimiento del joven pintor.

Pedro Pablo se separó del camino y penetró en lo mas profundo de un bosque sombrío, se quitó el chambergo, hincó la rodilla en tierra, y dirigió al Eterno una sentida plegaria por el alma de su difunta madre. Dos horas mas tarde, visitaba el cementerio de Amberes, y lloraba desconsolado delante de la tumba que enterraba los restos mortales de la que le dió el ser.

Se propuso en seguida levantar á su madre un magnífico mausoleo, cuyo epitafio compuso el mismo.

VI.

CONCLUSION.

En Amberes, fué Rubens calzado de continuos homenajes y singulares manifestaciones; preparándose ya á partir para Italia, cuando el archiduque, y su esposa le llamaron á Bruselas, á cuyo llamamiento acudió al instante, y allí le concedieron una pensión y le dieron la llave de chambelán; sin embargo, obtuvo del príncipe el permiso de vivir en Amberes. Compró en esta capital una casa espaciosa, y reedificó parte de ella á la romana, formando al propio tiempo una colección de pinturas y de antigüedades,

con lo que dió á su morada toda la apariencia de una residencia real. El año de 1610 contrajo esponsales con Isabel Braut, sobrina de la muger de su hermano mayor, Felipe Rubens, secretario de la ciudad de Amberes, y el archiduque le concedió la extraordinaria honra de tener sobre la fuente bautismal su primer hijo, al cual le dió su nombre.

Rubens se contemplaba dichoso; la suerte le sonreía á cada paso: de manera, que unos elogios tan universales, y unas demostraciones tan espontáneas y sinceras, hacían impotentes las envidias de Abrahán Jauseus y de Vincencias Zerberger, émulos suyos en el sublime arte de la pintura.

El archiduque le mandó pintar una *Sacra familia* para su oratorio, y admitido en la cofradía de San Ildefonso, ejecutó para la capilla de la orden una obra maestra en su género, esto es, una *virgen sobre un trono de oro, dando la casulla á San Ildefonso*, sin haber querido recibir de ella retribución alguna.

Después de haber enriquecido á su patria con innumerables producciones suyas, dió á conocer su talento en un género de trabajos, hasta el cual no le consideraban apto. Los jesuitas de Amberes habían adquirido cierta cantidad de mármoles negros, blancos y jaspados, que habían cogido los españoles á un corsario argelino, y que iban destinados á la construcción de una mezquita; pero los jesuitas quisieron edificar con ellas una iglesia.

Rubens dió los planos del edificio y pintó treinta y seis cielos rasos. (*)

Maria de Médicis puso los ojos en este pintor, cuya reputación había llegado á ser europea, y en su consecuencia, le llamó á Paris el año de 1629. Luego que recibió las órdenes de la reina, partió para Amberes, y acabó en el espacio de veinte meses, veinticuatro composiciones, que contie-

(*) Desgraciadamente un rayo de corrió estas obras en 1718.

non, bajo una forma alegórica, toda la historia de la reina: Maria le mandó pintar una serie igual acerca de la vida de Enrique IV: comenzó los bosquejos; mas estas obras no fueron terminadas, porque sobrevinieron nuevas reyertas entre la reina y su hijo.

Durante su residencia en Paris conoció al duque de Buckingham, favorito de Carlos I, quien le hizo presente los deseos que tenía de reanudar las relaciones y la amistad de las coronas de España y de Inglaterra, y le rogó que para este efecto despegase toda su influencia cerca de la archiduquesa Isabel. De vuelta á Bruselas, obrando en un todo conforme á las órdenes de Isabel, sostuvo una correspondencia diplomática con el duque.

El año de 1625, tuvo el fatal sentimiento de perder á su esposa, y á fin de distraer el pesar, resolvió recorrer mas ciudades monumentales. Continúo su viaje hasta el Haya, no aravesando una ciudad sin penetrar en los talleres y sin dejar en ellos testimonios de su extraordinaria generosidad. Pero es de suponer, que el verdadero objeto de su viaje fuesondear los estados generales del Haya, como Isabel se lo había encargado.

Nuestro rey Felipe IV, informado de sus relaciones con Buckingham, le mandó llamar para conferenciar acerca de la reconciliación de las dos coronas. Partió con el consentimiento de Isabel, y llegó á Madrid en el mes de Setiembre de 1627. Después de varias entrevistas, en las que Felipe tuvo lugar de apreciar, así como el duque de Olivares, los talentos y la penetración del embajador. Rubens fué nombrado secretario del consejo privado de Isabel. En fin, después de diez y ocho meses de residencia en la corte de España, recibió sus instrucciones y sus credenciales para Londres, al mismo tiempo que una sortija curiosa de diamantes, y seis caballos andaluces; pasó á Bruselas para confesar su misión á la archiduquesa, y

desde este punto se embarcó para Inglaterra.

Buckingham había fallecido; pero tuvo la destreza de relacionarse con el canceller y logró lo que solicitaba, puesto que no trascurrió mucho tiempo sin que el rey deseara verle. Le interrogó acerca de los motivos de su viaje, y le mandó hacer su retrato; mientras que el retratado hablaban largamente respecto á las dificultades que separaban las dos coronas, y Rubens entonces se explicó con mas claridad, y le transmitió sus instrucciones: al cabo de dos meses de negociaciones se enabalaron las bases del tratado de paz. El rey de la Gran Bretaña, para asegurarse su reconocimiento, le hizo caballero, y embobeció mas sus armas, añadiendo á ellas un cuartel con un león, y en pleno parlamento sacó la espada y se la dió á Rubens, le regaló además el diamante que llevaba en su sortija, y una banda, tambien esmaltada de diamantes. Regresó Rubens á España, donde fué nombrado gentil-hombre de cámara del rey, y secretario del consejo de estado de los Países Bajos, y por ultimo, volvió comado de bienes y de honores á Amberes, donde se casó con Elena Porment, célebre por sus riquezas, por su nacimiento y su hermosura.

Dedicóse á su pintura, y durante un largo periodo, no la abandonó mas que una vez á invitación de la archiduquesa, que le dió una misión secreta cerca de los Estados de Holanda. Mientras la desempeñaba, supo que había muerto su propietaria la condesa de Lalain.

Por los años de 1634, experimentó violentos ataques de postr, que se fueron aumentando en términos, que durante los dos últimos años de su vida, no podía ya sostener el pincel. Falleció el día 30 de Mayo de 1640. Su viuda le hizo levantar un mausoleo en la iglesia de San Jacobo en Amberes, en cuya capilla existe un cuadro maravilloso por su efecto.

Sus compatriotas y admiradores

elevaron una estísta á su memoria en Amberes.

SUPLICIO DE JUANA GREY.

Comenzaba el sol á aparecer en el horizonte, y á penetrar sus rayos por los vidrios de las ventanas de una habitación baja situada en la calle de Guil-Hall en Londres. En este momento se hizo sentir la gruesa y desahogada voz de un hombre, que desde lo alto de una escalera que conducía al piso superior, escitaba la tardadad de teatro ó cinco criados que estaban vistiéndose. Cuando conocio debían haber concluido, bajo aquel hombre que parecía ser su amo. Uno de los criados le presentó un hacha que examinó detenidamente; echó una mirada en el arroyo, y preguntó bruscamente: si no estaba Fairy. Al mismo tiempo llegó este, saludó al que poco antes había preguntado por él, y mostró una hacha que traía anillada y brillante; presentándose como su oficio un subalterno al examen de su superior é inteligente á la vez, no obstante que conservaba el aspecto de una persona confiada en sí mismo. Después de consultarle atentamente su amo á nuestro, le dijo con acentos de satisfacción:

—Perfectamente, Fairy; tu cumplimiento corresponde á la misión que hoy te destino á cumplir la Providencia; pero medita en lo que te resta que hacer. Veré en qué te habrá pasado de haberte apartado de Edimburgo para venir á Londres, y de haber trocado la correa y curtidor piel de los liras escocesas, por el delgado cutis de los señores de Inglaterra.

—Yo agradeceré mucho que os hayáis acordado de mí, señor Jack, y confieso hacéis mas de lo que me tenéis ofrecido, y mas tambien de lo que yo me prometía.

—Voy á ser franco; aunque seguramente mis deseos son de que ascendas y prosperes, basta que seas recomendado de lord Murray; sin embargo, no te hubiera encomendado la ejecución de hoy en Tyburn, si no tuviera que hacer yo en la torre. Sabes tú que no acontece todos los dias la gloria de separar la cabeza del tronco en un mismo dia, y sobre un mismo tajo, al abuelo, al padre y al marido de una reina.

—Pardiez! reposo Fairy, que aun habéis reservado la mejor parte, os habéis guardado para vos la reina.

—¡Bah! replicó Jack con cierta sonrisa que denotaba su indiferencia; una muchacha de diez y siete años que se morirá antes de que la toquen. Si no fuera por la vanidad de derramar la sangre real... me sería enojosa; qué diablo... una mujer al fin.

—Pero decidme; ¿por qué la separan de su familia, y por qué se verifica la ejecución de su sentencia en el interior de la torre?

—Porque tienen miedo de que su juventud y su belleza interesen demasiado al pueblo.

—Y si es culpable, ¿por qué se han de interesar?

—Porque aun hay muchos que creen son mas legítimos sus derechos que los de nuestra reina María Tudor, y quien piensa tambien que si no son preferentes, no debe por lo menos ser víctima de la ambición de su abuelo, que la ha injustado y puesto en el caso de proclamarse reina.

—Al diablo si convengado algo, repuso Fairy; y me parece que si lady Juana Grey tiene derechos al trono de Inglaterra, nuestra reina, la bella María Estuard, los tiene tambien, y muy fundados.

—Iguales son exactamente, replicó Jack, con sola la diferencia de que María es hija de un rey extranjero, mientras que Juana es de pura sangre inglesa.

—Tan embrollada es esa historia como una madeja de algodón irlandés,

replicó Fairy; no quiero romperme la cabeza en comprenderla, solo encomiendo á la luz de mi hacha el aclararla para mí y para la reina María Tudor.

—Magníficamente discurre, no negaría cruz escocés, y escocés de los que hieren brutalmente y sin saber por qué.

—Pues bien! supuesto que aun nos queda una hora antes de cumplir nuestro deber, explicadme por qué á lady Juana la ha condenado el parlamento, cuando ya la habia reconocido.

—Escucha, pues, dijo Jack, y vosotros tambien, añadió dirigiéndose á los que presenciaban esta escena; voy á probaros que el otro de los reyes es como el hacha del verdugo, que solo se posee para matar ó para morir. Cuando falleció el santo rey Enrique VIII, dejó tres hijos; nuestro buen sobrano, que murió hace seis meses, Eduardo VI, y sus dos hermanas la reina María y la princesa Isabel. La primera es hija de Catalina de Aragon, y la segunda de Ana Bolena, á quien yo tuve el honor de decapitar con mis propias manos. Desde luego parecían indudable que debían suceder á Eduardo su hermana María y despues Isabel; pero aconteció que su padre Enrique VIII, habiendo cometido la ilegalidad de sus matrimonios ó la delibación del parlamento, este declaró los dos últimos ilegítimos, y por consiguiente incapaces á sus hijas de sucederle. Así es como veis que despues de la muerte de Eduardo no tiene heredero inmediato el trono.

—Eso está bien, dijo Fairy; pero no comprendo todavía cómo por eso tiene Juana mas derechos que nuestra María Estuard.

—Es muy sencillo, repuso Jack. Si Enrique hubiera sucumbido sin hijos ó si estos hubieran muerto ó estuvieran declarados ilegítimos, como sucede, ¿á quién correspondía el trono?

—Tomó! repuso Fairy, á Margarita de Inglaterra, hermana inmediata de Enrique.

—Y despues, añadió Jack, á María de Inglaterra, su hermana menor, no es cierto?

—Pues bien! exclamo Fairy. —¡Pues bueno! repuso Jack; ¿quién representa hoy los derechos de Margarita, hermana de Enrique VIII?

—Pardiez! exclamo Fairy encantado de este descubrimiento; nuestra reina María Estuard, nieta de Margarita, la que casó con nuestro rey Jacobo IV y tuvo á Jacobo V, que es el padre de nuestra María; así es que la reina de Escocia es tambien la verdadera reina de Inglaterra, pues que desciende de la hermana mayor del rey Enrique.

—Bueno bien; como está declarada como extranjera, como hija de Escocia, mientras que lady Juana, hija menor de María, hermana de Enrique VIII, es inglesa por todos cuatro costados.

—Y cómo ha de ser eso? repuso Fairy; la princesa María casó con Luis XII rey de Francia.

—Es verdad, continuó Jack; pero cuando enviudo regresó á Inglaterra y se volvió á casar con el duque de Suffolk, á quien hoy te toca hacer la gracia. De este enlace tuvo una hija que se desposó con lord Enrique Grey, que tambien te pertenece, y de este matrimonio nació lady Juana Grey, que me reservo yo, y que es la muger del joven Dudley, á quien te recomiendo particularmente.

—Entonces, si la calidad de extranjera excluye totalmente del trono de Inglaterra á María Estuard, no me parecen tampoco incuestionables por la misma razon los de lady Juana.

—Precisamente esa es la cuestión que exclamo de nuevo Jack. Mientras que los partidarios y adictos de Juana la proclamaban reina, María Tudor, hija mayor de Enrique VIII, ha hecho entender al parlamento con el acta por la que estaba declarada ilegítima, é incapacitada por tanto de subir al trono, habia sido adoptada á influencia de la mas execrable iniquidad; la han re-

conoció como apta para suceder á su padre; y auxiliado su lógico razonamiento con un ejército de 40,000 bayonetas, ha probado suficientemente que ella sola era la que tenía razón, y que lady Juans era una usurpadora y criminal.

—Y por eso la condenan á muerte! dijo Fairy.

—Por eso y no obstante, que es ese vejatorio de duque quien lo ha hecho todo; hasta la declaración de Eduardo VI, que designaba á lady Juana por su heredera.

—Y no había también otra de Eduardo VIII, en favor de María Estuard, para en el caso en que su sucesor Eduardo muriese sin hijos!

—Ciertamente, pero que lo medite bien, pues que lady Grey poseía un título parecido, y mas le vale permanecer en la pobre Escocia, porque si no...

—Bañ! exclamó Fairy, aprovechad la ocasión, que no sucede lo que hoy todos los días; no se encuentran á cada paso en el trono reinas que se complazcan en condenar á muerte á sus rivales y parientes.

Diciendo esto se separaron: tres criados acompañaron á Fairy, que se dirigió á Tiburn, y uno solo siguió á Jack á la torre.

Cuando llegó la tarde, Fairy fue el que primero regresó; su continente era firme, sereno, y parecia como satisfecho de sí mismo. Preguntó por su maestro Jack, y se admiró de que aun no hubiese vuelto. Discurrió sobre lo que motivaría tan prolongada ausencia, conjeturó por doquier que era urgente reemplazarle, porque estaba ya torpe y viejo. Mientras tanto disponían la mesa, en la que sirvieron una enorme marmita rebosando un guiso de tajos de carne que hacia sentir su fragancia envuelta en los vapores que despedía. Cuando mas entretenidos estaban haciendo alarde de sus toscas oportunidades, abrió la puerta y se presentó Jack pálido, triste y profundamente preocupado. El erizado que

le acompañaba venia como él, trémulo. Despues que pasó del umbral de la puerta, sacó de debajo de la capa su pesada cuchilla, y levantándola por encima de su cabeza la arrojó con toda su prodigiosa fuerza á la pared que tenia enfrente, donde penetró, vibrando por largo tiempo el cabo o mango como si la sostuviera una mano convulsiva.

—¡Maldición, exclamó: qué infamia!

El mas grande silencio reemplazó á la alegría de los que le miraban, rodeáronle todos y quisieron informarse de lo que producía aquel acceso de desesperación, pero nada respondió, y solo repetía ocultando el rostro con las manos:

—¡Si! lo que he hecho es infame, infame!

En seguida tomó un jarro de cerveza, lo apuró de un solo trago, y dijo: —Comamos.

Se sentó á la mesa; todos le consideraban con una curiosidad que reprimía la sombría expresión de su semblante. Comia brutalmente, y bebía de la misma suerte; despues, se detuvo, apoyó la cabeza entre sus manos, sus facciones se iban calmando poco á poco de la alteración que experimentaban, y Fairy se aventuró á decir:

—¿Y bien, señor Jack, qué tenéis!

—Fairy, le contestó con acento alterado, ¡lo que he hecho es una maldad! Imaginate que llegué á la prisión, y me introdujeron en la sala donde habia de cumplirse la sentencia; el tajo estaba ya dispuesto, y tres soldados guardaban cada puerta; mas apenas habíamos llegado, cuando se apareció una mujer: esta mujer era la princesa Isabel.

—La princesa Isabel! exclamó Fairy.

—La misma, que su hermana María Tudor tiene encerrada en la torre, no obstante que nadie la acusa.

(Continuará.)

VARIEDADES.

SUPLICIO DE JUANA GREY.

(CONCLUYE.)

—Y fué por acaso á considerar la suerte que la amenazaba!

—No sé, repuso Jack; estubo examinando largo rato aquella estancia; despues se acercó á mí y tambien me examinó con atención, en seguida succedió fuertemente las losas del suelo con el pie y preguntó: —¿Está muy profunda esta sala! — Los ayres de un niño, le contesté, no llegarán á oídos de su madre. —Y desparece facilmente de estas piedras la sangre que se derrama en ellas; añadió, y repliqué: — Algunas pintas de agua bastan para que se borren todas las manchas. Se sonrió, y olvidándose de los que la mirábamos, apoyó una mano en el tajo, y empezó á reflexionar, porque poco á poco se preocupó de tal manera que hablaba consigo misma; mas no pude entender ni una sola palabra de las que dijo. Al punto ordenó á un soldado la guara al encierro de lady Juana, y salió. La entrevista debió ser larga, pues que hasta despues de una hora no vino un oficial que nos encargó estuviéramos prontos; casi al mismo tiempo apareció lady Juana Grey. Mucho

habia oído hablar de su belleza, pero nunca me habia figurado fuese una mujer tan hermosa, tan jóven y tan noble, ni que se presentara tan serena y resignada en tan cruda prueba. Acompañábanla dos sacerdotes católicos, uno de ellos erizado por la reina á fin de convertirla á la verdadera fe, y para ayudarla y disponerla á sobrellevar la muerte, mas no consiguiendo nada con sus exhortaciones, la dirigió una arenga fulminando los mas implacables anatemas para intimidar su conciencia á vista del fatal instrumento que debía cortar el hilo de sus días. Le mostraba el tajo sobre que rodaría su cabeza, le pintaba lo mas vivamente que le era posible los tormentos del suplicio; tomé de mis manos la cuchilla, y blandíéndola de manera que el reflejo de la luz la hacia brillar siniestramente á sus ojos, le consumaba con amenazas horribles y con la certidumbre de la eterna condenación. Todos los que presenciaban aquel espectáculo se estremecían, temblaban, solo ella tranquilla, serena y completamente resignada, parecia tan serena como una estatua, y como si no comprendiera nada.

—Yo creo, dijo lady Juana, que el peso respectivo de las faltas de cada criatura, sea por sí solo el que haga inclinar mas ó menos la balanza de la justicia divina, y que no alivia ni agrava la consideración de los pecados, las plegarias ni las maldiciones de los hombres. A Dios se recomentan las almas como se recomiendan un acusado

á sus jueces, pero no se le seduce ni se le compra; esto es lo que la corte de Roma ignora ó pretende ignorar. Dispensadme, pues, ya, de escuchar por mas tiempo vuestras exhortaciones. El sacerdote se retiró, entonces exclamando:—¡Mueres infeliz en la impenitencia fatal y eterna condenación! La misdijó y salió. Juana sonrió tristemente, y volviéndose hacia el oficial que mandaba la escolta, sacó una carta del pecho y le dijo:—Queréis entregar mi última despedida á mi hermana!—Señora, contestó el oficial, la pondré en sus manos aunque ignore su contenido, y no obstante la orden que tengo de la reina María para impedir estralante la prision ningun papel escrito de vuestro puño.—Podéis cederaros de su contenido si gustais; repuso lady Juana. El oficial la abrió y se mostró vacilante.—¡Encontrais algo de culpable en el postrero adios que da una muger á su hermana en el instante de sucumbir! ¡Temeis acaso que una cosa tan simple excite la ira de vuestra reina!—No creo, señora, contestó el oficial receloso, que pueda atraerme responsabilidad, ni que encierre criminalidad de ningun género, porque es muy reducida; pero no sabría dar razon de su contenido, porque tan corta como es, está escrita en caracteres para mi desconocidos.—Sí, dijo tristemente lady Grey, es un último homenaje á mi culto, un adios á mis últimas inclinaciones; he escrito esa carta en un idioma extranjero y muerto tambien, como estaré yo dentro de breves instantes.

Es el mismo idioma que se hablaba en la bella Grecia, que coronaba sus hijas para embellecerlas mas; en el idioma que se refiere, y en que aprendí yo el sacrificio de Ifigenia sobre el mismo altar que erigió la ambicion de su padre. Bien, llamó á sir Tomas, obispo de nuestra iglesia de Inglaterra, y encerrado como yo en esta torre, él podrá leeros esa carta. Un soldado fué á llamar á sir Tomas, y mientras tanto Juana se paseaba lentamente á lo largo de la sala de la ejecucion;

á poco se detuvo como sorprendida, al ver aparecer al teniente—conserje de la torre.—Y bien, exclamó, que... no pasó adelante, porque el recien llegado comprendió donde iba á parar la pregunta que le dirigia, y exclamó alguna tanto conmovido y con cierto acento de solemnidad:—Todo acabó, señores.—¡Todo! repitió ella: despues añadió, han sucumbido...—Como héroes, dijo el teniente.—¡El duquel exclamó Juana Grey.—Con desden y valentía.—Mi padre.—Serenó y con admirable resignacion.—¡Y Dudley!—Dudley, sonriendo y señalando al cielo.—Ya voy; voy, exclamó lady Juana, cayendo de rodillas, á reunirme para siempre contigo, mi Dudley.—Ciertamente que han sucumbido como valientes, dijo Fairy con acento conmovido; y despues?

—Llegó sir Tomas, repuso Jack; tomó la carta y la leyó en inglés y en alta voz: ¡Misericordia divina! nada tan hermoso como esta carta. La desventurada é ilustre jóven se compadecía de su hermana; iba ella á sucumbir, y procuraba infundir resignacion y esperanza en el ánimo de los que debían sobrevivir; lady Juana iba á morir, y al mismo tiempo perdonaba; ella era la víctima y pedía al cielo gracia para sus verdugos. Fairy; era desgarrador el cuadro que presentaba aquella interesante criatura que ofrecia á mi cuchilla su garganta, y que se mostraba en medio de aquel impotente y lúgubre aparato, rodeada de soldados, con un sacerdote en hábitos pontificales, yo, carceleros y otra porcion de hombres que debiamos ya tener el corazón petrificado, y que sin embargo rodaban nuestras lágrimas desde la mano de un niño castigado por la blanda mano de su madre, mientras que ella permanecía serena y brillante en su rostro la expresion de la mas completa tranquilidad.

—Y despues? exclamó Fairy.—Despues fuí quien desaté el broche de su gargantilla; mis manos cor-

taron sus frescos cabellos. Por mi alma Fairy que temblaba como un mandria, me dirigia con bondad la palabra, me faltaban las fuerzas, tenia oprimido el corazón, y cuando todo estaba dispuesto, pregunté tres veces seguidas por el hacha sin notar que la tenia junto á mí. Se detuvo como para darme tiempo á que la hallara, y conociendo sin duda mi turbacion, dijo ella misma:

—¡Dios sea bendito! vale mas morir que matar. En seguida se arrodilló, calculé el espacio que habia de medir la cuchilla, y levantándola en alto di un golpe y herí, pero cobardemente, cerrando los ojos y volviendo la cabeza...

—Pero cayó, dijo Fairy.—No, repuso Jack, mi pulso temblaba, y aquella delicada garganta, tan flexible como la de un cisne, no la tronché esa hacha del primer golpe y me fué preciso secundar. ¡Maldicion! sí, una infamia es el suplicio de tan bella é inocente criatura. Estaba yo trastornado, y cuando nos quedamos solos, ocupados en lavar la sangre y guardar el tajo y demas utensilios que habian servido á la operacion, entró la princesa Isabel, echó una mirada en torno de aquella fatal estancia, y dijo:

—Bien, ¡ya no existe!—Eacucha, Fairy, si es cierto lo que dicen de que la reina María Tudor se halla enferma y amenazada de muerte, y le sucediese en el trono la princesa Isabel, anulando el acta de declaracion de su ilegitimidad, será necesario tambien que en aquella misma estancia y sobre el mismo tajo se derrame la sangre real, la sangre de una muger, y si tal sucediera, Fairy, yo te juro que primero me cortaría la mano que cumplir otra vez mi terrible deber.

—¡Me cederais la vez? preguntó Fairy.

—Sí, y séate dado á tí no deshonrar tu profesion como yo la he deshonrado hoy!

Veinte años despues de estos acontecimientos y de esta conversacion, cuando Isabel hizo decapitar á María Estuard, Fairy, el verdugo, tuvo tambien necesidad de secudir dos golpes para separar la cabeza del tronco de aquella hermosa muger.

MONSANT.

I.

El tiempo y los hombres estamos pasando un período de crisis. Mientras que el progreso liberal y el socialismo de Lamentais adelanta en el Mediodia de la Europa por medio de las guerras civiles, los inviernos nos parecen mas crudos, y las estaciones se hacen mas desiguales: con la gigantesca industria que crea sus máquinas de vapor en todas las combinaciones del mecanismo, van desapareciendo los bosques, y las minas de carbon metálico se van agotando. Todavía no entran en el cálculo político esas prodigalidades del día, y esa indiferencia culpable para con los siglos futuros, que son tanto mas criminales, cuanto hace mas de cien años predijo Colbert la ruina de Francia por esta causa, y es de creer verán las naciones cultas cumplirse la profecía de aquel grande hombre á medida que se multipliquen los caminos de hierro.

La desamortizacion de los inmensos bienes del clero ha contribuido poderosamente en España; á esa devastacion febril en que se han empleado los capitales, convirtiendo los grandes bosques en viñedos y praderas, haciendo necios de maderas y abaratando la leña por uno ó dos años; utilidad momentánea y parcial que redunda en perjuicio y despues en esterminio de una fuente de riqueza general.

Durante los diez últimos años, hemos visto destruir el magnífico arbolado de Monsant en Cataluña, y no du-

damos habrá sido lo mismo en otros puntos de la Península. La sierra, desnuda en toda su superficie, inspira tristeza al país que ya empieza á sentir los funestos efectos de la tala mencionada, y el combustible vegetal será reemplazado pronto por el mineral que habrá de ser trasportado de muy lejos.

Es preciso ver las rocas de Monsant para formarse una idea del grandioso y sorprendente punto de perspectiva que ofrece al curioso, cuyas estradas pueden divagar desde las cumbres del Pirineo á las playas de Mallorca y hasta los puertos del Maestrazgo. Enormes peñascos de forma caprichosa, ralles profundos, grietas y abismos en el corazón del monte, varias ermitas en su recinto y vertientes, las ruinas de la Cartuja de Scala-Dei, de que nos ocuparemos en un artículo especial, al Mediodía de su ladera, dan á la sierra cierta semejanza con los desiertos de la Taberna. Empero ya no existen las encinas gigantes, los colosales pinos, uno de los cuales llamado el abad, tenía cerca de cuarenta palmas de corona en 1837, época en que fué cortado, y los impenetrables matorrales de madroños y bojales, el fuego y el hiebro han derribado por espacio de muchas leguas las tomas, los ciervos y los corzos, antes numerosas en la comarca, han abandonado el suelo que ha destruido la mano del hombre, ha disminuido la raza que se encuentran refugiada en los dominios del Cerdo, cerca de Tortosa. Monsant es una continuación de las cordilleras meridionales del Pirineo, una mole calcárea que las revoluciones físicas han sobrepuesto, cortada y pelando en el país. Parece una aguililla tendida cuyas alas sobreviven figuradas por un lado, y cuyas plumas forman los cerros, entre los cuales hay un sin número de pequeñas valles muy sombrios, algunos llenos todavía de maleza.

Enumerar una por una las maravillas naturales del monte, fuera harlo prolijo, tales si el reino mineral contiene cañeras del rico jaspe y de gra-

nito, el anima, cría con mano pródiga vivoras magnitud extraordinaria, y el vegetal mas de mil especies y arbustos, plantas ó yerbas de mucha estima.

Una de las curiosidades de Monsant, y al mismo tiempo objeto de cierta superstición en el país, es una cueva que llama santa, grieta húmeda situada en la falda del monte, y al pié del pico mas culminante, á cuatro mil pies sobre el nivel del mar, cuyas simundidades están llenas de estalactitas hecemos, de peñascos de figura fantástica y de relieves en todas direcciones que la agua ha formado con el tiempo. En 1845 reparamos estaba, casi enjuta la cueva, era el 25 de Setiembre.

Tiene mas de dos mil pies de tránsito, y á voter cuarenta de altura, y creemos ha sido interceptado algunos agujeros que daban entrada á otras subterráneas de la caverna. El piso es de piedra, y en los puntos de gruda muy fina. Las cristalizaciones mas curiosas han sido agrandadas para servir de ornamento de museos, y apenas hay un palmo que no se recienta del pico de los ciervos. Todavía recordamos que siendo niños, nos llevó la curiosidad de penetrar sin luz en la cueva, y al pisar entre tinieblas su ruido inundado de agua, se le antojó á mi compañero divisar á un gigante con un solo ojo en la frente como el de Sindbad, y al dar el grito de alarma, huimos, no sin tropezar, dando sendas porrazos por ser la entrada estrecha y de pendiente resbaladiza. Tampoco hemos olvidado la promera, que hicimos en aquella sierra en 1843, en compañía de varias señoras que irrían en la amable condescendencia de entrar en la cueva Santa, caso raro entre ellas; pero con el firme propósito de no volver á verla ni de lejos, voto cu-ya cumplimiento ha sido bien triste para una de aquellas.

Otra de las maravillas es una Peña ó morro del ramal que mira hácia el Mediodía, llamada la *Martorella*, situada encima de la pequeña población nueva

de Scala-Dei, y no por tener particularidad alguna en su exterior, sino por ser el punto de apoyo á los vapores del Ebro y ser en ella donde empiezan á menudarse las tempestades de la comarca por una nube blanca y diminuta cuyas sinistras intenciones conocen desde luego los campesinos. Una sola vez hemos sido testigos de aquel extraordinario fenómeno que creemos era en 1826. Es en efecto un espectáculo magnífico, ver formarse uno á sus pies un átomo de vapores que en menos de dos horas ha de inundar las llanuras y amedrentar con el rayo. Desde lo alto se ve el firmamento azul, sin mancha, iluminado por el grande astro; y en lo bajo cae la lluvia sin interrupción sobre hojas y flores, los barrancos se convierten en rios caudalosos, los pantanos parecen lagos; fuertes nogales y viejas encinas arrancadas por el huracán son arrastradas por la corriente; las ramas dobladas que parecen que levantanse, vuelven á caer bajo el peso de las gotas; aquella naturaleza en lágrimas con los mugidos del temporal es el grande luto que entristece, porque ese desequilibrio de estaciones y las frecuentes tormentas que de pocos años á esta parte se van sucediendo tienen conternado al país, pues destruyen los plantíos y sembrados, hunde las casas y se llevan la tierra vegetal.

En una cueva próxima á Margalef sigue un hueso antiguo, negrozco, de olor fuerte, que creemos es el verdadero petróleo ó aceite de roca. La cordillera en su interior se compone de una capa de roca calcárea, cuya corte aparece indudable en el extremo contiguo á la sierra de la Elena, separada por el río de Ulldemolins de Monsant; en efecto, los mismos relieves, su espesor, las fajas y color son idénticos en ambos lados y es una prueba clara de que el fondo de aquella última población fué un estanque cuyo desagüe se verificó con la ruptura de la estrecha garganta de la roca que hoy día nos lo indica. Debajo las ma-

sas calcáreas siguen varias capas desiguales de tierra calbura, en la cual se encuentran las canteras que hemos referido; y una de ellas, de precioso jaspe, está cerca de la ermita de San Juan del Codolá, llamada así por las grandes pedras, en catalán codols, que desprendidas de lo alto del monte rodean el santuario tan celebrado en esta comarca. La línea de division entre las capas primitivas y el monte, desde Norte á Mediodía la forma el río Cúrana, y en apoyo de nuestra opinión es la observacion que hemos hecho de que del lado de Monsant nunca se han encontrado hinojos marinos como en las cordilleras fronterizas, lo cual corrobora lo de la traslación difusiva de la mole á aquel sitio.

Pero en reemplazo del hinojo, ¿cuánta riqueza no ofrece el reino vegetal! En el extremo oriental, taldo enteramente se encuentran algunos arbustos y varias plantas de buen aroma; pero la parte mas pintoresca es la que mira entre Norte y Poniente. Todavía se conservan allí pinos y encinas; los matorrales están formados de espárgos, sabinas y enebros; entre su espesura se encuentra la ruña, la dulcamara con su flor violada; la cicuta con manchas negras en el tallo, y el acónito de flor azul. La cicuta, cuando es tierna, si se frota con las manos desde un olor parecido al de la orina del gato. Vecina á la cicuta está la frezera de flor blanca, la rubia; la manzanilla hiedionda y el milen, rana de plor desagradable. También son abundantes en el monte la tarmica que produce el esforzado el quitón, el espárgo, la angélica de raíz frangélica, el hielito negro de tallo veloso, cuya flor púrpura manchada de vino y cuyo sabor del es engaña al paladar embriandose un veneno; la ciemática-vitalba, yerba de gordioseros, cuyas hojas frescas ullan la piel; la verbena, el gordolobo, el helecho sombrío, el torongil, el romero, la pimpinela, la yerba mora, la lechuga pontosiosa, la digital, el tor-yjeco, la laureola, el yaro, la granza,

el rosal silvestre, el geranio, la centaurea, la genciana, la poligala, la salvia, el laurel, la gayuba, cuyo fruto embriaga, el arrayán y el cedro que hemos visto en una finca propia de D. José Dulcet de Cornudella. Una fuente que hay no lejos de la Morera está rodeada de mirtos, y otra en el corazón del monte llena de élaboros. También hemos encontrado en la sierra el espiño cervino, el espanta lobos, la globularia, la cinaglosa, el apio de perro, la sardimera, la cacabiosa, la escorzonera, el grosellero negro, el brusco, la imperatoria, el marrubio, la prunella, el cantueso, la alhucema, el mezerion, el ranunculo, la celidonia, la cariofilada, la agrimonía, la filipendula, la consuelda, &c. &c. &c. La mayor parte florecen en Mayo, y hemos visto recoger las mieses en Septiembre algunos años.

Del reino animal encierra su recinto vivoras de dos pies de longitud, que creemos es el máximo reptil. La mordedura de la vivora es tan venenosa, que ha habido ejemplos de haber muerto no pocos á las dos horas, y todos los días hay desgracias entre leñadores, pastores y el ganado. Conocemos un fabrico de Cornudella que llevó un día hasta el último extremo de la economía el cálculo de la cocidicia. Mordido en el pie en Monsant por una vivora, después de cogida esta y machacada sobre la herida, que se cree ser el mejor antidoto, regresaba á la villa de una distancia de una legua, y por haberse roto un costo de trigo, tuvo la paciencia de irlo recogiendo grano á grano por el camino hasta media fanega; y habámonos cargo, de que además del dolor de la herida, cuando llegó á casa tenía el pie muy hinchado, agrorrotada la pierna, vascas, vómito, en una palabra, el veneno obrando ya en todo su organismo.

Las aguilas que se crían en el monte son blancas y pequeñas; en cambio son de primera magnitud los buitres, como que uno muerto en 1846 tenía

doce pies del extremo de una ala al de la otra. Los gavilanes tambien son pequeños, hay algunos buhos, cuervos y grajos; corzos, ciervos y lobos, casi han desaparecido del todo.

II.

Es fundada la opinion de la traslación diluviana de la cordillera de Monsant, cuyas masas calcáreas están hoy día sobrepuestas encima de capas de areniscas y fajas de cuarzo que tampoco creo primitivas; los cartujos, cuyos conocimientos en geología y botánica eran bastante profundos, habian hecho varias observaciones en apoyo de la teoría de los sacudimientos é inundaciones gigantescas que conserva la tradición, y cuya esplanación ha dado fama inmerecida á un ecleciante escritor del siglo pasado.

La población de la sierra fué en el siglo XI, y á buen seguro los monges de San Bruno principiaron el desmonte de la comarca, que al presente se ha convertido en tala universal. En aquella época de barbarie, bajo el imperio del feudalismo, cuando todavía el islamismo ocupaba una parte considerable de la Península, era una locura ó vocación cristiana aislarse en un desierto, cuya posesion pertenecía al vencedor de una lucha religiosa; y por lo mismo sangrienta, y no solo habíamos por los conventos de los discípulos de San Bernardo y otros fundadores, sino por las comunidades del bello sexo, que algunos años despues se espaciaron por las solitudes de las selvas y montes, expuestas á deplorables vejaciones, y sobre todo buscando asilos ascéticos en los parages en que por precisión debían estar con mayor cuidado, para velar por su seguridad material que no la espiritual, pues dicen: no anda el diablo en los montes.

Los restos de aquellos tiempos de penitencia se ven en las ruinas de las ermitas ó santuarios de San Bartolomé, San Antonio, Santa Bárbara, Santa Magdalena y San Juan, llamado vul-

garmento del Codolá, de los cuales algunos existen todavía. Sabiendo desde el valle que ocupa la cartuja de Scala-Dei, á mano derecha estaba la ermita que fundó el obispo de Urgel D. Andrés Capilla, y por dicho motivo se llamaba del obispo, cuyos alrededores son pintorescos por formar el monte una media luna de montecillas, un anfiteatro encima el desierto. Desde la ermita se divisan las aguas verduzcas del Ebro, y las aguas de Monsant reunidas en aquel punto con artificial, forman dos arroyos copiosos que se reúnen en un acueducto magnífico que las conduce al fondo del valle. El santuario de San Antonio de Montealto, á la izquierda de la cartuja, tambien está destruido. El de Nuestra Señora estaba situado sobre los picos orientales de la sierra, desde donde se descubren las ciudades de Lérida y Tarragona, los Pirineos, las Baleares, y las riberas del Ebro. Los robles flamencos que ocupaban la loma meridional del santuario han sido cortados, las praderas están incultas, y el nuevo propietario ha convertido la iglesia en establo. Debajo del mencionado se halla todavía el de la penitente Magdalena, que la revolución ha respetado, la capilla es espaciosa, los adornos ricos y amena la posición que ocupa. A la misma falda se encuentran las de San Bartolomé, y Santa Bárbara, al otro lado y en el término de Cornudella de San Juan, que es muy hermosa, no solo por su situación pintoresca en medio de enormes peñas desgajadas, de la cima del monte, sino por las preciosas pinturas y ornamentos que posee. Está rodeada de cipreses, y es lugar de romería mas frecuentada de la comarca. El día 16 de Mayo de 1844, se desgajó del monte una mole que rodó hácia el santuario, que se calcula pesaria veintemil quintales. A medio cuarto de legua de la villa de la Morera está la gran finca llamada de Bon-repos, que fué convento de monjas de la orden del Cister, y hoy día pertenece al Señor D. Geró-

nimo Merelo. Antes de la revolución era una granja dependiente de Scala-Dei y un recreo del prior de aquella Cartuja. Cerca de Gratellops hay la iglesia de la Virgen del Consuelo, y para no seguir en tan minuciosos detalles, las faldas de Monsant, contienen veinte y nueve villas; con mas de treinta alquerías y casitas de labor. Desde Albarca hasta el Ebro en forma de franja divide la provincia de Tarragona de la de Lérida, y acarrea en dos cauces aguas copiosas que van á morir en el Ebro cerca de Vinebre.

En 1810 una division francesa mandada por el duque de Tarento, pasó por Monsant, con direccion á Tortosa. No creemos pueda ocupar otra página en la historia.

Los que desde niños hemos recorrido aquellas crestas, vagado en sus bosques y penetrado en las grutas de Monsant, nos preguntamos, ¿en qué consiste ese desencantamiento superstitioso de los recreos silvestres, y ese indiferentismo material en un siglo tan positivo? La naturaleza, ese gran libro de la verdad, ha sido olvidado; todos aprendemos á leer á fuerza de tiempo, páginas que el hombre escribe como las concibe, esto es, aprisa y sin objeto; el arte imprime y no edifica; el vapor ha sido aplicado á la economía animal, y todos necesitamos muchos años de meditación para comprender algo de tanto como se escribe. A buen seguro aquellos que la juicio- sidad antiegladad apellidó con el nombre de sabios, no soñaron jamas que pudiese constituir un estado en la sociedad el oficio de escribir rasgos incoherentes de una imaginación ardiente.

Los que hemos pasado parte de la vida lejos del gran mundo, los que hemos hucosado esas moles inmensas del globo terráqueo, somos capaces de sentir la impresion de la naturaleza virgen que deja para el porvenir la huella eterna del aislamiento, un recuerdo de paz y de dulzura que se mezcla con los demas recuerdos, aumentando la dicha de unos y disminu-

yendo la amargura de los otros. Nos hemos incrustado en las rendijas de la montaña, como el campesano en la catedral de París; su ambiente nos es necesario; nos encontramos como inquietos en las grandes poblaciones, y es que formamos parte integrante de ese mundo mudo, compuesto de piedras y bosques.

Durante el último año, mientras que la guerra civil ardía á nuestros pies, estuvimos contemplando los famosos sepulcros improvisados por los cristianos fugitivos de la primera invasión de los africanos. A no ser por una cruz tosca, trabajada groseramente en la cara interna de las losas, no hubiéramos adivinado á quién podían pertenecer aquellas tumbas que una mano piadosa abrió en aquellas soledades impenetrables entonces. Una de ellas nos recogió durante un fuerte agrocero que cayó en la mañana del 2 de Octubre, y vivos y muertos estuvimos en la cueva que encontró la casualidad hace pocos años.

Habia oído contar á varios monjes del encanto que produce la compañía de un difunto en una cueva y durante una tempestad, especialmente cuando está acostumbrada la imaginación á retrogradar á los siglos pasados. Me habia burlado de aquella superstición pueril, porque no habia sido capaz de sentirlo. Recostado á la sazón sobre una peña que sirviera de almohada al difunto, díjas las miradas en la bruma que la lluvia amontonaba á la entrada de la gruta, cuanto mas me engolfaba en los recuerdos de aquella época, otro tanto se apoderaba de mí esa melancolía tranquila, que la naturaleza nos pinta en las lluvias del invierno en que las gotas caen suavemente unas tras otras; la ilusión de los sentidos pasaba al corazón, y me sorprendía la noche mudo é inmóvil cual me dejara la mañana. Entonces, á favor de la oscuridad, é azotar la lluvia las hojas de los acebos y madroños, el viento que silbaba entre las ramas espesas de los matorrales; sentí la humedad de la atmósfera que

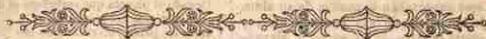
penetraba cruelmente en mi cuerpo, y quedé completamente desvanecida la fascinación espiritual á la fuerza de las impresiones materiales. Al otro día el descubrimiento de una rica cantera de jaspes muy cerca de la capilla de San Juan, me hizo olvidar la ilusión y la fatiga; mas tarde una visita de los guerrilleros de Vilella y Barja, me hizo olvidar la cantera, y otro día despues no me acordé de los caudillos carlistas oyendo á la Rossi en la Norma, sentada en uno de los magníficos sillones del gran teatro del Liceo en Barcelona.

En la Cueva santa lei hace ocho dias los partes telegráficos que anunciaban la caída de la dinastía de Orleans del trono de Julio, y para juzgar acerca del desenlace de las jornadas de Febrero, abrí el libro de las Armonías del señor Alfonso de Lamartine, hoy día actor principal del gran drama.

Dichosos los que habitaron las soledades de Monsant, en los siglos pasados, lejos del bullicio y de las luchas.

El alma del viajero se eleva al pensar en ello hasta las ideas mas sublimes, porque se ve arrastrada por dulces ensueños. El silencio tiene allí armonías misteriosas; fórmanse nubes y rugen tempestades á los pies del observador, el cielo y la tierra se tocan, y el hombre se convierte en ángel. Allí se siente rodeado de un ambiente belsámico y puro que apenas respira; las aromas de las flores y la sutileza de la atmósfera, sosiegan las palpitaciones del corazón; se adornecen los recuerdos, el cuerpo material parece se evapora, y el hombre cree en Dios, porque entreve un porvenir de felicidad mas allá del horizonte azul.

Marzo, 1848.—S. S.



VARIETADES.



FRANCISCO PETRARCA.

Los jibelinos y los güellos asolaban la Italia, y estos partidos, entregados á la mas espantosa division, hacian surgir nuevas ficciones que aumentaban la desolacion; uniéndose á la guerra general tantas guerras parciales como ciudades contaba la Italia. Los florentinos, gibelinos, se dividian en su poblacion en blancos y negros que se desterraban alternativamente. Arrezzo fué el lugar destinado para punto de destierro de la familia de Petrarca, y en él nació Francisco en la noche del 20 de Julio de 1304, en ocasion que su padre y otros blancos intentaron infructuosamente sorprender á Florencia. Aun no habia cumplido Petrarca los diez años, cuando le llevó su padre al condado de Aviñon, donde Clemente V. acababa de trasladar su pontifical residencia. Desde este punto envióle su padre á Montpellier, á fin de que estudiase la teología y el derecho, ciencias que en esta época se conceptuaban como indispensables, pero á las que el jóven Petrarca no manifestaba la mayor inclinacion, prefiriendo á este estudio el de Ciceron y Virgilio. Su padre, lejos de animarle en este género de literatura, arrojó un día al fuego los libros favoritos del adolescente, cuya imaginacion precoz se habia exultado á la edad de diez años al ver la fuente de Valclusa. Pe-

ro un genio, verdaderamente llamado tal, que se entusiasma y admira las bellezas de la naturaleza, no se desanima nunca, y por eso Petrarca, si bien fué sabio por obediencia, no dejó sin embargo de ser poeta. Enviaronlo despues á la Universidad de Bolonia, donde adquirió la amistad de Cino de Pistoia, cuyos versos le habian grangeado una gran reputacion literaria, y este distinguido poeta corrigió y alentó los primeros ensayos de su amigo Petrarca.

Á la edad de veinte años se quedó Francisco sin padre ni madre, y pasó otra vez á Aviñon, donde no tardó mucho en conocer que por la infidelidad de su tutor, él y su hermano Gerardo tenian apenas con qué subsistir. A pesar de este desgraciado incidente, Francisco Petrarca halló su consuelo componiendo versos latinos, que fueron los primeros cimientos de su venidera celebridad, y los que le valieron la amistad de personas muy respetables, entre ellas la de Santiago Colonna, y la de su hermano Juan el cardenal.

El 6 de Abril de 1327, lunes santo, á las seis de la mañana, vió por primera vez en la iglesia de Santa Clara en Aviñon, á Laura, esposa de Hugo de Sade, jóven muy distinguido por su nacimiento y fortuna, pero de carácter imperioso y con el que acibaraba la vida interior de su esposa. Laura tenia veinte años cuando Petrarca la conoció; era rubia y sus hermosos

yendo la amargura de los otros. Nos hemos incrustado en las rendijas de la montaña, como el campesano en la cañal de París; su ambiente nos es necesario; nos encontramos como inquietos en las grandes poblaciones, y es que formamos parte integrante de ese mundo mudo, compuesto de piedras y bosques.

Durante el último año, mientras que la guerra civil ardía á nuestros pies, estuvimos contemplando los famosos sepulcros improvisados por los cristianos fugitivos de la primera invasión de los africanos. A no ser por una cruz tosca, trabajada groseramente en la cara interna de las losas, no hubiéramos adivinado á quién podían pertenecer aquellas tumbas que una mano piadosa abrió en aquellas soledades impenetrables entonces. Una de ellas nos recogió durante un fuerte agrocero que cayó en la mañana del 2 de Octubre, y vivos y muertos estuvimos en la cueva que encontró la casualidad hace pocos años.

Habia oído contar á varios monjes del encanto que produce la compañía de un difunto en una cueva y durante una tempestad, especialmente cuando está acostumbrada la imaginación á retrogradar á los siglos pasados. Me habia burlado de aquella superstición pueril, porque no habia sido capaz de sentirlo. Recostado á la sazón sobre una peña que sirviera de almohada al difunto, díjas las miradas en la bruma que la lluvia amontonaba á la entrada de la gruta, cuanto mas me engolfaba en los recuerdos de aquella época, otro tanto se apoderaba de mí esa melancolía tranquila, que la naturaleza nos pinta en las lluvias del invierno en que las gotas caen suavemente unas tras otras; la ilusión de los sentidos pasaba al corazón, y me sorprendía la noche mudo é inmóvil cual me dejara la mañana. Entonces, á favor de la oscuridad, é azotar la lluvia las hojas de los acebos y madroños, el viento que silbaba entre las ramas espesas de los matorrales; sentí la humedad de la atmósfera que

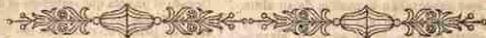
penetraba cruelmente en mi cuerpo, y quedé completamente desvanecida la fascinación espiritual á la fuerza de las impresiones materiales. Al otro día el descubrimiento de una rica cantera de jaspes muy cerca de la capilla de San Juan, me hizo olvidar la ilusión y la fatiga; mas tarde una visita de los guerrilleros de Vilella y Barja, me hizo olvidar la cantera, y otro día después no me acordé de los caudillos carlistas oyendo á la Rossi en la Norma, sentada en uno de los magníficos sillones del gran teatro del Liceo en Barcelona.

En la Cueva santa lei hace ocho dias los partes telegráficos que anunciaban la caída de la dinastía de Orleans del trono de Julio, y para juzgar acerca del desenlace de las jornadas de Febrero, abrí el libro de las Armonías del señor Alfonso de Lamartine, hoy día actor principal del gran drama.

Dichosos los que habitaron las soledades de Monsant, en los siglos pasados, lejos del bullicio y de las luchas.

El alma del viajero se eleva al pensar en ello hasta las ideas mas sublimes, porque se ve arrastrada por dulces ensueños. El silencio tiene allí armonías misteriosas; fórmanse nubes y rugen tempestades á los pies del observador, el cielo y la tierra se tocan, y el hombre se convierte en ángel. Allí se siente rodeado de un ambiente belsámico y puro que apenas respira; las aromas de las flores y la sutileza de la atmósfera, sosiegan las palpitaciones del corazón; se adornecen los recuerdos, el cuerpo material parece se evapora, y el hombre cree en Dios, porque entreve un porvenir de felicidad mas allá del horizonte azul.

Marzo, 1848.—S. S.



VARIETADES.



FRANCISCO PETRARCA.

Los jibelinos y los güellos asolaban la Italia, y estos partidos, entregados á la mas espantosa división, hacian surgir nuevas ficciones que aumentaban la desolación; uniéndose á la guerra general tantas guerras parciales como ciudades contaba la Italia. Los florentinos, gibelinos, se dividían en su población en blancos y negros que se desterraban alternativamente. Arrezzo fué el lugar destinado para punto de destierro de la familia de Petrarca, y en él nació Francisco en la noche del 20 de Julio de 1304, en ocasión que su padre y otros blancos intentaron infructuosamente sorprender á Florencia. Aun no habia cumplido Petrarca los diez años, cuando le llevó su padre al condado de Aviñon, donde Clemente V. acababa de trasladar su pontifical residencia. Desde este punto envióle su padre á Montpellier, á fin de que estudiase la teología y el derecho, ciencias que en esta época se conceptuaban como indispensables, pero á las que el jóven Petrarca no manifestaba la mayor inclinacion, prefiriendo á este estudio el de Ciceron y Virgilio. Su padre, lejos de animarle en este género de literatura, arrojó un día al fuego los libros favoritos del adolescente, cuya imaginacion precoz se habia exultado á la edad de diez años al ver la fuente de Valclusa. Pe-

ro un genio, verdaderamente llamado tal, que se entusiasma y admira las bellezas de la naturaleza, no se desanima nunca, y por eso Petrarca, si bien fué sabio por obediencia, no dejó sin embargo de ser poeta. Enviaronlo después á la Universidad de Bolonia, donde adquirió la amistad de Cino de Pistoia, cuyos versos le habian grangeado una gran reputacion literaria, y este distinguido poeta corrigió y alentó los primeros ensayos de su amigo Petrarca.

A la edad de veinte años se quedó Francisco sin padre ni madre, y pasó otra vez á Aviñon, donde no tardó mucho en conocer que por la infidelidad de su tutor, él y su hermano Gerardo tenían apenas con qué subsistir. A pesar de este desgraciado incidente, Francisco Petrarca halló su consuelo componiendo versos latinos, que fueron los primeros cimientos de su venidera celebridad, y los que le valieron la amistad de personas muy respetables, entre ellas la de Santiago Colonna, y la de su hermano Juan el cardenal.

El 6 de Abril de 1327, lunes santo, á las seis de la mañana, vió por primera vez en la iglesia de Santa Clara en Aviñon, á Laura, esposa de Hugo de Sade, jóven muy distinguido por su nacimiento y fortuna, pero de carácter imperioso y con el que acibaraba la vida interior de su esposa. Laura tenía veinte años cuando Petrarca la conoció; era rubia y sus hermosos

ojos expresaban la pureza de su alma, la inocencia de sus pensamientos, y cierta tristeza de un espíritu elevado que el deber coloca y sostiene en la opresión. El fatal encuentro de Laura decidió la suerte de Petrarca, quien solo buscaba momentos para seguiría á todas partes. El uso autorizaba la publicidad de este amor, que el juicio de Laura y los celos de su marido redujeron á un platonismo que Petrarca maldecía continuamente; y no pudiendo verla mas que por incidencia, ni hablarla, la sacrificó su gusto por la soledad: la sociedad de Aviñon, tan brillante entonces porque los papas habian establecido allí su corte, se apresuró á rendir homenaje á sus grandes y variados conocimientos, así como á su talento, conosció ya por sus poesías latinas, aun cuando sus versos italianos llegarían bien pronto á hacerle mas célebre en toda la Europa.

Sus frecuentes triunfos como escritor no mitigaban sus cuitas de amante, y resolvió dejar á Aviñon para viajar por tierras lejanas; pero Petrarca no podía vivir tan separado de Laura y de Valclusa: volvió á Provenza, y su amor, las gracias, las virtudes de Laura y las aguas que riegan aquel delicioso país, le inspiraron aquellos sonetos, aquellas *canzoni*, objetos de la admiración de su siglo y de los que despues vinieron. He aquí algunos traducidos por D. Alberto Lista.

¿Dónde cogió el amor, ó de qué veas,
El oro fino de su eterna armonía?
¿En qué espigas halló la tierra rosa
Del rostro ó en qué prados la azucena?
¿Dónde las blancas perlas, con que enfiereña
La voz suave, honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa
Mas que el primer albor pura y serena?
¿De cuál esfera en la celeste cumbre
Elegió el dulce canto, que destilla
Al pecho ansioso regalada calma?
¿Y de qué sol tomó la ardiente lumbrera
De aquellos ojos que la paz tranquila
Para siempre arrojaron de su alma?

Quando el planeta que embellece el día
Vuelve á la casa del roado Toro,
Y entre las puntas de encendido oro
Vivificante ardor al suelo envía;
No á la faz solo de la tierra fría
Da en bellas flores nido decoro,
Mas de la vida celestial tesoro
Lleva del centro á la mansion umbría.
Así mi hermoso sol su luz me ofrece:
Me mira, y ya en mi seno derramando
De dulce y blando amor llama halagüeña.
Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece,
Y aquel precioso fuego usalgrado,
Pierde su fruto en la estacion risueña.

Quando Pho en los piclagos de Atlante
Templa su ardor y el ara es oscurace,
Quejas doy de mí mal, que entonces crece,
A la alba luna, al cielo rutilante.

Mi dolor cuanto, simple é ignorante,
A amor, que en los rendidos se enfierece,
Al adormido mundo, que enmudece,
Y al dueño esquivo de mi pecho amante.

De mis cansados ojos huyo el sueño:
Triste suspiro y lamentable lloro
En mi rostro y mis lábios halla el día.

En tanto el alba, su esplendor risueño
Difunde hasta el cenit, y el sol que adora
No amanece á templar la pena mía.

Todos los sentimientos que forman
al poeta, existen en el alma de Petrarca.

Las disensiones de Italia, el abandono de Roma, le afectaron profundamente, y en 1335 partió en varios latinos, dedicados á Benito XII, los males de la patria y el deseo de que Roma recobrarse su soberanía. Esta composición hizo que el pontífice nombrase á su autor, que habia recibido las primeras órdenes, canónigo de Lombardía. Petrarca se aprovechó de este favor, que le proporcionaba poder visitar la Italia: mas al poco tiempo regresó á su casa de Valclusa, y en ella escribió la historia de Roma y el poema titulado el *Africa*.

En un torneo al cual asistió el emperador, por hallarse de paso en Aviñon, preguntó quien era entre las damas que le rodeaban, una que se llamaba Laura; y habiéndola conosció, solicitó cortesmente el permiso de be-

sar unos ojos tan célebres por los versos de Petrarca.

Encargaron al célebre poeta la ardua comision de negociar la paz, entre muchos príncipes y repúblicas en que se dividia la Italia. Enviado por Visconti, señor de Milán, á Mantua, cerca del emperador Carlos IV, si bien es verdad que no logró el objeto de su misión, tambien es cierto que recibió personalmente de este soberano la acogida mas satisfactoria, y entre otros títulos honrosos el diploma de conde palatino.

Amado y respetado de todos por la lealtad de su carácter, proclamado el genio mas eminente de la época, durante su residencia en la Provenza, le invitaron para que pasara á Roma á coronarse como el primero de los poetas de su siglo. Empezó su marcha á esta ciudad; pasó por Nápoles, donde por espacio de tres dias consecutivos sufrió un exámen sobre la historia, la literatura y la filosofía, por el sabio rey Roberto de Anjou, quien encantado de las respuestas de su examinado, se despojó de sus insignias reales, y le rogó que las aceptase á fin de que las cihiera en el acto solemne de su coronación de poeta.

El día de pascua, 8 de Abril de 1341, subió Petrarca al capitolio y recibió la corona de laurel, que seguidamente depositó en el altar de San Pedro, teniendo para ello que atravesar una multitud, cuyas aclamaciones expresaban el entusiasmo de que se hallaba poseida.

Fue encargado por la ciudad de Roma, para que solicitase de Clemente VI llevase á dicha capital la silla santa; tambien en diferentes ocasiones verificó ciertas importantes negociaciones, que siempre tenían por objeto la pacificación de Italia, y pasó y repasó los Alpes con mucha frecuencia.

Hallábase en Verona en 1348, cuando recibió la funesta noticia de que el 6 de Abril del mismo año habia fallecido Laura; es decir, el mismo día y á la misma hora en que la vió por pri-

mera vez, siendo Petrarca á quien debemos el conocimiento de tan extraña coincidencia. Aunque Laura tenia mas de cuarenta años cuando murió, y habia sido madre de once hijos, no perdió ninguno de sus atractivos á los ojos de Petrarca, y prosiguió admirando sus encantos y cantando solamente á ella; este amor que nadie ignoró cuando publicó su *canzoniere* y los escritos contemporáneos, ilustraron el nombre de Laura, quien á pesar de su conducta ejemplar, fué acaso demasiado sensible á los padecimientos del enamorado poeta. Sin embargo, la pasión de Petrarca no le preseró de ciertos extravíos juveniles, pues parece que sustentó relaciones muy íntimas con una muger de oscuro linaje, de la cual tuvo un hijo que vivió muy pocos años, y una hija que no separó de su lado hasta que la dejó casada.

Predispuesto con la muerte de Laura á las mas graves meditaciones, pasó á Roma y resolvió vivir con la regularidad que le imponia la posesión de los beneficios que habia recibido, mas á título de poeta que de clérigo. Primero se retiró á Venecia, y allí vivió en un magnífico palacio: solo interrumpe sus ejercicios religiosos para entregarse á los estudios, y ya era sexagenario cuando comenzó á aprender el griego, que le enseñaba Pilato de Tesalónica, que Bocaccio, el mas querido de sus amigos, le habia hecho conocer.

Posteriormente se estableció en Argenta, donde el 18 de Julio de 1374 le encontraron muerto en su biblioteca, á los setenta años de edad. Todos los habitantes de Pádua concurren á sus pomposas exequias, siendo sentida y llorada su muerte por todos los hombres ilustres, contemporáneos de sus triunfos literarios, de los cuales habia sido amigo y bienhechor. Su yerno, Borso, mandó erigir á su memoria un suntuoso mausoleo.

Con genio, talento, amor al estudio y al retiro, nadie se admirará de que

Petrarca haya producido obras tan eminentes; pero tambien se observará la admiracion que inspiraron á sus mismos émulos, y los grandes honores que proporcionaron á su autor: esta justicia tan rara hacia los hombres grandes, acaso la debió Petrarca menos á su talento que á la bondad de su carácter, que conquistó amigos y protectores en todas partes.

Prodigólo su tiempo y su dinero para adquirir manuscritos griegos y latinos, reunió el gusto hacia las obras de los antiguos. Su extremada sobriedad, su aversion á todo género de licencia, no le hicieron sin embargo enemigo de los placeres: su carácter alegre y jovial formaba las delicias de las reuniones donde se encontraba: era hombre probo, buen ciudadano, fiel y generoso con los amigos. La piedad en sus últimos años, exaltó mas todavía las nobles inclinaciones de su alma: austero y severo consigo mismo, era indulgente y tolerante con los demas. Las obras latinas que Petrarca consideraba como un título glorioso para la posteridad, forjaba 1200 páginas en folio que hoy no se leen, y á continuacion se encuentran 80 poesías en lengua toscana, poco estimadas por su autor, pero que tambien contribuyeron á su inmortalidad: se reducen á sonetos y otras piezas de mediana estension; que pasó por titulo: *Canzoni y Trionfi*. La vida y la muerte de Laura, las dividen en dos partes con el titulo de *Canzoniere*. Mientras mas se lee á Petrarca, mas se admiran aquellas poesías inspiradas por el corazón. Las mejores ediciones de las obras de este poeta italiano, son la publicada en Biagioli, con comentarios (1822) y la de Battura, impresa en el establecimiento de Didot.

¡POBRE LUCIA!

¡De qué proviene tu tristeza, mi querida Lucia! ¡Es la ausencia de Ma-

dril y de tu madre lo que así te afecta! En los quince dias que hace que tu madre consintió en que vinieras conmigo al campo, residencia habitual de tu buena tia, he sorprendido casi siempre bañados en llanto tus ojos. Dime, hija mia, qué te disgusta; tienes alguna pena que te atormenta, ó te fastidia este género de vida apartada y solitaria?

—Fastidíarme! ¡ha podido siquiera imaginarlo vd., tan buena para mí, y tan condescendente y previsora para satisfacer hasta mis deseos mas triviales?

—Bien, prosiguió la señora Brigida; ya tenemos una causa menos que nos haga dudar: pero si no es eso, entonces me ocultas un pesar secreto y yo adivino que tu silencio me lo revela. . . .

—Proviene de la privacion de los placeres de la corte?

—Los placeres de Madrid, mi querida tia, son muy reducidos para una familia como la nuestra, de fortuna y nacimiento tan modesto.

—A nada tengo ya á que atribuirlo como no sea á la ausencia de tu madre. . . .

—Mucho la amo. . . . pero vd. la reemplaza tan esmeradamente. . . .

—Eres, niña, bondadosa y honesta. No, mejor diga vd. sobrina agradecida.

—Ahora, querida mia, no se me alcanza en una joven como tú, mas que un objeto que pueda causarte pesadumbre. Tú has venido aquí para hacerme compañía, mientras que en Madrid quizás ha quedado alguien. . . . ¿eh? ¿no es esto?

—Como, tia mia, eso es suponer.

—Yo no supongo nada, sino que me atreveria á jurarlo.

—Ahora me convengo de que debia á vd. haberlo confesado todo.

—No hubieras hecho mal; pero lo harás ahora.

Lucia, acercando timidamente su silla á la de Brigida, comenzó con acento entrecortado y conmovido á decirle:

—Ya sabe vd. que rara vez la juventud elegante de Madrid, penetra por las calles de nuestro humilde y apartado barrio de San Francisco; pero sin embargo, mi madre me daba consejos y me precavia contra su seducción, cuando obligada por los negocios de su comercio de confitería, me dejaba sola en la tienda. Casi siempre me despedía diciéndome estas palabras: "Desconfía de las galanterías y requiebros que te dirijan los que vengan con pretexto de comprar pastillas ó yemas, porque desgraciadas de las muchachas crédulas que les prestan oídos. Yo siempre prometía no escuchar nada."

—¡Ah! Lucia, Lucia, ya adivino que no has sido fiel á tu promesa.

—¡Oh! tia mia, no me rita vd.; mi madre tenia razon considerándolos en general. . . . pero siempre tambien es fuerza que haya alguna escepcion.

—Sí, y no hay muchacha que no piense haber tropezado con una.

—¡Oh! Arabel lo es en efecto.

—¿Cómo? ¿se llama Arabel?

—Sí, el señor Luis Cárlos Arabel, de quien al principio desconfiaba, pero que despues se expresó con tanta sinceridad y respetuosa ternura.

—¡Y tanto respeto no le impedía el escoger los momentos que estabas sola!

—Me prometia incessantemente dirigirse á mi madre; pero me decía tambien, que antes era conveniente tuviese ocasion de conocernos y de estudiar mutuamente nuestros caracteres en estas furtivas entrevistas. En fin, antes de pedir mi mano queria asegurarse de que yo le amaba. . . . aunque no sé yo en verdad cómo queria adquirir esa seguridad.

—Yo sí lo sé muy bien, dijo á media voz la señora Brigida; y añadió con alguna inquietud: ¡Esas entrevistas á lo menos se verificarian en la tienda misma, al mostrador!

—Sí, tia mia, y esto le causaba disgusto, porque cuando entraba algun comprador era preciso interrumpir

nuestra conversacion; pero pocos dias antes de llegar vd. á Madrid, sabiendo que mi madre debia el proximo domingo salir á miss y hacer algunas visitas, me exigí que te recibiese.

—En tu cuarto?

—¡Oh! no señora; abajo en la trastienda: se trataba, me dijo, de una entrevista decisiva para nuestro porvenir.

—Y esta entrevista?

—No llegó á verificarse; llegó vd. la vispera.

—¡Ah! respíro, dijo para sí la señora Brigida.

Debia haber sido el domingo que vd. me trajo aquí.

—Mi buen ángel me guió sin dudar, y ya conocerás que en esta ocasion fui yo el tuyo.

—Ciertamente, tia mia, que tuve un gusto muy grande en verme con vd. á pasar algun tiempo; pero me atormenta el sentimiento de no haber advertido á Luis de mi ausencia, y de la causa que retrasaba esta importante entrevista: me calificará de poco atenta, ó de algo mas quizás, de indiferente; porque como no le he presentado á mi madre y no tiene motivo plausible para informarse de mí, no sabrá dónde me hallo, y esto debe causarle mucha pena.

—No pases cuidado, tranquilízate, porque no dades que lo soportará mejor que piensas; y sabes tú dónde vive!

—Nunca me lo ha dicho; pero un dia, sin que lo advirtiese, se me cayó del bolsillo del pecho de su levita una tarjeta, que tenia escrito: *Calle del Principe número . . .*

—Calle del Principe número . . . yo me acordaré.

—¿Vais á escribirle que estoy con vos aquí?

—No, precisamente escribirle, no; pero el jueves, cuando se acompañe á Madrid para restituírle al seno de tu madre, puede que vaya á visitar á tu señor don Luis.

—¡De veras, tia! sí, qué buena es vd.

—Eh! yo no sé si á tí te desagradará después.

—A mí no, y solo me ocurre si se enfadará por haber confiado á vd. todo, cuando no quería que de nada se enterase nadie, ni mi madre.

—Tranquilízate, mi Lucía: aunque así fuera no se atrevería á quejarse; pero ahora dejemos esta conversación: el día está muy hermoso, y ya te parece dame el brazo y bajáremos al pueblo á dar un paseo.

—Bueno: íremos por la plaza de la iglesia.

—Como quieras, así de paso habláremos al señor cura, que me aconsejará acerca de lo que preocupa ahora mi ánimo, mientras que tú te entretienes mirando á las mozas bailar.

—Y en tomar parte en sus danzas, si me da vd. permiso; y para que no crean que me quiero distinguir de ellas, no me pongo otro vestido ni la mantilla tampoco; no me parece que lloverá porque no se ve nube alguna.

—Bien, como quieras; pero dame la mía, que no es regular á mis años arrojarme por el pueblo con la cabeza descubierta. Bien, ahora vámonos.

Dejémoslas emprender su expedición, y mientras tanto en Madrid veremos si el amante de la cándida joven está tan allegado como suponía; mas para esto debemos remontarnos á algunos días antes de la época de la salida de ella, tan oportunamente determinada por su tin.

II.

Don Luis Cárlos Arabel, uno de los jóvenes de mas gusto y mas elegancia de la corte, hacia ya algun tiempo que era el adorador que mejor acogía y mas atenciones merecía de la encantadora Engracia de N. . . Esta señora reunía á un talento cultivado, que habia producido bellísimas composiciones poéticas que la conquistaron una reputacion literaria, ademas de sus dotes personales y de su hermosura, una considerable fortuna de que

era absoluta poseedora, adquirida por la prematura muerte de un esposo conuertido en admirador de aquella musa, y que murió en tal presuncion, como tambien en la que poseía su amor.

Deslumbrada por los homenajes que prodigaba Arabel á su belleza, le otorgó Engracia su mano para la época en que terminasen los lutos de su viudez, y acabase igualmente la composicion de una novela que tenia comenzada, porque habia calculado que estas dos épocas coincidirían; pero como Luis la viera, no obstante sus atractivos, mas ocupada de su renombre literario y de su riqueza que de su persona, determinó, para hacer mas llevadera la distancia que tenia que salvar hasta su felicidad conyugal, ocuparse aún de algunas amorosas aventuras, aunque vejalas de oscuridad y misterio, y una de ellas era la que habia empeñado con Lucía, cuya niña inocente calificaba de pasión ardiente y sincera lo que era solo un pasatiempo.

Rica, linda y muy solicitada, era, puede decirse, hasta cierto punto Engracia, una notabilidad importante, un poder de Madrid en reducida, pero absoluta soberanía, y en esta posicion tenia espías á su servicio, es decir, á sus espensas, y estaba al corriente de la intriga que mantenía su futuro en el apartado cuartel de San Francisco; del contratiempo que habia experimentado, precisamente cuando habia conseguido una cita tan inauditamente convenida, y del abandono de la corte de su bella amada, conducida por una anciana parienta suya.

Es esta infidelidad intencional hubiese tenido por objeto alguna hermosura de las que pasean por el Prado noelmente recluidas en su carruaje, quizá no le perdonara Engracia con tanta facilidad; pero un amor como quien dice es el barrio de la Paloma, ó mas bien un capricho, y cuando sobre todo habia tenido un desenlace tan desventurado, no merecía la pena de arrugar el ceño y mostrarse

séris, sino que pensó que el ridículo satisfaría á su venganza, limitándose por entonces á referir á Arabel su desagraciada intriga, como episodio de la novela que la ocupaba.

Peró añadió la maligna Engracia: Yo no sé ahora cómo proseguir, porque por mas que pienso no atino á qué causa atribuir el eclipse de este astro, ó mejor dicho, su rápida desaparicion. ¿Quién será ese Mentor que bajo el disfraz de campesina Minerva ha preservado á mi heroína de la seduccion! ¡ó bien que otro amante mas diestro y afortunado ha sustraído del paterno mostrador á su amada! ¿Qué piensa vd. de esto Arabel, quiere vd. darme un consejo?

Esta celosilla venganza no dejó de lionjear secretamente el amor propio de don Luis, que no mostró mayor confusion que la que conviene á un jóven de nuestra época, sobre todo, cuando la suprema elegancia ha consumado su imposibilidad y aplomo en todas ocasiones y la entera confianza de si mismo.

—No seré yo ciertamente el que cometa la indiscrecion de aconsejar á persona tan instruida. . .

—Querrá vd. decir tan bien instruida.

—Como vd. guste; pero supuesto que desea saber mi dictámen, yo daría en el presente caso un giro particular á desenlace.

—Veamos.

—Yo comenzaría por no cuidarme de esa chiquilla, objeto de un capricho pasajero, para que interviniese un personaje mucho mas interesante, al que el jóven ama con pasión, y el que debería vengarse noblemente de un instante de error.

—Ah! y cuál sería esa noble venganza?

—La inmediata situacion del día del matrimonio dentro del mas breve término posible.

—Oh! no soy tan vengativa, dijo Engracia sonriendo.

—Pero sin embargo, fué tan elocuentemente el amor de Luis y tan apasionado,

que acabó por convencerse de que era este el medio mas á propósito de curar sus ligerezas, y en atencion á ello fijó la siguiente semana para la ceremonia que debía celebrarlos. Esto pasaba dos dias antes de prescribir la cantidad de tiempo que el uso y la costumbre determina para los lutos.

—Ea seguida añadió Amigo mio, me ha dejado vd. la eleccion del día, y ahora quisiera tambien hacer lo mismo con el sitio en que haya de verificarse. ¿Quién será ese Mentor que bajo el disfraz de campesina Minerva ha preservado á mi heroína de la seduccion? ¡ó bien que otro amante mas diestro y afortunado ha sustraído del paterno mostrador á su amada! ¿Qué piensa vd. de esto Arabel, quiere vd. darme un consejo? Esta celosilla venganza no dejó de lionjear secretamente el amor propio de don Luis, que no mostró mayor confusion que la que conviene á un jóven de nuestra época, sobre todo, cuando la suprema elegancia ha consumado su imposibilidad y aplomo en todas ocasiones y la entera confianza de si mismo. —No seré yo ciertamente el que cometa la indiscrecion de aconsejar á persona tan instruida. . . —Querrá vd. decir tan bien instruida. —Como vd. guste; pero supuesto que desea saber mi dictámen, yo daría en el presente caso un giro particular á desenlace. —Veamos. —Yo comenzaría por no cuidarme de esa chiquilla, objeto de un capricho pasajero, para que interviniese un personaje mucho mas interesante, al que el jóven ama con pasión, y el que debería vengarse noblemente de un instante de error. —Ah! y cuál sería esa noble venganza? —La inmediata situacion del día del matrimonio dentro del mas breve término posible. —Oh! no soy tan vengativa, dijo Engracia sonriendo. —Pero sin embargo, fué tan elocuentemente el amor de Luis y tan apasionado,

—De todas maneras no podrían menos de ser para vd. favorables.

Ignora si Arabel lo pensaba sinceramente; pero en cuanto á la linda viuda quizá tendria sus razones para desconfiar de esta asercion.

—No, contestó ella; su aprobacion sería hasta cierto punto para mí una contrariedad, una especie de profanacion de nuestra felicidad, y la creeria manecillada por la parte que en ella podieran interesarse los indiferentes. Sabe vd. que á pocas leguas de aquí padece una quinta cerca del pueblo de H. . . donde podemos casarnos sin dificultad de ninguna especie, porque el dinero allana todos los inconvenientes; de esta manera se verificará nuestra union

sin aparato, sin un millar de testigos, y solo, todo lo mas, delante de algunas gentes honradas del campo, cuya benevolencia es segura y sincera para con las personas de superior condition. No es cierto que cada tiene vd. que oponer á mis deseos?

—Para mí, es una orden un deseo de vd.

—Es muy justo, porque aun no soy esposa.

—Oh! bajo ese aspecto nunca tendré vd. en mi un marido. Considerate á este convenio se determinó que únicamente salirian de Madrid los testigos necesarios y una íntima amiga de Engracia, que por aficion á los contrastes tuvo mucho cuidado en escoger de óia figura y de un talento poco aventajado.

Todo dispuesto algunos dias despues, segun los deseos de Engracia, para frustrar con su campestre himeneo la curiosidad y la maledicencia de los muchísimos desocupados de Madrid, partió el carruaje de la linda poetisa conduciendo con ella á su futuro, á la posesion que en muy escasas ocasiones habia ocupado para entregarse á sus estudios literarios. Naturalmente fué este el asunto de la conversacion durante el camino y el tiempo empleado en el desayuno, que precedió á la ceremonia.

—Si, decia Engracia, en estos amenos lugares he pasado momentos de soledad en que me creia dichosa con las creaciones á que me lanzaba mi fantasia; pero en adelante añadido con la mas dulce sonrisa, espero que la felicidad no será para mi alma una halagüeña ficcion, sino una realidad seductora. Ahora, amigo mio, como la muger ahora nunca ve satisfechos sus deseos, confieso me queda el sentimiento de no haber terminado la novela que con instancia reclama la coleccion de mis obras; mas es fuerza tener paciencia, porque las lunas de miel no son las mas productivas para la literatura, ademas de que su asunto me agrada mucho y quiero tratarlo cor-

ciendzadamente, porque tiene alguna relacion con vd. mismo; tambien porque lo que al principio no era mas que un pasatiempo convirtiéndose despues en objeto digno de una composicion, y puedo asegurar ya sin rodeos, que efectivamente la linda contertulia y su misteriosa desaparicion, han sido los objetos que para escribirla me han inspirado.

—Y puede vd., Engracia, pensar así?

—Oh! nada tema vd., no es esto una reconvenion; ademas de que no he conandado insulto pieno al delincuente. No, yo me he entretenido con esta tema como con otro cualquiera imaginario; pero me falta un desenlace rápido y natural, para lo que yo desearia que apareciese la jóven por algun accidente dramático, tenral.

—Es posible, querida mia, se ocupa vd. de cosas semejantes, cuando nuestra místa felicidad debia absorber todos nuestros pensamientos! (Continuará.)

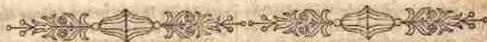
—El Po—

EL SACRIFICIO DE JESUS.

SONETO.

Con cruces ligaduras amarrado,
Y en sus hombros cargando el vil madero,
Al Calvario dirigiese el Crucifero,
A redimir al mundo del pecado:
Por el pueblo escogido, ya arrastrado,
Con su sangre marcando aquel sendero,
Manifiesto el rostro, verdadero
Dolor, por verlo así tan humillado.
El pueblo por Jesus beneficiado
Y que volcado fué con sus favores,
Ovídidos entonces y obstinado,
Lo paga con insultos y dolores.
Jesus, que siempre fué la mansedumbre,
Lo perdona, y espira en la alta cumbre.

Abril 18 de 1851.—J. M. P. V.



VARIETADES.



¡POBRE LUCIA!

II.

CONCLUYE.

—Es cierto, tiene vd. razon, Luis; estos momentos debemos consagrarlos con abstraccion de todo, á nosotros mismos, sin que nos imparte que digan: *Ese es el egoismo parecido*; pero me parece que atento un coche; serán los testigos; vamos á su encuentro, y nos vamos de seguida á la iglesia.

Saieron efectivamente, pero no sin que Engracia echara una mirada á su espejo para asegurarse de que el viaje no habia cansado la menor alteracion en su postura de boda, no obstante que tenia que temer el examen escrutador de los elegantes y reglados de la moda; con satisfaccion vio que su traje conservaba toda su grandiosa elegancia, y que las plumas de su sombrero ondeaban maravillosamente. Luis habia adoptado para la ceremonia un traje de mirama sencillo y de buen gusto, que le parecia en consonancia con el local de la selecta ciudad.

III.

Mientras estaban en la iglesia, irrogaban delante del modesto retabo al-

tando en una gran plaza decorada de árboles corpulentos, dos personas de quien hemos hecho mencion al principio de esta verdadera historia.

—Tú, hoy me parece que veo en este sitio mas gente que de costumbre.

—Tambien me lo parece á mí, para ser día de labor, añadió la señora Brígida.

Ambas dirigieron á un tiempo la vista hacia la iglesia.—Será, continuó la tia, algun bautismo ó boda lo que así llame la atencion.

—Una boda! debe eso de ser muy agradable; quiere vd., tia, que entremos?

—¡Y te parece bien entrar así en la iglesia! si vieras convenientemente vestida...

—¡Ah! enaño lo siento! yo quisiera verlo, porque debe la novia estar muy hermosa; dicen que la felicidad embellece.

—Y suspiras pensando en su felicidad?

—No es por, me la tenga envidia, sino que yo me digo: Ya llegará un día en que Luis y yo...

—¡Ah! Luis! dijo la señora Brígida suspirando tambien; y si no llegase este día!

—Oh, tia mia, moriría de pena!

—No digas eso, niñas; ¡y tu madre, y tu buena tia!

—Si, es verdad, es una locura hablar así; porque como es posible que suceda tal cosa!... ¡Habia Luis de engañar á una pobre muchacha dan-

dola una esperanza mentida! ¡Cuán to riento que se haya frustrado la entrevista que debíamos tener, y en la que dijo se fijaría nuestro porvenir!... Yo estoy persuadida de que ahora estaría mas tranquila.

—Eres una inocente! exclamó la señora Brígida con una sonrisa que trató de disimular.

En seguida, para distraerse de sus ideas se dirigió á un joven aldeano, que en el traje ordinario de su ocupación, parecía, en silencio de otra tarea, esperar como los demás, á que saliesen los que se hallaban dentro de la iglesia.

—¿Qué es eso, Tomás! preguntó la señora Brígida.

—Dicen que una boda, pero una boda de señores.

—¿Y quienes son!

—Nadie conoce al novio, ni se le ha visto nunca por aquí; pero ella es una señora que se llama... es una que tiene la posesión de esa gran quinta que está orilla del camino, y se llama, se llama la señora...

—Sí, la señora Engracia de N...

—Eso es, es una que dicen la leen mucho en Madrid; pero como yo no sé leer...

—Sí, la citan como una de las mas elegantes señoras y notables poetas.

—Yo no diré si es de esas elegantes y poetas; pero me han dicho que viene muy lechugamente vestida, que está muy bonita, y yo he venido para verla.

—Mira, ya que hemos llegado aquí, dijo la tía á la sobrina, aguardémos para verlos salir. Vamos junto á las gradas, y de esa manera, cuando salgan, los veremos mas á gusto.

Efectivamente, una aldeana fué la primera que con una niña de la mano salió de la iglesia anunciando que se había acabado la ceremonia, y se quedó tambien junto á las gradas para considerarlos á su suñida. Las miradas de todos se dirigian al vestíbulo de la iglesia, así como las de Lucía,

que no era la que menos tributo tenia que pagar á su curiosidad.

De repente apareció la dichosa pareja, y Lucía no se atrevia á dar crédito á sus ojos; apenas podia persuadirse de la profundidad de su desventura, y volviendo la vista hacia su tía con doloroso asombro, é inclinada su cabeza por el peso de su pena y lo terrible é inesperado del golpe exclamó: —¿Es posible, Luis!

Escuchadas estas palabras por Engracia, no necesitó de mas aclaraciones y como mujer autora antes que todo, exclamó: *He aquí el desenlace de mi novela.* Y al mismo tiempo echó sobre la pobre niña una mirada compasiva y desafiadora. Luis, poseído de una emoción involuntaria miró á la desventurada Lucía con aparente indiferencia, y la multitud atento solo á reconsiderar los brillantes vestidos de los novios, no se acordó de que allí mismo tambien podia contemplar un culpable y una víctima.

Una mes después otra ceremonia de un género muy opuesto escribía tambien la curiosidad de los aldeanos; en lugar de rosas blancas miraban paños fúnebres, en vez de dos recién desposados, un féretro. Una alma inocente y cándida habia sucumbido bajo la pérdida de un golpe que no podia comprender, y todos los habitantes de H... exclamaban:

—Pobre Lucía!

Yo tambien añadiria aquí:

No hay humana felicidad sin lágrimas, no hay dicha sin desventuras.

VIAGE A SUECIA.

DECEMBROS DE REVAL. (*)

... La mañana siguiente el buque no bramaba, y nuestro vapor navegaba

(*) Copia del Album del vizconde de Arlincovert.

ba apaciblemente bajo un cielo azul y sobre una mar tranquila; los rostros de los pasajeros estaban viscosos, íbamos á llegar á Reval. Esta ciudad se alza en forma de anfiteatro en la orilla del mar, y su parte superior, llamada *la media naranja*, está edificada sobre una roca, desde la que hay una vista admirable. La tradición da á aquella inmensa roca un origen poético. El gigante Kalew, que habitaba las orillas del golfo de Finlandia, murió, y sus hijos, en número de veinte, le erigieron un túmulo digno de él, y precedidos de su desolada madre fueron á buscar enormes rocas para constituir un soberbio monumento. La media naranja tenia un aspecto imponente, cuando la contristada viuda, llevando tambien un inmenso pedazo de granito al mausoleo de Kalew, se detuvo un instante para llorar. Hallábase sola en el fondo del valle de Jerkull, y entregada á sus dolorosos recuerdos, dejó caer la roca y dió libre curso á su desesperación, llorando tanto, y tan largo tiempo, que á poco el valle se llenó de agua. Un lago, el lago superior, ocupa el sitio de los pastos, y la viuda del gigante, víctima de las olas á que habia dado origen, y que sus gemidos agitación, y asilada por una agitación que iba en aumento, pareció, en fin, ahogada... en sus lágrimas.

Desembarcamos en Reval, fué á visitar la iglesia de San Nicolás, edificada en el siglo XV, la cual encierra cosas curiosas, y con particularidad el cadáver del duque de Croý (*); la que merece mas atención es lo siguiente. El duque de Croý, que habia nacido en 1650, era uno de los generales mas distinguidos del celebre Pedro el Grande, el cual le dió el manto supremo de su ejército en Narva. El duque recibió este honroso cargo con el pretexto que las tropas rusas obedecian

(*) Waller-Scott nos afirma positivamente que la familia de Croý desciende de Quintín Durward.

con repugnancia á un extranjero, y se drían vencer; pero Pedro el Grande insistió. En fin, el duque de Croý, obligado á someterse á la voluntad imperial, fue abandonado por sus soldados, como lo habia previsto, y completamente derrotado, pues Carlos XII y los suecos consiguieron una victoria completa, y el duque fué hecho prisionero. Conducido á Reval, y puesto en libertad bajo palabra de honor, ostentó allí un gran lujo, y aunque no recibia de Carlos XII mas que una modesta pensión, no se hablaba mas que de sus enormes gastos y desórdenes. Se aseguraba que en las numerosas orgías que presidia, tenia la singular facultad de desembarcarse cuando los demás convidados estaban embriagados como muertos. Para ello le bastaba desembragarse de su ancha peluca á lo Luis XIV, y en el momento los vapores del vino, saliendo de los poros de su cráneo como un vapor espeso y báquico, le dejaban la cabeza sana y libre en términos de poder comenzar de nuevo á beber. El rey de Suecia, que no solamente se habia apoderado del duque, sino de sus tropas, habia dado libertad á los soldados conservando solo á los principales gefes. El duque de Croý amontonó deudas sobre deudas, y murió en 1702 sin haberlas pagado. Se preparaban á enterrarle, cuando la familia Nollman, y otros acreedores reunidos, se opusieron á sus funerales, para lo que les concedió derecho una antigua ley sueca, que condena á los deudores á ser privados del honor de la sepultura. En consecuencia, el cadáver del duque fué depositado sin pompa en una humilde bodega, esperando que alguno de sus parientes le hiciera, el favor de sacarlo de aquel sitio. Pero ninguno de los Croý de aquella época tuvo esta consideración para el ilustre difunto, que fué olvidado en su rincón por espacio de 118 años (*).

(*) El emperador de Rusia ofreció pagar la mitad de las deudas del

cabo de este tiempo, el marqués de Paulucci, gobernador de Reval, hablando que la penitencia mortuoria duraba demasiado, quiso ponerle término, y mandó el entierro definitivo del general de Pedro el Grande. Hizo sacar al duque de Croÿ de su capsa provisional, pero con sorpresa estaba en un estado de conservación, que parecía maravilloso. Su trago estaba intacto: se hubiera podido creer que aun vivía. No obstante, era imposible, á pesar de esta rara circunstancia, mirarle como un santo y canonizarle, pues no había nierto de ningún modo en estado de gracia, y hubiera sido un escándalo exponer los maravillosos restos á la veneración de los fieles. Sin embargo, el marqués de Paulucci no pudo resistir al deseo de ofrecerle á la curiosidad pública. Por tanto, el venecido en Narva fué colocado en la iglesia de San Nicolás, bajo una urna de cristal en un lecho lujosamente adornado.

Hace veintidós años que la muchedumbre se reuna en derredor de este singular sepulcro, y el sacerdote, que lo muestra á los curiosos, saca una buena renta: el arrojado ha hecho su fortuna.

Causábase repugnancia por trafficar así, con una rareza sepulcral, y me acerqué á ella con ascot el celebre muerto se presentó en efecto delante de mí, no solo en huesos, sino en carne, á pesar de no haber sido embalsamado. El duque de Croÿ, cuyas facciones no están de ningún modo desfiguradas, conserva aun su resto de terciopelo carmesí, la balana de encajes, las medias de seda y la camisa con que fué depositado en el féretro, hace ya ciento cuarenta años. El viejo sacerdote de San Nicolás lo muestra con orgullo á los extranjeros, y cuando se quiere colma de alegría, no hay mas que dirigirle estas palabras:

duque de Croÿ, con tal que su familia consintiese en hacerle enterrar; pero ella, segun dicen, lo rehusó.

—Es pasmosa la semejanza que teñes al duque de Croÿ.

—¿No es verdad? responde lleno de gozo y entusiasmo; y con efecto, la costumbre de vivir con el cadáver del que él llama su *amado bienhechor*, le han identificado con él en cierto modo. *Los que se juntan se parecen* es ya un proverbio; así el sacerdote se lisonjea en algun modo de no ser mas que una misma cosa con el duque. ¡Qué triste omisión!

No obstante, nada hay menos respetuoso que el modo de tratar su ataúd y sus restos. Sacude los brazos, las piernas y la cabeza del muerto, sin respeto ni piedad, sin ceremonia ni moderación, y con la mas reprensible irreverencia. Nada le importa que se grite, que se ría á carcajadas sin respetar la muerte ni lo sagrado del lugar, con tal que en seguida se saque el bolsillo. Pagad bien, y todo irá á las mil maravillas.

Haba sucedido recientemente una graciosa ventura en aquella misma iglesia de San Nicolás. Hela aquí: Inés, bello jóven de Reval, tenia por amante á un mocebo llamado Dmitri. Un día, ambos amantes se paseaban juntos en las orillas del golfo, cerca de las ruinas del antiguo convento de Santa Brígida.

—Dmitri, dijo la hermosa, tenéis fama de inconstante; verdad es que me jurais un amor eterno, pero lo mismo habéis hecho con otras muchas.

—No, Inés mía, sola tú eres la dueña de mi corazón.

—Ah! si dejases de amarme!

—Si yo dejase de amarte, que Dios me castigue en el momento; que me quite la juventud y la vida, que no tenga piedad de mí, que me reduzca al estado del duque de Croÿ.

—¿Qué idea tan horrible! ¡Callad!

—¡Inés! ¡Tú duelas de mi amor! pues bien, quiero tranquilizarte; vé mañana por la noche á la iglesia de San Nicolás, y allí, al pie del altar, juraré solemnemente casarme contigo.

¿Quedarás así satisfecha?... Dios oír mi juramento.

—Íre, respondió la jóven.

Al día siguiente, á la hora convenida, Inés se encaminó á la iglesia y llegó llena de amor y de esperanza, habiéndose procurado antes los medios de introducirse en el templo; pero entró y solo halló tinieblas y silencio, al llegar á la primera celda.

—¿Cómo! ¡No ha venido aun! dijo la jóven turbada: ¡si habrá cambiado de pensamiento!...

Agitábanla sombríos pensamientos, se arrojó y se dirigió á Dios, esperando al amante adorado. Puesta en la tierra, no era al cielo á quien pedía, pero al menos á él era á quien rogaba.

Pasóse la hora sin que Dmitri llegase; y la desconsolada niña se levantó con espasmos de inquietud y vertigos de terror.

—Ya no me ama, se decía á sí misma; me ha engañado y se burla de mí; Dios castigará al pérfido!

En este momento percibió en una de las estremidades de la iglesia, una luz viva yrojiza que salía al través de las hendiduras de una puerta. Abrióse esta, y vió una sacerdotisa donde habia una estufa; ¿quién habrá encendido fuego á esta hora!... ¿Con qué objeto! ¿Para qué?

Inés corrió hacia el sito misterioso; su corazón latía con fuerza. Abrió la puerta con precaucion, y vió un hombre sentado en un suntuoso sillón enfrente de la estufa, que con la espalda vuelta se estaba calentando.

—¿E! es! Mi Dmitri! dijo Inés; y se acercó pálida y turbada; sus pasos apenas tocaban el pavimento, ni causaban ruido.

—Aquí estoy, amado mío, dijo en voz baja; pero por qué este fuego!

Al decir estas palabras, se acercó y dió un espantoso grito. Dmitri, el bello Dmitri, habia cambiado de forma y de aspecto; y se hallaba en el estado de un cadáver, en el estado de el duque de Croÿ, y así convertido en

una momia delante de ella, estaba sentada y se calentaba á la estufa. ¡Desdichada Inés! El horror se pintaba en su rostro, y recordó con espanto las palabras de su amante en las ruinas de Santa Brígida.

—¿Si yo ceso de amarte, que el cielo me reduzca al estado del duque de Croÿ?

—¡Ay Dios mío, Dios mío! exclamó; es así como debía volverte á hallar! Dmitri, eres tú...

La desventurada amante queria reunir todas sus fuerzas y acercarse mas; pero un negro velo oscureció sus ojos, y la pareció que el cadáver se removía, y que oía el crujido de los huesos; la miraba... y se reía... helada de espanto, loca y dando gritos inarticulados, huyó como un relámpago, á través de la iglesia á pesar de los obstáculos y de la oscuridad, y llegó á la puerta. Un hombre la cerró el paso.

—¡Inés! exclamó; era Dmitri.

La asombrada jóven cayó en los brazos de su amante, el cual no comprendía nada del espantoso estado en que la encontraba. ¿Qué delirio! ¿Qué era lo que ella decía?

—El duque de Croÿ!... está allí sentado, y se calienta en una estufa...

—¿Qué esnehof!

—Ha resucitado.

—El duque!

—Y le he tomado por vos.

Inés estaba casi desmayada, Dmitri la llevó en sus brazos, y despues de haberla dejado en su casa, corrió á la de un magistrado.

—El duque de Croÿ, le dijo, ha resucitado esta noche.

—¡Vamos! Estais loco.

—Venid, le veréis por vos mismo cómo se calienta en la sacrificia despues de haber encendido la estufa.

Dirigiose el magistrado á la iglesia; llegó al lugar en que reposaba siempre el ilustre difunto, vió el lecho vacío, y entrando en seguida en la sacerdotisa, hallóse con el cadáver.

—¿Quién va! dijo una voz ronca, y el

magistrado cayó de espaldas, no dando que el resucitado era el que le dirigía la temible pregunta, y creyó morir en el acto. Felizmente Dimitri le seguía á corta distancia, y se apresuró á socorrerle: le levantó y preguntóle.

—¿Sí... el duque sentado... cerca del fuego... esto es imposible... el muerto se calentó.

En esto se presentó el sacerdote, y todo se esplicó sin prodigio.

— Vos ahí dijo el magistrado.

— Sí; cerca de mi querido bienhechor.

— Pero qué hacéis con él?

— Le calentaba.

— Para qué?

— Era preciso secarle porque el tiempo está muy húmedo. El duque estaba mojado sobre su lecho, y no solo sus vestidos se echaban á perder, juro que hasta su misma figura se alteraba. Por eso he encendido fuego y calentó á mi querido bienhechor.

El sacerdote había ido á buscar leña para su estufa, en el momento en que Inés apareció al duque, y él era el que volviendo con su corcisa y oyendo á alguno acercarse, había gritado: ¿Quién va! Este hecho, como puede suponerse, fué después referido, largo tiempo con numerosos comentarios.

Al día siguiente, caballos de posta me conducían al castillo de Kolk, donde me esperaban amigos amables. El general Benner me acompañaba. Dimos de paso una mirada á las ruinas de Santa Brigida, y recogí en el camino del camino muchas leyendas sobre el país; he aquí algunas.

Uxkull era uno de los mas poderosos señores y de los mas bellicosos caballeros en la edad media. Habituado una fortaleza coreana de Reval, de la cual huyó de sus esclavos; temeroso del castigo de una falta grave, como costumbre. Uxkull siguió á su esclavo, pero este se había refugiado en la ciudad libre de Reval, y nadie tenía el derecho de apoderarse de él sin autorización; pero Uxkull era de aquellos

hombres feroces y atrevidos que ninguna obstáculo de tiene, y que ninguna riesgo hace retroceder. Ostentando su alacranía entró en la ciudad, se apoderó de su esclavo, y el mismo y con su misma espada le cortó la cabeza, antes que los magistrados tuviesen tiempo de hacerlo sus justas reclamaciones. La espada de Uxkull cortaba admirablemente.

Comunívase la ciudad; el soberbio caballero había violado las leyes divinas y humanas. Nada había respetado, ni el sagrado derecho de asilo, ni la autoridad legal, ni las costumbres del país, ni los fueros de la ciudad. Reval debía su venganza.

— ¿Mas cómo apoderarse del arrogante guerrero! ¿Cómo lograr que abandonase su fuerte castillo! ¿Cómo prenderle y castigarle! Había en la ciudad una bella y noble dama, á la cual rendía sus homenajes.

El orgulloso Uxkull, aunque no había hecho ningún progreso en su razón, tenía la costumbre de creer siempre seguro el triunfo. Una noche le entregaron un billete.

— ¿Quién, Uxkull; largo tiempo he combatido y ocultado mis sentimientos por vos; pero al fin triunfó, yo os amo, y lo que es mas, os lo confieso. Venid esta noche á Reval, yo misma os abriré en secreto la puerta pequeña de mi casa, cerca de la de Steinboch, venid; contad las horas con la impaciencia del amor.

Esta carta mal redactada y peor escrita, nada más de elejarse ni de imaginosa. Este no era un mensaje de amor en buena regla; pues le faltaban una multitud de medias tintas, y delicadezas, las transiciones no eran buscadas con miramiento, su estilo era crudo y la declaración repentina. Una dama de este rango no podía desearse de tal modo... pero Uxkull, con su carácter presumido, no dudó de que el billete pudiera ser fingido, se habría sonrojado de pensar que una mujer dejase de responder á su llamamiento; así se adornó con la ma-

yor elegancia, y apenas llegó la noche llamó á la inmediata puerta.

— ¡Oh traidor! apenas había puesto la mano sobre la doblada... cuando muchos hombres armados se arrojaron sobre él, y hecho prisionero y cargado de cadenas, quedó en poder de la ciudad indignada que iba por un vengarse. Apenas llegó á noticia de los nobles del país la prisión de Uxkull por medio de un partido lezo, tomaron las armas y reclamaron el prisionero. Los magistrados de la ciudad respondieron con amabilidad que no debían recibir órdenes de nadie, y en seguida Reval se vió cercada. Los sitiadores tenían en su favor el valor y la fuerza; los sitiados tenían el derecho y la justicia; derecho y justicia! palabras vanas, entonces como hoy día; la razón era del mas fuerte.

Era muy natural que los magistrados de Reval serian necesariamente vencidos, la ciudad tomada por asalto, y que la espada triunfara. No importa, la ciudad vengará su agravio. La trompeta ha resonado bajo los muros, y se intimó la rendición.

— ¡Abred las puertas en el instante! gritó un heraldo. Los magistrados respondieron: *Esté bien*, lo que equivale á la palabra sí. Fueron en busca de las llaves de la fortaleza, y los portadores conduxeron á Uxkull á la plaza que dominaba la antigua puerta gótica llamada *Schmiede-Pfort*.

— Caballero, gritaron los defensores; en el momento se pondrán las llaves en vuestras manos; aguardad algunos instantes, en tanto os ofreceremos la cabeza de Uxkull. Habiéndolo condenado la justicia, nosotros ejecutamos la sentencia.

Al mismo tiempo el cautivo caballero fué degollado á la vista de los sitiadores, y la ciudad le abrió sus puertas (*).

(*) En Reval conoci al baron Alejandro de Uxkull, gentil-hombre del emperador y descendiente del famoso caballero de quien hablamos.

Ciertamente había un valor inmenso en desafiar así un ejército triunfante, en el momento mismo en que se rendía á discreción; pero este valor salvó á Reval. Los nobles que la sitiaban conocían muy bien que su heroísmo de armas había estado muy lejos de hallarse sin culpa en el suceso que había ocasionado su muerte, y no pudieron menos de admirar la intrepidez con que los magistrados de la ciudad habían pronunciado la condenación del culpado, y ejecutado la sentencia con riesgo de un castigo horrible.

Ninguna venganza se tomó, y solo se dió origen, en expiación de la muerte de Uxkull, que la puerta de Schmiede-Pfort, donde había perecido el célebre caballero, se condenase y tapase para siempre. Con efecto, así subsistió hasta el reinado de Catalina II, que la hizo abrir.

La cuchilla del verdugo que cortó la cabeza de Uxkull, se conserva en Reval en el museo nacional. En la hoja de la cuchilla, se leen dos versos que dicen:

No fué muerto por venganza,
Sino por voluntad del cielo.

En el siglo XV había en las cercanías de Reval una familia noble y opulenta, que se distinguía con el apellido de Schrenenberg; una de las poderosas damas de esta ilustre casa, había reunido cierto día en su castillo una numerosa asamblea. En el fondo del salón donde el festín se celebraba, había una inmensa estufa tan sumo móvil como pesada. ¡Era obra de la castellan!

— Noble señora! dijo uno de los convidados; qué magnífica es esta casa!

— Sí, murmuró una voz envilecida; ¡es muy bella, pero no muy duradera! Oyó la castellana, que orgullosa y altanera como Uxkull se creía privilegiada en todo y para todo, y su fealdad le parecía una gracia debida de

justicia, del mismo modo que su fortuna un derecho inculcable.

—Ducaders' repitió alzando su soberbia frente. Tan sólida y tan duradera como lo es y será la estufa construida aquí para mí y para toda mi descendencia. Todo en mi casa es eterno.

En el mismo instante salió una carcajada infernal de la magnífica estufa que ella señalaba con el dedo, un crujimiento espantoso la precedió, y la estufa se rajó y cayó a pedruzcos.

Patióse la señora de Scheremberg, y en aquel mismo año la adigió una serie continua de desastros y desgracias, pues su fortuna se desmoronó, y su estufa y su orgullo como su fortuna.

Murió sin dejar siquiera con qué pagar sus invidias, y algunos amigos caritativos le pagaron un modesto entierro. En cuanto á sus descendientes no pudieron recobrar el antiguo esplendor de los Scheremberg, y la familia ha permanecido siempre pobre.

Al volver á Reval fué á ver al gobernador de la plaza Paikull, pues deseaba conocerlo, porqué me refirieron una historia singular que pertenece á su familia. El gobernador, que es de una talla muy alta, tenía entre sus abuelos un guerrero gigantesco y esotivamente orgulloso con su alta estatura. Ocurriosele un día colgar del techo una enorme lámpara de cristal sin cesarse de encender ni taborete, y sin empuarse siquiera sobre las puntas de los pies; encajado de esta obra maestra, depositó una estufa considerable en un establecimiento público, con orden de no entregársela sino á uno de sus descendientes que llevase el apellido de Paikull y que pudiese quitar la araña de su lugar sin encender ni taborete. Ningun Paikull se ha hallado desde aquella época con una estatura bastante adelantada para poder descolgar la araña y cumplir el extravagante deseo de su último ascendiente.

Y el dinero? El cristal poco aun

del techo y la suma aguarda al gigante.

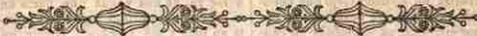
Lo siento por Reval; pero todas sus crónicas inducen á creer que la vanidad era allí en otro tiempo la base fundamental del carácter de sus buenos habitantes. ¡Libreme Dios de pensar que es ahora así! pero yo no juzgo, solo reflexo.



EL REVEZUELO.

El revezuelo es el mas diminuto de nuestros pájaros. Los hay de muchas clases, y así se los da diferentes nombres, según tambien las diferencias poco perceptibles ó al menos poco notables que existen en su especie. Su pico es delgado, corto y un poco comprimido, los agujeros de su nariz abiertos de una plúmilla muy fina, su lengua cartilaginosa muy puntiaguda, áspera por su extremo y las alas cortas. El color del fondo de su pluma es verde oliva algún tanto oscuro; pechuga y garganta pajiza, y el vientre blanco tirando á pardo. Por un costado bastante notable el revezuelo fabrica su nido en la tierra, en el espacio de algun empujamiento jaral y entre hojas secas, y lo hace con plumón, y un pequeño, que fácilmente se oculta á los ojos de los mas prácticos y perspicaces. Los ingleses le llaman *chiff-chaff*, cuyo nombre reproduce con bastante exactitud el ruido que produce su gorjeo. En Francia se le designa bajo el de *tip-tap*, tambien por una imitación de su canto, cuyos sonidos repite siete ó ocho veces y con la mas grande precipitación y volubilidad, y en España le designan con el nombre de *resacaña*.

El revezuelo vive en las montañas y en las llanuras, y se le encuentra en todas partes, desde el mar hasta el interior de las montañas.



VARIEDADES.



JOSE ZORRILLA.

No es notable que, como la historia de la humanidad dentro del sistema de Vico, giren dentro de un mismo círculo la mayor parte de las biografías de poetas? Sus padres siguen todos el axioma de Platon, que excluía de su república á los soñadores. Quieren que sus hijos tomen parte en las maniobras activas de la nave social, echando mano, ya á los cables, ya al timon, ya al silbo del mando, mientras los poetas, teniendo mas placer en consultar las estrellas sobre el rumbo del buque, como el Chatterton de Alfred de Vigny, pasan su infancia contemplativa en choque con las miras domésticas, y si salen á veces maldicidos y muy á menudo maltratados vencen casi siempre.

La vida de D. José Zorrilla ofrece un ejemplo notable de los triunfos que la imaginación filial compra muy caro contra el dictámen paterno.

Habiendo nacido en Valladolid el 21 de Enero de 1817 de D. José Zorrilla, magistrado de la chancillería, y de Doña Nicomedes Moral, viajó en su infancia desde la ciudad natal á Burgos y á Sevilla, donde su padre estuvo empleado. Nombrado éste en 1827 alcalde de casa y corte, fué á Madrid en donde tuvo tambien un cargo elevado en el ramo de policía. Colocó á su hijo en el Seminario real de los nobles,

vasto establecimiento que estaba al cuidado de los jesuitas, y dotado de grandes privilegios por el rey. En él se daba una educación sólida y brillante, á los primogénitos de las primeras familias del Estado. Zorrilla estudió en su compañía hasta 1833 las humanidades, la filosofía, las matemáticas, las lenguas, el dibujo, la música, y demas conveniente al desarrollo de su rica imaginación.

Como á la salida del colegio no viviera ya su padre en Madrid, se incorporó á él en una pequeña villa de Castilla la Vieja, donde estaba confinado de real orden con prohibición de acercarse á la corte y á los sitios reales.

Muere luego Fernando VII, y su testamento suscita la guerra civil. ¡Dejará el antiguo magistrado á su hijo por defender sus principios políticos! Lo quiere con ardor; pero es vencido por su deber de familia. Tres años permanece en su oscuro retiro, atento al estudio de las leyes que sigue su hijo en las universidades de Toledo y de Valladolid. ¡Sacrificio inútil! Los áridos campos de la jurisprudencia desagravan al poeta naciente que está enagradado con los perfumes literarios que ha traído del colegio de los jesuitas. Cónsele de las manos los códigos latinos y castellanos por deleitarse con el *Romanero*. D. Quijote ó los dramas de Calderon. Cediendo á las reiteradas amonestaciones de su padre, se levanta para ir á la cátedra de derecho civil, y segun va andando, ya se

justicia, del mismo modo que su fortuna un derecho ineluctable.

—Ducaders' repitió alzando su soberbia frente. Tan sólida y tan duradera como lo es y será la estufa construida aquí para mí y para toda mi descendencia. Todo en mi casa es eterno.

En el mismo instante salió una carcacha infernal de la magnífica estufa que ella señalaba con el dedo, un crujimiento espantoso la precedió, y la estufa se rajó y cayó á pedruzcos.

Patióse la señora de Scheremberg, y en aquel mismo año la adigió una serie continua de desastros y desgracias, pues su fortuna se desmoronó, y su estufa y su orgullo como su fortuna.

Murió sin dejar siquiera con qué pagar sus invidias, y algunos amigos caritativos le pagaron un modesto entierro. En cuanto á sus descendientes no pudieron recobrar el antiguo esplendor de los Scheremberg, y la familia ha permanecido siempre pobre.

Al volver á Reval fué á ver al gobernador de la plaza Paskul, pues deseaba conocerla, porqué me refirieron una historia singular que pertenece á su familia. El gobernador, que es de una talla muy alta, tenía entre sus abuelos un guerrero gigantesco y esotivamente orgulloso con su alta estatura. Ocurriosele un día colgar del techo una enorme lámpara de cristal sin cesarse de encender ni taburete, y sin empuarse siquiera sobre las puntas de los pies; encajado de esta obra maestra, depositó una estufa considerable en un establecimiento público, con orden de no entregársela sino á uno de sus descendientes que llevase el apellido de Paskul y que pudiese quitar la araña de su lugar sin encender ni taburete. Ningun Paskul se ha hallado desde aquella época con una estatura bastante adelantada para poder descolgar la araña y cumplir el extravagante deseo de su último ascendiente.

Y el dinero? El cristal poco aun

del techo y la suma aguarda al gigante.

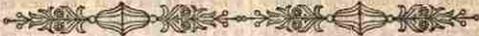
Lo siento por Reval; pero todas sus crónicas inducen á creer que la vanidad era allí en otro tiempo la base fundamental del carácter de sus buenos habitantes. ¡Libreme Dios de pensar que es ahora así! pero yo no juzgo, solo reflexo.

—

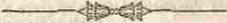
EL REVEZUELO.

El revezuelo es el mas diminuto de nuestros pájaros. Los hay de muchas clases, y así se los da diferentes nombres, según tambien las diferencias poco perceptibles ó al menos poco notables que existen en su especie. Su pico es delgado, corto y un poco comprimido, los agujeros de su nariz abiertos de una plúmilla muy fina, su lengua cartilaginosa muy puntiaguda, áspera por su extremo y las alas cortas. El color del fondo de su pluma es verde oliva algún tanto oscuro; pecho y garganta pajiza, y el vientre blanco tirando á pardo. Por un costado bastante notable el revezuelo fabrica su nido en la tierra, en el espacio de algún empujado jaral y entre hojas secas, y lo hace con plumón, y un pequeño, que fácilmente se oculta á los ojos de los mas prácticos y perspicaces. Los ingleses le llaman *chiff-chaff*, cuyo nombre reproduce con bastante exactitud el ruido que produce su gorjeo. En Francia se le designa bajo el de *tip-tap*, tambien por una imitación de su canto, cuyos sonidos repite siete ó ocho veces y con la mas grande precipitación y volubilidad, y en España le designan con el nombre de *resacaña*.

—



VARIEDADES.



JOSE ZORRILLA.

No es notable que, como la historia de la humanidad dentro del sistema de Vico, giren dentro de un mismo círculo la mayor parte de las biografías de poetas? Sus padres siguen todos el axioma de Platon, que excluía de su republica á los soñadores. Quieren que sus hijos tomen parte en las maniobras activas de la nave social, echando mano, ya á los cables, ya al timon, ya al silbo del mando, mientras los poetas, teniendo mas placer en consultar las estrellas sobre el rumbo del buque, como el Chatterton de Alfred de Vigny, pasan su infancia contemplativa en choque con las miras domésticas, y si salen á veces maldicidos y muy á menudo maltratados vencen casi siempre.

La vida de D. José Zorrilla ofrece un ejemplo notable de los triunfos que la imaginación filial compra muy caro contra el dictámen paterno.

Habiendo nacido en Valladolid el 21 de Enero de 1817 de D. José Zorrilla, magistrado de la chancillería, y de Doña Nicomedes Moral, viajó en su infancia desde la ciudad natal á Burgos y á Sevilla, donde su padre estuvo empleado. Nombrado éste en 1827 alcalde de casa y corte, fué á Madrid en donde tuvo tambien un cargo elevado en el ramo de policía. Colocó á su hijo en el Seminario real de los nobles,

vasto establecimiento que estaba al cuidado de los jesuitas, y dotado de grandes privilegios por el rey. En él se daba una educación sólida y brillante, á los primogénitos de las primeras familias del Estado. Zorrilla estudió en su compañía hasta 1833 las humanidades, la filosofía, las matemáticas, las lenguas, el dibujo, la música, y demas conveniente al desarrollo de su rica imaginación.

Como á la salida del colegio no viviera ya su padre en Madrid, se incorporó á él en una pequeña villa de Castilla la Vieja, donde estaba confinado de real orden con prohibición de acercarse á la corte y á los sitios reales.

Muere luego Fernando VII, y su testamento suscita la guerra civil. ¡Dejará el antiguo magistrado á su hijo por defender sus principios políticos! Lo quiere con ardor; pero es vencido por su deber de familia. Tres años permanece en su oscuro retiro, atento al estudio de las leyes que sigue su hijo en las universidades de Toledo y de Valladolid. ¡Sacrificio inútil! Los áridos campos de la jurisprudencia desagravan al poeta naciente que está enagradado con los perfumes literarios que ha traído del colegio de los jesuitas. Cónsele de las manos los códigos latinos y castellanos por deleitarse con el *Romanero*. D. Quijote ó los dramas de Calderon. Cediendo á las reiteradas amonestaciones de su padre, se levanta para ir á la cátedra de derecho civil, y segun va andando, ya se

para delante de un baile de gitanos, ya le arrastra un soldado viejo que cuenta una batalla, ya se descarría en pos de dos estrellas, ya le embebe un canto en las leyendas de los moros y de los árabes, ya le representa una ruina la España antigua y los compañeros del Cid... De esta suerte nuestro estudiante de leyes, concluyendo por sentirse sobre una piedra, dibuja los caprichos de un arabesco durante la explicación del derecho, ó bosqueja un romance en verso de una disertación sobre los feudos.

En suma, sabe de memoria al fin del año todas las tradiciones de Toledo; pero el árido estudio desapareció de él al soplo de la poesía, como una nube de polvo al del levante.

Sucedió, pues, lo que era inevitable. El padre, deseoso de que su hijo fuera un gran jurisconsulto; y el hijo, arrastrado de sus inclinaciones naturales, se irritaron el uno contra el otro hasta indisponerse entre sí. Tal fué el único proceso capaz de interesar al joven Zorrilla, y este como aquel desplegaron igual energía, creyendo litigar cada uno *pro domo sua*.

—Si no te gusta la carrera de leyes, dijo el padre, toma la arada y ve á cuidar nuestras vitas.

—Ya que mi padre, se dijo á sí mismo el hijo, me ha dado una educación contraria á sus proyectos, prefiero sacar de ella el partido que me conviene, á aprovecharla en nuevos estudios contrarios á mi afecto.

No era del todo disparatado el razonamiento, si no hubiese mediado la desobediencia que por desgracia llegó hasta la imitación del niño prodigo.

Un día nuestro poeta, apurado su paciencia, sale de la casa paterna y mira al horizonte por el lado de Valladolid. Como las brujas de *Macbeth*, le llaman en coro las leyendas de la antigua ciudad. Aparecen á sus ojos los montañas yáncas y bizantinas de un modo deslumbrador... En el centro se representan las fiestas de la corte con sus cabalgadas de señoras y

de hidalgos. Zorrilla no puede contenerse ya; ve una yegua que patea en el prado de un primo ayo, y la monta en pelo y sin estribos. Dirige un suspiro y una lágrima hacia el albergue de su infancia, aquella casa cara á su corazón, pero que tiene á sus ojos la forma de un código monstruoso que es preciso hojear día y noche... Ya le tenéis andando para Valladolid en su corcel, aguijando con el talón, mientras le aguija á él mismo la musa que monta en grupa y galopa con él...

Léida la infancia de Jaime Callot, fácil será imaginar las aventuras de nuestro poeta, cuya narración no se nos permite, pues también halló este el camino de la gloria en una carreta de gitanos errantes.

¡La gloria! Sin ella no podía justificarse. Su padre, arrebatado de su retiro por sus enemigos, una vez que no contaba ya con su hijo, empeña secretamente su fortuna y pasa al campo de D. Carlos. Aquí sus amigos se convirtieron en adversarios suyos por la indeliberación de sus principios, y emigró á Francia antes del convenio de Vergara. Entonces se presentó á su hijo la ocasión de un noble desquite...

Zorrilla se estrenó en la poesía por medio de un rasgo de maestro, *el Sepulcro de Figaro*. Habiéndole dado á conocer esta obra, vierte á torrentes su número, publica volúmenes sobre volúmenes, populariza su nombre en España y en América y se halla contrahecho por los libreros extranjeros, discutido y admirado por todos los críticos de la Europa, y sobrepujado, en fin, á sus rivales en la edad en que estos eran todavía desconocidos. Su fama llega hasta su padre desterrado, que en un principio la contempla con enfado, sintiendo que un talento que hubiera dominado en el foro, se emplee abusó en locas rimas y en caprichos impíos ó escandalosos. Abre con repugnancia ó tal vez con cólera los libros de su hijo, y qué halla en cada página de ellos? ¡Oh sorpresa! Los principios religiosos más sólidos y más

puros, las heroicas memorias por las que ha sacrificado su propia vida, las tradiciones de la gloria y fe españolas, animadas en narraciones tiernas y cantadas en estrofas armoniosas... Bendice los versos que había maldecido, aplaude, llora y aun hace mas, pues llama y abraza á su hijo.

Zorrilla abraza entonces con su nombre amado el sospechoso de su padre, sirviendo de egida al proscrito su reputación. Le facilita la vuelta á España y la restitución de sus empleos, honores y servicios, hasta los prestados á D. Carlos.

Admirable día para los dos, y veu-ganza digna de ambos.

Ocurrió en 1845 la entrada del padre, quien, reunido con el hijo en seguida, se fué á su suelo natal Torrequemada. En breve el segundo presenta al primero la mujer con quien está enlazado, y todos tres pasan juntos los veranos de 1847 y 1848. ¡Por qué duró tan poco esa gran dicha! Preguntádselo á la Providencia. En Setiembre de 1849 murió el padre de Zorrilla, sofocado por la gota, sin que hubiese podido desempeñar sus bienes gravados por la desgracia y el destierro. Indicó sábiamente á su hijo los medios que le sugería la ley para salvar su fortuna; pero el noble poeta, temeroso de exponer un nombre sin mancha en medio de los litigios, aceptó á ojos cerrados todas las deudas, y dejó á los acreedores su herencia entera.

Quisieron sus amigos resarcirle con alguno de aquellos beneficios simples que dispensan los gobiernos á los escritores que en servicio de ellos emplean su pluma. Mas habiendo jurado Zorrilla á su padre que jamás tomara partido contra los campeones de D. Carlos, cumplió religiosamente su promesa y conservó toda su independencia literaria fuera de las regiones políticas.

Las obras poéticas de Zorrilla forman 26 tomos que comprenden casi 200.00 versos. Un número tan fecundo

recuerda á Calderon y Lope de Vega. Sus obras han producido grandes sumas á los editores y á los contrafactores. M. Baudry ha reimpresso en Francia sus tres cuartas partes, é inundado así la Europa y la América. Los asuntos principales son las tradiciones históricas y religiosas de la España y del Oriente. Acaba el autor de fijarse en París, para revisar, completar y publicar por sí mismo, á manera de M. de Lamartine, una edición que será la única reconocida por él. El *Mundo Pintoresco*, honrado con sus más preciosas confianzas, publicará los episodios suyos inéditos. He aquí la continuación de sus

FRAGMENTOS

DEL LIBRO I DE GRANADA. FORMA

ORIENTAL DE D. JOSE ZORRILLA

IV.

¡Qué hermosas son las noches de Granada!
 ¡Cuánto placor la atmósfera respira!
 ¡Con qué rumor tan grato perfumada
 Susurra el aura que en sus huertos gira!
 De misteriosa soledad, poblada
 Su frabres gemios, languidez inspira,
 Y no encierran los senos de su sombra
 El vago miedo que en la noche asombra.

El canto de los pájaros canoros
 Que andan en sus bosques, embibece:
 El ruido de sus árboles sonoros
 Y de sus frescas aguas, adormece:
 De la brisa en los pliegues incoloros
 Vagabundo el espíritu se mece:
 Todo reposa allí bajo el imperio
 De un oriental incógnito misterio.

Encantada ciudad cuyas historias
 Piden del rey profeta el harpo de oro;
 Sultana del Genil, cuyas memorias
 Evoquo á molas y en silencio adoro:
 Alcazar oriental de cuyas glorias
 Ravidoso está el mundo, bien el moro
 Dijo al decir que la mansion divina
 Está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cenital de tu estrellado cielo
Se ve la faz de Dios que centella:
No hay quien detrás de su flotante velo
La omnipotencia de su ser no vea:
No hay quien escrita en tu foudado suelo
La realidad de su poder no lea:
No hay quien contemple tu nocturna calma
Sin alzarle un altar dentro del alma.

¡Tierra de bendicido aquíen no te adora:
Tierra de amor, en que el placer se audia,
En tus dulces recuerdos se atesora
Toda la gloria de mi inquieta vida!
¿Quién no ll, si te ve, no se enamora:
¿Quién tus noches esplendidas olvida:
Bien hizo el que á tus pies por no perderte
Peleando tenaz buscó la muerte.

Es una noche azul de primavera,
Millones de lucientes luminares,
Dasi líbia lux á la terrestre asfura;
De flores aromáticas millares
Alfombras ya la tierra, y la ligera
Brisa en su régia estancia de Comares
Introduce sus virgines olores
A través de sus aureos miradores.

Sóbro cojin morisco reclinada,
Los pies doblados sobre escasa alfombra,
Yace la que fué la tirabe Granada,
Al fin sultana sin rival se nombra.
Rico dosel de seda cairelada,
Da á su lánguida faz templeada sombra,
Y pantalla chinesca en su penumbra
Guarda el mechero que el salón alumbraba.

Es la suntuosa páfida de Loja:
Es de Alí. Atiar la tímida gacela:
Es la muger que tremola cual hoja
De triste sauce, dufa, ama y rocela.
Moraima es cuyo ánimo acocgoja
Pesar secreto que la tiene en vula,
Es la sultana de cabellos de oro
Que el alma hechiza del monarca moro.

Kael, su negro y periploca. Nubiano
Yace á sus pies con lánguidos tendidos:
La frente apoya sobre la ancha mano;
Fatigado tal vez, tal vez dormido;
Mas la mirada fija del enano
Y la abierta nariz y atento oído
Al que su instinto y lealtad comprende
Advierten que segun á todo atienden.

En el oscuro camarín, formado
Por la masia fibrosa del muro,
Y en donde se abre el aguiñe dorado
Que da aire y luz al apocento oscuro

Al estilo de oriente fabricado,
Contempla el cielo otra mayor, su dorado
Contorno sobre el cielo se destaca,
Pues fuera del balcón el cuerpo saca.

Es Aija la despótica sultana,
El genio protector del islamismo,
Que desde aquella arábiga ventana
Miste del purvenir el hondo abismo.
Genio tenaz, encarnación humana
De la fé, del valor y el heroísmo,
Genio que á parecer en otra era
Mentir á los horépecos hiciera.

Con el rumor del bosque confundidos
Que sombrea la torre de Comares,
Tras el aura fúgax á sus oídos
Del bullicioso pueblo los cantares,
A sus vasallos quiere entrometidos
Tener el nuevo rey en sus hogares,
Y el mal que sus horóscopos predican
Cantando olvidan y á su rey bendicen.

JOSE ZORRILLA.

UN ARTISTA.

I.

EL JUDIO.

—¡Ricardo! ¿es posible que nunca
dejeis el cincel de la mano? Yo creo
que aun en sueños no hacéis otra cosa
que dellar con vuestras estatuas; y á
fe que vuestra aplicación os sirve bien
poco: siempre matándoos por trabajar,
y sin embargo, jamás podemos salir
de la miseria en que ya va por tres
años en que nos vemos sumidos.

—Callad, buena Mónica; tal vez no
está lejos el día que alumbre nuestra
fortuna.

—Y si en tanto nos morimos de
necesidad!

—La Providencia asiste al desgra-
ciado, y por lo mismo no ha de aban-

donarnos á merced de nuestra infan-
da suerte. Además, por muchas som-
bras que empañen el horizonte de
nuestro porvenir, yo he de atropellar
por medio de ellas, y han de desapare-
cer ante la antorchita resplugente del
genio. Tengo en mi mente una santa
inspiración que nadie será capaz de
arrebatarne; y esa inspiración ha de
elevarme un día tanto sobre los demas
seres, que al través de la nube de glo-
ria que me circunda, tan solo Dios ha
de alcanzar á comprender lo sublime
de mis ideas.

—Estais loco: vagais por el ilusorio
pais de las ideas, y no recordais las
calamidades presentes que os agobian.

—Es verdad; pero diez días corren
muy presto, y pasados que sean, esta-
rá ya mi Crucifijo concluido. Delarch
lo verá; no podrá menos de admirar-
lo; y entonces... entonces alcanzaré
un nombre célebre que me distinga
entre los principales artistas, una po-
sición que honre mi mérito, y una co-
rona tal vez... ¡Oh! Mónica, á los
veinte años dellra el corazón con es-
peranzas de gloria; á los veinte años
hiervo en el pecho un entusiasmo que
no os agita... que nos arrebató....

¡Oh! no daría yo mis ilusiones de ar-
tista por los goces que un potentado
disfruta en su palacio.
—Bien dicen, que la juventud es la
fuente de las ilusiones.

—Y esas ilusiones son tan hermo-
sas!

—Ricardo! Y las realidades que os
rodean! y la enfermedad de vuestro
padre!

—¡Oh Mónica! Mi padre... mi pa-
dre... tenéis razon... está enfer-
mo... es necesario que yo busque
dinero y que compre el medicamen-
to que ha de darle la vida; pero de
dónde lo saco! ¿quién me lo presta!
Soy nuevo en esta ciudad, y por lo
mismo no cuento en ella con ningún
amigo de quien poder valerme; ade-
más, carezco en el día de reputación
artística, y nadie querrá pagar mi tra-
bajo adelantado. ¡Oh Virgen Santa!

¡Ver un hijo padecer á su padre, y no
poderle suministrar por su pobreza el
único remedio que le daría la salud!

—No os afijais tanto, hijo mío; tal
vez se nos ocurra algún medio...

—Ninguno, Mónica. Si mi Crucifijo
estuviese acabado, tendrían presto fin
nuestras angustias; porque yo me lan-
zaría con él á los pies de M. Delarch,
que dicen aprecia tanto á los artistas,
y le diría: Toma el fruto de mis tra-
reas; ahí tenéis la obra que tantas ho-
ras me ha robado... guardadlo para
vos; pero dadme en este momento
treinta libras que necesito para dar la
vida á mi padre. ¡Oh! Estoy muy se-
guro que el mérito de mi obra ablan-
daria su corazón, por mas duro y em-
pedernado que fuera.

—Pero esas palabras son vanas; sus
situaciones apuradas; la actividad y las
obras son las únicas que pueden pro-
porcionar un remedio.

—Y bien, ¿qué queréis de mí! de-
cidme que la sangre de mis venas pue-
de volverle la salud, y me veréis ras-
garlas hasta verter la última gota que
contengan.

—Escuchad. ¡Si una idea que me
ocurre pudiera salvarnos!

—Hablad presto.

—¡No recordais los ofrecimientos
que es hizo aquel judío prestamista, al
despedirse de vos en nuestra quinta!

—Sí, y bien...

—¡Tal vez si ocurriésemos á él...

—¡Y cómo encontrarle!

—Le vi entrar dias pasados en una
casa inmediata á la nuestra.

—¡Oh Mónica! Dios sin duda os ha
inspirado en este momento. ¡Id pronto
en busca de Ezequiel, que ó ha de
ser un ingrato, ó el recordar mis favo-
res le ha de sotocer mi necesidad.

Un cuarto de hora habia pasado desde
que Mónica habia salido en busca del
judío, cuando se le vio volver alboroz-
ado: vamos felices... exclamó, lan-
zándose en los brazos del jóven artís-
ta y rebozando de alegría. Ezequiel
viene... ya está en la escalera. ¡Oh!
Dios ha oido nuestras súplicas.

—Salud, jóven, dijo con afectacion el judío, dirigiéndose á Ricardo, y estendiendo al mismo tiempo una escudriñadora mirada al miserable aposento en que se hallaba.

—Salud, Ezequiel, respondió con dulzura el jóven artista.

—Sin duda tendreis alguna cosa que mandarme, cuando me habeis mandado llamar.

—Seguramente; pero antes quisiera preguntaros si recordais haberme visto en alguna ocasion.

—Yo... no... como ve uno tantas fisonomías, le es difícil retener ninguna en la memoria. Os habré prestado alguna vez dinero; y entonces...

—No es eso. Cuando ventáis á Burdeos, no recordáis una casa de campo en que se os hospedó una noche de grande tempestad! Era la mia.

—Sí, es verdad, una remota idea conservo de eso; dijo el judío afectando indiferencia; pero, jóven, añadió á continuacion, en este momento me aguarda un quéhacer impropio, por lo que si tenéis algo que decirme, estímaria que despatcheis cuanto antes.

—Sí... sí... nada mas justo, añadió Ricardo disimulando su amargura y polideseado su rostro. ¡Oh ingratos hombres! murmuró despues entre sí, ¡qué presto olvidáis los beneficios que se os hacen! Es el caso que tengo á mi padre enfermo.

—¿Y bien!

—Le amo tanto, que sacrificaría mi existencia por liberar la suya, y...

—Necesitais dinero, ¿no es verdad?

—Con treinta libras le doy la salud, ó le pierdo para siempre.

—¿Teneis alhaja?

—Ninguna. ¡Me engaño! una, sí; pero que ahora tal vez no reputareis por tal.

—De ese modo, ¿cómo queréis... Atended. La alhaja de que os hablo es un Crucifijo que todavia está por concluir; pero un Crucifijo que pasados diez dias podrá valerme el oro suficiente con que satisfacer cien

veces el pequeño préstamo que os demando.

—Eso es nada para mi.

—Ademas, Ezequiel, mi eterna gratitud... mi amor...

—¡Bah, bah! Cuando el perro tiene hambre, no se satisface por cierto con las simples caricias de su amo. No faltaba otra cosa, sino que fuese á firmarse en la palabra de un mozo, y en una mala escultura que todavia está por concluir; porque ¿cómo puede ser buena una obra trabajada por un artista novel, sin experiencia ni reputacion!...

—Ezequiel, exclamó Ricardo interrumpiéndole; os he llamado para pedir os un favor, y no para que me insulteis.

—No es insulto la verdad.

—¿Judío! Callad vuestra lengua.

—¿Esto mas! Quedad con Dios, jóven, no quiero hacer caso de las palabras que os dicta una imaginacion loca y desenfrenada.

—¡Oh! no... no os ireis, exclamó el artista lanzándose sollozante á sus piés. Perdonadme si os he ultrajado en mi locura. Me habeis dicho que era mi obra mala, y para un artista que funda en ella sus esperanzas, esto es mas cruel que si le arrancaran á pedazos el corazon.

—Vaya, ¡dejáisme paso!

—¿Y mi padre! ¿y mi padre! gritó Ricardo con acento sollozante. ¡Oh! yo no puedo verlo morir... ¡no ¡no cuán se lamenta! Oh! piedad de mí, Ezequiel! En vuestra mano está salvarle...

—Treinta libras... treinta libras tan solo, y pedidme en cambio lo que queráis; llevaos mis cincelas en prenda, llevaos todo lo que poseo; pero dadme las treinta libras.

—Me importunais demasiado con vuestras importunancias; ea, hacédmelo paso, ó de lo contrario, presto á mis gritos haré acudir quien sepa castigar tamatía insolencia.

—Pasad, pasad... prorumpió el jóven con una sonrisa de desesperacion; corazon empedernido, abandonad la casa del pobre y dejadle pere-

cer en su miseria. ¡Oh rabia! ¡Y el cielo no vibra un rayo que confunda la impasibilidad de esos hombres sin sentimientos! ¡Y no se hunde el sitio en que fija la planta! ¡Oh! casti me hace dudar en este momento de su justicia!—¡Cruel! ¡Y se ha ídol exclamó con dolor despues de haber visto salir al judío de su aposento, se ha ido sin atender á mis ruegos, sin atender á los sollozos de mi padre moribundo. Un hombre que pudiera dar la vida á otro hombre, tan solo con echar la mano á su repleto bolsillo, ha querido mejor guardar un remordimiento en el corazon, que sacar de la gaveta una cantidad miserable en comparacion de sus tesoros. No es eso, ¡inhumano! añadió como herido de una repentina idea; yo te arrancaré la cantidad que me haz negado, y ¡ay de tí si opusieres resistencia, porque mi puñal es demasiado agudo para que puedas resistir!

II.

LA CARCEL.

Los primeros albosres de la mañana comenzaban apenas á fulgurar en el Oriente, y un jóven se miraba reclinado en una de las ventanas de su prision. Este jóven era Ricardo, el cual se veía privado de su libertad hacia ya veinte dias. Tenia la frente posada en su diestra, y la terrible calma que manifestaba su semblante era un seguro indicio de la agitacion oculta que oprimia su pecho. Varias veces tendió su vista hácia las sombras que se hundieran en el nesso, llevándole una noche de las contadas de su existencia; varias veces quiso tambien desplegar los labios, creyendo hallaria consuelo en contarse á sí mismo sus desgracias; pero estos arrebatos eran tan solo momentáneos, y volvía muy presto á sumergirse en la abyeccion primera. Asi pasó el jóven las primeras horas del alba, y así hubiera pasado tal vez to-

da la mañana, si un ruido parecido al que forma un cerrojo al descorrerse, no le hubiera hecho levantar la cabeza y dirigir la vista hácia la puerta que acababa de abrirse. Un hombre de unos cuarenta años, de tez morena y ojos hundidos, de barba poblada y de estenuadas carnes, fué el que vino á interrumpir el silencio que reinaba en aquel aposento. Al ver el preso que se le acercaba, y que en la expresion de su semblante parecia querer hablarle, aunque aparentemente no atravesara por alguna consideracion, interpretó aquel silencio de un modo siniestro, y creyendo adivinar su vida, exclamó dirigiéndole una centellante mirada: —Verdugo, ¿vieneis ya por ventura á reclamar tu víctima!

El recién venido, conociendo el motivo de le hacia hablar de tal modo, se sonrió cual si no hiciera caso de tan brusca salutación, y dando á su templanza voz el acento mas dulce que le fué posible:

—No, jóven, le dijo; vengo tan solo á preguntarte si puedo seros útil en alguna cosa.

—¡Ah! ¡perme útil! murmuró el preso con abatimiento, ¿quién sois pues!

—Vuestro carcelero.

—Y desde cuándo un carcelero se condeule de sus presos!

—Jóven, entré los hierros y los cerrojos de las prisiones, puedo tambien hallarme un corazon sensible.

—Es decir...

—Que yo, como vos, tuve tambien un padre á quien amaba de todo corazon, y á quien por librar de las garras de la muerte, me vi obligado como vos á ser criminal. Pero esto no viene al caso; ved si puedo seros útil, repito, y con tal que no me pidais vuestra libertad, porque me sería imposible proporcionárosla, pedidme lo que gustéis.

—¡Hombre generoso! exclamó Ricardo; venid á los brazos del que de hoy mas se dirá vuestro mejor amigo. Tambien yo he idolatrado á mi padre, tambien yo espasé mi vida por salva-

la suya, logró lo segundo, y por lo mismo nada me importa que haya de rodar mi cabeza sobre un cadalso.

—Y sin embargo, es muy amable la vida cuando corren los primeros días de la juventud.

—No lo es para el que ve en ello tan solo un horrible caos de amargura. No lo es, para el que hallándose dotado de una alma noble y entusiasta, y de un corazón enérgico y emprendedor, tiene que humillarse raquítico bajo la mano del destino, sin que pueda jamás desde tan humilde asiento dar vuelo á las ardientes alas de su imaginación. Si, amigo mío, tú no sabes lo que sufre una alma que no tiene la fortuna de ser comprendida por los demás seres que la rodean, una imaginación de artista que se sublima anhelante de gloria y que ve inutilizados sus esfuerzos: ¡oh! para ese la vida es un martirio, una desesperación continua, y que cesa tan solo al llamarle la muerte desde la honda mansión del no ser.

—No os entiendo.

—¡Oh! Bien se conoce que jamás ha llegado á turbar la calma de vuestro pecho ese anhelo de un nombre que tantas veces ha perturbado mis sueños, esa fantasma de gloria que peregrina al hombre tenaz é incansable, fascinando su vista con los magníficos fulgores que despide. Ahora mismo, amigo; en este momento en que debiera consagrarme tan solo á la oración y olvidarme para siempre de esos deseos. . . ¡lo creéis! tiemblo al pensar en la muerte; porque no me es dado descender á la tumba con la frente ceñida de una corona. ¡Ah! si vos quisierais, esclamo, cogiendo entre sus manos la derecha del carcelero, tal vez el lauro que por tanto tiempo he aspirado, llegará á ornar mi lecho funerario.

—No llego á comprenderos, repito; pero podéis hablar á quien desea ser vros.

—Escuchad, pues. Tres días me restan de vida, y este es el tiempo que

necesito para acabar mi última obra, obra ay de mí que no quisiera dejar sin concluir. Id á casa de mi padre; traedme el Crucifijo que se halla en mi mesa, y traed también mis ciucules. Esta es la única gracia que os pido.

—¡Jóven! ¡queréis suicidaros con el cínice!

—Suicidarme delante del Crucifijo! No, amigo mío; no temáis que el artista se olvide de que ante todo es cristiano. Id á mi casa, y si veis llorar á mi padre, decidle que su hijo llora también; pero de alegría por veris mejor. No le digáis, por el cielo, que estoy condenado á muerte.

El carcelero, al oír estas últimas palabras del jóven, perdió el color súbitamente, y dando un abrazo á su jóven protegido, salió apresurado de tan miserable estancia.

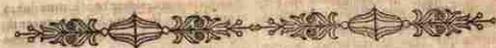
III.

EL CRUCIFIJO.

El sol estaba muy cerca de la mitad de su carrera, cuando ya el pueblo de Burdeos se hallaba reunido á las puertas de la cárcel esperando dos cosas; que el reloj anunciase las doce, y como consecuencia precisa que el reo saliese á su destino.

La multitud impaciente se agolpaba en rededor del patíbulo, deseosa de contemplar de cerca al jóven sentenciado que en aquellos últimos días había sido el objeto de todas las conversaciones. El pueblo había oído ensalzar las virtudes del reo, y el buen comportamiento que había tenido con su padre, y no podía menos que condenar la sentencia del tribunal, de masisimo cruel en su concepto. Todos tomaban parte en las conversaciones populares de aquellos días, y todos celebraban á su modo las prendas del jóven artista. Los ancianos consideraban como disculpable su arrebito, y tanto mas cuanto era un perro judío, como ellos decían, el objeto de su furor.

(Continuará.)



VARIEDADES.



UN ARTISTA.

III.

EL CRUCIFIJO.

(CONCLUYE.)

Las viejas decían que había sido un buen hijo, y que un excesivo amor filial no debía castigarse tan cruelmente. Los jóvenes slababan en Ricardo el amor que había mostrado en varias ocasiones, y sentían la pérdida de un jóven de tantas esperanzas. Las muchachas se condolían al saber que era un esbelto jóven el que iba muy pronto á finar la carrera de sus días; finalmente, entre los muchos que hablaban, no faltó alguno que creyese que Dios no consentiría la muerte de un muchacho de tan bellas prendas, cuando un judío maldito (y lo decían por Ezequiel) era la causa de su sentencia.

Cual suele alzarse del fondo de los mares un sordo murmullo, producido por el viento tempestuoso que comienza á agitar la superficie de las ondas, así del centro de aquella muchedumbre, en la parte que todos hablaban, algunos reían, y los mas rumiaban impacientes por la tardanza del reo, se dejaba sentir un confuso susurro de

voces que se perdía á lo lejos. Sonaron en este momento las doce, y el pueblo, como si hubiera sido tocado de un resorte mágico, emudeció súbitamente; las puertas de la cárcel se abrieron, y la triste comitiva apareció en la calle.

—¡Qué sereno val decían unos al mirar el paso seguro de Ricardo.

—Es que no le remueve la conciencia, murmuraban algunas viejas.

—Y es muy buen mozo. . . ¡qué lástima! añadian las jóvenes.

—Por vida de mi abuelo! decían no pocos mozos; ¡merece la muerte de un judío la pena de quitar á un cristiano la vida!

Entre tanto marchaba el pobre Ricardo al patíbulo, fijos los ojos en el Crucifijo, su obra; Crucifijo que había legado á los hermanos de la caridad que le acompañaban, habiéndosele otorgado la gracia de que aquella divina imagen, bendecida ya por el obispo, le consolasen en su agonía. ¡Oh! ¡Cuán terrible era entonces la situación del desgraciado jóven! Sentía su paso débil, y se veía forzado á aparentar fuerza y energía; tenía los ojos henchidos de lágrimas, y una fuerza superior le decía: *No te muestras apocado, derrite ese llanto el fondo de tu corazón; pero no lo viertas espontáneamente á la besa de una muchedumbre que no se cuidará de enjugarlo.* Miraba en torno un pueblo que lloraba, que miraba, que se reía, según le decía el capricho, y él tenía que re-

nar los suspiros que ahogaban su pecho: un pueblo que mañana volvería otra vez á contemplar ese magnífico planeta que rige al universo, y que mañana danzará y reíría también sin curarse del infeliz que había dejado la mansion de los vivos. Cuando así discurría lanzaba del pecho opinado su suspiro imposible de contener, suspiro dirigido desde el fondo de su corazón al corazón de su padre.

Abierto en estas ideas, continuaba el reo su marcha sin curarse del gentío que le circundaba, aunque dirigiendo maquinalmente y de vez en cuando sus miradas á la muchedumbre, cuando de repente helada la sangre en sus venas y fijos los ojos de luz, se paró súbitamente, no pudiendo sostenerse en pié. Era una imagen espantosa la que le sobrecoja; la vista del patíbulo que se alzaba á unos cuarenta pasos de distancia, y que se erguía en pié como para recibir á su nuevo huésped. En aquel momento experimentó una sensación espantosa, como si le arrancaran á pedazos el alma y el corazón.

¡Pobre Ricardo! Ya estás en el patíbulo; ya cuentas el último instante de tu vida; despidete de las ilusiones mundanas; no pienses ya en los laureles que deslumbran tu vista en medio del tumulto de las ciudades; son tan mentidos los goceos de la vida, que no deben llorarse al despedirse de ellos. Pon tu sola confianza en ese Dios que sienta su trono sobre las bóvedas del cielo, en ese Dios que te depara una corona mas duradera que la que el mundo hubiera podido ceder á tu frente. Adios, Ricardo: las puertas de la eternidad ruedan ya sobre sus quicios para darte entrada, la muerte te reclama desde la losa de tu sepulcro, y el ángel de los muertos aleja ya en torno de tus caballos, esperando el alma que ha de conducir á la mansion de los querubes.—El sacerdote, que hablaba de este modo al reo, concluida que fué su plática, dió su bendición á Ricardo como el último adios del que

abandona para siempre el mundo; y el jóven que le escuchaba reterente, murmuraba en tanto el postrer rezo del que está en agonía.

Adios, hermanos míos, gritó Ricardo con esforzado aliento. Adios, hasta la eternidad. . . . ¡oh pasmó! al ir á abrazar al Crucifijo, los brazos del Redentor cayeron el cuello del sentenciado. . . .

¡Milagro. . . milagro! . . . gritaron los que rodeaban el patíbulo; milagro que se perdía en los extremos de la anchurosa plaza; que se salvó, gritaron todos á la vez. . . es inocente. Y hombres, mugeres, ancianos, chicos, todos mezclados en turbulenta confusión, se lanzaban al patíbulo, atropellando por medio de la tropa que le guarnecía con ánimo de comprar la libertad del reo, aun cuando hubiera de ser á costa de sus vidas.

La voz del pueblo es la voz de Dios. Dice el célebre autor del *Solitario*: Gritar la muchedumbre por la libertad del reo, lanzarse al patíbulo y salvar á Ricardo, conduciéndole en andas por las calles de Burdeos, todo fué obra de un momento. En vano los soldados querían poner orden, asegurando que ellos conducirán al sentenciado á la cárcel, hasta tanto que el tribunal resolviese su libertad; en vano la caballería caracoleaba por medio de la muchedumbre, haciendo paso y atemorizando la alborotada plebe; el torrente se había desatado, y era sobrada locura querer oponer dique á su atropellado empuje.

El pueblo, pues, logró lo que anhelaba, y el jóven artista salvó una vida que ya contaba en su último suspiro. Pocos dias despues de acontescido este suceso, Ricardo y su anciano padre seguían el camino de Inglaterra; y algunos años mas tarde, el nombre de Ricardo se elevaba hasta la altura del de los mas distinguidos artistas.

Respecto del abrazo que el Crucifijo dió al sentenciado, todavía para el vulgo de aquellas cercanías, aunque al

través de tan luengos años, pasa por un milagro de los mas solemnes. No obstante, las crónicas de aquellos tiempos aseguran tan solo que en aquel suceso no tuvo el cielo intervencion ninguna, y que si el Crucifijo abrazó al reo, fué porque al tenderle los brazos tocó maquinalmente un resorte que lo hizo poner en movimiento. El lector puede adoptar de estas opiniones la que mejor le parezca, en la inteligencia de que yo lo he contado como lo he oido contar.

RAMON DE SATORRES.
(Entreacto.)

A MARIA.

PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu samblan-
(te da,

Y tiéndonos, María, tu maternal mirada,
Dónde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cálix de pureza;
Tú, flor del paraíso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres, ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hácia tu luz bendita desfallecido avanza
El naufragio que anhela en el Edén tocar.

Impela, ¡oh Madre augusta! tu soplo so-
(berano

La destrozada vela de mi infeliz batel,
Enseñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.

José ZOSILLA.

UNIVERSIDAD

JANL



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.



La palabra sigilífica.	1	El reo de muerte (poesía)	id.
Economía doméstica. — Método para borrar lo escrito.	3	El arte y los artistas italianos.	13
Hermoso barniz negro líquido para botas y zapatos.	id.	Idem idem	17
Método para obtener hielo, en cualquier tiempo, para usos culinarios.	id.	Para quitar las manchas de la caoba en los muebles.	15
Remedio infalible contra las chinches.	id.	Aceite para limpiar los muebles.	id.
Remedio para las fluxiones de los ojos.	id.	Modo curioso de platear el marfil.	id.
Ven al desierto (poesía).	4	Modo de blanquear estampas y libros impresos	id.
Eterización.	5	Otro método.	id.
Idem.	9	El día sin sol (poesía).	16
Modo de preservar telas de lana de la picadura de los insectos.	6	Epitafios.	id.
Método para hacer impermeable el calzado.	id.	La hija de Cualco.	20
Modo de pulimentar los instrumentos y adornos de cobre.	id.	La confesion de un buscador de oro.	21
Composicion de la tinta de que se valen los ingleses en lugar de la de China.	id.	Idem idem.	25
Medio de preservar las habitaciones de la humedad.	id.	Modo de limpiar toda clase de metales	23
El iris (poesía).	id.	Pasta de caoba.	id.
Catedral de México.	id.	Método para restaurar colgaduras, alfombras, sillas, &c.	id.
Cementerio de Pisa.	id.	Idem para limpiar medias de seda de color	id.
Proverbios y refranes.	id.	Los hombres iguales.	24
Modo de pulir el hierro y el acero. El tabaco, remedio contra el uránico.	id.	El genio.	27
		Pensamientos sueltos.	28
		Tecnología de la música.	29
		Para un álbum (poesía).	30
		Erupcion del Vesubio.	31
		Los Misterios de la inquisicion.	33
		Artículo remitido sobre el Cólera-Morbus.	id.
		Elixir anti-colérico. — Modo de	35

El autor de este tomo es el Sr. D. Juan de Dios...

prepararlo.	id.	Idem idem idem	105
Método curativo observado en Atzacapotzaco durante la epidemia.	36	Idem idem idem	113
Artículo 1.º — Qué es la civilización!	37	Idem idem idem	120
Idem idem idem	41	Idem idem idem	138
Idem idem idem	45	Idem idem idem	145
Idem idem idem	49	Idem idem idem	154
Columnas monumentales. — Italia, Francia, Islas británicas, Tirol, Rusia.	38	Idem idem	98
El alma desterrada. — Leyenda.	39	Idem idem	99
Idem idem idem	40	Idem idem	105
Armonías que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo.	42	Idem idem	101
Idem idem idem	46	Idem idem	108
Idem idem idem	50	Idem idem	112
Idem idem idem	55	Idem idem	120
Idem idem idem	59	Filósofos y reformadores. — Filósofos. — Montaigne.	103
Idem idem idem	63	Fiscal.	104
Idem idem idem	66	Reglas de educación y decoro para las señoritas. — Parte moral en las jóvenes.	107
Idem idem idem	70	Adornos y cualidades exteriores.	108
Poesía.	74	Ambición mugrila.	110
A una nube (poesía).	45	Diversos géneros.	114
Literatura religiosa. — El Santo Bálamo.	51	Harmonía.	id.
Idem idem idem	56	Absanzas.	id.
Idem idem idem	60	Celos.	id.
Artículo 2.º	53	Ademanes.	115
Idem idem	57	Modas.	id.
Idem idem	61	Modales.	id.
Idem idem	65	Couquetería.	id.
Idem idem	69	Ostentación de saber.	123
Idem idem	73	Deberes religiosos.	124
Idem idem	77	Lord Byron. — Art. 1.º y 2.º	109
Idem idem	81	Idem idem idem	116
Artículo 4.º y último	85	Idem idem idem	122
Historia natural. — La perla.	67	Idem idem idem	130
Idem idem idem	71	Idem idem idem	172
Breve noticia del martirio y milagros de Santa Filomena Virgen y mártir.	70	Idem idem idem	179
Idem idem idem	76	Revista bibliográfica. — Las violetas. — Poesías de la señorita doña Dolores Cabrera y Heredia.	125
Idem idem idem	78	Idem idem	126
Idem idem idem	82	Idem idem	133
Viages en Italia. — Pisa.	79	Idem idem	139
Idem idem idem	83	Idem idem	128
Idem idem idem	87	Mis rarezas (poesía).	131
Idem idem idem	91	Idem idem	131
La flor y el corazón.	57	Estudios de viages. — La Mezquita.	136
Lo que tapa una mesa.	91		
La religion considerada como la base de la civilización.	97		

Señale aquí comienzan las materias de este volumen

Idem idem idem	151	Idem idem	307
El campo-santo (poesía).	id.	Comida improvisada.	308
Don Alberto Lista.	143	Idem idem	376
Idem idem idem	146	Idem idem	385
Idem idem idem	154	Viages y aventuras de Luis Felipe.	393
Idem idem idem	163	Idem idem idem	391
Idem idem idem	159	Idem idem idem	305
Pío IV	167	Un desafío.	304
Tabla de las notabilidades de la vida en la sociedad.	161	El hombre en su creación	306
Influencia de las doctrinas sobre	169	De los sueños.	309
Idem idem idem	177	Los terremotos.	311
Idem idem idem	180	El mar muerto.	312
Idem idem idem	193	Mar pútrida.	id.
Idem idem idem	202	Lago subterráneo.	id.
Idem idem idem	217	Cascadas del Canadá.	313
Idem idem idem	225	El hombre.	316
Idem idem idem	174	La naturaleza inculca.	317
Idem idem idem	181	Las mareas.	318
Remitido. — A una flor (poesía).	174	El Prorococa.	id.
Jerusalén.	186	Lagos temibles.	id.
Idem	188	Lagos que desaparecen.	319
Fábula. — Bienes prometidos.	183	Islas flotantes.	id.
El saber no ocupar lugar.	188	Lago de Fáticaca.	id.
Pantasia. — Una ilusión.	195	Grutas, laberintos y cavernas.	id.
Idem idem.	204	La Oceania.	320
Aristo.	216	Los Estados Unidos.	322
Idem.	210	Arnoldo de Melchit.	324
A Ricarda (poesía).	220	Pedro Pablo Rubens.	325
Sueños y presentimientos.	221	Idem idem idem.	329
Casamiento mudo.	id.	Moisés en el Oreb (poesía).	328
Ya voló.	222	Suplicio de Juana Grey.	334
Ir por lana y volver trasquilado.	227	Idem idem idem.	337
La mujer. — Sensibilidad, inteligencia, carácter e inclinaciones de la mujer. — Mujeres de distintos países.	233	Idem idem.	339
Idem idem idem.	235	Francisco Peirarca.	346
Idem idem idem.	238	Pobre Lucía.	348
Idem idem idem.	242	Idem idem.	353
Idem idem idem.	240	El sacrificio de Jesus (poesía).	352
Idem idem idem.	242	Viage á Suecia.	354
Idem idem idem.	249	El Reyzeuelo.	360
Idem idem idem.	257	Idem idem.	361
Idem idem idem.	243	José Zorrilla.	364
Idem idem idem.	252	Un artista.	364
Idem idem idem.	252	Idem idem.	369
Idem idem idem.	246	A María (poesía).	371
Idem idem idem.	261	Mosico.	104
Idem idem idem.	265	Idem.	128
Idem idem idem.	273	Idem.	134
Idem idem idem.	281	Idem.	144
Idem idem idem.	289	Idem.	152
Idem idem idem.	297	Idem.	160
Idem idem idem.	301	Idem.	168
Idem idem idem.	305	Idem.	176
Idem idem idem.	309	Idem.	184

OTEC